EL ÚLTIMO EDÉN

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

El gran libro de las Sierras de las Cuatro Villas

Algo más de los caminos

Aunque ya lo he dejado escrito atrás, ahora que voy a comenzar mi gran gozo con la tierra que tanto amo, quiero volver a matizar que casi todos los caminos que los serranos trazaron por sus sierras, iban siguiendo los cauces de los arroyos. Cuando discurrían por las partes altas, menos porque aprovechaban las navas y los portillos de los trancos pero cuando se trataba de salir desde la sierra para los pueblos de la loma de Úbeda o molinos junto al Guadalquivir, muchos de estos caminos avanzaban siguiendo los cauces de arroyos y ríos. Ejemplo de lo que digo son: el camino que subía por el río Aguascebas Chico desde el pueblo de Mogón, el que remontaba por la cuesta de Navazalto, el que se metía para Bardazoso, el de la cañada de la Madera, por el barranco de los Lobos, arroyo de Chincolla, arroyo de Chillar, estrechos de la Hoz y arroyo de María. Escribí este asunto en un apartado anterior pero lo repito ahora, con algunos matices distintos, para así también volver a lo que también dije allí: que iba a procurar no dejarme atrás ningunos de estos caminos por insignificantes que a otros les puedan parecer. Es un descubrimiento que hice en mi vivencia directa con los paisajes y como me resultó hondamente interesante y bello, lo quiero dejar bien escrito. A continuación entro un poco en faena y dejaré que los sentimientos y el corazón me vallan llevando por donde deba ser.

1- POR LAS SIERRAS DE LAS VILLAS

Charco del Aceite, Ojo de Agua los Perros, Cueva del Peinero, arroyo Gil Cobo, collado del Pocico, Embalse de Aguascebas.

La distancia.

Desde el Puente de los Agustines hasta Mogón, aunque esta ruta la dé por terminado en el Embalse de Aguascebas, siguiendo fiel el trazado de la carretera que atraviesa la gran sierra, son sesenta kilómetros.

Las distancias parciales van del:

Guadalquivir, casa San Martín:	3,8	
A la pista Albarda (izquierda)	5,2	
Arroyo San Martín, Campamento:	5,8	
Mirador Umbría de Aguilar:	8,7	
Collado Agua los Perros:	11,1.	Altitud, 1200
Collado del Ojuelo:	19,9	A Mogón, 42
Ojuelo, casa forestal la Parra:	2	
Desviación al Molino la Parra	3	
Cerrada Cueva del Peinero:	5,1.	Altitud, 1150
Arroyo Raso de la Honguera:	5,4	
Puente Aguascebas Grande:	5,5	
Puente arroyo Gil Cobo:	11,2	
Cortijo de la Traviesa:	12,2	
Collado del Pocico:	14,3	Altitud, 1350
Cortijo y Collado del Lobo: 16		
La Fresnedilla:	17,8	
Muro Embalse Aguascebas:	20,4.	Altitud, 1000
Cruce a Chilluévar, Mogón:	28	A Mogón 14 Villacarrillo 22 Chilluévar 7
Puente Agustines, Cueva Peinero:	30	
Úbeda por Chilluévar:	62 k. y una hora	
Opción, barranco de la Madera		
Collado Ojuelo, Tranco Pelegrín	2,1	Pista forestal
Collado de la Tobilla:	4	Final de esta ruta
Tobilla, cruce arroyo Madera:	8+4	Límite del Parque
Tobilla, Ermita Jesús del Monte:	9+4	Carretera
Tobilla, río Guadalquivir:	14+4	Puente
Tobilla, Villanueva:	19+4	Carretera N-322
Tobilla, Úbeda o Úbeda, Tobilla:	60+4	Por Jesús M.
Úbeda, Tobilla:	87	Por Chilluévar, Embal de Aguascebas

El tiempo

Sin parar en ningún punto y rodando despacio para ir gozando la variedad de los paisajes, se pueden echar unas dos horas. Si paramos en el primer mirador, de la Umbría de Aguilar, cueva del Peinero, arroyo Gil Cobo, Fresnedilla, Embalse de Aguascebas y algunos otros puntos para gozar a fondo lo que recorremos, se puede tardar entre cuatro o cinco hora. Pero lo ideal, para mí porque así lo he vivido, es emplear el día completo

El camino

Toda la ruta discurre por una pista forestal, estrecha pero asfaltada. De los últimos años de lluvia, se ha hundido en varios puntos y todavía no ha sido arreglada. En los inviernos de nieve, tiene tramos muy complicados, como pueden ser los Palancares, la Umbría de Aguilar, al remontar desde la cueva del Peinero hacia los poyos de Gil Cobo y el collado del Pocico.

En estos puntos, las nieves se acumulan y como queda en sombra a lo largo de casi todo el invierno y por aquí no pasan muchos coches, se hiela y hasta que no caen las lluvias o el sol la derrite, dura. Si no hay nieve, el camino, a lo largo de toda la ruta, no presenta más dificultad que las prolongadas subidas y con un nivel bastante bueno.

El paisaje y el recorrido

Nada más arrancar, por el Puente de los Agustines sobre el Guadalquivir, es precioso. El río nos saluda siempre plácido desde su corriente clara, las riberas repletas de vegetación, las laderas que ascienden grandiosas y el surco por donde se nos presenta en arroyo de María. En tramo que va desde el primer puente hasta el segundo, todo misterioso y lleno de sombras, en verano y en las otras estaciones, tupido de humedad y neblinas. Las zarzas, los álamos y la espesura de durillos y madroñeras, por este punto de la ruta, de una misteriosa belleza que agrada hondamente.

Pero antes de seguir, voy a decir que esta grandiosa ruta que nos disponemos a recorrer, va de vertiente a vertiente y así recorre toda la ladera norte de la gran sierra que viene desde Cazorla y, por ser tan robusta, sostiene al río Guadalquivir contra la sierra profunda que le ha dado vida. Termina esta cordillera justo donde construyeron el Embalse del Tranco, que fue donde el río embistió contra la montaña y la cortó.

Las vertientes que vamos a recorrer y que pertenecen a los grandes cauces que, desde esta sierra y por la cara norte, bajan hacia el Guadalquivir, son: la del arroyo de María y Martín, la del gran arroyo del Chillar que recorremos desde casi la mitad hasta donde nacen los primeros arroyuelos, collado del Ojuelo y el Hoyo. La majestuosa y corazón de esta ruta que es la del río Aguascebas Grande. Y digo corazón porque ciertamente lo es y desde

más de una realidad. La pequeña cuenca de un gran afluente de este Aguascebas Grande y que es la del arroyo de Gil Cobo. Y por último, otra enorme cuenca pero mucho más suavizada y corta, que es la que presenta el río Aguascebas Chico, donde construyeron el pantano.

Hay otras cuencas más por esta grandiosa vertiente, desde el Embalse del Aguascebas para delante. Pero esta ruta termina en el pantano azul y aunque la carretera sigue, son otros paisajes, también bellísimos pero en interés distinto al que hoy tengo aquí.

Como a un kilómetro, la carretera gira para la derecha y en cuanto cruza el puente del arroyo de María, se deja ir por una empinada cuesta. Interminable parece mientras atraviesa olivos y olivos. Es la cuesta de los Palancares y por eso dos cortijos que por aquí levantaron en aquellos tiempos tiene por nombre Palancar de Arriba y Palancar de Abajo. Nombre este que se repite muchas veces por las sierras de este gran parque natural. A lo lejos, después de cada curva cerrada, saludan las grandiosas sierras. Por el norte, las cumbres de Beas con el pico Natao coronando y las laderas cayendo para el Guadalquivir. Por el sur, levante, las crestas de la impresionante sierra de las Villas, por aquí, en su tramo final con el pantano y Sierra de las Lagunillas.

Al terminar de remontar, no del todo, se presentan las espesuras de pinos y encinas que surgen desde el barranco del arroyo Martín. La casa forestal de arroyo Martín o de la Albarda, una pista por la izquierda que lleva al barranco de arroyo Martín y a las llanuras de la Albarda. Se me viene ahora al recuerdo lo que desde hace un tiempo vengo oyendo con bastante frecuencia. Los cuatro pueblos a los cuales pertenecen estas Sierras de las Villas quieren las cinco casas forestales que construyeron en estas sierras. La casa forestal de los Trevejiles, esta de la Albarda, la de Carrales, la que todavía existe por el rincón de la Parra y la de la Fresnedilla, cerca del Embalse del Aguascebas. ¿Y para qué las quieren? Dicen que estas cuatro casas junto con el refugio de la cueva del Peinero, el chalé de los ingenieros, pueden servir para fomentar el turismo rural.

Discurso ya tan manido que hasta da grima oírlo una vez más. Y desde luego que hay razones para echarse a temblar. Porque esta moda de querer salvar la sierra y la dignidad de los pueblos a base de meter y fomentar el turismo por las sierras del gran Parque Natural, desde hace muchos años parece que es la única vía de salvación que encuentran algunos. Y lo digo también echándome a temblar porque ya sé de sobra que los discursos, las palabras y los proyectos, en estos tiempos de ahora más que en los que pasaron, acaban siempre en lo mismo. No salvan nada ni crean más dignidad ni riqueza sino que destruyen lo poco bueno que de valor y nobleza queda por la tierra. La salvación de estas sierras y el fomento de la riqueza, no vino ni vendrá jamás por la vía de meter turismo a manta por los montes que tan

hermosos son. Hasta acabarán con las pocas señas de identidad que todavía quedan por estos rincones y luego les echarán la culpa a otros, que ha sido lo de siempre.

Un poco más adelante de esta casa forestal de la Albarda, saludan las tierras llanas en las riberas de este cauce por donde instalan el campamento y mana la fresca y caudalosa fuente del Cerezo. Ahí mismo crece este árbol y viene de cuando los serranos vivían en los dos cortijos, ahora solos, que vemos y rozamos enseguida. Por la derecha se aparta una pista de tierra que está en buenas condiciones. Si nos vamos por ella nos presentamos en las casas, habitadas por serranos de aquellos tiempos, de la desaparecida Ermita de la Hoz. En la sierra se le conoce sólo por las casas de la Hoz. Cinco o seis viviendas, ahora muy remodeladas, donde viven varias familias rodeadas de sus olivares, sus fuentes de agua fresca y abundante y sus huertecicos. Una gloria de rincón y sobre todo, para seguir unidos a la tierra que tan dentro del alma se lleva.

A partir de este punto, la carretera, siempre ceñida a las laderas que caen desde el robusto espigón de la Albarda, comienza a inclinarse repecho arriba. Siguiendo las curvas de nivel que van por los novecientos metros, se retuerce y adentra hacia la grandiosa umbría de Aguilar. No le queda otra alternativa si quiere coronar y meterse para la sierra profunda que pretende. En muy mala de recorrer cuando cae la nieve en invierno y las heladas se hacen presentes.

A un lado y otro, se abren los paisajes y la vegetación se muestra dueña de las tierras. Pinos carrascos, romeros, enebros, algunos robles y encinas. Y por la Umbría de Aguilar, se estira y alza pendiente arriba. Al poco de dejar atrás la pista que se aparta por la derecha y lleva las casas de la ermita de la Hoz, otra pista de tierra que también se aparta por la derecha. Si nos vamos por ella en tan sólo unos kilómetros llegaremos a un bonito cortijo recogido en un barranco que nos queda por debajo de la carretera que recorremos. Es el llamado cortijo de Cuadros o mejor, cortijo de los Estrechos. Se levanta justo al borde mismo de la gran garganta de los estrechos de la Hoz, por donde discurre la vieja senda. Tiene una hoya de tierra muy buena, gran cantidad de agua, una amplísima panorámica hacia el valle del Guadalquivir y hasta olivares. Se dan la mano con los de la Ermita de la Hoz porque todo se recoge sobre el mismo poyo de tierra.

Todavía un poco antes de coronar al bellísimo mirador sobre uno de los barrancos que se hunde hacia el arroyo del Chillar, por la derecha se aparta otra pista de tierra. Esta lleva a los Vadillos, un par de cortijos por las vegas del arroyo del Chillar. Esta pista de tierra se encuentra en muy buenas condiciones y recorrerla es todo un placer si no fuera por las piedras que se desprenden desde las cumbres y la inclinadísima ladera que surca. Tiene siete kilómetros y medio hasta los Vadillos. Algo más arriba ya el mirador que

antes decía. Se abre sobre la grandiosa piedra de la Be. Piedra y loma de la Be y no de la Vez. Y lo digo con mi intención. Más adelante tendré la oportunidad de aclararlo mejor. Todos los que vienen por aquí se asoman al mirador atraídos por la hondura que presenta el barranco que se llama de los Sesteros. A casi todos, lo primero que se les ocurre, es tirar alguna piedra para ver cuánto tiempo tarda en caer. Otros dan voces y gritan pero pocos se quedan quietos y gozan, con el respeto debido y la quietud necesaria, del tremendo espectáculo. Una pena porque con esta actitud se enriquecerían mucho. Unos metros más y corona al collado de Aguas los Perros.

Es un punto este lleno de horizontes profundísimos y lo acentúan más, los hondos barrancos que a nuestros pies se abren en todas las direcciones. Sólo por la izquierda nos sobrepasa grandioso, el voladero que muestra la cumbre del Ojo de Agua los Perros o mejor conocido por los serranos como “la piedra del Agujero”. Arriba es llanura total y casi a mil cuatrocientos metros y al terminarse, por esta izquierda mía, se fraguan los acantilados. Quien no conozca estas sierras, queda anonadado y siempre con la pregunta: ¿qué habrá tras esa tan robusta cima pétrea? ¿Y qué no se esconderá en los profundos barrancos que por la derecha se nos abren inmensos como si quisieran tragarnos en un abismo sin fondo?

Recuerdo yo ahora que un día vine por aquí con ese buen amigo mío del pueblo de la loma y con tres alumnos del colegio grande. La intención era la de recorrer la de trazar una rota por las partes altas de este preciosa repisa rocosa. Dejamos el coche en el mismo collado de Agua los Perros y repecho arriba remontamos hasta el mismo agujero de la roca. Aquí descansamos un rato y cuando más entusiasmados estábamos con la bonita panorámica que desde el mismo agujero se observa, uno de los muchachos dijo:
- Allí cuelga el esqueleto de una cabra.
Miramos y si más dijimos:
- Son las raíces de un pino.
- Que es un esqueleto de algo.

Y sí que era lo que él decía. El esqueleto de una cabra montes que se había consumido colgada por la cabeza en la misma pared rocosa. Se notaba que el animal se había acercado a ramonear algunos tallos de la carrasca que crece el borde mismo del acantilado. Resbaló y cayó al precipicio pero con tan mala suerte que, ente el filo de las rocas y el tronco de la carrasca, quedó enganchada y colgando en el vacío. Sin ninguna posibilidad de escapar y por eso ahí se consumió. Sus huesos, sólo el esqueleto, colgaban en el precipicio en espera sólo de que el tiempo lo fuera desgastando poco a poco. Un espectáculo realmente curioso, extraño y aunque también tenía su toque de hermosura, resultaba crudo. Como si la naturaleza quisiera mostrarnos que su cara más salvaje y dura. La gran aventura por la supervivencia de las especies en las condiciones más adversas.

Aquel día seguimos recorriendo la cubre por el borde mismo de la enorme repisa pétrea. Vimos el hielo cubriendo las rocas formado de la gotica de agua que manaba por una grieta, el bonito agujero de la Iglesia Aguas los Perros, las emocionantes llanuras de la Albarda y luego los otros picachos que se enfrentan a la Iglesia. Por ese puntal, y es el que cae al cortijo del Raso, descendimos y volvimos por la carretera. Otra vez más con nuestras almas repletas de placer y dando infinitas gracias por el día tan hermoso que el cielo nos volvía a regalar. Porque el día se presentó azul, transparente, sin nubes por el cielo, con algún rocío y escarcha por las laderas y barrancos y las madroñeras repletas de los más ricos y bellos frutos: madroños rojos, otros todavía no rojos del todo, muchos aun verdes y en estos mismos ramilletes, ya las blancas y curiosas florecillas abiertas y empezando a cuajar sus frutos para la próxima temporada. Un año entero tardan los madroños en madurar sus frutos. Fue un día realmente bello y de eso doy testimonio con estas sencillas líneas. Como si tampoco quisiera que aquel día quedara en el olvido para siempre.

Siguiendo con la descripción de la ruta digo que en este collado de Agua los Perros encontramos un letrero donde se puede leer el nombre del lugar y la altitud, que son 1200 m. Y quiero decir que aquí mismo, por la izquierda, existe un rincón donde, algunas veces, le echan de comer a los buitres. Un comedero de buitres que en realidad sólo es un terreno donde se tiran animales muertos para que se los coman. Queda a sólo unos metros de la carretera que vamos recorriendo. Y también, en este collado de Agua los Perros, entre otras cosas, quiero decir algo que puede interesar mucho. Por la izquierda según venimos del lado del charco del Aceite, entre el letrero donde podemos leer el nombre y la altura del collado y el hito que marcha el kilómetro 48, mide desde el pueblo de Mogón, por entre unos pinos sube un caminillo bastante borrado. Si lo buscamos con interés se le puede distinguir. Es un viejo camino de aquellos lejanos tiempos que remonta por la ladera que mira al collado y cuando ya queda casi justo debajo de la gran piedra que corona, se viene para el lado izquierdo. Se mete un una hondonada muy hermosa donde crecen espesos los rosales, espinos y zarzas y por ahí remonta al mismo agujero que antes decía. Es un camino que en otros tiempos usaban mucho los serranos para ir o venir desde el cortijo de la Albarda hasta los cortijos de agua los Perros, Vadillo y los del barranco de la Hoz.

Pues si recorremos esta ladera, por el casi desaparecido camino y senda que no podían recorrer las bestias, en la primavera, para nuestros ojos será todo un grandioso espectáculo. Según se remonta y antes del gran macizo rocoso que corona se ven plantas casi de todas las especies. La curiosa cuchara de pastor, una flor blanca que se llama sanguisorba y que huele muy bien, varias especies de zamarrilla, tomillos, mejorana, espliego y un sin fin de plantas más. Pero cuando más asombra el precioso jardín que por aquí podemos gozar es cuando nos vamos aproximando a las rocas de la

cumbre. Las zamarrillas son tantas y vestidas de tal cantidad de florecillas amarillas, que yo creo es un espectáculo único en todo este Parque Natural. Los rosales florecen con las dos clases de rosas, las blancas y las de color rosa, precisamente. Y sobre las rocas que vamos encontrando hasta se ven abundantes matas de Violeta de Cazorla, teucriun, melica minuta, que es como una avena silvestre pero muy enana que casi siempre crece encima de las rocas. También abundan los piornos, el árnica, la Digitalis oscura y más de un ciento de plantas tanto herbáceas como leñosas. Quiero decir que hacer este rincón en la época de la primavera, será gozar un espectáculo realmente emocionante. Y no lo digo por animar sino porque yo mismo lo he vivido y así me resultó la experiencia. Fue en la primavera del año 2000 y el día diez de junio. Este año brotó una primavera por estas sierras como yo creo no se ha visto nunca. Fue muy lluviosa en los meses de abril y mayo y luego no hizo gran calor cuando la primavera estaba en todo su apogeo. Justo este día diez de junio del año que atrás dije, nevó por el norte de España, por Madrid y en el monasterio de Montserrat, cayó una nube tan grande que se quedó inundando. Podría dar muchas más referencias pero vamos a dejarlo como está.

Desde este collado del Agua los Perros, la carretera se prepara para irse hacia la cabecera de los cien arroyos que dan vida al grande total y que se llama del Chillar. Gira para la izquierda, cruza la ladera por la otra vertiente del Ojo de Agua los Perros, roza las ruinas de varios cortijos y por la curva de nivel de los mil doscientos metros, roza la fuente y cruza el arroyo del Agua los Perros. Esta fuente fue construida por Icona, aprovechando un caudaloso manantial que aquí brota, nacimiento del arroyo que lleva sus aguas al del Chillar. En los años de buenas lluvias por aquí he visto brotar un caño tan grueso como el cuerpo de una persona. Estas aguas vienen de las grandes llanuras por el Caballo de la Albarda y laderas del Torraso. Estas cumbres son un gran depósito de agua hacia las vertientes del arroyo de María, del Guadalquivir y del arroyo del Chillar. Sigue avanzando por esta misma curva y en unos puntalete más arriba y por la derecha, aparecen las ruinas de otras construcciones. Fueron cortijos serranos que abandonaron y ahora, algunos los han arreglado para el descanso en verano, otros son tinadas para las ovejas y otros, se desmoronan en su silencio y soledad. De nuevo las interrogantes nos comen. ¿Qué no dirían las paredes de estas construcciones si pudieran hablar? De sus dueños, de las tierras, de los animales que por aquí han pastado. Los nuevos dueños, los de ahora y los que ni son de estos parajes, la tierra no dice nada pero se siente empobrecida. Venida a menos porque la tierra fue siempre sudor y belleza con los que a ella se agarraban para tener vida. Pisarla, mirarla y quizá cantarla desde la frialdad del que no la siente latido en su corazón, no es lo mismo.

El barranco que recorremos, un poco por la mitad de la umbría norte de este arroyo del Chillar, es de lo más asombroso que se puede encontrar en

estas Sierras de las Villas. No era mi pretensión incluir en el presente trabajo los detalles de esta amplísima y bella cuenca. Pero en más de una ocasión he pensado que si se trata de conocer bien cada uno de los rincones de estas sierras ¿cómo dejarlo atrás? Si las cosas se presentan bien, tengo tiempo y otras realidades no lo impiden, voy a contar cada uno de los metros que mide esta grandiosa cuenca. Pienso que si hago honor a lo que al comienzo anuncié, los cauces más importantes de la Sierras de las Villas, no debo dejar a un lado este hermosísimo rincón.

Va por aquí la carretera avanzando siempre casi en la mitad entre la cumbre y el surco del arroyo grande. Esto da una idea de los preciosos paisajes que de continúo se renuevan. Muchas hondonadas, gran espesura de pinares, laderas muy agrias por las rocas y la pendiente, muchos romeros porque es solana, viejos enebros y unas curvas más adelante, las construcciones de una tinada para el ganado y las de una casa forestal. En invierno, los pastores no están porque se bajan a Sierra Morena y en la casa forestal, sólo algunas veces he visto guardas. Recuerdo ahora que en las Canalejas, aldea expropiada y derribada cuando lo del Coto Nacional por este ahora Parque Natura, hasta hace pocos años ha vivido un pastor. Aislado y solitario en aquellos hermosísimos y hondos barrancos, al este de Pontones y nacimiento del río Segura y por encima del río Aguasmulas. El hombre no quería salir de la tierra donde había nacido y aunque ya estaba jubilado y bastante agotado, allí quería acabar sus días, tras el rebaño, el balido de los corderos y la música de las fuentes. Como si la gran obra de su vida, la gran hazaña que lo dejara para siempre inmortalizado en entre el resto de los humanos, fuera esta: la de amar a su tierra, entregarse a ella y morir abrazada a ella en la soledad más tremenda.

Vendieron las ovejas que cuidaba, porque en aquella soledad y aislamiento, trabaja asalariado. Las ovejas no eran suyas sino de otros. Y como el hombre no tenía otro mundo que su sierra de siempre se puso a guardar ovejas, también asalariado, con otro dueño. Era del pueblo de Villanueva del Arzobispo y por eso buscó una fina para las ovejas que a partir de ahora tenía que guardar el viejo serrano. Y la finca fue esta de Carrales. Pero el viejo pastor de la derruida aldea de las Canalejas, cuando llegó a este rincón de Carrales y vio que por aquí sólo había pinos, carretera y paisajes por completo distintos a los que toda su vida había estado viendo y pisando, dijo que en este rincón él no vivía. Que aquí no guardaba oveja y que si le obligaban a seguir en este Carrales, se ahorcaba.

Buscó el dueño de las ovejas otra finca dentro de estas sierras y la encontró cerca de Pontones. Por donde va la carretera de la Cumbre y se aparta un carril de tierra que lleva a la aldea de Cabeza Gorda. La finca se le conoce con el nombre de fuente del Chorro y a este rincón se tuvieron que traer las ovejas. El viejo pastor amante de su tierra hasta dar la vida en ella y por ella, respiró un poco y ya fue medio feliz. Tiene casa este hombre en

algunos de los pueblos blancos de la Loma de Úbeda y algún familiar pero él quiere morir guardando ovejas en la libertad de los campos que le dieron cuna cuando nació. Conozco yo a este pastor porque más de una vez estuve con él en la aldea de las Canalejas, charlamos largos ratos sentados frente al fuego de la chimenea y hasta compartimos algún trozo de cordero asado en las brasas. Y claro que ahora que paso por el rincón de Carrales me pregunto: ¿Por qué no le gustaba a él este lugar? ¿Por qué gritaba que si no se lo llevaban de aquí se ahorcaba? ¿Por qué se agarra con tanta fuerza a la tierra que le vio nacer?

Algunos nombres por aquí son: casa del raso de la Escalera pero tengo que asegurarme porque este raso de la escalera sólo tiene su verdadero asiento en otro que más adelante veremos. Ese sí es bueno pero no descarto del todo a este primero. Parece que su nombre bueno es el cortijillo, cortijo del Puntal, cortijo de los Caparros, cortijo del Morro, lancha de Lima, lancha del Cagadero, el Bigarral, Correderas con 1395, piedra Cubilla, Peñón de Maza, Garita del Jabalí, tranco de los Albardones, collado del Chindo, casa del Chindo, barranco del Chindo, Estrecho del Chindo, puerto del Moro, collado de los Aserraores, arroyo Chillar, Aguascebas del Chillar, fuente de los Norteños y cortijos de los Vadillos, Morro de los Vadillos, cortijo de los Riberas, la carrasca de la Seña, poyo del Jaral, cortijo de Constantino, cortijillo del tío Luciano, entre el cortijo de Luciano y los Vadillos hay otro cortijo, el del tío Quintín, que también era conocido por la majá de la Vaca. Cortijo de los Terrones, Escalera de Amador, cortijo de Amador, casa de Carrales, fuente de la Raja, la Albarda, el Sabinar, casa forestal de Carrales de Abajo, Carralillos, hoya del Jaral, Caballo del la Albarda, cortijo del Hoyo, cortijo de Sopalmo Bajo, el Molinillo, el Paso del Cuco y un cortijo que hay que también se llama cortijo del Cuco, el Morro, que es donde vivía Alejandro, casa Roble Gordo, la Paralela, arroyo Cuchara, arroyo de los Contreras, y el collado del Ojuelo. Por la zona nombrada existen muchos más puntos con sus nombres propios y muy bonitos.

El nombre de raso de la Escalera lo pongo en cuarentena porque creo que no es correcto en este lugar de la sierra. Por la escalera de Jabalcaballo sí hay un cortijo que tiene este nombre pero por este punto, aunque lo he leído en varios libros y mapas, no estoy seguro que exista. Desde ahora me preparo para averiguar qué es lo que pasa aquí. Aunque es cierto que por este punto, para remontar desde el surco del arroyo del Chillar al raso o laguna de Carrales, existe una escalera. Es la conocida por la escalera de Amador porque así se llamaba el hombre que vivía en el cortijo que se alza en el puntal, todavía un poco antes del arroyo del Chillar. Ahora son puras ruinas. En aquellos tiempos hubo una senda que pasaba por estos voladeros y le tuvieron que construir una escalera como en tantos otros sitios de estas sierras para poder remontar. Así que lo del raso es verdad y lo de Escalera también. Cuando por esta zona me encuentro algún nombre que lleve delante la palabra choza, siempre sé que este nombre ha sido tomado de los

primeros mapas que el ejército levantó de estas sierras. Fue hace más de cien años y luego se ha ido copiando una vez y otra. Se le debe quitar esta palabra porque en estas zonas de la sierra lo de choza o chozo lo he oído muy pocas veces. Siempre fueron cortijos, tapuelas, cuevas, covachas, majadas, tinadas o cosas parecidas menos choza.

Y quiero aclarar que en esta ruta, ya pasando el río Aguascebas Grande, nos vamos a encontrar con otra casa del raso de la Escalera. Ésta se alza en un collado justo por donde nace unos de los ramales del arroyo de la fuente del Tejo. El arroyo del Prao de los Chopos y cerca de la Majal de la Carrasca. Ciertamente que la palabra raso es muy utilizada en la sierra para poner nombre a un punto. Ello indica que también en otros tiempos había bosques y allí donde se producía un claro, un raso, si la tierra era buena, la roturaban para sembrarla o levantar alguna construcción. Desde este barranco, la carretera sigue, ahora bajando poco a poco hasta presentarse otra vez a la hondonada mayor del arroyo grande y por la derecha. Sobre los puntales y laderas, seguimos viendo alguna construcción de aquellos tiempos. Discurre por entre las curvas de nivel de los mil cien a mil doscientos metros. Pero sigue descendiendo levemente hasta cortar el cauce grande del arroyo del Chillar. Ya se intuía que por aquí tenía que encontrarse.

Si nos paramos y echamos una ojeada detenida, nos asombrará el ancho y profundo recodo que la cuenca de este arroyo ha tallado en este punto. Se le llama, el Recó del Hoyo y con verdadera propiedad. Coronan las paredes cortadas casi a plomo y las repisas que vienen cayendo repletas de pinares. En los meses fríos, por aquí he gozado de preciosas cascadas heladas y delicados chorrillos que caen desde multitud de voladeros. Este arroyo, con varios ramales que se juntan casi todos en el mismo punto, y el siguiente que nace en el mismo collado del Ojuelo, quizá sean los que dan nacimiento al verdadero arroyo del Chillar. Una preciosa cuenca, muy recogida, redondeada y llena de una belleza sin par, que da forma y alimenta a un arroyo extraordinario.

Traza la carretera algunas curvas mientras baja todavía algo más y al cruzar otro arroyuelo, se eleva hacia el segundo gran collado. Saludan por la derecha, las tierras llanas, los tornajos y luego las construcciones de varias tinadas y viviendas de pastores. Casas del Ojuelo de la Parra es como se llaman pero tienen otros nombres muy bonitos. Es un rincón precioso este punto y además de mucha hierba y presencia de pastores en primavera y verano, con sensación de descanso por la serenidad del terreno. Aquí vive el pastor Juan con sus hijos y su mujer. En los años de sequía le tienen que traer pienso para las ovejas y se lo cobran caro.

Se lo traen desde Albacete, unas veces cebada y otras, alfalfa molida y algunas bolas de sal. Aburridos están ellos de tanto trabajo como dan las ovejas, el mucho gasto que tienen en pastos, piensos, esquilo y otros temas y

lo poco que dejan. Ni con la subvención les llega para ahorrar algo pero ¿qué van a hacer? Cuando en invierno este collado queda cubierto por la nieve, se van a Sierra Morena donde también les cobran los pastos y bastante caros. La fuente Maravilla es la que da el agua a estas casas del collado del Ojuelo. Se encuentra en la pista que sube para el Proa Chortales. Cerca de esta pista y antes de la fuente hay un punto que se llama el Chinar. Se ve desde el cortijo del Ojuelo y al caer las tardes, lo toman con gusto los ciervos de estas sierras. El morro que se levanta por encima se llama el Puntalón. Otro Prao Chortales distinto se encuentra en el arroyo de la fuente del Tejo y también otro puntalón. Hay más en las sierras de este Parque Natural.

Por la derecha se aparta la pista de tierra que atraviesa las laderas del Cerro de Santa María, el más elevado por aquí y después de volcar por el collado de la Tobilla, desciende por el barranco de la Madera hacia el Guadalquivir y el pueblo de Villanueva del Arzobispo, sobre la gran loma. Por la izquierda o más bien al frente, sigue la carretera después de haber coronado el collado, mil doscientos metros.

Levemente y con una sensación de tranquilidad, desciende por los bordes de una bellísima cañada. Es la que se ha fraguado en las partes altas del arroyo de la Parra. Hay por aquí un cortijo que se llama el Vallejo del Romero. Con el nombre de la Parra, unos kilómetros más abajo y también por la derecha, se nos presentan las ruinas de varios cortijos más. Entre ellos, las de una vieja casa forestal que también la bautizaron con el mismo nombre y ya, más hundido en el río del Aguascebas Grande, las ruinas del Molino de la Parra. Pero antes de la casa forestal, por cierto muy bonita, construida a todo lujo si se le compara con las ruinas del cortijillo que junto a ella hundieron y, sus tapuelas todavía resisten. Otra tapuela por esta cañada se le conoce como la del Espantagrillos. Por la izquierda se nos quedan restos de lo que fue un bonito cortijo. Fue un aprisco de ovejas y de esa actividad tomó su nombre: cortijo del Amorro o amorrado, si hablamos en otro lenguaje. Más en lo hondo y por la derecha estuvo el cortijo de Juan de Dios y la Parra.

En el Molino de la Parra, justo en el cauce del río Aguascebas Grande por debajo de la cueva del Peinero, se molía trigo, maíz, garbanzos y otros productos. La energía que lo movía era el agua de la corriente del río. Aquello se cerró ya porque nadie iba a moler. Los tiempos fueron cambiando y las personas jóvenes emigraban fuera. Dejaron de sembrarse las tierras, no había cosechas y por lo tanto, el molino tampoco tenía productos qué moler. La familia que lo llevaba, se hizo mayor y ya tuvieron que irse a otro sitio. Se cerró por esto pero primero se cayeron algunas paredes. Se sorteó entre los hijos de la familia y le tocó a una de las hijas. Ésta se lo vendió a unos de Málaga. Un constructor de obras de esta ciudad que lo arregló un poco pero no tardaron en romperlo los “turistas” que, en ocasiones, vienen por las tierras de este parque natural. Todo se quedó hecho pedazos y ahora se encuentra más abandonado que antes. Alrededor del molino y, propiedad del

mismo, hay tres o cuatro “obras” de tierra pero también perdidas.

Sin haberlo notado, ya vamos por la vertiente opuesta a la del arroyo del Chillar. Por la que avanzamos, son mucho más grandiosas tanto las cuencas de los arroyos de cabecera como las caídas, las hondonadas, las crestas que coronan y los cintos de pura roca que desde ellas salen. Cruzamos un arroyuelo, giramos para la derecha y entramos a la curva de nivel de los mil metros. Hemos perdido altura a pesar de creer lo contrario. Y es porque nos aproximamos al cauce del gran río Aguascebas Grande. A dos kilómetros del collado del Ojuelo, por la derecha se aparta una pista de tierra que lleva a la casa forestal de la Parra. Un viejo letrero lo indica. A medio kilómetro más adelante se desvía otra pista. Lleva al Molino de la Parra.

Como si buscáramos su nacimiento, nos vamos poco a poco pegando al surco de la parte más profunda y casi paralelo, remontamos levemente. La vegetación que nos acompaña es casi todo romero, pinos negros, enebros y robles. Los fresnos se apiñan por la corriente del río del que, en unos kilómetros más, percibimos el rumor de sus cascadas. Por la derecha, al frente y al otro lado del río, se nos viene colando la impresionante pared rocosa por donde cae el Chorreón de la Bruna. Pero no sólo este chorreón se despeña por esta pared sino que cuando llueve, desde los poyos de Gil Cobo, la Paralela y Bruna, las aguas se recogen y por donde pueden, por esta pared se despeñan hacia el gran surco del Aguascebas Grande. Este espectáculo sólo se da cuando las lluvias son grandes. Muy pocas veces lo he visto yo.

Antes de la cueva del Peinero, corta un buen espigón de rocas, se acerca al río, roza la cueva por el lado izquierdo, sale de la trinchera pétrea y aparece ante nosotros las espaciosas llanuras de álamos y mucha otra vegetación. No quiero silenciar que cuando construían la carretera asfaltada que atraviesa la Sierra de las Villas, la que ahora mismo recorro, un serrano fue el que picó en las rocas que tuvieron que cortar para que la carretera entrara por esta trinchera. Nació en una familia que vivía en el cortijillo que hay por debajo del molino de los estrechos de la Hoz. Fueron varios hermanos y todos acabaron yéndose de estas sierras. Dos de ellos todavía viven justo en la casa que en tiempos pasados fue la venta Campos, por el río Guadalquivir, antes de puente de la Gorda. Ahí viven todavía dos de estos hermanos y uno de ellos, con un elemental martillo barrenero, rompió las rocas de esta montaña para que la carretera entrara por la cerrada de la cueva del Peinero y llegara a donde ahora llega. Este serrano trabajó mucho en la construcción de la carretera que vengo diciendo. Lo dejo aquí escrito para que se sepa y algo quede de su memoria.

Por donde se encuentra la cueva del Peinero, el corte que tuvieron que darle a las rocas para que pasara la carretera, se llama Trinchera de la cueva del Peinero. Y el tremendo corte que las aguas de este río tuvieron que inferir

en estas rocas es la preciosa y grandiosa cerrada de la cueva del Peinero. Y ahora que puedo decirlo, digo que la trinchera que cortaron las aguas del río para escaparse de estas sierras e irse hacia el gran valle del Guadalquivir, es lo verdaderamente emocionante por el lugar. Una maravilla dentro de otra maravilla que es todo el conjunto de este gran barranco de cabecera del Aguascebas Grande. Con tanto primor, belleza salvaje y hondura en lo material y espiritual, no lo hubiera logrado nunca la inteligencia y fuerza del hombre.

- ¿De dónde le viene el nombre a esta cueva?
Le pregunté al pastor del lugar.
- No es el Peinero sino del Painero. Y esto se lo decíamos porque en otros tiempos vivía ahí un hombre que se dedicaba a hacer peines de madera y con aquello se buscaba la vida. Los hacía de buje, de tejo y no sé de qué más clases de madera. En hombre vivía en la misma cueva, no en el cortijo.
Y como a los hombres, los del mundo civilizado y con poder sobre el resto de los humildes, cuando vinieron por aquí y vieron, les gustó el agreste paraíso de este rincón serrano, decidieron hacerlo suyo. Se pusieron a trazar los proyectos de sus mentes y estropearon para siempre lo que de siempre había sido obra perfecta de Dios a través de la fuerza de la naturaleza.

Pasando la cueva del Peinero un letrero por la izquierda puesto por la Junta de Andalucía, dice lo siguiente: "Sendero del Refugio cueva del Peinero. Datos básicos: longitud, 200 m. tiempo aproximado, 5 minutos, dificultad, baja, tipo de trazado, lineal". Un pequeño mapa croquis acompaña a esta leyenda y en él puedo leer: "Área recreativa cueva del Peinero, al Tranco, cueva del Peinero y la Dedalera". Debe ser la Paralela, que es el paraje que se encuentra por los poyos de Gil Cobo, volcando para el lado de la cueva del Peinero.

Por aquí mismo, donde todavía crece la noguera, se junta el arroyo del raso de la Honguera con el Aguascebas Grande, pasa la carretera, levantaron un depósito para tomar agua en caso de incendio en los montes y rompieron el terreno para que pasara la carretera asfaltada, es donde se alzaba el cortijo. El que todos por aquí conocían como cortijo de la cueva del Peinero. Su dueño se llamaba Francisco "El Lindo". Desde este punto del raso de la cueva del Peinero, río arriba hasta las Hocicas y río abajo, todas estas ramblas eran suyas. Este hombre era también el dueño de la cueva del Peinero. Tierras de su propiedad que roturaba, sembraba, segaba y trillaba para sacar maíz, trigo, cebada, garbanzos y otros productos.

- ¿Pero el cortijo dónde estaba exactamente?
- Es que cuando hicieron la carretera lo terminaron de romper y por eso ahora no se ve. Donde mismo crece la noguera, estaba el cortijo que estamos diciendo. Lo que pasa es que desapareció por la carretera y como luego hicieron el camping y el merendero, pues lo rompieron mucho más.

Ahora recuerdo que donde mismo crece la noguera, cuando el arroyo del raso de la Honguera se junta con el Aguascebas Grande, hay un rellano. Justo al lado de la carretera y es para que aparquen los coches. Queda entre el río y la carretera y al borde mismo y mirando a las aguas claras que bajan por el arroyo de la Honguera.
- Pues ese rellano es justamente el asiento del cortijo que estamos comentando. ¿Lo conoces?
- Claro que lo conozco porque muchas veces me he parado en él y hasta me he preguntando qué pintan allí algunas piedras gordas cubiertas de musgo y formando como un escalón entre el rellano y la llanura hacia las aguas del arroyo.
- Pintar no pintan nada sólo que son las mismas piedras que formaban las paredes del cortijo. ¿Verdad que es un sitio bonito ese?
- Y tan bonito. Se recoge justo en el triángulo que dibujan los surcos del arroyo raso de la Honguera y el Aguascebas Grande y frente a los álamos. ¿Por qué lo rompieron?
- Eso digo yo por qué lo rompieron. Hubiera sido mejor y hasta más bonito haber conservado ese cortijo o en todo caso, haberlo restaurado en lugar de construir el chalé que levantaron sobre la ladera algo más arriba.

- Pero para subir, desde las llanuras de la cueva del Peinero a las Hocicas, por debajo del poyo de los Robles ¿cómo se las arreglaban?
- Por una vereda que va arroyo arriba, sujeta con palos y piedras y por unos garitos que hay ahí, remontaban hasta las tierras llanas de las Hocicas. Por ahí subían y bajaban con las bestias cargadas y las personas también. Las Hocicas ahora todo son pinos pero entonces eran tierras de labor donde se criaban muy buenos garbanzos y hortalizas. Las regaban con las aguas de una fuente que brota un poco más arriba y que vienen de los poyos de los Robles y también de Pinar Negro. En esas llanuras también levantaron ellos unas Tapuelillas. Otro cortijillo pequeño que también usaban cuando tenían necesidad y para guardar tanto el grano como los aperos y las cosechas que sacaban de las tierras. Las ruinas todavía se ven allí. Quedan un poco más abajo de donde termina la pista que, por el arroyo de la Noguera, baja desde el collado Perenoso hasta las Hocicas y comienzo del poyo del Zorro.

En la llanura, sembrada ahora de álamos, se reparten las personas cuando en verano llegan y se ponen a comer en las mesas de piedra que todavía existen por el rincón. En otros tiempos fue esto zona de picni y luego, lugar de campamentos. Pero antes de esos tiempos, estas tierras llanas, con tanta abundancia de agua y tan recogidas entre las lanchas, fueron espacios de buenísimos trigales, bancales de exquisitas patatas, maizales y todas aquellas hortalizas y legumbres que los serranos necesitaban para ir viviendo.

Donde el río de las aguas limpias
algo descansa
porque termina de caer
de las altas montañas,
aun sigue la llanura
que cultivaban.

Pero en la llanura deliciosa
que las aguas bañan
ahora ya no crecen
las espesas matas
de aquellos trigales verdes
de espigas plateadas
ni crecen los tomates
que tanto alimentaban
ni los maizales recios
ni las buenas patatas
porque ahora en la llanura,
por donde el río descansa,
hay álamos esbeltos
y mesas clavadas
para que coman los turistas
que llenan las montañas.

Y claro que entristece
y llora el alma
viendo como se pierden
y como se profanan
las aguas cristalinas
y las tierras santas
de aquel paraíso
que ellos amaban.

Por la derecha, se nos queda una corta pista asfaltada que lleva a lo que los serranos de por aquí, llaman el "El Chalé de los ingenieros". Una casa de lujo que los ingenieros de aquellos tiempos construyeron para su recreo particular y el de sus amigos. Siguiendo el cauce de este arroyo que también nos entra por la izquierda, sube una senda que lleva hasta el verdadero cortijo del raso de la Honguera. Más para arriba hay otro cortijillo, ya no se ven ni las ruinas, que fue el del Cucharero. Pero en este punto es tanto el asombro que nos aplasta, que las preguntas nos salen a chorros.

¿Por dónde se podrá subir a los grandes picos que al frente nos coronan? ¿Por dónde irá una senda que pueda llevarnos a los barrancos de la izquierda? ¿Por dónde se podrá remontar a las lomas y pinares de la

derecha? ¿De qué modo se podría describir, bella y claramente, esta grandiosa cuenca alta del río Aguascebas Grande? Y claro que entran ganas de plantar la tienda y quedarse por aquí para siempre. Sería el único modo de llegar a conocer lo que ahora sólo se intuye someramente. Al alma le gustaría y sin más, ahora mismo lo haría si no fuera porque le estorba y se lo impide, la materia del mundo civilizado.

En el cortijo del raso de la Honguera, porque con el nombre de raso, hay varios por estas zonas, vivía un hombre que le decían el tío Romancillo, el del Raso. Era el dueño del cortijo y las tierrecillas que por allí se labraban. Luego estuvo viviendo ahí el tío Benito. Después lo compró la tía Perfidia y se puso a vivir también en ese bonito y apartado lugar de la sierra. Ella estaba viuda y se casó de segunda. Tenía varios hijos y con su marido vivía en estas tierras y cortijo. Gregorio se llamaba este segundo marido que tuvo.

Por donde ahora crecen los álamos de lo que llaman raso de la Honguera, los sembraban ellos de cereales y hortalizas. De un tal Francisco el Lindo, fueron también las tierras de este precioso raso. Dicen que lo que son las tierras de la cueva del Peinero, ahora pertenecen a un ingeniero que hubo por aquí. Hizo la escritura a su nombre y se quedó con un buen trozo de este gran rincón. Donde un serrano o familia vivía en armonía con sus animales, sus tierras, las hortalizas que sembraba en ellas, sus árboles frutales, sus fuentes y las nogueras, siempre aparecen los salvadores de estos montes. Los que vinieron a romperles y quitarles sus reducidos paraísos y única fortuna en este mundo.

Por este arroyo que entra por la izquierda, arroyo del raso de la Honguera, sube una pista que es la que lleva al “Chalé”. Han puesto aquí un panel, uno más de los muchos que pusieron hace años por todo el territorio del Parque Natural, donde escriben información. Sólo doscientos metros hasta la casa de piedra clavada en la ladera. Ahora la alquilan para los turistas y al caer las tardes, cuando el otoño llena de nieblas, lluvias finas y profundos silencios estos grandiosos barrancos, los que, venidos de fueran, viven por unos días en esta casa, se dedican a muchas cosas. Entre ellas hacen sonar la bocina de sus coches para llamar a los niños que juegan con la corriente del río. Se asoman al balcón de piedra y dan grandes voces para seguir llamando. Y como ellos no saben ni de la ternura de estos paisajes ni del sudor de aquellos serranos que lo cultivaban y tuvieron que irse, tampoco saben que el silencio, la admiración, el asombro y el respeto es el mejor homenaje que a estos barrancos pueden traen con sus presencias. El ruido y las voces también son contaminación y en algún lugar del Planeta Tierra, debería no existir este tipo de contaminación. ¿Pero quién se lo dicen a ellos?

Pero el raso de la Honguera, el verdadero, no se ve ni desde estas llanuras que se recogen junto al río ni desde el chalé. Al cruzar el royo que baja pegado al edificio del chalé, si nos vamos por su orilla buscando las

señales de aquella antigua senda por el lado derecho según se sube, llegamos al raso bueno. Es una vereda como la que hacen las ovejas y no se tarda más de media hora. El cortijo ya se cayó o lo cayeron. Las tierras que ellos sembraban ahora quedan ocupadas por muchos pinos, romeros y otra clase de vegetación. Se está secando el álamo, se han secado los ciruelos, se asilvestran las parras y las nogueras, aun dan nueces buenas. En las aguas claras de sus fuentes ahora se bañan los jabalíes.
- Pero entonces, la llanura que junto al río ahora todo el mundo conoce como el raso de la Honguera ¿cómo se llama de verdad?
Le sigo preguntando al pastor.
- Eso de toda la vida de Dios ha sido la cueva del Painero. Es decir que la cueva de verdad le presta nombre a las tierras que le rodean. Todos los merenderos que hay allí, los chopos, la fuente y todo eso es la cueva del Peinero. También podrían ser las Huelgas de la cueva del Peinero. El raso de la Honguera es un cortijo que ya está en el suelo y mucha tierra que tenía a su alrededor.

Es tan mágico este barranco de la cueva del Peinero, que de siempre he dicho y ahora lo repito, merece la pena hacer la ruta sólo por verlo y sentirse abrazado en el corazón de su gran majestad. Un enorme circo que casi rodea donde, por las crestas que coronan y son los límites de la inmensa Sierra de las Villas, brotan las mil fuentes que van dando agua a otros mil arroyuelos que al despeñarse y fundirse, dan vida al grande y bello.

Siguiendo el cauce de este río de Aguascebas Grande, porque en verdad es el más grande de los que se despeñan por esta vertiente hacia el Guadalquivir, tenemos muchos nombres muy bonitos. Lo primero que hay es la Losa, se sale arriba y tenemos las Huelgas del Lindo y ya el Nacimiento, todo eso es piedras Morenas. Al otro lado el poyo de las Nogueras y a este lado el poyo del Zorro. El poyo de los Bruscos, el puntal del Salvo, puntal de los Robles, cueva de las Grajas, cueva de los Robles, un Covachos que hay allí, la morra de cañá Somera, la Torquilla, el Aguacero, el Acuadrillo, lancha de las Praderas, los Corralones, poyo de los Amarillos. La Blanquilla Alta queda al otro lado y es término de Villacarrillo. Es Blanquilla y no Blanquillo. La Blanquilla Alta es lo que vuelca al valle del Guadalquivir para Coto ríos y Pedro Miguel queda más hacia el Aguascebas Grandes. Es el grande entre todos.

Por cierto, no quería decirlo pero lo voy a decir: en algún libro, dicen que bueno, que se escribió de estas sierras, por estos lares de las Villas, he descubierto muchas inexactitudes. No son verdaderos ni muchas de las historias que se le atribuyen a las personas que ocuparon y vivieron en algunos cortijos ni algunos de los nombres puestos por los sitios de estos parajes ni están en su punto exacto. La sierra es tan rica y tiene tanta presencia humana que todo aquel que se atreva a describirla desde “esto es dogma de fe”, se equivoca. Es necesario patearla mucho, quererla más y

sentirse hermano del más humilde pastor y, además, ponerse en una sincera actitud de humildad, para medio arrancarle a la sierra sus verdaderas perlas.

La carretera, todavía más abajo de los mil cien metros, gira para la derecha y se prepara para remontar al fiero Palancar o poyos del Gil Cobo. Al Cruzar el puente sobre las aguas tenemos el kilómetro cinco y medio desde el collado del Ojuelo. Una tremenda lancha rocosa que cae desde las cumbres y se extiende hacia las profundidades del río e interpone entre este gran cauce y el de arroyo Gil Cobo. Pura piedra con algunos pinos laricios clavados en ella, muchos enebros y lo demás, soledades y cuestas. En los meses del otoño, cuando los años han sido buenos en lluvias y el frío ha llegado tarde, por todos estos barrancos y pinares, nacen muchos y buenos níscalos. Yo los he cogido muchas veces. Y también en los meses de otoño, antes de que los fríos se adueñen de estas tierras, los álamos que pusieron siguiendo el trazado de la carretera, se visten de tonos oro. Verlos desde las cumbres del Torraso o el barranco del verdadero raso de la Honguera, es un espectáculo enormemente fino y gozoso. Y si las nieblas trazan sus juegos por entre estos pinares y los picos rocosos que coronan, la visión es de asombro. Yo la tengo registrada entre mis más hondas experiencias de las amadas tierras de este Parque Natural.

Unas curvas muy cerradas y pronunciadas, dan paso hacia el nivel de los mil cien metros y luego los mil doscientos y los mil trescientos. Por eso, cuando las nieves caen en los días de invierno, esta ladera y, además, gran umbría y fría de verdad, no se anda con chiquitas. Por ella es casi imposible pasar no sólo por las nieves que siempre se acumulan más que en otros puntos, sino por las recias placas de hielo y que no se derriten en casi todo el invierno. Tres o cuatro curvas muy cerradas y estrecha traza antes de coronar. Queda encajada entre los cortes rocosos que el río Aguascebas Grande taja por el lado de la derecha, el barranco por donde se escapa y las cumbres de la gran lancha que algunos llaman del Lobo pero es la de Gil Cobo. por el lado izquierdo. Después de haber recorrido esta carretera ciento de veces, cuando vuelvo a pasar por el lugar, el asombro, el miedo y la admiración se apoderan de mi alma.

Un poco antes de coronar del todo y quedar ya en las tierras llanas de este impresionante y bonito poyo de Gil Cobo, por la derecha se aparta una pista de tierra. Está en el kilómetro nueve cien desde el Ojuelo. Casi cuatro kilómetros tiene esta tortuosa y áspera subida. Tiene su cadena pero si la recorremos, en unos minutos y metros descubriremos que va a una tinada bastante nueva. La construyeron en estos tiempos de ahora y ciertamente que queda muy bonita sobre las tierras llanas de un carrete. Y la levantaron sobre las ruinas de otro viejo cortijos de aquellos tiempos. Es donde, el pastor que vive en la casa de la Traviesa, algo más adelante, encierra sus ovejas. Se llama Romualdo y pertenece al grupo de los buenos serranos. De los que deberían ser condecorados con más de una medalla de oro no por un hecho

singular sino por millones de ellos. Por detrás de la tiná vuelca un portillo para abajo que se llama cueva de la Vaca. Por ese punto, otras veces subían y bajaban las personas con las bestias cargadas. Ahora ya por ahí sólo suben las cabras monteses. Pero el voladero es de marcha mayor.

En esta misma dirección, algo más adelante y pegado al borde del voladero que cae para el cauce del Aguascebas Grande, se encuentran las ruinas del cortijo que le da nombre a este poyo. El del Gil Cobo. Es de construcción antigua, de piedras cogidas con mezcla de cal y tierra y no muy grande. Junto a él se va secando una grandiosa noguera y también se van borrando las huellas de las personas que lo habitaron.

Al coronar, nueve trescientos kilómetros desde el Ojuelo, una bellísima llanura por donde se fragua un corto cauce. Cuando llueve mucho, las aguas de este cauce, se concentran y van a caer por la impresionante cascada llamada Chorreón de la Bruna, el del Molino de la Parra. Se despeña desde las alturas que recorremos y buscan al río Aguascebas Grande justo por debajo de la cueva del Peinero pero por el lado opuesto que traíamos cuando nos acercábamos a este rincón. También se le conoce por el Canalón de la Bruna.

En los días centrales del invierno y en esos buenos temporales de lluvia, yo he visto esta cascada cayendo a tope y ciertamente que me ha dejado sin respiración. Quizá sea la más bella de cuantas cascadas existan en este parque natural por la altura tan tremenda que tiene y la belleza de la vegetación y rincón por donde entra. Y es por aquí y, también en las frías noches de invierno, por donde cantan los cárabos y el rumor de las corrientes se hace misterio y miedo. Y si en esas noches otoñales, además del canto de los cárabos, silba el viento por entre las acículas de los pinos, brilla la luna y las nieblas revolotean, quién no esté preparado para semejante espectáculo, quedará desconcertado. Yo lo he vivido y a fe que nunca experimenté sensaciones tan maravillosas. No hay nada en el mundo que pueda transmitir vivencias tan hondas y bellas.

El remate de esta lancha es un pequeño collado que lleva el nombre de Gil Cobo, precisamente por la presencia de un cortijo, sobre este poyo y por la derecha. Se desmorona por completo entre las curvas de nivel de los mil trescientos a mil cuatrocientos metros. Pero en esta cima, se presentan unas tierras casi llanas. Hicieron el cortijo aquí para aprovechar las tierras y sembrarlas. Es conocido por el cortijo de Gregorio. Los cerezos, las parras, las higueras y algún árbol más, todavía dan testimonio de aquella presencia serrana y caen por una bonita cañada que busca las aguas del arroyo de Gil Cobo. En el hito número treinta desde Mogón, es cuando la carretera empieza a bajar hacia el cauce de Gil Cobo. Se junta con él justo por donde montaron el campamento, crecen espesos los fresnos y ahora, los álamos y los pinos que ahí repoblaron.

Durante un buen trecho, discurre la carretera llana y recta y luego se empieza a caer hacia el surco del arroyo Gil Cobo. Se viene un poco para la izquierda, traza unas curvas, desciende más de nivel, se viene más para la izquierda y cruza el arroyo. En el kilómetro once doscientos cruza el puente del arroyo de Gil Cobo. Pero unos metros antes, por el lado de la derecha y por encima de una pared de piedra que le hicieron a la carretera para proteger a la cuneta, crecen varias parras. Son raquíticas sin se le comparan con otras de otros puntos de la sierra o fuera de aquí pero tienen su belleza. En los meses de septiembre, octubre y hasta finales de noviembre, de estas parras yo he cogido buenos puñados de uvas. No son muy gordas ni tampoco demasiado dulces pero saben a no sé qué. Unas son negras y otras blancas y por las bajeras las han atusado muchos los animales salvajes.

El arroyo de Gil Cobo es de lujo también y como siempre trae mucha agua fresca y limpia. Ahora recuerdo que las llanuras de la Blanquilla Baja y el gran barranco de la Blanquilla Alta, son los dos puntos más remontados sobre la gran cumbre donde se reúnen aguas para alimentar a este arroyo. Sobre todo, recuerdo con especial gusto las preciosas llanuras, en forma de cañada, en la Blanquilla Baja. Recuerdo que en los meses de otoño sobre esas cumbres altísimas y hermosísima, se derraman las nieblas y las lluvias caen durante días y noches sin parar. Por esas buenas tierras donde la hierba forma praderas de lujo, crecen las setas de cardo que más de mil veces he cogido, he asado en la brasa y me las he comido. ¡Qué ricas son las setas de cardo que se crían en estas sierras y sobre todo en la larga cañada de la Blanquilla Baja! Según voy cruzando el arroyo de Gil Cobo y al dejar atrás el puente, por la izquierda la pista de tierra que de la carretera se aparta, pide a gritos que la sigamos. Es la que recorre la bonita cerrada de San Ginés y lleva a las llanuras de Jabalcaballo y el collado del Perenoso.

En el cauce de este arroyo crecen bonitos narcisos, la flor insectívora llamada Pingüicola y hasta berros. Al borde de la pista pusieron otro de esos muchos paneles de información a los turistas y ya no está. Alguien, primero lo rompió un poco, luego se pudrieron los palos que lo sujetaban al suelo y después, lo vi caído y echo pedazos. Ponen las cosas, se olvidan de ellas y como el tiempo no deja de pasar, se lleva por delante lo que no es propio de estas sierras. Si hubiera sido un árbol con vida, seguro que estaría bien agarrado a la tierra y lleno de fronda. Por aquí cerca hay otro letrero que procede de tiempos más lejanos. Lo pusieron cuando construyeron esta carretera. En chapa y con letras grandes rotularon: “río Aguascebas del Gil Cobo”. En mapas más recientes aparece el nombre de Aguascebas de la cueva del Agua y ha sido porque desde aquellos mapas antiguos del ejército se ha venido corriendo siempre con las mismas palabras. Hasta en los que dicen son los mejores libros que nunca se escribieron de estas sierras, lo han copiado con las mismas letras. Y es arroyo de las Aguascebas de Gil Cobo. Los serranos así es como lo conocían y lo nombraban en aquellos lejanos

tiempos y así es como lo siguen conociendo y nombrando en estos ahora malos tiempos para ellos. Peores que aquellos y no es por la dureza que la tierra sigue mostrando sino por la enorme invasión de una cultura, sin identidad propia, que se come a la suya.

Por esta pista forestal de tierra se puede entrar con el coche aunque esté complicada pero mejor es hacerla andando sin intención de llegar hasta su fin. Es un paseo de una delicia tal que se mete en lo más íntimo y baña con puro gozo. Sobre todo gusta y sacia en las mágicas mañanas otoñales y cuando el cauce de este arroyo deleita con el rumor de sus siempre limpias cascadas y charcos. Recorrer este trozo de pista, en soledad y dejando que el espíritu se empape de la esencia y música que de aquí mana, no tiene parangón con ningún otro deleite sobre esta tierra. Y si es en las mañanas o tardes de primavera, cuando los acantilados y las riberas muestran la espesura de sus verdes ribeteado con las flores más variadas, digo yo aquí que no existen palabras para poder expresar tan delicada fantasía. El alma engorda y hasta se siente morir con banquete tan suculento, que gusta y gusta y nunca sacia por completo. En las rutas parciales que van saliendo de esta principal, describiré con más detalle y hasta el final, este rincón de la cerrada de San Ginés y los espacios que por encima de ella contiene la sierra. Y también quiero decir que aunque en algunos mapas de estas sierras, en este punto de la carretera y el arroyo, marcan un campamento, ya no existe. Desapareció hace años aunque todavía sigue por ahí la fuente de cemento que hicieron y otros detalles. Ton poco existe otro panel de información que la Junta de Andalucía clavó por aquí anunciando la cerrada de San Ginés. Lo rompieron, se pudrió y luego lo quitaron echo añicos.

Ahora, gira la carretera para la derecha, remonta otra vez bruscamente, traza varias curvas y en una hondonada que es casi cañada, se presenta un nuevo cortijo de aquellos tiempos. Se encuentra justo en el kilómetro doce trescientos desde el collado del Ojuelo. Este cortijo es el de la Traviesa que se alza justo por el nivel de los mil trescientos metros. Por debajo de este cortijo, todavía habitado por pastores de aquellos lejanos tiempos, en la cañada que va cayendo hacia el arroyo Gil Cobo, antes de que éste se meta por la primera cerrada que hay por debajo de las tierras de Gil Cobo, hay otro cortijo pero abandonado. En ruinas total y por completo dejado de la mano de los hombres. Fueron tierras que pertenecieron al dueño del cortijo de la Traviesa pero que ahora se las comen los bujes, los chopos que por ahí sembraron y los jabalíes.

El cortijo de la Traviesa, ya diré el por qué de este nombre, lo vinieron a construir en la cañada que cae desde el grandioso collado del raso de la Escalera. Casi siempre corre por aquí un delicado arroyuelo que trae mucha agua y en verano, el caño que le han puesto a la pila de cemento, ni aminora. Hasta en los años de mayor sequía, el verano del 99, sigue corriendo con la misma cantidad de agua. Desde los cortijos de la nava del Vilano y otros por

la vertiente al Embalse de Aguascebas, a este cortijo de la Traviesa acuden a por garrafas de agua para abastecerse. En el raso de la Escalera y hacia el levante la gran cumbre, las aguas de las lluvias y de las nieves se acumulan en grandes cantidades. Como todo ese terreno queda bastante más alto que este cortijo de la Traviesa, al filtrarse, salen por esta cañada donde el cortijo se asienta. Tanta agua, tan clara y pura, es una gloria y transmite vida aunque no la hubiera. Otra de las peculiaridades que desde el cortijo de la Traviesa podemos gozar, son los bonitos espectáculos de nieblas otoñales. Se alzan desde los hondos barrancos de las Aguascebas Grande y Gil Cobo y coronan las grandiosas crestas de la Cigarra y el Torraso. Es un espectáculo único, silencioso como cuelen ser todas las profundas y bellas cosas pero inmensamente sobrecogedor.

Desde estas alturas y, ahora que ya nos hemos alejado de los grandes cauces que sangran desde la inmensa sierra, es cuando empezamos a medio vislumbrar la grandiosidad de los barrancos que nos hemos dejado atrás y por la derecha. Miramos y miramos y no acabamos de creernos la maravillosa y a la vez, dura y tremenda, sierra que la naturaleza y Dios, aquí ha modelado. Cuatro cortijos se nos quedan entre la cañada de la Traviesa y los poyos de Gil Cobo. Sólo el de la Traviesa se encuentra habitado por Romualdo y su familia. Todavía cultiva él tabaco verde, como en aquellos lejanos tiempos, tomates en su pequeño invernadero, coge tea de las toconas de los pinos que en tiempos lejanos cortaron por estos parajes y hasta cura a sus ovejas con miera. La resina que sudan las raíces de los enebros. Todavía enciende la lumbre con astillas de tea añeja, que arden como la pólvora y huelen a resina de pino.

Justo en este punto, se viene la carretera para la derecha en una subida suave que se irá complicando enseguida y corona un pequeño collado. Por la izquierda nos queda un morro elevado que se desmorona entre los mil trescientos a mil cuatrocientos metros, modelando llanuras y hoyas en todo lo alto. Cuando los años son de abundantes lluvias, por estas hoyas de la cumbre que nos va quedando por la izquierda, se acumulan las aguas. Justo por donde la carretera ha cortado a las rocas para abrirse paso, todavía se observan buenos bloques de calizas que se fueron formando con la corriente de las aguas. Como si por este punto, entes, hubiera caído una cascada y al correr de los años, aquí se hubiera fraguado enrevesadas estalactitas y estalagmitas. Ahora ya no corre agua pero antes de esta seca cascada, por la grieta de una de las rocas cortadas para que pasara la carretera, sí mana agua. En el otoño del 99, por esta grieta o agujero yo vi brotar un buen caño de agua limpia. Caía directamente a la cuneta de la carretera y luego se filtraba hacia la cañada del cortijo de la Traviesa. Es lo que dije antes: sobre las hoyas de las cumbres que van quedando por la izquierda, se acumulan las aguas de las lluvias. Uno de sus desagües naturales son los puntos que atrás he mencionado. Es el único.

Por la derecha, se abren los grandes barrancos y antes nuestros ojos, se presentan unas laderas escarpadísimas y con una maraña de picos, barrancos, voladeros y en las mil repisas, algunas llanuras de tierra fértil. Las ruinas de los cortijillos que por aquí se desmoronan, dan testimonio de lo bueno que eran estas tierras a pesar de lo quebrado del terreno. Los voladeros que acompañan a la carretera por este lado derecho, en el año 99 del siglo veinte, eran buitreras. Es decir, estaban ocupados por unas diez o doce parejas de buitres leonados que me han proporcionado mucho placer. Desde las partes altas los he observado largas horas y los he fotografiado a mis anchas sin que ellos se haya dado cuenta. Poyo Sequillo se llama la lancha que sube desde el cortijo de la Traviesa.

Gira la carretera sin brusquedad hacia un lado y otro y avanzan casi al borde mismo del acantilado. Roza la curva de nivel que va por los mil cuatrocientos metros pero desde este punto, en ningún momento ya la traspasa. El Agrión es como se le conoce por aquí a este punto. Es un agreste morro con muchas rocas calizas erosionadas y por eso, con muchas rajas. Pero si recorremos estas crestas, como mucho cuidado por el peligro que representa, iremos descubriendo unas preciosas vistas hacia el barranco del Zarzalar, el arroyo de Gil Cobo por donde la cueva del Agua y hacia Bardazoso y las buitreras debajo mismo de estos voladeros. La “Herraura”, Herradura es como se llama el punto donde el arroyo de Gil Cobo se funde con las aguas del Aguascebas Grande. Un rincón lleno de misterio por su profundidad, los inmensos paredones rocosos que le rodean y lo escondido de ese paraje. Se llega a él sin muchos problemas pero desde luego no desde este collado del Pocico sino por otras veredas que en otros apartados de este trabajo diremos. La carretera avanza casi en línea paralela a las paredes rocosas para no toparse de frente y por fin, corona al collado del Pocico. Se encuentra en el kilómetro catorce doscientos desde el Ojuelo. Varias ruinas de cortijos, nos saludan por la derecha y a partir de ahora, ya entramos en la otra gran vertiente: la del Aguascebas Chico.

Diré que en este collado del Pocico construyeron una fuente por el lado de arriba de la carretera y casi nunca tiene agua. Las Morrillas son los parajes que coronan a esta fuente pero como no están demasiado elevados, el agua que debería manar para llenar el pilar de la fuente mencionada, lo hace un poco más abajo. Volcando para el barranco del Zarzalar, por la derecha y a tan sólo unos metros de la carretera que recorremos. Bajo unos preciosos ciruelos que dan fruta de la mejor calidad en los meses de otoño, mana este manantial. Tenía que ser así para que los que habitaban estas tierras en aquellos tiempos, pudieran regar los huertos que desde este collado hasta lo hondo del arroyo, construyeron. Los huertos del arroyo del Zarzalar con su correspondiente cortijo. Por eso en este manantial también construyeron una alberca. Recogían el agua en ella y luego regaban aquellos pedazos que más lo necesitaban y que les interesaba a ellos. Ahora este manantial lo aprovechar los que andan reconstruyendo el cortijillo que a la

derecha y cerca del venero levantaron, abandonaron, se cayó y rehabilitan por estas fechas, para venirse aquí de recreo. Son personas venidas de fuera de estas tierras.

Y un paréntesis: por el mes de enero del 2000, el cortijillo que atrás decía andaban reconstruyendo, ya estaba con su techo y ventanas. La tarde de aquel sábado cuando volví por aquí, me lo encontré bajo la gran nevada y frente a la profunda sierra. No sentí alegría pero fue normal. Aquella tarde tuve que dejar el coche en el mismo collado del Pocico. Desde este punto para delante, dirección al cortijo de la Traviesa, la nieve cubría la carretera y como se había helado, era imposible pasar por ella. Los pastores del cortijo dicho ya se habían ido porque ellos sabían que estas fechas son las peores.

Pues desde el collado del Pocico, me puse en camino y recorriendo la carretera llegué al cortijo de la Traviesa. Estaba cerrado porque ya he dicho que los que lo habitan se habían bajado con sus ovejas a las tierras de la campiña. Desde la puerta de este cortijo y con los campos cubiertos de nieve, estuve haciendo unas fotos hacia la lancha de la Cigarra. Creo que este es el mejor punto para fotografiar esta gran mole rocosa, con nieve y al caer las tardes de estos meses de invierno, es cuando más bonita se presenta. En ninguna otra época del año me la he encontrado tan hermosa. Después hacer estas fotos seguí bajando y llegué hasta el arroyo de Gil Cobo, me entré por la pista de tierra, bebí agua en la fresca y abundante fuente que junto a esta pista construyeron y recorrí toda la preciosa cerrada de San Ginés. Y claro, como aquel día hacía tanto frío y la nieve ya he dicho que cubría mucho, de las rocas colgaban los carámbanos. Tantos y tan bonitos que me hacía un lío a la hora de escoger algunos para hacer fotos. Ya saliendo de la cerrada, donde la pista se divide, la nieve se amontonaba en mayor cantidad. Un par de fotos más estuve haciendo, tanto a los carámbanos como a los cristalinos charcos y a los arroyuelos. Cuando ya caía la tarde, regresé y volvía satisfecho hasta lo más hondo.

Y todavía quiero decir que por este mismo collado del Pocico, crecen los enebros rastreros o de miera y los de la otra especie. También, en más de una ocasión y en primavera, por aquí he visto la curiosa orquídea que lleva por nombre Himantoglossum hircinum, que traducido quiere decir Satirión barbado. Esta planta puede alcanzar entre 20 a 80 cm. de altura. Tiene un tallo muy robusto con motas purpúreas poco visibles revestido con escamas parduscas. La espiga de esta original planta es alargada con flores grandes que desprenden un fuerte y desagradable olor. No se la comen los animales. Lo más curioso de las flores que da esta orquídea son sus largos labelos que se desenroscan a media que madura la flor y luego se retuercen. Unos dicen que su nombre genérico se traduce como “con lengua como un látigo” mientras que la traducción de Himantoglossum se refiera a cinta y a lengua. Lo de hircinum parece que se refiera al macho cabrío por el fuerte y desagradable olor que desprende.

La vertiente que anunciaba antes, desde el collado del Pocico para Guarondo, es para mí, uno de los puntos más interesantes de la gran ruta que venimos recorriendo. En ella se recoge toda la parte alta de la cuenca del Aguascebas Chico limitada ahora por el pantano y en este vaso de la cuenca alta, nacen y corren varios arroyos de mucha belleza. El primero y por nuestra derecha es el arroyo del Torno que nace en la nava del Vilano. Se funde con el río más abajo del muro del pantano pero le recogen sus aguas y por una acequia se las llevan al pantano justo por donde éste tiene su muro. Otro arroyo de mucha entidad es el de la fuente del Tejo que nace en el morrón del Cerezo o puntal de los Robles. Junto a este arroyo y en toda su parte alta, construyeron muchos cortijos los serranos de aquellos tiempos. El raso de la Escalera, la majá de la Carrasca, el Prao de los Chopos, Tarquino y el Romeral. Todos estos preciosos cortijos tienen sus buenos trozos de tierra para sembrar pero ahora abandonados de aquellos serranos y casi todos habitados por personas venidas de fuera de estas sierras.

El arroyo o río del Aguascebas del Chorrogil, es el más importante de todos. Nace en las amplias y preciosas llanuras de Jabalcaballo donde brotan varias fuentes y hay varios cortijos. Algunos están habitados por pastores y otros, por personas no de estas tierras. Muchos manantiales le prestan sus aguas a este primer tramo del río y entre ellos está el de la fuente de la Berraza. Cuando este primer ramal del río ha bajado hasta dejar la Morra atrás, se junta con otro ramal que viene desde las laderas del Pardal, los Asperones y los Palancares. Son tierras esas muy quebradas pero por donde también construyeron algunos cortijos en aquellos tiempos que, a un lado y otro, vienen acompañando al cauce hasta que éste se despeña por la famosa cascada de Chorrogil. Cortijo del Trigo, de la Zurullo, de Lucio Parra, de los Palancares y del Almagreros son algunos de los más destacados. Donde mismamente están ahora las aguas del pantano, había algunos cortijos que se ven cuando éste baja lo suficiente. Uno de ellos era el molino de trigo de los Quicos.

Y por eso quería decir que esta cuenca alta del Aguascebas Chico, en otros tiempos fue un rincón muy poblado. Casi en cada recodo de estos bellísimos cauces, había un cortijillo y en él, viviendo una o varias familias serranas. Aun permanece poblado pero con pocas familias serranas. Por aquí sólo conozco algunos pastores que todavía siguen con la tarea de sus ovejas y en la lucha con la tierra y los elementos meteorológicos como en aquellos tiempos. Ángel vive en el cortijo que pega a la casa forestal de la Fresnedilla y cuida ovejas con su mujer Ruina. Un hermano de Ruina y unos primos suyos viven en el cortijo de raso de la Escalera y la majá de la Carrasca. Adelaida y otro pastor viven en el collado de la Cruz, yendo para el camping de las Castañetas y también siguen con la misma lucha del ganado de aquellos tiempos. Por los Morros del Aguardientero, en lo más alto del macizo montañoso, hay otro pastor que aún no conozco y en el cortijo de la Traviesa,

vive Romualdo. Este tiene sus ovejas por los poyos de Gil Cobo y los barrancos de este arroyo.

Hecho este paréntesis o necesaria aclaración, continuamos con la ruta. La nava del Rico, es como se llama este primer terreno llano, repleto todavía de árboles frutales, con algunas casas habitadas por personas que no son de estas sierras y con ruinas de cortijos a un lado y otro según bajamos. Comienza a bajar señorial y bellamente y casi recta durante un trayecto largo. Es como un respiro y un consuelo después de los precipicios últimos y las grandes lanchas por Gil Cobo. Por donde ahora discurre, los niveles de las tierras se presentan casi llanos y si hubiéramos seguido en la misma dirección que traía antes de coronar el collado último, se metería en unas magníficas extensiones de navas y cañadas, casi todas sobre los mil trescientos metros.

Las ruinas de cortijos a un lado y otro, nos van saludando al tiempo que gritando hasta que por la izquierda, se nos aparta otra pista de tierra. Si la seguimos porque estuviera en buenas condiciones, iríamos a otros siete u ocho cortijillos. En algunos de ellos siguen viviendo todavía los pastores de aquellos tiempos. La Cruz de Juan Nuñez, el pastor Silvestre y la majá de la Carrasca y el raso de la Escalera, los dos primos Pablos. Otros, rehabilitados y con personas viviendo en ellos, que no son de estas sierras. Prao los Chopos, el Vallejo de los Pinos, la Huelga, cortijo de Eladio y el del Romeral.

Por esta pista de tierra, nada más recorrerla unos doscientos metros, por la derecha nos encontramos las ruinas de un bonito cortijo. Fuente del Pino se llama y se levanta en una gran llanura por donde, sobre la ladera del Caballo, mana una preciosa fuente que tiene tornajos. El arroyo que aquí nace desemboca en el arroyo de la fuente del Tejo por un sitio que le dicen la pasá del Maguillo. Por eso es este arroyo de cauce corto y poca agua porque se la cogen en esta fuente del Pino y en los cortijos de Prao de Coca, algo más abajo, se llama arroyo del Maguillo o de la fuente del Pino. La ladera que da paso al collado de la Cruz de Juan Nuñez, en cuanto llega el invierno, se cubre de nieve y como cae en umbría, a una altura que pasa de los mil trescientos metros y está muy poblada de pinos, la nieve se hace hielo. Por eso, en los meses de invierno, es complicado recorrer en coche esta pista para venir a los cortijos atrás anunciados. Los pastores que viven en los cortijos antes nombrados se bajan a las dehesas de Sierra Morena porque en estas montañas no puede vivir, por estas fechas del año.

Otro collado, por el cortijo del Lobo, sobre los mil doscientos metros y ahora sí empieza a descender, siguiendo el surco de un incipiente arroyo, el de la Fresnedilla y al poco, se viene para la derecha. Estamos a dieciséis kilómetros desde el Ojuelo. Pero tengo que aclarar que aunque en varios mapas el arroyo del Torno queda situado en este cauce, no es correcto. Este incipiente arroyo que luego pasa por la casa forestal de la Fresnedilla y

desemboca en el Embalse de Aguascebas, se llama precisamente de la Fresnedilla. El del Torno es el que baja paralelo a éste y nace en la nava de la fuente del Vilano, más pegado al macizo Navazalto. En algunos mapas aparece Milano y es Vilano.

Justo en la curva donde a la derecha quedan las ruinas de aquel bonito cortijo del collado del Lobo, por la izquierda y en lo hondo del arroyo es donde se encuentra el lugar llamado Nacimiento. Las aguas y las nieves que caen por las llanuras de la nava del Rico y por las cumbres del Ponestillo, se filtran y vienen a salir por este punto. Es donde han construido una caseta y desde ella sacan tubos para llevar agua a la casa forestal que hay más abajo, la de la Fresnedilla. Cuando llueve bien por este nacimiento sale un caño de agua casi como el cuerpo de dos personas. Una gloria y por eso aquellos serranos vinieron a construir su cortijo donde tenían abundante agua y buenas tierras.

Traza varias curvas para sortear un complicadísimo paisaje de rocas calizas. A cuatrocientos metros de las ruinas del cortijo collado del Lobo, por la izquierda y al lado de abajo de la carretera mana otra fuente. Es conocida por la fuente de la Hocica. Cuando construyeron la casa forestal de la Fresnedilla de este manantial cogieron agua y hasta le hicieron unas tapuelas para que los animales no se metieran en las aguas. Luego la cogieron del nacimiento y este punto lo dejaron abandonado. Los padres de Ángel el pastor de la Fresnedilla, las tierras que quedan por debajo del manantial, las regaban con el agua de esta fuente. La otra fuente, la del Gitano, queda por el lado de arriba de la carretera y es tan pobre que en los veranos secos deja de manar. Recoge las aguas de la nava de Majaenrea, la que queda por debajo del collado del Lobo. Y una nueva pista que se aparta por la derecha. Lleva a más navas y a más ruinas de cortijos y también a lo más alto de un pico: Navazalto. Pero no tiene tanta altura porque sólo se eleva 1379 metros. Algunos nombres por aquí son: collado del Pocico, cortijo nava del Rico, collado del Rico, el que vuelca para la fuente de la Puerca, collado del Lobo, cortijo de Pata Llana, cortijo de la fuente del Pino, cortijo, tiná y collado de la Cruz, majá de la Carrasca, cortijo del raso de la Escalera, las Castañetas, que es donde se encuentra instalado el camping, Prao de los Chopos, cortijo del Romeral y otros.

Antes de que trazaran por aquí esta carretera ahora asfaltada, el camino más importante y que iba dando comunicación a los cortijillos de esta cuenca y de la del río Aguascebas Grande, subía por el arroyo del Torno. Volcaba por la nava del Vilano y por la vertiente opuesta se metía hasta el arroyo de Gil Cobo. Siguiendo el surco de este arroyo se iba hasta llegar al río Aguascebas Grande por donde remontaba y se iba hacia los molinos de Puente Toba y el de la Parra. Para la izquierda, se iba otro ramal. Esto era hace más de cien años.

Antes de la Fresnedilla, por la izquierda quedan la salidas de varias

pistas de tierra. Van a la fuente del Vilano y al macizo Navazalto. Y digo macizo y no pico porque este nombre es el usado para todo el macizo. Para los puntos más elevados de este macizo, hay otros nombres concretos que luego en la ruta que describiré para subir a estas cumbres, los pondré. Donde se levanta la caseta de vigilantes de incendios, llamado en los mapas y por algunos Navazalto, su nombre verdadero son los Hoyos de la Nieve. Otra pista más por la izquierda y esta lleva al mismo arroyo del Torno. A su corazón, unos cortijos y un vivero de plantas que pusieron aquí algunas personas y luego no tuvo mucho éxito.

Estamos en el kilómetro diecisiete ochocientos. Una recta y al dar la curva, la presencia de una vieja casa forestal ahora reconstruida. Es la de la Fresnedilla y junto a ella, la casa de otro pastor de estas sierras. Ángel y Ruina que nació en el cortijo del raso de la Escalera, por encima de la casa de la Traviesa y por debajo de la lancha de la Escalera. Cuando ella era pequeña, la mayor de varias hermanas, se iba con su padre dar careo a las ovejas por el rincón de Bardazoso. Ahora vive en este cortijo cerca de la bonita casa forestal de la Fresnedilla, donde también hay una escuela para atender a los niños de las familias que viven en los muchos cortijos ya mencionados. Unos quince había en el curso 98-99. En la lumbre que en invierno siempre arde en el cortijo del pastor Ángel, he comido varias veces cuando la lluvia era mucha y la nieve hacía gélido el aire de estas sierras. También en algunas tardes de otoño mientras charlábamos de cosas de aquellos tiempos.

Algunos nombres de guardas por este rincón de la sierra y que han vivido en la casa de la Fresnedilla, son los siguientes: el tío Pepe, Nieves, Camacho, Ramas, Pedro Díaz, Antonio Cuadros y el que hay ahora que es José Pérez. En los primeros tiempos sí vivían en esta casa, ahora ya no. Vienen y se van por las noches a las casas de sus pueblos, con la familia y los hijos. El último se llama Paco y es de la Iruela.

Ya desde aquí, cortando llanuras que dieron buenas hortalizas en otros tiempos porque fueron huertos, la carretera cae rápida hacia “Guarondo”, el pantano azul. Porque su nombre de siempre y todavía muy pronunciado por quienes viven por estas sierras, es Guarondo, aguadero hondo, y no Aguascebas, que pertenece a los arroyos y río que lo alimentan. A los ingenieros y los nuevos ocupantes de estas sierras en los tiempos más modernos.

Pero antes de rozarlo dulcemente por el lado de abajo, todavía traza varias curvas, sortean algunas paredes rocosas por donde se abren preciosas cuevas, baja bastante más porque ya corta la curva de nivel de los mil cien metros.

atraviesa el surco del arroyo de la Fresnedilla, el que nacía en el mismo

collado y ahora se allana para meterse por el muro del pantano. Ya se acomoda en lo mil metros solamente. Un poco antes de rozar el pantano, por la izquierda nos queda un poyo de tierra muy pobre y muchas rocas calizas. Kilómetro diecinueve y una fuente con su pilar mana junto a la carretera con un leve chorrillo de agua. Se llama fuente Carmen porque en otros tiempos, hubo por aquí una mujer que la aprovechaba para regar unos pedazos de tierra. Se llamaba Carmen y desde entonces los serranos le siguieron llamando al venero fuente Carmen, en su honor y para que no se borre su memoria. Antes de esta fuente y también por la izquierda, se aparta una pista de tierra. Si la seguimos vamos a varios sitios muy bonitos.

A los cortijos de los Praos de Coca, a la fuente del Pino, al cortijo del Romeral y el ramal de la derecha se mete en el surco del arroyo fuente del Tejo y lo cruza por el lugar pasá del Maguillo. Ahí mismo hay otro cortijo pero la pista de tierra sigue hasta encontrarse con el río Aguascebas Chico, lo cruza, remonta y por el collado de Caracho, busca la carretera asfaltada que vamos recorriendo. Este recorrido fue el que sustituyó a la carretera cuando hace unos años recrecían el muro del Pantano de Aguascebas. Por aquí tenían que desviarse las personas para atravesar la sierra o venir a los cortijos que ya hemos dicho. Ahora se encuentra en malas condiciones. Por la pasá del Maguillo, la pista se pierde y los coches no puede cruzar ni desde aquel lado para acá ni desde aquí para allá.

Y por debajo de la fuente, en la segunda curva cerrada que traza la carretera antes de cruzar el arroyo de la Fresnedilla, por la izquierda se aparta una muy desdibujada vereda. Con un poco de pericia, si la seguimos, podemos encajarnos en una preciosa covacha que se abre en las duras rocas que miran al pantano sobre el morro que nos viene quedando por este lado izquierdo. Es un poco difícil llegar hasta ella y luego sigue presentando problemas para entrar dentro, por lo elevada que se encuentra sobre la complicada pared rocosa. Tiene una higuera en la misma puerta y cuando llega el otoño, desde la carretera se distingue mucho mejor porque al caérsele las hojas a esta higuera, deja despejada la cavidad de la entrada. Dentro crece una hiedra y desde hace muchos años esta cueva sólo es usada por los animales silvestres para refugiarse en de lluvias o nieve.

Ya rozando las aguas del pantano, por la izquierda, todavía se ven las ruinas de un cortijillo. Es el del tío Matías y por eso, la lancha que nos queda a la izquierda y que separa el arroyo de la Fresnedilla del arroyo del Torno, se llama lancha Matías. Muy cerca de las ruinas de este cortijo, todavía con sus higueras, sus parras, algunas matas de pita y otros árboles ya bien secos, por la izquierda y frente, sé que se oculta una preciosa cueva cuyo nombre ahora no recuerdo. Kilómetro veinte desde el collado del Ojuelo. Es aquí donde he decidido poner fin a esta ruta. La carretera que sigue, va al Pueblo de Mogón, Santo Tomé y Chilluévar pero los paisajes dejan de presentar la belleza y complejidad sorprendente que mostraban los que hemos atravesado. En

cuanto remontamos al collado del Caracho, ya estamos en la vertiente del río Cañamares. Es la misma vertiente de la gran Sierra de las Villas pero términos de otros pueblos con tierras muy llenas de olivos y, al menos para mí y por ahora, fuera del interés de incluirlos en el presente trabajo.

Pero antes de poner punto y final a la bella ruta que hemos traído desde el Puente de los Agustines, voy a decir que ya pasado el muro del pantano, por la derecha nos queda un gran macizo rocoso que se reparte entre un montón de nombres. Su conjunto es el Aguardientero, la Osera, peña Rubia y la Escalera, que es también el nombre de un cortijo que se asienta en todo lo alto. Por la ladera que queda en la umbría y mira al gran barranco por donde se aleja el río después de escaparse del pantano, va el túnel y los tubos que llevan el agua potable, desde este pantano hasta los pueblos de la Loma. Es de una gran belleza todo este gran conjunto que se nos queda por la derecha y para recorrerlo tenemos tres puntos: desde las casas del pantano, baja una pista que siguiendo, más o menos, el trazado de los tubos, se mete en la hondonada del cauce. Siguiendo la carretera asfaltada, antes de las curvas sobre las parte altas del pico Vílchetes, por la izquierda se aparta otra pista de tierra y pasando la casa del control, por donde se divide la carretera para Chilluévar, algo más adelante, también se aparta otra pista de tierra por la derecha. Por Prao Nevao y lleva al viejo cortijo de los Vílchetes. En otro momento y lugar daré noticias de este precioso macizo un poco al margen ahora de esta ruta.

Así que un descanso merecido para gozar a fondo la meta apetecida y claro que tendremos que seguir. Pero para muchas direcciones, se nos abren varias rutas a pie que desde luego, merecen la pena. Antes de empezar a describirlas, quiero dejar dicho que el nombre de este pantano, el que ahora conoce todo el mundo con el nombre de Aguascebas, parece que nació de la suma de los cauces que lo alimentan. Por esta zona de la sierra, a los arroyos de cauces cortos, abundantes y torrenciales, de siempre los serranos le han llamado Aguascebas. Un nombre genérico que vale para todos los arroyos que tengan un poco de entidad. Ellos dicen también royo y no arroyo. Pues como son tres las Aguascebas que les entran al pantano, Aguascebas de Chorrogil, la más larga, de mayor caudal y pronunciada, Aguascebas de la fuente del Tejo y Aguascebas de la Fresnedilla, de la suma de estas tres salió el nombre de pantano o embalse de las Aguascebas. Donde se remansa ahora este pantano, de toda la vida de Dios lo serranos lo han conocido con el nombre de Guarondo, Aguadero Hondo. Y ellos mismos se extrañaron cuando empezaron a oír el nombre que le pusieron al pantano.
- Si alguna persona de aquellos tiempos, sesenta y ochenta años atrás, despertara y oyera el nombre de Embalse de Aguascebas, seguro que no sabría en qué parte de la sierra se encuentra tal pantano.
Me han dicho a mí muchas veces los serranos de estos tiempos.

Bajo las aguas de este pantano se quedaron dos molinos, una tiná y un

cortijo. Tres molinos había en este Aguascebas Chico. El que se pegaba al muro cuyo dueño era Santiago. El que cubrió las aguas por la parte de arriba. Ella se llamaba Marta, su marido se llamaba José y un cuñado de ella se llamaba Quico. El que había cerca de la pasá del Maguillo se llamaba Liberto pero al cortijo se le conoce con el nombre de Nofre. Y las tierras que cubrieron las aguas de este pantano creo que eran las mejores de todas estas sierras de las Villas.

La primera vez que yo vi este embalse lo describí de la manera que a continuación pongo.

El Embalse de Aguascebas

Subí a verlo un día de primavera. Porque hay que subir y también casi, casi hay que ir a verlo. Sus aguas se remansan donde viven las nubes, en las cumbres más altas y casi donde sólo hay rocas y algo de viento. Allí, en el barranco que es como una taza tallada en el ensueño de la ladera, bordada aquí y allá por el sol que desciende de la cumbre.

Y creí que era llegar, quedarse ahí un rato frente a él, descubrir por donde le entra el río y por dónde se le va, observar el monte que le rodea, el agua que se mece y poco más. Como suele ser la mayoría de las veces que uno va por estas sierras pero cuando vi que la luz de aquella agua me cogía, cuando lo empecé a sentir cerca de mí, cuando casi empecé a llorar del gozo que aquello daba, me paré frente a él y ya no quise venirme.

Frente a la masa azul lo primero que me llamó la atención es que parecía azul pero no lo era. Si lo miraba donde cae la nube que pasa rozando las rocas, era agua pero al mismo tiempo era nube derramada en el agua y al rato era las dos cosas y luego ninguna. Si lo miraba por el otro lado, por donde las rocas juegan al escondite y no sabes si estás arriba o abajo, pasaba igual. En un momento parecía agua meciéndose en el viento que de pronto se convertía en roca que es agua porque se curva y se mueve y se torna gris, azul, viento y después sombra. Pero es que si lo mira por el lado donde sólo hay cielo desnudo, entonces me creo que sí es azul y me equivocaba porque depende del momento y de que lo mire un poco más acá o un poco más allá.

Te puedes crees que es transparente casi como si fuera cristal y en algún momento afirmas que es transparente porque hasta se ven las rocas del fondo pero en cuanto se te cuela el árbol de la orilla meciéndose con su traje de gala verde o el tono también verde, azul, o violeta de la primavera brotada en la tierra de la ladera, ya te haces un lío. Yo me lo hice y como no iba preparado para tanta maravilla en aquel día y aquel momento, hice un pacto de amistad con este pantano. Nos hicimos amigos y prometí volver otro

día para aprender de él como se abre ante mis ojos sin prejuicios, revelándome sus secretos, enseñándome su belleza y haciéndome ver que no tiene necesidad de aparentar otra cosa de lo que es, para resultar hermoso. La clave de su atractivo es precisamente eso: su desnudez y la claridad de su inocencia. Allí frente a él, aquel día me sentí agusto y fui feliz y por eso tengo que volver.

Cuando volví, ya pasado el tiempo, una tarde me enteré de muchas cosas que por aquí el viento tiene escondidas. Entre ellas, supe que cuando construían este pantano, ya hace muchos años, en sus obras trabajaron algunos de los serranos que por aquel entonces vivían en los cortijos que hoy se mueren abandonados. Uno de ellos, aquí dejó su vida para siempre. Dicen que fue una noche después de terminar el trabajo. El hombre se encargaba de guardar las obras y como hacía mucho frío aquella noche echó brasero, se sentó en una mesa que tenía y se acurrucó para sentirse mejor. Se quedó dormido. A otro día por la mañana como los compañeros lo no veían decían: “Si no se ve esta mañana ¿dónde estará? ¿Que habrá pasado? Acércate a la caseta a ver si está”. Se acerca, llama y dice: “Que está dormido”. “¿Cómo que está dormido?”. “Sí, está encima de la mesa con los brazos cruzados y duerme”. Pues ya vienen, tocan en la puerta y lo llaman. El hombre no contestaba. Como había cerrado por dentro derribaron la puerta y cuando entraron se lo encontraron muerto.

Excursiones a pie

LOS CAMINOS

- Entonces ¿qué es lo que te interesa ahora?
- Aquello que me decías de los caminos.
- Lo que te decía de los caminos es que no sé explicarlo. En mi sueño lo he visto muchas veces y según se me presentaban, los caminos en lugar de ser muchos que surcan las grandes extensiones de estas tierras, era como uno solo. Como un gran camino formado por la reunión de muchos pequeños que se perdían y al tiempo surgían de cualquiera de los puntos de esta gran sierra.
- ¿Y a dónde te puede llevar o te llevaba este gran camino?
- Es como si naciera de ahí, de donde nace la tierra que puede ser cualquier punto y te llevara a todos los lugares. Por eso para mí el camino es tan importante. Como lo fundamental en la superficie de la tierra que lleva a la misma tierra al tiempo que también lleva a los secretos y bellezas que la tierra encierra.
- Pero el camino ¿quién lo ha trazado?
- No se sabe, porque parece como si estuviera oculto y algo perdido, al tiempo que se intuye grande y fundamental para sentirse uno presente en este suelo mientras busca la verdad, el todo, lo supremo. Por eso los caminos no hay que recorrerlos, sino gozarlos para llenar el alma y darle al espíritu la ración necesaria para el encuentro con lo eterno. La sierra más que

conquistarla, hay que pasearla para empaparse de ella y dar gracias con el chorrillo que corre y el aire que pasa. Esa es la mejor conquista. Hay que dejarla donde está y como está a fin de que ella nos cambie a nosotros y no al revés. ¿Lo entiendes?

NOTA: las rutas por los espacios de este Parque Natural, son tantas como hondonadas, cumbres y collados. No se acaban nunca, ni se funden nunca, ni se parecen nunca. Pero algunas escogidas entre tantas y reseñadas en esta sencilla guía, podrían clasificarse como: Las Rutas de las Panorámicas. Las Rutas de Los Barrancos, Las Rutas de los ríos y Valles y Las Rutas de los Paisajes. Esto es por decir algo.

2- Dehesa de los Barrancos, cerrada de puente Campos

Por algunos rincones del Guadalquivir
Distancia aproximada: 1 k.
Desnivel aproximado : 60 m.
Tiempo aproximado : 2 h.
Camino : carril de tierra y riberas del río.

Siguiendo la carretera que desde Villanueva del Arzobispo lleva al Embalse del Tranco, desde la desviación de la carretera de Albacete, a 7 kilómetros y sólo unos metros antes de llegar al arroyo de la dehesa de los Barrancos, por la derecha se aparta un carril de tierra. Está en buen estado y lleva a los olivares y cortijos que por estas laderas hay. Uno muy grande con varias viviendas por la izquierda y que fue una buena fábrica de aceite conocida como fábrica de aceite de las Chapas, otro algo más pequeño sobre un puntal justo al borde del Guadalquivir y otro algo más hundido en el valle y por donde el río ya ha dejado atrás la profunda cerrada que por aquí ha cortado. El segundo cortijo, sobre un puntal frente a la grandiosa curva del río, desde siempre se le conoció por la venta de Campos. En aquellos tiempos fue una venta, como otras muchas, junto a los caminos que cruzaban o recorrían el río para entrar a la sierra o venir a los pueblos. En algunos mapas al puente Campos se le sitúa en este mismo río pero más arriba. Donde debe estar el puente Ortega. Más arriba de este segundo, hay un puente badén que se le conoce por el badén de Chincolluela. Pues este rincón del río, cerrada y viejo puente Campos, es a donde viene la sendilla ruta que a continuación narro.

Y empiezo diciendo que es esta una pequeña ruta que adonde más directamente conduce es a imbuirnos del Guadalquivir cristalino y sus bellezas. Ahí por donde el rincón es dulce sinfonía de agua, perfume de álamos y olivos, espesas sombras frescas, chirriar desesperado de cigarra, revolotear de tórtolas y palomas torcaces y lo demás soledades misteriosas

que besan y abrazan al alma para despegarla un poco más del polvo de la tierra. Es esta una ruta pequeña, donde no hay ni cumbres ni praderas ni acantilados asombrosos pero sí delicadas corrientes de aguas limpias y sonoras. La reunión de casi todos lo veneros que brotan en la sierra profunda que al fin se han entregado al Guadalquivir y siguiendo su recorrido, se alejan de las montañas por entre olivares.

Así que el carril de tierra que viene casi escondido por entre los olivos, al llegar a la curva que el río traza por aquí, se para un poco sobre el rellano del cortijo que se asoma a la cerrada. Es un cortijo privado pero la pista tiene su paso por esta misma puerta. Un gran pino clavado en las rocas que se alzan desde lo hondo del río, saluda majestuoso, como invitando a que paremos. Como el cortijo está levantando encima mismo de un morrete, hasta le han tenido que hacer una pared para que el terreno no se deslice para el barranco. Colocados sobre esta llanura y frente al río que salta por lo hondo, el cuadro que ante nosotros se abre es de lujo. En la dirección que llevan las aguas, se le ve al río recién salido de la curva por donde ha tajado una cerrada y es donde le construyeron el puente que ya se ha desmoronado. Más cerca de nosotros, casi a nuestros pies y en lo hondo, las chumberas cuelgan por el talud rocoso que cae desde el cortijo, repletas de chumbos, si es en otoño o verano. Quedan recortadas sobre el manto espumoso de las aguas que van saliendo desde la estrechura de la cerrada y más cerca de la corriente, las adelfas meciendo sus flores anaranjadas. Muchas zarzas, pinos y bujes y ya algo más abajo, por donde la corriente empieza a tornarse recta, el cauce se ensancha. Gana en dulzura porque el terreno se pone casi llano y por ambas orillas, escoltan las hileras de álamos. Por un lado y otro, en cuanto se descuidan los álamos y la corriente del río, se le cuelan los olivos y casi se ponen al borde de las aguas para verlas mejor o quizá para recrearse en su juego musical.

Ya al final de la recta, como unos ciento cincuenta metros desde donde estamos colocados, el río se hace más suave y se tuerce un poco para la izquierda. Las riberas se tornan arenosas y las aguas se remansan azuladas mientras se arrugan y despliegan para no quedarse dormidas del todo. En esta misma curva hay otro bonito cortijo recogido entre el espeso y verde bosque. Si desde aquí nos venimos para la izquierda, recogiendo con nuestros ojos todas las laderas que desde la alta sierra van muriendo al borde del río, lo que más nos asombrará será precisamente el olivar. El espeso y siempre alineado olivar que chorrea por todas las laderas sin dejar ni un sólo trozo de terreno libre. Pero siempre, por las riberas del río, la vegetación les corta el paso y toma su relevo. Al llegar con nuestras miradas a la parte del río que tenemos más próxima a nosotros, un nuevo temblor de hermosura nos sacudirá el corazón. Es porque de nuevo nos volvemos en encontrar con el río. Su agua verde azul, su cascada al romperse entre las piedras que le presenta la cerrada, sus espumantes remolinos, la vegetación meciéndose al viento y al compás del agua que salta, un montón de grandes

rocas repartidas por toda esta cerrada y lo más bonito: desde algunas de estas rocas, apoyándose en ellas y saltando de una orilla a otra, un casi simbólico puente de tabla. Queda justo debajo de nosotros, porque estamos alzados en el balcón de la puerta del cortijo, escondido entre las adelfas florecidas y cuando ya cruza el río de verdad, sujeto sólo por los extremos sobre dos gruesas piedras. Vamos, que está deseando quebrarse por el mismo centro en cuanto nos coloquemos sobre él.

Visto este puente desde el balcón que nos ofrece la puerta del cortijo, es como una fantasía salida de un caprichoso sueño. Uno llega a pensar que este rústico puente de tablas y troncos de pinos, no sirve para nada más que para adornar y jugar con las aguas que van por el río. Y en realidad así es pero sirve para algo más. Cuando los aceituneros tienen que pasar de un lado a otro del río, si lo hacen andando, pueden usar este enclenque puente para no tener que dar la vuelta por el de la venta del Pino, que queda mucho más arriba y bien lejos. Y, además, este curioso puente de tabla, mientras nos recreamos en él, nos va llevando a las ruinas del que se desmoronó sólo unos metros más arriba. Justo donde la cerrada presenta su máxima angostura. Ahí mismo, en otros tiempos, sobre el río Guadalquivir, construyeron un bonito puente de mampostería. Es el que ya decía antes se llama puente Campos. Concienzudamente elaborado porque tuvieron que hacer una gran obra trabada en las rocas que la cerrada presenta por ambos lados. Era un puente de sólo un par de metros de ancho, no había coches en aquellos tiempos, con un sólo arco que iba de un lado a otro del río y enganchado en las misma rocas. Luego les pusieron varios pilares para que fuera sujetándose mientras terminaba de atravesar el surco del río y por el lado de la venta Campos, también le pusieron una cancela con su candado. Los que habían pagado para que se hiciera el puente, tenían llave para cruzar de un lado a otro y los que no había pagado, tenían que hacerlo al cruzar, si así lo quería o de lo contrario no podían pasar. Así eran las cosas en aquellos tiempos.

Pero pasado el tiempo, este puente se hundió justo por su centro. Donde el arco del único ojo tenía su mitad. Por ahí se quebró y se cayó a las aguas del río. Y se hundió porque hubo una vez una gran crecida en el Guadalquivir y como entonces todavía no estaba el Embalse del Tranco, las aguas saltaron por lo alto del puente y se lo llevó por delante. Solo quedaron algunos los pilares y algunos trozos a los lados. A partir de entonces ya no lo reconstruyeron sino que hicieron un puente nuevo que fue el de Ortega por la venta del pino actual. Antes era la venta Ortega. La del pino quedaba más hacia Villanueva del Arzobispo. Así que después de aquella gran riada que se llevó por delante el bonito y antiguo puente Campos, ya no pudieron pasar más por aquí y al poco, fue cuando decidieron levantar el de tablas que hay un poco más abajo. Este de tabla, puede que tampoco dure mucho. Pero lo que quería decir es que si abandonamos nuestro asombroso mirador desde la puerta del cortijo y nos bajamos por donde todavía están las ruinas del

primer puente, nos encontraremos con uno de los rincones más bonitos que tiene el Guadalquivir en el tramo que va desde el Embalse del Tranco hasta Mogón. Por aquí ya he dicho que se juntan dos pequeños puntales y por eso el río tuvo que tajar una cerrada para seguir adelante. Pues recorriendo este bonito, escabroso y a la ve tupido y fresco rincón, descubriremos que el río es bonito de verdad. Por aquí no vienen los turistas ni se amontonan las tiendas de campañas ni los hoteles como por otros rincones de este río. Por aquí sólo hay soledad, como decía al principio, sombras frescas, rumor de agua que salta por entre las piedras mientras se alejan de la sierra, movimientos de ramas verdes que juegan con el viento, cantos de cigarras y el río Guadalquivir, con su más desnuda belleza y luz. No hay más por este rincón excepto los olivos que no dejan de darnos compañía desde todas las laderas.

Por eso decía y repito ahora que esta ruta no lo es a la manera de las rutas clásicas para los turistas ansiosos de lo espectacular y maravilloso. Es un rincón para la soledad, la meditación en la limpia naturaleza, el encuentro con nosotros, la reflexión e interiorización de lo que ante nuestros ojos tenemos. Meter dentro de nosotros los paisajes que pisamos, es una forma distinta y poco usada, de ir al campo, a la montaña, a la naturaleza. Obliga a pensar, a buscar respuestas, a gozar la naturaleza con distinto paladar.

Una pincelada del Guadalquivir

Y aprovechando que andamos por donde el Guadalquivir se escapa de la gran sierra, voy a decir que este río, desde el Embalse del Tranco hasta el pueblo de Mogón, tiene un recorrido de unos cuarenta kilómetros. Y para mí, creo que es el trozo más hermoso que el Guadalquivir presenta desde que nace, por la cañada de las Fuentes hasta que muere, por San Luca de Barrameda. A partir del charco del Aceite para abajo, discurre por entre olivares y ya no los pierde de vista hasta bien entrado en la provincia de Córdoba. En estos cuarenta kilómetros de recorrido, el río tiene siete puentes. Algunos de ellos, los más próximos al Embalse del Tranco, son puentes muy antiguos, que sirvieron para dar paso a los olivares por las laderas a ambos lados del río. El de los Agustines, es el primero y le sigue uno de cemento e hierro, el histórico por su estilo, materiales y antiguo, que da paso para las laderas de la loma de la Be o mejor, estrechos de la Hoz. A este puente de siempre se le conoció como el puente de la Desideria. Era el nombre de la mujer que vivía en una venta que también hubo allí. Su hijo se llamó Saro y por eso al puente y a la venta luego le dijeron Saro. La venta de Paquete estaba cerca pero más retirada del río. Junto a la carretera y por la izquierda según se va para el charco del Aceite y sigue estando, sólo que ahora es vivienda dedicada al recreo.

Un poco más abajo está la venta de Pura. También se le conoce por la venta de los Puros. La abuela se llamaba Pura y luego, a sus hijos y nietos, los del lugar le empezaron a decir los Puros. Nada de tabaco, sino una realidad mucho más limpia y excelsa. Algo más abajo el río tiene otro puente

también muy bonito y antiguo que da paso, no con coches, para el barranco de royo Chillar. Se le conoce como puente Rompecalza. Ahí cerca está la venta de Melquiades. Los que siguen son menos antiguos quitando el que se describe en esta ruta y otros menores que también ya se rompieron. El badén de Chincolluela, muy reciente, el puente Ortega, después de la construcción del Embalse del Tranco, el puente Campos, quizá el más antiguo de todos o al menos de la época de los dos primeros y luego tenemos el puente de la Gorda. Es el que da paso para la cañada de la Madera y Jesús del Monte.

El tramo del río Guadalquivir que viene desde el Embalse del Tranco hasta Mogón, queda encajado entre la gran Sierra de las Villas y la Loma de Úbeda. Por eso decía que es un trozo muy hundido y por donde lo que más abundan son los olivares. A pesar de ello, a lo largo de este recorrido, el río no deja de tener espesos bosques de vegetación por las dos orillas. Es en el terreno donde no pudieron meter olivos y por eso, estos tramos, son parajes muy hermosos. Por ellos discurren pistas de tierra, carriles que van a los olivares, que usadas como paseos tranquilos a lo largo del río, proporcionan verdaderas delicias. Así quiero decir que al río Guadalquivir, desde el Embalse del Tranco hasta el pueblo de Mogón, se le puede recorrer cómodamente por un lado y otro siguiendo los carriles de tierra que lo bordean. Cada rincón es una verdadera sorpresa por la gran cantidad de belleza que amontona, tanto en vegetación como en la orografía del terreno y siempre la hermosa corriente de río. Son abundantes las alamedas, los pinares, los bujes y las adelfas así como también los tarayes y árboles frutales de las huertas que todavía cultivan algunas familias. También son abundantes las aves acuáticas, en concretas épocas del año, los ruiseñores y los peces. Tiene este tramo del río muchos trozos que son verdaderas cascadas y otros, donde se remansa dulcemente. Y aunque no lo parezca, es salvaje tanto o más que en su recorrido por lo más hondo del Parque Natural y por encima del Embalse del Tranco hasta su nacimiento.

Ya he dicho antes algunas de las ventas que por aquellos tiempos pasados hubo en la orilla de este río y al borde de las veredas que lo recorrían. Pero las voy a reseñar todas y correlativamente. La primera es la venta de Foro, un poco más abajo del Embalse del Tranco y por supuesto, antes de éste. Luego le seguía la venta de la Victoriana, la de los García Franco, la venta de la Desideria que fue la misma que la de Saro. Cerca estaba la venta Paquete, la venta de la Pura o los Puros, por sus hijos y nietos y algo más abajo la venta de Melquiades. Ya más abajo y donde ahora está la única venta que por aquí queda en plena actividad, estaba la venta Ortega. Le dio nombre al puente que todavía permanece en pie. Este puente, en un principio, fue construido con las mismas características que el de la Desideria y el de Rompecalzas. Es decir, por estos tres puente y el de Campos, no podían pasar vehículos con ruedas. Eran sólo para cruzarlos andando con bestias de carga. Pero al puente Ortega, luego le añadieron algo más y ahora se puede cruzar por él en coche, con mucho cuidado.

Y sigo con las ventas porque después de la de Ortega, estaba la del Pino, también hoy desaparecida y luego la venta Campos. En este lugar se levanta hoy un bonito cortijo habitado por dos hermanos serranos que nacieron y se criaron por debajo del derruido molino de los estrechos de la Hoz, en el mismo río Guadalquivir. Así que en aquellos tiempos, desde el Tranco hasta Villanueva, eran al menos diez las ventas que había. Ya he dicho que hoy sólo queda una y el chiringuito de Juan Pedro, cerca del puente de los Agustines que es donde sus padres tuvieron la fábrica de aceite que también se le conocía por la de los Agustines. Todas estas ventas estaban situadas junto al camino principal que daban entrada a la gran sierra y hacia los pueblos de la Loma de Úbeda. Algunos lo llamaban camino real. Por este camino, además de los serranos, eran muchos los arrieros, recoveros, vendedores de telas, aceite, vinos y otros productos, que pasaban. Muchos de ellos venían desde Archive y de otras partes del levante.

Por aquellos tiempos, fábricas de aceite y junto al Guadalquivir eran las siguientes: la de los Agustines o García Franco, la primera en la dirección que corre el agua, la de royo de los estrechos de la Hoz, al otro lado del río y que ahí permanece derruida, la de Melquiades por el puente Rompecalzas, la de las Chapas, cerca del puente Campos y del arroyo barranco de las Dehesas. En este barranco, arriba y por eso algo retirado del río estaba el molino conocido por el de los Tragallares y frente al puente Campos, al otro lado del río y también bastante alzado en la ladera, había otro molino que se le conocía por la Haza del Abad. En las mismas aguas del río y algo más abajo de puente Campos había un molino de harina que se le conocía por el molino de Urocano. Ya sé que en los mapas aparece “Orocano” pero su nombre de siempre fue el que dije primero. Luego estaba el molino Chaparretas y algo más abajo ya lo que había era una fábrica de luz. Por el lugar todavía se le recuerda al rincón con el nombre de la fábrica de la Luz. Era un pequeño salto donde se producía un poco de corriente eléctrica cuya línea pasaba por la misma venta Campos. Por ahí cerca y en el lado de Villanueva había otro molino de Aceite que se le conocía por el de Cachiprieto. Así que por este tramo del río, en aquellos tiempos, eran ocho los molinos de aceite que había. De este punto para abajo, en el Guadalquivir, seguía habiendo molinos de aceite, de harina y salto de luz pero en este trabajo sólo interesa hasta el pueblo de Mogón.

Los nombres de la sierra

Desde el collado de las encinas, baja la senda y al llegar al collado menor, se hace azul con hierba y por ahí se divide en dos: al frente sigue el ramal real y para la izquierda, se viene una verídico de nada que a ningún sitio lleva y en cuanto recorre trescientos metros, por las cien encinas viejas, las frondosas y centenarias, se desdibuja en esencias.

Pues, por donde crecen estas encinas y el terreno es cañada tupida de

aromas frescas bajaba el padre en actitud serena. Era por la mañana y del campo manaba una paz densa que además se potenciaba con la quietud del viento y el limpio cielo, azul primavera. Asomó el hijo desde el arroyuelo por la miajilla de llanura y al ver al padre, le pregunta mientras se acerca:
- Si hace quince años que estás muerto ¿cómo es que te veo por esta tierra?
Desde una mirada que transmite sincera confianza, sensación de bienestar y gozo, el padre contesta:
- Hace quince años dejaste de verme con tus ojos de carne pero en tu corazón, en la dimensión de los sueños y esperanza bella, seguí y sigo siendo más hermoso que antes lo fuera.
- ¿Por eso te veo y ahora estoy a tu lado en el centro de tus campos y míos, desde la tarde aquella?
- Los dos estamos y sentimos la apacibilidad del cariño entre nosotros y los paisajes que abrazan y besan.

Y dirigieron sus pasos para el corazón de la cañada, por donde la hierba es más alta y las encinas más densas.
- Por cierto padre, el otro día me dijeron que yo venía por estas montañas a inventar la pólvora y lo que sí busco son los nombres de los sitios y las borradas sendas. ¿Me puedes tú decir cómo se llama la cañada esta?
- ¿Que nombre quieres, el que pertenece a los hombres o el que pertenece al dueño de las estrellas?
- ¿Cuál de los dos es el bueno?
- Los dos son como perlas pero el de los hombres sin Dios, es mero cartel para que, al ir por las cosas, los hombres no se pierdan. Mas las cosas y los nombres, si no orientan y llevan a Dios ¿no crees tú que son útiles a medias?
- ¿Y si juntas los dos?
- Entonces este rincón se llama Cañada de la Eternidad, por lo de la verde hierba y lo de nuestro encuentro en un día como el de hoy.
- Pero padre, tú fuiste hombre y ahora estás muerto ¿cómo es que vives en estos momentos y tienes esta ciencia?

A lo que el padre responde:
- El sueño de tu corazón,
por lo que vives muriendo
¿dime tú si no es lo que ahora mismo
tus ojos están viendo?
¿Hay otra verdad más cierta?

**3- Guadalquivir, Peñón de Chincolla,
Carrasca de la Seña. 6-5-2000**

por entre olivares, la sierra y el Guadalquivir
Distancia aproximada: 6 k. fin de coche.
coche, carrasca Seña: 3 k. andando.
Desnivel aproximado : 600 m.
Tiempo aproximado : 4 h. andando en ida y vuelta
Camino: carril de tierra, vieja senda y sin ella.

Como preámbulo

Me parece interesante dar algunos detalles antes de meterme de lleno en la bonita ruta que aproxima a la sierra por entre olivares y trazados de un de las más viejas sendas que discurrían por estos parajes. Y para que conste digo que hice esta ruta en la tarde del 6 de mayo del año dos mil. Era sábado, el cielo estaba nublado, la tarde anterior habían descargado por estas laderas grandes tormentas, corrían a tope los arroyos y la vegetación estaba espléndida porque la primavera, la mejor primavera de los últimos 53 años, ya había hecho acto de presencia. Por estas circunstancias los olivares también estaban cargado con diminutas y bellas florecillas, el cañamón que es como lo llaman en el mundo del olivar, las hierbas se estiraban verdes, altas, floridas y con una ternura que daban ganas de comérselas, por la tierra manaba agua en cualquier rincón y las aves, los miles de pajarillos que pueblan los parajes de estos olivares y laderas serranas, entonaban sus cantos desbordando la alegría que por doquier contagiaba la creación. Así que la tarde no podía ser más hermosa aunque anunciaba algo de tormentas que no llegaron a producirse y la tierra estaba tan empapada que al pisar se hundía. El olivar, por las laderas del Guadalquivir serrano, mostraba su más fresca belleza y por eso el alma se sentía gozosa. Su Dios, el que viste de verde a las hierbas del campo y alimenta a las aves del cielo, una vez más sembraba de primor a la tierra para puro deleite del que por aquí pasa.

Y ahora digo que este barranco, por donde entre olivares, asciende el buen carril de tierra que lleva a los pies mismos del castellón de Chincolla y desde ahí al puerto de la carrasca de la Seña, es el tercero en entidad y belleza que tienen las laderas que desde la sierra caen para el Guadalquivir mientras éste se va escapando del Parque Natural. Es conocido con el nombre de barranco de Chincolla y aunque por las partes altas tiene una gran inclinación, cuando ya va muriendo en el Guadalquivir, se hace tan suave que las huertas y los cortijos se duermen en preciosas riberas de tierra buena. Tiene este arroyo unos cuatro kilómetros de recorrido desde donde nace, fuente del Roble, por la carrasca de la Seña, hasta donde se entrega al Guadalquivir, por la venta de Chumilla Y aunque sean olivares todas estas laderas, caen dentro de los límites del Parque Natural. La pista discurre unas veces por fuera, otras por dentro y también casi haciendo de frontera. Pero

discurre hermosa, trazando juego con el río que se va mientras remonta a las nubes que cuelgan en el azul del cielo.

Especialmente esta tarde de primavera destacaban por entre los olivares con su virgen manto verde, tanto en la hierba y las plantas de las huertas como en los árboles que se clavan por estas tierras. El primer gran barranco por estas laderas del Guadalquivir mientras se va alejando de las sierras es el de arroyo María, que viene desde lo más hondo de la sierra. El segundo, el de royo Chillar, que también viene desde rincones muy hondos y elevados. El tercer barranco grande tanto en extensión como en belleza es este de arroyo de Chincolla por donde sube el carril que lleva a la cumbre. Un cuarto, algo más pequeño que el tercero, queda un poco más abajo y es el de arroyo de Chincolluela. Le sigue uno mucho más grande que se llama barranco de los Lobos, paralelo al de la cañá de la Madera y que nace por las cumbres del pico Correderas y el alto filo rocoso que hace de muralla entre la parte de los olivares y la salvaje sierra. Después de la cañá de la Madera todos los demás arroyos que van vertiendo hacia el Guadalquivir son menores hasta que se llega a la cuenca del río Aguascebas Grande. El que nace en los montes Tugienses.

Quizá lo más bonito de esta ruta, mientras va ascendiendo desde el mismo río Guadalquivir hacia la cumbre, son los olivares por los que va atravesando, los blancos cortijos que entre estos olivares va rozando, las amplias y sorprendentes panorámicas que se van abriendo mientras se corona y las hermosísimas formas que el terreno va dibujando por el gran barranco que viene abriendo el Guadalquivir mientras se retira de su sierra. Sólo para gozar este sorprendente espectáculo es necesario hacer esta ruta y, aunque no hubiera más, nos quedaríamos plenamente confortados. Otra realidad es en qué época la realicemos. Porque en la fecha de la recogida de la aceituna, sin duda el espectáculo tiene un atractivo sin igual. El humo de las lumbres entre los olivares, las cuadrillas de aceituneros, el olor a aceituna despachurrada, los mantones con que se recoge la aceituna, los vareadores, los tractores con sus remolques acarreando aceitunas por los caminos, las sombras de estas umbrías, las originales luces que los rayos del sol desparraman por aquí y otros mil matices más que sólo se pueden captar viviéndolos, le da a esta ruta una singularidad que la hace por completo diferente a cuantas rutas se hayan trazado o se puedan trazar por las sierras del Parque Natural. Así es como yo la he vivido y así la intento transmitir pero de nuevo diciendo que hay que experimentarla para cerciorarse de que lo escrito en estas páginas sólo se parece someramente a la realidad.

Por esta vieja vereda, ahora carril hasta la cumbre y luego senda, de siempre pasó una vía pecuaria. La que usaban los pastores para ir y venir con sus rebaños desde las altas sierras a las de campiña, por sierra Morena. Mientras se remonta esta hermosísima senda, carril de tierra por entre olivares y vereda cuando va coronando, al frente y al otro lado del

Guadalquivir, van quedando los parajes por donde estuvo la ermita del Calvario. Se ven con perfecta claridad. Donde la historia recoge que San Juan de la Cruz escribió algunos de sus más hermosos versos.

"E, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura".

Por el barranco de Chincolla, arroyo de Chincolla que baja desde la carrasca de la Seña, hay unos quince cortijos. Dicen que en otros tiempos fue casi un poblado lo que por aquí hubo. Se le conocía a este rincón, en otros tiempos, por el Prao de los Juncos, por la abundancia de juncos en tantos manantiales como por aquí brotaban. El cortijo que se remonta al final de la pista, sobre el espigón rocoso, se le conoce por el nombre de cortijo de los "Mojicones" o cortijo del Puntal. Por ahí mismo sube una escalera, senda que traza varios zigzags para poder superar un fuerte desnivel del terreno, y es por donde venía la senda de la carrasca de la Seña que sacaba o metía en la sierra. El paredón rocoso que corona, en todo lo alto están las ruinas del castillo, se le conoce por la lancha del Pueblo, cara sur y las Murallas, cara norte. Tiene sentido porque esta cara norte hacía de muralla en el castillo construido en todo lo alto. Por el barranco de la fuente del Roble, la tiná de la solana, es conocida por la cueva de la fuente del Roble. El peñón de Chincolla es el puntal que queda frente al cortijo de los Mojicones. El nombre de "Chincolla" se reparte entre un cortijo, dos arroyos, un gran barranco, un puntal, un collado y la cumbre donde estuvo el castillo, cuyas ruinas todavía se ven.

La ruta

Desde Villanueva del Arzobispo se entra por la carretera asfaltada que conduce hacia el Embalse del Tranco. Cuando ya se está paralelo al cauce del río Guadalquivir, por la venta del Pino, sólo unos ochocientos metros más arriba, se aparta un carril de tierra por la derecha. Es justo el kilómetro nueve cien desde la desviación. Cruza el Guadalquivir por un puente de cemento sin barandas y muy bajo. Es conocido por el puente Ortega y lo construyeron por donde el río corre con mucha dulzura. Queda escoltado a ambos lados por espesos bosques de álamos. En verano, cuando aprieta el calor, a la sombra de estos álamos y acompañados por el rumor de la corriente de Guadalquivir aun serrano, es delicioso el descanso. Ya en el otro lado, laderas que vamos a recorrer, salen tres carriles. A derecha, a izquierdas y al frente. El de la derecha nos lo encontramos sólo unos metros después de haber cruzado el puente. El de la izquierda, después de haber remontado como unos cien metros y el de enfrente es el que lleva a la carrasca de la Seña y ruta que aquí interesa. Subiendo un poco pero muy suavemente y por el cauce de un arroyuelo casi sin entidad. Enseguida por la izquierda y sobre un puntalillo se ven unos cortijos. Se encuentra con el arroyo llamado de Chincolluela que nace en el puntal que nos corona al frente. Se le conoce a este puntal con el

nombre de las Murallas porque por ahí hay algunas ruinas antiguas. Quedan sobre un morro que alcanza los novecientos sesenta y cinco metros, rincón de donde viene naciendo el arroyo que recorremos. En el kilómetro diez desde la desviación, al otro lado del arroyo, una cueva bajo una roca que se ve desde la misma pista que recorremos. Es grande y muy bonita.

Enseguida el carril cruza el arroyo, kilómetros diez doscientos, viniéndose para la izquierda y traza una curva que es casi una ese perfecta. Al cruzar el arroyo, por el lado de arriba y derecha, otras cuevas grandes, algo tapadas por la vegetación y bajo las rocas que se fueron formando con la corriente del agua. Son tobas y por eso las cuevas tomaron formas tan curiosas. La zarza parrilla se agarra a las rocas y cubre hermosamente. Remonta ahora la pista mientras va trazando la curva, roza unos cortijos y aquí se divide. Es por kilómetro once setecientos. Tenemos que seguir la que se viene para la izquierda, que ahora discurre casi llana y con un trazado y firme mucho mejor que la otra. En sólo unos metros ya roza la línea que viene delimitando las tierras del Parque Natural y al poco entra en otra vertiente. Apenas se nota. Hay por aquí una ladera muy pronunciada y al frente, otro lado del río Guadalquivir, se abren unas preciosas vistas. Los almendros ya tienen sus frutos casi con su tamaño normal pero si se parten todavía por dentro son casi agüilla. Una parada muy hermosa es un poco antes de volcar para la vertiente de arroyo de Chincolla. En un puntal, por la izquierda sale un carril secundario y hay un rellanete para dar la vuelta. Justo aquí, queda al frente el arroyo del Calvario, donde a la izquierda le queda la que fue ermita del Calvario y a la derecha, otro carril de tierra que lleva por ahí hasta la cumbre del pico Carestía que tiene 1133 metros. Desde este puntal lo que también se ve con toda claridad es el castellón de Chincolla, la raspa rocosa donde se asienta el castillo y el barranco que lleva a la carrasca de la Seña.

En cuanto se vuelca es ya la vertiente del arroyo de Chincolla, mucho mayor que la primera porque el arroyo también lo es. En el kilómetro doce doscientos hay otra desviación después de unos cortijos. La buena ruta sigue al frente. Cuatro o cinco son los cortijos que por aquí nos saludan y enseguida un arroyuelo que le entra al de Chincolla desde esta ladera. Ya he dicho que este arroyo de Chincolla nace justo en el mismo filo de la muralla rocosa que divide a la sierra de las laderas de Olivares. El punto se llama fuente del Roble, por el barranco de cumbre donde se encuentra la carrasca de la Seña y el paso para la antiguas senda que por aquí entraba y salía a la sierra. Así que la pista después de una recta, se viene para la derecha, traza unas curvas, roza algunos cortijos olivareros, cruza un arroyuelo sin categoría ninguna y paralelo al arroyo de Chincolla y la franja que delimita al Parque, sube. Sube pero casi, casi por la misma curva de nivel que es la que va por los setecientos metros. Cantan muchos pajarillos celebrando la buena primavera que se avecina y hasta se oyen también el kikirikí de algún gallo. En algunos de estos cortijos vive gente y tienen gallinas con sus gallos correspondientes.

En el kilómetro doce doscientos desde la desviación de Villanueva y sólo tres ochocientos desde el río pasa por la misma puerta de otro cortijo. Al frente destaca con toda su belleza y robustez, la cumbre de la garita del Jabalí. Sigue rozando cortijos y trazando curva casi sin importancia hasta que vuelve a cruzar otro arroyuelo que también le entra por la derecha. Este lado es el que ahora nos va coronando mientras que el lado de la izquierda es por donde se nos va quedando el río Guadalquivir, cada vez más hermoso y espléndido. Al poco de cruza este arroyo se empieza a meter para el surco del arroyo de Chincolla. Antes de cortarlo, por la derecha se le aparta una pista más que sólo lleva a los olivares que por esas laderas se clavan. Son las laderas que caen de la garita del Jabalí y el peñón de Maza, picos con 1104 y 1211 metros.

Por el kilómetro doce novecientos, por la derecha, crece un enebro muy hermoso justo en la misma pista. Seguimos por el carril que va al frente porque es el bueno y eso se le ve con un simple vistazo. Cruza por aquí el arroyo de Chincolla y gira un poco para la izquierda. Hay aquí una cascada muy hermosa. Por este arroyo de Chincolla, en otros tiempos, tuvo que correr mucha agua. Ahora se la quitan toda para meterla en tubos de plástico negro y regar con ella a los olivos. La pista gira. No tiene más remedio porque al frente se le presentan unas robustas paredes rocosas que caen casi en vertical, por lo que sólo es posible superarlas escalando. Discurre ahora la pista por la curva de nivel que va marcando los ochocientos metros. Ya las vistas hacia el gran valle del Guadalquivir, son grandiosas. Todavía ganarán mucho más porque así lo va presentando la ruta. Entramos en tierras que son Parque Natural. Al menos catorce cortijos de ven desde donde se queda el coche.

Aparece un viejo letrero donde se puede leer que la pista está cortada con cadena a trescientos metros. Eso fue en otros tiempos pero ahora ya no. Así que avanzamos y al dar una curva, por la izquierda se ve un rellano donde se puede girar para dar la vuelta. En la ruta que aquí describo, justo en este punto dejé el coche. Aunque la pista sigue y en muy buen estado, ahora ya empieza a elevarse bastante para poder remontar el espigón rocoso que le presenta el puntal donde se levanta la piedra del castellón de Chincolla. Si decidiéramos continuar con el coche, sólo nos queda un trozo de pista que podemos recorrer bien y que no tiene más de un kilómetro. Justo en un cortijo que se levanta sobre el voladero del puntal que hemos remontado, es donde ya no se puede continuar subiendo en coche.

Así que en el mismo rellanete que se abre a la izquierda en la pequeña curva, dejo el coche. Me interesa subir andando para gozar mejor los paisajes y la visión que sobre el valle se me va abriendo. Siguiendo a la pista remonto unos metros y luego giro con ella antes de enfrentarse al castellón de Chincolla. Me vengo con ella ahora para la derecha y ya me voy dando

cuenta que he remontado el espigón rocoso que viene desde el arroyo hacia el puntal del castellón. Ha buscado un paso bueno y la pista ha remontado para seguir en su avance hacia la meta. Ya empieza a rozar la curva de nivel que avanza por los novecientos metros. Aun acompañan olivos por los dos lados pero arriba total y por la izquierda ahora, corona la gran raspa de la que es conocida por la lancha del Pueblo. En todo lo alto es donde se encuentran las ruinas del castillo de Chincolla. Aun no sé por dónde hay una subida buena hasta estos restos históricos. La buscaré y luego lo contaré.

En unos metros más el carril descansa en la puerta misma de un bonito y gran cortijo. Vinieron a levantar este cortijo al borde mismo del voladero y por eso es el mejor mirador sobre el hondo valle del Guadalquivir. Justo en la curva de nivel que va por los novecientos metros es donde se levanta. El río corre casi por los quinientos metros. Este cortijo es el último por esta umbría y a partir de aquí, el carril, baja un poco, empieza a desdibujarse según se va hundiéndose para la cañada de los últimos metros, subiendo o primeros, bajando, del arroyo de Chincolla. En el collado que se abre arriba es donde se encuentra el paso hacia la sierra profunda. Justo por donde cruza la vieja senda y donde se ve la famosa carrasca de la Seña. Un robusto espigón rocoso en forma de columna vertical en el mismo filo de la cumbre y en todo lo alto de este pilar, las matas de varias carrascas. Algo realmente curioso por lo difícil que es la vida para una planta en lo alto mismo de una gran roca. Pero ahí está y desde tiempos lejanísimos.

La pista deja de ser justo al toparse con la hondonada de la cañada. Todavía durante un trayecto no muy largo sube en forma de jorro que sirvió para repoblar estas laderas después de aquel incendio y luego se pierde por completo. Por la cañada, junto al carril que se va borrando según remonta, están los plásticos que desecharon. Hace unos años ardieron las laderas de este barranco. Poco después de aquel incendio vinieron por aquí con muchos pinos pequeños metidos en macetas de plástico para repoblar. Pues repoblaron, aunque fue el año de menos lluvia en el siglo pasado, y los plásticos quedaron tirados por la tierra. Fue la Administración. Por cierto: casi todo lo repoblado se ha secado. Y dije que aquel año fue de los más secos del siglo veinte. Muchos de los que mandan predican con su ejemplo como nadie.

También quería decir que cuando se vez por aquí, las dentelladas que le han pegado a las laderas para plantar estos pinos, uno se conmueve y llena de cierta rabia. A lo mejor tiene que ser como ha sido pero que luego no nos vengan diciendo que cuidemos el campo. Porque este campo del Parque Natural, entre otras muchas cosas, tiene heridas y basuras de los que repueblan los montes con pinos, venenos de los que plantan olivos y queman las hierbas con esos venenos y más venenos que le echan a los olivos para atajar enfermedades. Tiene muchos tubos de plástico que sirven para robar a los manantiales sus cristalinas aguas. Son para regar a los olivos o para surtir

a los hoteles turísticos, piscinas o cloacas. Cosas buenas y grandes porque dan dinero pero estas aguas brotan en el Parque Natural y son de todos. Así que a la vista de tal panorama, aunque muchos lo oculten y callen, ¿por qué hay que cerrar los ojos y vivir en otro mundo cuando el que está viendo es el que es?

Ya sólo queda el sur quito que el arroyo por aquí tiene tallado porque el agua de la fuente del Roble mana bastante alta. Justo en la solana y lado de la garita del Jabalí. Pero antes de la fuente y también por esa solana, entre el espeso monte bajo de romeros, lentiscos, jaras blancas y otras especies, se ve una curiosa cueva. Sólo una lancha rocosa en forma de tejado y por debajo la cueva. Por la parte de delante le hicieron una pared para que los animales no se salieran y dentro los encerraban. Esta cueva fue un corral para encerrar ganado en aquellos tiempos. Ahora se la come el monte y queda en la soledad y silencio más completo. Un poco por debajo y en la hondonada es donde mana la caudalosa fuente del Roble. Otra más en las sierras de este Parque Natural con el nombre del árbol roble. ¿Que cuántas son? Por lo que yo hasta hoy tengo conocido, recogido y sé, dentro de las sierras del Parque Natural, sitúo hasta seis fuentes del roble. Quizá esta es la menos conocida, tanto por los habitantes de este espacio y sierras como por los de las guías para los turistas y por los turistas mismos.

En el manantial bebo mientras voy descubriendo que también se llevan el agua de este venero por un tubo de plástico negro hacia el cortijo que decía hace un momento y para los olivos que hay por encima de este cortijo. Si el agua está aquí y no es de nadie ¿por qué no van a cogerla para darle alguna utilidad? Ya este venero brota sobre la curva de nivel de los mil metros. Un poco más arriba el arroyuelo deja de ser tan bueno para andarlo y por eso me subo campo a través, siempre viniéndome para el lado izquierdo, que es por donde se ve como portillo en el filo de la cumbre. Se intuye que por ahí pasaba la vieja senda que sacaba y metía en la sierra. Y así es: en cuanto remonto la empinada ladera del filo de la lancha que por aquí es conocida de las Minas, me encuentro con una parata de piedras sin mezcla. La hicieron para sujetar la senda cuando pasaba justo por este punto. Al coronar del todo, me encuentro la pista que viene subiendo desde el barranco del Chindo.

Justo sobre esta cumbre dejaron su trazado. Y a partir de este punto lo que sigue es la senda. Pero la senda parece que no baja por el arroyo que discurre por el centro de la cañada y acabo de recorrer. Desde este lomo sobre la cumbre que hace de frontera entre la cuenca del gran arroyo Chillar y las laderas de los olivos dejadas atrás, la senda parece que se va para el barranco de la fuente del Roble pero no para abajo sino a media cimbra y por encima de la fuente y la tiná. Ya casi no se sabe por donde fue esta senda porque en cuanto se termina la pista, deja de verse. Además de comérsela el monte, la ha roto el agua cuando corre por estas laderas y los animales

salvajes. Pero mirando bien a la senda se le ve por la ladera de enfrente, solana y collado, hoy muy verde, de la garita del Jabalí, por donde busca un paso para no enfrentarse con los voladeros que yo no he remontado con el coche.

Así que en cuanto corono, la gran sierra una vez más, se me abre con todo su asombro, presencia de Dios y por eso, belleza indescriptible. Sobre las rocas de esta cumbre, justo por donde la senda corona el punto más alto, me siento y durante un buen rato me dedico a observar. También a este punto se le conoce por la cruz de los tres términos. Sólo a dos pasos míos tengo el gran barranco del Chindo, con su pista de tierra que sube hasta las ruinas del cortijo donde vivió. La cerrada final de este barranco, que todos los serranos conocen como el estrecho de Chindo, el arroyo Chillar, justo por los Vadillos y luego por la Quebrada de la fuente de los Norteños, las cumbres del Torraso con su misterio y sus nubes coronando, los robustos frontones de la Albarda y así hasta una extensión tremenda. Por la izquierda mía queda el morro de los Vadillos con su collado Verde y hoy más verdad que nunca y frente a este morro de los Vadillos pero en todo lo alto, la preciosa roca donde se agarra la mata que le da nombre al punto en esta cumbre. Sobre la alargada, reseca y robusta columna rocosa, crece la carrasca de la Seña. En su base misma me pongo y le hago un par de fotos para mi recuerdo personal. ¿Cuándo volveré yo otra vez por aquí? Y el rincón, de verdad que me parece especialmente bonito. Durante mucho tiempo, años enteros, lo he estado soñando y buscando el momento oportuno para entrarle por el camino adecuado. Por fin esta tarde lo he conseguido y por eso me parece un sueño. Me siento más feliz por lo mucho que lo he deseado y sé ahora que gracia a mi Dios, lo he podido ver con mis propios ojos.

En este punto doy por terminada esta ruta de hoy. Puede seguir más porque los caminos están preparados y hasta parecen gritar que continúe y los andes pero hoy ya no hay más tiempo. Se acaba la tarde porque el sol va cayendo y hay que regresar. Si Dios lo quiere y prepara las cosas para que así suceda, volveré y continuaré recorriendo los misteriosos y hermosos rincones que aun sueño por este barranco de la cuenca alta de royo Chillar. Y si no lo quiere porque permita que los hombres tuerzan las cosas para otros derroteros, desde ahora mismo me lo guardo en mi corazón para que sea conmigo, realidad excelsa desde el sueño y en espera de la eternidad. Pero antes de terminar digo una vez más que este rincón de la carrasca de la Seña, esta tarde de mayo con sus nubes por el cielo y su verde hierba cubriendo los campos, esta inmensa panorámica hacia el valle y las laderas del Guadalquivir, son hermosísimas. Me han llenado del gozo que necesitaba y nada ni nadie nunca me pudo dar sobre esta suelo. Aquí me quedo aunque me vaya para no perderlo nunca más ni de mi corazón ni de la retina de mis ojos. ¡Qué momento más eterno y rincón tan alejado del mundo que lo demás llaman normal! Pues vuelvo otra vez al mundo normal y ya me siento triste. ¿Por qué será?

Cuatro fotos

Una. - Desde el cortijo del Puntal, “Mojicones”, grandioso se abre el barranco de la fuente del Roble. Arriba, corona la cresta de la gran sierra con la carrasca de la Seña, sobresaliendo en forma de columna. El barranco asombra de tan grandioso. Por las laderas chorrea el verde de los bosques y la hierba que la primavera le acaba de regalar. En el centro del barranco, las praderas con su hierba bañada de rocío, ofrecen el descanso a la vez que el misterio y la paz.

Dos. - Desde el mismo punto, puerta de entrada a la bonita cañada de la fuente del Roble de la carrasca de la Seña, mirando para atrás, el inmenso valle del Guadalquivir tupido de olivares. En el centro y primer plano, el cortijo del Puntal sobre el gran voladero rocoso enfilando hacia el castellón de Chincolla. Desde él y hacia el hondo valle, chorrean los olivares clavados en las inclinadas laderas y tortuosos barrancos.

Tres. - Ya sobre la cumbre por donde vuelca la senda, entre tantas cosas como asombran, la que más congela el corazón es el gran peñón donde se clavan las viejas matas de encina. La carrasca de la Seña es como se llama el monumento pétreo que sustenta y da vida a la original planta. Al fondo, el cielo vestido de azul y adornado con encajes de nubes blancas. “Seña” es gesto que se hace a una persona para dar a entender algo. Características de una persona o cosa por la que puede ser reconocida. Señas de una casa, empresa...

Y cuatro. - Desde este mismo punto, la gran cresta rocosa y salpicada de verde, de la lancha del Pueblo y de la Muralla. Las laderas caen tupidas de zarzas, romeros y cornicabras. Al fondo, las ruinas del castillo de Chincolla, el azul del cielo, las nubes bailando por ese mar tan intenso y limpio y por la honda sierra, los picos elevándose hacia el infinito. Como si ellos también, a igual que mi alma, supieran que tienen que agradecer todo y en todo momento al que da forma y sostiene edén tan grandioso.

4- Variante de la ruta anterior:
puntal y collado de Chincolla, morro y
ruinas del Castillo de Chincolla. 7-5-2000

A la cumbre del misterioso pasado
Distancia aproximada: 2,5 k. desde el coche a las ruinas
Desnivel aproximado : 200 m. hasta coronar lo más alto
Tiempo aproximado : 35 m. andando deprisa.
Altura máxima : 1100 sobre el morro del castillo.
Camino: por entre olivos, vieja senda y sin ella.

La ruta

Lo primero es decir que dejo el coche antes de remontar al puntal que desde el castellón de Chincolla va hasta la cascada en el arroyo de Chincolla. En la curva y rellanete donde se puede dar la vuelta y sólo unos metros antes de donde estuvo colocada la cadena que cortaba a esta pista. La última gran curva que traza este carril antes de llegar al cortijo del Puntal, la subo andando y por eso cuento la distancia desde donde dejo el coche. Si se sube arriba, habría que dejar el coche en el mismo cortijo del Puntal y puede que desde ahí la distancia sea algo menos. Pero creo que es más acertado lo primero porque no hay que atravesar tanto olivar y hasta parece que resulta algo más fácil remontar hasta las crestas donde estuvo el castillo y ahora se ven algunas ruinas de murallas, cuevas y demás. Y como el trozo de carril que sube desde donde se cruza el Guadalquivir hasta el punto donde dejo el coche, lo tengo descrito en la ruta anterior, ya en ésta, no hablo de él. Es decir: la primera parte de esta ruta discurre por el mismo trazado de la otra y por eso es común para las dos. Se separan justo al remontar el escalón rocoso y montuoso que baja desde el cortijo del Punta, los Monicotes. En este punto, la ruta que sube a la carrasca de la Seña, sigue remontando por el carril y la que lleva a las ruinas del castillo y cima donde se encuentran, se aparta y vuelve para atrás buscando remontar el puntal del castellón de Chincolla para toparse con la vieja senda. La describo.

Donde estuvo el castillo se abren dos grandes cuevas cuyo final, desconozco. Crece un pino seco, se han caído y podrido varios más, crece también por ahí un pequeño almez y se ven sólo unos trozos de las murallas de aquel castillo moro. Junto a las rocas y por donde hay algunas covachas, se nota que han escarbado mucho. Todo el terreno está escarbado de haber buscado algo, quien sea. Una de las mayores hermosura sobre esta cumbre es la gran panorámica sobre el valle del Guadalquivir, cuando éste labra su gran curva para salirse de la sierra e irse hacia Andalucía. Al río se ve desde el arroyo de Natao para abajo hasta la fábrica de las Chapas. Pero en estas cumbres hay muchas más bellezas.

El encuentro

Pero antes de meterme en la faena de la ruta voy a decir que esta tarde, mientras me aproximo al rincón y bajo por la carretera desde Villanueva hacia el río para cruzar el puente y luego remontar por la pista olivarera, me va sorprendiendo la gran tormenta que por la alta sierra revolotea. Su negrura resalta por lo alto de las cumbres al otro lado del Embalse del Tranco y por eso creo que por la zona de la Sierra de Segura, Santiago-Pontones y campos de Hernán Pelea, está lloviendo a manta. Temo que si me animo a remontar por la pista hasta las cumbres donde estuvo el castillo, pueda sorprenderme por esas alturas. Una tormenta en las cumbres de la sierra, además de ponerme chorreando, me puede complicar más de lo que en un principio parece. Por eso al llegar al río, donde el puente de cemento el forma de badén ayuda para cruzar la corriente del Guadalquivir, me paro. Durante un buen rato me entretengo por entre la espesura de los álamos, el rumor de la limpia y gran corriente que el río y trae al pasar por aquí y el canto de los pajarillos celebrando la bonita tarde de primavera.

Me entretengo, procurando que pase el tiempo para ver cómo evoluciona la nube negra que corona la más alta sierra pero como ni llega ni se va, decido seguir y que sea lo que Dios quiera. Tomo por la buena pista de tierra que va cortando olivos y sin prisa ninguna comienzo a remontar mientras gozo todo lo que me es posible de la especial tarde de primavera, con tormenta incluida, cantos de pajarillos, rumor de río Guadalquivir y perfume de olivos floreciendo. Por el barranco de Chincolluela me paro en las cuevas, luego me paro sobre el puntal que da paso al barranco de Chincolla, me paro en el último cortijo antes de cortar el arroyo de Chincolla y durante largo rato charlo con su dueño. Ha venido desde el pueblo de Villanueva a darle una vuelta a sus olivos. Como dice el refrán: “El ojo del amo engorda el caballo”. Por eso este hombre, como casi todos los que por estas tierras de Jaén tienen olivos, se da una vuelta por su finca de olivos a ver cómo los encuentra. Y le pregunto:
- ¿Cómo los encuentra?
A lo que me responde:
- Harticos de agua y con las ramas repletas de cañamón.
- ¿Habrá buena cosecha el próximo año?
- Si las cosas sigue como hasta hoy están viniendo será la cosecha del siglo.

Durante un largo rato seguimos charlando de más cosas y luego nos despedimos. Él se va a sus olivos y yo sigo con mi ruta. Mientras voy llegando al rellano donde voy a dejar el coche lo veo surcando las laderas del arroyo de Chincolla y metiéndose por entre los verdes olivares que chorrean por estas laderas. Y me digo que estas personas ahora son felices gracias a sus olivos, su buen choche todoterreno y la abundante lluvia que Dios le está regalando a los campos en esta generosa y única primavera. Sobre el rellano del pequeño puntal dejo el coche. La tormenta sigue cubriendo las cumbres

de la más alta sierra y hasta caen gotas gordas y se ven brillar los relámpagos. Crujen los truenos y las nubes cada vez son más negras por la parte del pico Yelmo. Digo esto porque por el lado de la carrasca de la Seña, los morrones de Santa María y la Muela, parece que se está despejando el cielo. A ratos, hasta sale el sol y con su brillante luz ilumina a los olivares y al bosque recién mojado. Sigo creyendo que la tormenta se irá para el lado de Segura de la Sierra y confiando en ellos me pongo en camino.

Remonto por la pista y al coronar el puntal rocoso que sujeta al cortijo de los Monicotes, al dar la gran curva y venirse el carril para el lado del sol de la tarde, yo me salgo de ella y me voy para la loma que sube desde el castellón de Chincolla para la lancha del Pueblo. Por entre los olivos busco ramales de pista y los voy encontrando. Los voy siguiendo y cada vez que se me termina uno, busco otro hasta que al final ya estoy en la misma linde de los olivares. Donde se terminan los olivos que suben desde el Guadalquivir y empieza el bosque de la sierra profunda. Sólo unos metros más arriba de donde comienza el bosque de romeros, cornicabras, lentiscos, zarzas, enebros y pinos, ya se presenta la gran muralla de la cresta que da cuerpo a la lancha del Pueblo. Por aquí el nivel ya se sitúa sobre los novecientos metros.

Pero por entre el olivar, lo que más destaca además de los carriles de un lado para otro y la tierra suelta de tanto ararla, son los tubos de plástico negro. En los olivares de Jaén ahora a todo el mundo le ha dado por instalar mangueras de plástico y coger agua de cualquier manantial que brote cerca. Los manantiales por las laderas del Guadalquivir todos están invadidos y entubados para regar cada olivo. Estéticamente es un desastre para los paisajes y desde otro punto de vista, las aguas limpias que siempre fueron y llenaban al Guadalquivir, ya ni corren por los arroyos ni dan vida a este río. Un granito de arena más que se suma a los otros miles que día a día van esquilmando y empobreciendo la Sierra, la región, el mundo. No es posible un manantial para cada ser humano sobre el Planeta tierra y menos con las aguas tan puras como los que por aquí manan. Ni siquiera para regar a los olivares de Jaén. Es una riqueza tan enorme que hay que cuidar y compartir de otra forma diferente.

Arroyos cristalinos
que bajáis sangrando de la sierra
en mil espejos finos
¡Qué dulce entre la hierba
reflejáis al Dios que el alma sueña!

Ayer, chorros divinos
saltando presurosos por las peñas
en busca de caminos
y hoy en cárcel negra
los hombres que os aman, os encierran.

Arroyos cristalinos
compañeros silenciosos en mis sendas
en busca de un alivio,
¡Qué poco ya nos queda
de aquella libertad que Dios nos diera!

Así que cuando ya se me terminan los olivos sobre la loma que sube desde el castellón de Chincolla hacia la lancha del Pueblo, me vengo para la izquierda. Cojo exactamente la última fila de olivos mientras voy andando dirección al Embalse del Tranco pero sin dejar de remontar dirección al filo rocoso que corona. Y justo donde se terminan los olivos, al empezar el monte, un rellanete poblado de tomillos y mejorana. Los tomillos ya están hermosamente florecidos. Por aquí mismo me encuentro la senda. No sube sino que va siguiendo la misma curva de nivel en busca de un portillo que tiene la cresta rocosa. Y en cuanto estoy sobre ella descubro que esta senda, a pesar del tiempo y lo poco que la pisan las personas ahora, se distingue con toda claridad. En sólo unos minutos ya estoy remontando por las rocas que se traban en la cresta de la cumbre. Descubro, para asombro y satisfacción mía, que por aquí a la senda también le labraron una escalera. Un tramo en forma de zigzags, sujetos con paratas de piedras sin mezcla para que pueda atravesar el tranco y coronar a las laderas sur y a lo más alto de la morra donde tallaron el castillo. Me alegro por fin pisar este rincón de la sierra por el gran interés que tenía en conocer el lugar de Chincolla. Mientras corona, le voy dando gracias a Dios. Gracias y más gracias por lo que sólo Él sabe y mi entristecido corazón.

En cuanto estoy en lo más alto, siete menos veinte de la tarde siete de mayo del año dos mil, lo primero que me sorprende es la negrura de la gran nube que ahora mismo sí la tengo por completo encima. También me sorprende la impresionante visión que esta cumbre me ofrece sobre el gran barranco de royo Chillar. Pero la tormenta cubre desde las cumbres de la Sierra de Segura, descarga agua, desgaja ráfagas de rayos y escupe truenos que hacen temblar a las montañas. Sopla el viento y por lo que mis ojos

captan y mi mente es capar de intuir, creo que de un momento a otro la voy a tener por completo encima. Si no se debilita y por aquí descarga con la misma virulencia con que lo hace por aquellas partes de la sierra, esta nube va a ser mala. Me va a poner chorreando hasta los huesos, va a cubrir esta montaña con su niebla y quiera Dios que no me alcance algunos de los muchos rayos que viene regalando. Así que diciéndome a mí mismo que tengo que ser prudente, aligero el paso. Porque también me digo a mí mismo que después de tanto tiempo deseando venir a las ruinas de este castillo y cuando ahora por fin estoy sobre la cumbre, no me puedo retirar sin empaparme ya de él. Hoy se me ha presentando la oportunidad y he logrado lo que soñaba desde hace muchos años. Ahora no puedo irme tan vacío estando como estoy en la misma cumbre.

Pues aligero el paso porque no quiero desistir y desafiando a la nube, al viento, a la lluvia que ya empieza a caer, a los rayos y truenos que estallan por toda la sierra, continúo la aventura. Subo por la ladera que da para royo Chillar y medio sigo a una pobre sendica. A la hierba por aquí me la encuentro tan alta que al pisar se me hunden los pies y me llega hasta la rodilla. La tormenta la está mojando y por eso me voy poniendo empapado. Sorteo como puedo las mil rocas que sobre este morro se clavan y desmoronan y con la mayor prudencia por si me tropiezo con algunas de las cuevas que por este cerro se abren, voy coronando hasta lo más alto. Y lo que empiezo a descubrir es que el tan cacareado castillo de Chincolla, ahora por aquí sólo presenta un trozo de pared gruesa de piedra con mezcla de cal, ya muy desmoronada. Por el lado de la cañada rocosa que cae hacia royo Chillar y desde lo alto de la cuerda, sí me encuentro un trozo más grande que parece muralla. Baja desde lo más alto hacia el cañón de royo Chillar y viene formando escalones. Intuyo que esta muralla, no demasiado gruesa, fue levantada para cubrir el flanco más débil, por lo accesible, que tenía la morra de este cerro. Pero antes de encontrarme con este trozo de muralla, siguiendo la veredilla, me tropiezo con la boca de la gran cueva. La que me han dicho se abre casi en vertical y nunca nadie ha llegado a sin fin. Está en la misma veredilla que va recorriendo el terreno que encerraba la muralla.

Según voy con mi prisa la observo sin detenerme y veo que nada más empezar a hundirse, en las rocas, tiene escritas unas letras. Son las iniciales de GEV. Conozco estas iniciales y sé que significan Grupo de Espeleología de Villacarrillo. Porque también conozco a varios de los jóvenes que forman este grupo. Hace varios años que se juntaron y durante algún tiempo se dedicaron a explorar cuevas por estas sierras. Llegaron a descubrir bastantes y hasta elaboraron un catálogo. Así que ahora descubro yo que entre sus conquistas por esta sierra también esta cueva fue incluida. Ya he dicho que no me detengo sino sólo unos segundos porque estoy huyendo de la tormenta que todavía no descarga con toda su fuerza. Estoy huyendo mientras necesito avanzar algo más y descubrir todo lo que me sea posible de este castillo de Chincolla y el terreno donde estuvo levantado. Y entre

tanto como voy descubriendo lo que más me asombra es el punto a donde vinieron a levantarlo. Ni siquiera agua hay por aquí. Para bajar a royo Chillar es poco menos que imposible. Tampoco hay por aquí un rodalico de buena tierra para sembrar algo. Ni un árbol ni nada de nada. Sólo mucha hierba, en esta lluviosa primavera, muy alta y verde y lo demás, rocas y más rocas. Otra cueva no tan en vertical como la primera sino algo en horizontal y tampoco puedo saber hasta donde se ahonda.

Ya está lloviendo pero que bastante. Sopla tan fuerte el viento que casi no puedo andar y a pesar de ello, como el ritmo que llevo es de lo más acelerado, estoy sudando a chorros. Me vuelvo para atrás dejando, lo que aun me queda por ver, para otra ocasión. No puedo seguir porque la nube me coge de lleno. Aun le falta un poco para tenerla por completo encima. Así que regreso casi por los mismos pasos, sorteo las rocas que se clavan sobre esta cumbre, aparto las ramas de sabinas, lentisco y otra vegetación que ya está chorreando y por eso al rozarla, me empapan un poco más y busco el portillo por donde remonta la senda. La luz de un relámpago me ciega. El crujido del trueno es casi instantáneo. Tiembla la montaña y arrecia la lluvia. Consigo alcanzar la hendidura que da paso al portillo por donde la senda remonta. Por el lado de la izquierda, se levanta una pared rocosa y donde el peñón tiene su asiento, se abre una pequeña covacha. Es un refugio ideal para un momento como este. Salto unas rocas más, piso otro puñado de hierba, aparto un par de ramas de enebros y ya estoy en el refugio ideal. No es gran cosa pero me sirve para no estar tan a la intemperie.

Otro fogonazo ilumina a la cumbre rocosa sobre la que me encuentro y de nuevo estalla el trueno. Es un rayo que ha caído en el mismo puntal de Agua los Perro que lo tengo al otro lado de royo Chillar y en línea recta de mí, a menos de ochocientos metros. El grueso de la nube ahora mismo se sitúa por ahí. Viene para donde me encuentro y por eso sé que no tardará en alcanzarme de lleno. Ya estoy refugiado y mojarme no me mojo pero ¿quién me puede librar de la fuerza de un rayo que caiga sobre las peñas donde me refugio? Sé que sólo Dios pero siento que a Dios, aunque lo tengo conmigo y lo presiento, no tengo por qué llamarlo para que me salve de lo que a lo mejor Él no quiere que me salve.

Así que rezo y lo invoco pero quiero dejar que las cosas transcurran como deban ser. Estalla otro gran trueno precedido del fulgurante chispazo y de momento, arrecia la lluvia. Como el viento sopla con toda su fuerza, sobre las rocas que tengo delante, las gruesas gotas de la fría lluvia, se estrellan con tanta fuerza que parecen granizos. Pero granizos no son. Sólo lluvia y con tanta fuerza que los arroyuelos empiezan a correr hasta por el mismo terreno llano que tengo por mi derecha. La oscuridad se espesa pero no aparecen las nieblas. Desde donde estoy tengo frente a mí el gran barranco del Guadalquivir a la altura del arroyo Catena, ermita del Calvario a la izquierda y arroyo Natao, a la derecha. No sé por qué pero en estos

momentos me acuerdo de la figura de San Juan de la Cruz. Se me vienen a la mente los preciosos versos que, según dicen, fueron escritos inspirado por los paisajes de estas sierras.

Y así, mientras me está aplastando y dejando anonadado la gran nube que no para de descargar agua, escupir culebrinas de fuego y sangran truenos espantosos, se me refresca en la memoria la que es para mí la página más bonita de este poeta:

Canciones entre el alma y el esposo

LA ESPOSA 1. ¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.

2. Pastores los que fuerdes
allá por el otero,
si por ventura vierdes
aquél que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

3. Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

PREGUNTA A LAS CRIATURAS

4. ¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del amado;
oh prados de verduras
de flores esmaltados,
decid si por vosotros ha pasado!

RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

5. Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
e, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura. (S. Juan de la Cruz)

Y lo que se me ocurre o reflexiono en estos momentos, mientras descarga la tormenta y mi alma se pasea por las profundidades del gran río Guadalquivir y las laderas vestidas de olivares que desde lo hondo suben, es lo siguiente: ¿son estos los montes por los que el santo decía se iría buscando a sus amores? ¿Estaban por aquí las flores que no cogería, las riberas, las fieras y las fronteras que atravesaría? Los pastores en los que pensaban ¿eran los que en otros tiempos poblaban estas sierras? ¿Eran estos los “Bosques y espesuras plantadas por la mano del Amado?” Es por aquí por donde las criaturas les respondían al alma que “Mil gracias derramando pasó por estos sotos con presura?” ¿Fueron estos los rincones que al santo le inspiraron tan hermosos versos y por donde veía tan diáfano y la vez tan oscuro la presencia del Amado? ¿Fue este el paraíso de la “Fontana clara?” Estos grandiosos paisajes, los barrancos que los adornan, las laderas que ascienden, los arroyos que no dejan de saltar y cantar la “Soledad sonora”, ¿son los paraísos que los ojos del santo contemplaron en esta tierra?

Y si esto es así me gustaría saber ¿quién soy yo y qué hago por aquí ahora mismo? ¿Por qué se me ha permitido entrar a este edén y se me ha dado la oportunidad de conocer y ver lo que estoy conociendo y viendo? ¿Por qué mi cariño por estos paisajes y la emoción que el corazón experimenta? No entiendo gran parte de lo que ando viviendo pero la realidad es que aquí estoy metido y hasta impregnado del mismo perfume de las flores, la lluvia y el silencio. Y podría decir que no sólo impregnado sino empapado hasta los mismos tétanos y las fibras más finas de mi alma. ¿Por qué y para qué?

Completando

- Pero la senda que sacaba y metía a la sierra ¿por dónde venía?
- Ya te lo he dicho: por la fuente del Roble. Cuando llegaba al cortijo del Puntal, el que vemos en lo alto de ese voladero, se metía por ahí trazando una escalera casi perfecta. Ese se llama la Escalera y donde el arroyo cae del voladero, se le dice el Chorro. Es el Chorro del arroyo de Chincolla porque tú ya sabes en que las sierras hay otros muchos chorros. A ese cortijo le decimos de los Monicotes, de las Aliagas y también del Puntal. Pero por la garita del Jabalí es por donde también iba la verea. Salía al cortijo de la Matea, otro que también está derribado y pasaba por el peñón de Maza. Los que vivían por la parte alta del barranco del Chillar, por estas veredas se servían.
- ¿Y la lancha del Pueblo?
- El filo que estamos viendo al frente. Entonces, desde el cortijo del Peñón, partía un camino, ya han hecho un carril hasta más allá. Siguiendo ese camino se remonta a los voladeros de la lancha del Pueblo y se llega al castillo de Chincolla. Por ahí se subió de siempre y se sube ahora. Con el

coche, no. En lo más alto del riscal aquel es donde cae el castillo. Ende aquí se ve pero no se ve.

- ¿Y los nombre por este barranco?
- A todo esto de siempre se la ha dicho Chincolla. Aquello es el Peñón, que antes y toda la vida de Dios, se le llamó peñón de Aliaga. Luego le empezaron a llamar castellón o peñón de Chincolla pero su nombre bueno es "Peñón de Aliaga". Esto es el Chorreón, con su cortijo y luego tenemos el cortijo de los Patetas que es donde está ya el prao los Juncos. Prao los Juncos fue todo este barranco en tiempos pasados. Luego tenemos peñón de Maza, el cortijo de los Bolis, el del Rubio, el cortijo de las Coronelas, la casilla del Pino, la casilla del Conde y encima está el peñón del Castellón, que es aquel alto que se ve allí. Otro que hay un poco más arriba y derribado se le conoce por el cortijo de los Moscas. También están la Murallas, el castillo de Chincolla y la lancha de Pueblo, que es lo que tenemos enfrente.

Recuerdo ahora que en los mejores mapas, por el lugar, tienen recogido los siguientes nombres: cortijo de Gote, al comenzar la ruta según se pasa el río, cortijo de los Ramales, algo más arriba. Casa de Tercedillos, hacia el peñón de Maza y más arriba de esta construcción está El Peredazo, que se parece algo a Paredazo, por la enorme pared rocosa que por ahí se levanta. Tenemos también casa del Conejero, otra fuente del Roble, peñón de Maza, la garita del Jabalí y desde ahí para abajo, pues la lancha de las Minas, lancha del Pueblo, piedra del castellón de Chincolla, ruinas del castillo de Chincolla, arroyo de Chincolla y ya por el río, pues casa de Chincolla, venta de Chumilla y los Granadinos. Quiero también decir que algunos de estos nombres son de los primeros mapas que el ejército levantó por la zona. Y fue hace ya casi doscientos años.

- ¿Y la cueva del Tesoro?
- Tiene que ser esa que decimos que hay en todo lo alto. Por ahí ha venido mucha gente buscando cosas pero no se sabe.
- ¿Entonces aquello de los pastores?
- Pues que decían los viejos que estaban guardando ganado y veían a un hombre que pasaba todos los días. Ya los pastores un poco intrigados empezaron a preguntarse a dónde iría aquel hombre por allí todos los días. Total que dicen: "Esto vamos a saber nosotros a ver qué es lo que pasa". Un día lo esperaron, lo cogieron los pastores y lo amarraron a un árbol. Les dijo el hombre: "No preocuparos que hay para todos". Y es que el hombre pasaba oro molido, lo vendía y luego volvía a por más. Así que lo dejaron allí y cuando volvieron los pastores ya no estaba el tío atado. Había desaparecido.
- ¿Eso en el castillo de Chincolla?
- Dicen que cuando entraron a donde estaban los moros, los que echaron ya por fin a los moros de aquí, como todo aquello es liso de piedra, los moros se tiraban para abajo y se estrellaban contra los acantilados de royo Chillar. Hay allí un arco de piedra precioso y grande. Se encuentra al otro lado de las

Murallas, un poco a la derecha.
- ¿Y qué más cosas hay por el castillo de Chincolla?
- Pues también dicen que los moros enterraron por allí muchas armas. Muchas personas las han buscando pero eso nadie ha dado con ellas. Con el tiempo se ha envuelto y ahora quién saben dónde están.

- ¿Y lo del camión?
- Eso fue cuando empezaron a repoblar de pinos. Unos dicen que por ahí, por donde sube la escalera que servía para que pasara el camino, engancharon a un camión y lo subieron hasta lo alto de la cuerda carrasca de la Seña. Pero otros dicen que trajeron hasta aquí a un camión entero, lo desarmaron y pieza a pieza lo subieron hasta lo alto de la carrasca de la Seña. Luego allí lo armaron y ya lo usaron por esas pistas de tierra para las faenas de repoblar pinos. Yo creo que esto último tiene más sentido. Pero fuera así o de otra manera, lo del camión está basado en un hecho real.

5- Segunda vez: 14-5-2000. Tarde primaveral

Tenía yo que dejar claro que volví a las cumbres donde estuvo asentado el castillo de Chincolla en la tarde de primavera del día catorce de mayo. El sol lucía limpio, sobre un cielo azul mucho más limpio y hasta hacía ya calor de verano. Pero los paisajes, después tanta lluvia en el mes de abril y los primeros días de mayo, reventaban de verdes. Florecidos estaban ya los olivos, las amapolas, las peonías, los tomillos, las jaras blancas, los majuelos y tenían sus nuevas hojas las cornicabras y las madroñeras. Revoloteaban mil mariposas y los pajarillos entonaban sus trinos con una alegría y belleza que animaban aunque uno no quisiera. El paisaje esta tarde se presentaba vestido con un traje tan resplandeciente, vigoroso y verde que invitaba a comérselo. Con este panorama y el entusiasmo ardiendo en mi corazón me puse en marcha y remonté por la loma que va desde el castellón de Chincolla hacia el puntal más elevado sobre la cumbre. Es donde estuvo construido el castillo. Cuando llegué al final de la última hilera de olivos, donde todavía permanece en pie el pino seco, me viene para la izquierda y tomé por la aun visible sendica que remonta hasta lo alto de la cresta. Ya dije que esta fue la senda que ellos usaron en aquellos tiempos y después de tantos años, varios siglos ya sin ser usada seriamente, sigue reconocible.

Fui despacio contando las cuatro o cinco curva que traza mientras escala por el portillo rocoso y antes de coronar, lo que más me llamó la atención fue la cueva. La preciosa cueva modelada en el espigón rocoso que hay al lado derecho, sólo unos metros antes de la cumbre total. Es donde que refugié de la tormenta y por eso, este recinto salvaje y a partir de ahora, tiene ya para mí un sentido especial. Me paré y despacio estuve observando y meditando. Una vez más de dije que esta cueva tuvo que ser la garita donde se guarecía el centinela que controlaba el camino que se acerca al recinto amurallado. Por su privilegiado enclave, desde aquí se tiene vigilada toda la ladera que sube desde el castellón de Chincolla, la vereda que viene

remontando y el mismo portillo por donde entra la senda. Y como la cueva ofrece un refugio muy abrigado, esta fue sin duda la garita desde donde el vigía controlaba. Además, las paredes de esta cueva todavía se ven tiznadas de tantas lumbres como dentro de ellas se han encendido. Algunos muy recientes porque hasta ruedan por aquí las cenizas y los tizones. En la misma entrada de la preciosa cueva crece y se abren ya las rosas de las peonías. También crece aquí una Barlia robertiana, orquídea gigante no muy abundante en estas sierras. Sobre las rocas vi también algunas matas de Globularia espinosa, té de roca, Jasonia glutinosa, tomillo y otras plantas rupícolas. Son estas fechas el mejor momento para gozar de la gran riqueza de plantas y flores que se dan por este Parque Natural.

En cuanto a la Barlia robertiana que antes decía aclaro que es tal ve la orquídea más recia y elevada de todas las que se crían por la cuenca mediterránea. Sus hojas son de color verde intenso y sus flores se agrupan en compactas espigas. Otro de sus nombres es Lengua de látigo por sus brácteas más largas que las flores. Esta planta es típicamente mediterránea, alcanzando el este de Turquía, por un lado y a la Islas Canarias, por otro. En Andalucía no es rara aunque tampoco es muy abundante. Sólo un par de veces me la he encontrado por este Parque Natural. Junto al charco del Aceite la vi el otro año. Se le conoce a esta planta, popularmente, con el nombre de Orquídea gigante.

Así que después de un rato y ya con mis piernas algo descansadas, seguí la senda procurando no perderla para no alejarme mucho de lo que fue aquella realidad primera. En cuanto termina de coronar, la senda se viene para la derecha, se mete por otro portillo, trazando unas curvas más y al coronar del todo, ya se pone frente a la preciosa ladera que precede al primer paño de muralla. El que levantaron por el lado de donde le llega la senda y en cuyo centro tenía la puerta principal. Pero antes de este paño de muralla, la senda se mete por el lado de arriba de un precioso prado. Es justo donde el terreno se allana bastante sin dejar de caer para royo Chillar y como entre las rocas hay buenos puñados de tierra, crece por aquí mucha hierba. Hoy crece por aquí mucha hierba. Se le ve al rodal como si fuera un verdadero prado y como la hierba se presenta alta, casi hasta la rodilla y verde de vida, pues no puedo dejar de pensar que en este lugar seguro fue donde pastaban las bestias que aquellas personas tuvieran. Dentro del recinto amurallado no hay ni terreno ni espacio para encerrar y dar de comer a caballos, mulos o burros. Este prado se encuentra a sólo unos metros de la entrada principal y como se le ve tan llano, relativamente si lo comparo con la inclinación de las laderas donde estuvo el castillo, en épocas como las de ahora, sin duda que era un prado excelente para que pastaran animales. Hoy la hierba se puede segar.

Pero hay más. Me llama la atención que por el lado de arriba de este prado, justo por donde pasa la vereda buscando la puerta principal, crezcan juncos. El terreno se hunde un poco, la vegetación por ahí está mucho más

verde que por otros puntos y crecen juncos. Donde crecen juncos siempre brota un manantial o al menos la humedad es más abundante que en otros lugares. La presencia de los juncos me lleva a pensar que por aquí seguro brota agua e incluso en los meses del verano y en los más secos. Estas plantas no pueden vivir si el terreno se reseca por completo. No me paro para descubrirlo mejor pero se me queda dentro el regomello y la pregunta. ¿Brota por aquí alguna fuentecilla que los recluidos en este castillo aprovecharon? Pero si brota ahora algún pobre manantial, porque los juncos eso es lo que parecen decir, ¿también brotó en aquellos tiempos? Y pienso que aquellos tiempos se remontan a siete u ocho siglos o quizá más. ¿Hace tanto tiempo estaban las cosas como yo esta tarde me las voy encontrando? Seguro que muchas, no pero otras, seguro que sí, porque son más duraderas.

Debería parar y mirar despacio para asegurarme si brota o no algún manantial en este rincón pero no lo hago. Sigo por mi sendica remontando hacia el pino seco que se clava por encima del prao de la hierba y antes de los trozos de muralla que aún quedan por ahí. Mientras voy andando compruebo que la senda casi cruza el prado por lo más frondoso pero muy pegado al lado de arriba. Se tiene que venir para lo alto porque sino se encuentra con un tajo profundo que se abre en la ladera y cae hacia royo Chillar. Por ahí es imposible cruzar. Tiene que buscar la parte más alta. Y ahora, en cuanto termino de cruzar el prado, me tropiezo con un ejemplar de cornicabra tremendo. En cuanto lo veo me asombra. Es la primera vez en las sierras de este Parque Natural que veo un ejemplar de cornicabra como este. Tiene el tronco como el de un viejo y grueso roble, parecido al de una encina y no es encina sino cornicabra. Magnífico ejemplar que sin duda es más que centenario y clavado entre las rocas que se pegan a la muralla.

Pero es que por aquí mismo, no muy lejos de este ejemplar de cornicabra veo el almez que dije en la primera parte de esta ruta. Un almez que también tiene sus años, aunque no sea muy grande. Estos árboles crecen muy lentamente y en el terreno donde vive este, más lentamente todavía. Tiene que pasarlo muy mal en verano por lo árida y alta que es esta montaña. Es por aquí cerca donde también me asombra el pino seco que decía antes. Es de la especie halepensis y es tan viejo, grueso y alto que ya se ha cansado de vivir. Seguro se secó en los últimos veranos que fueron tan calurosos y de escasa lluvia. Y ya que estoy con la relación de árboles asombrosos que por esta montaña del castillo me voy encontrando, digo que sobre la muralla que mira para el morro de los Vadillos, cortijo del Chindo, esta tarde, también me encuentro una grandiosa mata de sabina. Clavada en las mismas rocas y piedra de la muralla pero seca por completo. Tuvo que morir en algunos de los últimos, tan secos y calurosos, veranos.

Así que se me va llenando el corazón de asombro mientras sigo dirigiendo mis pasos y miradas hacia la ladera que fue amurallada. Me encuentro con un trozo del primer paño de la muralla que protegía por el lado

que le entra la senda. Sólo un fragmento que, resistiendo al paso del tiempo y de las inclemencias, aun no se ha desmoronado. Me queda por el lado izquierdo según voy llegando y por el lado derecho me saludan algunos trozos más. Por entre ellos pasa la senda y por eso llego a la conclusión que por donde ahora entro yo, exactamente por aquí, era la entrada principal a este recinto amurallado. Venía la senda desde el portillo de la garita del centinela, pasaba por la fuentecilla de los juncos, cruzaba el prado por su lado de arriba, se aferraba a la cuesta y se metía por la puerta grande.

Al lado izquierdo de esta puerta grande un tajo rocoso, en forma de surco de arroyo, por donde no es posible el paso. Así que por ahí casi no era necesaria la muralla. Nadie podía ascender por este lado porque además, el arroyo y su cerrada, también presentaban mucha sujeción. El surco de royo Chillar, por este lado sur, para los moradores de este castillo, era como el verdadero foso de la más robusta fortaleza. Pero la entrada es tan cómoda que a pesar del repecho, es un placer llegar y colocarse en el mismo corazón de lo que fue el recinto amurallado. Ahora es cuando lo voy descubriendo en toda su exactitud. Lo que hicieron aquellas personas fue cercar la morra-ladera de este cerro en su parte más alta. Nada más construyeron por aquí. Ni almenas ni torres de defensa ni fosos ni patios de armas. Este fue un castillo no parejo con otros, por su originalidad y enclave.

Según llega la senda, cruzando casi por el mismo centro de la porción de tierra amurallada, pasa por delante de la primera cueva que decía el otro día. Hoy me paro y hasta entro un poco en ella. Se abre en horizontal y en cuanto se mete unos metros en la montaña, se ensancha y tiene su fin. Parece que lo tiene pero también parece que en aquellos tiempos fuera más honda. Quizá se han cerrado algunas de sus entradas o galerías. Pero lo que sí compruebo es que está como ocupando el mismo centro de lo que fue el castillo. La otra cueva, la que penetra vertical para el corazón de la montaña me la vuelvo a encontrar sólo unos metros más adelante. También justo por donde pasa la senda. Pero no me paro. Sigo y hoy sí me doy cuenta que en cuanto la senda termina de cruzar el recinto amurallado y deja atrás la última cueva, se sale por la segunda puerta que tenía este castillo. Es por el lado de arriba, el que da al collado del Ojuelo. Todavía tiene por aquí buenos trozos de murallas. Los que mejor se han conservado y por el centro de estros trozos, pasa la senda. Me gusta un montón el pequeño portillo que le prestan las rocas para que pase. Y lo que más me gusta es que en cuanto se coloca uno justo en este portillo y se asoma un poco para la ladera que por este lado se abre, es como un balcón primoroso. Al frente queda la ancha ladera rocosa cayendo para el arroyo, en lo hondo queda el profundo surco del arroyo y más cerca, antes de la ladera, la suave y pequeñica cañada que cae desde el collado que tiene la cumbre en todo lo alto.

Durante unos minutos me quedo parado en este rinconcillo, que según noto, es el que más me gusta entre todo lo que voy viendo por aquí y luego

sigo. Continuo avanzando por la senda con la única intención de recorrer unos metros más y luego volverme para ver que presencia tiene el castillo visto desde este lado. Al volverme la presencia que me encuentro me llena de gozo. Es una robusta pared de rocas naturales, irregularmente agarradas unas a otras y por entre ellas, creciendo la vegetación y la hierba. Algunas sabinas y cornicabras y coronando casi al filo de las rocas, los trozos de muralla que antes decía. Pero lo que más me gusta es la forma tan original que tiene esta entrada. Por una sencilla senda que fue bien sujeta con piedras y procurando pasar por el lado de arriba de las rocas más gordas para encontrar el mejor acomodo. Así que saco la cámara y le hago un par de fotos. Este sí es un buen rincón para recogerlo y que a partir de ahora ya sea documento. Por el lado de abajo, el que pega al arroyo, en la roca que hacía de dintel en la puerta, en todo lo alto, se apoya el más pequeño de los trozos de muralla. Casi desmoronado por las lluvias, el viento y la nieve pero con su dignidad porque en la parte más alta, lo que ya ha desmoronado más el tiempo, se torna como la figura de un león sentado y mirando al otro trozo de muralla que sube por el mismo filo de las rocas hasta lo alto de la cumbre. ¡Qué originalidad y qué precioso es esta parte del castillo! Y claro, pienso que si de verdad hubiera sido un castillo seguro aquí estaría la puerta levadiza. Pero ni está ni lo estuvo.

Antes de volverme para atrás y continuar con mi recorrido en esta espléndida tarde de primavera, miro despacio a la senda y la busco por la ladera. Nadie me lo ha dicho pero ahora mismo acabo de descubrir que esta senda, por aquí bajaba al arroyo. Fue este un camino que ellos trazaron y sujetaron por la inclinada y rocosa ladera para bajar al arroyo a por agua y seguro que también para subir luego por el surco del arroyo hasta las tierras llanas que tiene por debajo de los Vadillos. Seguro que ellos sembraron esas tierras, muy buenas tierras porque son riberas regadas con la abundante agua que corre por el arroyo. Esto nadie me lo ha dicho pero yo acabo de concluir que con toda seguridad fue así. Pero mirando a la ladera y la hondura que tiene el surco de royo Chillar también me digo que tenía tela esta ladera. La tiene sólo para bajarla así que para subirla y además cargado con agua o cualquier otro producto, casi asusta pensarlo. Pero claro, poco a poco me voy haciendo la idea que la vida, para las personas que aquí se refugiaron, no fue fácil en ninguno de los sentidos.

Así que una vez ya cansado de contemplar tan bonico rincón me vuelvo, cruzo otra vez por la puerta principal, me pego al gran paño de muralla que va subiendo por lo más alto de las rocas hasta la cumbre total y antes de llegar, me quedo parado frente la sabina seca que ya dije atrás. Es una mata de sabina que brotó en la misma pared de mezcla con cal, tierra y piedras y las rocas y después de vivir mucho en este rincón, se secó. Seguro fue el verano pasado o el anterior que fueron los verdaderamente secos y calurosos. Me la llevo conmigo en mis experiencias de sierra y cuando ya estoy coronando al rellano principal, por la izquierda, me sorprende algo

nuevo. Es un hoyo en el terreno, pegado a unas rocas, por donde crecen muchas zarzas. En un principio me creo que puede ser una cueva pero cuando lo descubro algo, más veo que no.

Tiene apariencia de un depósito de agua. Hay mucha tierra y toda ella ha sido trabajada hasta quedar en forma de un gran embudo, que es donde pega a la roca y crecen las zarzas. Pero como no tengo más información sino lo que pueda deducir de lo que ahora mismo están viendo mis ojos se me ocurre pensar que ciertamente esto fue un depósito para recoger y almacenar agua. Cuando en invierno llueve o nieva, sobre esta cumbre y en esta hoya menor se acumula el agua y la nieve. Cuando deja de llover y de nevar, sobre esta cumbre, lo que más escasea es precisamente el agua. ¿Por qué no iban ellos a tener algún sistema para retener y almacenar estos elementos y usarlos luego cuando lo necesitaran? Esto es lo que me pregunto y mi pregunta queda temblando en el aire como tantas otras.

Continuo y sólo unos metros más, ya estoy en lo más alto. Donde la cumbre total forma como un rellano menor, una plataforma que fue modificada por ellos y por eso quedó por completo llano, alrededor de grandes peñones que no pudieron modelar. Nada más llegar y situarme sobre esta elevación me quedo helado. Es la perfecta atalaya o torre de defensa. Desde aquí, para el lado norte que es donde queda el barranco de Chincolla, la montaña presenta una gran caída, por completo en vertical y pura muralla de roca. A esta pared es a la que lo serranos llaman “Muralla”. Nadie puede remontar por este lado si no es escalando y después de haber re corrido más de cien metros de distancia y superado casi otros cien metros de desnivel. Era y sigue siendo la mejor muralla que tenía este castillo. Pero es que además era la mejor torre de observación porque desde esta plataforma se domina todo el gran barranco de Chincolla, con sus laderas, el castellón y una grandísima extensión del Guadalquivir. Se ve la carretera casi desde que vuelca desde Villanueva del Arzobispo hasta que se pierde por la venta Melquiades para arriba. Entre quince o veinte kilómetros del valle del Guadalquivir y las laderas que tiene al otro lado. Sé que en aquellos tiempos no tenían medios para ver con claridad lo que pasaba a estas distancias pero el caso era que ellos conseguían dominio sobre todo el gran valle de este río y buena parte de sus laderas y caminos.

Pero sobre lo que poseían mejor domino era sobre la senda que por el barranco subía y remontaba, un ramal para esta cumbre del castillo y otro ramal, por la carrasca de la Seña y se metía en la honda sierra. Desde el mismo corazón del castillo ellos tenían bajo sus miradas a medio mundo. Sabían bien que por el lado de la sierra era casi imposible llegar, y aunque así fuera, también dominaban bien este lado. El de royo Chillar y sus laderas hacia Agua los Perros y los Vadillos, también quedaba perfectamente observado desde esta maravillosa atalaya. Esto es lo que descubro esta tarde y además descubro que sobre una las rocas que sobresalen en lo más

alto de esta cumbre se encaja un perfecto parapeto. El terreno es llano total y como la roca puede servir de apoyo y resguardo para el frío, el viento y las otras inclemencias, no hacía falta más. Pero en mi observación llego a otro descubrimiento es que este lado era el vertedero ideal.

La inclinación del acantilado ya he dicho que es casi por completo vertical y como la profundidad es mucha, pues desde aquí ellos tiraban fuera del recinto amurallado todo lo que no le fuera útil e incluso sus excrementos y demás. Esta teoría mía queda algo reforzada al comprobar que por la ladera que cae hacia el barranco, cuando ya termina la pared rocosa, crece un gran bosque de pinos y otra vegetación. Pero en la parte que queda justo debajo del balcón que he dado en llamar torre de vigilancia, el terreno no presenta apenas vegetación y sí mucha tierra de buena calidad repleta de hierba. Eso me dice que desde esta cumbre arrojaban escombros y basura y en esta ladera se fue acumulando el estercolero. ¿Por dónde sino ellos iban a eliminar sus deshechos sin que les causara ningún otro inconveniente? Y ellos tuvieron que general deshechos.

Otra de las grandes partidas que le sacaban a esta impresionante atalaya era la de tener bajo control la vereda que sube por el barranco de Chincolla, en la parte final. La que se aproxima a la cuerda de esta cumbre y luego entra por el portillo de la garita del centinela y sube al castillo por la ladera que mira al barranco del Chillar. Cuando la vereda se aproxima a esta cumbre, queda por completo debajo del mirador que ahora ocupo y por eso se le domina a la perfección tanto para ver con claridad lo que por ella entra o sale o para combatirla, si es que así tenía que ser. Y en estos momentos me pregunto ¿dónde tenían ellos las municiones para hacer la guerra al enemigo si se presentaba el momento? Me pregunto esto y otras muchas cosas mientras, dentro de mi asombro, me preparo y hago unas cuantas fotos. El gran barranco de Chincolla, tan repleto hoy de olivares con los carriles de tierra que los surca y los cortijos blancos que lo pueblan y al fondo, todo el gran surco del río Guadalquivir.

También, desde este impresionante balcón, se ve bien el barranco por donde mana la fuente del Roble. La que tanto dio agua a los serranos de los tiempos pasados y ahora con tanto interés se la roban para regar los olivares de las laderas. Pero como no dejo de hacerme preguntas, sabiendo ahora que por esta ladera sube la senda, sabiendo que la fuente mana casi por donde la senda pasaba y sabiendo que la máxima comodidad para subir a este castillo se encontraba por este lado, quiero creer que ellos también pudieron ir a por agua a esa fuente del Roble. Quizá es mucho más fácil subir agua desde este venero que desde el cauce de royo Chillar. Y como también sé que cerca del manantial de la fuente del Roble hay un buen rodal de tierra fértil, pues ¿por qué ellos no iban a cultivar ese rodal de tierra y regarlo con el agua que ahí brota? Si fue mucho el tiempo que estuvieron establecidos en este recinto fortificado claro que necesitaban cultivar tierras y recoger

cosechas de ellas aunque fueran escasas. Quizá sus necesidades fue más de la que me pueda imaginar y el tiempo establecidos en esta montaña, también.

Ahora miro a las rocas que tengo cerca de mí y sobre una de ellas veo un montón de tejoletes. Trozos más o menos pequeños de vasija de barro, que no de tejas, que alguien por aquí ha encontrado al escarbar en la tierra buscando tesoros y en lugar de llevárselos los ha dejado sobre uno de estos peñascos. Dan testimonio de mucho pero aquí están, sin apenas aprecio de nadie y en la gran soledad de la montaña. Los miro durante unos minutos y decido que yo tampoco me los voy a llevar. Ni siquiera les haga una foto porque no le encuentro sentido. Y al poco, sin querer, abandono la plataforma y comienzo a bajar por la ladera en busca de la vereda para regresar. Pero no quiero regresa todavía. Necesito conocer algo más este lugar.

Rodeo lo que decía antes parece un depósito para retener agua y al moverme por el lado de abajo, tengo otro descubrimiento: justo por la parte de abajo del hoyo que digo fue depósito, unas rocas y en ellas, como una cueva. Me asomo y no es muy profunda pero sí noto que desde esta cueva sale como un surco ancho. Como si fuera una acequia o canal ancho por donde corriera agua brotada de la cueva. Alzo mis ojos y al ver que por encima me corona el rellano donde se abre el depósito me pregunto ¿No pudiera ser que el agua recogida en esa hoya se filtrara por la galería de esta cueva y saliera por esta acequia? Y me digo que sí, porque la cueva parece ir justo al corazón del embudo que se forma al final de la hoya dicha. ¿Y no pudiera ser que ellos subían agua desde royo Chillar, en burros, mulos o a cuestas y en tinajas o cántaros y los vaciaran en este depósito natural para así tener una reserva de agua? Y también me digo que pudiera ser porque entra dentro de una lógica. Claro que esto que estoy diciendo es pura teoría mía. Nadie me lo ha contado ni lo he leído en ningún texto. Pero mis ojos están viendo y mi corazón siente.

Continuo bajando ahora sí ya con intención de regresar y mira por donde, sólo unos metros más abajo de la cueva con la canal, sobre unas rocas gordas, veo montones de piedras no demasiado gordas. Me pregunto por en sentido de estas piedras y otra vez concluyo en una teoría que parece puede tener algo de sentido. ¿No pudiera ser que estas piedras fueran depósitos de munición? Sí los enemigos entraban por la senda que sube desde el barranco de Chincolla, desde la atalaya que he dejado atrás, ya he dicho que los podrían combatir de alguna manera. La ladera y el voladero no pueden tener mayor inclinación. ¿No pudiera ser que estas piedras fueran sus bombas y proyectiles? ¿Por qué están aquí amontonadas, en el mismo centro del recinto y por donde no hay más piedras que las rocas que la montaña da?

Sigo yéndome, ahora sin ganas porque algo me ha herido la hermosa

ladera de esta cumbre, y ya piso otra vez la hierba que tapiza el prado. La vereda no se ha borrado del todo y por eso la puedo seguir aunque tenga que luchar contra las matas del monte, los troncos de pinos caídos y secos y la espesa hierba. Mientras me alejo me digo, porque ahora conozco algo mejor el rincón que voy dejando atrás, que por este lado es por donde el recinto amurallado era más vulnerable. No tenía más obstáculos que la empinada ladera, la pared que le presentaba la muralla y poco más.

La tarde cae aunque mucho más lenta que hace unos meses porque ahora el sol alumbra durante mucho más hora y ya voy pisando el portillo que da entrada a la senda desde el gran valle del Guadalquivir y la ladera que asciende para la pared del castillo. Me detengo durante unos minutos y como hoy no tengo que refugiarme de la tormenta ni de los rayos que ésta descargaba, disfruto de serenidad y tiempo apacible para preguntarme a mí mismo y al viento que mudo me besa unas cuantas cosas. Me las vengo formulando a lo largo de toda la tarde y ahora ya no puedo callarlas. ¿Quiénes fueron las personas que decidieron la construcción de este castillo y en este lugar concreto? ¿Quiénes fueron los que de verdad trabajaron en la construcción de la muralla que aun perdura? ¿Cuántos fueron ellos y qué circunstancias les empujó a tal obra? Y una vez construida la fortaleza ¿cuánto tiempo estuvieron por aquí?

¿Por qué vinieron a tan original lugar y no a otro? Y una vez ya aquí dentro ¿qué comían estas personas? Y lo pregunto porque si fueron muchos, alimentarse en las crestas de esta cumbre, no sería fácil. Y me sigo preguntando que, a lo largo del tiempo que por aquí estuvieron refugiados ¿en qué empleaban los días y las noches? ¿De qué modo se abastecían? ¿Cómo vestían y calzaban en este áspero monte y en aquellos tiempos? Y dormir, ¿cómo dormían ellos en la dureza de esta montaña? Y también me lo pregunto porque cuando llega el invierno, llueve, caen las nieves y los fríos hielan hasta las fuentes, sobre estas cumbres ¿cómo se las arreglaban para no morir congelados? Y además, si los que dentro de este recinto montañoso vivían, tenían por aquí a sus mujeres y a sus niños, ¿no es también para preguntarse que cómo pudo ser aquello?

Y por fin, ahora que yo también me estoy yendo de tierra tan sagrada, aunque ella no me diga nada ni nadie me dé más explicación que lo que mis ojos y mi corazón han sido capaces de ver y sentir, me sigo preguntando: ¿Cómo fueron los últimos días de aquellas personas? ¿Cómo fue el momento final? ¿Cuándo y cómo ocurrió? Pero no sigo porque al fin y al cabo, son preguntas que nadie me va a responder. Quizá tampoco a nadie puedan interesar si no a mí y ni siquiera sé para qué. Cargo con mi alma y su lucha por ser y llegar, parte de la tarde, un buen puñado del perfume que mana del bosque, regalo de la primavera y por la soledad de la senda, regreso. Primero a los olivares, al gran barranco del Chincolla por donde siguen los olivares, al rumor del río Guadalquivir y luego... Regreso y conmigo me traigo parte de lo

que he dejado escrito y mucho más que no sé ni cómo se llama ni de qué manera se dice. Pero aquí conmigo se ha venido y a ratos me duele y, mientras duermo o me distraigo en las cosas y personas del mundo que me rodea, no me duele tanto.

El castillo de Chincolla parece que data el siglo XI o principio del XII. Se cita en algunos documentos del rey Fernando III el Santo y también en una de las cántigas que escribió Alfonso X. Andando el tiempo, por el rincón fueron llegando personas que buscaban tesoros, oro y monedas dejadas por los moros. Mucho se escarbó en las crestas de estas cumbres buscando estos tesoros y hasta se practicó espeleología explorando las cuevas que se abren en el corazón de la cumbre. Los años, las lluvias y los vientos, borraron y borran mucho por esas laderas pero lo que nunca se escribió ni conoce nadie, permanece con la misma frescura de aquellos primeros días. Por eso concluyo diciendo que el alma quisiera gritar y gritar pero calla por ahora.

El tesoro de Chincolla

Ya he dejado escrito que algunas personas de por aquí me hablaron de este tesoro. Y me dijeron que durante mucho tiempo mucho lo estuvieron buscando. Nadie, que se sepa, lo encontró, aunque hay versiones que dicen lo contrario. Pero el tesoro de Chincolla, aunque puede que nunca haya existido, yo lo tengo grabado en mi mente en forma de sueño. Lo he visto con mis propios ojos y hasta lo he tocado con mis manos. He sentido correr el chorrillo de agua que brota bajo la peña y he gozado de la espléndida vista que desde las altas rocas se divisa. Por eso sé algo de este tesoro. Quizá más que nunca supo nadie aunque también se tenga que comprobar si todo lo que yo sé y voy a decir a continuación, es verdad. Desde mi sueño, un bonito sueño más dulce y perfecto que la misma realidad, lo he visto y tocado de la siguiente manera:

Una montaña alta que en algo se parece a esta cumbre de Chincolla y en lo más alto una columna de rocas. Desde el lado sur llega una sencilla y casi borrada senda que remonta hasta lo más alto de esta columna rocosa. Aprovecha un portillo que las rocas tienen por el lado del Guadalquivir y por así se cuela para asomarse al lado norte. Pero la senda, en cuanto se asoma, deja de existir. Ya no sigue. No puede seguir porque por este lado norte se abre el acantilado. Casi el mismo acantilado que existe en la realidad de la cuerda donde estuvo el castillo de Chincolla. Pero la senda no tiene ninguna necesidad de seguir. Viene sólo a este punto y aquí muere. Justo donde brota el manantial cuyas aguas se convierten en un precioso arroyuelo que enseguida cae al vacío del acantilado y se despeña en una preciosa y fina cascada.

Pues por esta senda subo yo y al llegar a las rocas que se apilan en lo más alto de la cumbre me paro. Escalo hasta lo más alto de la roca más grande y con un grueso palo busco la raja. Es una grieta abierta entre dos

rocas por donde se puede introducir un palo del grueso de una mano. Es lo que hago yo en cuanto descubro la grieta. Hundo el palo por ella y cuando ya ha penetrado como medio metro o un poco más hago palanca contra la otra roca. Casi sin esfuerzo ninguno veo que la gran roca situada sobre el venero se desliza. Como si fuera una pluma gigante se mueve y levemente se va deslizando en la dirección que corren las aguas del venero. A solo unos metros está el borde del acantilado. Es por ahí por donde se despeñan las aguas de este manantial y con estas mismas aguas la roca se aproxima al filo. Desde donde estoy la voy observando con algo de miedo y lleno de interés. Veo que en cuanto se sitúa sobre el filo se dobla y cae al vacío. Como si fuera toda una gran montaña cae al vacío y en unos segundos se rompe sobre las otras rocas de la montaña. Se rompe en un estruendo espantoso que retumba por todo el barranco.

Me digo que esto era necesario para llegar al tesoro que vengo buscando. Era necesario y lo he logrado gracia a encontrar el punto exacto por donde meter la palanca para desplazarla. De ninguna otra manera hubiera sido posible mover esta enorme roca. Pero ya lo he conseguido. Ahora me muevo, dejo el sitio desde donde he observado lo ocurrido y por la senda me vengo hacia el borde mismo de voladero. Me encuentro con el caño de agua que viene deslizándose desde la segunda roca que todavía queda clavada en todo lo alto de la cumbre. Esta roca ya no hace falta desplazarla. De sus entrañas mana la fuente y yo tengo que encontrar el tesoro entre el punto de donde mana el venero y donde el arroyuelo empieza a caer al vacío. En un rellano menor que junto a este chorrillo de agua se forma. Crece ahí la hierba y la tierra se retiene cómodamente.

Me agacho para lavar mis manos en el chorro de agua y enseguida compruebo que es aquí exactamente donde tengo que escarbar para sacar el tesoro. Justo en la tierra del rellano pero debajo del chorro de agua. Me pongo mano a la obra y en unos minutos arranco un montón de rocas pequeñas mezcladas con arena y cal. La mezcla está bastante dura porque cuando la pusieron aquí pretendían que sucediera esto. Pero en poco rato logro hacer un gran barranco que la misma agua del chorrillo me va limpiando. Llego a una losa y al levantarla me encuentro con una figura que no esperaba. Son como trozos de tuvo del grueso de un brazo y con unos treinta centímetros de largo. Cojo el primero y lo saco de su hoyo y del agua que lo está empapando. En cuanto lo tengo frente a los ojos descubro que estos trozos de barro, porque son tubos de barro cocido, están huecos. Por un extremo está tapado con un tapón de madera y este tapón protegido con mezcla de cal y arena.

Rompo este primer tubo y enseguida se me desparrama su contenido. Sobe la tierra de rellano y la hierba se me desparrama un polvo fino que tiene color dorado. El oro molido del tesoro de Chincolla. Esto es lo que me digo porque lo sé y en cuanto me he quedado satisfecho del hallazgo sigo con la

tarea. Escarbo un poco más y saco tres o cuatro tubos igual al que ya tengo en mis manos. Sé que hay como unos treinta y por eso sigo buscando hasta conseguir reunirlos todos. Sobre la tierra del rellano los voy dejando y cuando ya estoy seguro de tenerlos todos me pongo de pie. Los miro y me alegro de haber descubierto el tesoro que tantos han buscado a lo largo de tantos años.

Me preparo para llevarme todos estos tubos de barro repletos de oro molido pero antes continúo con la obra. Limpio bien el barranco que he abierto para sacar los tubos de barro y como el agua le entra por arriba y le sale por abajo me ayuda a dejarlo más bonito. Se forma como una poceta casi redonda que podría servir no solo para beber cómodamente sino para lavarse la cara y las manos. La miro y ahora me digo que esta poceta estaba formada precisamente con la obra que hicieron los que dejaron aquí el tesoro que tengo en mis manos. Es como un pilar menor donde el agua se estanca y desde ahí ya cae hacia el vacío del acantilado. Me alegro una vez más de lo primero y de lo segundo y ya me dispongo a irme con mi tesoro. Cuento los tubos de barro que he sacado y en total son treinta. Todos repletos de oro molido y bien tapados.

Mientras voy cargando con ellos me digo que un día anunciaré a la gente el hallazgo del tesoro de Chincolla. Yo mismo lo he encontrado, lo he sacado de la tierra y he cargado con él. Me digo que esto ha ocurrido sólo en sueño pero en un sueño tan bonito y real que la realidad no puede ser más perfecta. Así que el tesoro del Castillo de Chincolla en la Sierra de las Cuatro Villas, es cierto que existió. Nunca nadie dio con él pero yo lo he visto, tocado y saboreado en mis sueños y por eso puedo decir lo que acabo de dejar escrito.

Rincones con alma

Me ha sucedido montones de veces: al ir por los parajes de estas sierras, cualquier día, en cualquier momento y cuando menos me lo esperaba, de pronto un rincón del paisaje, especialmente me llamaba la atención mucho más que el resto. Me he quedado parado frente a él y he sentido como se me ha clavado dentro con una fuerza, belleza y sentimiento que no he podido irme de ese rincón aunque me haya ido. Se ha venido conmigo metido en el alma y conmigo ya ha respirado como si fuera parte esencial de mi ser. Como si me perteneciera y le perteneciera. Ya no he podido arrancarlo de mí nunca más y hasta lo he soñado por las noches y lo he vuelto a gozar transfigurado en una visión eterna y espiritual. Esto que digo me ha sucedido muchas veces.

Por esto esta vez, después de irme del rincón donde estuvo el castillo de Chincolla, me he dado cuenta que especialmente conmigo se han venido cuatro rincones de estas montañas. ¿Por qué y para qué? No lo sé pero aquí y ahora los siento latir con mi aliento y me gritan mientras exhalan un perfume que sabe a eternidad. De aquí que no pueda callar sino que siento verdadera

necesidad de hablar de ellos. El primero de estos especiales y delicados rincones se sitúa justo en la puerta segunda que el castillo tiene para el lado de royo Chillar. Se recoge y conforma entre peñascos que miran y absorben el sol de la tarde y sostienen a la muda senda que por ahí sale. Cuando estuve por aquí, yo lo miré con el respeto que se merecía y algo tuve que ver en él porque justo en ese momento me pareció tan singularmente bello, que de allí no me apetecía venirme. Y es un rincón donde se fragua y un pequeño collado en la misma cumbre y una cañada menor, en la ladera. La hierba crece entre las rocas y las rocas se amontonan como queriendo guardar el más misterioso tesoro. Lo esconden bien pero algo lo dejan traslucir y aquí está su fascinación.

El segundo gran rincón que por esta cumbre se ha hecho alma conmigo lo sitúo justo en el punto que he dado en llamar atalaya. Es donde la cima de esta montaña se hace llano y ellos tenían su mejor mirador. Nada especial tiene este pequeño rellano, balcón frente al medio mundo y serenidad casi colgada en las nubes. Nata especial tiene excepto sus puñados de tierra lisa jugando con las rocas que se clavan en la cresta y la verde hierba tapizando con un resplandor y serenidad que asusta. El alma lo siente como una cuna donde todos los sueños besan con amor y todos los sentimientos encuentran su bálsamo perfecto.

Se me presenta y queda grabado en mi espíritu con la dulzura y fuerza de lo inmortal, el tercer rincón de esta montaña. Y es el pequeño prado verde que desde la fuentecilla de los juncos, chorrea por la ladera para el surco de royo Chillar. ¿Qué tendrá él que tan brillante saluda y abraza? Lo que mis ojos pueden ver es sólo un espeso plantel de brillante hierba, fresca como una primavera recién brotada y exhalando un perfume que nada tiene que ver con los otros perfumes conocidos entre los humanos. Por estas características, que no sé explicar pero que sí palpo en algún resquicio de mi ser más íntimo, el rincón del prado me sabe a edén excelso, sin nombre concreto y sin lugar.

Y el último de los cuatro rincones con alma que se han hecho amigos míos en esta limpia tarde de primavera, es el portillo de la garita para el centinela. Tampoco puedo decir qué cosa o fina aroma revolotea por ahí pero el caso es que mi alma se ha sentido atraída hacia este lugar. Como enamorada o borracha de una miel dulcísima que engancha y abraza desde lo más sutil y hondo. Al venirme lo he mirado desde la quietud de la tarde y lo he visto bañado por el sol, detenido en el tiempo y relajado en las colinas que el viento le tiende. ¡Qué bonito es y cómo me atrae hacia su misteriosa mudez!

6- Puente Rompecalzas, barranco Chillar, Castellón de Chincolla. 13-5-2000

Al bosque de las madroñeras
Distancia aproximada: 6 k. Idea y vuelta, 12.
Desnivel aproximado : 500 m.
Tiempo aproximado : 2 h. Bajada, 1,15.
Camino: por entre olivos, vieja senda y sin ella.
Paisaje: olivar, bosque mediterráneo.

Preámbulo

La ruta arranca del mismo mirador del Tobón, en la carretera asfaltada que lleva al Embalse del Tranco y junto a la venta Melquiades. Cruza uno de los más bonitos puentes que tiene el río Guadalquivir, el de Rompecalza o Patricio y por un buen carril de tierra discurre todo el trayecto. Aveces por entre olivares y aveces por entre manchas de espeso bosque mediterráneo donde lo que más abundan son las madroñeras. Por el barranco Chillar hay todavía cinco cortijos, algunos habitados y otros en puras ruinas. Son: cortijo hoyas del Chillar, cortijo del Tamborcillo, la ruta los roza a los dos. Los otros tres quedan al otro lado del arroyo con el nombre de cortijo de los Sesteros de Abajo y cortijo de los Sesteros de Arriba. El cuatro se encuentra justo en el puntal que da entrada a la cuenca alta de royo Chillar, Aguascebas de Sopalmo. Este cuarto cortijo es conocido con el nombre de los Riberas.

Lo más interesante de este recorrido son las bonitas panorámicas que se nos van abriendo según remontamos. Y entre estas panorámicas, la que es por excelencia, en todo momento se nos va quedando por el lado izquierdo, remontada grandiosamente hacia la honda sierra. Me estoy refiriendo a la impresionante loma de la Be. El robusto y altísimo frontón rocoso que corona y protege al barranco Chillar. Sólo para gozar esta visión ya merece la pena la ruta que voy a describir pero es que tiene mucho más. Las laderas que desde el Guadalquivir, por ambos lados ascienden para las cumbres, todas se presentan vestidas de olivares. Pero estos olivares, en muchos trozos del terreno, quedan rotos por espesos rodales de bosques naturales que no han podido ser roturados. Visto este espectáculo según se va ascendiendo es realmente curioso y bonito. Es cuando uno se da cuenta que la sierra, hasta casi las cumbres más altas, fue desposeída de sus espesos bosques primitivos para quedar poblada de olivares. Una tarea nada sencilla pero que desde tiempo remotísimos, así fue. En la época de los madroños, otoño hasta bien entrado el invierno, por estos curiosos, parajes podremos coger todos los que tengamos ganas. Se dan a toneladas, en todos los tamaños y colores aunque los madroños bien maduros siempre presentan un color rojo sangre fuerte. También en la época de la recogida de la aceituna este rincón es un lugar ideal para conocer a fondo esta labor. Y más que otra cosa, porque se tratan de paisajes montañosos donde los olivos

y las faenas que requieren, tienen unas características muy especiales.

Voy a decir que la madroñera es una pequeña planta leñosa, un arbusto, con hojas verdes oscuras y muy lustrosas. Florece entre otoño e invierno, justo cuando están madurando los frutos del año anterior. Desde que da la flor hasta que sus frutos están maduros transcurre un año entero. Sus flores son blancas y se agrupan en ramilletes. Dan un olor intenso y resulta muy delicado al olfato. Cuando estas plantas están en la época de su floración, el bosque transmite un fino perfume a miel y a musgo. Tienen cinco pétalos soldados dando a la corola una forma de pequeña campanita. La boca de esta campanita está revuelta y la forman cinco lóbulos. El fruto de este arbusto leñoso, muy resistente a la sequía y al frío, es una baya redondica, con su piel algo áspera pero con pulpa muy suave y agradable al paladar humano. Es comestible esta baya, con sabor agridulce y cuando más rica está es justo cuando ha alcanzado su maduración total. Al tocar el madroño se le debe notar un poco blandico y su color debe ser naranja por dentro y algo rojo intenso, por fuera. Este fruto alcanza hasta 5 cm. de diámetro. La madera de este arbusto es muy dura y al mismo tiempo muy bronca. Cruje y se quiebra en cuanto se doblan sus ramas o tronco. Y el nombre científico de esta planta es Arbusto unedo y su género, arbustus. Es planta silvestre típica del bosque mediterráneo.

Otra de las bellezas que en esta ruta se pueden gozar es el rumor de las aguas saltando por las peñas y acantilados. Lo primero que sorprenden son las aguas del río Guadalquivir justo al cruzar el puente y luego su recorrido algo más abajo de donde se le suma royo Chillar. Traza por ahí una curva por donde discurre lleno de suavidad, repleto de grandes remansos azulados-verdosos, por donde es posible el baño en muchos de estos charcos. También por aquí, al caer las tardes y primeras horas del día, se dan buenos conciertos de ranas croando por la orilla de este hermoso río Guadalquivir. La mejor época es primavera. Por estas fechas la abundancia de pajarillos, flores, mariposas, peces y otras maravillas naturales, son grandes. El Guadalquivir, mientras va corriendo por estos parajes, todavía da cobijo a muchos peces que son fáciles verlos surcando las cristalinas aguas. Pero el mejor espectáculo de rumor de agua y cascadas sedosas, se da por el cauce de royo Chillar. Mientras se asciende por el carril que va recorriendo olivares y bosques de madroñeras, las aguas de este arroyo nos acompañan por el lado izquierdo. Es posible dejar la ruta y meterse para el cauce, en algunos puntos del recorrido, para gozarlo más de cerca y con mayor intensidad. Sin embargo, advierto que este arroyo presenta mucha dificultad a la hora de recorrerlo. Es casi pura cascada desde el estrecho de Chincolla hasta poco antes de entregarse al Guadalquivir. Y los parajes por donde salta son de lo más rocosos y quebrados.

La ruta

A las cuatro menos veinte del sábado trece de mayo, dejo el coche justo en el mirador del Tobón. Recuerdo ahora que hoy, el Papa de la Iglesia Católica, está en Fátima para elevar a santos los dos pastorcillos que fueron testigo de la aparición de la Virgen. La radio lo está repitiendo a todas horas y también repite que en unos días, la Iglesia hará público el tercer secreto de Fátima. La ruta que esta tarde voy a recorrer ya ha quedado anunciada en el título y preámbulo. Sólo unos metros antes de llegar a la venta Melquiades, por la derecha, se aparta la senda que baja para el puente. Se mete por entre unos olivos, traza un par de curva y ya está sobre el mismo puente que da paso al Guadalquivir.

Pero antes de arrancar seriamente tengo que decir que hoy el día se presenta con un primor nada corriente. Hasta hace sólo unos días ha llovido mucho. Hoy sale el sol y caliente fuerte. Por esto el campo se muestra con un verde como pocas veces es posible gozar. Todo está verde fresco, lleno de flores por doquier, la tierra húmeda hasta más no poder y por eso los pajarillos, las ranas en el río, las mariposas por entre los olivos y la hierba y hasta las madroñeras, lo celebran con una explosión de vida y luz. La tarde se presenta con el cielo azul por completo, sin ni siquiera una nube, hace calor y el viento apenas corre. Aunque el viento es fresco por este rincón del mundo, puro como la misma naturaleza por la que se pasea y por eso, se saborea con todas las aromas silvestres. Huele a río azul, a olivos plateados, a flores de jaras y romeros, a ranúnculos brillantes, a naranjos porque en las huertas de estos cortijos hay algunos, a margaritas silvestres, a majuelos y saúcos y también a amapolas. Por entre el olivar que cae hacia el río antes del puente, se amontonan las amapolas y tejen una alfombra fresca con tonos sangre, oro y verde. La tarde de este sábado es como una bocanada de vida y paz en uno de los recados del camino que recorre la monótona vida. Por esto, lo primero en esta ruta mía silenciosa y llena de cariño hacia los paisajes que voy a recorrer, es pararme antes del puente y sacar unas fotos al rincón de los olivos tapizados de amapolas recién abiertas y besadas por el limpio sol del momento.

Ya sigo, sintiéndome observado por un joven que me mira desde la puerta de la venta Melquiades. Rozo la hierba que me llega casi hasta la rodilla, me voy metiendo en el concierto que por el rincón me tienen las ranas y según me acerco al puente, descubro que las zarzas ya están brotadas. Están brotadas las encinas, los olivos se cargan de florecillas diminutas, las madroñeras muestran sus madroños ya gordos colgando de las ramas y entre las nuevas hojas que le van saliendo y los majoletos también regalan con su tupido ramaje de florecillas blancas e intensamente perfumada. ¡Qué primavera más exuberante Dios ha regalado este año a la gran sierra! También a otros rincones que no son sierra pero especialmente a la sierra y cuando está se torna laderas y riberas del Guadalquivir que se va de ella.

Estoy sobre el puente y ahora repito que de siempre se llamó puente Rompecalza o de Patricio, por el hombre que vivió en la venta cercana, es estrecho, con no más de tres metros de ancho, con barandas de hierro oxidados a los lados y todo él recto de un lado a otro del río. Sólo tiene tres pilares donde se sujeta y ningún ojo o arco. Ya dije que lo construyeron como si fuera una tabla que se tiende de un lado a otro. Por este puente pasaron, en tiempos remotos, muchos de los serranos que entraban y salían a la sierra por royo Chillar. Ellos venían al pueblo a por cosas o venían a las fábricas de aceite que por la orilla del Guadalquivir había, a comprar, vender o moler sus aceitunas. Usaban este puente siempre siguiendo una sencilla vereda y nada de carril o coches. Sólo tenían burros, mulos o yeguas y sus propios pies y manos para lo que hiciera falta. Me paro mientras lo voy cruzando y durante unos minutos gozo del Guadalquivir. Es transparente como siempre lo fue este río cuando se marcha de la sierra, hoy con tonos azulados-verdes, prestados por el cielo que arropa y por el bosque que lo adorna. Cuando pasa por aquí, el Guadalquivir es, a tramos corriente que se arruga y aprieta por entre las piedras y a tramos, remansos que se quedan parados por entre estas mismas piedras, las adelfas y las zarzas que lo miran embelesados. De un modo u otro, al mirarlo, se le encuentra tan bello, dulce y cristalino que uno siente la tentación de quedarse por aquí una vida entera. Hoy no trae hoy mucha agua porque ahora toda la que le entra al pantano, se la retienen. Sólo la que le va llegando de los arroyos que hay por debajo del pantano. Desde aquí hasta el muro del pantano el río tiene unos quince kilómetros. Y los tres arroyos más importantes que le entran son el de María, el del Chillar y el de Natao. Pero a éste último, más de la mitad de su agua, se la roban en la envasadora Agua Sierra de Cazorla. Y lo hacen justo donde este arroyo, muy caudaloso, tiene sus primeros manantiales, que es el gran barranco del Natao.

Al salir del puente, en la dirección que llevo, la senda remonta por la ladera buscando al carril que va algo más retirado del cauce. Se viene para la derecha un poco y en unos metros se tropieza con el carril de tierra. Hay que tomarlo para la izquierda, en dirección contraria a como corren las aguas del río. Y nada más pisar este camino se comprueba que es un buen carril. Los dueños de los olivares por las laderas que caen, lo tienen bien cuidado porque ellos usan mucho este camino. Es la única vía de entrada y salida a sus olivos y ahora, en estos tiempos, lo hacen siempre montados en sus buenos coches y tractores. Ya no hay burros ni mulos. Así que a partir de este punto el carril discurre todo el río arriba hasta el mismo puente de los Agustines, un poco más abajo del charco del Aceite, sólo que por algunos tramos, a partir de royo Chillar, ya no es tan bueno. Enseguida un rodal de olivos por la izquierda, gira y se mete en la espesura del monte que cae desde el castellón de Chincolla y final de la lancha del Pueblo. Una espesísima umbría, coronada por un enorme voladero rocoso.

Por esta umbría es por donde se tupen las madroñeras, los romeros, coscojas, lentiscos, jaras blancas, cornicabra, carrascas, zarzas, pinos, durillos y las clemátides. Por este bosque, junto a la pista, de vez en cuando se van viendo pequeños plantas del árbol almez. Melmecinos le llaman en estas sierras y los mejores ejemplares crecen junto al puente de los Agustines. Es un árbol protegido. Es tan denso el monte en esta umbría que nadie puede andar por ahí sin romperse toda la ropa y las mismas carnes. El paisaje esta tarde presenta un verde fuerte y muy limpio. La hierba más incluso que la otra vegetación. Es el momento de su máxima salud.

En cuanto gira para la izquierda empieza a remontar con fuerza para poder salvar un pequeño talud que el río ha tajado al dar la curva. Desde el comienzo, por aquí ahora mismo y hasta bien entrado en royo Chillar, la curva de nivel por la que avanza la pista es la que va rozando los seiscientos metros. Lo más alto en esta ruta, es la lancha del Pueblo que alcanza los mil cien metros. En cuanto termina de remontar el puntal dicho, baja y de nuevo busca pegarse al río. Baja casi hasta los quinientos metros que se alcanzan justo por donde las aguas del río van saltando. Pero no se mete por completo en el río. Entre la hierba que tan verde hoy cubre el suelo veo muchos ranúnculos, los botoncitos de oro, la flor de la viuda y algunas orquídeas. Hay una mata de hierba que conozco de toda la vida y que, en otros tiempos, las personas del campo la usaban para curarse las heridas. No sé su nombre científico pero sí recuerdo el que le he oído muchas veces a las personas del campo que antes decía. Ellos la nombraban por la “Hierba del Podor”. ¿Qué planta será y por qué ellos le pusieron este nombre? La retama también está por completo repleta de florecillas amarillas. Así que de este bosque esta tarde mana un perfume tan agradable y único que no haría falta más en la ruta para quedarse lleno total. Porque el romero también está florecido y las mariposas vuelan de acá para allá con una actividad tremenda.

Unos metros más abajo de donde royo Chillar se junta con el río, la pista se aproxima a las aguas de éste último. La espesura del monte no deja verlo con claridad pero de vez en cuando se aclarea el monte y se ven las aguas. Remansadas por algunos de los tramos mientras va dando la curva y con serena corriente, entre remanso y remanso. Por aquel lado, al río se le puede llegar con toda comodidad pero por este lado, no. Hay una alta torrentera por donde crece el monte y no es posible aproximarse a las aguas excepto cuando ya el carril pierde su nivel llano y comienza a subir para acercarse al arroyo. Es el remanso que tiene más arriba de la gran curva y por ahí es por donde digo que es posible el baño. Hasta esta curva, desde el mirador se tardan veinte minutos. Ahora el carril se va alejando del río. Tiene que despedirse de él cada vez más porque cada uno lleva su dirección. Ya desde aquí se ve potente la loma de la Be y en todo lo alto, la piedra de la Be. Media hora desde el mirador a royo Chillar. Unos metros antes de llegar al arroyo, vuelve a bajar. Por la derecha un gran peñón en forma de cenajo y ya se hunde para el surco del arroyo. Creía yo que por aquí el arroyo llegaría

con violencia y no es así. Según se va aproximando al río, se hace suave y por eso corre casi con mucha delicadeza. Sólo verlo anima mucho. El barranco se presenta lleno de dignidad, en su hondo silencio y grandioso.

No cruza el arroyo, el carril principal, sino que por el lado derecho, se pega a su orilla y comienza a subir. Pero se le aparta un ramal que sí cruza el arroyo por un pobre puentecico y continúa. Se mete por entre los olivos del otro lado y sigue más. Quizá hasta el mismo arroyo de María. En unos metros me encuentro con un rodal de buena tierra donde han sembrado garbanzos. Ya han nacido y están grandes. Llegando al cortijo, el primer cortijo que uno se encuentra por este grandioso barranco de royo Chillar y se le conoce por el de las hoyas del Chillar. Al mirar para atrás descubro que este barranco se enfrenta por completo con el del Natao, donde está la embotelladora de agua Sierra de Cazorla. No es Cazorla esto pero puede valer, dicen ellos aunque otros dicen lo contrario. Me encajo en el cortijo y lo primero que advierto es que lo tienen muy bien blanqueado. Con una placa solar, su chimenea, montones de troncos de olivos en la puerta para la lumbre en invierno, una fuente con muchos tubos de plástico negro en la misma puerta y cerrado. Por detrás hay otra construcción más vieja porque está sin arreglar. Hasta este cortijo se pude llegar en coche sin problema alguno. Ellos, los que ahora viven en el cortijo cuando viven, así lo hacen.

Crecen por aquí algunas matas de saúco. Sus flores blancas huelen muy bien y por eso corto una y me la llevo. Mientras sigo remontando la voy oliendo. Unos metros más arriba el carril se vuelve a dividir. El bueno es el que sigue al frente. Por el lado derecho del gran arroyo, remonta hasta un puntal y se terminan los olivos, cuando gira para la izquierda. El arroyo se ha quedado muy hundido y lejos del carril que recorro. Se le ve desde aquí, al arroyo saltando en pura cascada y se le siente muy rumoroso. El olivar, entramado de tubos de plástico. La loma de la Be me va quedando casi al alcance de la mano. De esa umbría caen dos arroyuelos, sin agua pero tienen unos chorreones por donde se han formado muchas tobas. Son espectaculares. Traza una curva para la derecha y otra para la izquierda y por el lado de la derecha, entre los olivares, se ven tierras de cultivo. Tienen árboles frutales, muchos tubos para regar el terreno y en el puntal que corona, se ven algunas construcciones. Quizá haya por ahí algún cortijo que no conozco. La pista vuelve a meterse para el monte y ahora se va por un leve surco de arroyo menor, durante un buen trecho juega con él de un lado para otro y al final sale por la izquierda a otro puntal de olivos. Ya estoy a la altura del Tamborcillo.

Este rincón tiene un poyo de tierra llana, sembrada de olivos, con las ruinas de un cortijo que queda por el lado de abajo de la pista y junto a este viejo cortijo todavía crecen algunos árboles frutales. Naranjos florecidos, caquis, almendros, granados, ciruelos, cerezos, té de rocas en las piedras tobáceas y muchas higueras. También varias nogueras grandísimas. En las

rocas me encuentro pequeñas covachas y en ellas muchas cáscaras de almendras comidas por ardillas o ratas. En azahar de los naranjos huele muy bien. En aquellos tiempos fue este un rincón muy hermoso donde se criaban buenas cosechas de hortalizas y cereales. Vivieron aquí algunas familias que luego se fueron y dejaron el lugar en su soledad pero todavía lleno de fragancia. Traza la pista una curva para la derecha porque ahora se le presenta un filo rocoso al frente y no puede superarlo. Por aquí se ha puesto muy cerca de royo Chillar y por eso se le ve y se siente en su ensordecedor rumor de aguas en forma de cascadas. Una hora y diez minutos he tardado desde el mirador hasta el cortijo del Tamborcillo. Frente a este puntal es donde se juntan los dos arroyos. El pequeño que viene del mirador del Topadero y el del Chillar. Me gustaría entrar por ese barranco y ver qué hay por ahí, donde los arroyos se juntan pero el terreno se presenta complicado y tengo poco tiempo. En otra ocasión, si es que esta quiere Dios que se dé.

Unos metros más arriba, cruzando el carril, me encuentro una acequia. Viene de royo Chillar y ahora ya no es acequia sino tubo de plástico negro. Es lo que el otro día veía desde la umbría de la loma de la Be y me preguntaba si sería una senda. Resulta que es por donde viene el tubo que coge agua en royo Chillar y se la trae hasta estos olivos para regarlos. Por la derecha me va quedando un filo de rocas muy alto que es el que se forma según va muriendo por aquí la lancha del Pueblo. Todavía voy por la curva de nivel que recorre los ochocientos metros. Traza por aquí varias curvas, se mete y sale del olivar para meterse y entrar a espeso bosque de madroñeras, romeros, estepa blanca florecida, retamas y cornicabras y no deja de remontar. Ahora con más inclinación porque ya no está cerca del río. Se mete otra vez por el mismo arroyuelo por el que se metió antes de llegar al cortijo del Tamborcillo y sigue buscando el mejor paso para coronar. Esta pista no tiene otra finalidad que el servicio a los olivares. Es lo que voy descubriendo pero al mismo tiempo sirve para el paseo que esta tarde me estoy dando por aquí. Si fuera otoño ya estaría hartico de madroños. Me los voy encontrando a cada paso pero como es primavera, cuelgan de sus ramas redondicos y bien formados pero verdes todavía.

Cuando ya remonta el puntal que cae de la loma de la lancha del Pueblo y vuelca para el castellón de Chincolla lo primero que me encuentro son almendros, muchas madroñeras con sus frutos bastante desarrollados y más olivos. Ya estoy sobre los novecientos metros y algo. Por aquí discurre un poco llana mientras se va para el castellón y en cuanto avanza unos metros, se viene otra vez para la derecha buscando remontar aun más el puntal. Pero para la derecha se viene sólo un ramal, porque al dividirse, el otro sigue para la loma del castellón de Chincolla. Desde aquí todavía queda un buen trecho hasta ese punto. Si ahora pudiera ver el río Guadalquivir descubriría que me encuentros justo en línea recta con el mirador del Tobón y el puente Rompecalzas pero casi quinientos metros más alto y por eso encima de grandes voladeros y espesas manchas de bosque. Si fuera pájaro

con solo lanzarme al vacío y dejarme deslizar sobre el viento iría a caer justo a donde tengo el coche. No tardaría ni tres minutos. Son ahora mismo las cinco y veinte.

Sigo por el carril y con él continúo trazando curvas hasta coronar lo más alto de este puntal. Donde todavía hay olivos pero son los últimos porque un filo de riscas, el de la lancha del Pueblo, ya no deja avanzar más. Sobre el mismo filo de estas rocas se abre como el surco de un arroyo pero sin agua, aunque es el comienzo del arroyuelo con el que la pista ha venido jugando mientras remontaba por entre los olivos. En este surco ya no hay olivos porque crecen muchas zarzas y se amontonan las rocas y justo aquí mismo detengo mi ruta. Quedo frente al filo que vengo diciendo y por donde a éste se le abren dos grandes rajas. La muralla rocosa se ha abierto en forma de tajadas de melón pero en vertical y por eso la visión es muy espectacular. A dos pasos de estas rajas me siento y ahora sí tomo un buen respiro. Bebo todo lo que puedo porque el cuerpo me lo está pidiendo y mientras me refresca el vientecillo que corre, me recreo en la grandiosa panorámica. El peñón de Chincolla, me queda todavía a más de media hora pero no voy a llegar hasta él. Me siento satisfecho con lo que hasta este punto he conseguido. En la maraña que el bosque teje entre los olivos y el filo rocoso, se apiñan tanto las zarzas que por ahí no hay quien pase. Quizá no sea necesario porque el filo de rocas es de lo más agrio y al otro lado, la lancha del Pueblo, también es complicada para andar por ella. Yo creo que nadie puede andar por ahí excepto las cabras monteses.

La vegetación sigue siendo cornicabras, encinas, hiedra, pinos y muchos caídos, estepa, madroñeras, zarzas y olivos de muy buena calidad. Tienen sus ramas muy bajas y ni siquiera están comidos por los animales. Las hierbas por entre estos olivos son achicoria, tomillos y lino blanco, pero silvestre. Se ve que a estos olivos no le echan veneno. Y vuelvo a decirlo: si ahora fuera otoño, en este punto y sentado como estoy, volvería a comerme otro puñado de madroños maduros. Sólo tengo que apartarme un poco de los olivos y cogerlos de las madroñeras que por todo este bosque, crecen. Pero es primavera y una más hermosa y tranquila que nunca viví por estas sierras. A las seis en punto me pongo a regresar para el coche. Ahora me tropiezo con algunas matas de Digitalis oscura que ya han florecido.

Como en estos momentos ya no tengo otro interés que el de regresar con la satisfacción de la misión cumplida, me dispongo a concretar un poco más el tiempo que se puede tardar en bajar. Lo hago bastante aprisa. Así que compruebo que desde la loma de la raja en el filo hasta el cortijo del Tamborcillo, bajando, tardo quince minutos. A las seis y veinticinco salgo del cortijo del Tamborcillo y a la siete menos veinte estoy en el segundo cortijo, que era el primero cuando subía. A las siete menos cuarto estoy donde la pista se divide al llegar a royo Chillar. Con la tarde que cae cantan las ranas y a las siete y cinco ya me encuentro en el mismo puente de Rompecalzas. He

concluido otra ruta más por estas bonitas sierras del Parque Natural y en una de las tardes más hermosas que nunca conocí.

El perfume eterno

Una de aquellas mañanas, cuando los serranos todavía estaban y eran dueños, si no de la sierra entera, sí del perfume que las flores daban y del aire libre que por la sierra iba, por la senda, con su burro y en armonía, caminaban.

- Esta senda es como la hebra del hilo en el ovillo, que uno se pone y tira y tira y nunca acaba.

Dijo el padre mientras daba sus pasos tras los pasos cansados del burro que subía por el barranco y nunca llegaba.

- Pero esta senda también es como el arrullo de las tórtolas que en lo alto cantan.

Dijo la niña que caminaba detrás del padre y a ratos, se entretenía cogiendo flores y a ratos, se unía al hermano y los dos jugaban.

Estaba aquella mañana el campo vestido de primavera, porque el mes de mayo, casi al final llegaba y por eso cantaban los ruiseñores por entre la espesura de los lentiscos y las viejas zarzas. Las tórtolas y las palomas libres surcaban el cielo azul y donde las peñas son más altas, detenían sus vuelos y hacia lo hondo del barranco, por donde la senda avanzaba, ellas lanzaban sus arrullos. Junto a la vereda estrecha que se retorcía hermosa mientras escalaba, las aguas cristalinas del arroyo esparcían sus cantos de esmeralda y daban compañía la monotonía del camino sin fin hacia el calor y beso de la casa.

- La sierra y los campos, las flores que la hierba da y las hojas que cuelgan de las ramas ¿pertenecen al mundo de lo moderno o son ya tan antiguas que están rancias?

Preguntó de pronto la niña, una de aquellas mañanas cuando los serranos todavía estaban y eran dueños, si no de la sierra entera, sí del aire y del perfume que de la hermana sierra siempre exhala.

7- Venta de Paquete, río Guadalquivir, antiguo puente, vieja fábrica, Estrechos de la Hoz, ladera y piedra de la Be. 20-5-2000

Otro balcón al Guadalquivir
Distancia aproximada: 4 k. Idea y vuelta, 8.
Desnivel aproximado : 300 m.
Tiempo aproximado : 1,30 h. Bajada, 1 hora.
Camino: por entre olivos, vieja senda y sin ella.
Paisaje: olivar, bosque mediterráneo y altas montañas.

Algunos datos.
Siguiendo la carretera asfaltada que desde Villanueva lleva al Embalse del Tranco y al corazón de las sierras del Parque Natural, a sólo un kilómetro y medio antes de llegar al charco del Aceite, por la izquierda queda la construcción de una casa. Por la izquierda y algo hundido en el surco del Guadalquivir, se ven tres o cuatro más y para ellas se aparta un pequeño carril asfaltado. A este rincón se le conoce por la venta del Paquete, desde aquellos tiempos cuando no había carretera y sí camino de tierra y de herradura que recorría el río y servía para que transitaran los cientos de personas que poblaban los cortijos serranos. Aunque ya aclaré que por aquí son tres las ventas que casi se juntan: la de la Desideria o Saro, su hijo, estas mismas casas de la izquierda, la de Paquete y la de la Pura. La de la Desideria es la que estaba más cerca del puente. Justo donde vemos las casas que ya he dicho antes, al otro lado del río y algo sobre la ladera, pegado a un arroyuelo y entre olivos, se ven las ruinas de un antiguo cortijo. En tiempos pasados fue una bonita y recogida fábrica de aceite. La de los estrechos de la Hoz. Sin techo se encuentra ya pero dentro tiene todavía casi todos los utensilios de aquella fábrica. Varitas vasija de barro, las tinajas donde se guardaba el aceite en aquellos tiempos, la prensa de hierro ahora oxidada y comida por las zarzas, las piedras de granito con las que se molían las aceitunas, los trojes, la torva, los pozos donde se iba almacenando el aceite y hasta el canalillo por donde le entraba el agua desde el arroyo.

Pero tengo que decir que antes de la aun bonita aunque ya ruinosa y para siempre desaparecida fábrica de aceite, sobre las aguas del río, se encuentra aquel también viejo puente. Es igual al que existe por la venta de Melquiades y creo que los dos únicos puentes que el Guadalquivir conserva casi intactos y de aquellos tiempos. El puente Campos también fue como estos dos pero se lo llevaron las aguas del río y nunca más lo reconstruyeron. Sí reconstruyeron el puente Ortega que fue casi de la misma fecha que éste que digo por aquí. Por este puente tampoco pasa ningún carril de tierra que pueda ser utilizado por los coches de ahora sino que sigue pasando la vieja senda de aquellos tiempos y nada más. Al río, por ese lado de la vieja fábrica, le entra un arroyuelo que viene justo de la gran umbría de Aguilar. Por donde se encuentra la fuente del Tobazo junto a la carretera que atraviesa la sierra y

un poco antes de la desviación de la pista de tierra que lleva a los Vadillos. Más arriba aun hay otro manantial que es el del Topadero. Pues de ahí mismo viene este arroyo que vierte sus aguas al Guadalquivir por la venta de Paquete. Es el arroyo de los estrechos de la Hoz. Siguiendo el carril de tierra que remonta trazando mil curvas, a veces por entre olivos y a veces por entre espeso bosque tupido de madroñeras, romeros, lentiscos y otras plantas, se llega hasta lo más alto del puntal que cae desde la gran loma de la Be. A lo que es la piedra de la Be, que no es piedras sino el final del puntal que antes he dicho. Un poco más arriba este carril se junta con el que va para los Vadillos y sólo unos metros de esta junta, por la izquierda, se le aparta un ramalejo que lleva al segundo cortijo de los Sesteros, por el barranco Chillar. El que fue de la tía Irene y por eso también se le conoce por el cortijo de la tía Irene.

Así que el camino que utiliza esta ruta es inmejorable aunque sube en cuanto se cruza el puente que ayuda para cruzar el río. En llega a lo más alto de la piedra de la Be no se tarda más de una hora, andando y a un paso normal. Agua sólo hay en los primeros metros del carril que es por donde va rozando el arroyuelo que antes decía. No se seca este arroyo ni en los veranos más calurosos a pesar de los muchos tubos que ya le han puesto para coger agua que usan en el riego de los olivos y en las casas que hay junto al río. En la mañana de primavera que yo hice esta ruta fue un día de los mejores, porque todavía el paisaje se mostraba verde, no hacía mucho calor, las avecillas de los bosques estaban en su máxima actividad y los olivares se mostraban repletos de cañamón. En plena floración y por eso muy verdes y reflejando una hermosura especial. No tiene más problemas esta ruta excepto que a veces, uno quisiera poder llegar hasta las cuevas que se van viendo por las inclinadas paredes rocosas que van sobresaliendo por la izquierda y no es posible por lo intrincado que por ahí se presenta el paisaje. Pero sólo gozarlas desde el carril que se va recorriendo mientras se remonta ya satisface mucho.

En el día de hoy la radio y televisión, vienen diciendo que se formaran grandes tormentas y lloverá casi en toda España. Sobre todo, por la tarde, por la noche y luego mañana domingo. A primera hora de la mañana, por estas sierras y lado de los campos de Hernán Pelea, sólo se ven algunas nubecillas sueltas, blancas y ni siquiera grandes, que revolotean buscando un acomodo en el azul y limpio cielo primaveral pero tan caluroso que parece veraniego. A continuación describo la ruta por lo pequeño. Pero diré antes que el barranco por donde voy a remontar se le conoce como los estrechos de la Hoz, refiriéndose a la ermita de la Hoz que se encuentra en lo alto del gran poyo, por la izquierda. Arriba quedan los llanos de Lino, el cortijo del Torafejo, que es de Iznatoraf, la cañada del Topadero, el cortijillo del Topadero, la umbría de Aguilar y la loma de la Be.

La Ruta

A las nueve en punto de la mañana me pongo a caminar bajando ya por el trocico de carril que desde la carretera principal se aparta para las casas que hay antes del puente en el río. Tiene este carril, su cadena porque el rincón es privado. Pero antes, en aquellos tiempos, la senda que daba entrada a la gran sierra, el camino del Tranco a Villanueva, iba justo por donde estas casas están. La mañana de este día se presenta muy tranquila, con el cielo despejado por completo, el sol brillante y calentando como si ya fuera verano. Pero como todavía el suelo tiene mucha humedad de las lluvias caídas en abril y primeros días de mayo, todo es primavera espléndida. Y lo que más lo anuncian son los miles de pajarillos que a estas primeras hora del día cantan y revolotean por entre la espesa y verde vegetación. No corre ni chispa de viento. El rincón es un espacio lleno de paz, por donde lo que más acompaña es el rumor de la corriente del Guadalquivir. Hoy sólo lleva el agua que le va entrando de los arroyos y veneros a partir del muro del pantano para abajo. La que le entra al pantano, que en estos días de atrás ha sido mucha, se la retienen toda hasta que, cuando llegan los calores del verano, empiecen a soltarle para los riegos y otras actividades en la baja campiña cordobesa, sevillana y demás.

Ya voy llegando a las paredes de estas casas, ahora muy bien reconstruidas y cuidadas y lo primero que me encuentro son unas matas de saúco. Hay también nogueras, acacias, álamos, higueras y luego ya lirios, rosas y otras plantas ornamentales. Las blancas flores del saúco dan un delicado perfume que impregnan al fresco aire de la mañana. Una fuente con dos grandes caños de agua que le llega por un tubo grueso desde la ladera de enfrente. Del arroyo que baja desde el Topadero y por la ladera de enfrente caen hacia el Guadalquivir. La senda que lleva al viejo puente que ayuda para cruzar el río, se mete por detrás de las casas. Por la derecha según voy recorriendo este tramo de senda me van quedando tierras de huertos, sembradas de hortalizas, árboles frutales y mucha hierba. Por ahí está la piscina que usan las personas que a estas casas se vienen en verano. Y justo por ahí, avanza un tramo de carril. Va a unos cortijos que se llaman de Mandiles y por el mismo trazado de aquella vieja senda. Recorrer este tramo de carril, sin que se molestaran las personas dueñas de algunos rincones del río por aquí, es todo un placer. Un paseo único y arropado por la más exuberante vegetación. Lo que más abunda por este tramo del río son las higueras. Se ve que es una planta bien adaptada y por eso cubren por las dos orillas del río y el arroyo del Topadero. La higuera fue un árbol que estuvo presente en todos los cortijos serranos. Ahora crece asilvestrada y comida por las zarzas. Pocos, de esta etapa moderna, la miran con cariño o la valoran de alguna manera. Por eso queda ignorada, allí donde hubo algún cortijo y las que no se han secado, se las come la vegetación o se asilvestran por completo.

Antes del puente, sorprende la presencia de tres o cuatro encinas. Son tan gruesas, altas y viejas que sorprenden por su belleza y el ampuloso follaje con que arropan y dan sombra. En sus ramas se engarban las parras que todavía son de las de aquellos tiempos. Estas centenarias encinas hacen pensar que en otros tiempos, cuando las orillas de este limpio Guadalquivir eran salvajes de verdad, los bosques estaban repletos de encinares. La sendica es, por momentos, más hermosa por su estrechura y su trazado según se aproxima al puente. Ya dije que por este puente tampoco pueden pasar los vehículos modernos de ahora. Ni coches ni camiones ni tractores. Fue un puente para cruzarlo sólo andando y con alguna bestia cargada de aceite y grano y así se ha quedado. Una suerte y qué bien si así continuara mucho tiempo. Es muy parecido, este puente, al de Rompecalzas, por la venta de Melquiades. Quizá sean los dos del mismo tiempo porque su construcción es la misma. Ya voy entrando por él y lo primero que me sorprende es la cancela de hierro, todavía de aquellos tiempos, que tiene y hace de puerta antes de empezar a cruzarlo. Tiene a los lados dos columnas y en ellas está sujeta la cancela, oxidada hoy pero con su cadena y candado para cerrarla cuando fuera necesario y que nadie pasara sin permiso de los dueños. Quizá fue un puente privado y por eso estaba controlado de esta manera. Quizá también las personas que pasaran por aquí tuvieran que pagar su peaje, como así lo fue alguna vez y puente en estas sierras. ¿Por qué no podía ser de este modo? Si alguien se gastó sus dineros en la construcción de este puente, era lógico que intentara recuperarlos de aquellas personas que se servían de tan útil obra.

Es como una tabla que fuera de un lado a otro del río sujeta sobre las rocas de ambas orillas. Pero en lugar de tabla le pusieron unas vigas y una capa de cemento quedando así un puente recto y sin arcos ninguno. Sólo un ojo casi rectangular formado por la plancha de hormigón y vigas de hierro con las aguas del río. Pero en ambas orillas se apoya sobre rocas naturales quedando éstas un poco metidas en el surco del río y por eso, desde las rocas hasta la orilla total, le tuvieron que prolongar el puente. Se originan como dos pequeños puentes a ambos lados y luego el puente mayor que ya pasa de un lado a otro del río. Precioso según se va cruzando, por su estrechura, su elevación sobre las aguas y la magia del lugar donde se encuentra. El río, esta mañana, pasa lleno de majestad, sin turbulencia ninguna sino sereno como la misma brisa que por aquí ahora acaricia. Se remansan las aguas justo por debajo del puente y durante unos metros más en la dirección que el río lleva. Y las aguas son tan cristalinas que hasta da la impresión que el río hoy no lleva agua. Azules y verdes como el día y las orillas que las escoltan y transparentes como el puro viento que por aquí besa. Podrían ser azul turquesa pero también son azul diamante.

A los lados, el puente tiene sus barandas de hierro, iguales que las del puente Rompecalzas pero éstas, pintadas de verde. Aquellas nadie las ha pintado y por eso están oxidadas. En cuanto llego al otro lado, el de la ladera

de la loma de la Be, la senda sube muy inclinada. Por la izquierda mía se aparta un ramal que se mete en el río pero la buena sigue al frente, remonta y en unos metros se divide para los dos lados. Cualquiera de los dos son buenos porque llevan a la misma pista importante. La que viene recorriendo el río desde la venta del Pino y llega hasta arroyo de María o puente de los Agustines. Pero en cuanto la senda sale del puente, se quiere convertir en carril de tierra porque alguien así lo ha querido. Metieron máquinas por aquí e hicieron un poco de carril para que las zarzas no se comieran a la senda y la dejara por completo tapada. Así que yo me vengo por el ramal de la izquierda y en sólo unos metros ya estoy sobre la buena pista. Por aquí ya me encuentro los primeros tubos de plástico negro. Estos son los que llevan agua a la fuente de las casas que he dejado al otro lado del río. Ya lo aclaré antes. Pero más tubos porque al arroyo que viene llegando desde la umbría de Aguilar le cogen el agua y con tubos de este plástico negro, la reparten por entre los olivos para regarlos.

El carrilillo de tierra que he cogido nada más terminar de cruzar el puente, antes de encontrarse con el principal, se mete en el surco del arroyo. Por aquí no trae agua este arroyo pero la siento algo más arriba. Cruza este arroyo y se va por debajo del voladero de la ermita de la Hoz para arroyo María. En cuanto cruza el arroyo remonta un poco y ya se encuentra con la importante y buena de verdad. La vegetación por aquí son lentiscos, durillos, zarzas, olivos, higueras a punta pala, algunas encinas, zarza parrilla y clemátides. Cuando llego a la buena, me vengo para la derecha en busca de las ruinas del viejo molino de aceite que por aquí todavía quedan. Ahora vuelvo a cruzar el arroyo porque voy para atrás pero remontando y por aquí veo madroñeras y saúco. Justo por donde la pista importante cruza a este arroyo me encuentro algo muy curioso. En el mismo surco del arroyo y por el lado de arriba, hay como una cascada menor. Tiene su charco y la cascada está seca. Se parece esta cascada mucho a la del Saltillo, en el arroyo Andrés por las Sierras del Agua, en la Sierra de Segura. Y lo digo porque donde debiera saltar la cascada hay tobas de tanto chorrear la corriente y ahora no tienen agua ninguna. Están secas por completo pero por debajo de estas tobas, mana el arroyo. Un caño tan grande como el grueso de la pierna de una persona. En este mismo charco mana toda el agua y luego rebosa por una canalilla que se ha horadado en la misma roca y ya corre por el arroyo para el río. Para que la pista pueda pasar le han puesto un tubo de hormigón y así han formado el puente. Una preciosidad este rincón y un asombro ver brotar tanta agua, fresca y pura, del fondo de este charco. Ya dije que al arroyo se le conoce por el de Topadero puesto que viene del lugar por donde estuvo este cortijillo. Pero el nombre que lo serranos dieron a este rincón de siempre fue los estrechos de la Hoz. Con este nombre es como mejor ellos lo conocen. A la izquierda, la gran pared rocosa que me va acompañando, se le conoce con el nombre del cinto de la Lanchilla y el pico que corona es picón de la Lanchilla. Más arriba queda cueva Rota, el Torafejo y el Topadero.

Sigo subiendo en busca de las ruinas del viejo molino. Enseguida pasa por el lado de arriba de estas ruinas y un ramal se aparta para seguir en la dirección que cae el arroyo. Es la que yo necesito puesto que tengo que remontar. Al volver me pararé un rato en las ruinas de este cortijo, molino aceitunero, y lo describiré como se merece. También cogeré algunas cerezas del frondoso cerezo que sembraron pegado a estas ruinas y gozaré con las viejas maquinarias y tinajas de barro que todavía por aquí existen. Así que me vengo con el ramal que empieza a remontar dejando el buen carril y en unos metros me encuentro con una piscina artificial.

Digo que es artificial porque es la primera vez en mi vida que veo una piscina construida de chapa de bidones y forrada por dentro con una lona impermeable. No está excavada en la tierra sino que se forma con estas chapas y queda redonda, como un depósito al aire libre. Le entran tubos de plástico negro y desde ellos chorrea un hilo de agua. Son los tubos que le roban el agua al arroyo que voy recorriendo que además de repartirla por entre los olivos, otros ramales vienen a este depósito y lo llenan. Esta agua será como reserva en caso de sequía. Quizá también para llenar las cubas con las que fumigan a los olivos para las epidemias y a la hierba, para que no crezca. Por entre los olivares de Jaén me tienen montados unos tinglados que da miedo verlos. Y también lo digo porque algo más arriba me encuentro tubos de plástico negro a mansalva. De todos los tamaños y calibres.

El carril ahora se viene para la izquierda buscando pegarse al arroyo. Al llegar tuerce para la derecha. Por aquí sigo sintiendo el rumor del agua que baja por el arroyo. Trae un buen caño a pesar de la mucha que le quitan. En esta misma curva se aparta una veredilla y se mete hasta la misma corriente. Ahora, porque todavía es temprano y me acabo de comer un buen puñado de cerezas pero cuando ya sean las dos de la tarde, que será cuando regrese por aquí, me voy a parar a comer justo en este rincón. Me gusta y como tiene sombras, queda algo fuera de los olivos y el agua alegra, aquí me voy a parar para comer. Pero antes de seguir miro a la veredilla y me pregunto ¿Es quizá un trozo de la senda que por aquí bajaba desde la ermita de la Hoz y el Topadero? Sé que una senda venía por este barranco y era la que aquellas personas usaban para llegar hasta la fábrica de aceite, cruzar el río y seguir para Villanueva si así lo necesitaban. Pero por donde parece que se mete esta senda el terreno es de lo más agreste y empinado. Es pura pared rocosa con más de doscientos metros de alta y un espeso bosque. Lo que no sé es que quizá, siguiendo más o menos el surco del arroyo, iba la senda y llevaba hasta el cortijo de Cuadros, el Torafejo, ermita de la Hoz y otros cortijos más que había por ahí. Sí, quizá siguiendo el arroyo subiría la senda y yo no lo sé del todo aunque lo intuyo. Si puedo y Dios lo quiere, otro día me pondré a descubrirlo.

Y luego pregunté y me dijeron:
- Pues claro, por ahí es por donde iba la senda. Ese trozo que tú crees está

tan malo de andar, lo recorre trazando escaleras, por lo menos siete escaleras tiene hasta llegar a lo más alto. Es por este camino por donde bajábamos y subíamos con las bestias cargadas de lo que hiciera falta. Pero desde la misma ermita de la Hoz, por el Pinguruto, bajaba otra senda más sencilla que era por donde se venía recto al puente y luego a la venta de la Desideria. Los chavales que vivíamos en los cortijos de arriba, por este caminillo nos tirábamos para cortar terreno y llegar antes al río. Ese camino todavía se puede andar y pasa por unos sitios muy bonitos. Lo que sucede es que ahora todo lo cubre el monte y las zarzas. Y también te digo que del camino que va por los estrechos, antes de remontar del todo, para la izquierda se aparta otro ramal algo menor que le llamábamos el camino de la Raja. Por él se iba más recto a las casas de la Hoz. Pasa justo por debajo de cueva Rota. En la segunda curva de elevación, se desvía a la izquierda. Era también un precioso camino que ahora nadie anda y por eso se está perdiendo.

Ahora compruebo el agua del arroyo es la misma que sale en el charco que decía. Por aquí corre, luego se filtra y brota por allí. La vegetación es de coscoja, romero, zarza parrilla, madroñeras, pinos y jara blanca. En cuanto la pista avanza un poco se sale del olivar y se mete en el bosque. Las madroñeras son muchas y muy grandes. Las clemátides están florecidas. Después de salir del bosque vuelve a girar para la izquierda y otra vez olivos. En esta curva por la derecha se la aparta un ramal que se va buscando a la que baja por el río. Otra curva más para la derecha y un nuevo ramal que se la aparta por la izquierda. Lo que más tiene esta pista precisamente son curvas porque debe remontar y la ladera es muy pronunciada. Voy ahora por los setecientos metros y tengo que llegar hasta los novecientos. Cantan muchos pajarillos y entre tantos trinos los que más destacan son los de las tórtolas. Ellas se pasan el día arrullando entre los pinares y el bosque. En los olivares hay menos. La flora y fauna entre los olivares de Jaén es muy escasas. Cada vez más pobre por la cantidad de insecticidas que usan tanto para las plagas como para las “hierbas malas” según dicen.

Cuando gira otra vez para la izquierda y por la derecha se la aparta un ramal, veo un hito de los que señalan límites de términos. Se viene de nuevo para el arroyo ahora casi a la altura de los olivos que hay por los poyos de la ermita de la Hoz. Antes de llegar al surco del arroyo se mete por entre bosque. A la casa que fue molino remontada en su puntal según se cruza el puente, ahora también se le ve con toda su grandeza aunque ahora sea grandeza de ruinas que dan testimonio de la grandeza de aquellos tiempos. También al río se le ve estirado por entre sus columnas de vegetación verde y olivares en hileras. Y lo que más bonito se ve desde aquí es cueva Rota. Es una gran roca que se clava casi en el filo del voladero que cae desde la ermita de la Hoz. Es alta y tiene forma alargada, se ha roto por debajo, formando como un arco del triunfo y por eso ellos le pusieron cueva Rota. Una cueva que se ha roto. El sol de la mañana entra desde el lado de la

cumbre del Almagreros, se le cuela por el agujero y desde la ladera que ahora voy remontando, se ve con toda claridad.

Ciertamente que es un cuadro hermoso. En las paredes rocosas que quedan más a la izquierda de esta cueva, se ven los agujeros de otras que también deben ser muy curiosas. Pero a estas dos cuevas sólo se puede llegar escalando por la inclinada pared. El carril se acerca mucho al arroyo por donde ya éste tiene grandes farallones rocosos. Son los que hay por debajo de la ermita de la Hoz. Por aquí sería fácil remontar a esos poyos si no fuera por lo en vertical que quedan estas paredes. Así que aquí el carril tiene que girar otra vez y ahora lo hace dividiéndose en varios ramales. Uno sube un poco más, casi de frente a la pared rocosa, otro trocico se mete para el arroyo y se termina enseguida y otro ramal se viene para la derecha y tiene apariencia de ser el principal. Engaña porque se termina sólo unos metros más adelante, al borde del final de los olivos y comienzo de bosque. A este rincón se le conoce con el nombre de Cornicabral, por la gran abundancia de cornicabras que por aquí crecen.

Tomo el que se aproxima a la pared y enseguida me encuentro otro depósito parecido al que veía nada más comenzar a subir. Pero éste es de un diámetro menor, con las mismas características y materiales. El carril, en cuanto se acerca un poco al frontón rocoso, se vuelve para la derecha y por entre espesa vegetación remonta viniéndose dirección a como corre el río. Crecen por aquí gladiolos, unas flores granates, trabadas a lo largo de un tallo y por eso algunos las llaman varitas de San José. El camino que recorro atraviesa la ladera de olivos y se asoma a un barranco gemelo al del arroyo del Topadero pero mucho más pequeño. No tiene arroyo significativo y es el que cae justo de la pared de la loma de la Be. Por donde empieza a meterse la pista que lleva a los Vadillos y para que ésta pueda avanzar, le tuvieron que hacer una alta pared con piedras recogidas de por ahí. Justo de este punto arranca el arroyuelo que cae por el barranco que tengo que atravesar antes de remontar a la piedra de la Be, que es más bien una loma muy suave. Pero todavía gira una vez más para el arroyo del Topadero. Deja atrás a los olivos y ya todo lo que encuentra es monte silvestre. Nada más entrar a este bosque, a la pista le hicieron como un lomete con tierra suelta para que los vehículos no puedan seguir por ella. Es decir, la cortaron sin que el carril deje de subir. El nombre de este barranco es la umbría del Tranquillo.

Todavía durante unos metros avanza buscando el barranco del arroyo mayor y al llegar a donde la montaña le presenta una pared imposible de pasar, se ensancha algo y gira para la derecha, en la dirección que corre el Guadalquivir. Desde este punto hasta lo más alto de la piedra de la Be ya no cambia de dirección en todo su recorrido. Más de un kilómetro sin dejar de subir mientras va cortando al barranco que cae desde la pista a los Vadillos y en todo su recorrido metida por vegetación propia de estas montañas. Umbría del Tranquillo es como se llama este terreno. Nada de olivos hasta que llega

a la loma que ya he dicho. Se anda muy bien este trozo de carril pero como no la usan para los vehículos de ruedas, en su trazado han crecido muchos romeros, mejorana, jara blanca y retama. Mucha hierba crece también por aquí hoy y toda florecida. Entre tanta, la que más resalta son las matas del lino blanco. Todas ellas tienen sus mil florecillas marfil abiertas y por eso da gusta verlas aunque sean tantas. Tuvieron que hacer una buena obra para trazar este carril porque la ladera ya está mucho más pronunciada. El trazado discurre paralelo al camino que lleva a los Vadillos pero aquel, unos trescientos metros separado de este y a unos ciento cincuenta metros más arriba. Desde luego que si no fuera por el trazado de este carril por esta ladera nadie podría andar. Dos cosas complicarían mucho andar por aquí: la gran pendiente del terreno y la espesura del bosque. Fuera del carril es imposible dar un paso por la espesura del bosque. Las madroñeras y los romeros son los que más tupen.

Se mete en el arroyuelo menor y mientras voy recorriendo este tramo me recreo en la preciosa panorámica que sobre el río voy teniendo. Ya voy superando los ochocientos metros de altura. Algún rosal silvestre se me presenta todo florecido. La jara blanca tiene las flores rosa y la otra mata que se parece mucho, la tiene amarilla. La travesía de este barranco es de verdad hermosa. En cuanto dejo atrás el barranco me tropiezo con olivos. Deduzco que estos olivos de la loma de la Be, son de un dueño y aquellos de más abajo, de otro. Por eso no arreglaron el carril para llegar de un olivar a otro. Para comunicarse. A este de arriba se le llega por el camino que va a los Vadillos. A los olivares de abajo, por el carril que viene río arriba desde la venta del Pino. Un bidón tapado con tela metálica y puesto al borde de esta pista. Será como depósito de agua para cuando sulfatan a los olivos. En unos minutos remonto a la loma y ahora me paro. Ya estoy sobre lo que sería la piedra de la Be, que en este caso no es ni mucho menos como el castellón de Chincolla. Lo que por aquí me encuentro es sólo el final de la loma que viene cayendo desde lo más alto pero sin castellón. La visión que desde este punto tengo es de lo más gratificante.

Lo que más destaca, en lo hondo y al otro lado del río, es la planta donde embotellan el agua Sierra de Cazorla. Las lomas y laderas que en ese lado del río se extienden anchísimas, los olivos que pueblan muchas de esas tierras y las manchas de vegetación natural que no pudieron arrancar, la carretera que viene subiendo por el cañón de río hacia el muro del pantano, las casas por donde comencé esta ruta, todo el gran barranco por donde el río viene desde la honda sierra, los potentes y oscuros picos que coronan por encima del charco del Aceite y son las sierras de las Lagunillas y de Prao Chortales, los poyos de la ermita de la Hoz y ya, por detrás de mí, las crestas de la Albarda y umbría de Aguilar. La panorámica que desde esta loma se puede gozar es de lo más completo y como el día de hoy ya he dicho que se presenta claro y pacífico, pues la satisfacción es casi total. Para mí, es total por el gran amor que le tengo a estos parajes pero hoy como ayer y quizá

menos que mañana, tengo mi dolor que va por dentro y no puedo decir. Algo me hace sentir que dentro de poco ya no volveré a pisar más los caminos que tanto quiero desde lo más hondo de mi alma. Son las diez en punto. Una hora exacta he tardado en llegar a este lugar desde donde comencé la ruta.

Miro para arriba, por mi izquierda y lo que me encuentro a sólo unos metros de mí, es la gran figura del farallón rocoso que cae desde la loma de la Be. Y algo curioso: desde este ángulo es desde donde más se parece a una letra Be. La gran pared queda como partida en dos, en su filo forma como una hondonada en su centro. Sí que se parece a una letra Be. El carril ahora gira para la izquierda y busca paso por la misma raspa de la loma. Aquí tengo otra vez olivos. Por el lado derecho se ve grandioso el barranco de royo Chillar, la loma o cresta donde se encuentran las ruinas del castillo de Chincolla, el gran surco que royo Chillar taja cuando entra por ese collado y cae para el río y las solanas por donde sube la pista que, por el barranco del Chillar, lleva al castellón de Chincolla. Hoy no traigo la máquina de fotos conmigo, porque se me olvidó el carrete y ahora lo lamento. Desde esta loma tengo unas vistas inmejorables sobre aquellos cerros que ya tengo recorridos y conozco. Lo lamento de verdad. Mientras voy recorriendo la loma en busca de la pista a los Vadillos, se asoma unas veces para el barranco del Chillar y otras para el barranco que acabo de remontar. Las dos vistas son bonitas porque completan un cuadro que no es posible observar desde ningún otro punto de estas sierras.

Por encima de la loma de la Be sobrevuela una gran bandada de buitres leonados. Por lo alto de la loma que ahora voy recorriendo ni siquiera tuvieron que hacer mucha obra para que pasara el carril. El terreno es tan llano y bueno que sin obra ninguna hay carril de excelente calidad. Ya algo próxima a la pista a los Vadillos se va en la misma dirección pero sin dejar de subir porque tiene que encontrarse con ella. Es monte el paraje por donde voy. Antes de juntarse con la principal traza una curva para la izquierda y por la derecha se le aparta otro ramal de pista. Este es el que lleva al cortijo de los Sesteros de abajo. El que está en el arroyo que baja del mirador, ya pegando a royo Chillar y frente al cortijo del Tamborcillo. Recorreré esta pista de regreso porque subiré por ella cuando ya venga de vuelta. Pero ahora sigo por la izquierda y durante unos metros todavía sigo el carril que traigo desde el río y por fin, me encuentro con la que va a los Vadillos. Se junta con esta pista justo donde la gran pared rocosa y el carril gira para el barranco de royo Chillar. Donde hay una gran piedra entre las dos pistas y un rellano regular para que los coches puedan dar la vuelta. Cuando pasé el otro día por aquí me llamó la atención este punto y ahora descubro con claridad cómo están colocadas las cosas. Ya reconozco el terreno dentro de mí. Son justo la diez y veinte de la mañana. Una hora y veinte minutos he tardado en subir hasta esta pista a los Vadillos desde el Guadalquivir, por el puente de Paquete. Y he subido sin demasiado aprisa, aunque mi gorro esté empapado de sudor. No me importa sino que le dios las gracias a Dios. Y aquí voy a dar por

terminada esta ruta. Yo, como la mañana todavía era larga, decidí seguir pero eso lo voy a narrar en otro apartado de este capítulo, sin que pretenda que sea la prolongación de la ruta aunque así lo fuera. Más me interesa aportar información de estos lugares para mi satisfacción personal.

Los retazos

Con esto de los retazos quiero decir que como esta mañana me ha sobrado tiempo, en el recorrido de la ruta que pretendía, sigo adelante y lo que ahora ya recorro, son como retazos de un paño más grande. No lo son pero así los he concebido. Por la ancha y buena pista forestal y de tierra que desde la loma de la Be lleva a los Vadillos, por la parte alta de royo Chillar. Voy avanzando ahora con una satisfacción que no me cabe en el alma por la sombra de la gran roca que me arropa y la comodidad que me va regalando el buen camino. Y una de las cosas que primero me llama la atención de este carril es que lo encuentro mucho más ancho de lo que me lo había imaginado. En mi imaginación yo lo había pensado, además de inclinado por la fuerte ladera que atraviesa, estrecho. Tanto que mi preocupación era averiguar cómo podrían cruzarse dos coches si por aquí se encontraban. Ahora descubro que no tendrían problema alguno porque el carril fue trazado para que estas circunstancias no fueran problema, en caso de darse. De este descubrimiento me alegro porque así tengo claro una cosa más por estas sierras y sus caminos por si algún día se presenta lo que ahora mismo ni siquiera sé. Discurre muy llana esta pista y con un buen firme y ancha. En sombra total, a estas horas del día y fecha del año, porque la gran muralla de la loma de la Be, por mi izquierda, tapa al sol.

Una perdiz se le levanta por el lado de arriba. Me aparto y entre las matas me encuentro su nido con doce huevos. Ni los toco porque sé que debo respetarlos. Unos metros más adelante, también del lado de arriba y entre la pista y el frontón rocoso, oigo el silbido de una cabra montés. Miro pero no la veo. Es tan espeso por aquí el monte que sino salta y sale corriendo no podré verla. Pero tampoco me interesa mucho. Sólo con sentir que está y vive es suficiente para saciarme y descubrir que no estoy tan solo. Unos poco buitres trazan círculos sobre mí y por lo alto de la gran loma de la Be.

Llego al barranco, donde el carril cruza el arroyuelo y se va por la ladera de enfrente para el collado del cortijo de los Riberas. Son las once menos cuarto de la mañana y todavía sigue por completo en sombra la umbría que recorro. Por debajo del mirador, este barranco es precioso. Con un verde que hiere y en día como el de hoy, más. Justo antes de que la pista cruce el arroyuelo me aparto para abajo siguiendo un carrilejo tupido de zarzas y con muchas piedras. Quiero cerciorarme de si hay o no paso arroyo abajo hacia el segundo cortijo. El de los sesteros de abajo y también el de la tía Irene. Por la izquierda me dejo a las ruinas del cortijo de arriba, metidas entra las tupidas zarzas. Las tierras que piso enseguida descubro que son de

la mejor calidad y por eso en aquellos tiempos las aprovechaban para sembrar sus cosechas. Muchos árboles frutales hay todavía por aquí. Nogueras, higueras y parras. En cuanto avanzo un poco ya toman el relevo los olivos. Tengo que dejar el carrilejo que decía antes porque se viene para la umbría y descubro que sólo es un jorro de cuando sacaron maderas de por aquí y repoblaron el terreno. Busco el surco del arroyo y por ahí, me encuentro algunos manantiales por entre las zarzas y lo que se parece a una vieja vereda. La sigo.

En cuanto avanzo un poco más descubro que el agua por el arroyo aumenta. Crecen las zarzas y por entre ellas, los romeros y los hechos. Tan espesos que se anda con mucha dificultad. La vereda que busco a trozo la encuentro y a trozos se me pierde por entre tanta vegetación y piedras rodadas. Por aquí también hicieron un buen desastre cuando repoblaron. También estropearon mucho la vereda que pretendo recorrer cuando por ella arrastraron troncos de pinos. Pero bajo apartando el monte y descubro lo que pretendía: se puede bajar o subir siguiendo el surco de este arroyo porque el terreno no presenta ningún cortado rocoso que sea imposible de franquear, como tanto sucede en estas sierras. A las once en punto llego a los olivos que rodean al cortijo de abajo. El blanco y algo cuidado y que se asoma al mismo surco de royo Chillar. Por aquí ya no hay monte porque los olivos se lo han comido y sí me encuentro el carril de tierra que ya sabía.

Cruzo, con el carril, el surco del arroyo ahora ya con mucha más agua y enfilo recto. A sólo unos metros ya estoy en el centro del rellano que precede al cortijo. Muchos árboles frutales, parras, higueras, ciruelos, un cerezo muy grande y ya con sus frutos casi colorados, encinas y olivos. Quisiera encontrarme con alguien por aquí porque este es otro de mis pretensiones. Llamo y nadie me contesta. Una pila para lavar, con su chorro de agua es lo primero que me llama la atención. Rosales florecidos, hiedras y quietud. Huele a cobre del que le echan a los olivos. Estos días alguien ha estado por aquí curando las olivas. Me asomo al balcón que por detrás del cortijo ofrece el terreno y ante mí se abre el gran barranco de royo Chillar, con sus olivos, sus voladeros, el surco del quebrado arroyo y las paredes de los cortijos que hay al otro lado. El del Tamborcillo y el de las hoyas del Chillar. Por detrás de este cortijo de la tía Irene parece que sí se puede bajar y cruzar royo Chillar. Quizá por aquí entrara la vereda que ellos usaban. No tengo tiempo pero me gustaría conocer los secretos del rincón que tengo por debajo de mí.

No hay nadie en este cortijo y sí que me hubiera gustado encontrarme con alguna persona. Por la parte de atrás veo la cuadra con seis pesebres, ahora sin bestias. Al lado del cortijo de los Riberas pero aquí mismo, veo la construcción de lo que fuera la tiná y donde encerraban a los marranos de matanza. Me vuelvo y despido al bonito rincón. Ya lo conozco más de cerca y también me lo llevo conmigo aunque buscaba otra cosa. Atravieso el arroyo, tomo el carril y durante un buen rato me aplico sólo en remontar hacia la loma

de la Be. Cuando ya lo he conseguido, retomo el carril que recorría hacía un rato cuando llegaba desde el Guadalquivir y me pongo a bajar. En menos de media hora ya estoy junto al chorrillo de agua que lleva el arroyo de los estrechos de la Hoz. Me encuentro con la sendica que dije hace un rato y por ella me adentro hasta el arroyuelo. Donde hay una sombra y junto al agua me pongo y como un poco. Mientras lo hago no dejo de agradecer y empaparme de los paisajes que me rodean, el vientecillo, los cantos de los pajarillos y el perfume de las flores.

Arranco y cuando ya estoy en las ruinas del molino que también dije, fábrica de aceite de los estrechos de la Hoz, me paro y durante media hora me dedico a olisquear lo que estas ruinas cubren. Tinajas de barro, depósitos de chapa oxidadas y rotas, prensa de hierro, el empiedro con sus piedras para moler, más tinajas en otro apartado, trojes para la aceituna por la parte de atrás y por aquí, un gran cerezo. Tiene sus frutos maduros y por eso cojo un puñado. Mientras me los vengo comiendo, recorro el carril hasta el puente, lo cruzo, remonto y ya estoy en el coche. Una vez más he podido hacer realidad el sueño que tenía en mi alma y ahora regreso. Presiento que no serán ya muchas las veces que pueda venir por aquí. Pero el día de hoy ha sido grandioso y por ello dio gracias a Dios.

Se tiñó de rojo el cielo
cuando la tarde caía,
se cubrieron las montañas
de nubes negras y frías
y por los valles azulados
la hierba se llenó de finas
goticas de lluvia blanca
que dulcemente caían.

Asomado a su balcón,
el de la cárcel chiquita
que le encierra en libertad
entre la muerte y la vida,
vio que su tierra amada
otra vez más la perdía
igual que aquella mañana
y aquel desgraciado día.
- Pastor que llevas en tu alma
heridas y más heridas
¿te mueres esta tarde triste
o sigues buscando salidas?

Se tiñó de rojo el cielo
cuando la tarde caía
y llorando en su silencio

a chorros vivos moría
cobarde y lleno de miedos
de espaldas al mundo y la vida.

En la tarde del sábado día 20 de mayo del 2000, antes de ponerse el solo, el cielo se cubrió de espesas nubes negras. Cuando ya se ponía el sol estas nubes negras se tiñeron de un rojo intenso parecido a la sangre y poco después empezaron a brillar grandes relámpagos. Crujieron los truenos y en cuanto oscureció se puso a llover. Estuvo lloviendo casi toda la noche, al menos por las sierras del Parque Natural y por los pueblos de la Loma de Úbeda. Cuando amaneció al otro día todavía estaba lloviendo. Esta agua le vino muy bien al campo porque aunque todavía tenía mucha humedad de las lluvias en abril y mayo, que habían sido abundantes, hacía unos días que el sol calentaba con fuerza y la tierra se estaba secando. Las sementeras, la hierba y las plantas del bosque todavía estaban con su humedad suficiente para aguantar algunos días más pero las lluvias caídas en el día que arriba he dicho, vinieron como “agua de mayo”.

8- Camino de los estrechos de la Hoz y la Raja, por cueva Rota a la Hoz. Tarde del 4-6-2000

Por el estrecho del asombro
Distancia aproximada: 2 k. Idea y vuelta, 4.
Desnivel aproximado : 350 m.
Tiempo aproximado : 2.30 h. Ida y vuelta 3.30
Camino: vieja senda poco andando.
Paisaje: olivar, bosque mediterráneo y acantilados.

Pincelada

Mil tonos reflejando
la verde hierba, fresca y pura
y en la tarde chorreando
cae de las alturas,
gritándome de Dios y su hermosura.

Vengo por aquí pasando
buscando en las horas y las criaturas
el beso y el abrazo
que colmando de ternura
me sirva de luz en la noche oscura.

Mil tonos reflejando
la hierba y las flores en su cuna
y a los prados esmaltando
del amor que el alma busca

en la tarde limpia de la azul negrura.

Tarde 4 de junio del 2000, río Guadalquivir y carretera de Villanueva al Tranco. Se consumará el destierro dentro de unos meses.

Entre tantos matices y pinceladas hermosas que la sierra regala por este recogido rincón, lo que más delicadamente baña el espíritu son las manantiales de aguas cristalinas. En esta sencilla tarde de junio, cuando la sombra del destierro se cierne sombre mi vida y por eso los sentimientos no pueden ser sino de tristeza y melancolía, me los fui encontrando uno tras otro y los gocé lleno de asombro y agradecimiento. Si me lo hubieran dicho no lo habría creído con la fuerza y delicada hermosura con que en la tarde los fui descubriendo. En cada uno de ellos bebí un trago para calmar la sed que el cuerpo reclamaba después del esfuerzo de la ascensión y también para saborear el agua de la vida cuando la despedida está presente en cada paso. El agua de la vida que mana por tantos veneros de estas sierras, tiene un sabor distinto cuando se saborea bajo la sensación que el espíritu mío tiene esta tarde. Para medio saber qué gusto tiene el agua de la vida en un estado de muerte como el que voy atravesando esta tarde, hay que encontrarse en las circunstancias mías. Desde fuera de él y por más exactamente que se explique no es posible captar estos sabores.

Pero mientras tanto que el tiempo corre, ahora en contra mía y para defenestrarme hasta la desaparición total, quiero decir que los manantiales por el rincón de la tarde azul amargar, son los que siguen: junto a las aguas del Guadalquivir, justo al cruzar el puente, donde el mismo arroyo se junta con el río y por entre las zarzas y asilvestradas higueras. Ya fuera de las zarzas, por la el lado de arriba del primer venero, entre los olivos y bajo una higuera, sale un chorro de agua cristalina, fresca y con sabor a miel. Corre por su reguera y enseguida se cae al surco del arroyo y desde ahí, al gran río. Sólo unos metros más arriba, cuando el carril cruza al arroyo para acercarse a las ruinas del molino aceitero, ahí mismo hay un buen charco, por debajo de una caída de tobas sin agua. La caída no tiene agua porque el delicado líquido mana en el fondo del mismo charco y ya se va por el surco del arroyo en busca del río entre los ríos. En este mismo arroyo de los Estrechos pero unos cien metros más arriba. Bajo una gran roca mana un cuerpo de agua grande, corre por la vieja acequia que le hicieron en aquellos tiempos y se vacía en la también vieja y hermosísima alberca de aquellos tiempos.

Quizá sea este el verdadero nacimiento del arroyo estrechos de la Hoz. Pero no. Más arriba y antes de la escalera para que la senda pueda remontar, también sale agua. Mas donde de verdad mana agua en cantidad y fabulosamente cristalina es arriba del todo. Cuando la senda llega al cortijo que al borde de las riscas se asoma al comienzo del estrecho cañón por donde remonta la senda. Debajo de una higuera ya muy añosa mana un

cañico precios. Le tienen puesto unos tubos de hierro para poder beber mejor. Pero más arriba, por la parte alta de las tierras que son huertas en este cortijo, es donde brota el verdadero manantial del arroyo Estrechos de la Hoz. En la fuente del Tobazo, que no se encuentra en la misma carretera que atraviesa la sierra sino algo más abajo, en la ladera. Sale por ahí un caño tan grande como el cuerpo de una persona.

Otros rasgos que por aquí la naturaleza me mostró fueron los estrechos en sí. Por donde debería caer el arroyo que viene desde las cumbres de la Albarda y aunque cae no tiene agua pero sí la zanja que al correr de los años fue tajando. Por esa angostura verdaderamente original, los serranos metieron la senda para remontar hasta las tierras del poyo que se extiende en lo alto y cuando la senda llega al escalón donde las aguas forman cascada, la tallaron en la pura roca de tobas. Seis o siete curva le trazaron para que pudiera remontar con cierta comodidad hasta las partes altas y luego que pasa este tranco, siguieron metiendo esta senda por el gran cañón que forman las paredes rocosas. Muchas zarzas crecen ahora por ahí y también mucho orégano, gran cantidad de la planta Digitalis oscura, té de roca y otras plantas muy curiosas no demasiado abundantes en este Parque. Cuando la senda termina de remontar y sale a las tierras más o menos llanas, se encuentra de bruces con un bonito cortijo serrano. Es el cortijo de los Estrechos que fueron a construirlo justo al borde de esta zanja y cuando empieza. Por ahí, ya lo he dicho, manan unos buenos chorros de aguas, crecen cerezos de buena calidad, muchas nogueras, perales, granados, fresnos y robles. También muchos olivos porque esas tierras ahora los serranos que ya no viven en la sierra las tienen sembradas de olivos como en tantas otras partes. Hay por ahí algunos carriles de tierra que sirven para que los coches lleguen hasta el cortijo y luego gran soledad para que los paisajes de esta parte de la sierra tengan su dosis correspondiente de belleza y misterio. Y también dolor, mucho dolor para el que como yo, viene por aquí con el alma echa tiras.

La ruta

Cuando esta tarde me voy acercando al rincón, antes de llegar a las ruinas de la que fue venta del Pino, en la curva donde a lo largo de tanto tiempo hubo y peñasco y luego demolieron, descubro que han puesto un panel informativo. De chapa, pintado en colores grises y al verlo, me paro frente a él para informarme. Leo lo siguiente: “Villanueva del Arzobispo, bienvenido. Sierra de las Villas, charco del Aceite, arroyo María, arroyo Martín, cueva del Peinero, Mirador, Natao, embotelladora de agua mineral. Puerta principal por el río Guadalimar a la sierra de las Villas, Segura y Cazorla. Ayuntamiento de Villanueva del Arzobispo”. Muestra unos recuadros con varios símbolos y una gran foto donde se ve al pueblo de fondo. Desde hace algún tiempo, estos paneles informativos son colocados en las distintas partes del Parque Natural y por los pueblos que corresponden. Cada uno por separado y como en lucha para ver quién va más allá. Por eso lo leo, lo

respeto y sigo sin que dentro de mí se despierte ningún desairado sentimiento.

En cuanto desde el pueblo de Villanueva esta tarde vuelco para la vertiente del río Guadalquivir, lo que más me sorprende es el verde de la hierba cubriendo espesamente todas las amplias laderas que caen desde las partes más altas de las sierras. Puedo decir que la primavera ahora es cuando por aquí se muestra con toda su fuerza. Es una sensación que por añeja y haberla vivido tantas veces, me resulta nueva y fresca esta tarde como si fuera la primera vez en mi vida. Florecido está el lino blanco, verde el hinojo, la retama florecida, el gran macizo de la Muela, a lo lejos, hermosamente reflejando un verde que absorbe con el misterio y fuerza de lo sublime.

Ya estoy en el puente del molino estrechos de la Hoz. Hoy el río baja lleno de agua porque le están soltando al pantano. Me paro, saco algunas fotos y cuando ya termino de cruzarlo, me vengo por una vereda que enseguida sale por la izquierda para meterse en las mismas aguas del río. La vegetación es tan espesa que casi no puedo andar pero no tardo en llegar a un rincón donde se amontonan espesas las higueras entre las parras y las zarzas. La senda parece que se detiene y se ensancha en un espacio redondico. Tiene pinta de haber sido acondicionado por alguien para en verano venirse a tan apartado y fresco rincón y gozar del rumor de las aguas del río y la frescura que de la vegetación y la corriente, brota. Me gusta mucho lo que por aquí me encuentro. Y lo digo porque justo por aquí mismo pasa el arroyo que baja desde los estrechos. Se presenta con un buen chorro de agua y lo que más llama la atención es el caño que sale desde la misma roca. Es grueso como la pierna de una persona y clara como el viento. Al caer desgrana una potentísima sinfonía que deja desconcertado. Durante unos minutos por este rincón me entretengo buscando los misterios que entre la vegetación y el perfume de agua se esconden y dejo que se me llene el alma de la dolorosa soledad que abraza y besa.

Sigo y algo más arriba, antes de que el carrilillo que sube se junte con el que lleva al arroyo de María, por la izquierda y ahora parte de abajo, también esta tarde descubro algo nuevo. Crecen por ahí varias higueras, mezcladas con olivos y zarzas y bajo una de ellas, mana un buen chorro de agua. Es una fuente de verdad y de las copiosas porque no está en el cauce del arroyo sino apartado de él. Por aquí me paro un poco al regusto de las aguas que manan y corren por la acequia hasta caer e irse por el arroyo y en breve, continúo. No había visto yo este rincón antes y por haberlo descubierto esta tarde, me alegro. Llego a la pista buena, giro para el cerrete del molino, cruzo otra vez el arroyo que tiene su buen charco por el lado de arriba y en su fondo mamando el agua y cuando llego a las ruinas del molino tomo por el carril que remonta cortando olivos. Calienta el sol, no se mueve ni chispa de viento y la soledad, más duele esta tarde que nunca. Por eso, del corazón

parece que me brota una melodía con acento de honda tristeza.

Nadie ama más a la tierra
que quien la besa y llora
al ir por ella
y a cada paso que da
sangra y tiembla
por el miedo que siente
un día, perderla.

La voy desgranando mientras remonto la cuesta en busca de la vieja senda que iba por los estrechos de la Hoz y me digo que quizá algún día, alguien a leer estas páginas pueda comprender y penetrar el dolor que viví al recorrer estos rincones. Sí, quizá algún día alguien pueda leer esto y comprenda por qué lo escribí en una tarde como la de hoy y cuando andaba por aquí.

Siguiendo el carril de tierra que lleva hasta la umbría del Tranquillo y a la loma de la Be, en la segunda curva que da por el lado del arroyo, se aparta un ramalejo. Siguiéndolo llego a la vieja alberca. La que construyeron los serranos que vivían en el molino ahora derruido y servía para retener el agua que luego regaba los trozos de tierra que se retienen en este arroyo antes del molino. Por eso es una alberca de pared gruesa, mezcla de cal y tierra y piedras recogidas en estas montañas. A sólo unos metros por el lado de arriba, brota el venero. Un grandioso manantial que antes nunca había visto y que ahora enseguida lo coloco en su lugar exacto. Es el verdadero manantial o nacimiento de este arroyo de los estrechos y por eso brota en un lugar hermosísimo. Justo por debajo de unas rocas, entre la vegetación y donde el arroyo tiene como una descanso. Ellos, los serranos de aquellos tiempos, encauzaron esta agua, por una acequia la llevaron hasta la alberca y desde ahí, la que sobra que es mucha, corre y se va por el arroyo. Ahora sigue así pero también han puesto por aquí muchos tubos de plástico negro para que buena parte de este manantial se vaya por ellos y riegue olivos. También para las fuentes, piscinas y gritos en los cortijos al otro lado del río, antes del puente. Este venero está justo por debajo del picón de la Lanchilla y cueva Rota. En el fondo de las aguas que embalsa la alberca crecen muchas plantas acuáticas. Su visión es de lo más reconfortante y viva.

Me recreo sin prisa en el recogido y dulce rincón y sigo. Durante unos metros más busco la vieja senda sin dejar de subir. No tengo claro por dónde va y por eso me pego a la vegetación y recorro la pista que sigue remontando. Una curva más arriba, justo en la última que por aquí puede trazar este carril porque ya la pared rocosa le impide seguir por el arroyo y por eso se va para la umbría del Tranquillo, me encuentro con la vieja senda que vengo buscando. Se le distingue con claridad aunque la vegetación haya crecido mucho y de no andarla esté muy borrada. Arranca desde la misma curva del carril y justo por el pie de la pared rocosa que se cierra hacia el

surco del arroyo, empieza a ir la senda. Ancha ella, perfectamente tallada porque esta senda de los estrechos de la Hoz estaba preparada para que las bestias pudieran ir por ella y en unos metros ya se encuentra con el surco del arroyo. No tiene agua por aquí y me parece lógico. Acabo de descubrir que el venero principal brota algo más abajo.

A partir de momento en que el camino cruza el surco del arroyo, empieza a remontar cauce arriba, trazando zigzags en juego con el barranco. En la segunda curva, por la izquierda, descubro lo que con interés vengo buscando. Es el punto exacto donde de la vereda que vengo siguiendo se aparta la pequeña y hermosísima vereda que pasa por la Raja, cueva Rota y lleva a las casas de la ermita de la Hoz. Es la que recorrían los jóvenes de aquellos tiempos cada vez que subían o bajaban desde las casas de la Hoz a las casas del río, ventas y molino. La sigo sólo durante un trecho, agarrándome a las rocas, matas y tierra para subir y no despeñarme por la gran pared rocosa y en cuanto llego a la Raja, me paro. La Raja es un trozo de roca que se ha abierto en forma de raja de verdad y como este camino discurre justo por la misma pared rocosa, no tiene más remedio que pasar por esta raja si quiere ser camino. Pero por la raja cuesta trabajo pasar. Es tan estrecha que ni una persona delgada como yo puede pasar sin empujar y estrecharse mucho. Durante un rato la gozo despacio, observo el rincón al otro lado por donde se clavan las rocas que dan sostén a cueva Rota, hago algunas fotos y regreso.

Ya estoy otra vez en la senda de los Estrechos. Ahora sigo por el lado izquierdo de lo que sería el surco del arroyo, sin apartarme de la senda que se le reconoce bien, aunque ya he dicho que tiene mucho monte y piedras de las que han rodado de la montaña. Una aclaración para todas las páginas de este libro: los serranos distinguen entre senda, vereda y carril, no pista. La senda, para ellos, es una veredilla que se puede andar casi exclusivamente por personas. Nada de bestias ni vehículos mecánicos. El camino es lo que se puede recorrer con bestias, andando y tampoco nada de vehículos mecánicos. Entre senda y camino es poca la diferencia pero ellos la saben bien. La vereda es vía de trashumancia que casi siempre coincide con sendas o caminos. El carril es lo que las administraciones dieron en llamar pistas. Algunos jóvenes las relacionan con las pistas de baile en las discotecas. Entre ellos, los serranos se entienden con carril.

Y sigo. A partir de la curva donde se le aparta el camino de la Raja, ya no deja de trazar zigzags cada vez más cortos. Hay por aquí mucha estepa, zarzas, orégano muchísimo, pinos, madroñeras, tomillo, té de roca, digitalis oscura, la flor de la viuda y muchas más plantas. Según remonto el cañón rocoso que da paso al arroyo de los estrechos, se va cerrando pero la senda sigue para hundirse y pasar a los poyos de la parte de arriba. Llego a lo que en otros tiempos fue una cascada. De caer el agua por aquí, se fueron formando muchas rocas tobáceas y justo en estas rocas, tallaron la senda. Es

el tramo más complicado de este recorrido pero como las tobas son rocas blancas, no tuvieron mucha dificultad para labrar la senda sobre la pared que fue cascada. Algo realmente bonito. Este punto se encuentra sobre la curva de nivel que mide los ochocientos metros.

Una gran cornicabra agarrada en la misma pared de tobas y queda justo entre las dos curvas más largas de la senda al recorrer el salto sin agua. Ya tiene sus hojas brotadas y por eso se le ve hermosa, colgando en el vacío y como ayudando para que no sea tan dura la subida. El lino blanco y los durillos no dejan de adornar tan original. En cuanto termina la curva, la que hace el número ocho, aparece un llanete de tierra. He superado lo más complicado de la subida que tiene el camino de los Estrechos. La tierra del llano muestra las huellas del pasado. Fue huerta y por eso lo labraron y cuidaron con esmero. Ahora se lo come la hierba, el orégano y sobre todo, las zarzas. En cuanto termina de recorre el llanete se mete en lo que creo son propiamente los estrechos. Las dos paredes rocosas, llegando por ambos lados, van cerrando hacia el arroyo como si quisiera impedirle el paso y como el arroyo ha cortado a las rocas para caer hasta el río, pues por ahí metieron la senda. No hay gran dificultad. Sólo que ahora las zarzas crecen como si las hubieran sembrado a manta. Espesísimas y por parejo. Sin no las cortan, al menos por donde va la senda, en unos años no se podrá pasar por aquí. Esta tarde yo lo consigo luchando agobiado y logro avanzar por el todavía bien reconocido surco de la senda.

En cuanto termina de remontar este estrecho plagado de zarzas que revientan salud, por la izquierda se ven los olivos de las tierras cercanas a las casas de la Hoz. Un pino seco que se cayó y corta el paso. Lo salto y otro rellano con muchas más zarzas. Vuelvo a descubrir que estas tierras fueron huertas en aquellos tiempos. Son de una calidad excelente aunque ahora se las coman las zarzas y la hierba. Remonto otro escalón algo menor y de tierra y antes mis ojos, por la derecha, se presenta la figura de un blanco cortijo. Lo levantaron al borde mismo de los Estrechos, sobre la pura roca y en la curva de nivel que recorre los novecientos metros. Unos dicen que este es el cortijo del Torafejo, de Iznatoraf, en los mapas puedo leer que es cortijo de Cuadros pero ahora que lo tengo antes mis ojos no puedo pensar otra cosa sino que este cortijo es propiamente el de los Estrechos. Las casas de la Hoz quedan más a la izquierda, al volcar un cerro y lejos y el cortijo del Topadero, quedaba en todo lo alto y también para la derecha.

Una grandiosa acequia me saluda en cuanto termino de coronar. Ya hay olivos, tierras de cultivo, higueras, granados, cerezos y otros árboles. Las aguas que corren por esta acequia vienen desde la parte alta. Casi de la carretera asfaltada que atraviesa la sierra. Por aquí también crecen grandes nogueras, algunos fresnos y varios quejigos hermosísimos. Por el borde de la acequia sigo y cuando ya estoy cerca del cortijo, no me acerco sino que me vengo por donde la reguera y busco el carril que baja desde la carretera. No

pretendo subir hasta ese punto pero sí quiero comprobar de dónde viene el agua, el gran caño de agua que baja por esta acequia. Pero me entretienen los bonitos cerezos repletos de cerezas bien maduras. También la fuentecilla que mana justo a la sombra de una higuera, los ladridos de un perro, los montones de estiércol repartidos por las tierras labradas y en espera de ser sembradas y las paredes blancas de hermosos cortijo. Un hombre mayor me mira desde la puerta. Lo saludo y digo:
- Vengo de recorrer el barranco de los Estrechos.
Me contesta:
- Por ahí antes iba el camino pero ahora eso estará tan comido por las zarzas que no se podrá pasar.
- Yo lo he intentado.
Y ya no hablamos más. Sí digo ahora que el rincón es hermosísimo. Ojalá se me permitiera vivir aquí hasta el gran momento de la eternidad.

En la hermosa tarde, el verde del rincón, la sinfonía de pajarillos y el viento puro que acaricia, me pongo a regresar sin que tenga de verdad ganas. Pero me pongo a regresar diciéndome a mí mismo que ya tengo andando y conocido otro rincón más de estas sierras. Como si pretendiera coleccionar no sé qué realidad para que cuando llegue el momento de alejarme, de algún modo tenga entre mis manos algo donde permanecer agarrado. En la grandiosa y limpia tarde, cuando sólo Dios sabe que vivo y estoy aquí, regreso y bebo con avidez todo cuanto la naturaleza me ofrece para hacerla sangre en mis venas. Moriré de sed de ella, no dentro de mucho y por eso ahora me la quiero beber toda.

9- Puente Venta de Saro, poyo Cortao y arroyo de María. Tarde del 28-5-2000

Tocando la vida en la tarde de la muerte
Distancia aproximada: 1,800 k. Idea y vuelta, 3,600.
Desnivel aproximado : 30 m.
Tiempo aproximado : 15 m. Ida y vuelta 45 mint.
Camino: carril por entre olivos.
Paisaje: olivar, bosque mediterráneo y río Guadalquivir.

Comenzando

En la tarde del domingo 28 de mayo llego al rincón del río con mi soledad acuestas y mi dolor. Busco lo que con tanta urgencia necesito pero una vez más estoy solo frente a los paisajes, el camino, el azul del cielo y el mundo de los humanos que ahora tengo algo lejos de mí. Desde el mismo rincón donde todavía se encuentra la casa de la venta Paquete, bajo por el trozo de carril que lleva a las otras casas. Las que están más cerca del puente y del río. Por ahí iba la senda de aquellos tiempos y que ahora, en esta hermosa tarde de primavera y tan triste para mí, voy a recorrer en algunos metros. Vengo como el animal silvestre que ya no tiene fuerzas y

siente que la muerte se lo está llevando y por eso busca un rincón apacible donde morir. En la hermosa tarde de la primavera esplendorosa vengo por aquí y me encuentro con el río, el verde de la vegetación, el puro viento que trae aromas de amapolas, los cantos de los ruiseñores y la tremenda soledad. Esta es una buena tarde para morir y, quizá sin que lo sepa, es esto lo que busco.

- Pues recorriendo, un poco a lo grande, los rincones por aquí, te digo que el puente de Rompecalzas también se llama puente de Patricio. El cortijo de la Grilla es el que se encuentra en el barranco Chillar, por debajo del cortijo Ginés.
- ¿Y por aquí cerca?
- Esa pared de enfrente se llama la Lanchilla y el picón de la Lanchilla. Cueva Dos Puertas está ahí mismo. Ahí tenemos también Poyato Cortao, porque sólo tiene una entrada. Se metían a los animales desde arriba, por donde la Hoz y ahí se dejaban sin miedo a que pudieran irse porque el poyo ese no tiene más salida. Por eso se le llama Poyato Cortao. Por debajo está la cueva del la Aljibe. Arriba queda el Pinguruto.
- ¿Y por este lado?
- Antes de meterse en los Estrechos eso es el Cornicabral. De ahí para arriba es la umbría del Tranquillo.
- ¿Por dónde va el camino de la Raja?
- El que pasa por debajo de Cueva Rota. Sobre la segunda curva de elevación subiendo el camino de los estrechos, por la izquierda se aparta el camino de la Raja.

La ruta

Bajo en silencio, rozo las paredes de la blanca casa donde ahora se vienen de recreo cuando llega el verano, tomo la vereda de aquellos tiempos, rozo los viejos árboles que son quejigos y ya estoy sobre el cemento del estrecho puente. El que daba paso para el molino de los estrechos de la Hoz y la vereda que por estos estrechos subía a un trozo del corazón de la sierra. El río esta tarde pasa esplendoroso. Le están soltando agua al pantano, sin sentido, y por eso baja lleno igual que aquellas tardes donde estuve con la vida. ¿Por qué le sueltan agua al pantano y tanta cuando hace sólo dos días llovió a cántaros? Todo el mes de abril y mayo ha estado lloviendo sin parar y por eso, bien que lo sé, las tierras están hartitas de aguas ¿Por qué le sueltan agua al pantano cuando todavía no hace falta para los riegos y ni siquiera ha llegado el verano? No se entienden muchas cosas en este mundo. Al menos yo, el raro entre los millones de hombres cuerdos no entiendo muchas cosas en este mundo. Y lo digo porque el pantano este año no tiene mucha agua. A menos de la mitad se encuentra. Y si luego el año que viene se presenta seco y sí hace falta el agua ¿adónde van a ir a por ella? Esto me pregunto y de nuevo me digo que esta es una tarde buena para morir por este rincón.

¿Qué hago yo ya sobre esta tierra?

Al terminar de cruzar el puente me vengo por lado derecho y sigo así el trazado de aquella vieja vereda. Enseguida se retira de la espesura por la orilla del río, entra por los olivos, se aproxima a las ruinas del molino y llega justo al cerezo que todavía tiene cerezas y muy gordas. Aquí me paro y durante y buen rato, no tengo prisa esta tarde porque aunque tengo que volver, por aquí nada me urge, me dedico a buscar las cerezas más coloradas. Según las arranco de sus ramas me las echo a la boca y me las como. Están ricas de verdad. Saben a fresco viento, a tierra ignorada y salvaje, a destierro de aquellos que en este molino también vivieron y a mucha ausencia aunque la tarde sea tan hermosa. Cuando ya no tengo más ganas, me lleno el bolsillo de la camisa, desciendo por su tronco, cargo con el macuto y sigo la ruta. Tan triste estoy que si ahora mismo tuviera que pronunciar alguna palabra creo que no me saldría. A pesar de las cerezas me amarga la saliva y la lengua parece como si no tuviera fuerzas o no quisiera moverse más.

Desde el molino, según empiezo a bajar para el arroyo de los estrechos de la Hoz y doy comienzo al recorrido que esta tarde quiero hacer, al frente se me presenta el peñón de la ermita de la Hoz. Se llama este peñón picón de la Lanchilla y es donde está, por el lado de arriba, cueva Rota. La pared que tengo frente total y por debajo del peñón, es la Lanchilla. Ahí mismo este año ha criado una pareja de buitres. Desde la carretera, en la grieta de la roca, se ha visto el pollo de buitre quieto en su nido y esperando a que sus padres le trajeran comida y a que el tiempo le regalara plumas para lanzarse al viento. Esta tarde ya no está. Pero desde la carretera que sube para el pantano, se ha visto durante mucho tiempo.

Cruzo el surco del arroyo, lavo mis manos en el charco que hay justo al borde del carril y sigo. En sólo unos pasos, al mirar para mi izquierda que es por donde ahora me queda el río, al otro lado, se me presenta grandiosa la mágica cascada de los Caballeros. La que sólo tiene agua cuando llueve mucho. Y ahora que por primera vez la observo desde este punto me digo que probablemente no exista otro ángulo más perfecto para hacerle una foto que este donde ahora me encuentro. Lamento no haberme traído esta tarde la máquina de fotos. Porque aunque la cascada no tenga agua, sólo su presencia seca, con sus rocas y sus covachas, es grandiosa de verdad.

Este trozo de carril que voy recorriendo hacia el arroyo de María, por donde fui feliz cuando en mi corazón había inocencia, es un paseo delicioso y más en una tarde como la que regala esta primavera. Pero para una persona como yo y con tanta soledad a cuestas ¿qué riqueza puede añadir a la vida este paseo hermoso? El río me corre por la izquierda y ya dije que bien lleno de agua. Por la derecha me queda la gran pared rocosa que cae desde la ermita de la Hoz, el carril avanza por entre olivos, atraviesa rodales de

bosque donde las madroñeras, los durillos, las clemátides y las zarzas con muchas y hasta la hierba tapiza por los bordes. Lo que más asombran son las grandes y muchas nogueras que a lo largo del río crecen. Perpetúan la presencia de los que las sembraron en aquellos tiempos y ello no aporta ni una gota de alegría a mi torturado ánimo en esta tarde. Por entre las espesas ramas de estas nogueras, al otro lado del río, veo las casas que fueron venta. La de Saro, la de Paquete y la de la Pura. Las tres están recogidas en un puñado de tierra, muy cerca del río y la carretera actual y en su silencio aunque sean nuevas y su blancura brille en la tarde.

En cuanto avanzo algo más la vegetación ya son muchas zarzas tupidas, higueras silvestres que ya dejaron de dar higos porque nadie las cuida y por la ladera, entre las ricas de la Hoz y el río, olivos. Llego a un buen manantial de agua. Mana de la gran ladera que corona desde la Hoz. Me lo encuentro por mi derecha según avanzo. Nace un chorro como el grueso de un brazo y sale de debajo de una roca. ¡Qué limpia y como grita lo que tanto me consuela y ya no quisiera ver más por el dolor que también produce! Aquí me lo dejo también como tantos por los barrancos y laderas de estas sierras y a partir de ahora lo soñaré cada noche hasta que por fin me encuentre con él y ellos en la región que con tanta fuerza presiento y necesito. La Aljibe es como se llama este rincón y es nombre que lo serranos se lo pusieron con todo acierto. Cuando llueve mucho, desde los poyos de la Hoz, corren las aguas y por estas ricas chorrean en cascadas muy parecidas a la de los Caballeros, enfrente y al otro lado del río. Ahora no chorrea agua por estas riscas pero hermosamente decoradas están por la vegetación y las tobas que ahí se fueron formando.

Otro chorrillo más que brota por encima de la pista que recorro. Mana libre y durante algunos metros corre por el firme de este carril y luego se despeña para el río. Ahora el camino baja un poco. Hace mucho calor esta tarde de la gran soledad y los mil sueños rotos. Salgo a los olivos y con el carril me voy pegando cada vez más al río. Al mismo tiempo, el voladero que me va acompañando por la derecha, se retira de esta pista. Entre esa pared rocosa y el río la tierra se ha amontonado y en ella sembraron olivos. Grandes y frondosos me los encuentro esta tarde. Según voy comprobando en sólo quince minutos se hace este recorrido. Desde el puente que daba paso por los estrechos de la Hoz hasta el arroyo de María, se llega en quince minutos. Antes de encontrarse con este doloroso y hermosísimo arroyo los olivos desaparecen y otra vez montes. Zarzas, lentiscos, romeros, madroñeras y coscojas. La mejorana ya está muy crecida. Cómo Dios se entretiene en vestir a cada una de las florecillas del campo y en alimentar un por uno a los pajarillos.

Remonta el terreno sólo un poco y ahora, a todo el conjunto de los Agustines, la otra vieja fábrica con su puente y el río, se le ve desde aquí y con qué hermosura se presenta. Traza su curva, el carril que traigo y conozco

bien, roza la torrentera por donde manaba la fuente donde bebimos tantas veces y se lavó sus blancas manos y se dirige al arroyo. Como si tuviera prisa encontrarse con él y zambullirse en la luz de sus aguas, la soledad de sus riberas, el rumor de sus cascadas y la sombra que eterna arropa acariciando. Se me conmueve el corazón y más, al ver las esbeltas figuras de los álamos meciéndose al vientiico de la tarde primaveral. Entre otras muchas y hermosas cosas, la primavera le ha regalado a estos álamos un espesísimo traje de hojas frescas y verdes. Parecido al de aquellos días pero como mi alma ahora es más vieja y se encuentra más sola, yo creo que estos álamos, siendo los mismos, tienen otra majestad y misterio.

Sólo unos metros antes del pequeño puente de las barandas de hierro oxidadas, dejo al carril. Por el lado izquierdo se aparta el mismo trozo de senda de aquellos días.

Tocando la vida en la tarde de la muerte

Y ahora digo que aquellos días no fueron tales sino la única bocanada de vida limpia que tuve bajo el sol que ilumina el planeta tierra. Fueron la vida para mí y por eso se quedaron tan fuertemente grabados en mi espíritu y no los puedo borrar. A ellos vuelvo una y otra vez, aun sabiendo que ya no los podré resucitar ni tampoco podré rescatar de ellos lo que tan real y vivo fue alimento para el alma que Dios colocó en mi cuerpo. Como una bocanada de aire fresco y limpio en el espacio de la herrumbre y el veneno. Como un trocico de primavera en el centro del más extenso desierto de la aridez, la soledad y el achicharrante sol.

Así que esta tarde me aparto del carril que he traído desde el puente de los estrechos de la Hoz y para la izquierda, me vengo. Lo primero que me encuentro es el gran peñasco, rodeado de sus zarzas, el tronco del viejo cerezo, todavía con algunas ramas verdes pero sin cerezas, el llanete donde estuvo montada la tienda, el ramalejo de caminillo que se mete para las limpias aguas del arroyo y el charco remansado ahí, los troncos de los álamos donde sigue la piedra que tanto sirvió de asiento, más zarzas en el rincón final donde estuvo la hermosa tienda que arropó y dio calor al corazón cuando todavía no tenía polvo ni sabía de tristezas y la verde hierba. La hierba tapiza el oscuro color de la tierra y con el mismo verde puro y vivo de aquellos días, sigue con sus raíces clavadas en el terreno. La parra, hoy más asilvestrada que nunca, enredada en las ramas de los álamos y las zarzas y sin frutos aunque sí con pámpanas recién brotadas. Ando sin darme cuenta que piso el lugar, miro y dejo que los sentimientos fluyan. Son tantos y tan indescriptibles que lo único que se me ocurre murmurar, como expresión y resumen de todos ellos, es: Dios mío, Tú tendrás esto grabado en algún lugar para que permanezca con la eternidad que nos tienes prometido.

El rumor de la corriente del arroyo y las aguas turbulentas que esta tarde bajan por el río, ahogan los suspiros que del alma salen y por eso no se

me oye. Sigo todavía unos pasos más y por el final total del rinconcico me encuentro con las matas de orégano. Ya está brotado y bastante crecido. A punto de echar sus flores. Por aquí nace mucho orégano que también cogimos en aquellas tardes y mañanas. Las cuatro matas de durillo que rozaba la tela de la tienda tienen sus semillas bien desarrolladas y ahora echa tallos nuevos. Los mismos juncos siguen tapizando hacia el arroyo y al final, por entre los tarayes y la espesura de la vegetación, las olas azules y verdes de las aguas del Guadalquivir. Quiero gritar porque de algún modo pretendo que alguien sepa lo que por el corazón se amontona pero tengo claro que no sirve para lo que necesito. Me seco las lágrimas que van saliendo por los ojos y miro al arroyo. Sin parar desde aquel día, corre limpio y siempre formando dibujos en sus aguas, remansándose en el charco que fue piscina y deslizándose feroz por el surco que ha tallado en las rocas. Por lo demás, todo silencio. Un silencio denso que abraza con tanta fuerza que hasta corta la respiración.

Nadie sabe que en estos momentos ando por aquí. Nadie sabe lo que al pisar el rincón siente el corazón y menos nadie sabe de la gran belleza y sensaciones placenteras contenidas en el mundo que el alma ahora recrea. Nadie sabe nada y sin embargo en la tarde primaveral que el cielo ha sembrado por este hondo barranco del Guadalquivir, aquí estoy con más vida que nunca y al mismo tiempo, con una muerte que es más gigante y real que todas las otras.

Al rincón nuestro de la hierba
cayendo la tarde azul
de la hermosa primavera,
voy llegando río arriba
y antes de llegar me tiembla
la sangre en el corazón,
la tristeza por las venas
y, en el limpio y puro sol
tú recuerdo, hermana bella.

Al rincón nuestro que besó
aquella ilusión primera
que el cielo nos regaló
por donde crece la hierba,
vengo llegando y muriendo
de espalda a la vida entera,
escondido entre el viento
para que sólo Dios sepa
que al rincón que nos abrazó
aquella tarde primera,
vuelvo como buscando
Alivio para mis penas.

EL CHARCO DEL ACEITE

10- EL ENCUENTRO. Tarde del primer día 16-1-99

Hoy vuelvo porque me llamas y el corazón necesita gustar de nuevo la esencia que respiró aquel día y porque además quiere darte las gracias y pedir perdón por aquel tan divino momento. Hoy vuelvo, me paro en la misma entrada del puente que da paso al río y al pisar la tierra, que es carne en mi recuerdo, te pido permiso para recorrer el sueño que lo fue en aquel día y lo sigue siendo y no se borra ni deja de palpitar a pesar del tiempo.

Dejo el coche justo en el rellano que por la izquierda, presenta el trozo de carretera asfaltada que lleva al Charco. Preparo la máquina de fotos, me doy ánimo y piso la tierra. Como una bofetada que emerge desde el tiempo e hiere hasta lo más íntimo, tu recuerdo me asalta. ¡Cómo pasan los años y cómo en el recuerdo se mantienen vivos los sonidos y aroma de aquel tiempo!

Es por la tarde y hoy, dieciséis de enero de mil novecientos noventa y nueve. Antes de ponerme en movimiento echo una mirada, sin detenerme demasiado, por el rincón de los álamos, la boquera del arroyo, la corriente clara del río, el chiringuito de nuestro amigo, la carretera que desde aquí sube para la Sierra de las Villas y el arroyo de María. En su silencio rotundo, se muestra cada rama de árbol, cada brizna de hierba, cada gota de rocío temblando en ella y cada charco del río o arroyo pero gritándome de ti y de aquellos días de dulces juegos y gozosos chapoteos por las aguas limpias. El corazón se me encoge y por los ojos asoma una lágrima que ni es tristeza ni dolor y sí llora ausencias. Pero esta tarde, no voy a irme por donde los álamos se mecen al viento, sin hojas ahora mismo y repletos de verde eterno, aquellas tardes y mañanas que ni la distancia ni el tiempo logran borrar. ¿Quién fuiste tú y quién soy yo, errante por estos caminos sin nombre y estas sierras que me llaman con tanta fuerza? ¿Por qué te fuiste y no has muerto aunque ni siquiera existas a los ojos y conocimiento del resto de los humanos?

Desde donde he dejado el coche sube la carretera acompañando al río y se va hacia el Charco. Este trozo de carretera, siempre que por aquí pasé, lo hice subido en el coche como les sucede a todos lo que llegan al lugar. En las tardes y mañanas de la niña hermana, también la recorrimos de este modo. Hoy las cosas van a ser distintas: voy a irme por este camino, a un paso lento hasta el mismo Charco a fin de empaparme a fondo de lo que necesito. Como si respirara la última bocanada de aire para a continuación emprender el viaje hacia el sueño azul que inundó toda mi vida. Como si de este modo te fuera saboreando lentamente para saturarme de ti hasta la más pequeña molécula de mi ser.

La tarde está en silencio. Sin que se mueva ni una hoja de árbol. El viento parece como si durmiera o no existiera y el sol besa con sus dorados rayos, las paredes naranjas de la gran columna rocosa de la Veleta. Por entre los pinos que en esa ladera se traban, chorrea la sombra y de la mitad para abajo, hasta este surco del río que ahora voy a recorrer, todo en sombra, impregnado un poco de la humedad que el rocío de la noche ha dejado sobre el musgo y la hierba y arropado por el recio silencio que esta tarde es también soledad. Ni siquiera una presencia humana se ve por aquí. Canta un mirlo, la música de la corriente se clava en el alma y el olor del musgo, ahora esponjoso y verde, deleita sin saciar.

Al comienzo, la carretera que ya voy recorriendo, baja un poco y se torna llana. Han limpiado el monte, como dicen ellos y por eso, a un lado y otro, hay más anchura. Algo sirve porque las zarzas y los lentiscos crecen con tanta abundancia, que por muchos puntos, se tupen más de la cuenta. Como si la vegetación de estas sierras quisiera o tuviera necesidad de apiñarse entre sí y formar aquel bosque denso de los primeros tiempos de este Planeta. Como si, desde su fuerza y silencio, luchara para a los que por aquí todavía siguen, no la penetren más ni la ordenen según sus caprichos. No hace mucho que han limpiado de monte a ambos lados de la carretera. Se le nota como más ancha aunque está igual que aquellos días. Mientras la recorro y la miro un nuevo dolor se suma al que es monotonía en mi espíritu.

Por la derecha, el Guadalquivir, se remansa azul plomo. Esta tarde no lleva mucha agua. Sólo la que desde el muro del pantano hasta este punto, ha brotado de los manantiales naturales como fuente Negra y otros. Por este lado, entre la carretera que recorro y el charco del río que grandioso se remansa, queda una franja espesa de carrizos. Más pegado a la carretera y en la poca torrentera, los pinos se doblan. Son carrascos y la hiedra se los como tronco arriba. Algunos están casi secos pero sus ramas se doblan por el peso de las piñas pequeñicas. Quisiera tener conciencia de la importancia de las aguas que ahora mismo tengo ante mí. Es el río. El gran río Guadalquivir. El que nace en las profundidades de las sierras de este Parque Natura, surca las campiñas pobladas de olivares y por las tierras sembradas de trigo, algodón, maíz y naranjos, se pierde hacia el mar. Es el río al que tantos poetas, pintores, músicos y otros artistas, han cantado. Y yo lo tengo, casi recién nacido, ahora mismo antes mis ojos. Pero ni soy consciente de ello ni sé cómo decirlo. Estoy mudo y lloro, buscando una libertad que me fue negada desde siempre y persiguiendo un sueño que quizá sólo exista en mi mente. Pero te recuerdo y con el viento te respiro en la melancolía de la tarde, mientras te busco.

En los baches que el alquitrán de la carretera tiene, han echado tierra de las mismas orillas. Este paseo que ahora estoy empezando a recorrer, discurre suave y bello, acariciado por las endebles olas del largo charco azul que remansa el río. Al otro lado del cauce, las laderas que caen desde los

poyos de Andaragasca y se remontan para el macizo pétreo que corona al Charco, al bosque se le ve espeso y refleja olas de verde. Sereno me mira, sin pestañear y con el traje de musgo fresco que el invierno le ha dejado por los peñascos, las repisas de tierra y hasta en los troncos de muchos pinos. ¡Qué bonito el rincón y la tarde que lo acaricia! ¡Qué plenitud de Dios y eternidad en el beso mudo que la brisa da!

Por esas laderas, además, se espesan los lentiscos y los pinos se curvan en todas las direcciones. En todo lo alto, corona el peñón de la Veleta y con la majestad de aquellos días, me mira mudo. Este grandioso espigón rocoso parece como si en cualquier momento se fuera a desplomar hacia el río y por eso impone más. Por su cara naranja chorrean los últimos rayos del sol del día de hoy. Aun no se ha derretido el hielo que la noche ha dejado sobre su piel. Por las noches ahora se queda raso y como el invierno es el dueño de la tierra, el rocío se torna hielo o escarcha en las umbrías y llanuras de estos oscuros barrancos. En estas fechas, por las tardes, por las noches y al amanecer, qué misteriosa se muestra la sierra, con sus velos de nieblina blanca y su sensación de humedad.

Una curva y me paro un poco. Es como si tuviera necesidad de respirar o gustar despacio lo que Dios esta tarde comienza a regalarme por el rincón. Una garza real que remonta vuelo desde los charcos de más arriba. Estira sus patas y batiendo sus alas, se eleva hacia el azul del cielo y siguiendo el curso del río, en la dirección en que este corre, se aleja. Hasta este momento, sólo su presencia ha rota la quietud de la tarde. Ahora sé que el tiempo es el mejor contador de ausencias. Si estuvieras, si tú estuvieras, seguro que, como a mí, se te llenaría el corazón de la bondad de la tarde y la belleza que siembra sobre el viento.

El agua del charco que me va dando compañía mientras subo al encuentro de lo que el corazón busca, se remansa mucho. Tiene como un pequeño muro justo donde el largo puente atraviesa el río para las Sierras de las Villas. Ahí mismo se retiene y ya sube remansada hasta la boca de la galería o túnel que llega desde el muro del Embalse del Tranco. Un túnel de cinco kilómetros de largo por el borde del río pero horadado en la pura roca de la montaña. Antes, a la salida de este túnel, estaba la estación del aforo. Para medir la cantidad de agua que le soltaban al pantano.

Se oye un leve rumor de corriente que más que romper el silencio, consuela en la serenidad de la tarde. Viene justo del agujero del túnel y del trocico de río que ahí se le junta. Por el lado izquierdo de la carretera, la torrentera que sube hacia la otra carretera que lleva al muro del pantano. En la tierra inclinada se clavan los pinos y los lentiscos. Muchas piedrecicas tiene esta ladera y de entre ellas, salen los jaguarzos y las jaras blancas. Por ahí creció mucho la hierba el año pasado y por eso el pasto es espeso.

Canta algún pajarillo y al verlo descubro que son petirrubios. En el rincón y por entre tanta vegetación, ellos se encuentran como reyes. El tramo de carretera que voy recorriendo, ahora remonta algo, despegándose del río y por eso, al charco que me acompaña por la derecha, se le ve más profundo. Por la ladera de aquel lado, va apareciendo una recia pared de rocas grisáceas. Son las que caen desde la Veleta y al llegar a surco del río, se clavan profundas como si pretendiera sujetar a la corriente para que no se meta otra vez para la sierra.

El muro pétreo se hunde en las aguas y al verlas otra vez ahora, el asombro me paraliza. ¡Con qué potencia y a la vez, delicadeza y belleza, el Creador ha modelado cada rincón de estas sierras! Desde la carretera que voy recorriendo y hasta el borde del charco que me da compañía por la derecha, queda una buena ladera repleta de zarzas, carrizos, pinos y lentiscos.

Un espigón rocoso en este lado que se enfrente a la pared del otro lado. Un pino creciendo en lo alto y se tuerce para el charco. La hierba está toda mojada de rocío. Estas noches de atrás, ha helado mucho y como durante el día se ha derretido la escarcha, en las hebras de la hierba y del musgo, se queda el cristal del rocío. Es un día de invierno gris aunque el cielo se muestra azul total. Ni una sola nube que empañe los horizontes.

Remonta un poco más. Un pequeño muro por la izquierda de la carretera para sujetar la ladera que le llega desde la otra carretera y hacia el río, pues una torrentera muy pronunciada. Los bloques de rocas se amontonan por esta torrentera y quedan arropadas por los pinos, los lentiscos y las zarzas. Parece que no pero este rincón hasta el Charco, tiene mucha belleza y más si como yo esta tarde, se le recorre en soledad para gustarlo calmadamente.

Pero yo esta tarde, que regreso y vengo herido de muerte, me digo a mí mismo que lo único que busco es una puerta que me abra el camino hacia la presencia real del Dios que amo. Ninguna otra cosa podrá hoy darme un consuelo sólido y auténtico.

Y lo digo, porque cuando a una persona se le quiebra y muere tanto como a mí se me ha roto y muerto ya, al caer la tarde de un día gris de invierno ¿qué es lo que busca por aquí? Es lo que me pregunto ahora mismo. Y mientras amargo saboreo el lago de soledad en el que me ahogo, acudo a Ti, Dios del cielo y te digo y me digo que lo que por aquí busco es la puerta de un camino que, por el viento, la quietud de la tarde o el azul del agua en su charco inmenso, se me abra y me lleve al centro de tu amor y al de aquella hermana amada que hoy es todo recuerdo.

Lo demás, Dios mío ¿para qué lo quiero? Tú mejor que nadie sabes

que desde hace mucho tiempo me es indiferente la materia, las personas y el dinero. Desde aquel día se instaló la melancolía en mi corazón y para cualquier lugar que vuelva mis ojos, sólo te busco a Ti que eres el eterno y el, que por encima de todo, colmarás con la fuerza que deseo.

Al charco que me acompaña, se le ve encajonado por la pared de roca que le sujeta desde el lado de la Veleta y las que por este lado se amontonan. Estoy comprobando esta tarde, con más claridad que otros días, que es muy bonito este rincón. Lo que sucede es que también resulta muy complicado ponerse en la orilla de este remanso y cogerlo bien desde un extremo a otro. La vegetación cubre tanto y es tan densa que es imposible acercarse más de lo que yo ahora.

Antes de remontar siguiendo la carretera, miro detenido y veo que por la derecha, baja como una sendilla. No es gran cosa porque se ha ido haciendo de pasar por aquí las personas más atrevidas. Se mete por entre la espesura de la vegetación y parece que lleva hasta la misma orilla del bello charco. Sin pensarlo mucho, me voy por ella porque de verdad que me apetece acercarme más y si fuera posible, hacer algunas fotos bonitas.

Hay aquí un espigón de rocas y hasta este punto, llega la veredilla. Sobre el peñasco gordo, me pongo y observo. Si miro hacia abajo, por donde me ha quedado el puente, se ve el charco casi entero. Casi hasta el mismo puente. Sobre las verdes aguas, se refleja la luz de la tarde que le entre desde ese lado y la mitad del charco hacia la orilla donde estoy, queda pintado de la blancura azulada del cielo reflejado. La otra mitad hacia la umbría de aquel lado, queda en la sombra que proyecta el cerro y por eso se le ve más oscuro, más azul verde y en su espejo, reflejados los pinos y las rocas que por la ladera cuelgan. ¡Qué cuadro más hermoso aun siendo tan sencillo!

Saco algunas fotos movido por la belleza que de la imagen mana y también movido por el deseo de recoger, imperfectamente, los paisajes que noche tras noche sueño. Se oye el rumor del agua, corriente escasas, que sale por la boca del túnel y la que le entra por el río que llega desde el Charco. ¡Qué bello es todo y con su cristal inmaculado y qué vacío en mi corazón por la ausencia de lo que tanto amo!

Me muevo por aquí y por entre unos pinos y lentiscos, busco bajar hasta el borde mismo del charco. Mucha coscoja me cierra el paso, jaras blancas, lentiscos y romero. Y una veredilla que es de un uso muy escaso. Sólo algunas de las personas que por este rincón vienen, que se atreven y se meten hasta las aguas del río quizá como yo, intentando saciarse una bocanada más. Pero aun así, es bonita esta sendica y además, de pronto, ha espabilado la ilusión en mi alma. Por esta sendica bajé aquella tarde con la niña hermana de la mano y como el juego fue tan redondo, dentro de su

pequeñez, ahora se me aviva el recuerdo y la veo con la misma claridad de aquel momento. ¡Lo que Tú permites, Dios mío y como dejas herida el alma para que nunca más remonte vuelo y lo único que desee ya es irse definitivamente contigo!

Ya me encuentro casi rozando las aguas del largo charco. ¡Qué bonito es este remanso! Una bellota rodando por la tierra y con su tallo germinado. Me agarro a las rocas, las remonto y ya me estoy asomando a las aguas del río y la pared pétrea que cae por aquel lado. Y lo primero que descubro es que la vista, desde lo alto de este espigón rocoso, es preciosa. ¡Es preciosa la tarde y es deliciosa la visión del charco remansado y rezumando sólo quietud! Desde aquí voy a sacar algunas fotos más.

Desde donde me alzo y hasta las aguas, todavía hay más rocas. Las cubre un verde manto de musgo fresco y como la humedad del rocío lo moja, brilla con una luz que abrasa por dentro. ¡Cómo gritas Tú, Dios mío, hasta en la más pequeña brizna de hierba o gota cristalina! Y como tantas veces o quizá esta tarde, con más fuerza que otras veces, me llamas para que me vaya contigo pero yo ¿cómo podré escaparme e irme por la vereda del tiempo para abrazarme a Ti, único que das la vida y besar a la niña hermana que olvidar no puedo?

La roca que se viste con el mejor traje de musgo verde, queda arropada por algunas matas de lentisco, coscojas, adelfas y cornicabras que esta tarde no tienen hojas. El otoño se las arrancó y el invierno que, de puntilla camina ahora por aquí, la desnudó un poco más. Observo el agua sin prisa hacia la profundidad del puente y lo que más cosquilla deja sobre el espíritu, es la serenidad azul verde, recogida entre las duras rocas y el frío de la tarde que se va muriendo. Sólo de vez en cuando, del fondo del charco, salta algún pez y al romper la superficie lisa, se abre en olas menudas que delicadamente se van por la cara del charco hasta fundirse en las rocas de la orilla. ¡Qué juego el que Tú siempre me tienes y me regalas, como si nada, cuando menos yo lo espero!

Está sereno total el charco pero las aguas, se rizan un poco en los límites que en el centro traza el azul del cielo y la sombra que proyecta la ladera. Unas olas muy bonitas que Tú levantas con tu juego para que mi corazón renueve el gozo que ella siempre me tenía cuando pisaba los rincones que desde aquel día, se hicieron sueño.

En las partes de las aguas que, desde la mitad del charco hacia la ladera del otro lado, quedan en sombra, pues como en un mágico espejo, se reflejan los olivos que suben por las torrenteras al otro lado del gran puente. Y también se reflejan los pinos que se clavan en las rocas y las negras matas de lentiscos que desde ahí cuelgan. ¡Qué juego, Dios mío y como se conecta con el de la niña hermana y con el que mi alma llevo!

Mirando hacia la boca del túnel, que es el aforo, pues tres pinos. Uno de ellos curvado para el charco, como si hubiera decidido caerse y dejarse ahogar en claridad de las aguas. Dos más, rectos y el otro, alto y recio. Por la izquierda, crecen varios más. Me muevo por aquí sin que pretenda retirarme del borde del charco pero sí buscando la boca del túnel. De entre la vegetación y las aneas, levantan vuelo varios patos. Como ahora nadie los molesta y el rincón tiene agua y peces, se paran por aquí y viven a sus anchas.

Sigo todavía pisando la sendica que recorre la quebrada ladera y busca la orilla del charco. Se fue haciendo de pasar unos y otros con el deseo de curiosear la belleza que el río esconde por este tramo. Llega justo hasta el mismo borde del charco. Es un rincón bonito este donde se puede apreciar y gozar con mucha más claridad la singular belleza de este tramo del río.

Las rocas son gordas y por aquí se amontonan sin orden ni concierto. Como si las hubiera echado desde las laderas que coronan. Salto de una a otra y todavía me acerco más. Algunas de estas rocas, pedruscos recios y negros por el musgo que les cubre, se hunde en las aguas del charco quitándole belleza y espacio. Ya estoy en la misma orilla, casi a nivel de las aguas. Miro para abajo, por donde cruza el puente y ahora vuelvo a comprobar que este remanso es largo. Viene desde el mismo puente hasta casi el gran Charco.

Hay muchas aneas por aquí. Me subo en una roca. Es llana y la superficie queda casi a nivel de las aguas. ¡Qué bonita la visión río abajo! Entre las plantas acuáticas se remansa el agua y es tan transparente que casi ni se le ve. Las rocas que quedan por aquel lado, suben en vertical desde el agua, dibujan como una especie de aguilón porque la parte de arriba se curva un poco para el río y en todo lo alto, crece siete u ocho pinos. Cuanto más se le mira y se le recorre, más la naturaleza sorprende con imágenes que ni el mejor pintor o escultor, logrará jamás. Así eres Tú y a pesar de ello, ni siquiera te muestras prepotente ante nosotros.

Por la ladera que cae desde aquel lado hacia el río, carrizos, pinos, romeros y muchos lentiscos. Me muevo por el borde de las aguas con la intención de avanzar por el río hasta la misma boca del túnel. Salto por lo alto de las rocas. Una es grande y se tumba para las aguas. Por la parte de arriba queda planta por completo. Con toda claridad ya veo la boca del túnel, la caseta del aforo que construyeron ahí mismo y una especie de puente que construyeron para pasar desde el lado de la pista hasta la caseta del aforo.

Por la ancha y negra galería no sale casi agua. Como es invierno, ahora no sueltan agua del pantano para los riegos de las tierras que escoltan al río hasta donde este muere en el mar. Sólo corre por aquí aquellos hilillos

que brotan por los veneros que bajan desde las montañas.

Un pajarillo que me acompaña, como si quisiera decirme algo o estuviera algo extrañado de mi presenta hoy por aquí. Su trino ahora y el rumor de las corrientes claras que chapotean por las piedras, es lo único que rompe el denso silencio de la tarde.

Subo por la parte de arriba, intentando remontar lo más pegado posible al río. Rodeo unas rocas y vuelvo a descubrir como una sendica. Parece que, en aquellos lejanos tiempos, por aquí hicieron ellos una senda. No lo tengo claro pero pudiera ser que la senda que subía por el río hasta el escalón del Tranco y daba paso al Valle de las tierras buenas, fuera por aquí. Ellos siempre hacían los caminos buscando el mejor paso por el terreno y no con la prepotencia que hicieron luego las carreteras.

"El camino viejo, en mi sueño se me aparece como el más grande de todos y el más importante. Y además, siempre lo veo, no entero, de un extremo a otro, sino a trozos que paralelos al río, representan lo más escarpado y bello de aquel importantísimo camino viejo.

Pero en la representación que casi cada noche tengo en mi sueño, los trozos de este grandioso camino viejo, por más que quiero apartarlos de mí, nunca lo consigo sino que mientras duermo y, luego al despertar y durante el día, siempre conmigo los llevo y así sucede que no encuentro la manera de borrar de mi alma la imagen del noble camino viejo".

En lo alto de una roca me paro. Ya estoy frente al túnel. Casi con el cariño de aquel primer día, miro y compruebo que el agua sale en la misma cantidad que la que llega por el río desde el Charco. Sólo salta unos metros y no demasiado y enseguida se remansa entre juncos, berros, piedras y mucho musgo. ¡Qué dicha encontrarme frente al espejo que me transmitió aquel río de limpieza! Qué dicha y qué momento después de tanto dolor anegando las horas de mi vida.

La roca sobre la que me he parado, por un momento me la regala la tarde de parte de Ti, toda vestida con una gran alfombra de musgo verde. Miro y otra vez más descubro que por aquí, se puede llegar hasta la misma boca del túnel. Pero yo esta tarde, sin saber de qué manera agradecer tanto, me recojo en mí y comienzo a remontar en busca de la carretera. Atravieso por entre muchos romeros, varios troncos de pinos, una gris covacha sin utilidad ahora ninguna y otra vez me animo creyendo que piso la vieja senda.

"La vieja senda que, desde el corazón de la profunda sierra, viene siguiendo el surco del río y después de atravesar el tranco grande, sigue bajando por la orilla del cauce y trae hasta el pueblo blanco de la loma y los olivares, cuando pasaba por la tierra que es casi una pradera pegada al

Charco, hay que ver con qué resplandor siempre brilla en la tarde.

Y todavía recuerdo la imagen de aquel hermano con su borriquillo cargado de aceite y caminando lento por la vieja senda y detrás, trotando, los dos pollinos negros y recuerdo que ahí mismo brotaban los manantiales y a beber y bañarse, acudían los jabalíes y por la pradera de la vieja senda, dejaba el barro de color caramelo un poco tirando a sangre.

La vieja senda y los borriquillos trotando por ella con sus cargas de trigo o de aceite, cómo brilla ella por entre las sábanas del tiempo y junto al río grande aunque tanto ya esté rota y tan pocos ya la ande".

Unos pasos más, termino de remontar y salgo al rellano donde también la carretera que llega, corona y cae hacia la base del Charco. Es un rodal de tierra muy recogido donde esta tarde la hierba tapiza fresca y en aquellos días, a la sombra de los pinos bajo el grueso sol del verano, derramé mi alma en la vivencia más limpia que se me ha permitido vivir en este suelo. ¡Cómo me asalta el recuerdo y en su centro, la fragancia de la niña hermana palpitando!

Perdón tengo yo que pedir por lo que fue vida en aquel bonito momento y no supe medir con la hondura y ternura que merecía y necesitaba. Perdón pido y agradezco a Dios que a pesar de todo, la primavera haya seguido brotando y las almas que por aquí jugaron, sigan tan llena de aquel puro amor que de ellas manaba.

Por el borde de la derecha, me asomo al río. El puente que llevaba a la boca del túnel, está caído. Las zarzas y las adelfas, han crecido mucho por el surco del cauce y hasta parece que ahora ya, en este punto, no miden el agua que le sueltan al pantano. Me vuelvo, cruzo el asfalto de la carretera y en lugar de seguirla e ir a parar a la llanura que por el lado de abajo del Charco, recoge a los coches, me vengo por el lado de la izquierda.

De aquí mismo se parta por este lado como un carril que busca el rellano donde corre la fuente y se encuentran las mesas de piedras. Los pinos en silencio por completo. Los baña el sol por arriba mientras que de la mitad para abajo, los abraza la sombra fría de la tarde y donde clavan sus raíces, la hierba crece espesa. Unos metros y ya estoy frente a una construcción de ladrillos y cal. Son los servicios pegados a la misma fuente del agua potable y muy junto a las mesas de piedra.

Estas son las señales del arreglo que le hicieron al terreno cuando, por aquellos días, decidieron acondicionar el entorno del Charco. Hasta entonces, por aquí sólo pasaba la senda, siempre en su silencio ella y guardando sus secretos. Los que por ella pasaban, serranos buenos, de muy escasa cultura de libros y letras pero de corazones limpios y almas nobles como pocas

personas en el planeta tierra. Entonces, por este rincón, sólo destacaba el Charco por su profundidad azul al borde mismo del viejo camino.

Revolotea algún mirlo extrañado y por la derecha, un algarrobo grande. Lo sembraron cuando por aquellos años adecuaron los espacios alrededor de este charco. Varios cipreses a un lado y otro y ya se entra a la llanura donde están las mesas de piedra y corre la humilde fuente. Todo solitario. Ni una sola persona esta tarde por aquí aunque en los meses del verano no se pueda ni andar de tantos humanos como se amontonan por el lugar.

Me vengo más pegado al borde del lado derecho. Una pequeña torrentera con mucha hierba y las dos primeras mesas de piedras sin asientos. Tallaron aquí como una repisa que se asoma a la carretera que se acerca al Charco y es aquí donde pusieron las mesas. Voy por este borde y dos mesas más. Una sin asientos y la otra con una cuantas piedras gordas a su alrededor. Muchos pinos creciendo por toda la llanura y ahora me paro y cuanto las mesas. Son seis más las cuatro que ya he dejado atrás, diez.

"Cuando la senda pasa por el barranco de las zarzas, se va un poquito por el lado de arriba, traza una curva casi redonda a su alrededor y enseguida vuelve a su estado normal. Porque la senda, desde el barranco de la zarza, dibuja el juego más bonito y misterioso que nunca nadie ha visto en ninguna otra senda de estas sierras.

Y lo de las zarzas redonda y siempre verde y manando de ella como una aureola de suave esencia, ya te lo he dicho: en el barranco, porque se curva la senda y justo donde el agua del arroyo es más clara, parecía como la meta más importante en el recorrido del camino vecinal. Siempre verde, siempre llena de moras, siempre escondiendo entre sus ramas a los ruiseñores, zorzales, mirlos y petirrubios y, además, siempre rodeada de hierba y el chorrillo de agua saltando sin parar. Algo más arriba, ya se alzaba el desfiladero del gran tranco del río. Que de ello, como ya lo hemos dicho, hablamos luego".

Algunas de estas mesas son redondas, con un aro metálico y construidas de cemento. Las otras son como una pequeña columna de piedras y en lo alto, una losa de una sola pieza arrancada a las rocas de estas montañas. Más cerca de la fuente, otra mesa más pequeña. Me acerco como atraído por el rumor del chorrillo que fluye. Siempre me pareció bonita esta fuente pero esta tarde, tiene algo nuevo. Su silencio es más misterio y su cañico de agua, parece más cristal.

Y claro que la niña hermana más de cien veces bebió de la esencia de la tierra en este nítido chorro que no para de caer. Miro como buscando, ni siquiera sé qué, y aunque la veo estampada en la pantalla del viento que me roza, no la encuentro por entre los reflejos de los pinos. Es un juego tan

extraño y bello como el de aquellos días. Está y palpita y hasta noto que Dios me la tiene entretenida por entre las mil delicias de su edén pero no está y por eso es ausencia que se hace melancolía en la serenidad de la tarde. Nunca tuve tiempo, cuando estuve junto a ella, de contarle parte de las mil verdades que llevaba en mi corazón. Y ahora ¿cómo se las podría contar?

El pilar es un poco rectangular, lleno hasta arriba y por la parte donde cae el caño, una pared que hace de asiento. Se los construyeron entonces y quedan bonitos aunque no lo use mucha gente. Me llama la atención otra vez más la soledad del rincón y la serenidad de la tarde. El momento parece como si se preparara para la visita de alguien importante.

Desde la fuente me voy por el borde de la parte de arriba de esta llanura. Me pego a los pinos y a la ladera que rebosa desde aquí. Por aquí mismo sale una senda. No puedo saber si pertenece a la antigua o la hicieron cuando modelaban el rincón. Tanto rompieron y adaptaron que la primitiva belleza quedó retorcida en un laberinto desconsolador. Se mete por entre dos rocas y a un lado y otro, los lentiscos, quietos y dando compañía. En lo alto de las piedras, mucho musgo y algunas plantas más.

Remonta algo quedando escoltada por el lado del Charco, por una valla de cipreses. Por el lado de la izquierda que es la ladera que sube hacia la carretera asfaltada, más cipreses pero a manta por entre los lentiscos y los pinos carrascos. Se queda llana ahora y va por aquí muy bien tallada buscando el final del Charco si, como yo ahora, se sube o comienzo, cuando ellos bajaban desde el estrecho del Tranco.

Traza una curva por aquí y un ramal, sigue recto y el otro, remonta un poco. ¿Cómo saber cual de los dos es el de aquellos tiempos? Luego recorreré lo que ahora no pueda. Por la derecha y bien en picado, me queda el Charco. Como estamos en invierno y por estas fechas nadie viene por aquí a bañarse, le han quitado las compuertas de hierro que le pusieron en el muro que lo cierra y el agua remansada, se ha ido. Sólo en la parte más alta, donde se amontonan las rocas y se abre la profundidad, se remansa el agua. A pesar de no tener muro que la sujete, es mucha.

Cuando en verano lo cierran, rebosa por encina del muro de cemento y el Charco añadido al que siempre fue natural, se llena y entonces el agua se estanca ampliamente. Las personas acuden en avalanchas y se meten en el agua para disfrutar de lo natural y la frescura del rincón. Es como una feria o quizá más que una feria y claro que lo sufre la quietud del lugar y la presencia eterna de aquella realidad anterior a la de ahora.

"Del arroyo azul, el que es bello entre todos los otros arroyos de estas sierras y sólo unos cuantos serranos de aquellos tiempos, conoce, tendría yo que contarte una historia tan grande y bonita que con ella bastaría para llenar

un libro de verdad interesante y repleto de belleza.

- ¿Y dónde dices tú que corre ese arroyo?
- A ti de lo voy a decir pero para los que coleccionan nombres viejos, caminos antiguos y algunas cuevas, quedará siempre oculto porque a ellos ¿para qué descubrirles las exquisitas esencias?
- Tú lo dices pero ¿el arroyo azul...?
- Cuando se subía por la vieja senda que remonta río arriba, en cuanto se pasaba el Charco, ya se presentía. Pero cuando con fuerza se le notaba era cuando se estaba cruzando el gran tranco del río al valle.

Pero del arroyo azul y el paso del tranco, en otro momento te cuanto lo que yo conozco y tú necesitas saber porque una cosa y otra es tanta que es mejor gustarlo como a tragos corticos".

Charco azul en las tardes mansas
de mis recuerdos por el tiempo hermano,
que sin pedir permiso ni tender la mano
te hiciste espuma donde llora el alma.
Charco azul en mi río dorado
de aceitunas verdes y juncos plata,
siempre dándome el soñado abrazo
que sólo tengo en la eternidad soñada.

La senda, después de subir algo e ir llana unos metros, baja levemente como buscando el final del Charco. Se acerca al mirador artificial que montaron sobre la roca más elevada. Por el lado de arriba queda un trocico que siguiéndolo, lleva hasta lo que ahora llaman fuente Negra y desde ahí, hasta el verdadero tranco.

Sigo bajando por esta nueva senda, perfectamente tallada en la roca y por el lado del Charco, hasta con una pared con algo de cemento y una baranda de palos. Se los pusieron para que las personas se sujeten y no caigan a las aguas del Charco. Como un pequeño puente para cruzar una covacha entre el Charco y la ladera. Palos a un lado y otro en forma de baranda.

Un plano, antes de la roca del mirador, gira un poco para la derecha. Aquí mismo se aparta otro ramal de senda. Recorre otro puente pequeño que hicieron por aquí para poder subir a la gran roca y seis escaleras. Llego al rellano algo cuadrado aunque no lo sea exactamente, que en lo alto de la roca recogieron entre barandas de palos. Es el mirador de lo que ahora llaman Charco del Aceite moderno.

Si me asoma al Charco, pues lo veo todo sereno, algún pez salta de vez en cuando y las aguas forman ondas concéntricas que se expanden y se

duermen en las orillas. Se refleja en las aguas las figuras de los cipreses y las de los pinos. Como me encuentro a contra luz, la tarde me llega de frente, más de la mitad del charco, es un puro espejo blanco. Es donde se refleja el cielo de la tarde que se viste de un blanco frío y melancólico.

Por donde ya se ve el muro que sujeta al agua cuando en verano lo cierran, el agua deja de estar remansada y empieza a tomar como forma de corriente pero muy ancha y se concentra toda hacia el rincón de las hornillas. Por ahí es por donde está la compuerta de hierro ahora levantada. Es por ese agujero por donde se escapa el agua de este Charco y esta tarde se va río abajo.

Lo demás, la pared hacia el rincón de la higuera, se ve la graba que le pusieron por el fondo para que las personas al pisar, se crean que se bañan en algo parecido a una playa de mar. No la cubre el agua esta tarde y ello me da una cierta alegría. Es como si por unos días hubieran dejado en paz al rincón para que se encuentre consigo mismo y sea lo que siempre fue.

Desde la higuera para donde me encuentro, la pared de la ladera por donde la roca sale y el corte es casi vertical. Por ahí mismo tiene varias repisas o puntos de apoyo esa pared de rocas. Desde ellas, los más atrevidos y cuando en verano el Charco rebosa de agua y personal, saltan y se zambullen en las aguas azules de las partes más profundas. Son como unos trampolines naturales ciertamente emocionantes y con su peligro.

Mirándolos y frente a la tarde que me besa muda mientras lenta se pierde por el fondo del río y los olivares, se me viene al recuerdo la imagen de la niña hermana y la de su otro hermano. ¡Cómo se divertían y como conseguían clavar sus alegrías en la región de mi alma!

Me vengo hasta las aguas que ahora se remansan en el Charco y, por entre las rocas que desde su fondo emergen, me paseo mudamente. Cuando las personas llenan las aguas de este remanso, los más atrevidos, nadan y hasta se meten por entre la estrechura que los grandes peñones trazan en esta parte final. También es peligroso pero tiene su emoción. Las rocas son muchas, muy gruesas y todas como si se hubieran caído a su aire y sin orden ninguno.

Me asomo por el lado que le entra el río. Tampoco ahora ya es un río serio como en aquellos tiempos porque lo sujetaron con el gran mudo que le hicieron al pantano. Pero su murmullo de corriente, aunque escasa esta tarde, es de agua libre y pura como también lo fue antes. A la corriente se le ve llegar por entre las adelfas y se remansan en el Charco. De entre las rocas, sobresalen un par de álamos con sus ramas grises y por completo sin hojas. Los pinos sí están verdes y también las adelfas y los lentiscos.

Por el lado que le llega el río, salto la baranda de madera y me subo a otro trozo de roca aun algo más elevada que la que sostiene al mirador. A esta no le pusieron ninguna protección ni baranda. Tiene su peligro pero las personas hacen lo mismo que yo ahora. Mueve el deseo de dominar algo más el final del Charco y la corriente que llega.

Por donde llega el río, pues una gran espesura de adelfas, pinos, zarzas, lentiscos, aneas y los pinos que sobresalen y se curvan hacia el surco del río. Por ahí, en un cañón grande y oscuro, viene hundido el cauce. Después de trazar varias curvas y la senda adaptándose al terreno, se abre un poco por el vado de fuente Negra.

Por la izquierda y justo por donde se encuentra el puentecico que permite llegar a la roca del mirador, me queda un álamo. Por aquí mismo sale o llega la buena senda. Y lo digo, entre otras cosas, porque se le ve perfectamente construida de piedra y bien sujeta por los lados.

Por el lado de la montaña, el puntal de la Veleta sobresaliendo majestuosa y recia. En todo lo alto, clavados los pinos. La pared que veo desde aquí, primero es negra por el musgo añejo y luego al final, se tiñe de color naranja. Por el lado donde se pone el sol, queda más levantada y según se viene hacia la curva que el río traza viniendo de fuente Negra, cae como en giba de camello. La gruesa roca donde estoy subido, toda tapizada de musgo pero no por parejo sino en pellizcos.

¡Qué bien me siento esta tarde aquí, en el rincón amado, cuando nadie hay y sólo la naturaleza respira en su silencio preñado! Me apoyo ahora en la baranda de madera que le pusieron a este mirador y frente al Charco, me duermo un poco sobre la tarde y la hondura del tiempo. Qué bien me siento sin ser dueño nada más que de mi soledad y los infinitos horizontes. Qué lejana y extraña, la otra realidad que estoy viviendo. Qué gozo en la tarde, con tanto silencio y tanta paz y sin presencia humana ninguna.

Charco azul, puro remanso
donde mi corazón a solas sangra,
¡si ahora ya me dieras el ansiado abrazo
que tanto busco por la luz de alba!

Me vuelvo, bajo las cuatro o cinco escaleras que hay para subir al rellano del mirador, atravieso el puente y a la derecha, pues casi tapada con un gran lentisco, la senda vieja. Casi no se puede pasar porque ahora las personas van por cualquier sitio. La recorro y primero baja como si quisiera darse un abrazo con la corriente del cauce. ¡Qué bonita sigue aún por aquí! Se le ve perfectamente sujeta por una pared de piedra en el lado que da al río y metida por entre las rocas, los pinos y los romeros.

Se mete hacia una llanura pequeña muy pegada a las aguas. Hay tierra y mucho musgo que chorrea de tanta humedad. Las aguas de la corriente no se ven porque bajan embutidas en una maraña de juncos, adelfas y tarayes. Pero el rumor de la corriente saltando sí regala al corazón con una caricia única.

Por el lado de arriba de esta llanura menor, la construcción de una vieja calera. Se clava en la tierra y aunque ya está muy rota, se nota bien cómo fue. Por aquí la senda se rompe más. Un trozo se va para la derecha, metiéndose en el río y lo cruza y el otro ramal, sigue para la izquierda. Hay muchas aneas y están chorreando.

11- POR DONDE EL CORAZÓN
Tarde del segundo día 29-1-99

Son las cuatro de la tarde. Hace frío y la sombra cubre al paisaje que rodea al Charco. La hierba se muestra tan húmeda que chorrea agua cristalina. Por el rincón ni una sola presencia humana y aunque lo estoy viendo con mis ojos y lo palpo con las fibras de mi alma, casi no me lo puedo creer. Por el lugar, son tantas las personas amontonadas en los días del verano, que verlo ahora tan vacío de ellos y cubierto por un silencio tan rotundo, hasta resulta extraño y a uno le cuesta creer.

Cae monótona la tarde y el sol, brilla sobre las cumbres que lo van ocultando hacia el final del día. Me paro en el rellano que precede al Charco. Donde se amontonan tantos coches en los días del verano. Nadie. Soledad absoluta y silencio total roto sólo por el rumor de la corriente que salta por el río y se pierde entre las adelfas. El cielo es azul y sólo queda manchado por alguna nube blanca que sin rumbo, vaga de un lado para otro buscando las crestas más elevadas de las montañas.

Estoy antes del pequeño puente que da paso al otro lado del Charco. Al frente, el río, con mucha agua y corriendo solitario. Como si no le importara ni mi presencia ni la herida que en el alma tengo. Y lo digo porque una bocanada de tristeza se me atraganta gen el pecho y me quema a cada respiro de mi corazón. Pero el río, limpio y señorial, corriendo por su nido de ensueño ajeno a mi presencia, la tarde blanca tan preñada de melancolía y la verde hierba que cubre la tierra.

La música que mana de la corriente al quebrarse por entre las piedras y la sombra de las zarzas, perfora la quietud del momento y me retumba dentro. ¡Qué dulce y qué amarga cuando se han roto tantos sueños como a mí se me han roto o me han roto y ya no se espera nada más que el beso de Dios! ¡Qué joven y qué vieja la melodía hermana que la corriente desprende y en un momento como este, qué finamente dolorosa!

Entre el agua y yo, tengo la higuera de los cuatro pies. Todavía sigue volcada para el charco que el río remansa, como si quisiera besarlo y por unos minutos, deseara hacerse agua limpia para irse con la que llega y pasa. La miro, a la corriente, y la veo saltando por debajo de la sombra del puente. Se torna remolinos donde la higuera arropa, hoy sin hojas y se hace cascada un poco más adelante. Una cascada menor porque no hay gran caída pero sí bellísima por el juego de rizos y olas que dibuja.

Antes de irme para adelante y cruzar el pequeño puente, me vuelvo para atrás y miro detenido. Domino al rellano donde ya he dicho no hay más coche que el mío y luego la humedad de la tarde, las hojas secas que han caído de los álamos y la hierba que verde emerge de la tierra. Por donde llega la carretera que trae hasta este rellano, a la derecha, cuatro cipreses clavados en la tierra y en su silencio. Me miran como si para ellos también fuera extraño. No me dicen nada pero sí me duelen al verlos recortados sobre el intenso azul del cielo y la nube blanca que por él revolotea. Te veo ahí y no estás. Te veo en cuanto mis ojos miran y no estás pero estás porque en mi corazón no dejo de abrazarme a ti. ¡Hermana mía, hermana querida! Si pudieras darme tu mano y alejarme de lo que tanto me pesa al dar mis pasos por este suelo. Si vinieras y pudieras, hermana mía, alma mía, cuánto bien no me harías. No puedo más, te lo digo y es porque así lo siento. Pero palpo que yo sí estoy y tú no estás, hermana mía.

A los cipreses le entra el sol desde el lado de arroyo María y en el tronco, se estampa con la luz de un beso amigo. Por el suelo le tiende un precioso manto la verde hierba y las hojas de los álamos, le prestan humedad. Las adelfas del surco del río, miran como si tuvieran envidia de algo y los pinos de la ladera, le prestan compañía. También los miro y tengo envidia porque ellos están en esta soledad y la armonía de Dios, con el paisaje, y son plenos mientras yo no lo soy. Me falta lo esencial.

En toda la explanada donde se concentran los coches en los días del verano, está durmiendo la sombra. Según se llega, por el lado de la izquierda, la gran piedra o roca negra. De ahí mismo salen los tres troncos de la otra higuera. La hornilla para que las personas puedan asar sus chuletas o chorizos, la hicieron pegado mismo a los troncos de la higuera y más pegado aún a la roca negra.

Me acerco a estas hornillas como si algo quisiera encontrar o saborear con más fuerza. Las veo muy rotas, casi rotas por completo y además, llenas de tizne y cenizas. Por el suelo, gran parte del rellano que da aparcamiento a los coches, el tizne se extiende y lo mancha todo de negro y gris triste. Ni siquiera la hierba puede nacer por lo pisado que esto está de las personas y la cantidad de tizones, ascuas y cenizas que se esparcen alrededor de estas hornillas. ¡Qué tristeza, Dios mío y en la tarde de hoy cuando tan solo me

encuentro y su ausencia es pura fantasía! ¿Y qué puedo hacer yo, si es que debiera hacer algo? Llamo a la hermana mía y ni me oye ni viene. Pero la llamo porque la necesito y a Ti con ella, porque así me lo hace sentir el dolor de mi corazón.

Antes de cruzar el puente, tres cipreses. Los tarayes que arropan a la corriente que se va por el río, por completo desnudos de hojas. Parece que estuvieran secos pero yo sé que no lo están. En cuanto llegue la primavera, brotarán y la vida volverá a correr por la savia de sus ramas. Ojalá fuera así en mí. Me muevo, piso el cemento del puente y ya voy con la intención de cruzarlo y situarme al otro lado.

De una anchura de metro y medio, poco más o menos, el puente se me abre silencioso, húmedo y viejo. Como si también estuviera cansado o con ganas de no seguir por más tiempo en este papel extraño que le han asignado los humanos. Es bello este pequeño puente y presenta una cara amable a la tarde que lo besa. Pero como yo, se pregunta por su presencia en el lugar que no le corresponde sobre el río que sonríe y se lleva a la vida enredada en sus olas.

Lo hicieron de cemento, con unas vigas de hierro y para que las personas al cruzarlo, no se cayeran a la corriente, por los lados y en forma de baranda, le pusieron unos palos. Troncos de pinos o cipreses cortados de por aquí pero ya se han podrido. Sólo tres quedan al final y por el lado izquierdo según lo cruzo. También los palos dejaron de ser útiles en la misión que la habían asignado y se pudrieron. Luego se cayeron y algo después, alguno los recogió para quemarlos en las hornillas y asar, con su madera, chorizos y chuletas. ¡Qué paradoja, Dios mío y yo por aquí buscando ni siquiera sé qué!

Antes de terminar de cruzarlo, me paro y miro para el lado del Charco. Busco algo, como en tantos momentos de mi vida y aunque se me presenta veladamente, no lo descubro con la claridad que necesito. En el río me concentro y lo veo surgir por el agujero donde le ponen la compuerta para cerrar y que el agua se remanse. La corriente como que brotara desde ahí y antes de atravesar por el puente, se divide en dos ramales. Deja en el centro como una pequeña isla de piedras, hierba, musgo y adelfas. El pasto con tonos de oro, también se amontona en la tierra de este islote y la humedad lo empapa todo. También el silencio de la tarde y la melancolía de tanta ausencia.

Por el lado derecho, según voy avanzando por el puente, me saludan desde su mudez, un buen puñado de adelfas, tarayes, zarzas con hojas quemadas por las escarchas de las noches pasadas y mucha hierba seca. Es pasto que se tiñe con tonos de trigo maduro y se acurruca contra las piedras que baña la corriente. Está empapado y la sombra que se espesa, lo deja más chorreando aun.

Por aquí también han querido arreglar algo el entorno para que se encuentre un poco más presentable cuando lleguen los días de la avalancha, en los meses de calor. Han cortado zarzas, han medio talado algunos pinos, han rozado pasto para que el paso sea más fácil y han hecho no se sabe claramente qué. Pero sí está claro que por aquí han estado intentando modelar algo más al rincón. Y qué melancolía desprende precisamente por esto.

El rumor de la corriente me envuelve con la fuerza de lo hermoso e intenta sustraerme del dolor que grita el rincón y retumba en cada vena mía. Termino de cruzar el puente y por la derecha, ya el río se me presenta todo amontonado por la ventana que abre la compuerta. ¿Para quién corre y canta, esta tarde íntima, tanto derroche de agua limpia? ¿Para quién si estoy tan solo?

Desde el agujero que abre la compuerta levantada hasta el puente que me sostiene, una distancia de cinco o seis metros, el surco del río cae lleno por completo. Como si quiera inundarme en un abrazo total y fundirme con el cristal que se hace luz. Al frente, en cuanto termino de cruzar, un pequeño muro de piedra donde se traba el musgo y la humedad chorrea. Es construcción de aquellos tiempos. Un pino carrasco que sobresale del pequeño muro y arropa sin querer.

Como dos escaleras largas que desde el muro se prolongan para el lado de la cueva. Ahí pusieron unas hornillas que también ya están muy rotas. Los carbones de las ascuas y el gris de las cenizas, manchan y cubre todo el suelo. Las miro e intento encontrar no sé qué, entre la imagen del verano con las lumbres ardiendo en pleno sol de agosto y la gente dando vueltas a las chuletas y la imagen solitaria de esta tarde y la humedad empapando mudamente. No encuentro respuesta pero sí la melancolía me crece. ¿Por qué parece como si todo lo que ahora ven mis ojos, estuviera sobrando y lo único que falta es lo que no tengo?

Por la parte de arriba y sobre la pared de roca que cae desde el puntal de la Veleta, un rellano excavado en la tierra y piedra. Es como una repisa donde pusieron un par de mesas. Rodeo a las hornillas por el lado de la cueva, remonto unos metros y ya estoy en el rellano de estas dos mesas. En el centro, como un trozo de columna y la losa que estuvo sobre él y sirvió de mesa, arrancada y tirada por el suelo. Otro pivote más también sin la losa que hacía de mesa. Aquellas dos mesas medio naturales, ya no están.

Sigo andando y se me termina el rellano según avanzo con la corriente del río pero sigue como una senda. Siento tentación de irme por ella y meterme por entre la espesura de las zarzas. Por aquí, llegaría hasta la misma boca del túnel que da salida a las aguas del pantano. Pero no sigo

porque entre la espesura de las zarzas y las adelfas, me encuentro un sembrado de deshechos y basuras. Los dejaron por aquí el verano pasado y aunque las lluvias y la erosión rompen y limpian, no puede con tanto. ¡Qué extraño es esto al rincón que ando buscando y a la imagen que de aquellos tiempos tengo! Y el dolor se hace más intenso.

Pero la realidad es la que es y contra ella y en favor de lo que sueño ¿qué puedo yo, Dios del cielo? Me vuelvo y ya comienzo a irme para donde se abre la cueva. Por el lado que pega a la pared, apoyo mis pasos. El muro de rocas que corona es tremendo y como queda a la sombra, la humedad chorrea por él. Muchas zarzas, mucho musgo y con abundante humedad. En los días de invierno, nunca llegan los rayos del sol a este rincón.

Otro pequeño rellano antes de la primera fuente artificial. Hay un escalón y una mesa. Subo algo más, otro escalo, otra mesa y una higuera. El pilar de la fuente con su caño de hierro y el chorrillo de agua saliendo por él. Es como si manara de las mismas entrañas de la roca que amuralla por el lado derecho que es donde se alza el puntal de la Veleta. Toda ella queda tapizada por las ramas de una vieja hiedra. Se enreda a ella, las zarzas.

Continúo siguiendo la pared con dirección a la cueva. De las rocas cuelgan mil matitas de helechos, culantrillo, que con el frío se han vestido con tonos ocres tierra. En estas rocas y por entre estos helechos crecen las pingüiculas insectívoras. Las he visto muchas veces cuando en verano florecen. Ahora sólo están las matas que para el que no las conozca bien, le cuesta descubrirlas.

Antes de la segunda fuente, dos mesas más. Un ciprés con dos pies y la segunda fuente. Su pileta no tiene agua aunque sí sale por el tubo de hierro un hililllo endeble. Lo toco y está frío. Parece cristal y como yo, refleja tristeza en la fría sombra de la tarde. Como si le costara trabajo seguir corriendo porque tampoco sabe para qué. O puede que como yo, sí sabe por qué corre y en este rincón y como no le gusta, se une con la soledad de mi alma. Necesitamos otro mundo donde ni las personas ni las cosas hieran tanto.

Desde aquí mismo, arrancan como una escalinata de piedra, escalones artificiales construidos en aquellos tiempos y se meten para el centro de la cueva. Las recorro y en unos segundos ya estoy dando vueltas por la cavidad de esta, hoy, desanjelada cueva. Pero la miro y no puedo dejar de notar que es bonita a pesar de lo que siento y sé. Se abre como para las entrañas de la potente roca y como en otros tiempos sí chorreaba agua por ella, todavía se ven las estalactitas trabadas en su techo. No son bonitas pero sí representan tiempo y noches de serranos humildes. Lo de esta tarde, es otra realidad y lo de los días del verano, otra mucho más incomprensible para mí.

Desde las partes altas, chorrean algunas matas de hiedra. Por la parte del suelo, pues acondicionado con cemento para que se pueda andar más cómodamente. Como dos escalones y cada uno es un rellano afinado por el cemento que le pusieron por el suelo. En verano, este rincón, es el más apetecido por todos lo que por aquí vienen. Todos quieren coger un trocico para poner la mesa y comer, al fresco de esta cueva y frente a las aguas del Charco donde se bañan los niños y los mayores.

Pero en verano, por aquí ponen mesas y para sentarse en ellas, hay que comprar bebidas en el chiringuito del alado. Recuerdo yo la imagen de uno de los muchos días de esos veranos y al venirme a la realidad que ahora me envuelve, sigo sin comprender. Sigo sin sentir gusto por la vida a pesar de la exuberancia del lugar que me acoge y sigo sin apetecer lo que entre aquellos tiempos y este presente, se amontona.

Me voy para el lado donde se encuentra el chiringuito. Un ciprés, tres escaleras y ya estoy rozando las paredes de esta construcción. Tiene una puerta que mira hacia el Charco, esta tarde cerrada y a los lados, dos ventanas. Cuando las abren, sirven de mostrador donde se pueden beber cervezas y otros refrescos. Lo han construido pegado mismo a la pura roca que acoge la cueva. Donde no hay casi espacio pero sí en lo más bonito de este amado Charco y mirando a sus aguas. ¡Qué desolación, Dios mío, me sigue presentando el momento y sé que de Ti no mana!

Por el lado de arriba, se ve como una senda. Si me fuera por ella, por la orilla del río que baja, subiría atravesando paisajes preciosos. Lo digo porque los conozco. Pero no me voy a meter por esta senda. También sé que en cuanto avance unos metros, me encontraré como más desolación y basuras de los que en verano por el lugar se apiñan. ¿No se podría hacer algo? Me digo en mi desesperación y soledad mientras esta tarde intento beber lo que me da la muerte.

Miro por donde se va este camino y me impresionan las paredes rocosas que desde el puntal de la Veleta vienen cayendo hacia el río para que éste las corte y las haga todavía más grandes. De esa hondonada, entre el río la pared recia que viene cayendo, sobresalen los viejos pinos. Algunos están secos y se retuercen por encima de la otra vegetación como si todavía quisieran ser dueños, un poco más, del asombro que duerme en el barranco.

Aquí mismo y muy pegado al chiringuito, otra fuente más. Esta es nueva para mí. De aquellos tiempos no la conozco porque no estaba. Corre por aquí desde no hace mucho y tiene un buen caño de agua. Casi como un brazo de grueso y también se le ve claro. Cae y al quebrarse en la pileta donde se concentra el agua, suena a llanto. Claro que adorna y quema muy bien en la misma puerta del chiringuito.

Me apoyo sobre la fuente. Contemplo al caño y con mis ojos penetro las burbujas de aire que bailan en la superficie del agua. A mi mente acude el recuerdo de aquellos días de lluvias y frío. Los pobres serranos que iban o venían por el viejo camino que roza al Charco, no todos pero alguna vez que otra, se tenían que quedar a pasar la noche en el calor de esta cueva. Porque ellos no siempre podían pasar el río y mucho menos con la facilidad que nosotros ahora.

“Como antes no estaba el pantano, el río siempre traía mucha agua. En invierno, algunas veces bajaba con una riada que daba miedo sólo oírlo. En verano, como es lógico, traía menos pero ten en cuenta que entonces se juntaban el río de Hornos y el Grande y a estos dos ríos, se les unían muchos arroyos. Todas las aguas bajaban sumadas porque no había pantano que las sujetara. Y cuando venían inviernos lluviosos, las crecidas eran de espanto”.

Desde la fuente bajan unas escaleras para el borde del Charco. Me vengo por este lado, volviéndome par atrás y me pego al Charco. Por la parte de la puerta del chiringuito, una explanada de cemento y desde ella bajan las escaleras hacia la roca donde se asienta el mirador. Otra pequeñas explanada de cemento y ya aquí, cuando el Charco está remansado, cubren las aguas. Ahora tiene su compuerta levantada y por eso el nivel se encuentra mucho más bajo. Las rocas y escaleras que piso ahora no las moja el agua.

La que se remansan sin que artifficialmente las sujete nada, se ven azules y como el cielo esta tarde también se viste del mismo limpio color, el bosque de pinos que se clava por la ladera del enfrente, se refleja hermoso en estas aguas. Mucho más bonito que el otro día y con matices y tonos distintos a los días del verano.

Por el lado de abajo de la roca del mirador, pegando más hacia donde estoy, se alza otra también muy voluminosa. Se tiñe de musgo negro y como el agua no la arropa, hoy parece mucho más grande. Por entre estas rocas y sobre ellas, ahora recuerdo a la niña hermana nadando en aquellos días de verano caluroso. Jugaba ella y gozaba del agua y ni siquiera era consciente de que el tiempo estaba dejando grabado su belleza para, que aunque muchas cosas murieran, lo importante se quedará eternizado.

Esta tarde, ni ella nada ni respira en este presente ni tampoco los que llenan estas aguas en los meses calurosos. Sigue el momento cuajado de silencio y como rodando hacia lo que se me presenta tan misterioso y atractivo y no puedo ni comprender. Revolotean algunos pajarillos que sí se encuentran agusto por el rincón y de las aguas saltan algunos peces. Rompen el cristal del espejo donde con rotunda claridad se reflejan los pinos y juegan las nubes que van por el cielo.

Por el otro lado, se me cuela de lleno, la escalera larga y ancha donde crece la higuera que da tanta sombra a los que se bañan. Ni a ella ni a las escaleras, esta tarde llega el agua. Desde las escaleras para arriba y hacia el mirador, pues se me presenta bella y gritando, toda la pared de roca que por ese lado sujeta al charco. Es por ahí donde se encuentran los dos o tres trampolines naturales que usan los más valientes.

Me vuelvo por la orilla del Charco y ya voy para abajo, siguiendo la corriente. Piso por encima del muro que hace de frontera con las aguas del remanso. Miro para la derecha donde ahora me quedan las aguas y miro para la izquierda donde se me presenta la cueva con sus adaptaciones y el chiringuito. Todo sigue como tronchado porque ni el Charco rebosa como lo hacía en aquellos tiempos ni la cueva se presenta con la naturalidad y misterio de aquellos días. Todo sigue como mutilado en lo más esencial aunque tenga su extraña pincelada de belleza.

Unos metros por este muro y una entrada hacia el Charco. Es una escalera que se mete rompiendo al muro y baja para las arenas, en verano el agua, en seis escalones. Al llegar al último escalón, caería sobre la arena, el fondo del Charco o las aguas en los meses del calor. Es lo que tanto repiten una y otra vez al arrancarse desde la cueva hacia las aguas, cuando deciden bañarse. Sobre todo, los niños son los que se lo pasan bien. Ellos no tienen proyección de vida hacia atrás ni tampoco la tienen hacia adelante, al menos, que sean conscientes. Por eso se meten en estas aguas y juegan con ellas sin sentir ni dolor ni otras angustias humanas.

Por donde llegan estas seis escaleras, ahora mismo no hay agua. La poca que se remansa, no cubre tanto. Sigo por el muro y otra entrada hacia la anchura del Charco. Todavía sigue el muro unos metros más y antes de morir por donde se encuentran las hornillas y se abre la ventana que cierra la compuerta de hierro, otra entrada hacia las aguas del Charco. Esta sólo tiene tres escalones porque ya por aquí es la parte menos profunda.

Es el final del Charco, por donde rebosaría si todavía estuviera como en aquellos tiempos. Por aquí el agua que tiene hoy, se concentra hacia la salida por donde se escapa arrugándose en olas menores y se va toda. A pesar de tanto, sigue en su juego y casi con el mismo matiz de aquellos días. En el fondo, es dentro de mí donde las cosas han cambiado y la pérdida se hace llanto.

Un par de pajarillos que siguen en su revoloteo por la misma superficie del agua. Desde el Charco trazan su vuelo y rozando la corriente, se meten por el agujero de la compuerta y salen al otro lado que es donde se encuentra el puente. Se elevan y vuelven otra vez al centro de las aguas. Es como si también ellos aquí tuvieran sus más profundas querencias y ahora que nadie

los molesta, vuelan y vuelan a sus anchas. Deben sentirse bien porque hasta parecen transmitir alegría.

Giro en este caminar mío que no lleva a ninguna parte y piso por encima de lo que hace de muro por el lado donde rebosa el Charco. Un muro de cemento no demasiado grande y para que se pueda pasar por él y al mismo tiempo el agua rebose, le hicieron como unos escalones o plataformas cuadras en forma de baldosas, en lo alto.
- No son baldosas sino dientes de sierra.
Y le digo que no lo entiendo.
- Es que el ingeniero me dijo que hiciera estos peldaños como si fueran dientes de sierra para que pudiera pasar el agua y también las personas. Yo no lo entendía bien y en lugar de poner los dientes de sierra levantados construí estos cuadrados que parecen losas.
- ¿Y qué pasó?
- Pues que cuando los vio el ingeniero me felicito y me dijo que había sido más inteligente que él. Esto fue cuando construimos el muro del charco del Aceite.
Al andar se va pisando de una a otra y como el agua se escapa por entre ellas, por unas pequeñas estrechuras que le dejaron en las esquinas de cada plataforma, no se moja uno y puede cruzar de un lado a otro sin problemas. Hasta con cierto gusto porque se parece mucho a un juego que transmite gozo por los chorros de agua que rebosan y se quiebran al caer. Los cuento y me salen veintiuno.

Por este muro trazo ahora mi senda y vengo a salir justo a donde crece la higuera de los escalones de piedra. A la que le hicieron como un arriate alrededor del tronco para que quedara más bonita. El Charco por aquí no tiene agua porque ya he dicho que es la parte final donde sólo se amontona la arena o graba que vaciaron para que el fondo resultara más parecido a una playa.

Antes del final, el muro que voy recorriendo, deja de tener estos cuadrados de cemento y ya es pared lisa que se clava en las escalinatas o gradas que van desde la primera hornilla hasta la pared donde se encuentran los trampolines naturales. Son cinco los escalones que forman estas gradas y no son exactamente escaleras sino asientos a lo largo del Charco para contemplarlo. Los hicieron de mezcla de cemento con piedras arrancadas a las montañas que rodean y desde luego que quedan bonitos. Fue una obra echa a conciencia y aquí sigue todavía frente a la cueva y el rincón que alrededor de la cueva ahora se concentra.

Por la derecha me queda la higuera que tanto mimaron. Cuando en verano se viste de espesas y verdes hojas, su sombra se derrama sobre gran parte de los escalones de esta grada. Ahí se sientan los que se cansan de nadar y mientras se protegen del sol y reciben la caricia del viento,

contemplan las aguas de Charco y a las personas que por ellas nadan o juegan. Parte de la sombra de esta higuera se derrama sobre las mimas aguas. Hoy no proyecta sombra porque las ramas de esta higuera, están desnudas de hojas y porque también el sol de la tarde ya se ha ido.

Subo estas cinco escaleras y enseguida salgo a otro rellano también alargado que viene desde la primera hornilla hacia la roca del mirador. Y por la parte de arriba, donde ya comienza la ladera, un nuevo asiento alargado y también construido de piedras de la montaña. A este le hicieron su respaldo y todo con los mismos trozos de rocas en forma de losas que sobresalen para que las espaldas de las personas se puedan apoyar y así encontrarse más cómodas frente al corazón del rincón que es el Charco.

Sigo subiendo y ahora comienzo a pisar unas escaleras que llevan al rellano donde se concentran las mesas junto a la fuente principal y a la sombra de los pinos. También las construyeron de piedra pero con una figura y finalidad curiosa: por el centro, le dejaron un canalillo para que el agua que rebosa de la fuente, corra saltando escalones y venga a fundirse con la del río justo por donde se encuentra el puente. Unas escaleras raras o más bien caprichosas que sirve como de senda para subir desde la parte del Charco y el río hasta donde están las mesas y los servicios.

Las remonto sin prisa porque yo hace mucho tiempo que cuando me muevo por estas sierras, lo hago sin prisa y sin ganas de conocer media sierra en unas horas. Esta tarde tengo menos prisa que nunca. Lo que busco y necesito lo tengo en cada bocanada de aire que respiro y en cada rama de árbol que tiembla. Lo tengo dentro de mí mismo pero todavía me falta un poco.

Aquí ya me da el sol. La hierba cubre el suelo y sin querer se me cuela por los ojos porque su verde, más intenso y limpio que otros días, me quema dentro. Algo nuevo que espero me anuncia ella y al mismo tiempo, también me anuncia despedida y muerte. No hace mucho frío esta tarde.

Termino de remontar a la repisa de las mesas y los pinos. No me adentro en ella sino que me vengo para el lado derecho. Busco y vuelvo a coger el camino viejo que llegaba desde el Tranco. Hoy tengo más conciencia que este sí es el verdadero camino que recorrían aquellos serranos mucho antes de que remodelaran los contornos del Charco y construyeran la carretera del asfalto. A pesar de lo estropeado que lo han dejado, sigue siendo bonito. Le sembraron cipreses por el lado que pega al Charco y por la izquierda, la pura ladera con los pinos clavados en ella.

Unos metros antes del mirador, el trozo que se va derecho a él y el otro ramal que sigue la misma curva de nivel y continúa ciñéndose a la ladera. Me voy por este ramal. Es el bueno porque pertenece al de aquellos

tiempos. Y claro que el Charco quedaba muy en lo hondo y casi en vertical con este camino.

- A eso le pusieron el charco del Aceite porque un burro se enganchó con otro y fueron al río. Allí se ahogo en el charco con dos pieles de aceite que llevaba. En pieles como las que usaban para acarrear el vino, es donde también transportaban el aceite. Por ahí mismo pasaba el camino e iba a dar a la misma venta de los García Franco. Primero del todo fue venta de los Agustines, el verdadero nombre y que venía del primer fundador del molino que se llamaba Agustín. Algo más abajo se encuentra el puente ahora llamado de los Agustines y es porque ahí justo estaba la tercera venta, la de los Agustines.

Esta venta, además, era fábrica de aceite a donde acudían mucho los arrieros a comprar este producto. Siguiendo el río, se iba el camino y teníamos la venta de Saro y luego la venta de Paquete. Las otras ventas eran las del Pino y la de Melquiades. Por la carretera que tenemos ahora, no iba el camino, sino que siempre procuraba pegarse a las aguas del río por donde había mejores pasos y la tierra se mostraba más llana.

- ¿Y era bonito ese antiguo camino?
- ¿Que si era bonito? Yo de eso no entiendo porque cuando uno se ha pasado la vida metido entre los bosques y las cumbres de estos barrancos, a uno se le llena el alma de tanta sierra y siempre la ve con el mismo traje. Pero claro que el cariño por los rincones, nace y crece y llega un momento que uno ve las cosas de otra manera. El camino que ahora tengo dentro de mí, no se puede parecer al que tienes tú o tendrán muchos otros pero desde esa vivencia particular mía, te digo que el camino que recorría el río y pasaba por el Tranco, era lo más bello que nunca se pueda encontrar por los paisajes de estas sierras.

12- El camino del Tranco, desde el charco del Aceite

El mirador se me queda por la derecha. El camino llega o se va por encima de él y bien tallado en la tierra y rocas de la ladera. Lo escolta muchos romeros, jaras blancas, lentiscos y mucho lastón. Sobre las rocas, tapizando de verde, la espesura del musgo. El romero ya está florecido. Se me queda atrás el mirador. El río, aquí ya alimentando al charco desde el lado de arriba. Llega con mucho agua y por eso de la corriente, mana un denso rumor de cascada agradable. Todo lo que mana de la profunda sierra y el silencio que le arropa, es agradable y por eso se alegra el espíritu.

Tres o cuatro pinos grandes. Se alzan por la derecha de la senda y en este lado del río. Muchos lentiscos y se allana un poco ahora. Avanza por encima de la llanura que estuve visitando la otra tarde. Tallado por la ladera, se ciñe para seguir avanzando y frente a la otra ladera por donde remonta el puntal de la Veleta. Es un barranco este muy umbroso, con una gran

espesura de humedad y, ahora en invierno, casi todo el día en sombra.

El romero se espesa y ahora mismo, pues paso rozando el hoyo de aquella vieja calera. Me paro y la observo despacio. Es como un pozo, por completo redondo, hundido en la tierra y con obras de piedras y mezcla por todo alrededor. Se le ve casi lleno de troncos secos. ¿Quién y con qué finalidad metieron aquí estos palos? Me pregunto sabiendo que no vienen desde aquellos tiempos. Por la parte que da al río, el rellano, tiene una puerta. Es por ahí por donde metían y sacaban las piedras antes de cocerlas, la leña para que se cocieran y ya cocidas y convertidas en cal.

Un par de pinos clavados por el lado de arriba. Sigue el camino clavado en la ladera, con muchos lentiscos, los romeros verdes y los pinos que acompañan y remontan. Se va cerrando la trinchera que el río presenta al pasar por este punto de la sierra y por eso, según avanzo, el cauce se me queda más en lo hondo y encajado. Es muy bonita, por aquí, esta senda y se le nota todavía que estaba bien hecho. De vez en cuando, por el lado de abajo, me encuentro con un pequeño muro de piedra que lo sujeta para que no se rompa a deslizarse la tierra.

Baja algo y viene a salir a otro pequeño rellano. Cortaron varios pinos, unos años atrás, y aquí se duermen por la ladera ya bien secos. En sus troncos crecen las setas y el musgo. Descansa en un rellano donde crecen muchas jaras blancas, muchos musgo y muchos pinos carrascos no demasiado grandes. Se abre en dos o tres caminos y esto sé que es cosa de los tiempos más cercanos. Lo recorren mucho ahora las personas que acuden al rincón y por eso, cada uno se va por donde quiere, buscando aquello que le atrae.

Es como una pequeña repisa que se remonta por encima de la corriente. Al río se le ve ahí y muy bien remando. Lo cubren, como si lo quieran ocultar, las mil aneas color oro. La repisa se alarga mucho y ello me hace sospechar que el terreno fue preparado para alguna necesidad más reciente. Como si fuera una entrada hacia algún punto concreto del rincón. Tendrá esta llanura como unos treinta o cuarenta metros. La repoblaron de pinos carrascos y lentiscos.

Ya llegando al final, por el lado de arriba, se espesan los lentiscos y los pinos y por donde avanza el camino, pues sigue ancho, por completo llano, con muchas hojas de pino que cubren la tierra, ramas secas y la alfombra del musgo. Más que hierba, el musgo es el rey. Se va aproximando al río. Ya lo siento. Por entre la vegetación y el lado de abajo, algunas construcciones de cemento. Como si hubieran sido albercas o depósitos de agua. Pienso que pueden ser de cuando construían el túnel. Cuando aquel proyecto, a este rincón lo dejaron por completo irreconocible.

Unos olivos por la izquierda, y arriba y entre los pinos, unas de las casas que han rehabilitado. Por la derecha y entre el camino y el río, como una raspa de rocas y en lo más alto, como una alberca de cemento que proclama los tiempos de la construcción del túnel. Al lado, tiene un pino grande que se tuerce hacia el cauce y es sinceramente bello.

La pared de rocas que viene desde la cúspide de la Veleta, se aproxima al río y por aquí, casi lo corta. No lo consigue porque la corriente tajó su paso dejando una muralla rocosa, casi clavada en los charcos. Pero claro, las aguas de este cristalino río, horadaron su paso por aquellas partes más blancas del barranco. Por esto, la dura muralla rocosa de aquel lado, las desplazaron hacia este lado dando lugar a una bonita curva que se queda encajada entre grandes peñones y voladeros.

Al camino lo tuvieron que meter precisamente, lo más pegado a las aguas posible. No podía ir ni más arriba ni más abajo. Si se retiraba, tenia muchos problemas porque las rocas y la pronunciada ladera, se presentaba de cara y con gran robustez. Si se acercaba a las aguas, no encontraba paso porque la estrechura era aprovechada por la corriente para seguir bajando. Sólo le quedaba, meterse por entre las grietas y la base de las rocas y por ahí colarse.

No me la ha dicho nadie pero ahora reflexiono y me digo que se le podría llamar a este tramo, el del tercer tranco, viniendo desde las profundas sierras. Ellos lo sabían y como lo tenían que andar sin poderse ir por otro lado, se acostumbraban y lo que les importaba era llegar al punto que iban. El camino ya buscaba el modo de seguir porque también tenía que llegar a su destino.

Más tronco de pinos cortados y secos. Remonta la senda y noto que se va metiendo hacia la estrechura. Comienza a prepararse porque el paso tampoco era fácil. Pero resulta que en el tranco grande, el del muro del pantano, tenía que subir casi hasta la mitad de la ladera y aquí, bajan casi hasta rozar las aguas. No había más remedio que irse por donde fuera se pudiera pasar.

Las paredes que llega desde el lado de la Sierra de las Villas, es impresionante. Casi por completo en vertical. Color naranja oro, con muchas vetas blancas y otras negras que son las señales de las aguas que por ella chorrean. Cae desde lo más alto. Se clava en las mismas aguas del río.

Por el lado izquierdo sube una torrentera y por ella, un camino de estos tiempos. Cuando remodelaron la casa que me corona, hicieron caminos para que los que visitan el rincón, anduvieran agusto. Pero claro, las señas de identidad de aquellos tiempos, el gran camino serrano con sabor a la mejor verdad, se fue rompiendo. ¡Qué pena que respetaran tan poco!

Muchas flores de azafrán silvestre. Presentan tonos diferentes aunque todas pertenezcan a la misma especia. Ya sé que estas flores, presenta diferentes tonos según los días de vida que tengan. Desde un rosa intenso y limpio, cuando se abren, hasta un rosa viejo y desvaído, casi blanco algunas, cuando ya empiezan a marchitarse. Son bonitas y parece como si quisieran hacerme más agradable el agrio de lo que voy recorriendo.

Un ramal de senda, de estos tiempos, sube hacia la casa que por encima me voy dejando. Se estrecha el paso por entre un espigón rocoso. Y de pronto, me digo que aquí se rompió. Es lo que me creo. Pienso que la tierra, por sí misma, se ha corrido y se ha llevado por delante a la vieja senda. Varios pinos caídos y secos y difícil seguir. Como puedo, me agarro y busco pasar. Es una torrentera de piedras y tierras sueltas.

Y en cuanto termino de remontar, compruebo que no es que se rompiera porque algún proceso natural ayudara a ello. No ocurrió esto. Ahora compruebo que para ir hasta las casas que han arreglado, abrieron una brecha por la ladera. Quería trazar otra clase de camino. Como una pista o algo parecido y se llevaron por delante al viejo y bueno de verdad y también, le dieron un buen bocado a la ladera. Claro que hay que ir hacia los nuevos tiempos pero lo del pasado, merece su respeto.

Ya me sitúo sobre esta especia de pista forestal sin que llega ni a esto. No lo es porque por aquí, los coches no pueden entrar pero sí se ve la pretensión y la rotura que le hicieron a la gran ladera. La muralla de rocas que viene desde la Veleta, se me acerca tremenda y majestuosa. Casi asfixia al río y por eso se tiene que despeñar en una cascada que sale bonita aunque no lo pretenda. Muchas adelfas por ahí, aneas y durillos.

Por la izquierda, arriba y al final, sobresale el gran pico del Guijarrón con la caseta de vigilantes, pegada en todo lo alto. Más allá, sólo el fondo del cielo azul, algunas nubes blancas y, se adivina, la profunda sierra repleta de bosques verdes, muchos olivares, las aldeas y más caminos modernos que llevan a todos los rincones. La sierra de estos tiempos, que por las partes más accesibles, casi ha perdido por completo, aquella cara bella, las huellas y los ecos de los que de verdad la querían.

Remonta el paso que ahora me permite avanzar. Quiero creer que la senda sí fue por aquí, para no sentirme tan mal. Se anda bien pero me hubiera gustado hacerlo por aquel camino. Varios pinos más, estos arrancados y luego cortados para que no estorbaran tanto. Baja un poco ahora, por donde ya, al otro lado y al frente, se termina la pared que viene desde la Veleta. También ahora se me acaba la especie de pista que intentaron y no concluyeron.

Parece que sigue el viejo camino. Zarzas parrillas con sus frutos negros, muchos lentiscos, romero florecido, jara blanca y los pinos carrascos. Justo aquí, donde la pared se termina, el camino baja. Parece como si tuviera que acercarse al río porque por el lado izquierdo, se presenta otra gran pared rocosa. Ellos tuvieron que buscar el terreno más propicio para meter el camino por ahí y que fuera a donde necesitaban que fuera. Lo trazaron muy pegado a las aguas del río para poder sortear esta cerrada. Desde el tranco grande para abajo, este es el estrecho tercero.

Es una cerrada muy complicada porque por los dos lados, empuja una enorme pared rocosa. El río cortó por el centro y tajó el surco que necesitaba para seguir su rumbo y la carretera que construyeron en aquellos tiempos, la metieron por encima del lado izquierdo. Como los sencillos serranos de aquellos tiempos, no tenían tantos medios, lo más que pudieron fue trazar el camino buscando la comodidad que les ofrecía el cauce del río.

Voy llegando y veo que sí se puede pasar bien. Hay muchos peñones rodados desde ambas laderas pero ellos los fueron esquivando y lograron lo que pretendían. Donde termina el puntal que viene del lado de la Veleta, es donde se forma la cerrada más significativa. Los bloques de rocas caídos de un lado y otro, son inmensos. Avanza y al salir de las tres o cuatro rocas más gordas, vuelve otra vez a convertirse en pista de tierra. Es remodelación de estos tiempos más cercanos. Cuando reconstruyeron las casas de esta villa turística, por este rincón, adaptaron muchas cosas. Salió perdiendo el paisaje y el viejo camino que ni siquiera fue respetado.

Nada más salir del laberinto rocoso, una llanura con mucho pasto. El río muy cerca por la derecha y por esto, el rumor que mana de la corriente, me envuelve ampulosamente. La vegetación se espesa con muchos lentiscos, adelfas y zarzas. Remonta ahora muy llano y ancho, porque es casi pista y lo que menos me esperaba, me sorprende: unas preciosas farolas eléctricas clavadas a ambos lados de la pista que voy recorriendo.

La civilización de ahora, lo necesitaba pero sin pretenderlo, me escapo por el túnel del tiempo y me encajo en aquella vereda y ellos recorriéndola. Si de pronto, al llegar a este rincón, se hubieran encontrado estas farolas y encendidas ¿cómo hubiera sido su sorpresa? ¿Se lo habrían creído? Y es que yo casi no me lo creo porque no acabo de ver claramente tanta modernidad en un simple camino tan serrano y tan viejo.

Se va ensanchando el cauce del río quedando a un lado y otro, unas laderas mucho menos inclinadas y largas. La vegetación crece espesa y desde el cauce, se remonta hacia las elevadísimas cumbres que me van escoltando. El camino, ahora lo busco con mucha concentración y me despisto. La pista de estos tiempos ya carretera asfaltada, entra por entre las flamantes casas de la villa. ¿Iba por aquí aquel camino? Me cuesta

reconocerlo pero creo que sí.

Las farolas me siguen dando compañía junto con el asfalto y ahora, una llanura grande que fue tallada para que los turistas y sus coches, puedan moverse con soltura. Por el lado del río, a la llanura le pusieron una baranda hecha de troncos de pinos. Pretende que los que por aquí vengan, se asomen a la corriente y vean. Imita a un mirador.

Al otro lado del río, por entre la vegetación, me parece adivinar por donde avanza el túnel que viene desde el muro del pantano. ¡Cuánto arremetieron contra este barranco! Avanzo y por momentos pierdo más y más los rastros del viejo camino. En las aguas del río, se remansan unos charcos y en ellos, nadan patos. Claro que no son silvestres sino amigos de esta villa turística.

Me resisto meterme por entre las casas, siguiendo la carretera, porque lo que busco, no lo veo por ningún sitio. Ni señales que me puedan servir de pista. Desde la explanada, baja una sendilla sujeta por unos escalones de madera. Busca las aguas del río y ya entiendo que esta sendica, la trazaron para ofrecerle a los turistas una comodidad más hacia la pureza de las aguas. Casi remansado veo por aquí al río y en sus aguas, los patos nadando.

Pero al pisar, de pronto noto, que algunas de las cosas que se desechan en estas construcciones, están tiradas por la tierra que cae hacia la corriente. El estercolero, es como se le llama a esto. Me aparto de las casas pegándome más a la corriente para recorrer la curva que el río traza y ando la sendica que pertenece a estos tiempos de ahora. Una contrariedad que no esperaba porque mi fin último, es sólo recorrer la senda de aquellos tiempos.

Llego al borde de las aguas. Me paro en una playa menor junto a la corriente y descubro que han tenido que rozar el monte para que la anchura sea más. Lo que pretenden es que este rincón sea un charco o piscina natural para que los que se hospeden en las nuevas casas, puedan bañarse. Es un regalo más para ellos pero arrebatado a la naturaleza a lo bruto. Claro que por aquí no pasaba la vereda que pretendo recorrer. Las señales me lo proclaman claramente.

Como el río por aquí traza una curva, ellos metieron su camino un poco más en línea recta cortando el morrete por donde construyeron las casas. ¿Para qué tenían que seguir exactamente el curso de la corriente? Si el terreno se lo permitía, acortaban lo que se pudieran porque tenían su lógica.

Pero ahora que me encuentro apartado de las casas, como huido de ellas, ya me voy por la orilla. La esquivaré y por el lado de arriba, buscaré otra vez el trazado del viejo camino. Ellos, los turistas, como se meten por

cualquier sitio haya o no camino, de tanto intentarlo por aquí, se ha ido formando como una sendilla. Va sin lógica y por cualquier sitio cuando no, por lo más difícil. Como se puede andar porque el monte está roto, avanzo. Mucho monte, muchas rocas y el río que lo tengo cerca muy remansado.

Y por fin, ya he superado este difuso tramo de aquel camino. Siguiendo la orilla del cauce, me he subido por detrás de las casas, he remontado la ladera, he buscado el trazado de la senda que hoy me tiene por aquí y parece que he vuelto otra vez al camino. Por aquí, vuelve a ir por su sitio pero sigue roto porque parece que lo han utilizado para meter los tubos que desde la fuente grande, traen el agua a las casas de la villa. ¡Lo que rompe en estas sierras, y para siempre, cualquier proyecto de estos tiempos!

Por la derecha y al otro lado del río, caen los voladeros y las cañadas por donde las aguas van modelando el terreno. Varios nombres conozco por ahí que no están recogidos en ningún mapa ni creo que nunca nadie los recoja. El puntal de las Grajas está arriba y por detrás, en el collado, queda Cuevabuena. Desde ahí caen el Canalón y el Hoyacillo y luego, Cañailla, los Riscales del Hoyacillo y la Era de Javier

Mucho lastón, mucho romero, lentiscos y los pinos. Al final y arriba, se recorta sobre el azul del cielo, la robusta cuerda del Guijarrón. Voy bajando, aunque subo para el muro del pantano, para el rincón de fuente Negra, no las casas, sino el manantial. Ya voy viendo al fondo, el charco que se remansa un poco más abajo de donde brota el venero de esta caudalosa fuente. Revolotea un pajarillo y aquí, vuelvo a salir al trozo de pista que desde la carretera asfaltada, baja a la tierra llana por donde brota la fuente.

Unos años atrás, este rincón y tierra llana en la misma ribera del río, fue zona de acampada libre. La pista de tierra que todavía se conserva en buen estado, la pulieron por aquellas fechas. Eran muchas las personas que a esta zona, venían a poner sus tiendas. El carril ahora sigue en su sitio pero cortado con una cadena a la altura de las primeras casas de la Villa.

Aun bajo más ahora hacia el río. Al terminar la curva que dejé atrás, me he retirado bastante y ahora tengo que ganar lo perdido. En la ladera por la izquierda, muy pronunciada, da el sol de la tarde. Es de tierra con muchos pinos clavada en ella y por lo alto, se adivina la carretera del asfalto. La alzaron mucho sobre el cauce del río. Podían y querían y así la hicieron.

Las aguas remansadas, se me van presentando con un azul plomizo y rodeada de un verde limpio. Se lo presta la vegetación que es espesa y este año todavía, con gran vitalidad. Los pinos, se presentan torcidos pero bien clavados en la tierra y rebosando desde el monte bajo. Resaltan por entre los troncos grises de los álamos. Por este rincón crecen muchos álamos. Los sembraron cuando aquello de la zona de acampada.

Revolotean varios pajarillos y entre ellos, el carpintero. Cae la pista y se derrama por el rellano. Es muy amplia esta llanura y por eso, de gran encanto. Aquí descubro las hozaduras de jabalíes. Hay muchas zarzas por las orillas del río y como los juncos y los lentiscos también son espesos, entre su densidad, se meten ellos y viven agusto. Tienen abundante agua, tierra buena para hozar y enfangarse y vegetación oscura y espesa para ocultarse, que es lo que les gusta mucho.

Un letrero menor donde puedo leer: “Zona de acampada, clausurada”. De tanto tiempo como ha pasado, se ha roto y lo han roto pero nadie lo quita. El carril, se torna llano por completo y sigue acercándose a las aguas del río. No sé si es natural u obra humana, que la corriente bordeé la llanura por el lado derecho, más pegada a la montaña, y deje libre las tierras de esta bonita explanada. Cuando yo la conocí, hace muchos años, no la cubría el agua y sí crecían ya en ella, muchos álamos. Las tiendas de campaña y los coches de los que llegábamos, se amontonaban por estas tierras y a un lado y otro del río.

Pero le pregunté al que nació por estos barrancos y pescó truchas en los profundos charcos y me dijo:
- No es natural la llanura que tú dices.
- ¿Qué pasó?
- De ese tramo del río, sacaron mucha graba. Camiones y camiones y se la llevaron a los pueblos para las construcciones. Como el río les estorbaba, lo echaron por aquel lado, por un surco artificial que le hicieron. Y como luego después pusieron por ahí la acampada, pues ya plantaron los álamos.
- ¿Entonces el río no corre por donde debiera?
- ¿No lo has notado?
- Algo me figuraba porque los charcos y la corriente están como domesticados. Pero ¿y la vereda?
- Es otro de los tramos por donde la rompieron.
- Pero esta vereda es histórica. Quiero decir que tiene solera y una raíz muy profunda en las entrañas de estas sierras y los serranos que las poblaron.
- ¿Y eso qué?

Esta tarde, me encuentro a los álamos muy grandes, han crecido mucho y ahora están sin hojas, teñidos de gris los troncos y estirados hacia el cielo que corona. Buscan la luz del sol y por eso se alarga asombrosamente. Sólo se oye el rumor de algunos pajarillos que cantan, un poco el agua porque pasa con suavidad y el viento quebrándose en la espesura del bosque.

Sigo mi ruta atravesando la llanura y ahora por la izquierda, me queda una gruesa roca. La conozco y recuerdo que pegado a ella, estaban las hornillas cuando la zona de acampada. Ahora casi no puedo acercarme a ella

porque los juncos han crecido mucho y se han espesado. Ni juncos había cuando lo de la acampada y ahora recuerdo, que yo también encendí fuego en las hornillas de esta roca. Algún día guisé arroz y otros, asé chuletas para no ser menos que otros. Sin pretenderlo ni saber cómo, era masa con la masa y hasta los imitaba. Pero sabía, sin tenerlo claro, que dentro me sangraba la vida.

Por la derecha y al otro lado del río, me va quedando el manantial de la caudalosa fuente. Entonces brotaba libre por entre las grietas de las rocas y se despeñaba inmaculada hasta el charco. Lo recuerdo y siento añoranza. Esta tarde, las aguas que surgen de este manantial, salen por tres o cuatro caños artificiales que ahí colocaron. Los cuento y me salen seis caños y el agua sí es tan pura como en aquellos días. Grandiosas se derraman por entre las piedrecicas y los berros y en cuanto escurren algo más, se funden con las del río.

Unas cuantas mesas de cemento y losas recogidas por las montañas, todavía permanecen en la misma posición de aquellos días. Las pusieron por este lado del río y frente a la fuente. Y claro que apetece sentarse en ellas y gozar la caricia que regala la naturaleza, el río y el viento. Yo lo hice y esta tarde repetiría la vivencia con sumo gusto. Pero tengo tanto dolor dentro que ni siquiera esto me consuela.

Hasta este punto llegaban los coches y siguen llegando, aunque ahora, sólo algunos con más suerte. La cadena que corta a la pista por el poblado de fuente Negra, se cierra con su candado y la llave, pues sólo algunos la tienen. Pero la tierra de la pista que voy recorriendo, está por completo hoyada por las ruedas de esos coches todoterreno. Casi me cuesta trabajo avanzar porque el agua se ha estancado en los surcos de estas rodadas y el barro lo impregna todo.

Salva del cenagal, la gran cantidad de hojas que se amontonan por el suelo. Son las que han caído de los álamos y ahora se pudren, en su ciclo natural, para volver a ser alimento de los mismos árboles que le dieron vida. Por entre estas hojas secas y los juncos, más mesas de piedras. Me acerco a las aguas de la corriente. No puedo pasarla porque es abundante y no existe ningún puente que ayude para cruzar. En aquellos tiempos, entre los de esta tarde y los de aquella vieja vereda, sí pasé este río justo por aquí pero saltando de piedra en piedra o haciendo equilibrio sobre el tronco de un árbol.

Justo en este punto, el río se remansa. Se forma un estrecho por donde la corriente se aprieta y salta primorosa. Enseguida se duerme en un precioso remanso que además es largo y profundo. Antes del estrecho, también existe otro remanso grande y dulcemente teñido de tonos verdes, azules y ocres. Son los juegos del río que nacen y mueren en sí mismo como si se tratara del más libre de los caprichos. Para nadie se reviste de belleza ni

a nadie tiene que rendir pleitesía porque se siente el más libre bajo el sol.

Como en aquellos días, me agacho y de la abundancia de berros frescor y tiernos, corto los tallos y me los como. Están buenos y dejan su picor en el paladar. Y claro que recuerdo ahora que esta acción, la he llevado acabo más de mil veces a lo ancho y largo de las profundas sierras de este parque natural. Siempre que junto a los manantiales limpios me encuentro con berros, cojo de ellos los tallos que me apetecen y me los como. Ensaladas he hecho muchas veces y otras, simplemente me los he comido con pan.

Esta tarde y los de este manantial, están tiernos y saben a gloria. Pican mucho pero sé que es un buen alimento natural. Por aquí quisiera encontrar yo el camino pero creo que lo tengo difícil. Ya vengo diciendo que la pista de tierra ha roto mucho y los coches, han roto casi hasta el límite. Me tropiezo con un charco color cieno que se estanca en el centro del carril. Salto por entre los juncos procurando no atollarme en el barro y logro avanzar.

Sigo en busca de mi viejo camino. Todavía esto es llanura. Los álamos y las zarzas siguen teniendo su protagonismo. Desde aquellos días en el centro hasta hoy, la vegetación por aquí se ha desbordado en todos los sentidos. Vuelve otra vez a rozarse con la corriente y me acerco a ella. Vuelvo a encontrarme con un agua limpísima y con muchos berros. Pero justo ahora, el fuerte ruido de la bocina de un camión que va por la carretera del asfalto, retumba por la profunda hondonada que recorro. ¡Qué contraste con el verde y silencio de la naturaleza que por el cañón del río, parece dormir!

Una de aquellas noches, vine por el rincón y puse la tienda sobre una repisa frente a las aguas y en aquel lado del cauce. Como tantos, por la tarde, había estado por las llanuras de Bujaraiza “oyendo” la berrea. Todas las tierras que por aquí permitían poner tiendas, estaban ocupadas. Y aquello fue lo que más recuerdo unida a la hermosa noche de brillantes estrellas y música de agua corriendo.

Compruebo ahora que el río trae como el cuerpo de cuatro personas, de agua. Se termina, no la llanura que todavía se alarga un buen trecho pero sí los juncos y zarzas por la explanada. La tierra queda tapizada por completo con una alfombra de cuatro dedos de hojas secas de álamos. Se va terminando la llanura y otra vez recuerdo que en aquellos tiempos, por todo esto instalaban las tiendas.

Llego al final y por el lado de la izquierda, se presentan los pinos. Por debajo de ellos, crece en abundancia, la hierba verde. El carril por el que vengo recorriendo, se mete para la derecha y busca atravesar un vado. Me es casi imposible averiguar por qué punto exacto pasaba aquella vereda. Me

vengo para la izquierda y ya me acerco al surco del arroyo que baja desde los Masegosos. Una gran cuenca que se recoge un poco al sur de la Risca del Guijarrón.

Es bastante largo este arroyo que toma el nombre de los cortijos y trae mucha agua. Antes de encontrarme con él, ya oigo el rumor de la corriente. Me voy por esta izquierda intentando encontrar el camino. Las zarzas se espesan y por eso tengo que remontar para cruzar el arroyo. Por aquí no iba la senda pero como la tengo perdida, busco avanzar para superar la vegetación y ver si algo más arriba, encuentro lo que pretendo.

Este arroyo, tiene por aquí unas cascadas muy bonitas. El agua escurre limpia y en regular cantidad. Salto por las rocas que se extienden en forma de losas y ya me encuentro al otro lado y más pegado al río. La pista de tierra, se me ha ido al otro lado de la corriente grande. Pero tengo cierta intuición de que la vieja vereda, es por este lado por donde iba.

Por entre la vegetación, encuentro algunas sendicas que escudriño con interés por si fuera la vereda pero no. Me sirven para recorrer la ruta que he trazado este río arriba pero no son lo que quisiera. El monte ha crecido mucho y las piedras han rodado desde la ladera. El terreno se encuentra irreconocible. Pero la vereda iba por aquí.

Sigo todavía un poco más para acercarme todo lo que pueda, al muro del pantano. Las aguas del río, bajan remansadas por completo. Y es que voy casi por la misma curva de nivel que pisaba en el charco del Aceite. La que mide los seiscientos metros y traza una ancha franja por cuyo centro, corre el río. Aunque pudiera parecer lo contrario, desde el muro que ahora da consistencia al pantano hasta la actual venta del Pino, el cauce de este río ni sube ni baja de los seiscientos metros. Por eso, aunque el cañón por donde se hunde es muy profundo, la corriente apenas tiene desnivel. Alguno pero poco.

La Risca del Guijarrón que me supera por la izquierda, se eleva por encima de los mi doscientos metros. Las cumbres que me van quedando por la derecha, por donde se encuentra Cuevabuena, también se alzan más allá de los mil doscientos metros. Y claro, como la franja del río se extiende por el nivel de los seiscientos metros, la hondura del barranco parece mucho más de lo que en realidad es, aunque sí es.

El terreno que recorro, se puede andar bien. Es como una senda, no sé si de los tiempos más cercanos o de aquellos que persigo. Llega a un punto donde me tropiezo con una alambrada. Por la izquierda y en la ladera, crecen los olivos y para que no se los coman los bichos, he cercado las tierras. Paso por debajo esta alambrada y sigo. Ahora por entre olivos pero lo más pegado al río.

Me lo encuentro al otro lado y por completo remansado. Y claro que me sorprende. Las mil veces que por la carretera del asfalto he pasado montado en coche, sentía como que este barranco estaba lleno de intrincadísimas cascadas y peñas. Me parecía que tendría que ser casi imposible andar por la orilla de este río al menos desde el muro del pantano hasta el Charco. Pero lo que ahora estoy descubriendo, me derrumba la subjetiva impresión que en mí tenía. Este río Guadalquivir, es puro remanso desde el pantano para abajo y además, queda escoltado por riberas de tierra llanas y de buena fértiles.

A unos quince metros, me encuentro de nuevo con el carril de tierra. Al final de la llanura de la acampada, se mete en las aguas del río, por un vado dulce, lo cruza y por este punto, vuelve a cruzarlo otra vez para venirse a su lado natural. La izquierda subiendo para el pantano que es por donde iba la senda. La tierra es llana por completo. Por la izquierda quedan los olivos recogidos con su alambrada y más arriba, la carretera surca por la agria ladera. Porque ahora descubro que lo que es agrio, es la ladera por donde metieron la carretera.

Con los coches todoterreno, se puede recorrer bien este carril. Y la recorrer sobre todo los que labran las tierras de este olivar y recogen sus aceitunas. Varios álamos que sobresalen por el lado de la izquierda. Y qué bonita es esta tierra. Los olivos son grandes, con cuatro o cinco pies y de un volumen exagerado.

Zorzales que de entre los lentiscos, el monte que más les gusta a ellos, alzan vuelo a mi presencia. Sigo sorprendido por la tierra tan suave que me vengo encontrando.
- Es que esas tierras llanas de los lados del río, las sembrábamos nosotros.
- ¿De qué?
- Pues de garbanzos, maíz, trigo donde el terreno era mejor y cebada, donde la tierra tenía más piedras o eran laderas.
- ¿Y cuánto recogíais?
- Algunos, para seis o siete meses y otros, para menos. Se buscaba otro poquillo por donde fuera y ya pasabas el año.
- ¿Y el tabaco?
- Luego te contaré.

Vuelve la pista a meterse otra vez en las aguas del río. Es otro vado suave por donde el camino pasa bien. A un lado y otro, escoltan dos paredes de tarayes y juncos. Por la izquierda, de nuevo se viene la pista pero cierra el paso, una segunda alambrada. La puerta está cerrada sólo con un alambre que se puede quitar y poner cómodamente. La abro, paso y me saluda una gran higuera. En las ramas bajas tiene colgado trozos de ropa vieja y plásticos.

Por dentro de la alambrada, unos de los trozos del carril, sigue remontando. El otro ramal, ha cruzado el río y se ha ido por aquel lado izquierdo. Va en busca de unos olivos que por allí crecen.
- Ese olivar, es mío. Cuando se hicieron las partes, a mí me tocó ese trozo y algunos del trozo aquel de más arriba. Allí tenemos parte todos. Cada uno varios olivos.
- ¿Y en la ladera que desde los olivos para arriba sube?
- Todo eso era un puro cascajal en aquellos tiempos. Por ahí se juntaban, algunos días, varias manadas de cabras. Bajaban desde Cuevabuena y al juntarse con las de aquí abajo, la ladera se cubría por completo.

Canta algún pajarillo y con el leve rumor que mana de la corriente y el aire que pasa casi mudo, hacen de la tarde un misterio que casi asusta. Vuelvo a cruzar la alambrada, abriendo la segunda puerta que está sujeta con un alambre y sigo. El carril queda como libre por completo y ahora capto como si el viejo camino todavía estuviera aflorado.
- Ellos cruzaban el río por lo que llamaban vados porque tenían que ir a las tierras del otro lado pero el camino discurría siempre por este lado. No había ningún puente. Y como el camino, a veces, se pegaba tanto al río, cuando había crecidas, no se podía pasar. Las aguas lo tapaban y entonces los arrieros, se tenían que quedar en la venta de mi abuela o en la del Floro, en ocasiones hasta tres y cuatro días esperando que las aguas bajaran para poder pasar por el camino y seguir. Que esto, en aquellos años, ocurría con frecuencia.
- ¿Y en qué tramo del río, pasaba esto?
- Precisamente por esa huelga que hay antes de llegar a la casa de mi abuela si venimos desde el Charco para el muro.

Desde este punto, ya voy viendo el recio muro del pantano. Y claro que otra vez me digo que el paso del pantano, sería muy complicado, según me han dicho algunos y he leído por otros sitios pero el camino por aquí, una gloria de andar si las aguas no lo cubrían. Y también me digo, por lo que estoy descubriendo, que quizá el paso del tranco, no fuera tan duro. Hasta puede que lo hayan magnificado unos y otros por aquello de no haberlo cruzado ninguna vez. ¿Seré capaz de aclarar lo suficiente esta incógnita?

Iba el camino por una zona llana, de primor, escoltado a los lados por dos laderas inmensas. La carretera la metieron por la mitad de una de estas laderas. La pista, comienza a desdibujarse y se nota como si fuera de verdad el camino porque por la parte que pega al río, tiene su pared de piedra. Muestra la cara de aquellos tiempos y está bien construida.

Muchos pajarillos revoletean a mi presencia. Mirlos, zorzales y otras aves más menudas que se refugian por ente los olivos y las zarzas. Trazan vuelos de juego y cantan por delante de mí. El vado este es largo y de tierra

buena a un lado y otro. Bajo un poco, se aproxima algo más a las aguas y otra ancha llanura de tierra buena. La alfombra un pasto que se parece mucho al lastón. Con categoría de pista poco usada, sigue el camino avanzando por esta llanura.

Por la derecha, voy viendo al río, como dormido entre las aneas, zarzas y adelfas. Un poco más arriba, lo veo bajando por entre un gran manto de berros. Salgo de la llanura y ahora entro a otra todavía más grande. Son tierras que estoy seguro, en aquellos tiempos, ellos sembraban. Los pinos son ahora los protagonistas pero algo me indica que fueron sembrados después.

Me siento aprisionado entre el rumor del río, el trino de los pájaros y el arrullo de algunas palomas. ¡Qué bien venía el camino por aquí! Cómodo de verdad por el nivel casi llano y la belleza del paisaje. Atravieso la rica llanura. Pero no se termina el terreno llano. Otro rodal que supera a los anteriores en belleza, anchura y calma.

Miro para arriba, ladera de la izquierda y veo las nuevas casas prolongación de la venta de la Victoriana. Las que ahora escoltan la carretera del asfalto. Por debajo de ellas y en esta misma ladera, se me presenta un nuevo olivar. De entre ellos, olivos grandes y resplandecientes de verde, revolotean algunas torcaces. No ha cogido las aceitunas todavía por aquí y por eso, me los encuentro, a los olivos, cargados de estos redondos frutos y ya más que negros.

Por delante, se me presenta una nueva cerca de alambres. Me corta el paso porque también cierra al camino que recorro. Tiene su puerta pero aquí sí han puesto un candado. Me siento contrariado pero creo que los dueños tienen su derecho aunque también pienso que el camino es de todos.

Miro y por donde, en la pista de tierra, los coches han dejado marcadas sus ruedas en forma de surcos, hay un hueco. Pruebo y puedo pasar arrastrándome. Por dentro de la cerca que protege a los olivos, sigo la pista que ahora remonta algo. Se ha alejado de las aguas del río. Por la izquierda, un voladero rocoso. En lo alto de él y pegado a la carretera, es donde construyeron aquel mirador sujeto con unas barandas de troncos de pino. Ya se han podrido casi todos y el mirador, pues no es tan visitado.

Un arroyuelo me entra por este lado izquierdo. Lo estudio despacio y compruebo que viene justo del pico del Guijarrón. Descubro que siguiendo el surco de este arroyuelo, crecen algunos árboles frutales. No tienen hojas porque son higueras, membrillos, granados y algún peral y ciruelo. Un de estos árboles, membrilleros sin hojas y muchos troncos poco gruesos, todavía tienen frutos. Varios membrillos cuelgan de los tallos y se mueve empujados por el leve viento. Brillan bien maduros y con su fuerte tono

amarillo oro.

Claro que me entran ganas de pararme, cogerlo, olerlo y comérmelo. No lo dudo y en cuanto lo tengo en mis manos, observo con interés, su precioso tono amarillo. Huele a gloria serrana. El camino, cruza el arroyuelo. Aquí, la pista gira y se va en varias direcciones. Unos de los trozos, viene desde arriba y hasta este punto, entran con los coches.

No lo había advertido pero ahora me doy cuenta que estoy justo en las tierras donde se alzaba la antigua venta de la Victoriana. Unas matas de pita, además de los membrillos, higueras y granados, me indican que aquí estuvo aquel cortijo. Remonto unos metros por el surco del arroyuelo y me encuentro las ruinas de aquella bonita construcción.

Le entro por la parte de atrás y ya me estoy empapando de la tristeza que transmiten estas ruinas. Por la parte de arriba, ha crecido un gran lentisco. La casa la levantaron justo casi en el mismo surco del arroyo y al respaldo de una gran roca. Por el lado de arriba, donde hay tierra buena, han sembrado olivos. En la pared, se distingue todavía el agujero de una ventana, una especie de corral que tenía por detrás y un enorme olivo pegado al arroyo. Aquí se extienden una llanura menor.

Por la parte de delante, una roca, una gran cornicabra, otro olivo cargado de aceitunas y las señales claras de ser este lado la entrada al cortijo. La puerta miraba hacia el tranco del pantano y tenía como dos entradas. Grande es esto. Me cuelo a la parte de dentro y descubro que algunos trozos de paredes, todavía están blanqueadas. Se ve donde estuvo la chimenea y la alacena.

Salgo y durante un rato, sigo olisqueando ya con el amargor extendido por el alma. Miro y noto que a este cortijo quisieron hacerle una replica, justo en línea recta pero arriba y pegado a la carretera del asfalto. Pero claro que este a mí me gusta más en este momento aunque esté en ruinas y se recoja en la hondonada de unas grandes paredes rocosas. El de arriba, donde viven algunas de las personas que nacieron en las ruinas que tengo a mi lado, surgió por la necesidad de seguir pegado a la tierra que tanto tiraba. Como un intento de no morir del todo y en un tiempo corto. En el arroyo que cae desde el pico del Guijarrón, en un recodo rocoso, pegado al río y al lado justo de aquel viejo camino, levantaron el cortijo que ahora saboreo.

Sigo lo más pegado al río y al terminar otra vez la alambrada, me encuentro con otra puerta que la cierra. Salgo y sigo. Ya no hay olivos ni tampoco carril. Advierto ahora que venía sólo hasta los olivos pero la senda, sigue. Se pega al surco del río, bastante alzado. Por el lado opuesto, veo otro caminillo que remonta hacia Cañailla. Sospecho que justo por ahí pero perforado en las entrañas de las rocas y la tierra, va el túnel que conduce las

aguas que sueltan desde el pantano.

Por mi lado y junto a la senda que recorro, aparecen unos postes metálicos. Están bien construidos y aunque vienen desde el muro del pantano, no tienen cables. Están como abandonados desde aquellos tiempos y aunque quiero creer que sirvieron para traer electricidad a estos barrancos cuando construían el túnel, no tengo certeza. Pero al como siguen clavados en la tierra casi en la dirección de la senda y el surco del río, me llaman la atención y los miro con curiosidad. Son antiguos y poca cosa.

La vegetación que ahora me va saliendo al paso, es de romeros muy espesos. Varios arroyuelos van cayendo por este lado izquierdo y al juntarse con el río, han acumulado muchas piedrecicas y arena. Al frente, cada vez más cerca, veo el gran muro de piedra. Oigo la corriente del río, porque a tramos, de un remanso a otro, las aguas se deslizan en pequeñas cascadas que no son tales sino corrientes un poco pronunciadas.

La vereda sigue y ahora la distingo perfectamente. Sólo el monte se la come por los lados y la hierba por el centro. Se anda muy bien. Después de haber remontado, baja para venir a salir a otro rellano. El surco me lo voy encontrando cada vez más cerrado pero junto a las aguas, la tierra llana se extiende serena y ancha. Muchas aneas hay aquí. Por el lado de arriba, el camino lo roza sin meterse mucho para el centro. Pasa bien metido entre zarzas y muchos romeros. Se lo va comiendo cada vez más la vegetación.

Según avanzo, con la senda, me voy aproximando a las aguas del río. Una recia cerrada se me presenta al frente. Es justo a la altura por donde, al lado derecho, se funde con el río el arroyo que le entra desde Cañailla. De Tobazo es como se llama este arroyo y recoge el nombre de la fuente que brota arriba que también se llama del Tobazo.

Un enorme bloque de rocas que por la izquierda, salen desde el río y suben casi en vertical hacia la ladera de la carretera del asfalto. Pero por abajo, justo casi por el mismo cauce del río, la tierra es llana. Por ahora, la senda pasa bien metido por la espesura de las zarzas y las rocas que lo sujetan por el lado derecho. Unas matas llenas de florecillas amarillas. Huelen bien.

Según me acerco a esta cerrada, descubro que por arriba, el camino era alto complicado que pasara. Por donde ahora lo voy recorriendo, sí resultaba fácil pero la cerrada se va estrechando y por eso me empiezo a preguntar de qué modo logrará pasar por laberinto tan malo. Varios pinos grandes creciendo en las tierras llanas que recorro. Y en cuanto termino de recorrerla, veo que el camino, no termina. Se pega a las rocas de la izquierda y por su base intenta seguir.

Un grandísimo charco se remansa entre la trinchera de las dos paredes rocosas que a ambos lados, tiene el río. Para que la senda siguiera por aquí, en la misma roca, construyeron una escalera de cemento. En cuanto la descubro, me digo que no puede ser este el camino viejo que ellos usaban pasa entrar y salir a la sierra profunda. Las bestias ¿cómo iban a pasar por una estrecha escalera pegada a la pura roca?

Pero sigo. Los primeros escalones, me los encuentro caídos. El tiempo y el poco uso, los ha roto. Claro que descubro enseguida que tampoco estaban bien construidos. Simplemente pegados al peñasco sin más agarres ni cimientos. Miro un poco asombrado y para mí me digo que este estrecho, era otro de los trancos. El charco es grande y se le nota profundo. Si desde estas rocas que ahora intento escalar, resbalo, caigo directo a las aguas que teñidas de azul oscuro me miran desde lo hondo como asombradas de mi atrevimiento.

Remonto un tramo y me corta el paso, el tronco de un gran pino que se ha caído. Por debajo paso y ahora, al coronar lo que sería la cresta de esta raspa rocosa, una bandada de mirlos alzan vuelo. A sus graznidos, también levantan vuelo unos pastos. No me distraigo mucho ni con el charco ni con las aves porque el paso, se me complica a cada metro.

Las rocas se inclinan para las aguas, las escaleras se quiebran y para complicarlo algo más, unas grandes matas de lentisco, se entrecruzan y cierran por completo la vereda que hasta este punto he traído. No me quiero convencer de que este no es la real vereda que ellos recorrían y durante un rato más, lucho con las ramas y el equilibrio por la superficie rocosa intentando seguir. No puedo. Ya casi al final, cuando estoy viendo un poco de llanura donde se termina este espigón rocoso, no puedo seguir. Los lentiscos y las escaleras rotas, consiguen que sea imposible avanzar.

Doy la vuelta y regreso. Mientras algo decepcionado recorro la misma senda que hace un rato, para animarme, me digo que otro día vendré con más tiempo o quizá desde el lado del muro y terminaré de explorar el recorrido que esta tarde me vence.

13- EL RÍO Y EL SILENCIO. Tarde de tercer día 6-2-99

Son las cuatro de la tarde del día seis de febrero. Vuelvo al rincón empujado por la necesidad de no sé que consuelo y en la soledad del barranco, vuelvo a pisar la tierra. La sombra de los montes que por el lado del poniente se alzan, ya van llenando los espacios de este solitario y hoy triste rincón. La humedad impregna de pesadez a la tarde y el viento ni se nota que esté.

Me saluda la siempre limpia y alegre corriente del río que pasa y como

mi corazón está pero se muere en el deseo y la nostalgia, sin estar, ni noto que la terrible ausencia me aplasta. Dejo el coche junto al nuevo puente, por el lado de la carretera que lleva al Charco y me preparo. Como si fuera a la conquista de la gran meta que un día me dará la inmortalidad y sólo voy a pisar la tierra, sentir la ausencia y llorar lo que sin remedio, ya no volverá. El rincón me quiere, creo yo, porque desde mi lado, no lo he olvidado desde aquellos días.

El barranco queda como fundido entre la blancuzca nieblina que mana de la tierra. Bajo el puente que ya voy pisando siguiendo la carretera que atraviesa la Sierra de las Villas, el agua del gran río, se remansa. Viene remansada desde la boca del túnel que le da salida desde el pantano. Pero al terminarse el puente, unos metros río abajo, ya se termina en muro pequeño que le hicieron para que el remanso fuera posible, y la corriente se precipita ancha y limpia. Ya es el río en su libertad y luz.

Un tubo de hierro que desde el lado del arroyo de María, llega hasta este puente y cruza el río agarrado a él. Pero antes de adentrarse en el río, por un trozo de tubo menos grueso, se escapa el agua. Sale con tanta fuerza que se delata por el intenso ruido que emite, parecido al de una ducha cuando se abre. Por este grueso es por donde llega el agua que usan en las viviendas que ahora hay donde estuvo aquel viejo molino. Hicieron una acequia en el arroyo Martín, unos doscientos metros antes de que este se junte con el de María. Por entre peñas, zarzas y laderas, la trazaron fuera del cauce del arroyo y luego hicieron que la acequia cruzara el surco de este mismo arroyo. La colgaron de un lado a otro en forma de puente, con una viga de hierro, unos travesaños también de hierro un canal de cemento y siguieron trayéndola hacia el molino.

Para que cruzara el arroyo de María, tuvieron que elevarla nuevamente en forma de puente y la pasaron al lado izquierdo del arroyo según se sube. Le hicieron un pequeño túnel para cruzar la carretera del asfalto que lleva al corazón de las Sierras de las Villas y luego la colgaron por la ladera de la izquierda hasta que llegó a la cara del río Guadalquivir. Ya ahí ha tomado cierta altura porque la acequia viene por la misma curva de nivel a fin de que el agua corra por su propio pie y ni se derrame ni deje de correr por subir más de la cuenta. Frente al río, la metieron por un tubo de hierro, grueso y bien inclinado hacia las aguas del río y al llegar al puente, lo juntaron contra él. Cuando pasa a este lado del río, por donde estaba la fábrica de aceite de los Agustines o García Franco, por su propio pie, el agua subía hasta una alberca que le hicieron en la ladera que cae por donde baja la carretera hacia el puente. Desde esa alberca, el agua iba al molino y con su fuerza, movía los cuatro empiedros que tenía. Toda una perfecta obra de ingeniería y un trabajo de moros para traer el agua al molino y que esta agua transmitiera energía.

Miro concentrado y como no sé nada más de este tubo ni del agua que por él corre, sigo en mi rumbo y voy a lo mío. ¿Pero qué es lo mío y en esta otra tarde silenciosa y solitaria?

Por el lado izquierdo, nada más terminar de cruzar el puente, una senda estrecha que lleva a una especie de garita. Se le ve ahí, bien construida pero metida entre la espesura del monte. Tampoco puedo decir qué es esta garita. Varias veces la he recorrido pero nunca pregunté ni llegué a saber ni lo que es ni para qué sirve.

También por este lado derecho y pegado a la carretera, sobre una roca, un gran panel donde en aquellos tiempos rotularon una especie de plano croquis. Se ve la carretera que atraviesa la Sierra de las Villas y a lo largo de su trazado, señalados algunos de los puntos más importantes: los Cerezos, el Tobazo, el Topadero, Mirador, Agua los Perros, casa forestal de Carrales, el Ojuelo, Aprisco, casa forestal de la Parra, refugio de la cueva del Peinero, merendero con fuente, el Pocico, casa forestal de la Fresnedilla, embalse del pantano de Aguascebas, desviación hacia Mogón, Cazorla y río Guadalquivir.

Un croquis muy simple pero que orienta algo a las personas que por primera vez entran por estos rincones. No sirve casi para nada a los que ya conocemos algo más. Y sin poderlo evitar, me digo como tantas otras veces, que es necesario crear obras y ayudar a los demás en aquellas cosas que ellos no sepan pero el rigor, la pulcritud y la profundidad ¿por qué ha de ser excluido?
- Es que lo que vende es lo rápido y poco complejo.
Me dijo él.
- Pero a la larga ¿qué es lo que queda? Porque en cuanto se sacia la primera y elemental necesidad, se busca porque se necesita más y si la obra carece de este más, ya no sirve. No es buena sino para el primer paso y eso contiene mucha pobreza. El rigor y la profundidad no lo veo yo separado de lo ameno y de interés general. Me choca que en el croquis hayan puesto la palabra "aprisco" cuando en mis años por estas sierras y muchos cientos de kilómetros recorridos, jamás oí esta palabra de boca de un serrano. Majá, tiná, corral, tapuela, cenajo, toril, covacho son las palabras que ellos usan por aquí para referirse a lo que hace alusión la palabra aprisco. Que ciertamente es buena pero en otros lugares del mundo, menos por aquí.

El puente que ahora mismo acabo de cruzar, fue construido cuando se le dio vida a la carretera asfaltada de la Sierra de las Villas. Para que pasaran los camiones cargados con los troncos de pinos que cortaban por toda esta gran sierra. Muchos camiones de madera que salían por aquí y se llevaban su carga a otros puntos lejanos. Y en la construcción de este ahora nuevo puente y bueno, trabajaron casi todos los hombres que por aquel entonces vivían en los mil cortijillos de estos lares. Pastores, carboneros, pegueros y

otros. Y como está justo al lado de lo que anteriormente y desde tiempos lejanos había sido el gran molino de los Agustines, al puente le dejaron el mismo nombre que ya venía teniendo desde hacía mucho tiempo.

Pero antes de la construcción de este nuevo puente, justo aquí mismo, existía otro mucho más sencillo pero tan practico como el que ahora hay. Un puente que era de madera sujeta en tres pilares, uno en el centro del río y dos a los lados. Troncos de pinos gruesos que iban de un machón a otro y luego cuartones trabados. Al llegar a este bravo y bello río Guadalquivir los serranos lo cruzaban con sus bestias cargadas de aceitunas, harina, leña, orujo y otros productos que ellos necesitaban para vivir. Cuando ya empezaron a sacar madera con los camiones, tuvieron que reforzar las estructuras de aquel sencillo puente de madera. Y un poco más tarde, ya decidieron construir el que ahora existe, de cemento e hierro. Y como tantas veces, con el progreso y lo nuevo, se rompió y perdió para siempre algo que también fue progreso en su tiempo y además, estaba cargado de belleza, amor noble y unas señas de identidad muy hondas.

Sigo en mi recorrido y atravieso las barreras de hierro que son control. Hoy lo no vigila nadie y por eso me lo encuentro abierto. Esta carretera, sigue y en un recorrido de sesenta kilómetros, atraviesa toda la grandiosa Sierra de las Villas. Por el lado derecho, enseguida como un rellano pegado al río y al arroyo de María. Una pista de tierra que por este mismo lado, sale y lleva al rincón que esta tarde necesito recorrer y luego a otros parajes más lejanos, todos llenos de olivos. Fundamentalmente esta carretera va a los olivares.

En el rellano que me queda por la derecha, más pegado a las aguas del río, muchos álamos. El suelo está cubierto por sus hojas y toda la llanura, circundada y recogida dentro de una alambrada. En aquellos tiempos, aquí, sí se podía acampar. En los primeros años del Parque Natural, las personas venían por aquí, ponían sus tiendas de campaña y se quedaban algunos días para gozar del fresco de este arroyo y de las limpias aguas. Más bien eran personas con buen gusto por la naturaleza y con deseo de aprovechar la tranquilidad que por aquí duerme. Después lo prohibieron y luego sembraron álamos y pusieron la alambrada. Hoy, algunos de estos árboles, ya están grandes. Han pasando los años y casi no me he dado cuenta.

La pista se desvía de la carretera para el lado derecho. Queda escoltada, por la derecha, por la alambrada y por la izquierda, por la carretera que empieza a subir para meterse en la profundidad del arroyo. Entre la carretera y la pista, un montón de zarzas y algunos árboles sin hojas. Se va cerrando hacia el arroyo de María y sigue con su firme de tierra como en aquellos días. Se nota que la recorren muchos coches pero está bien.

Traza una curva y ya tengo el puente frente a mí. Por la izquierda, en esta curva y entre la carretera, me queda una higuera. De ella tengo cogidos

muchos higos. Mas pegado al arroyo, un cerezo viejo donde se enredan las zarzas y las parras. Hoy no tienen hojas pero en otros tiempos, de ellas cogí exquisitos racimos de uvas. El puente es de un sólo ojo apoyado a un lado y otro casi en la misma tierra natural. Tiene dos barandas de hierro a los lados y a su ve, cada una de estas barandas tiene dos hierros.

Me asomo por el lado izquierdo y veo al arroyo que viene bajando bastante lleno, de aguas muy limpias. Se mete por el puente cuando justo en el surco, una roca lisa le ofrece como dos canales para que pase. Una canal de estas, me la encuentro revestida por el fondo de musgo verde y la otra, se cubre con musgo algo blanco. Se mete por debajo del ya las dos mucho más juntas y forman un juego precioso de remolinos, cascadas menores y pozas. Miro hacia arriba, en la dirección en que este arroyo tiene su nacimiento pero en las altísimas cumbres de Prao Chortales y, al lado derecho, una higuera.

Sobresale del arroyo y sin hojas ahora. Recuerdo como en aquellos tiempos bajo ella y a las aguas de este arroyo, acudía por las mañanas y por las tardes a lavarme. Unos metros más arriba, se remansa un charco que han construido muy artesanalmente. Es donde en verano se bañan los pocos que por aquí todavía pueden venir. También fue nuestra pequeña y preciosa piscina en aquellos tiernos días que no se me apagan en el alma.

Según miro a este arroyo, por el lado izquierdo, las rocas me saludan arropadas por las zarzas, las ramas algo secas de las parras que se enredan por las ramas del cerezo y la maraña de otras plantas. Dejo que mis ojos se vayan arroyo arriba y lo veo venir por entre la espesura de la vegetación. El agua es clara y verde azul como en aquellos días. Como si aun fuera la misma y con el mismo traje de luz y sombra que aquellas amables mañanas y tardes.

Me muevo para el lado derecho. Me asomo y apoyado en la baranda. Veo a la corriente recién salida de la oscuridad del puente. Ahora se recoge mucho más. Como en una canal estrecha. Tiene el fondo tapizado por el musgo verde. A unos cinco o seis metros más abajo, por donde ya se acerca al gran río, se ensancha y remansa. La roca por cuya superficie se desliza, ya es blanca sin musgo verde que la cubra y entonces se viene un poco para la izquierda. Existe ahí como un escalón y al rebasarlo la corriente, forma una cascadita casi de juguete pero resplandeciente de belleza. Se abre mucho. Por el centro cae un caño más grueso y luego, por los lados, se hace más fina y con menos agua.

Por la derecha de este arroyo, según miro hacia el río, crecen las zarzas, juncos, muchos álamos. Al fondo, adivino el lecho del río porque desde este punto mío no lo veo claramente. Al otro lado, sí veo las casas de lo que en otros tiempos fue el viejo molino de los Agustines. Son como varios cortijos unidos entre sí, esta tarde, de paredes muy blancas y con otra

presencia porque son otros tiempos.

Por la izquierda de este arroyo según sigo mirando para el río, pues tengo también muchas zarzas, álamos, lentiscos y el durillo que ya está a punto de florecer. Una margarita blanca y sigo avanzando un poco. Antes de retirarme de las aguas de este arroyo, mi pensamiento vuela hacia las cumbres y barranco de donde viene. Las primeras fuentes manan en las partes más elevadas y escarpadas de la sierra que a mis espaldas tengo. Cada una en un punto distinto y en barrancos casi misteriosos, arropados de sombras y espesura de matorrales.

La que llega por el arroyo Martín, afluente del arroyo María unos metros más arriba de donde ahora me encuentro, mana casi en las mismas cumbres de la Albarda. Cerca del cortijo que se cae en la soledad del barranco, ya solitario y abandonado. La que baja desde los primeros metros del arroyo principal, algunas nacen en las llanuras de cañá Somera y otras, cerca de las también viejas y abandonadas casas de Prao Chortales. Y las que vienen desde el lado de Cuevabuena, brotan en las entrañas de la pétrea cumbre de las Lagunillas. ¡Desde qué rincones y qué parajes vienen estas limpias aguas y por qué cascadas y surcos oscuros no han pasado! Y por un momento, siento envidia de ellas. Porque tanto en aquellos días como ahora, todavía siguen con su misterio velado antes mis ojos. Sus secretos más finos e íntimos, les pertenecen con toda la plenitud y ni siquiera a mí me los quiere comunicar.

- Quizá por esto nos ves tan misterio.
Parece que les oigo decir. Y desde mi amor y soledad, les pregunto:
- ¿Qué es lo que queréis decir?
Y ellas:
- Cuando los humanos llegáis a conocer los misterios de las cosas, estas dejan de ser hermosas a vuestros ojos y a vuestra alma. Quizá el misterio es necesario para que tus sueños y deseos de libertad, no se marchiten.
Pienso que en el fondo tienen razón y con el mismo dolor en mi espíritu, me aparto del arroyo.

Sigo avanzando unos metros por la pista de tierra. Tampoco sé ni a dónde lleva esta pista ni cómo son los paisajes que atraviesa. En aquellos días la quisimos recorrer en varias ocasiones. Siempre nos quedamos al comienzo porque su interés y el mío era otro al que hoy tengo. A unos cinco metros por la derecha, una gran piedra negra. La miro porque recuerdo que fue mi compañera en aquellas tardes y noche y me la encuentro todavía arropada y medio cubierta por las zarzas y la hiedra de hojas menudas.

Era y es como la que servía de entrada al rellano que se eleva por la izquierda del arroyo. El trozo de tierra que fue huerto en los tiempos más lejanos y luego sirvió para que los turistas acomodaran sus tiendas. Al final

de esta plazotela y donde ya sólo hay zarzas, nosotros pusimos la nuestra. Bajo las ramas mismas del álamo viejo y por donde ya no se podía avanzar más. Rozo la roca y me tropiezo con el tronco del grueso cerezo. No tiene hojas esta tarde pero sí lo recuerdo de otros tiempos. Es hermano de los que crecen en las casas de Prao Chortales, de los que sembraron en el cortijo del barranco de la Albarda y los que todavía dan cerezas en la fuente del Cerezo, junto a la Choza de Martín. Ellos plantaron unos y otros y ahora ya no están para seguir viéndolo y comerse sus cerezas cuando llega la primavera.

Sobre el tronco y pegado al suelo, lo cubre las hojas secas de los álamos, la hiedra y las ramas de un lentisco. En sus ramas no tiene hojas porque los fríos del invierno se las han llevado pero le nacerán cuando se acerque el bien tiempo. Le brotarán también las mil flores rosadas y luego se llenará de cerezas rojas.

Avanzo unos metros. Sigue el rellano, una repisa menor ganada a la ribera del arroyo para huerto de tomates y pimientos y ahora, puro terreno baldío para zarzas y rosales silvestres. Hacia el surco del arroyo, se mete como una pista deteriorada. La recuerdo porque nos sirvió de camino para llegar al charco alargado donde nos bañábamos. De no usarse, está comida por las zarzas, los juncos y hasta algunas esparragueras. Un álamo y ya me encuentro frente al escalón que la roca le presenta a la corriente para que esta se haga cascada. Un gran caño por el centro, dos más por en lado donde me encuentro y al otro lado, el arroyo total. Queda sujeto con la cerca de una alambrada que, algo después de aquellos días nuestros, pusieron por aquí.

De aquí para abajo se remansa durante unos metros. Se le ve el fondo ahora blanco, se vuelve a meter por entre los tarayes y en unos metros más, se entrega al río. El charco de nuestros baños, se remansa un poco antes. Al caer las tardes de aquellos días, cuántas veces no nos bañamos aquí. Sus aguas siguen siendo claras y, como en aquellas tardes, parecen invitar al gozo. En aquellas tardes, estaban frías y hoy, pues seguro que también lo están pero no me animo. Me pesa tanto la melancolía y la ausencia de lo que estoy palpando perdido, que ahora, hasta sería para mí un enorme sacrificio meterme en el charco. ¡Lo que son las cosas y cómo la vida torna amargo lo que fue dulcísimo en otros tiempos!

Pero también, como al correr del tiempo, aquello que fue dulce y casi puro sueño en el momento de existir, no muere sino que permanece con la frescura y belleza del primer momento. Y como lo que fue placer casi infantil y de ternura primaveral, sigue viva pero ahora doliendo aunque parezca que ya ha enmudecido para siempre. Y lo digo, porque por el lugar que esta tarde estoy pisando, en aquellos días que llamamos de vacaciones, me moví casi en los brazos de un frágil sueño y desde entonces, por aquí sigo sin poderme ir. Agarrado al recuerdo de aquel trocico de primavera vestida de flores

limpias, que fue real pero fugaz como un inseguro pensamiento.

Miro a un lado y otro como si esperara encontrar lo que en el fondo necesito y deseo pero como el tiempo ha levantado tantas murallas viejas y ha sepultado tanto en las cavernas del pasado, sólo encuentro rumor de agua, bosque verde, aire fresco y ausencia que hiere hasta lo más hondo. Acudo al cielo y como sé que es ahí donde únicamente encuentro consuelo cuando las cosas materiales se me desmoronan sin remedio, cual niño que se siente culpable y espera un perdón y una mano para levantarse, me refugio y paciente espero.

Me vuelvo otra vez para atrás. Subo despacio y ya estoy en el rellano que da compañía al arroyo por este lado. Giro para la derecha, sigo una imperceptible senda que va por entre las zarzas hacia el final de esta plazoleta llana y enseguida, los álamos. Recuerdo que ellos fueron, en aquellas noches de conciertos de grillos y sinfonías de aguas rompiéndose, compañeros míos. Ellos me miraron y hasta dejaron que mis manos los rozara al entrar y salir de la tienda. Muchas hojas secas por el suelo, tallos de zarzas y algunas hojas de hierba. A continuación, por la izquierda y entre las zarzas, otros álamos más joven. Más cerca del arroyo, el tercer álamo. El grueso que tenía y sigue teniendo la gris piedra apoyada contra el tronco.

Fue justo en este punto donde pusimos la tienda. Algunas de sus cuerdas estuvieron amarradas al tronco. En la piedra, al atardecer se sentaba con su juego entre las manos, frente a las aguas cristalinas que, como hoy, saltaban por el arroyo. Mis ojos miraban distraídos y a ratos se asombraban porque dentro del pecho, el alma se asombraba y lloraba de pura satisfacción. Tan bello era el cuadro, la tarde, la sombra fresca, el rumor de la corriente, su figura de luz y la gracia que desde su rostro fluía, que a cada minuto me decía: “No puede ser real. Lo soñé tanto y descubría tan imposible, que ahora que lo tengo antes mis ojos de carne y sangre, no creo que sea real. Porque además, lo siento regalo total y eso es lo que menos merezco. No creo que sea real”. Pero era real aunque me resistía creerlo.

En la misma piedra, al amanecer, yo me sentaba y con el alma ardiendo y los pensamientos ensalzados en batallas anchas, miraba al arroyo. Sabía que pasaba por ahí mismo y hasta oía el rumor de su corriente pero mi cuerpo, estando, no estaba. Y menos todavía cuando la luz del día asomaba por las cumbres rocosas de la sierra que corona al Charco. ¡De qué magia más divina se vestía todo el barranco! ¡Qué luz la de aquellos amaneceres, qué perfume, qué tonos en los árboles y las rocas y tibia brisa besando casi de puntillas! Y a mi lado, casi rozando las fibras de mi corazón, el trocico de primavera ya todo en flores abiertas pero todavía durmiendo.

Se me viene ahora a la memoria, el perfume de algunos de aquellos sencillos relatos que compartimos limpiamente. Frente a las deliciosas aguas

del arroyo nos sentamos cerca del Viejo del Bosque. Todas las tardes, cuando el sol estaba cayendo por las cumbres de los olivos, aparecía él. Bajaba por la senda que en compañía del arroyo se va perdiendo, se acercaba a nosotros, nos contaba algunas de las muchas historias que conocía y cuando ya la noche avanzaba, con la luz de la luna, se volvía por su senda y se quedaba perdido en la honda oscuridad del barranco. Al fresco de la sombra y mientras el hermano viento nos besaba tiernamente, gozábamos de la fantasía, la belleza y el dolor de sus palabras. Recuerdo uno de aquellos dulces cuentos.

“El otro día, la niña y sus primos, se fueron por el bosque. Era invierno y hacía mucho frío. El cielo estaba lleno de grandes nubes negras.
- Subamos a las cumbres y llamemos a las nubes para que vengan y rieguen los campos.
Propuso la niña y así comenzó la aventura de las nubes negras. Hacía mucho tiempo que no llovía como lo había hecho en otras épocas y por esto, muchas encinas, muchas sementeras y muchos manantiales, se estaban secando.

Desde lo alto del monte dieron grandes voces.
- Nubes, venid, queremos jugar con vosotras.
- Nos da miedo.
Contestaron las nubes.
- ¿Por qué?
Le preguntaron los niños.
- Porque vosotros sois hijos de los humanos y ellos siempre nos tratan mal. Nos asfixian con sus humos, nos ensucian con sus desechos y nos impregnan de sus malos olores. Por eso estamos enfadadas con ellos. No queremos regar sus campos porque son malos con nosotras.
- Pero no temáis, nosotros somos buenos.

Soplo el viento. Avanzaron las nubes y al poco estuvieron junto a la niña y sus compañeros.
- Bajad y jugar con ellos.
Les decía el viento a las nubes empujándolas.
- No queremos. Nos da miedo. Ellos también van a reírse de nosotras.
Y se fueron volando por lo más alto de las cumbres. La niña subió aun más alto y desde una roca extendió su mano y las acarició.
- ¡Ay que gustico!
Exclamaron las nubes y entonces empezaron a deshacerse en pequeñas goticas de agua.
- ¡Gracias, muchas gracias!
Dijo un pequeño pino que estaba medio seco.
- ¡Gracias, gracias!
Dijeron también varias matitas de hierba que se marchitaban junto al arroyuelo.
- ¡Mil millones de gracias!

Van proclamando uno tras otro todas las madroñeras del bosque.
- ¡Ay que gustico!
Seguían diciendo las nubes cada vez que sentían la manita de la niña acariciando su panza blanca.

Poco después el viento se fue. Se hace de noche y sobre los campos las goticas de lluvia siguen cayendo. Pasa todo el invierno y al llegar la primavera la niña con sus amigos vuelven al bosque.
- Mirad que verdes están todas las praderas.
Y los amigos les contestan:
- Es verdad, nunca antes vimos tan verdes las laderas de estas sierras.
- Gracias a ti, niña buena.
Exclama de pronto un viejo pino.
- ¿Por qué gracias a mí?
Pregunta ella.
- Cuando tú te fuiste, aquel día las nubes se quedaron y nos dijeron que tu caricia fue para ellas la mejor prueba de amor que habían recibido nunca de los humanos. En honor a ti decidieron quedarse para siempre y morir en estos campos a fin de que la hierba, los árboles y las flores, crezcamos llenos de vida para que tú nos puedas gozar y seas feliz.
- ¿Volverán más?
- Dijeron que volverán todos los años cargadas de aguas limpias y copos tiernos para regarnos a nosotros y para que tú tengas muchos arroyuelos donde poder jugar, beber y lavar tu cara y manos.

Y lo que dijeron las nubes sigue siendo verdad. En aquellos lugares del mundo, donde las montañas son tan bonitas y los bosques se espesan hermosos, las nubes vuelven todos los años. Durante muchos días se detienen sobre los montes de la Sierras de Segura y con amor, allí dejan caer sus tiernas gotas cristalinas.
- Para ti niña que fuiste tan amiga nuestra.
Dicen y así cada año los pinos están más verdes, son más abundantes los prados y se llenan de flores y más flores las riberas de los arroyos.
- Para ti porque tú siempre fuiste la más buena con nosotras. Para que tengas los campos más bonicos y los arroyos más claros que nunca nadie soñó en esta tierra.

Y esto, hoy todo el mundo lo puede comprobar. Por las montañas y campos de la Sierra de Segura los pinos son grandes como castillos y las praderas parecen mares pintados de esmeralda. Pastan por allí los rebaños de ovejas y retozan los corderos mientras el sol las acaricia y los arroyos, llevan el agua más limpia que nunca se ha podido ver en este planeta”.

A orillas del Guadalquivir, entre estas zarzas, a la sombra del viejo álamo que solitario ahora crece y se va secando, muy cerca de la corriente del arroyo más limpio y bello de la tierra, el que todos conocen por el nombre

de María, fue donde conocimos por primera vez al Viejo del Bosque. Aquí nos dio él su compañía y aquí nos enseñó algunos de los secretos mejor guardados de las sierras de este ahora Parque Natural y en concreto, las Sierras de las Villas. Nos transmitió el amor por la soledad de los barrancos y la dicha que produce sentir la lluvia caer sobre la espesura del bosque. Nos descubrió infinitos misterios de cañadas y praderas repletas de fuentes claras, de huertos verdes y de manadas de ovejas que balaban buscando a sus corderos. Nos llevó de paseo y, en sueños, por cada uno de los cientos de cortijos que en otros tiempos existían en los lugares más bonitos de estas sierras, nos mostró las sendas que surcaban y aun surcan por los despeñaderos más complicados y por los valles más rutilantes del planeta tierra.

Y hasta recuerdo que cuando ella le preguntaba:
- ¿Dónde tienes tu casa?
El siempre respondía:
- En la gran cueva de plata que se esconde en lo más hondo del barranco y entre las marañas más viejas.
- ¿Nos llevará algún día a ella?
- Si os llevo un día a ella, mi cueva, mi palacio solitario de hiedra verde y roca blanca, dejará de ser el secreto mejor guardado de estas sierras.
- ¿Por qué dices eso?
- Porque vosotros se lo contareis a otros y esos a otros y así, en poco tiempo, todo el mundo vendrá por estos montes en busca de la cueva del Viejo del Bosque.
- ¿Y eso no te gusta a ti?
- Ni me gusta ni quiero. Después de tantos años viviendo solo y apañándome bien, ahora no quiero que la turba de los humanos invadan mi paraíso y rompan y se lleven la paz que ahí siempre tuve.
Y le volvía a preguntar:
- ¿Pero cómo es donde vives tú?
- Eso, ya otro día te lo cuento.
- Es que nos gustaría ir para quedarnos allí contigo, darte compañía y enterarnos así que aquello es tan bonito como nos dices.

Al poco, aquel hombre bueno, de cara arrugada y tostada por el sol de la montaña, guardaba silencio. Si acaso se quedaba un poco más con nosotros dándonos compañía o quizá recibiendo el calor de nuestra compañía y antes de que los grillos terminaran la primera parte de su partitura musical, se despedía y se iba. Siempre se iba solitario por la senda que sube pegada al arroyo y algunas veces, a la luz de la luna, de espaldas y entre las hojas de los álamos, su figura parecía fundirse con las sombras de la noche. Lentamente se hacía sombra que se recortaba en el verde de las zarzas y como una nube de humo sin camino se fundía en el viento y ya dejaba de verse.
- Este hombre tiene su casa no en la cueva del barranco de las rocas sino en

las mimas sementeras del viento.
Decía. Se producía un leve silencio en todo el corazón de la cálida noche y en este momento se oía con claridad, con mucha más claridad que minutos antes, el rumor de la corriente del arroyo más limpio de la tierra, el siseo de las hojas de los álamos y el monótono canto de los grillos.

Aquello era y fue así y ahora lo recuerdo. Como una lluvia fina que cae sin que se le note pero empapa hasta lo más hondo para dar vida y que lo que esté muriendo, recobre fuerza y resucite. El tronco del álamo que todavía permanece verde muy cerca de las aguas del arroyo, cuánto no guarda y cuanto no podría decir si ahora le preguntara. Avanzo todavía unos metros más y ahora ya no puedo continuar. Se termina la estrecha senda que en aquellos días recorríamos para meternos por entre los olivos. Las zarzas han crecido mucho y cierran el paso. Sus tallos se cruzan de un lado a otro y aunque las hojas dan cierta confianza, sé que bajo ellas, se esconden las afiladas púas.

Voy al volverme y continuar con este paseo por la tierra de los recuerdos y el perdido tiempo y al mirar, para mi derecha, al arroyo, lo descubro entregándose al gran río claro. Sin buscarlo ni pretenderlo por mi mente pasa un pensamiento que se concreta, desde esta senda menor y el dolor que me quede como recuerdo, como en un símbolo. No puedo seguir porque la senda se termina. Así es como se van terminando muchas y muchas de las cosas que a lo largo de la vida vamos emprendiendo. Las zarzas, las hojas secas de los álamos del tiempo, la imparable marcha de los días que avanzan con la potencia de lo indestructible, van terminando o al menos cerrando el paso en la senda que creíamos era la certera y única en nuestro rumbo. Así mismo yo soñé y creí aquella presencia cuando en aquellos días fui tan feliz junto a la orilla de este mismo río. Pero ahora descubro que, como esta sendica que se termina y muere, aquello se terminó y murió sin permitir llegar a lo que en mi corazón soñaba.

Sin embargo, por el lado de la derecha, las aguas claras del arroyo, igual que en aquellos días, siguen entregándose al río. Y aunque ya sé que no son las misma, lo parecen y hasta parecen indicar que muchos ríos de los casi infinitos que a lo largo de la existencia nos van brotando de la vida, como las aguas de este arroyo, no mueren nunca. Que se entregan al río principal y siguen su rumbo hacia la región de la inmortalidad. Esto es lo que ahora mismo acabo de pensar frente a la cortica senda que se desmorona por entre las zarzas para que no pueda seguir más en esta dirección.

En una zona amplia y con muchas piedras y tarayes, es donde el arroyo se entrega al río. Al otro lado, las blancas y amontonadas casas de aquel viejo molino. Cuando estuve por aquí en aquellos días, todavía ignoraba lo que habían sido estas casas. Lo supe mucho tiempo después y bastantes después, fue cuando conocí parte de la historia de este viejo

molino ahora reconvertido como tantas cosas en estas sierras. La piscina y los trampolines que le pusieron, están pintados con otro tono que ni corresponde al de las aguas que saltan por el río ni tampoco al que debiera ser si tuvieran en cuenta lo que representa el noble molino. Pero así son las cosas. Unos se van porque el tiempo los hace viejos y otros llegan y sólo algunos respetan o tienen algún interés en conservar aquello que fue.

Me vuelvo para atrás y otra vez piso justo la tierra que soportó a la tienda que aquí montamos. Calla y se entrega al deber de acoger a las hojas que caen de los álamos mientras me grita porque yo la oigo. Lo sabe todo y sabe mucho más y como yo, soporta entre sus carnes la dureza de los recuerdos aunque nada puede hacer por revivirlos. Igual que yo. La miro y me mira y hasta dudo si todavía se acuerda de mí. Yo la amé y desde aquellas noches, no la olvido porque se convirtió, sin quererlo ella ni pretenderlo yo, en pieza dentro del equipaje que voy recogiendo hacia la ciudad de la luz. Las zarzas, espesas, la soledad, aplastando, el durillo, el frío viento y, Dios mío, cuánto no hay aquí ahora mismo contenido y cuánto no me duele el momento.

Los tallos de las zarzas, desde su centro, se estiran hacia mí mostrando en su punta los secos racimos de moras. No las que nosotros cogimos en aquellos días que, por haber pasado ya tanto tiempo, sólo son memoria en mi pensamiento, sino los del último otoño. En estos racimos todavía quedan moras. Secas, descoloridas y encogidas porque ya no es tiempo de moras pero aquí están y se alargan hacia mí como si quisiera que las cogiera. Ni siquiera los pajarillos, las ardillas y los ratones, se las han comido. Dentro de unos días terminarán de secarse del todo y cuando las lluvias y nieblas del invierno las pudran, caerán a la tierra para convertirse en abono y volver a ser alimentos de las mismas zarzas. Me salta la emoción dentro del pecho al tiempo que me digo que, como siempre, en cada rinconcico de estas grandiosas sierras, el misterio, la vida y la presencia de Dios, restalla con tanta fuerza como si sólo aquí y nada más que aquí estuviera.

Avanzo, regresando por el mismo caminillo y ahora recuerdo que por entre estas zarzas de la derecha y donde también crecen las esparragueras y los durillos, se nos perdió una navaja. Jugábamos con aquel juego que inventamos y la navaja saltó yendo a caer entre la espesura de hojas secas y los tallos de la zarza. La buscamos durante más de dos horas pero no la encontramos. Aquí se quedó para siempre y ahora lo recuerdo no porque la navaja fuera gran cosa sino por la belleza que vestía aquel juego y lo limpio que se me quedó grabado en el espíritu.

Recorro la escasa senda y vuelvo a salir otra vez a la pista de tierra. Al tocarla, me paro, miro para mi derecha y con los ojos y el pensamiento, la recorro. En los primeros metros, por el lado de la gran montaña que es el

arroyo de Martín y la Ermita de la Hoz, recuerdo que brotaba un chorrillo de agua limpia. Hoy no mana. Se ha secado y hasta me cuesta trabajo encontrar el punto exacto de donde salía. Sólo una roca tobáceas, varias matas de juncos, helechos y musgo, me indican por donde aun queda una miaja de humedad. A este hilillo puro, venimos muchas veces a por agua. Sobre todo, por las mañanas temprano a levantarnos y salir de la tienda. En el jarrillo de porcelana cogíamos el agua y luego vertíamos en ella varias cucharadas de leche condensada. ¡Qué buen desayuno era aquel y qué sabor más rico en las primeras horas del día! Lo recuerdo y recuerdo el rinconcico donde manaba esta fuente y ahora me entristezco porque tampoco está. Como si las cosas hubieran sido con una existencia tan corta y con una misión tan concreta que allí y en aquellos días, se terminó todo lo que ellas encerraban

Siguiendo esta pista de tierra que corre paralela al río que se va pero por entre los olivos y remontada en la ladera de la Ermita de la Hoz, se llega a varios rincones muy hermosos. Dos o tres cuevas grandes y bonitas, un elevadísimo y agreste voladero rocoso que cae desde las casas de la Ermita de la Hoz y al final, el cauce de un arroyo corto y las ruinas de otro viejo molino. Por ahí mismo va una senda que busca el viejo puente que sirvió y todavía sirve para dar paso hacia la carretera asfaltada que discurre por el otro lado. Desde ese punto, la pista sigue y se alarga hasta el arroyo del Chillar y luego mucho más pero ya me alejo mucho. Por aquellos días nosotros tampoco la recorrimos. Ya la fui descubriendo mucho después y casi siempre empujado y traspasado por la melancolía de los recuerdos dulces.

Aquel chorrillo, era precioso y su agua era limpia y fresca. Desde donde él brotó, me vuelvo para atrás. Ahora voy a pasarme a lado de arriba de esta pista y voy a recorrer la llanura de los álamos. La que ahora también han protegido con una alambrada y dentro, las zarzas se espesan. Pero hay una puerta y por ella voy a entrar. En esta llanura pone su tienda un amigo que conozco desde hace mucho tiempo y aunque los guardas le han dicho muchas veces que no, él sigue viniendo todos los años a pasar sus días de vacaciones a este rincón fresco. Muchas zarzas crecen en esta perfecta y bonita llanura que también, en los tiempos en que el molino molía aceitunas y se llenaba de vida serrana, estuvo sembrada de tabaco. Era este el tabacal o el maizal.

Desde donde brotó el bonito caño de agua de donde cogíamos para el desayuno, me muevo buscando la entrada a la llanura que ya he dicho. Miro al frente, siguiendo el profundo surco del arroyo María. Hacia las honduras y alturas de aquella derruida aldea llamada Prao Chortales, el barranco se hace misterioso. La oscuridad y la niebla lo reviste con un traje tan extrañamente hermoso, a la vez que espiritual y mágico, que con sólo mirarlo desde la distancia, el alma se asusta. De la mitad para arriba, lo cubre la niebla. De la mitad para abajo, le da el sol de la tarde y el resto ya y en lo hondo, queda en la sombra fría y misteriosa. Este barranco de María así es como se presenta

siempre. Tan impresionante que infunde miedo a la vez que ansia de irse por él a descubrir lo que sugiere.

Queda aquí, como ya dije antes, por este lado derecho del arroyo según subo hacia la aldea de Proa Chortales, otro rellano que es prolongación del que nosotros usamos para poner las tiendas. Tierras de huertas, los hortales que dieron buenos tomates, pimientos, calabazas y otros productos a los que daban vida al molino. Ahora lo circunda una alambra y como tiene una puerta, entro por ella. En primer término me saludan las espesas zarzas y los fríos troncos de los álamos. Algunos de estos álamos, se han secado. Otros, se han quebrado no sé si por el peso de las nevadas que cayeron hace cinco o seis inviernos, por la sequía que también hubo tres años atrás o por el peso de los años. Ya son viejos y como ahora ni labran la tierra ni cortan las zarzas ni los riegan, pues como yo, tienden hacia lo que no es visible con los ojos de la cara. Una higuera también casi rota y seca y, pegando a la ladera de los olivos que es por donde le llegaba el agua al manantial perdido, más álamos. Los que todavía siguen verdes y se estiran esbeltos buscando la luz del sol, por la parte del suelo, se los come la hiedra.

Desde aquí mismo, la llanura que fue huerto de maíz, arranca una gran mata de hiedra y remonta ladera arriba. Como si pretendiera coronar lo más alto de las sierras que por este lado se alzan y son la Albarda y umbría de Aguilar. Se escapa de entre las zarzas y los troncos de los álamos y agarrada a la agria tierra, sube por la pendiente hacia los olivos que le coronan. Me paro y durante unos minutos observo despacio el extraño y a la vez bellísimo fenómeno que la naturaleza ha esculpido por aquí. Es como si a conciencia hubieran sembrado aquí esta hiedra y con mimo la hubieran ido cuidando para que perfectamente tapizara este trozo de ladera. Y varios metros a la redonda no hay otra vegetación que no sea esta dormida y verde mata de hiedra. Cuando se termina la alfombra, aparece la espesura de muchas zarzas y luego toman el relevo los olivos.

Avanzo y voy pisando las hojas secas que también cubren espesamente al suelo. Unos tallos de durillo que están a punto de florecer, zarzas jóvenes porque las rozan en verano para poner las tiendas, más álamos caídos y secos y la llanura que se alarga arroyo arriba. Es muy hermosa esta llanura a pesar de la invasión silvestre. Casi al final, sin que lo sea porque la ribera de este arroyo fue aprovechada por aquellos serranos hasta la complicadísima cerrada del arroyo Martín, más álamos. Por la derecha me queda un puñado de olivos que ya hace tiempo dejaron de cultivar. Fueron apartados del cariño de las personas y la naturaleza se ha hecho dueña de la tierra. Las zarzas son las que van invadiendo toda la ladera y hasta los mismos troncos de estos viejísimos olivos. Casi nadie ya por aquí cultiva nada y por eso la vegetación ha crecido a sus anchas.

Antes del final de esta llanura, por donde le entraba la reguera que

traía el agua para regarla, una piedra gorda y casi redonda. Llama mucho mi atención porque se encuentra solitaria enmedio de la alameda y los zarzales. La cubre casi por completo las zarzas, más tallos de hiedra y muchas hojas secas. Un poco más arriba, una higuera, otra piedra más y troncos de álamos tronchados y medio podridos por entre las zarzas. Recuerdo ahora que aquella tarde de fresco viento, en esta piedra estuvimos sentados mucho rato.

Y aquel amigo mío serrano que ahora ya tampoco está en este mundo, entre otras muchas cosas interesantísimas y repletas de belleza humana, me habló del molino. Me contó cuando venían por aquí con sus burros cargados de aceitunas y luego volvían con los mismo burros cargados de aceite.
- El mejor aceite que nunca ha salido de las tierras de Jaén y de estas sierras, lo cosechábamos nosotros en los olivos de estas laderas y en el molino viejo que ahora también se pierde.
Me decía.

Y luego seguía diciéndome que me ponga un día y con mis propios ojos compruebe si es o no cierto esta realidad.
- ¿Y cómo?
Le preguntaba.
- Vete por los olivares que a un lado y otro de este río, todavía crecen y cuidan mimosamente. Descubrirás tú que olivos tan fuertes, sanos, verdes y buenos como estos no se crían ni en toda la provincia de Jaén ni en ninguna otra parte del mundo.
Y yo le decía que tenía razón.
- Si tú lo dices, me lo creo porque un serrano de aquellos tiempos, nunca miente.
Y él me respondía:
- ¡Qué bien lo sabes! Pero en estos tiempos las cosas son distintas.

Pasado el tiempo he podido comprobar que aquello era tal como él me lo describía. Por estas laderas, los olivos coronan hasta lo más elevado de las cumbres y se agarran hasta en las mismas piedras. Se podría decir que crecen estos árboles justo en lo que, tiempos atrás y muy lejanos, eran profundas y salvajes sierras. Los serranos las roturaron y la plantaron de olivos. Desde entonces aquí están y siguen dando las mejores aceitunas que nunca dio un olivo. Esto lo sabía él y me lo decía orgullos y ahora yo lo sé porque con mis propios ojos lo he descubierto. Y recuerdo que aquella tarde, también me dijo:
- Vuelve tu cara y mira a las blancas casas de aquel grandioso molino.
Miré y le dije:
- Ya estoy haciendo lo que me pides.
- Pues mira ahora al río que lo roza y baja tan repleto de aguas puras.
Le hice caso y otra vez le dije:

- Orden tuya, cumplida.
Y él:
- Pues mira ahora para las laderas que desde el río y el molino suben repletas de olivos.
Me fui con mis ojos por las laderas que al otro lado del río y desde el molino, suben y ya que estuve enredado entre los verdes olivares, le dije:
- Otra orden más cumplida ¿Qué pasa ahora?
Y entonces él me respondió:

- Ahora no pasa nada mientras no venga por aquí una persona inteligente, culta, sensible y amante de las grandiosidades de estas tierras.
- ¿Para qué quieres a esa persona?
- Para que escriba un libro.
Me quedé mirándolo y como se dio cuenta que yo necesitaba más explicación, siguió aclarando:
- Sí, he dicho bien, un libro. Porque desde aquí, desde donde casi nace el río Guadalquivir, emergen las grandiosas sierras de Cazorla, Segura y las Villas y crecen los mejores y más limpios olivares del mundo, se podría escribir el más bello de los libros.
Y le pregunté:
- ¿De qué quieres tú que hable ese libro tuyo?
- Del viejo molino de aceite junto al río Guadalquivir, en lo hondo de la más hermosa sierra y de los olivares que ya hemos dicho. Algo que sólo existe en este precioso rincón y por eso creo sería envidia del mundo entero. El Guadalquivir, la vena y corazón de Andalucía y los olivos, la riqueza mejor de toda la provincia de Jaén. Y estas dos realidades, justo al comienzo de lo que es también Andalucía y Jaén. ¿Qué otro rincón del mundo puede ofrecer mejores elementos y más bellos escenarios?
Y para rematar, le dije que probablemente tenía razón en casi todo y por eso su sueño me parecía hasta bonito.
- El argumento sería redondo y desbordante porque la virginidad de los paisajes así lo son.

Luego aquella tarde, durante mucho ramo estuvimos hablando de más cosas serranas y aquellos tiempos. Ahora lo recuerdo y como aquel momento se me quedó grabado en el alma, me siento feliz saboreando aquella fantasía suya. Esta tarde, sigo pisando la tierra de las zarzas y

Van por los olivares
de mañanica,
los aceituneros, madre,
a la recogida
y van por los escarchales
las aceitunicas
de los olivares verdes,
en las mañanicas.

Al caer la tarde, madre,
vengo del campo
manchado de aceitunas
y también de barro,
pero al caer la tarde, madre,
vengo cantando
porque el amor que quiero
me está esperando.

En el molino viejo
del río plateado,
convierten a las aceitunas
en oro dorado
y de ese aceite oloroso
yo estoy manchado,
en el molino viejo
del río plateado.

ahora llegó al final de la llanura. El barranco se estrecha mucho y por eso el arroyo ya no tiene riberas llanas a sus lados. La tierra que, a partir de donde estoy, sigue pegada al arroyo, presenta una maleza tan densa que es imposible avanzar. De aquí mismo sale como una senda y no lo es porque corresponde a la acequia que por este punto entraba a la tierra llana. Por aquí se meten las personas que en verano visitan estas sierras y por eso, a primera vista, parece senda. Pero se puede andar bien durante unos metros más. Remonto y llego al grueso tronco del último álamo. Me paro sobre una plazoleta tapizada de musgo. Muchos romeros, helechos secos, romeros florecidos, zarzas y durillo. Me preparo para desde este punto, volverme para atrás.

Pero todavía, antes de retirarme y continuar mi recorrido gozoso y triste, recorro con mi vista la profundidad del misterioso barranco del arroyo de María. Arranco desde donde estoy y continúo hacia las cumbres lejanas. Un espeso bosque de álamos, la carretera que sube casi oculta en la espesura de la vegetación, alegra el rumor del agua que salta por el arroyo y no se ve y el alma se me embelesa por entre los caminos invisibles que de este barranco sale. Me pregunté en aquellos días y me pregunto ahora, por qué este arroyo se llama como se llama: arroyo de María. Y claro que remite a una mujer pero ¿quién fue ella y qué hizo o le ocurrió para quedara perpetuado en este grandioso y bonito arroyo?
Me lo pregunté por aquellos días y aun hoy todavía ando buscando. No me conformaré con cualquier cosa que me diga cualquiera y menos con aquello que me pueda decir algún escrito científico. Sacado de otros escritos y documentos. Me gustaría descubrirlo desde la espesura de estos montes y las clarísimas aguas de este arroyo. ¿Quién fue María entre las personas que la conocieron y antes los ojos de Dios?

Me vuelvo y ahora regreso pegado al arroyo. Casi por el borde de la torrentera de tierra negra. Por la derecha me va quedando ahora el agua que corre y viene desde aquellas lejanísimas cumbres blancas y oscuras por la vegetación. No se terminan las zarzas sino que espesas se vuelcan hacia el surco del arroyo. Como una entrada por aquí para cruzar la corriente. Sale de la espesura y se le ve durante ocho o diez metros. Se embute entre las rocas y salta en una caída no muy grande pero sí bonita. Es casi una pura cascada de juguete. A continuación, se remansa, forma un charco que queda arropado, por el lado de la carretera, con bujes y zarzas y por el lado mío, la llanura y los álamos, por hojas y sombras de higueras, hiedras y álamos. Es un charco remansado, muy bonito y rebosante de aguas purísimas. Por los lados y en el fondo, lo tapizan algas muy verdes y más en el fondo, algas con tonos negros. ¡De cuánta belleza se reviste la naturaleza y hasta en el rinconcillo más oculto e insignificante!

Sigo por el borde de la repisa entre la llanura de los álamos y el surco del arroyo. Otra vez muchas zarzas que se van comiendo la tierra día tras

día. Quisiera acercarme al arroyo pero no me es posible por la espesura de la vegetación. Es como si la naturaleza tuviera necesidad de volver a su estado primitivo ignorando la presencia de aquellos primeros y de los que llegamos después. Otro álamo más que se ha caído. Ha quedado tumbado de un lado a otro del arroyo y casi lo atraviesa. Serviría de puente si fuera necesario cruzar la corriente pero tal como están las cosas ahora, sólo sirve para enmarañar más el bosque por el rincón. Es el álamo, tu álamo, el de tus juegos. Recuerdo que cuando estabas, por el tronco aun verde de este álamo, jugabas a cruzar la corriente. Fueron juegos inocentes, llenos de ternura pero que se quedaron clavados en el tiempo y en lo más hondo de mi alma. Ahora lo recuerdo porque la nostalgia me lo presenta con la fuerza de lo que es casi sangre mía.

Se terminan las zarzas, sólo en unos metros y se vuelve a ver al agua del arroyo. Salta por las rocas, donde las hojas de los álamos se amontonan y quedan adornadas por el verde musgo. ¿Qué tendrá el musgo que tanto atrae y besa gritando? Te gustaba cogerlo, inventar con él belenes, jardines, palacios excelsos y hasta no sé qué paraísos perdidos. Tres álamos de troncos gruesos, el cerezo, la higuera, la alambrada que ahora cerca este precioso rodal de tierra y la pista de que pasa por aquí. Hacia el cauce del arroyo, todavía una torrentera antes del puente. Es tu rincón preferido, nuestro rincón, nuestro secreto mundo mágico siempre lavado por la corriente limpia y siempre perfumado por el aroma de los durillos. ¡Qué bien lo recuerdo!

En la tierra, cuando aquellos días estabas, tallamos tres o cuatro escalones. Al amanecer, todos los días, bajábamos por estos escalones y en al agua fresca y pura del arroyo lavábamos nuestras caras, las manos y como estaba tan fría siempre hacíamos como que tiritábamos. Pero luego qué bien nos sentíamos. Cuando el día llegaba a su centro en este charco, el que se remansa al final de los escalones de tierra y bajo la sombra de la higuera, nos bañábamos. Lo recuerdo con más fuerza y gozo que si estuviera ocurriendo ahora mismo. Nuestro rincón, el único y sin nombre sobre la tierra, aún sigue mudo, vestido con su traje de monte verde y a la sombra que cae de la umbría. Es más fuerte ahora tu presencia que incluso cuando estabas. Por eso todo me sabe a ti y todo me habla de ti aunque siga mudo.

Un poco más abajo del charco, están las raíces de la higuera, un tronco con dos ramas, la vieja parra que sigue enredada en la higuera y enseguida el puente y el surco del arroyo que se cuela por debajo. Salgo de la alambrada y me vuelvo para atrás. Y ya está. Con estos renglones pongo punto y final a la vivencia de aquellos días que ahora sólo es recuerdo en mi espíritu. Sólo decirte que fue hermoso aquel tiempo. Lo sigue siendo aun aunque ya estés lejos y ni siquiera sepas que te recuerdo y lloro por ti. Fue hermoso aquel tiempo, que nació como cualquier flor por estos montes al llegar la primavera. Se marchitó porque quizá tendría que ser así pero el

perfume que dejó a mí no se me borra nunca. Conmigo lo llevo y en más de un momento hasta siento que nunca más tendré necesidad de buscar otros alicientes.

Tú, te me colaste tan hondo que me trascendiste y ahora sé que para la eternidad serás y seremos uno. ¿Por qué tuvieron que acabar las cosas como acabaron? ¿Por qué se desgajó todo después de aquella tan hermosa primavera? Entre otras muchas escenas que me causan dolor al tiempo que me hacen sentirme vivo, recuerdo la de aquella vieja estación del tren. Era por la tarde, hacía frío, sólo tres o cuatro personas que no conocíamos se movían por el recinto y entre los vagones del tren. ¡Qué paradoja! Una estación de ferrocarril, una vía de tren, vagones oxidados, silencios y mucha soledad cuando en estas sierras nuestras nunca nadie supo lo que era un tren ni una locomotora. Pero aquella tarde, qué melancolía más grande se cernió sobre el recinto cuando ya se alejó y te alejaste. Lo recuerdo ahora y aunque siento mucho dolor, nada puedo hacer para que las cosas vuelvan a donde me gustarían que volvieran.

Aquello fue extraño a nuestras vidas y a los paisajes que gozaron nuestros corazones por estas sierras. Muy extraño pero así sucedió. Por estos días ya andan terminando la recogida de las aceitunas. Por estos días otra vez el campo, el rincón, el viejo molino, las silenciosas veredas y hasta las flores de los durillos, otra vez se quedan solos. Sumidos en su silencio, con un delicado olor a aceitunas resecas y recién molidas en las piedras del molino y revoloteando en el aire, el trino de algún zorzal, mirlo y estornino. Todo sigue su curso como si nada hubiera ocurrido pero grabado en el azul del cielo y en el brillo de las escarchas, está tu nombre y mi corazón latiendo junto a él.

Así que me despido sin que me despida nunca de ti. Te tengo presente en todos los momentos de mi vida y te sigo queriendo. Con la misma o más fuerza que en aquellos benditos días. Pero como ahora ya soy más viejo, comprendo que muchas cosas tienen que ser como son y hoy vuelta de hoja. Quizá el Dios que nos dio la vida y que tanto con nosotros siempre hemos llevado, un día nos devuelva al paraíso que perdimos. Quizá sea así y hasta creo que tiene que ser así, porque realidades como la nuestra y paisajes como estos, me resisto a creer que desaparecerán para siempre. En algún lugar y de alguna forma, todo lo soñado y amado, se nos devolverá con el mismo esplendor de aquellos años de ilusión y gozo. Tiene que ser así. Te quiero.

La última tarde

Cuando ya se puso el sol aquel día, mis ojos dejaron de verte para siempre. Mi alma se llenó de una amarga tristeza y el corazón me empezó a latir con un ritmo tan lento y pesado que parecía morirse a cada segundo. No era consciente del todo pero poco a poco me fui dando cuanta que estaba

solo. Que el bonito sueño de tu presencia junto a mí y aquí, por donde corre el río y los charcos se remansan hermosos, se había evaporado. Se me quitaron las ganas de vivir pero como la carne seguía en su calor y empujada por la sangre, sin saber cómo, me eché a andar por los viejos caminos que surcaban las tierras de estas montañas. Para animarme y ordenar mi dolor en el tiempo me dije:

"Me voy a ir ahora y, aprovechando que mi Dios todavía me regala un poco más de tiempo, recorreré la tierra. Los paisajes que te pertenecen porque en ellos tienes tus raíces, en ellos naciste, tuviste tu cuna, jugaste y por eso casi ellos eres tú. Me voy a ir por las tierras que te pertenecen y fuiste dejando sin tu presencia y algo sin tu cariño cuando decidiste irte en busca de otra fortuna. A la ciudad, a la otra vida, a lo moderno, a la comodidad de tantas cosas que deslumbran y aquí no tenías. Y como tantos, también creíste que te iban a dar una felicidad nueva. Una dicha más honda, más completa, más placentera. Me voy a ir con tu recuerdo clavado en mi mente y tu ausencia quemándome en el alma, a recorrer los caminos que anduviste y ya se borran. A beber agua de las fuentes que conoces, a contemplar los paisajes desde las cumbres, a pisar la hierba de los prados por donde corriste, a respirar el viento que te besó en la cara, a recrearme en las florecillas que adornan las laderas y a tostarme con el sol que tanto acarició tu pelo. En cada solana, barranco, cañada, cumbre, collado, arroyo o planicie te buscaré y sé que te encontraré por lo esencial que eres en los paisajes y en mi alma. En esa soledad que es presencia rezaré por ti a mi Dios, que es también el tuyo, para que nos mantenga unidos en la distancia y viaje hacia la totalidad. Tengo necesidad, tendré necesidad de rezar cada día, cada hora, cada instante porque ello será y es el único alimento que le sentará bien a mi alma. Así que me voy a ir por la tierra que nos quiere y ni un sólo instante dejaré de pensar en ti, de sentirte a mi lado, de compartir contigo las horas y pasos que me sean regalados, por la tierra que te quiere y no puedo apartar de mi existencia".

En la verde hierba de los arroyuelos
y el suave rojo de los madroños
que tiemblan, en sus ramas, a los vientos,
en el limpio cristal del agua
que regurgitan los veneros
y mientras cae de las montañas
vienen cantando sus conciertos,
en las hojas secas de los álamos
que se pudren en el silencio
por la tierra húmeda y sagrada
donde jugamos nuestros juegos,

en la luz del alba,
las estrellas y los luceros
de las noches claras,
ahí y entre mis sueños,
te guardo a ti, mi dulce hermana
en el amor limpio de mi pecho.

Fuiste flor aquella mañana,
vida y luz en mi sendero
y fuiste rosa entre las zarzas
justo donde el río bello
de la sierra ya se marcha
y como tú, se hace juego.
Fuiste bálsamo en mi alma
sin querer y sin saberlo
y por eso, de ti me queda llaga,
un amor vivo hecho fuego
que me quema y no se apaga
aunque pase y pase el tiempo.

¡Oh tú, mi noble hermana
que eres sabor siempre nuevo!
No te borras ni te apagas
de este vacío y pobre pecho
que a todas horas palpita
y vive sólo del recuerdo.

Y todavía antes de que se acabara el verano recorrí medio mundo. Me fui primero por el gran valle del Guadalquivir en busca de su nacimiento. Más que nada, por ocupar el tiempo y distraer mi mente de tu recuerdo. Pero también por llenarme un poco más de la belleza del mundo de donde procedes. Me fui siguiendo las aguas del río y a cada curva, a cada charco, a cada remanso o cascada, detenía mis pasos y como no tenía prisa ni iba a ningún sitio concreto, allí me quedaba mirando al agua y gustándote en mi tristeza. Qué diferente era la sierra en tu ausencia. Qué sabor tan amargo e intenso dejaba cada trago de saliva o cada bocanada de aire respirado. Pero al mismo tiempo, qué resplandor y con cuántos matices nuevos, emergía de la hierba, de las ramas de los álamos, de las olas de la corriente del río y hasta de revuelo de las mariposas. Tú no estabas pero hacías que el mundo se me revelara con una fuerza y luz que hasta entonces desconocía por completo.

Me fui siguiendo la corriente del río en sentido contrario a como ésta desciende de la sierra y después de merodear por esos lugares de acampada para los turistas, los chiringuitos que por aquí montan y otras mil construcciones nuevas, llegué hasta la junta de los dos ríos. El cristalino que desciende de la alta sierra y se funde con el Guadalquivir por donde la arena se hace playas de plata. Es ese un rincón que a ti te gustaba mucho. Y por eso y como no estabas, junto al tronco de aquel viejo robles que sabes, excavé un rellano y me senté.

La venta del Floro, es la primera que tenemos al pasar el tranco desde el valle río abajo. En la misma hondonada del primer arroyo y todavía un poco alzada en la ladera sobre el río. Son dos casas las que tenemos ahí, aunque ahora, ya no son casas sino ruinas. La vieja queda metida entre las rocas, por encima del camino y la nueva, la que hicieron después y era más grande, está el borde mismo del camino.

Era muy buen terreno ese para sembrar huertos y aunque reducido, las higueras, granados y membrillos, llenaban todo el barranco. La venta de mi abuela que se llamaba de la Victoriana, es la segunda y no queda muy lejos de la primera pero más pegada al río. Casi en las tierras llanas que por la orilla, el río tenía por ahí. Se aprovechó también la hondonada del segundo arroyo que por este lado baja. Hay allí un rodal de tierra buena, donde sembrábamos los huertos y crecían las higueras, granados y membrillos. No donde ahora está la carretera, sino abajo.

El camino, por las casas esas que ahora han reformado y que le dicen fuente Negra, se metía por las de arriba y por las de abajo a dar al Charco, que unos le dicen del Aceite y otros de la Pringue pero siempre fue del Aceite. Lo de la pringue se lo han empezado a decir los modernos de ahora. Algunos dicen que será por los potingues que se echan los que en sus aguas se bañan o por cosas parecidas. Del aceite es su nombre primero y verdadero y claro que hasta es bonito por esto de que en esta tierra nuestra hay tantos olivos. Es un honor que el Guadalquivir, en su tramo alto, tenga un charco que se llame con el nombre de Aceite. Alto Guadalquivir, sierras y olivares de Jaén, dime tú si hay algo en el mundo que encierre tanta solera y grandeza.

Desde la venta del Floro, el camino subía y salía no a la punta del muro que tenemos ahora sino que se metía por debajo del túnel que es donde teníamos el verdadero tranco. Una asperilla de pura roca que para andarla tenía mucha dificultad. Era sólo ahí justo donde se presentaba el paso malo o más bien, con riesgo. El filo de la roca que sale del morro que baja. Como una cresta o pequeña muralla que no tendría más de tres o cuatro metros. La raspa esta, como sobresalía algo, cuando se acercaba uno, tanto por un lado como por el otro, no dejaba ver a los que venían por la otra cara. Sólo este punto era de verdad malo, porque luego, si venías para el valle de Hornos, en cuanto saltabas la cresta que es a lo que siempre nosotros por aquí le hemos llamado tranco, ya estabas pisando tierra buena. De olivos estaba sembrado todo eso.

Al borde mismo de la carretera, según se sale del túnel dirección a Villanueva, bajo las rocas, todavía se abre como una cueva. Un cenajo que mira al sol de la tarde y no tiene ninguna comodidad para vivir. Pues en aquellos tiempos, no siempre ni a lo largo de muchos años, ahí se refugiaba una pobre mujer. Tenía muchos chiquillos y algunas veces, los hombres que

pasaban por el camino, se paraban con ella para ejercer la prostitución. Unas escenas que por supuesto no engrandecía la nobleza de tantas familias serranas viviendo en sus humildes cortijos pero así era la vida también por estas sierras. La pobreza y miseria existía y claro que ellos no la querían pero donde hubo grupos de humanos, siempre se dio de todo.

Si se bajaba desde la Vega de Hornos hacia Villanueva, lo más difícil del Tranco, comenzaba justo en la raspa del morro, lo que ya hemos dicho era el tranco. En cuanto lo cruzabas, el camino mejoraba bastante pero como por ahí y hasta dar vista a las casas de la venta del Floro, que están metidas en el barranco, la ladera está muy pronunciada, todavía la vereda era mala. El mayor peligro que tenía este trozo de senda, es que se encontraran personas que fueran en direcciones opuestas. Por algunos sitios, sí se podían cruzar pero por otros, era casi imposible. Pero te digo que la dificultad estaba en la gran inclinación de la ladera que es entre rocas, piedras sueltas y tierra. Unos doscientos metros tendría este trozo de camino que iba desde el tranco serio hasta que se terminaba la ladera, ya dando vistas a las casas del Floro.

En ese punto se juntaban muchos arrieros en las dos direcciones. Tú ya habrás oído decir que siempre tenían que ir dos. Uno se paraba en una punta mientras el otro seguía para avisar al que pudiera entrar por el otro lado. Esto era para evitar cruzarse en el paso tan difícil.

Porque si se encontraban en ese tramo del camino, como era tan estrecho, no se podía dar la vuelta. Pero te digo que lo difícil de verdad estaba subiendo desde el charco del Aceite hacia el valle. Para abajo, no era tan complicado porque por ese lado había mejor terreno. Encontrarse varias bestias, no podían. Yo recuerdo haberlo pasado muchas veces y más aún cuando tenía que llevarle la comida a mi padre que estuvo trabajando en los sondeos del muro.

En cuanto se terminaba de cruzar ese trozo de asperilla tan malo que era lo que propiamente llamaban el paso del tranco, el terreno mejoraba y lo primero que te encontrabas era un cortijillo que se llamaba Gilillo. Fíjate qué nombre tan poco usado por estos lugares. Luego venían otros como el cortijo de la Lancha, por la derecha, la venta del Horcajo, casilla Quemá, la junta de los ríos y ya depende para dónde te fueras, estaba san Román y los cortijos de Padilla o el cortijo de los Parrales y los del Soto y otros muchos. Las tierras de la vega que cubrió el pantano eran muy ricas y en ellas se asentaban muchos cortijos importantes.

- ¿Y lo de tantas historias tenebrosas o de bandoleros?
- Eso yo creo que entra más en el mundo de la fantasía que de otra cosa. Tú ya sabes lo que pasa entre las personas de aquellos cortijos y covachas serranas. Yo que me he criado a dos pasos, como quien dice, de ese tranco

que era paso obligado a las dos partes de la sierra, no te puedo contar más realidad que la que ya te estoy diciendo. Era complicado andar la senda cuando esta se ceñía a las riscas del estrecho pero unos y otros la recorríamos poniendo siempre cuidado y, como tantos otros caminos de estas sierras, se andaba y al final quedaba la satisfacción de haber ido y vuelto cumpliendo con aquellos deberes que los trabajos de la tierra te imponía.

- ¿Por qué le llamaban el Rayo a lo que ahora es fuente Negra?
- Eso fue el Rayo de siempre y es que una vez cayo un rayo en una de las piedras que hay y ya se quedó con ese nombre. Luego le pusieron fuente Negra, que no sé por qué, ya que la fuente está más arriba y tampoco se llamaba así.
- ¿Cuántas fuentes había por este tramo del camino?
- Pues teníamos una en la venta de Floro, en lo de mi abuela, que ahora se ha secado, había otra fuente. Algo más abajo, donde hay todavía unos olivos, manaba una fuente grande. Se seca algunas veces pero siempre ha sido una gran fuente.

La fuente del Caminero, algo más abajo. Conforme va aquel filo de olivas, pues abajo estaba esa fuente. Había que "ladearse bien" para pasarla. Y le llamaban así porque ahí mismo, en una sencilla choza de piedras y monte, vivía un hombre. Estaba solo y se dedicaba, con una espuerta y una azada, a reparar el camino que bajaba desde el Tranco hasta el charco del Aceite. Era un trabajo que nadie se lo había encargado pero como el hombre no tenía tierras ni animales, se ocupó de este menester y hacía un buen servicio. Las personas que por ahí pasaban, cuando podían les daban una perrilla, una perragorda o algo parecido. Con esto iba tirando el pobre hombre y le decíamos el Caminero, por eso de arreglar el camino. La que ahora llaman fuente Negra queda más abajo. Esa fuente algunos inviernos la he visto yo echar como el cuerpo de un buey de agua.
- Pero desde el Tranco hasta los Agustines ¿el camino iba siempre por el mismo lado del río?

Había un camino que subía por esa ladera e iba a dar a Cuevabuena que está en la horquilla aquellas y más para allá, tenemos Prao Chortales.
- ¿Qué es eso de Cuevabuena?
- Un cortijo que ya se ha caído donde vivían un par de familias. Tenía aquello una tierra muy buena y una gran cueva donde los pastores encerraban las ovejas. La hermana Gregoria era la que vivía en Cuevabuena.

Miro al frente, por donde el sol de la tarde se va perdiendo y los picachos que se alzan por las cumbres que coronan el trozo del río que va desde el Tranco hasta el Charco, me parecen impresionantes. Siempre que paso por este tramo de la carretera, me llaman la atención las siluetas elevadísima de esos picachos, tan puntiagudos ellos, tan casi rozando el cielo

cuando esté es azul y tan casi perdidos en las nubes cuando en los días de lluvias cubren las cumbres y tan vestidos de verde oscuro por la vegetación que chorrea por sus laderas.

Miro despacio mientras me va contando y no acabo de hacerme a la idea que ahí, a esas alturas y entre cumbres tan complicadas y tremendas, vivieran ellos. Pero, además, según me dice, tenían su cueva de verdad donde encerraban a las ovejas cuando estaban pariendo y luego sus hortales que regaban y de donde sacaban tomates, patatas y otras hortalizas. Claro que el Prao de los Chortales todavía se encuentra más elevado y más en la profunda sierra. Casi en el infinito a pesar de haber estado allí varias veces y a pesar de lo hermosísimo que es ese rincón de la sierra. Pero esto de Cuevabuena, hay qué ver lo que me fascina por encontrarse en el lugar que tanto me asombra.

- De Cuevabuena a Prao Chortales no se echa más de una hora. La senda que lleva a Cuevabuena sale de ahí mismo y también sale al pasar el tranco y remonta por Cañadillas para arriba a dar al collado de los Lagartos. El de este lado es el de Pocico. Por la vaguadilla aquella, por el mismo cortadillo que se ve, allí están las paredes del cortijo. Los de Prao Chortales venían con frecuencia por aquí, era por ese camino por donde bajaban con las bestias.

Que también bajaban por el arroyo de María, el que tú dices que conoces pero ese camino estaba más complicado de andar. Porque allí, hasta la cascada que ya hemos dicho, sí se va bien pero de ahí para arriba, si no se conoce el terreno, te puedes complicar mucho. Por eso no me extraña nada que aquel día os perdierais y tardareis tantos horas en salir del rincón. Pero ahora que me lo cuentas, te digo que tú hiciste bien echándote por el mismo surco del arroyo. Tiene sus problemas pero se puede recorrer desde el Prado hasta el puente de los Agustines y ese sí es camino seguro para no perderse.

En la tarde tibia que el mes de enero desparrama por los barrancos de estas sierras, bajamos nosotros por la carretera. Queremos descender hasta el cauce del Guadalquivir a la altura de la que fue venta de la Victoriana pero nos desanimamos frente a la pendiente, la humedad del terreno y la larga cuesta. También por las alambradas que ahora han puesto encerrando a los olivos. Pero desde la carretera, miramos y mientras me explica, escucho atento:
- Pues aquellas blancas casas que se ven sobre los voladeros son la Ermita de la Hoz.
- ¿Y por dónde se llega a tan hermoso lugar?
- ¡Hombre! Un poquillo más allá de arroyo Martín, donde está el campamento, a mano derecha, se mete un carril para abajo y va justo a las casas de la ermita.

- ¿Quién vive allí?
- Dos o tres familias. Desde hace tres años nosotros tenemos allí un cortijo. De mi hermana que ya murió y está en el suelo. Más para arriba de lo del Cascabito tenemos otro cortijo, más para acá de aquello que se ve por debajo, y está también en el suelo. Aquello se llama el cortijo del Torrafejo. Se le quedó el nombre de Iznatoraf. A ellos le decían los torrafejos. En las casas de la ermita, a veces, hay cinco o seis familias. Casi todos parientes míos pero que como ahora tienen casas en los pueblos, de continuo no viven en este lugar.

Miramos hacia la hondonada por donde corre el río y abajo, una llanura.
- Se llama Era de Javier
- ¿Y por qué están abandonadas esas olivas?
- Porque nosotros mismo también las hemos dejado. Esas que tienen más montecillo, no estas de la derecha, que por ahí se empieza para arriba, son mías. Las otras, de mi sobrino y las que siguen, de mis parientes. Y fue la última parcela. Se hicieron unas particiones y dijeron: “bueno, pues ahí ahora van a llevar todos doce o catorce olivas”. Y ahí están todas comidas por el monte y abandonadas.
- ¿Y las tierras que pegan al río?
- Eso eran todo huertas, antes. Ahí enfrente es donde está la fuente del Caminero. Ahí se administraba el pobre hombre. Por encima de fuente Negra está la boquera del arroyo de los Masegosos.
- ¿Y la tierra llana que hay allí mismo junto al río?
- Aquello es que lo allanaron un poco pero el río pasaba no por aquella izquierda sino por la parte de la derecha. Lo arreglaron para el camping que pusieron en fuente Negra. De ahí sacaron mucha arena los de Villacarrillo.

- ¿Y cuando en aquellos tiempos llovía bien?
- Pues a la pobre gente, los que iban por estos caminos, donde les cogía los temporales se tenían que quedar en la venta de la Victoriana. A lo mejor estaba lloviendo seis y ocho días sin parar. Me acuerdo yo que hubo años que estuvo lloviendo hasta veinte días sin parar. Por la corriente del río pasaban los pinos con raíces y todo. Los que estaban cerca de la corriente los arrancaba el agua y se los llevaba río abajo. Por ahí hay una era. Pues de la era para arriba había un trozo de camino que lo cubría la corriente. Nadie podía pasar cuando el agua era tanta. Ni con las bestias.

Caminamos por el trazado de la carretera asfaltada y venimos hacia el muro del pantano. Antes de llegar al arroyuelo de la Victoriana me dice:
- Este es el poso de las monteses.
- ¿Y eso que es?
- Pues que las cabras monteses, cuando bajan al río, siempre pasan por aquí. Alguna que otra se va más para allá pero la mayoría pasan por aquí. Al otro lado del río antes se juntaban unos hatos de cabras domésticas que

daba miedo. Los de Cuevabuena eran los que más tenían. Después plantaron las olivas y de lo que sí me acuerdo muy bien es de cuando trillábamos nosotros en esa llanura que queda por debajo de las olivas, cerca del río. Primero estaba en aquel lado, por donde se ven aquellas olivas grandonas que son mías. Luego ya la hizo mi tío aquí en este lado.
- ¿Qué trillabais en la era?
- De todo lo que se cogía por ahí. En los sitios mejores se sembraba trigo y garbanzos. En los malos se echaba cebada y se dejaba que creciera a su aire. Trigo recogíamos para cinco o seis meses. Antes es que estaba todo muy diferente a como ahora.

- En el cortijo de la Victoriana ¿cuánto vivíais?
- Tres familias. Mis padres, una mujer que se llamaba Dolores, prima hermana de mi padre y mi abuela. Al final se quedó sola mi tía hasta que murió ahí. Ya por aquel entonces hicieron la carretera y nos subimos al cortijo que hay ahora por estas curvas. Lo de abajo, lo que pega al río, se quedó abandonado como el viejo camino que hasta entonces se había usado para entrar y salir de estas sierras.
- ¿Y te acuerdas tú de cuando andabas por aquí con las bestias?
- Hasta de cuando cogía los peces en los charcos del río. Los cogía con la mano en los agujeros de las piedras.
- Pero el río sería peligroso.
- Yo siempre he nadado como una trucha. Cuando era chaval, por aquí nos juntábamos por lo menos ocho o diez muchachos.

En la venta de los García Franco nos daban clase. Hasta ese lugar bajaban los de la hoya de los Trevejiles y allí nos juntábamos casi treinta muchachos. Los de la Hoya subían desde allí por ahí para arriba hasta sus cortijos. No por el carril que hay ahora sino por aquella ladera para arriba. Por donde ahora está el puente de los Agustines antes había uno de madera. En aquellos charcos también nos bañábamos y lo que son los muchachos, para divertirnos, metíamos las bestias en el río y nos echábamos encima para hundirlas en el agua. Por aquel punto del río había muy buenos charcos de agua.

- Y eso de la cambra ¿qué era?
- Pues un punto que había por ahí que era donde apilaban la madera. Le decían el “Cambrao”. Yo he visto bajar la madera por el río.
- ¿Cómo era?
- En los sitios más difíciles del río, donde hay muchas piedras, ponían monte y la encajonaban para que siguieran por la corriente. Si se les encasquillaba en algún sitio, con unos ganchos que tenían, la iban pinchando y tirando de ellas para que siguiera por la corriente. Tenían un gancho y un pincho. ¡No han padecío los hombres en este río encauzando madera! Junto a las orillas del río antes no había tanto monte como ahora. De labrar la tierra y tanto animales como había, el monte no crecía tanto como ahora. Antes todo el

mundo tenía ovejas, cochinos y cabras. Por todos estos prados del río también había muchas vacas. Como había muchos animales no había matas apenas. Se andaba por cualquier sitio y no como ahora que el bosque se ha espesado tanto que ni se ve por donde iban las veredas ni se puede dar un paso sin tropezar con vegetación. Está bien que se conserve el monte pero tanto, me parece que no es bueno. Estos de ahora se están pasando como se pasaban aquellos de antes. Unos por modernos y otros por antiguos.

Antes cortaban la madera mejor que ahora. Antes, al pararse la savia, la cortaban, se secaban las traviesas y al agua. Era por las fechas en que el río llevaba mucha agua cuando la echaban a la corriente. Por la orilla del río había muchas cuadrillas. Yo los he visto con un caldero en una lumbre y allí guisaban y lo hacían todo. Hasta me acuerdo cuando comían que rodeaban la caldereta aquella, cogían una cuchará y daban un paso para atrás y así hasta que se comían todo lo que hubiera en aquel caldero. Había un chiquillo que estaba pendiente y cuando veía que quedaba poco, cuando le parecía, tiraba la cuchara por el suelo y los hombres dejaban de comer. Allí quedaba para el muchacho un poquillo para que también comiera algo. Eso lo he visto yo con mis propios ojos y me gustaba. Aquellas personas, sin tener estudios ni ser culto como ahora, tenían su conocimiento y se ayudaban mucho unos a los otros.

Ya hemos cruzado el arroyuelo que baja desde Cuevaoscura. Seguimos subiendo por la carretera asfaltada y como no dejamos de mirar hacia la derecha, barranco por donde corre el Guadalquivir, le digo:
- En las ruinas de una de la venta que había junto al viejo camino que subía por el río, el otro día cogí algunas granadas.
- ¡Claro! Son los granados que teníamos sembrados cerca de los cortijos y en las acequias. Aunque ya todo se ha hundido y se desmorona en la soledad y el abandono, los árboles siguen vivos y dando los frutos como en aquellos tiempos. En la venta de arriba, la que estaba más cerca del muro del pantano, antes paso del Tranco, por allí es que tiene que haber muchos granados. Era una tierra muy buena la que tenía esa hondonada y el Foro la labraba con mucho interés. Por ahí tiene que haber dos o tres granados muy buenos. De esos mollares que le llaman que son los que los granos apenas tienen "pepitas". Pero ahora ya nadie recoge la fruta. Las cosas no son como antes que se recogía todo lo que crecía en las huertas. Las granadas se comían con las migas y estaban riquísimas. También cuando las personas estaban recogiendo las aceitunas, se echaban en la barja algunas granadas para comérselas de postre después de la merienda al medio día.

- De las dos ventas, la del Foro y la de la Victoriana ¿cuál era más pequeña?
- La de Foro. La de arriba está dividida en dos partes. Si has estado por allí, lo habrás visto. La que se encuentra entre las piedras es la más vieja. Lo otro, lo que está en la misma morrilla del camino, lo hicieron después y por eso es

más nuevo. De esa venta yo me acuerdo ahora de una aventura muy curiosa. Una tarde, subimos mi madre y yo. Habían amasado y tenían por allí un marrano. El marrano de la matanza que siempre hemos criado en estos cortijos serranos. Lo tenían sujeto con unas tablas. Cuando terminaron de amasar el pan, lo pusieron sobre los tendíos para que se viniera un poco, decían ellas. Se escapó el marrano y se fue derecho a donde estaba el pan. Pegó así una "gañafetá" y todos los panes salieron rodando. Los que no se comió el marrano fueron rodando hasta el barranco. De aquella aventura sí que me acuerdo yo muy bien.

- En lo del Floro ¿quién vivía?
- Pues primero vivió él y la abuela. El tío Floro que es como le decíamos. Y luego, han vivido los hijos. Los hijos uno se llamaba Miguel, Encarnación y María Clara. Ya han muerto todos. Una de ellas después vino e hizo las casas que ahora hay junto a la carretera. Tampoco vive ya. De esta familia sólo quedan hijos e hijas del hijo, del Miguel. También una nieta de la María Clara. Los de la Encarnación están por Francia y por ahí. Le vendieron las tierras a unos primos suyos y nadie queda por aquí.

Cruzando de un lado para otro va el tendido eléctrico que sale desde la central que montaron por la parte de abajo del muro del pantano.
- Este tendido lo montó no la Sevillana sino la Benjamol, que es como le decíamos nosotros. Estando trabajando en este montaje, ahí mismo murió un amigo mío. Estaba montado en un poste, le dio la corriente y ahí se quedó el pobre. Me acuerdo que uno de los que por aquellos tiempos mandaba en estas obras, cuando venía algún serrano pidiendo trabajo le siempre le decía:
- Yo soy tío cojones y ahora mismo no tengo trabajo para ti. Pero ven mañana a ver qué se puede hacer.
Al día siguiente volvía el pobre hombre, más cortijo y sin saber qué decirle. Tenía que venir porque en aquellos tiempos no había otra cosa y las criaturas se morían de hambre. El que mandaba le preguntaba:
- ¿Tú fuiste el que estuviste hablando conmigo ayer?
Y el hombre le decía que sí y luego le insistía en que necesitaba trabajar para que sus hijos no se murieran de hambre. El que mandaba le decía:
- Pues vente pasado mañana. A tal hora enganchamos.
¡Hombre, dile que sí el primer día y no tengas a la criatura humilladas y dando esos viajes! Pero así fueron las cosas por estas sierras.

Desde las casas de la curva de la carretera bajamos por entre los olivos y nos asomamos a surco por donde corre el río.
- ¿Cómo se llama esto?
- Todas estas tierras eran de mi abuela pero a este trocico le llamábamos el Tabacal. Se ve que ese rincón estaba más escondido y lejos de los caminos y por eso lo usaban para sembrar tabaco. Ahí mismo mana una fuente que le decíamos nosotros la fuente del Tabacal. Mi abuelo sembraba por aquí tabaco. ¡Qué hay que darse cuenta lo que padecía el pobre! Me contaba a mí

mi padre que de los garbanzos que criaban por aquí, mi abuela tostaba una almorzá, en la lumbre, en las ascuas, se los liaba en una servilleta y venía un muchacho y se los traía a una casilla que había por encima de la torrecilla aquella. Eso era lo que comía a lo largo de un buen día de trabajo. Le decíamos a eso las olivas de la Casilla. Allí hay una fuente y ellos estaban allí trabajando. En un cuchitril que no sé ni cómo podrían tirarse allí siquiera.
- ¿Y por qué se quedaba allí?
- Pues como tenía tierra por toda esta ladera que va hacia el túnel del Tranco, para no bajar todos los días a la venta del río, se quedaba allí. De este modo se ahorraba subir y bajar todos los días estas inclinadas laderas. Las pocas fuerzas que tenían las reservaban para el trabajo. Mientras que subía y bajaba estaba por allí haciendo algo. Las tierrecillas que quedan al otro lado, lo que no se ve desde aquí, le dicen la hoya del Lentisco. Era de Antonio el Foro. Se ve que allí había muchos lentiscos cuando pusieron las olivas y por eso se le quedó el nombre de la hoya del Lentisco.

- ¿Y el puntal ese donde está la era?
- Eso es la Tejera. Ahí había una casilla antes. Eso también era de mi abuelo. Lo que pasa es que el arroyo aquel, eso más malo, se lo vendió a uno de los de arriba, de los Masegosos. Empezó a decir:
- ¡Coño, que tú tienes muchas olivas! Hombre Francisco ¿por qué no nos vendes estas de arriba? Total que ya lo convenció y le vendió aquello que estamos diciendo.
- ¿Por qué se llamaba la Tejera?
- Porque allí han hecho la teja para muchos de los cortijos que había por aquí y más lejos. Posiblemente para el cortijo de abajo. Por allí hay dos garituchos que yo no sé cómo podían bajar por esos sitios con las bestias. Ya las he bajado agarrándolas del rabo para que se sujetaran. Para subir tenía que empujarles. Hacían tejas allí. Quizá se conozca todavía dónde fue exactamente.

Mi abuelo, primero vivió aquí abajo en un covacho. En un sitio que le decían la hoya del tío Diego. Eso se ve que era de uno que le llamaban Diego. Ahí se refugió mi abuelo y poco a poco empezó a trabajar por aquí y así se fue haciendo de todas estas tierras que ahora vemos. Él mismo se levantó el cortijo que ya venimos diciendo y después los hijos siguieron con las faenas.
- Y de tu madre ¿qué recuerdas?
- Muchas cosas pero lo que no se me borra nunca fue cuando ya se puso mala y murió. Yo era jovencillo entonces y no me daba cuenta de las cosas pero ella se puso mala y murió en ese cortijo de la orilla del río que venimos diciendo.
- ¿Y dónde la enterrasteis?
- En Villanueva. Desde aquí la sacamos en una caballería. Metida en la caja y unas pocas personas acompañando el entierro. Primero había que ir a por la caja al pueblo y luego llevarla. ¡Ya era eso penosos también!

En un cortijo que antes había en la Vega de Hornos, estando yo trabajando en las obras del pantano, se murió una mujer. Estaba dentro de la casa y la tenía cerrada por dentro. Tuvimos que entrar por una ventana y sacarla. Por una ventanucha pequeña y madre mía la lata que nos dio para sacar por allí el cuerpo de esta mujer sin vida. La metimos en una caja, la cargamos en un mulo y aquello fue un tormento tremendo hasta que llegamos a Hornos. A cada paso del mulo se torcía la caja y venga ponerle piedras, monte, ramales y la caja que se caía del mulo con la mujer dentro. Algunos muertos, yo no sé por qué, daban la lata más que otros cuando se les transportaba en las cajas sobre las bestias.

Vamos cruzando el arroyuelo que baja hacia la venta de la Victoriana.
- Por aquí mismo, me acuerdo que cuando yo pequeño, había ocho o diez colmenas. Cayó una nube muy grande y bajó una gran crecida por este arroyo. Se las llevó todas por delante. Sólo dos o tres quedaron.
- ¿Se sacaba mucha miel entonces?
- Sí que se sacaba pero no como ahora. Hasta en esto las cosas son de otra manera porque los panales ya se los ponen a las abejas hechos y todo. Entonces sacaban los panales, los cortaban y la cera no la aprovechaban. Aquí mismo había diez o doce colmenas. Venía yo con los colmeneros. Ellos con sus caretas puestas. Yo siempre como estoy ahora. Me picaban a veces pero yo no les hacía caso. Se me hinchaba un poquillo y ya está.
- Y con la miel ¿qué hacíais?
- Pues guardarla y comer. Íbamos comiendo miel hasta que se acababa. La untábamos en el pan, en la lecha, en el café. Para todo. Había azúcar pero los dineros para comprarla escaseaban mucho y por eso nos teníamos que apañar con lo que recogíamos de estos campos. Ahora se compra el azúcar, la miel y todo lo que quieras. Pero la miel es mucho mejor que el azúcar.

En aquellos tiempos también le sacábamos buena leche a las cabras y a las ovejas. Cuando les parecía se juntaban y decían: “Que mañana o pasado, nos vamos a juntar y vamos a sacar leche”. Luego, una parte nos la comíamos con migas y eso y la otra, la usaban para hacer queso. El queso de cabra es el mejor que hay. A mí es el que más me gusta.
- ¿Cómo se hacía el queso?
- Cuando se moría un choto pequeño, el cuajo de este choto lo dejaban. Cuando ya estaba seco lo molían y esos polvillos se le echaba a la lecha para que se cuajara. Luego se iba poniendo en pleita y se dejaba que se escurriera y cuando pasaban unos días se podía comer. Estaba riquísimo. Algunas veces nos lo comíamos fresco y otras veces esperábamos a que se pusiera duro. De las dos maneras estaba bueno. Luego se repartía, unos quesos para uno y otros para otros. El de Prao Chortales era queso ovejero y este de Cuevabuena, cabrero porque era donde más cabra había. Los dos quesos estaban buenos pero ya te digo, el de cabra a mí me gusta más.

- ¿Y los puerros?
- Pues Antonio Foro los cogía mucho. Por aquí siempre se han criado muy bien.
- ¿Y qué es lo que se come?
- Eso dicen que para las tripas y el estreñimiento va muy bien. Se escarba y se saca lo que hay debajo de tierra. Es una cabeza como la de los ajos que por eso le dicen también ajos porros. Hasta sabe a ajo pero es mucho más fuerte. Había quien freía y con las migas o sólo con pan, se los comía. Estos ajos porros se creían mucho por entre las olivas, donde haya humedad en la tierra y por entre las peñas como las esparragueras. Las flores de estas planta, como una bola redonda, unas son blanca como la nieve y otra algo violetas o moradas.

- La fuente de Javier ¿por dónde estaba?
- Cerca del río, en un huertecillo que hay allí pequeño, allí mismo nacía una fuente. Pero aquello se secó ya hace muchos años. De esa fuente cogíamos nosotros el agua para la casa de mi tía. A veces, cuando aquella fuente aflojaba y escaseaba el agua, pues como esa de la Era Javier, echaba un chorro de miedo, con una caballería y en una aguaderas se metían cuatro cántaros y con dos o tres cargas teníamos agua para un par de días.
- ¿Y la tiná esa que había cerca de Cuevaoscura?
- Era de mi padre.
- Pero si me has dicho que a tu padre no le gustaba el ganado. Que no tenía ganado.
- Eso es cierto pero luego los hijos suyos, sí hemos echado ganado. Esa tiná de mi padre los que más la usaban eran los de los Masegosos. Bajaban por aquí con el ganado y luego volvían para arriba. Si se les hacía tarde, pues en esa tiná encerraban el ganado. Luego, la basura la sacaba mi padre y la aprovechaba para las olivas y los huertos.

Rozamos las paredes de la nueva casa, que ya no es tan nueva pero como la construyeron junto a la carretera cuando trazaron ésta y por eso dejaron la de lo hondo del río, pues ellos le dicen la nueva. Por la parte que da al río, entre unas rocas, hay un buen montón de chatarra. Utensilios de hierro viejo y oxidado porque son de aquellos lejanos tiempos. Nos paramos y mientras voy mirando, cojo algunas herramientas y le pregunto:
- ¿Qué es esto?
- Eso es un badil. Un pedazo de un pico, un jarrillo de lata que era lo que se usaba para medir el aceite. Es de medio litro. También se usaba para medir el vino y hasta la lecha cuando ordeñábamos las cabras. Esto son unas trébedes y el mozo para sujetar la sartén.

Bajamos unos metros más y ya estamos asomados hacia lo hondo del río. Justo debajo de nosotros quedan las ruinas de la venta de la Victoriana. Me señala por entre las ramas de los lentiscos y me dice:
- Aquel covacho que se ve allí, ahí fue donde primero vivieron mis abuelos. Mi

Abuela Victoriana y mi abuelo Francisco. Ya te he dicho que luego fueron haciendo el cortijo y de la cueva se pasaron al cortijo. No era tan poco tan grande. Es que antes las personas se apañaban con poca cosa. Me acuerdo que le decíamos a mi abuelo: ¡Coño, un día tendremos que arreglar este cortijo porque ya no nos podemos "revolver" de tan pequeño que es esto". Y él siempre respondía: "No hay que ser tan exigentes. Tierra, sí hay que tener hasta donde le alcance la vista. La casa, conque nos podamos meter para refugiarnos del frío y de las lluvias, es suficiente". Y ahora, vengan casas, habitaciones y todo lo que se encarte. Cualquiera vive hoy en un sitio como los de mis abuelos.

- ¿Y esas plantas de hojas anchas y largas que todavía crecen junto a las ruinas del cortijo y pegado al arroyo?
- Mi abuelo le decía a eso "jabila". No sé si es así o Fábila. Pasado el tiempo he oído que otras personas le dicen pita y también áloe. No te puedo decir cual es su nombre verdadero porque esa planta, se ven que alguien la trajo de fuera de estas sierras. En algunos cortijos si la he visto sembrada pero en pocos y todos por estas partes bajas de la sierra. En las partes altas, por Santiago de la Espada, Pontones y esos sitios, se ve que no se da bien. Quizá puede ser que no le guste mucho el frío. Lo que sí sé es que esa planta, algunas personas la usaban para sacar unas hebras que le llaman pita. La sobaban muy bien, la dejaban que se secara y luego de esas hebras sacaban cuerdas y hasta sogas para los aparejos y las cargas de las bestias.

Por donde crece esta planta, desde el puntal de los olivos, que es donde estamos parados y observamos, se ve hasta el viejo horno. El que ellos usaron muchas veces para cocer el pan, las tortas de manteca y otros exquisitos alimentos.
- ¿Cómo le llamaban ellos a esa tierra que pega al río?
- A eso le decían ellos la Huelga. Allí por las saleguillas aquellas que se ven más abajo, es donde nacía la fuente que se secaba en los años de poca lluvia. Toda la pintá aquella de aquel llano de enfrente, era otra huelga. Eso ya, pues como echaron muchos escombros ahí cuando construía en túnel de pantano, se quedó perdido. Allí sí que había buena tierra. El río, a su paso por aquí, estaba pero que se ve ahora. Por este vado, tenía muchas piedras y como echaron muchos escombros, pues se quedó más nivelado. Por las covachas esas del río he sacado yo culebras hasta de dos metros de largas. La cosa de los chavales que se lanzan y se meten en todos los sitios. Cuando metía la mano en una covacha, si había un pez, lo sacaba y si tentaba una culebra, pues me decía: "Esta la saco yo". Tiraba de ella, la sacaba por esos cascajales y ella sola se volvía otra vez al agua. Los peces nos los comíamos pero los chicos y las culebras, no. Los pineros que iban antes por los ríos conduciendo troncos de pinos se comían hasta los lagartos y decían ellos que sabían a gloria. Las ancas de las ranas, también y todo bicho viviente por los charcos y las orillas de la corriente.

- ¿Cómo se llama el charco que vemos cerca de las ruinas?
- Es que antes, ahí no había charco. De tantos escombros como cayeron ahí y la broza que ha ido creciendo, el agua no tiene tiro y por eso ahora sí se forma el charco que estamos viendo.
- Pero había un buen charco por aquí cerca.
- El de arriba. El que nosotros siempre hemos conocido como el de la Cruz del Ahogado. Ahí es donde había un charco que te tirabas y luego para subir para arriba decías: "Leche ¿qué pasa aquí?" Ahí sí había un charco bueno.
- ¿Cómo fue eso de la ahogada?
- Había un fresno en este lado del río. Al salir de las escalerillas, por debajo. En la orilla de las olivas. Resulta que a la muchacha ahogada se le enganchó el pelo en una rama de ese fresno. Allí se la encontraron. Eso es lo que yo oí contar y decían que ella venía ahogada de otro sitio. Que se cayó al río mucho más arriba de este charco.
- ¿Recuerdas tú que se ahogara alguna vez alguna bestia?
- Los animales nadan muy bien. Al río hemos echado nosotros muchas veces los cochinos y sin problemas se cruzaban la corriente y se iban al otro lado. Y no se podía pasar el río de tanta agua como llevaba. Los marranos se estaban un rato por aquellas laderas y luego se volvían otra vez al río, se tiraban al agua y al cortijo a comer.

Un poco más abajo, por donde hemos dicho que estaba la cambra, es por donde se cortaba un poco el camino cuando había riada. Aquellas olivas que se ven allí son las del Canalón. Pues allí había un charcazo que daba miedo. En ese punto es donde yo he visto a las nutrias. De día nadando por el agua. Y de noche, me cago en diez. Como dormíamos con los animales por ahí, decíamos: "Vamos a ver si oímos a las truchas". Nos acercábamos al río y enseguida plas, plas, dos o tres "Champletazos" y a hundirse en las aguas del charco. En el Guadalquivir, siempre ha habido muchas truchas y en aquellos tiempos más que ahora. Eso que dicen que los serranos hacíamos mucho daño a la naturaleza. Pero esto es verdad. El Guadalquivir siempre ha tenido hasta trucha y ahora ni siquiera peces.

Una noche, en la venta de los Puros, en la cascada aquella que baja de la cañá de los Caballeros, pues por ahí se metió una para abajo. Ahora no me acuerdo qué persona era la que iba conmigo pero yo le dije: "Eso me parece que es una nutria". Y es que al pasar por allí, de entre el monte, salió un animal huyendo y se fue hacia la corriente del río. Yo las he visto muchas veces nadando por debajo de las aguas. Nadan con una elegancia y belleza que asombran. Por las noches salen ellas a las orillas de los ríos.
- ¿Y las habéis cogido alguna vez?
- Yo nunca he cogido ninguna nutria. Ni recuerdo que las personas que vivían por aquí hubieran cogido alguna. Son muy difícil cogerlas pero si uno se pone, como todo en la vida, se consigue.

- En aquellos tiempos, de las personas que pasaban por este camino

del Tranco hacia el pueblo del Villanueva del Arzobispo o al contrario ¿quién paraba en la venta de tu abuela?
- Cuando a las personas les cogía la noche por aquí cerca o hacía mal tiempo y todavía les quedaba mucho camino, se paraban y aquí se quedaban a dormir. Si venían muchos, algunos se subían a la segunda venta que ya hemos dicho era la del Foro, un poco más pegada al tranco que daba paso hacia un lado u otro. En el suelo es como se dormía otras veces. En las cabeceras aquellas que tenía mi abuela. La mayoría de las cabeceras que se tenía entonces eran de farfolla, de las hojas que se le quita a las mazorcas de maíz. ¡Anda que no se dormía bien!

Desde donde estamos asomados al surco del Guadalquivir y mirando hacia las ruinas de la ya desaparecida venta se ve el canalón por donde cae el arroyo que baja desde Cuevanegra. Entre nosotros y las ruinas de aquella venta, tierras llanas ya muy pegadas a la corriente del río, hay una mancha de espeso bosque. Por encima y por abajo sembraron olivos pero por donde se apiña este rodal de monte, no hay olivos. Más pegado a las ruinas de la desaparecida venta, de entre la espesura surgen unas potentes rocas. Le pregunto:
- ¿Cómo se llaman?
- Justo ahí es donde secaba mi abuela los higos. En las cuevas esas. Por el lado de abajo hay como una especie de cueva. En ese punto se abre como una sima, que es como le llamaban ellos. En esa raja, una vez, tiraron un perro dentro de esa sima y aquello fue lastimero de verdad. Hasta que el animal no se murió se pasaba los días y las noches chillando dentro de esa sima. Por lo menos una semana estuvo chillando hasta que ya se murió por agotamiento y de hambre. Aquello fue muy lastimero. No podía salir y chai chai, chai chai, hasta que murió. No supimos nunca quien fue la persona que tiró a ese perro en la sima que te digo. Nosotros nos asomamos a la sima con la intención de verlo y sacarlo, si se podía pero no pudimos verlo. A eso siempre le hemos dicho la hoya del Tío Diego.

- Cuando ya empezaron la construcción del pantano ¿qué cosas viste tú pasar por este camino?
- Los primeros tubos que llevaron a donde luego levantaron el muro del pantano, los vi yo pasar por la vereda que pasaba rozando la venta de mi abuela. Eran unos tubos que los cargaban sobre bestias y desde Villanueva los traían siguiendo el trazado de aquel viejo camino hasta el muro del pantano. ¡Madre mía que duro era aquello y cuánto sufrieron los pobres hombres que los acarreaban y las bestias! Antes del acarreo de estos tubos yo he visto pasar por ese viejo camino muchas pieles repletas de aceite. Venían a por él al molino de los Agustines. También vi pasar por ahí muchas maderas, costales llenos de harina, trigo y otros cereales. Por aquí la única bestia que se ahogó fue en el charco del Aceite. El charco de la Pringue que es como le han puesto ahora. Allí sí se ahogó un borrico.

- ¿Y el lugar llamado Tejera?
- Aquel puntal que se ve allí.
- Dónde ahora se levanta el hotel de Cañailla ¿había antes algún cortijo?
- Donde mismo está el chalé ese que han hecho nuevo, había un cortijo. Más arriba se encontraba la tiná. En la hoya del camino que sube a Cuevabuena. En ese cortijo vivían los del Prao. El tío Juan José, le decían. Hizo ahí un cortijillo para cuando se bajaba con los animales en las épocas de la nieve. Allí arriba nevaba más y por estos huecos se podía vivir y los animales podían comer algo. Ya sabes, cuando digo los del Prao, me estoy refiriendo al Prao Chortales, los cortijos que había en la punta de arriba del arroyo de María. Luego le vendió eso a un primo hermano de mi padre. Pasado el tiempo se lo vendieron al hombre que lo tiene ahora. Ese no es de aquí. Vino de Madrid.

- ¿Por qué no repasamos algunos nombres por aquí?
- Pues el portillo aquel que se ve allí, al lado de la vaguada esa más pequeña. Allí hay un portillo que se llama el puntal del Escribano. El de arriba es el collado de los Aires. Donde la piedra que más levanta, al bajar abajo. Entre medias y luego a subir así, de ahí para allá, todo eso es la lancha de la Escalerilla. Más allá siempre hemos visto a las monteses. Ahí mismo, en la piedra esa rubia que hay en medio, por debajo, nace un venero que se llama la fuente de los Tobazos. En ese punto también se han visto monteses. Por todo el poyatón aquel que se ven varias matas, que aquello le dicen la piedra del Engarbo, también se han visto. Más para acá tenemos la piedra de la Graja. El puntal que por todo lo alto baja para el portillo del Tranco, de siempre se le ha dicho los Legíos. Allí salen muchos caracoles de esos gordos. Los legíos del Tranco le decíamos nosotros. Legío es un sitio apacible para que coman ellos. Ese rincón siempre ha estado muy “enverdinao”.
- ¿Cogíais vosotros los caracoles?
- No mucho pero alguna vez sí los hemos cogido para comerlos. Desde el pueblo venían personas a buscarlos y cogerlos para luego venderlos en el pueblo. Más allá del Prao Chortales, iban a por cargas enteras de caracoles. Pero el caracol de allí era de ese pequeño, el “serranillo” que es como le decían ellos y era rayado. Estos de los Legíos eran más finos y más gordos.

- El túnel que conduce el agua que sueltan del pantano ¿por dónde va?
- Justo por aquel lado del río desde el muro hasta por debajo del charco del Aceite. En la punta aquella donde se deja caer el monte, donde allana aquello un poco, ahí mismo tiene una puerta. A la altura del Rayo tiene, otra y ya la salida al río que hemos dicho se encuentra cerca del Puente de los Agustines.
Desde el puntal donde estamos remontados frente al río y a las tierras donde estuvo la venta, nos movemos para los lados. Como ya estamos fuera de las tierras de los olivos encontramos muchas matas de hierba y monte. Una

parece esparto pero como no estoy seguro se lo pregunto:
- ¡Pues claro que es esparto!
- ¿Se cría por aquí?
- No mucho pero sí que se cría. Nosotros lo cogíamos y lo usábamos para hacer ramales. De estas matas se sacan crineja, pleita, cordel, sogas para lo que sea y esparteñas. En trenza o en ramalillo. De la crineja se hacen las esparteñas y luego se tejen unos cordeles y con ellos se cosen las esparteñas. Se hace una guita y se le hace la cara a la esparteña y el talón.

- ¿Cuál es el esparto bueno?
- Tiene que tener casi medio metro de largo. Por encima de lo de Foro habrá diez o doce matas de estas. No muchas, un roalillo allí. Lo suficiente para coger seis o siete mañas de esparto. De esas mañas grandes.
- ¿Mañas se llama?
- Un manojo pequeño que se divide en dos o tres partes más o menos iguales. En lo alto de un leño se picaba con una maza. Se machacaba bien para hacer cestos, cubiertas para las caballerías y cuerdas para atar todo lo que fuera menester.

Ya lo despido. La tarde va cayendo y como lo más importante, lo que de verdad apetezco y necesito, lo hemos repasado y andando, vamos despidiéndonos. Ahora siento tristeza como tantas y tantas veces en los infinitos rincones y caminos por estas sierras. Mudamente me digo que cuando otra vez llegue el invierno, todos estos barrancos quedaran cubiertos por las nieblas. Empapados por las lluvias, cubiertos por las nieves y las escarchas. Una vez más parecerá que el fin del mundo ha llegado. Que al alma se le ha terminado su tiempo de permanencia en esta estancia. Una vez más parecerá que estos montes, caminos, ruinas de cortijos, madroñales y olivares ahora tienen valor precisamente porque hubo un tiempo que fue amanecer y, aunque duro y doloroso, muy hermoso. Por eso tiene ahora sentido y saben a trascendencia las horas del atardecer. Y para mí me pregunto por qué ahora me quedo por aquí en forma de melancolía y gozo. ¿Por qué parece que por aquí donde tengo mis raíces, mi esencia última, el paraíso donde permaneceré todo la eternidad?

En el sueño yo vi como la mañana estaba clara, el viento sereno y el azul del cielo brillaba con una luz nunca vista en las cumbres de estas sierras. Y vi que varias nubes blancas cubrían parte del espacio del barranco hondo y desde las grandes laderas, espeso el monte, chorreaba.

Por el mismo centro seguía corriendo el río y por su orilla y desde el charco azul hasta el paso del tranco, como en aquellos tiempos, subía el camino pero hoy era mucho más ancho y bello.

Y por donde estuvo el tranco y ahora se alza el muro del pantano,

se presentaba la gran escalinata de asientos de cristal y por ellos repartidos, estaban los serranos viejos, casi todos de manos arrugadas y caras negras y de nombres desconocidos pero de sonrisas claras como las mismas aguas que fluyen por las fuentes del río grande.

Y por abajo, desde el charco, subía el cortejo con la solemnidad del misterio que es eternidad y al frente, desde las escalinatas del tranco, la voz del que había sido anónimo y, en su corazón, bueno, dijo:
- Ha llegado el momento que tanto hemos soñado.
Y quise preguntar cuál era ese momento pero ante la visión del barranco y la escalinata de cristal, coronada por la misteriosa nube blanca, donde sigue abierto el tranco, guardé silencio y esperé fascinado por su sonrisa clara.

La fragancia eterna

En la mañana fría de este mes de enero y cuando la nieve cubre blanca la cresta de los cerros, me arde la llama de aquel dulce momento que se abrió y se hizo eternidad por las laderas que son romeros.

Venía la senda toda en su luz cayendo desde el cortijo del puntal dorado y por ella, la hermana, la madre y la abuela, bajaban con su sueño y padre iba con sus ovejas hacia el lado de la cumbre que es guía del lucero y el hermano mediano también con su ilusión y su blanco perro, venía como jugando a un abrazo de cristal y viento y en este transparente y puro juego, llegó al borde del charco, cerca del copioso venero.

Y al instante se agacha y bebe y le dice a su perro:
- Acércate tú también y bebe que esta agua sabe a miel y a caramelo.
Y su perro bebe y mientras el hermano pequeño busca una piedra por el lado que besa el sol del crudo invierno y se sienta frente a las aguas que son espejo de Ti, de la eternidad y del azul del cielo y está él todo gozosamente pleno mirando a las aguas que chorrean limpias cuando ve que su perro bebe y no para y ve que por el ramal derecho, llega la hermana, la madre y la abuela y al instante le dan su beso.

Y como la princesa aquella, estaba rebosante de tu amor sano y de la presencia de lo que al corazón llena por dentro, la hermana pequeña dijo, sin querer y queriendo:
- Contigo, esta agua miel y con tu perro, me voy a quedar porque a tu lado ¡qué bien me siento!

Y cuando ya, de aquel cuadro tan sencillo pero de sinceridad bien lleno, ha pasado tanto tiempo, en esta mañana fría de este gris invierno, estoy aquí y sigo allí presente junto a las aguas del gran venero y al mirarlo desde la distancia y el calor que da el recuerdo, frente a la eternidad que me regalaste, me siento con mis brazos abiertos y recogiendo desde la mañana

que brota por el cerro hasta lo más íntimo de mi corazón y abrazo emocionado a la hermana dulce, a la madre reina, a la abuela incienso, a las aguas miel y a los paisajes y a mi perro.

Y aquel día, ahora mismo, en mi pecho me arde en llamas que brotan del dulce momento donde Tú estabas y estás dando la vida para que, además de glorioso, sea eterno.

LA SIERRA DE LAS VILLAS

Un paseo por sus caminos, ruinas de cortijos, prados y riberas, fuentes y bosques para que todavía no mueran

La más bonita del Parque natural. Donde todavía su naturaleza se conserva virgen y libre de los intereses económicos que en estos tiempos se ponen en marcha en torno a lo natural. Caminando por estos abruptos y bellísimos paisajes el alma humana encuentra y se sacia en profundidad de la belleza que necesita para sentirse viva y elevarse hacia lo trascendente.

Las sierras de las villas, es una de las vertientes más bellas que tiene el río Guadalquivir a lo largo de todo su recorrido. La origina la grandiosa cordillera que baja desde el puerto de las Palomas hasta la curva que el río traza por el muro del pantano del Tranco. La cara sur de esta cuerda derrama sus aguas al valle del Guadalquivir cuando éste discurre todavía por el centro del Parque Natural. Hacia Coto Ríos y el valle que ocupa el pantano del Tranco. La cara norte o nordeste de esta magnifica cuerda, derrama sus aguas también al Guadalquivir pero cuando éste ya empieza a irse de las sierras que le han dado vida. Esta vertiente además de ser, para mí, la más espectacular en paisajes montañosos, es riquísima en manantiales que derraman sus aguas a los arroyos más hermosos que se originan en este Parque Natural.

Dentro de la Sierra de las Villas, cinco son los cauces de verdadera entidad y belleza que vierten sus aguas al Guadalquivir: el arroyo de María, arroyo del Chillar, Aguascebas Grande, arroyo de Gil Cobo y Aguascebas Chico. Otros tres arroyos más que desde esta vertiente caen hacia el Guadalquivir son: arroyo de Chincolluela, arroyo del barranco de los Lobos y arroyo de la cañada de la Madera. Pero estos tres cauces, para mí de menos importancia, no quedan tan dentro del Parque natural como los cinco descritos antes. Todavía otro cauce más, de verdadera categoría por su caudal y belleza, se descuelga desde estas sierras hacia el hermoso Guadalquivir. No está dentro de las Sierras de las Villas pero sí en la misma vertiente donde se recoge esta gran sierra. Me quiero referir al cauce del río Cañamares, que tiene toda una cuenca propia para él.

De este manojo de bellísimos cauces dos de ellos se funden con un tercero antes de entregarse al gran río. Son el arroyo de Gil Cobo que se entrega al Aguascebas Grande y éste a su vez, algo más abajo, se entrega al Aguascebas Chico o al revés para ya, los tres fundidos en uno, derramarse en el río rey de la gran sierra. El arroyo de María nace en todo lo alto de la cuerda descrita anteriormente, ya casi al final de ésta y en un punto que tiene un precioso nombre: el Hoyacillo y también majá de la Perra. Su recorrido es muy largo y antes de entregarse al Guadalquivir algo más abajo del charco del Aceite, recibe las aguas de varios arroyos más pequeños y otro bastante grande: el arroyo de Martín. El arroyo de María siempre baja con un buen caudal e incluso hasta en los años de mayor sequía como el del 99.

La cuenca alta del arroyo de María es la tercera en extensión dentro de esta Sierra de las Villas. Tiene 23 kilómetros cuadrados. El recorrido de este cauce es de unos 10 kilómetros y la línea recta que la divide en dos mitades casi exactas va desde el mismo puente sobre el arroyo, por donde pasa la carretera que atraviesa la sierra, hasta el final de cañá Somera. Por piedras Morenas y collado del Pocico. Casi, casi recorre esta línea el mismo surco del arroyo pero como avanza recta, prescinde de los accidentes de terreno y va a lo suyo. La distancia que recorre esta línea, desde el puente hasta el final de cañá Somera, es de 8 kilómetros. La figura que dibuja la línea que delimita el perímetro de esta cuenca se parece algo a la de un pez grande. La cabeza del pez queda en el puente y la cola en los últimos metros de cañá Somera. El perímetro es de 18 kilómetros y su recorrido arranca y va por los siguientes puntos: puente sobre el arroyo María, puntal de la Veleta, collado de cueva Buena, puntal y collado del Pocico y ya desde aquí se va por toda la raspa de la cumbre saltando de pico en pico: piedras Plomeras, Almagreros, cumbres de Prao Chortales, portillón de arroyo Frío y collado del Pocico. Desde ahí traza un giro, formando un cerrado ángulo que es donde se origina la cola del pez y se viene para atrás haciendo frontera con la cuenca del río Aguascebas Grande. Pasa por piedras Morenas, el Cubo, tranco de la Cruz de los Soldados, majá de la Perra, cumbre de los Hermanillos, collado de los Hermanillos, cumbre del Torraso. Desde este punto se deja caer por el puntal de este Torraso, pasa por el cortijo del Tosero y por la misma raspa de la lancha del Tosero se deja caer buscando el puente de donde arrancó. Antes de caer del todo y desde lo alto, a su izquierda va dejando el gran arroyo de Martín. Este arroyo vierte sus aguas al de María, por lo que sería necesario incluirlo en la misma cuenca. Sin embargo en este trabajo lo dejo fuera ya que pretendía más la cuenca alta que toda la cuenca en general. Después del río Aguascebas Grande y la cuenca donde se recoge el Embalse de Aguascebas, el que más caudal aporta al río Guadalquivir, es este arroyo de María. Y se comprende porque las cumbres de cabecera son de las más altas.

El arroyo del Chillar, “Royo Chillar” y un cauce magnífico tanto por su

belleza como por los paisajes que atraviesa y el caudal que arrastra, tiene un nacimiento bastante disperso. Podría decirse que nace en el collado del Ojuelo, por donde pasa la carretera que atraviesa las Sierras de las Villas y también en las laderas del caballo del Torraso, Cruz del Espino y el Hoyo, por las partes altas de la Albarda, Carrales Alto y por las laderas del Cerro de Santa María. El caso es que este cauce discurre por un profundísimo barranco llamado Aguascebas de Royo Chillar y Royo Chillar, algo más abajo, va a vertir sus aguas en el Guadalquivir por debajo de la piedra de la Be y un poco más arriba de la venta de Melquiades. En su apartado correspondiente, con detalle y en hondura, hablo de la gran cuenca de este arroyo pero aquí voy a decir que su extensión, en esta cuenca alta, es de 32 kilómetros cuadrados.

El hondo barranco de royo Chillar, parte final del hermoso cauce, tiene 10 kilómetros de perímetro y 7 kilómetros cuadrados. Lo surca una pista de tierra que lo recorre por la parte alta y otra algo más secundaria que baja por ambas laderas y viene ocupando el trazado de una vieja senda. Es o más bien fue otra de aquellas viejas sendas que daban entrada a la honda sierra. Cruzaba el río Guadalquivir por el bonito puente de Melquiades. Pero en aquellos tiempos, la que más usaban los serranos que vivían en los cortijos por la cuenca alta de este arroyo, era la senda que va por el barranco del Chindo, carrasca de la Seña y castellón de Chincolla. Cuando llegaba al río se unía con la que desde el Tranco bajaba y ya, a Villanueva las dos en una. Y un par de curiosidades: el barranco de royo Chillar, el que se recoge desde el estrecho de Chincolla para abajo, por la parte alta tiene una anchura de unos ochocientos metros en línea recta. Por la parte baja, donde ya queda limitado por el cauce del Guadalquivir, su anchura es de unos tres kilómetros. Desde arriba hacia el río, por los lados, lo viene limitando dos precioso puntales. El que cae desde la loma de la Be y el que cae desde la lancha del Pueblo. Justo en la parte media de este barranco a estos dos puntales le salen como dos preciosos y morros. Rozan los mil metros cada uno y quedan casi perfectamente enfrentados, a la mitad entre el río y el estrecho de la parte alta y separados entre sí por una distancia de unos dos kilómetros y medio en línea recta. Uno se llama piedra de la Be y otro morro de la lancha del Pueblo.

El Aguascebas Grande, el más poderoso de todos los cauces de esta vertiente, se puede decir que tiene su nacimiento por las laderas de Pedro Miguel, el pico más elevado de esta cordillera con 1830 m. Aunque otros dos ramales de este río tienen su punto de arranque en el collado de los Hermanillos del Torraso y en la Majal de la Perra, cerca del Hoyacillo, 1719 m. Este cauce tiene su tramo más bonito, no para mí, cuando pasa por el tan conocido lugar de la cueva del Peinero. Más abajo y más arriba, tiene tramos de verdadero ensueño tanto por sus cascadas como por sus remansos, cerradas y paredones rocosos. El Chorreón de la Bruna, la de la Parra, es la cascada más bella de todo el Parque Natural y la más oculta y desconocida.

Sale sólo cuando las lluvias son abundantes y cae al Canalón del Chorreón, cerca del Molino de la Parra. Algo más abajo se encuentran las ruinas del segundo molino que hubo en el río Aguascebas Grande, el de Puente Toba y luego ya está Bardazoso. Pero antes, en el limpísimo cauce de este río, se abre el precioso y misterioso Charco Azul que nada tiene que ver con los otros charcos azules que hay en muchos cauces de este Parque Natural. Yo conozco al menos cinco y a muchos kilómetros entre unos y otros.

La del río Aguascebas Grande, es de las cuencas más bonitas que Dios se entretuvo modelar por estas montañas. Chiquita ella, recogida en un puño, honda y a la vez llana y con forma de riñón. Tiene este riñón su enganche con el resto del cuerpo justo por la bonita cerrada de la huelga del Peinero. Por donde ya se le juntan todos los arroyuelos de las partes altas, la cuenca aquí tratada y el río se hace grande atravesando las llanuras de la cueva del Peinero. A esta cuenca le tracé una línea a todo su alrededor para enmarcar su perímetro y una recta por su centro desde las dos distancias más largas. Y esta recta es toda una delicia. Va justo desde el pico llamado el Hoyacillo hasta el collado del Perenoso, pasando por el centro de la cerrada de la llanura de la cueva del Peinero. Tiene, esta línea recta, una distancia de 5,200 metros. Su perímetro mide aproximadamente 12 kilómetros y la extensión que ocupa la tan bonita cuenca es de 15 kilómetros cuadrados.

Los dos cauces que aun nos quedan de esta relación mía, son el arroyo de Gil Cobo y el Aguascebas Chico. Ya dije que los dos se funden con el Aguascebas Grande antes de que éste llegue al Guadalquivir, por el pueblo de Mogón. El arroyo de Gil Cobo, afluente del Aguascebas Grande, nace por las laderas de Pedro Miguel, Blanquilla Baja y el collado del Perenoso. La primera gran belleza que presenta este cauce es por la exquisita cerrada de San Ginés, justo por donde la carretera asfaltada lo cruza. Algo más abajo atraviesa una llanura, se mete por un estrechísimo desfiladero y ya empieza a cortar potentes espigones rocosos. El del arroyo del Zarzalar, donde existen unas buitreras, es uno de los más bonitos por la alta cascada que origina y el charco de caída que la recoge. Más abajo está la caída de la cueva del Agua y a continuación tiene tres saltos más antes de juntarse con el río Aguascebas Grande, en la “Herraura”, por Bardazoso. De una belleza salida de lo común, es para mí, todo este profundo y agreste barranco que va horadando el arroyo de Gil Cobo a su paso hacia el río mayor.

La cuenca alta de este arroyo tiene un perímetro de 7 kilómetros lineales, 9 kilómetros cuadrados de superficie y 3,800 kilómetros en su diagonal. La bonita cuenca que dibuja este arroyo es toda una auténtica hoya. Recogida desde la cerrada de San Ginés para arriba, en el chiquito pero hermoso rincón de la Blanquilla Baja y Alta, laderas sur del Pedro Miguel, es toda una verdadera taza de plata. Los arroyuelos que alimenta a esta cuenca son: el del collado del Muerto, que tiene la bonita fuente Colorá, el del portillo de la Blanquilla Baja, muy poca cosa, el de la Blanquilla Baja,

que nace en la noguera y Cenajo de la Blanquilla Baja, el de la Blanquilla Alta que nace por la cañá del Lobo, cara sur de Pedro Miguel y el del collado del Perenoso, que recibe otro pequeño arroyuelo que baja también de Pedro Miguel.

La línea que limita la recogida cuenca alta de este arroyo nace justo por la cerrada de San Ginés, remonta por la Lancha Ignacio hasta la hoya de la Zamarrilla y collado del Muerto. Pasa por la morra de los Cerezos, cae por el collado de la Blanquilla Baja, remonta por encima del cenajo, cañá del Lobo, cumbres de Pedro Miguel, collado del Perenoso, cresta de la lancha de la Escalera y cae otra vez a la cerrada de San Ginés. Hay un recta que divide a esta cuenca en dos mitades casi iguales y que va desde la misma cumbre de Pedro Miguel hasta la cumbre de la Torca, pico gemelo de la morra de los Cerezos. El centro de esta línea y casi también centro de la hermosa cuenca, cae justo donde se junta el arroyo de fuente Colorá y los que bajan de las blanquillas. Donde empieza la cerrada más bonita del arroyo en cuestión.

Y nos queda el quinto de los anunciados: el río Aguascebas Chico, que fue mutilado por la construcción del Embalse de las Aguascebas. Justo en este punto, hoy pantano y en aquellos tiempos, precioso valle, se juntan dos cauces bellos y de mucho caudal. Me quiero referir al arroyo de la fuente del Tejo y al arroyo de Chorrogil. En un apartado especial ya hablo del primero. Del segundo, Chorrogil, diré unas cuantas cosas. Que es el que más caudal aporta al pantano, hoy y en aquellos tiempos, al río Aguascebas Chico. Y Chorrogil, en su parte alta, tiene dos muy buenos ramales: el arroyo que nace por los Palancares y el pico Pardal y el que nace por la fuente de la Berraza. El primero se forma de la reunión de varios arroyuelos como son: arroyo de los Palancares, del barranco del Corzo, del Pez del Trigo, del Segaor y otros menores. La cuenca que va recogiendo a todos estos ramales de cabecera es de una belleza salida de lo común.

El ramal que le entra desde la fuente de la Berraza, ni mucho menos se queda atrás, entre los cauces ya mencionados, ni en belleza ni caudal. Tiene éste cauce su nacimiento en el rincón más bello de todas las sierras del Parque Natural: las llanuras de Jabalcaballo, por donde se origina peña Corva. Nace de la reunión de varias fuentes, entre ellas la del Berraza y antes de dormir en el pantano del Aguascebas, se despeña por la preciosa caída de Chorrogil, ya fundido con el ramal que nace por los Palancares. Desde el pantano para abajo se hunde en el profundo barranco del Chorro y la Osera, cascada con casi doscientos metros de caída y como ya decía, antes de Mogón, se encuentran los tres cauces. Todo un lujo para la que ya dije es la vertiente más bella que tiene el río Guadalquivir a lo largo de todo su recorrido. El río Cañamares, por Santo Tomé y Chilluévar y el río Extremera, por Quesada, aunque también son cauces que se originan en la vertiente de la cordillera antes dicha, se salen de la Sierras de las Villas que es donde he centrado mi punto de interés en el presente trabajo.

De la cuenca donde se remansa el Embalse de Aguascebas diré que tiene un perímetro de 21 kilómetros lineales y 50 kilómetros cuadrados de superficie. Para entretenerme tracé una línea recta desde el muro del pantano hasta peña Corva, pasando por encima de la Morra. Descubrí que mide 4,8 kilómetros. Otra línea la tracé también desde el muro y la llevé a la misma cumbre de la morra de los Cerezos, pasando por el Prao de los Chopos y al medirla vi que tiene la misma longitud que la anterior. Estas dos líneas se abren en un ángulo de 35 grados. Otro ángulo de 15 grados se abre en dos líneas recta desde el alto de los Palancares hasta el Ponestillo, una de ellas y hasta el puntal de la Nava, la del Vilano, la otra. Las distancia de estas líneas son: alto de los Palancares, Ponestillo, 6,8 kilómetros y alto de los Palancares, puntal de la Nava, 7,2 kilómetros.

La línea que va recorriendo el perímetro de esta cuenca arranca del mismo collado del Caracho y empieza a subir por el collado del Robledo, tranco de Candiles, collado de Candiles, Poyollano y el tranco del Acebo. Sigue por Navazaltillo, alto de los Palancares y aquí se viene por la raspa de la cordillera, pasando por peña Corva, morro de los Esesperaos, morra de los Cerezos y ya empieza a caer por la lancha de la Escalera al collado del Raso. Desde este punto la línea sigue pasando por lo alto de las Morrillas, collado del Pocico, remonta al Ponestillo, collado de Cuevahonda, nava del Vilano, y puntal de la Nava. Justo en este punto se viene para el poniente recorriendo toda la cuerda del macizo de Navazalto y por el poyo del Lentiscar, cae al muro del Embalse del Aguascebas, de donde arrancó por el otro lado. Se podría decir que la cuenca alta de este hermoso pantano es la más grande que existe en estas Sierras de las Villas, originándose en ella los más bonitos valles, collados y navas de la gran sierra del Parque. Precisamente el mejor de estos valles, el de tierras más fértiles y por donde abundan las aguas, quedó sepultado en el hoy azul Embalse del Aguascebas.

Pero del río Cañamares, por las horas que mi corazón ha latido junto a las cristalinas fuentes que le regalan las primeras aguas, junto a los delicados chorrillos que por la cañada del poyo del Rey corren rumorosos, por las altísimas cumbres que por los Palancares y otros rincones, le coronan y en la lujosa cascada de la Palomera por donde estuvo el viejo molino, no quiero dejarlo sin una mención especial en este apartado. Nace este río, como ha se ha dicho justo en el precioso hoyo del poyo del Rey. Bajo unas encinas milenarias y junto al viejo cortijo de pastores. Desde aquí se desliza con la delicadeza de la seda y poco a poco se va hundiendo por los despeñaderos del Hoyo. Al final, se despeña por la altísima cascada de la Palomera y después de pasar rozando las ruinas del viejo molino, ya se mete por entre los olivares para entregar sus aguas al río Cazorla que desciende desde las cumbres que coronan a este pueblo. Por Santo Tomé, entrega sus aguas Guadalquivir. Todo un lujo que se suma al rosario de los que ya he mencionado y a los que se quedan sin salir aquí.

Los puntos o picos más elevados de la gran cuerda que da forma a estas sierras son: Pardal en las partes altas del Embalse de Aguascebas, con 1580 metros, peña Corva con 1559 metros, morra de los Cerezos con 1668 metros, Blanquilla Baja con 1513 metros, Blanquilla Alta con 1600 metros, Pedro Miguel con 1830 metros, es el más elevado de toda la cuerda. Le sigue los Hermanillos con 1778 metros, Pinar Negro con 1745 metros, collado del Pocico con 1795 metros, el Hoyacillo con 1717, Almagreros con 1467 y piedras Plomeras con 1430 metros. Otros puntos también muy elevados quedan repartidos por toda la gran vertiente que estas sierras trazan hacia el Guadalquivir cuando éste se aleja de la sierra.

Cuando los serranos fueron derrotados nadie estuvo allí para escribir esa derrota. Puede que sí hubiera habido alguien allí pero tal fracaso y humillación no fue escrito en ningún libro. La lucha de ellos fue callada y casi sin armas porque eran pobres y sus enemigos, los de arriba, gobernantes, gestores y Administración, además del poder, tenían en sus manos todas las armas. Los serranos resistieron durante un tiempo pero al final, fueron derrotados porque su lucha fue muy desigual. Tuvieron que salir de su rincón y raíces con el fracaso más rotundo en sus vidas. Y los otros quedaron triunfantes, llenos de gloria y ensalzados. Diciendo que estaban creando futuro y que por eso ganaban y pasaban a la historia.
- Tenemos que dar paso a lo moderno y para ello, estorbáis vosotros, porque sólo representáis el pasado.
Decían.

Arrinconados y derrotados fueron quedando los serranos y sin que ellos lo supieran y los ganadores, apenas lo percibían, una vez más se repetía el fracaso que Jesús el de Nazaret llamó triunfo. Los pobres eran derrotados y desterrados, quedando fracasados en las empresas humanas pero triunfantes en la dimensión de lo que Dios nos dice es el verdadero triunfo. Así su derrota fue triunfo y el triunfo de ellos sobre los humildes, fue fracaso ante los ojos de Dios y más, si este triunfo no estaba fundando en el amor y el respeto. Y como los serranos nunca supieron que en su fracaso ellos estaban triunfando, ante los ojos de los demás humanos, eran los derrotados pero ante los ojos de Dios ¿no ganaban mucha más gloria y dignidad que los otros?

Collado del Ojuelo, collado de la Tobilla, barranco de la Madera y Villanueva

collado del Ojuelo, tranco Pelegrín: 2,1
collado de la Tobilla: 4 Final de esta ruta aunque sigue.
A la ermita Cristo del Monte: 14
Desde el Puente de los Agustines
a la Ermita de Jesús del Monte : 32 km.

Desde el río Guadalquivir hasta la Ermita de Jesús del Monte en el barranco de la Madera hay treinta y un kilómetro. La pista es de tierra y aunque la transitan muchos coches para acceder a los olivares, los cortijos de pastores y la caza mayor, se encuentra en malas condiciones para coches pequeños. Cuando llueve mejor no intentar rodar por esta pista.

Subiendo por la carretera asfaltada que va desde el charco del Aceite y atraviesa toda la Sierra de las Villas hasta Mogón, al llegar al collado del Ojuelo, kilómetro dieciocho, una pista por la derecha. Es la que va hacia la cañada de la Madera y Jesús del Monte. Miro para las partes altas de la cuerda y veo muchas nubes y el pico de Pedro Miguel cubierto de nieve. Me voy por esta pista de tierra y por la izquierda me empieza a quedar una cañada que se va hacia el río Aguascebas Grande. Unas tapuelas cerca son las del cortijo de la Abuela y el Esquilaor. Al comienzo la pista se presenta muy bien.

Kilómetro diecinueve cuatrocientos desde el Guadalquivir. Hay aquí juncos como si hubiera el nacimiento de un manantial. Remonta un poquito y aunque hay nieve se puede pasar porque ya esta mañana por aquí han entrado unos coches que traen a cazadores de animales silvestres. Gira para izquierda trazando una curva muy cerrada y busca remontar para volcar al otro lado. La ladera que ahora voy recorriendo pertenece al Cerro de Santa María. Kilómetro diecinueve novecientos y gira para la izquierda otra vez. Ha remontado y ahora se queda llana. No hay nieve porque esto queda en solana.

Dos todo terrenos aparcados. Acaban de llegar para comenzar la caza. Voy remontando hacia un precioso collado. Es el tranco del Pelegrín. Por la derecha me queda el collado del Santa María y por la izquierda el pico Pino de la Centella con 1717 metros. Sigo remontando y se mete por entre muchas rocas. Por la izquierda me queda un gran barranco que se hunde hacia el río Aguascebas Grande. Otra vaguada por donde nace un arroyuelo y la pista que casi corona por completo. Kilómetro veintiuno cien. Se allana la pista. Atraviesa el arroyuelo por donde hay muchos juncos. Unos tornajos y las ruinas de un cortijo. Creo que esta tapuela fue la del cortijo de Benito.

Tuvo ocho o diez hijos y a todos los crío en este rincón. Hasta los mismo serranos se extrañaban y se extrañan que en trozo de tierra tan reducido pudiera criar y sacar adelante tantos hijos. Los posibilidades de sacar lo necesario y vivir en cortijo tan pequeño tantas personas, estaban muy limitadas. Pero el hombre los crió a todos. Eran otros tiempos y otro mundo. Fuente de las Víboras es como se llama este manantial. A la izquierda y a lo lejos, toda la gran cordillera de la Sierra de las Villas.

Vuelca ya hacia Villanueva y en el puntal que me ha quedado a la izquierda he visto a un cazador con su indumentaria y su rifle. Baja y muy en picado. Un par de curvas muy cerradas. Por la izquierda me queda, en todo lo hondo, el cauce del río Aguascebas Grande y las laderas de Bardazoso. Se ven muchos cortijos por ahí y la ladera repleta de olivares. Desde la derecha han rodado las piedras y cortan la pista. Me paro y las aparto. Hay mucha nieve. Al frente, sobre el puntal del collado de la Tobilla, veo y oigo balar a un rebaño de ovejas. Me voy a parar por ahí a ver si me encuentro con el pastor.

Kilómetro veintidós doscientos. Por la izquierda y en la ladera un enorme pino negro. Un charco no muy profundo. Corta la ladera del Cerro de Santa María y se dirige al collado de la Tobilla. Se allana un poco y enseguida remonta para el collado. Pinos negros por la parte de abajo, muy bonitos y mucha mejorana. Por la izquierda se aparta una pista que lleva al pico de Roblehermoso, 1433 m. Es un macizo de tres picos casi todos de la misma altura, la Cerecera y el Poste. Paro y me voy en busca del pastor. Las ovejas están pastando en esta ladera que se le ve toda reseca y sin una brizna de hierba. Hace mucho frío.

Un bonito collado que al mismo tiempo forma un puntal. Tierra buena. Mucho tomillo pequeño y mejorana. Aquí mismo nace un arroyo que se llama de Bardazoso y vierte al Aguascebas Grande. Por la derecha ya es la vertiente que se derrama hacia Jesús del Monte. Me asomo al puntal y busco al pastor. Las ovejas pastan y se quieren ir hacia el barranco de la Madera. En ese lado están más resguardas del gélido viento que corre. Unos perros mastines acostados entre las ovejas y al verme ni me ladran. Veo al pastor sobre el puntal y me voy hacia él. Quiero preguntarle algunas cosas de estos rincones.

Ya a su lado y después de un rato de charla me entero de algunos nombres por estos parajes. Hay una caseta forestal que es la Parra, más para delante está la cueva del Peinero, poyo Gil Cobo, la Traviesa, poyo Sequillo, la nava del Rico, más cerca tenemos el barranco de Bardazoso. Hay muchas pistas de tierra que entran y recorren las laderas y las hondonadas de este barranco pero están cortadas con cadenas. Son fincas particulares sembradas de olivos y cada socio tiene su lleva para entrar. Al morro de Santa María también se le conoce por los Morrones. Por el tranco del Pelegrín están las Lastras, el collado de la Zamarrilla, y la Cuesta.

Por el collado de la Tobilla, donde me he parado y charlo con el pastor, hay un cortijo que tiene por nombre el barranco del cortijo Caído. Queda nada más volcar para el barranco de la cañá de la Madera. Dicen que de todos los puntos más malos que hay en la sierra para el aire, el del collado de la Tobilla es el peor. Ese es criminal de una vez. Los pastores de estos lugares dicen que en más de una ocasión, al asomarse por el lugar, han tenido que salir corriendo y volverse porque la fuerza del aire y el frío no se podía resistir. Muchas veces han mudado ellos el “Pellejos” de las orejas quemado por el frío que por este punto corre.

Dentro de lo que es el collado de la Tobilla existen varios nombres. El Haza, el Morro del Buje, las Hoyetas. El “Piazo” del Haza, tierra sin vegetación que desde el collado de la Tobilla vuelca para el barranco de Bardazoso, tiene cuatro varas de tierra. De siempre esta tierra se han criado buenos trigales, mejores cosechas de cebada y estupendos garbanzos. Tiernos como la manteca. Por aquí, una oveja que se llamaba la Pintá, parió tres borregos y no quería a ninguno. Y tengo que decir que las tierras de este collado donde se criaban buenos garbanzos, se encuentran entre la curva de nieve de los mil doscientos a mil trescientos metros.

El collado de la Tobilla lo origina el gran cerro de Santa María con 1525 m. y el de Roblehermoso con 1433 m. por la izquierda del collado según la dirección que llevo hacia la cañada de la Madera. Estas dos cumbres son los puntos más altos en esta sierra menor que se alza entre el Guadalquivir y las cumbres de la gran sierra por donde se elevan la Blanquilla Alta y el Almagreros. Por el lado del Cerro de Santa María tenemos los siguientes nombres: lancha del Cagadero, tranco de los Albardones, Cuenta de los Arrieros, el Bigarral, cortijo de casa Blanca, poyo de los Largos, piedra Cubilla, puerto del Moro y el puerto de Enmedio, la Vaqueriza, Portillo de los Coloraos y los Labraos. Por el collado del Ojuelo para arriba tenemos los siguientes nombres: los Tableros, la Cruz del Espino, Caballo del Torraso, cortijo de los Migueletes, por la derecha, un morro que se llama las Buitreras, por encima queda el collado Amarillo y volcando por el Torraso, el poyo del Zorro, el poyo de la Escalerilla, hoya de la Zamarrilla que está lindando a Pontones y la lancha de la Salobreja.

Por el lado izquierdo del collado de la Tobilla, según voy bajando hacia el Guadalquivir, ya he dicho que se alza el cerro de Roblehermoso y queda acompañado por dos picos casi de la misma altura: El Postre y la Cerecera. Más abajo y mirando hacia el Guadalquivir queda la lancha de la Agracea, los tres Puntales, casa de hoya Morena, choza de la Majada del Carnero, cortijo de las Canalejas, puntal del Rayo, casa de la Muela Alta, la laguna de la Muela y un pico que se llama el de la Moneda con 1375 m. Desde este pico volcando para la solana de Bardazoso, algunos nombres de los sitios y cortijos los recojo en otras páginas.

Volcando el collado de la Tobilla, comienzo el nacimiento del arroyo cañada de la Madera, enseguida hay dos cortijos. En cada uno de ellos vive un pastor que todavía y, como en aquellos tiempos, siguen luchando con sus ovejas. Antes continuar bajando recorro brevemente la tierra de este collado y descubro que por aquí, por el Morro del Buje, también nacen muchos narcisos enanos. Los que brotan de la tierra y en la punta de un verde tallo abren sus flores sin más hojas. Narcissus hedraeanthus es su nombre científico pero los no cultos lo llamamos sólo enano. Es autóctono y son muy bonitos y ciertamente que dan un toque especial en los momentos fríos del invierno y cuando las nieves cubren las tierras de estas montañas. Crecen por aquí también muchos tomillos, algunas matas de romero y enebros. En todo lo alto crece una gran mata de buje y por eso, los serranos de por aquí, le pusieron al cerro el nombre del Morro del Buje.

La pista que desde el collado desciende por el oscuro barranco hacia Jesús del Monte, se pega a la umbría de la inclinada lancha del Cagadero. Es la prolongación del Cerro de Santa María hacia el levante. Se aleja del arroyo que nace en el collado de la Tobilla y después de algunas curvas muy cerradas cruza otro arroyuelo. En más de una ocasión, por estos arroyuelos me he quedado atascado. Cuando llueve en abundancia las corrientes arrastran mucha tierra, piedras y monte y el camino se corta. Es difícil pasar por aquí sin un buen coche.

Este primer arroyuelo es justo el que nace en las mismas cubres del Cerro de Santa María. Otro más adelante nace en la cumbre de los Albardones y cerca de un lugar que se llama el Bigarral, brotan una fresca fuente. Es la del Tejo. La que lleva el número diez con este nombre a lo largo y ancho de las sierras del gran parque natural. Ya por aquí todas las tierras están repobladas de olivos y por eso los cortijos, aunque abandonados, no lo están tanto porque sirven para guardar las herramientas que se usan en las labores del campo. Cuesta de los Arrieros, puerto del Moro y el pico Correderas son los puntos más elevados e importantes que por la derecha van quedando. Unos metros más abajo la pista traza varias curvas más también muy cerradas y ya se sale de lo que son los límites del parque natural.

Un montón de cortijos y arroyos todavía saldrán al paso pero todos ellos refugiados entre los verdes olivares y comunicados por una tupida red de pistas de tierra. Las personas tienen que entrar a estos olivares para ararlos, curarlos y recoger las aceitunas. Necesitan de estos caminos aunque las tierras presenten laderas inclinadísimas y los barrancos se hundan buscando el gran río Guadalquivir. Los dos más importantes por aquí son: barranco de la Madera y barranco de los Lobos. En las sierras de este parque natural hay varios barrancos más con el nombre de los lobos. La palabra se repite mucho y en puntos muy distantes. Desde los mil cuatrocientos metros

van cayendo los dos barrancos que decíamos antes hasta las riberas del Guadalquivir que ya descansan sobre los quinientos metros. Así que se puede deducir lo complicado que son las labores en los olivares de estas laderas.

Y ya voy a dar por finalizada esta ruta porque aunque todavía sigue bajando y atraviesa preciosos parajes mientras se retira de la sierra salvaje y se mete por entre olivares, mi interés hoy un poco muere por aquí. Para aquellas personas que quisieran continuar para salirse de la sierra por esta pista aclaro que por ella se puede rodar casi sin problemas ninguno. Si es invierno puede que haya mucho barro y hasta nieve por el barranco que corona hasta el collado. Pero si es en otra época del año, por aquí se puede pasar con mucha comodidad.

Pero todavía quería decir algo que no debe quedar sin saberse. He dicho atrás que desde el collado de la Tobilla, salen unas pistas de tierra, no demasiado buenas, que se dejan caer para la solana de Bardazoso. Siguiendo esta pista, mejor andando que en coche, se puede entra al corazón de la bella solana de Bardazoso. Zigzaguea por la inclinada solana y va comunicando a un cortijo con otro hasta que llega a las orillas mismas del río Aguascebas Grande. Por ahí engancha con otra pista de tierra que avanza río arriba desde el pueblo de Mogón. Ya tenemos la comunicación perfecta para, siguiendo esta ruta, alejarnos de estas sierras por un punto realmente hermoso y curioso.

Quiero decir que por esta vía tenemos otra posibilidad más en nuestros paseos y encuentros con estas hermosas Sierras de las Villas. Si desde Villacarrillo o Mogón decidimos penetrar en las sierras siguiendo esta ruta, no nos defraudará aunque desde luego no ofrece la comodidad que sí tiene la carretera asfaltada. Pero es una posibilidad y por eso la pongo aquí. Y también quería decir que desde el lado del poyo del Moro, cortijos de las Cebadillas Altas y Bajas y la nava del Vilano, también podemos enganchar con esta ruta. Lo mismo podemos subir desde Mogón e irnos por el poyo del Moro y penetrar en el corazón mismo de la Sierra de las Villas por la nava del Vilano y Embalse del Aguascebas que hacerlo al revés. Las dos posibilidades caben y desde luego que son hermosas. Una ruta poco usada por las personas que deciden venir a estas sierras en forma de turistas o gozadores de paisajes pero que encierran hasta incluso mayor encanto que otras más cómodas y conocidas.

RUTAS MENORES POR LA SIERRA PROFUNDA

Mi experiencia personal

De mi experiencia personal digo lo siguiente: a la hora de recorrer, explorar y gozar los paisajes de la gran sierra que a continuación voy a describir, siempre lo hice de arriba abajo. Es decir: empezando por las partes bajas y deteniéndome en los detalles. Recorría y descubría la fuente del barranco, la senda que va de cortijo en cortijo, las ruinas de estos cortijos, la cascada en el arroyo, la cueva en las laderas y llanuras, las tierras que ellos sembraban, los árboles frutales que desde aquellos tiempos todavía crecen y dan sus frutos, los corrales donde ellos encerraban a sus rebaños de ovejas, cabras o vacas y así cada detalle o accidente del terreno. Me interesaba mucho los nombres de los sitios. Los nombres que ellos les pusieron a los sitios de la sierra donde vivían.

Poco a poco, según fui quedándome con las cosas y conociendo a fondo el lugar subía hacia las partes altas y esto fue para mí la experiencia más grata que jamás he vivido. Cuando después de mucho tiempo y haber recorrido metro a metro todo el terreno de las partes bajas, coronaba una cumbre, el alma se me salía del cuerpo. Me daba cuenta que la visión que tenía ante mis ojos estaba viva y conocida hasta en sus más pequeños detalles dentro de mí. Y esto me ha proporcionado un gozo creo que único entre todos los otros gozos. Con un sólo vistazo, sin problema alguno y con exactitud, podía encajar cada arroyo, roca, árbol, ladera o barranco en su lugar correspondiente sin equivocación de ninguna clase. Y lo mejor de todo: comprendía el por qué de éste o aquel nombre, la razón por la que brotaba en tal rincón la fuente antes descubierta, por qué la vereda tenía que ir por aquel punto concreto y no por otro y el por qué tal cortijo, tienada o aldea fueron a levantarla en aquel exacto lugar y no más arriba o más abajo.

Y esta experiencia, al menos a mí, me ha proporcionado muchas satisfacciones y ahora que la tengo vivida digo aquí que no encuentro otra manera mejor para recorrer, explorar y gozar en todos sus matices, las sierras de este parque natural. Porque además, también he descubierto que la vivencia con la naturaleza y los paisajes que ella contiene, presenta no sólo una fuente de emociones y bellezas sino varias o casi infinitas. La mera contemplación de un paisaje produce un placer pero si recorremos estos paisajes intentando escudriñar las veredas que lo surcan, el por qué de estas veredas, la gente que por aquí tuvieron sus luchas, las ruinas de sus cortijos, la forma de vida de estas personas, su manera de hablar y por qué le pusieron tal nombre a tal cerro o cañada, es un placer mucho más hondo, rico y con matices que se ramifican en distintos filones. Y si a este paisaje le colocamos la presencia de su creador, junto con las interminables manifestaciones de la vegetación, los fenómenos meteorológicos y las estaciones del año, no cabe duda que un recorrido por los barrancos y cumbres de estas sierras, se convierte en un profundo enriquecimiento tanto

humano como espiritual, cultural y artístico.

Porque, una vez que tiene recorrido metro a metro, el terreno, el paisaje, la sierra, empezando desde abajo y luego coronando hasta las cumbres y observado desde ellas, uno se encuentra en disposición de avanzar y gustar lo mejor. Y este mejor es contemplarlo despacio, estudiarlo, meditarlo en cada uno de sus pliegues, ondulaciones, recados, arroyos y barrancos para interiorizarlo y gustarlo hasta en lo más pequeño. Así de este modo es como realmente uno se hace elemento con el paisaje, lo comprende a fondo y lo saborea en todo lo que de hermoso, grandioso y profundo tienen. Quizá sea este el último fin de la naturaleza como regalo de Dios para el ser humano. Quizá sea esta la explicación a esa enorme necesidad de bosques y paisajes que cada persona siente en sí y, según avanzan los tiempos, más y más.

Y claro que fue de este modo cómo yo llegué a descubrir que la vivencia íntima con los paisajes, los sueños con ella y luego la literatura escrita, tanto en forma de poesía como en prosa, no son elementos aislados o distintos a la realidad de estas montañas y las personas que las habitaron. No son elementos aislados sino todo lo contrario: que al profundizar en ellos, tanto desde los paisajes como desde lo escrito, sentido o soñado, se ilumina el camino y según se va penetrando las distintas capas que lo envuelven, todo se va aproximando más y más. Todo tiende a una misma realidad, en una misma dimensión y un mismo Creador y eso se descubre cuando por fin se ha logrado penetrar la última capa exterior y se llega al núcleo. Es donde se descubre que los humanos ni somos distintos ni diferentes, aunque lo seamos, ni tampoco los paisajes que nos han dado casa y sostén sobre el Planeta Tierra. Nada es con esa diferencia que tantas veces hemos creído sino que estamos fundidos en una realidad, material y espiritual pero sin que sea lo que la mente humana imagina, total y sin distinción. Y llegar a comprender, sentir y gustar esto, también ayuda mucho a la hora de estar antes los paisajes de la sierra que traigo entre manos.

Así que aclarado este punto o concepto, como una sencilla aportación de mi experiencia personal, me pongo a recorrer los rincones que se contienen en las sierras que traemos entre manos. Y lo hago con la misma actitud y forma que atrás he dicho.

15- Cañada de los Caballeros

Camino a la libertad
Distancia aproximada: 15 k.
Desnivel aproximado : 700 m.
Tiempo aproximado : 3 h. en coche**.**
Camino: pista de tierra en buen estado.

Es esta una ruta asombrosa. Muy cerca del precioso charco del Aceite y de sencillo camino que casi nadie conoce o toma como ruta interesante. Sin embargo, tengo que decir que el día que yo la descubrí quedé gratamente lleno por los paisajes tan bonitos que presenta todo el recorrido de esta brava ruta. Desde mi corazón y sólo para mí, la llamé la ruta del asombro o camino a la libertad total. Ello me los inspiraron los brillantes horizontes que, desde las laderas y cumbres de esta ruta, se abren en todas las direcciones y en especial, hacia el grandioso surco que el Guadalquivir talla según va retirándose de la gran sierra.

Hará unos cien años, el camino que hoy voy a recorrer, no existía. Fue abierto mucho después y por aquellas fechas, sólo se conocía una senda que llevaba el nombre de Camino del Natao, que venía por todo lo alto de la cumbre y moría en el cortijo de los Masegosos. Por el arroyo, no bajaba ninguna senda que empalmara con el camino del Paso del Tranco. El que existe hoy, brevemente la describo a continuación.

Siguiendo la carretera que desde el pueblo de Villanueva del Arzobispo va hasta el Embalse del Tranco, un poco antes de llegar al túnel, por la izquierda, se aparta un ramal. Es justo en el arroyo de los Masegosos, donde hay un ensanche y se encuentra una toma de agua para los camiones de incendio. Es muy visible y no se puede confundir. La carretera está asfaltada y ya en los primeros metros, remonta bravamente. Gira para la izquierda, dirección a como corre el río y con tremenda seguridad remonta la pared rocosa que corona a la carretera que lleva al pantano.

En unos metros remontamos a la hoya de los Trevejiles. Una preciosa hondonada donde fueron a construir una casa forestal. Nos sale al paso quedando por la derecha y ahí mismo encontramos otros edificios. Varios de ellos son de construcción reciente, pero otros, viejos cortijos de aquellos tiempos. Aun conservan la belleza de aquellas construcciones sencillas, humildes, con sus cuatros ventanucos, sus puertas de recias maderas, tejas rojas y vigas de añejos pinos serranos. Junto a estas construcciones, las que todavía son serranas de solera, se ven las tierras de los huertos. Muchos árboles frutales, nogueras, cerezos, cañas de bambú y las tierras aradas para sembrar en ellas las patatas, tomates y otras hortalizas serranas.

Desde este punto y por la derecha, sube una pista forestal que lleva a

los cortijos de los Masegosos. Andando y desde este punto, se tarda algo más de una hora. Son unos tres kilómetros. Ahí vivieron unos diez vecinos hasta que llegaron los nuevos tiempos. Ahora ya no hay nadie. Como tantos otros cortijos por estas amplísimas sierras, se van hundiendo sin la presencia de los que fueron sus verdaderos dueños.
- Eso se ha hundido. Es todo un puro majano.
- ¿Y por qué se fue la gente de ahí?
- Pues mira por lo que se fue: ya ha cambiado la vida y resulta que como los ganaos los echaron fuera. Yo era uno que tenía cien cabras y las tuve que quitar. Decían que hacían daño en el monte y no hubo más remedio que deshacerse de los animales.

Corrió el tiempo y como los jóvenes ya han tirado para otros sitios y los viejos, pues los que no se han muerto, andamos a dos pasos de ello.
- Y de las tierras ¿qué ha sido?
- Ahí están paradas. Como ahora tienen sueltos a los bichos, se comen todo lo que se siembre. Es donde está alambrado y se mente.
Los Masegosos se recogen en la hondonada del nacimiento del arroyo que tiene ese mismo nombre. Mucha agua hay por ese terreno y mucha tierra buena. Por eso ellos lo escogieron para labrarlo y vivir en él. Y aunque se abren ya casi en las mismas cumbres de la sierra de Beas, quedan por las curvas de nivel que van entre los mil y mil cien metros. Por ese lado queda cueva Negra, la Rinconá del Carrizal, el Parral de la Abuela, el Guijarrón.

- ¿Y los vecinos que vivían en estas casas de la hoya de los Trevejiles?
- Pues uno se llamaba Eugenio, Cesáreo, el tío Aquilino y los hijos que se llamaban Guillermo, el tío Pedro Antonio Chalán. En aquellos tiempos, pues tenían sus borriquillos y sus mulos. Sembraban sus huertos y algunos animales. De eso vivían. Se recogían las aceitunas y por una senda que iba por ahí en derecho pa´bajo, se llevaba al molino de los Agustines.

A partir de este punto, la pista forestal, deja de tener asfalto. Por la derecha y en todo lo alto, nos saludan las escarpadas rocas del pico del Guijarrón. Justo desde por aquí y por la derecha, sale una pista forestal de tierra que asciende hasta lo más alto de este grandioso picacho. En nuestra ruta, seguimos por la de la izquierda y en cuanto dejamos atrás las construcciones de estas casas, remontamos a la que es de verdad la hoya. Una depresión del terreno algo hundido a unos ochocientos metros de altura. La vegetación, la tierra y otro edificio antiguo nos lo proclaman enseguida. Ya sólo para gozar de la belleza que muestra este recogido rincón, merece la pena hacer esta ruta.

El edificio que en la hondonada nos encontramos, es de Icona. Lo hicieron en aquellos tiempos y en un principio dijeron que era una tiná para el ganado. Pero como luego dejó de existir el ganado por aquí, lo empezaron a usar para almacén. Es lo que sigue siendo todavía, con algunas cocheras

cerradas, un corral adornado con macetas donde crecen plantas de pitas y lo demás, pues motores viejos, tablas, latas y la presencia del tiempo que se va comiendo unas presencias y otras.

Pero la pista sigue remontando y se mete ahora por una escarpada ladera toda repleta de pinos, romeros, muchos tomillos, jara blanca y enebros. Según remontamos la vista se abre y a lo lejos, se nos presentan las escarpadas paredes rocosas que coronan al río Guadalquivir por el charco del Aceite. Por ahí queda el profundo corte que el arroyo de María le ha hecho a la sierra para escaparse de ella, las elevadísimas crestas de las cumbres del Almagreros y más en la dirección que se escapa el río pero arriba, las alturas de la Albarda y el Ojo de Agua los Perros. En esta misma ladera pero más abajo, se ven las bonitas casas de la Ermita de las Hoz y las preciosas laderas repletas de olivares. Una amplísima panorámica que se ensancha y profundiza hacia el valle por donde se escapa el río y la loma de olivos por las tierras de Villanueva y Villacarrillo.

Nuestra pista de tierra, surca también algunos olivares y corona a lo más alto de una preciosa loma. Un pequeño mirador, perfectamente construido y con su baranda de hierro, nos saludo por la derecha. Remontado en él, la visión que hacia el valle del río y las cumbres hacia la Sierra de las Villas, se nos presenta es la que ya antes hemos descrito. Pero según vayamos ganando altura, continuamente se nos renuevan las panorámicas. Ya lo decía y lo repito: sólo para gozar de estos amplísimos horizontes, merece la pena el recorrido.

Al coronar la loma que divide la vertiente de la hoya de los Trevejiles de la cañada de los Caballeros, alcanzamos los novecientos metros. La carretera que lleva al pantano discurre por los quinientos poco más o menos. Por aquí están los rincones conocidos por los serranos por los Azulejos, las Morrillas y ya, la Umbría de la cañá. Justo en este punto del camino, una vez más, podemos detenernos y dejar que nuestros ojos se recreen en la grandiosa panorámica. La sensación es del asombro total y de la libertad más absoluta. Sólo el azul del cielo nos corona, el aire nos acaricia y el perfume de las plantas nos renuevan. Y claro que ante, o mejor dicho, en el centro de tan limpio espectáculo, uno se siente más que bien. Libre desde lo más íntimo y la alegría sincera.

Desde este punto, tenemos dos opciones: seguir y remontar hasta las partes altas de la cañada de los Caballeros y desde aquí a las cumbres de las sierras de Beas o volvernos. Si optamos por seguir veremos como ahora la pista de tierra en buenas condiciones, se mete por la agreste ladera y remonta cómodamente a la vez que busca la cabecera de la gran cañada. Es esta la Umbría de la cañá de los Caballeros. Lo que más llama la atención ahora es la vegetación. Sólo monte bajo y este de romeros, lentiscos, tomillos o carrascas. Hace unos años hubo un gran incendio por estos lares y los

pinos y árboles grandes, ardieron sin remedio. Sólo algunos ejemplares de pinos, quedaron y estos resaltan clavados en la ladera y por entre la vegetación de matorral.

La gran cañada de los Caballeros, se nos va abriendo por la izquierda. Sube con nosotros y su visión es de lo más reconfortante. Abajo y donde esta amplísima cañada desangran hacia el río, es donde se abren las preciosas cascadas de los Caballeros, en los años de lluvias abundantes. Se ven al pasar por la carretera porque caen por ahí mismo y por eso, muchas personas, cuando por las cascadas chorrea el agua en cantidad, se asombran al verlas y las fotografían. Es quizá la cascada más fotografiada de la sierra por esto de encontrarse en la misma carretera y ser tan espectacular cuando tiene agua. La cueva del Ermitaño se encuentra por ahí y es bonita de verdad. Por eso a esta cascada también se le conoce, entre los viejos serranos de aquellos tiempos, por la cascada del Ermitaño. Va a caer a la venta de los Puros. Una antigua venta de aquellas que escoltaban el viejo camino que desde la vega de Hornos, atravesaba el paso del Tranco y se iba para la loma de Villanueva.

Otro de los placeres de esta ruta se encuentra precisamente en esta cañada. Si en lugar de seguir la ruta y alejarnos hacia las alturas, que es lo que siempre tira fuerte, dejamos el coche y nos ponemos a andar por las tierras de la cañada, experimentaremos un gozo especial. Es largísima esta cañada. Casi tres kilómetros o algo más tiene pero se puede recorrer a pie sin problema ninguno. Sólo las molestias que acarrea el recorrer el campo andando y además, subiendo. Pero como a lo largo de la hermosa cañada van surgiendo viejos cortijos y tierras de cultivo, la emoción está garantizada.

Se remontamos por la pista, al llegar a lo más alto, donde nace la cañada, esta se nos viene algo para la izquierda. Roza las ruinas de uno de los cortijos, el primero si bajamos desde la cumbre o el último si subimos y que se llama de los Rasos. Ya también es un majano. Otro de los cortijos se llamaba de Rosalén y más abajo está el cortijo de la Loma. Varios veneros brotan por aquí y por eso, en los días de primavera, siempre se oye un precioso concierto de ranas. Las tierras que ellos cultivaron todavía conservan sus formas y aquellos árboles que les daban frutas. La pista sigue y al coronar, se allana. En poco tiempo se divide hacia varios lados y ahora, se nos complica el rumbo que hemos de seguir. No porque el camino se ponga feo sino porque deberemos tener claro qué es lo que pretendemos descubrir a partir de este momento.

Si se conoce el camino, siguiendo toda la pista, se sale a unos barrancos llamados los Cortijillos. Desde aquí podremos ir a la carretera que desde Beas de Segura sube hacia cortijos Nuevos y ya por ahí, pues los destinos que decidamos. Pero quiero decir que sobre las cumbres que coronan a la cañada de los Caballeros, existen rincones que bien merecen

ser andados despacio y gozados sin prisa. Por eso sigo diciendo lo que expresé al principio, que esta ruta, es singularmente bella y más por la amplitud de horizontes que desde ella podremos gozar. Y dejemos que la sensación de libertad, que estos paisajes nos regalan, se pasee por nuestro espíritu con la fuerza y el placer que el alma quiera. Porque si algo tiene de hermoso la gran sierra de este espacio natural, y por experiencia sé que tiene mucho, es la sincera libertad que recia mana de la naturaleza.

16- Cueva del Ermitaño

Paseo a los juegos del agua
Distancia aproximada: 1 k.
Desnivel aproximado : 200 m.
Tiempo aproximado : 1,5 h. andando.
Camino: vieja vereda y muy borrada y sin ella.

A esta preciosa cueva se llega fácilmente. Queda muy cerca de la carretera que desde Villanueva del Arzobispo sube hacia el Embalse del Tranco. A la derecha cuando se va en esta dirección y justo por donde caen las cascadas de los Caballeros. Las aguas que desde la cañada de los Caballeros rebosan y caen hacia el cauce del río Guadalquivir. Se ve bien desde la carretera, por encima de las cascadas y abierta en el centro de la pared rocosa que corona a estas cascadas. Es una cueva bonita y un tanto curiosa. Al final de este escrito describiré brevemente la también curiosa leyenda de esta, por aquí, bien conocida cueva.

La curva de nivel por la que discurre la carretera del Tranco va por la línea que marca los quinientos cincuenta metros. La cueva queda sobre la curva de los setecientos cincuenta. Quiere decir que hay que remontar unos doscientos metros o quizá algo menos y todo esto en un recorrido de aproximadamente un kilómetro. Así que el desnivel a salvar es mucho pero hasta la mitad del recorrido, se asciende por una buena pista de tierra. Luego sigue una antigua senda que se anda bien excepto por aquellos tramos que ya está rota. Y estos tramos son muchos porque desde hace bastante tiempo por aquí andan pocas personas. Pero aún así no ofrece grandes dificultades la subida a esta curiosa cueva.

Si venimos desde el charco del Aceite, un poco antes de llegar a las cascadas de los Caballeros, por la derecha y entre olivos, veremos la pista de tierra que decía atrás. Si subimos desde Villanueva, al pasar las cascadas, esta pista se nos aparta por la izquierda. Desde el charco de Aceite la distancia hasta la pista de tierra aproximadamente es de algo más de un kilómetro.

En la misma pista de tierra podemos dejar el coche. Desde este punto y

después de trazar varias curvas a derechas e izquierdas mientras remontamos, acabaremos en una pequeña plazoleta casi en mitad de la ladera por donde crecen los olivos. Este lugar es el final de la pista de tierra. A partir de ahora tendremos que ir muy atentos para orientarnos bien y dar con la vieja senda que remonta hasta la cueva. En otros tiempos fue una buena vereda pero ahora, ya lo he dicho, se encuentra muy rota por el poco uso.

Por la izquierda, el lado que pega a las cascadas y por la esquina donde terminan los olivos, sale esta senda. Al comienzo una estrecha veredilla que se viene para el lado de la cascada por entre el monte y remontando no demasiado empinada. Algo más adelante ya se descubren las paratas de piedra que le pusieron por el lado de abajo para sujetarse y que remontara por la fuerte pendiente. Hay trozos que están claros y se andan bien pero otros, ni se distinguen y se anda con dificultad por el monte que ha crecido en el mismo centro de la senda y por la tierra y piedras que han rodado desde arriba. Pero de todos modos, con un poco de cuidado y bastante precaución, iremos encontrando el mejor caminillo hasta tropezar con la canal que las aguas del arroyo ha tallado en la roca y la tierra de la ladera. Si es en tiempo de lluvias, será casi imposible pasar por aquí puesto que las aguas que bajan desde la cañada de los Caballeros y que por aquí ya son casi cascada, nos complicarán el paso.

Si es en épocas en que este arroyo no trae agua sólo tendremos que mirar con atención para encontrar la rota senda y seguir remontando. Ya casi en todo lo alto, nos venimos para la derecha por una leve repisa que la pared rocosa nos ofrece y es por donde ellos metieron la senda y venimos a salir justo a la misma abertura de esta cavidad. Desde luego que es fácil si no fuera por la gran dificultad que presenta el monte. Lentiscos, jaras blancas, romeros, cornicabras, algunos pinos que al secarse se cayeron y, de vez en cuando, zarzas.

Ya en la cueva lo primero que nos llama la atención es la cavidad menor que, por donde le entra la senda, se abre en la roca. Es redondica, de poca entidad pero por ser tan perfecta, gusta verla. Ni siquiera sirve para refugiarse en ella en caso de alguna nube o días de lluvia pero los animales silvestres, cabras monteses y jabalíes, sí la usan para dormir. Tiene una calentica cama de tierra con su pasto y como el sitio es seguro, ahí se meten ellos y duermen. Unos metros más adelante, ya nos tropezamos con la enorme abertura de la cueva que hemos buscado. Por el suelo, entrada a la cavidad, es algo estrecha. Como si en otros tiempos hubiera sido un rebosadero de agua. Pero situados en esta misma entrada, si miramos para arriba y a los lados, veremos que la aventura que presenta la cueva, es enorme. Casi siete o ocho metros de alta con unos tres o cuatro de ancha.

La abertura de la cavidad no es redonda total sino que se presenta en

forma de óvalo. Estrecha por donde avanzan los pies del que llega y más ancha según sube hacía el techo. Desde la misma entrada se baja un poco, dos o tres metros y ya penetramos en la oscuridad de la enorme cavidad. No mucha oscuridad puesto que, como el agujero es tan grande, la luz entra bien y queda por completo iluminada por dentro. Tiene, además, esta cueva orientación al sol de la tarde. Es solana la pared rocosa donde se encuentra y por eso el sol le da con absoluta limpieza.

Por dentro se ensancha y después de haberse parado en varias galerías, a simple vista sin entidad ni atractivo, se recoge como en un círculo bastante acogedor. Por el suelo hay mucha tierra seca, casi polvo y buenos bloques de estalactitas y estalagmitas. Desde aquí es desde donde se descubre bien que esta cueva se formó cuando en otros tiempos, justo por este punto de la ladera, caían las aguas de la cañada de los Caballeros. La cal que estas aguas arrastraban, se fue cuajando sobre estas paredes y llegó un momento que se formó un mazacote tan grande que el curso del arroyo se fue yendo más hacia el lado del Villanueva.
De este enorme volumen tobáceo y calizo, colgaban las estalactitas y las estalagmitas y por debajo, más en las entrañas de la roca, se abrieron cavidades. La de esta cueva fue particularmente grande y curiosa. Y como el agua del arroyo quedó desplazada hacia el lado del poniente, las rocas que por aquí habían crecido, quedaron casi secas y, de este modo, con mucha facilidad para que las personas vinieran por aquí y usaran estas cuevas.

Por eso, las paredes del techo de este buen abrigo, están negras. En otros tiempos dentro encendían fuego y el humo de las lumbres tiznó las rocas interiores. También se ve que en otros tiempos hasta la usaron para encerrar animales. En la entrada tiene todavía fabricada una rústica pared de piedras, como si hubiera servido para sujetar a los animales que quedaban dentro de esta cueva. Se ven, por el suelo y entre el polvo, restos de huesos y hasta trozos de panales de abejas. En algún momento en los agujeros de las rocas de la parte alta, algún enjambre buscó refugio y seguro que ahí fabricaron sus panales. Luego, seguro que los invienos, el frío de los inviernos y las lluvias, le hicieron imposible la vida a estos animales en tales agujeros y se murieron. Los panales se fueron rompiendo y se cayeron al suelo. Otros se derritieron y al gotear, mancharon las rocas y por eso, en algunos puntos, se le ven como impregnadas de aceite. También se ve por aquí mucha cagada de murciélagos o alguna otra ave. Quizá golondrinas o vencejos que por aquí tiene sus nidos.

Desde la abertura de esta cueva la vista que hacia el gran surco del Guadalquivir, se abre, es grandiosa. Las casas de la Ermita de la Hoz, al frente y sobre la repisa rocosa que sube desde el surco del río, los olivares que rodean a estas casas, las cumbres de la Albarda en las partes altas y hasta el agujero del Ojo de Agua los Perros. Se le ve tan chico como el ojo de un alfiler y sin embargo, es muy grande. Para el lado del charco del Aceite, se

ve otra extensa y profunda panorámica. Las casas del que fue molino de los Agustines, el surco del río por este punto y la hondonada del arroyo de María. Las cumbres de la Veleta, cueva Camarillas, cueva Buena, las cumbres de la Sierra de las Lagunillas y toda esta cordillera hasta el pico Almagreros y cañá Somera. Sólo para gozar de estas preciosas y amplísimas panorámicas merece la pena la subida a esta cueva.

Y ahora viene la leyenda que prometí. Pues resulta que algún moro, cuando ya tuvieron que irse de estos montes, dijo que en esta cueva se quedaba enterrado un gran tesoro. Era un toro fuerte que vivía en algunas de las galerías de esta cueva. Y dijo aquel moro que aquella persona que, escarbando, se encontrara con este toro, lo podría convertir en oro con sólo ponerle las manos entre los cuernos y sujetarlo. Este toro convertido en oro era el gran tesoro que encerraba la gran cueva.

Y resulta que como esta leyenda llegó al oído de muchas personas, empujados por el deseo de encontrar el tesoro y tener oro, se pusieron a cavar en las entrañas de esta cueva. Muchas personas y durante mucho tiempo. Y claro, pasaron los años y nadie tuvo la suerte de encontrarse con el toro vivo y mucho menos, con este toro convertido en oro. Pero en la cueva se hicieron galerías y se rompieron rocas, algunas estalactitas y estalagmitas, mientras se escarbaba y se soñaba en encontrar tan apetecido tesoro.

Esta es la leyenda y como yo conozco casi un centenar de leyendas parecidas a estas repartidas en cada uno de los rincones de este parque natural, una vez más me vuelvo a decir, que el sueño del tesoro escondido por los moros en las cuevas y otros sitios, se repite y repite. Forma parte de la cultura e historia de aquellas personas y por ello, y por encima de todo, tiene su encanto su misterio y su belleza. Cada civilización vive con sus propios sueños y por eso, decir que aquellos fueron menos serios que estos ¿quién se atreve a decirlo?

17- Muro del Embalse del Tranco, hospedería Cañailla, collado de Cuevabuena, casas de Prao Chortales

A las cumbres del alma
Distancia aproximada: 14 k.
Desnivel aproximado : 500 m.
Tiempo aproximado : 8 h. andando.
Camino: vieja vereda muy perdida.

En la sierra hay trozos que
aunque estén poblados de romeros,
pinos y mejoranas,
lo que más transmiten, es tristeza seca,
desolación amarga,
como si estos rincones ya no pertenecieran
al calor del corazón ni a la tierra amada
aunque ellos estén muy cerca de las nubes,
en invierno, siempre cubiertos de nieves blancas
y en primavera, repletos de hierba
y de flores azules de romeros que exhalan
un aroma melancólica
que es extraña, muy extraña.

Desde el muro del Embalse de Tranco, al cruzarlo dirección a Coto Ríos, se desvía una carretera por la derecha. Baja a la central eléctrica de este pantano pero antes de meterse para la central, por la izquierda se desvía una pista de tierra. En un recorrido de unos ochocientos metros llega a un arroyo, un rellano y una alambrada que da paso por una puerta. Un poco más arriba está el edificio del hotel Cañailla. Un precioso rincón donde unas familias no serranas, levantaron una bonita construcción sobre las ruinas de un sencillo cortijo serrano. Era donde se venían, en las épocas de las nieves, los de Prao Chortales. El edificio de ahora tiene su piscina y todo y queda casi al final del arroyo del Tobazo. A tan sólo unos doscientos metros del río Guadalquivir.

Pues de este punto arranca la ruta que lleva a Proa Chortales, la bonita, misteriosa, eternamente primaveral pero triste aldea de Prao Chortales justo donde nace uno de los primeros ramales del arroyo de María. Se recoge este rincón de tierras buenas que ellos cultivaban en aquellos tiempos, en la primera caída que el pico Almagreros tiene para este lado norte. Las tierras se han retenido antes del profundo escalón que cae para el primer tramo del arroyo y ellos las prepararon para cultivarla y sembrar en ellas de todo. Por el lado de arriba, pegado al voladero rocoso, levantaron las casas, apiñadas unas contra las otras y ahí vivieron durante mucho tiempo. A la tierra le iba sacando lo necesario para alimentar al cuerpo y el espíritu,

puesto en la bondad de Dios y el asombro que desde los paisajes les chorreaba de continuo.

Y ellos para salir y entrar a este hondo rincón de la sierra, tenían varias veredas. Una muy poco usada y por eso no fácil de andar, iba siguiendo la dirección en que corren las aguas del arroyo de este hondo punto de la sierra nada pero muy alzada por el lado izquierdo hasta llegar al actual puente de los Agustines. Era una senda muy pobre. Otra salía por el margen derecho de este mismo arroyo María y por entre dos enormes escalones rocosos, el de la cumbre total y el que divide a la ladera en dos y levanta muralla por el margen derecho del arroyo en la dirección que corren las aguas, discurría. Al llegar al collado y casa de cueva Buena se dividía en dos caminos diferentes. Uno se metía por la misma puerta de esta cueva, bajaba hasta el arroyo de Camarilla y por ahí se colgaba para darle la vuelta al espigón rocoso y después de trazar ciento y pico de curvas, salir al arroyo de María justo por donde a éste se le junta el arroyo de cueva Fría.

Pero el otro ramal, de los dos que salían desde cueva Buena, en este mismo collado se metía hacia el lado del lo que hoy es el muro del pantano. Por el barranco del arroyo del Tobazo, donde se asienta en hotel Cañailla, descendía a trancas y barrancas y por los Legíos del Tranco y se metía en lo que por aquellos tiempos era la vega de Hornos. Lo que hoy ocupan las aguas del Embalse del Tranco. Este camino o vereda ellos lo usaban mucho. Tenían que venir a moler su trigo y a comprar aceite y otros productos, a los molinos que se asentaban por el término de pueblo de Hornos. Tres de ellos estaban en el arroyo de la cuesta de la Escalera y en el Chorreón estaba en mayor molino de aceite que por esta vega existía. El pueblo de Hornos no les quedaba lejos, una vez aquí.

Donde ahora se extiende el pantano
ayer estuvo la vega
llena de sementeras verdes,
de cortijos con huertas
regadas por las aguas del río
Rey de la Sierra.

Y por el lado derecho de la umbría
hoy muro y carretera,
en los tiempos en que era paraíso
la callada tierra
bajaba retorcida o subía
la estrecha senda
que recorría los rincones
de la honda aldea
que ahora es blanco esqueleto
de sol y piedra.

Por el lado derecho del pantano
aun va la vereda
escondida por entre el monte
y escalando ella
silencios y negras escarchas
que llevan a las crestas
rocosas que mudas lloran
a los que son ausencia
mientras las nubes las abrazan
tiritando de estrellas.
Por el lado derecho del pantano
se borra la senda.

Pues siguiendo la ruta de esta vieja vereda, desde el hotel Cañailla hasta las ruinas de lo que fue la preciosa aldea de Prao Chortales, hoy nos vamos a ir. Desde este mismo punto hasta su final, la senda hoy día 28-1-2000, se encuentra casi perdida por completo por el poco uso, la espesura del monte y el arrastre de piedras y tierra cuando corren los arroyuelos después de las lluvias. Pero con interés y fijándonos bien, nosotros pudimos recorrerla y quedar hondamente empapados de las extrañas y contradictorias sensaciones que los paisajes transmiten. Y la recorrimos en menos de siete horas, parando en varios puntos y casi explorando el terreno. Fue de la manera que a continuación digo.

Dejamos el coche en la misma entrada del hotel ya dicho. Saludamos al dueño de este establecimiento que nos acogió con verdadero agrado y hasta nos dijo que su hija estaba haciendo una tesis doctoral sombre el desarrollo sostenible del Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas y luego nos facilitó el paso por la misma puerta de este precioso edificio suyo. Las tierras que le rodean las tiene vallada y por eso tuvimos que salir por una puerta metálica que se abre por el lado de arriba.
- Sigan ustedes la alambrada, tuerzan luego arroyo arriba y por ahí va la senda que lleva al Prao Chortales.
Nos dijo y le hicimos caso. Pero él no nos dijo, porque quizá no lo supiera o no le pareciera necesario, que una de las mejores señales que podríamos seguir para no perder la senda era precisamente las boñigas de vacas que pastan por los ranchales de las cumbres hacia las que penetra la senda. Fue una sencilla y a la vez curiosa experiencia que descubrimos nosotros por pura casualidad y empujados por la necesidad de no quedarnos perdidos para siempre el la espesura del denso bosque.

En cuanto salimos de la alambrada, torcimos para la derecha y arroyo arriba, siguiendo una sendilla muy poco visible, comenzamos a remontar. Enseguida comenzamos a encontrar boñigas de vacas y muchas pisadas de ellas en la empapada tierra, a estas horas de la mañana, pura escarcha y

tapizada de musgo. Y la sendilla, sin duda la que ellos usaban para salir y entrar a lo hondo de la sierra, por momento se iba cubriendo por el monte. Se le distinguía bien sólo a trozo y ello nos daba ánimo y la certeza necesaria para saber que el camino era el correcto. Según se hunde, remonta y aproxima al paredón rocoso que corona, la vegetación de lentiscos, romeros, zarzas y pinos, se espesa con la densidad casi de lo impenetrable.
- Pura selva.
Decían algunos y no les faltaban razones para ello.

Pero nosotros seguimos y según avanzábamos nos dábamos cuenta que al principio la senda remonta por el lado izquierdo del cauce como si fuera a clavarse en el corazón mismo del robusto paredón rocoso que corona. Unos metros antes de chocar con él, se viene para el lado derecho, remonta a un puntal que queda recogido entre dos arroyuelos y por eso con inclinadas torrenteras a ambos lados y por la raspa misma de este puntal, remonta casi comida por los romeros, tapada por las secas hojas de los pinos, las piñas y las ramas secas del monte. Pero las huellas de las vacas, boñigas y pisadas en el barro, seguían presentes. Ello nos fue sirviendo para no desviarnos de la ruta hasta que, unas dos horas después de haber arrancado, coronamos al collado del cueva Buena.

Este punto es por sí solo un motivo importante dentro de la ruta. Trazándola sólo para venir hasta este collado, ya es por sí una buena ruta y con su interés y emoción suficiente. Y lo digo porque el rincón es un bonito collado de tierra buena que ellos cultivaban en aquellos tiempos y donde, en el mismo centro y en todo lo alto del collado, levantaron una preciosa casa de piedra, mezcla de cal, tejas y madera cortada en estas laderas. Para el lado del Prao Chortales, la tierra es llana durante un trecho de más o menos trescientos metros y luego se va inclinando hasta dar paso a otro collado algo menor. Pero antes de seguir quiero decir que en el collado de cueva Buena, paramos durante media hora. Estuvimos comiendo algo, recorrimos la preciosa cavidad de la cueva que mira al sol de la tarde, pisamos el tapiz de hierba que cubre la llanura, hoy muy enratoná por lo castigada que la tienen las nieves de las últimas semanas, ahora el hielo de las noches de enero y las vacas y luego continuamos con la ruta.

Por el lado de arriba de un viejo cerezo, todavía da buenas cerezas si los hielos no le queman las flores cuando éste florece, buscamos el caminillo. Por aquí mismo mana un pobre venero que hoy nos lo encontramos por completo tapado. La pared de roca que le corona, este invierno se ha roto y el corrimiento ha sido muy grande. Sobre lo que fue la fuente que ellos usaban ha caído un montón de toneladas rocosas, mucha tierra y hasta grandes pinos y otras plantas. Por eso se ha cortado la senda y el paso se complica pero como la tierra es llana, avanzamos por el lado de abajo y luego volvimos a la senda. En unos diez minutos coronamos el segundo collado y ahora comenzamos a descender.

En los primeros metros y por la izquierda, en la misma senda, brota un pobre venero. Le hicieron una poceta para recoger el agua y con ella regar los trocico de tierra que hay un poco más abajo. Los que vivían en cueva Buena, también cogían agua de este pocico para beber y otras necesidades. A estas alturas los manantiales son escasos y pobres. Quizá por este venero y la alberquilla que ellos le construyeron, al collado lo conocían con el nombre del Pocico. Que nada tiene que ver con el otro pocico que hay justo al volcar para la nava del Rico. Pero también al punto aquel le llaman el pocico por el pequeño pozo que abrieron en la tierra para recoger el agua. El puntal que nos va quedando por la izquierda también participa del mismo nombre: puntal del Pocico. La senda se hunde en un amplísimo circo para salvar precisamente la cuenca de un arroyo que baja desde las cumbres. Son las del pico Almagreros que se le ve coronando todavía muy retirado de nosotros y para el lado del nacimiento del Guadalquivir.

Por debajo de nosotros y antes del arroyo de María, se elevan varios picos con una altura de más de mil doscientos metros. Entre estos picos hay varios quebrados y pronunciados arroyos. El que ahora vamos recorriendo es el que se le conoce por el de cueva Fría y se le junta al de María por encima del pantano. Pero por donde ahora recorremos la senda no tiene agua. Nos lo encontramos seco por completo aunque la cumbre por lo alto alcance los mil cuatrocientos metros. Tiene mucha nieve y cuando llueve, sobre estas cumbres descargan bien las nubes. A estas sierras se les conoce con el nombre de las Lagunillas y ello se debe a ese rincón, donde también hubo una pequeña aldea y las tierras forman como unas lagunas menores aunque sólo sea cuando llueve en abundancia. Quedan en la vertiente opuesta a la que vamos recorriendo.

Pues una vez coronado el segundo collado después de cueva Buena, caemos con la senda, a trozos muy buena pero con largos tramos casi perdidas por completo, recorremos el terreno siguiendo la forma de semicírculo que por aquí traza para irse recogiendo hacia el arroyo de cueva Fría, atravesamos los surcos llenos de rocas, piedras, monte y arena que por aquí han tallado y depositado las aguas cuando corren los arroyos y en una media hora coronamos al tercer collado, si contamos el de cueva Buena. De nuevo aquí la senda vuelve a hundirse en el amplio barranco que tiene forma muy parecida al que hemos dejado atrás. Como un abanico que se abre según remonta para las cumbres y se cierra según cae para el arroyo María. Por el lado de las cumbres tiene tierra buena donde se crían los romeros, los pinos, los enebros y los lentiscos y más arriba, ya están las inclinadísimas y agrestes paredes rocosas que se desploman desde las crestas y por el lado del arroyo de María, pues lo mismo. Profundo cortados rocosos que sólo escalando sería posible franquear. Por eso la senda discurre encajada a media altura entre el arroyo de María y la cumbre total pero aprovechando precisamente la franja de tierra que se retiene entre los dos grandes

escalones que presenta esta largísima y áspera ladera.

Una vez recorrido este segundo y amplio circo que da lugar al arroyo de las Culebras, coronamos a otro collado menor. Estos son dos y propiamente aparecen como unos rellanos antes del cuarto collado de entidad, contando el de cueva Buena. La tierra se torna llana sobre unos morretes donde también el monte es claro, crece la hierba y se ven más boñigas de vacas y la mejorana. Mucha mejorana y espliego y por ello sabemos que estas tierras fueron cultivadas por los que vivían tanto en cueva Buena como en Prao Chortales. Le sacaban buenas cosechas de trigo, garbanzo y cebada a estos rodales de tierra. Por eso necesitaban las veredas que nosotros hoy vamos recorriendo pero como en aquellos tiempos sí tenían mucho uso estas veredas, estaban mucho más claras que hoy en día.

La senda se vuelva a perder sin que se pierda del todo porque sólo desaparecen allí por donde han corrido las aguas y ha crecido el monte pero con un poco de observación damos con ella enseguida. La curva de nieve por la que discurre esta senda casi en todo su recorrido, es la que va por los mil doscientos a mil trescientos metros. Pero quiero aclarar que no es así exactamente porque antes y después de cada collado, remonta y baja y en los dos grandes collados entre cueva Buena y Prao Chortales, mucho. Así que remontamos al tercer collado, que es propiamente el de Prao Chortales. Por la derecha nuestra que es por donde va el gran surco del arroyo de María, se alza un agreste pico rocoso. Se le conoce por los Plomos y tiene su sentido. En algunos rodales, la tierra presenta hematites de hierro. Es decir, pequeñas piedras con óxido de hierro, realidad que se da por otros puntos de esta gran sierra del Parque Natural y en especial, por esta cordillera de las Lagunillas que viene desde el mismo nacimiento del Guadalquivir. Hay otro collado de los Plomos viniendo desde el puerto de las Palomas hacia el puerto del Narigón, por la fuente de la Zarzas. Por allí también la tierra tiene muchos hematites de hierro.

Así que este collado es propiamente el de los Plomos o el de Prao Chortales. Desde él aun no se ven las tierras de este misterioso y bellísimo Prao Chortales pero es sólo porque la espesura y altura de los pinos lo impiden. En cuanto se remonta un poco para el pico de los Plomos, con mil trescientos cuarenta y seis metros, se ve con toda claridad todo este barranco de Proa Chortales. Nosotros, en este punto, tenemos una breve parada. Algunos están cansados y por eso tenemos que reajustar el plan previsto. El cansancio no lo es tanto físico sino por la monotonía del paisaje. Ya se saben que algunas personas sólo se entusiasman ante la naturaleza y los paisajes que esta regala, cuando abundan las cascadas, los animales silvestres, grandes panorámicas o cosas parecidas. La belleza de un paisaje sólo poblado de romeros, espesos pinares, arroyuelos con muchas piedras pero sin una gota de agua y sendas ya muy borradas, a muchos no les entusiasma tanto. Y claro que es cierto que siempre una ruta tiene que tener su atractivo

final u objetivo a conquistar pero la sierra es lo que es y nadie la puede cambiar a su gusto. Creo que es el ser humano el que debe concienzarse de que lo bello no sólo existe en lo espectacular y asombroso a los ojos. Hay otra dimensión que es la verdaderamente buena.

Pues una vez puestos de acuerdo sobre quienes siguen y quienes se quedan, sobre el collado de los Plomos se quedan dos con las mochilas. Los otros decidimos llegar hasta las casas de Prao Chortales, gozar del rincón y regresar a donde se quedan las mochilas para comer. Personalmente lo que me interesaba en esta ruta era descubrir el trazado de la vieja senda que ellos habían usado a lo largo de tanto tiempo. Y esto ya lo tenía claro. La visión o no de Prao Chortales, ya me interesaba menos porque la tenía gozadas al menos tres veces antes de este día. Así que arrancamos y comenzamos a caer otra vez. Ahora con mucho más comodidad porque la senda se notaba mejor y en unos minutos, menos de cinco, descubrimos que estamos a sólo trescientos metros de Prao Chortales. Varios decidieron volver y recoger a los cansados para que así no se quedaran tan decepcionados. Se habían quedado a sólo unos metros del objetivo y esto, cuando lo supieran, le dejaría enfadados consigo mismos. Así que regresaron a por las mochilas y los cansados y mientras tanto, los más decidido cruzamos la alambrada por un gran agujero que las vacas tenían abierto justo por donde pasa la senda.

Alguno pregunta:
- ¿Y por qué están cercados los campos de este Parque Natural?
Nadie pudo responder porque nadie lo sabemos.
Otros también preguntan:
- ¿Y cómo fue que si expropiaron a muchos y les quitaron las tierras, ahora hay propiedades privadas en el mismo corazón de este Parque Natural y hasta están valladas para que nadie pise estas tierras?
Tampoco nadie responde pero sí se hace otra pregunta:
- Si dicen que no se puede edificar dentro de este Parque Natural ¿por qué se ven cortijos que sí los han reconstruido y hasta tienen su pista de tierra para venir a ellos y las tierras quedan valladas cuando a los que por aquí vivían le complicaron la vida de aquella manera?
No hay respuesta porque nadie podemos responder a estas cosas. No lo sabemos y por eso callamos pero el dolor va por dentro y quiere gritar.

Así que nosotros ahora ya nos encontramos en el mismo corazón del rincón llamado Prao Chortales. Por la parte de arriba de estas tierras, medio solana pero con suelo muy fértil, pegando al acantilado que cae para el surco del arroyo de María, nos tropezamos con las ruinas de las casas que ellos levantaron por aquí. Se apiñan todas unas contra las otras y aunque están sin tejado y con las paredes muy rotas, se puede adivinar que fueron por lo menos diez las viviendas. Y de ello se deduce que las familias podrían haber

sido también ocho o diez que podrían dar una suma de más de veinte personas. Eso quedándose corto. El horno está en el lado de arriba, algo separado de las casas. La parra, ya seca, cuelga de un palo en lo que fue la entrada de la diminuta aldea. Un nogal también aquí cerca y luego al frente y abajo, por donde uno de los ramales del arroyo de María tiene su nacimiento, la gran hondonada por donde llega la pista. Es la que viene desde el collado del Ojuelo. Y por ahí, otra casita de piedra pero ésta, tipo refugio y de construcción mucho más reciente. Está cerrada con su buena puerta de hierro para que nadie pueda entrar y romperla.

Sobre el puntal rocoso que coronan a las ruinas de aquellas casas serranas, soltamos las mochilas y frente al sol de la tarde y a las tres exactamente, nos ponemos a comer. Mientras repartimos lo que hemos traído gozamos de la gran panorámica que ofrece el grandioso circo donde está Prao Chortales. Se ve el arroyo de María, su ramal principal, subiendo hacia el collado de los Hermanillos, el otro arroyo que viene de cañá Somera, los preciosos picos de los Hermanillos coronando en el centro, el Hoyacillo entre cañá Somera y el Portillo de arroyo Frío, el que cae al Embalse del Tranco cerca de la huerta Vieja y por encima de nosotros, coronando majestuoso, el pico del Almagreros. Tiene mil cuatrocientos sesenta y siete metros y es el más alto en esta cuerda por este punto de la Sierra de las Lagunillas. Hasta distinguimos con claridad el poste de cemento que le tienen clavado en todo lo alto para indicar que es un punto geodésico.

En silencio y frente calorcico del sol de la tarde, descansamos un rato después de comer y algunos meditan cosas. Les inquieta o al menos les produce cierta y extraña sensación descubrir que en este hondo rincón de la sierra, en tiempos lejanos, vivieron personas. Y hasta dicen:
- Si fuera posible traer al presente aquellos tiempos tal como existieron y con ellos en estas tierras ¿qué veríamos?
Nadie da respuesta a semejante reflexión. Pero la hierba por la tierra, ya se muestra vigorosa y aunque las heladas la tienen desteñida y hasta quemada, nadie duda que brotará con toda su belleza en cuanto los fríos se retiren. Estos prados tan hundidos en los más silenciosos y hasta misteriosos rincones de la sierra, volverán a teñirse de flores y por entre ellas, revolotearán las abejas y las mariposas. En el hondo silencio de las montañas, la vida se desplegará con toda su energía aunque ahora ya no haya nadie por aquí para recorrer estos prados y llevando a sus ovejas a pastor por ellos. Puede que algún turista arriesgado pero ni siquiera se parará a meditar en las huellas de los que por aquí vivieron. La naturaleza sigue su rumbo y ajena a la presencia o no de los humanos, se cubre de hierba verde y regurgita sus limpias aguas por los veneros.

Cayendo el sol nosotros nos pusimos en ruta por el mismo camino que habíamos recorrido por la mañana. Sobre el collado del cueva Buena otra vez descansamos y comimos algo y luego nos dejamos caer por el gran barranco

del arroyo del Tobazo, hotel Cañailla. Se nos complicó la bajada porque el monte ya dije que está muy tupido por este barranco y la senda, la perdimos. Pero sobre las seis de la tarde, ya regresábamos para el pueblo blanco de la Loma de Úbeda.

Cuando aquel día se fueron
sólo el sol los acompañaba
mientras subían por el sendero
que mudo se remontaba
desde el valle hasta el cerro.

Pero cuando aquel día se fueron
según iban por la callada
vereda entre romeros,
desde la parra colgaban
las uvas de tonos negros
y al verla la niña en su marcha
dijo, sin dejar su juego:
- Madre ¿quién vendrá mañana
a regar las tierras del huerto,
a recoger las calabazas,
los tomates y los pimientos?

Y la madre calla
porque un dolor en el pecho
la estrangula y mata,
pero el padre contesta diciendo:
- Antes que las nieves caigan
seguro que volveremos
a nuestra casa.
Y se extraña el viento
sabiendo que mañana
volver no podrán ellos
aunque el cielo abraza
un poco más sosteniendo.

Nota del autor: Pongo aquí esta ruta por razones internas y tan personales que no voy a decir. Pero como la voy a dejar escrita y para siempre, quiero aclarar que no es esta una ruta para la gran masa de turistas que visitan y visitarán estas sierras. Y no lo es por la gran dificultad o peligro que entrañe recorrerla sino por lo que ya he dejado escrito. La vereda por la que discurre, se ha borrado tanto y el monte la cumbre con tanta espesura que dentro de unos años será casi imposible saber por dónde va esta vereda. Aquellas personas que no conozcan bien estas sierras ni tampoco el rincón por donde discurre esta ruta, seguro que encontraría muchas dificultades si se deciden recorrerla. Así lo digo para que se sepa dejando también claro

que éste, es un recorrido de gran belleza.

El nombre de chortales remite a sitio con mucha agua o más bien encharcado. Donde mana el agua y se forman charcos. Ya lo digo en otro apartado de este trabajo. Y también hablo de otro punto con este mismo nombre y en la Sierra de las Villas. Cortijo los Chortales, por encima del arroyo fuente del Tejo y el cortijo de Tarquino, justo al remontar la escalera romana. Sólo un par de veces más aparece este nombre en toda la gran sierra del este Parque Natural. Existe un trabajo mío con el título: “En busca de la Aldea Perdida”, donde me centro en los escenarios que presenta este rincón para describir algunos relatos relacionados con serranos y los que les complicaron la vida a éstos.

La profecía del pastor

Dieron la curva que trazaba la senda y al salir a las encinas, frente a la puerta de la cueva misteriosa, se lo encontraron. También estaba triste pero con la tristeza del que en su orgullo, en su ceguera y maldad, se ha equivocado y pasado el tiempo, todos sus sueños y proyectos se les hunden y con ellos, el mundo entero bajo sus pies y hasta se revuelve contra sí mismo sus propios pensamientos y obras. Por eso al verlos, el que ahora lloraba con el dolor de sentirse solo frente a sus propios pecados, pregunta al que daba compañía:

- ¿Qué ha pasado?

Y se refería a las huellas que les mostraban los montes que años atrás, por la fuerza, habían arrebatado al pastor. “Ya verás tú en qué gloria o paraíso vamos convertir nosotros esta amada tierra tuya”. Les decían al pastor mientras éste se retiraba vencido, agonizaba camino del destierro y desposeído de su dignidad.

Pero como habían pasado los años y aquella gloria o paraíso que decían iban a ser los montes hoy sólo era miseria, muchos excrementos humanos, gran descontrol y hasta se revelaba contra ellos mismos la propia naturaleza, por eso al preguntar: “¿Qué ha pasado?” , el que daba compañía dijo:

- ¿Te acuerdas de aquel día que el pastor te habló?
- ¿Te refieres al día aquel cuando me ofreció la paz, su cariño y su ayuda a cambio de no echarlo de estas tierras suyas?
- Al día en que él se alzó sobre la gran roca de la cumbre y frente a la muchedumbre dijo que si ellos eran echados de la sierra, ésta se volvería contra los que a continuación la invadieran.
- Pero aquello fue sólo una fanfarronada del pastor. Lo que ahora te pregunto es qué ha pasado para que la naturaleza se nos muestre como si no nos quisiera ni tampoco los miles de personas que por aquí llegan y la recorren.

Porque nosotros trazamos buenos caminos y no aquellas sendas que tenía el pastor. Construimos muchos hoteles, campings, piscinas,

señalizamos bien todas las rutas, los pueblos, los monumentos que hay en ellos y hasta organizamos concursos, campeonatos, dimos premios y otros alicientes que gustan a los turistas y ahora parece que la naturaleza deja de tenernos cariño. ¿Qué ha pasado?
- El pastor os habló con toda claridad y ni siquiera lo escuchasteis. El se fundaba en razones que en el futuro tenían que cumplirse sin más remedio pero vosotros fuisteis contra sus palabras y hasta lo despreciasteis. Lo que está pasando ahora es que se está cumpliendo parte de lo que había anunciado.

SIERRA DE LAS LAGUNILLAS

En este punto quiero hacer una pequeña reflexión sobre los parajes que pretende recoger el título que he puesto al principio. Y empiezo diciendo algo que en mi presencia por los rincones que traigo entre manos me ha llamado la atención en más de un momento. Sabía yo que estas partes de la sierra, en mapas y escritos anteriores a éste mío, muchos las encajaban bajo el nombre de “Sierras de Cazorla”. Mientras he ido pisando las veredas que surcan las cumbres y barrancos de estas sierras, tenía presente esta información así como otras. Y claro que al final he tenido que sacar mi propia conclusión pero documentada sólo con los datos que sobre el terreno y las personas del terreno, me han trasmitido. Como algunas cosas no las veo tan claras como al parecer hasta ahora han estado y sí ya estoy en disposición de decir algo del tema, expongo lo siguiente:

Ni una sola persona, en ningún momento, me dijo que esta parte de la sierra se le haya conocido alguna vez con el nombre de Sierra de Cazorla. Y cuando les decía que se trataba de una visión o realidad puesta o decidida desde la Administración, siempre me aclaraban que:
- Será así pero la realidad que nosotros, y desde toda la vida de Dios hemos conocido, es otra.
- ¿Pues cómo se llaman, entonces, estas sierras?
- Lo de Lagunillas sí tiene sentido pero como nosotros estamos en la otra parte, pues la conocemos por la Sierra de las Villas y nada más. Luego, cada punto tiene su nombre y la suma de varios puntos, como todas estas cumbres y laderas que van desde Prao Chortales hasta donde el río parte a la sierra, es a lo que le llamamos Sierra de las Lagunillas o de Prao Chortales. Casi a la misma distancia, en la misma altura y en la misma cuerda están las Lagunillas y Prao Chortales. Las Lagunillas fueron un grupo de casas serranas levantadas donde hay un buen puñado de tierra que se encharca cuando llueve mucho. Prao Chortales también fueron un grupo de casas serranas levantadas donde hay un buen puñado de tierra que se encharca y mana cuando llueve mucho. Siete u ocho familias vivieron en cada una de estas hermosísimas y viejas aldeas, alzadas casi donde las nubes anidan. ¿Quién decidió que la sierra, donde se asientan estas dos bonitas aldeas, se llamara de las Lagunillas y no de Prao Chortales?

- Seguro que fuisteis las mismas personas que siempre habéis vivido por aquí. Como bien dices, para entenderos, teníais que ponerle nombre a los sitios.
- A nosotros nadie nos consultó. Como tantas otras cosas, vinieron, midieron el terreno, preguntaron aquello que les interesaba y luego, en los papeles escribieron lo que más les gustó o quisieron, prescindiendo de nosotros y de nuestras opiniones. Eso fue impuesto desde arriba, escrito por primera vez en los mapas, que casi nunca dicen toda la verdad y menos los de aquellos tiempos y a partir de entonces, muchos dijeron y escribieron lo mismo o lo que más les gustaba a ellos.
- Entonces ¿se puede o no decir que estas cumbres son sierra de Cazorla y también de las Lagunillas?
- Que la Administración lo llame como quiera pero nosotros seguiremos diciéndole lo que siempre le hemos dicho. Y esa realidad, siendo verdad, verdad, nada tiene que ver con la que hay escrita en los mapas y muchos se creen a pies juntillas.

Así que aclarado este matiz, paso a decir que la sierra que se recoge al final de la gran cuerda que viene desde el mismo nacimiento del Guadalquivir, avanza por el término de Cazorla y el de otros pueblos y viene a morir donde el río corta a la gran cumbre, yo la he descubierto y ahora la llevo dentro con una figura y dimensión que hoy conozco bien. Me sitúo justo en lo más alto del pico Almagreros donde, sobre el nivel de los mil cuatrocientos sesenta y siete metros, se encuentra clavado el punto geodésico que está penado destruir. Miro hacia donde el río tajó a la sierra para escaparse de ella y de derecha a izquierda, de Prao Chortales a las Lagunillas, me encuentro con una figura que se parece algo a un corazón humano. Lo delimito de la siguiente manera: Me bajo por mi lado izquierdo hasta las casas de Prao Chortales, llego al arroyo de María, lo recorro hasta donde éste se funde con el Guadalquivir, sigo río arriba hasta el muro del pantano, me vengo para Coto Ríos siguiendo el borde de este pantano y al llegar al arroyo de los Huertecillos me subo por él hasta el collado del Mojoque, desde ahí a las Lagunillas y desde ese punto vuelvo otra vez a lo más alto del pico Almagreros que es de donde partir. Si trazo una línea siguiendo este recorrido me sale la figura del corazón que antes decía.

Pues en el mismo centro de este corazón es donde se encuentra lo más alto de esta cuerda. A derecha y a izquierda tenemos dos vertientes, norte y sur, donde están las ruinas de estas aldeas y un montón de arroyuelos, llanuras, barrancos y hoyas. Tengo, por la izquierda y justo por debajo de mí y entre las curvas de nivel que van por los mil doscientos a mil trescientos metros, las tierras y ruinas de Prao Chortales. La distancia es sólo de unos ochocientos metros. Por la derecha, también por debajo de mí, entre las curvas de nivel que van por los mil doscientos a mil trescientos metros y a una distancia aproximada de mil doscientos metros, me encuentro las tierras y ruinas de las casas de las Lagunillas. Si desde Prao Chortales hasta las

Lagunillas trazo una línea recta que pase por la misma cúspide del monte donde estoy subido, tengo una distancia aproximada de dos kilómetros, de una aldea a otra.

Pues bien, si ahora desde este pico Almagreros, abro mis brazos y con la punta de los dedos, a ambos lados toco la curva de nivel que va por los mil cien metros y si de este modo me echo a andar hacia el muro del Embalse del Tranco, me encuentro con una porción de sierra que tiene una figura muy singular. Es el mismo núcleo del corazón que antes decía y como queda en todo lo alto de la agreste cuerda, algo se parece a una mariposa con las alas abiertas. En el centro de las alas del lado derecho nace el bonito arroyo del Cerezuelo y del de Mojoque, ambos afluentes directos al río Guadalquivir cuando no existía el Embalse del Tranco. En el centro de las alas del lado izquierdo nacen los cortos y quebrados arroyos de las Culebras y cueva Fría, ambos afluentes del arroyo María. Donde la mariposa tiene su cabeza y parte delantera del ala izquierda, se fraguan algunos arroyos más pero estos de menor entidad. Son los de cueva Camarilla, barranco de las Pilas y arroyo del Tobazo, por Cañailla.

Desde Prao Chortales, dirección al muro del Embalse del Tranco y por la mitad de la ladera que es donde nacen los dos últimos arroyos que he dicho, se fragua un gran escalón que da lugar a dos o tres preciosos collados, con sus poyos correspondientes. Los nombres de estos collados son: los Plomos, el Pocico y Culebras altas. Entre collado y collado se abren tres o cuatro amplísimas hondonadas donde en otros tiempos se sembraban buenos trigales y otros cereales. En el de las Culebras construyeron una casa, con su tinada y como la cueva estaba tallada en las rocas y era buena, al lugar le empezaron a llamar cueva Buena.

Por el lado de las Lagunillas, si desde las ruinas de estas casas nos vamos hacia el muro del Embalse del Tranco pero pegado a la cumbre como hemos hecho ante, la tierra tiene otra configuración pero en el fondo, va recogiéndose para juntarse al final de la cuerda, cuando ésta ya se rompe en el surco del Guadalquivir. Son los Legíos del Tranco. Justo donde las dos preciosas, magníficas y solitarias laderas se juntan, mana la fuente de la Peguera que da lugar al arroyo del Tobazo, por Cañailla. Ahí mismo se elevan tres o cuatro preciosos picos y algunos collados que dan paso para ambos lados de las dos vertientes. Y aquí, en todo lo alto, no pudieron establecerse familias de serranos porque las condiciones eran muy duras, las tierras para cultivar muy escasas y también el agua pero ellos recorrían todos estos rincones con sus manadas de cabras, ovejas y vacas y, cuando el tiempo era bueno, dormían en las covachas frente al cielo estrellado.

Y ya sólo me queda por decir que la aldea de Prao Chortales la levantaron justo donde nace el ramal más corto del arroyo de María. Por este punto las paredes rocosas que caen desde lo más levado de la cumbre, se

quiebran y forman un airoso y amplio circo. A sus pies, se recogen las tierras de buena calidad y como los veneros brotan por aquí a lo largo del todo el año, era un buen lugar para establecerse y vivir. El recodo queda al norte de las paredes rocosas que antes decía y por eso es umbría. Paraje muy frío en invierno y no tan caluroso en verano. En el punto más soleado y algo fuera del barranco, es donde construyeron las casas para vivir. Pero el rincón queda muy hundido en la profunda sierra y por eso, salir y entrar hasta este recodo tan bonito, además de difícil, era muy duro por la distancia a recorrer. Pero ellos no tenían otra alternativa en aquellos tiempos. Y fueron capaces no sólo de sobrevivir sino de resistir toda una vida entera desde el comienzo, el nacer, hasta el final, el morir. Algo así como los ríos que van a morir a la mar y ellos sí que lo fueron de verdad.

La aldea de las Lagunillas se alzaba en un paraje mucho más amable, lleno de luz y con mayor extensión de tierras buenas. Al levante o lado sur de la cuerda que hemos descrito y en una llanura que la gran ladera ofrece antes de desplomarse hacia el valle del hoy Embalse del Tranco. La tierra forma como una hoya y por eso las aguas, cuando llueve mucho, se retienen y sale la laguna. También porque en este mismo centro de la hoya de buena tierra, brota un venero. Lo usaron para regar las tierras y beber de su agua.

- A las Lagunillas ¿de qué le viene el nombre?
- Allí había una laguna. Lo que dice el cortijo, por la parte de atrás, la zona baja, aquello es una laguna. Ya no lo es tanto porque en aquellos tiempos, a fuerza de sangre, con espuertas y personas, se rellenó. En lo que resultó, una laguna pero no tanto y sí llanura, se fueron haciendo los “Piazos”. Cuando allí vivían las familias, ya no era aquello laguna. Se quitó y ya se queda lo que es un terreno para poder criar de toas clases de legumbres.
- ¿Y los nombres de los sitios?
- Si desde las Lagunillas sales para la sierra alta, te encuentras enseguida un boquete que se llama el barranco Lácer, arriba está el Morro de los Almagreros. A continuación viene el poyo Margoso, continúas y te encuentras la hoya de la Zamarrilla, esto ya en el vértice, desde donde se divisa la parte de las Villas con la parte de poyo Segura. Continúa al vértice de arriba y das con el juego de la Bola de Arriba. Porque hay dos juego “la bola”, uno que es el de abajo, que está a la izquierda a unos quinientos metros y desde ahí te dejas caer a un despeñadero de agua que hay que se llaman los Chorreones.

- Ya que estamos en estas cumbres de la sierra, los cortijos que hay de cañá Somera para abajo ¿cómo se llaman?
- En la parte alta de cañá Somera, nunca hubo cortijo alguno. Ya más abajo estaba el Prao Chortales. Se baja por el Majar de la Perra y dirección a Prao Chortales. Ese era el primer cortijo que había. A la izquierda había otro que se llamaba el Tejuelo. Las tierras esas son ya de las Villas. Lo que es todo el sur, frente al Tejuelo, es el Caballo del Torraso. Por allí hubo otro cortijo que se llama el Tosero.

Desde Prao Chortales, teníamos dos caminos: el que venía a las Lagunillas, subiendo por los Almagreros a piedra Plomera, dejándose caer por el barranco Lácer, a la Era Alta y a las Lagunillas. El otro continuaba pa cueva Buena. Eso se encontraba dirección ya del Tranco. Había un poyo que se llamaba el poyo de las Culebras y desde allí continuaba a cueva Buena. Es decir, al Corralón salían dos caminos. Uno que saltaba desde cueva Buena por la parte derecha, a la lancha del Sabinal, al Collao los Aires y ya se daba vista a las Lagunillas. Salía justo a la punta de abajo del Morro el Agreal. El otro camino, se bajaba por cueva Buena a entrar por lo que es la central del pantano. Venía a salir justo al Tranco.

18- Tiná y collado de arroyo María

Paseo al mirador de Puente de los Agustines
Distancia aproximada: 1 k.
Desnivel aproximado : 100 m.
Tiempo aproximado : 1,5 h. andando.
Camino: vieja vereda y muy borrada y sin ella.

Se pasa el puente de los Agustines sobre el Guadalquivir, se remonta por la carretera asfaltada que recorre toda la Sierra de las Villas y antes de llegar al segundo puente, el de arroyo María, nos cruzamos con la acequia que recoge el agua del arroyo Martín y la trae hasta las casas del Molino. Al final de la descripción de esta ruta, hablaré del rincón de este arroyo Martín y de la acequia que de él sale. Unos metros más arriba, por la izquierda según vamos remontando, se ve una pobre senda. Casi de animales y ahora muy rota porque ya no la anda nadie. Siguiéndola como se pueda, remonta por entre el monte, los regajos que las aguas han tallado en el terreno y la ladera hasta tropezar con las paredes de la vieja tiná. Se ve algo desmoronada y, entre la espesura de la vegetación, en una leve hondonada.

En esta misma ladera y antes de llegar a la tiná, por entre el monte, se abre todavía el agujero de aquella calera. Casi perfecto sigue, con las piedras que le pusieron para encofrarlo y la misma tierra que le rodeaba. No pasaba por aquí, todavía, la carretera que ahora sí. Le han crecido unos lentiscos por el lado que da a la montaña y dentro, unas ramas secas de pino. De alguno que se secó y después de caerse, ahora se pudre dentro del agujero de aquella calera.

Por entre las matas siguen muchas veredillas de animales y la principal, se adivina claramente. Los lentiscos, las carrascas, los romeros y las sabinas, se amontonan por toda esta ladera. Me asomo levemente y en la hondonada, se me presentan las paredes sin mezcla de aquella tiná. Su forma es casi cuadrada, divida dos veces con paredes de la misma clase que la principal y

con una entrada que se abría por el lado que le llega la senda. La puerta, de madera maciza, todavía está por aquí y entre las piedras. Los alambre e hierros de un destartalado somier, se oxidan cerca de esta entrada y por entre las piedras que van rodando de la pared.

Por el lado de arriba, se escapa la senda para seguir remontando hacia el collado. Y mientras recorro la ladera para coronarlo, miro para mi derecha. Compruebo que me corona una altísima y recta pared rocosa. En lo alto y por detrás, adivino el otro rodal de olivos. Los que se clavan en la buena tierra justo por la vereda que lleva a cueva Camarilla y desde ahí, a cueva Buena. Esos son en verdad los poyos de Andaragasca. Así que para mí me digo que este collado menor que voy a coronar esta tarde catorce de mayo, es gemelo de aquel otro. El hermano pequeño.

Es solana toda esta ladera y como son las cinco de la tarde, el sol pega con fuerza y calienta bien. Por estos días, dicen los periódicos, los termómetros han llegado casi a cuarenta grados. Algo que no se había conocido hacía mucho tiempo por las fechas del mes de mayo. Sin mucho esfuerzo, miro para atrás o para la izquierda que es el lado de abajo y veo el gran surco del arroyo Martín. Cae desde la hoya que se recoge por la fuente de los Cerezos y cortando una inclinadísima ladera rocosa. A un lado y otro, deja los olivos de la Ermita de la Hoz y los de la ladera de los cortijos de los Palancares. El de abajo y el de arriba. El surco de este bellísimo arroyo, se hunde por entre unas recias paredes rocosas y por donde avanza el cauce, la vegetación se apiña espesa y verde. Muchas zarzas, álamos y los olivos como dando compañía.

Voy avanzando y ando bien porque la senda no se pierde aunque tengo que ir con los ojos muy abiertos. Remonto a un primer collado que lo es sólo porque la tierra de la ladera, se torna algo llana. Por entre el monte me encuentro un hito de cemento. Tiene grabado dos letras y un número: M. P 1. ¿Qué será esto y para qué lo clavaron en lo alto de esta ladera tan agreste y alejada de la civilización? Me pregunto. Ya se me presentan por aquí los primeros olivos.

Por entre ellos, un poco por el lado de abajo, sigo la senda. Voy en mi silencio con la esperanza de remontar el segundo collado y al asomarme, ver al otro lado el surco del Guadalquivir y ahí, el charco del Aceite, cuando me sorprenden dos chotillos de cabra montés. Están a la sombra de uno de estos olivos, junto a la madre que come hierba y no me ve. Me quedo quieto a no más de quince metros de ellos y como no hago ningún movimiento, la cabra madre ni se ha dado cuenta de mi presencia. Los observo despacio y concluyo que han nacido hoy mismo. Son tan pequeños que hasta les cuesta mantenerse en pie.

Decido quedarme inmóvil para que la madre no se dé cuenta de mi

presencia y así no salga huyendo precipitadamente. Me digo que si lo hiciera a los chotillos les iba a costar mucho seguirla y más, si se mete por entre los riscales y el montarral que presenta esta inclinada ladera que recorro. Uno de ellos, inquieto porque los dos sí me han visto mientras que la madre no, se acuesta tras las ramas de una cornicabra. El otro se pega a la madre con las orejas tiesas y algo encogido porque le preocupa algo. Sabe que estoy aquí pero como la madre no se mueve asustada, él tampoco se atreve a correr. Intuye que toda su seguridad la tiene precisamente al lado de la madre.

Me muevo con lentitud y me agacho. Noto que sigue sin descubrirme. Agachado contras las piedras blancas de la ladera y el verde de los olivos, sigo durante un rato más. Los gozo pausadamente y decido moverme otra vez. Ahora me levanto lentamente y la cabra me descubre. Deja de comer, se me queda mirando durante unos segundos y como de nuevo me he quedado inmóvil, no se espanta. Pero ya sabe que estoy aquí y además bastante cerca. Se recoge en sí, alerta a los chotillos que están mucho más asustados que ella y sin tropel, comienza a moverse hacia el lado por que he llegado. Para el primer collado y la tinada. No corre porque sigo sin moverme para que no se asuste mucho y así los chivos no tengan demasiados problemas en esta huida y lentamente voy comprobando como se pierde por entre unos lentiscos justo por donde hace unos minutos me he encontrado el hito con las letras.

Ahora sigo moviéndome para continuar con mi ruta y lo primero que hago es pasar por la sombra del olivo donde me los he encontrado. Crece verde la hierba por ahí y unos metros más adelante, ya se terminan los olivos. Continuo por la parte alta de este puntal, lo que ya sería el collado y bajo en la dirección del Puente de los Agustines. Una recogida plazoleta sirve de división a dos pequeñas vertientes en esta ladera. Para la derecha, el Guadalquivir un poco más abajo del charco del Aceite y para la izquierda, el arroyo María. No se ve desde aquí el precioso charco pero el río y su agua, sí. Al salir de los olivos, la mejorana y los romeros, se me presentan espesos.

Paso por unas piedras y al rozar una mata de romero todavía con sus flores, una abeja arranca vuelo. Se pone nerviosa y antes de que lo advierta, me la encuentro persiguiéndome. No temo porque nunca en mi vida me ha picado una abeja al ir andando por el monte. Sé que estos animales atacan pero cuando se les molestan en sus colmenas. Pero la de esta tarde, se comporta de una forma desconocida para mí hasta hoy. Se me traba en la camisa por la parte de la barriga y antes de que lo piense, siento el escozor del aguijonazo. Manoteo y ahora se me viene para la cabeza. Se me para en la oreja derecha y al dar con la mano, me la llevo por delante justo en el momento que por segunda vez clava su aguijón en mí. Siento el agudo picor y al mirar descubro que la he matado contra el pelo y la oreja.

Me siento liberado mientras el escozor aumenta y para mí me digo que

es extraño esto. Ha sido una sola abeja que estaba libando flores de romero y por aquí, según voy descubriendo, no hay ningún enjambre ni colmenas. ¿Por qué se ha comportado así? No lo sé y ahora me digo que algo más que he aprendido de la madre naturaleza. Cada día y hasta en los sitios menos relevantes, puedo descubrir cosas nuevas y reacciones que todavía nadie conoce ni está escrito en ningún libro de ciencias.

Sigo mi ruta y por entre el romero donde libaba la abeja, piso las rocas que coronan a este picacho. Casi llano se encuentra este punto pero las rocas se arrugan, se abren en grietas y se elevan en pilares dificultando el paso hasta el punto más elevado. Lo estoy viendo y quiero remontarlo para descubrí qué es lo que desde esa altura veo. Con un poco de problemas, lo consigo y al asomarme, remontado en lo más elevado de la roca que forman la cresta de este puntal, descubro la preciosa panorámica.

Miro hacia el puente de los Agustines y a mis pies, abajo y casi en vertical, tengo el curso del río. Esta tarde baja lleno, azulado y verdoso por el cielo que lo arropa y los bosques que le dan compañía. Se ve desde un poco más abajo del charco del Aceite hasta la curva que tiene por donde caen las Cascadas de los Caballeros. Las casas del viejo molino de los Francos, se me quedan a los mismos pies y en todo ese recodo, las alamedas ya vestidas con sus nuevas y brillantes hojas verdes y los trozos de carretera que baja, se va para el Charco y se viene para el arroyo María. Una preciosa panorámica que se me presenta más rutilante todavía por la limpieza de la tarde y los bosques recién salidos de la primavera que todavía no ha terminado.

Y al mirar para atrás, vuelvo a descubrir el otro puntal. El hermano mayor de este que ya dije y es donde crecen los olivos pórtico de cueva Camarilla. Y ahora me pregunto: ¿Cómo se llama el puntal mayor y cómo este menor? Sé que por aquí, coronando al charco, está el que tiene por nombre Veleta. Visto desde la carretera que sube al pantano, es fácil saber cuál es. Pero metido en el centro de esta ladera las cosas se complican un poco. Y entonces me digo que este puntal donde ahora estoy subido, puede ser el puntal de la tiná de arroyo María. El collado, también será lo mismo y el otro puntal, el grande, es la Veleta verdadera. Aunque también éste puede llamarse la Veleta Chica y el otro la Veleta grande. A Juan Pedro, del Mesón del Melmecinos y nieto del dueño del Molino, Agustín, le preguntaré cuando ahora dentro de un rato, baje y me vuelva para mi lugar.

La vegetación que sobre este picacho he encontrado, además de los romeros, la mejorana, el tomillo, lentiscos y cornicabras, es abundante en esparto, pinos, carrascas y hierbas menores. Entre ellas he visto una matita que me ha llamado mucho la atención. Crece muy pegada a la tierra, tiene las hojas blancas que al mismo tiempo creo son las flores y al tocarlas, crujen como si fueran un trocico de papel. No sé cómo se llama pero es bonita de

verdad y por eso he cogido un par de maticas de estas. Me las voy a llevar por puro gusto y porque son bonitas. Sé que en otros tiempos, las niñas de los cortijos de estas sierras, la usaban para hacer collares. Desprendían las florecillas blancuzcas, la ensartaban con una hebra de hilo y fabricaban el collar. Así eran felices y tenían su placer cogido de lo más elemental de la tierra.

Cosas sencillas porque la belleza y, casi en el centro de ella, la naturaleza de estas sierras, no se presenta nunca ni altanera ni engreída. Prescinde de este defecto que tanto nos gusta a los humanos y sin embargo y por eso es tan rotundamente sincera y bonita. De esta fuente bebieron todos aquellos nobles serranos y así se lo enseñaron a sus niños. Y quizá por esta realidad, tanto me muero de amor cada vez que piso los paisajes de estas sierras. Desde lo más íntimo, una fuerza pura me empuja a buscar el nítido manantial de aquella fuente. Necesito beber de esa agua para acercarme a la belleza que mis ojos captan. Sé que es el camino recto para encontrarme con ellos en ese remanso de sencillez y humildad que lleva a la belleza sin engreimientos ni soberbia, de la naturaleza que amaron y amo.

Y en cuanto a la acequia que desde el arroyo Martín lleva el agua a los cortijos donde estuvo el molino, la voy a describir a continuación. Es la acequia que dio vida y sangre al desaparecido molino de los Agustines o de los García Franco. Se sube por la misma carretera asfaltada que ya hemos dicho, recorre toda la gran Sierra de las Villas. A unos trescientos metros, por la izquierda, se descubre la acequia trabada en las rocas y la ladera que cae desde el collado de los primeros olivos. Se ve por ahí una toma de agua para los camiones en caso de incendio y un poco más arriba, la acequia se aproxima a la carretera. La cruza sin que lo advirtamos porque le hicieron un túnel para meterla por debajo del alquitrán. Aquí mismo tenemos ya el punto de partida de la pequeña ruta que lleva a los comienzos de la acequia.

Para mí que me gusta tanto hasta el más insignificante y reducido rincón de estas sierras, el recorrido a donde la acequia coger el agua, me agrada y llena tanto como la subida a la más elevada cumbre. Pero advierto que esta ruta no tiene nada que ver con las que en las guías para los turistas, se reseñan. Es otro asunto menor comparado con aquellos aunque no lo sea. Porque ya he dicho que la disposición interna y la belleza de lo pequeño, es lo que en realidad transmite el gozo y no lo grande o espectacular. Son otras actitudes frente a los paisajes y la naturaleza que en ellos palpita.

Por el lado derecho, nos vamos siguiendo la acequia. Se le ve cuando esta comienza a meterse por debajo del asfalto y en los primeros pasos, no es difícil seguirla. Siempre en la dirección contraria a como viene corriendo el agua. Por su bordillo de cemento avanzamos con cuidado porque hay que hacer equilibrio y en unos metros, por la derecha un pino grueso y unas rocas donde la acequia casi se mete por debajo. Justo aquí, nos dejamos caer para

el surco del arroyo María siguiendo una senda no muy clara. Se cruzan las aguas de este arroyo y ahora sí se distingue algo más el recorrido que tenemos que seguir. De vez en cuando rozan el monte para que se pueda pasar mejor. Y es porque también de vez en cuando limpian la acequia y para poder entrar por aquí, necesitan limpiar de monte la escasa senda.

Un rellano de arena situado en el mismo centro de los dos arroyos, el de María y el de Martín, nos ofrece dos alternativas. Si seguimos al frente por donde la senda se encuentra mucho más confusa, tendremos que pasar el cauce del arroyo Martín y por este lado izquierdo, meternos por entre las zarzas y otro tipo de maraña. Se presenta muy tupida y aunque en otros tiempos sí se podía andar bien por aquí, ahora es casi imposible. Pero esta ruta es la más indicada para, una vez atravesada la espesura del bosque que ya hemos dicho, remontar algo más y encajarnos justo donde el agua del arroyo deja de irse por él para meterse por la acequia. Es un punto preciso por la espesura de la vegetación que le arropa, la densa sombra tanto de álamos como de madroñeras, lentiscos, carrascas y zarzas.

Si desde el rellano de arena nos venimos algo más para la derecha, en unos metros daremos con la acequia cuando esta corre por la tierra que se recoge entre los dos arroyos. Una vez encontrada, ya sólo tenemos que seguirla y gozar del delicioso rincón. Pero advierto que por este lado, en cuanto llegamos al primer puente que tuvieron que hacer para que la acequia pudiera pasar el arroyo, nosotros no podremos seguir. El profundo surco del arroyo Martín nos lo impide y por el esctrechico puente, será casi imposible pasar. Solo es útil para que el agua corre por él y no para que anden las personas. Por esta peculiaridad, decía y digo que es mejor subir por el lado derecho del arroyo ya que podremos aproximarnos hasta el mismo punto donde el arroyo se vuelca en la acequia. Es mucho más bonito por este lado aunque la dificultad sea también más.

Por este lado derecho, antes de alcanzar el pequeño remanso que rebosa el agua para la acequia, nos sorprenderá el chorro limpio que por la pendiente viene cayendo. A esta canal, desde el punto en que la comenzaron, tuvieron que meterla por el lado derecho del arroyo para evitar una pequeña cascada que este tiene. Necesitaban cogerla desde aquí y no más abajo porque ya no tenía el suficiente nivel para que fuera por su propia pie hasta donde ellos querían que fuera. Pero tuvieron que hacer una verdadera obra de ingeniería para trazar esta acequia por la hondonada y laderas tan quebradas.

A unos metros de donde arranca del arroyo, la dejan caer por la pendiente rocosa y se vacía justo en un canal colgante. Dos vigas de hierro con algunos travesaños y el canalillo construido de cemento, permiten trazar un puente colgante. Por él corre al agua y de este modo se pasa al otro lado del arroyo. El lado izquierdo según subimos a contra corriente natural.

Durante unos metros corre por el puntal que queda recogido entre los dos arroyos y al llegar al cauce del arroyo de María, otra vez se transforma en puente colgante. Este es más largo pero tan perfecto y bonito como el primero. Pasa el agua a lado izquierdo de arroyo de María y desde aquí, le abrieron paso en la ladera y las duras rocas que se presentaban en el recorrido. Durante unos metros se la llevaron paralela a la carretera pero buscando elevarla para que tomara altura al final que es lo que ellos necesitaban. Lo consiguieron y además, con maestría admirable y sin apenas romper ni bosque ni rocas ni arroyos. Con unos medios escasos porque en aquellos tiempos ni por asomo se hacían las obra faraónica de hoy ni tampoco se necesitaban.

Y ya voy concluyendo pero no sin antes decir que por el profundo surco de este arroyo Martín, donde le nace la acequia y más arriba, en aquellos tiempos sembraban maíz, tabaco y otros plantas. Las tierras son buenas y ellos, con esfuerzo y cariño, lograban limpiarlas, cavarlas, trazar los surcos, regarlas y de este modo, le sacaban el fruto que para vivir necesitaban. Se abren por aquí algunas covachas que por lo visto son bonitos pero ahora difíciles de ver por lo comidas que están de zarzas y otras marañas. Es por donde sembraban el tabaco para que los rondines no lo vieran. Está lo suficiente apartado de los caminos y bastante oculto en el surco del arroyo. Las cuevas de los Tabacales es como ellos las llamaban por eso de sembrar el tabaco en los trocicos de tierra que tiene cerca.

Claro que escribiendo cosas de estas, el alma se enternece al tiempo que goza por andar metida entre tantas bellezas. Y yo creo que la ternura se le fragua porque tiene presente a las personas de aquellos tiempos y como, por intuición, en ellos encuentra aquella sencillez madura e inteligente que tanto abundó entre los serranos, los considera grande al tiempo que dignos. Revelaban ellos y siguen revelando una forma de arte y cariño en todo lo que tocaban. Aunque el tiempo los haya machacado tanto, la sensibilidad del alma no dejará nunca de captar aquellos tan delicados rasgos. Estos bellos significados son los que yo encuentro en aquellas cosas bellas por las que ellos se movían y vivían. Por eso el alma se conmueve y llena de ternura sabiendo que, aunque ellos no tenían el barniz de lo que llamamos ahora cultura, sí eran espíritus de exquisita finuras. Sus esperanzas les llevaron y llevan a la mejor eternidad y eso, el alma de quien esto escribe, lo sabe bien.

19- Cascadas del arroyo de María

Paseo a los juegos del agua
Distancia aproximada: 2,5 k.
Desnivel aproximado : 100 m.
Tiempo aproximado : 1 h. andando.
Camino: vieja vereda y muy borrada y sin ella.

El recorrido que lleva hasta esta cascada, entra dentro de lo que podríamos llamar ruta menor pero no por eso, carente de belleza, emoción y de algún esfuerzo. La distancia a recorrer, desde el puente en el arroyo de María y que da paso a la carretera que atraviesa las Sierra de las Villas, hasta la cascada, tiene como unos dos kilómetros y medio. Con una hora, tenemos tiempo más que necesario para llegar hasta el pretendido punto pero claro que va en función del ritmo y las paradas que hagamos. La dificultad, no es mucha pero sí hay que remontar desde el nivel de los seiscientos metros hasta casi los ochocientos.

Comienza esta ruta en el mismo puente de los Agustines, el que da paso al río Guadalquivir por la carretera de la Sierra de las Villas. Sube por esta carretera hasta el segundo puente que se encuentra en el arroyo María. En este punto hay que dejar el coche. Por la izquierda del arroyo, sube una pista de tierra, en malas condiciones para los coches pero en perfecto estado para recorrerla andando. Remonta pegada al arroyo hasta el muro de un embalse menor.

Ya se termina el escaso carril y por el mismo lado izquierdo, sigue una senda. Se le nota bien por lo mucho que lo pisan las personas que por aquí llegan. Remonta el muro, se mete por el borde de lo que fue el baso de este pantano chico, porque ahora ya se encuentra casi cegado de las arenas que han arrastrado las aguas, y descansa en un rellano. Este punto puede ser una menta y de hecho lo es para muchas de las personas que por aquí vienen. Se entretienen en el rincón y con las aguas frescas y aquí dan por finalizado la ruta.

Pero la senda sigue. Remonta con fuerza internándose por entre la espesura de una vegetación recia y al poco, gira para la izquierda. Sigue remontando porque lo que pretende es elevarse por encima de un recio corte rocoso. Ya sobre él, gira en su dirección natural que es el surco del arroyo, atraviesa unas laderas complicadas por las piedras sueltas y la pendiente y al poco, corona el estrecho que el arroyo nos ha presentado por aquí. Por la derecha y en lo hondo del surco, se nos han quedando algunas cascadas muy bonitas pero complicadas por lo quebrado del terreno.

Ya remontada, durante un trecho, discurre tan cómoda que hasta baja un poco para encontrarse con el surco de un arroyuelo que se nos presenta

por la izquierda. Aquí mismo nace una caudalosa fuente que lleva por nombre cueva Fría. Existe también una cueva por aquí. Justo por aquí, hay que tener mucho cuidado, porque la senda, cuando menos lo esperamos, se viene para la izquierda, remonta bravamente, recorre la gran ladera que corona al pantano que hemos dejado atrás, atraviesa un escarpado barranco que se llama de las Víboras y llega hasta unas tierras sembradas con olivos. Estos son los poyos de Andaragasca. Llega a la cueva Camarilla, a los poyos de los Lagartos y sigue hasta un collado que se llama cueva Buena. Cerca están las Culebras Altas y Prao Chortales.

En cueva Buena, en otros tiempos, vivieron algunas familias. La hermana Gregoria murió en esta humilde casa y cueva. A este camino se le llamó desde siempre el Camino de cueva Buena. Desde este punto, cueva Buena, se divide en varias direcciones, por la mitad, entre las cumbres y el barranco. Un ramal se viene para la derecha y llega hasta Prao Chortales y otro ramal, se mete para el lado del muro del Embalse del Tranco y baja al río o al barranco de Cañailla. El ramal que desde cueva Buena se viene por la mitad de la ladera hasta Prao Chortales, pasa por los siguientes puntos: Culebras Altas, collado de los Plomos, collado de los Toros y ya al Prao. Donde nace el agua, no la de las Nogueras sino una fuente que brota algo más arriba, se llama el poyo de las Bellotas. Son los primeros nacimientos del arroyo de María. Más arriban están los Hateriles y el poyo de las Bellotas. Arriba ya del todo, cañá Somera, poyo Mergoso y Majal de la Perra. Cerca de Prao Chortales y por la pista de tierra que llega, se desmorona otro cortijo que se llama el Tejuelo.

La senda que nosotros hoy recorremos, después de atravesar este arroyuelo, sigue por el cauce del arroyo María, se mete por entre mucha broza de zarzas, bujes, adelfas y cuando cruza el arroyo, por el lado derecho, remonta con fuerza. Durante un trayecto, se le sigue bien porque está andada y se distingue con claridad. Por la izquierda, que es donde ahora nos ha quedado el surco del arroyo, unas cascadas suaves pero bonitas, nos saludan limpias. En este tramo, el arroyo tiene algunas pozas preciosas.

Salimos a un rellano donde las tierras llanas, restos de huertos, nos invitan a descansar y gozar del paisaje. Pero sólo unos metros más arriba, por la derecha, se nos presenta otro arroyo. La senda lo cruza y ahora remonta otra vez con fuerza. Al poco, se empieza a borrar cada vez más y al intentar descubrirla, notaremos como por la derecha y siguiendo este arroyo que hemos cruzado, se va viniendo algo de esta senda. Nos engaña porque algo más arriba, se borra mucho más aunque con dificultad y un poco de experiencia en terrenos de montaña, podremos remontar y luego girar hacia la izquierda. No es esta la ruta que lleva a la cascada, sino a la de Prao Chortales, que ya se describe en otro apartado.

La que en este momento vamos a recorrer, después que la senda cruce

el cauce del arroyo menor, remonta, se borra algo y en lugar de venirnos para la derecha, nos vamos para la izquierda. Es el punto en el que nos quedamos sin senda. Sólo muchas veredas de animales que surcan la ladera. Si las vamos siguiendo siempre sin dejar de remontar y buscando el pie de la gran pared rocosa, nos acercamos al surco del arroyo.

A nuestro aire y siguiendo las sendillas de animales que ya he dicho, buscamos la cascada. No es difícil pero sí duro por la inclinación del terreno, el monte y la inexistencia de camino. Mas, una vez en la caída de la cascada, nos alegraremos. Aunque no es de las más espectaculares de estas sierra, sí merece la pena conocerla y gozar le belleza del rincón que la acoge.

20- Arroyo de María, Prao Chortales[1]

Ruta a la vieja aldea
Distancia aproximada: 8 k.
Desnivel aproximado : 400 m.
Tiempo aproximado : 7 h. andando.
Camino: vieja vereda y muy borrada y sin ella.

Los parajes por donde discurre esta ruta son de una belleza excepcional. Por ser una de las rutas que hay que recorrer a pie, es difícil por varias razones: en algunos tramos no hay ni senda ni caminos. Otros tramos van junto a la corriente del arroyo donde existen impresionantes cascadas casi imposibles de franquear si no se está ágil o se va acompañado de algún experto.

La ruta comienza justo en el puente del arroyo de María donde se puede dejar el coche. Al principio, por el margen derecho del arroyo según se sube, hay una pista forestal que poco a poco va desapareciendo hasta quedar en una senda estrecha que el monte cubre y la corriente y erosión borra un poco más arriba. Justo donde la senda se pierde existe una cascada imposible de franquear de no ser desviándose a la derecha y subir siguiendo el cauce de un pequeño arroyo.

Ya que hemos remontado por esta izquierda, ladera complicadísima y

---

1 1 -Nota del autor: Por lo que tengo entendido Chortales significa charca con poca profundidad. Lugar donde mana mucha agua y se forman charcas. Y ciertamente, donde estuvieron aquellas bonitas casas llamadas por los que las habitaron Prao Chortales, hay mucha agua. Allí mismo brota un caudaloso manantial y más hacia cañá Somera, brontan otros. En la épocas de grandes nevadas, las aguas brotan por todas aquellas tierras aunque sean poco llanas pero sí buenas y fértiles. Allí se criaban cosechas riquísimas de hortalizas, cereales y frutales.

sin camino para seguir ni orientarse, por lo alto el morro y si hemos acertado con el rumbo, veremos las ruinas de unas tinadas. Fueron casas y tierras de labor en otros tiempos. Tiná del Collao Serbal es como se llamó este punto. Y desde aquí mismo, al frente, sale la senda, irreconocible casi por completo y después de remontar y atravesar una largísima ladera repleta de romeros hasta enlazar con la pista forestal que viene cortando la ladera.

Si seguimos la pista llegamos justo al lugar donde nace el arroyo de María. Unas ruinas, alambradas que encierran un puñado de cerezos y otros árboles frutales y las tierras que sembraban los que en aquellos tiempos vivían en la sencilla aldea llamada Prao Chortales. Más de siete familias vivían aquí y de ellas recuerdo algunos nombres. Los pongo a continuación para que su memoria no se pierda por estos lares. La tía Silvina, Lorenzo, Pedro, la tía Marcela, la tía Aurelia y la tía Dolores. Algunas familias sí tenían varios hijos, otras, ninguno. Vivió allí también la una mujer que le decían la melonera y por lo que me han dicho, casi todas estas personas han muerto ya. Sólo algunas viven y están por Tarragona. Corona a las casi desaparecidas ruinas de esta aldea imponentes paredones rocosos por cuyas paredes y cuevas brota el agua saltando torrencialmente por las rocas hasta abrir el cauce por donde el arroyo se despeña. En lo más alto de estas cumbres, se extiende una grandiosa llanura llamada cañá Somera. Es donde, en verano, pastan los rebaños de ovejas aprovechando las buenas hierbas de estas alturas que rozan los mil setecientos metros.

A la bajada es cuando comienza lo hermoso de esta ruta. Siguiendo la corriente del arroyo nos encontramos una y otra vez con cascadas, charcos, plácidos remansos y torrenciales corrientes cristalinas y frescas. Lo recorrimos nosotros aquel día, y quedamos asombrados de tanta belleza y con el corazón tupido de emoción.

Esta ruta se puede hacer en un sólo día pero sin olvidar que el recorrido es largo, duro, quebrado y en lugares muy peligrosos por los grandes desniveles rocosos. Si somos valientes y nos atrevemos llegar hasta lo alto de la cordillera, ante nuestros ojos aparecerán impresionantes espectáculos de pinos, llanuras, valles y cordilleras con las aguas azules del gran Embalse del Tranco a nuestros pies. Por aquí está el pico Almagreros con más de 1565 m. y toda la Sierra de las Lagunillas. Lugar este asombrosamente solitario, virgen y sobrecogedor.

Los niños serranos

Al cerro se le corona por la senda que le entra por el lado de la tarde. Cuando llega arriba, descansa en la llanura, se mete por el estrecho rocoso que casi tapan los bujes y ya asoma a la segunda llanura. La de la hierba verde, el manantial cristal, encinas viejísimas y los tres robles centenarios.

Pues cuando la senda se diluye en esta segunda llanura, ahí mismo se

alza la construcción del que fue un bonito cortijo y el tiempo envejeció. Tanto que un día se cayeron algunas de sus paredes y después se fue quedando sin tejas, sin puertas, sin chimenea y sin alma. Pero todavía servía para encerrar el rebaño de cabras que guardaban los niños.

Aquella tarde, día de invierno, lluvioso y con mucho frío, los tres niños y la hermana, a la llanura en la puerta del cortijo, llegaron con sus cabras. Y mientras los animales se iban recogiendo en los rincones de las viejas paredes, los cuatro niños se juntaron. En las losas rocosas de la puerta encendieron una lumbre y mientras acercaban sus manos a las llamas para quitarse el frío, el mayor de los niños dijo:
- Pues yo he oído que el que se fue a la ciudad, vuelve. Dicen que no encuentra la suerte y fortuna que buscaba y ahora vuelve para ponerse otra vez a guardar cabras.

Los otros lo escucharon y sólo la niña dijo:
- Pues tendremos que enseñarle los sitios donde ahora crece el monte y la hierba que a las cabras les gusta.
- Eso no será problema. Si necesita de nuestra ayuda nosotros se la damos y hasta le echaremos una mano para que estos primeros días no le resulten tan duros.
Comento otro de los niños a lo que el mayor añadió:
- Es como el pájaro de colores.
- ¿El que tenía su nido entre los pinos?
- El mismo que también se pasaba los días cantando de árbol en árbol.
- ¿Y qué le pasaba a ese pájaro?
- Pues que no moría nunca. Por más que lo cogían y lo mataban siempre resucitaba y hasta dañaba al que lo maltrataba. Era un pájaro que siempre se regeneraba.

La noche cubrió con su sombra la hondura de la sierra y allí, sobre el cerro y junto a las ruinas del cortijo y sus cabras, se les seguía oyendo a ellos. De aquel cuadro tan dulcemente misterioso e irreal, aun me acuerdo y hasta me hace daño en el alma. La imagen de aquel cuadro es como un trozo de vida flotando en el tiempo, que ni se marchita ni cambia aunque pasen los años y los siglos.

21- Collado y abrigo de Cuevabuena

Ruta a las cumbres misteriosas
Distancia aproximada: 8 k.
Desnivel aproximado : 600 m.
Tiempo aproximado : 7 h. andando.
Camino: vieja vereda y muy borrada y sin ella.

Esta pequeña ruta pero grandiosa por los paisajes que recorre y las panorámicas que ofrece a cada paso, da comienzo en el mismo puente de los Agustines sobre el río Guadalquivir. Se remonta unos metros y en el segundo puente, sobre el arroyo de María, hay que dejar el coche. Desde aquí arroyo arriba y por la derecha continua un caminillo que es el mismo que lleva a la ruta de Prao Chortales. Remonta hasta el pequeño pantano y sigue. Traza varias curvas y cuando ya ha superado la preciosa cascada unos metros más arriba del pantano, se divide. Al frente y siguiendo el surco del arroyo continua la senda que nos llevaría a Prao Chortales. Por la izquierda, sale un ramal que se distingue con toda claridad. Este es el que nosotros hemos de coger hoy. Se llama Senda a cueva Buena. Y aquí mismo, donde las sendas se dividen, mana el abundante manantial de Cueva fría. No muy lejos tenemos esta cueva.

Enseguida descubriremos que se trata de una vieja senda, bastante clara en algunos tramos y casi desaparecida en otros. Los romeros, lentiscos, pinos, piedras y tierra rodada y el poco uso, lo han ido rompiendo poco a poco. A unos metros de arrancar, se viene para la izquierda remontando tres o cuatro voladeros rocosos y luego se mete en una hondonada. Las madroñeras y los pinos secos caídos sobre la senda, dificultan el paso. Pero con un poco de atención e interés, remontamos hasta un poyo de tierra algo mejor donde crece un puñado de viejos olivos. Desde hace algún tiempo ya no cultivan a estos olivos y por eso se los come la hierba, el monte y los surcos que las aguas, al correr, dejan por la ladera de tierra suelta. Pero estos olivos son buenos. Casi todos tienen tres pies, altos, retorcidos y bien curtidos por los años que por ellos han pasado. Creo que a este olivar le llaman las olivas de Matojo.

Por el centro del pequeño olivar podemos seguir hasta encajarnos en el otro extremo. La senda se ha roto por este tramo pero de arrastrar troncos de pinos que cortaron hace años y luego dejaron ahí mismo, se hizo como un camino irregular. Atraviesa el olivar de un extremo a otro y luego muere porque ni va ni viene de ningún sitio concreto. Son muchos los troncos de pinos perfectamente cortados, desposeídos de su corteza y alineados en la dirección de la senda que seguimos. Y claro que uno se pregunta por qué dejaron aquí tanta madera y de tan buena calidad. Es difícil sacarla por los impresionantes cortados existentes desde donde están hasta la carretera que sube por el arroyo de María pero sino los podían sacar ¿para qué los

cortaron?

Aunque sé que los cortaron con la intención de sacarlos de estos montes. Y de suyo, el año de aquella corta, abundante y los mejores ejemplares de pinos, sí sacaron muchos de estos troncos. Arrastrando algunos y otros despeñándolos por los voladeros. Así fue hasta que llegaron las lluvias y se formó la babacilla en la tierra. Al pisar, el suelo se escurría mucho y como por estas laderas lo que más existen son voladeros de buena marca, tuvieron que dejar la faena por el gran peligro que suponía andar por aquí y más aún, arrastrando troncos de pinos.

Justo cuando se terminan los olivos, frente al último de todos, por la derecha y lado de arriba, sigue la senda. La referencia son dos grandes pinos de troncos negros y de la especia pinaster, bajo ellos dos mojones de piedra, hitos que señalan límites de términos municipales, y por aquí mismo, un hito de cemento con el número ocho grabado y pintado de negro. Se lo come el monte que ha crecido mucho y por eso no se ve bien sino cuando se está encima de él. Sigue esta senda remontando unas veces volcando hacia el lado del Guadalquivir, por la izquierda y otra para el arroyo de María, por la derecha. A ambos lados se abren profundos barrancos repletos de bosques que cubren las laderas y empedrados de cortes rocosos que caen en picado. Los buitres los sobrevuelan y las sombras de las nubes, cuando no hay nieblas, los manchan misteriosamente. Por el lado que da al surco del Guadalquivir todo se presenta mucho más hondo, quebrado y con bosques de pinos agarrados hasta en las más reducidas repisas.

Cuando ya la senda decide venirse para su lado natural, se mete por el mismo centro de una complicadísima pared rocosa y pegado a una preciosa cueva, la de Camarillas, avanza con toda comodidad. Aprovecha un puñado de tierra que se ha retenido en una ondulación de las rocas y como la hierba crece en abundancia, le da consistencia. Después de tanto tiempo, todavía no se ha roto por la fuerza que le prestan las raíces de esta hierba. Es de asombro este punto y merece la pena gozarlo con toda calma y en detalle. En cuanto sale al otro lado, se nos presenta un pequeño surco de arroyo. Entra por la derecha y cae desde las repisas de cueva Buena. Lo cruza y justo aquí, un rodal de tierra sin vegetación y la senda que se pierde por completo. Por más que la busquemos, no será posible encontrarla. Pero la senda sigue porque las personas que vivían en el cortijo y abrigo de cueva Buena, la tenían trazada y la andaban por necesidad y a lo largo de muchos años.

Nos situamos en el comienzo del rodal de tierra sin vegetación y mirando hacia la cumbre, por entre los romeros veremos varios ejemplares de pinos gruesos y de troncos negros. Justo por aquí continua la senda pero desde luego casi irreconocible. Sólo un buen observador y conocedor de los viejos caminos serranos, será capaz de irla distinguiendo. De todos modos, sigue remontando por el surco del arroyuelo que por esta ladera baja y por el

lado izquierdo. Atraviesa algunas paredes de rocas y trazando zigzags por la ladera, busca el picacho rocoso que por la izquierda nos va saludando desde lo más alto. Justo detrás de este picacho, es donde se extiende el precioso collado de cueva Buena. En el mismo centro se encuentran todavía las ruinas del viejo cortijo, las de una tiná cayendo para el lado del muro del Embalse del Tranco, barranco del Tobazo o Cañailla, un viejo cerezo, un fresno y la era en la misma puerta del cortijo. Pequeño el rincón porque se sujeta en la mitad de la pendiente entre las cumbres máximas y el surco del Guadalquivir pero de lujo por lo recogido, la buena tierra que en las repisas se retiene, el amplio collado que da paso a una vertiente y otra y la llanura casi total como plataforma del más bello balcón.

Por el lado que hemos llegado, en el bloque rocoso y mirando al poniente, se abre la preciosa cavidad de cueva Buena. Una joya por lo recogida, el perfecto arco que da entrada a su interior y la bonita bóveda que se abre en la dura roca. Es esta una cueva que aquellas personas usaban para encerrar ganado y por eso se le ve llena de cagarruta y con las paredes negras del humo de las lumbres. Pero aún así merece la pena conocer y gozar la singular belleza natural del rincón. Ellos encendían lumbres para quitarse el frío en aquellos largos inviernos de nieves blancas y noches empedradas de hielos transparentes. Tenían que calentarse para no morir por completo y también tenían que protegerse de las recias lluvias que descargaban las tormentas. En las oscuras noches de espesas nieblas amontonadas y pegadas a las crestas de las elevadas cumbres, ellos tenían que dormir acurrucados aunque fuera contra la dureza de las rocas para no quedarse sin fuerza ninguna. La lucha con la tierra, las manadas de cabras, los marranos y las ovejas y también con los caminos, era constante y dura. Ellos tenían que guarecerse y recuperar calor y fuerzas para seguir en la briega de cada día y en compañía de la gran montaña.

Desde este punto y por el lado de la derecha, sigue la senda. Recorre una tabla o repisa de tierra buena que aquellas personas cultivaban y después de coronar un collado, vuelca y baja. Atraviesa una grandiosa hondonada en forma de recodo o circo, uno de los afluentes del arroyo de María por este lado y sigue. Se ha roto mucho esta senda pero continúa siendo el camino natural y quizá más accesible para, desde este lado, llegar y comunicarse con los cortijos de Prao Chortales. Aquellas personas tenían sus necesidades y con burros o mulos, recorrían los complicados y viejos caminos para encontrarse con otros serranos o salir de la sierra para abastecerse de algo. En Prao Chortales vivían cinco o seis familias que se dedicaban, como tantos serranos, al ganado, la labranza de la agria tierra que dan estas montañas, a recolectar hortalizas de sus pobres huertos y alguna fruta de sus nogueras. Eran personas buenas que tenían su centro y felicidad en la escasez de los profundos barrancos algo más abajo de las altas cumbres y se comunicaban con sus vecinos, siguiendo las escasas y peligrosas sendas que ellos mismos trazaron por las más escarpadas laderas

y los arroyos más complicados.

En cueva Buena, vivían dos familias y la más conocida era la de la hermana Gregoria. Tenían varias mandas de cabras que recorrían las interminables laderas de esta escarpada sierra de las Villas o de las Lagunillas, ya en las partes altas. Y para moverse desde su cortijo y cueva, tenían también una senda que, desde el collado donde todavía se mantiene en pie el cortijo, se dejaba caer para el lado del muro del Embalse del Tranco. Por las laderas o legíos del Tranco, pasaba y se juntaba con la que recorría el gran valle de la Vega de Hornos. Otro ramal de esta senda, se venía más para el lado izquierdo y frente a donde estuvo la venta de la Victoriana, junto al camino que desde la Vega de Hornos salía e iba hasta Villanueva del Arzobispo, por un vado del río Guadalquivir, cruzaban la corriente y ya enganchaban con el buen camino. Grandioso paraíso el que aquellas personas tenían y poseían hasta en lo más íntimo pero duro porque fue para toda una vida o varias vidas completas y sin ninguna otra posibilidad.

Ya he dicho que la hermana Gregoria, era la que vivió toda su vida en este lugar de cueva Buena. Tuvo ella dos hijo, varón y hembra y cuando por fin Dios se la llevó de esta tierra, en esta misma cueva murió. Para escribir una historia completa y bien bonita, da la vida de esta humilde y buena mujer junto con sus dos hijos, su marido y los rebaños de cabras y ovejas que pastoreaban por estas altísimas cumbres. De entre tantos momentos primorosamente hermosos vividos por ellos en estos montes y que nunca se escribirán, recojo uno que fue especialmente emotivo y tierno.

Amaneció el día con el cielo sembrado de nubes blancas y las tierras mojadas. No se movía el viento y como ya la primavera estaba adelantada, tampoco hacía frío. Por las laderas y los valles, la hierba relucía toda verde y las encinas, junto con las madroñeras, los álamos y los fresnos, mostraban sus brotes nuevos. Era por la mañana y la niña hermana se fue con su rebaño de cabras monte arriba. Coronó el filo de las rocas blancas y alcanzó la tierra llana del collado. Desde allí ella dio voces asomada al barranco por donde se alzaba el cortijo y cuando la madre la oyó, le dijo que al medio día bajara.
- Junto a la lumbre nos comeremos el cocido y luego te subes otra vez con tus cabras.

Pero a media mañana estalló un gran trueno. De momento se cubrió de nubes negras el cielo y la lluvia comenzó a golpear fuerte contra el bosque y las rocas blancas.
- Busca la cueva del picacho y te refugias en ella. Quédate ahí y no salgas hasta que la nube pase.
Le dijo la madre con su voz clara desde el cortijo por las tierras del collado verde.
- Tranquila madre que aunque la tormenta sea tan rara, yo sabré aguantarla.

Le contestó la niña sobre la cresta de la cumbre alta.

Y el padre que estaba por las covachas de las espesas zarzas, donde crecen también apretados los álamos y las encinas extienden sus gruesas ramas, al oír y ver los crujidos y oscuridad de la tormenta, se llenó de inquietud y algo de miedo. Y desde la espesura que arropa el profundo arroyo, sin sombra, la fría niebla y la lluvia clara, piensa en la hija del alma y en su corazón se dijo: “Subiré a por ti ahora mismo porque tú eres tan frágil y tan mariposa de tiernas alas, que si algo te ocurre y mis ojos dejaran de verte, me moría de pena esta misma mañana”.

En definitiva: la ruta a cueva Buena, no es de recorrido fácil por lo estropeada que se encuentra la senda pero merece la pena por la belleza del rincón y la grandiosidad de las panorámicas. Y si la proyectamos desde el corazón y el encuentro con las huellas y tierras que aquellas personas tallaron por aquí, el alma se nos llenará de un placer nada habitual. Ya he dicho que desde Prao Chortales y desde las casas de la Ermita de la Hoz, las vecinas y amigas de la hermana Gregoria, cuando ésta última perdió la salud y empezó a morirse, venían a verla. Al principio, desde la Ermita de la Hoz, casi todos los días y luego, como el recorrido es largo y pesado, cuando podían hasta que la escondida, silenciosa y quizá santa hermana Gregoria, murió en su cueva. En la profundidad de la más agreste sierra, sin médicos ni medicina y sólo rodeada de los suyos que poco podían hacer por salvarla. ¿Con qué se alimentaban ellos y qué medicinas tenían para aliviar algo sus enfermedades?

Por las paredes de la cueva de Camarillas, observé varias águilas reales, en el collado de cueva Buena, cabras monteses y jabalíes y buitres y ciervos, por las cumbres y hondonadas. Hay también por aquí muchos zorros, aves rapaces y tejones.

22- Subida a la Albarda, Iglesia y Ojo de Agua los Perros

Ruta a los prados del asombro
Distancia aproximada: 13 k.
Desnivel aproximado : 600 m.
Tiempo aproximado : 8 h. andando**.**
Camino: carril de tierra en buenas condiciones.

Quiero aclarar que el nombre de Albarda, viene de una de las piezas que se le ponen a los burros, mulos o yeguas cuando se les apareja para acarrear o transportar cosas. Es alargada y se les encaja a lo largo del lomo para que sirva de amortiguador del peso que, con el resto del aparejo y carga, se les echará encima. El monte que lleva este nombre tiene algo de

parecido con la pieza que se usa para aparejar a las bestias y, según yo conozco, en todas las sierras de este parque natural sólo hay dos accidentes de terreno que lleven este nombre. Las Albardas sobre la cumbre del puerto de las Palomas, cerca del Salto del Moro y la Albarda del Ojo de Agua los Perros.

Y también quiero aclara que aunque el Ojo, agujero claro que se abre en la recia pared rocosa que corona a la Albarda, en algunos mapas se registra con el nombre de Ojo de Carrales, no es correcto. Su nombre es el que pondré aquí desde ahora para delante. Ojo de Agua los Perros porque este es el préstamo que le hace el manantial, arroyo, barranco, cerrada y cortijo que hay en la ladera que mira al poniente. Es fácil equivocarse en los nombres de los lugares de estas sierras y más lo es cuando la información procede de fuentes jóvenes. Los nombres no están escritos en las rocas o árboles de estos parajes, sino en las mentes y corazones de aquellas personas que nacieron y vivieron por aquí. Muchos en aquellos tiempos y ni uno, en estos tiempos. Por eso se borra y se pierde tanto y lo que no, se desvirtúa por falta de interés.

El trayecto completo de esta ruta, idea y vuelta y su recorrido por la cumbre de un punto a otro para gozarlo a fondo, son unos trece kilómetros. Hasta la misma cumbre, va por una perfecta pista forestal de tierra y por las alturas, descubriendo los distintos puntos de interés, se puede andar sin problemas ninguno. Tiene un atajo que es siguiendo el arroyo por donde remonta, desde el puente que da paso a la pista. También se puede trazar sin regresar por el mismo sitio. Que alguien siga con el coche subiendo por la carretera asfaltada y nos recoge al llegar al arroyo de Agua los Perros. Desde las alturas de la Albarda, se puede bajar bien hasta ese punto de la carretera y de este modo habremos atravesado la cumbre por las partes más elevadas y bonitas y no tendremos que volver otra vez al mismo lugar ni pasar por los mismos paisajes.

Se toma esta ruta siguiendo la carretera que, desde el Guadalquivir y charco del Aceite, arranca para atravesar toda la Sierra de las Villas. Se deja atrás el puente que sirve para cruzar el arroyo de María, se remonta la complicadísima ladera de olivar hacia el arroyo Martín y al llegar a lo alto, una vez pasado la casa forestal que nos queda a la derecha, casa forestal de la Albarda, se ve la pista que sale por el lado izquierdo. Un viejo letrero lo indica: “Pista a la Albarda”. Está cortada con una viga de hierro bien soldada y por eso el coche hemos de dejarlo en este punto.

El camino, es una vieja pista forestal de tierra en buenas condiciones y que lo construyeron a la perfección. Discurre por el hondo barranco del arroyo Martín, escoltada a la izquierda por la lancha del Tosero y el Morro de la Osera que tiene 1348 metros. Ahí mismo hay unas tierras llanas donde construyeron el cortijo del Tosero. Estas llanuras, Morro y loma son los restos

del gran caballo del Torraso que viene poco a poco cayendo hacia el barranco del arroyo María. A la derecha queda escoltada esta pista por la robusta figura de la Albarda y la piedra del Enjambre. Así que nada más arrancar, traza una curva a derecha y luego para la izquierda y desde este punto, ya se enfila recta ladera arriba buscando cortar el arroyo pero a más de un kilómetro de donde hemos arrancado. Es una preciosa ladera, muy inclinada y repleta de voladeros rocosas que caen desde las crestas de la lancha del Tosero. Hemos arrancado justo en la curva de nivel que va por los mil metros y según recorremos la ladera hacia el arroyo, vamos cortando curvas hasta llegar a los mil cien metros por donde se nos cruza el cauce. Que por cierto, aunque en los mapas, la cuerda que nos corona por la izquierda, aparece con el nombre de lancha del Tosero y así me lo han dicho personas que creo conocen bien esta parte de la sierra, el nombre verdadero es lancha de la Salobreja. Este es el nombre viejo de verdad. Una porción de sierra virgen de verdad, tupida de monte recio y mala de andar como ella sola.

La vegetación que vamos atravesando se presenta espesa de pinos, romeros, muchas jaras blancas, encinas, sabinas, enebros y multitud de plantas herbáceas. En primavera, fecha que yo aproveché para recorrer estos paisajes, asombra la fuerza y colorido que brota de cualquier rincón de este terreno. Las encinas muestran sus ramilletes de trama, los madroños, presentan sus frutos ya algo gordos, las jaras blancas se visten con el traje de sus flores rosadas, jara rizada y las hierbas, por doquier obsequian con sus variadas florecillas azules, blancas, moradas, amarillas y otros muchos tonos. Para mí fue una experiencia repleta de sensaciones tanto para la vista como para el olfato y los otros sentidos.

Antes de la construcción de esta pista, que fue por la etapa de Icona y, entre otras cosas, para sacar maderas de todos estos puntos, por esta ladera y pegándose al arroyo, bajaba una senda. Pasaba por un punto que le decían el Aguarillo, nombre que a partir de ahora mismo queda recogido para que la historia lo acoja en su seno. La senda bajaba desde el cortijo de la Melonera, que eso también se le conoce por el gollizno, pasaba por el Aguarillo y llegaba hasta el cortijo Martín, donde hoy corre la fuente de los Cerezos y se monta el campamento para los jóvenes que en verano vienen por aquí. Era por este camino por donde salían y entraban las personas que vivían en los cortijos que se hunden al final de este arroyo y en el que también se hunde sobre las cumbres. Tenía esta senda, un punto por donde, más o menos ahora sube la pista, que era muy malo de andar. Al pasar las bestias se esfarraban e iban a lo hondo del barranco. Bajaban ellos con sus mulos o burros a por orujo, gipia le decían, al molino de los Agustines junto al río Guadalquivir. Y usaban estos restos de la molienda de la aceituna, para engordar los cerdos que luego servían para la matanza.

Cuando ya la pista alcanza al cauce del arroyo, lo corta por un puente

perfectamente construido y pasa a la otra ladera. Si conocemos un poco el rincón, nos podremos ir por el cauce arriba del arroyo. No existe una buena senda pero se puede andar bien y al poco, saldremos a tierras despejadas de vegetación. Son trozos de lo que fueron huertos en otros tiempos. Algo más arriba, a menos de un kilómetro del puente, nos encontraremos varias nogueras, un buen puñado de cerezos, viejos algunos y más jóvenes otros y por entre ellos y las zarzas, las ruinas de un antiguo cortijo. Es el cortijo de la Melonera, aunque también lo he oído con otros nombres. Aquí vivió Félix el melonero con su mujer que se llamaba Francisca. Moña, le decían a una de las hijas, otra se llamaba Salvadora y un hijo que se llamaba Seba.

Desde aquí nos movemos para el lado derecho y después de remontar una ladera no muy larga pero sí empinada, venimos a salir a la pista que hemos dejado por el puente. Esto se hace para evitar el largo recorrido y las tres o cuatro curvas que la pista traza par ganar altura y siempre por debajo de la gran piedra del Enjambre. Recorrido que tendremos que hacer sin más remedio si es que no nos atrevemos a meternos por el arroyo y coronar hasta volver a la pista después de haber atrochado una buena distancia.

Digo que de siempre por estas sierras a este cortijo se le conoció con el nombre de cortijo del Gollizno. En los mapas que he consultado, en algunos viene señalado con su pequeño puntico pero sin nombre. Silvina era el nombre de unas de las personas que vivieron en este cortijo. Al regresar de esta ruta, pasaré por donde ahora se desmorona para sentirlo más de cerca.

El rincón donde se alza el viejo cortijo, es de lo más bello que por estos paisajes vamos a descubrir. Sobre un puntal que cae desde lo más alto, lo construyeron siguiendo la dirección del terreno y a un lado y otro, le labraron las tierras para sembrarlas de hortalizas y cereales. Las nogueras, yo diría que centenarias, las sembraron una junto al arroyo de la derecha y la otra casi en lo que fue la puerta del cortijo. Todavía quedan las paredes en pie y sobre ellas, algunas de sus robustas vigas. Quedarse en este punto con el sólo propósito de gozar a fondo la limpieza tanto de los paisajes como del silencio y la profundidad de los horizontes, no es descabellado. Todavía parece que por ahí, late la vida de aquellas personas y por la tierra, repleta de perfume de manadas de cabras y ovejas, se adivinan las cosechas de tomates en los huertos y las acequias rebosando de aguas limpias. Se adivina todo esto y mucho más porque el cortijo era grande y seguro que en él vivieron bastantes personas. ¿Por qué se fueron y dónde están hoy?

A unos cuatro kilómetros del punto de la partida, la pista traza una última curva por encima del cortijo que se pudre en el barranco. Las palomas torcaces, los mirlos, los pájaros carpinteros, los ciervos y otros muchos pajarillos, se nos irán arrancando a cada paso. Por aquí late en abundancia la vida y más en esta época del año cuando la hierba revienta de verde y tapiza hasta el puñado más pequeño de tierra.

Después de la curva, la pista se viene para la derecha, remonta levemente y al poco, sale a un collado menor. Queda por la izquierda, una dolina también menor desde donde brotan algunos pinos y en la plazoleta de tierra llana, la pista gira por entre un ejército de gamonitos florecidos y una tupida alfombra de hierba fresca. Termina de remontar y al poco comienza una bajada suave. Es porque se viene para el lado derecho a fin de evitar el caballo de la Albarda que nos queda por la izquierda y todavía más elevado. Tiene unos mil quinientos metros mientras que nosotros vamos avanzando por la curva de nivel que va por los mil trescientos cincuenta.

Vamos dándole la vuelta a la piedra del Enjambre que hemos dejado por la derecha y mientras subíamos, nos coronaba en todo momento. La dirección es hacia el Ojo de Agua los Perros y al poco de atravesar una suave ladera cuajada de piedras blancas y tupidos sembrados de gamonitos florecidos, nos metemos por entre pinos de repoblación. Al frente y por la derecha, se nos presentan las ruinas de otro viejo y abandonado cortijo. Son las paredes de la Choza de la Albardada. Que no sé por qué, en los mapas aparece como Choza cuando fue y es todo un robusto cortijo. Y además me extraña porque a lo largo y ancho de estas grandiosas sierras, pocas veces he oído yo la palabra choza, referida a un cortijo serrano. Y como me gusta y creo que le cuadra mejor, según el respeto y dignidad que le corresponde, desde ahora y para siempre yo le voy a llamar cortijo de la Albarda. Así me lo han transmitido los que por estos rincones vivieron. En este bonito cortijo donde las nubes duermen y se abren todos los horizontes, vivió el tío Ceferino con su mujer que se llamaba Teresa. Este hombre tuvo también por lo menos cinco o seis hijos. También de aquí se fueron y las tierras siguen en su silencio, como llorando por ellos. Los juncos crecen por las vaguadas y en la misma puerta del que fue un precioso cortijo, todavía crecen los cerezos. Un puñado no muy viejo y varios más, de tronco recio y hasta podrido y seco por el peso de los años.

Desde este cortijo y hace más de cien años, salía una senda que daba la vuelta al morro donde se encuentra el Ojo de Agua los Perros. Descendía por la ladera e iba a otro cortijo que se llama Agua los Perros, hoy en ruinas junto a la carretera asfaltada. Por aquellas fechas, todavía no existía ni la pista de tierra que vamos recorriendo hoy ni la carretera asfaltada que atraviesa la abrupta Sierra de las Villas. Ha llovido mucho y las cosas también han cambiado bastante.

Sigue la pista y ahora remonta levemente. Corona un delicado collado, del cortijo de la Albarda y aquí mismo, empieza a desdibujarse. Para la izquierda y pegándose a la ladera, avanza todavía con bastante claridad y muere por una extensa llanura. Es donde encaja el nombre de la Albarda y queda recogida a una altura de casi mil cuatrocientos metros. En el centro, entre la pista que hemos recorrido y esta llanura, se alza una cresta boscosa

que se le conoce con el nombre de Caballo del la Albarda. Este caballo, loma sobre las cumbres de una montaña, sigue avanzando y subiendo hacia el corazón de la gran cordillera de las Lagunillas y antes de coronarla, se transforma en otra loma mucho más alta y grande. Es el Torraso con su caballo correspondiente.

Para la derecha, la pista que veníamos recorriendo, se empieza a perder como si ya no tuviera a dónde ir. En realidad, no tiene a dónde ir en esta dirección y por eso, sobre estas alturas de rocas blancas, tierra arenosa, muchos cambrones y esqueletos de sabinas secas y achicharradas, se deshace. Hubo un incendio hace varios años que arranco por la Loma de la Be, subió por estas laderas y hasta que no achicharró toda la vegetación que cubría a estas cumbres, no se apagó. Por este lado de la derecha y sobre estas cumbres, se quemaron todos los pinos y el resto de plantas que por aquellas fechas existían. Los pinos, algunos pueden verse ya secos y medio podridos por el tiempo, clavados sobre las rocas y crestas donde hincaban sus raíces, eran grandes y viejos. Fue un desastre y desde aquellas fechas, por estos lares, sólo crecen plantas herbáceas, zamarrillas, tomillos, mejoranas, algunas violetas de Cazorla trabadas en las cara norte de las rocas y gamonitos por entre la grama de las vaguadas y los pinos jóvenes que han sembrado después.

Quiero aclarar que la Loma de la Be, de siempre ha aparecido escrita en mapas y libros con el nombre de la Vez. Su nombre correcto es de la Be y se escribe de esta manera. Se lo pusieron los mismos serranos que en tiempos antiguos vivían y tenían sus pertenencias por estas sierras. Y es porque esta loma, una gran lancha rocosa, vista desde algunos puntos cercanos, especialmente desde el valle del Guadalquivir, representa una figura que en algo se parece a la letra Be. De los mapas antiguos del ejército se ha ido transcribiendo y siempre pasó como lo escribieron la primera vez. Pero la loma no pide vez para ir a ningún sitio sino que se parece a una letra Be acostada.

Por este lado de la derecha, se nos presenta el morro de una cumbre rocosa. Se eleva mucho por encima del collado donde muere la pista y se cubre todo de roca blanca, árida y quebrada. Por aquí remonté yo y al coronar lo más alto de un picacho que tiene encima un punto geodésico, me quedé paralizado frente a la impresionante vista que desde ahí se domina. Todo el barranco del río Guadalquivir casi desde que éste sale del Embalse del Tranco hasta que se pierde por Mogón, la gran loma de la sierra de Beas al otro lado de este profundo surco del río y también la ancha loma de olivares por Villanueva del Arzobispo, Iznatoraf y Villacarrillo hacia Úbeda. Se ve toda la carretera que atraviesa la Sierra de las Villas desde que pasa por el arroyo Martín hasta que se pierde por el collado del Ojuelo y claro que se dominan con absoluta claridad los barrancos, laderas, cortados y cumbres que va atravesando. Para la izquierda, se dominan las altas cumbres de la

gran cordillera que viene desde Cazorla hasta el muro del Embalse del Tranco y por la Sierra de las Lagunillas, todas las crestas que coronan a Prao Chortales, Almagreros, cueva Buena y los legíos que caen para el muro del pantano. Al otro lado, quedan las cumbres del Yelmo pero ya muy lejos y los olivares, cortijos, pueblos y aldeas que por eso lares existen.

La grandiosa panorámica que desde este punto se divisa, es de lo más gratificante por la belleza y los horizontes tan hondos que dejan ver. En este punto mismo existe una vieja construcción humana. Parece un refugio de vigilantes para incendios que vinieron a construirlo justo mismo a la parte más alta de las rocas donde se abre el Ojo de Agua los Perros. Una bonita ventana perforada en una vasta pared rocosa, por la erosión de las lluvias, los vientos y las nieves. Desde el pequeño collado donde se alza la construcción del abandonado refugio, sale como una senda y por el lado norte, va metiéndose por entre las trincheras de las rocas hasta que roza la enorme pared donde se abre la ventana del Ojo. Una pared de más de veinte metros de alta, por completo en vertical y clavada en lo más alto de este caprichoso morro rocoso. Se llega al ojo con toda comodidad y hasta se puede entrar por él y asomarse hacia el lado del cortijo de Agua los Perros.

Desde él se ve la carretera asfaltada cuando esta avanza por el barranco del arroyo Agua los Perros, por el cortijo del Puntal y hasta se puede seguir toda la gran cuenca que va configurando el grandioso arroyo del Chillar. La enorme Sierra de las Villas, algo más allá de la cueva del Peinero, también se ven al fondo. Si el día está claro, todavía no se agota la panorámica. El ojo tendrá casi dos metros de diámetro y la circunferencia medirá unos diez o doce. Puesto de pie en el mismo centro, no se llega ni a la parte alta ni tampoco se pueden tocar los lados. Pero no es por completo redondo, sino algo ovalado. Mas sí sorprende la gran obra natural que los elementos han tallado en la pétrea montaña. No conozco yo en ninguna parte de las sierras de este espacio natural, una forma tan original, vasta y a la vez, bella. Desde cualquier lado que se le mire, toque o contemple, asombra por su pureza y a la vez, aspereza.

Desde este puntal del Ojo de Agua los Perros, agujero en la pura roca que se puede observar desde muchos puntos de la carretera asfaltada cuando se va por ella, me vine para el lado izquierdo. Desde la carretera y al pasar por el arroyo de Agua los Perros, se ve también una gran cavidad en forma de cueva y en el centro, se adivina como una chimenea. Me vine buscando a esta grandiosa cavidad llamada Iglesia de Agua los Perros y justo donde desagua la vaguada llana que nace en el collado donde se desdibuja la pista, me encontré el agujero. Una grandiosa roca caliza, toda blanca y pulida, que se presenta al borde mismo de donde el arroyo de la vaguada tiene que caer hacia el barranco de Agua los Perros. Por una grieta que presentaba esta maciza roca, se fue colando la corriente, sólo cuando llueve o nieva mucho porque la vaguada es de una cuenca muy escasa, y con el

paso del tiempo, abrió el ancho agujero que ahora ahí existe.

Lo observé despacio, con dificultad porque es peligroso asomarse por él y noté que tiene casi las mismas dimensiones que el Ojo de Agua los Perros. Algo más reducido pero no mucho. Y asomado por él, descubrí la enorme caída que el agua tiene desde que se mete por este agujero hasta que se estrella en las rocas que la gran cavidad tiene en su fondo. Sólo asomarse, en una posición por completo vertical con el cuerpo, se siente miedo. No es para menos y eso que este día no tenía agua. Desde la carretera asfaltada, no se ve este agujero aunque sí la ancha cueva que se hunde hacia el corazón de la roca por donde se abre.

Desde este punto mismo, al frente y algo más a la izquierda del airoso recodo que el arroyo Agua los Perros por aquí talla, se ve otra ventana tan grande o más que la del Ojo de Agua los Perros. Ella se presenta casi a ras de la llanura que tiene la Albarda por este lado. Quise continuar con la ruta y acercarme hasta ese punto, descubrirlo de cerca y luego, en lugar de volver por la pista, desde allí remontar el caballo de la Albarda y salir al camino de vuelta justo por donde la pista presenta una pequeña plazoleta llena de gamonitos, ya que termina de remontar el barranco del arroyo Martín. Pero desde el agujero o chimenea de la Iglesia de Agua los Perros, me viene para el collado recorriendo la preciosa llanura de la vaguada que se abre por este punto.

Un perfecto césped de hierba fresca, muchas florecillas abiertas, redondas matas de tomillo graciosamente florecillas, cambrones, gamonitos y algunos pinos menores, me venían dando compañía. Y cuando llegaba al collado, por entre la espesa vegetación de hierba esmeralda, me encuentro una curiosa flor: la Fritillaria hispánica. Una especia de campanilla color verde marrón con rallas y por dentro algo amarilla, que sólo he visto dos veces en toda el tiempo que ando recorriendo la sierra. Por las cumbres que rodean al Embalse de Aguascebas y aquí.

Cuando pasaba de vuelta por las ruinas del cortijo de la Albarda, me paré y le hice unas fotos de recuerdo. También hice algunas algo más adelante hacia la Sierra de las Lagunillas, con el collado de cueva Buena y las cumbres del Yelmo al fondo. Y al llegar a la primera gran curva de la pista que ahora bajaba y por la mañana subía, me tiré barranco abajo. Vine a salir a las ruinas del cortijo que todavía se alza casi al comienzo del arroyo Martín. También le hice una foto, rocé las ramas de los cerezos cargado de fruta ya algo redondica y al llegar a las aguas del arroyo, bajo la sombra de un pino, me puse a comer. Eran las cuatro y media de la tarde y mientras daba cuenta de un trozo de pan con queso, observé la enorme cantidad de vida que por cualquier rincón de estas montañas, existe. Mariposas, pajarillos de todas clases, libélulas, insectos, mirlos, pájaros carpinteros, palomas torcaces y otros muchos seres vivos que me distraían y me transportaban a reflexiones

espirituales.

Durante un rato, a la sombra y con la cabeza apoyada sobre la hierba fresca, estuve durmiendo la siesta. El perfume que desprendía la hierba y las hojas secas del pino y el rumor de la corriente, me regalaron unas sensaciones tan finas que ahora creo no voy a olvidar en mucho tiempo. El día de primavera, puedo decir que era, de los más bonitos que he gozado nunca por estos espacios naturales.

Nota complementaria: a lo largo de la ruta, en la fecha que yo la hice, sólo encontré agua nada más que en el arroyo Martín, por donde éste nace que es cerca de las ruinas del cortijo de los Cerezos, la Melonera. Más arriba y por las cumbres, ya no vi ningún manantial. Creo que cerca de las ruinas del cortijo de la Albarda, en la cañada que le precede, sí mana algún venero menor. La tierra estaba húmeda, repleta de muchos juncos e hierba verde y hasta se nota que por allí, en aquellos tiempos, tuvieron tornajos para que bebieran los animales. Quizá desde aquí ellos cogían agua para las necesidades del cortijo. Señales de una acequia ya muy rota, vi antes de llegar a las ruinas. Ya por la cumbre, sólo en la vaguada que desciende hacia el agujero de la Iglesia de Agua los Perros, me tropecé con algunos charcos remansados pero sin corriente. Hacía pocos días que había llovido y por eso no me extrañó mucho ver charcos por estas llanuras.

- Pues cuando llueve, todas las tierras esas de la Albarda, se ponen que no se puede ni andar. Las aguas se encharcan por cualquier arruga del terreno y como esa tierra es casi greda, muy pegajosa, al pisarla, uno se hunde, se embarra o se escurre y tiene muchos problemas para andar de un lado para otro.

Tengo que decir que este año que ha pasado, en cuya primavera yo recorrí la ruta que describo, no ha sido muy lluvioso. Las nevadas sí fueron abundantes aunque escasas en cuanto a cantidad de nieve. Puede que otros años de más lluvias, la situación de los veneros por estas cumbres, sean distintas.

En el macizo rocoso que se apiña con el Ojo de Agua los Perros, descubrí a un tejo. Un árbol que se quedaba sólo con la categoría de arbusto y que, además, se le veía con poca salud pero era un tejo y me extrañó porque no tenía noticias que por estos lares se dieran estas especies. Y ahí mismo, en las repisas de tierra fértil, vi varias matas de peonías ya a punto de florecer. Trabadas de las rocas, también pude observar unas cuantas matas de la violeta de Cazorla. Planta que también me encontré cuando subía por la pista y antes de coronar la gran piedra del Enjambre.

Los serranos de por aquí al Ojo de Aguas los Perros también le llaman la piedra del Agujero. A la de la iglesia le dicen el roto de la Iglesia.

23- Fuente del Cerezo, Ermita de la Hoz

Ruta al balcón del Guadalquivir.
Distancia aproximada: 2,5 k.
Desnivel aproximado : 100 m.
Tiempo aproximado : 10 mt. en coche.
Camino: carril de tierra en buenas condiciones.

El día uno de abril del año 99, hago esta ruta de la Ermita de la Hoz. A las once de la mañana me encuentro pasando el puente de los Agustines. Por la derecha, en el rellano donde estuvieron las tiendas, un cerezo todo repleto de flores. Ahora recuerdo que por Prao Chortales y cueva Buena también crecen cerezos que ya tendrás sus flores abiertas. Ellos lo nombran mucho de la manera más sencilla: “El Prao”. Ya han brotado también sus hojas. La primavera se anuncia y por eso hasta el corazón se siente algo nuevo y con cierta alegría. Los fresnos también tienen sus hojas verdes, todavía pequeñas e igual le sucede a los álamos. Se le ven ya casi arropados de hojas menudas pero muy verdes. Cuando la primavera revienta por estas sierras se da uno de los espectáculos más emocionantes que el ojo humano pueda contemplar.

El durillo tiene ya todas sus flores blancas abiertas al sol de la mañana y también el romero. La estepa, jara blanca, me la encuentro florecida y la ruda, la que tiene unas flores parecidas a la retama. Son amarillas, pequeñas y exhala un fino perfume. En otras partes estas tierras de Jaén, los almendros ya hace tiempo que florecieron. Pero los que hay por estas sierras, como el clima es más frío, es ahora cuando empiezan a florecer. Alrededor de cada una de las flores que voy viendo revolotean las abejas. Ya están libando su néctar y el polen para llenar los panales de sus colmenas.

En el kilómetro seis, desde el puente de los Agustines y pasando el campamento de los Cerezos mana una caudalosa fuente conocida con el nombre de los Cerezos. Es porque aquí mismo crecen varios de estos árboles. Unos metros más adelante de donde mana esta fresca fuente, por la derecha, se desvía una pista de tierra. Lleva al lugar conocido por la Ermita de la Hoz. Como por la zona crecen sanos olivos, las personas que los cultivan, se encargan de tener en buenas condiciones la pista de tierra que recorre un buen trozo del arroyo de Martín y sobre la loma, se va para la izquierda en busca de las cinco o seis casas blancas. Así que esta pista de tierra se encuentra bien para recorrerla en coche o andando.

Un gran bosque de pinos y enseguida se mete en una hondonada donde hay muchas zarzas, muchos pinos y muchos juncos. La pista se va paralela a la carretera asfaltada pero en lugar de subir con ésta, baja. La mañana es muy bonita, como ya he dicho pero es que ahora me la encuentro de frente y por eso me gusta más. Se ve toda la cumbre de la Sierra de las

Villas, por donde se abre cueva Buena, el gran macizo rocoso que remonta desde el charco del Aceite y las cumbres más elevadas. Los picos por ahí son muy puntiagudos y como esta mañana hay alguna niebla y el sol le entra desde ese lado, se me presentan brumosos, misteriosos y hasta parecen más altos y perdidos por las nubes que en otros momentos. La niebla y la luz del sol entrando desde ese lado y a estas horas de la mañana presentan una sierra enormemente bonita, grandiosa y como perdida por un país de ensueños.

Muchos olivos, durillo, romero, pinos y la mañana besando con un beso que sabe a gozo limpio. El aire huele con un aroma que relaja y llena de paz. Este año no ha llovido mucho pero sí lo suficiente para que al llegar ahora la primavera, la vegetación se despierte con el vigor de lo nuevo y fresco. A un kilómetro la pista sigue clavada y al frente, en la otra ladera del Guadalquivir, por debajo del pico Natao, veo las casas de Trevejiles. Quedan rodeadas de olivares y ahora y desde aquí es como se aprecia bien lo bonita que también es aquella tierra. A un kilómetro doscientos la pista baja muy bien. Casi llana y sin problema alguno en el firme. Sigue rodeada de espesísima vegetación. Romeros, jaguarzos, lentiscos, cornicabras y madroñeras. Adivino el barranco que me queda por este lado del arroyo de María. A un kilómetro y todavía no veo las casas que busco. A dos kilómetros justo rozo por la izquierda el primero de los cortijos.

Hay aquí una hondonada que baja desde el arroyo de Martín, el siguiente hacia la umbría de Aguilar, muy buena tierra, muchos olivos, gira la pista para cruzar este arroyo y ya veo otro grupo de cortijos. Paso por debajo de un enorme laurel. Se me queda por la izquierda y por la derecha un viejo roble. Un poco más y otro roble también gigante y en la misma hondonada del arroyo que baja, un cerezo. Muy sano y también cubierto de preciosas hojas blancas. Remonta la pista y ya sale a las casas que decía antes. Esto es propiamente la Ermita de la Hoz. Un manzano pequeño por entre los olivos, una encina cerca, da una curva hacia la derecha y ya estoy en las mismas casas que vengo buscando.

Así que después de bajar como unos tres kilómetros, siempre en la dirección que corren las aguas del arroyo Martín, remonta una loma, se viene para la izquierda y por entre olivos, al frente y al otro lado de un pequeño surco de arroyo, aparecen las blancas y bonitas casas de la que fue Ermita de la Hoz. Por el lugar hoy sólo existen estos viejos cortijos bien reconstruidos y donde viven varias familias, casi fijas en los meses de verano. La que fue la antigua ermita, dicen los del lugar que hace más de quinientos años, no existe. El rodal de tierra donde parece estuvo, todavía se sabe pero ahora se encuentra sembrado de olivos.

Por este rincón, de ensueño por las grandiosas vistas que hacia el profundo surco del río Guadalquivir, se puede gozar de una caudalosa fuente

de agua purísima que mana muy pegado a los cortijos, de un viento fresquísimo que a todas horas corre y sobre todo, de una visión profunda y casi completa de la bellísima cañada de los Caballeros, al otro lado del río Guadalquivir y ya en las sierras de Beas aunque asista, en este punto, un cortijo que lleve el nombre de Sierra de las Villas.

Recorriendo las tierras que sobre este poyo se cubren de olivos, me encuentro los siguientes nombres: el Huerto de la Calera, el pedazo de la Ermita, el Pedazo de Lino, algo más allá cueva Rota, es una cueva grande que tiene un agujero enmedio y por eso se le conoce con este nombre. Los estrechos de la Hoz, más para arriba el Torafejo, porque era de uno de Torafe, algo más arriba el Topadero, donde también hubo un cortijo y vivía allí una familia. Tenemos el arroyo Martín con la fuente de los Cerezos, el llano de los Luises, donde está la casa forestal conocida ahora por la casa forestal de la Albarda o arroyo Martín, de siempre se le conoció por la casilla del tío Manolo. Un pedazo que hay por encima se le dice el Hoyazo.

Desde este balcón de la Hoz, que es como se le conoce al primoroso rincón, las cascadas de los Caballeros se presentan con toda la belleza que estas irradian. Vistas desde este lugar y en los años de muchas lluvias se le parece a la melena de una mujer mayor con el pelo suelto. Lo de señora mayor es por la blancura de las aguas y la espuma que desprenden al caer. Por encima queda la piedra del Galán y los Trevejiles quedan más volcados.

Nota: este rincón es de propiedad privada y las tierras se encuentran todas sembradas de olivos, algunas huertas que los habitantes de los cortijos cultivan. Pero por lo que sé, los dueños de estas casas y olivares, Epifanio y José, resultan de lo más acogedor. Si se les pide permiso, seguro que no podrán ninguna dificultad en dejarnos gozar tanto del rincón como del agua fresca que brota por la caudalosa fuente.

En las tierras de sus huertos ellos siembran patatas, ajos, cebollas, pimientos, tomates y cultivan toda clase de árboles frutales. En Semana Santa florecen los cerezos y echan tantas flores, que sólo verlos, da gusto. A finales de mayo, maduran las cerezas y como yo las he comido regaladas por el más pequeño de estas casas, el niño José que sólo tiene siete años y me enseñó su huerto y otros secretos que él tiene esparcidos por aquí, puedo decir que son exquisitas y gordas como aceitunas. Desde donde se recoge el precioso huerto, se ve una vista del río Guadalquivir que para mí, es la mejor que he podido encontrar a lo largo de todo el recorrido de este cauce. No tenía la máquina de fotos aquella tarde y por eso, en cuanto descubrí la hermosa panorámica, me dije que tengo que volver otro día para sacar la foto, quizá más bella y espectacular que nunca se le haya hecho al río Guadalquivir.

Desde estas casas de la Ermita de la Hoz, se ve perfectamente cueva

Buena. Cuando la hermana Gregoria enfermó para morirse, desde estos cortijos de la Ermita subían a verla casi todos los días. Pero como el camino es tan malo y largo, era un verdadero tormento ir todos los días desde estos cortijos a la cueva de la hermana Gregoria. Al final, la amiga suya le dijo. "Si te mueres algún día de estos y yo no me entero porque no haya podido venir, que enciendan una lumbre en la cueva. Como su resplandor se ve desde los cortijos de la Hoz, pues ya sabemos lo que pasa". Y una tarde, nada más terminar de oscurecer, desde los cortijos de la Ermita de la Hoz, se vio el resplandor de la lumbre. Así que la hermana Gregoria, única familia que vivió en cueva Buena, murió en ella y desde aquí la sacaron para enterrarla. Dejó marido, una hija que guardaba las cabras por el monte y un hijo que se llamaba Meterio. En otros escritos míos y, dentro de este grandioso trabajo que yo título EL ÚLTIMO EDÉN, recogeré más matices y cosas bellas de esta hermana Gregoria, la cueva y collado donde vivió y murió, la hija pastora y los montes que le prestaron refugio y alimento en sus días terrenales.

24- Umbría de Aguilar, umbría de los Sesteros, los Vadillos del Chillar, cortijo del Chindo

Al corazón del arroyo de Chillar 30/4/2000

Distancia aproximada:	15 k. ida y vuelta.
Desnivel aproximado :	50 m.
Tiempo aproximado :	15 h. en coche
Camino:	Pista de tierra buena.
Desde Úbeda pista a los Vadillos	71,5 kilómetros.
División de las pistas a	2 kilómetros.
Al collado estrecho del Chillar	77,1 kilómetros desde Úbeda.
A la casa de los Vadillos	79,1 de Úbeda.

Tres pinceladas

Lo primero que es necesario aclarar, para no confundir, es que esta ruta está hecha para recorrer, la primera parte en coche y la segunda, andando. La primera parte es la pista que va desde la carretera asfaltada hasta los Vadillos, en el corazón del arroyo del Chillar. Sólo ir, son siete kilómetros y medio. La pista se encuentra en perfecto estado para recorrerla en coche pero puede tener piedras desprendidas y pasa por una ladera tremendamente inclinada. Todo su recorrido lo hace casi por la misma curva de nivel. Cuando se llega a la casa de los Vadillos, donde se juntan el arroyo de Aguas de los Perros y el del Chindo con el del Chillar, un ramal de pista sigue. Remonta todo el barranco arriba y llega hasta las mismas ruinas del cortijo del Chindo. Esta pista es la segunda parte que se hace andando. Su recorrido tiene sólo dos kilómetros en ida, por lo que serían cuatro kilómetros en ida y vuelta. Se encuentra en muy buenas condiciones y su nivel no supera los ciento cincuenta metros. También se puede hacer en coche esta

segunda parte, pero yo la voy a describir tal como la hice.

Problema de agua para beber no hay porque a lo largo de la primera parte de la ruta se pasa por dos frescas fuentes que manan, la primera antes de remontar al collado que da entrada al gran arroyo del Chillar y la segunda a tan sólo unos metros también antes de remontar el collado dicho, cerca del cortijo de los Riberas. La fuente de los Cerezos se encuentra en la carretera un poco antes de la desviación por el carril de tierra que lleva a los Vadillos. Ya he aclarado que la pista desde la carretera hasta los Vadillos se encuentra en perfecto estado, sin cadena y con un firme bastante bueno, si la comparo con otras pistas por este Parque Natural. Pero como este camino discurre por debajo mismo de un gran voladero que cae desde la robusta Loma de la Be, en los meses de invierno, cuando los hielos, las nieves y las lluvias, se desprenden muchas piedras desde las paredes que coronan. Se quedan paradas en la pista y pueden crearnos problemas si tenemos la mala suerte de encontrarlas. No es posible dar la vuelta en cualquier tramo de esta pista por lo estrecha que es y lo peligroso de la gran ladera por donde discurre. Si las piedras son tan enormes que no podamos apartarlas sería un gran contratiempo.

Por lo demás, la ruta discurre por un paraje que asombra de tan agreste, empinado y la altura por donde avanza. La gran panorámica hacia el valle del Guadalquivir y la caída del arroyo del Chillar por la cascada escapándose de la sierra es de lo más hermoso. Al cruzar por el barranco del Topaero y entrar a la Umbría de los Sesteros, los paisajes son de ensueño. Pero al coronar el collado que da entrada a la amplia cuenca del arroyo del Chillar, uno se queda sin aliento de tan hermoso como se presenta el rincón. Es un gran balcón hacia el valle del Guadalquivir y las lomas hacia Beas de Segura, lo que ofrece este redondico y hasta llanico collado. El recorrido por el surco del gran arroyo y la subida hasta el cortijo del Chindo tiene otra belleza más serena pero no por eso menos impactante, dulce y reconfortante. Por el rincón puede que no encontremos absolutamente a nadie aunque depende en qué época del año hagamos esta ruta. Casi en el mismo collado que decía antes hay olivos. En la época de la recogida de la aceituna por aquí vienen personas a por los frutos que dan estos olivos. ¡Ya hay que tener entusiasmo pero lo de los olivos en este Jaén, se sale un poco de algunas lógicas!

Subiendo desde la casa de los Vadillos por la pista que lleva al cortijo del Chindo al remontar la cerrada del Estrecho del Chindo, por la derecha, se aparta aquel camino viejo que antes tanto usaban los serranos. Corona a la cuerda justo por donde va naciendo el arroyo de Chincolla para el Guadalquivir y por este arroyo para abajo se va hasta la piedra del Castellón de Chincolla. El punto por donde corona se le conoce por la carrasca de la Seña. La pista de tierra que ahora hay por ahí tuerce para atrás y sigue bajando hasta llegar al puente Ortega, por la venta del Pino, que es donde

cruza al gran río. Este era un paso natural, en aquellos tiempos, para las personas que vivían en los cortijos de la gran cuenca del arroyo del Chillar. En cuanto llegaban al Guadalquivir, encontraban fábricas de aceite y buen camino para seguir hacia Villanueva, si lo necesitaban.

La ruta

La pista se aparta de la carretera que recorre la Sierra de las Villas, sólo unos metros antes del mirador del Topaero. El mirador queda casi colgado en el gran barranco del Chillar, es de época más moderna aunque no tanto y se le ha pegado el nombre de Topaero, por el del cortijo que había por aquí cerca. Entre la pista a los Vadillos y la carretera asfaltada, sobre las tierras llanas de la Loma de la Be. Se le decía a la construcción cortijo del Topaero o del tío Chapanidos. Su nombre verdadero era Eugenio. Pero por el rincón se tapaban cosas y de ahí nació lo del Topaero. Y son puras ruinas que dentro de poco ni se verán. La pista que arranca es perfectamente visible y nace presentando un firme y nivel excelente. Discurre casi llana durante unos metros por la ladera sur de la Loma de la Be y volcada para el barranco del cortijo de Cuadros. Por este lado esta loma no presenta apenas dificultad. Es por el lado norte por donde se descuelga en una gran pared rocosa casi por completo vertical que alcanza más de cien metros de alta. La pista tiene que entrarle a esta pared por su misma base y por eso, antes de venirse para el lado norte y del barranco que mira al arroyo del Chillar, traza un par de curvas. Cae todo lo que le es posible para el gran valle del Guadalquivir cada vez más próxima al voladero de la Loma de la Be y en cuanto encuentra un punto apropiado, se mete de cara a la pared rocosa. Todavía es casi lado sur y ello da lugar a que la pared no sea tan grande como lo será unos metros más adelante.

Se acaba la ladera de la solana y entra por un pequeño barranco rozando la pared que vengo diciendo por el lado de la izquierda. Le tuvieron que hacer aquí un pasadizo con piedras y tierra porque el terreno se encontraba en vacío y no había manera de poder sujetar a la pista. Lo cruza y pegándose a la pared avanza en un equilibrio tremendo entre la gran ladera que cae hacia el valle del Guadalquivir y el muro rocoso de la robusta loma que le queda, por completo en vertical, por la izquierda. Donde la loma se quiebra un poco y da paso a la vertiente del arroyo del Chillar, la pista la atraviesa y se viene para el gran barranco del arroyo que he dicho. Pero la loma sigue cayendo y por eso le embiste al río Guadalquivir obligándole a que éste trace una amplia curva para poderla cortar. Este punto se encuentra justo por donde se le junta al río, al otro lado, el arroyo Natao que es el que baja de ese gran pico llamado también Natao. En la hoya que forma este arroyo antes de juntarse con el río es donde instalaron la embotelladora de agua Sierra de Cazorla. Por eso se le ve con toda claridad al frente total y como durmiendo en el hondo barranco. Quiero también decir que esta loma que se mete en el río, ya con una altura que no pasa de los seiscientos metros, es la misma que después de haber sido cortada por el río

Guadalquivir, sube por aquel lado hacia las cumbres de Beas de Segura. Por allí se llama Risca de la Palomera, con el pico del El Rayo 1172 metros, que le corona y más arriba corona el Natao con 1274 metros. La Loma de la Be, en su parte más alta, también supera los 1200 y está llana por completo.

El puntal que tiene que cortar la pista para poder seguir hacia su objetivo, es el que sostiene a la famosa piedra de la Be, por la derecha. Justo en lo alto de este puntal de la pista que llevamos se aparta otra y también por la derecha. La que se aparta tira un poco para abajo y por eso no hay mucha confusión porque la que lleva a los Vadillos es la que más se pega a la pared vertical de la Loma de la Be. La que se aparta por la derecha y baja, enseguida se divide en dos. Para la derecha y pasando por la misma piedra de la Be, cae un ramal que se hunde en el Guadalquivir para cruzarlo por un histórico puente. Quizá el puente más bonito que tiene este río a lo largo de todo su recorrido por lo antiguo que es, el paraje donde vinieron a construirlo y lo curiosamente construido que está. Una vez cruzado este puente, se sube un poco y ya está la carretera asfaltada que lleva al Embalse del Tranco o a Villanueva. El otro ramal de pista, sigue por la derecha, algo paralela a la que va a los Vadillos pero bajando y lleva hasta un cortijo que se encuentra al borde mismo del arroyo del Chillar, sobre un morrete y en lo más hondo del arroyo que cae desde el mismo mirador del Topaero. Cuando ya vamos rodando por la umbría total de la gran pared de la Loma de la Be, se ve este cortijo allá en todo lo hondo. Pues la pista de tierra es la que lleva a ese bonito y curioso cortijo que no sé cómo se llama. Lo visita y luego sigue subiendo por la otra ladera y vuelve a la pista de los Vadillos, la nuestra, justo por el collado que da entrada al rincón de los Vadillos. Tiene sentido porque este camino fundamentalmente sirve para entrar y salir a los olivares que por ahí se crían.

Así que continuamos y ahora ya avanzamos por la parte más inclinada de todo el recorrido. Por entre las curvas de nivel que van por los mil y novecientos metros, avanza el camino, por completo llano y rozando la pared de rocas que cae desde la cima de la loma que vamos dejando a la derecha. Ya he dicho que es la gran loma de la Be. Más de cien metros de altura tiene esta pared y, desde el puntal donde se dividen las pistas hasta el arroyo del barranco, más de kilómetro y medio de recorrido. Es la gran mole rocosa que se ve tan potente cuando se sube por la carretera que lleva al Embalse del Tranco. En todo lo hondo va quedando el arroyo del Chillar y más en lo hondo, el río Guadalquivir. En línea recta hacia el arroyo, ni siquiera quinientos metros y hacia el río, algo más pero el desnivel es de casi cuatrocientos metros. Esto da una idea de la inclinación que presenta la umbría por donde discurre la pista.

Por donde ya cruza el arroyuelo que viene saliendo justo de las paredes que en lo alto tienen al mirador, se allana bastante. Hay un rellano menor donde se puede girar y por debajo, entre las zarzas y espesa

vegetación, quedan las ruinas de un viejo cortijo. Es el que se ve cuando nos asomamos al mirador. A este rincón, junto con el cortijo que se alza algo más abajo pero en este mismo arroyo, lo serranos lo conocían con el nombre de los Sesteros. El de arriba y el de abajo. El cortijo de arriba, el que ya está en ruinas y por completo comido por las zarzas, dejó de servir para nada hace mucho pero junto al arroyo todavía siguen lozanos un buen puñados de olivos. Las tierras que en aquellos tiempos fueron huertas, ahora se las comen las zarzas y demás vegetación silvestre. Siguiendo el surco de este arroyo, por el lado de la derecha, bajaba una sendica que servía para dar comunicación entre los dos cortijos. Con dificultad, todavía se puede ir por ella, esquivando las zarzas en la media que sea posible, y se llega al cortijo de abajo. El que antes decía y que, al contrario de este de arriba, sí está habitado. La sendica que también he dicho quedó muy rota cuando hicieron la repoblación de pinos por estas laderas y cuando por ella arrastraron troncos de pinos. La convirtieron e jorro que baja recto casi con el surco del arroyo pero aun puede servir para subir o bajar a los cortijos que vengo diciendo.

También he dicho que al cortijo de abajo, el que han procurado cuidar para que no se caiga del todo, se le llega por el ramal de pista que se le aparta a esta de los Vadillos justo por donde cae la loma de la piedra de la Be. Y en el cortijo de abajo tienen puesto placas solares, tubos que llevan agua desde los manantiales cercanos a la pila de cemento donde se lava, puertas de hierro y algunas otras modernidades de las de ahora. Pero como el rincón es tan bonito, de propiedad privada, las tierras que fueron huertos, todavía siguen alimentando a los cerezos, membrilleros, manzanos, perales, granados, nogueras, parras y otros árboles que en aquellos tiempos eran verdaderos tesoros. Sobre todo lo era el gran cerezo que todavía crece según se llega al cortijo. Junto a la construcción principal y la remodelada para las necesidades de estos tiempos, se desmoronan los corrales para los animales de aquellos tiempos. La tiná y las corralizas donde engordaban a los cerdos de la matanza. También la cuadra que todavía conserva sus seis o siete pesebres pero poco más.

Continúo con el recorrido de los Vadillos y digo que desde este arroyuelo, al cruzarlo, ahora la pista sigue surcando ladera, con mucho menos inclinación que la gemela y en un recorrido de kilómetro y medio, poco más o menos, ya comienza a encaramarse en el bonito collado. Pero antes de hacerlo deja a la derecha una fuente con su pilar y su caño de agua. Estoy a dos kilómetros ochocientos metros del cortijo de los Vadillos. En el cemento que usaron para construir el pilar pusieron el año y fue el 1990. Desde aquí mismo, mirando para lo hondo, por los acantilados el arroyo del Chillar, se ve subiendo una senda. También los dos cortijos que hay en este barranco. El cortijo de los Sesteros de Arriba y los Sesteros de Abajo. El de arriba ya he dicho está por completo derruido. En el de abajo parece que viven personas. Por debajo de este último cortijo y algo ya metido en el barranco de royo

Chillar, hay todavía una tapuelilla. Es la del cortijo de la Grilla. Mucho más pequeño y en tierras peores que los dos de arriba.

Sobre el puntal y frente al valle,
en la misma llanura de la hierba
que hermosa y grande se abre
al río y a las colinas
que se cubren de olivares,
la sencilla casa serrana
besada por el limpio aire.

Dentro y frente a la lumbre
que dando calor, lenta arde,
la niña princesa de la sierra
se recuesta contra el padre
dando su juego y cariño
y llenando a lo grande
el sencillo espacio del cortijo
por donde es reina la madre
perfumando con su aroma
el dulce instante.

Fuera, avanza la noche,
llueve sin pausa y suave
y como la lluvia este año
sin parar, cada hora cae,
mientras juega con su niña
dice el padre:
- Primavera como esta
más de veinte años hace
que no vino por estas sierras.
Guarda silencio la madre,
la niña sigue con su juego,
la lumbre calienta y arde
y en el sencillo cortijo
sobre el puntal frente al valle
¡qué honda la vida y el tiempo
empapa y callada, late!

Se mete la pista ahora por entre olivos, al momento otra fuente por el lado de abajo, con su vieja alberca y sus árboles frutales. Por aquí mismo, de la principal, se aparta una pista de tierra que cae para lo hondo. La fuente mana pegado a ella. Tiene su alberca, de la de aquellos tiempos, un cañico de agua que vierte a la alberca y desde ahí a los olivos y los árboles frutales que decía: cerezos, ciruelos, un quejigo con dos pies, la hiedra de hojas finas que se agarra a las rocas allí donde existe humedad, algunos lirios y un par

de higueras. Entre el caño y la alberca un pequeño tornajo de madera y el agua cristalina que mana fresquita como tantos veneros en las sierras del Parque Natural. Ahora sé que de esta fuente cogían el agua para las necesidades en el cortijo que se remonta a sólo unos metros sobre el collado, al borde de los voladeros del Chillar, frente al castillo de Chincolla y en la llanura. Digo que este cortijo desde siempre se le conoció por el de los Riberas y también por el cortijo de los Aires. Sigo y en unos metros ya corona al collado. Y digo, una vez más, que aunque sólo fuera para gozar de la gran panorámica que desde este collado se divisa, merecería la pena hacer la ruta. Pero esta preciosa panorámica queda adornada con las tierras llanas, casi campos de fútbol, las ruinas del cortijo al borde mismo del voladero hacia el arroyo del Chillar y el hondo surco de este arroyo justo cuando deja las tierras llanas de los Vadillos y cae para el Guadalquivir. Es un balcón sin igual en todas las sierras de este Parque Natural.

Al volcar el collado, durante casi otro kilómetro, discurre llana, bajando un poco para irse encontrando con el arroyo, cruzando más olivos y al poco, traza una curva. Por aquí le entra un arroyuelo que baja de la ladera del collado Aguas de los Perro y se le aparta una muy pobre pista de tierra que lleva al arroyo de Agua los Perros. Por ella baja una ruta ya recogida en este trabajo. Después de esta curva sigue recta pegándose cada vez más al arroyo y surcando las tierras llanas que por aquí han modelado las agua. Tan llanas son estas riberas que hasta quedan hundidas con relación al collado que hemos dejado atrás. Fueron las ricas tierras que ellos cultivaban en aquellos tiempos y por eso levantaron por aquí varios cortijos. Hasta los que vivían en el de Agua los Perros tenían por aquí sus huertas y por eso trazaron la senda que ya se ha perdido por completo. Ahora en estas buenísimas tierras sólo crecen álamos, muchos pinos de los que una vez y otra repueblan y zarzas.

Así que entre el asombro, el rumor de la corriente, la música de las hojas que mueve el viento y el canto de mil pajarillos la pista va aterrizando justo por las puertas del cortijo de los Vadillos. Primero cruza el cauce de un arroyuelo menor, hoy tiene mucha agua y es el arroyo de Agua de los Perro, cruza enseguida el segundo vadillo, porque ninguno de estos cauces tienen puente, y ya en el otro lado del arroyo del Chillar, descansa en un rellano. Aquí dejo yo el coche y a partir de este punto, como la pista sigue, trazando ahora una curva para la derecha y metiéndose por el arroyo del Chindo que aquí mismo se le junta al del Chillar, me pongo y continúo. Es la segunda parte de esta ruta. La que se hace andando para dale más emoción al corazón y alma del que por aquí llega. Pero antes, en unos minutos echo una ojeada a la casa de los Vadillos.

Tiene un puente de cemento que cruza la corriente del arroyo y ya deja sobre la misma puerta. Un puñado de plantas de lilas, ya esta tarde florecidas, algunas celindas, un par de rosales, parras y hasta cañas de

bambú. Según se le llega ofrece tres puertas este viejo cortijo serrano ahora reconstruido pero vuelto a dejar en las manos de Dios. Dos de las puertas son de madera y la tercera de hierro para que nadie la pueda romper. Las ventanas están abiertas, con una tela metálica fina pero arrancada. Dentro no se ven ni muebles ni otros objetos. En la puerta un horno, bonito pero con un estilo que nunca vi en los otros cortijos serranos. Parece que lo reconstruyeron en el 1981. Al menos esto tiene rotulado en el cemento que le pusieron. En una esquina, una fuente de obra con su grifo, una piscina muy abandonada, el cuarto para cambiarse cerca de la piscina y por lo que se palpa, todo dejado por aquí hace ya tiempo. Por detrás y lado en que se alejan las aguas del arroyo una construcción más antigua. Como el corral o la cuadra de los serranos de antes y ahí, muchos tractos viejos, de cualquier manera y casi podridos y los que no oxidados. Pero por lo que veo el cortijo de los Vadillos fue muy bonito y lo levantaron justo en el rincón más hermoso de este arroyo. Mucha agua corriendo por la misma puerta, mucha tierra llana ahora criando álamos y gran extensión hacia arriba y hacia abajo. Ahora parece que por aquí nadie viene a vivir. Al volver y cruzar el río unos peces escondiéndose en los charcos del arroyo. ¡Peces en el arroyo del Chillar!

Y dos pinceladas más: en tiempos no muy lejanos en este cortijo de los Vadillos vivió una familia que era muy amigos de la familia que vivía en el cortijo de agua los Perros. Desde los Vadillos al cortijo de aguas los Perros sube, subía una preciosa y cómoda senda. Pues la familia de los Vadillos muchas tardes subía a la casa de aguas los Perros y mientras iban por el camino, la madre con el hijo, rezaban el rosario. Cuando terminaban un misterio del rosario y empezaban otro, allí mismo se paraban y hacían un montoncico de piedras. Esto les servía para, al pasar la próxima vez, comprobar si habían corrido más o menos rezando o andando el camino. Una anécdota muy hermosa que llena de dignidad y asombro a los profundo paisajes de estas sierras. Antes, no sólo vivía mucha gente por aquí sino que sus vidas estaban cargadas de hermosas y dignas vivencias como la de cualquier otra persona que viviera en pueblos grandes o en ciudades.

Ya estoy otra vez junto al coche. Cargo con mi macuto, mi cámara para recoger los documentos de los lugares que nunca más volveré a ver y me pongo en movimiento. Con la pista trazo la curva y empiezo a subir por el mismo cauce de este arroyo. Ni gota de agua trae este cauce. Y es un arroyo que tiene casi más de dos kilómetros de recorrido desde que nace por el puerto del Moro hasta que muere por los Vadillos. Pero este arroyo del Chindo no tiene agua a pesar de la primavera lluviosa que estamos atravesando. Y es que el terreno no tiene demasiado elevación tanto a un lado como a otro del arroyo que digo. Son alturas pequeñas y por eso no se dan depósitos de agua suficiente como para que este arroyo corra con la abundancia que lo hace sus compañeros, el de Cucharas o Agua los Perros.

Al poco, unos trescientos metros, entro por una cerrada donde la pista

se sitúa justo encima del cauce del arroyo y por ella sube durante un buen trayecto. No tiene problema alguno porque ya he dicho que agua no hay. Por este punto hay un nombre muy bonito. Lo he oído con el sonido de la carrasca de la Seña. A la derecha me queda un pico que llega a los 1104 metros y se llama la Garita del Jabalí. Por la izquierda me corona el poyo del Jaral, con un primer puerto que se le conoce por el collado de los Aserradores y un segundo punto que es el collado del Chindo. Por donde desde este barranco se vuelca para el que baja desde la lancha del Cagadero. Por esta pista no hace mucho que pasó algún coche.

Voy metido en mi entusiasmo y a paso rápido mientras observo con interés. Reconozco los paisajes y por eso sé que el cortijo que busco no lo tengo lejos. En unos treinta minutos ya estoy donde se abre una preciosa cañada, crecen varios cerezos y, a un lado y otro de la pista, se amontonan muchos troncos de pinos. Los cortaron hace algunos años y aquí los han dejado. Muchos de ellos ya están podridos y por eso creo que aquí se pudrirán todos. Son pinos de los entresacados de aquella primera gran repoblación. Cuando fue el fin para las personas que vivían por aquí y en este cortijo. Así que miro para mi izquierda y reconozco el collado el Chindo. La pista se viene un poco para este collado pero yo subo unos metros por la ladera. Me entro por entre los pinares, donde voy encontrando muchas terrazas en el terreno y al poco estoy tocando las ruinas del cortijo del Chindo. Y lo que más me llama la atención es lo bonito que fue este cortijo. También las buenas terrazas que tallaron en la ladera de la solana para aprovechar la tierra y sembrar en ella las cosechas. Deduzco enseguida que esto tuvo mucho trabajo. Un gran trabajo a base de sudor sangre y por eso pienso que estas personas, las que vivieron aquí, ni fueron vagos ni se dedicaron sólo a beber vino ni otras cosas parecidas. Tanto el cortijo del Chindo como las tierras que le rodean fueron primorosamente trabajadas y acondicionadas.

Por detrás el cortijo tiene un gran corral de tapia y piedras de toba. Todas las piedras son tobas ¿por qué será? el cortijo es a dos aguas, teniendo una parte, la que da para el puerto del Moro, cortada con un muro y así quedaba el cortijo divido en dos. Eran dos las familias que vivían aquí. Por eso tiene dos puertas pero la parte del cortijo que da al puerto del Moro es mucho más chica. ¿Sería algún hijo o hija que se casó y se quedó? Dos ventanas tiene para el puerto del Moro y otras dos daban para el corral. Está levantado este cortijo sobre un morrete alzado sobre las huelgas del arroyo. Y mira para el collado conocido con el mismo nombre que este cortijo y que se encuentra dirección al collado del Ojuelo. Por este collado del Chindo es donde estuvo la peguera que destilaba teas de pino para extraer alquitrán. De esta peguera, lo poco que de ella queda, en otro apartado diré dos palabras si es que las circunstancias me lo permiten y Dios lo quiere. Por detrás del cortijo lo que queda ya son tierras de muy mala calidad. Rocas desmoronadas blancas y rojizas. Por el lado que mira al barranco, por donde

llega la pista, otra gran noguera. Las nogueras que por aquí se criaban eran como bosques de grandes. Este cortijo fue construido casi todo de tobas. Por aquí cerca debió haber algún manantial y sus aguas han criado muchas tobas. Son piedras que pesan menos para acarrearlas y luego dan un buen resultado en la construcción porque aíslan mucho, tanto del frío como del calor. Ellos sabían lo que se hacían.

El corral ahora está derruido, creciendo las zarzas por ahí y con las piedras de tobas esturreadas. La entrada a este cortijo queda mirando justo al collado del Chindo y al barranco donde estaban las huertas. En ellas crecen todavía muchos cerezos y varias nogueras como bosques de grandes. Tiene dos puertas y en la misma entrada tenía su porche. Como una terraza a lo largo del cortijo y las puertas, alzada con unas paratas de piedra y sobre esta pared, tres columnas que sujetaban el tejado del porche. Todo un primor de cortijo y este Chindo, hombre apañado para su casa y no lo contrario. Se esturrean las rocas desde este porche para abajo y por entre estas piedras algunos hierros de camas. Justo por delante de esta marquesina, el porche que ya decía, este hombre construyó su era. Redondica, sobre el final del morrete, empedrada y retenida, a todo su alrededor, con paratas de piedra para que se mantuviera nivelada y en su sitio que era lo que hacía falta. ¡Qué primor fue este Chindo! Desde esta era para abajo, hasta la llanura que ahora ocupan los troncos de pinos cortados y fueron las fértiles tierras de las huertas, la ladera que cae, toda fue aterrazada. Con tablas de tierra sujeta con paratas de piedra donde sembraba sus cosechas. El arroyo del Chindo es que se termina justo donde se alza el cortijo. Un arroyuelo menor le baja desde el puerto del Moro, otro le entra desde el collado del Chindo y donde los dos se junta, se forman las llanuras que fueron huertas. Por detrás justo corona un pico que se llama Correderas con 1395 y otro un poco más detrás que es piedra Cubilla. Intuyo que los manantiales de agua venían de este pico Correderas y brotaban algo más arriba del cortijo. La vegetación que veo por ahí es de mucha humedad y hasta se ven como cascadas de tobas.

El alma llora

Y claro, después de haber andado lo que he andado por los caminos y sin ellos de estas sierras del Parque Natural, lo que mi alma me pide es que me pare. Que me siente sin prisa sobre una cualquiera de las muchas piedras que hay por aquí y durante un rato, en la honda soledad y quietud de este barranco, me ponga a meditar un poco. No es justo, creo yo, que se hiciera y se dijera lo que se hizo y dijo. No es justo ni tiene sentido cuando uno llega con la tarde que está cayendo y entre el verde fuerte de los pinos, los cerezos cargados de fruta, la pista de tierra en su quietud y más en su quietud, las tierras de estos montes, se encuentra con lo que se encuentra y, desde su silencio, gritando lo que grita. Y si uno coge y trasciende esta realidad y sentimiento y lo observa desde la eternidad, desde el regazo del Dios en el que creo y me permite gozar estos parajes, uno sigue pensando que ni es justo ni tiene sentido. Que Dios lo pudo permitir, como tantas otras cosas

entre los humanos pero de ninguna manera pudo ni puede quererlo y menos de aquel modo y desgarrando tanto como desgarró. El alma del que llega siente tanto que hasta llora sabiendo que es la más inútil y pequeña entre los pequeños de este suelo pero distinguiendo con absoluta claridad lo que es justo y no y dónde está el sincero amor y la luz que salva. Y el alma llora más sabiendo que mañana ya no estará y por eso no volverá a saber más de este rincón. El alma llora ahogada ya en la amargura de la misma muerte sin que todavía pueda morir. Y sabe que aunque una vez más repita que ni es justo ni tiene sentido no le va a reportar ni una chispa de consuelo ni le va a salvar de su cruz. Pero el alma llora ante su Dios y escondida en lo más hondo y hermoso de su Edén.

Lo que tú quieres saber

- ¿Pero qué es lo que tú quieres saber?
- Desde el barranco del Chindo ¿iba o no un camino que salía de la sierra?
- Subiendo desde los Vadillos por el barranco, al pasar el Estrecho, que así es como de siempre le hemos llamado nosotros, por encima y a la derecha, sale una pista que se ve muy bien.
- ¿Se llama aquello la carrasca de la Seña?
- Eso se queda subiendo a la derecha y en todo lo alto.
- Desde el barranco del Chindo sube una pista hasta lo alto de la cuerda, la carrasca de la Seña, y al caer para la vertiente del Guadalquivir, roza un manantial que se llama fuente del Roble. Allí mismo ya coge el carril y pasando por el Castellón de Chincolla, se tira por entre los olivares ladera abajo y viene a salir al puente de Ortega, por donde pasa el río.
- ¿Por ahí antes se entraba y salía a la sierra?
- Si aquello es el camino que teníamos antes para venir al pueblo de Villanueva del Arzobispo. Por ahí se cortaba y se corta mucho terreno. Porque debes aprenderte de una vez que los serranos sabíamos trazar caminos de la mejor manera. Ni lo mejores ingenieros y con las máquinas más modernas saben ahora trazar un camino con la maestría que lo hacíamos nosotros. Ese es un buen camino para entrar a la sierra desde la parte de los olivares. Sólo que en todo lo alto le queda un trozo que no tiene carril para los coches. Es decir, no se une el que sube con el que llega desde el barranco del Chindo. En lo más alto, por donde la carrasca de la Seña, es donde queda este trozo que hay que hacerlo a pie. Las personas de ahora ya no toman ese camino por esta razón. ¿Lo entiendes?
- ¡Claro que lo entiendo!

- ¿Otra cosa?
- Estando en el cortijo de Agua los Perros, bajando por el barranco, antes de llegar al arroyo Chillar, allí hay un cortijo roto.
- Aquello se llama el cortijo del Pequeño. Antes en la sierra cada uno tenía su mote. Se decía: el cortijo de Fulano, el cortijo de Mengano y así nos entendíamos. Ese hombre vivió ahí mucho tiempo y ya todos los conocíamos por el cortijo del Pequeño. Ya habrás visto que allí ahora sólo hay una “miaja”

de tapuela.
- Y comida por las zarzas. Pero ¿por allí iba una senda?
- ¡Claro!
- ¿Por dónde se metía?
- Por debajo del mismo cortijo de Agua los Perros, subía. Hay allí un estrecho muy feo donde cae una cascada y se abre un gran covacho. La cueva de Agua los Perros es como le decíamos nosotros. Aquello se llama la Cerrá de Agua los Perros. Por allí ya no hay quien pase por la cantidad de zarzas que han crecido. Antes, desde un poco más abajo de la cerrá, salía un carril que lo hicieron para los carros que acarreaban madera. Ese carril bajaba a los Vadillos por un arroyuelo que cae desde las cumbres.
- ¿Y la fuente que hay arriba, pegado a la carretera?
- Esa es la fuente de Agua los Perros. Está al lado mismo de la carretera, en un clarillo. Pasando de Agua los Perro, el cortijo que hay por debajo de la carretera y que está caído se llama el Cortijillo. Un poco más adelante y sobre el morro, hay otro. Ese se llama cortijo del Puntal. Ahí fue donde vivió el gran pastor.

Y guardo silencio. Luego digo:
- Subiendo por el arroyo Cucharas hay otro cortijo.
- Aquello es el cortijo del tío Luciano. Más arriba, donde hay muchas nogueras y otro cortijo que se llama los Terrones. Siguiendo el mismo royo, en lo alto de un puntalillo y donde crecen algunos álamos. Por debajito, el cortijo del tío Cucharas. Pasa el carril por debajito. Ahora una tapuela nada más.
- Uno de los cortijos que hay por el Paso del Cuco ¿se llama Sopalmo?
- El Sopalmo está por debajo de la carretera, cerca del collado del Ojuelo. Allí hay otra tapuela que se llama el Molinete. Es que en ese lugar hubo un molino antes. Era sólo de hacer harina pero funcionaba con el agua del arroyo. En ese mismo barranco hay otros cortijos que le dicen el cortijo del Morro. Cerca del paso del Cuco. Por allí se ve que está arreglado aquello para que pasaran las bestias antes. Hay también unas buenas cuevas por aquel rincón. Son las cuevas del paso del Cuco. Lo de Sopalmo queda arriba y en un llanete.
- ¿Y lo del raso de la Escalera?
- ¿Eso está yendo para la Fresnadilla?
- Pero yo digo otro por este barranco del Chillar.
- Estás equivocado. ¿Puede ser el raso de la Honguera?
- Tampoco.
- Pues por aquí sólo hay un sitio que le dicen el Raso, por donde el cortijo de los Riberas. Cuando vienes por el carril de los Vadillos, la casa que hay en lo alto de un puntal, aquello es el cortijo de los Riberas. Allí ya no hay nadie tampoco. Los otros dos que hay metidos en el barranco son los Sesteros de Arriba y los Sesteros de Abajo.

- ¿Y el barranco por los Sesteros?

- Aquello es Royo Chillar. Que por ahí también se baja a la venta de Melquiades. Ahora mismo hay un cacho que no tiene carril.
- Pero arriba. De los Vadillos para arriba ¿cómo se llama el arroyo?
- De toda la vida de Dios a este trozo del arroyo le hemos llamado el Aguascebas del Paso del Cuco. El que baja del Sopalmo y el otro.
Guardo silencio reconociendo, una vez más, que por estas sierras a los arroyos, si no todos muchos sí, de siempre le han dicho aguascebas. Donde más aguascebas hay en todo el Parque Natural y quizá en el mundo entero. Porque los otros arroyos de las otras partes de la sierra y del mundo no son aguascebas aunque lo sean. Ellos sabían lo que se decían y yo también.
- Que por ese Aguascebas del Paso del Cuco sube otro carril. Hicieron un pantano de esos pequeños para sujetar la tierra. En aquella quebrá hay una fuente que le dicen fuente de los Nerpeños. Tiene dos grandes caños de agua y buena.

Caigo en la cuenta que este nombre ya lo he oído en algún otro lugar de este Parque Natural. Nerpio es un pequeño pueblo de la provincia de Albacete a tan sólo 45 kilómetros de Santiago de la Espada. Tiene este pueblo unos mil ochocientos habitantes y se asienta por las angosturas del río Taibilla. A sus habitantes se les conocen con el gentilicio de Nerpianos pero en este rincón de la sierra el nombre que yo encuentro es Nerpeños. ¿En algún tiempo hubo por aquí personas del pueblo de Nerpio? Ya he dicho que tengo noticias que me dicen que en otras zonas de este Parque Natural, sí los hubo.

- ¿Y de la fuente para arriba?
- De allí para arriba ya no sube el carril. Que así frente hay otro cortijo que le dicen el del tío Amador, otro del tío Ginés y algunos más. Ahora ya no se ven porque como repoblaron tanto, pues lo rompieron todo pero que todo eso lo he visto yo habitado de gente. Por debajo de la caseta había una nave para los animales y luego estaba el cortijo de la lancha, el del Morro y uno más que hay por debajo de la caseta. Ese es de unos que le dicen los Gallardos.
- ¿Y Hoyo Redondo?
- ¿Cómo?
- Sí, lo que acabo de decir.
- Ese nombre por ahí no existe. Será El Hoyo.
- Pues será así.
Y caigo en la cuenta que Hoyo Redondo, el que sí es popular y bueno, se encuentra por el cortijo del poyo del Rey. Por donde nace el río Cañamares. Pero por esta zona de la sierra hay varios nombres que algunos pronuncian como buenos y pocos me saben dar referencias de ellos. Tales son: casa de roble Gordo, choza de Hoyo Redondo y prao Borde.
- Eso está cerca del Sopalmo. Tiene la carretera dos puentes y todo aquello de siempre se ha llamado El Hoyo. Pero que allí no hay cortijo.
- ¿Y cuevas importantes?
- La cueva del Tesoro que está frente al cortijo de los Riberas. ¿No se hace

así una lancha grande? Pues aquello se llama la lancha del Pueblo. Frente al cortijo hay una cueva que está enmedio del voladero. Allí es donde se metían los moros. Bajaban con una soga y se metían en la cueva aquella. En la punta de arriba es donde hicieron el castillo que por aquí se conoce como el castillo de Chincolla. Allí tenían ellos lo que fuera y como dicen que los moros dejaban mucho dinero, pues luego después muchas personas fueron por aquel rincón buscando tesoros. De tanto escarbar hicieron un pozo que ni se sabe los metros que tiene. Asomándose al cortijo de los Riberas, en la caída, se ven muchas cuevas.

- Pero aquello está muy malo para entrar por allí.
- Ahora sí pero antes, como había tantos animales por toda la sierra, se podía pasar por todos los sitios. Como ya no hay ni ganado ni gente, aquello está cerrado de monte y no hay quien se meta. Mas ya te digo: en otros tiempos por allí había una garita por donde se podía pasar al otro lado y desde el cortijo de los Riberas subir hasta las murallas del castillo. Con mucho cuidado pero se puede pasar por aquellos cortes de riscas.
- ¿Y el Estrecho?
- Eso es por el cortijo de royo Martín. Pasando las Ermitas de las Hoz el arroyo tiene una angostura que se llama los Estrechos de las de la Hoz. Por ahí también teníamos otro camino para bajar a la carretera. Por royo María, al dar unas curvas que pegan al puente, un poco más arriba iba una senda que llevaba a royo María. Pero ahí hay un barrancazo ya que no lo puede pasar nadie. Pero antes sí se iba por este sitio. Eso ya se ha cerrado del todo.
- ¿Arriba hay un monte que se llame la Osera?
- Eso está subiendo por royo María, donde hay un cortijo que también está habitado en verano.

Unas cuantas fotos

1 - Desde el puntal del cortijo de los Riberas, queda al frente el morro de la lancha del Pueblo. En lo más alto, el terreno se allana un poco. Hoy la primavera lo tiene tapizado de hierba. Recortados en el cielo destacan los trozos de muralla de aquel viejo castillo de Chincolla. Arropando queda el cielo, hoy azul y como si quisiera cubrir lo que ya se ha comido el tiempo. Más abajo de este trozo de terreno, en la misma morra, se abre el acantilado. Profundos voladeros que caen hacia royo Chillar. Desde el puntal donde miro quedan enfrente y por eso se le ven con toda su dureza y gritando su inaccesibilidad.

2 - Subiendo por el barranco del Chindo, a la altura del Estrecho y al mirar para atrás, al frente se ve el grandioso arroyo de Agua los Perros. Coronan las llanuras de la Albarda, con el castellón del Ojo Agua los Perros, a la izquierda. En el centro queda el robusto conjunto de la Iglesia Agua los Perros y desde ahí para abajo, la ancha ladera que viene cayendo para royo Chillar. Se adivinan las veredas, los pastores yendo por ellas y los rebaños de ovejas, ascendiendo en busca de los verdes pastos. Pero ni las veredas ya

están, ni a los pastores se les ve por rincón alguno y a las ovejas, aunque en cuanto lleguen los calores, vuelvan, no es lo mismo.

3 - Un arroyuelo, el de Agua los Perros, con su corriente cristalina, raja la pendiente de la inclinada ladera y por entre el espeso bosque, salta en preciosas cascadas. Tiene su charco azul-verde antes de la llanura y cada poceta queda engalanada por las ramas de la vegetación ya hecha primavera. Al fondo y por entre los pinos, la pradera muestra su cara alfombrada con la más fina hierba. Es la fabulosa primavera que el mes de abril este año va dejando por la sierra y hasta en los rincones más ocultos e inaccesibles.

4 - Desde los Vadillos de royo Chillar, el carril se va por el barranco del Chindo. Antes de dar la curva se para frente al cortijo blanco. Es el de los Vadillos, casi oculto entre la vegetación. Por la izquierda coronan los pinos y al otro lado, el morro de Agua los Perros, con su ladera repleta de romeros, jaras blancas y zarzas. Por el centro corre el dulce y misterioso royo Chillar. También la fabulosa primavera que el mes de abril este año está dejando por aquí, lo ha colmado con una corriente tan grande y limpia como nunca hubo otra por aquí. Sólo para contemplarla y oírla cortando el denso silencio de la impactante sierra, merece la pena venir por el rincón.

5 - Desde la parte de atrás, al cortijo se le ve en su esqueleto. Sólo ruinas y éstas casi tapadas por las silvestres zarzas. Pero en lo que aun queda de sus paredes, los dos muros de los lados y el paño de la parte delantera, se ve la cal trabada. Una costra de cal que se fue formando de tanto blanquearlo las personas que en el cortijo vivieron. Y sobre esta capa de cal, en uno de los rincones, se ve el “azulejo”, cal de tono azul con la que siempre se blanqueaban los rincones de la cocina en los cortijos serranos. Se le ve al cortijo, los restos de lo que del cortijo queda, todavía con su viga mayor de un lado a otro lado y apoyada en el pilar del centro. Al frente, el collado del Chindo, por donde estuvo la peguera y hoy los pinos cubren el terreno. Fue este el cortijo del Chindo.

Los manantiales de la ladera

De norte a sur, la ladera cae, con una grandeza y anchura solemne. La corona por el norte un macizo rocoso y por abajo y el centro, la surca el azul arroyo que salta lleno de espumas inmaculadas. Pero lo más grandioso de la ladera es la senda que la recorre y corta por su centro. Como si se tratara de un juego de cenefas primaverales que un hada traviesa un día por aquí dibujara. Junto a la senda de hierba y flores porque parece que por ahí casi siempre es eterna primavera, brotan las fuentes. Un puñado de manantiales diamantinos que ni en verano se secan.

Pues, aquella mañana pasaban por la senda, bajando desde el valle alto al valle inmenso que se hunde por donde el río grande corre, el padre y la

niña. Iban ellos a sus cosas, no se sabe qué cosas eran pero eran las cosas que los serranos siempre han traído entre manos e iban detrás de su borriquillo blanco.
- Cuando lleguemos a la fuente de las madroñeras espesas bebemos agua y descansamos un rato.
Le dice el padre a su niña. Su tesoro divino que florecía en lo más hondo y limpio de su corazón dando una fragancia que el padre no sabía explicar.
- Pero esa fuente, padre...
Expresó la niña y ya no dijo más. Le quiso preguntar el padre qué era lo que pasaba con esa fuente pero tampoco preguntó.

Siguen ellos avanzando por la senda, solitaria en estos momentos pero más hermosa que nunca porque la adornan los romeros y las carrascas y pasaron por la primera fuente. La que cristalina mana por debajo de una peña y no se pararon. La niña sí que miró al chorrillo limpio que por allí corría y sintió una emoción que no supo transmitir al padre con palabras. Al poco pasaron por una segunda fuente que también manaba de una peña y derrama sus aguas a un llanete muy hermoso. Siguen ellos andando detrás del borriquillo y pasaron por dos fuentes más. Las dos más caudalosas que manan por la ladera.
- Cuando lleguemos a la fuente de las madroñeras grandes nos paramos y bebemos.
Le volvió a decir el padre a su niña. Todavía les quedaba un buen trozo de ladera y dos fuentes más. Quizá por esto o no se sabe por qué, la niña volvió a murmurar:
- Pero esa fuente, padre...
Y de nuevo guardó silencio.

25-cortijo y arroyo de Agua los Perros, los Vadillos, cerrada de Chincolla

Al valle de la paz 28/4/2000
Distancia aproximada: 6 k. ida y vuelta.
Desnivel aproximado : 300 m.
Tiempo aproximado : 5 h. andando en ida y vuelta.
Camino: vieja senda y campo a través.

Cuatro datos

La senda que desde el cortijo Aguas de los Perros se mete en la preciosa cerrada, roza la gran cueva y por la solana se hunde hacia el arroyo del Chillar por el valle de los Vadillos, ya está perdida para siempre. Tengo la sensación que el último que la he recorrido ha sido yo y por eso me costó tanto cuando esta bonita senda pasa justo por la curiosa cerrada que hay a los pies del cortijo. Por completo ya se la han comido las zarzas y la erosión

del arroyo. Así que desde hoy para delante creo que nunca más en la vida nadie volverá a recorrer esta senda. He sido el último y por ello me alegro y entristezco un poco. Por las rocas que coronan esta preciosa cerrada descubrí varias matas de Violeta de Cazorla. Como ya era primavera estaban florecidas y colgaban hermosas cuajadas de sus preciosas florecillas. Otro punto por donde, en estas Sierras de las Villas, encontré estas violetas ha sido por la cerrada que hay al lado de abajo del Embalse de Aguascebas. También en las rocas que coronan al barranco de Agua los Perros y es donde se abre el precioso Ojo de Agua los Perros. Espárragos me encontré algunos en la misma cerrada, entre las espesas zarzas y por las llanuras donde estaba la cornamenta.

En la misma llanura que se extiende por delante del cortijo Agua los Perros, ya pegado al arroyo, este día me encontré una cornamenta de ciervo. Entre la hierba estaba tirada y parecía que se la había caído no hacía mucho. Era de un animal de tres años pero aun así me gustó porque no tenía ninguna apariencia de fealdad. La pradera, en otros tiempos huerta donde se criaron buenas hortalizas, estaba repleta de hierba y hasta encharcada de tanta agua. El arroyo bajaba repleto. Por la honda y agreste cerrada de Chincolla, donde se desmorona un precioso cortijo sobre unas llanuras que son el mejor balcón hacia el valle del Guadalquivir, vi buitres volando que arrancaron vuelo de las buitreras que tienen en la lancha de las ruinas del castillo. Sólo dos o tres parejas creo que anidan aquí. Vi las murallas de este viejo castillo de Chincolla en todo lo alto de la cuerda y vi varias cabras monteses comiendo hierba en lo más hondo del cañón que por aquí taja el arroyo. Un espectáculo muy hermoso que contemplé sin prisa desde el morrete que hay por detrás de las ruinas del cortijo que antes decía. Algunos de los pinos que por estas laderas repoblaron hace unos años, después de aquel gran incendio que destruyó por aquí un magnífico bosque de sabinas, enebros y pinares, ya han brotado y vi que este año se encuentra en su mejor momento. La lluvia de esta primavera, la más abundante de los últimos años, los está llenando de vida. La soledad por este barranco es total así como por todos los parajes que rodean. A pesar de ser fiesta y vísperas de un buen puente, a nadie vi por aquí. En el cortijo que se remonta sobre la llanura del balcón al Guadalquivir me encontré algunas sillas. En una de ella me senté frente al gran valle del Guadalquivir y durante más de una hora ahí estuve contemplando la hermosura del los paisajes. Me encontré un hacha vieja, con mango de madera cortada en estas sierras y, por entre las ruinas, pues mucha soledad y el aire cargado de nostalgia. Me sentí y siento triste.

La ruta

Entre otras cosas tengo que empezar diciendo que el día de hoy se presentó nublado por completo. Templado el clima y con pinta de empezar a llover en cualquier momento. Al paisaje de la sierra, entrando por arroyo de María, se le vía reventando de verde, ya brotadas las madroñeras, las zarzas, el orégano, las curiosas matas de tomillos, algunas jaras blancas, los enebros

y las sabinas y también florecidas muchas maticas herbáceas. Primavera como la de este año hace ya muchos que no se ven. Y lo que quiero decir es que, en lo que va del mes de abril ya han caído, por algunos puntos de esta sierra, más de doscientos litros de agua. Por eso, en el día de hoy lo que más asombraba y llenaba de satisfacción es ver tanta agua por los arroyos, las fuentes, las cañadas, las praderas y por las peñas. Creo que el día de hoy era único por estas sierras y por eso se me metió tan hondo.

Así que dejé el coche en la misma carretera, al volcar el collado Agua de los Perro, un poco por encima de las ruinas del precioso cortijo. Me bajé andando por la ladera pisando los surcos que por aquí abrieron el otro año para repoblar y rocé las ruinas del cortijo. Solitario, roto por completo, sin puertas, con las piedras rodando por la ladera y triste como tantos. Bajé para la llanura y cuando la iba recorriendo me encontré la cornamenta que decía atrás. Luego me encontré algunas esparragueras con sus espárragos y ya crucé el arroyo. Busqué por aquel lado una bajada hacia el arroyo del Chillar y como no la encontré me vine y me metí por la cerrada. Casi imposible de pasar por ahí por la espesura de las zarzas, lo erosionado del terreno y la cascada comiéndose la poca tierra que queda por la puerta de la gran cueva. Pero pasé porque me lo planteé como un reto y enseguida me encontré con que a la senda, para que pudiera atravesar los grandes voladeros y paredes rocosas, le hicieron una cortica escalera. Tres curvas traza recogida con paredes de piedras sueltas y luego se empieza a ir por la gran ladera de los romeros.

Ya a partir de este punto, a tramos, sí la veía con toda claridad. Otros trozos todavía tienen sus paratas para sujetar la tierra y piedras que arrastran las corrientes del agua cuando llueve mucho. Los romeros se la tienen muy comida por donde hay algún barranco y algo más de humedad pero con paciencia la fui descubriendo y así puede recorrerla hasta lo hondo del arroyo. No el del Chillar sino este de Agua los Perros que baja desde la misma Iglesia de Agua los Perros. Por lo hondo de este barranco se encuentra con un ramal de pista muy estropeada porque ya nadie entra por aquí. En la llanura donde la pista termina y le llega la senda estuve parado un buen rato frente al buen chorro de agua que bajaba por el arroyo. Luego seguí y enseguida rocé las ruinas de un bonito cortijo que vinieron a construirlo a unos quinientos metros del arroyo del Chillar pero muy pegado a este que baja desde Agua los Perros. Todo roto, comido por las zarzas, tapado por el monte y en la soledad más amarga. Se llamó este cortijo y, para siempre a partir de hoy así será, cortijo del Pequeño, remitiendo al hombre que lo habitó. Es uno más de los muchos apodos que entre ellos se ponían.

La pista lo pasa por la parte de arriba y aquí mismo se va por la ladera que cae desde el collado de aguas de los Perros.
- ¿Sabes para qué fue construida esta pista?
- No lo sé.

- Pues para sacar madera con los carros de entonces, también para sembrar pinos en las tierras del cortijo del Pequeño y para, de paso, derribar mejor el cortijo que ahora se comen las zarzas.
- ¡Qué cosas ¿verdad?!
- La madera la sacaban con carros tirados por mulos o burros. Así fue.
Se mete, la pista, por esta ladera algo remontada sobre el arroyo del Chillar y la otra pista que sube por el arroyo buscando las casas de los Vadillos. Esta ladera toda se presenta arada y repoblada porque fue parte del terreno que ardió. Cuando llega a un arroyuelo que cae desde el mismo collado antes dicho y por donde crece mucho orégano, se baja por su cauce sin agua y en unos trescientos metros ya se encuentra con la pista que sube a los Vadillos. Una pista de tierra también construida por las mismas fechas de la que sube a la Albarda y la que sube a los Tableros. Son obras de aquellos tiempos y por los mismo artífices. Por eso esta pista de los Vadillos, se aparta de la carretera asfaltada un poco antes del mirador del Topaero, está en muy buenas condiciones. Las casas de los Vadillos, un par del cortijo rehabilitados para recreo, se encuentran justo en las orillas del arroyo del Chillar y por donde a éste arroyo se le junta el que baja de Agua los Perros. Vi estas casas en ese bonito rincón, metidas entre álamos, pinares y sobre las relajantes praderas de hierba. Vadillos son vados menores y también llanuras junto al cauce de este bravo arroyo del Chillar. Quizá chillar le venga de lo encajado entre puros paredones de rocas y lo hondo que discurre a lo largo de toda su cuenca alta.

Seguí el trazado de la pista que sube por el arroyo del Chillar hacia los Vadillos y fui viendo como por aquí han montando una instalación de paneles solares y antenas para teléfonos. Los han puesto al borde mismo de la pista y van hasta las casas de los Vadillos. El rincón es de lo más bonito en toda esta cuenca del arroyo del Chillar. Aparecieron algunos olivares a un lado y otro de la pista, remonta un poco y volvieron aparecer más olivos. También la tierra llana de un recogido y bonito collado por donde la cuenca del arroyo del Chillar se estrecha al máximo y unos metros más adelante, por la derecha, la llanura de las cornicabras, la gran alfombra de hierba y ahí mismo, las ruinas de un gran cortijo. Es el que decía se alza como balcón sobre este collado y cerrada del arroyo del Chillar, frente al gran valle del Guadalquivir cuando éste discurre a la altura de la venta de Melquiades y la embasadora de agua Sierra de Cazorla. De aquí para abajo el arroyo cae en una precipitada ladera, trazando primero una curva algo parecida a una zeta y cayendo ya para el Guadalquivir por una pronunciadísima ladera.

Sobre este collado, cortijo, cerrada y gran balcón, di por terminada la ruta que estoy contando. Así que sin prisa por aquí me quedé todo el rato contemplando las buitreras que hay en la lancha llamada del Pueblo, donde vi un par de buitres parados. También me recreé en las ruinas de muralla que sobre la cresta de esta lancha aun permanecen en pie y son las del famoso castillo de Chincolla y me recreé a fondo con la manada de cabras monteses

que vi pastando en el circo rocoso que los acantilados tajan por donde el arroyo ha ido labrado esta honda y curiosa cerrada. Ellas me estaban viendo y pensé que aunque diera voces, aunque chillara para hacerle honor al arroyo, no podrían oírme porque el rumor de la corriente despeñándose era tan enorme que, desde donde comían hierba, nada más podría oírse que el bramar de la corriente. Cuando uno está cerca de este arroyo del Chillar y en épocas de abundancia de agua como la de hoy, hay que chillar mucho, gritar con vozarrones fuertes, para que alguien nos pueda oír al otro lado del arroyo. Las aguas de esta corriente braman como ellas solas. El día, el momento, el paisaje, la soledad del paisaje y la grandiosidad de las laderas y barrancos me abrazaron y mientras me herían en lo más íntimo, me dejaban sin vida en la dimensión de la materia. No tengo más palabras para contar.

26- Escalera y cortijo de Amador, royo Chillar, fuente de los Enerpeños, paso del Cuco, Carrales Bajo, morro de Amador. 10-6-2000

A la placidez del arroyo 10/6/2000
Distancia aproximada: 5 k.
Desnivel aproximado : 150 m.
Tiempo aproximado : 5 h. andando en ida y vuelta.
Camino: vieja senda, carril y campo a través. Circular.

Pincelada

Se abre la mañana
regalando nubes grises y aire fresco
y música cercana
que de Dios, parece eco
invitando al festín que no merezco.

Del aire fresco mana
aromas finas que busco y apetezco,
sabor a mejorana,
a musgo no reseco
por los valles que bien sé y el roble seco.

Se abre la mañana
bordando a la montaña con su fleco
de azul bañado en grana
y aquí buscando un hueco
ando por los campos cual muñeco.

En el bonito día que arriba he dejado reseñado, por esta Sierra de las Villas he visto y gozado lo siguiente: cuando llegaba por la carretera que va desde Villanueva hacia el Embalse del Tranco, en el mismo puente de los

Agustines, un gran panel con información para los turistas. Lo han puesto por aquí no hace mucho y es del estilo del que vi el otro día por la curva que ensancharon en esta carretera. Me he parado y he leído con interés lo que a continuación transcribo: "Puerta principal por el río Guadalquivir a las Sierras de las Villas, Segura y Cazorla". Un poco más abajo en un sencillo croquis han dibujado la carretera que he venido recorriendo, la que atraviesa la Sierras de las Villas y algunos itinerarios por estas sierras. A lo largo de la carretera de las Villas y por todo el croquis, reseñan el campamento Juvenil de los Cerezos, fuente del Topadero, fuente del Tobazo, mirador del Topadero, piedra del Agujero, cueva del Romeral, fuente agua los Perros, fuente de la Raja. Otros nombres que se reparten por este croquis son: cueva del Tosero, cortijo del Puntal, cortijo de Amador, lancha de las Minas, morro de los Vadillos, poyo del Jaral, collado del Chindo. Y luego piedra del Enjambre, casa de Carrales de Abajo, cortijo del Tosero, cascada de arroyo María, fuente de cueva Fría, puntal del Pocico, los Plomos, casa prao de los Chortales, cortijo del Tejuelo, caballo Torraso, Hoyacillo, collado de los Hermanillos. Arriba pone: la Veleta, las Culebras, las Grajas, cueva del Cañaveral, Tranco, mirador de los cortijillos y embalse del Tranco.

Y tiene nueve rutas reseñadas por estos rincones que se reparten y describen de la manera que a continuación pongo para recordarlas:

"Sendero arroyo María, Cuevabuena al Tranco.

Duración: 6 horas.

Grado de dificultad: media, grandes pendientes.

Sendero arroyo María, Tosero, Caballo del Torraso.

Duración: 5 horas.

Grado de dificultad: poca.

Sendero collado de los Hermanillos, prao de los Chortales

Duración: 4 horas.

Grado de dificultad: poca.

Sendero el Tranco, prao de los Chortales.

Duración: 3 horas.

Grado de dificultad: media, se pierde el camino.

Sendero Carrales, fuente de la Albarda.

Duración: 3 horas.

Grado de dificultad: poca.

Sendero Carrales, paso del Cuco, los Vadillos.

Duración: 4 horas.

Grado de dificultad: poca.

Sendero Carrales, Prao de los Chortales.

Duración: 6 horas.

Grado de dificultad: poca.

Sendero pista a los Vadillos, collado del Chindo.

Duración: 4 horas.

Grado de dificultad: poca.

Sendero charco del Aceite, embalse del Tranco.

Duración: 2 horas.
Grado de dificultad: poca.

Se aconseja utilizar un día completo para los senderos de largo recorrido. Excelentísimo Ayuntamiento de Villanueva del Arzobispo, Junta de Andalucía".

Y claro que tengo que decir que para mí no ha sido ninguna novedad la aparición de este panel por estos lugares. Es lo que tanto desean unos y otros, los de los pueblos dentro del Parque Natural y fuera pero por separado cada uno. Desean que vengan muchos turistas por las sierras sea como sea. Lo importante es que vengan muchos turistas y que tengan lugares por donde ir y ver. Aunque tal información me parece buena, sólo que con una gran carencia: que si no se le facilita más información que la que hay en este panel, una persona que desconozca estas sierras, tendrá muchos problemas para hacer la mayoría de las rutas ahí indicadas. No son tan fáciles de recorrer estas sierras ni tampoco se llega a los sitios ahí expuestos con tanta comodidad. Quien no conozca el terreno y carezca de una información de apoyo, con toda seguridad que se perderá o lo pasará muy mal. Las sendas por las que deben discurrir estas rutas casi todas están perdidas, comidas por la vegetación y rotas por las lluvias, los hielos y las nieves. A mí me ha costado mucho trabajo reconocerlas. Al no saber con certeza por qué sitio van estas sendas, hasta la persona más decididas tendrá problemas y muchos. Para hacer las rutas que se reseñan en este croquis es necesario contar con información de apoyo. Alguien o algo que facilite los detalles, que es el instrumento esencial a la hora de echarse a recorrer la montaña. Sin esta información la aventura será mucho mayor y emocionantes pero para expertos y no para cualquier persona. Esto es lo que opino pensando también que es una buena idea.

En el día de hoy sigo con la ruta que por vengo buscando por aquí y digo que en las fuentes de los Cerezos me paro un momento. Bebo agua de sus frescos y abundantes caños y durante un rato, me entretengo en coger unas cerezas de los dos viejos árboles que todavía crecen por aquí. Tienen muy pocas, son chiquillas como garbanzos, algunas ya bien coloradas pero las otras, verdes aun. Las que logro coger me saben a gloria. De un comer finísimo y lo mismo su sabor agridulce. Me doy cuenta que estos dos viejos árboles pueden secarse no dentro de mucho. Nadie los cultiva y su tronco está añoso, algo podrido y como si cansado.

En el mirador del Topadero me he parado también atraído por la nueva información turística que por aquí han instalado. Una tabla sujeta en su mástil correspondiente para que se pueda leer según se va por la carretera. Y leo lo que han puesto "Mirados agua los Perros". Enseguida me digo que hubiera sido más correcto "Mirador del Topadero o loma de la Be". Se encuentra más dentro de estos dos parajes que en aquel. Además, en el croquis que he leído

por el puente de los Agustines y que también han instalado aquí, lo describen como mirador del Topadero. Este es ciertamente su nombre más apropiado. Pero nada... El panel que han puesto aquí ya he dicho que es el mismo que hay en el puente pero éste instalado de otra forma más original. Como mirando al sol de la tarde, en forma de placa solar, bajo para que se pueda leer cómodamente y protegido por un cristal. ¿Cuánto durará? ¿Quién lo restaurará cuando ya esté roto?

Pasando la fuente de agua los Perros, por la derecha y ya cerca del cortijo del Puntal, se aparta un carril para este cortijo. Por aquí pienso dejar el coche para recorrer la ruta que hoy tengo pensando. Pero antes de apartarme, paro, miro y al ver los tres cerezos, me entretengo en coger algunas cerezas. Estoy en ello cuando por el cortijo veo a un hombre. Lo saludo y me acerco. Me alegro verlo porque enseguida descubro que es Narciso, el dueño de este cortijo y el que vivió aquí a lo largo de más de cuarenta años guardando ovejas. Me dice que espera a unos del pueblo de la Puerta de Segura que van a venir para ver el cortijo porque lo quiere vender y mientras tanto, como le pregunto, me indica los dos caminos que desde este puntal puedo tomar para bajar a royo Chillar, que es lo que pretendo hoy. Antes de que podamos entra en materia aparece un gran coche y como son los que él espera, lo despido y los dejo en el interés que por aquí les tiene esta bonita mañana.

Sigo y unos ochocientos metros más adelante, por la derecha también, se aparta otra pista de tierra. Es aquí donde dejo el coche, busco la vereda que recorre la famosa escalera de Amador y en unos minutos ya estoy sobre las ruinas de este bonito cortijo. Lo recorro durante unos minutos y continúo. Desciendo por la ladera, lado izquierdo del cortijo y por donde no va senda alguna y puedo pasar el arroyo con toda comodidad. Ya sobre el carril de tierra que viene desde el mirador del Topadero, pasa por los Vadillos y llega hasta la fuente de los Enerpeños, me voy arroyo abajo hasta el pequeño pantano que por aquí construyeron. En sólo unos minutos llego al lugar, me entretengo recreado en tan bonito rincón repleto de agua, vegetación y croar de ranas y luego doy la vuelta. Subo por la pista en dirección contraria a como corre el agua y en unos minutos ya estoy justo al final de este carril. Por donde hay otro embalse pequeño, construyeron la fuente que decía antes y se acaba la pista.

Pues tomo ahora por las sendicas que siguen cauce arriba y en poco tiempo ya me encuentro en las ruinas de otro bonito cortijo serrano. Es el cortijo del Cuco, que se encuentra justo a la entrada de la gran cerrada del Cuco. Lo que los serranos de por aquí llaman paso del Cuco. Es el rincón más bonito que por estas sierras yo me he encontrado. Y digo que el paso del Cuco hace referencia a una gran cerrada, estrechamiento del arroyo, por donde tuvieron que meter una senda para pasar. No es posible pasar por los lados debido a las grandes e inclinadísimas paredes rocosas que el terreno

origina. Este paso es propiamente una cerrada donde se juntan cuatro arroyos que son: royo Cuchara que nace en los morrones de Santa María, arroyo del Ojuelo que nace en el mismo collado del Ojuelo, por detrás mismo de la tiná de Juan, arroyo del Hoyo que nace por los Tableros y la Cruz del Espino y arroyo de Carrales que nace por la Albarda. Aquí se juntan los cuatro y antes de hacerlo, en las rocas han cortado profundos tajos.

Pues siguiendo la vieja senda que por aquí sí se distingue con toda claridad y se anda bien, atravieso esta bonita cerrada. Ya dije que puede ser la cerrada más bella de todo el Parque Natural tanto por sus cascadas, la abundancia de agua, la junta de los cuatro arroyos ya dichos y los parajes que estas grandes paredes rocosas ofrecen. Y la senda fue trazada con el primor más cuidado. No como en la cerrada de Elías. Aquella fue senda trazada por la administración y ésta la fue por los serranos que vivían en los cortijos de estos montes. La necesitaban para moverse y poder vivir. En cuanto salgo de la cerrada, me vengo para el lado izquierdo y remonto al puntal. Donde todavía están las ruinas de dos de los cortijos que ahí levantaron y por estar en lo más alto del morro, lo serranos conocen por el cortijo del Morro, que propiamente son dos. Algo más arriba está el de Carrales Bajo y otro más que han sido remodelados para venirse a ellos de recreo. Hacen bien sin la vida así se lo permite.

Desde este punto el carril de tierra sube dejando por la derecha el arroyo de Carrales con la casa forestal, la tiná de ovejas que otros años sí ocuparon pero este año, no y en unos segundos estoy en la llanura que por aquí, algunos llaman laguna de Carrales. Es una pequeña llanura, un poco en forma de hoya y por eso el terreno es llano por completo. En el mismo centro tiene dibujado un círculo en blanco. Es para que lo vea el helicóptero y pueda aterrizar. El de los incendios en verano. Pues desde aquí, en unos segundos ya estoy en el coche y comienzo de la ruta que hoy ha salido circular y de lo más bonito.

Tengo que decir que a lo largo del recorrido que hoy requiere la ruta propuesta, vi bastantes animales salvajes. Bajando por la escalera de Amador para las ruinas de su cortijo, vi un precioso macho montes. Por las tierras llanas al salir del Paso del Cuco y antes de los cortijos del Morro, de entre un lugar con mucha hierba, agua y barro, me salieron varios jabalíes con sus crías pequeñas. Y de este mismo rincón pero algo más arriba y pegado a la carretera también me salieron unas cuantas ciervas. En las ruinas del hermoso cortijo de Carrales Bajo, no el de lujo de ahora, justo en el hueco de la alacena en la pared, me encontré un nidico de pajarillo. Cinco huevecicos blancos tenía del tamaño de un garbanzo y estaban calenticos. La hembra los está encubando y por eso ahí me los dejé sintiendo la emoción. En las ruinas de los cortijos que fueron palacios anidarán los pajarillos, se refugiarán los lagartos y crecerán las zarzas. La vida germinará sobre las obras que dejó la vida cuando la muerte se la llevó por delante. En

las ruinas de los cortijos la vida y la belleza sigues presentes porque Dios así lo quiere. Buitres no vi hoy en todo el día y puedo ser porque el gran viento que hizo y lo frío que corría.

La ruta

La sencilla ruta que hoy necesito trazar por el recogido rincón de royo Chillar comienza con el día como pórtico. Y el día de hoy digo que es de los más bellos días que por estas sierras he podido vivir. O pretendiendo ser más exacto, en casi nada se parece a los otros días que por estos montes tuve la suerte de conocer. Sencillamente es un día grandioso. Las últimas lluvias de los meses de abril y mayo han logrado que la primavera se retrase mucho más que otros años por estas sierras. Quizá el día de hoy se encuentre justo en el mismo corazón de esta primavera. Por estas sierras hoy se ha despertado un día con muchas nubes negras que son nieblas en las partas más altas. Hace mucho frío. Tanto que me tengo que poner ropa de abrigo. Por Madrid y los Pirineos, ha nevado mucho la noche pasada. La mañana se presenta con un esplendor que no es posible describir con palabras.
Y de esto yo me alegro. El Dios que amo y sé me dio la vida, quizá haya decidido regalarme hoy un día con su encanto único por eso de tener ya poco tiempo para vivir por aquí. Sí, quizá sea esto y por ello mi corazón, a pesar de la gran nube que cubre mi futuro, se siente alegre y con ganas de vivir.

El campo se presenta este día realmente verde. Con hierbazal tremendo, realmente teñido de un verde vivo que duele de tan bonito. Y todavía sorprende mucho más cuando termino de llegar al collado de Aguas los Perros. La vegetación toda verde como si esta misma noche pasada hubiera brotado para mí y el recreo de mis ojos. Por este collado, hermosísimo collado dentro de las bellísimas Sierras de las Villas, la hierba hoy muestra su mejor belleza y frescura. Cuando las primaveras llegan por estas sierras no tienen parecido con ninguna otra primavera en ningún rincón de Planeta. Por aquí me paro unos minutos, como si necesitara ir preparando mi corazón para lo que en este día va a vivir y además de lo que ya he dicho, la zamarrilla forma espesos bosques de diminutas florecillas amarillas. Las flores de la zamarrilla, son tan delicadas, por la finura de sus pétalos y el color oro con que se visten, que hasta dar miedo mirarlas no se les pueda dañar. Ellas merecen el mejor y fino cariño y al verlas tan frágiles y a la vez esplendorosas, en el alma se despierta el sentimiento del respeto.

Ya que he bebido algunos traba de la tan hermosa mañana en este tan puro paisaje de hierba y flores, sigo la ruta y al llegar al camino que se aparta para el cortijo del Puntal, por la derecha y donde nació y vivió el pastor llamado Narciso, en los tres cerezos que aun permanecen verdes al borde de la carretera, me paro atraído por la delicada fruta que cuelga en sus ramas. Estoy cogiendo un puñado de estas diminutas y ya rojas frutas cuando veo a Narciso paseando por la puerta de su cortijo. Me alegro porque cuando vengo

por estos montes una de las mejores cosas que me puede pasar en encontrarme con alguno de los serranos que por aquí vivieron. Dejo las cerezas y me voy para él. En la tan hermosa mañana que ya he dicho y el aire puro con perfume de primavera total, lo saludo y al preguntarle por algunos de los rincones que pienso recorrer, me dice:
- Vente para acá.
Lo sigo y remontamos al puntal que hay por detrás del cortijo. Desde donde se ve casi todo el gran barranco de royo Chillar, en la parte que queda comprendida entre la cerrada del paso del Cuco y algo más abajo de los cortijos de los Vadillos. Desde aquí, frente a la gran panorámica, me dice:

- Una de las escaleras que había para bajar a los Vadillos, salía y todavía medio sale desde este mismo cortijo del Puntal pero más para el lado del cortijo Agua los Perros.
- ¿Y lo que se ve desde este morro, al frente y otro lado de royo Chillar?
- Aquello se llama la Majá las Vacas. El cortijo que se ve algo más arriba, es justo el cortijo que el otro día decíamos: el de tío Luciano.
- ¿Y el que hay más arriba?
- Eso se llama la Peraleja. ¿También has estado allí?
- Por allí fui un día.
- Pues más arriba quedan los Terrones.
- ¿Y la tapuela que tenemos debajo mismo de nosotros?
- Esa es la del tío Amador. Por ahí mismo pasa un camino que al llegar al filo de la lancha esta, la de Carrales, tiene su escalera. La que siempre hemos llamado escalera de Amador. Los cortijos que desde este puntal se ven son: los Vadillos, Majalavacas, lo del tío Luciano y lo del tío Amador. No el de royo Cucharas y los Terrones, que no se ven. Tampoco el cortijo del Cuco, que se encuentra cerca de la bonita cerrada con el mismo nombre. Si vas por allí, subiendo por la vereda que entra arroyo arriba, te encontrarás con las tapuelas. Aquello ya es pura ruina.
- ¿Y la fuente?
- La de los Enerpeños se encuentra donde se ve aquella tierra “esjajá”. Un poco más para acá. Hasta ese punto sí se puede subir con el coche cuando se entra por los Vadillos. Desde ese punto para arriba se sube pero andando. Se entra por el paso del Cuco y se sale por el cortijo del Morro, que es donde Carrales pero a la bajá. Aquello es una cañá muy hermosa.
- ¿Y el puntal este sobre el que estamos y va desde el collado agua los Perros hasta el paso del Cuco?
- A todo esto se le llama la Lancha de Carrales. El cerro que nos queda frente al cortijo del Puntal se llama la Vilanera. Arriba hay unos llanos muy grandes que se le conocen por la Albarda. ¿Por ahí has estado?
- Una vez o dos.

Lo despido porque los otros que acaban de llegar lo están esperando para hacer trato sobre el cortijo del Puntal y sigo. Unos ochocientos metros más adelante, por la derecha, se aparta un carril de tierra. Es el que va a los

cortijos del Morro, uno de los cuatro, porque ahora lo han rehabilitado para vivirlo en épocas de vacaciones. En este carril dejo el coche. Me preparo y en unos minutos ya estoy andando y buscando la senda que va por la escalera de Amador. Ahora, advierto un poco más el misterio y belleza con que hoy se presenta el día. El caballo del Torraso, en todo lo alto y a lo lejos, lo descubro tapado por la niebla de la mitad para arriba. Por estas sierras ahora mismo el cielo también se presenta cerrado de nubes. Por detrás de la casa de pastores de Carrales, hay como una hoya, tierra llana donde crece espesa la hierba. En el mismo centro veo un bidón lleno de cal. Recién han pintado aquí ese círculo grande que siempre pintan para que el helicóptero pueda ver el sitio donde debe tomar tierra. Ni me interesa ni lo rozo. Paso por el lado de arriba de la llanura y me pierdo para el filo de voladero por donde creo debo encontrar la vereda. El de ellos es otro mundo que tendría otra cara con lo que yo me sé.

Me encuentro por aquí florecida la otra zamarrilla, la de las flores blancas y el Catanache. En cuanto me asomo al filo descubro que de aquí mismo arranca un arroyuelo que enseguida cae para royo Chillar. Por el lado derecho, el que pega al cortijo del Puntal, me voy acercando porque algo me dice que es por aquí por donde debe ir la senda. Hay dos mojones de piedras y justo rozándolos pasa la vereda. Al menos en este punto se le reconoce con toda claridad porque es donde exactamente le tuvieron que hacer la escalera. Pero me la encuentro muy rota. La escalera de Amador, la llevo soñado más de cinco años hace ya. Sabía que existía pero nunca pasé por aquí y menos la recorrí. Por eso, al pisarla esta mañana, siento una emoción especial. En cuanto se aleja un poco del filo del voladero el terreno ofrece un puntal con muchas menos rocas. Por ambos lados corren dos pequeños arroyuelos que nacen por el poyo del cortijo del Puntal y la loma que ambos arroyos han modelando en el centro es la que le sirvió al tío Amador para construir su cortijo. Lo levantó en la mejor tierra de esta loma, ya bastante cerca del royo Chillar pero como es loma y final de ella, queda hermosamente alzado sobre una gran porción del barranco. Según voy bajando, las ruinas de este cortijo, se me van presentando con toda claridad. Pero antes de llegar el tronco de una viejísima sabina que crecía justo en mitad del camino. La cortaron de tal manera que un a de sus ramas quedó al borde de la senda, todavía clavadas en sus raíces pero sirviendo de baranda para agarrarse a ella al pasar por aquí. Otros dos mojones de piedras antes de las ruinas.

La vereda está muy rota pero con un poco de cuidado se le puede seguir bien. Cuando ya voy llegando al cortijo compruebo que la tierra es de la mejor calidad. Crecen por aquí muchas sabinas, romeros y enebros. Otros dos mojones más y ello me hace pensar que por aquí mismo iban las lindes de algo. Antes de las ruinas me encuentro con la era donde ahora crece mucha zamarrilla. Una higuera, parras, zarzas por el arroyo que baja desde la llanura que dije, mucha mejorana y espesa la hierba. Un rosal silvestre con sus menudas florecillas blancas y las ruinas del que fue un bello cortijo

serrano. Ahora sólo le queda un buen trozo de pared que fue donde estuvo la chimenea de la cocina y un par de trocicos más por donde le voy llegando desde lo alto. Hermosas aunque sean ruinas y bien sé por qué lo digo y así lo siento. Fue este un cortijo que tuvo un gran espacio en el aposento de la chimenea y luego una habitación por detrás. Lo construyeron rectangular, en la misma dirección que cae el puntal y puedo pensar que era grande. Los trozos de pared que aun quedan en pie están pintadas con blanca cal y el típico azulete. Las piedras de las paredes desmoronadas se amontonan sin orden ni sentido. ¿Para qué lo quiere ahora nadie? Muchas de estas piedras son tobas. Trozos de tejas y la madera que fueron vigas, ventanas y puertas. Al final del puntal y por el lado del arroyo tenían ellos el corralillo para los marranos de la matanza. Justo debajo es donde hicieron la presa para que el agua del arroyo se sujete.

Durante unos segundos más, piso las ruinas de este otro cortijo y las toco mientras me voy concentrando en el surco del arroyo. Sólo me queda a unos metros pero muy hundido. A la pequeña represa que construyeron en el cauce de royo Chillar, se le ve con toda claridad. En sus claras aguas remansadas hay muchas ranas que ahora croan y desde aquí se les oyen. Me vengo para el lado izquierdo y en unos metros me hundo en el surquito del arroyo que cae desde la llanura del helicóptero. Muy poca cosa es este arroyo. Ni siquiera tiene agua pero sí muchas zarzas, nogueras, parras rosales silvestres y mucha hierba. Me dejo caer para meterme en lo hondo y ahora, por entre el monte, un gran macho montes se me arranca. Da un respingo y a unos metros se queda parado y me mira a lo largo de unos minutos. Es grande y viejo y está solo. No le hago mucho caso y sigo con mi ruta. En unos minutos ya caigo al surco del arroyo. La tierra por aquí es llana, repleta de juncos, juncias y otras plantas amantes del agua. Se nota que la tierra ésta fue el huerto de ellos. Algunos cerezos aun crecen por aquí pero ya comidos por los pinos, las zarzas y la soledad. Nadie los cultiva ahora y menos vienen a recoger la fruta que dan.

Cruzo la corriente aprovechando el tronco de un pino caído. Va de un lado a otro y en él me apoyo y cruzo al otro lado para coger el carril que sube desde los Vadillos. Mucha agua corre por este arroyo y también crecen por aquí muchos juncos, la tierra se allana mucho y cerca de la corriente el cieno se amontona en gran cantidad. Por entre los juncos descubro algunas orquídeas y otras florecillas que muestran su belleza al sol de la mañana y a los ojos que ahora pueden verlas. Remonto una leve torrentera y ya estoy en el carril de tierra que decía antes. Son las once de la mañana cuando piso por primer vez la tierra de este carril. El nivel por aquí casi roza los mil metros. La carretera donde he dejado el coche queda sobre la curva que mide los mil doscientos metros. Ya en la pista en lugar de venirme arroyo arriba, que es la ruta natural que hoy pretendo recorrer, comienzo a moverme en la misma dirección que corre el agua. Y lo hago porque, ya que el pequeño pantano no me queda muy lejos, quiero llegar hasta él y así descubrir mejor el rincón por

donde se remansa. En sólo tres minutos ya estoy sobre el mismo muro de esta represa. Descubro que es bastante larga y ello se debe a que por aquí el arroyo corre muy llano. Las aguas se remansan mucho y por eso se extienden cauce arriba durante bastantes metros. Las ranas me siguen deleitando con su apasionado concierto. Pero el embalse no está lleno del todo. Sólo hasta la mitad. En la pared tiene cuatro agujeros por donde salen cuatro caños de agua limpia y al caer por el lado de abajo, lo hacen en una pequeña alberca que le hicieron para que todavía la corriente se sujetara algo. Es como tantos otros pantanos de contención que por las sierras de este Parque hicieron en aquellos tiempos.

Durante unos minutos me estoy sobre este muro y al mirar para atrás descubro las ruinas del cortijo de Amador, el que pisaba hace un rato, arriba quedan coronando las rocas del filo de la lancha de Carrales, más en lo alto cubren las nubes y, por algunos rotos de estas nubes, asoma el azul del cielo. Los álamos surgen como de las aguas de este pantano, ya cubiertos de hojas y por eso muy verdes. Sus troncos quedan casi tapados por las aguas que se remansan. Hay por aquí muchos rosales silvestres, florecidos esta mañana y sus diminutas rosas, casi todas blancas. Sólo algunos de estos rosales tienen las flores con tonos rosa. Así que dejo el rincón donde se remansa el pantano. Subo por la pista que ahora asciende por el lado derecho del arroyo pero en dirección contraria a como las aguas corren. El rumor de la corriente me va dando compañía y de vez en cuando, con más brío. Son algunas cascadas, no muy grandes, que se despeñan en su recogido y misterioso rincón. La hierba tapiza con la fuerza de su verde primaveral. Es hermoso el rincón, la mañana y el momento pero para mí con un hondo acento triste. Quizá más que triste, melancólico. Como si me faltara lo esencial aunque sé que conmigo tengo la presencia y amor del Dios en el que creo y amo. Pero me falta la sonrisa y cariño de alguien y eso es lo que añoro. Cuando con más fuerza se me presenta la belleza de los paisajes, con punzadas más hirientes me asfixia la melancolía. A cada paso que doy por estor rincones muero a chorros y desde el día que bien sé, más aún.

La Digitalis oscura está toda florecida y hay mucha. Un gran pino se ha caído y corta la pista. Si se viniera con coche, cosa que se puede desde la desviación en la carretera por el rincón del Topadero, al llegar aquí ya no se podría seguir. El tronco de este pino caído lo impediría. Yo lo dejo atrás pasando por debajo y sigo. Si no tuviera por aquí ahora este carril también sería complicado andar el terreno que voy recorriendo. Otro muro de pantano casi con las mismas características que el primero. Y junto al carril, por el lado derecho que es por donde me encontraré el arroyo Cuchara algo más arriba, la construcción de la fuente. Es la conocida por la fuente de los Enerpeños. Tiene dos caños de hierro pero ahora mismo por ellos no cae agua alguna. Se ve que se ha roto la conducción y por eso no cae por los caños pero sí por un lado. Es casi un arroyo lo que por aquí corre, inunda el carril y salta al arroyo. Por donde pasa, crecen muchas plantas aguarinas.

Orquídeas, helechos y otras. Descubro que la fuente tiene su escudo y todo, aquellos escudos que puso Icona en todas las fuentes que construyó por estos montes. Y puedo leer: “Distrito Forestal de Jaén”. No está mal pero deja a la mañana y los paisajes que por aquí piso, con un cierto sabor agrio.

Por el lado derecho, salto el muro del pantano, remonto algo, salvo una torrentera que es la de la tierra “esjajá”, que me decía Narciso desde el Puntal de su cortijo y busco la senda para poder continuar. No la encuentro porque aquella senda que con toda seguridad sí fue por aquí, ahora ha desaparecido de no pisarla nadie y también por la repoblación y los vuelcos que por aquí le dieron al terreno en aquellas épocas. Esta torrentera se encaja entre royo Cucharas y el de la Peraleja. Y como conozco el terreno que por esta porción de sierra hay, sé bien que por este lado derecho mío todo el terreno es muy malo de andar. Ahora más que en aquellos tiempos por lo mucho que se ha cerrado de monte y la gran repoblación que hicieron. Encuentro sendicas de animales que van subiendo en la dirección que necesito y por eso las sigo. Me facilitan mucho la ruta. El pantanillo este también se remansa mucho. No tiene profundidad casi y por eso, en el agua remansada crecen espesas la aneas. Otro arroyuelo más por la derecha pero sin agua y ahora compruebo que el gran arroyo de Chillar, corre casi dulce total. Remansado como si fuera un juego. Desde la primera represa hasta esta segunda y por encima, el nivel muy poco. Escasamente veinte metros. Por la belleza que encuentro en la corriente, las llanuras que los lados se extienden y la gran vegetación, me siento arrastrado a pararme y sacar una foto. En un paraje de excepcional encanto.

Por este mismo lado vuelve aparecer un viejo carril. Mucho menos perfecto que, hasta el segundo embalse he traído pero facilita el camino. Sobre la tierra de este carril, un poco antes de llegar a royo Cuchara, me encuentro unas matas de manzanilla serrana. Es una matica de hierba muy aparranada, con hojas y florecillas diminutas que sólo he visto en lugares muy concretos de las sierras de este Parque Natural. Me dijeron los serranos que en aquellos tiempos ellos la cogían para tomársela y curarse algunas dolencias. Me encuentro también un hito de cemento donde puedo leer: “MP-17". Ignoro lo que quiere indicar pero estoy seguro que por aquí no pasa término de pueblo alguno. Me acerco a royo Cucharas. Le entra al del Chillar por la derecha mía y por aquí el terreno se torna aun más llano. Junto al arroyo se forman preciosas riberas y ello me delata enseguida que fueron las huertas que sembraron los serranos de otro cortijo que tengo a sólo unos metros. Es el conocido cortijo del Cuco. Así que el paso del Cuco ya lo tengo a sólo unos minutos. Muchas nogueras me van saludando, las zarzas que se enredan en ellas, parras engarbadas y otros árboles. Se va cerrando el surco del arroyo sin dejar de ofrecer preciosos llanos por las dos orillas.

Aquí mismo, muy pegado al arroyo, las ruinas del cortijo que decía antes. Ruinas y nada más. Sólo un pequeño rosal de los de jardín y con su

rosa roja abierta, delata la presencia de humanos por aquí en aquellos tiempos. Sólo esta rosa y las ruinas del cortijo que vengo diciendo. Construyeron este cortijo justo en la puerta de lo que ellos llamaban paso del Cuco. En esta misma puerta y donde el arroyo Cucharas se entrega al grande que vengo recorriendo. Trae mucha agua. Por detrás de las ruinas lo puedo pasar sin problemas, arropado por la espesa sombra de las nogueras, los tallos de las zarzas y las pámpanas de las parras ahora casi asilvestradas. Otro hito donde puedo leer: “MP-18". Nada más cruzar royo Cucharas, la vereda se ve con mucha más claridad y por eso puedo apreciar que enseguida se mete para la cerrada del paso del Cuco. Por entre las espesas zarzas, una gran pared rocosa que le entra por este lado derecho. El camino se pega a esta pared de roca natural y busca un paso para meterse en el mismo surco del arroyo. Pero la pared queda hermosamente adornada con una gran hiedra. Arranca desde la tierra, con un tronco grueso como la pierna de una persona, se agarra a la roca y como si fuera una gran maceta que alguien hubiera cuidado con gran esmero se alarga casi hasta la mitad de la gran pared. Buena señal y decoración natural en la hermosísima puerta de la pasá del Cuco.

Las zarzas por aquí empiezan a tupirse mucho. Hay rosales silvestres, bujes, zamarrilla repleta de florecillas, espliego y mejorana. En la pared de la hiedra encuentro las preciosas plantas rupícolas: la Pingüicula vallisneriifolia, culantrillo, la Violeta de Cazorla y otras plantas que no sé su nombre. Desde el lado derecho la senda baja un poco y se mete casi en el arroyo. Unos metros más y ya se tropieza con la corriente. Por aquí mismo tenía que cruzar el arroyo para venirse al lado de las casas de Carrales. Es por donde encuentra mejor paso. Justo por donde está el paso, sin puente, en el arroyo, se forma un precioso charco. Hondo y azul esta mañana. Le cae por arriba una bonita y larga cascada. Le saco una foto intentando coger no una sino las dos, porque más arriba, se despeña otra cascada. Por eso podría decir que esta cascada del paso del Cuco es doble. Y lo que en realidad sucede por aquí es que en esta cerrada se juntan cuatro buenos arroyos. El de Cucharas, el que viene del collado del Ojuelo, arroyo del Hoyo y el de Carrales. Cuanto éste último se junta con el principal lo hace con una bonita cascada. Es la segunda de las dos que decía.

Las dos cascadas son bonitas y hoy tienen su buena cantidad de agua. Despido las aguas del charco y sigo. Remonto sólo unos metros, muy pegado ahora a los mismos cimientos del paredón rocoso que tengo también por el lado izquierdo, doy una curva siguiendo la senda que se le nota bien y enseguida estoy frente a una preciosa cueva. Se abre justo por donde tiene que pasar el camino y por eso la puedo reconocer con todo detalle. Hasta parece que sirvió para encerrar animales en aquellos tiempos. Hoy sólo presenta humedad, silencio, algo de polvo en su suelo, algunas plantas de las rocas y soledad. ¿Será esta la cueva del paso del Cuco?. Al terminar de salir de la cueva vuelve a cruzar otro arroyo. Este es el de Carrales pero no lo

parece porque el sentido de la orientación, por esta estrechura de los arroyos, se disloca algo. Mas cruza la corriente del arroyo Carrales y ahora la senda se viene para el lado del collado del Ojuelo. Es lo que parece pero en realidad lo que busca es subir por el mejor arroyo. El que ofrece paso más fácil y sirve para llevar a los sitios que los serranos necesitaban. Y éste es el del Hoyo.

Al pasar, la senda, por encima de las dos cascadas que decía antes, sobre las rocas de toba, tuvieron que tallarla. Y lo hicieron dando vida a una verdadera obra de arte. Así que la senda se viene para el lado del collado del Ojuelo y tallada en la roca pasa justo por encima de la segunda cascada. Cruzo otra vez la corriente, sin puente alguno y al quedarme encima de la segunda cascada me paro. Saco otra foto, con la caída de esta cascada y el charco azul abajo pero no se aprecia bien la gran hondura que por aquí presenta el surco de los cauces. Justo por aquí mismo entra el arroyo que viene desde el collado del Ojuelo. Sube por este arroyo unos metros y enseguida se pega al que debe. La trinchera se empieza a abril y vuelvo a encontrarme con otro hito. “MP-20". Me he despistado un poco. Me creo que la senda se va por el arroyo del Ojuelo y no esa así, se viene por el del Hoyo. Subo por ella y la dejo enseguida. Me vengo para el lado derecho porque quiero remontar para situarme mejor y encuentro una sendica. Un gran pino caído que sirve para cruzar de un lado a otro.

Remonto y ahora compruebo que me he desorientado algo. Pero descubro que en cuanto la senda termina de salir de la gran cerrada, se encuentra con una preciosa llanura. Es donde estuvo aquel antiguo molinillo y también las huertas de los cortijos que tengo por ambos lados. El de Sopalmo y los del Morro. La llanura se presenta como si acaso echo la hubieran sembrado de hierba porque es mucha y muy espesa. Todavía tiene un verde tan vivo y fuerte que parece hubiera nacido ayer mismo. La llanura se alarga arroyo del Hoyo arriba casi hasta la carretera asfaltada que ya la veo por allí arriba. Junto al cauce que vengo diciendo crecen muchos fresnos, álamos y árboles frutales. Me entran ganas de jugar por esta llanura y la hierba que la tapiza. Como lo hiciera un niño a los corderos cuando se juntan para retozar. Es tanta la frescura y belleza que contagia que sólo ponerse por aquí y jugar hasta caer rendido, parece se puede gozar hondamente. Como si hiciera falta emborracharse de ella, la hierba, la luz y el limpio viento que por aquí pasea. La hago algunas fotos y me vengo para el lado derecho. Ahora ya sé que tendré que remontar por este lado hasta lo alto del morro, seguir luego por royo Carrales y al terminar, encontrarme con el coche. Son las doce y veinte cuando he llegado a esta llanura.

Me vengo para la derecha. Desde arroyo del Hoyo para arroyo Carrales, se pasa por una suave ladera por donde se hace presente gran humedad. La hierba aprovecha esta humedad y crece como en un sembrado. Por entre ella resaltan las orquídeas. Voy distraído en el gran recorrido que hago cuando, de entre las zarzas y de la sombra de una noguera, me salen

unos jabalíes. Son tres o cuatro grandes y varios pequeñuelos. Tan pequeñuelos que apenas pueden correr y al hacerlo, se quedan perdidos entre la hierba. Estaban a la sombra de la noguera, donde crece espesa la hierba y hay mucha agua. Más orquídeas y estas de otra especie. Ya subo por la cañada de royo Carrales. Al pisar la hierba de ella saltan, en gran cantidad, los cigarrones. Cruzo el arroyo ahora para el lado derecho porque pretendo rozar los cortijos del Morro. El primero de ellos, el que han reconstruido con mucho gusto y lujo, me lo encuentro más cerca del arroyo. Los otros dos, los del morro del verdad, ya quedan atrás y los veo por completo en ruinas. Sólo algunos trozos de pared, las corralizas donde dormían los animales y los árboles que les daban compañía. Pero en un día tan bello como el de hoy y con tanta hierba verde, parece como si todavía estuvieran por aquí. Al menos eso es lo que quisiera cierta parte de mi ser. Necesito que estén para que, como yo, puedan gozar espectáculo tan hermoso.

Y conforme llego al cortijo reconstruido me encuentro una noguera. Le han hecho un arriate de piedras cogidas por la cerrada que acabo de recorrer. Son calcitas. Un pequeño tornajo de madera y la era por la parte de atrás. Quisiera encontrarme con alguna persona pero no es así. Por detrás de estos cortijos y subiendo para carrales, la llanura se ensancha y por ella, sigue tapizando la hierba. Hacia la casa forestal las tierras son llanas, con mucha extensión, muchas nogueras, mucha hierba y muchas florecillas de todos los colores, tamaños y especies.

Con la hierba que me das
en este rincón chiquito
me quisiera emborrachar
y en este día bonito
morirme ya de verdad.

Y ahora, ya bastante remontado desde el morro y algo cerca de Carrales, el cortijo más lujoso que me encontré por estas sierras. Lo han reconstruido aprovechando lo viejo pero hasta le han puesto azulejos con animales, cabezas de caballos como clavos en la pared por si fuera necesario amarra alguna bestia cuando se llegue del sitio que sea y luego le han puesto luz eléctrica y otras modernidades. Tampoco hay por aquí nadie y me hubiera gustado que sí. Con letras en azulejos puedo leer: “Cortijo de Carrales Bajo”. Un nido de pajarillo bien pequeño, veo por entre la hierbecilla. Tiene cinco huevecillo por completo blancos y al tocarlos noto que están calientes. Le hago una foto y lo dejo en su sitio. Sigo porque no me interesa demasiado lo que ahora mismo ven mis ojos y ya cojo la pista de tierra que me va a llevar justo a donde tengo el coche. Así que de este modo y lugar despido la ruta de hoy. Quisiera seguir mucho más porque así me lo pide mi alma y el día de hoy parece que también me lo regala. Pero concluyo porque se me está secando la tristeza en los labios y me duele hasta la sangre. Sólo diré que

como tantas veces, a mi Dios le doy las gracias. Ahora sí sé que no volveré más por aquí. Lo sé con absoluta certeza y por eso también se me caen algunas lágrimas. Es como si presintiera que algo muy grande y hermoso no pueda nacer nunca. En ello estoy yo, en lo más esencial de cuanto soy y también mi Dios pero no podrá nacer nunca y así tampoco podrán saberlo otros humanos. Sólo el Dios en el que creo puede hacer un milagro pero sé que los humanos, inclinan la balanza para el otro lado.

27- Collado del Ojuelo, cortijo Terrones, arroyo de los Contreras, portillo y lancha del Cagadero, puerto del Moro, collado y cortijo del Chindo

Al rincón de la soledad 21/4/2000
Distancia aproximada: 8 k.
Desnivel aproximado : 150 m.
Tiempo aproximado : 5 h. andando en ida y vuelta.
Camino: vieja senda y campo a través.

Clarificando las cosas

Tracé esta ruta por las soledades de los barrancos y laderas de la gran solana de pinares y romeros, el día 21 de abril del año dos mil. Fue un día lleno de luz, sin nubes por el cielo, con mucha agua por los campos, las praderas llenas de hierba y una gran soledad. Pero antes de continuar tengo que decir que la ruta que este día tracé y ahora describo no es para turistas ni esas otras muchas personas que vienen a los campos buscando cosas espectaculares pero que no estén lejos de las carreteras ni ofrezcan muchas dificultades. Esta ruta, casi sin rumbo, campo a través y sólo por el puro placer de reconocer los paisajes y dejarme llenar de ellos desde la soledad y el agrio total, es sólo para cabras monteses. Las que son de este mundo, se alimentan de él, viven y mueren en él sin que fuera de aquí tengan ninguna otra realidad ni sentido. Así que este recorrido no es una ruta de las clásicas para el común de los mortales. Creo que es sólo un escape a la libertad de lo monótono e insólito por los parajes más agreste y desolados. Este día no lo eran tanto porque las tierras estaban empapadas de agua y la primavera ya vestía de verde laderas y barrancos.

Pero este día busqué las viejas sendas que en mapas y libros me dicen van por aquí y pude encontrar poca cosa. Tan poco encontré muchos de aquellos hermosos cortijos por todos estos barrancos y menos a sus habitantes, historias, sistemas de vida y demás y lo que menos encontré fueron las sendas que tan perfectas las han pintando en algún sitio. Comprobé, una vez más, que sobre el papel se dibujan mundos que al trasladarlos a la realidad del terreno no encajan por ningún sitio. De aquellas viejas sendas que al parecer recorrían estos rincones e iban por muchos barrancos, lanchas y lomas, si existieron y dudo mucho que fueran como

dicen, yo vi poca cosa. Sólo algunas veredas que sí iban de unos cortijos a otros y luego buscaban salir de estas sierras hacia los pueblos de los olivares pero no desde luego por carriles de carretas. Sólo eran sendas para que andaran las personas y, por sitios muy concretos, para que pasaran las bestias y con mucha dificultad y nada más.

Así que me repito diciendo que en los tres arroyos principales que caen desde las partes altas de esta gran solana, los Morrones de Santa María, hubo cortijos y hay ruinas de estos cortijos. Dos cortijos en el arroyo que baja desde el collado del Ojuelo que son los de Sopalmo Bajo. Cerca hay unas cuantas cuevas muy hermosas y hondas. Dos cortijos en el arroyo Cuchara, el que baja desde los mismos picachos de Santa María y son también cortijo de Terrones Alto y Bajo. El alto se levanta sobre un morrete justo donde se juntan un ramal de arroyo que viene del morrón grande y otro ramal de arroyo que baja de entre el morrón grande y chico. No aparece este cortijo en ningún mapa ni de los modernos ni de los antiguos. Pero era un cortijo donde vivían cuatro familias. Hay ruinas de cortijos en el siguiente arroyo, el que desciende desde el collado, portillo y lancha del Cagadero. Uno sobre el nivel de los mil cien metros, en una hondonada antes del precioso collado del Chindo. Y otro algo más abajo y apartado del arroyo. Ya volcando por el collado del Chindo, en la parte alta del siguiente arroyo que es del puerto del Moro, puesto que ahí nace y desde ahí corre cortando la solana para juntarse con el Chillar por los Vadillos, se ven las ruinas de un bonito cortijo. Es el del Chindo. Aplastado contra la solana, derruido como los otros, mirando a las tierras llanas del arroyo que le corre cerca y por donde ahora le llega una sencilla pista de tierra.

Fuera de estos cortijos que he dicho, por esta gran solana del arroyo del Chillar, ya no hay más excepto algunas tinadas construidas con piedras sin mezcla que usaban para encerrar animales. Pero tengo que decir que al contrario de lo que parece cuando se mira en los mapas, los arroyos por donde levantaron cortijos aquellos nobles serranos, son hondos, muy quebrados y difícil entrarle si no es por puntos muy concretos porque todos ellos están muy arriscados. Se encajonan en surcos profundos que van cayendo desde los Morrones de Santa María y todos estos surcos, por el lado del sol de la tarde, quedan coronados por agrestes filos rocosos. Tremendos voladeros que no hay quien pueda franquear porque son filos rocosos que se levantan en forma de salientes y caen casi en vertical y por el otro lado, las solanas que también miran al sol de la tarde, lo que el terreno ofrece son lanchas. Laderas muy inclinadas por donde sólo crecen romeros, los tupidos pinos que por ahí sembraron y el paisaje rocoso. Son muy malas de andar estas lanchas y como la inclinación es tanta, también son muy peligrosas porque un resbalón llevaría a lo más hondo del barranco. Por eso decía que meter sendas por aquí era tarea poco menos que imposible. Y sin embargo, así las he visto pintadas y descritas.

Pero también es verdad que las personas que habitaban en estos cortijos tenían que moverse por estas sierras. Por eso ellos, de cortijo en cortijo y por los sitios apropiados, trazaron sus sendas de la mejor manera que pudieron. Buscaban los collados y por ahí las metían pero lo que también ha pasado es que vinieron por aquí los de las Administración y sembraron muchos pinos. Desde arriba abajo, por las laderas y por los barrancos, sembraron pinos a mantas. Esta gran cuenca alta del arroyo del Chillar es un puro bosque de pinares repoblados. Pues cuando sembraban estos pinos rompieron muchas de aquellas sendas. En su mismo trazado plantaban los pinos y claro: como después pocos se mueven por estas agrestes solanas y los pinos han crecido, por donde iban aquellas veredillas los rastros han desaparecido para siempre. Y con esta desaparición se ha borrado también para siempre la memoria de un mundo que, aunque fue duro por la soledad de los parajes y lo poco que ellos daban, en la dimensión de lo humano y espiritual, rebosaban de riquezas. Son las que yo busco. Muchos ahora y muchos más, en el futuro, querremos y querrán desenterrar aquella realidad para así no perdernos del todo y sobre el terreno, hoy he comprobado que es casi imposible.

Así que de este modo me he encontrado las cosas por este extraño y hasta doloroso paisaje. Me gustaría poder contar otra realidad y aportar información más concreta, mas hoy por hoy no sé más de lo que ya vengo diciendo. Pero voy a seguir contando que en el día de hoy, cuando por fin estuve sobre las cumbres del Morrón de Santa María, atalaya sobre la gran cuenca del arroyo del Chillar, tuve un descubrimiento personal que a continuación expongo.

El gran barranco, cuenca alta arroyo del Chillar

Miré despacio, recorrí con mis ojos cada metro del terreno que ya tengo andado con mis pies y obtuve una curiosa visión y conocimiento de este arroyo del Chillar. Conocí que su cuenca alta, por donde van naciendo los manantiales y arroyuelos que al juntarse dan cuerpo al gran arroyo del Chillar, es casi redonda. En realidad, tiene forma de membrillo bastante redondeado donde, su rabo queda en el mismo arroyo del Chillar por donde el estrecho que le presenta la sierra cuando ya se escapa por el puntal de Chincolla y el puntal de Aguas de los Perros. Su parte de arriba, donde el membrillo tuviera su flor, queda justo en el mismo collado del Ojuelo. Donde la carretera cruza este collado, a derecha y a izquierda, salen los carriles de tierra que van para los Tableros y el collado de la Tobilla. Justo en este punto tiene el membrillo su parte de arriba y hasta queda un poco hundido como en la fruta de verdad.

Pues tracé una línea recta desde este collado del Ojuelo hasta el del Agua los Perros y la distancia es exactamente de cinco kilómetros de un collado a otro. Por la carretera desde luego que es mucho más porque va dando revueltas por el lado de arriba del gran arroyo. Desde el Ojo de Aguas

de los Perros hasta la cumbre del Cerro de Santa María tracé otra línea recta y me salió una distancia de cinco kilómetros doscientos metros. Esta línea se cruza con la anterior justo en el cortijo de Amador y no muy lejos del arroyo del Chillar. Tracé otra línea recta de entre el Picón de Maza y piedra Cubilla hasta justo donde nace el arroyo Carrales, en la Albarda y cerca del la Cruz del Espino y la distancia que me salió exactamente es de cuatro kilómetros y medio. El punto donde se cruza con las otras dos líneas es común para las tres: el cortijo de Amador. Tracé una última línea recta desde donde ya el arroyo del Chillar se escapa por la cerrada de Chincolla y lancha de Agua los Perros hasta el picacho que en los Tableros mide 1430 y es por donde nace el arroyo del Hoyo y me salió una distancia de cinco kilómetros y medio. Ya no tracé más líneas porque tenía comprobado que el gran barranco que configura la cuenca alta del arroyo del Chillar es casi redondo.

Pero ahora tracé una línea curva siguiendo los filos montañosos por donde va el borde de este barranco y cuando la cerré por el estrecho de Chincolla descubrí que esta línea medía unos diecisiete kilómetros. La figura que sale al dibujar esta línea es exactamente igual al membrillo que antes decía. Dentro de este círculo quedaba toda la cuenca alta del arroyo del Chillar. El corazón mismo de este redondel resaltaba justo donde las líneas rectas se cortan: por el cortijo de Amador. Desde la cerrada de Chincolla me fui siguiendo la línea curva que va dibujando el círculo del amplio barranco y pasé por los siguientes puntos: puntal de Agua los Perros, collado e Iglesia de Agua los Perros, todo el caballo de la Albarda arriba pasando por tres picos que miden 1445,1446 y 1504 metros respectivamente. Pasé por el mismo collado de la Cruz del Espino, volqué por los filos que van delimitando la cañada del raso de la Honguera y por donde va naciendo el arroyo del Hoyo avancé por dos picachos que miden 1454 y 1430 metros cada uno. Desde ahí caí por los filos al mismo collado del Ojuelo y remonté al morrón menor de Santa María. El que mide 1417 metros. Avancé un poco más y crucé por el collado que se abre entre los dos morrones y que se le conoce con el nombre de Santa María, subí por la ladera y coroné hasta lo más alto del morrón mayor, el de Santa María y que mide 1526 metros. Es donde se alza la garita para los vigilantes de incendios.

Desde este punto tan privilegiado frente al Ojo de Agua los Perros y como atalaya sobre toda la gran cuenca del arroyo del Chillar, seguí avanzando ahora raspa adelante por la lancha del Cagadero, portillo del Cagadero, puerto del Moro, pico Correderas que mide 1395 metros, de ahí a piedra Cubilla, Peñón de Maza con 1213 metros, Garita del Jabalí con 1104 metros, collado de la carrasca de la Seña y ya loma adelante por la lancha de las Minas hasta la cerrada de Chincolla. Justo por este punto es por donde yo creo termina la cuenca alta del arroyo del Chillar. De aquí para delante la cuenca se cierra mucho y el arroyo cae bastante en picado para el río Guadalquivir. Pero claro, al llegar aquí es cuando de verdad me quedé impresionado. Descubrí que esta cuenca alta del arroyo del Chillar es una

verdadera joya por la forma que dibuja en el terreno, lo curiosamente distribuidos que quedan todos los arroyos que van cayendo por las vertientes de este gran hoyo y el corazón tan bonito que presenta esta figura de membrillo. Desde el rabo a la flor, por todo su centro va el precioso arroyo del Chillar. En su parte más próxima a la flor los arroyuelos se abren en forma de rosa y en su capullo se juntan todos para así empezar a dar cuerpo al gran arroyo principal. Es este punto justo donde se sitúa el paso del Cuco. Y ya no tengo más que decir de este precioso y curioso rincón de las Sierras de las Villas. Sólo que la grandiosa figura de membrillo queda ensombrecida por el extenso y espeso bosque de pinares que en todas estas tierras sembraron. Esta monotonía y casi desolación de paisaje le quita belleza a la escultura que la naturaleza esculpió por esta cuenca alta del arroyo del Chillar.

La vieja senda

Todavía con paciencia se le puede reconocer. Sale del mismo collado del Ojuelo. Justo por detrás de la casa del pastor y lado de los Morrones de Santa María. Remonta por la lancha, metiéndose por una hondonailla y poco a poco corona la loma que baja del morro menor. Por aquí está muy rota porque la han pisado mucho las ovejas. Pero cuando llega al filo de la loma, por ella baja un poco y luego se vuelca para la izquierda. Surca la ladera y cae al barranco del arroyo Cuchara. De los dos ramales que tiene en la parte alta este arroyo, al que desciende justo del morro menor. Lo cruza y ahora, por la solana, remonta muy noblemente hasta las mismas puertas del cortijo que construyeron en el morrete, justo por donde cae el segundo ramal del arroyo antes dicho. Desde aquí, sube por la cañada y corona por el collado del portillo del Cagadero. Ahí mismo se divide. Un trozo de senda se baja por la cañada como si por ella quisiera hundirse en el arroyo principal y en realidad lo hace porque necesita llegar hasta los cortijos que levantaron en las tierras bajas. Pero una vez que ya ha descendido un poco, por la solada del portillo, se aparta y surcándola se va por ella. Roza el mismo portillo del Cagadero y sigue surcando la solana.

Es esta la lancha del Cagadero porque ciertamente está muy arriscada, con mucha pendiente y poblada de enebros y pinos. Pues en cuanto puede, corona y por las tierras llanas del puerto del Moro se pasa y vuelca para la cañada de la Madera. El paso de este puerto es de lo más cómodo pero en cuanto cae, se complica mucho. Los voladeros se pronuncian vertiginosamente hasta que se encuentra con la senda que baja desde el collado de la Tobilla. Ya sigue, por rincones que ahora son olivares y por pista de tierra y cae para el gran barranco, primero el del Lobo y luego el de la Madera. Pero en lo más alto del puerto, donde la tierra es casi llana y por eso crece ahí mucha hierba, la senda que sube por la solana de la lancha del Cagadero, se divide otra vez. Un ramal toma para la derecha y se mete por el barranco y arroyo del Chindo abajo. Tiene sentido porque las personas que ahí vivían, cuando se movían para las partes más altas de estas sierras, lo hacían por esta senda. Así que parece que la senda más importante entraba

por la parte alta de todos estos barrancos y cortándolos por los puntos más cómodos los iba recorriendo para comunicar a los cortijos entre sí. Además de meterse por los parajes menos complicados también lo hacía por donde las distancias eran más cortas.

Nota: en los más antiguos mapas del ejercito miro y con bastante dificultad puedo reconocer la figura de los parajes que acabo de describir. Pero sí es verdad que aparece el collado del Ojuelo y una senda que pasa por ahí con el nombre de "Camino de la Herradura a la Parra de Carrales a la Umbría de Aguilar". Medio mundo metido en ná de espacio y además tremendamente inconcreto. Pues cuando el camino llega, parece a lo que sería la pasá del Cuco, por la izquierda se le aparta otro camino que lo indican como "Camino de los Albardones". Parece que pasa por similar terreno al que yo he recorrido hace un rato y al llegar a la cresta de la lancha del Cagadero, vuelca por ahí y por la fuente del Tejo, engancha con el que va por la cañá de la Madera. Puede tener sentido porque el trozo de senda que yo he andado, en algunos tramos, he querido reconocer señales de senda antigua. Por encima del Morro de los Vadillos salía otro camino que subía hasta el cortijo del Chindo, se venía por el collado con el mismo nombre y luego llegaba hasta el cortijo de Luciano y el de los Terrones. Le llamaban a este camino "Senda de Cucharas". Desde el cortijo del Chindo, remontaba para arriba, coronaba la gran lancha y por entre el Peñón de Maza y piedra Cubilla, volcaba para la vertiente del Guadalquivir hasta enganchar con el de la cañá de la Madera por debajo de Jesús del Monte. A este le llamaban "Camino del Tranco de las Correderas".

Poniéndose el sol se llenó la sierra
de una luz naranja oro
y de tan fina y blanca niebla
que visto desde las cumbres
del rincón de la verde hierba
era como un sueño que del alma
brotaba cual limpia esencia.

Al verlo el turista que por ahí
iba buscando bellezas
dijo solemne y contento:
- Sobre aquel monte de la izquierda
es el sitio privilegiado
para alzar la casa nueva.
Y la niña primorosa
que es amapola primera
en las lluvias y en las nieves
que dan vida a estas tierras,
no dijo nada pero en su juego
y con sus manos de perlas

cogía a la luz de la tarde
y entre su cara de seda
jugaba con ella y reía
soñando que era princesa.

Poniéndose el sol se llenó el monte
de luz oro y blanca niebla
y de un misterio tan sublime
que fue como si la puerta
de la eternidad y del edén
por fin al alma se le abriera.

Gran solana del arroyo del Chillar

Me impresionó tanto la cuenca de este arroyo que al ver la gran solana que cae desde los Morrones de Santa María, me dije que también tenía que explicarme esta porción de terreno. Sólo la mitad del membrillo, desde el collado del Ojuelo, todo el arroyo abajo hasta la cerrada de Chincolla y desde el mismo collado del Ojuelo, todo el filo adelante por la cresta de la vertiente hasta la misma cerrada de Chincolla. La porción de terreno que se recoge en esta delimitación dibuja una figura en forma de riñón. Con una parte ancha desde el collado del Ojuelo hasta el puerto del Moro y la boquera del arroyo de los Contreras con el del Chillar, porque entre estos dos puntos se estrecha. Luego se ensancha hasta volverse a estrechar por el morro de los Vadillos. A partir de aquí hasta la cerrada donde termina esta delimitación la figura es muy parecida a un dedo gordo de la mano y por eso mucho más delgada. Porque esta delimitación también se parece a la planta de un pie humano vista desde abajo y con sólo el dedo gordo del pie estirado. Tiene de perímetro esta figura unos once kilómetros, sin obstáculos ni bajadas ni subidas.

De arriba para abajo, desde el morrón mayor de Santa María, la gran solana se extiende grandiosa, quedando tajada, desde la cumbre al arroyo principal, con tres grandes surcos o barrancos. Cada uno de estos barrancos tienen sus agrestes solanas y sus inclínadísimas umbrías, todas ellas coronadas por asombrosos filos rocosos. Entre el arroyo de los Contreras, el que queda en el centro de los tres, y el del Chindo, se extiende un largo poyo o loma. Es el conocido por el del Jaral y queda coronado por dos picos que miden 1276 y 1268 respectivamente. En el centro se abre un bonito collado, paralelo con el del Chino pero que éste da paso desde el arroyo del Chindo para el arroyo del Chillar mientras que el collado del Chindo da paso desde el arroyo de los Contreras para el arroyo del Chindo, en su parte alta. En la parte alta de estos tres arroyos todos se abren en ramalejos mucho más cortos y con menos caudal y luego quedan coronados por la áspera y largísima lancha del Cagadero. Sólo alguna que otra nava ofrece esta lancha en sus partes más altas y casi todas de reducido tamaño. En los collados es donde se acumula la mejor tierra que ellos aprovechaban para sembrarla de

trigo, cebada o garbanzos. Ya por las riberas del arroyo del Chillar sí hay tierras más llanas.

De los tres arroyos que surcan esta solana el de mayor caudal es el de Cuchara. Y ello se deduce enseguida que es porque este arroyo tiene su nacimiento en las cumbres de los dos grandes morrones de Santa María. En el mismo collado de Santa María y al norte del morrón mayor. Tiene este arroyo casi dos kilómetros y medio de recorrido y en esto sí que se iguala con el del Chindo. El otro, el segundo y centro, sólo tiene unos dos kilómetros y menos caudal que los de los extremos. Nace en un bonito collado que hay por debajo del portillo del Cagadero y por encima del cortijo Terrones Alto. El tercer arroyo que ya he dicho es el del Chindo nace justo en el puerto del Moro, al sur del pico Correderas que mide 1395 metros y ya aquí mismo tiene agua. Por donde le construyeron el cortijo del Chindo se ensancha algo ofreciendo unas bonitas tierras de huertas y ya, de ahí para abajo hasta juntarse con el Chillar por los Vadillos, discurre bastante suave y con tierras llanas a un lado y otro.

Hay una línea de nivel que discurre justo por los mil trescientos metros, bastante ya sobre la cumbre total y una realidad curiosa: exactamente sobre esta línea nacen los tres arroyos que vengo diciendo. Cuando estos tres arroyo nacen, hasta casi la mitad de su recorrido, bajan en la misma dirección los tres y casi paralelos al arroyo del Chillar. Pero cuando estos tres cauces van a juntarse con el principal, casi mágicamente y trazando la misma curva, los tres se vuelven un poco para el collado del Ojuelo. Dibujan una curva que se parece algo a una media luna. Un poco más abierta es la del arroyo del Chindo. Sin embargo, en sus partes altas, estos tres arroyos quedan separados exactamente por la misma distancia: unos ochocientos metros. Cuando ya se funden con el Chillar, el del Chindo queda mucho más separado de su compañero precisamente por el morro del poyo del Jaral. Y una curiosidad más. El arroyo Cuchara y arroyo Carrales, ambos desde vertientes opuestas, se juntan con el Chillar casi en el mismo punto, a unos mil metros de altura. El arroyo de los Contreras no tiene compañero pero el arroyo del Chindo sí que lo tiene y es el arroyo de Agua los Perros. Los dos se juntan exactamente en el mismo punto: unos metros por encima del Morro de los Vadillos. Por ahí la altura ya es menos de mil metros y como la tierra es bastante llana hay vados menores para cruzar las corrientes de un lado a otro.

Y por último, decir que esta desolada solana, quitando los puntos de los arroyos y sus pocas navas, está formada por terrenos muy pobres. Muchas rocas desmoronadas por donde crecen abundantes los romeros, jara blanca, enebros, gamonitos y los famosos pinos. Pero en el fondo, este rincón encierra una belleza nada comparable con otros rincones del Parque Natural.

Resumo la ruta

Paso ahora a resumir esta original ruta y luego la escribo con más detalle. Así que arranca en el mismo collado del Ojuelo, durante unos metros se baja por el arroyuelo que desde este collado sale y enseguida llega a unas llanuras donde se alzan las ruinas de un cortijo. Son las de Sopalmo. Por lo alto del puntal busca la senda y en algunos momentos parece que la encuentra pero cuando ya el terreno se va hundiendo para el surco del arroyo, se pierde. Así que se vuelve para atrás, cruza el arroyo que baja desde el collado del Ojuelo, remontan por la solana opuesta buscando un paso y como lo no encuentra se deja ir por entre el monte y puntal arriba, sin dejar de asomarse para el arroyo Cuchara por si ve un paso para bajar y cruzar el arroyo.

Pero como no lo encuentra remonta y remonta y cuando ya está casi a la misma altura del collado del Ojuelo se mete en el centro de un quebrado paisaje rocoso. Se abren las rocas, se hunden y se forman varias cuevas de regular categoría. Con tres de ellas se encuentra la ruta mientras todavía un poco más sigue remontando hasta que por fin el filo rocoso desaparece sobre la loma y deja paso para el barranco. Una pronunciada ladera, toda en umbría por donde se espesan los pinos. Por ella baja como puede y en cuanto llega al arroyo tiene que seguir bajado por él hasta encontrarse con las ruinas del cortijo de Luciano. Ahí se creían unos noguerones que dan miedo. Lo visita y se va buscando la ondulación de un collado no muy grande. Para llegar a él le cuesta mucho porque la solana, presenta mucho monte y si por aquí hubo alguna vez una senda, no hay manera de encontrarla. Así que se agarra a las rocas y después de mucho penar se asoma al barranco del segundo arroyo, el de los Contreras. Parecía poca cosa pero cuando se asoma hasta se queda temblando por el gran voladero que el barranco le presenta por este lado de la umbría. Las ruinas de un cortijo se ven allá en todo lo hondo, al otro lado del arroyo y algo en la solana pero se tiene que conformar con sólo verlo y el deseo de poder presentarse ahí. Algo más arriba se ve y adivina el precioso collado del Chindo.

Muy lejos queda este collado desde el voladero que recorre la ruta y por eso se va conformando en avanzar loma arriba a ver si encuentra una bajada como la del otro arroyo. Cuando ya parece que se la encuentra, ha remontado tanto hacia el gran morrón de Santa María, que decide seguir y coronar por un collado que ve algo más abajo. Justo a estas alturas, que no son menos de mil trescientos metros, se encuentra con una loma de tierra muy curiosa. Es como el celdón de un surco que por el lado del sol de la tarde, queda perfectamente alargado desde el morro de Santa María hacia el Morro de los Vadillos, dando la impresión que quiere sujetar la primera parte del arroyo del centro para que no se venga y se junte con el de Cuchara. Lo consigue y de una forma realmente curiosa como ya he dicho. Cuando llega arriba, donde se abre el collado se encuentra con una tierra muy buena que se alarga cañada arriba en forma de tablas y ello indica que fueron las tierras

que sembraron los habitantes de estos rincones.

Por aquí y para el lado del portillo del Cagadero busca una senda y la encuentra. Sale del mismo collado y se viene para la lancha pero enseguida comienza a remontar como si por ahí buscara una salida hacia la senda que baja desde el collado de la Tobilla. Pudiera ser que así fuera en aquellos tiempos pero como desconfío por el gran espigón rocoso que corona, me vengo con la ruta campo a través o siguiendo la veredillas de animales para el portillo del Cagadero. No tarda en plantarse en su mismo centro y al asomarse el asombro es total. Queda al frente y en todo lo hondo, la gran cañada de la Madera, una gran porción del río Guadalquivir y los pueblos de Villanueva, Iznatoraf y Villacarrillo sobre la extensa loma de los olivos. Una visión realmente grandiosa y en un día tan limpio como el de hoy. Así que la ruta, sólo siguiendo las veredillas de los animales que al pasar por las rocas las dejan manchada del color de la tierra que llevan en sus pezuñas, continua y ahora remonta bastante para luego volver a bajar y atravesando una áspera lancha de rocas blancas y muy complicadas de andar, se encaja en el mismo puerto del Moro. Un punto realmente bonito por la tierra llana que presenta, la mucha hierba que por aquí hay, las cabras montesas que pastan en la tranquilidad de estos parajes y la asombrosa panorámica que desde el balcón se abre.

Goza del rincón durante unos minutos y ahora sigue bajando en la dirección de la cañada que cae para el arroyo del Chindo. Al poco se asoma a un alto puntal y desde ahí descubre todo el gran barranco por donde se desmoronan las últimas paredes de esta casa, las tierras llanas y repleta de pinos, algunas nogueras, cerezos y otros árboles que hay en el arroyo por delante de este cortijo y mucha más sierra, ese barranco abajo. Por el barranco arriba sube la pista de tierra y viene justo del mismo cortijo de los Vadillos. Por esta pista es por donde es más fácil llegar a este barranco y ruinas del cortijo del Chindo. En sólo dos kilómetros desde los Vadillos y sin subir demasiado, se llega. En cuanto se cansa de observarlo vuelve otra vez al puerto del Moro, retoma las misma veredillas de animales para regresar y al llegar al portillo del Cagadero, se encuentra con la senda que viene subiendo desde la cañada del arroyo de los Contreras. La sigue, llega a las tablas de tierra que por ahí todavía siguen como esperando no se sabe qué, remonta cañada arriba, vuelca por el collado y ahora se viene para el barranco de cabecera del arroyo Cuchara. Aquí ya sí se encuentra con la senda. Baja desde el collado perfectamente dibujada y en unos metros se encaja en la horquilla de los dos arroyuelos de cabecera del arroyo Cucharas. Sobre el morrete se encuentra las ruinas de cuatro cortijos juntos y que los levantaron al borde del arroyuelo que desciende desde el collado. Se le conocen a estas viviendas por el cortijo Terrones. El que hay un poco más abajo es el cortijo Luciano.

El rincón es tan bonito que aquí mismo se para y descansa un largo

rato. Desde el precioso mirador, algo alzado todavía sobre el segundo ramal de este arroyo Cuchara, observa y ve como la senda sigue desde este punto, baja al arroyo, lo cruza y por la otra ladera se le ve remontar mientras la corta biseladamente. Así que después de descansar un rato, curiosear los escombros del cortijo, árboles frutales como cerezos y ciruelos junto con dos preciosos álamos, sigue y en unos minutos ya cruza el arroyo. Es el de cuchara y aunque lo hace muy arriba, tiene por aquí mucha agua. Remonta con la senda surcando la umbría y en cuanto remonta ya intuye que el collado del Ojuelo no queda lejos. Pero ahora la senda se desdibuja mucho porque el terreno está muy andando por las ovejas del pastor del Ojuelo pero parece que quiere irse puntal arriba como si por ahí pretendiera volcar a la vertiente del arroyo de la Parra. Pero no, sigue avanzando por esta loma que se presenta bastante llana, se mete por una hondonada de poca cosa y en unos metros ya se asoma al collado del Ojuelo. Según se aproxima se va borrando por lo pisado que las ovejas tienen el campo pero se le puede distinguir. Da vista a las casas del pastor y al collado y entrándole por detrás, sale a la carretera casi donde el terreno dibuja las dos vertientes.

De por aquí salía y sigue saliendo la vieja senda, sólo que ahora nadie la anda y como la carretera se ha encargado de romper parte de una y parte de otra, pues ahora sólo hay por aquí, hoy en concreto, mucha hierba por la tierra, soledad en la tarde, mucha agua manando justo por detrás de la tinada de las ovejas, nadie en el cortijo del pastor y un sentimiento triste: me han dicho que este pastor, el que conocí el año pasado y charlé de muchas cosas con él, ahora está atravesando unos momentos dolorosos. Ha tenido gruesos problemas en la familia y por eso parece que se han roto muchas cosas entre ellos. Me siento triste porque en las soledades de estas tierras y con dolores humanos tan tremendos, el alma nota que el trago debe amargar como la hiel. Esta bonita sierra, con su tremenda soledad y el hondo silencio, hay que ver como sabe de las luchas y amarguras de los que a ella se abrazaron y aun quieren seguir abrazándose. Me siento triste y estoy solo frente a la tarde y la inmensidad de lo que queda. ¡Dios echa una mano!

Describo la ruta

Hoy es viernes, 21 de abril del año dos mil. Voy a recorrer una ruta trazada campos a través por los paisajes de la cuenca alta de royo Chillar. Y tomo la descripción de esta ruta desde mucho antes de llegar. Como el día se presenta tan repleto de belleza y por ellos los paisajes también reflejan mucha hermosura, no quiero dejarlos fuera de esta vivencia mía. A las nueve menos cuarto de la mañana voy llegando al arroyo de María. El cielo se presenta por completo despejado, el cielo azul pero por este barranco de arroyo María, cuando este cauce se junta con el Guadalquivir, hay una gran masa de nieblas blancas. Las besa el sol entrándole por lo alto del las Sierras de la Lagunillas y como por el lado que le voy llegando todavía queda en sombra, la escena es de lo más sorprendente.

28- Collado del Ojuelo, los Tableros, caballo del Torraso, cañá Somera 15/4/2000

Al corazón de la Sierra de las Villas
por la senda más bonita
Distancia aproximada: 17 k.
Desnivel aproximado : 500 m.
Tiempo aproximado : 8 h. andando en ida y vuelta
Camino: carril de tierra, vieja senda y sin ella.

Algunos datos útiles

La palabra "Torraso" hace referencia a algo tostado. "Los garbanzos están torrados". Por las laderas y cumbres de este monte llamado Torraso, hay muchas piedras que no son calizas sino arenisca y cuyo color es marrón oscuro. Tostado tirando a sangre y cuando se mojan este color aún es más vivo. Son útiles estas piedras para afilar herramientas cortantes tales como navajas, hachas o cuchillos porque ya he dicho son más areniscas que calizas. Recorriendo las laderas y cumbres de este monte encontré estas piedras por todas partes y me llamó la atención las vetas que presentan. Subiendo por la pista de los Tableros, antes de llegar al monte del Torraso, vi también muchos hematites de hierro. Pequeñas formaciones de mineral de hierro, en bolitas casi perfectas y como garbanzos de gordos. Me acordé que por la cumbre del puerto de las Palomas, antes de llegar al puerto del Narigón y cerca de un monte que también se llama Albarda como este del Torraso, hay un punto donde abundan muchos estos hematites. El rincón en concreto le llaman collado de los Plomos. Pues quizá por el tono que presenta este mineral de hierro y la abundancia de piedras y tierra torrada, con tonos tirando a tostado, es por lo que a esta montaña le pusieron el nombre de Torraso. Puede tener su sentido porque calor, cuando hace de verdad, es tan intenso por aquí como en cualquier otro punto de la sierra.

La distancia que se reseña en esta ruta es sólo desde el punto de salida hasta el final. Con la ida y vuelta serían el doble de kilómetros. Muchos tramos de esta ruta van campo a través y otros, por una vieja senda que ya está casi perdida de no andarla. El nivel se mide en el collado del Ojuelo, 1200 metros, punto de salida y en el punto más alto por el Caballo del Torraso, 1726 metros, zona intermedia de la ruta pero el más elevado a lo largo de toda ella. Hay tramos donde se baja a profundas hondanadas. Agua en esta ruta hay sólo en la fuente Moratilla, a un poco más de un kilómetro del punto de salida y donde existe una toma de agua para incendios. Pero dependiendo de las épocas del año, también hay algunas fuentes por las laderas del Caballo del Torraso. Por el tiempo que es necesario para recorrer esta ruta andando y con no demasiada prisa, la época mejor para hacerla es en primavera y los meses de otoño. En verano también son días largos pero por la zona hace mucho calor y no es fácil encontrar agua. Subiendo por la

pista, cuando recorre los Tableros hasta el collado, he visto muchos troncos de pinos cortados. Troncos no muy gruesos y por eso, creo yo, no útiles para madera pero que aquí están cortados, amontonados a los lados de la pista y en espera de algo. Algunos se les ven podridos.

El día de hoy se ha presentado realmente misterioso, bello hasta herir el espíritu, grandioso por la originalidad de sus nubes por el cielo, su viento fresco, su lluvia menuda y tantos arroyuelos deslizando agua hacia los cauces grandes. Y digo lo que digo porque por la mañana sólo había algunas nubes sueltas por el cielo, muchos trozos de cielo azul por entre ellas y luego, según fue avanzando el día, a ratos se cubría por completo, llovía menudamente un momento, se levantaban las nieblas y cubrían las partes más altas de la sierra y luego se abría otra vez para que el sol saliera. Al salir el sol después de las lluvias los paisajes se iluminaban y teñía a la hierba, a los bosques y paisajes rocosos, de una luz divina. Y además, tengo que decir que en lo mejores momentos del día, cuando coronaba las partes más altas y para mí más interesantes de la ruta, siempre tuve la oportunidad de gozar la profundidad y grandeza de los paisajes. Siempre estuvo despejado, sin nieblas ni lluvia y eso fue como un gran regalo que el cielo me ofreció. Porque uno de los atractivos fundamentales de esta ruta son las amplísimas panorámicas desde las cumbres del Caballo del Torraso y desde el Hoyacillo. Así que el día de hoy no pude ser más exquisito y dulcemente bello para lo que yo buscaba y mi corazón necesitaba.

Y tengo que decir también que a lo largo de todo el día recorriendo la ruta que se anuncia gocé de un gran espectáculo de animales. Pajarillos cantando y revoloteando por donde he ido, de todas las clases y colores. Buitres leonados sobrevolando las cumbres, algunas águilas paradas en lo más alto de los filos del Caballo del Torraso, un par de mirlo de color pardusco, varias parejas de perdices cantando y arrancando vuelo justo de mis pies cuando iba andando, tórtolas arrullando por entre los pinares y lo mismo palomas torcaces, cuervos, mirlos negros y otros pajarillos menores cuyos nombres desconozco. Cabras monteses vi al ir y al volver por la parte alta del arroyo raso de la Honguera y por donde la pista cae para el barranco del Hoyo. Ciervos vi por el collado de arroyo Martín y en la misma cumbre del Caballo del Torraso. Jabalíes pude gozarlos en manada de cinco y todavía pequeños por donde van naciendo los arroyuelos que le dan agua al río Aguascebas Grande. Y así casi todo el día a y lo largo del recorrido de la ruta no dejé de estar acompañado de este otro espectáculo y más que me es imposible describir con palabras pero que se me clavaron tan dentro que me sentí agasajado con el mejor premio del mundo. Di gracias al cielo en todo momento porque sentía que Dios estaba con su fuerza de vida y amor. De este modo el día se convirtió para mí en la mejor y más limpia de todas las oraciones, en la hondura y silencio de la montaña y entretenido con la más perfecta maravilla del Creador del Universo.

Algunos nombres: Fuente de Moratilla, los Tableros, la Torca del Nano, arroyo del Raso de la Honguera, arroyo de Martín, Garita del Torraso, Caballo del Torraso, collado de la Cruz del Espino, portillo de los Migueletes, fuente Taza, collado de los Hermanillos, cañada del Tejuelo, Morro de los Hermanillos, el Aguarillo, poyo del Zorro, portillo de la Ceazas, los Corralones, Morro de las Buitreras, tranco de la Cruz de los Soldados, majá de la Perra, cueva de majá de la Perra, cañá Somera, collado de cañá Somera, los Quemaillos, fuente del Enebro,

La montaña más bonita de la tierra

Me estoy refiriendo al Caballo del Torraso. Porque ella en sí es una montaña tan original que no creo exista otra igual en todo el planeta. Es algo alargada con forma de barra de pan. Por el centro más gruesa y por los extremos terminada casi en punta de espada. Por arriba acaba en filo como el caballete del tejado de una casa a dos aguas. Pero justamente por el centro, a ambos lados, está como enganchada o unida a la sierra que la ha modelado. Por el lado sur, que es la parte más alta porque por ahí avanza la gran cordillera, tiene un collado y después, un pico que se eleva hasta los mil setecientos diecinueve metros. De ahí para arriba buscando el corazón de la cordillera, sigue robusteciéndose la porción de terreno que sujeta al Torraso o le da consistencia para que permanezca en su pedestal. Por el lado de abajo, lado norte y que va cayendo hacia el valle del río Guadalquivir, más ampliamente queda enganchada a la sierra pero en esta ocasión por una llanura que enseguida comienza a hundirse en barrancos. Tiene su collado, conocido por la Cruz del Espino, que es la parte más alta en este brazo que se suelda con la panza del Torraso. Pero tanto este lado norte como el lado sur, también collado conocido por el de los Hermanillos, la altura se queda en los mil quinientos metros. El filo del Caballo del Torraso, la montaña que tiene forma de barra de pan, se sustenta en el nivel de los mil setecientos metros.

Vista esta montaña desde el lado del Embalse del Tranco o desde el lado del Embalse de Aguascebas, parece una montaña normal, con forma de cucurucho de helado. Pero vista desde el lado norte o llanuras de los Tableros, es como un pez o como un caballo algo más largo de lo normal. Y tiene su cabeza, cola, grupa y cruz. La cruz, donde las dos paletas del caballo se juntan, quedando para delante el cuello y para atrás, la espina dorsal, es precisamente el punto más alto de esta montaña. Por ahí alcanza los mil setecientos veintiséis metros. La grupa, donde se juntan los dos jamones del caballo, termina la espina dorsal y comienza la cola, es un poco menos alta. Tiene por aquí mil seiscientos cuarenta y seis metros. Desde este punto la altura del caballo va cayendo hacia el río Aguascebas Grande, por la llanura Huelga del Peinero y termina en mil metros. Así que el centro de este caballo lo tenemos entre la cruz de las paletas y la grupa de los jamones. Por donde precisamente baja un poco la altura, tiene un portillo menor y lo serranos metieron una senda por ahí. A ambos lados, los dos costados del caballo o de la barra de pan, quedan hermosamente modelados en laderas muy

suaves que se tupen de pinos, enebros, mucho esparto, majuelos y buenos manantiales.

Pero lo bonito y original de este Caballo del Torraso es precisamente eso: que queda alzado a lo largo de la cordillera que cae hacia el muro del Embalse del Tranco, totalmente separado de ella y por eso solitario. Como si fuera una montaña que caprichosamente alguien ha colocado en este punto de la sierra sólo por el puro capricho de darle más variedad a la sierra pero que es por completo diferente a todas las otras montañas. No hay otra parecida ni en estas sierras del Parque Natural ni creo en el todo el planeta. Así es como yo he visto a este Torraso y confieso que me llenó de mucha satisfacción estar sobre su lomo, sus costados y los brazos que lo sustentan intentando descubrir el por qué de su extraña belleza y el misterio que deja transparentar.

Cuando caía la tarde y la lluvia más arreciaba
se les vio subir por la vereda vieja
detrás del borriquillo que llevando va la carga,
con la niña dulce cogida de la mano
y el frío del día hiriéndoles en las caras.

- Pastor de las montañas de las piedras grises
¿a dónde vas hoy contigo y con tu casa
lloviendo como llueve y bajan los arroyos
tupidos como ves y abiertos en cascadas?
Y el pastor humilde, rey de las montañas:
- Déjalo que llueva y revienten los veneros
y que la hierba crezca y se ponga tan galana
que cuando retocen por ella los corderos
sólo se les vea el blanco de su lana
reluciendo como relucen los rayos del sol
en las gotas del rocío al salir por las mañanas.

Cuando caía la tarde iban por la vereda
y subían lentos recorriendo la cañada
en busca del calor del cortijo en la llanura
y mientras la madre reza la oración de acción de gracia
la niña dulce no para de jugar su juego
con la lluvia virgen que de caer no para
y con la hierba verde que se le ve creciendo
al borde del arroyo que tan repleto baja.

Resumo la ruta

Del mismo collado del Ojuelo es de donde arranca esta ruta. Sube por la pista forestal de tierra que remonta levemente pero sin parar y monótona por las laderas del barranco del Hoyo hasta que corona a los Tableros. Gira

para el Caballo del Torraso y durante tres kilómetros más sigue avanzando hacia su hermosa silueta. Cuando pasa el arroyo del raso de la Honguera, justo en el kilómetro cinco, la pista se tropieza con el costado norte de este Caballo del Torraso y entonces se tuerce para la izquierda. Durante un par de kilómetros más avanza cañada arriba hasta que por fin corona al collado llamado Cruz del Espino pero que yo también reseño en este trabajo con el nombre de collado del arroyo raso de la Honguera o collado del arroyo de Martín. Es porque justo en este collado nacen ambos arroyos aunque luego cada uno corre en direcciones opuestas.

En este punto la pista descansa sobre una preciosa llanura por donde la tierra cría mucha hierba, se encharca el agua cuando llueve como lo ha hecho este mes de abril y hay muchos troncos de pinos cortados. Pues aquí mismo, la pista baja para buscar un poco el barranco de arroyo María y llegar, por el mejor terreno posible, a las casas de Prao Chortales, pero otro ramal más pobre se pega a las laderas del Torraso y por aquí va dándole la vuelta. Por esta pista de arriba y más pobre sigue la ruta hasta que muere en un rellano donde los coches puede dan la vuelta. Por el lado de la derecha y cumbre del Torraso, continua una senda que es muy visible. Remonta casi inclinada buscando coronar a la caseta de vigilantes de incendio que hay en todo lo alto y lo hace con elegancia, después de traza un buen número de zigzags o escaleras para así superar el gran desnivel. En la misma caseta de vigilantes de incendios la ruta se entretienen un momento para observar y gozar a fondo la preciosa panorámica que desde aquí se ve en todas las direcciones y luego sigue. En lugar de irse al frente y bajar la ladera en busca del collado de los Hermanillos, se pega al filo de la gran montaña, el Caballo del Torraso, y por este filo avanza hacia el río Aguascebas Grande. Cuando llega al centro de lo que sería el lomo del caballo, por la vereda que cruza por el pequeño portillo, sigue viniéndose para el lado izquierdo que es donde queda el precioso collado de los Hermanillos. Se topa con la alambrada de una cerca metálica y puede seguir porque la cerca por ahí está rota.

Cuando levantaron esta cerca sobre la preciosa ladera de este gran Torraso, al llegar a esta vieja senda, no tuvieron la precaución de ponerle una puerta o algo parecido. Y como la senda existe desde tiempo remotísimo pues al llegar a la alambrada sigue. Pero también se puede evitar esta cerca dando la vuelta y al final caer a los arroyuelos que por el barranco del collado van naciendo. Cuando llega al collado, es el de los Hermanillos, cruza la pista forestal de tierra que dejó antes de remontar a la caseta de incendio y por la loma de enfrente, remonta como si pretendiera coronar el gran picacho del Morro de los Hermanillos, que tiene 1719 metros de alto. Por ahí se ve enseguida la senda. Durante unos metros remonta pero antes de final, se viene para el lado derecho, gran barranco de cabecera por donde van naciendo los arroyuelos que alimentaran al río Aguascebas Grande, y por esta agreste y magnífica ladera, avanza. Justo va su trazado a la mitad entre el gran barranco y la altísima cumbre que queda por la izquierda en forma de

una gigantesca copa pétrea. Tiene que bajar un poco para salvar las paredes rocosas que caen desde este enorme y bellísimo pico y luego sube. Lo hace trazando zigzags cada vez más cortos y por eso ya al final son puros escalones sobre la desnuda roca del filo. Por un portillo corona por fin a lo alto y ya queda frente a la grandiosa cañada llamada Somera. Es la cañada donde propiamente nace el caudaloso arroyo de María. Aquí en todo lo alto de este perdida cumbre nace ese arroyo que se funde con el Guadalquivir por el puente de los Agustines.

Todavía no ha llegado a lo más alto de la cordillera que viene bajando desde el puerto de las Palomas hacia el muro del Embalse del Tranco. Entre el morro por donde ha coronado la senda y con ella la ruta, se interponen los paisajes de cañá Somera y al otro lado, una raspa rocosa que son ya los límites de la cumbre. Por un portillo, algo a la derecha, a lo lejos y al fondo se ve parte del Embalse del Tranco. Si ahora mismo la ruta siguiera y lo pudiera hacer en línea recta, en cuanto atravesara la raspa de la cordillera que tiene al frente, comenzaría a caer por la ladera que mira a Bujaraiza. Justo en este punto de la cumbre pero en aquella vertiente de Bujaraiza, nace arroyo Frío. El que tiene esa cascada tan bonita que se ve desde la carretera cuando se pasa por la huerta Vieja. Ahí mismo y al borde de la carretera hay una fuente con su caño de agua. Pues ese arroyo nace en el portillo que tiene al frente la ruta que vengo recorriendo. Al menos hoy no llega hasta ese portillo porque son ya las cuatro de la tarde, el día sigue lluvioso, con nieblas que de vez en cuando cubren las cumbres que la ruta anda recorriendo y tengo que regresar hasta el punto de partida. Así que sobre esta loma, un grandioso mirador hacia el gran barranco por donde se encuentra Prao Chortales, la honda sierra de Segura y las cumbres de piedra s Morenas, el Cubo, Pedro Miguel, muere la ruta que hoy recorre estas sierras. Una pena porque aun queda por delante lo más grandioso pero el tiempo no da para más y las distancias son largas. Con más detalle y hondura paso a describirla a continuación.

Describo la ruta

Hoy es sábado, quince de marzo del año dos mil. Voy a recorrer la ruta collado del Ojuelo, Caballo del Torraso, cañá Somera. Al pasar por la nava del Pocico miro para la izquierda y una vez más recuerdo que el collado de la Traviesa, es el que se encuentra por detrás de la casa que ahora habitan en esta nava. Ese collado que aunque existe no tiene una presencia bien definida por estos contornos. Un poco antes de caer a la cueva del Peinero, Huelga del Peinero, por donde la carretera traza tantas curvas para caer desde el poyo Gil Cobo para la Huelga, me encuentro un letrero que dice: “Peligro, corta de pinos”. Y los pinos están por aquí mismo cortados. Los mejores laricios que había por esta grandiosa ladera de la lancha de la Cigarra son los que han cortado. Se me van presentando según avanzo y cada uno de ellos es un monumento. Troncos tan gruesos que cuatro personas con los brazos abiertos no los abarcaría bien y recto como una vela. Los han cortado, los han arrastrado por el monte hasta el borde mismo de la

carretera, los han desmochado, le han quitado las cortezas y aquí los han dejado para que lleguen los camiones y se los lleven a la serrería. Claro que no dudo que esta corta de pino se hace con todos los papeles en regla y por eso lo más legal posible pero duele en el alma ver este panorama. Han cortado los mejores árboles que había por este rincón de la sierra. Puede que algunos tengan más de trescientos años ¿Quién entiende tantas cosas como se oyen y dicen cuando se ve lo que ahora mismo me voy encontrando por aquí?

Y un poco más abajo, en la primera curva que baja para la cueva del Peinero, por la izquierda y aquí mismo, se me presentan cinco ejemplares de ciervos. Paro el coche y durante unos minutos los puedo observar con toda tranquilidad y detalle porque no se van. Están comiendo hierba en una pradera redondica y los animales no temen nada. Por estas fechas los ciervos andan sin cornamentas. Pronto empezarán a brotarles para que cuando llegue el otoño, fecha del celo y la berra, sus cuernos estén perfectamente desarrollados y preparados para la lucha. Desde una de estas curvas, antes de caer del todo, observo el Torraso. La montaña misteriosa que voy a recorrer en la ruta que por aquí voy a trazar. Se presenta cubierto de niebla y es más que bonita vista desde aquí. Claro que desde este ángulo las cumbres de esta montaña se me presentan en forma de cono y por eso parece una montaña con mucho menos volumen de lo que en verdad tiene. Ha llovido mucho esta noche. Por esta cañada que va cayendo hacia la cueva del Peinero el agua corre como hacía mucho tiempo yo no veía. Desde el pueblo de Chilluévar hasta esta cueva del Peinero no me he encontrado a nadie por esta carretera. En este refugio tampoco hoy hay nadie. La llanura de lo que fue tan magnífica huelga se presenta preciosa. Toda empapada de tanta lluvia y por eso el río baja repleto de agua. En los quince días que llevamos del mes de abril ha llovido mucho por estas sierras. La hierba está muy verde, los álamos y los fresnos están ya con sus nuevas hojas en las ramas y también los pinos comienzan a mostrar sus nuevos tallos y flores.

La travesía de esta cerrada por la cueva del Peinero es preciosa a estas horas de la mañana, después de tanta lluvia como ha caído, con el río tan repleto y tan verde toda la vegetación. El campo hoy se presenta con una imagen tan esplendorosa, fresca, verde y llena de fuerza que inunda al alma de alegría y vitalidad. ¡Qué bonito este amanecer en rincones como estos! Una vez más me sale de lo más sincero decir que estas sierras son únicas no sólo en el conjunto del Parque Natural sino en el mundo entero. Al dejar atrás los cortes rocosos de la cueva del Peinero, por la izquierda, se me presenta la imagen de una bonita cascada. Son las aguas que veía hace un rato por el poyo de Gil Cobo correr por aquellos cristalinos arroyuelos. Cuando se despeña para el surco del río lo hace por esa cascada que estoy viendo ahora por la izquierda y qué espectáculo más hermoso. Unos kilómetros más abajo, ya frente al molino de la Parra y al otro lado del río, cae otra cascada. Es mucho más larga y con más agua que aquella primera y por eso asombra

mucho más. Me paro un momento y durante un rato me dedico a observarla en silencio. Es conocida esta cascada con el nombre de la Bruna. Las aguas se recogen por una llanura, ahí por los poyos de Gil Cobo, que se llama así: la Bruna. Pero también se le conoce por la cascada del molino de la Parra. Una vez más digo que el día se me viene abriendo repleto de la belleza más fina. Tengo que darle gracia a mi Dios porque me haya preparado un día como el que me estoy encontrando. Todo ha ido confluyendo de tal manera para que hoy están las cosas como me las estoy encontrando y así pueda gozar lo que estoy gozando. Tengo que agradecerlo y así lo hago.

Dios ha estado regando los campos durante tantos días, ha estado poniendo tan verdes las praderas a lo largo de muchas horas, haciendo que caiga la lluvia para que salga esta cascada y la otra y que corran este arroyo, el río y aquel otro venero para que hoy, cuando me ha permitido que por fin vuelva otra vez a estos parajes, yo me encuentre el mejor espectáculo y sólo para mí. A estas horas de la mañana creo que estoy solo en todas estas sierras. No olvido el día que también me está presentando. Tiene el cielo azul, no hace frío ninguno, todo respira paz y armonía siendo así el mejor de todos los días de primavera. ¿No es esto grande por encima de cualquier otra cosa? Yo creo que sí y por eso así lo manifiesto, lo saboreo dentro de mí y lo dejo escrito.

A las diez en punto de este bonito día dejo el coche en la misma pista que sube a los Tableros y arranca desde el collado del Ojuelo. Ya he dicho que se me presenta una mañana de primavera esplendorosa. Ha llovido mucho, hoy cantan los pajarillos, corre agua por todos sitios, está todo verde, los romeros florecidos, el cielo se presenta con nubes y mares de color azul, no hace viento ninguno y la temperatura es deliciosa. El camino que ya voy recorriendo es pista forestal de tierra y me encuentro una barrera de hierro cerrando el paso a sólo unos metros de comenzar.

Advierto que en los más viejos mapas que el ejército levantó por las sierras de este ahora Parque Natural ni esta pista ni la senda que luego recorreré, venían señalados. Desde el collado de la Tobilla para este collado del Ojuelo sí señalaron una senda que en este mismo collado, donde dejo el coche, se juntaba con la que subía por la cañada de la Parra, molino y casas y volcaba más o menos por donde ahora va la carretera para meterse por el arroyo de los Vadillos, abajo. Por ahí había y aun siguen los restos de algunos cortijos. El nombre que le dieron a ese camino era “Camino de la Herradura a la Parra de Carrales”. Es decir, que subía desde la Herradura, río Aguascebas Grande por debajo del collado de la Tobilla y en las tierras de Bardazoso, y remontaba por este collado del Ojuelo. Pero desde ese punto de la Herradura, también subía una senda que remontando por cañada Cuadrada, saltaba por el collado de la Tobilla, donde se dividía para irse, un ramal por el barranco de la Madera abajo, otro ramal por Roblehermoso, para las lomas de aquella vertiente y un tercero era el que venía al collado del

Ojuelo. Pero advierto que estos antiguos mapas no van a ser utilizados para documentar la ruta que hoy voy a recorrer. Después de haberlos estudiado noto que no me sirven para nada.

En sus primero metros la pista de tierra que ya recorro sube bastante suave pero volcada para el barranco del arroyo del Chillar. El suelo está empapado. Chorrea agua por todos sitios. Voy mirando y de pronto, al borde mismo del carril, me encuentro tres cagarrias. Una curiosa seta que se da mucho por estas sierras y que su mejor época es la primavera. Tanto ha llovido que ha salido en un terreno que es solana. A estas setas les gusta los sitios húmedos y algo frescos. Por el lado de arriba de la pista que recorro, en un recodo, aparece una manada de primaveras. Todas florecidas y como si estuvieran tapizando el terreno. Según remonto la panorámica para el barranco, cuenca alta del arroyo del Chillar, se ensancha hermosamente. Ya voy descubriendo los surcos de los arroyos que caen desde los Morrones de Santa María, lancha del Cagadero y Correderas. Otro distinto al de la Muela y que tiene 1395 metros de alto. También ya voy viendo los cortijillo que todavía hay por esos parajes, así como las pistas de tierra que le han hecho para entrar y la carretera que viene desde el collado de Aguas de los Perros.

A diez minutos de camino el carril ya ha remontado mucho. Hay una curva y me paro porque desde aquí la panorámica es más completa. Preciosa y grandiosamente total. Su contemplación me recuerda que por esos rincones tengo aun pendiente algunas rutas para terminar de redondear mis recorridos por estas bellas Sierras de las Villas. Entre otros detalles descubro que esta pista mía, casi en los dos primeros kilómetros, discurre algo paralela a la carretera del asfalto, sólo que remonta buscando coronar a los Tableros, mientras que la carretera discurre casi por la misma curva de nivel. La que va entre los mil cien y los mil doscientos metros. La pista avanza por la franja de los mil doscientos a mil trescientos metros de altura. Pronto atravesará la línea de los mil trescientos. El pastor Juan, del collado del Ojuelo, no está aun por aquí. Todavía no ha vuelto de las dehesas de Sierra Morena.

Están brotadas y hasta abiertas las peonías. Los gamonitos también, el tomillo y muchas florecillas. A este carril hasta le colocaron sus hitos para indicar los kilómetros. El primero que me encuentro lo miro con interés y descubro que es un puro bloque de piedra con tres letras talladas. “DFJ”. La traducción es “Distrito Forestal de Jaén”. Así que ya sé en qué época y quienes abrieron por aquí este camino que ahora cierran con barrera de hierro y llaves especiales para que nadie recorra con coche. Se oyen algunos cencerros de animales. A quince minutos, al dar otra curva y ya bastante remontado, oigo un ruido extraño. Pienso en jabalíes pero no. Es un tubo de plástico que sale de una fuente que mana por aquí. Por la derecha una construcción con otro tubo de hierro y un letrero que dice: “Defensa contra incendio”. Es decir: en caso que hubiera por aquí algún incendio, en este tubo podrían llenar las cisternas de los camiones para apagarlo. Sé que este

manantial tiene su nombre. Es fuente Moratilla. Le construyeron una alberca cuadrada que es donde se embalsa el agua que luego sale tanto por la manguera de plástico como por el tubo de hierro que debe llenar caminos para apagar los fuegos. Sobre el frontón de una roca pusieron el escudo de Icona y es justo por ahí por donde mana el agua.

Justo en este punto, la pista deja de ser paralela con la carretera porque tiene que remontar para ganar altura y coronar por el mejor punto. Unos quince metros más arriba de la alberca hay otro manantial. Le pusieron una teja y por ella cae el agua sobre unas rocas que poco a poco se van creciendo con la cal que en el agua hay. Por encima de este venero corono un macizo rocoso. Subo y me interno por entre el monte y las rocas. Descubro que el agua sale justo de un frontón rocoso que se clava aquí mismo. En el pie mismo de la roca se abre una grieta y por ahí sale el agua. Sé que en un nivel de cuatrocientos metros más arriba, se extienden unas bonitas y amplias llanuras. Son parte de los Tableros y es por ahí por donde se acumulan las lluvias y las nieves. Por eso mana esta fuente aquí.

Y tengo que decir que esta fuente forma parte de las primeras aguas que bajan por el arroyo del Chillar. Justo en este punto se encuentra su verdadero primer manantial y por eso es la distancia máxima, desde su desembocadura en el río Guadalquivir, en todo su recorrido. Desde aquí hasta donde se encuentra con el Guadalquivir, entre el cortijo Cano y la venta de Melquiades y siguiendo el curso del arroyo, la distancia aproximada es de diez kilómetros. No es más largo este arroyo aunque sí tiene otros muchos ramales de cabecera que casi todos van naciendo por este gran barranco que recorro. Pero he cogido este como principal porque es, creo el más largo de todos y el que se encuentra más en línea recta con todo el trazado de su recorrido. Quizá el arroyo que baja desde la llanura de la Albarda y un poco el collado del Espino, nacimiento también del arroyo Martín y arroyo raso de la Honguera, sea algo más largo que este que ahora piso. Puede que tenga unos metros más. También parece que le puede ganar el que nace en el collado del Ojuelo o el que nace en los Morrones de Santa María. Aquel se llama arroyo Cuchara, el de más acá, arroyo del Ojuelo, el que piso ahora mismo, de la fuente Moratilla y el que baja desde el collado de la Cruz del Espino, arroyo Carrales. Siguiendo el trazado de la carretera, más allá del arroyo Carrales, corre otro que se llama Aguas de los Perros. Nace arriba, en la misma Albarda. Así que con otros dos pequeños arroyuelos que me he dejado en el centro, entre el de Carrales y este de Moratilla, el gran arroyo del Chillar, casi gemelo con el de María, en su cuenca de cabecera tiene unos diez arroyuelos.

Sigo con la ruta y en otro momento, cuando lo tenga mejor conocido y recorrido, hablaré con más propiedad de este bonito y caudaloso arroyo del Chillar. Ahora veo que a los pinos ya le están saliendo también sus nuevos tallos. Por la izquierda ahora me queda un arce con tres bonitos pies. Aun

tiene las semillas del año pasado colgando en las ramas sin hojas. A las once menos cuarto ya estoy a dos kilómetros y medio del punto de partida y casi en el centro de este gran barranco llamado del Hoyo. Es aquí justo donde la pista traza una gran curva para la derecha. Ya dije que tiene que remontar a las llanuras de estos montes. Pero si desde este curva yo me fuera recto con un ramal de carril que sigue, al llegar al surco de un pequeño arroyuelo, remontaría por ahí y al coronar le saldría a este carril casi dos kilómetros más adelante. Es decir: que acortaría esta distancia. Pero no lo hago. Al volver sí. Avanzo siguiendo todas las curvas que va dando la pista y a las once menos diez corono a lo alto. Están ya florecidos los botoncitos de oro.

La tierra que por aquí me encuentro es lo que esperaba. Llanura donde crecen muchos pinos de los repoblados. También mucha zamarrilla y piornos. Gira la pista ahora para la izquierda porque se tiene que venir para el Torraso pero antes, se le aparta otro ramal que sigue hacia el corazón de la tierra llana que me va quedando por la derecha. Si continuara por ella iría a salir a un pico que mide 1360 metros y se le conoce precisamente con el nombre de los Tableros. Pero los tableros son toda esta gran extensión de tierra plana. Hay también por aquí muchas retamas, secas algunas, majuelos y enebros. Algo más adelante otro ramal de pista apartándose por la derecha. Y ahora lo recuerdo. Este ramal es el que lleva justo al raso de la Honguera y a su cortijillo. No viene dibujado en ningún mapa del mundo. Las once menos cinco y dejo atrás el hito que corresponde al kilómetro tres pero no lo tiene indicado. Al frente y lejos destaca Pedro Miguel y en sus laderas norte se ven algunas manchas de nieve. En la tierra de la pista me encuentro muchos hematites. Mineral de hierro en forma de pequeñas bolitas como garbanzos más o menos de gordos. En muchos más lugares de las sierras de este Parque Natural me he encontrado este mineral.

Ya he atravesado la línea de nivel que recorre los mil cuatrocientos metros. El tono de la tierra se torna casi rojo y la pista ahora discurre casi por completo llana. Por la izquierda me va quedando un picacho que tiene 1430 metros de alto. Por la derecha se me presenta otro picacho que mide también 1454 metros. El paisaje es rocoso, teniendo todas las rocas sus aristas muy redondeadas. No es un lapiaz este paisaje. Por entre estas rocas crecen muchos gamonitos, tomillos, mejorana y alguna que otra mata de enebro. El agua me la encuentro formando charcos tanto en la pista como en el terreno. Se va cerrando de nube y eso me hace pensar que esta tarde puede que se presenten las tormentas como lo hicieron ayer por la tarde. Son las once en punto. Una hora desde el comienzo y algo más de tres kilómetros recorridos. Baja con bastante suavidad porque ahora busca la cañada del arroyo del raso de la Honguera pero por lo alto de la cumbre. El Torraso lo tengo frente y bastante cerca.

Y de pronto, según me acerco al arroyo, la vegetación cambia. Muchos cambrones, zamarrilla, árnica y gamonitos. Los pinos son de repoblación pero

laricios. Cuántos pajarillos no habrá por estas sierras que desde que arranqué camino los estoy sintiendo cantar, como si siempre fuera el mismo y sé que no es así. Arrullan las tórtolas y las palomas. Por la izquierda, sobre una rocas, se abre una cueva que al acercarme y descubrirla la encuentro vistosa. ¿Cómo se llamará esta cueva? ¿Es quizá el Covacho del Nano? Hay una llanura, muy cerca de la pista. Sube como un morro de pura rocas y ahí está. Remonta ahora la pista y luego baja. A las once y diez voy dejando atrás el hito número cuatro. Por aquí voy justo por entre las dos vertientes. Para la izquierda el barranco de Hoyo Redondo y para la derecha, el del raso de la Honguera. Desde el hito cuatro un poco y se encaja por completo encima de la primera gran curva que trazaba algo después de la fuente Moratilla. Ahora es cuando compruebo que ha trazado una amplia curva recorriendo estas llanuras. No quisieron molestarse mucho trazando esta pista.

Se asoma por aquí otra vez al mismo barranco que me venía acompañando desde que salí. A las once y cuatro ya he remontado por completo sobre el barranco. Casi empiezan a desaparecer los pinos y se manifiestan los bujes, cambrones y mejorana. Una fuente aquí en todo lo alto, con su poza y un chorrillo de agua manando de ella. El paisaje ahora es todavía más rocoso. Por algunas de estas rocas se ve que le ponen sal a los animales silvestres. Una cabra montes estaba aquí y al verme ha salido huyendo dando un fuerte silbido. Un charco de agua en el mismo centro de la pista. Voy a cruzar la línea divisoria de dos términos. Son los de Sorihuela del Guadalimar y Villanueva del Arzobispo. Suben por el mismo surco del arroyo del Chillar, remonta por el centro del Hoyo, corona por el mismo centro del Caballo del Torraso, collado de los Hermanillos, tranco de la Cruz de los Soldados, majá de la Perra y por el Portillón de arroyo Frío, se va cumbre adelante hacia el Almagreros y el muro del Embalse del Tranco. Por este punto, durante unos metros, va enredándose con la pista que recorro.

Junto a la pista hay montones de troncos de pinos que cortaron hace años porque algunos están podridos. Ahora la pista discurre llana por completo. Por aquí es por donde ya va naciendo el arroyo del raso de la Honguera. El que se le ve con tanta agua cuando la carretera lo cruza justo por debajo del refugio cueva del Peinero. Un charco grande, muchas piedras blancas amontonadas y aquí manan los primeros manantiales. Muchos juncos, gamonitos, escila y majuelos. Oigo rumor de corriente y es porque ya estoy a sólo unos pasos de la cañada. Por la izquierda, con esta cañada que viene desde el mismo collado Cruz del Espino, me queda un filo de rocas que sube para el collado, dejando el surco del arroyo y cañada, contras las laderas del Torraso. Es muy curioso este filo de rocas sobre el nivel de los mil quinientos metros, por las cenefas que va dibujando a lo largo de su recorrido. Y dibuja estas cenefas porque es ahí justo donde van naciendo los tres o cuatro arroyuelos menores que según se van juntando forman el arroyo de Carrales cuando ya corre por donde la casa forestal y la carretera

asfaltada. Cuando uno pasa por allí subido en coche, sólo se da cuenta de algunas cosas, como pueden ser la presencia de este arroyo pero ni mucho menos advierte cómo son ni en qué cumbres nace este arroyo. Hoy yo tengo la suerte de encontrarme justo por donde se van formando los primeros surquitos del que luego será el arroyo Carrales, algo más abajo arroyo del Chillar y al final, río Guadalquivir. Cuando uno adquiere este conocimiento muchas cosas, paisajes y perspectivas, cambian frente a estas sierras.

La pista atraviesa el cauce del arroyo raso de la Honguera por un paraje que es de ensueño. Recogido en sí mismo, limpio como el más puro amanecer y repleto de las aguas más vírgenes. Son las once y media de la mañana. Sólo hora y media he tardado desde el collado del Ojuelo hasta esta cañada. Ahora, durante unos metros, el carril se viene con el arroyo que baja y enseguida aparece el hito número cinco. Traza una curva y una vez remontada algo sobre las laderas norte del Torraso, se vuelve para atrás y ahora comienza a subir por la cañada pero retirada de ella. Siguen apareciendo los troncos de pinos cortados amontonados a los lados de la pista. Si ahora mismo continuara en línea recta subiendo esta cuesta del Torraso con la raya que va dividiendo los términos, iría a salir al centro total del Caballo del Torraso y pasaría justo por el portillo llamado de los Migueletes, con la vieja senda que por ahí va. No tendría que recorrer más de quinientos metros pero sí subiría un desnivel de casi ciento cincuenta metros. En un mapa, justo en el portillo de los Migueletes, centro total de la loma del caballo, veo escrito “Horquilla alta del Torraso”. Y ahora sé que eso es una tontería grande. No es un nombre serrano ni lo será nunca pero por no sé que casualidad se escribió ahí y ahora que lo veo me repito otra vez que es una verdadera tontería. El nombre verdadero de este bonito punto es portillo de los Migueletes y así lo dejo escrito para honor de las personas que tienen sus raíces en estas hondas sierras.

Un poste de cemento, por la derecha de la pista. En él puedo leer: “MP43". Unos pinos por la izquierda y en dos de ellos, dos chapas clavadas y enfrentadas como si se estuvieran haciendo burla. En ellas leo: “Coto privado de Caza”. Caigo en la cuenta que por aquí mismo va la línea que divide los términos y por eso son las cosas como me las estoy encontrando. Sigo mi ruta y ahora remonta. Desde este punto hasta el collado Cruz del Espino la distancia es de un kilómetro doscientos metros justos. Y todo es subida por el lado izquierdo de la preciosa cañada que baja desde el collado. Se oyen águilas y pájaros carpinteros. Las aves están deseando que explote la primavera. Con tanto como ha llovido y lo verde que están los paisajes en cuanto aparezcan días de sol y cese el frío que hace hoy, por estas sierras será el gran espectáculo. Quién pudiera verlo hasta morir saciado. El hito número seis me lo encuentro a las doce menos veinte y antes del collado. El agua que busca al arroyo raso de la Honguera baja ahora por la cuneta que le hicieron a la pista al lado izquierdo. Y baja un buen chorro por completo claro.

Doce menos cuarto y estoy justo en el collado, en el magnífico y hermosísimo collado Cruz del Espino. El Torraso me queda a la derecha, casi al alcance de mi mano, al frente vuelca ya para el barranco de arroyo Martín, por esta izquierda se me abre una gran vista sobre las tierras llanas de la Albarda del Ojo Agua los Perros. Aquí mismo hay una llanura grande donde el agua de las últimas lluvias se han encharcado. Muchas cagarrutas de las ovejas que por aquí duermen. También veo muchas florecillas blancas que ya se han abierto y montones de troncos de pinos. La caseta o garita de los vigilantes de incendios la tengo a sólo unos metros de mí pero en lo alto del Torraso, cuando ya éste se vuelca un poco para el arroyo de María. Es balcón sobre el arroyo de María y las casas de Prao Chortales. Yo estoy ahora sobre la curva de nivel que va por los mil quinientos cuarenta metros. El punto más alto del Torraso alcanza los mil setecientos veintiséis metros. La caseta la construyeron justo en la línea que recorre los mil setecientos metros.

Aquí mismo, por la derecha se aparta un ramal de pista. No es tan buena como la que hasta este collado he recorrido pero me va a servir para irme por ella. Es el camino más corto para subir a la garita que alto me espera. La pista que venía siguiendo sigue y ahora baja por todo lo alto de la nava o loma que va poco a poco separando al arroyo Martín del arroyo María. Lancha del Tosero se llama ese terreno pero vista desde estas cumbres es otra realidad muy diferente a cuando se le ve desde el barranco del arroyo María o la carretera asfaltada que atraviesa la sierra. Esta pista, a partir de este punto, se divide tres veces. El ramal principal es el que lleva a las casas de Prao Chortales, todavía a más de ocho kilómetros. Mucho antes, se vuelve a dividir en un ramal que no baja tanto y por eso, surcando la ladera del Torraso, por la curva de nivel que va por los mil cuatrocientos metros, se viene para atrás hasta coronar por el collado de los Hermanillos. Por allí tiene su fin. Y tengo que decir que todo este terreno que la pista sigue recorriendo y va cayendo poco a poco hacia el hondo barranco del arroyo de María, no es nada más que la prolongación del gran Caballo del Torraso. El extraño islote montañoso que se quedó parado en esta parte de la sierra y en forma de telera de pan, se va desmoronando, mientras se burla de unos y otros.

La repoblación de pinos por aquí fue de espanto. Crecen espesos como el trigo en una sementera y todos laricios. La altura, esta clase de pinos es lo que pide. La tierra es de la mejor calidad pero ahora cría sólo hierba y pinos. Me llama la atención que este año no se vean muchas bolsas de orugas. Algunas me encuentro por el suelo tirada y ello me dice que las lluvias las han empapado y con el viento y el frío, las orugas se han muerto y se han quedado sin refugio. La pista que ahora recorro en busca de la garita va muy bien. Casi llana y por entre un buen bosque d pinos laricios, estos ya más gruesos. Muere en unos metros, por un rellano que sirve para que los coches den la vuelta y aquí mismo, por la derecha, veo una senda. Es la que

remonta para donde yo quiero ir. Pero veo que la pista no muere del todo sino que baja y en unos metros se encuentra otra vez con el segundo ramal que se venía para el collado de los Hermanillos.

Tomo la senda y comienzo a remontar. Según voy ganando altura las panorámicas se me van abriendo a lo grande total. En un recorrido que no llega al kilómetro la senda traza diecisiete curvas, las últimas muy cerradas y ya están en la misma puerta. A las doce y cuarto es cuando justo llego a esta caseta. Me paro y tomo un poco de aire. Lo que más me asombra en este momento es la gran visión que tengo de la sierra empezando desde Pedro Miguel, cañá Somera, majá de la Perra, Prao Chortales, Almagreros, todo el barranco del arroyo María, el gran surco por donde se va el Guadalquivir, las lomas de la Sierra de Beas y así continuando hasta dar la vuelta y soldar otra vez con Pedro Miguel. A todo alrededor de esta caseta le han construido una baranda con troncos de pinos. Como si fuera un gran balcón para moverse y dar la vuelta sin caerse de esta atalaya. La caseta es bastante grande. Está bien hecha y hasta blanqueada por fuera. La han pavimentado con baldosas de estas modernas. Una cursilería como tantas en estos tiempos por la gran sierra pero a mí ni me va ni me viene. Tiene una estancia principal, chimenea, un catre en forma de litera para dos personas, un cuartico a la izquierda cerrado con llave y en la puerta, como un cobertizo para si llueve o nieva, no mojarse aunque se esté fuera del recinto principal. La puerta mira para el arroyo de María, casas de Prao Chortales y cortijo del Tejuelo. A las doce y cuarto a sido cuando he llegado a este punto. He tardado algo menos de dos horas y media.

Oigo cantar las perdices, se ha calmado el viento, se han nublado mucho y hace frío. Una de las cosas que por aquí me llama la atención es la cantidad de basura que los de la caseta han tirado por el campo. Botellas, latas de conservas, plásticos, pilas de transistores y así hasta junta una buena colección. Me llama la atención porque las cosas no deben ser de este modo. Si las demás personas que visitamos estas sierras nos animamos y hacemos lo mismo, los resultados serían tremendos. Pero muchos piensan que lo que es para uno debe ser también para otros. Y también dicen que hay que predicar con el ejemplo. Así que esto es lo que veo y digo. Y para acabar de completar lo que he dicho, al retirarme de la caseta, por la parte de atrás, entre las rocas, me encuentro el basurero. ¡Qué barbaridad!

Sigo y ahora me dirijo al precioso portillo que divide al caballo del Torraso. Avanzo por un filo de rocas que es la cumbre total de esta original montaña. Mucho esparto, creo que es lastón, mucha zamarrilla y muchas cagarrutas de ovejas. Por el lado del norte las laderas son de tierra buena pero el sur, la solana que mira para las Banderillas, son piedras sueltas y muchas rocas. Es lo que los serranos llaman lanchas. Se anda muy bien esta cuerda. Ahora que lo recorro veo más claro que este Torraso es alargado como si quisiera recorrer la sierra de un extremo a otro. Y como ahora voy en

dirección contraria a como corre el viento y por lo más alto del filo, de pronto, cinco ciervos comiendo hierba debajo de unos pinos laricios. Me voy tapando con las rocas y me pongo a tan sólo unos metros de ellos. No pretendo sacarles ninguna foto. Si no que cuando ya me he cansado de verlos y hasta con los prismáticos para captar mejor sus detalles, me alzo sobre la roca y me quedo inmóvil. Los sigo mirando y cuando ya han pasado unos diez minutos uno de ellos alza la cabeza y se me queda mirando. No me muevo y lo sigo observando con los prismáticos. Los tengo tan cerca que los puedo tocar. Hasta veo el color de sus ojos y la viveza con la que me miran. Mutuamente nos observamos y de pronto, se mueve para el barranco. Le siguen los demás y sin carreras ni nada se van perdiendo tras las rocas y la vegetación. Sigo mi ruta por la cima del Torraso. La experiencia ha sido para vivirla y no contarla.

Descubro ahora que una gran nube negra ya viene por los Cerros de Úbeda y descargando agua. Es una tormenta y ahora temo que me coja en lo más alto de este Torraso. Tendré que buscar una covacha para refugiarme y debo procurar salvarme también de los rayos, si esta tormenta es de las que los trae. Temo y por eso aligero el paso. El viento sopla con fuerza. Se anda bien esta cumbre y descubro también que se le puede coronar desde casi todos los puntos sin gran dificultad. Visto desde la distancia es una realidad y visto desde aquí es otra. Todo es más cercano y más íntimo y hasta más noble. Sin que me dé cuenta estoy bajando aunque siga por la misma cumbre. Y es que es así el Torraso. Por su centro se hunde un poco y por sus extremos se levanta. Por el lado del collado de los Hermanillos, en la solana, descubro una alambrada de las botánicas. Cerca media ladera y precisamente en la parte más bonita que es por donde van naciendo un puñado de arroyuelos que son los que recogen las primeras aguas del río Aguascebas Grande.

Por el macizo de Navazalto ya viene lloviendo. Dejan de verse los paisajes porque la lluvia es densa y tapa como si fuera una cortina de niebla. Es la nube que veía por la Cerros de Úbeda. Aligero mi paso y busco una covacha por si fuera una tormenta de las grandes. Antes del portillo, vuelco para el lado norte y bajo unas rocas, entre las ramas de un pino laricio, me refugio. Sopla el viento y llueve suave aunque temo que será sólo el comienzo. Pero no: me siento frente a la gran sierra por donde he subido hace un rato y como me palpo agusto en el bonito refugio que la naturaleza, de parte de Dios, me tenía por aquí preparado, no tengo prisa. Me sobra el tiempo para el plan que hoy traigo y por eso no me siento inquieto ni temo nada. Me siento mucho mejor que bien. Como si nadara en una felicidad nada corriente. Lo comprendo y mientras estoy contemplando la lluvia rezo mi pequeña oración al Dios en el que creo con todas las fuerzas de mi alma. Le doy las gracias porque así siento que debe ser de mi parte y en esto que deja de llover. Casi no ha sido nada aunque parecía que sí iba a ser un diluvio.

Salgo de mi covacha, ando para la cumbre, cruzo la raspa y me pongo a bajar por la solana del Torraso para el collado de los Hermanillos. Ahora me siento tentando seguir un poco más y llegar hasta cañá Somera. Me sobre el tiempo y parece que no va a seguir lloviendo. Me encuentro con el portillo que venía buscando y con la senda que por aquí discurre. La sigo y vuelco con ella para la solana. Me tropiezo con la cerca de alambre que antes decía. La cruzo por donde encuentro un paso y ahora descubro que dentro de esta cerca la vegetación se conserva virgen por completo. Muy alto el lastón, la zamarrilla, los enebros, muchos bujes ya por donde van naciendo los arroyuelos que antes decía y esto me llena de curiosidad. Fuera de la cerca la vegetación tiene otro aspecto y es hasta más baja. La de dentro la encuentro como más consentida. Si hubiera un incendio sería más desbastador dentro que fuera porque hay más combustible. También creo que las plantas se relajarán y hasta perderán su resistencia a enfermedades y depredadores, esta que se cría dentro de la cerca y no la que hay fuera. Esto y otras cosas creo pero es algo tan mío que así lo dejo. Ellos sabrán lo que hacen si es que lo saben y al final sirve para mejor.

Un arroyuelo, rumor de agua y como no la veo, la busco y la encuentro. Mana por debajo de unas rocas y en tanta cantidad que asombra. Desde aquí mismo cae por el surco del arroyo y ya se va en busca del Aguascebas Grande. Y claro, ahora recuerdo. Esta la es preciosa fuente Taza. No lo sabía y sin que la buscara me la encuentro. El agua viene del corazón mismo del Torraso y unos metros más arriba ya no hay. Unos metros más abajo hay tanta que parece un río este arroyuelo de alta montaña manando en la soledad de esta solana. Me paro y durante un buen rato gozo el sencillo espectáculo. Lavo mis manos, bebo una vez y luego otra como si quisiera saciarme bien aunque no tengo mucha sed. Vuelvo a beber de nuevo y ahora sigo sin dejar la vieja vereda que ya cuesta mucho encontrarla.

La tierra de esta ladera toda ella me la voy encontrando suelta. Su tono es algo ocre, como si fuera almagre y por eso algunas piedras hasta parecen trozos de chocolate. Me acerco para el collado que busco y por aquí me voy encontrando con los arroyuelos que le van regalando cristalinas corrientes al Aguascebas Grande. Son preciosas estas corrientes por la limpieza de sus aguas, la música que de ella mana y las piedras blancas que se lavan en su cauce. Ahora empieza a llover de nuevo. Otra vez pienso que debo refugiarme en alguna covacha. Por eso, mientras voy subiendo los arroyuelos que van saliendo de la solana, miro buscando la cueva que digo. Y sí, de pronto, una covacha muy parecida a una concha marina, como si alguien la hubiera tallado en la pura roca. No son las típicas cuevas de rocas que se han caído y dejan entre ellas cavidades. Esta cueva se ha tallado en el corazón de la roca, quedando con forma de nido y mirando al gran Torraso que acabo de descender. Se encuentra al borde mismo del arroyuelo que decía y por eso hasta tiene música y todo.

En ella me refugio. Descargo mi mochila, me quito el impermeable, descuelgo la máquina de fotos, me siento en la roca que casi en forma de silla, hay en el fondo de la cueva y miro para el Torraso. La niebla se ha levantado y por eso la cuerda por la que andaba hace un rato, ya no se ve. Me digo que puede que pase igual que con la tormenta y por eso me pongo a comer. No tengo prisa. Sigo sin tener prisa aunque es mucha la sierra que todavía me queda por recorrer si es que por fin puedo continuar. Y luego tengo que regresar. Pero no tengo prisa y por eso como lleno de la mejor paz del mundo. ¡Qué bonito es este rincón y cómo me gusta ya aunque sólo llevo en él unos minutos!
- ¿Sabes lo que hay dentro de esa cerca botánica?
- Me lo imagino pero no lo tengo claro.
- Son unas plantas que también se dan muy poco por las sierras de este Parque Natural. Y me estoy refiriendo a la Atropa. En este rincón se dan las dos especies de atropa que se cría por el Parque. Y ya sabes tú que esta planta, además de ser muy escasa, está protegida.
- ¿Lo sabían los serranos de aquellos tiempos?
- Seguro que sí. ¿Por qué?
- Por nada.

Estoy rodeado de bujes, de corrientes cristalinas que manan por aquí mismo, de cumbres alargadas que son misterios cuando las cubren las nieblas y las moja las lluvias y estoy cubierto por arriba de espesas nubes negras que pueden descargar mucha agua sobre estas sierras. Pero no tengo prisa ni miedo. Así que como sin dejar de sentirme alagado y envuelto por ambiente tan único sobre la tierra. Sólo se oye el rumor de la corriente, las gotas de la lluvia rompiéndose sobre las rocas y las hojas de los bujes, el viento al quebrase contras las ramas de estas matas y nada más. Y la sierra ¡qué honda para el lado del barranco por donde nace el Aguascebas Grande, qué alta para la cumbre de Pedro Miguel, qué misterio para donde el Torraso se estira y qué profunda para donde el corazón sueña! Si ahora mismo se pusiera a nevar ¿qué pasaría y cómo me las arreglaría? Mientras como también medito en la solana del Torraso y la cerca de alambres que por aquí pusieron. Los tengo a sólo unos metros de donde estoy. Son las dos menos diez de la tarde. Hiere y no sé por qué.

Son las dos y diez de la tarde. He terminado de comer. Ha dejado de llover. Las nieblas se han levantado y de vez en cuando hasta sale el sol. Este mes de abril está siendo tan extraño que si no lo estuviera viviendo no lo creería. Y la lluvia está siendo abundante y como agua de mayo. Cuando sale el sol y da en los picachos de estas sierras, con las nieblas que se alzan y la lluvia que ha mojado y lavado todos los campos, qué cuadro más bello. Es una experiencia que nunca en mi vida la había tenido. ¡Cuántos son los secretos y matices de estas sierras! Cargo con mi macuto y las otras tres cosas y continúo con mi ruta. Se ha quedado una tarde que ni en sueño podría ser más hermosa. La hierba se ha quedado mojada, la zamarrila está

con sus goticas colgando de las hojas y al salir el sol, pues la hierba, las rocas y la tierra, brillan como si la hubieran regado con diamantes. Subo siguiendo el arroyo y en unos metros me encuentro otra covacha tan bonita o más que la anterior. Tiene dentro una escila, un pino, un buje y una sabina. Se está muy calentico en su interior pero no me voy a quedar.

Al remontar al collado de los Hermanillos, de entre unas rocas, alzan vuelo dos perdices. Me encuentro con la pista que dejaba hace un rato por el collado de Cruz del Espino. Hay aquí mucha hierba, muchas boñigas de vacas y también buena tierra. Pero la pista esta hoyada de las rodadas de los coches que vienen a darle vuelta a la cerca botánica. A las dos y media atravieso esta pista. Al frente sigo y me pongo a remontar el morro que me queda al otro lado. El de los Hermanillos. En sólo diez minutos he remontado y me encuentro con la senda. Sabía que tenía que estar por aquí y por fin la he visto. Por la ladera ésta, sube y luego vuelca para el barranco de del Aguascebas Grande. El Aguarillo. Mucho lastón es lo que crece en esta ladera. Un bloque rocoso por la izquierda con forma de un ser humano que se desperezara y arriba, en lo más alto del morrón, otro gran bloque rocoso. Este que por aquí veo y otro más que no veo pero que se clava casi en lo alto del picacho, son las figuras de los Hermanillos. Visto desde algunos puntos de estas sierras, eso es lo que parecen. Pero el bloque rocoso que por aquí veo tiene forma de gran copa que arranca desde la misma tierra y se va ensanchando según corona. Una estatua realmente original y bella.

La senda baja un poco, sin dejar de ir por la curva de nivel que recorre los mil quinientos metros pero baja para esquivar el pie de la roca que antes decía. Por la derecha me va quedando una pronunciadísima ladera que cae para la gran cuenca del Aguascebas. Es esta una senda que usaban los serranos para recorrer la sierra desde lo más hondo hasta lo más elevado e incluso desde los pueblos de la Loma al valle del Guadalquivir, por Coto Ríos, como mi querido amigo de la cueva del Torno. Viene lloviendo otra vez y ahora temo porque en este barranco no tengo muchas defensas. Me asomo al gran barranco y hasta me asusto. Me quedo mirando y la descubro subiendo por la otra ladera y remontar por el tranco de la Cruz de los Soldados. La senda por aquí estaba tan bien hecha que hasta tiene sus paratas, paredes de piedras sin mezcla, sujetándola por el lado de abajo.

Por abajo veo el final de la pista que recorría. Cuando la senda llega a la ladera por donde se vea a tropezar con el tranco de la Cruz, pasa por debajo de un bonito cenajo. Otra vez la lluvia no ha sido tanto. Es que tengo mucha hondura de sierra y claro, cuando llueve aunque sea poco, a lo lejos se ve como si ya se cubriera por completo en lluvia pero luego cuando llega, no es tanto. Mejor porque así podré cumplir el plan previsto. Ya empieza a remontar para volcar a cañá Somera. Mientras subo vuelve a salir el sol y se alzan las nieblas. La senda ahora va muy bien tallada para poder subir el tranco que le presenta la montaña. Cuando sale el sol, en manchas que

parecen mares, se derrama por los barrancos y las laderas repletas de hierba y el espectáculo no puede ser más bonito. Cuando esta mañana me ponía en camino para hacer esta ruta ni por asomo podía imaginarme lo que me estoy encontrando por estas hondas cumbres. Chispea otra vez, revolotean los buitres por encima de mí y el barranco se oscurece y al poco se aclarea.

Andar por estas montas sin tener una senda como esta es casi menos que imposible. Dos covachos más y dentro de una de ellos me paro un poco. No me da ni el viento ni me cae la lluvia y sí tengo delante de mis ojos otro grandioso escenario. No se parece en nada al que tenía cuando estaba comiendo porque aquí las perspectivas son más hondas y grandes. ¿Qué me encontraré al coronar el tranco que ahora tengo a sólo dos pasos? Siempre que se corona una cumbre de paisajes que no se conocen, el corazón late con una emoción que da la muerte de placer. Hay que vivirlo para saber lo que es. Casi siempre se encuentran paisajes llanos con tierra buena donde crece la hierba y pastan los animales silvestres. Lo digo porque esto me ha pasado en muchas ocasiones. ¿Pero hoy? Si no se conocen los caminos para llegar hasta estas cumbres, a estos paisajes se les llega muy difícilmente. Otra cosa son los serranos como aquel amigo mío y los pastores que todavía traen por aquí a sus ovejas para que comen hierba.

Salto el escalón y ahora que lo veo me digo que no era tan fácil que por aquí pasara una bestia. Se ha roto mucho pero hay un buen tranco. Unos pinos laricios muy grandes, praderas de buena hierba, la cola del Embalse del Tranco colándose por el Portillón de arroyo Frío, la cañada de majá de la Perra, el morro de esta majá, por la izquierda mía, una nava muy bonita en todo lo alto sobre la cumbre por encima de Prao Chortales y ya para la derecha, cañá Somera. Se recoge entre este filo que acabo de remontar y otro que todavía hay más adelante y es el que ya sirve de frontera con la cumbre total. Es decir: ese filo que tengo enfrente, entre él y el que piso se abre cañá Somera, es la parte más alta de esta gran cuerda que viene desde el puerto de las Palomas hasta el muro del Embalse del Tranco. Dibuja como una raspa que alcanza los mil setecientos sesenta y cinco metros. La gran cañá Somera queda de aquel filo para acá y en el centro de donde yo estoy, para la derecha. Todavía tengo que recorrer un buen trecho para encajarme en ella. Corono un morrete por esta derecha mía y como ahora ya es cuando no tengo prisa ninguna, sobre este morro freno mis pasos y me quedo mirando frente a la impresionante sierra que tengo delante, a mis pies y a mis lados. La tarde se ha abierto y sol baña a los paisajes como si alguien que me quiere, deseara premiarme con el mejor de todos los regalos. Guardo silencio porque no tengo palabras. Son las tres y cuarto de la tarde del día quince de abril del año dos mil.

Otro de los últimos

Conocí yo también a un viejo serrano que nació en la cueva del Torno, justo al borde mismo de las primeras aguas del río Aguasmulas. A sólo unos pasos de la Fresnedilla de este Aguasmulas. Cuando ya fue algo mayor se vino a vivir a un cortijo algo más abajo que se le conoce con el nombre del Mulón. Pues cuando llegó aquello del Coto Nacional a este hombre, como a tantos por aquellas fechas y estos lugares, le quitaron las tierras que siempre había cultivado, el cortijo y los animales. Le dieron una de esas casas que dieron a muchos en el poblado de Coto Ríos junto al río Guadalquivir y por el valle de los turistas y como el hombre, toda su vida había estado subiendo y bajando montañas por las grandiosas sierras del rincón que vengo diciendo, se moría en su casa del pueblo. Era bonita esta casa y hasta tenía cierta comodidad, un puñado de tierrecilla para que sembrara lo que quisiera o criara algunos animaluchos. Este hombre, gran amigo mío donde lo haya, compró algunas vacas y con esto, las tierrecillas y una borriquilla que también tenía, se entretenía para no morir tan desarraigado del rincón que lleva dentro. Un día también el hombre compró algunas olivas, como tantos por estas tierras de Jaén, no muy lejos de Villanueva del Arzobispo. Junto al Guadalquivir pero a este lado del la sierra y por las lomas de los olivares.

Pues este hombre amigo mío y noble como el primero, cuando llegaba la época de cultivar las olivas, cogía su borriquilla, se subía en ella y se ponía en camino. Desde Coto Ríos subía por la solana que queda frente, siguiendo una vereda que sube hasta una antigua y derruida aldea que se le conoce por los cortijos del Aguadero. Desde ahí seguía remontando hasta coronar la gran cumbre de esta Sierras de las Villas por cañá Somera, seguía él sin bajarse de su borriquilla y por la vereda que ha recorrido esta ruta, desde cañá Somera caía por el tranco Cruz de los Soldados, ladera sur del Morrón de los Hermanillos, collado de los Hermanillos, portillo del Caballo del Torraso, collado de la Cruz del Espino y siguiendo la pista que desde los Tableros Baja hasta el collado del Ojuelo, continuaba hasta volcar por el collado de la Tobilla para el barranco de la Madera. Por esas pistas y olivares seguía el hombre bajando en busca de sus olivas y cuando por fin llegaba, un par de día tardaba en el viaje, se ponía a labrarlas. Entre sus olivas y como podía se quedaba a dormir, a comer y a todo lo demás y cuando terminaba y creía que ya le había hecho lo suficiente, se subía otra vez en su burra y pin pan, pin pan, vereda adelante, hasta que atravesaba la sierra y llegaba a Coto Ríos.

Ya casi no podía andar de tantos años encima y tan cansadas como tenía las carnes de su cuerpo y por eso el hombre siempre iba montado en su borriquilla. Cuando llegaba a la casa de pastores que hay en el collado del Ojuelo, siempre se paraba, lo acogían, le daban de comer o cama si la noche la había cogido por ahí y luego seguía. Los pastores, amigos suyos y buenas personas como tantos en estas sierras, siempre le decían:

- Pero hombre, usted ya tan mayor, siempre subido en su borriquilla

atravesando las cumbres de estas sierras ¿cómo se atreve?
- Yo siempre estuve en lucha con las montañas. Lo que Dios me tenga destinado eso será sin que yo pueda evitarlo.
- Pero si un día la borrica tropieza por uno de esos arriscalados trancos y usted sale rodando por esas laderas o voladeros ¿quién le va a echar una mano? Por aquí se va a quedar para siempre. ¿No se da cuenta?
Y el hombre respondía lo que se le venía a la mente y aunque se daba algo de cuenta sentía que su corazón y sus sentimientos estaban en lo que hacía y quería hacer. Seguía con su borriquilla atravesando estas sierras por la escabrosa ladera que hoy recorre esta ruta y aunque pasaba frío, porque la nieve le cogió más de una vez por estas cumbres, él no se acobardaba. ¿Qué tenía aquel amigo mí en su alma para que sintiera tonto amor por las tierras donde ha nacido? ¿Por qué no le tenía miedo a la montaña siendo como es tan duro y doloroso andar por ella? ¿Qué le empujaba a este hombre vivir estas aventuras más propias de un loco o de un joven que de un anciano ya casi sin fuerzas?

Tengo que decir que este amigo mío nunca tuvo ningún percance por estas sierras excepto que en alguna ocasión se ha quedado en la nieve atascado hasta la cintura y a punto de congelarse para siempre. Pero se salvó y después de otras muchas aventuras y sufrimientos con la sociedad de las ciudades y los nuevos tiempos, su mujer murió lejos de estas tierras y con un dolor que no se lo merecía y él tuvo que irse a un asilo de ancianos. Vive todavía ahí y cuando escribo estas líneas consume sus días sentado en un sillón sólo soñando con su cueva del Torno junto al río más bello de la tierra, sus vacas por la aldea de los Villares y su borriquilla trotando por las viejas veredas de estas misteriosas y hermosísimas sierras. Mi amigo aún vive, lejos ya de sus tierras pero soñando que un día vendrá a ellas para quedarse para siempre entre la música de sus fuentes, el polvo de sus caminos y la hierba verde de sus praderas. Mi amigo sueña esto y yo sé que se le hará realidad este sueño porque cree en él con todas las fuerzas de su ser. Porque mi amigo, aunque algunos dicen que está loco, yo sé que tiene una cordura mucho más clara que otros humanos de corazón no tan limpio.

29- Collado de la Tobilla, collado del Postre, Roblehermoso, laguna y casa de la Muela Alta, fuente de la Raja, cañada, cortijo y pozo de Campallo, cueva del Arredraero. Martes del 18/4/2000

Distancia aproximada: 8 k. ida y vuelta.
Desnivel aproximado : 200 m.
Tiempo aproximado : 4 h. andando.
Camino: carril de tierra, vereda y campo a través.

Algunos datos útiles

La distancia total de esta ruta la considero con ida y vuelta porque casi toda ella va campo a través y casi nunca pasando por el mismo sitio. Hay un carril de tierra que sale desde el mismo collado de la Tobilla, sube por la hoya del Morcón, corona por el collado del Postre, pasa por la fuente de la Música y muere justo por delante del cortijo de la Muela Alta. Por donde se ensancha la preciosa laguna. De aquí para delante y a lo largo de toda la ruta ya no hay camino sino algunas veredillas de ovejas y algún trozo de aquella vieja senda. Fuentes para beber agua, sobre este impresionante macizo de la Muela, hay varias. Las digo: la de la Música y la de la Higuera entes del cortijo de la Muela Alta. La de la Raja, pocillo de Campallo y fuente del Coco al final de la cañada de Campallo y ya por esta ruta no hay más veneros. Por estas altiplanicies, porque casi lo son aunque no esté por completo llana, casi siempre pastan varios rebaños de ovejas y cabras. Sus dueños, pastores y dos hermanos, viven en el cortijo Caído, al volcar del collado de la Tobilla para el barranco de la Madera pero en lo más alto. Por estas cumbres, en invierno, las nieblas cubren mucho, casi siempre corre buen viento, fuerte y frío y también llueve mucho y nieva cuando nieva en la sierra.

Ruinas de cortijos por aquí hay las siguientes: el de la Muela Alta, que es un gran cortijo pero ya en ruinas y donde vivieron tres o cuatro familias, el del Campallo, otro que hay cerca de la fuente del Coco, frente al Bigarral de Navazalto y por las cañadas que caen para el Guadalquivir, lado de Villanueva, hay otras dos ruinas. En ninguno de estos cortijos vive ahora nadie aunque son propiedades particulares. Por las laderas de este gran macizo montañoso, en todas ellas hay muchos cortijos. Estas laderas fueron roturadas para sembrar olivos. Así por el lado del barranco de la Madera, siguiendo río Guadalquivir abajo para Mogón, por la loma que sube desde Mogón hacia lo alto de estas cumbres y por la solana de Bardazoso, de la mitad abajo, todo está sembrado de olivos. Sólo queda sin olivos una parte de las laderas que caen para el barranco de cañá Cuadrada, arroyo de la Tobilla para el Aguascebas Grande, por el lado del collado de la Tobilla y la parte más alta de la ladera que cae desde el cerro del Postre para el barranco de la Madera. Desde este mismo collado de la Tobilla sale una pista de tierra que baja para el barranco de Bardazoso que más o menos está bien pero lo mejor es hacerla andando para así gozar de tan esplendorosos paisajes.

El día que yo recorrí esta ruta, martes 18 de abril de dos mil, cuando llegué a este collado de la Tobilla, el cielo estaba por completo cubierto de nubes. Por este macizo montañoso y casi toda la sierra, estaba cubierta por una espesa y fría niebla. Por la noche había llovido algo y durante la mañana también llovió a ratos. Recorrí la pista hasta el collado de la fuente de la Música y notando que la niebla no se iba sobre una roca, donde encontré una covacha, me paré frente a la gran loma de Villanueva. Me dije que siempre las nieblas se levantan a partir de medio día y por eso esperé paciente. Dos horas refugiado en la covacha para protegerme del fuerte y frío viento y sin nada más que ver, sino niebla y a ratos, cuando la niebla se abría un poco, algunos trozos o siluetas de montañas. Con verdadero interés viví el momento y confieso que cada vez que ante mis ojos se dibujaban los pinares o la cumbre del cerro de Roblehermoso, el corazón se me llenaba de una emoción especial. Noté que era una forma nueva de descubrir la sierra y como ciertamente para mí eran por completo desconocidos estos paisajes, este juego bonito que la naturaleza y Dios me ofreció, me fascinó hasta lo más delicioso. Estaba a sólo dos pasos de la cumbre de Roblehermoso y no me la podía imaginar porque no sabía cómo era. Cada vez que la niebla se abría lo suficiente, era como si alguien, muy poco a poco y con verdadera intriga, me fuera ofreciendo un trocico de la montaña que ansiaba conocer. Fue una experiencia única que también sume a las miles de experiencias que en mi alma tengo de estas montañas. ¿Por qué no puede ser esto una forma limpia y distinta de sentir y ver a la naturaleza? Al fin y al cabo, las emociones estaban allí y por ello yo viví un momento inolvidable.

Una montaña diferente

Explico por qué creo es una montaña diferente: porque no pertenece a ningún conjunto de la cadena montañosa o cordillera que baja desde el puerto de las Palomas hasta el muro del Embalse del Tranco. Es una montaña por completo aislada en esta gran vertiente de la Sierra de las Villas y por eso se le ve sola, ya algo fuera de la sierra, como si quiera desgajar de ella para venirse con la Loma de Úbeda. Su figura queda tallada y encajada, al norte, por el surco del gran río Guadalquivir y al el sur, por el otro también gran río Aguascebas Grande. Se ve claramente que estos dos cauces han sido los artífices de crear y modelar la verdaderamente curiosa montaña de la Muela. Por un lado un río y por otro lado, otro, ayudado de los arroyuelos correspondientes, se la han ido comiendo desde sus laderas hasta lo más alto de las cumbres. Por eso la montaña comienza en el mismo pueblo de Mogón. Donde se juntan los dos ríos que vengo diciendo y a partir de esta unión, por el centro, va subiendo el terreno cada vez más en loma hasta coronar en la cumbre de la montaña que ando contando. Como es normal, este gran macizo, ni siquiera comparable con el de Navazalto, tiene sus correspondientes laderas y cumbres pero hasta en esto se diferencia de las otras montañas de estas sierras. Sus laderas son muy largas, por el lado del valle del Guadalquivir, y cortas, por las caras que miran a la gran sierra. Por

eso estas laderas, hasta las partes más altas, han sido rescatadas para sembrar olivos y las que no, para construir cortijos. A punto estuvo, esta montaña, de ser cortada por el collado de la Tobilla, para que así se quedara mucho más separada de la otra sierra.

Pero lo realmente curioso de esta montaña no son sus laderas, que lo son, sino su cumbre. Presenta una cima que en nada se parece a ninguna otra montaña dentro de este Parque Natural. Limitada por la curva de nivel que va por los mil cien metros, que es justo por donde discurren los límites del Parque Natural y las repoblaciones de olivos, en la cara que mira al Guadalquivir, queda la amplia altiplanicie de la cumbre de esta montaña. Mirada desde el cielo, presenta cierto parecido con una muela humana también mirada desde arriba. Cima plana, con irregularidades donde aparecen llanuras, cañadas, elevaciones y hondonadas. Como si se tratara de un grandísimo campo de fútbol, donde en su centro y corazón, le construyeron el cortijo de la Muela Alta, junto a la laguna que por ahí se ha hundido y la gran llanura que al lado del cortijo y laguna, se extiende. En este mismo centro y algo para el lado norte, se levantan dos cumbres no demasiado grandes. Roblehermoso con 1433 metros y el Postre con 1440 metros. Cerca queda otro pico llamado Correderas que tiene 1380 metros. Pero todos estos picachos, con ser hermosos, no presentan ni laderas inclinadas ni cumbres muy puntiagudas. Casi se funden con el resto de las alturas de esta altiplanicie, que ya he dicho quedan recogidas entre los mil cien metros y los mil trescientos. Es como si en lo más alto de esta montaña, el terreno se hubiera hundido, y así ha sido en efecto, para quedarse en una cumbre que casi se puede utilizar para campos de aviación.

Del corazón de esta bonita montaña van saliendo algunos arroyuelos que son los que van dando lugar a preciosas y largas cañadas. Entrando por el collado de Postre, la primera de esta cañada es la de la fuente de la Música. Vierte para el barranco de la Madera y cuando entra en las laderas norte, sí presentan pronunciadas pendientes pero mientras va naciendo por la cumbre de conjunto Muela, discurre por llanuras muy originales y suavizadas. De la misma casa de la Muela Alta, para este arroyo de la Música, sale otro arroyuelo que tiene en su cabecera la fuente de la Higuera. Todo llano por completo y dando lugar así a otra de las cañadas anunciada. Por la parte de atrás del cortijo que ocupan el mismo corazón, sale una cañada que empieza a caer para el Guadalquivir cuando éste va a la altura de Iznatoraf. Es larga esta cañada, repleta de cornicabras, con algunas ondulaciones en el terreno pero respetando la forma plana de la altiplanicie. Otra cañada, la más hermosa y espectacular, empieza a caer desde las eras que se recogen por el lado norte del cerro llamado de la Moneda. Es la cañada que tiene en su comienzo la preciosa fuente de la Raja, luego el cortijo de Campallo, un pozo y una fuente más y la bonita cueva de los Arredraeros. Esta cañada es la mayor de todas las que por esta altiplanicie se abren y alcanza una longitud de casi dos kilómetros. Va cayendo suavemente hasta terminar en una fuente

y rematar con la grandiosa cueva ante dicha. De ahí para abajo, ya cae por la solana de Bardazoso, dando lugar a un arroyuelo muy torrencial y a un gran voladero, cada vez más vertical y encrespado según se hunde en el río Aguascebas Grande. Esta cimbra es la misma que viene desde el Bigarral, Cebadillas y poyo del Moro, que al ser cortada por el río, forma como una uve, subiendo para esta cumbre de la Muela, unos de sus lados.

Así, la parte alta de este macizo, ya dije que es de lo más original, delicado al mismo tiempo y grande que he visto por estas sierras. El terreno que presenta, su vegetación y las pequeñas fallas o cimbras rocosas que la recorren en la dirección de los arroyos y las cañadas, son otro fenómeno. Hay aquí mucha tierra de labor, que sembraban en tiempos pasados, de cereales, garbanzos, maíz y otros productos y grandes trozos que son puras lanchas. Por donde sólo se crían algunas plantas silvestres. Estas lanchas dan buenos pastos para las ovejas. La vegetación está formada fundamentalmente por enebros, cornicabras, zamarrillas, mejorana y tomillos. Sólo algunas carrascas y los pinos que repoblaron. Luego hay majuelos y árboles frutales de los que por aquí plantaron las personas que se instalaron en estas tierras. Los manantiales también he dicho ya que son muchos y casi ninguno se agota ni en los años de mayor sequía. Y analizada desde otra perspectiva, las cumbres de esta gran montaña, también son el mejor observatorio hacia toda la Sierra de las Villas y de una manera especial, para los olivares del valle y Loma de Úbeda. Con este aliciente la he recorrido yo y la he gozado con la serenidad y calma que empapa sin que se note. Por lo demás, el nombre con el que se conoce a esta montaña, es bonito y creo que le cae que ni pintado. Se lo puso el que sabía que esto se parece mucho a una muela humana mirada desde arriba. Este fue el mejor nombre que encontró cuando al comparar montaña con pieza molar, descubrió que a ninguna otra cosa se parecía más. Doy yo también testimonio y digo que la palabra "Muela", es la que mejor le cuadra porque además es bonita.

Algunos nombres por el lugar

Tomando como punto de partida el collado de la Tobilla, los nombres de los sitios van saliendo de la siguiente manera: collado de la Tobilla, por donde pasa el carril de tierra que sube desde la cañada de la Madera. el cortijo de la Tobilla es el que se encuentra al volcar. Un morro que queda en el centro se llama Morro del Buje, por un buje que crece ahí mismo. El barranco que desde el collado empieza a bajar para el río Aguascebas Grande, se le conoce por la cañá del Cuadrao. En la parte alta y más cerca del collado de la Tobilla mana una fuentecilla que se le llama los Tornajillos. Enfrente queda el Cenajo de la Hiedra, donde otras veces encerraban ganado. Arriba están las Remesetas, nombre curioso y bonito donde los haya. El tranco del Pelegrín queda más remontado, los Tornajos del tranco del Pelegrín, collado del Santa María, el de abajo. El que hay más para arriba se llama collado Alto y arriba del todo, donde se encuentra la garita de los vigilantes de incendios, son los Morrones. En muchos mapas vienen como

Cerro de Santa María. Son un par de picachos con 1417 y 1525 metros. Los Hoyosares se llama por donde viene la pista desde el tranco del Pelegrín para el collado de la Tobilla, cuando pasa por un punto donde hay tierras deslizantes.

Desde el collado de la Tobilla, mirando para el barranco de la Madera pero por el lado de los Morrones de Santa María, aparecen los siguientes nombres: los Labraos, un majalillo que se ve más cerca, se le conoce por el portillo de los Coloraos, abajo y cerca de donde pasa la pista que baja, se llama el Estrecho. Mana por ahí una fuentecilla con unos tornajos. Majá de la Vacariza, el portillo del Cagadero, lancha del Cagadero que es todo lo que corona, lancha del puerto del Moro, la de la parte de allá, las Correderas, otras distintas a las de la Muela y es también un picacho con 1395 metros de alto. Cortijo de los Terrones, arroyo Cucharas. En derecho del puerto del Moro, para abajo, está el collado del Chindo. al cortijo del Chindo desde siempre se le ha llamado cortijo de los Contreras y queda un poco más allá del collado, junto a un arroyuelo. Ahí han hecho una repoblación de pinos tan grande que el cortijo ya apenas se ve. Ahora mismo sólo quedan algunas ruinas y poco más. Aunque otras fuentes ponen cada nombre en un cortijo. El de los Contreras es el cortijo que hay antes del collado del Chindo.

Por donde empieza a subir la pista que lleva a la Muela, en la primera gran curva para la derecha, el nombre es hoya del Morcón. Cuando la pista corona y vuelca, collado del Postre. Cuando baja, hay otro collaillo que se le conoce por el collado del Gallego. Es por donde empieza a nacer un arroyuelo que tiene un manantial conocido por fuente de la Música. El morrete que queda a la derecha se llama la Corredera. En varios mapas consultados no encuentro este topónimo y en los que sí, aparece con el nombre de la Cerecera y en otros como la Correra. Unos metros más adelante se encuentra con otra pequeña cañada y hay unos tornajos en el venero de agua que se llama fuente de la Higuera. Termina la pista y al frente, sobre el morrete queda el gran cortijo de la Muela Alta. Por la izquierda queda la laguna de la Muela Alta, con viejísima noria y junto a ella, los ciruelos, cerezos, perales y manzanos. Por encima de esta laguna hay un morrete con 1375 metros y que se llama de la Moneda. Cerca, en un filo rocoso, se abre una cueva que se llama cueva de la Moneda. No es muy grande.

Volcando para la larga cañada que se enfrenta al arroyo Cebadillas, sobre un filo de rocas mana un cañico de agua que se llama fuente de la Raja. Corre por un pequeño arroyo donde en la tierra le han hecho unos charcos para que beban las ovejas. Un poco más abajo, en la cañada se ven las ruinas de un cortijo. Se le conoce por el cortijo de Campallo. Por delante y en otra cañada menor, se abre un pozo con sus paredes de piedra que también se le conoce por el Pozo de Campallo. De aquí se surtían de agua los del cortijo. A toda esta gran cañada, de casi dos kilómetros de larga, se le

llama cañada de Campallo. Más abajo brota otra fuente que tiene tornajos y se llama fuente del Coco. Cerca de esta fuente se ven las ruinas de otro cortijo que también se le conoce por el cortijo de la fuente del Coco. Al final de esta cañada y donde empieza a caer un gran voladero donde hay buitreras, se abre la gran cueva del Arredraero. Para el lado del sol de la tarde hay un hoyo que se llama hoya de Caracho. Una tapuelilla que hay por ahí se le dice de la Petra. A la derecha de la cueva del Arredraero hay un morro que se llama Morro del Palomar. Frente y al otro lado está la lancha de Andrés. Lo que es la parte de arriba de la cueva.

Por detrás del cortijo de Campallo hay una bonita cañada que por la punta de arriba le llaman cañá de la Cierva. Por la punta de abajo, donde hay un morrillo muy pelado que se quemó el otro año, se llama la Navilla. Hay un pedacillo por ahí que se le conoce por el tranco de la Gavia. Es por donde desciende la verea de trashumancia que da salida y entrada a los rebaños cuando van de trashumancia a otros lugares y vuelven. Por ahí hay un collado que se le conoce con el nombre del collado de la Borracha. Lancha del collado de la Borracha, que es la que queda detrás del cortijo de Campallo. A este lado hay una cueva muy honda que se llama Hoyos de cueva Honda. Nota: esta es la tercera cueva honda que he encontrado por estas Sierras de las Villas.

Por la vereda que viene desde los cortijos de la Muela para el collado de la Tobilla, tenemos la tiná Vieja o la Tapuela. Barranco de la majá del Ciruelo, barranco Marica, cerca de la majá del Ciruelo. Un cerrete y un pedazo que hay por ahí a todo se le conoce como la majá del Ciruelo. A la parte de allá del barranco Marica se llama la Loma de las Mereras. Por ahí va un carril de tierra hacia un cortijete y el morro por donde pasa se le llama Morro Merino. Al cortijo se le conoce por la Casilla del Coto. Esta es la vereda del collado de la Tobilla a la Muela Alta. También se le conoce por la verea de la Asperilla.

Resumo la ruta

Ya reseñados los datos más importantes y otros detalles de esta ruta, paso a resumirla siguiendo su recorrido. Arranca del mismo collado de la Tobilla y con la pista que remonta para el Postre, sube cómodamente y a un kilómetro o así traza la primera curva para la derecha. Enseguida otra para la izquierda, una tercera para la derecha y ya remonta. Lo hace por entre los dos picos más altos que hay por esta cumbre de la Muela: Roblehermoso por la izquierda y el Postre por la derecha. Por aquí hay una buena repoblación de pinos. Desde el collado, siguiendo el surco de un incipiente arroyuelo, baja y al encontrarse de frente el morro de la Corredera, se viene para el lado izquierdo. Cruza el arroyuelo por donde mana una un venero, fuente de la Música y por una semi ladera sigue avanzando hacia el lado del sol de la tarde. Casi sin que se note asoma y va muriendo sobre una bonita la llanura por donde enseguida se topa con otro manantial. Aquí han puesto tornajos y

como son dos los manantiales, los han repartido en la fuente de allá y la de acá. El manantial es conocido por fuente de la Higuera.

Desde aquí sube la ruta, ya sin pista de tierra porque ha ido muriendo por donde los tornajos y en unos metros, se encuentra en las mismas puertas y ruinas del cortijo de la Muela Alta. Ya no tiene ni tejado ni puertas ni ventana ni nada. Sólo paredes y el aire cargado con la nostalgia de los que estuvieron y hoy no están. Por la derecha de estos cortijos y ruta, se ha ido quedando la impresionante laguna. Cuando la ruta regrese pasa por su mismo centro. Por eso ahora, desde las ruinas de los cortijos, remonta y enseguida se encaja en una vasta llanura. Se parece mucho a las eras para trillar mieses pero es mucho más grande y con muy buena tierra. Por eso se adivina enseguida que fueron tierra de labor. La ruta recorre esta llanura en dirección siempre al sol de la tarde y en unos metros se tropieza con una cimbra rocosa. Una pared de rocas que es el recto del gran tranco que viene subiendo desde lo más hondo del río Aguascebas Grande. Cruza este tranco por donde quiere porque es fácil atravesarlo y por eso, campo a través empieza a caer por la cañada que aquí en lo alto tiene su nacimiento.

Al volcar y de las mismas rocas de la cimbra, se encuentra con la fuente de la Raja, un venero caudaloso brotando por una grieta de las rocas del filo que ya he dicho y que corre por un arroyuelo abierto en la tierra. Le han hecho algunas pocetas que es donde beben las ovejas. Sigue la ruta campo a través con la vista puesta en las ruinas del cortijo que se ve en la cañada algo más abajo. Sorteando cornicabras, rocas con los bordes redondeados, pequeñas llanuras y tapices de hierba, sin que lo advierta, se presenta en las mismas ruinas de este otro cortijo. Algo más pequeño que el primero pero también puras ruinas, sin tejas, sin puertas y sin nada. Por la tierra que le precede crecen grandes cardos borriqueros, mucha hierba verde y la tierra es casi negra. Se adivina también que hubo por aquí mucho ganado y por eso su estiércol ahora es buen abono para las hierbas silvestres. Desde el cortijo, remonta un poco, lancha de la Borracha y por encima de esta lancha, cae hacia el puntal que se ve al final. Va buscando la gran visión que ofrece la sierra al otro lado del río Aguascebas Grande. Cuando llega al filo rocoso, por donde sólo hay muchos troncos de enebros quemados por un incendio que hubo el otro año, se para y justo al borde del voladero se queda mirando. Al otro lado tiene toda la fabulosa ladera del poyo del Moro, el Cantalar, las Cebadilla, con sus buitreras y el Bigarral con Navazalto más lejos y los filos de la Cruz de Yescas.

Desde aquí, se viene para la izquierda y busca las cuevas que ya se ven al final de la cañada que ha venido recorriendo. Por unas veredillas de animales desciende con la cañada que empieza a convertirse en arroyo y en unos metros se encuentra en la misma puerta de estas grandes covachas. En verano sestean aquí más de setecientas ovejas. Por eso, por el suelo de esta cueva, el estiércol acumulado forma una capa de casi medio metro. Ya

chorrea por la entrada de la cueva y rueda ladera abajo. Para apreciar bien lo grande que es esta cueva hay que meterse dentro y mirar desde su fondo. Por el hueco que ofrece la entrada se ve a lo lejos todo el gran conjunto del poyo del Moro, el Cantalar y las cumbres que coronan que son las del puerto del Pino y el Ponestillo. Esta cueva es conocida con el nombre de cueva del Arredraero. Sólo una vez más he encontrado este nombre a lo largo y ancho de todo el gran Parque Natural. Existe por las sierras de Cazorla y lo lleva puesto un collado.

Pues desde tan grandiosa cueva la ruta remonta, después de entretenerse un poco en el manantial de agua que mana a la entrada de la misma cueva y dentro de ésta y en cuanto corona a la tierra llana de la cañada que venía cayendo, se tropieza con otro manantial. Han puesto unos tornajos por aquí y unas tubos de plástico para llevarse el agua a los olivos de la solana de Bardazoso. La fuente es conocida con el nombre de fuente del Coco y así también las ruinas de otro cortijillo que hay por el lado izquierdo. Casi ni se conoce ya que esto fuera un cortijo pero sus rotas paredes y la tierra preparada por haber sido labrada, nos dice una vez más que por aquí vivieron serranos. La ruta sigue ahora remontando por la cañada, pegándose al lado derecho casi por el borde de la tierra de la cañada y el filo de rocas que sube en forma de lancha. Se llama esta lancha, la de la derecha, lancha Andrés. En unos metros se vuelve a topar con el pozo que surtía de agua a los que vivían en el cortijo de Campallo, lo visita, continua y algo después se encuentra otra vez en el manantial de la fuente de la Raja. El que brota por los cimientos del filo rocoso que viene separando lancha de cañada.

Desde el venero sigue pero ahora no remonta para las tierras llanas que por detrás del cortijo de la Muela alta, parecen eras, sino que pegándose el borde del escalón rocoso, vuelca para la segunda cañada. La que mira a los pueblos de la Loma de Úbeda. Por la misma cabecera y atravesando majuelos, cornicabras y enebros, avanza y cuando ya asoma a la cañada de la fuente de la Música, con ésta pero por lo alto, se viene para arriba como si quisiera encontrarse con las casas de la Muela Alta. No lo hace porque ya ha pasado por ahí sino que sigue por veredillas de animales y por entre las casas y la fuente de la Higuera, avanzan buscando el comienzo de la pista que moría por aquí. La roza y ahora en lugar de irse con el carril de tierra que sube para el collado del Postre, se viene para el lado derecho y se mete de bruces en la hondonada de la laguna. La impresionante y bonita laguna de la Muela Alta. Junto a las ruinas de la vieja noria, los árboles frutales que por aquí aun crecen y la visión de la gran llanura de la laguna, se para un rato para gozar despacio tan bonito paraje y luego continua.

Por este lado derecho del pico Roblehermoso, solana volcada para Bardazoso, busca el ramal de la vieja senda y en cuanto la encuentra, no tiene pérdida ninguna, se viene por ella. Es la vieja senda conocida con el

nombre de Senda de la Muela Alta al collado de la Tobilla o al contrario. Lo mismo da. En los primeros mapas del ejército, los que muchos han usado como documentos para recuperar sendas y otras cosas antiguas de estas sierras, a esta verea, ni la huela como tantos otros detalles de estas sierras. Ya dije en algún lugar que estos mapas fueron hechos de una forma muy amplia y por eso con bastante inexactitudes. Casi es imposible trasladar su contenido a la realidad del terreno que uno se encuentra cuando lo anda en directo y metro a metro. Pero esta vereda existe y nada más arrancar desde la laguna, en una hondonada se tropieza con las ruinas de una tinada. Es la conocida con el nombre de tiná Vieja. Casi la roza y continua, remonta por una asperilla y enseguida se encuentra con la primera gran curva que la pista trazaba cuando subía para el acollado del Postre. El terreno por aquí tiene forma de hoya y por eso se le conoce por la hoya del Morcón. Así que en cuanto llega a la pista se viene por ella y en unos minutos ya se encuentra en lo más alto del collado de la Tobilla, punto de donde arrancaba unas horas antes.

Describo la ruta

A muy primera hora de la mañana dejo el coche en el mismo collado de la Tobilla. Me dispongo a recorrer la ruta y ya estoy sintiendo el frío. Hoy hace frío y no me extraña porque sobre este collado siempre corre mucho aire y muy fresco. Cuando es invierno, sólo pasar por aquí ya es una aventura. También hoy la niebla cubre por completo. Tengo la esperanza que algo más tarde se levantará. En mi sencilla oración de la mañana, entre otras cosas, le estoy pidiendo a mi Dios que ya que hoy me ha permitido que venga hasta este collado y además traiga el corazón lleno de ilusión, me permita gozar de la belleza de los paisajes que Él tiene por aquí modelados. Sé que lo hará porque en estas cosas, quizá de poca importancia para otras muchas personas, el Dios en el que creo y llevo incrustado en la sangre que me sostiene con vida, nunca me ha dejado tirado. Siento que de Él nace el chorro de ilusión y amor que me arde dentro por estas sierras y por eso siempre confío no quedarme sin su protección. Sé que no me suelta de su mano. Lo que espero del día de hoy es que se abran las nieblas, que no llueva y que aunque siga el cielo cubierto con sus nubes, cosa que me alegra mucho, el día será espléndido.

Cargo con mi mochila y me pongo en camino pista arriba. Es la que sube hasta el collado del Postre y luego vuelca para las casas de la Muela. En el segundo collado de la Tobilla me encuentro con un hombre que ha llegado desde Villanueva y viene a echar un rato de charla con el pastor. Lo he saludado y le he dicho que al volver buscaré yo también al pastor para charlar con él de algunas cosas. Sigo la ruta y ahora saco un trozo de pan y mientras ando, como un poco. Llueve algo ahora mismo. La niebla sigue y muy espesa. No se ve ni a diez metros. Ya que he avanzado unos trescientos metros, en el terreno una especie de hoya. Tierra llana donde la vegetación es casi todo gamonitos y tapizando, mucha hierba menor. Sé que a esto le

llaman hoya del Morcón. La pista gira para la derecha sin dejar de remontar. Es una nueva sensación la que ahora mismo estoy sintiendo. Recorro la sierra, por paisajes que no conozco y como la niebla no me deja ver a mucha distancia, ni siquiera sé por dónde voy. Sin embargo, a corta distancia, puedo observa que todo el campo está verde. Con un tapiz de hierba que cubre por completo y verde puro.

A pesar del día tan cerrado y la llovizna constante, cantan muchos pajarillos. Ellos como yo, debe hervirle en su sangre el esplendor de la Creación y el gozo de la primavera y por eso dan gracias a su Creador. No es para menos. La pista traza otra curva ahora para la izquierda. No deja de remontar pero discurre muy llana y en buenas condiciones. Sé que la altura por la que avanzo pasa de los mil trescientos metros. Roblehermoso, que es el punto más alto por este macizo, alcanza los mil cuatrocientos treinta y tres metros. El Postre mide sólo unos metros menos. En este nuevo giro del carril vuelve a pasar por una recogida llanura por donde crece mucha árnica, zamarrilla, mejorana, enebros, gamonitos y pinos. Se oye el cencerro de las ovejas. En otra llanura menor traza un nuevo giro para la derecha y como sigo sin ver no tengo ni idea en qué punto de la sierra me encuentro. Comprendo también que cuanto más vaya remontando la niebla puede ser más espesa. En lo más alto de las cumbres es donde siempre la niebla tarda más en levantarse. Pero por un momento se abren las nubes y el sol sale. No del todo pero sí lo suficiente como para animarme y dejarme ver un poco más de bosque y de cumbre. Son bonitos los paisajes cuando se abren de este modo ante los ojos de quien los ansía. Como si se tratara de algo muy exquisito que hay que dosificar con tacto y con prudencia para que la intriga se mantenga y el gozo sea mayor.

Noto que ya voy coronando. La dirección que llevo es hacia los pueblos de la Loma de Úbeda. Se despeja algo más, dejándose ver el disco reluciente del sol por entre la blanca y negra niebla. Por entre los pinos que me van escoltando por los dos lados veo a la niebla correr. La empuja el viento y mientras se va deja brillantes goticas de agua en las acículas de los pinos y las hojas de la hierba. Realmente el día y el momento es de un encanto indescriptible. Sopla el viento y como es frío me cubro la cabeza con el cucurucho del impermeable que me he puesto. Tan fuente sopla el viento que según voy coronando me empuja para atrás y me cuesta trabajo andar. Por lo poco que hasta ahora he descubierto ya sé que esta tierra de aquí, no es demasiado quebrada. La repoblaron de pinos aunque han quedado muchos rodales sin pino ninguno. Es por donde la hierba cubre en una alfombra que da gusto verla. Tanta es la humedad que hay que incluso en esta cumbre, el terreno rezuma agua.

Ya estoy en todo lo alto. Una gran llanura con muchos pinos por ambos lados y empieza a bajar algo. Ya no me siento tan seguro y por eso empiezo a dudar de si continuar por la pista o venirme para la parte alta de algunos de

los picos que se me quedan por los lados. Pero no sé tampoco qué es lo que se me queda por los lados. ¿Y si el terreno es quebrado y me meto en él con esta niebla? Comprendo que tiene su peligro. Por aquí mismo empieza a nacer un arroyuelo. Corre dirección a la Loma de Úbeda. Repoblaron por aquí, entre los pinos y pegado a la pista, alerces. Unos cinco metros tendrán. La pista baja y aunque con un poco de recelo, la sigo. Canta ahora una totovía. Es como si de pronto se hubiera alegrado de algo y comienza a cantar casi con desesperación. Mientras continúo en mi lucha contra el viento, la espesura de la niebla y el frío, llego a un collado menor. Algo realmente bonito aunque de nuevo se haya cerrado la niebla y no pueda ver más allá de veinte metros. Descubro que en este punto el carril gira ahora para la izquierda, lado de Mogón. Por la derecha se me levantan unas suaves laderas pobladas de rocas, enebros y gamonitos. Por unos segundos, como si se tratara de una fina cortina, la niebla se corre para dejarme ver algo más el paisaje y vuelve a cerrarse. Sigue lloviendo.

Por lo que intuyo ahora creo que me encuentro en la vertiente que cae para el Guadalquivir. Por esas honduras sé que debe haber muchas nieblas. Como el viento sopla fuerte, la viene empujando y al tropezarse con esta cumbre pues la envuelve como si se tratara de un juego. Mientras no se vacíen los barrancos de nieblas no desaparecerán de estas cumbres. A pesar de todo, el poco paisaje que mis ojos pueden captar, es precioso. Y por este redondico y empapado collado aun más. En la dirección que se va la pista, desde el collado, va naciendo un arroyuelo. Sé que este arroyuelo tiene su fuente algo más abajo y sé que esta fuente y parte del arroyuelo, se llaman de la Música. Fuente y arroyo de la Música. Nombre realmente bonito y que por primera vez me lo encuentro en las sierras de este Parque Natural. En ningún otro sitio está colocado este nombre. Y en cuanto a lo de Música, pues fíjate qué poético, a la vez que sencillo y repleto de belleza. Una fuente que tiene música o que emite música mientras mana de la tierra y se va por el arroyuelo. Y además es una fuente cristalina brotada precisamente en el corazón de las cumbres más altas de estas sierras. En un día como el de esta mañana ciertamente que la realidad es singular.

Por la izquierda, a través de la niebla y en forma de silueta por donde destacan los pinos, voy viendo un morro alto. También sé que este morro es el de Roblehermoso. Donde plantaron el punto geodésico que está penado por la ley, su destrucción. Todo esto sé pero no conozco el terreno de estas cumbres donde me encuentro y me tapan las nieblas. Por la izquierda, el morrete que se me va levantando desde el collado, todo rocas blancas, sin vegetación alta pero sí con mucha agua por el terreno. Las matas de los gamonitos chorrean a la niebla que en ellas se va quedando trabada. Me aparto de la pista. No quiero seguirla mientras no esté seguro del paisaje por donde se mete y me meto. Así que me vengo por la ladera del morrete de la derecha, busco un refugio entre algunas rocas apropiadas y frente al día tan denso de niebla y cara a los pueblos de la loma, me pongo. De pronto he

pensado que a partir de media mañana o medio día será cuando se levantarán las nieblas. Así que como no tengo prisa me parapeto contra estas rocas y dejo que transcurra el tiempo.

Una hora ha pasado ya y aunque de vez en cuando se abren las nieblas y por momentos mucho, no se van todo lo que me gustaría. Es la una menos cuarto. Me subo a lo más alto del morro. Por un momento se abren las nieblas y ante mis ojos se presenta lo impresionante. Resulta que he venido a refugiarme justo al borde mismo de un voladero. El que cae desde el pico Correderas para el gran barranco de la Ermita Jesús del Monte. Una muralla rocosa que en paredes lisas desciende hacia el barranco por donde también vuelan algunos buitres y graznan las grajas. Al otro lado de Jesús del Monte y por las lomas que van subiendo desde el río para la loma de Villanueva, se presentan los bosques de olivos. Preciosos casi a través de la niebla y los rayos del sol que los bañan por algunos puntos. Miro ahora para el lado del sol de la tarde, por donde sigue la pista que hasta por aquí he traído. Al fondo descubro una llanura, un par de álamos clavados en la tierra y ya cubiertos de hojas. Por lo poco que he podido ver el rincón me resulta bonito de verdad. ¡Ojalá se despejara y me dejara en plenitud!

El viento sopla fuerte. Me muevo un poco por lo más alto de este morrete y contra otra piedra me resguardo. Se me han quedado heladas las manos, la cara y las orejas. Pero ahora ya intuyo que sólo por esta cumbre hay niebla. Por los barrancos del Guadalquivir todo está despejado. Se abren otra vez y ahora puedo divisar los pueblos de la loma. Villacarrillo, Iznatoraf y Villanueva. Por allí hasta luce el sol. Mientras sigo esperando dejo que mi mente se recree en Dios. Mucho tendría que decirle yo en este momento, sobre esta cumbre y con una mañana como esta. Pero como bien sé que Él conoce mejor que yo lo que estoy viviendo, sólo me sale decir: ¡Dios mío, aquí estoy y en carne y hueso!

A la una y media de la tarde se despeja por completo. Me bajo del morrete, llego a la pista y me pongo a recorrerla en dirección a los álamos que veía al fondo. Ya he visto que el camino sólo lleva a las llanuras de esta cumbre. Lo que yo buscaba cuando esta mañana daba comienzo a la ruta. El viento ahora me quiere parar. Me llega de cara y por eso a cada paso que doy me empuja para atrás. Por la Loma de Úbeda el sol reluce con una luz mágica. Se han levantado por completo las nieblas. Pero el cielo se ha quedado densamente nublado y con nubarrones muy negros. Continuo recorriendo la pista. El paisaje es impresionante bonito. Creo que paso ahora por donde el arroyuelo de la Música, el de la fuente, ya va corriendo algo. Ni lo advierto porque llevo mis sentidos algo helados por el frío. Voy ahora más pendiente de llegar a los álamos y a las ruinas de las casas que sobre la loma resaltan. A un lado y otro me voy dejando atrás un buen bosque de majuelos. En cuanto avanzo algo más ya estoy en una hondonada. Por ella mana una fuente y aquí han puesto unos tornajos. No son los típicos de madera sino de

cemento y ladrillos, construidos en forma de pilas. Como ya sí se han levantando las nieblas por completo me siento bien.

Con calma saco una foto de estos tornajos, los álamos y la hondonada. Cuento y me salen doce pilas donde el agua se estanca y está clara como el mismo viento. Junto a estos tornajos, ya lo he dicho, crecen varios álamos, muchos majuelos, algunas nogueras y otros árboles frutales que son cerezos, ciruelos y membrillos. Este rincón es primoroso. Y ahora después de las nieblas, pues todavía parece más hermoso. Sale el sol. El chorro de agua que le entra a estos tornajos viene de la cumbre de Roblehermoso. Es lo lógico. Unos metros más adelante, más tornajos. Estos son cuatro construidos de chapa, una bañera y la última parece una barca. Otra vez más me parece realmente bonita esta hondonada al final de la pista. Porque de aquí para adelanta ya no hay pista. Hasta el mismo cortijo de la Muela Alta, las construcciones que estoy viendo coronando en la cumbre, se puede llegar con coche porque el terreno es llano y sin rocas pero la pista ha desaparecido.

Desde los tornajos subo un poco y ahora me doy cuenta que esta pequeña loma se enfrenta a la cara sur de Roblehermoso. Hay por aquí una porción de tierra de buenísima calidad. Por delante del cortijo y mirando para Roblehermoso, tres o cuatro nogueras grandes y unos almendros. el cortijo es grande. Con apariencia de haber sido habitado por tres o cuatro familia. Sobre el tronco de una de estas nogueras varios sacos de lana. Nadie me lo ha dicho pero creo que es la lana que le quitaron a las ovejas del pastor de la Tobilla cuando la esquilaron el año pasado. Este producto ahora ya casi nadie lo quiere y por eso no logran venderlo y cuando lo consiguen le pagan una miseria. Esta casería tiene como una calle que va recorriendo las distintas viviendas pasando por delante de todas ellas. Se entra, entro yo, subiendo desde el lado de la fuente de la Música dirección a Bardazoso. Cuento y me salen cinco puertas. Al menos otras tantas familias puede que vivieran aquí. Cada una de estas puertas daba entrada a una vivienda. Ahora ya ni dan entrada ni sirven para nada porque ni siquiera hay puertas que cierren o abran. el cortijo está derribado de igual forma que casi todos los cortijos de estas sierras: por el tejado y las paredes que sostenían las vigas. Las otras paredes, las que sostenían a las puertas y ventanas, aun permanecen en pie.

La vivienda fue construida en un solo bloque. Es decir, unidas todas entre sí y sólo separada por una pared. Sin embargo, por el lado que pega a la loma que hay por detrás, se ven algunos trozos de cortijo donde todavía encierran animales. Por el lado que mira al Torraso, otra vivienda que serían las pocilgas o corrales, otra noguera más y algo separado de las ruinas, la construcción reciente de un edificio en forma de vivienda modesta. Tiene apariencia de casa de recreo. Una más de tantas con en estos tiempos se construyen los que pueden para vivir sus temporadas en el campo. La

segunda vivienda es como la llaman ahora. Así son las cosas en este mundo. Muchos sin nada y otros acumulando y acumulando. A esta nueva construcción le han puesto una puerta de hierro pintado con minio color naranja. Por la ventana se ven sillas dentro y señales de ser habitada en algunos momentos.

Sigo la ruta y ahora descubro que por detrás de este cortijo, el que antiguamente construyeron remontado sobre el morrete y por eso le pusieron casa de la Muela Alta, el terreno se abre cada vez más llano, tapizado de hierba y con tierra de gran calidad. El viento sigue soplando con fuerza sin dejar de ser frío y lucha conmigo mientras remonto a lo que parece una era. No lo es porque la extensión es tan grande como tres campos de fútbol. Este terreno es la ladera norte de un morrete que por aquí se levanta, conocido con el nombre de El de la Moneda y tiene 1375 metros de alto. En cuanto avanzo unos metros más ya es vertiente al río Aguascebas Grande cuando éste corre a la altura del poyo del Moro. Sigue abierto el horizonte. Es decir, sin nieblas y por eso en la panorámica puedo ver toda la gran Loma de Úbeda, el pueblo de Iznatoraf, Villacarrillo y aun más. Aquí más cerca de mí y sobre la cima de la Muela, tengo un par de cañadas que caen para las Cebadillas y otras para el Guadalquivir hacia el lado de Villanueva.

Desde la gran llanura que decía se extiende por detrás del cortijo, la inclinación del terreno empieza a caer pero muy suave aunque con muchas piedras ahora. Es la cimbra que viene subiendo desde los acantilados que se enfrentan a los del poyo del Moro que sobre estas cumbres, ha quedado muy disminuida y con las rocas bastante erosionadas. Voy entrando por la cabecera de una preciosa y larga cañada. A la mitad, más o menos de ella, veo las ruinas de otro cortijo. A esta cañada y cortijo se le conoce con el nombre de Campallo. El apellido de los que vivieron en el cortijo. Los rayos del sol se escapan por entre los rotos de las nubes y se derraman, en manchas más o menos grandes, por las lomas de la gran sierra que piso, las laderas y barrancos y como el paisaje está mojado, brilla con una alegría que es única sobre la tierra de los humanos. Las cumbres por la cuenca alta del Aguascebas Grande todavía quedan arropadas por espesas nubes blancas que yo no son las mismas nieblas de esta mañana. No deja de soplar el viento con la fuerza casi de huracán y el frío es casi el de la nieve en pleno invierno. ¡Qué día el de hoy!

Me vengo un poco para el lado de Villanueva para así ir recomponiendo la panorámica mientras avanzo, y de ensueño la visión. Por el terreno, además de las rocas blancas que se desmoronan por este filo que antes decía, crecen espesas las cornicabras, todavía desnudas de hojas. Estos arbustos se cubren de hojas nuevas cuando ya la primavera está algo avanzada y el clima se vuelve casi caluroso. Ando y a veces creo que me encuentro con la senda. En otros tiempos debió ir por aquí una senda pero ahora lo que se parece a la senda que siempre voy buscando cuando surco

estas sierras, no son nada más que las veredas que trazan las ovejas cuando recorren estas tierras. Como ahora el terreno está muy empapado de agua el barro se les queda en las pezuñas y al pisar luego sobre las rocas las dejan manchadas de este barro. Así, aunque no haya senda, a veces parece que sí la hay porque las ovejas dejan muchas señales por donde pasan. Pero aunque no sea la vereda que me gustaría, sigo la que creo más importante entre las que por aquí me voy encontrando y así avanzo. Voy ya atravesando el cinto rocoso que antes describía y ahora también me creo que por aquí trazaron una escalera para poder pasar de un lado a otro cortando este cinto.

Descubro que este monte se divide en dos cañadas. Una va para Villacarrillo y la otra para Navazalto. Casi en la misma dirección pero abriéndose en un ángulo de unos veinte a veinticinco grados. Al final de esta muralla rocosa, el pie de ella misma, descubro una cueva menor. Una raja honda abierta en la gran roca y de ahí mana un buen caño de agua. Un manantial tan bonito que me deja asombrado. Hoy sale por aquí un caño tan grueso como la pierna de una persona. Como enseguida hay tierra llana y con mucha hierba, para que el agua se vaya por su arroyuelo, le han hecho un surquito. A lo largo de este surco y separados entre sí por una distancia de metro o metro y medio, van apareciendo pequeños charquitos. Los has hecho expresamente para que el agua se embalse y puedan beber las ovejas. Ha sido el pastor que por aquí da careo a su rebaño. La pequeña miniatura realmente es bonita. Como si se tratara de un juego sin tener que buscar más elementos que los que la propia naturaleza regala. Para encontrarme más íntimamente con ella bebo unos tragos y continúo. A tan sólo unos metros el agua se va introduciendo en la tierra hasta que se pierde por completo.

Siguiendo ahora el surco del arroyo ya sin agua continúo yo buscando el corazón de la preciosa cañada que es por donde están las ruinas del cortijo. Por el suelo me encuentro muchas hozaduras de jabalíes y son muy recientes. Las observo y descubro que donde ha nacido una planta, creo que es una especie de orquídea concreta, ellos han hincado su jeta, han levantado la tierra y se han comido el bulbo que tiene abajo. No estoy seguro que sea una orquídea pero sí descubro que siempre es la misma planta. Y no han dejado ni una. Como si acaso hecho se hubiera propuesto acabar con esta especie herbácea. Debe ser un bocado exquisito para ellos y por eso desechan todas las demás y se quedan sólo con esta. Se comen de ella sólo la cebolleta que tiene enterrada, las hojas y el tallo, lo dejan desechado. ¿Cómo se llamará esta planta?

Mientras sigo bajando para encontrarme con el final de la cañada, al ir atravesando el paisaje me voy diciendo que por entre estas rocas seguro se abren muchas cuevas. Tiene pinta este paisaje de eso. La vegetación que más abunda son cornicabras y majuelos. Cada vez la hondonada es más bonita. Esta tierra fue sembrada por ellos. Su tono es color rojo, casi negro. Ya llegando al cortijo la cañada se ensancha. Ahora mismo el día está mucho

más abierto. No sale el sol por completo pero ya no tiene pinta de lluvia. Las nieblas se han levantado. el cortijo me lo encuentro casi al final de la cañada, donde la tierra es buenísima también pero ya se ha estrechado esto. En la misma puerta y antes de llegar un buen rodal de tierra llana y con mucho estiércol. Cría ahora mismo muchos cardos, ortigas y otras plantas propias de terrenos muy estercolados. Con el respeto y el cariño que siempre me inspiran las ruinas de cortijos como este, me pongo a curiosear y descubro que hubo dos o tres viviendas. Lo construyeron con sólo dos aguas pero largo. Lo único que le queda ahora son algunos metros de paredes, trozos de tejas, muchas piedras desparramadas y soledad.

Como nada puedo hacer en favor de lo que por dentro siento, sigo y ahora me remonto para la loma que le queda por la parte de atrás. No es muy alta ni tiene mucha extensión por eso enseguida descubro que la loma separa a otro valle que es también tan bonito o más como el que vengo recorriendo. Por la parte alta de este valle pasta un rebaño de ovejas y por la parte de abajo, comen monte algunas cabras blancas. Se le conoce a este rincón con el nombre de cañada de la Cierva. Observando a las ovejas por un momento dudo si venirme para donde pastan y buscar al pastor para preguntarle cosas. Pero sigo bajando por lo más alto de la loma buscando el balcón que presenta al final, frente al Bigarral y la umbría del poyo del Moro. Mientras ahora recorro el puntal me doy cuenta que la vegetación que por aquí crece son sabinas, rocas caliza en forma de losas, muchos gamonitos, tomillos, mejorana, cornicabras, majuelos y las plantas herbáceas.

A las tres menos veinte estoy ya al final de la cañada donde encuentro las ruinas de otro cortijo. Ahora veo que aunque por la parte alta sí manaba mucha agua, por aquí no hay ni gota. Me vengo para la derecha buscando lo más alto del puntal. El paisaje sobre el puntal ahora se ha tornado casi pura lancha. Muy complicado de andar por la abundancia de rocas y la vegetación arbustiva. Sobre el puntal, a la derecha según vienen las aguas hacia el río Aguascebas Grande, construyeron el cortijo y no tiene aspecto de que fuera demasiado grande. Lo dejo para cuando vuelva para atrás y ahora termino de asomarme al balcón que ofrece el final de la loma. De pronto las rocas se cortan casi en vertical dando lugar a un gran voladero y sobre el mismo borde me siento. Quiero observar y gustar despacio el paisaje que me queda frente. Lo describo sin que de ninguna manera llegue a expresarlo con la exuberancia y grandeza que entra por mis ojos.

Lo que más destaca es la cascada que el arroyo de Gil Cobo tiene cuando cae por la Tejea. Es grandiosa hoy porque como ha llovido mucho el cauce trae una gran crecida. Se ve todo el arroyo desde las cumbres de la Blanquilla Baja hasta la Herradura, que es donde se junta con el Aguascebas Grande. El barranco por donde este arroyo se precipita es de lo más asombroso. Imposible de recorrer si no se va acompañado de una persona esperta. El balcón donde estoy parado se enfrenta por completo a la

Cebadilla, el arroyo que cae desde el collado de la nava del Vilano para el Aguascebas Grande por el barranco del poyo del Moro. Puedo divisar todo el gran barranco del Aguascebas Grande cuando éste se desliza por debajo de Bardazoso, el poyo del Moro, las Cebadillas y el Bigarral. Son tremendas las laderas que por aquella umbría se elevan así como los voladeros rocosos, los poyos y los picachos que coronan. Son también tremendas las hondonadas que se despeñan por el barranco del Bigarral, las cumbres de Navazalto y los filos de los puntales por donde se abren las cuevas. La cascada de las Cebadillas, la que llaman el Chorro y es donde hay buitreras, también se despeña esplendorosa y queda resaltada con las aguas del río que salta por lo más hondo. Grandiosa la panorámica que desde este puntal se ve y más impresionante cuando ya se conocen las hondonadas y crestas que configuran todas aquellas sierras.

Durante largo rato observo sin pronuncia otra palabra que no sea la de acción de gracia a mi Dios. Gusto en calma y dejo que me bese tanto el viento como los rayos del sol y la soledad del momento. Hay que estar aquí para saber lo que se siente ante tan fabuloso espectáculo. Justo aquí mismo, a mis pies pero al final del voladero que me está sirviendo de balcón, tengo una manada de cabras. Son otras distintas a las que comían monte por la cañada de la derecha. Los chotos retozan saltando por las rocas. Peligrosísimo si resbalaran por ellas porque irían a parar a lo más hondo del río pero las cabras son animales amantes de estos riscales. Al sentir mi presencia, del voladero arrancan vuelo algunos buitres. Por aquel lado, cortijos del poyo del Moro, veo también unas cabras y varios hombres que andan por allí con ellas. Entre el voladero del poyo del Moro y el río, hay una ladera que va cayendo para el río y se le ve tan repleta de monte que da miedo sólo pensar en la dureza del paisaje. La sensación que tengo es que esa ladera nunca en la vida ha sido pisada por pie humano. Ahora menos porque el monte se ha espesado tanto, el terreno es tan rocoso y la inclinación de la ladera es tanta, que sólo es posible recorrerla como yo en estos momentos: con la vista y desde lejos.

Caigo en la cuenta de la leyenda, hermosísima y misteriosa y por eso, mientras gusto despacio el paisaje, la recreo por mi mente. “Desde el puntal que en la Muela tiene la cañá de Campallo se ve la umbría del poyo del Moro. La cubre un bosque inmenso y tan espeso que ni se puede andar por él. La senda ya se ha quedado tapada y perdida por entre el monte. Nadie la recorre. Pero por encima del monte, en forma de paloma blanca que se alimenta sólo del viento y el aroma que mana del paisaje, se le ve moverse. Lleno de la sensación más dulce y por eso como dueño de todo lo que en vida apeteció. Y se mueve sin estorbos ni el peso de lo que es materia. Sin encontrar barreras en ninguna dirección...”

Me quedaría en este balcón una vida entera pero tengo que seguir. Así que me vengo para la izquierda y desciendo a lo más hondo de la

cañada. Por donde ya ésta casi se convierte en arroyo o despeñadero para precipitarse por la gran solana hacia el río. Por debajo de las ruinas que decía antes hay un manantial. De ahí han cogido agua para llevársela a los olivos de la solana de Bardazoso. Ahora mismo sólo puedo ver los tubos de plástico por donde se llevan esta agua. Me encuentro con una senda. La sigo hacia lo hondo del barranco para reconocer un poco más el paisaje y de pronto, lo grandioso. Cuando ya la cañada es casi arroyo y éste cascada, las dos grandes paredes rocosas se juntan y ahí mismo se abre una cueva. Me quedo sin respiración al verla y por eso me acerco y adentro por entre los grandes bloques rocosos. Por aquí mismo mana otra fuentecilla de donde también han cogido el agua y se la llevan por tubos de plástico negro. Ya dentro de la cueva, advierto que es tan grande que puede cobijar un rebaño de más de quinientas ovejas.

Por su suelo hay muchas cagarrutas, casi medio metro y por su techo manan hilillos de agua. Unos chorrillos cristalinos que caen a unas piletas, por donde ha ido formando tobas y luego corre por el mismo corazón de esta cueva. Me adentro todo lo que puedo y ahora es cuando descubro que es aun más grande. Queda frente al poyo del Moro y con una cavidad que ocupa lo que sería una buena casa. Sé ahora que esta es la cueva del Arredraero. ¡Qué bonita es esta cueva! La gozo con la intensidad que puedo y salgo para seguir mi ruta. Subo por la cañada y enseguida me encuentro con la buena tierra. Las ruinas del cortijo que antes decía y por el lado del Torraso, unos tornajos. Son de chapa y hay nueve, en forma de artesa y otros son bidones partidos por la mita. Del agua que sale al final es de donde cogen la que se llevan por la goma más gruesa que antes me encontré. Sale de aquí un caño de agua tan gruesa como un brazo. Por arriba hay una alberca. Cuadrada y hecha de muro con cemento. Aquí recogían el agua para luego regar las tierras buenas que hay al final de la cañada.

Bebo un trabo, saludo las ruinas del cortijo, le doy mi cariño a las florecillas de los cerezos que por aquí clavan sus raíces y continúo subiendo por la cañada. Ya voy a regresar pero lo hago por el lado opuesto a la cañada que recorría cuando bajaba. Un poco antes de llegar a las ruinas del primer cortijo que encontré, me tropiezo con un pozo. Un pozo serrano que no son ni mucho menos parecidos a los otros pozos que por otros sitios, a veces, ha visto. Me alegro encontrarlo a la vez que me sorprendo y lo primero que me digo es que se parece mucho al Pocillo del Tío León. Me refiero al pozo que hay en los Campos de Hernán Pelea, por la preciosa cañada de Camarilla. Este pozo se parece al del Tío León. Lo construyeron redondo, revestido con una pared de piedra sin mezcla y al llegar al borde de la tierra, le siguieron levantando la pared hasta la altura de algo más de medio metro. Pero a esta pared le hicieron un portillo. Desde este portillo y atravesando el círculo del poco, le pusieron unas gruesas tablas que sirven como de escalón o plataforma para situarse en ellas y desde el mismo centro de la cavidad del pozo, sacar el cubo con el agua necesaria. Una forma muy ingeniosa, sencilla

y práctica que ellos inventaron para que así les resultara más fácil la tarea de sacar agua del pozo. Sólo he visto este sistema en este pozo de la cañá de Campallo y en el del Tío León, por Camarillas.

Cerca del brocal de este pozo hay una pileta también muy curiosa. Adivino que sería para vaciar en ella el cubo y que los animales bebieran. Pero como es una pileta tan redondica, con forma de cuna y pequeña, llama la atención. Por debajo de este pozo queda una gran llanura. Eran las tierras que sembraban. Sigo la ruta y en unos minutos vuelvo a estar en el manantial que me encontraba cuando bajaba, el de la pocetas en la tierra para que beban las ovejas. Remonto algo más y ahora, en lugar de atravesar el escalón de rocas que sujeta a la gran llanura por detrás de los primeros cortijos, me vengo por su borde, corona la loma que me sirvió de balcón frente al Bigarral y al volcar a la segunda cañada pero por la parte de arriba, me encuentro a las ovejas que veía hace un rato comiendo mucho más abajo. Ahora sí voy a tener oportunidad de encontrarme con el pastor. Lo llamo y miro despacio. No lo veo. Doy algunas voces llamándolo y tampoco oigo que me conteste. Miro para el lado de los tornajos primeros y por una veredilla que sube desde el barranco de la fuente de la Música, lo veo subir. La llamo y creo que me ha oído.
- Espera que voy para allá.
Le digo pero como ahora el viento vuelve a ser fuerte no estoy seguro que me halla oído.

Así que aligero el paso porque él lleva una dirección que más bien se va alejando hacia el collado de la Tobilla. Pero como estoy mucho más arriba, si me doy prisa creo que le puedo cortar el paso y cruzarme con él un poco antes de las dos fuentes de los álamos. Cruzo por entre las ovejas, rozo el espeso bosque de majuelos, piso las aguas de otro manantial que brota en la cañada que corre dirección a Villacarrillo y en cinco minutos ya estoy al otro lado, sobre el puntal por donde lo vi subiendo. Pero ahora no lo encuentro. Lo llamo y tampoco contesta. Pienso que se ha dado más prisa que yo y por eso debe estar ya casi en las dos primeras fuentes. Sigo avanzando con la prisa en los pies y en el cuerpo y al asomar por la loma y dar vista a las fuentes lo veo llegando a ellas, entrándole por la parte de abajo. Me doy más prisa mientras le corto terreno por lo más alto y cuando llego a donde la pista termina, frente a los cortijos de la Muela alta, lo veo que por el collado se escapa hacia la Tobilla. Lo vuelvo a llamar y ahora sí me oye. Se para y le digo:
- Espera que me voy contigo.

Recorro el terreno y en dos minutos estoy a su lado. Lo saludo y le digo que lo busco para que me hable del terreno que cabo de recorrer y entonces se pone y habla sin parar contándome que:
- Es que tengo que regresar porque en la tiná hay algunas ovejas que están pariendo. Como ya cae la tarde, dejo estas por aquí porque nada tengo que

hacerle y me voy para el collado de la Tobilla.
- Es la misma dirección que llevo.
- Pues vente conmigo y te voy diciendo lo que precises.
Y entonces le pregunto:
- En el cortijo que nos queda en todo lo alto, el de la Muela Alta ¿quién vivió?
- El Gregorio, Juan, el del Ángel y otra familia más. Yo no he conocido nada más que dos familias. Hace más de veinte años que se fueron de aquí. En el cortijo de la cañá que acabas de recorrer vivía el tío José Campallo. Luego se casaron los hijos y cada uno se fue por un lado. Todo se quedó arrumbao.
- ¿De qué vivían las personas por aquí?
- De las tierras. Antes lo sembraban todo de trigo, de cebada, garbanzos, maíz y otras cosas.

- ¿ Y la laguna de Muela?
- Pues aquí mismo la tenemos. En esta tierra también sembraban maíz.
Volcamos un poco hacia el collado de la Tobilla y antes nosotros se abre la inmensa laguna. Un hoyo en el terreno tan grande y más que un campo de fútbol donde hoy se remansa una gran charca. Por donde le vamos llegando se ven unos árboles y entre ellos los hierros de una noria. Bajamos unos metros y nos plantamos en el mismo brocal de esta curiosa y vieja noria.
- Cuando en aquellos tiempos se secaba el agua de esta laguna hasta calabazas sembraban ahí para engordar a los cerdos de las matanzas.
Ya junto a la noria:
- Hace unos veinte años una vez vine por aquí y un hombre le dio vueltas estos hierros y salió el agua por ahí, donde bebí pero después esto ya no ha funcionado más.
- ¿Se ha secado alguna vez el pozo de esta noria?
- Nunca. Ni invierno ni en verano.

El pozo donde aun se encuentra instalada la oxidada noria lo construyeron un poco fuera de la laguna. Al final de la ladera que cae desde la cima de Roblehermoso pero ya casi en la tierra llana de la laguna. Le pusieron una capa de obra tapando parte de la boca del pozo y le dejaron un cuadrado en el mismo centro. Ahí justo instalaron la noria que es una rústica maquinaria de hierro macizo. Tiene dos grandes ruedas dentadas no redondas sino hexagonales que van soldada a un eje que a su vez se sujeta a los lados del cuadrado que forma la boca del pozo. Las ruedas caen justo en el mismo centro de este cuadrado y, en otros tiempos y en ellas, debieron estar los canjilones que subían y bajaban para sacar el agua desde lo hondo hasta la superficie. Ahora ya no existen tales canjilones. Los dos extremos del eje quedan sujetos sobre dos gruesas vigas de hierro para que la máquina no se caiga dentro del pozo. De un extremo de este eje sale un hierro vertical y arriba tiene como un tubo cuadrado. Es ahí donde metían un mástil largo y en su punta enganchaban un burro o mulo que era el que daba vueltas alrededor del pozo. Con la fuerza que esta bestia generaba movía toda la maquinaria y los canjilones subían y bajaban llenos o vacíos de agua. A un lado del pozo

todavía se ven las piletas donde el agua se derramaba y se estancaba para que bebieran los animales. Hoy esta maquinaria está por completo abandonada, oxidada, con muchas piezas ya rotas pero todavía es bonita al borde de esta laguna. Por cierto: hoy esta laguna retiene un buen charco de agua por la parte más honda que es la que pega a la solana de Bardazoso. Y propiamente esta laguna no es otra cosa que una enorme y curiosa hoya, por donde la tierra de buena calidad se ha quedado retenida y por eso la hierba crece en ella formando un precioso y tupido manto verde.

- Lo que pasa es que este terreno es de varias personas. Ese hombre que sacó agua aquel verano de esta noria para que bebieran las ovejas, hizo un sondeo en el mismo centro de la laguna buscando agua pero no la encontró.
Miro y sí que veo el sondeo justo donde hoy las aguas se encharcan porque ese punto es lo más hondo de la laguna.
- Los enclaves son las tierras de labor. Por aquí hay muchos y también muchas lanchas. El hombre quería comprar esto para echar ganado y tener aquí un cortijo de recreo.
- ¿Y los árboles que hay junto a noria?
- Algunos son cerezos que este año me parecen no van a dar ni una cereza. Este año pasado, ese que es un ciruelo de esas colorás, sí dio muchas y se le ve que también este año tiene bastante pero estos que son perales y cerezos, mala pinta tienen.

Desde la noria de la laguna nos ponemos en camino y por la vieja senda que antes sirvió para entrar y salir al gran cortijo de la Muela alta, regresamos para el collado de la Tobilla. Pasamos por una cañada donde todavía se mantiene en pie una construcción de piedra. Se llama la Tapuela Vieja. Remontamos por una Asperilla y volcamos para la hoya del Morcón. Tomamos la pista de tierra que sube hasta el collado del Postre y en unos metros llegamos al collado de la Tobilla. Todavía durante un rato charlamos de algunas cosas más. De la repoblación de pinos que hicieron por los barrancos del arroyo del Chillar, la vieja casa de pastores que hubo en el collado del Ojuelo, donde este ahora amigo mío y su hermano vivieron durante mucho tiempo, de como vendieron luego las ovejas y se pusieron a servir y aunque trabajaban sin límite de horas no ganaban ni para comer, de los nombres por el barranco del Chillar, de como otra vez volvieron a estas sierras y comprando ovejas de nuevo se hicieron pastores de sus propio rebaño...

Y como cae la tarde, hace frío, llueve algo y a partir de ahora cada uno tenemos que dedicarnos a lo nuestro, nos despedimos. Quedamos en vernos pronto y así me lo traigo impreso en mi alma. Mientras me acerco al coche y antes de arrancar para alejarme del lugar, le doy gracias a quien de verdad ha querido y permitido que las cosas, el día y demás, hayan sido como han sido. Así que gracias, Dios mío.

30- Collado Sotillo de la Parra, molino de la Parra, Canalón de la Parra, collado de la Tejea

A los remansos del río
Distancia aproximada: 5 k.
Desnivel aproximado : 500 m.
Tiempo aproximado : 3 h. andando
Camino: carril de tierra y vereda en mal estado.

Esta ruta bien podría ser la ruta por excelencia, de la Sierra de las Villas. Quiero decir que si algún rincón de estas sierras se promocionara algún día para que los turistas hicieran senderismo, este rincón es el más bonito y el mejor para ello. También para hacer escaladas, practicar espeleología y navegación por las corrientes de los arroyos. Sale del collado del Sotillo de la Parra, que es donde arranca o muere, según la comencemos en este punto o en el collado del Pocico que es donde muere. Pasa por las ruinas del viejo y hermosísimo molino de la Parra, remonta por el Canalón de la Bruna y de la Parra, corona hasta el collado de la Tejea, desciende por el barranco opuesto al del Zarzalar que también se llama de la Tejea o del cortijillo de los Cortapijas, cruza el arroyo de Gil Cobo por un punto que se llama Puente Tijera, sube por el barranco del Zarzalar rozando las ruinas del cortijo de la tía Baldomera y le sale otra vez a la carretera asfaltada por el collado del Pocico.

El cortijo de la tía Baldomera, cuando escribía estas líneas, era sólo ruinas, comidas de zarzas y olvidado en lo hondo del barranco. Crecen por ahí y, todavía, varias nogueras, algunas parras y muchos ciruelos. En las tierras se mantienen los bancales que ellos acondicionaron para sembrar sus huertos de hortalizas, cereales y otros productos que necesitaban para su alimento.

En fin, quería decir que esta ruta es un recorrido precioso que en línea recta no llega a los seis kilómetros pero que tiene más porque no discurre en línea recta. Traza curvas y sube y baja a barrancos muy hondos y collados muy elevados. Desde menos de mil metros hasta más de mil trescientos. Este era el recorrido que tenía uno de aquellos viejos caminos de estas sierras. El que fue desplazado y anulado para siempre por la carretera asfaltada que ahora recorre toda la gran Sierra de las Villas. Desde la casa Forestal de la Fresnedilla, hubo un tiempo en que a caballo, venían hasta la casa forestal de Carrales para pagar a los obreros que por aquí trabajaban. Lo hacían montados a caballo y recorrían el camino que atrás he dicho. Pero antes de este tiempo, este camino lo recorrían muchos serranos para ir de unos cortijos a otros por las profundidades de estas sierras. Por eso decía antes que si algún día hubiera que rescatar algo para que los turistas se lo pasaran bien, lo que ahora llaman senderismo, la reconstrucción de este

tramo de la vieja senda, sería ideal. El trazado fue hecho por los serranos de aquellos tiempos y, durante muchos años, sirvió a la perfección para las necesidades que ellos tenían.

Y del molino de la Parra, ahora digo que sólo una familia vivía en este molino, con sus seis hijos. Dos varones y cuatro hembras. Siguiendo las aguas del río Aguascebas Grande, ya por las tierras de Bardazoso, había otro molino. El Puente Toba, que es como se llama. Era de uno que se llamaba el tío Justo. También se fue y luego se murió. El molino se cayó de viejo y ahí está pudriéndose en la soledad y el abandono. Este hombre sólo tuvo un hijo que se llamaba Hilario.

Cerca del Molino de la Parra también hay sitios con sus bonitos nombres. Algunos son los siguientes: Las Cuevas del Molino, el Lentiscar, el Ranchal, la cueva del Toro que está un poquillo más arriba, el Covacho de la Boda o de la Novia, el collado de Juan de Dios, el Sotillo, el Morro Mantas. Esto lo que rodea al molino por el lado del collado del Ojuelo. Por el otro lado: el Chorreón de la Bruna, que está enfrentico, la lancha de la Tejea, la Tejea, el poyo de la Arena. Por el Chorreón de la Bruna, cuando llueve mucho, cae una cascada grande. De las más grandes que existen por el lugar. A donde cae este chorreón se llama el Canalón de la Tejea o Canalón de la Parra, según nos encontremos más cerca de un punto o del otro. Por debajo está el Aguascebas. Un poco más abajo, por el río, se encuentra el charco Azul, cerca de las Ramblillas.

El Morro Mantas, nombre único en toda la sierra de este parque natural según yo tengo investigado, es el picacho que se ve desde la carretera, cuando rebasamos el collado de la Parra llevando dirección hacia la cueva del Peinero. Nos queda por la derecha, alzado por a las espaldas de las ruinas del bonito cortijo que también se ve desde la carretera. El arroyuelo que nace en el collado de la Parra y cae jugando con la pista de tierra que lleva al molino de la Parra, lo rodea junto con el otro arroyo mayor que baja desde el collado del Ojuelo. En el mismo centro queda este morro y según cae hacia el río Aguascebas Grande, por el lado que mira a las huelgas de la Parra, se abren las preciosas cuevas. Visto desde las mismas llanuras del molino el morro Mantas es impresionante por su altura y la reciedumbre de su figura.

A la cueva del la Boda o de la Novia le viene el nombre por una curiosa y bonita historia. Resulta que por el lugar había una familia que tenía varios hijos. No lejos vivía otra familia y unas de las hijas, novia de uno de los hijos de la primera familia, un día se casó. No se casó formalmente sino que el novio se la llevó. En estas sierras y en aquellos tiempos esto ocurría con frecuencia. Y la mayoría de las veces era por la escasez de medios que las familias tenían. No se podían costear los gastos de una boda y los novios se iban de la manera que fuera. También por la dificultad que encontraban los

jóvenes para tener entre ellos una correcta y aprobada relación amorosa. Los padres, tanto de ella como de él y en muchas ocasiones, se oponían a estas relaciones por creer que no eran las indicadas para su hija o hijo.

Pues aquel pastor se llevó a su novia y la guardó en un covacho por allí cerca. Al caer las tardes, el joven marido, de la casa de sus padres cogía alimentos, en más cantidad que otras veces y se iba. La madre lo notó y un día le preguntó:
- Parece que te echas mucho.
Él le dijo:
- Es que tengo hambre.
Y la madre:
- Parece que te vas muy pronto y vuelves muy tarde.
El muchacho le volvió a responder:
- Es que a las ovejas hay que cuidarlas y como están lejos no puedo volver pronto.

Pocos días después se supo que lo que este joven cuidaba era a la novia que la tenía metida en la cueva. Se la había traído y en aquella soledad y oscuridad, celebraron la unión matrimonial como pudieron. Desde aquel día los jóvenes vivieron juntos y como todo el mundo se enteró de la historia, a la cueva le empezaron a llamar de la boda o de la novia. Todavía sigue en el mismo sitio, se le conoce por este nombre y ciertamente que es bonita.

Y ahora que voy a dar comienzo a la descripción de la ruta anunciada, quiero poner aquí una curiosa anécdota que también ocurrió por estas sierras. Muy pocas personas de este lugar, los de antes y los de ahora, la conocen porque se dio bastante al margen de ellos pero como fue cierta y refleja a la perfección lo que muchas de las personas venidas de fuera, pensaban y siguen pensando de los serranos que poblaban estas sierras y el resto del gran parque natural, la pongo. Es ilustrativa, al menos para mí, de la represión y desprecio que sufrieron las sencillas personas que habitaban en los cortijos o covachas de estas sierras. No daré ni nombres ni fechas para mantener en el anonimato lo que no interesa y sacar a la luz lo que sí interesa.

Resulta que, cuando ya andaban colonizando estas sierras y por eso, expropiando tierras, derribando cortijos, trazando carreteras, sembrando pinos y cortando maderas, uno de aquellos venido de fuera, pez gordo, como se dice y lo era en verdad hasta en su configuración, iba un día por unos de los viejos caminos. Montaba en su caballo, desde el cual daba las órdenes, reprimía a los que, según él, no tenían cultura y ejercía de dictador sobre cualquier ser humano que se le pusiera delante. Pues se pararon a comer en cierto lugar y estando rodeado de los que le cortejaban y temían, preguntó:
- ¿Qué sabéis de fulano?
El más próximo le dijo:

- Pues que tiene pereza hasta para ir al pueblo y arreglar los papeles.
Y nuestro hombre:
- Tiene una pereza detrás de otra. Mira que yo duermo pero él me gana porque se pasa el día en la cama. Así son todos los serranos que pueblan estos montes y luego se quejan que vengamos por aquí a meternos en sus vidas.
Y el hombre se quedó tan pancho y mandando sobre los demás, desde su caballo, su prepotencia y la cultura que había adquirido en la universidad.

La ruta

Desde la carretera, la casa forestal de la Parra, no se ve. Un trocico de pista de tierra se aparta desde la carretera asfaltada y sobre un morrete, a mita de la cañada entre el collado del Ojuelo y el morro Manta, se alza. Conforme se le llega, tiene un pilar rectangular con un buen caño de agua incluso en los años de mayor sequía. Este pilar está dividido en dos partes. En la más pequeña, pusieron la losa para lavar la ropa. La lavadera, que es como se le llama en mi tierra. Se puede leer una inscripción en el cemento: "año 1955".

La puerta de esta casa forestal, mira hacia el molino de la Parra. Tiene su porche construido de piedra, como otras muchas casas de este tipo levantadas por estas sierras. Por el lado que da al arroyo que baja desde el collado del Ojuelo, tiene una entrada grande. Da paso a un patio. Es el mismo estilo que las otras casas que conozco. Dos cuerpos de viviendas y un patio interior a donde daban las puertas de las viviendas. Por la parte de atrás, mira al collado del Ojuelo y tiene tres ventanas. Una de ella está abierta y se intuye que fue la cuadra. Le excavaron como una trinchera a su alrededor, más por el lado que da a la carretera y al darle la vuelta, se vuelve otra vez al pilar.

Desde esta casa y hacia el río Aguascebas Grande baja un puntalete siguiendo el surco del arroyo. Sobre él y en el más bonito punto, todavía están las ruinas de uno de aquellos cortijos. Así que la casa forestal la vinieron a construir a la vera misma del cortijo serrano. Más abajo de este puntal y las ruinas dichas, la tierra llana, las ruinas de otro cortijo, el morro Mantas y por detrás, el surco por donde desciende el río. En este mismo puntal y cerca de las ruinas del cortijo, todavía se ve la era donde ellos trillaron y aventaron las cosechas que sacaban de las tierras. Ruinas de dos cortijillos más, algunas parras, varios álamos y las acacias que sembraron los que rescataron a estas sierras de aquellos serranos. Una de las parras se engarba en un almez y éste, tiene ya amarillos sus frutos. Cuelga de ella buenos racimos de uvas negras.

Y nos vamos al collado del sotillo de la Parra. Un trozo de carril de tierra se aparta de la carretera y por él, entran los coches. En un rellanete dejo el mío y me pongo en marcha para hacer la ruta que vengo anunciando.

Nada más arrancar una vista muy bonita hacia toda la cañada que baja desde el collado del Ojuelo. Rozando las ruinas de un buen cortijo, pasa la pista de tierra. Este cortijo se llamó sotillo de la Parra. Las tierras llanas que le rodean forman un precioso soto y como no es muy grande, se queda en sotillo. Nada tiene que ver con los que cantan zarzuelas porque los que aquí vivieron derramaban el sudor labrando la tierra y desconocían ese otro mundo, que aunque culto e importante, a ellos no les hizo falta para nada. Tampoco cuando ya no están y han pasado tantos años.

La pista está cortada con una cadena y en cuanto rebasa las ruinas, se encuentra con siete o ocho buenas higueras. Tienen muchos higos. La pista se hunde hacia el surco del arroyo. Muchos álamos, zarzas con sus ramilletes de moras y otros asilvestrados árboles frutales. Una bandada de palomas levantan vuelo al tiempo que se oye el berrido de algunos ciervos camuflados en los montes que rodean. Le construyeron un puente para que la pista cruzara el arroyo y sigue bajando por este lado derecho del cauce. También es por el lado norte del morro Mantas. Muchos pinos y romeros por esta solana, mejorana y zarzas. Junto al cauce, de vez en cuando, algunos rodales de buenas tierras. Son las que ellos sembraron durante mucho tiempo.

A unos metros arroyo abajo, otra buena llanura con tierra buena. Ahora sólo cría juncos y helechos que se están secando porque el otoño se acerca. Por el arroyo, que ya he dicho baja desde el collado del Ojuelo, corre un buen caño de agua. A unos seiscientos metros de las ruinas sotillo de la Parra, una casa reconstruida. Queda remontada sobre un puntal y enfrentada al morro Manta, el que protege al sotillo de la Parra por el lado sur. Tiene antena de televisión y teléfono, está bien arreglada pero hoy no hay nadie en ella. Es en este punto y casa donde muere la pista. Las personas de las ciudades, los que pueden, se vienen a los bosques y se traen con ellos toda la modernidad y comodidad que tienen en las ciudades. Es una incongruencia y por eso, a la larga, las cosas no casan pero ellos se echan para adelante creyendo que tiene que ser de este modo y no de otro.

Sigo la ruta porque el proyecto es ir hasta el molino de la Parra y por eso me vengo para el lado del arroyo. Por aquí ya son dos. El que viene del collado del Ojuelo y otro más corto que baja desde un pico que tiene 1347 m y es por donde se encuentra el pino de la Centella. Sigo la vereda menor que sale por detrás de la casa, baja al arroyo, cruza el cauce por un puentecico de dos troncos de pino y entro a una gran llanura. Tierra muy buena, con mucha agua y ahora comprendo el por qué de la casa sobre el puntal. Donde había un puñado de tierra buena y agua, allí se establecían ellos y fundaban un hogar. Fue huerta esta tierra y por eso los membrillos, ciruelos, parras y cerezos todavía están por aquí y hasta con su buena cosecha. La llanura se remansa donde los dos arroyos se juntan, por detrás del morro Mantas y un poco antes de caer hacia el Aguascebas Grande.

Por donde el cauce se escapa hacia el río, sigue la senda y se distingue bien. Me voy por ella y hoy tengo que apartar mucho monte espeso para pasar. Desde que ellos se fueron las zarzas, los pinos y los bujes han crecido sin reparo ninguno. En cuanto recorro unos metros más, el cauce se despeña por un angosto y empinado corte rocoso y busca al río. Sin pretenderlo le voy a entrar al molino de la Parra por el lado más bonito y justo por donde se abre la cueva de la Boda. Por un momento temo no poder seguir porque la senda se ha roto mucho y la caída es tremenda. Veo que la senda fue sujeta con piedras sobre la inclinada pared rocosa y todavía se conserva bien. Ya se ve el río, una gran llanura junto a sus aguas, las ruinas del molino que vengo buscando y muchos álamos.

Aparto los lentiscos y los bujes y de pronto, me encajo en la misma covacha de la Boda. Un gran hueco hundido en la pared rocosa que cae hacia el Aguascebas Grande y hasta con su baranda de palos y todo. Es obra de aquellos tiempos y con estos mismos palos construyeron la puerta que cierra la cerca que rodea la cavidad de la cueva. Es muy grande esta cueva y desde luego, bonita y como un gran balcón frente al surco del río. Queda cubierta por las verdes ramas de varias higueras, tres lentiscos y algunos pinos que coronan. Caigo en la cuenta que esta covacha, además de para aquella boda, ellos la usaban para encerrar animales. Complicado era meter aquí a los animales porque se abre en una pendiente muy pronunciada pero ya sé que en aquellos tiempos, ellos daban utilidad a todos los covachos que encontraban por la sierra.

Pegando a la pared, la senda sigue bajando y para continuar por ella, tengo que agacharme por entre los lentiscos. Temo que de pronto, la pared se corte en vertical y ya sea imposible avanzar pero también tengo cierta esperanza de lo contrario. Desde el río grande y el molino que busco, seguro que ellos subían a esta cueva y por eso tuvieron que hacer alguna vereda para escalar esta ladera. Así que sigo y unos metros más abajo, sobre la misma pared rocosa, me tropiezo con otra covacha. Es más pequeña que la primera pero también grande y bonita. Me doy cuenta ahora que esta pared rocosa se fue formando, en parte, por la caída de las aguas que bajaban por los arroyos. Las calizas se fueron cuajando y bajo ellas se quedaron las cavidades en forma de cuevas. Esta segunda es una cueva muy bonita. Se forma una gran bóveda dentro y la entrada no es muy grande. Queda bastante camuflada con las higueras y las parras que aquí mismo crecen.

La senda ahora se pega más al surco del arroyo que lo llevo por la derecha mía y aunque tiene su peligro por lo agreste y poco visible de la senda, se puede andar. Otra cueva más, la tercera y también muy bonita. Se abre al final o en la base de esta empinadísima pared rocosa. Ya está en tierras más llanas y por eso le construyeron una pared de piedras sueltas, en forma de corral, por delante de su cavidad. Las señales son claras de haberla

usado para encerrar animales. También hicieron lumbre en su interior y por eso las paredes están negras. Unos metros más abajo me tropiezo con la cuarta cueva en esta pared rocosa. Tampoco es despreciable y como ya se abre donde la inclinación es menos, por delante tiene bancales tallados en la tierra. Señal de que ellos sembraban estas tierras y seguro las regaban con las aguas que bajan por el arroyo.

A partir de este punto ya es muy fácil descender. Se salta de un bancal a otro y como es tierra, los veredillas de los animales ayudan en la bajada. Muy buena tierra tienen estos bancales y por eso, en su cibantos, crecen todavía muchos árboles frutales. La reguera o acequia que traía el agua del arroyo y la iba repartiendo por toda esta ladera convertida en huerta, todavía se ve aunque rota y sin agua. Los bujes y las zarzas son los que ahora se han adueñado de estas ricas tierras. Las higueras todavía tienen higos.

Recorro unos metros más siguiendo el espigón rocoso que cae desde lo más alto y antes de encajarme en la ribera del río, me asomo para mi derecha. En lo hondo siento el rumor de la corriente del Aguascebas Grande y al asomarme descubro la enorme profundidad que hay desde donde estoy hasta el río. Las aguas, por aquí, han tallado un hondísimo y agreste cañón rocoso. La sierra se acaba y como el río tiene que seguir bajando, se ha llevado por delante todo lo que ha encontrado aunque sean paredes rocosas con más de doscientos metros de altura. El Aguascebas Grande, por aquí, ha tallado un laberinto grandioso. Me gustaría mucho tener tiempo para meterme por la corriente de este río y desentrañar la escondida belleza por donde avanza. Me gustaría mucho pero de lo que más carezco ahora es de tiempo y de libertad. Quizá de este modo sienta más viva la necesidad de interiorizar cada metro que piso y bocanada de aire que respiro. Así son las cosas y nada puedo hacer para cambiarlas porque en mis manos no tengo más poder que la voluntad de Dios.

Me aproximo a la llanura que sube desde los bordes del río. Por aquí me tropiezo con la pista de tierra que, desde la carretera asfaltada, baja hasta la casa del viejo molino. Se nota que esta pista fue arreglada uno años atrás. La casa de este viejo molino la compraron personas de fuera de estas tierras y la arreglaron un poco. También tuvieron que arreglar la pista para entrar con los coches. Pero como la sierra tiende siempre hacia su estado natural y salvaje, ahora esta pista, por aquí, está rota por completo. Las aguas han corrido y se han llevado por delante las alcantarillas, el trazado de la pista y todo lo que ellos acondicionaron para entrar con los coches. Por algunos tramos, lo que antes fue pista de tierra, ahora es un profundo arroyo por donde corren las aguas cuando las lluvias caen.

Este arroyo que ahora me encuentro por aquí, antes del molino, es ya la suma de los dos que recorrí al comienzo de la ruta. Por donde están las cuevas, y según bajo, por el lado de la cueva del Peinero, se despeña y por

eso decía, que las cuevas de formaron de la cal que las aguas han ido cuajando en la cascada. De las cuevas para abajo tiene un trozo que es pura maleza. La espesura de las zarzas, los bujes, los romeros y otra vegetación es tanta que ni se puede andar por ahí.

Recorro la pista y en unos metros ya estoy pisando la llanura que rodea al molino que vengo buscando. Por la derecha y ahora muy cerca, me queda la gran cerrada del molino de la Parra. Al volverme para atrás y mirar despacio me asombra la robusta y pétrea figura del morro que he descendido. Queda recortado en el azul intenso del cielo y como ya el otoño está a dos pasos, muchas matas tienen sus hojas teñidas de naranja y ocre. Una vista preciosa y conforta plenamente.

Siguiendo la pista ahora subo un poco en sentido contrario a como corre la corriente del río. Conforme voy llegando al molino, a la izquierda del río, se me presentan las ruinas. Lo construyeron al borde mismo de las aguas y donde la tierra esta más llana. Le sigue rodeando un buen bosque de álamos, muchos membrillos, granados y parras. Todos están repletos de fruta. Son los árboles que dan sus frutos en el otoño y como ahora ya no la recoge nadie, pues aquí está. También sembraron ellos por aquí algunos cerezos.

Llego a las ruinas y lo primero que compruebo es que lo levantaron justo mismo donde el río tenía el mejor vado. Al otro lado del río, hacia la Bruna y el collado de la Tejea, sigue todavía el valle. Descubro que es una llanura muy grande y de tierra buenísima. Tenía mucha tierra y de la mejor calidad este molino. Por esa llanura, ahora sólo descubro pasto, juncos, algunos árboles frutales entre los bancales y rodeándola, muchos álamos, fresnos y robles en los que se engarban las parras.

Unos metros todavía antes de llegar y me encuentro una de las piedras del molino. Se ve que la arrancaron, la desplazaron de su sitio y la dejaron por la llanura de la puerta. También están aquí las aspas de hierro sobre las que caía el agua y con su fuerza giraban dando movimiento a toda la maquinaria del molino. Alguien las arrancó de su sitio, se las trajo hasta esta llanura y junto con la piedra, por aquí las dejó. Seguro que quisieron llevárselas y por lo que fuera, luego las dejaron aquí. El hierro de las aspas está muy oxidado y por eso creo que ahora ya no pueden servir para otra cosa que para adornar. Las pongo sobre la misma piedra que en el molino molió tanto trigo y le hago una foto. También a mí me apetece llevármelas pero en fotos para así no olvidarlo nunca.

Según me acerco a la casa me encuentro una puerta de hierro. A la altura de una persona, esta puerta tiene una mirilla con sus rejas y todo. Me sorprende verla tan nueva, con sólo un cerrojo que corro y entro sin ningún problema. Es la estancia de la vivienda que la restauraron lo que compraron

este molino. No es muy grande y según se entra, al fondo tiene la chimenea. Por encima de ella, una pequeña cámara sin tabiques que la cierren pero sí con sus escaleras para subir. Y antes de la chimenea, una mesa de madera rodeada de asientos también de madera. Todo está muy nuevo. Como si lo hubieran restauraron hace poco tiempo. En una repisa en forma de alacena que y se abre en la pared por el lado del río, sobre unas tablas, hasta hay unas latas de atún, media botella de aceite, sal, vinagre y un cartón de leche. Algunos dineros, monedas sueltas, que ni siquiera cuento ni cojo. Entiendo que han dejado abierto esta estancia para que las personas que vengan por aquí, puedan entrar sin problemas y así de este modo, quizá eviten que rompan las cosas. Es una buena reflexión y creo que está bien.

En un rincón veo que también hay unos cubos, un cepillo de barrer, varias cajas de plástico, palos para la lumbre, algunas sartenes y hasta un par de cucharas. También tenedores y botes de conserva vacíos. Hay también un cacharro para hacer café. En la chimenea hicieron fuego no hace mucho pero está muy ordenada y limpica. Tiene sus trébedes, un candil de aceite y restos de algunos tizones. Salgo y ahora miro con más atención la puerta. Escrito a lápiz encuentro un rótulo que dice: “Villa Pedí”.

Por la parte de atrás de este molino, lo que de verdad fue molino, si que me lo encuentro bien roto. Muy abandonado y sólo con algunos metros de paredes. La acequia que traía el agua a las aspas del molino y las ponía en movimiento para que éste andar, le entra por detrás. Arranca desde el río y sin apenas caída llega al molino y se vacía sobre las aspas. Crece por aquí una gran parra con uvas negras, bastante gordas y además buenas. La rodean algunas higueras y varios cerezos. El tubo por donde entraba el agua, todavía se encuentra por aquí.

Desde este punto, creo que la parte de atrás de este molino, mirando hacia el canalón de la Bruna y el collado de la Tejea, descubro que el molino tenía dos cuerpos. El lado que da para la cueva del Peinero era el molino, quizá con alguna habitación para almacenar los cereales y la harina y la parte de la derecha, que es por donde el río se aleja, era la vivienda. La que ya he dicho me he encontrado bien reconstruida. Esta división tiene su chimenea exterior y un tejado a dos aguas.

Cruzando el río, a sólo unos metros del molino, queda otra gran llanura. Se derrama entre las aguas del río y las paredes que caen desde la montaña por el lado de la Bruna. Y para cruzar el río no hay puente alguno. Sólo unas piedras que todavía están desde aquellos tiempos por donde se avanza saltando de una en otra. La corriente por aquí discurre muy serena y por eso se forma un pequeño vado. Por este punto cruzaban las vestías cuando ellos iban o venían con ellas cargadas con las cosechas, maderas y otras cosas. Es justo por aquí por donde pasaba la vieja senda que antes he descrito. La que surcaba a estas sierras desde un extremo a otro y luego quedó obsoleta

suplantada por la carretera.

En la llanura ahora sólo crecen muchas hierbas, zarzas, algunos de aquellos viejos membrillos, parras, álamos y pasto. La hierba es la que ahora ha tomado su relevo sobre las buenas tierras que ellos araron a lo largo de tantos años y sembraron de tantos buenos y abundantísimos productos. Por este lado derecho mío baja un arroyo desde el collado de la Tejea. Por ahí mismo todavía se distingue una acequia. Es la que traía el agua a la llanura que acabo de recorrer. Por el borde mismo de esta acequia sube una senda. Es la vieja senda que vengo buscando que ahora, ya lo he dicho, casi no se ve por lo comida de zarzas, pasto y bujes que se encuentra. En algún momento y no sé para qué, por donde debió ir la senda intentaron construir una pista de tierra. Metieron una máquina e hicieron un enorme destrozo por este barranco pero la pista de tierra que pretendían abrir se quedó en pretensión y poco más.

Remonta casi en recto y después de un buen paredón de rocas por el lado izquierdo según subo, se va para el lado derecho. Atraviesa un cauce, se pega al surco del arroyo que cae desde el collado de la Tejea y sigue subiendo. Casi por completo en picado y por eso muy dura de andar. Las zarzas, los pinos y los bujes se espesan a cada metro y ello es por la gran humedad que presenta este arroyo, la buena tierra que tiene y lo poco andada que esta ahora esta senda. En la soledad del día y sin dejar de rumiar la presencia de los que ya no están, recorro el hondo barranco en busca de la luz del collado.

Según voy llegando, después de media hora larga de subida y el duro esfuerzo, la tierra llana de este collado me va reconfortando. Noto que fue lugar de sementaras este lugar pero ahora me lo encuentro repoblado de pinos. La hierba crece por entre la sombra y las hojas secas que estos árboles desparraman por el suelo pero no es lo mismo. El corazón nota la diferencia y por eso sufre. Es como siempre: como si algo o alguien se empeñara en recordarme que lo que ahora mismo mis ojos ven, estuvo lleno de vida humana en otros tiempos. Y como fue de tan gran nobleza y valor, de algún modo debe saberse y seguir perpetua por la tierra que tanto les pertenecía. Pero yo, me digo y digo, ¿qué puedo hacer o a dónde puedo o debo ir con este gran dolor? ¿A quién se lo digo para que se alce y grite al fin de que se sepa lo que debe saberse?

Ya en lo alto de este hermoso collado avanzo unos metros más. Enseguida la tierra se inclina hacia la vertiente del arroyo de Gil Cobo. La senda, lo poco que aun queda de aquella vieja senda, todavía siguen y ahora avanza barranco abajo hacia el arroyo de Gil Cobo. La tijera y cueva del Agua desde donde remontará por el arroyo del Zarzalar hasta el collado el Pocico. En ese punto se vuelve a juntar con la actual carretera asfaltada. Hoy no tengo pensado seguir. Durante unos minutos respiro despacio, observo la

hermosura del terreno en su profundo silencio, me muevo hacia la derecha y me asomo al puntal que es balcón sobre la junta del Aguascebas Grande con el arroyo Gil Cobo. Hermosísimo y grandioso esa enorme profundidad por donde el río se aleja de la sierra y ya entre olivares. También grandiosa la dura lancha de la Benita y el tremendo tajo que las rocas presentan por el lado del río.

Me vuelvo para atrás y ahora paso por la gran llanura que sobre este collado, sembraban ellos. Lo observo más pausadamente y sin quererme ir, comienzo a despedirme de la tierra que tanto me ha gustado aunque la haya visto por primera vez en mi vida y sólo unos minutos. Me dejo caer por el mismo barranco que he recorrido hace un rato y en menos de veinte minutos ya estoy otra vez sobre las tierras llanas de las riberas del Aguascebas Grande. Cojo algunos racimos de uvas, me las como, cruzo el río, rozo las ruinas del molino y ahora me dispongo a regresar siguiendo la pista de tierra que, desde la carretera asfaltada, baja hasta este viejo molino.

En este comienzo, o final si llegara ahora al molino, la pista de tierra se encuentra muy rota. Es ya donde el arroyo llega con toda su fuerza y por eso se la ha comido y hasta se ha llevado por delante los tubos de cemento que le pusieron para formar las alcantarillas. Tan rota se encuentra que si ahora quisieran llegar hasta las ruinas de este molino montados en coche, sería por completo imposible. Traza algunas curvas menores y cuando ya empieza a subir en busca de la carretera del asfalto, se viene para el lado de la cueva del Peinero. En una de estas curvas, por el lado de arriba, todavía resisten las paredes de una vieja tinada. Al juzgar por lo que ahora puedo observa, esta tinada fue bastante grande.

A la mitad de la cuesta gira para la izquierda que es el lado de las cuevas que ya anuncié antes. Hay un llanete y crecen muchos juntos. Parece como si quisieran construir alguna cosa por aquí. Se pega otra vez al arroyuelo que recorría al comienzo y ya dije es el que nace en el collado de la Parra, antes de la llanura de la casa forestal de la Parra. Ya ha remontado mucho. Durante un tramo no muy largo remonta por esta hondonada y luego se va otra vez hacia la cueva del Pienero. Justo en esta hondonada, cuando los años pasados llovió tanto, la tierra se empapó a tope y se hundió. Por aquí, la tierra se hundió y luego se desplazó arroyuelo abajo y por eso se llevó por delante no solo la pista sino también el cauce del arroyo, los pinos que por aquí crecían y muchas matas de romeros y juncos. Tal como están las cosas por aquí, ahora es por completo imposible entrar con coche. Tendrán que arreglarlo y mucho, cosa que dudo.

Entre el hito treinta y siete y treinta y seis pasando el collado de la Parra hacia la cueva del Peinero, es por donde, desde la carretera asfaltada, se aparta la pista que baja hasta las ruinas del molino de la Parra. Andarla sí es posible y con bastante comodidad. Recorrerla en coche, ni pensarlo. Pero

andando por ella, desde la carretera hasta las riberas del río y las ruinas del molino, no se tarde más de quinte minutos. Este sería el camino más natural para hacer esta ruta, aunque el que ya he descrito es mucho más bonito y emocionante.

Dos pinceladas

Los molinos harineros, en los tiempos pasados, fueron muy abundantes por estas sierras. Donde había una buena corriente de agua, alguna tierra llana y la posibilidad de remansar la corriente para sacar una acequia que condujera el agua hasta el corazón del molino, allí se levantaba uno de estos molinos harineros. Los de aceite, fueron otro cantar. También hubo muchos pero allí donde había olivos. Estos últimos se movían tanto con la fuerza del agua como por la fuerza de mulos o burros.

En aquellos tiempos, en los molinos harineros se molía trigo, maíz, cebada, centeno y también pimientos secos para casar el pimentón. También se molían bellotas para el pienso de los animales y hasta garbanzos y otros productos sacados de la tierra. Los mismos dueños de los molinos iban por los cortijos cercanos y en costales de lona, recogían el trigo, los garbanzos o cualquier otro producto que hubiera que moler. Lo más abundante era el trigo. Con sus bestias, burros o mulos, lo acarreaban hasta el molino, lo molían, de la totalidad molida maquilaban, cogían, una cantidad prudente y con esto cobraban su trabajo. Que no acaba aquí sino que muchas veces terminaba cuando ya dejaban la harina del producto que fuera en el mismo lugar en que lo habían recogido. En estas sierras y en aquellos tiempos las personas funcionaban bajo un gran clima de confianza. La maquila que los molineros cogían del trigo molido, casi siempre era sin la presencia de los dueños de este producto. Pocas veces cobraban su trabajo en dinero. Las personas de los cortijos serranos eran pobres y su economía no daba para más allá de las necesidades diarias. El dinero escaseaba mucho. Funcionaba el intercambio y la maquila: cobrar en especie.

Los trigales, garbanzales, maizales y otras sementeras, se daban en cualquier rodal de tierra junto a los arroyos, en las laderas o en lo alto de las cumbres. Allí donde había un rodal de tierra, ellos la preparaban y con más o menos esfuerzo y acierto, la sembraban de lo que fuera. Antes del Coto Nacional, no había por estas sierras tantos animales silvestres y por eso no se comían las cosechas como sí pasaría y pasa ahora. Los rebaños de ovejas, cabras o vacas que ellos pastoreaban por estos montes, estaban bien vigilados y a los sembrados o huertos, nunca entraban. Pues lo que deseaba decir es que de estas tierras, hasta en lo más quebrado y agreste de la sierra, ellos sacaban el trigo que molían en el molino de la Parra. Con la harina amasaban el pan que necesitaban para su alimento que cocían en los hornos de piedras y tierra que ellos mismos fabricaban cerca de sus cortijos. Una vida dura, muy dura pero con muchas ventajas sobre la vida moderna de los tiempos actuales y en las ciudades y pueblos grandes. Aquella estaba llena

de muchas privaciones pero repleta de hondas verdades limpias y sinceras. No se debió perder nunca y menos de la manera que se perdió: destruyéndose hasta las huellas que fueron dejando cuando andaban por los caminos que ya se han borrado por completo.

31- Llanura cueva del Peinero, Cortijo y raso de la Honguera

Ruta al rincón querencioso
Distancia aproximada: 3 k. Ida y vuelta 6.
Desnivel aproximado : 500 m.
Tiempo aproximado : 35 h. andando, al collado 1,15 h.
Camino: vieja vereda y muy borrada y sin ella.

Por la izquierda, según llegamos desde el lado del charco del Aceite, nos entra un arroyo. Es el del raso de la Honguera. Por aquí mismo sale también una pista de tierra que va al refugio de la cueva del Peinero. Ni siquiera tenemos que cogerla. Nada más arrancar, nos desviamos por la derecha. Rápidamente remontamos siguiendo una senda poco marcada pero que se nota por lo andada que la tienen los animales.

Pero antes de continuar, ahora que estamos arrancando por esta pequeña pero preciosa ruta, quiero decir dos cosas: El barranco de las Aguascebas Grande, en las tardes de otoño, cuando todavía éste no está muy avanzado, es hondamente misterioso. Cuando caen las lluvias y se levantan las nieblas, en estas tardes de otoño, hasta da miedo encontrarse en cualquiera de los profundos puntos de este barranco. Se experimentan sensaciones jamás sentidas antes ni en ningún otro sitio ni con ninguna otra cosa. Y lo digo porque bien lo he sentido yo en lo más hondo de mi alma.

Y la otra cosa que deseo decir se refiere al nombre de Honguera. Desde la primera vez que lo oí y luego lo vi escrito, me llamó la atención. Es un nombre bonito y a la vez raro. No lo he encontrado en ningún otro punto de las amplias sierras de este gran Parque Natural. No está entre los más de veinte mil nombres que conozco de este gran espacio. Creo que no existe nada más que en este Aguascebas Grande y si se da en algún otro punto, nadie me dijo nunca nada de él. Tampoco lo vi escrito a no ser en este punto que vamos a recorrer esta tarde. Lo más parecido, en sonido, que he oído por estas sierras es la palabra “Honguillao”. Parecido en sonido pero muy distinto en significado. Porque mientras que Honguillao se refiere a árboles caídos y que se pudren por el bosque, Honguera remite a lugar donde se crían los hongos. Setas y níscalos que son no sólo comestibles sino exquisitos. Pero he buscado por muchos sitios y he preguntado y al final me quedo con la duda de si la palabra Honguera se refiera a lo que antes apunté: lugar de

hongos. Creo que sí. La umbría norte del Caballo del Torraso, por donde va subiendo el arroyo hacia el raso de la Honguera, está muy tupida de vegetación. De ella manan muchas fuentes y claro que presenta un buen grado de humedad para que los hongos se desarrollen bien.

- En aquel barranco de la Honguera, antes había una merera. Ya sabes, para cocer las cepas de los enebros y sacar miera. Esa gente, antiguamente se dedicaban ha sacar miera.
Ahora recuerdo que cuando anduve por aquel precioso barranco, junto al arroyo y muy cerca de las ruinas del cortijo de la Honguera, me encontré una construcción que me llamó mucho la atención. Es una construcción pequeña, lo más parecido a un horno para cocer el pan y al verla, esto creía que era. Pero cuando me acerqué y la observé despacio descubrí que no era igual a los muchos hornos para cocer el pan que he visto en montones de cortijos y ruinas de estas sierras.

Esta construcción era redonda, baja y con su boca para meter leña y prenderle fuego dentro como son los hornos. Pero a ambos lados, vi que tenía como otros dos pequeños hornos, adosados a la misma construcción del centro pero se notaba que en estos dos compartimentos, muy reducidos, nunca se había encendido fuego. Las piedras no estaban negras como en el compartimento del centro y como suelen estar en todos los hornos donde se ha cocido pan en estas sierras. Me llamó mucho la atención cuando vi tan desconocida y original construcción para mí y por eso, durante un buen rato, estuve allí mirando y observando mientras cavilaba. Me vine con la duda y todavía sigo con ella en mi mente. ¿Será aquella construcción una merera?

- Pues sí: aquello es la merera que ya te he dicho. Donde se hacía la miera que por aquí todos conocíamos por la del raso de la Honguera. La única merera que había por estas sierras, aunque también tengo oído que por el barranco del arroyo de la Cabañuela, vertiente al Guadalquivir por el Embalse del Tranco, también se sacaba miera.
- ¿La miera para qué sirve?
- Pues es una medicina natural de las mejores que hay. Si las ovejas tienen roña se la echas y en dos días se le quita. Si alguna tiene parásitos se la s echas en la sal y se los mata todos. Y para las criaturas es también una buena medicina.
- ¿Qué cura en las criaturas?
- El otro año, uno del pueblo que está casado, tenía la mujer con todo el cuerpo lleno de “esollauras”. En las piernas y todo el cuerpo. Había ido a muchos médicos y ninguno acertaba a curarla. Me dijo que si tenía yo un poco de miera y le dije que sí. La mujer se untó varias veces y como que ahora la ves y está más sana que la mar. Los médicos no le quitaban aquello y hasta le daba vergüenza a ella que la vieran con aquella enfermedad. Pues con la miera se curó.
- ¡Qué cosa ¿verdad?!

De la miera está que se sacaba en el barranco del raso de la Honguera, a mí me regalaron una poca y todavía la guardo. La tengo conmigo como otro recuerdo más de las cosas hermosas que se vivieron en estas sierras y poco a poco se ha ido perdiendo. La miera es un producto resino, lo que sudan las maderas de los enebros y muy negro. Mancha algo y huele a enebro y también a madera quemada y a humo o tizne. Es agradable a la vista, también al olfato y además, como dicen ellos, cura muchas enfermedades de una forma natural que otros medicamentos modernos no curan.

Pues ya por la senda arroyo arriba, se avanza con toda comodidad. En esta tarde de otoño, año 1999 y después de un año de gran sequía, por el arroyo baja una pierna de agua. Mucha agua para la sequedad que hay por la sierra y cuando todavía las lluvias han sido muy escasas. Ya decía antes que por la izquierda va coronando una gran cumbre. La del Caballo Torraso. Esta cumbre, como todas las de este Parque Natural, hace de esponja natural cuando caen las lluvias o las nieves. Por las partes bajas van escurriendo las aguas que han empapado y por eso todos los arroyos o fuentes que arrancan de cumbres como el Torraso, llevan agua aunque el año haya sido seco.

Este macizo montañoso llamado Caballo Torraso, tiene cuatro puntos por donde, en distintas direcciones, suelta aguas a los arroyos. El que ahora mismo ya estoy recorriendo, por mi derecha y entre la cumbre total y el Torraso que es donde nace el Aguascebas Grande, en la vertiente opuesta al Aguascebas Grande que es donde nace parte del arroyo de María y por el lado norte, barranco del Hoyo y arroyo de Carrales. Cuatro puntos que llevan aguas a los tres cauces más importantes de estas sierras. El arroyo de María, el del Chillar y el Aguascebas Grande. Así que el Torraso podría ser la esponja natural que absorbe y luego devuelve el agua que las nubes derraman por estas cumbres. Claro que la refuerza las cumbres de la Blanquilla Alta y el Almagreros. Y parece que el Torraso y, hasta lo dicen por escrito, es lo más seco de las sierras por aquello de estar torrado, tostado. Lo que son las cosas.

A los quince minutos de haber comenzado la ruta arroyo arriba, la senda se eleva fuertemente. El desnivel es muy grande. Llega a un pequeño morrete por el lado derecho que es por donde avanza la vereda. Descansa un poco porque se hace algo llano. Se nota que estas fueron tierras de cultivo. Ya se intuye que el cortijo no puede quedar muy lejos. Desde este morrete ahora baja buscando pegarse más al surco del arroyo. Baja sin dejar de subir porque el nivel general es de subida. Cuando termina de bajar, roza el arroyo y un ramal se va para aquel lado, el izquierdo.

- ¿Y la cascada que me decías?
- Justo en ese punto donde tú dices que la vieja senda baja, siguiendo el surco del arroyo, en unos metros se mete en la impresionante cascada. Las

aguas han cortado la gruesa capa de rocas y han horadado un tremendo cañón. En los años de mucha lluvia, si te asomas a esta cascada desde el lado donde crece la higuera que tiene higos hasta bien entrado noviembre, en lo hondo, se observa la bonita cascada. Frente y sobre el filo de las rocas, se abre como una covacha muy bien tallada. Queda alzada en la ladera y aunque es muy difícil llegar a ella, en aquellos tiempos, en esta covacha encerraban animales.

Aquel lado izquierdo es la lancha que ardió hace unos años. La misma lancha que arranca desde las paredes del chalé de la cueva del Peinero. Claro que la pregunta surge sin que uno lo pretenda: ¿Por qué ardió esta lancha? Es de tierra muy mala y como se quemaron todos los enebros y las sabinas, sus troncos tiznados todavía siguen por aquí clavados entre las rocas como si quisieran no morir para seguir siendo testimonio de algo. El fuego arrancó desde la misma construcción de lo que ahora llaman refugio de montaña cueva del Peinero.

Al caer la tarde
del otoño plateado
las nubes cenicientas
llenan los barrancos
y yo que soy espíritu
del mundo apartado,
bajo por la senda
rozando los álamos
y donde el arroyo
se hace río llano,
me voy por la derecha
buscando lo olvidado.

Se empina la vereda,
se espesa el monte bajo,
tiembla el corazón
sintiendo el dulce abrazo
con el rincón que ama
y es tan gran palacio.

Cien metros más arriba
los juncos entre los charcos,
las nogueras amarillentas,
las parras en sus engarbados,
secos los ciruelos,
amarillos ya y temblando
los membrillos que conozco,
esbelto el pobre álamo
y la tierra en su silencio

toda erial y toda pasto
y sobre el morro pétreo
el cortijo de la luz
que grita y está callado
en la tarde con la niebla
y mi alma, con él llorando.

Un llanete con muchos juntos y la senda más pegada al arroyo. El cauce se presenta menos agreste. Desde este punto hasta donde se junto con el Aguascebas Grande, cae casi en picado y por eso es una pura cascada. En cuanto remonta un poco más aparecen algunos bancales de tierra. De lo que los serranos construía para retener la tierra fértil y sembrarla. Ahora crían una gran almaciga de juncos. El surco de una vieja y rota acequia, el rezumar de agua de la ladera del Torraso y una noguera.

Un poco más para arriba de la primera noguera, ya casi corona. Hay como una era y más bancales de tierra retenida. En el centro del último de estos bancales, una higuera de las que ellos sembraban por estas tierras. Los higos son negros y tiene muchos. Algunos todavía tardarán tiempo en madurar. Por otros lugares de esta provincia de Jaén y de Andalucía, ya hace tiempo que se terminaron los higos. Aquí son tierras más frías y por eso las cosechas se retrasan. Me acerco y cojo tres o cuatro. Me los como y están riquísimos. Por la parte de abajo de esta higuera, en lo que fueron las paredes o ribazos de estos bancales, crecían muchos ciruelos. Ahora me los encuentro secos. Puros troncos sin vida y color ceniza porque se los va comiendo el tiempo poco a poco.

Este punto, donde crece la higuera, las nogueras, se pudren los ciruelos y junto al cauce del arroyo principal, hay varias parras con uvas buenas, un par de membrillos también con fruta y algunos cerezos, es el verdadero raso de la Honguera. Sobre el puntal, al otro lado del arroyo y en la lancha que ardió y sube desde el chalé, se ven las ruinas del cortijo. Por aquí mismo la senda cruza el arroyo y por entre los bujes y las piedras de la solana, remonta hasta el cerrete. No me voy a parar ahora en estas ruinas. Podría ser este el punto final de la ruta pero como he tardado poco tiempo, voy a seguir arroyo arriba como si no me hubiera encontrado lo que busco. Al volver lo describiré como se merece y, desde dentro, quiero.

Por el mismo lado derecho sigo remontando y me encuentro con otro manantial brotando del lado del Torraso. Varios ciervos arrancan desde el arroyo y se van por la lancha de la izquierda. Unos trescientos metros más arriba, el cauce se cierra casi por completo. Es normal puesto que estoy remontando hacia un collado. Una gran noguera que queda por aquel lado izquierdo, dos grandes cerezos, uno de tronco grueso y negro y otro más joven. Desde aquí mismo arranca otra senda que se va por la ladera de aquel lado izquierdo. Tiene presencia de pista forestal de tierra pero con poco uso.

Otro bancal con su bosque de juncos correspondiente y su venero desde el lado del Torraso. Tierra buena esta para los hongos y con la suficiente humedad.

Hay aquí muchas piedras sueltas. Como un montón de escombros resultado del derribo de alguna construcción humana. Justo aquí mismo brota otro pequeño manantial. Pienso ahora que en los años de mucha lluvia, este arroyo será un puro chorro de agua brotando a lo largo de toda la amplia ladera. El agua de este nuevo venero también la aprovechan los jabalíes para bañarse. Desde este punto para arriba, el arroyo principal que me viene acompañando por el lado izquierdo, ya no tiene agua. Lo encuentro normal por la altura y la sequía que hemos padecido en los dos últimos años. Pero antes de coronar al punto que pretendo, otro manantial y por el mismo lado. Éste sí tiene mucha agua que cae hacia el surco del arroyo principal y enseguida se filtra y se pierde por entre las rocas del cauce seco.

Por la izquierda, una bonita cascada, bien pintada de marrón ocre en las rocas que se empinan en un corte casi vertical. Es el final o el comienzo de este arroyo del raso de la Honguera. Por lo alto de esta cascada y hasta el lomo del collado que divide las vertientes, es casi llano. Una llanura muy original porque siendo llanura, se inclina hacia el lado del arroyo que acabo de remontar y toda ella se presenta llena de un bárbaro paisaje rocoso. Muchas dolinas, hoyos como lo llaman los serranos, rocas erosionadas y con infinitas grietas profundas, muchos surcos por donde las aguas se escapan y algunos rodales de tierra fértil. Es muy bonito y original este paisaje del llano, en la parta alta. Desde el punto en el que acabo de aterrizar hasta el collado de las divisorias de las aguas, todavía queda un buen trecho. No tardaría mucho en llegar si me lo propusiera pero como mi plan esta tarde es otro, me vuelvo para atrás.

El que llamo collado de las divisorias de las aguas, hacia el arroyo de María y para este Aguascebas Grande, tiene su nombre y muy bonito que es. Se llama collado de la Cruz del Espino y ciertamente que en ese punto concreto se forma como una gran cruz. Desde esas tierras altas arrancan tres arroyuelos preciosos que llevan sus aguas a tres vertientes distintas aunque luego se junten todas en el Guadalquivir. El que se va hacia el arroyo María se llama arroyo Martín. Lo hemos cruzado en este gran recorrido por las Sierras de las Villas justo por la fuente del Cerezo y la Ermita de la Hoz. El que se va para el arroyo del Chillar se llama arroyo de Carrales y en realidad son tres ramales que se le unen al del Chillar por la pasá del Cuco. Lo hemos cruzado cuando la carretera pasa por la casa forestal de Carrales. Y el que vierte al Aguascebas Grande se llama arroyo raso de la Honguera y vierte al río por los llanos de la cueva del Peinero. Lo hemos cruzado justo cuando la carretera pasa por debajo del chalé cueva del Peinero. Otra belleza más de estas hondas, hermosas y misteriosas sierras.

Por el punto este de la Cruz del Espino pasa una pista forestal. Es la que rodea al Torraso y lleva a la cañada del Tejuelo y Prao Chortales. De vuelta para atrás, pasa por esta misma Cruz del Espino y por lo más alto de la cuerda comienza a bajar hacia el collado del Ojuelo. A partir de la Cruz del Espine, en dirección hacia el Ojuelo y mientras recorre esta original cumbre, también pasa por un punto que tiene su nombre y muy bonito: los Tableros. Las tierras son llanas, con pequeños morretes aquí y allá, originales hoyas donde crecen los pinos, la hierba y hay muchas rocas calizas. Se van formando como tablas que descienden o ascienden sin grandes desniveles. Un paisaje precioso que se encierra entre la curva de nivel que va por encima de los mil cuatrocientos metros.

Me vengo para el lado izquierdo para hacer el regreso por la cresta de la lancha que sube desde el chalé y ardió. Pretendo encontrarme por ahí el camino que vi se venía para el lado izquierdo por donde crece la noguera y los cerezos. Pequeñas llanuras de tierra muy buena, con abundante pasto y camadas de animales salvajes. Me tropiezo con una pista de tierra que conozco. Es la que vuelve del Torraso y por esta cumbre baja buscando el collado del Ojuelo. La conozco de haberla andando muchas veces y hasta de noche en los fríos inviernos. Podría irme por ella y en media hora estaría en el collado del Ojuelo. Otra media hora o quizá más tardaría en llegar, desde este collado a la cueva del Peinero que es donde he dejado el coche. En la excursión de aquel día, esto fue lo que hicimos y nos cogió la noche cuando íbamos a la altura del Molino de la Parra. Entonces empezaron a cantar los cárabos que viven por el barranco del Aguascebas Grande.

Muchos cambrones crecen por estas alturas. También sabinas, mejoranas, tomillos, zamarrillas, romeros, enebros y pinos. Nunca faltan los pinos en los paisajes de estas sierras. Desde estas cumbres, muy irregulares por ser más bien altiplanicie poblada de hoyos y morretes, hay una amplia vista hacia el barranco del Chillar, el Cerro de Santa María, Correderas, el poyo del Jaral y todo el tranco de los Albardones. Se distingue con toda claridad el puerto del Moro. Queda entre el Morro de Santa María y Correderas, 1525 m. y 1395 m. respectivamente. Yo me encuentro ahora mismo sobre la curva de nivel que va entre los mil cuatrocientos y los mil quinientos metros. El lugar tiene por nombres los Tableros.

Unos pinos muy bonitos. Son de la especie laricios y varios de ellos diría que son bosais. Esos arbolitos enanos que la gente cultiva en macetas y torturan hasta el límite para que sean agradables a la vista. Por entre las hondonadas me separo de la pista procurando venirme más para el lado izquierdo que es por donde ahora me queda el arroyo. Al asomar por un morrete veo el camino que busco. Es el que vi salía del arroyo cuando hace unos minutos remontaba por donde están los cerezos y la noguera. Intuía que podría venir por aquí para juntarse con la pista que vuelve del Torraso y eso es lo que ha resultado. Me alego y me animo.

Llego a él y ahora bajo con mucha más comodidad y velocidad. Mientras lo recorro hacia el surco del arroyo me voy recreando en el paisaje que presentan los profundos barrancos que ha modelado el Aguascebas Grande. Son impresionantes y esta tarde, llenos de una belleza sin par. Hay muchas nubes que se hacen nieblas al rozar las cumbres rocosas y como llueve a intervalos, la sombra, la humedad y la luz grisácea de la tarde, crean un clima realmente único. Conmueve al alma y por eso se siente inquieta a la vez que feliz.

Por donde crecen los cerezos y la noguera llego al arroyo siguiendo el camino que le entra por la lancha que ardió. Descubro que tiene muchas nueces esta noguera. Algunas ya se pueden comer. La cáscara verde que las ha cubierto durante todo el verano, ya se está secando y deja al descubierto el apetitoso fruto que tanto gustaban a los serranos de aquellos tiempos. Formaba parte de su alimentación. Cojo tres o cuatro y me las llevo conmigo. Más por cariño y amor a la tierra que por necesidad.

Sigo bajando por el surco del arroyo hacia el valle de los álamos por donde se alza el chalé y antes de llegar al raso de la higuera, por donde están las parras, la veredilla que sube, cruza el arroyo. Ya lo dije. Sube un corto trecho por la ladera y en el lado derecho de esta arroyo, bajando y izquierdo subiendo, sobre un puntal rocoso, están las ruinas de aquel cortijo. El del bonito y ahora olvidado raso de la Honguera. Ni siquiera tenía agua este cortijo. La debía coger de los manantiales del arroyo. Tampoco tenía, junto a él como suele suceder en casi todos los cortijos de estas sierras, árboles frutales. En este cerro tan árido y rocoso, lo único que se cría bien es la mejorana, los enebros y las sabinas.

El cortijo fue bastante grande y estuvo techado con gruesas tejas rojas. Ahora sólo hay algunos trozos de paredes, muchos escombros amontonados por entre los cuales se pudren las maderas del tejado, ventanas y puertas y alguna zarza que ya se apodera de la tierra. Las zarzas son las primeras plantas que nacen en casi todas las ruinas de los cientos de cortijos serranos que rompieron por estas sierras. Y este cortijo, como casi todos los que fueron y ya no son, tiene una vista preciosa. Desde el puntal donde se asienta se ve toda la gran cuenca alta del Aguascebas Grande y mucha sierra a derecha y a izquierda. Este detalle sí lo tenían ellos en cuenta y hasta parece que lo copiaban.

Las fotos únicas

Por el rincón que se aproxima a la ruta del verdadero raso de la Honguera, ocho son las fotos únicas, en esta tarde y hora concreta. Desde lo alto del Chorreón de la Bruna, por entre los pinos y los paredones rocosos, el gran cañón del Aguascebas Grandes con las laderas de Bardazoso al fondo. Dos fotos preciosas desde este punto aunque pudrían haber sido un ciento.

Desde las llanuras de los Tableros, por donde nace el arroyo del raso de la Honguera, hacia las cumbres del Cerro de Santa María, puerto del Moro y Correderas con el barranco del arroyo Chillar al fondo.

Un precioso pino enano de la especie laricio por la altiplanicie de los Tableros. La higuera con sus higos negros y muchos por el mismo raso de la Honguera. El pasto de la tierra y las nieblas cubriendo los picachos al fondo, la hacen especialmente bonita. Algunos fragmentos de esta higuera en cuyas ramas y hojas verdes, se enganchan los puñados de higos. Negros muchos y otros empezando a madurar. Dos preciosas fotos de las ruinas del cortijo raso de la Honguera con los paisajes de le rodean, al fondo. La primera desde el lado norte hacia la cuerda del Caballo del Torraso y la segunda desde este mismo lado norte pero con el final de este Caballo del Torraso y las hondonadas del Aguascebas Grande, más al fondo. Las nieblas ayudan para que el paisaje sea más misterioso a la vez que bello.

El gran circo del Aguascebas Grande

Subiendo por la carretera asfaltada que va desde el charco del Aceite hasta la cueva del Peinero y el Embalse de Aguascebas, al llegar a la cueva del Peinero me paro. Miro para mi izquierda y trazo una línea recta desde donde estoy hasta lo más alto de los Tableros. Desde este punto voy trazando una línea curva y poco a poco me vengo para mi derecha hasta llegar a los poyos de Gil Cobo y volver a donde estoy, por otra línea recta. He trazado un ángulo de casi ciento ochenta grado.

Pues bien, si cierro este ángulo, desde el final de cada línea recta, con una línea curva, tengo un semicírculo y dentro se me quedan todos los arroyos de cabecera del gran Aguascebas Grande. A toda la porción de tierra que se me queda dentro de este enorme semicírculo, yo le llamo el gran circo de cabecera del Aguascebas Grande. Y es que propiamente es eso: una media luna tallada sobre las laderas de las tierras que caen desde las cumbres y por donde se abren paso una buena porción de arroyuelos. Son los que le van trayendo agua al río principal, recogiendo todas las lluvias y nieves que caen sobre las partes altas.

Desde esta primera línea recta y lado izquierdo mío, nos venimos hacia la derecha y tenemos los siguientes arroyos menores. Arroyo del raso de la Honguera, arroyo de la Ciaza con varios ramales más en su parte más elevada y que nacen por la majá de la Perra, arroyo del poyo del Zorro, arroyo de piedras Morenas, arroyo del poyo de los Robles, arroyo de Pedro Miguel y el gran arroyo de la Noguera. Es el que nace en el collado del Pocico y se despeña hacia la Aguascebas Grande por las Hoyicas. Todos son cauces cortos, muy torrenciales porque caen desde lo más elevado de la sierra y con mucha oscilación en su caudal. En menos de dos kilómetros descienden casi ochocientos metros. Cuando llueve mucho, bajan repletos pero cuando llueve menos, sus aguas van subterráneas y brotan antes de las

llanuras de la cueva del Peinero.

Por los poyos de Gil Cobo tenemos algunos arroyuelos más pero estos no son de mucha entidad. Por eso quería decir que propiamente el río Aguascebas Grande nace en la porción de tierra y gran ladera que cae desde las cumbres de Pedro Miguel y collado del Perenoso y queda recogida entra la lancha de la Cigarra y el Caballo del Torraso. La gran cumbre de Pedro Miguel, Pinar Negro y el Pocico, los dos preciosos collados, el de los Hermanillos y el del Perenoso y los dos grandes macizos que, en forma de riñón, concentran a toda esta amplia cuenca hacia el llano de la cueva del Peinero. Estos dos riñones a ambos lados son la lancha de la Cigarra y el Caballo del Torraso.

Cuando se mira a este conjunto de sierra desde las llanuras de la cueva del Peinero, por donde crece la alameda y pasa la carretera, no se ven nada más que un gran puñado de picos que coronan robustos. Desde estas llanuras no es posible hacerse una idea exacta de cómo es la cuenca alta del Aguascebas Grande tal como la acabo de describir. Hay que remontar y observarla desde lo más alto de las cumbres o desde las cimas de la lancha de la Cigarra o el Caballo del Torraso. Y claro, como lo normal es pasar por la carretera, pararse y desde las llanuras de la cueva del Peinero mirar para arriba, pues uno se queda impresionados pero sin una comprensión real de la forma, belleza, hondura y largura de la cuenca alta del Aguascebas Grande.

32- Cueva del Peinero, nacimiento del río Aguascebas Grande

Ruta a los rincones del asombro
Distancia aproximada: 12 k.
Desnivel aproximado : 600 m.
Tiempo aproximado : 8 h. andando**.**
Camino: vieja vereda muy borrada y sin ella.

Para hacer esta ruta lo mejor es dormir junto al río en la misma alameda de la cueva del Peinero. En todo caso, lo bueno es comenzar la ruta al salir el sol. No hay más remedio que recorrerla a pie y las distancias son largas.

Justo donde está el puente por la carretera que atraviesa estas sierras, por el margen derecho sube una senda. Tomándalo comenzamos la ruta que a unos 300 m. desemboca en la corriente de un arroyuelo. Torcemos a la izquierda y nos vamos justo al cauce de otro arroyo que es en realidad el Aguascebas Grande pero no lo es. Este arroyo se llama de las Ciazas y viene desde el collado de los Hermanillos. Al otro lado, el de la cumbre total,

paralelo con este arroyo discurre el poyo del Zorro. La senda pronto se pierde. Nuestro punto de referencia es seguir cauce arriba hacia el collado de los Hermanillos. Llegamos a una cascada no muy grande pero sí bella y llena de encanto que hemos de franquear por el lado derecho retirándonos un poco del cauce.

Algo más adelante volvemos otra vez a la corriente después de atravesar una zona de espesos arrayanes, pequeñas covachas en cuyas sombras duermen y se refugian los jabalíes. Si vamos en silencio y con cuidado veremos más de uno buscando su alimento junto al cauce saltando por las rocas. Por esta zona la belleza del cauce es excepcional. Junto a la corriente, hermosas praderas verdes incluso en otoño y el caudal del cauce baja remansado por entre lechos de pequeñas piedrecitas blancas que proceden del desmoronamiento de las rocas de las laderas y cumbres a un lado y otro.

Remontada esta zona, nos vamos adentrando cada vez más hacia un profundo cañón o cerrada producida por las cuerdas rocosas del margen derecho y del izquierdo, poyos del Zorro y laderas del Torraso. Estas dos cuerdas arrancan casi en la cumbre de la cordillera, se dividen adentrándose en el barranco dejando en el centro el cauce del río y a un lado y otro dos enormes vertientes con grandes pendientes pero desmoronadas en mil trozos de rocas pequeñas. Justo donde nacen estas cuerdas existe una gran cascada en el centro de la cerrada. Se origina esta cascada justo en la curva de nivel de los mil cuatrocientos metros y es la primera después del collado de los Hermanillos.

Cañá Somera, la famosa, la hermosísima y larga cañá Somera, discurre paralela a esta arroyo pero por todo lo alto de la cumbre. Es la parte más larga del arroyo de María y mientras viene descendiendo por esas alturas, recorre una extensa porción de tierra casi llana. Muy buena hierba se cría por ahí y por eso los pastores conocen bien estos alejadísimos rincones de las Sierras de las Villas. Casi cuatro kilómetros tiene de larga esta cañá que ya he dicho se encuentra en lo más alto de la cumbre entre el pico Almagreros con 1467 metros y Pedro Miguel, no el Blanquillo, con 1830 metros.

Al llegar a este punto no tenemos más remedio que irnos por la vertiente del margen izquierdo, cara al sol de las laderas del Torraso. La subida de esta ladera es dura y difícil por la inclinación atrás mencionada y las mil rocas sueltas. No la coronamos del todo. Una vez salvadas las cascadas podemos seguir a media falda sin perder altura y ya bastante al final, sí bajamos a buscar otra vez el cauce. Casi en la misma cumbre del collado de los Hermanillos por donde encontramos una pista forestal, hay algunos manantiales de cabecera del río Aguascebas Grande y del arroyo de María que por aquí se llama cañada del Tejuelo. La famosa majá de la Perra

se nos queda a la derecha, final del poyo del Zorro y como a la mita de la majá de la Perra pero en la cumbre.

En este punto, si cogemos la pista hacia la derecha, tendremos el gozo de descubrir otro rincón más lleno de encanto por donde nacen algunos arroyuelos que va a parar al río antes de la cascada. Si cogemos la pista hacia la izquierda que es en realidad la dirección que hemos de tomar para seguir la ruta, atravesamos el collado de los Hermanillos, que no la horquilla del Torraso, rodeamos el macizo del Torraso, salimos a la Cruz del Espino, a los Tableros y durante bastante tiempo bajamos hasta llegar a la carretera por el collado del Ojuelo. Aquí tomamos a la izquierda y siguiendo la carretera llegamos al punto donde por la mañana comenzamos la ruta. Hemos recorrido casi treinta kilómetros invirtiendo en ello casi todo el día y quizá también parte de la noche.

Quiero recordar que la palabra ciaza, hace referencia a un utensilio que usaban mucho los serranos. Una criba que servía y sirve pero ya menos, para separar el grano de las granzas o la cascarilla del trigo molido, de moyuelo de éste. Al arroyo más largo de los cinco o seis que el Aguascebas Grande tiene en su cabecera, ellos le pusieron arroyo de la Ciaza. Un bonito nombre que hasta hoy no se ha puesto en ninguno de los muchos mapas y libros buenos que se han escrito de estas sierras.

El paisaje

Lo primero que nos impresionan son los paredones rocosos en forma de medio circo que se presentan ante nosotros nada más comenzar la ruta. Según subimos los vamos dominando y observaremos como cada vez más se configuran en el Gran Circo del Aguascebas. Desde ellos chorrean las cascadas, más arriba se apiñan espesos bosques de pinos dando lugar a bellos escalones de rocas, pinos y más rocas hasta llegar a la cumbre de la cordillera. Por aquí hay bastantes buitres y nidos de águilas.

A un lado y otro nos acompañan las dos cuerdas rocosas en cuyas laderas crecen viejos robles, arrayanes, quejigos y recios ejemplares de pinos. Como ya dije atrás, junto al cauce las praderas verdes sembradas de sombras y regadas por mil chorrillos, nos sorprende una vez detrás de otra. Según subimos el horizonte se nos ensancha sobre todo hacia el poniente por donde iremos descubriendo otras cumbres. Incluso, si el día es claro, llegaremos a divisar las Sierras de Mágina, el amplio Valle del Guadalquivir y la Loma de Úbeda sembrada de olivos.

Al coronar el puerto por donde encontramos la pista forestal, ante nosotros se abre el gran barranco del arroyo de María, la Sierras de Las Lagunillas y la Sierra de Beas. Mientras vamos avanzando por la pista rodeamos el pico Albardas y atravesamos espesos bosques de pinos laricios. Ya en los Tableros, encontramos unos paisajes propios de alta montaña con pequeñas llanuras donde las rocas están deshechas por la erosión. Es por

este rincón donde cambiamos de paisajes encontrando ante nosotros las vertientes de las sierras que se derraman hacia el gran barranco por donde corre el Guadalquivir. Los barrancos por aquí aún son más hondos y bellos. Desde estas cumbres veremos la carretera que va cruzando la sierra, las casas de pastores y los huertos junto a ellas.

De interés

A lo largo de todo este recorrido no es probable que encontremos a ningún ser humano. Sólo en lo más alto del pico Albarda hay una pequeña casa para el vigilante de incendios. En lo hondo del Gran barranco del arroyo de María, se divisan algunas casas, están abandonadas desde hace mucho tiempo aunque siguen rodeadas de árboles de cuyas nueces, cerezas y manzanas se alimentan las ardillas los grajos y los jabalíes. Antes de llegar a Los Tableros veremos una pequeña casa de madera construida ya hace muchos años para la corta de pinos y la construcción de la pista forestal. Al llegar al collado del Ojuelo sí encontramos varias casas de pastores rodeadas de huertos y rebaños de ovejas. La pista que traemos según bajamos de Los Tableros, atraviesa la carretera, baja por el gran barranco de la Madera, pasa junto a la ermita del Cristo del Monte y atravesando el río Guadalquivir sube por la otra vertiente hasta el Santuario de la Fuensanta ya casi en el pueblo de Villanueva del Arzobispo.

LANCHA DE LA CIGARRA
o corazón de la Sierra de las Villas

El título de este capítulo es el nombre de un lugar concreto de esta gran Sierra de las Villas. Quería describir la porción de terreno que cae por esta zona y no encontraba un nombre que abarcara todo el espacio que aquí quiero meter. Entre los otros muchos topónimos que en esta porción de sierra existen, ninguno me parecía lo suficiente extenso como para ponerlo en el título. La lancha de la Cigarra, con ser no un punto sino un paraje grande, también reúne unas características muy especiales. Es precisamente la lancha mayor de las diez o doce que hay en la zona por la que pretendo irme. Y es, además, la que corona el terreno con la majestad y belleza necesaria como para ponerla como cimiento aunque en este caso sea cumbre. Al delimitarla casi sale la forma de un corazón real, con su núcleo y bordes.

Y quería decir que de todos los trozos de terreno que componen las grandes Sierras de las Villas, el más hermoso, subjetivo y a la vez asombroso, creo que es este de la lancha de la Cigarra. Y lo quiero limitar, mirando desde lo hondo del Aguascebas Grande hacia la cumbre. Miro a la sierra desde el valle y no desde la cumbre. Implica una actitud que no es simple. Por la derecha, con el cauce del arroyo Aguascebas de Gil Cobo, por arriba, con la raspa de la altísima cordillera centrada por Pedro Miguel (Blanquillo) y por la izquierda, con el surco profundísimo y gigante del río

Aguascebas Grande. De arriba abajo o al revés, por el centro, va un caballete que fragua las vertientes hacia ambos cauces.

O lo explico de otro modo: me sitúo en la Herradura, punto donde se junta el arroyo Gil Cobo con el Aguascebas Grande. En lo alto, en el centro y a lo largo, me queda Pedro Miguel y la Blanquilla Alta con dos buenos trozos de cumbre a ambos lados. Por la derecha el Blanquilla Baja y por la izquierda el collado del Pocico, no el de la nava del Rico sino el de las Lagunillas de cañá Somera. Desde donde estoy, a la derecha mía, corre el Aguascebas de Gil Cobo, que lo seguimos hasta la cumbre y a la izquierda, corre el río Aguascebas Grande, que también lo seguimos hasta la cumbre. Con dos bellos cauces a los lados, una luminosa cumbre en lo alto y una junta de los cauces en lo hondo, tenemos encerrada la porción de tierra que quiero describir. La de la lancha de la Cigarra desde la cumbre hasta lo hondo de los ríos. Las alturas van desde los 750 m. en la junta de los cauces hasta los 1830 m. en la cumbre de Pedro Miguel, pilar del caballete central y núcleo del corazón delimitado.

Y también quería decir que esta lancha, la grandiosamente bonita, empinada y salvajemente misteriosa, también se llama lancha de los Espinares. Mirándola desde abajo, en el centro, por donde va el caballete, entre los dos cauces, tiene un profundo corte. Es como un collado y ahí crece uno de los pinos más grandes de estos contornos. Se le conoce por el Pino de la Cigarra. Cuando lo serranos pronuncian la palabra lancha, se están refiriendo a un paisaje rocoso que en forma de placa o de morros sobresalen en una ladera entre la cumbre más alta y el valle más hondo. Como si fuera un escalón gigante que tiene una cara muy inclinada mirando hacia las partes bajas y otra cara más llana, por el lado de la cumbre. A esta cara llana ellos la llaman lanchas cuando el paisaje es pura roca, muy difícil de andar, sin tierra para cultivar y con vegetación autóctona. En muchas partes los pinos no han podido crecer. Cuando el paisaje es tierra más o menos buena, son poyos y a la cara más inclinada voladeros. El filo entre las dos caras es lo que ellos llaman rastillo que a veces se prolonga hacia la parte más llana de los poyos, con paisajes de rocas sueltas o rajadas, muy agrias y complicadas de andar. La vegetación que se da en las lanchas suelen ser sabinas, carrascas, romeros, enebros, cambrones, algunas encinas, robles y pinos pero más escasos y salteados. Claro que estas condiciones no siempre se cumplen a la perfección pero con más o menos matices o variantes, así son.

Cuando desde el valle final o la hondura máxima desde la cumbre, suben varias lanchas, siempre dispuestas en horizontal, ladera arriba hasta coronar la cumbre total, se van formando las escaleras, con el escalón de cada una de las lanchas y el poyo correspondiente. Por eso ellos algunas veces han bautizado estos salientes rocosos con el nombre de lancha de la Escalera o escalera de Amador. En el fondo es una redundancia pero ellos se entendían y se entienden y de qué manera más hermosa. También es porque

para remontar de una lancha a otra o poyo, tenían que trazar caminos y en las partes finales, por tener un desnivel muy pronunciado, los caminos trazaban muchas curvas y hasta tenían que empedrarlos y meterlos por el surco de los arroyos. También lo llaman escalón o morro. Complicadísimas formas del terreno que ellos han sabido trocear y sin apenas ciencia escrita, también supieron dominar poniéndole nombres, trazando veredas, levantando cortijos o tinadas y roturando tierras para sembrar los huertos y regarlos con los abundantes veneros que por estos poyos y lanchas brotan.

Pues lo que pretendo es hablar de esta gran lancha de la Cigarra que ya hemos dejado bien limitada y encajada en el lugar que le corresponde. Y digo que arrancando desde la cumbre que centra el precioso pico Blanquilla Alta, tenemos el primer escalón de la porción de tierra que hemos dejado entre los dos cauces. En realidad, nosotros no hemos hecho nada más que llegar, ver y asombrarnos de la variedad que la naturaleza por aquí ha modelado. Por ese primer escalón y cumbre total, tenemos paisajes muy bonitos con nombre aun más hermosos. De derechas a izquierdas, nos encontramos con lancha Ignacio, Blanquilla Baja, Blanquilla Alta, Pedro Miguel coronando, poyo de los Robles, la Torquilla, collado del Pocico, y Sima de las Lagunillas. Estamos en la parte más emocionante del corazón y por donde entra y sale toda vida. Sobre las cumbres descargan las nieves y las lluvias y por las venas que recorren las entrañas, van las aguas, principio de toda vida, hasta los valles para llenar los ríos.

Y si desde esa alta cumbre nos venimos para la junta de los cauces que es donde estamos, lo primero que tenemos, nada más caer hacia este lado y no hacia el valle del Guadalquivir a la altura de Coto Ríos, son las Nogueras, las Hoyicas y el collado del Perenoso. Tres preciosos nombres serranos para otros tantos rincones impresionantemente bellos. Podría decirse que este es el primer poyo que presenta la enorme ladera. No está llano por completo porque todavía estamos muy en la cumbre que es donde empiezan a nacer los arroyos. En el mismo collado del Perenoso, punto más alto del caballete central, nacen dos arroyuelos que en dos vertientes opuestas llevan aguas al arroyo Gil Cobo y al Aguascebas Grande. Arroyo de los Espinares se llama el que vierte para Gil Cobo y arroyo de las Nogueras el que lleva sus aguas al Aguascebas Grande. Por encima del arroyo de los Espinares y ya casi cumbre de la gran cuerda tenemos una lancha menor. Es la lancha de la Carrasquilla, gemela de la lancha de los Espinares pero la primera mira la Cenajo de la Blanquilla Baja y la segunda al barranco del arroyo Espinares. Un poco más hacia la junta tenemos el primer gran escalón. El que nos ha servido para dar nombre a esta porción de tierra y es el que forma la primera lancha con el nombre de lancha de la Cigarra y de los Espinares. Se ve desde casi todos los puntos de estas sierras y de buena parte de la Loma de Úbeda.

Los Espinares son, ya lo he dicho, un arroyo. El que nace en el collado

del Perenoso y vierte hacia el cauce de Gil Cobo. Pero este nombre tan bonito también remite a las ruinas de un viejo cortijo que hubo como a la mitad del recorrido de este cauce. Donde se junta con otro arroyuelo que le entra desde el lado de la Blanquilla Alta. Ahí mismo existen unas tierras llanas, huertas en otros tiempos y por eso todavía tienen cerezos y álamos, y sobre el puntal construyeron el cortijo. Una vivienda muy pequeña, de pura piedra caliza y tejas rojas pero bonitas y remontadas en su morrete correspondiente para otear los horizontes. Aunque debo dejar claro que el verdadero nombre de este cortijo es la Pariera. Sitio donde paren las ovejas pero como dentro del nombre de los Espinares se recoge una buena porción de tierra, por extensión al referirse al cortijo, cañada y algo más, les decían y dicen Los Espinares. Y los Espinares también son toda la gran morra que presenta la lancha de la Cigarra desde el arroyo Gil Cobo hasta el collado del Perenoso.

Pero parece que el verdadero nombre de Espinares se concentraba y concentra en un prado. El Prao de los Espinares. Se encuentra este punto justo donde, al salir la pista de tierra de la cerrada de San Ginés, se divide en dos: para fuente Colorá y el collado Perenoso. Ahí mismo hay un precioso prado de tierra muy buena que en otros tiempos cultivaban y sembraban de cereales. Fue a este rincón a lo que ellos le aplicaron el nombre de Prao de los Espinares. Uno de los primeros trozos de terreno, viniendo desde la cueva del Peinero hacia el Embalse del Aguascebas, al que le regalaron el precioso nombre de “Prao”. Algunos de los otros son: Prao del Sargatillo, Prao de los Chopos, Prao de Coca, Prao Maguillo, Prao de los Fresnos, Prao de Majaenrea, Prao Canalejas, Prao Nevao y Prao de la Trocha. La pista que va para fuente Colorá atraviesa casi por el centro del Prao de los Espinares y al borde mismo queda el hoyo de una peguera. En este Prao de los Espinares también hubo una peguera como en la cañá de la Blanquilla Baja. Ellos arrancaban las penas de los pinos, cuando ya estaban secas y convertidas en tea y las cocían en pegueras para conseguir pez: alquitrán o resina que sudan las teas y que vendían para obtener algún dinero.

La cara más quebrada de esa lancha es la que mira a los poyos de Gil Cobo. Cae casi en vertical y, donde ya las laderas se han derramado, se forma el precioso poyo de Gil Cobo. Una gran franja de tierra que va horizontalmente de un cauce a otro, río Aguascebas Grande y arroyo Gil Cobo, límites puestos por nosotros en este trabajo. Es por esta porción de tierra buena por donde metieron la carretera asfaltada que ahora atraviesa toda la Sierra de las Villas. Es el poyo más grande de toda la gran ladera y aunque presenta, en sus lados, desniveles muy pronunciados, se pueden andar bien. Por donde desciende el caballete, centro del corazón, está el cortijo de Gregorio y la tiná de Rumualdo. Buenas tierras esas y bonito mirador coronado por la gran lancha de la Cigarra. Por donde está la tiná de Romualdo, desde tiempos muy lejanos, en los mapas ponen la lancha del Lobo, nombre irreal. Ese rincón se llama de la Peraleja y la lancha pues

también participa de este nombre. Un poco más abajo y en esta misma vertiente tenemos la lancha de la Tejea.

El tercer escalón desde la cumbre hasta la junta se forma desde los poyos de Gil Cobo hacia los surcos de los dos cauces con profundos cortes rocosos en los dos, río Aguascebas Grandes y arroyo de Gil Cobo. Ya se viene cerrando la porción de tierra que estamos describiendo. Nos metemos hacia el pico del corazón, junta de los cauces y curva de la Herradura. Lo bautizaron con este nombre y bien que sabían lo que se hacían. Pero por el centro, el escalón no es tan pronunciado y por eso enseguida cae a la llanura de la Bruna. El caballete se ha hundido algo. Quizá por el peso de la nieve o las toneladas de tierra que han rodado desde las partes altas. Buena tierra ésta y con algunos veneros de aguas purísimas. Es este el tercer poyo del tercer escalón. Hay otro cuarto escalón, con su collado correspondiente en el centro porque ya por aquí, el terreno es cada vez más quebrado. A este escalón y poyo se le conoce con el nombre de la Tejea. Es el punto central del caballete que ya se ha recuperado del hundimiento y por eso se forma el collado. Para la izquierda y el Aguascebas Grande, es el Canalón del Molino de la Parra y Caída de la Bruna. Por la derecha la Tejea hasta el Puente Tijera y el barranco del Zarzalar.

Un cuarto escalón se presenta enseguida y este tiene su centro en el collado de las Arenas, ya casi sin poyo porque el terreno se acaba. Se unen los lados porque estamos llegando al pico del corazón. Pero su correspondiente poyo se le conoce con el mismo nombre que al collado: de las Arenas. Mira desafiante, impenetrable y cubierto de pinos, romeros y carrasca a la también tremenda lancha de la Benita. Algo más abajo están los Morrones, que son los últimos escalones o lanchas antes de que el río y el arroyo que nos ha servido de límites, penetre por ambos lados cortando fieramente los macizos rocosos y rompiendo hacia el gran valle del Guadalquivir cuando éste ya va por los olivares de Mogón. Exactamente en este punto es donde se coloca el nombre de la Herradura. La parte final del corazón, el pico y es por donde se escapan los ríos de agua que han refrescado las entrañas del gran corazón.

En este punto las tierras descansan algo sobre las llanuras y mientras reciben las aguas y observan las siluetas de los rocosos escalones subiendo hacia la cumbre, se preparan para ser bañadas por las corrientes. El cortijo de la Herradura y Bardazoso, están más o menos cerca pero ya al otro lado de los cauces. A partir de aquí, la sierra y sus laderas, toman otros nombres y formas. Pero si todavía quisiéramos penetrar un poco más en el misterio y belleza del corazón que hemos bordado, sería más que suficiente con irnos andando siguiendo sus límites. Arroyo Aguascebas del Gil Cobo arriba hasta la cumbre, luego a la izquierda cumbre adelante hasta Pedro Miguel y el nacimiento del Aguascebas Grande y bajar cauce adelante hasta la misma Herradura. Creo que en la realidad sería casi imposible hacer este recorrido

por los tremendos cañones y cortes rocosos que ambos cauces tienen. Pero si de alguna manera fuera posible, quedaríamos más que asombrados de lo inmensamente hermoso, robusto y escabroso de este tremendo rincón serrano. Único en todas las sierras del Parque Natural y único en el mundo entero. Y no exagero.

Así que resumo: Además de la gran lancha de la Cigarra, por esta porción de sierra, tenemos las siguientes lanchas: lancha de la Carrasquilla, lancha de los Espinares, lancha de la Peraleja, lancha de la Tejea, lancha del Cantalar, lancha de la Benita, lancha de la Zamborra, lancha del Zarzalar, lancha del Agrión, lancha de Perete y lancha de Ignacio. Las he nombrado desde arriba hacia la Herradura por el lado de la lancha de la Cigarra y luego he subido hasta lo alto. Así que la lancha del lobo, no existe por este lugar de la sierra. ¿Cuándo y por qué lo escribieron en los mapas?

33- Poyo Gil Cobo, cortijo de Gregorio, llanuras o cañada de la Bruna

Al gozo de las praderas limpias

Distancia aproximada: 2 k.
Desnivel aproximado : 30 m.
Tiempo aproximado : 1,5 h. andando.
Camino: veredas de animales y sin ellas.

Es esta ruta un agradable paseo por tierras bastantes llanas con rasos de tierras fértiles, espesura de bujes, paisajes rocosos con extrañas y agreste figuras y algunos manantiales de agua, según las épocas. No va por ningún camino señalado pero precisamente por eso, tiene su aliciente. Con sólo orientarnos hacia la meta trazada, llanuras de la Bruna, llegamos a ellas sin problema ninguno. Y claro que gusta ir descubriendo la ruta a través de la espesura de los bujes, las complicadas pero bonitas rocas calizas y las suaves laderas. Al final, sentiremos la satisfacción que produce el encuentro con un paisaje único, lleno de tierras llanas tapizadas de hierba y rematado por los profundos y grandiosos cortes rocosos de los voladeros. Las buitreras quedan a nuestros pies mismo.

Las llanuras de la Bruna son los terceros poyos o escalones que tiene esta ladera según cae desde las cumbres hacia la junta de los cauces. Es justo donde se hunde el Caballete central entre el Aguascebas Grande y el Gil Cobo. Por eso se forman las llanuras en el punto exacto donde correspondía un collado. En realidad pertenece casi al mismo Poyo de Gil Cobo pero no del todo. El terreno sigue llano desde la casa de Gregorio, con un escalón poco pronunciado por el centro pero por los extremos, con sus buenos morros.

Dejamos el coche en la misma carretera justo a la altura del cortijo de Gregorio. Un poco más hacia el lado del arroyo Gil Cobo, dejando las ruinas del cortijo a la derecha, nos venimos. Por entre los bujes, las rocas y siguiendo las veredillas de las ovejas. Pero mientras avanzamos tenemos en cuenta no enfrentarnos al morro del Gil Cobo, más pegado al arroyo y muy levantado. Tiene 1382 m. y es una lancha muy mala de andar por la gran cantidad de rocas abiertas y bujes. Por una hondonada muy suave que presenta algunas dolinas, hoyos, y por el lado izquierdo del morro anunciado, vamos avanzando.

En uno de estos hoyos, pegado a unas carrascas y bastante escondida, existe una cueva. Por aquí es conocida como cueva Honda. La entrada no es muy grande ni se ve con facilidad pero dentro tiene una gran cavidad, igual que la que hay cerca de la nava del Vilano. En otros tiempos estuvo ocupado por algunas familias de gitanos y luego por hatos de cabras y ovejas. Ahora sólo recoge silencio, la visitan de algún turista y el crujir de las tormentas otoñales.

En poco tiempo caemos a las tierras que ya son vertiente a las llanuras de la Bruna. Siguiendo las veredillas de las ovejas, atravesamos unas zarzas, más bujes y al poco penetramos en las tierras peladas. Son las llanuras que venimos buscando. Tienen juncos por algunos puntos y, según en qué épocas, de por aquí brota agua. Son tierras con muy poca vegetación. Las cultivaron en otros tiempos y por eso ahora sólo crían buenas hierbas que toman con gusta las ovejas y los animales salvajes. Con toda comodidad subimos por estas llanuras hacia el lado del arroyo de Gil Cobo y antes de tocar los filos del gran voladero, descubrimos una curiosidad: por toda la llanura se desparraman unas piedras negruzcas. Son restos de mineral volcánico que por aquí han salido a la superficie. Algo de hierro tienen porque pesan mucho y su color es también como el óxido de hierro.

Unos metros más adelante ya estamos en el filo del voladero. Nos sorprenderá la profundidad de barranco por donde se aleja el Aguascebas de Gil Cobo y las cañadas a ambos lados. Son las del barranco del Zarzalar y la de la Tejea. Al frente y más en lo hondo nos saludan la lancha de Benita y las laderas del Ponestillo. En la ladera donde estamos nosotros se nos levantan un montón de picos rocosos que potente y quebrados van cayendo hacia el gran surco del río Aguascebas Grande. Se ven con claridad los collados de la Tejea y de las Arenas y más a lo lejos, las laderas de Bardazoso.

Si nos quedamos por aquí, sentados bajo algún arbusto o roca no tardaremos en gozar de los vuelos rasantes de los buitres leonados. Tienen sus buitreras justo en los mismos voladeros sobre los que estamos remontados. Y claro que sin prisa, sólo el espectáculo de la preciosa visión hacia los barrancos y la paz de los parajes, nos dejará bien satisfechos.

Merece la pena el recorrido de esta ruta por el encanto de los paisajes.

Recuerdo que jugaba
la niña con la nieve
y recuerdo que bajaba
madre, desde la fuente
pisando la escarchar blanca
y cargada toda valiente
y el padre que allí estaba
dijo, como el que advierte:

- Nuestra niña del alma
jugando con la nieve,
si tropieza y resbala
se irá por la pendiente
y en lo hondo y entre las aguas
será sueño para siempre.

Recuerdo que la madre
cargada y sonriente
siguió pisando el hielo
frío y transparente
y siguiéndole los pasos
su niña, flor de nieve,
venía con sus juegos
helada pero alegre
como lo era la mañana
y el hermoso y reluciente
rincón de la fuente clara,
del arroyo transparente
y del gozo hecho hada
que existe y fino cala
hasta cuando cae la nieve.

34- PEDRO MIGUEL(Blanquillo), BLANQUILLAS BAJA Y ALTA

Una aclaración necesaria

Antes de entrar a describir esta zona de la sierra que ando recorriendo tengo necesidad de aclararme y aclarar algunas cosas. Resulta que yo creía, porque así lo he leído en algunos mapas y libros, que el pico más alto de estas Sierras de las Villas, se llamaba Blanquillo. Me tenía creído esto y he descubierto que no es así. Se llama Pedro Miguel y en otro apartado de este trabajo digo por qué y desde dónde le vino este nombre.

Quiero decir que ahora tengo muy claro cómo son los nombres y por qué puntos se reparten por estas altísimas cumbres de la sierra. Si le entro a Pedro Miguel, el hasta ahora Blanquillo, desde el lado del Pinar Negro, el de las Aguascebas Grande y no el de las Banderillas, me voy encontrando con los siguientes rincones: en primer lugar Pinar Negro, una porción de tierra llana, con su manantial, sus tornajos para que beban las ovejas, sus gruesos pinos laricios, la soledad de la cumbre y los picos de los verdaderos hermanillos. Son los dos puntos más altos por estas cumbres después de pasar Pedro Miguel en dirección hacia el Almagreros, bien lejos de aquí. Coronan y, por el lado de las Aguascebas Grande, recogen a las tierras llanas y tupidas de hierba de Pinar Negro.

Pues si me voy para el lado de peña Corva me encuentro con un bonito collado. Es el del Pinar Negro con uno de los hermanillos. Justo en este punto, vertiente al Guadalquivir para la Torre del Vinagre, nace un ramal del arroyo del Zarzalar y de los Membrillos. A la derecha de este collado se eleva una agreste, inclinadísima y fiera ladera de rocas blancas que suben hasta lo más alto de Pedro Miguel. Todo esto ya entre los mil setecientos metros hasta los mil ochocientos y algo. Desde las mismas cumbres de este Pedro Miguel cae una largísima cuerda que en forma de caballete se va en dirección a la morra de los Cerezos y peña Corva. Por todo lo alto de esta cuerda van los límites de los términos municipales. Vertiente al Guadalquivir para la Torre del Vinagre, Santiago de la Espada y para el lado de la loma de Úbeda, Villacarrillo. Esta cuerda va haciendo de divisoria entre las dos vertientes dichas.

Baja desde los mil ochocientos metros hasta los mil quinientos y algo menos y justo por este punto se quiebra la preciosa cuerda. Desde el lado del arroyo del Zarzalar le entra una hondonada y en forma de collado o portillo sin rocas, se quiebra la cuerda dando lugar a unas preciosas praderas a ambos lados. Por aquí mismo cruza una senda que lleva al cortijo de Aguas Blanquillas y más puntos de la sierra por esta vertiente de la Torre del Vinagre. Todo este punto ya es Blanquilla Baja con un buen trozo de la cuerda que hemos traído desde Pedro Miguel. La Blanquilla Baja no es un pico sino una zona muy extensa por donde hay praderas, arroyos, cumbres, collados y varias veredas.

Después de este collado de la Blanquilla Alta la cuerda divisoria de la las aguas sigue por lo más alto de la cumbre y fragua un cucurucho rocoso. Justo ahí está el Cenajo de la Blanquilla Baja. Al pasar este cucurucho y cenajo, una gran cavidad en la roca que en forma de aguilón sobresale en todo lo alto del cucurucho pero mirando hacia la cuenca alta del arroyo Gil Cobo, ya es Blanquilla Baja. La misma cuerda que hemos traído desde Pedro Miguel pero ahora mucho más baja y suavizada en su lomo. Crecen por aquí grandes pinos laricios y hay ricas praderas de hierba. Por la derecha y cuenca del arroyo Gil Cobo, se van abriendo las cañadas y paralelas a la

cuerda divisoria de las vertientes. Ésta sube hasta el nivel de los mil quinientos nueve metros y luego baja otra vez. Una porción de morretes rocosos y otros sólo de tierra van avanzando hacia la cumbre de la morra de los Cerezos que nos queda al frente.

De pronto, la cuerda se rompe otra vez en un bonito collado de tierra buena. Aquí mismo nace otro ramal del gran arroyo del Zarzalar y de Gil Cobo. Por el lado del Zarzalar, están los cortijos de los Pingos o de los Cerezos y el cortijo del Castellón. El del Zarzalar, que es el de la Golondrina, queda más abajo. Pues quería decir que en este bonito collado, el segundo en la cuerda que divide las aguas y baja desde Pedro Miguel, se encuentra el final de la Blanquilla Baja. Lo que sigue es una gran lancha rocosa, muy agreste y difícil de andar y que corona con la morra de los Cerezos. Los caminos para seguir por la gran cumbre se venían o pasaban por el lado de fuente Colorá, el collado del Muerto y salían a las llanuras de Jabalcaballo. Por el lado del sol de la mañana y vertiente a arroyo del Zarzalar, era y es muy difícil andar por lo quebrado del terreno y las muchas rocas. Al menos diez arroyuelos nacen en esta vertiente y todos llevan sus aguas al arroyo del Zarzalar. Por eso este cauce, cuando un poco más arriba de Coto Ríos desemboca en el Guadalquivir, lleva tanta agua. Por el lado de las Sierras de las Villas, la cumbre se hace casi llanura por la lancha de la Escalera, collado del Muerto, fuente del Tejo hasta las llanuras de Jabalcaballo.

Así que dejo claro que las blanquillas, la alta y la baja, ni son el pico de Pedro Miguel ni tampoco otros picos elevados. Son dos porciones de terreno bastantes extensas que, sobre lo más alto de la cumbre, quedan recogidos entre la morra de los Cerezos y la hermosísima morra de Pedro Miguel. Dos parajes muy conocido y andando por los pastores de estos tiempos y los de aquellos que, para moverse por aquí y poderse entender, lo bautizaron con los nombres que ahora nosotros conocemos. Hay muchas piedras blancas por estos parajes y más, cuando la cumbre cae desde Pedro Miguel hacia la Blanquilla Baja. Y aclarado este para mí interesantísimo asunto, me pongo a describir algunos de los puntos concretos de este rincón de la sierra.

35- Poyo de Gil Cobo, pino y collado de la Cigarra, collado Perenoso, Pedro Miguel. 16-6-2000

A la soledad total

Distancia aproximada:	3 k. subida recorrido por la lancha	
6 k.	Ida y vuelta.	
8 k.	Hasta Pedro Miguel.	
16 k.	Ida y vuelta.	
3k.	Collado Perenoso, Pedro Miguel.	
6 k.	Ida y vuelta.	
Desnivel aproximado :	500	m. hasta Pedro Miguel.
	300	m. al collado de la Cigarra.
	150	m. al collado Perenoso.
	300	m. al portillo Pedro Miguel.
Altura media en met :	1547	m. al collado de la Cigarra.
	1420	m. al collado Perenoso.
	1600	m. al portillo Pedro Miguel.
	1700	m. cuerda Pedro Miguel.
	1830	m. cumbre Pedro Miguel.
Tiempo aproximado :	45	mt. al collado de la Cigarra.
	1,15	mt. al collado Perenoso.
	2	h. al portillo Pedro Miguel.
	3,30	h. cumbre Pedro Miguel.
Camino:		Campo a través y veredas.

Dos pinceladas

Hice esta ruta en la calurosa pero transparente mañana del día 16-6-200. Ya tenía leída la sentencia de mi marcha de estas tierras y por eso mi alma vivía bajo los efectos de una honda nostalgia. Pero el encuentro, en este día, con los paisajes que a continuación voy a describir, aunque sólo fuera por unas horas, me llenaron de vida y me hicieron volver a la realidad que tan honda llevo. Por eso, el recorrido de esta ruta no fue para mí un simple paseo a fin de gastar tiempo mientras llega el otro ni tampoco a la manera que ahora tantos usan de la naturaleza. Fue un encuentro con lo más vivo y fuerte que sobre esta tierra, en lo más íntimo, alimenta la vida que se alberga en mi cuerpo de carne. Por eso digo que la sombra que me regalaron los pinos laricios de las altas cumbres, el vientecillo fresco que me prestó la mañana, la hierba verde que me ofrecieron las navas y praderas de cañadas y crestas, la música con que me deleitaron los pajarillos, las águilas, los cigarrones y los aires por las alturas y el azul purísimo que el cielo quiso poner ante mis ojos, fueron recibido en mi alma como un abrazo con el Dios en el que creo. Un abrazo de amor hondo y un beso en el cual recibía el mensaje de su sincero cariño hacia mí. Tuve la oportunidad de ahondar un

poco más en lo trascendente, la inmortalidad y belleza por la que tanto suspira mi ser y así, una vez más gusté y vi, que esta pobre vida que me permiten tener bajo el sol, tiene su apoyo y hermosura en lo que “ni los ladrones pueden robar ni la polilla puede roer”.

Y los rincones por donde anduve tienen un gran poyo que de siempre los serranos llamaron de Gil Cobo, en honor al serrano que vivió en el cortijo que ahora es un montón de ruinas junto a la carretera, por el lado derecho según se viene desde la cueva del Peinero para el Embalse de Aguascebas. Las tierras de este hermosísimo poyo se acumulan por el lado izquierdo de esta carretera. Por ahí sembraron muchos pinos de la especie laricio, que ahora ya están más o menos grandes. Otros muy grandes y hermosos que por aquí crecían, este invierno mismo los han cortado, dejando sólo los más raquíticos y menos bellos. Pero este es otro cantar. Cuando la carretera se hace llana atravesando las tierras llanas que hay cerca del cortijo, por ahí hay un arroyuelo menor que baja justo del collado que la lancha de la Cigarra tiene en todo lo alto. Donde se ven dos grandiosos pinos laricios que dejaron indultados no se sabe por qué.

Pues siguiendo el surco de este pequeño arroyuelo me fui recorriendo el terreno y mientras remontaba buscaba la senda que en otros tiempos iba por aquí. Ya no se encuentra. Sólo algún serrano de los que la recorrieron en aquellos tiempos podría saber por dónde iba. Pero yo seguí buscando el mejor paso y en unos cuarenta y cinco minutos estuve en el puñado de tierra que la cima de la cumbre tiene justo donde crecen los dos pinos. Es aquí mismo donde se abre el collado pero un poco para el lado izquierdo, mientras que para el derecho, también se abre otro collado menos interesante pero sí con unas preciosas navas. Por este lado me viene y en una hora poco más o menos recorrí toda la cumbre que la lancha de la Cigarra tiene por este lado. El que pega al arroyo Gil Cobo y por donde se abre la cerrada de San Ginés. Me volví luego para atrás, caí al precioso collado y cañada tupida de hierba, porque para ambos lados arrancan arroyuelos, remonté por una cañada también bonita y me dediqué a recorrer la gran lacha de la Cigarra ahora por el lado que mira para la cueva del Peinero. Cuando ya terminé, volqué para el collado Perenoso y viendo que lo tenía cerca y también me quedaba cerca el portillo que da paso hacia la nava y cumbre de Pedro Miguel, me bajé hasta el collado Perenoso.

Lo crucé, me fui por la veredilla que usan los turistas cuando vienen por aquí para subir al “Blanquillo”, remonté la inclinada cuesta que precede al portillo y cuando terminé de cruzarlo, me encontré con la preciosa cañada de Pedro Miguel. Es la cañada donde justo empieza a nacer el arroyo de la Espinarea, paralelo al de la Blanquilla Alta y Baja y el del Perenoso. En esta cañada, a la sombra de un gran pino laricio, me paré, estuve comiendo, bebí, me tumbé en la hierba fresca y verde que todavía crece por aquí, gocé el bonito y gran majuelo que crece en el centro de esta cañada y que hoy

estaba en plena floración y luego seguí. En unos minutos remonté a la cuerda que viene bajando desde las mismas cumbres de Pedro Miguel, por donde encontré la senda y la seguí. No tenía intención de llegar a lo más alto de este pico sino sólo andar el terreno para gozarlo un poco más antes de perderlo del todo. Hoy para mí, este rincón tenía un aliciente especial. Es el rincón que había recorrido unos diez años atrás en compañía de un gran muchacho amigo que luego murió una noche de Navidad y por eso ya no está. Pero aquella experiencia fue hermosa y como no la he olvidado, hoy la quería rememorar para dejarla dentro de mí con la claridad y hermosura que merece.

Así que un poco antes de coronar a la misma cresta de Pedro Miguel, me viene para el lado de Pinar Negro siguiendo algunas sendillllas que por ahí van y antes de llegar a la cañada de Pinar Negro, me encontré con el mismo rebaño de cabras blancas que tantas veces me he encontrado por las cumbres de estas sierras. Venían ellas desde la fuente de Pinar Negro, la que yo buscaba para beber agua fresca en un día tan caluroso como el de hoy y tampoco llegué a rozar, porque al encontrarme con este gran rebaño de cabras blancas, solitarias ellas, me senté obre las rocas de la gran ladera y ahí me quedé más de una hora. Gozándolas en su ramoneo y paz sobre la hermosísima ladera de Pedro Miguel hacia Coto Ríos y gozando también la amplísima panorámica hacia la sierra de las Banderillas, valle del Guadalquivir, nacimiento de este río y Embalse del Tranco, me dejé morir en la tarde. En la más honda soledad de las cumbres blancas y por eso también, en la más limpísima paz de Dios, viento fresco, perfume a florecillas de tomillos, zamarrillas, jopillos de seda montés, campanillas de las rocas, teucrium y el delicado y bello Convolvulus boisieri, estuve un largo rato. No tenía prisa porque el momento resultaba de lo más supremo.

Pero luego dejé mi ensueño y comencé a regresar sin prisa también. A la tarde le quedaba un buen trecho y como el regreso era todo bajada, me lo tomé con calma y cuando llegué al gran pino del collado de la lancha de la Cigarra, en su sobra, hierba verde, canto de mirlos y otros pajarillos, me eché a dormir la siesta. Más de una hora estuve en este paraíso y cuando reemprendí la marcha, ya me traía conmigo el regalo más grande que nunca podré recibir en este suelo y que nadie me podrá quitar de ninguna manera.

Diré que los más hermosos rincones por esta ruta son: los dos pinos de la cumbre sobre la lancha, el mismo collado con su pradera volcando para la cañada de Perenoso, la nava para el lado derecho y luego la otra de la cumbre total. El collado Perenoso, el bonito portillo que da paso para las cumbres de Pedro Miguel, la impresionante nava que se abre nada más remontar este portillo y luego las grandiosas vistas que ofrecen la cuerda y laderas de Pedro Miguel. Pero si tengo que escoger algo entre tanto, digo que la verde nava del portillo hacia Pedro Miguel, es lo que realmente embelesa, de tanto como agrada.

La ruta

Cuando tú te vayas
quedarán sin vida
los caminos viejos
de la gran montaña
que solo recorrías
en las tardes blancas
llenando de amor
las horas calladas
y dejando en el polvo
mil huellas de plata.

A las doce menos diez del día 16-6-2000, me pongo a subir desde la carretera asfaltada que cruza por las tierras llanas del poyo Gil Cobo. Hoy el día se presenta sin nubes ningunas, anuncian mucho calor aunque por aquí el aire corre fresco, la hierba todavía se mantiene verde y por entre el espeso bosque de pinos laricios me voy encontrando una gran planta de cardos azules. Esos hermosos cardos que sólo se dan por algunas partes de estas sierras y que cuando se secan, ya bien entrado el verano y algo el otoño, sus flores son azules por completo. La tierra que voy remontando es la que cae desde la gran lancha de la Cigarra, donde en otros tiempos sembraron buenas cosechas los que vivían por los cortijos de por aquí cerca y luego repoblaron de pinos laricios. No han crecido mucho pero por lo menos tienen ya diez o doce años. Todavía no cantan las cigarras. Si se oye el suave siseo de los cigarrones más adelantados y el trino sencillo de algunos pajarillos. También se oye el paso del aire rompiéndose en las hojas de los pinos. Los enebros es ahora cuando ya tienen sus nuevos tallos. Catanaches hay muchos por aquí. Pero lo que más abunda es ese característico y bonito cardo azul que decía antes.

Los majuelos y los rosales silvestres están por completo florecidos y cubiertos con sus nuevas hojas. También me encuentro por aquí muchas florecillas de fresa silvestre. Son amarillas como los bontoncitos de oro o como las de la zamarrilla. Los pinos son todos laricios. Por aquí la altura a se encuentra entre los mil trescientos y los mil cuatrocientos metros. Hay muchas veredas de las que hacen las ovejas pero todas en paralelo con la carretera que me voy dejando atrás. Yo subo casi recto en busca del collado que la lancha de la Cigarra tiene en todo su centro y es por donde crecen los dos hermosos pinos laricios que se ven desde los poyos de Gil Cobo. En este primer tramo no encuentro ninguna dificultad. Mucho tiempo llevaba ya deseando hacer esta ruta y por fin hoy se me convierte en realidad el hermoso sueño. Del mismo pino sale como una cañada, comienzo de un pronunciado arroyuelo con agua sólo cuando las lluvias caen en cantidad. Como voy subiendo por el arroyuelo que he dicho, veo que cuando éste va aproximándose al pino, se le presentan dos grandes paredes rocosas por

ambos lados. Esto le obliga a cerrarse mucho y por eso, antes de alcanzar el pino, tendré que atravesar la cerrada dicha. No es propiamente una cerrada pero digo que sí para mejor explicarlo.

Por el arroyo subo el último tramo y antes de pisar la tierra que parece cañada cuando se le ve desde la carretera, busco el borde izquierdo de las rocas que estrechan el paso. Por ellas remonto como si fuera saltando escalones de una irregular escalera y me encajo casi al mismo nivel del pino. Son dos pinos en realidad pero el grandioso es uno sólo. Por estas rocas me encuentro violetas de Cazorla, té de roca y teucrium. La altura se sitúa por encima de los cuatrocientos metros. Ya llegando al pino veo que por las rocas también crece mucho esparto. También descubro que la única subida y mejor de todas es siguiendo el surco del arroyo, como yo he hecho. Pero antes del primer pino me encuentro una roca gruesa y largada que se sujeta entre dos y forma como un puente. Debajo hay tierra y ahí ha hecho su cama una cabra montés. Y ahora ya sí puedo describir con más exactitud como es la porción de montaña que acabo de coronar y que antes llamé cañada. Propiamente es una cañada pero con mucha pendiente que se va ensanchando según corona y antes de remontar por completo, se divide en dos. Por el centro se le ha quedado una loma rocosa y por los lados se hunde el terreno y es por donde se van abriendo como dos bonitos collados. El de la izquierda es el más grande y bello. Propiamente este collado es el que todos los serranos conocen con el nombre de collado de la lancha de la Cigarra. De un collado a otro y justo por debajo del gran pino pasan las preciosas veredillas que los animales han ido trazando de tanto ir a las hierbas de una llanura y otra.

A las doce y media ya estoy a la altura de los preciosos pinos. Corre un buen viento y como a estas alturas es muy fresquito, el cuerpo sudoroso por la subida y el calor que ya regala el sol, lo agradece. Desde el collado mayor, el que da vista al collado de Perenoso, me vengo para al gran pino siguiendo las veredillas y ahora es cuando noto bien que todavía queda una lomilla rocosa que corona por encima del pino de un collado a otro. Por ahí sólo se amontonan las rocas calizas, los enebros y las sabinas y algún puñadillo de tierra con hierba verde. Al llegar al pino lo que más me asombra, a parte de la grandiosa sombra que derrama por la inclinada cañada, es el tronco. Tan grueso que entre cuatro hombre yo creo no lo podrían abarcar pero, además, no es un tronco sólo. Desde la tierra sí sale un sólo tronco pero en cuanto alcanza un metro se divide en dos y luego en otro más. Por el lado de arriba, justo por donde pasa la vereda de animales, al tronco le hicieron un gran corte y le prendieron fuego. Es lo que le hicieron a casi todos los grandes pinos laricios que por aquellos tiempos. Era para que sudara la resina y así recogerla para la fabricación de alquitrán. Por la sombra de este grandioso pino de la lancha de la Cigarra crece mucha hierba, se esparcen gran cantidad de piñas secas y muchas veredillas. Aquí se vienen los animales, en los calurosos meses del verano, a sestear.

Durante unos segundos me paro a esta sombra un poco para gozarla con más calma y otro poco para observar la gran panorámica que desde aquí tengo hacia el poyo de Gil Cobo, el trozo de sierra que desde ahí se alarga para el collado del Pocico y también para las profundidades del río Aguascebas Grande y las lomas de olivares, más allá. Sigo la veredilla que pasando por debajo del gran pino se prolonga para el otro también buen ejemplar y por las tierras llanas de la llanura del segundo collado se pierde hacia las crestas más alta que por este lado tiene la lancha de la Cigarra. Mil ochocientos doce metros alcanzan por aquí las cotas más altas y yo voy ahora mismo por entre los mil setecientos y mil ochocientos metros. Muchos majuelos, florecidos y repletos de hojas verdes, crecen por esta hoya casi nava. También crecen por aquí más pinos laricios pero desde luego no tan grandes como el primero y el segundo.

Remonto un poco siguiendo las sendas de las ovejas y en cuanto termino de recorrer la preciosa y reconfortante hoya, salto por las rocas y corono al puntal. Por aquí ya da vista a la gran cerrada de San Ginés, por el arroyo de Gil Cobo. El viento sigue acariciando con relativa fuerza pero se agradece por su frescura y limpieza. La visión que desde esta altura tengo es de lo más hermoso y más aun resulta espléndida cuando se reconoce cada punto de sierra desde aquí visible. Durante unos segundos me dejo empapar de tan limpio y hondo espectáculo y luego sigo dando la vuelta por lo más alto de la cresta y sin dejar de pisar rocas calizas. El paisaje por aquí es una pura roca caliza descompuesta en miles de rocas con grietas, agujeros, covachas y muchas más figuras. Ahora descubro que desde esta misma cumbre, para el arroyo de Gil Cobo y todavía en su parte anterior a la cerrada, cae una gran cañada. Es casi paralela a la que baja desde el collado de Perenoso y que se le conoce con el nombre de la Espinarea pero ésta mucho más inclinada y por eso con poca tierra fértil. Sólo algunas sabinas, pinos, enebros y lo demás, rocas. Desde estas alturas se le domina muy bien a esta cañada y las demás partes de la sierra hacia la morra de los Cerezos, Blanquillas Bajas y Alta y cañada del Lobo.

Cuando ya termino de recorre todo el puntal que dije coronaba por encima de los grandes pinos y es la parte más elevada de la gran lancha por este lado, al dar vista para el collado mayor, en la hierba de la llanura me he encuentro a una cabra montés comiendo tranquilamente en esa soledad y paz. Me ha visto y sin mucho correr se ha subido para el puntal gemelo al que acabo de recorrer. Pienso que a lo mejor por ahí tiene su chivo. Ahora es la época de que estos animales críen. La cumbre, al llegar a este collado se quiebra mucho. Con el cariño que siempre me despiertan estas sierras y sin prisa, bajo para las tierras llanas del gran collado, lo recorro, me vengo para el lado del sol de la mañana, encuentro el surco de un arroyuelo, miro por entre las matas de majoletos, espinos y enebros por si estuviera por aquí aplastado el chivo de la cabra que he visto y con la misma paz y gozo comienzo a remontar por el arroyuelo, la buena tierra y la hierba hacia el

segundo punto en altura en esta lancha de la Cigarra. Este alcanza mil seiscientos veintidós metros y tiene otro gemelo exactamente igual. Sube una preciosa veredilla de animales y por eso, el terreno, se recorre con mucha comodidad. Remonto y lo primero que me sorprende en estas nuevas alturas es una nava. Un rodal de buena tierra con su buen tapiz de hierba y su buena ración de soledad aunque esté en las alturas más hermosas.

Pero lo que más me sorprende es la gran cantidad de cagarruta de ovejas que por aquí me encuentro. Y son cagarrutas frescas. Como si hubieran estado hace poco e incluso hubieran dormido por las noches. Esto se nota que es terreno que a las ovejas les guste para dormir por las noches. Siguen las veredillas y por ellas continúo avanzando. Termino de remontar otro collado menor y al volcar, para el lado de la cueva del Peinero, otra llanura mucho mayor que la primera, muy larga, con mucha hierba y majuelos florecidos y según va cayendo para el río Aguascebas Grande, la pendiente se pronuncia hasta formarse una pura pared rocosa. Son los paredones que se ven desde las tierras llanas de la cueva del Peinero cuando se sube por la carretera. Desde allí se ven unos acantilados tremendos y yo ahora me encuentro en todo lo alto. Por eso me parece hermosísimo el panorama. Sigo la llanura durante unos metros y conforme va cayendo aparecen los pinos laricios, las rocas y la pendiente. Por eso me vengo un poco para atrás, busco la comodidad de la cresta montañosa y por entre las abundantes rocas avanzo sólo un poco más. Ya he coronado a lo más alto de la lancha de la Cigarra por este otro punto. Así que ahora me vuelco para el collado Perenoso y me lo encuentro justo casi en línea recta pero en un nivel mucho más bajo.

Desde aquí mismo veo con la mejor claridad la senda que desde el collado Perenoso lleva a las cumbres de Pedro Miguel. La que recorren casi todas las personas que suben a las cumbres de Pedro Miguel. Yo también la recorrí una ve y en verano, en compañía de unos amigos, hace ya muchos años. Después de aquella vez, siempre que subí a Pedro Miguel, lo hice por otros caminos. Así que veo la senda que arranca desde el collado Perenoso, sube por una empinada ladera que es la que flanquea a las crestas de Pedro Miguel sin que sea éste, se viene un poco para el lado de la Blanquilla Baja, busca el portillo de esa lancha, se mete por ella, sale a la preciosa cañada donde nace el arroyo de la Espinarea y desde ahí, ya por cualquier sitio se puede remontar a las cumbres de Pedro Miguel. De modo que observando tan precioso y claro panorama, ahora me entran ganas de bajar hasta el collado de Perenoso, irme por la senda que acabo de describir, recorrerla, coronar por el portillo y subir, si no a las cumbres de Pedro Miguel, sí llegar al manantial de Pinar Negro. Por donde ahora ando no hay agua y en aquella fuente sé que sí mana un buen caño fresco y con sabor a hierba verde. Este plan no estaba metido en mi pensamiento de hoy pero como el día es largo y todavía no es muy tarde, decido que no me será difícil hacer el recorrido que ahora mismo se me ha ocurrido.

Sin pensarlo mucho me pongo en movimiento. Bajo por la lancha que mira al collado del Perenoso, me encajo en este mismo collado, atravieso la pista de tierra que por aquí cruza y sube desde el arroyo de Gil Cobo, busco la sendica que decía antes, la encuentro enseguida, empiezo a recorrerla, vuelco para la vertiente del Aguascebas Grande, paso por entre unos buenos ejemplares de pinos laricios por donde sestean doce o catorce ovejas, llego a un segundo collado mucho menor que el del Perenoso y ahora vuelco para la vertiente del arroyo de Gil Cobo y a partir de este punto, el terreno empieza a elevarse y por eso la senda se endurece. Se agarra a la escarpada ladera en busca del portillo para colarse por él. Creo que sí fue una buena senda en otros tiempos pero desde luego no para animales de carga. Por eso ahora comienzo a ascender por ella, con todo el calor que la tarde me va regalando y como la inclinación es tanta, sudo de lo lindo mientras remonto. Hay tramos que son muy difíciles andarlos por la pura roca que tiene que atravesar. En invierno estos trozos de senda se hielan por completo. Pero al fin, logro adentrarme por el precioso portillo que tajó el arroyo de la Espinare, lo supero y al terminar de salir de él me encuentro en la preciosa cañada tapizada de hierba fresca. Es una cañada que siempre que la veo me remite a la cañada que el nacimiento del río Guadalquivir tiene por encima de la casa forestal. La que es conocida como barranco de los Teatinos, no la aldea de Santiago de la Espada.

En cuanto supero el portillo y entro a la tierra llana de la cañada la figura que por aquí el terreno presenta es muy hermosa. La senda se pega al surco del arroyo hoy sin agua y durante un buen trecho sube en un juego de zigzags con el arroyo. Muchos pinos laricios con un gran porte de ramas verdes, muchos majoletos florecidos, cada vez más hierba y ésta más tupida y verde y cuando ya creo que es el momento de pararme un poco, lo hago bajo un frondoso pino laricio. Decido que es la hora de comer y que este rincón es un buen lugar. Donde más soledad hay en toda la sierra, donde más lejos estoy de los caminos que recorren los turistas, donde más me arrullan los pajarillos, donde más perfume de naturaleza virgen mana y donde más fresco acaricia ahora mismo el viento. Antes de ponerme a comer me entretengo en hacerla unas fotos a los dos majoletos que en el centro de la cañada y algo ya al final, crecen rodeados del gran tapiz de hierba verde. Todavía se presentan florecido, cubiertos de espesas hojas verdes y tan redondicos ellos que parecen figurines. Sólo mirarlos llenan de un gozo tan fino que no me entran ganas de ninguna otra cosa sino de quedarme aquí con ellos y para siempre. Pero me pongo a comer y por eso descargo mi mochila. Sobre la fina hierba voy poniendo las cuatro cosas. La sombra del gran pino laricio que he elegido me refresca hondamente, el suave canto de algunos cigarrones me entretienen en la soledad del momento y el aroma que mana de los tres o cuatro charcos que todavía el arroyuelo remansa por aquí, me relajan mucho más. Es un escenario hermosísimo. Muy parecido al que millones de veces he visto en mis sueños.

A partir de este punto y como una hora más tarde, continué con la ruta, como ya dije al principio y durante unas horas más seguí recorriendo las laderas, sendicas y cumbres de esta parte de la sierra. Ahora no voy a continuar describiéndolas porque creo que mi ruta, este día, en realidad se terminó bajo el pino de la cañada de la hierba verde. Donde me paré a comer y durante un buen rato gocé de la más pura sensación de libertad y plenitud que ser humano pueda gozar bajo el sol. Así que ahora dejo de hablar y me despido. La ruta siguió hasta casi remontar las crestas de Pedro Migue, como ya dije pero ya lo dije. Y también dije que al volver, en el pino de la Cigarra, me paré y eché una relajada y larga siesta. A las cinco en punto llego al pino de la Cigarra y aquí estuve hasta algo más de las seis. A pesar de la improvisada ruta y sus buenos kilómetros, tuve tiempo para hacer lo que me fue gustando y todavía me quedó día. Sólo que me encontraba un poco cansado. Fue un día de mucho calor, bastantes pendientes que remontar y el alma también se encontraba algo desolada. Hoy fue un día de alguna manera muy excepcional. Y por eso cuando ya me acercaba al coche, me decía a mí mismo que ojalá Dios todavía me permitiera poder recorrer muchos tramos de sendas por estas sierras. Esto me decía sabiendo que mi tiempo por estas sierras ya estaba más que contado.

Se fue con los pastores
en busca de la vida
que claman sus amores,
en busca de aire fresco
de fuentes y rincones
que le presten el consuelo
de aromas o sabores
que sueña por su cielo.
Se fue con los pastores
y al regresar al suelo,
dominio de los hombres,
a coro le dijeron:
“Tú eres de las flores,
aquí, no te queremos,
marcha y vete a tus rincones”.

Y los hombres no supieron
que donde estaban sus amores
tenía también su cielo,
ciegos, no reconocieron
que el raro y con dolores
eran, más que todos, ellos
aunque fueran los señores.

36- Collado del Perenoso, las Hoyicas o cuenca alta del Aguascebas Grande

Ruta a la hondura de la cumbre
Distancia aproximada: 3,5 k.
Desnivel aproximado : 200 m.
Tiempo aproximado : 1,5 h. andando**.**
Camino: pista de tierra en buen estado.

Unos metros más arriba de la fuente del Cerezo, la que mana junto a la pista por entre unas piedras y le pusieron una teja para beber mejor, hay un rellano. Aquí dejo el coche. Estoy a un kilómetro trescientos metros de la carretera asfaltada. Por estos días, primeros de octubre, ha llovido mucho y por eso la pista de tierra que llega hasta aquí, al pasar por la cerrada de San Ginés, se ha estropeado mucho. Las aguas han corrido y se han formado surcos muy hondos. Algo más arriba ya la pista cruza el arroyo y se viene para el barranco que baja desde el collado del Perenoso.

Por la izquierda y todavía cuando la pista no ha cruzado el cauce, por entre los bujes, crece un "Pespejón". Es un árbol muy bonito, de hojas caducas, anchas, aserradas sin púas y algo blancas por el envés. Se llama Sorbus aria y es del grupo de los serbales y popularmente también se le conoce por Espejón pero los serranos dicen Pespejón. Varias especies crecen en las sierras de este Parque Natural. Éste que aquí me encuentro madura sus frutas, en ramilletes apretadas y algo más pequeñas que las cerezas, ya bien avanzado el otoño y son comestibles. Al menos yo me las he comido muchas veces y cuando están bien maduras, tiene un sabor agradable. Son muy parecidas, en sabor, color y forma, a las acerolas. Unos metros más adelante, sobre la ladera que cae desde el portillo de la Blanquilla y retirado del arroyo, crece un precioso tejo. Es grande y tiene el tronco bastante sano aunque cansado por los años.

Sigo la pista, cruzo el arroyo, giro para la izquierda y, al tiempo que remonto, me voy fijando en el paisaje que corona por la derecha. Es el collado o portillo de la Blanquilla Baja. Por ahí remonta una pista y ya en lo alto se vuelve a dividir en dos más. Para la izquierda se mete en una bonita cañada que cae desde las Blanquilla Alta donde también hay buenos rodales de tierra llana. Para la derecha casi corona el Blanquilla Baja. También existen por ahí tierras buenas que sembraban en otros tiempos de cebada, trigo, garbanzos, yeros, maíz y otras semillas. Al volcar al otro lado, vertiente directa al Guadalquivir y a la altura de hotel Mirasierra, se encuentra el cortijo de Aguas Blanquillas. Es el comienzo de uno de los arroyos que dan aguas al arroyo de los Membrillos o del Zarzalar, el del cortijo de la Golondrina. Pero ahora dejamos este rincón para otra ruta.

La pista que, esta tarde de otoño recorro, en cuanto avanza unos cien metros, ya se pega al arroyo que viene desde el collado. Al dar una curva, la primera que traza para irse arroyo arriba, me encuentro con un coche que baja desde el collado. Es el pastor que vive en la majá de la Carrasca, cerca del cortijo del raso de la Escalera. Primo de Rufina la de la Fresnedilla. Tiene ahora sus ovejas por el Pocico, el de Pinar Negro en las Sierras de las Villas. En cuanto vengan los fríos y antes de que caigan las nieves se las lleva por las navas de San Juan, en Sierra Morena. Nos paramos y durante un buen rato charlamos de los nombres y sitios de este rincón de la sierra. También de la hija que tiene y ahora estudia en Villacarrillo algo de informática.

- Pues Pedro Miguel ¿cuál es?
- Es el punto más alto. La Blanquilla Alta es la que hay a la caída. Conforme estamos, andando para arriba, a la izquierda. Da a este lado de las Villas. El otro lado es Santiago de la Espada. Por allí "alinda" con poyo Sequillo, otro distinto a este poyo Sequillo de la Traviesa. Va Pinar Negro, que es de aquí también y por eso es otro Pinar Negro distinto al de las Banderillas. Ya por allí se sigue hay otra cañá que le dicen del Pocico. Es de la Sierras de las Villas también. La mitad de este lado, término de Villacarrillo, lo de la derecha de Santiago de la Espada y la otra mitad, de Iznatoraf. La linde baja por ahí a todo lo hondo que le dicen el poyo del Zorro y cae a la cueva del Peinero. El arroyo por donde baja o suben los límites de Villacarrillo e Iznatoraf se llama piedras Morenas.

- ¿Y para el portillo este de la Blanquilla Baja?
- Pues un poco más arriba de donde estamos hay un jorro que lo hizo la Renfe para sacar madera. Le entra por ese portillo toda la cañá arriba. Que la Blanquilla es toda esa cañá a la derecha hasta el final. El jorro se termina en la punta de abajo de la Blanquilla Baja. Crece por allí una noguera y es por donde muere el jorro. El barranco que cae desde la morra de los Cerezos se llama fuente Colorá. Al final de la fuente hay un collado que es del Muerto.
- ¿Y por aquí, antes del collado del Perenoso?
- Todo esto se llama los Espinares. Hasta el mismo collado. Al volcar ya cae a las Nogueras, donde también hubo una casa, las Hoyicas y el poyo del Zorro y ya cae al Aguascebas Grande. Lo que nos queda hacia los poyos de Gil Cobo, esto que más levanta, es la morra de las Cigarra, que más allá, hay un collado muy grande a la altura del Perenoso. A eso le llaman la Escalera de Gil Cobo. Ahí crece un pino grande de verdad y bonito como pocos pinos en estas sierras.

- ¿Y si algún día vienen por aquí y lo quieren cortar?
- No me gustaría porque es un árbol de mucha categoría. Es lo más hermoso que yo he visto por estas sierras. Tiene un montón de patas y como crece en un punto tan bonito es fantástico aquello. Vamos que me gusta a mí el pino ese. El sitio donde está ya te he dicho que se llama la Escalera de Gil Cobo.

Despido al pastor de estas montañas y sigo mi ruta. Me ha dicho que el puntal que me va coronando por la derecha y asciende paralelo al arroyo y a la cumbre de la Blanquilla Alta, se llama puntal de la Carrasquilla. Unos metros más adelante y por la izquierda, en lo hondo del arroyo que remonto, tierras buenas cercadas con alambres. Intuyo enseguida que estas tierras las sembraban los que vivían en el cortijo de los Espinares o la Pariera. Se allana el trazado de la pista y busca la hondonada de un segundo arroyo que entra por la derecha, desde la Blanquilla Alta. La tierra está mojada y de ella brota ya la hierba. También descubro algunas setas. Puede que este otoño salgan muchas setas porque las lluvias han sido tempranas y no hace mucho frío.

Estos días de atrás, llovió bien por estas sierras porque hubo una gran depresión que dejó mucha agua por Murcia, Alicante y otras zonas del levante. Esta tarde está despejado y sólo se mueven algunas nubes muy bonitas que coronan las partes más altas. Se abren las tierras por donde desciende el arroyo y es porque le entra un ramal por la derecha. Es el que tiene agua de verdad. El que baja del collado que voy buscando, se encuentra seco. Son buenas tierras estas, muy llanas y en ellas, por entre las zarzas, todavía crecen algunos ciruelos, un álamo y pinos. Junto al camino otro sorbus silvestre. Está cargo de fruta ya bastante madura. Las zarzas tienen muchas moras negras, muy maduras y ricas al paladar.

Se mete la pista en la hondonada, tiene un puente de construcción bonito y el arroyo trae bastante agua. Si desde aquí miro para atrás, se me presenta la Blanquilla Baja, la hondonada por donde he dejado el coche y aquí más cerca, por el lado izquierdo según voy subiendo, un morrete entre el grande de la Cigarra. En lo alto de ese puntal están las ruinas de lo que fue el cortijo de los Espinares. Es un cortijo muy antiguo. Tanto que los más viejos de estas sierras, ni siquiera tienen referencias de cuando se habitaba. Tiene todavía sus trozos de pared, trozos de tejas rojas y la era. El rincón donde lo levantaron es muy bonito.

- el cortijo de los Espinares era de una que le decían la tía Angustia. Vivía por el barranco del Zarzalar. De esta gente era tanto el cortijo como las tierras. En pie si lo he visto yo y encerrá los animales pero a las personas que ahí vivieron no las llegué a conocer. En la Blanquilla Baja había otro cortijillo donde vivió un abuelo mío. Luego se cambió a las Nogueras y después al Prado de los Chopos. Mi abuelo vino de Nerpio. Antes estos poyos estaban todos llenos de cortijos. En la lancha Ignacio, antes de llegar a fuente Colorá, había uno que también vivía ahí. Todavía se puede ver la tapuela por ahí.

del cortijo de los Espinares tengo otras referencias. Dicen que a las personas que vivían ahí, por estas sierras se les conocía por el sobre nombre de los Mohínos. Todavía viven algunos hijos y nietos. Mis referencias me dicen que “uno que hay en el collado del Ojuelo pues es nieto del tío Mohíno”. Desde su cortijo hasta el Prao de los Chopos iba este hombre con sus bestias

para herrarlas. El padre de Adeladio, el del cortijo del Tarquino por el Prao de los Chopos, era herrero.

La gran lancha de la Cigarra, vista desde este lado, se presenta toda agreste, con pura roca toda la ladera y entre ellas sólo crecen sabinas, algunos enebros, no muchos pinos y salpicadas carrascas. ¡Qué bien le cae el nombre de lancha de la Cigarra! Ellos sabían lo que se hacían cuando ponían los nombres a los sitios de estas sierras.

Los tres grandes ramales que sirven de nacimiento al arroyo de Gil Cobo son los siguientes: este la los Espinares que recorro ahora mismo y nace en el collado Perenoso, el del centro que nace justo en el portillo de la Blanquilla Baja y el de la fuente Colorá que nace en el collado del Muerto. Y de los tres el del centro, el que nace por el portillo de la Blanquilla Baja, es el que más agua tiene. En realidad recoge nieve y escorrentías de las dos blanquillas. Los dos puntos más altos de estas sierras.

Ya remontando el tramo último la pista traza varias curvas para salvar el desnivel final. Pero como se puede subir bien siguiendo el surco del collado, por él me voy. Es lo mismo que hacen las ovejas cuando andan por aquí y por eso hay muchas veredillas hechas por ellas. Voy mirando con la intención de encontrarme algunas piedras de pedernal, lo que le da el nombre a este collado, perenales, pedernales y collado del Perenoso y sí que me encuentro algunos trozos pequeños.

- ¿Sabes por qué se llama Perenoso?
- Eso te iba a preguntar.
- Pues se llama así porque allí vamos ahora mismo y, nos va a costar trabajo para verlas porque aunque hay algunas no es ninguna burrá pero algunas encontraremos. Allí hay piedras de las que se usaban antiguamente para encender el cigarro.
- ¿Pedernal?
- Perenal de ese. Entonces se le ponía su cardo macuquero, que en la umbría aquella se crían muchos, se daban unos golpes contra la piedra, saltaban las chispas y se encendía el cigarro. Los cardos se cogen y con ceniza de carrasca, se cuecen bien cocíos, se machacan bien, se dejan que se sequen y de ahí sale una yesca que en cuanto le da una “miaja chusca” de esas, sale ardiendo. Entonces antiguamente se llevaba como un bolso, dentro se llevaba su piedra recogida en aquel collado y su yesca de esa. Se daba así, saltaba la chispa y con aquello se encendía el cigarro. Con eso me enciendo yo una lumbre antes de que cante el gallo. De unas matas que hay por ahí que se llama boja, que es una cosilla muy finilla, la meto enmedio y empiezo a darle aire y en un minuto ya está ardiendo. Pues por eso le llaman al lugar el collado del Perenoso. Porque hay muchas piedras de perenal. Y no hay más porque antiguamente las buscaba toda la vecindad de por aquí y de más sitios de aquí. Antiguamente estos eran los chisques que se tenían. No

había ni de los de yesca que se pueden comprar ahora en las tiendas ni de los otros.

Esas piedras del perenal son muy “apacías” a las otras y hay que conocerlas muy bien para distinguirlas. Muchas veces hay que llevar algo para comprobar si echan lumbre o no. Es que yo las he buscado allí más de una vez. Y he encontrado muchas. Con una navaja que tenga acero vale para comprobarlas. Se le da así en la piedra y se ve como salta la chusca que pa qué.

Cuarenta y cinco minutos he tardado desde lo hondo hasta lo más alto. Y aquí mismo hay un buen ensanche para que los coches puedan dar la vuelta. Al frente se abre el gran barranco de la cuenca alta de Aguascebas Grande. La pista vuelca y sigue. Este gran barranco, de tierra muy buena y no demasiado escabroso, no se ve cuando se va por la carretera asfaltada y se recorren los poyos de Gil Cobo. No se ve y por eso se tiene la impresión que las crestas de la lancha de la Cigarra, son los límites de esta cordillera. Pero no lo son. Las crestas de la lancha de la Cigarra alcanzan una altura de 1612 metros y las cumbres de Pedro Miguel llegan a los 1830 metros. Entre ambas cumbres es donde se forma este collado y los arroyos que vierten en las dos direcciones.

Sigo la pista y ahora bajo. El trazado de esta pista, cada vez más estropeado, llega hasta el arroyo de piedras Morenas, el cauce central que le da agua al Aguascebas Grande. Ahora mismo paso por debajo del morro que se alza desde Pedro Miguel. Un morro que tiene algo de parecido al de las Banderillas visto también desde un punto similar a este. Se presenta imponente, robusto y lleno de majestad. Voy ahora mismo pasando por donde se alzaba otro humilde y sencillo cortijo. Se llamaba de las Nogueras aunque precisamente por aquí no crecen ningunas pero el nombre permanece para que no mueran aquellas cosas que nunca deben morir.

Visto desde este punto, el gran circo de la cuenca alta del Aguascebas Grande no es tan imponente y eso me parece normal. Me encuentro sobre el nivel de los mil quinientos metros. Llego hasta las primeras curvas que traza la pista para empezar a bajar y meterse en el barranco. Desde aquí me vuelvo pero antes echo una distendida y escrutadora mirada. Al frente total y al otro lado del este gran barranco se me alzan los dos puntos que me han dicho, algunos, son los Hermanillos. La cumbre total del Torraso con 1726 metros y el Morro de los Hermanillos con 1719 metros. Vistos desde este ángulo sí es verdad que se parecen tanto en la altura como en su forma redonda y cónica. Pero vistos desde otros lugares de estas cumbres el Torrado es más alargado y por eso presenta más semejanza con una cordillera en pequeño.

Pero ahora que me doy cuenta el Torraso y la lancha de la Cigarra son

casi parecidos tonto en su forma como en su extensión y altura. Los dos bloques montañosos han quedado separados de la cuerda central y se han venido un poco más hacia el Guadalquivir de los pueblos de la Loma. Los dos quedan paralelos a la cuerda central siendo un poco más bajos, en sus puntos más elevados con relación a los de la cuerda central. El Torraso tiene las siguientes alturas: la máxima 1726 metros y a ambos lados 1646 y 1508. Claro que desde la cota máxima hasta la de 1508 pasa por la de 1600 en varios puntos. Las cotas que la cumbre mayor presenta en este trozo que queda paralelo con el Torraso van todas entre los 1789 a 1591 metro.

El gran bloque de la lancha de la Cigarra presenta tres puntos que pasan de los 1600 metros. Tiene otros varios más que pasan de los mil quinientos y la porción de cuerda mayor que discurre paralela a la lancha de la Cigarra se corona con el Pedro Miguel que tiene 1830 metros. A ambos lados quedan varios puntos entre los 1700 a 1500 metros. Pero el Torraso y la lancha de la Cigarra quedan partidos en su centro y separados por el gran cauce del río Aguascebas Grande. En este punto donde el río los has cortado, hacia el corazón de la cuerda central, las aguas han horadado una enorme hoya con muchos arroyos, pequeños puntales, quebradas cascadas y surcos muy hondos. Se ha desgastado la cuerda mayor y a ambos lados de la cabecera alta del Aguascebas Grande han surgido dos barrancos, dos cuerdas, dos collados y dos arroyos casi idénticos en su forma, altura y extensión.

La lancha de la Cigarra y, tomando como referencia la curva de nivel que va por los 1400 metros, de un extremo a otro tiene unos cuatro kilómetros de larga. El Caballo del Torraso, de un extremo a otro y tomando como referencia la misma curva de nivel tiene casi la misma longitud. Las alturas ya hemos visto que casi se igualan en los dos macizos y la forma, como si el mismo escultor las hubiera copiado. En forma de riñón un poco alargado, los dos montes, con los mismos extremos algo puntiagudos y la misma anchura en ambos. La anchura, en línea recta, es de un kilómetro aproximadamente. Y ahora viene lo más curioso de todo. Y es que ambos montes, donde en su parte más alta y central se unen con la cuerda mayor de la gran cordillera que baja desde el Nacimiento del Guadalquivir, tienen idénticos collados. Donde el riñón se une con el resto de las entrañas del cuerpo que lo acoge y da existencia. El del Perenoso en la lancha de la Cigarra y el de los Hermanillos o del Torraso en el Torraso. Desde esos dos collados, a ambos lados, descienden arroyos parecidos. En el de la Cigarra, el de los Espinares para Gil Cobo y el de las Nogueras para Aguascebas Grande. En el del Torraso, las Aguascebas Grande para este mismo río y el de María para el arroyo con el mismo nombre.

Así que desde este punto de la sierra y, donde la pista del collado del Perenoso se mete para el gran circo de las Aguascebas Grande, se ve y se goza lo que acabo de describir. Una coincidencia orográfica pero

preciosamente tallada, modelada y sostenida precisamente donde la sierra es más agreste, elevada, profunda y maravillosa. Y claro que ahora comprendo mejor cual es el verdadero corazón y la verdadera joya de estas Sierras de las Villas. El río Aguascebas Grande, en sus cumbres de cabecera teniendo a ambos lados dos preciosos conjuntos montañosos de iguales medidas, extensiones y formas y en su parte más elevaba, la gran cuerda, los picos más altos de estas sierras. Una verdadera belleza no ya sólo para la vista y la ciencia sino para el gozo hondo y puro del espíritu que ama lo que por estas sierras existe.

Y claro que en estas primeras curvas que la pista traza según baja hacia los barrancos del Aguascebas Grande, voy a detener mi marcha. Sobre un puntal y entre los pinos, me he quedado mucho rato observando y gozando lo que atrás he descrito y luego regreso. Me siento más que lleno y satisfecho por todo lo que me ha proporcionado esta pequeña pero preñadísima ruta. En otro lugar y momento diré más cosas de los arroyos y barrancos de esta cuenca alta del Aguascebas Grande.

Al preguntar al pastor me ha dicho:
- El árbol del "Pespejón", no se cría en todos sitios. Se da bien en las umbrías y los chorreones así oscuros que están bien cerrado de monte. Ahí es donde más se cría todo esto.
- ¿Son comestibles sus frutos?
- Yo nunca me he comido los bolillos estos.
Tiene una rama en sus manos llena de frutos rojos y por eso, ya bastantes maduros.
- Los animales, si lo pillan a mano sí se lo comen. Las hojas sí las he visto yo comérselas y claro, lo mismo se comerán las semillas. Lo que pasa es que esto no está al alcance de los animales que se lo puedan comer. Esto no es repoblado. Se cría espontáneo en la naturaleza. En el poyo de los Robles hay muchos "láceres" de esos. Ahí mismo, antes de llegar al collado del Pocico hay uno que tiene una sarguilla enganchá. Una virgaza.

- Y los Hermanillos ¿cuáles son?
- Por encima de la hoya de Miguel Barba están los hermanillos de verdad de siempre. A los del collado del Torraso le dicen también los hermanillos. Le dicen los hermanillos pero los de verdad son allí arriba, por aquel lado de Pedro Miguel. Pinar Negro que le dicen a aquello. Dos picos que hay muy altos, esos son los hermanillos.
- ¿Hay por ahí una hoya que lleva el nombre de aserraor?
- Eso será por otro sitio. Por ahí están la hoya de Miguel Barba, el Prao de los Enebros que está más hacia la cumbre y luego cañá Somera. Lo del aserraor no me ha sonado nunca a mí. Y mira que eso lo he corrido yo bien.
- ¿Y cueva Honda?
- Donde está el collado del raso de los poyos de Gil Cobo. Metida para unos hoyos, unos torcos que hay ahí por entre la lancha. Es una cueva que tiene

un caparro en la puerta. Han vivido en ella los gitanos y todo. Te baja así poco a poco y llegas a una explanación. Desde el cortijo de Gregorio más hacia el cortijo de la Traviesa.

37- Segunda opción de la misma ruta: poyo de los Robles, Pedro Miguel, Blanquillas Alta y Baja, fuente del Cerezo

Ocurrió un bonito día de otoño y cuando subía por la pista hacia el collado Perenoso me encontré con el coche del pastor. Lo había dejado aparcado en el primer puente de la pista y al verlo lo llamé pero no me contestó. Seguí subiendo y cuando llegué al collado me puse a buscar "perenal". Algunos trocicos me encontré y luego, ya las once de la mañana y el cielo por completo despejado, seguí bajando por el barranco que nace en este mismo collado pero se va para la cueva del Peinero. Como ya había llovido bastante e incluso la noche anterior, bajaba buscando níscalos. En otras ocasiones por entre los pinos de este barranco, las Nogueras, me los he encontrado con bastante facilidad.

Pero este día no me encontré ninguno. Miraba y miraba y no los veía. Sentí el balido de una oveja por el lado derecho. Miré y por entre los pinos vi tres o cuatro. Seguí bajando sabiendo que la pista de tierra me quedaba por la derecha pero algo remontada sobre el barranco. Crucé el arroyuelo ya con su chorrillo de agua, salí a unos rasetes, seguía mirando por si los níscalos habían nacido y al llegar a unas llanuras por el centro de la cañada, vi a las ovejas. Estaban paradas frente a una espesura de bujes y detrás se encontraba el pastor jaleándolas para que bajaran a las otras llanuras. No me vio. Me acerqué por detrás y cuando ya estuve cerca lo saludé diciendo:
- Parece que no les gusta meterse para el barranco.
Me miró y a mis palabras respondió:
- Es que se asustan de la espesura de los bujes.
- ¿Por qué?
- No sé explicarlo pero es así. A las ovejas les gusta más subir que bajar ¿Lo sabías?
- Sí que lo sabía pero todavía no tengo una explicación razonable.

Me uno a él y entre los dos empujamos al rebaño para que atraviesen los bujes y se vayan hacia las llanuras de la Hoyica. Mientras las vamos empujando, por las tierras llanada del fondo de la cañada vamos buscando setas de cardo. De vez en cuando aparecen algunas y esto nos anima.
- Es que sólo salen en las tierras que en otros tiempos fueron labor. Donde nunca se ha sembrado, no salen.
- Pero hay pocas.
- Se las comen las ovejas y también los jabalises.
- Y el cortijo de las Nogueras ¿por dónde estuvo?

- Mírarlo ahí.
Miro y sobre un puntalete y por la izquierda según bajamos veo las ruinas. Todas las ruinas de todos los cortijos de las amplias sierras de este parque natural, se parecen. Sin techo, las paredes derribadas hasta la mitad y estas paredes siempre construidas de piedra. Por la puerta o cerca, siempre está la era, el horno, algún manantial y la vereda por donde ellos llegaban y salían. Le hago una foto y seguimos bajando sin dejar de buscar setas.

Por entre las hojas y tierra húmeda de unos pinos enanos veo que se agacha. Coge del suelo una especia de hongo redondo, no más grande que una castaña pero algo más desformado y al verlo le pregunto:
- ¿Qué es?
- Una patata de tierra.
- ¿Se come?
- Están exquisitas. Más buenas que las setas y los níscalos.
No le digo que por primera vez me entero que estos hongos son patata de tierra y que se comen. Al verlo recuerdo que las he visto muchas veces en mis andaduras por estas sierras. Nunca las he cogido porque no sabía lo que ahora acabo de aprender. No se lo digo pero para mi interior reflexiono y me siento contento porque acabo de aprender otro poco más de los secretos y misterios de estas sierras.

Unas semanas más tarde del encuentro que estoy narrando en esta ruta, el día 23/10/99, por la tarde, tracé una pequeña excursión por el arroyo del raso de la Honguera arriba. Llevaba cuatro o cinco días sin parar de llover y por eso, tanto este arroyo como el río Aguascebas Grande y otros arroyuelos, bajaban repletos. Como pocas veces los he visto en mis paseos por estas sierras. Y esta tarde mi intención era sólo llegar hasta las ruinas de lo que fue la merera del raso de la Honguera para sacarle algunas fotos.

Pues mientras subía por la senda que remonta por la derecha del arroyo, cada pocos metros me iba tropezando con pequeños rodales donde, en cantidad, crecían estas patatas de tierras. Me dio alegría verlas y cogerlas porque por primera vez me convertía en un buen conocedor de estos hongos. Desde la misma carretera hasta donde todavía están las ruinas de esta merera, recogí una buena bolsa de estos hongos. Y fui descubriendo que les gusta crecer cerca de las matas de espliego. Esa tarde y ese día, todavía tenía higos la higuera que en el raso de la Honguera aún crece, tenía membrillos los dos o tres árboles que junto al arroyo siguen vivos y tenían uvas las parras que se enredan en las zarzas y fresnos de este arroyo. Por cierto, este arroyo del raso de la Honguera, aquella tarde, bajaba tan lleno que me fue imposible cruzarlo por aquel punto de la merera para sacarle algunas fotos. Tuve que hacerlo desde el otro lado y por entre las ramas de un cerezo. También aquella tarde llovió mucho y los días siguientes.

Por el surco de este arroyo del raso de la Honguera me encontré con

una buena cantidad de setas. Níscalos ni uno pero de otras especies de setas y hongos, un montón. Las tierras que se recogen junto a este arroyo miran al sol de la tarde y por eso es solana. Y como por este arroyo, a un lado y otro y sobre todo, por el lado del Torraso, hay tanta agua, la humedad es grande y la tierra se calienta bien con el sol de la tarde aunque en otoño sean los días cortos y casi siempre estén cubiertos de nubes, al menos por esta hondura de la sierra.

Y siguiendo con la ruta de hoy digo que tres o cuatro setas más cortamos de las últimas llanuras que se recogen por la cañada y como las ovejas ya se enfilan hacia las tierras de la Hoyica, sobre un puntal que se eleva por encima del raso de la cueva del Peinero, nos venimos para el lado derecho. Me pregunta:
- ¿Por dónde decías que ibas a trazar la ruta de hoy?
Le digo:
- Desde lo hondo de este barranco para la derecha. Quiero remontar las laderas que caen desde el pico Pedro Miguel, salirle por el lado de cañá Somera y luego volver surcando la vertiente que da a Coto Ríos hasta la Blanquilla Baja y el arroyo de Gil Cobo.
- Eso es una buena ruta pero ¿conoces la vereda?
Le digo que no y entonces me dice que me va a guiar.
- Subiré contigo por la vieja vereda que remonta hasta Pinar Negro. Así te aprendes bien por dónde va la senda y ya en lo alto, te indico por dónde te será más fácil volver. Yo regreso por aquel lado del poyo y de paso me traigo a las ovejas que se han quedado cortadas allá en lo alto.

Se lo agradezco y de verdad me noto animado. Es como si de pronto me sintiera salvado. Tan profundas, desconocidas, altísimas y complicadas me parecen las laderas, cumbres y barrancos que deseo recorrer que me hubiera resultado muy difícil conseguir el objetivo si él no me guía. Así que mientras vamos buscando las últimas setas porque la tierra que las cría se termina, nos vamos viniendo para el lado derecho y por entre los pinos ascendemos. De entre la tierra mojadas y mezclada con hojas secas de pinos todavía cogemos dos o tres más patatas de tierra. Papas es como las llaman también por algunos rincones de estas sierras. Están fresquísimas porque como el otoño acaba de llegar aun no han tenido tiempo de envejecer y endurecerse. Las patatas de tierra cuando ya son un poco viejas ennegrecen por dentro y entonces no sirven para comerlas. Ya no están buenas.

Sobre un puntal menor nos encontramos con la pista de tierra que baja desde el collado Perenoso y la seguimos durante unos metros. Vamos charlando y al dejar atrás uno de los barrancos que descuelga desde las cumbres de Pedro Miguel se aparta de la pista por el lado derecho que es por donde se presenta la ladera que tenemos que remontar para llegar a Pinar Negro. Miro para arriba y como la ladera se me presenta muy complicada le pregunto:

- ¿Pero habrá alguna senda para remontar por estos tan tremendos cortes rocosos?
- Vamos buscando una senda que antes iba por aquí. La usaban para atravesar la sierra por estos puntos y hasta con caballerías. Ahora ya se ha roto mucho pero como todavía yo la ando con el ganado, sé por dónde va.
Según vamos remontando la vista sobre el barranco se abre cada vez más. Al fondo, algo a lo lejos y por el lado en que sale el sol, se presenta el gran collado de los Hermanillos. Le pregunto:
- ¿Y el poyo del Zorro?
- Todo aquel para allá hasta el collado de los Hermanillos.

Es una gran repisa o un enorme escalón que por el borde del arroyo de la Ciaza, se alarga desde el barranco de la Hoyica. Entre el poyo del Zorro y nosotros nos va quedando el barranco de piedras Morenas. Es el que cae desde el portillo que el poyo de los Robles tiene en todo lo alto. Aparece la senda, poca cosa y lo que más, muchas veredillas de los animales. Nos vamos elevando mientras la recorremos hasta que de pronto, al llegar a la parte más honda del barranco que cae desde lo alto, se espesan los bujes. Y se espesan tanto que sino fuera por el trazado de la senda sería imposible remontar. Pero los cruzamos, salimos a otro repecho por donde se amontona troncos de robles caído y medio podridos y un buen rato después remontamos al verdadero poyo de los Robles. Nos paramos y echamos una larga mirada para el hondo barranco que ahora mismo tenemos a nuestros pies. Es el gran barranco del Aguascebas Grande. Impresionante la vista desde este punto y por eso y porque ya es casi medio día decimos sentarnos un buen rato y comer.

Sacamos, yo de la mochila y él del zurrón, las vituallas. Por mi parte pan comprado en el pueblo de Chilluévar, queso, una lonchas de jamón, algunos zumos de Solán de Cabra y una lata de atún. Por su parte un buen taco de jamón, una lata de sardinas, pan cocido en el horno de su cortijo y varios tomates criados en su huerto. Compartimos los alimentos y mientras comemos hablamos de mil cosas. De los borregos, de la sequía, del colegio de Úbeda, de la gente de aquellos tiempos luchando por estas tierras, de los nevazos en invierno y hasta de los buenos robles que también en otros tiempos crecían por este poyo. ¿Por qué se secaron, se troncharon y ahora se pudre rodando por las laderas?

Sobre las tres de la tarde seguimos remontando y una hora después llegamos a Pinar Negro. Unas preciosas y fértiles llanuras ya en todo lo alto de la cuerda y por encima del poyo de los Robles.
- Yo aquí me despido.
Me dice.
Comprendo que tiene que irse para el lado del Pocico que es también por donde está cañá Somera a recoger la punta de ovejas que se le ha quedado por aquí. Y como yo pretendo remontar a Pedro Miguel y luego bajar por todo

este puntal adelante hacia las Blanquillas Altas y Bajas, pues lo despido.
- Seguro nos veremos al caer la tarde por la fuente del Cerezo.
Me dice a lo que respondo:
- Pues seguro porque es allí a donde tengo que regresar para coger el coche. Le respondo.

Nos ponemos en marcha en direcciones opuestas y al poco, ya estoy volcando hacia el barranco o arroyo de Pinar Negro. Es un arroyuelo que viene del hermanillo más próximo a Pedro Miguel y justo en su cauce hay un venero. Hay escarbaron un poco y pusieron unos tornajos para que bebieran las ovejas. Al llegar, me paro y bebo yo. Sigo y unos metros más arriba, me entretengo junto a un robusto tejo que crece en lo más alto de la cumbre y entre las más agrestes rocas. Desde aquí, siguiendo la ondulación de la cañada que viene desde el collado entre Pedro Miguel y el Hermanillo primero, subo con toda comodidad. Remonto en unos minutos y ahora me vengo para la derecha. Es por donde me va quedando la cumbre de Pedro Miguel. Una ancha, larga y complicadísima ladera de rocas blancas, muy rota y con muchas grietas, cae casi en vertical desde lo más alto del pico que pretendo remontar. Es aquí donde se fraguan los primeros metros del arroyo Zarzalar.

Pero en lugar de bajar, subo y mientras voy coronando a lo más elevado de Pedro Miguel, descubro que por esta ladera, además de preciosas dolinas, estrechas y bonitas hoyas, algunos arces que ya se visten con sus hojas anaranjadas, sube una vereda. Bueno, más bien subía porque ahora sólo se distingue por algunos puntos de lo rota que está. Las ovejas vienen a dormir por las noches a estas alturas y por eso, toda la ladera se presenta sembrada de sus cagarrutas. Por este lado se remonta a Pedro Miguel con absoluta comodidad. El desnivel no es tanto como por el lado del collado Perenoso y por eso en unos minutos ya me encuentro en todo lo más alto.

¡Qué bonita panorámica se ve desde este punto de la sierra! En cualquiera de las direcciones que mire la sierra se me abre hasta lo más lejano. Por eso, durante un buen rato y, mientras descanso, me recreo en tan hondo y bonito paisajes y luego me dejo ir por lo más alto de la cuerda y hacia el lado de peña Corva. La bajada por este punto es fácil y de un gozo especial. Se van dominando la sierra en las dos vertientes, hacia las Aguascebas de la Sierra de las Villas y hacia la vertiente del Guadalquivir para la Torre del Vinagre y Coto Ríos. Mientras cae la tarde voy descendiendo lentamente y cada vez más me convenzo que la Blanquilla Alta tiene su sentido no en lo más alto de Pedro Miguel sino en esta prolongada, blanca y hermosa cuerda con sus cañadas a ambos lados y al final que descuelga desde el pico gigante.

Debe existir alguna senda que recorra todos estos puntos pero como el

terreno no presenta mucha dificulta, sigo la raspa de la cuerda y en una media hora estoy en la primera cañada de la Blanquilla Baja, un poco antes del gran cenajo. Desde aquí, sigue una sena y al llegar al arroyo se encuentra con un jorro que es casi pista de tierra. Siguiéndola se llega a la junta de los arroyos y desde ese punto a la fuente del Cerezo es un paseo de pocos minutos. Este es el recorrido que aquella tarde yo hice cuando remonté y recorrí las dos Blanquillas pero desde luego que lo escudriñé mucho más porque estuve en el Cenajo de la Blanquilla, en la preciosa cañada y luego en la primera cascada del arroyo. Y lo digo porque esta posibilidad no hay descartarla ya que nos encontramos metidos en lo más hondo del corazón de las Blanquillas.

851- Recuerdo aquel día
primero de otoño:
el campo amanecía
limpio de nieblas
y el pastor subía
por la senda vieja,
detrás le seguía
y en la tierra vieja
del cortijo en ruinas,
cogimos las setas
que en la tierra había.

(Con el pastor Pablo, por Pinar Negro. 16/10/99)

En la honda cañada
de la hierba fina
dejamos las ovejas,
subimos por la chica
vereda ya bien rota
que hermosa se empina
y en el poyo verde
de los robles sin vida
estuvimos comiendo
frente a la infinita
hondura de la sierra
y luego coronamos
a la cumbre altísima.

A un lado, el Pocico
a otro lado, el Blanquilla,
en el centro, Pinar Negro
y en la brisa purísima
las ovejas pastando,
el pastor hecho guía
y las horas reventando
de sierra hermosísima

en el otoño explotado
de la pobre alma mía.

38- Fuente del Cerezo, portillo de la Blanquilla Baja

Ruta a los horizontes
Distancia aproximada: 4,5 k.
Desnivel aproximado : 200 m.
Tiempo aproximado : 2,5 h. andando**.**
Camino: carril y vereda de tierra en regular estado.

Al dar comienzo la descripción de esta ruta tengo que aclarar un par de cosas. La primera tiene relación con los tres arroyos de cabecera del Aguascebas de Gil Cobo. Porque son tres y cada uno con su nombre correspondiente y bonito donde los haya. Quería decir que donde la pista termina de atravesar la preciosa cerrada de San Ginés, se divide. El ramal de la derecha se va para las llanuras de Jabalcaballo y el de la izquierda, para el collado Perenoso y el portillo de la Blanquilla Baja. Justo en este punto de la primera división de la pista se une, al arroyo principal, el que baja desde el collado Perenoso y el que baja desde fuente Colorá. El del centro, que sería el principal, un ramal viene del portillo de la Blanquilla Baja y otro ramal, de las laderas y hondonadas de la Blanquilla Alta. Y parte de este ramal, del gran Pedro Miguel, tan anunciado con el nombre de El Blanquillo.

Por eso también quería decir que los nombres de estos tres arroyos de cabecera son: arroyo del Perenoso o de los Espinares, el que ya hemos dicho viene desde el collado del Perenoso y su gemelo, de las umbría de la Blanquilla Alta. Arroyo de la Blanquilla Baja o del portillo de la Blanquilla Baja y arroyo de fuente Colorá, de la lancha Ignacio y collado del Muerto. Tres preciosos cauces con su entidad propia que vienen con sus aguas desde las cumbres más altas de la sierra por esta parte y las derraman en el principal, el del Gil Cobo, justo al comienzo donde éste presenta su primer escalón o cerrada grande. Si ahora seguimos el surco de este arroyo principal y, es la segunda cosa que deseaba apuntar, lo primero que nos encontramos es la preciosa cerrada de San Ginés. Por la derecha de esta cerrada, bajando con las aguas, subía una vieja senda que era la que daba entrada a las tierras del barranco que queda por encima de la cerrada y dominado por las cumbres más altas. Donde hemos dicho se juntan los tres cauces de cabecera. También daba entrada al cortijo de los Espinares, collado Perenoso, las Nogueras y la Hoyica.

Una vez pasada la cerrada, el arroyo principal, el del Gil Cobo, pues sale a las llanas tierras de Gil Cobo que eran del cortijo de la Traviesa y de Gregorio. Nos vamos cauce abajo y enseguida tenemos la preciosa y agreste

caída de la cueva de Perete. Durante un tramo el cauce juega con varias caídas menores y retorcidos canalones hasta que vuelve a caer por el gran corte o voladero que le presenta el Agrión. Por la parte de abajo se encuentra la pasá de la Tejea y del Zarzalar que se llama la Tijera. Un escalón más abajo se despeña el arroyo y ya sale a la preciosa cueva del Agua. La que se encuentra acompañada, al otro lado, por la cueva del Perdío. Dicen que por algún cortijo cercano mataron a un hombre en aquellos tiempos lejanos. Lo ocultaron en esta cueva y desde aquel accidente se le empezó a llamar cueva del Perdío.

Por debajo de estas dos cuevas este cauce principal del arroyo Gil Cobo, tiene algunas caídas más. Las motivan la gran lancha de la Benita, los Arenales y luego los Morrones. Cuando entra por la quebrada umbría de la Herradura, porque esta es la figura que forman el Aguascebas Grande y el arroyo de Gil Cobo, cuando ambos se juntan, las aguas se despeñan un par de veces más. Descansan justo en las tierras llanas y fértiles de la Junta de la Herradura.

Y la tercera cosa que deseaba decir pues ya ha quedado repartida a lo largo de este cauce de Gil Cobo. Que este arroyo, aun no siendo tan grande ni principal como los dos ríos de las Aguascebas, para mí sí que tiene un enorme atractivo. Su belleza es de la más exquisita que me he encontrado en estas sierras, sus cascadas las más preciosas y sus quebrados surcos, agrestes y hondamente misteriosos. Junto a este cauce, desde las partes más altas hasta donde ya se hace río Aguascebas Grande, desde tiempos muy lejanos, se establecieron familias serranas. Construyeron ellos sus cortijillos, roturaron sus tierras, sembraron sus cosechas, segaron, trillaron, aventaron, trazaron sus veredas, encauzaron las aguas de los manantiales, regaron los huertos, echaron ovejas y cabras y con cuatro árboles frutales y marranos de matanza, vivieron ellos a lo largo de muchas generaciones. Por eso la tierra se encuentra tan sembrada de nombres bonitos y todavía exhala tanta esencia de aquellas presencias humanas.

Y ahora vamos con el recorrido de la ruta. El primer tramo es común con la que lleva al collado Perenoso y a las llanuras de Jabalcaballo. Y el primer tramo es la preciosa cerrada de San Ginés, la primera del arroyo Gil Cabo. A la cerrada, que lo es de verdad y por ella discurre la pista encajada casi por el mismo surco del arroyo, se le llama así por el nombre del dueño del molino que hubo por aquí. Justo donde ahora crece la espesa alameda de chopos y donde, hace unos años, pusieron el campamento llamado de Gil Cobo. Ahí mismo hubo un molino que molía trigo y como su dueño se llamaba Ginés, la cerrada se quedó con este nombre. Bonito de verdad y más porque perpetua la historia de los que fueron dueños de la tierra, la labraron, sembraron y regaron con el sudor de su frente. La pista de tierra que ahora entra por el mismo surco de este arroyo y parte en dos las cerrada, en aquellos tiempos no existía. Ya he dicho que sólo había una senda que iba

por el lado de la solana, bien alejada del arroyo para poder salvar la cerrada, y penetraba a las partes altas de la sierra por estos rincones.

Saliendo de esta cerrada, la pista se divide. Nos vamos por el ramal izquierdo, la que lleva al collado Perenoso y al pasar el manantial del Cerezo, el de la teja entre un cascajal y debajo de una roca, dejamos el coche. En el mismo punto que la ruta del collado Perenoso. Antes de cruzar el arroyo y muy cerca del bonito árbol llamado espejón. Desde aquí subimos andando siguiendo la pista de tierra que lleva al collado Perenoso y al dar la primera curva para irse cañada arriba hacia el collado, por la derecha sale el jorro que recorre toda esta ruta. Es una vieja pista de tierra en muy malas condiciones porque fue un jorro para sacar madera y las aguas la han estropeado mucho. Pero andado por ella se va muy bien. Sube no de frente sino cortando la ladera desde el lado de las llanuras de los Espinares hacia el portillo por donde cae el arroyo centrar del bonito cauce del Aguascebas del Gil Cobo.

De la primera hondonada, arroyo del Perenoso, par la izquierda sale el jorro que lleva al portillo de la Blanquilla Baja. Pretendieron hacer por aquí una pista más de aquellas que en aquellos tiempos trazaron por toda la sierra pero se quedó en puro jorro para sacar madera. Arrastrar troncos de pinos. Remonta un poquito y sobre el puntalete se divide a derecha y a izquierda. La de la izquierda llevaría hacia las laderas y las cumbres de la Blanquilla Alta, sin llegar a coronarla, y a las proximidades del precioso Pedro Miguel. La que sigo en unos metros se pone casi nivelada y recta hacia el portillo. Discurre remontada por entre la curva de nivel de los mil cuatrocientos a mil quinientos metros.

Al frente y por el lado derecho se me abre todo el amplio y precioso barranco de fuente Colorá, lancha Ignacio y el collado del Muerto. Hay muchas cagarrutas de ovejas o cabras. Remonta levemente. Trazaron ancha esta pista y por eso tuvieron que arrancarle mucha tierra a esta ladera. Por la izquierda se me presenta un puntal muy rocoso. El puntal de la Carrasquilla creo que se llama este monte y baja desde las cumbres de la Blanquilla Alta. Ahora baja un poco buscando saltar por lo alto de una pequeña cascada que presenta el arroyo justo en la curva de nivel de los mil cuatrocientos metros.

La pista de tierra que esta tarde recorro, se sube con mucha comodidad hasta lo alto de la cumbre. Sólo remonta un poco para tomar altura por el arroyo del Perenoso y luego casi baja para encajarse en las tierras llanas que se duermen por este lado de la cumbre. Hoy es doce de octubre de 99. Ha llovido bastante esta noche y por eso, hasta por las rocas chorrea agua. Al coronar miro para atrás y tengo una vista muy bonita sobre todo el barranco un poco antes de que éste se haga cerrada hacia las buenas tierras de Gil Cobo. Baja algo y al fondo, por la izquierda y siguiendo la hondonada de otro arroyo que por este lado llega, se ven las cumbres de la Blanquilla Alta. Detrás y más lejos, se alza Pedro Miguel. En línea recta desde aquí habrá

unos tres kilómetros hasta las cumbres del monte anunciado.

- Eso se llama la fuente del Cerezo. Por ahí se sale para arriba a la Peguera de la Blanquilla Baja, los Praos de Sargatillo, cañá del Lobo, desde la era viene un camino para acá y está el Cenajo de la Blanquilla Baja y el cucurucho de arriba, se llama el Morro del Lobo.
- ¿Es el morro que nos queda por completo al frente cuando cruzamos el arroyo que baja desde el lado de la Blanquilla Alta y Pedro Miguel?
- Ese mismo y ahí es donde se encuentra el Cenajo de la Blanquilla. Desde donde crece la noguera que sirve como punto de referencia para el final de la pista que remonta, para la izquierda sale una senda y a media ladera, lleva al Cenajo de la Blanquilla. Aquello es de lo más bonito que te puedas encontrar en estas sierras. Un filo de rocas que sobresale en todo lo alto del cerro, el Morro de Lobo, y mirando hacia la primera cascada del arroyo Gil Cobo, se abre el cenajo. Casi lo mil quinientos metros tiene eso de alto y es una cueva enorme donde se meten las ovejas cuando llueve o hace frío y caben más de trescientas. Tiene buena tierra por el piso de esta cueva y allí mismo crecen varios pinos gruesos y viejos. Al otro lado de ese cucurucho, vertiente ya a Coto Ríos, se encuentra el cortijo de Aguas Blanquillas.

Al llegar a este cauce se vuelve a dividir en tres ramales. Sigue al frente un trozo y los otros dos, arroyo arriba y por cada lado se va cada uno. Cruza el arroyo, sin puente, se viene para la derecha y ahora ya busca las tierras llanas de la Blanquilla Baja. Sigo al frente y ahora remonto una leve ladera. Conforme avanza va girando cada vez más hacia la derecha. La gran lancha de la Cigarra, ya a mis espaldas y muy lejos, se ve preciosa. Desde este punto, mucho más elevado que sus partes más alta, se presenta en forma de cigarra dormida o parada en la rama de un invisible árbol. La estoy viendo por la cara que mira a las dos blanquillas.

En llegar al portillo se tardan unos quince o veinte minutos. Se corona con mucha comodidad, ya lo he dicho y al llegar, me voy encontrando con buena tierra. Todavía se notan los bancales que en otros tiempos prepararon para sembrarlos mejor. Se abre como una hoya y noto que todavía tiene que remontar un buen trecho para coronar a la vertiente que da al Guadalquivir por el lado de la Golondrina. Vengo buscando la noguera que me han dicho crece por aquí y me la encuentro en una hondonada oscura, rodeada de muchos bujes y clavada en tierra negra y húmeda. Es una noguera muy grande pero no tiene nueces a pesar de ser la época de ellas. Las hojas ya se le están poniendo amarillas.

Por encima de ella hay una hondonada y todavía sigue la el camino o jorro que vengo recorriendo. El portillo natura se me viene abriendo por el lado derecho pero ahora el camino se tuerce para la izquierda. Comprendo que como fue un camino para sacar maderas, de este lado izquierdo es de donde más troncos de pinos sacaron. Por la derecha es donde estaban las

tierras que aquellas personas cultivaban. Por encima de la noguera un pequeño arce muy bonito y ya con sus hojas color oro. Sube muy empinada porque ya se enfrenta a la misma cresta de la gran cumbre. Según remonto los horizontes se me abren. Hondos y grandiosos horizontes llenos de laderas con sus arroyos, bosques y en esta tarde, muchas nieblas.

Gira para la izquierda y ahora, sin pretenderlo, me quedo enfrentado a la gran lancha de la Cigarra antes del collado Perenoso. Unos metros más y corona. Un precioso pino laricio nada más coronar, rodeado de una sabina. Ya en lo alto, desaparece el camino. Aparece lo propio de estas alturas: pequeñas hondonadas de tierra, dolinas u hoyos según los serranos, de tierra muy buena y donde crece la fina hierba. Pinos blancos, laricios son los que hay por lo más alto de esta cumbre y también la preciosa planta de la arenaria tetraquetra. Se puede andar con mucha comodidad. Mucha zamarrilla y piedras blancas suelta. Al asomar al primer morrete se me abre el gran barranco del arroyo del Zarzalar pero en este caso el del cortijo de la Golondrina. Una preciosa vista hacia todo este gran valle del Guadalquivir a la altura de río Borosa, las cumbres de las Banderillas y Aguasmulas.

Por encima de la recia frontera de las Banderillas una gran barrera de nubes blancas y oscuras. Se van concentrando según la tarde cae y quedan los valles despejados y el cielo azul total en todo lo alto. Me vengo hacia la derecha buscando la morra de los Cerezos. Es el punto más alto que por aquí existe en dirección hacia las llanuras de Jabalcaballo. En todo lo alto de esta cumbre de la morra de los Cerezos, se eleva la caseta de los fogoneros. La vista es preciosa. Me dirijo hacia lo que sería propiamente el portillo, paso de una vertiente a otra que es donde arrancan los dos opuestos arroyos: el del Gil Cobo y el del Zarzalar, llamando también de los Membrillos. Los dos llevan sus aguas al Guadalquivir pero uno cuando éste pasa por el centro de la sierra y el otro cuando ya el río se va alejando por entre olivares.

Por estas alturas hay muchas cagarrutas de ovejas y muchas veredillas hechas por ellas. Un morro, quizá el más alto de esta raspa y en todo lo alto un mojón. Estoy la misma raya del término de Santiago de la Espada y Villacarrillo. La raspa de la cumbre sirve de límites. Desde este punto qué bonita se presenta la sierra y en esta tarde de otoño. Ya he dicho antes que anoche llovió mucho y por eso ahora se levantan las nieblas y dejan que se vea la cara lavada de las rocas y los bosques. Sigo dirección a Jabalcaballo. Por aquí duermen algunos rebaños de ovejas y sé que son las del pastor que vive en la majá de la Carrasca, cerca del raso de la Escalera. Peña Corva se ve desde aquí con una silueta que impresiona. Al otro lado quedan piedras Rubias y las nubes que la tarde va rellenando de colores con tonos de fuego.

Mucha hierba en todo lo alto e incluso agua. Por aquí ya se rompe la cuerda y es justo donde se fragua un collado que en este caso es puerto. Justo en el punto donde nacen los dos arroyos. Por la llanura que se me

viene quedando por la derecha, un rebaño de ovejas pastando en la soledad de la tarde y la quietud de estas altísimas cumbres. Por aquí tengo una altura de más de mil quinientos metros. Se rompe la cuerda que vengo recorriendo y ya se me presenta la tierra llana de la cañada. La morra de los Cerezos me queda a dos pasos y por debajo y el lado de la Blanquilla alta es donde se abre el portillo que da lugar a la preciosa llanura.

Giro para la derecha y ahora me vuelvo para atrás para empezar a caer siguiendo la corriente del arroyo por el que he subido pero ahora yéndome con el agua que ya empieza a deslizarse hacia el gran arroyo de Gil Cobo. Tengo que decir que no me encuentro lejos del cortijo, ahora ruinas, de Aguas Blanquillas. Estuvo muy remontado en esta cumbre y casi al comienzo de uno de los arroyuelos que vierten sus aguas al arroyo del Zarzalar de la Golondrina. el cortijo de los Cerezos o de los Pingos, tampoco queda lejos de aquí. Un poco más abajo está el cortijo del Castellón y luego el de la Golondrina que se llama del Zarzalar, donde hubo un bonito molino.

Comienzo a descender por la cañada y antes me encuentro con un letrero que dice: “Coto Nacional”. El portillo es precios, muy redondeado y de pura tierra buena en el centro. A los lados se remoza con rocas blancas y vegetación de enebros, sabinas, zamarillas y pinos. A mitad de la cañada o así, un rodal de tierra que me llama la atención. Me paro y descubro que son puras conchas de mejillones pero petrificadas. Son fósiles pero en cantidades grandes. Es la primera vez que en estas sierras veo tanto fósil de este molusco. El rebaño de ovejas pasta por aquí mismo y algunas hasta se espantan al verme. Quizá estuviera por aquí el pastor si fuera más temprano. Sé que viene a darle una vuelta casi todos los días y luego se vuelve a su majá de la Carrasca.

A unos trescientos metros de lo que se sigue ensanchando con mejor tierra todavía y ahora, como por el lado izquierdo que es la caída hacia fuente Colorá, se me presenta un portillo, me voy por él. No es el mismo por el que he entrado. Entre este y por donde he colado, hay un cerrete rocoso bastante alto y por el lado de la Morra tiene una hendidura. Es justo por aquí por donde se escapa un ramal de los varios arroyuelos que en esta llanura se forman. Me vengo hacia este lado con el interés de encontrarme con otra perspectiva y mi sorpresa se asombra. Me encuentro con una bonita vereda de aquellos tiempos. Remonta o baja desde esta llanura y entra por este portillo. No tiene nada que ver con el jorro que me ha servido para remontar hasta estas cumbres y llanuras. Es una vereda de la que ellos usaban para moverse por estas sierras.

Me voy por ella y comienzo a caer. Descubro que ahora voy a salir justo por el barranco de fuente Colorá pero no me importa. De este modo descubro un rincón más de estas sierras al mismo tiempo que desentraño otra vieja senda. Desde fuente Colorá, voy a seguir la pista de tierra que lleva a

Jabalcaballo pero regresando y en no mucho rato me encontraré junto al coche. Así he cerrado un circuito recorriendo la preciosa ruta que esta tarde de otoño he trazado por esta parte de la sierra.

- Pero el llano que hay por esa parte de la cumbre ¿cómo se llama?
- Todos los llanos esos son la Blanquilla Baja. Hay por ahí una tapuela y todo donde ha vivido gente. Por donde sube el jorro y se unen el arroyo que viene de la Blanquilla Alta con el ramalejo que viene desde la tapuela y la noguera, en ese rincón estaba la peguera de la Blanquilla. Todavía se ve allí y por encima, remontando, es donde se encuentra el Cenajo de la Blanquilla Baja. Un covacho precioso donde caben muchas ovejas cuando llueve o nieva. Pero Todo eso es la Blanquilla Baja y hacia el lado de Pedro Miguel, la Blanquilla Alta.
- ¿Y la vereda que sale por el portillo hacia fuente Colorá?
- Antiguamente es que por ahí iba un camino. Una de esas veredas que no viene en ningún mapa pero que existía y usaban las personas que vivían en estas sierras. Si salimos desde las cañá de la Blanquilla Baja, siguiendo el camino natural que trazan las aguas que también salen desde esta cañada para el arroyo de Gil Cobo, y para fuente Colorá, nada más entrar al portillo, la vereda se divide en dos. El ramal de la izquierda se va por el filo de las paredes que caen desde la morra de los Cerezos hacia el collado del Muerto y el ramal de la derecha, traza unas curvas y en unos metros cae al arroyo de la fuente del Cerezo. Antes este camino seguía y subía hasta el cortijo y la cañada de los Espinares y remontaba hasta el collado del Perenoso para luego seguir cayendo hacia el cortijo de la Noguera, las Hoyicas y las llanuras de la cueva del Peinero. Otro ramal de este camino se iba por los poyo del Zorro hacia la cañá del Tejuelo y las casas de Prao Chortales. Pero por el cortijo de la Noguera se dividía y un ramal se iba por los poyos de los Roble, remontaba hasta Pinar Negro, lo más alto de la cumbre por donde están los Hermanillos y en esas llanuras se juntaba y dividía con varios caminos más que se iban hacia Coto Ríos y para cañá Somera.

Y si volvemos al punto de la fuente del Cerezo, por ahí se dividía otra vez el camino y un nuevo ramal se venía por la cerrada de San Ginés, la del arroyo de Gil Cobo y salía al molino y a los poyos de Gil Cobo por donde se juntaba y se dividía nuevamente. La sierra, y antes más que ahora, siempre estuvo surcada de caminos que llevaban a lo más profundo y complicado.
- Pero el que salía por el portillo de la Blanquilla Baja y se prolongaba por la izquierda ¿adónde iba?
- Pues salía desde el portillo de la Blanquilla Baja, pasaba por el collado del Muerto y se metía por Jabalcaballo y allí mismo se dividía en varios ramales. Para piedras Rubias, para la vertiente de Coto Ríos y para la morra de la tía Justa. En Jabalcaballo el terreno es muy pelado. La gente que vivía en aquellos cortijillos cogían ese camino y por esas cuerdas de las Blanquillas Baja y Alta, se iban a por leña. También los que vivían en el cortijo del Zarzalar de la Golondrina, el cortijo de los Cerezos y el del Castellón, subían

por ese camino para ir hasta Jabalcaballo. Desde Jabalcaballo hasta la Blanquilla Alta hay un tirón.

- Y el nombre de la fuente del Cerezo ¿por qué?
- En el vallejo del arroyo donde hay un puentecillo y la pista da la vuelta para meterse hacia el arroyo de los Espinares, pues a todo eso se la llama el arroyo del Cerezo. Antiguamente todos esos pedazos los sombraban y había un cerezo ahí muy grande. Pasando de la fuente esa para acá, más pegado a la boca de la cerrá, ahí donde hay una tapuela, a todo eso le dicen la Loma del Rojillo. Es que ahí vivía uno que le decían el Rojillo. Por debajo de la tiná de Majaserbal, la lancha que hay, se llama lancha del Sordo. La que queda por arriba es la lancha Ignacio.

Y ahora recuerdo que aquel día 23/10/99, aunque fue un gran día de lluvia, niebla y viento, me vine por este rincón de la Blanquilla Baja. Y para mi alma fue un día de gozo grande que me llenó hasta lo más hondo. Un enorme espectáculo para mi vista y una dicha sin parecido para el resto de mis sentidos. Dejé el coche en el mismo rellano del arbolico espejón. Todavía estaba cargado con sus redondos y rojos frutos. No cogí ninguno porque llovía a cántaros y lo que me apetecía era remontar cuanto antes a las llanuras de la Blanquilla Baja. Subí por la pista que lleva al collado Perenoso y en cuanto rebasé la primera curva y superé la alambra que junto al arroyo han puesto, me fui derecho a las tierras llanas que hay a la altura del cortijo los Espinares.

Bajo mi paraguas, luchando con el viento y mientras llovía, recorrí la llanura y encontré un buen puñado de setas de cardo. Un coche blanco bajaba desde el collado Perenoso y al verme, se paró. Durante un buen rato me estuvieron observando y como ni le hice caso, siguió. Cuando terminé de recorrer la llanura, me volví por la pista, tomé el jorro que baja desde la Blanquilla y en unos minutos ya estaba frente a la primera gran cascada del arroyo Gil Cobo. Desde la media ladera y sobre el buen camino que ofrece el jorro la estuve observando y luego seguí. Crucé el cauce del arroyo que baja de la Blanquilla Alta y me fui siguiendo su borde y por el lado derecho. Me apetecía remontar hasta la segunda cañada, la de la Blanquilla Alta o cañá del Lobo y luego regresar por el cenajo. En un día como el de hoy, contemplar la sierra desde el refugio y el balcón de buen cenajo, era una delicia que no me la quería perder. Hasta podía quedarme refugiado en esta enorme covacha un par de hora o quizá todo el día. Total, lo que hoy pretendía era vivir la experiencia de un día de lluvia, niebla y viento por las cumbres de esta Blanquilla Baja.

Pero a medio recorrido me volví siguiendo otro ramal del jorro y me encontré con un trozo de la senda que ellos recorrían cuando por aquí iban hacia las partes altas de Pedro Miguel y esos otros rincones. Me vine para el lado de la tarde siguiendo esta senda y al llegar al triángulo que se forma

entre la junta de los dos arroyuelos, por entre unos pinos repoblados, me encontré una construcción antigua. Sobre un morrete y justo al lado de la vieja senda, hay como un horno para cocer piedras. Es decir, una calera, que todavía se conserva bien. Lo estuve mirando y me inclinaba a creer que en lugar de calera era una peguera. La peguera de la Blanquilla que ya me han dicho tantos.

Seguía lloviendo y mucho y ahora la niebla cubría espesamente todos los morros que a los lados me escoltaban. También gran parte de la cañada que remonta desde la peguera y sube hasta la segunda cañada. Sobre el morrete que sirve de división entre la parte alta de la cañada y la parte baja, una buena tierra bien tapizada de hierba. Como la lluvia seguía cayendo en abundancia, todo se me presentaba más que mojado empapado pero precisamente por estas circunstancia, lleno de una singular belleza. Me encontré con varias setas de cardo y como mi paseo hoy por esta parte de la sierra era de puro placer y encuentro sencillo con los paisajes que tanto amo, me relajé y bajo mi paraguas, con mi macuto sobre las espaldas y pisando charcos, me puse a recorrer la preciosa llanura. Por aquí y allá me encontraba con una y otra seta. Como una mano de grandes algunas y otras más pequeñas pero todas fresquisímas y rezumando agua.

Llegué cañada arriba casi hasta donde ésta se hace collado para fraguar las vertientes al Guadalquivir y al arroyo Gil Cobo. Regresé hasta donde se abre el portillo y el pequeño arroyuelo ya empieza a caer y luego subí otra vez hasta el collado. Por último me remonte sobre el morrete donde la hermosa cañada queda sujeta y se divide en dos. La de la peguera que es la primera que me encuentro cuando subo por el jorro y la del collado que sirve de división en la alta cumbre y para las dos grandes vertientes. Justo en lo más elevado de este morrete y entre unas grandes rocas me encontré las ruinas del cortijillo. El que en aquellos tiempos ellos construyeron y habitaron mientras cuidaban a sus animales, sembraban las tierras de esta cañada, recogían las cosechas y no caían las nieves. Porque en las fechas de los nevazos, tenían que irse de aquí. Este punto está muy alto, hace mucho viento, nieva mucho y por lo tanto, el frío es casi insoportable.

Pues cuando ya me cansé de recorrer la hermosa tierra de esta cañada de la Blanquilla Baja y con una bolsa llena de setas de cardo, me viene para el portillo. Siguiendo las aguas que desde la cañada rebosaban, me metí por el portillo y comencé a caer por el trazado de la vieja senda que lleva al collado del Muerto y a las llanuras de Jabalcaballo. Pero cual no fue mi sorpresa al encontrarme que en los primeros metros la senda se dividía en dos. La de la derecha era la que más me convenía porque bajaba directamente y en un trayecto corto, a donde tenía el coche. La de la izquierda, la que en verdad pretendía recorrer, me convenía menos porque el día se había cerrado en agua, cubrían densamente las nieblas y como el viento seguía soplando y estaba empapado, las manos y la cara se me

habían quedado heladas.

Pues buscando con interés el trazado del ramal de senda que salía por la derecha, comencé a descender por la ladera y en unos minutos me encontré sobre un puntalete. Miré hacia el arroyo y abajo, un poco más arriba de la fuente del Cerezo, vi el coche. Descubrí enseguida que había trazado una ruta en forma de círculo, que era muy hermosa por los paisajes que recorre, muy fácil de andar y además, cortica en distancia pero larga en emociones por los grandes contrastes de los paisajes y el temporal de lluvia y niebla. Un gran día otoñal que el cielo me había regalado otra vez y que al mismo tiempo me servía para profundizar en el misterio de estas sierras, sus caminos, arroyos, cubres y praderas repletas de hierba y silencios.

Cuando ya estaba junto al coche descubrí que el coche blanco que me había observado unas horas antes, se había vuelto para atrás, había remontado hasta el collado Perenoso y me andaba buscando. ¿Por qué y para qué? ¿Era sospechoso de algo? Pasó junto a mí y ni siquiera se pararon. Siguieron bajado por la pista de tierra que penetra en la gran cerrada de San Ginés y detrás me fui yo porque esto era lo que ya había decidido. En la gran covacha que a mitad de la cerrada se abre en la misma pista, se paró y todavía estuvo un buen rato esperando a que llegara. En cuanto vieron que acercaba arrancaron y siguieron bajando. Descubrí entonces quienes eran pero ellos ni quisiera tuvieron el detalle de preguntarme quién era ni lo que hacía por estos rincones de la sierra. ¿Les preocupaba que en un día como el que ya he descrito alguien y solitario anduviera por aquí? En el otoño se abre la veda para la caza de piezas mayores por estos rincones de la sierra. Pero yo no era un furtivo y sí me había encontrado a cazadores con sus rifles y perros antes de llegar al rincón que he recorrido.

Un recuerdo más

La tarde del once de noviembre de 1999, descargó una gran tormenta sobre la sierra. Por la zona de la Loma y entre Villacarrillo y Torreperogil, los granizos fueron tantos que hasta se cortó la carretera. Por las partes de la Blanquilla Baja y Alta y Pedro Miguel, lo que cayó fue una gran nevada. La primera del año y aunque la hierba ya estaba grande y muy verde, todas estas cumbres de cabecera se quedaron blancas por completo.

Pero al día siguiente, el doce de noviembre, por la mañana temprano salimos de Úbeda y nos vinimos al rincón de la fuente del Cerezo. Éramos un grupo de doce o catorce personas y el plan era una excursión por las preciosas tierras de la Blanquilla Baja. Dos niños, Eva y Miguel, de nueve y siete años, redondeaban y animaban a este grupo. Cuando llegamos a la fuente del Cerezo ya la nieve cubría por completo. Estaba blanda porque sólo hacía unas horas que había caído. Paramos y al mirar hacia las partes altas que esperábamos recorrer, las encontramos todas por completo cubiertas por

la nieve. Pero emprendimos la marcha y cuando remontábamos hacia la llanura de los Espinares nos encontramos al pastor de la majá de la Carrasca. Nos alegramos verlo y él también se alegró y al poco de estar charlando nos dijo:
- Pues casi toda la noche ha estado nevando.
Cosa que nosotros ya intuíamos. Y luego nos dijo:
- Ahora voy a dejar el coche por fuente Colorá y me voy a ir por la vereda del cenajo de la Blanquilla. Se me han quedado algunas ovejas por las cumbres de Pedro Miguel y tengo que subir a buscarlas.

Pensamos nosotros que lo que nos había anunciado, según se veía nieve en los paisajes, iba a ser para él una gran tarea. Que le costaría mucho encontrar las ovejas por cumbres tan elevadas y hoy con tanta nieve. Pero a continuación nos dijo que no tenía más remedio que buscar las ovejas perdidas porque al día siguiente venían a sacarla sangre para ver si tenían o no alguna enfermedad. Así que lo despedimos y él siguió bajando con su coche y nosotros subiendo por la pista. Al llegar al jorro nos vinimos para la derecha y en poco rato ya cruzábamos el arroyo que baja de la Blanquilla Alta, rozamos las ruinas de la peguera de la Blanquilla y donde crece la noguera nos encontramos con dos vacas. Las dos estaban paridas y sus becerrillos no tenían ni un mes de edad.

Todo este barranco, hacia arriba, hacia abajo y por las cumbres, estaba por completo cubierto por un espeso y grueso manto de nieve. Rodeamos a las vacas por el lado de la noguera, observamos las ruinas del viejo cortijillo de aquellos tiempos y en unos pasos más estuvimos frente a la amplia cañada de la Blanquilla Baja. Toda blanca y por su centro, el arroyo repleto de agua. En cuanto empezó a calentar el sol la nieve se fue derritiendo y por eso el agua comenzó a correr por el precioso surco que divide a la gran cañada. Gozando de esta corriente, la blanca nieve cubriendo la tierra y buscando setas fuimos recorriendo la cañada hasta coronar hacia el collado que divide las dos vertientes. Desde aquí nos vinimos para el lado izquierdo, el puntal del pino seco y por lo más alto de los morretes comenzamos a volver hacia el cenajo de la Blanquilla.

En poco más de media hora recorrimos toda esta cumbre dejando ahora la gran cañada vestida de blanco a nuestra izquierda hasta que estuvimos a dos pasos del cenajos. Desde estas cumbres, en el día que estoy anunciando, la vista era impresionante. Toda la extensa sierra de las Banderillas, al fondo y a lo lejos, se nos presentaba repleta de blancura y coronada por nubes negras. Caímos un poco para el lado de la peguera, buscamos la senda y en unos metros ya estuvimos en el cenajo. Cortamos algunas teas, buscamos algunas piñas secas y en unos minutos encendimos un buen fuego. Al calor de sus llamas y frente a la grandiosa vista que desde este balcón se divisaba, nos pusimos a comer. A unas dos horas o así de estar en el abrigo de este cenajo y al calor de la lumbre, se nos presentaron

algunas ovejas por el lado de la Blanquilla Alta. Eran las que el pastor de las montañas buscaba que las había encontrado cerca de los Hermanillos y ahora ya se las traía para la majada. Llegó a nosotros, le invitamos a comer, estuvo junto a la lumbre un buen rato y luego siguió detrás de sus ovejas para juntarlas con el rebaño que ya bajaba de las cumbres hacia la majada por el raso de la Escalera.

El viento que corría era frío pero como la lumbre calentaba bien, en este nido y balcón de ensueño estuvimos hasta que la tarde comenzó a caer. Entonces preparamos las mochilas y por la senda que cae desde el cenajo regresamos hasta la peguera y luego por el camino hasta el coche. Por donde unas horas antes habíamos visto las vacas, no estaban y esto nos preocupó porque pensamos que quizá se habrían ido para otros rincones más lejanos. Por el pastor, ya sabíamos que estas vacas eran de un hombre de Coto Ríos y también supimos que por las tierras llanas de la Blanquilla Baja, es por donde este hombre quería que sus vacas pastaran y no por otros lugares más lejanos.

El día se nos acabó y cuando ya nos montábamos para regresar a las casas de cada uno, todos coincidíamos que lo que habíamos visto y vivido en este día y rincón era uno de los más bonitos espectáculos dado en estas sierras. La nieve, los paisajes cubiertos por ella, el cenajo, el juego, el agua de los arroyuelos y la soledad del día había sido casi como un sueño de bonito. Y ayudó a dejarlo más finamente estampado en el espíritu de cada uno, las gracias, juegos y ocurrencias de Miguel y Eva, los dos niños del grupo. Todo el día estuvieron corriendo, pidiendo la mano, diciendo que tenían frío, saltando por entre las llamas de la lumbre y luego jugando con la nieve y las corrientes de las aguas limpias. Ahora los recuerdo y hasta siento un poco de nostalgia pensar que quizá ya nunca más volveré a tener la suerte de vivir junto a ellos, sus padres y los amigos de sus padres, un día tan deliciosamente vibrante como el de aquella nevada por la Blanquilla Baja. ¡Cómo jugaba, reía y hasta lloraba Eva pisando, tirando y comiendo nieve por las cumbres y paisajes que acabo de describir! Fue un día hondo que se me coló dentro con la fuerza de lo hermoso para no morir jamás.

896- Al caer la tarde
el cielo se nubló,
sopló el viento frío,
la tormenta descargó
y al amanecer del sábado,
la cañada del rincón,
la de la pradera verde
y el arroyo juguetón,
cubierta de nieve blanca
brillaba al tibio sol.

Subimos por el camino
en forma de excursión
y pisando la inmaculada
nieve convertida en flor,
recorrimos la cañada
en un juego de primor
hasta el collado sereno,
subimos al espigón
del pino seco y la hierba
y siguiendo la emoción
de las crestas hacia la cueva,
volvimos sobre la nieve
y el gozo del corazón.

Y cuando ya estuvimos en el cenajo
junto al fuego, en el balcón,
la niña que era puro juego,
dijo sin más pretensión:
- Un día tan esplendoroso
con tanta nieve por el rincón,
tantas nubes por el cielo
y tantas cumbres de algodón,
ni en los cuentos que a mí me cuentan
lo he soñado nunca yo.

(Blanquilla Baja el 12-11-99 y en la excursión
de Pepe Barrera. La niña se llamaba Eva)

39- Subida al pico Blanquilla Alta y Pedro Miguel, también llamado Blanquillo

Ruta a la máxima altura de estas sierras
Distancia aproximada: 3 k.
Desnivel aproximado : 300 m.
Tiempo aproximado : 1,5 h. andando.
Camino: vieja vereda muy borrada y sin ella.

Al llegar al arroyo de Gil Cobo, dejamos la carretera y tomamos la pista forestal que sube por el cauce. A un kilómetro o así se divide en dos, seguimos por la izquierda, cruzamos el arroyo y después de una subida repentina y un trozo de pista bastante malo, al llegar a un bonito collado, el del Perenoso, Pedernoso, dejamos el coche. Desde aquí hemos de seguir andando. No existe ninguna senda que nos lleve hasta lo alto de la cumbre. Si vamos acompañados de alguna persona que conozca la zona, no

tendremos problemas.

A pesar de todo, no hay grandes dificultades. Campo a través surcamos los pinares por el lado derecho de la pista que nos ha llevado al collado. Salvado un pequeño cerrillo buscamos ganar altura hacia el lado derecho para saltar un paredón rocoso por el arroyuelo que baja de la cumbre. Por aquí hay veredas de ganado que siguiéndolas, poco a poco ascendemos hasta las pequeñas praderas que hay por detrás del paredón antes mencionado. Desde aquí ya sí es fácil llegar a la cumbre. Siempre buscamos el lado derecho ahora ya con el pico Blanquilla bastante cerca y como es visible, nos sirve de punto de referencia.

El paisaje

Todo el arroyo de Gil Cobo es un rincón lleno de encanto. Aun en pleno verano y, en los más secos, siempre por aquí bajan buenos caños de agua limpia y fresca. Ya en el collado donde hemos dejado el coche veremos al frente todos los grandes barrancos por donde se abre el Gran río Aguascebas Grande. Por encima, se nos presenta un hermoso espectáculo de cumbres y paredones rocosos. A la izquierda y a nuestras espaldas, el horizonte se nos ensancha con perspectivas de hermosas cumbres pobladas de pinares, olivares y hondonadas grises por la lejanía. Según vamos ascendiendo los pinos laricios nos irán sorprendiendo con la belleza de sus troncos esbeltos y viejas ramas retorcidas. Ya en la cumbre la panorámica no puede ser más grandiosa. Descubrimos casi todas las cordilleras y cumbres del parque y gran parte de la campiña por la Loma de Úbeda. La visión del circo rocoso del Aguascebas Grande nos llenará de asombro ahora dominándolo desde lo más alto. Nos daremos cuenta en estos momentos que ha merecido la pena el esfuerzo de la subida.

De interés

La presencia humana por aquí será difícil a no ser algún pastor. Agua podemos coger en el manantial que brota en la misma pista unos metros más adelante donde se divide la que va para Jabalcaballo. Sale por entre las piedras de un cascajal y es un agua buenísima. No encontraremos ningún otro sitio donde beber hasta que no volvamos a este rincón. Aunque en primavera e invierno sí es fácil ver mil chorrillos y arroyuelos cayendo por las rocas. Desde las cumbres gozaremos del vuelo planeado de las águilas y los buitres leonados en cuyas paredes rocosas, del Gran Circo del Aguascebas, tienen sus nidos.

Las partes altas de estas sierras se deben hacer en primavera o en los días suaves del invierno. Es más fácil y siempre encontraremos aguas en los muchos manantiales que brotan por los barrancos o laderas entre los bosques. Las zonas medias y barrancos, es mucho mejor recorrerlas en verano o en el otoño. Los bosques y las corrientes de los ríos nos ofrecerán sombras y agua para el alivio de la ruta.

40- Jabalcaballo por el arroyo de Gil Cobo

Ruta a la cumbre y llanura de la luz
Distancia aproximada: 9 k.
Desnivel aproximado : 500 m.
Tiempo aproximado : 45 mt. en coche.
Camino: carril de tierra en buen estado.

Los puntos más importantes por donde pasa esta preciosa ruta son: la cerrada de San Ginés, la junta de los arroyos antes de fuente Colorá, fuente Colora, tiná Serbal, la hoya de la Zamarrilla, el poyo de los Robles, el barranco por donde nace la fuente de los Buitres, hoya de la Juliana, llanuras, torcal y manantial de la fuente del Tejo, collado Morenillo también conocido por el collado de la fuente del Tejo, cañá del Avellano, fuente de la Berraza, toda la preciosa altiplanicie de Jabalcaballo, el Pardal y peña Corva. Esto es sólo un resumen de lo más importante porque en detalle, los rincones, paisajes y horizontes, son muchos más y cualquiera de ellos suficientes por sí mismo. La mejor época para hacer esta ruta, sin que las demás sean malas, es primavera. La pista tiene menos problemas y los paisajes se presentan con la belleza limpia de las hojas nuevas. En verano es muy calurosa aunque por estas cumbres siempre corre un vientecillo fresco. En invierno las nieves dejan cortada la pista de tierra y en otoño, siendo una época de las más hermosas, a lo largo de muchos días, las nieblas cubren todas las cumbres de estas altas montañas.

Para subir a las llanuras de Jabalcaballo en coche existe una pista de tierra que arranca de la carretera justo por el arroyo de Gil Cobo. A la izquierda según venimos de la cueva del Peinero. Metida por la cerrada que ahí se origina, cerrada de San Ginés, asciende y al final, donde el arroyo se divide en dos también la pista se divide. La que lleva a nuestro punto de destino es la de la derecha. Remonta muy inclinada y a unos metros, después de una pronunciada curva, nos sale al paso una fuente de obra y con algunas mesas de piedra. Fuente Colorá es como se llama este manantial. El arroyo que baja por ahí mismo es el que nace en el collado del Muerto, divisoria de las vertientes al arroyo de las Aguascebas de la fuente del Tejo y el del Gil Cobo. Por este barranco y cerca de la fuente que antes mencioné, varias veces me he encontrado con un rebaño de cabras blancas. Son cabras domésticas que alguien tiene sueltas por estas sierras y ellas, se mueven de un lado para otro tomando los paisajes y el monte a su anchas y sin que nadie las molesten. Una mínima expresión de los grandes rebaños de cabras blancas que en otros tiempos tomaban estas sierras.

La pista gira en este arroyo, roza las ruinas de una tiná y ahora remonta con mucho más pendiente. Majá Serbal tiene por nombre estas construcciones. Se alzan sobre una preciosa y agreste lancha que se llama

lancha Ignacio y la que desde la tiná cae hacia el comienzo de la cerrada de San Ginés, tiene por nombre lancha del Sordo. Estos dos nombres se deben a dos pequeñas tapuelillas donde vivían ambos serranos bautizados con el nombre que ahora tienen las lanchas. Por este tramo el firme es bastante malo. Pero después de varias curvas muy cerrada y una larga pendiente remonta a un precioso collado. Antes hemos pasado por una alambrada que encierra un buen rodal de tierra. Tiene por nombre la hoya de la Zamarrilla. El collado del Muerto nos ha quedado por la izquierda y no muy lejos. Desde esta hoya de la Zamarrilla se aparta una sendilla que lleva al corazón mismo de este bonito collado. Porque es bonito de verdad, con su pradera de hierba verde en todo lo alto, la amplitud hacia los horizontes más lejanos y el aire siempre fresco que por aquí corre. Desde el collado, remontar a la grandiosa morra de los Cerezos, es sólo un paseo de pocos minutos.

Estamos en lo más alto de la lancha de la Escalera. El poyo de los Robles es como se llama todo este terreno. Tiene este lugar un paisaje de ensueño. Vegetación de alta montaña como es la Arenaria tetraquetra, muchos piornos y otras plantas de porte pequeño y espinosas. También los pinos laricios y algunas encinas. Desde este punto se abre una impresionante vista hacia la Loma de Úbeda. En los días claros se ven con toda claridad muchos de estos pueblos repartidos por la gran loma.

Desde este punto la pista baja, traza varias curvas con un firme de piedras sueltas y bache por muchos trozos hasta que entra a las tierras llanas de la llanura que vamos buscando. Corta varios arroyuelos por su parte más alta, paisajes muy originales y hondamente bonitos por ser alta monta. Arroyo del raso de la Escalera y arroyo de la fuente del Tejo. Pasa por un punto que tiene junco y algo de agua que se llamaba la Fuentecilla de los Buitres. Roza unos primeros cortijos dejándolos por la derecha y en este punto es cuando se estropea del todo. Si no es con un coche todo terreno es casi imposible seguir adelante. Uno de estos puntos lleva por nombre el poyo de la Juliana. Mi opinión es que aquí, donde se divide la pista para venir al primer cortijo que nos encontramos, fuente de la Berraza, dejemos el coche. A partir de este punto y momento, lo más emocionante y gustoso es dedicarnos a recorrer todos los rincones que podamos por esta llanura. Todos son bonitos y encierran sorprendentes emociones.

Si esta excursión o visita al lugar la hacemos en primavera nos encontraremos con hermosísimas praderas repletas de hierba, cientos de mariposas revoloteando de un lado para otro, muchos arroyuelos menores que brotan por aquí y allá y buscan su salida hacia los cauces mayores y bastante vegetación de majuelos, encinas, fresnos y otros árboles repletos de verdor. Por las crestas de lo que es propiamente peña Corva, nos sorprenderá, además de los paisajes frescos y limpios, las preciosas vistas que hacia todas las direcciones se abren. Si rodeamos el macizo y volvemos por el lado del valle del Guadalquivir para entrarle por el collado que aquí en

lo alto origina uno de los ramales del arroyo del Zarzalar, nos encontraremos con un bonito manantial que nace en las mismas paredes de peña Corva, vertiente al Guadalquivir. Los serranos conocen este venero con el nombre de fuente del Recó. Hasta en los años de mayor sequía mana su chorrillo de agua limpia y fresca. En el verano del 99, que fue uno de los años más secos creo de ese siglo, yo me lo encontré echando su hilo de agua fresca, pura y de buena calidad.

A propósito de fuentes por estos rincones y cumbres

Recorriendo la pista forestal de tierra que nos ha traído hasta las llanuras de Jabalcaballo, ya he nombrado algunas de las fuentes más caudalosas que rozamos. La primera es fuente Colorá, en el arroyo que baja desde el collado del Muerto hacia la cerrada de San Ginés. Es un manantial natural que encauzaron y lo hicieron salir por un tubo de hierro para que cayera a un pilar de cemento. Las aguas que por ella manan son las que cayeron por las tierras del collado del Muerto, la cuerda que baja desde la morra de los Cerezos para la Blanquilla baja y la Torca. Una segunda fuente nos la encontramos nada más volcar el collado de la Zamarrilla. Enseguida hay una pequeña hondonada que baja de un collado que nos queda por la izquierda. Crecen juncos y los botánicos pusieron alambrada en la tierra. Son los primeros metros del arroyo raso de la Escalera. El que pasa rozando las paredes del cortijo raso de la Escalera, del pastor Pablo. Por esta zona alta, la fuente que mana y es bastante escasa, se llama fuente del Buitre. La que brota cerca del cortijo, siendo la misma, es otra y se le conoce por la fuente del raso de la Escalera.

Pues este arroyo, por donde la pista lo cruza, no es nada más que una hondonada sin importancia pero aquí mismo rezuma agua hasta que la primavera está muy avanzada. Si lo seguimos por la vieja vereda que vuelca por la famosa escalera del raso, la que le da el nombre al cortijo y al collado, un poco antes de llegar al cortijo de Pablo, brota un copioso manantial. Es conocido por la fuente del raso de la Escalera. Ahora lo tienen recogido en una arqueta y con gomas, se llevan parte de su agua al cortijo antes nombrado, a los huertos que este pastor tiene por aquí, a los tornajos para que beban las ovejas y a la piscina que también este pastor tiene cerca de su bonito cortijo. Pero lo que quería decir es que la fuente mana aquí y es caudalosa de verdad. Ningún año se seca aunque las lluvias sean escasas.

Siguiendo la pista que nos lleva a las llanuras de Jabalcaballo, en cuanto dejamos atrás la hondonada que hemos descrito volcamos a otra mucho mayor y llana. Es la famosa cañada de la fuente del Tejo. Baja del collado del Muerto y parte de la cuerda que da consistencia a este macizo montañoso. La cuerda de la Roña. Aquí mismo, nada más cruzar el arroyo, nace una fuente menor. Sólo tiene agua en invierno y primavera hasta los primeros meses del verano. Pero algo más adelante, sólo unos metros, por el lado de abajo de la pista que vamos siguiendo, brota la famosa fuente del

Tejo. La que le da nombre al arroyo y tanto apreciaban los serranos que se establecieron por estos rincones. La tierra está llana, hay unas rocas blancas de poca importancia, un par de matas de bujes y ahí mismo sale el venero. Por una raja de la roca que casi está al ras del suelo. Los serranos de aquellos tiempos le hicieron un reguerillo y un par de metros más abajo, le escarbaron una alberca. Le pusieron un muro de piedras y tierra y con el agua que se embalsaba en esta alberca regaban las tierras llanas que hay por debajo hasta que ya se presenta el escalón rocoso que precede al cortijo de la Huelga, medio kilómetro más abajo y en el mismo surco de este arroyo, por donde ya lleva mucha agua. Es el arroyo de las Aguascebas de la fuente del Tejo. La fuente es la que acabo de describir.

Seguimos y al volcar el collado de la fuente del Tejo, pues enseguida hay otro arroyo, regajo menor de la cañá del Avellano, que tiene su cortijo y su manantial. La fuente del Avellano es también un manantial muy abundante cuyo caudal va a parar al arroyo de Chorrogil. Por detrás y volcando hacia la vertiente del arroyo que baja desde el raso de la Escalera, ya de la fuente del Tejo, tenemos otra gran hondonada. Es la de Chortales. Como un pequeño circo con tres arroyuelos en forma de cruz cayendo desde el centro y los dos lados del circo. Pues donde los tres arroyuelos se juntan y sólo unos metros antes de volcar para la gran cuenca del Aguascebas de la fuente del Tejo, hay un cortijo, ahora abandonado. Es el cortijo de los Chortales. Ahí mismo brota otra limpia y abundante fuente. La escalera Romana, la segunda en este escalón rocoso, empieza a caer unos metros más abajo de este cortijo y manantial. Y por donde ya cae la escalera, el arroyo lleva mucha agua. Al bajar tenemos el cortijo de Tarquino, en lo alto de un poyo remontado sobre Prao Maguillo. Algo más abajo de este punto, se extiende la cuesta del Oso por donde mana la fuente del Poyo. Y por ese mismo poyo pero arriba, por la escalera de la Morra, está el cortijo y fuente Carambilla. Esta palabra se refiere a los carámbanos que las aguas originan en las cuevas pero en este caso como no son muy grandes, ellos le decían carambilla.

Y unos kilómetros más adelante, en cuanto entramos en las primeras tierras de la llanura de Jabalcaballo, tenemos otro caudaloso y fresco manantial. Es el de la Berraza. Junto a este venero construyeron un cortijo que todavía está habitado y las aguas que salen de este manantial, son aprovechadas por las personas que hay en el cortijo. Para regar los huertos, para que beban los animales, para las cosas del cortijo y sobra agua para que el arroyo corra abundantemente a lo largo de todo el año. Es este el arroyo que más agua aporta al Embalse de Aguascebas. Y ya dije que se llama, por aquí cerca, cañada del Avellano y más abajo, Chorrogil con la famosa cascada que salta por la parte de atrás de este pantano.

Por las laderas sur del Pardal manan varias fuentes. Una da agua al cortijo que ahí todavía existe y habitan. Algo más abajo está la grandiosa y bella cañá del Pardal donde en sus primeros metros, mana una bonita fuente.

Le pusieron unos tornajos para que las ovejas pudieran beber y desde aquellos tiempos el manantial no se ha secado. Se le conoce por los tornajos de la cañá del Pardal. Es justo donde nace el arroyo del Avellano. Por debajo de peña Corva, ya lo he dicho algo más atrás, mana un venero que se le conoce con el nombre fuente del Recó de peña Corva. Y volcando para los Palancares, arroyos y barranco de cabecera del Chorrogil, brotan cinco o seis venero más todos de excelente calidad, fresquita en verano y de una pureza sin igual. Algunas son: fuente del Segaor, fuente de los Palancares, fuente del barranco del Corzo y fuente del Hoyo.

Nota: la pista de tierra que hemos ido dejando difuminada por las tierras llanas de Jabalcaballo, no termina del todo. Llega a un punto donde deja de ser pista pero continua un camino bien reconocido y fácil de andar y después de pasar por el lado sur del Pardal y rozar piedras Rubias, collado de la Mariquilla, continua por los Asperones, sale a la nava del Puesto y desde ahí cae a la casa forestal de la fuente de la Zarza. En este punto es pista de tierra que perfectamente se puede recorrer con coche para el Narigón y el poyo del Rey y hasta el puerto de las Palomas. La Arenaria tetraquetra es una de las plantas más curiosas, al menos para mí, que se dan por las cumbres de este parque natural. Por las llanuras de Jabalcaballo casi en todas las épocas del año, pastan algunos rebaños de ovejas. Los pastores viven aquí de continuo, aunque en la época de los fríos invernales, se bajan a las dehesas de Sierra Morena. Algunas de las personas que nacieron y vivieron aquí años atrás, ya cansados de guardar ovejas, labrar tierras y tener muchos problemas con los que defendían y defienden el Coto Nacional, emigraron a otros sitios de España. Pasado el tiempo han vuelto y en sus cabezas les ronda la idea de convertir estos cortijos, porque son suyos desde siempre, en casas rurales, campings o algo parecido. Para no seguir viviendo lejos de la tierra que tanto aman y así sacar algún dinero que les permita comer.

41-cortijo de la Traviesa, raso de la Escalera, escalera de la Traviesa, poyo de los Robles

Ruta a los horizontes verdes
Distancia aproximada: 3,5 k.
Desnivel aproximado : 300 m.
Tiempo aproximado : 4 horas andando.
Camino: vieja senda y sin ella.

Hice esta ruta en la tarde del día 11-2-2000. Era ya casi primavera y por eso no hacía frío ninguno. Tampoco había nieve sobre las cumbres más altas, el campo estaba empezando a salir del duro invierno, la hierba se mostraba más verde que los días pasados y como no había pastores por el lugar, la soledad se acentuaba. Comencé a recorrer esta ruta a las cuatro en

punto de la tarde y a las seis ya estaba de vuelta. Por estas fechas todavía los días no tienen muchas horas de luz y por eso tenía que darme prisa en terminarla. No me podía coger la noche en lo alto de las montañas ni tampoco tenía mucho tiempo para recorrer y gozar la belleza de los paisajes con la calma que ellos merecen. Pero digo que aún así me quedé plenamente satisfecho y más, por la emoción que, desde hacía tiempo, sentía arderme dentro cada vez que planeaba recorrer lo que por fin esta tarde ya podía. Y digo que no me hubiera importado hacer noche en cualquiera de esos rincones. Lo deseaba y deseo con todas las fuerzas de mi alma pero razones muy personales, que nunca diré, me lo impedían e impide.

Si venimos desde la cueva del Peinero nada más pasar el cortijo de la Traviesa y terminar la curva, a veinte metros y por la izquierda, sale una senda. Es la vieja senda de aquellos tiempos. La de la gran dignidad y añejo sabor a sierra. También se puede pasar por la misma puerta del cortijo, remontar por donde la zahurda y el invernadero de este cortijo y por detrás se engancha con el ramal que decía antes. Pues cogiendo esta senda, que es lo que queda de aquella vieja senda que recorría la sierra en otros tiempos y al cruzarse por aquí, le empezaron a decir Traviesa, comenzamos a remontar hacia el raso de la Escalera. Propiamente es un ancho collado, el de la Escalera y la Traviesa pero también es un gran raso de tierra muy buena donde en otros tiempos hubo un cortijo, una fuente, una alberca y una buena huerta donde se criaba de todo.

Siguiendo esta senda remontamos sin dificulta alguna por entre espesura de bujes y muchas rocas calizas. Por aquí se presenta un complicado lapiaz pero el camino se permite esquivarlo con elegancia y sabiduría. En unos diez minutos, ochocientos metros y con un nivel que no llega ni a los cien metros, nos encajamos en las tierras del raso de la Escalera. Ni siquiera lo advertimos. La senda llega por este lado del cortijo de la Traviesa saliendo de los bujes y las rocas y sin más, ya son tierras llanas tapizadas de hierba. Quiero advertir que este tramo de senda es el mismo trozo que recorre la ruta que llamo “Singular”. Es común para las dos rutas hasta el lugar llamado Raso. Ya aquí, la senda sigue por el lado derecho de la llanura, roza las paredes del que fue cortijo del raso y por detrás, sigue adelante para elevarse por las Morrillas y buscar el final de las llanuras de la nava del Rico. Este era el recorrido normal del camino que por aquellos tiempos atravesaba estos rincones de la sierra.

Pero en la ruta de hoy, tarde del día once de enero del año dos mil y ya con los almendros florecidos, yo me vengo para el lado izquierdo del raso. Justo hay por ahí una leve hondonada que cae desde lo más alto del poyo de los Robles. Es como un arroyo sin llegar a serlo del todo y cuando este regajo se deshace en las llanas tierras del collado, ahí mismo le hicieron una alberca. Algo más arriba mana una fuente que tiene un chorrillo casi de na. Crecen juncos y muchos bujes. Es de esta fuente donde los del cortijo del

raso de la Escalera, el que se desmorona sobre el collado, cogían el agua que necesitaban para beber y regar las tierras. Seguro que en verano se le secaba y entonces tendría que ir a por esta agua a la otra fuente. La que ahora surte al nuevo cortijo del raso de la Escalera, el del pastor Pablo, un poco volcado y en los primeros metros del arroyo Prao de los Chopos.

Rozando la alberca que antes decía, pasa la senda y como la ladera se presenta fácil de remontar, pues uno puede caer en la tentación de irse ladera arriba por cualquier sitio en busca del portillo que presenta el filo en todo lo alto. Es por ahí por donde debe subir la senda y donde ellos trazaron una escalera. Pero la senda hay que buscarla por el lado derecho de la alberca, por entre un pinar de repoblación y el morrete de un pequeño puntal que cae desde lo más alto del filo que corona. Se ven tres o cuatro grandes pinos laricios y por ahí mismo se encuentra la senda, se viene para el lado izquierdo pero ahora ya bastante remontada sobre la alberca y el manantial, pasa por un gran peñón sin problema alguno, se mete por entre los bujes del escaso arroyo, sale al otro lado y por la ladera, remonta buscado el portillo. Sube casi resta en una diagonal desde el morrete de los pinos laricios hasta el portillo del filo por donde penetra para remontar a las tierras llanas del poyo de los Robles. Pero cuando llega al portillo es cuando empieza la escalera.

Aprovecha el pequeño surco de un arroyuelo que sale desde el poyo de los Robles y jugando con él, traza varias curvas, sujetándose como puede hasta que logra salir arriba. Es por aquí donde se nota que esta senda no fue muy importante. Sólo una vereda para subir o bajar del poyo y las tierras que hay por arriba pero como por esta zona alta de la sierra no hay ni cortijos ni tierras buenas que ellos pudieran cultivar, no necesitaban mucha verea. Lo justo para venir a dar pastos a sus animales, recoger alguna cosecha sembrada por algunas de las llanuras que por la zona hay y poco más. Por eso no está ni siquiera preparada para que pudieran bajar las bestias. Seguro que la andaban nada más que personas. Pero esta agreste cuesta, al contrario de lo que parece desde lejos, se remonta muy bien y se consigue en sólo media hora desde el cortijo de la Traviesa.

Y en cuanto remonta se da de bruces con un curioso lapiaz. Un paisaje muy denso de rocas calizas que presenta muchas rajas, agujeros, algunas simas y losas de vez en cuando. No cae lejos de aquí un punto que tiene por nombre Morro del Tocino. Seguro que era por el color que presentan las rocas. Al ser calizas y estar muy erosionadas de las lluvias, las nieves y los hielos, su color es por completo blanco. Como si las hubieran lavado con lejía asemejándose a buenos trozos de tocino que brillan al sol de la tarde o de la mañana. Y por estos paisajes, a trechos regulares, se ven algunos robles. No son grandes pero el hecho de que por aquí crezcan estos árboles indica que en otros tiempos seguro que también crecían y algunos llegarían a ejemplares de categoría. Al lugar lo serranos lo conocen desde tiempos muy lejanos por el Morro del Tocino y el poyo de los Robles. Más arriba está el

collado del poyo de los Robles o de la hoya de la Zamarrilla, porque volcando por el collado ya está la hoya de la Zamarrilla. Para el sol de la tarde, desde este poyo de los Robles, se encuentra la fuente de los Buitres, el poyo de la Juliana y arriba del todo, las morrillas de la tiná de Juan de Dios, el collado de la fuente de los Buitres y desde ahí y un poco para la izquierda, remontado del todo, está la Torca. La Rinconá queda al volcar el collado de la fuente de los Buitres.

Pues en cuanto he remontado al torcal que precede al poyo de los Robles lo recorro y salgo a una alambrada. Son las típicas cercas botánicas para que las ovejas no se coman las hierbas y otras plantas que da el terreno. Con la alambrada cercaron la mejor tierra de este poyo. Las ovejas que por estos montes pastan ahora se tienen que conformar con los pequeños puñados de tierra que hay entre el enjambre de rocas calizas del lapiaz. Dentro de una escala de cosas a salvar por este ahora Parque Natural, ellas están casi en el último puesto. Mi opinión es que no debería ser así y por eso sé que algunos se equivocan. Me vengo por su borde hacia el sol de la tarde y recorro toda la llanura del poyo de los Robles. Dentro de la alambrada crecen algunos pinos laricios que repoblaron hace algunos años. Por el centro de la alambrada va la pista de tierra que desde el arroyo de Gil Cobo, se pasea por estas cumbres hasta las llanuras de Jabalcaballo. Para no cortar la pista la alambrada la dividieron en dos. En cuanto se me acaba la más larga me vengo para el lado izquierdo, cruzo la pista de tierra por un morrete que es lo que precede al barranco de la fuente de los Buitres y como lo que pretendía era echar una ojeada a este barranco y manantial, al tener una excelente visión desde el morrete, no bajo con la pista. Me voy para el lado izquierdo campo a través buscando el collado de la fuente de los buitres, lo remonto, me vengo para la derecha, remonto la morrilla de la tiná de Juan de Dios y antes de asomarme para la Rinconá y la fuente del Tejo, me paro frente al precioso barranco de la fuente de los Buitres.

Justo por lo más hondo de este barranco que es de poca monda, la pista traza una curva, hay unos juncos, se ven algunos charcos de agua y eso es la fuente de los Buitres. Como desde la morrilla en la que estoy remontado tengo una buena visión, hago una foto para así tener el documento de este paraje y ahora termino de remontar la morrilla. Nada más asomar para el lado de la fuente de los Buitres, se me presenta una pequeña llanura en lo más alto de este morro pero en la vertiente hacia el arroyo de la fuente de Tejo. Ahí veo la tapuela de la tiná de Juan de Dios. Casi na. Sólo tres paredes de piedra sin cal y se acabó. Esta era aquella tiná que tanto se remonta en el tiempo hacia atrás que ni los más mayores de estos lugares recuerdan cuando se encerraban aquí animales. Pero sí recuerdan que desde tiempos lejanísimos esta tiná y paraje se ha llamado tiná de Juan de Dios. Un modo de perpetuar la memoria de los que fueron compañeros de camino, sudores, tierras, montañas y luchas de los que querían exterminarlos. Quizá sin que lo pretendiera pero ellos eran así desde lo más

hondo. Quiero referirme a los serranos entre sí.

Pues en la tierra llana donde se recogen las ruinas de esta tiná, mirando al sol de la tarde un poco soslayado, me encuentro una manada de cabras blancas. Son las mismas que hace unos días pastaban por el Canalón del Pingo y también, el otoño pasado, vi por fuente Colorá. Esta tarde pastan por aquí, en su paz y como dejadas de la mano del hombre y por eso algunas están recostadas en la hierba tomando el sol. Al verme no se espantan sino que me miran y con la tranquilidad que a ellas les caracteriza, se empiezan a mover para irse hacia las torcas de los Toriles. Les hago alguna foto para recoger el documento de la tiná, el paraje con las cabras blancas pastando y después de darme un paseo por entre las paredes de la ruina, me vuelvo para atrás. Ya dije que las paredes de esta construcción ni siquiera tienen cal. Son piedras suelta, calizas pero se ve que las pusieron aquí hace tanto tiempo que ahora están negras del musgo que en ellas ha crecido. Tampoco se nota que esta tiná estuviera techada. Parece que sólo era un pobre corral de piedras, con un par de divisiones y nada más. En el centro crece un pino, algunas zarzas y mucha árnica. Una planta que se da muy bien por estas alturas. También zamarrilla, cambrones, arenaria y sabinas. Es la vegetación de esta zona de la sierra.

Así que me vuelvo para atrás, cruzo el collado de la fuente de los Buitres ahora en dirección hacia el poyo de los Robles desde el sol de la tarde pero no me bajo para coger la pista de tierra sino que por la alambrada que hay al lado de arriba de esta pista cogiendo casi toda la ladera del cerro, me vengo. Remonto algo más para no andar por el mismo borde de la alambrada y en unos minutos ya estoy dando vista a la hoya de la Zamarrilla. La morra que me va quedando por el lado derecho, en la cara que recorro, casi pelada de vegetación pero con muchas piedras sueltas, mucha zamarrilla, arenaria y árnica, es la que los serranos tienen bautizada con el nombre de la Torca. Es la que separa el collado del Muerto de este collado del poyo de los Robles, la hoya de la Zamarrilla y la Rinconá, por los Toriles. Parece una morra grande pero como la tengo recorrida, sé que no es gran cosa. Se remonta con mucha facilidad aunque su altura pase de los mil seiscientos metros. Más allá del collado del Muerto ya diviso la otra gran morra, la de los Cerezos con su caseta de fogoneros en todo lo alto.

Desde este puntal un poco más remontado para la morra de la Torca y con el collado del poyo de los Robles por mi izquierda, me vengo para este collado. Con absoluta claridad veo la hoya de la Zamarrilla, la pista de tierra que la recorre trazando una curva cuando pasa por ella y ahí, un coche verde. Parece de guarda pero como me coge lejos no puedo ver con claridad. Tampoco me interesa mucho aunque otra cosa sería si fuera de un pastor. En unos minutos vuelvo a atravesar la pista de tierra justo por el mismo centro del collado y como la tarde se me va acabando, me doy prisa. Desde el collado de los Robles u hoya de la Zamarrilla, arranca un puntal que se va

buscando la cerrada de San Ginés, por el arroyo de Gil Cobo. En realidad me he venido dando prisa todo el tiempo pero ahora quiero llegar hasta el mismo filo del voladero que vuelca para el cortijo de la Traviesa. El que hace un rato he remontado desde el raso de la Escalera. Como desde el portillo por el que he subido hacia el arroyo de Gil Cobo, lado del sol de la mañana, se alarga un gran filo rocoso del puntal que antes decía, quiero ver si por algunos de estos puntos tiene algún paso hacia el cortijo de la Traviesa. Estoy convencido de que no pero tengo interés en comprobarlo. Este puntal que antes mencionaba al principio viene muy bien, con muchos piornos, zamarrilla, arenaria y luego ya se complica con un lapiaz. Es el mismo del portillo del poyo de los Robles que se alarga por lo más alto y al borde del filo.

Así que recorro el collado, ahora en dirección hacia el cortijo de la Traviesa pero por lo más alto de esta morra, me aproximo al filo saltando por un paisaje de rocas calizas muy parecido al que me encontré al remontar al poyo de los Robles y me asomo. el cortijo de la Traviesa lo tengo abajo, en todo lo hondo y casi en línea recta desde donde estoy. Así que si por aquí pudiera bajar me ahorraría todo el trayecto que desde este cortijo hay hasta el collado del raso. Por eso miro con interés y no encuentro lo que busco. Por este lado de la lancha y filo del voladero, no hay ningún paso hacia el barranco del cortijo de la Traviesa. Ya lo intuía pero ahora lo compruebo. Me vengo más para el final de la morra, que es propiamente la gran lancha de la Escalera, o mejor de la Tres Escaleras, tramo gemelo de la lancha de la Cigarra y cortada por el cauce del arroyo de Gil Cobo justo donde éste tiene la cerrada de San Ginés y por más que miro no encuentro ningún paso. Según me aproximo a lo que sería la caída de la gran cerrada, el filo está más pronunciado, las paredes rocosas tienen más desnivel y son más largas y la profundidad aumenta. Así que desisto. Me vuelvo para atrás ahora ya casi convencido de que por este filo, desde estas alturas no es fácil el paso para una verea pero sí se podría bajar. Sé que ellos bajaron por aquí en más de una ocasión pero arriesgando sus vidas.

Recorro el filo de la gran lancha ahora buscando el portillo que cae desde el poyo de los Robles y a paso ligero atravieso el paisaje de las rocas calizas que circundan a este portillo. Las veredas de las ovejas van jugando con este rebaño de rocas y con sólo seguirlas me encajo en el mismo portillo. El que hace menos de hora y media remontaba. Ahora me siento más animado. Sé que una vez más tengo la ruta recorrida, aprendida hasta en sus más mínimos detalles y puedo regresar para contarlo. En el silencio de mi alma le doy gracias a Dios y mientras recorro el portillo y enseguida la ladera que viene cayendo hacia el verde raso me recreo en los preciosos tonos con que el sol de la tarde va pintando a la sierra mientras se despide de ella una vez más. Igual que yo para volver mañana otra vez. Él sí que volverá seguro, yo, no lo sé. Pero me alegro y gozo el espectáculo porque sé que realmente es único. Este raso de la Escalera, visto desde la ladera que vengo bajando, en estas fechas del año, en un día como el de hoy y a estas horas de la

tarde, es precioso. Como un sueño que se materializara surgiendo desde lo más profundo y en la libertad total. Donde sólo hay presencia de Dios sin que el ser humano pueda intervenir en lo más mínimo. ¿Quizá es así para que contemple, goce, alabe y dé gracias? Por un momento, no lo dudo.

Un poema con historia.

Y cuando se para el pastor
en la tarde primaveral
de azul reluciente el cielo
y de hierba verde que ya
exhala su aroma al viento,
se hunde en la inmensidad
de la honda sierra que le quiere
y encuentra, en su meditar
que nuestras vidas son los ríos,
las fuentes y su manantial,
los cerezos florecidos
y las hojas del nogal.

Nuestras vidas son los ríos
cuando el invierno se va
y deja paso a la primavera
que trae de flores un mar
y, de sueños, ríos inmaculados
que a veces quieren cantar
y en cualquier rincón del bosque,
cuando todo es claridad,
la vida y el río se rompen
en un remolino, al azar.

Se le ve al pastor meditando
en su campo sin libertad
porque un poco más arriba
se le oyen correr y ladrar
a los perros de la rehala
y a los hombres disparar
y aunque los almendros estén floridos,
los ríos se convierten en mar
al despertarse la sierra
y echar la vida a volar.

Un día, estando la primavera a punto de llegar, el pastor surcaba la vereda que iba por el borde de la nava. La hierba verde relucía tapizando el suelo y al otro lado, por donde el arroyo le entraba a la llanura y derramaba al agua cristal sobre ella, los almendros ya florecían. Por entre su bosque de

flores blancas y rosadas, libaban un buen puñado de abejas y otros insectos. En el justo momento que el pastor pasó por allí, de entre los majuelos del lado derecho, levantó vuelo un ave no muy grande. Con la velocidad de un rayo se disparó contra uno de los insectos que libaban en las flores de los árboles florecidos y en el aire lo atrapó. Un juego de vida y muerte que duró solo unos segundos pero que dejó una honda impresión en el alma del pastor.

Y no se había recuperado todavía del insólito y natural espectáculo cuando, en el momento que el ave pequeña terminaba de apresar al insecto, del otro lado levantó vuelo otra ave mayor. Se abalanzó contra el ave que terminaba de apresar el insecto y cuando ésta todavía no había rozado el suelo, el ave mayor la golpeó ferozmente. La más pequeña cayó al suelo, la de mayor envergadura se elevó y en las ramas de un roble cercano se paró. El insecto escapó y como el pastor vio que había sido golpeada y estaba en el suelo aleteando, se acercó a ella. La cogió en sus manos y enseguida comprobó que estaba herida. Por debajo de las plumas y justo a la altura del corazón, sangraba. No sabía qué hacer con ella pero sí sentía en su alma que debía prestarle alguna ayuda, de lo contrario, intuía que moriría sin remedio. Se estaba diciendo esto para darse ánimo y querer transmitir al ave alguna esperanza y consuelo cuando notó que la primavera le miraba con toda la fuerza de la vida nueva. Los almendros los tenía a sólo dos pasos y como estaban tan repletos de flores blancas y lozanas, sentía que la vida no terminaba. La vida estaba en aquella pradera repleta de hierba verde, en los árboles florecidos, en los insectos libando, aunque la muerte y la lucha para escapar de ella y vivir, también la tuviera ahora mismo en sus propias manos.

Una ruta singular
42-cortijo de la Traviesa, raso de la Escalera, Prao de los Chopos, prao Maguillo, Chorrogil, collado Caracho

Quiero aclarar que esta ruta, siendo pequeña en extensión, es una de las más bonita y fáciles de recorrer de todas las trazadas por estas espectaculares sierra. Se realiza de este modo con la idea de recorrerla andando que es como se le saca todo su valor, hondura en belleza y placer estético. Y se traza con estas características a fin de llegar en coche hasta el punto de partida y ser recogido en el mismo coche en el punto de llegada.

Viniendo desde el lado del charco del Aceite, que es como se han trazado todas las rutas de este libro, se pasa el arroyo de Gil Cobo. Se remonta una leve cuesta y cuando la carretera traza una cerrada curva para la derecha, justo por la izquierda y al borde de la carretera, queda un cortijo. Es del de la Traviesa o cortijo de Rumaldo, el pastor de la Sierra de las Villas. Un bonito cortijo con su caudalosa fuente de agua en la misma puerta y la

amabilidad de las personas que lo habitan. Desde este punto mismo, por la parte de atrás, arranca una senda. Es parte de aquellas viejas sendas que recorrían la sierra de un extremo a otro. Ésta, por aquí mismo, se juntaba con otras que venían desde el arroyo y el collado del Pocico. Pues la seguimos, sin encontrar demasiada dificultad por la suavidad de la cuesta y lo bien que se le reconoce.

En unos quince minutos remontamos al precioso collado del raso de la Escalera. Por la izquierda y salteando rocas, bujes y arroyuelos casi de juguete, la senda se va. Pasa por delante mismo de las ruinas de lo que fue uno de los cortijos más bonitos de estos rincones. el cortijo del raso de la Escalera. Vinieron a construirlo justo a este curioso llano y collado buscando la proximidad de las buenas tierras y el agua de los veneros que en la ladera de enfrente, manan. Este cortijo, ya lo he dicho, hoy está en ruinas por completo pero recorrerlos despacio y saborearlos en el espíritu, sin duda que también ayuda a penetrar un poco más en las señas de identidad de la sierra que pisamos.

Justo en este punto abandonamos la senda y nos venimos por el centro de la llanura que se recoge en el mismo corazón del collado. Es este un rincón primoroso. En primavera y gran parte del verano, la hierba forma un tapiz tan espeso, verde y fresco que aunque uno no quiera tiene que sentirse bien y dar gracias a Dios. Con las primeras lluvias del otoño por las tierras de este raso, brotan las setas de cardo y en los meses de invierno, cuando no nieva y se cubre por completo, el frío de las noches estrelladas, hielas las aguas de los charcos que por aquí se remansa. Un espectáculo tan bonito que parecen verdadera pista de patinaje. El hielo en las aguas de estas sierras, a veces, fragua figuras tan delicadas y hondamente bellas que gozarlas despacio es uno de los alicientes más hermosos que se pueden encontrar por estas cumbres.

Por el lado derecho de este collado va tomando cuerpo una borrada pista forestal. Es la misma que ha subido con nosotros desde el cortijo de la Traviesa pero por la ladera de enfrente. También es la misma que ahora seguimos hacia el cortijo del raso de la Escalera, en la otra vertiente: la del precioso arroyo de la fuente del Tejo. Seguimos la pista anunciada y unos metros más adelante veremos que se encuentra con otra que le llega desde el lado de la tarde. Se nota enseguida que está mucho más usada y ello se debe a los pastores que habitan en los cortijos de la majá de la Carrasca y el raso de la Escalera. Entran y salen por esta pista con mucha frecuencia menos en los meses de invierno que se bajan a las dehesas de Sierra Morena, a invernal.

Nosotros nos vamos por el ramal de la izquierda. Enseguida veremos que atraviesa otra preciosa llanura, remonta levemente y en cuanto vuelca para el barranco, se nos presenta la figura de un precioso cortijo. Es el del

raso de la Escalera. Aquí vive el Pastor llamado Pablo y su mujer Paqui. Si nos apetece y lo encontramos en su casa, podemos parar un rato a charlar con él. Son de las personas más amables y buenas que yo he conocido. Alrededor de su cortijo casi siempre hay ovejas, cabras, perros ovejeros, gallinas con gallos que cantan a todas las horas del día, mucha agua, preciosos prados de hierba verde y cumbres que coronan. Es aquí mismo donde nace una de las fuentes que dan vida al arroyo fuente del Tejo. el cortijo de Pablo, siendo un antiguo cortijo serrano y con la arquitectura de aquellos tiempos, es muy bonito. El padre de Paqui es albañil y por eso lo remodeló sin prisas y al gusto que más le apetecía.

Precisamente siguiendo el surco del arroyo que desde este cortijo comienza a caer, nos vamos nosotros. Algunas veredillas de animales que también fueron y son usadas por las personas que llenaban estas sierras, nos van facilitando la ruta. Varias llanuras junto al cauce mismo de este cristalino y bello arroyo. Son las tierrecillas que sembraban las personas que en otros tiempos llenaban los cortijos que por aquí levantaron. Ahora se las comen la hierba, los bujes, la mejorana y los cardos cucos. Los cerezos, álamos y membrilleros todavía dan testimonio de aquellas huertas repletas de hortalizas y regueras de aguas limpias. Los nombres de los sitios por aquí son muchos y como ya los he dejado escritos en otros capítulos de este trabajo, no los repito.

A la distancia de un kilómetro más o menos desde el cortijo raso de la Escalera, en el mismo arroyo, nos encontramos con una construcción más moderna. No es moderna, sino que sobre lo antiguo han remozado lo moderno. Es uno de los cortijos por el Prao de los Chopos que se llama las Castañetas. Lo adaptaron para camping y por eso parece lo que no fue. Como está vallado rodeamos la alambrada y seguimos por el cauce del arroyo. Por la derecha encontramos una pista que es la que baja desde el collado de la Cruz de Juan Nuñez. Es justo en este punto donde la ruta podemos tomarla por dos caminos distintos. Si seguimos esta pista que hemos visto por la derecha enseguida encontramos un nuevo cortijo. Un poco más arriba de esta pista se aparta otra que se mete por la solana de los romeros y antes de llegar a un bonito cortijo, comienza a ser vereda. Por esta vereda continuamos y después de atravesar una suave y bonita ladera que da al sol de la tarde y por eso es solana repleta de muchos romeros, damos vista al Prao Maguillo. Al llegar al final, unas alambradas nos cortan el paso y por aquí se ve otra pista. Si nos venimos para la izquierda, encontramos otro carril que es el que cruza el arroyo por la pasá del Maguillo, remonta y va a dar a la misma cascada de Chorrogil.

Si nos vamos por la derecha enseguida la pista mejora mucho. Siguiéndola vamos a salir a la carretera asfaltada. Desde aquí sólo tendremos que continuar unos metros y caer al muro del Embalse de Aguascebas. Esta ruta es una de las dos posibilidades que encontramos,

como ya dije, justo por el camping de las Castañetas. Y como ya la hemos descrito y recorrido, volvemos al punto de las dos posibilidades y recorremos la que ha quedado en espera. Es, para mí, mucho más bonita que la primera aunque las dos son hermosas y llevan al mismo final. En realidad, esta segunda posibilidad es la que sostiene a la ruta principal.

Pues desde esta casa del camping, seguimos arroyo abajo, tropezamos con las ruinas de unas tapuelas, una gran llanura junto al arroyo, otros cortijos y enseguida la pista que antes vimos un poco más arriba. La seguimos, cruzamos una llanura, el cauce de otro arroyo, este es el verdadero fuente del Tejo, remontamos una cuestecilla y salimos a un collado. Por la derecha se nos presenta un cortijo. Está habitado por personas de fuera de estas sierras. Seguimos la pista y al llegar al siguiente arroyo, el que baja de la morra de Chorrogil, lo cruzamos y remontamos por las tierras buenas de este precioso poyo. Porque sin darnos cuenta nos hemos encajado casi en el centro de la umbría que se enfrenta a la solana que antes describía. Avanzamos por un poyo muy bonito remontando sin mucha dificultad y al llegar a un portillo, por la derecha, una senda se cuela por él y cae desde el poyo para la umbría que decíamos.

Sólo tenemos que seguirla, recorre toda la espesura de esta umbría casi llana. Pasa por un copioso manantial que brota en una vaguada, sigue y al final de la umbría, se nos presenta un collado. En realidad estamos en el puntal donde también se abre el collado de Prao Maguillo pero bastante elevado hacia la morra de Chorrogil. Sólo en este punto, dejamos la senda, ahora ya muy perdida y caemos rectos al collado que nos queda por la derecha. La figura de un cortijo a cada lado, nos sirven de referencias aunque no hay pérdida ninguna. Una vez en el collado, sólo tenemos que seguir la pista de tierra que sube desde el barranco que tenemos al frente, el de río Aguascebas Chico. Baja muy cómoda, llega al arroyo donde le construyeron un puente con un gran tubo de chapa y aquí, por la izquierda, se aparta una senda pequeña. Sube a la grandiosa cascada de Chorrogil que la tenemos a sólo unos metros. La senda nos lleva hasta los mismos pies de esta cascada que a su vez, también tiene sus buitreras correspondientes.

Una vez gozada la cascada continuamos por la pista, ya sin posibilidad de pérdida y después de remontar a un collado, recorremos una llanura y algo más adelante, salimos a la carretera asfaltada que atraviesa esta gran sierra. Lo hacemos justo al collado Caracho donde pusieron un panel informativo para que los turistas recorran la ruta que acabamos de hacer, en dirección opuesta y desde un punto muy lejano a lo que se indica en dicho panel. Nosotros habremos recorrido unos siete kilómetros y el tiempo invertido habrá sido de unas dos horas poco más o menos. Ahora comprobaremos que la dificultad también es poquísima. Pero digo, para rematar, que yo que hice esta ruta, quedé hondamente satisfecho por la belleza de los paisajes que recorre, la abundancia de agua y la posibilidad de

calar un poco más en el mundo que aquellos serranos tenían montado por estos rincones. Me gustó mucho y por eso la he dejado escrita, como recuerdo y para que se conozcan otras posibilidades por estos rincones.

El pastor de las montañas

Aspirando el aroma de la hierba verde y sintiendo el beso de la mañana limpia, se pasó el día por las praderas que miran al río. Y cuando caía la tarde, para sí, se dijo: “Mañana, bajaré por la senda que recorre la umbría hasta el final. Llegaré a la junta de los arroyos y luego me vendré por la solana y subiré a las tierras del valle alto”. Esto se decía porque hacía mucho tiempo que no había visto el paraje de la junta de los arroyos. El rincón oculto en la sierra profunda que encierra la suma de todas las bellezas de la Creación entera.

Pero el pastor, cuando cayó la noche, se envolvió en su manta y en la covacha del roble viejo se acurrucó en su alma. Lo abrazó la sombra y la luz de la luna y al frío viento, durmió como un rey toda la noche de un tirón. Cuando amaneció, al día siguiente, salió de su cueva. Saludó al sol que empezaba a salir por lo alto de las cumbres y durante un rato, de pie estuvo quieto frente al verde de las praderas, gozando de su luz y del aroma que ellas manaban. A los que habían llegado de la ciudad y celebraban fiesta con buena comida, los sintió y hasta los vio por la llanura que pega al camino. No tuvo envidia.

Cogió el pastor y, cargando con su zurró, por la senda, no la que recorre la umbría sino la que remonta por la solana de los romeros, se puso a subir. Rozó el manantial de las aguas claras, rodeó el barranco de los bujes espesos y al llegar a la cañada ancha, como ya el sol calentaba bien, detuvo sus pasos. Escuchó atento y captó el balido de sus ovejas por los poyos de la lancha verde. Observó concentrado y al poco las vio sobre las repisas de las tierras llanas de los robles. Pastaban en su armonía al sol de la mañana y como en su corazón sintió la paz, buscó el rellano de la cañada y en el suelo se tumbó. Donde la tierra dibuja como una cuna tapizada de fina hierba.

Estiró sus brazos en forma de cruz, estiró sus piernas y derramó sus espaldas sobre la hermana tierra. Y el pastor de las montañas, el de los ojos claros y el alma vuelo de golondrina, se dejó diluir en el hondo silencio de la mañana, el limpio beso del sol y el sincero abrazo de la soledad sonora que manaban los paisajes. Miró despacio a los acantilados que le coronaban y vio la gran belleza de los helechos colgando, los robles meciéndose al viento y la cascada cayendo sin parar. Más arriba, el cielo era azul y más abajo, la sinfonía que surgía del arroyo, era dulce.

Y estando en esta postura y sueño, el pastor, sintió corriendo por su alma y cuerpo la placentera sensación de la armonía con Dios, los paisajes y consigo. En su mente se le amontonó la dicha y para sí se dijo: “Grandes

cosas y placeres exuberantes existirán en este mundo pero sensación tan limpia, redonda y elevada como la que ahora mismo experimento, no creo que ser humano pueda gustarla nunca bajo el sol". Y en su sueño de luz y paz, aspirando el aroma de la hierba verde y sintiendo el beso de la mañana limpia, siguió el pastor.

43- Collado del Pocico, la Tejea, buitreras de Gil Cobo, cueva del Agua

Paseo al rincón de las cascadas y cueva del Agua
Distancia aproximada: 6 k.
Desnivel aproximado : 400 mt.
Tiempo aproximado : 5 horas andando.
Camino: vereda muy borrada y sin ella.

Esta ruta es una de las más bonitas, al menos para mí, que se puedan trazar por las sierras de las Villas. Varios nombres hay por aquí y todos muy bonitos y significativos pero para dejar encerrado todo el barranco que va a recorrer esta ruta, podría servirnos el topónimo de La Umbría del Zarzalar. Este nombre podría abarcar todo el precioso barranco del primer arroyo hasta cuando se junta con el Gil Cobo, el del Zarzalar con su cortijo, huertas, veredas y nogueras. El segundo barranco es propiamente el de la cueva del Agua, también con sus cortijos, huertas y veredas.

En el mismo collado del Pocico, diminutivo de pozo, arranca el recorrido. Por el arroyo y barranco del Zarzalar, que nace ahí mismo y junto a las ruinas de una casa, un manantial y varios árboles frutales, trazamos el recorrido empezando a descender. No hay camino porque todo este barranco hasta donde se funde con el del arroyo de Gil Cobo, fue casi una pura huerta. Las personas que vivían en un cortijo que encontraremos ya a mitad del barranco, roturaban todas estas tierras, las sembraban de todo tipo de hortalizas, cereales y árboles frutales y por eso se encuentran todavía lleno de bancales.

Así que pasando por aquí y por allá y saltando de un bancal a otro llegamos a las ruinas del cortijo antes anunciando. Se llama del Zarzalar y ahí mismo hay varias nogueras grandes, muchas parras engarbadas por entre las ramas de gigantescas encinas, dos o tres higueras de frutos exquisitos y muchos ciruelos. En el otoño, de todos estos árboles se pueden coger toda la fruta que queramos. Están casi asilvestradas pero sigue siendo de la mejor calidad.
- Pues por donde el surco de ese arroyo entre la cascada del Zarzalar y los llanos de los álamos, hay una cerca botánico.
- ¿Por alguna razón especial?
- Es el único sitio en todo el Parque Natural donde se crían varias especies

de abedules. En ese rincón y en la cueva del Agua de Poyotello. Y te estoy diciendo cosas que casi nadie sabe.
- De todos modos, estas cosas empiezan a ser importantes cuando alguien las sabes y las puede gozar.

Unas sendillas de animales nos sigue sirviendo hasta bajar al arroyo principal. Lo cruza por un vado muy bonito. Puente Tijera le llaman los serranos que por aquí siempre vivieron aunque no haya puente. Era el paso que ellos usaban para cruzar este cauce que en ocasiones, bajaba muy crecido. Justo en este punto, al lado de arriba nos queda una de las cascadas más fina y delicada que he visto en toda la sierra de este parque natural. Se puede llegar a ella por el lado de la solana y remontando por donde se pueda ya que no existe senda. Si la hubo en otros tiempos se ha perdido porque hoy ¿quién anda por estos riscales? Queda justo debajo mismo de las buitreras que existe en las paredes rocosas que a un lado y otro nos sobrepasan. Si decidimos subir a estas cascadas, con mucha dificultad, según vamos remontando nos tropezaremos con una vieja senda que desde un barranco a otro, atraviesa este arroyo. Es la que usaban las personas que vivían por aquí en aquellos tiempos para moverse por estos rincones. Pero esta senda está rota por completo y comida por las zarzas, los romeros y los bujes.

Desde este punto de la cascada y las buitreras tenemos dos opciones. Podemos seguir atravesando la ladera que se derrama por debajo de las paredes donde están las buitreras de la solana y remontar hasta un precioso collado. Antes de coronar, por la izquierda se nos quedan las ruinas de una tiná. En el surco del arroyo que por aquí baja, crecen parras, ciruelos, encinas y algunos fresnos. Una vez en lo alto de este voladero, salimos a una preciosa llanura, cañada muy suave y con poca vegetación. Si nos vamos por esta cañada, podemos rodear un rocoso pico que nos quedará por la derecha y después de varias navas, salimos a las ruinas del cortijo Los poyos de Gil Cobo. Desde aquí, siempre por el lado de arriba, tenemos la carretera a sólo unos cientos de metros.

Si optamos por la otra opción, para mí la más bonita, volvemos por los mismos pasos, subimos por el barranco del Zarzal hasta llegar a las ruinas del cortijo con este nombre, ya lo hemos visto cuando bajábamos, y en estas ruinas nos venimos para el lado de la derecha, en la dirección en que corre el arroyo principal. Por aquí va una vereda que metida por debajo de una agreste pared rocosa y alzada a media ladera sobre el arroyo, busca la hondonada del barranco gemelo del Zarzal. Barranco de la cueva del Agua es como se llama este segundo y lo mismo las ruinas de los dos cortijos que en el centro de este precioso barranco encontraremos. Aunque también se les conoce por el cortijo del Nano y el de la tía Victoriana. La cueva del Agua se encuentra en lo hondo, pegado mismo al arroyo principal y es muy bonita. Tiene difícil acceso si no se conoce el camino. Antes de que trazaran por aquí la carretera de asfalto que ahora conocemos, un camino de herradura venía

por este arroyo y siguiendo el curso de las aguas se iba hacia el río Aguascebas Grande por el barranco de Bardazoso. El punto donde ambos cauces se junta se llama la Herradura.

Siguiendo la senda antes mencionada, surcamos la ladera y en poco rato nos encajamos en las tierras que fueron hortales de estos dos últimos cortijos. Ciruelos, higueras, parras y algunos álamos crecen por aquí. Mana aquí mismo una bonita fuente que tampoco se seca en verano y ni siquiera en los años más secos. Creo que se llama fuente de la Puerca. En el otoño del 99 que es cuando yo hice este recorrido tenía su buen chorrillo de agua pero no me gustó mucho ver lo que vi. Desde el manantial, en lo más alto del barranco, habían puesto un tubo de plástico y en un rellano a cien metros más abajo, había instalado seis o siete bañaras de las que usamos los humanos en nuestros cuartos de baño, las había pintado de verde y en ellas derramaban el chorrillo de agua. Comprendí enseguida que era para que los animales silvestres bebieran agua pero también comprendí que los animales silvestres tenían mucha agua por todos aquellos arroyos y por eso ni se acercaban a las bañaras. Además, eran feísimas en el centro de aquel tan salvaje y precioso espacio natural. ¡Qué poco gusto y respeto habían tenido los que aquellos cacharros habían puesto por allí!

Pues desde este punto, sube una senda, ya muy rota pero que si se busca se puede andar y después de remontar por entre unas paredes rocosas, trazando zigzags casi de juguete, corona al collado del Pocico, justo donde arrancábamos el recorrido seis o siete horas antes. La belleza del rincón merece un recorrido pausado para sentirlo y gustarlo hondamente. Pienso como otros muchos que los paisajes de este parque natural son para que nuestras almas beban belleza y se trasciendan todo lo que tengan necesidad y no para comercial turísticamente con ellos y convertirlos en puros elementos de interese monetarios.

La vegetación que por la zona se puede observar son los bujes, el romero, algunos arces, pinos negrales, encinas, cornicabras, lentiscos, torviscos, violetas de Cazorla, peonías, algunos tejos que se refugian en los surcos de los arroyos, muchos fresnos, majuelos y zarzas. Los árboles frutales ya los he dicho antes.

Cortijo de la cueva del Agua, de la tía Victoria o del Nano, cortijo del Zarzalar, de la tía Baldomera, Cueva del Agua, arroyo de Gil Cobo, cortijo de los poyos de Gil Cobo más conocido por el de Gregorio, poyo de la Arena, frente al cortijo cueva del Agua y cortijo Zarzalar.

44- Collado del Pocico, las Morrillas, cortijo del raso de la Escalera, collado del Raso

Por la luz de las cumbres
Distancia aproximada: 3 k.
Desnivel aproximado : 50 m.
Tiempo aproximado : 45 mt. Andando**.**
Camino: campos a través y por vieja vereda.

La experiencia la viví el día 11 de diciembre de 1999. Las Morrillas, nombre de los paisajes por donde discurre esta ruta, estaban cubiertas de una espesa niebla. Apenas me dejaba ver pero siguiendo la dirección del collado del raso de la Escalera fui a salir justo a este punto, tomé la pista que por el collado sube desde el cortijo de la Traviesa y bajé al cortijo del raso de la Escalera. El pastor Pablo había salido el día anterior de vereda con sus ovejas hacia Santisteban del Puerto. En el cortijo del Raso sólo estaba Paqui, su mujer y el padre de ésta, Eladio. Eran las once de la mañana y dormía todavía.

Lo llamó su hija y nos sentamos al calor de la lumbre que ardía acogedoramente. Mientras empezábamos a repasar los nombres y recuerdos de los cortijos y sitios, su hija preparó el desayuno. Para el padre un buen vaso de leche y para mí, un buen trozo de jamón, chorizo de la matanza que había hecho unas semanas antes, salchichón, queso y tocino. Sólo corté un buen trozo de chorizo, lo asé en las ascuas de la lumbre y me lo comí con un trozo de pan y con la navaja que ellos usan para este menester. El chorizo estaba muy rico y más, asado en las ascuas de leña. Este día era sábado y el lunes ya se bajaban con todos los bártulos a la dehesa donde pasarían el invierno. Es lo que, desde tiempos lejanos, siempre han hecho todos aquellos pastores que pueblan las sierras de este parque natural. Los inviernos por estas cumbres son muy duros para ellos y sus animales y más si las nieves son abundantes.

Paqui me contó que la nevada que había caído unas semanas antes, bien que la recordaba yo, les había cogido precisamente con la matanza. Las ovejas las tenían por las partes altas de la sierra y como la nieve cubrió tanto, hasta los tres días no pudieron subir a donde estaban. Cuando las encontraron, descubrieron que se habían dividido en cuatro o cinco piquetes distintos. Cada manada andaba a su aire por lugares diferente y lo verdaderamente penoso fue encontrarlas a todas y volverlas a reunir en un sólo rebaño. Fue penoso de verdad y tardaron varios días en los que recorrieron toda la sierra buscándolas. Cuatro no las habían encontrado todavía este sábado que estuve en su cortijo. Es probable que no las vuelvan a encontrar nunca más porque ahora se vienen a Sierra Morena y después de todo el invierno solas por estas sierras, sabe Dios lo que les puede pasar.

Las ovejas así como las cabras domésticas, se las saben arreglar para sobre vivir por las cumbres de estas sierras pero muchas veces ellas se desorientan y se despeñan. Quizá los buitres den buena cuenta de ellas. En otros tiempos, hubieran sido los lobos, desaparecidos de estas sierras sobre el año 1950.

Así que esta pequeña ruta, en cuanto a distancia pero grande en cuanto a vivencias y emociones, fue y para siempre será, de un atractivo singular. Una vez más tuve la oportunidad de vivir en directo las cosas y realidades de los pastores de estas sierras y en esta ocasión, en la fecha que más me atrae. Lo de la vereda, trashumancia de pastores, tiene una magia especial aunque para ellos siga siendo dura por los fríos y las privaciones que pasan. En la pormenorización de la ruta que a continuación voy a describir, contaré en detalle, otros los encuentros de este gran día y el valor que para mí tuvieron.

La ruta

Comienza en el collado del Pocico, remonta hasta las partes altas de las Morrillas, discurre por preciosas llanuras, paisajes rocosos, pinares y espesos bujes, vuelca para el collado del raso de la Escalera, desciende por la pista hasta el cortijo con este nombre, remonta otra vez al collado del Raso, sube al Morro del Tocino, cae por la cañada, se encuentra con la carretera asfaltada y siguiéndola, vuelve otra vez al mismo collado del Pocico. En total, y haciéndola sin prisa, se puede invertir una mañana entera. Merece la pena para gozar y meter dentro la enorme belleza de los paisajes, la paz que brota de estos campos y el esplendor de las panorámicas. Si se hace en primavera, lo más emocionantes serán las delicadas praderas repletas de hierba y la frescura de la vegetación. La describo a continuación.

Son las diez de la mañana del día once de diciembre de mil novecientos noventa y nueve. No queda mucho para final de año, que en esta ocasión, es también final del siglo. Bien que lo recuerdan todos los medios de información. No me importa ni interesa demasiado tal asunto. Voy a recorrer las morras que van desde el collado del Pocico hasta el collado del raso de la Escalera.

Hoy amanece un día densamente nublado. Nubes altas por la Loma de Úbeda y valle del Guadalquivir pero nubes en forma de nieblas espesas, por las cumbres de estas sierras. El suelo me lo encuentro chorreando. Se ve que ha llovido no hace mucho. El musgo me lo encuentro reventando de verde. En su mejor momento porque además, por estas fechas son los días más cortos del año. Desde la misma fuente del collado del Pocico, una construcción de ladridos, cemento y cal que hicieron por aquí, con su pilar y caño de hierro que casi nunca echa agua, se remonta muy bien hacia las partes altas. Siguiendo una leve hondonada que desde la fuente sube, me voy elevando rápidamente.

La vegetación que me encuentro por aquí son pinos repoblados, cambrones, piornos, espinos, alguna sabina, tomillos y enebros. Por entre los tomillos todavía me encuentro alguna seta. Son negras y en algo se parecen a las de cardo aunque sé que no lo son. Rufina me decía el otro día que las setas de los tomillos también se comen y están exquisitas. Nunca me las he comido y ahora que las veo me acuerdo de lo que ella me decía. A unos cien metros del comienzo me vengo por la hondonada, para un pequeño puntal que me rebosa por la izquierda. Por él se remonta bien aunque la inclinación es mucha. Al final, en lo poco que me deja ver la niebla, ya estoy descubriendo algunas paredes rocosas que tendré que rebasar. Sobre este puntal me encuentro muchas piedras blancas, las calizas, sueltas y entre ellas creciendo los olorosos tomillos y los piornos. Son ya paisajes de alta montaña. Voy por la curva de nivel que supera los mil cuatrocientos metros.

Me vengo más para la derecha sin dejar de remontar, paralelo a la carretera y hacia el cortijo de la Traviesa. Ya he remontado mucho y por eso la pendiente se me va presentando más dura. Pero ya dije que por aquí se remonta con bastante facilidad. Este terreno está muy trillado por las ovejas y por eso lo tienen sembrado de pequeñas veredas. Siguiéndolas se anda bien. Por la derecha se me va presentando un morro rocoso. Creo que no me va a ser fácil remontarlo pero como me acerco sin dejarlo de observa, descubro que por la cara que mira para el barranco del Zarzalar, siguiendo las sendillas de los animales, se corona sin problema alguno.

Ya que casi he coronado me vuelvo para la derecha, que es por donde espero encontrarme con las llanuras que sueño por entre estas morras. Y es así. No tardo en encontrarme un paisaje llano. Rocoso, con muchos piornos, una pequeña hoya y su hierba. Esta zona, una vez remontada la ladera, es toda llana. Con muchas hoyas que se van alternando entre morretes. Crece por aquí la árnica. Son muy bonitas estas llanuras de las cumbres entre collado y collado. El del Pocico y el del raso de la Escalera. Por aquí nacen algunos de los arroyuelos que, por el Prao de los Chopos, se funden con el de la fuente del Tejo. La espesa niebla no me deja ver, en toda su grandeza, la belleza de estas llanuras y cumbres pero me hago una idea con lo poco que tengo ante mis ojos. Me gustan y satisfacen hondamente los paisajes que por rincón estoy encontrando.

Avanzo, siguiendo las sendillas de los animales y no dejo de irme dirección al collado del raso de la Escalera. Sé que toda esta altura ni tiene gran extensión ni presenta dificulta para perderse aunque el día esté tan cerrado en niebla como el de hoy. Por estas hoyas y llanuras ahora me voy encontrando con muchos espinos, sabinas y enebros pero lo que más abundan son los bujes. De vez en cuando me tropiezo con algún quejigo que hoy no tiene hojas. El otoño se las ha llevado por delante.

Me voy volcando más para el lado de la fuente del Pino. Ya que he atravesado una ancha llanura y he andando un buen trecho en dirección al collado del raso de la Escalera, me vengo otra vez para la izquierda. Quiero terminar de remontar el morro que se me presenta al frente. En todo lo alto me encuentro con un redondel de tierra muy llana y tapizada de verde hierba. Dos mojones de piedra me dicen que estoy entre dos lindes. No términos municipales porque por este punto no hay términos. Deben ser lindes de terrenos. Toda esta tierra pertenece al pueblo de Villacarrillo. Al verme, los arrendajos levantan vuelo y se alejan dejando la mañana teñida de sus gritos. Remontado en lo más alto de uno de los morros que más se eleva por estas alturas, me digo que si hoy no hubiera niebla, desde aquí, seguro que tendría una preciosa visión sobre una buena extensión de terreno. Me gustaría porque ya conozco bien todos los paisajes que me rodean. Pero la niebla me dificulta esta visión. Sin ella, tendría una visión muy completa y hermosa hacia todos los puntos de la sierra. Especialmente hacia el barranco de Gil Cobo, que es el más próximo y espectacular, todas las cumbres del Aguascebas Alto y las cordilleras que le coronan.

Sigo hacia el collado que voy buscando. Bajo desde el morro y me oriento para el lado que me interesa. Y lo que ya venía intuyendo: se baja muy suavemente de una hoya a otra por entre bujes, rocas calizas, veredas de animales y rodales de hierba fresca. Estas tierras, por lo que voy descubriendo, la sembraban ellos en aquellos tiempos. Hay por aquí sabinas, zamarrillas, tomillos y la Arenaria tetraquetra. Caigo a un pequeño collado y otra vez remonto sin gran dificultad. Es lo que propiamente es toda esta cumbre: una sementera de morretes y hondonadas menores que se van relevando sin brusquedad y entre una belleza que asombra.

Me vengo por el lado derecho siguiendo una senda de ovejas. Se remonta muy bien pero ahora lo que me encuentro son unos paisajes de pura roca blanca. Sólo algunos pinos y sabinas nacidos en las grietas de estas rocas y de pronto, por entre la niebla y a dos pasos de mí, un portillo que da paso hacia la otra vertiente. La que cae para el collado del raso de la Escalera que es el que busco. Dos gruesos bloques de rocas casi iguales, me escoltan por los lados mientras voy recorriendo este precioso portillo. La tierra que el portillo o trinchera tiene es de una calidad excelente. Es como si hubiera sido echo por la mano de los hombres de tan bonito y perfecto. Una curiosa trinchera para que se pueda pasar cómodamente. Salgo a otra llanura donde crece un pino.

Compruebo que este punto está mucho más elevado. Es un majal de ovejas. Donde las ovejas se junta por las noches para dormir. Ya he dicho en otros lugares que a las ovejas les gusta dormir en las partes más altas de las cumbres. Por las noches se suben a ellas y donde hay rocas y al socaire de los vientos, se acuestan. A estos puntos los pastores llaman majadas. Hay por aquí una tierra muy buena pero lo que más me encuentro son cagarrutas

de las ovejas que por aquí han dormido este verano. Con toda seguridad que serán las del pastor del cortijo del raso de la Escalera o la del la Majal de la Carrasca. Los dos me quedan cerca de estos puntos.

Sigo una senda de amilanes, por lo más alto de una cuerda. A un lado y otro, en lo poco que me deja ver la niebla, puedo observar varios morros no muy altos ni grandes. La pura roca sigue presente y sólo de trecho en trecho aparecen algunos puñados de tierra buena. La hierba se instala en ella con la fuerza de lo virgen y sano. Si la niebla se levantara tendría una visión mucho más completa que la que voy observando. Pero aun así el rincón me lo encuentro muy bonito. Como todos los paisajes de estas sierras sin que ninguno sea igual al otro y este mucho menos. Se anda muy bien por estas alturas. Otra lomilla con sus piedras sueltas, muchas cagarrutas de las ovejas y hasta las camas donde duermen.

Al final de esta lomilla como si se acabaran las sendas porque la altura que vengo recorriendo se termina. Ahora caen mucho más en picado y esto me indica que el collado que vengo buscando, aunque no puedo verlo por la niebla, creo que no lo tengo muy lejos. Voy a descender desde la curva de nivel que queda dentro de los mil cuatrocientos metros hasta estos mil cuatrocientos metros y menos. El collado se encuentra por encima de los metros dichos. Me encuentro con rocas que tienen calcita. Esto me indica que en otros tiempos por aquí hubo corrientes de agua. La calcita se forma a partir de los minerales que llevan disuelto las aguas que corren. La tierra está muy empapada. Casi manando agua.

Otro pequeño collado donde la tierra es buena pero en escasa cantidad. Hay muchos pinos y bujes. Una hoya donde los bujes son altísimos y espesos. Un gran paraje que seguro tomaran muy bien las ovejas por la buena hierba que da. Es realmente bello este paraje en un día como el de hoy. Se cierra esto por completo. En un día como el de hoy, andar por este paraje y sin visibilidad ninguna, pues tiene su riego sino se conoce la sierra y se posea un buen sentido de la orientación. Me vengo otra vez para la izquierda siguiendo una amplia senda de animales. Remonto de nuevo cuando ya me creía que todo iba a ser bajada. La senda que ahora voy siguiendo me parece como si fuera de verdad una de las que en aquellos tiempos ellos trazaban por estas sierras para recorrerlas. Ahora recuerdo que una senda de aquellas subía por donde ahora se encuentra el cortijo de la Traviesa, cruzaba por el collado que voy buscando y en este punto se dividía para la fuente del Tejo, llanuras de Jabalcaballo y para el lado de la nava de Rico o mejor, para el collado de la Cruz de Juan Nuñez.

Salgo a otro nuevo collado, entre morras menores sobre estas cumbres y una llanura me acoge. Mucha árnica, zamarrilla, gamonitos y sabinas. Algunos pinos sueltos y los bujes son más claros. Por el centro de este collado vuelvo para el raso de la Escalera. En estos morros otra vez majadas

de ovejas. En cuanto avanzo por esta vertiente ahora bajando la ladera se inclina mucho. Bajando un poco me encuentro con otra llanura. Siento el canto de un gallo y esto me indica que no estoy ni perdido ni lejos de alguno de los dos cortijos que por aquí sé hay. ¿Será el del raso y la majá de la Carrasca? Me animo y según sigo descendiendo me voy encontrando con hondonadas menores que se enganchan en la ladera en forma de repisas bastante separadas unas de otras.

Me vengo más para la izquierda despegándome de un surco de arroyo que por aquí empieza a fraguarse y otra vez una suave loma que viene cayendo desde lo más alto hacia el collado. Tiene muchas piedras sueltas, la tierra, a rodales por entre estas piedras y sin apenas vegetación. Es muy fácil de andar. Antes de caer sobre las tierras del collado me encuentro otra hoya repleta de hierba. Sigo viniéndome para la derecha pero sin dejar de caer para el collado. El canto del gallo me llega ahora mucho más claro. Intuyo que en cualquier momento me voy a encontrar con el carril de tierra que viene hasta el cortijo de raso de la Escalera. Pero antes de hallarlo llego a la última hoya que ya había anunciado. Es muy bonita. Descubro que por aquí se forman como dolinas y la tierra es mucho más llana. Me vengo ahora para el lado de donde me llega el canto del gallo.

Estos paisajes se parecen mucho al de los Campos de Hernán Pelea. Tierra llana, con muchas piedras, dolinas y hoyas donde crece la hierba. Nada más dejar atrás la hoya que tanto me gusta ante mis ojos tengo el verdadero raso de la Escalera. He venido a salir justo a este raso que por primera vez en mi vida veo. Es un paraje muy amplio, despejado por completo de vegetación y con mucha hierba tapando todo el suelo. Por donde yo le voy llegando sí tiene muchas rocas y algo de vegetación pero por el lado de la hoya de la Zamarrilla, es pura tierra con su tapiz de hierba. Miro mi reloj y descubro que son las once menos veinte. Es poco el tiempo que se tarda desde el collado del Pocico a este otro collado llamado del raso de la Escalera y sin saber el camino más corto e impedido por la niebla.

Al llegar al collado me encuentro con la pista de tierra que venía buscando. Es la que viene al cortijo del Raso. Exactamente es un ramal que se aparta de la que llega hasta el cortijo y por el centro del raso de la Escalera se mete para volcar hacia la vertiente del cortijo de la Traviesa. Me vengo para la derecha y avanzo hacia el cortijo donde estoy sintiendo cantar el gallo. Se está levantando la niebla y ahora compruebo que el paraje es precioso. La tierra del collado, cayendo un poco para el lado del cortijo del Raso, se me presenta llana, llana. Como si hubiera servido de era pero no lo fue porque la extensión es mucho más que la de una era. Por el lado de arriba, por donde yo he llegado, le hicieron una reguera para que el agua que manaba de la otra tierra del collado no encharcara la llanura que se parece a una era. Eso me indica que ellos sembraban estas tierras y lo encuentro lógico por lo buenas que son.

Se abre más la niebla y me deja ver mucho. Sobre un pequeño roble antes del cortijo me saludan ocho o diez pajarillos. En un día como el de hoy ellos tendrán dificultad para encontrar alimento y calentarse porque el sol no sale. A unos cincuenta metros me encuentro con el buen carril. El que viene por el collado de la Cruz de Juan Nuñez hasta el cortijo del raso de la Escalera. También ya descubro el tejado del cortijo del Raso. Ahora canta otra vez el gallo y lo puedo distinguir con toda claridad. Ya estoy salvado sin que antes estuviera perdido pero estoy salvado porque veo con claridad el objetivo que venía buscando.

En la misma fuente del collado del Pocico me encontré un papel puesto sobre el tronco de un árbol donde he podido leer que los pastores de estas sierras se irían de aquí a Sierra Morena sobre el día ocho de diciembre. A partir de esas fechas se podría cazar con perros y no antes porque había ovejas. Esto me dice que con toda probabilidad los pastores del cortijo que busco hoy ya no estarán aquí. Pero como oigo cantar gallos, pues seguro que alguien habrá en el cortijo.

En una curva se aparta la pista que cruza por el collado atrás mencionado varias veces. Baja un poco para una hoya y mientras avanzo voy viendo el cortijo. Por la chimenea sale una hebra de humo. La llanura que ahora recorro tiene mucha hierba. Se ve que ha llovido reciente porque junto a la pista me encuentro charcos remansados. A unos cien metros del cortijo siento barrer el cemento que hay en la misma entrada y al mirar veo a Paqui, la mujer de Pablo. Ella no me ha visto porque voy llegando por la parte de atrás y me tapa el cortijo. Me paro un momento y ahora descubro que desde este punto hasta el collado del Raso no habrás más de doscientos metros. Creí que las distancias iban a ser mayores. Me acerco y una perra que está recién parida me quiere comer. No le hago caso y en cuanto estoy en la misma puerta del cortijo saludo a Paqui. Le pregunto y me dice que ayer mismo salieron con las ovejas caminos de Sierra Morena.
- Esta noche ha dormido en Mogón.

Llama a su padre que todavía está durmiendo. Como los pastores se han ido y hasta que no lleguen a las dehesas no podrá irse ella con todos los enseres, su padre se ha venido con ella para darle compañía. Pero me dice que pasado mañana mismo viene con un camión a por ella y los muebles. Tarda un rato en levantarse su padre y mientras lo voy esperando me siento alegre porque pienso que su padre, hombre mayor y criado en el cortijo de Prao de los Chopos, sí que sabrá y conocerá un montón de socas de estas sierras.

En cuanto se levanta sale a la puerta, me saludo y lo saludo y enseguida la hija nos invitan a que pasemos y nos sentemos frente a la lumbre que en la chimenea arde. Le hacemos caso y ella pone la mesa. Una

sencilla mesa de camilla que acerca a nosotros, sobre ella pone varios platos llenos de todos los productos que salen de la matanza y con un buen pan que amasa ella misma. Nos invita a comer y mientras el padre se bebe su vaso de leche yo corto un trozo de chorizo, lo pongo sobre las brasa y ya que está asado, lo sujeto en el pan y me lo como. Mientras tanto que desayunamos uno y otro ella nos da compañía y él no deja de contarme nombres de sitio, cortijos y personas. Se acuerda de todo. Nació en la tapuela que ahora se desmorona cerca del camping de las Castañetas y como se crío y toda su vida vivió por aquí, lo sabe todo. Me siento muy feliz porque esto es una de las cosas que más me gusta cuando vengo por estas sierras: encontrarme con serranos de verdad y charlar con ellos para que me cuenten lo que sólo ellos saben.

Desde las once de la mañana hasta la una del día estoy con ellos y en todo el rato no ha dejado de contarme cosas. ¡Qué satisfacción para mí y cuánto he aprendido hoy de estos lugares! Por fin le digo que ya me voy.
- Tengo que seguir con la ruta que hoy había planeado.
Lo comprende y nos levantamos. Salen a la puerta y mientras los voy despidiendo me dicen que vuelva.
- Dentro de unos días estamos en la dehesa por Santisteban del Puerto. Vaya usted por allí cuando quiera.
Le digo que sí, le hago un par de fotos para recordar el momento y arranco para recorrer el trozo de ruta que me queda. Mientras me alejo me digo para mí que su cortijo es precioso. Ahora, mientras dure el tiempo de invernada en las dehesas de Sierra Morena, se queda solo. Lo cierran bien y se queda solo. Por las tierras que hay detrás del cortijo pastan algunas cabras. Tiene sus chotos pequeños y por eso las han dejado. Se las llevarán en el camión con los muebles y ellos.

A la una voy remontando ya la pista que corona al collado del Raso. Descubro que hace honor a su nombre porque las tierras son un raso muy amplio. Se han levantado las nieblas. Corono al raso y qué tierra más buena hay aquí. En primavera esto tiene que ser un paraíso. Ha llovido esta misma noche y por eso la tierra está chorreando. Ya lo había dicho. En el mismo centro del collado hay una llanura plana por completo. Sólo una pobre noguera crece por aquí. Se ve que en otros tiempos esto fue una de las mejores labores que por aquí había. Se viene la pista para la izquierda y volcando un poco para el lado de la Traviesa, me encuentro las ruinas de aquel antiguo cortijo. El verdadero del raso de la Escalera. El de Pablo y Paqui lo construyeron después y aunque también se llama de Raso, al que de verdad le correspondía este nombre es al que ahora me encuentro en ruinas. Por las tierras me encuentro muchos cardos cucos secos y una pequeña laguna. Cuando llueve mucho las aguas se quedan estancadas en las tierras llanas de este raso.

Me vengo para la derecha y por entre las rocas me acerco a las ruinas

del cortijo. Aunque está en ruinas se ve que fue muy grande. Nada más llegar descubro que cerca del cortijo crecían varios árboles que ahora están medio secos pero que todavía tienen vida. Son de hojas caducas y por eso me cuesta averiguar qué árboles fueron estos. No son ni membrillos ni granados ni álamos ni parras. Más bien creo que son moreras.

Trashumancia de los pastores
952- Estaba el rincón
sumido en su niebla,
chorreando el musgo,
las hojas y la hierba
y en la fría mañana
de diciembre en la sierra,
estaba en su quietud,
inmensidad serena,
el bosque de los pinos,
el barranco y la hiedra.

Estaban las llanuras
de las morras entre piedras
tapizadas de verde,
sin luz y sin ovejas
porque ayer mañana mismo
salieron de verea
huyendo del invierno
y en busca de dehesas
por zonas más cálidas
y tierras Morenas.
Estaba el rincón
preñado de belleza
y junto al manantial
del collado y escalera
estaba en su hermosura
el cortijo sin ovejas,
perfumado de matanza,
de lumbre y de teas
y estaba el humo blanco
jugando con la niebla
y también como llorando
el silencio y la ausencia
del pastor y la pastora
que se han ido a las dehesas.

En la mañana del día once de diciembre de mil novecientos noventa y nueve, me fui por los parajes de las Morrillas, Sierras de las Villas, por el collado del Pocico. La niebla espesa cubría toda la altura de estos paisajes y

como la humedad era tanta, todo chorreaba. Al llegar al collado del raso de la Escalera me acerqué hasta el cortijo con el mismo nombre. De la chimenea salía una hebra de humo y la mujer del pastor preparaba las cosas para la mudanza. Las ovejas ya habían salido de verea y al día siguiente vendrían a por ella. Como todos los años, se bajaban a las dehesas de Sierra Morena a invernar con su ganado y así librarse de las nieves por las cumbres de la Sierra de las Villas. Me atendió el padre de la pastora y durante rato estuvimos charlando de cosas sentados frente a la lumbre y tomando unas tapas de chorizo asado. Unas semanas antes habían hecho la matanza.

45-cortijo del raso de la Escalera, la Escalera, fuente del Tejo, collado del Muerto, morra de los Cerezos

Al balcón grandioso
Distancia aproximada: 6 k.
Desnivel aproximado : 400 m.
Tiempo aproximado : 5 h. andando.
Camino: campo a través y por vieja vereda.

Esta ruta fue recorrida por mí el día 5-2-2000. Era sábado, no hacía frío ninguno, el cielo estaba despejado por completo, todo azul con sólo algunas nubes blancas muy diluidas y en algunos rincones de las umbrías más altas, había rodales de nieve que más bien eran trozos de hielo. Ya estaban floreciendo los narcisos enanos, las prímulas, los almendros y los cerezos y la tierra, por algunos sitios, era puro barro del hielo que la había levantado y luego se había derretido. La vegetación todavía está quemada del frío de las heladas. Su tono es castaño gris aunque ya quiere teñirse del verde fresco, porque la primavera no está lejos. Ya cantan muchos pajarillos, en las primeras horas de la mañana y hasta las tórtolas arrullan anunciando el rebrote de la vida.

Este día vi cabras monteses sobre las llanuras de la cumbre de la morra de los Cerezos, una libre muy grande que se me levantó de entre los pies en esta misma llanura, varias bandadas de perdices también por las cumbres de esta morra, un hato de cabras domésticas y blancas que pastaban por la vertiente que desde la Morra cae hacia el cortijo del Zarzalar, el de la Golondrina y hasta un mirlo blanco cerca de la majá de la Carrasca.

Pero voy a dar comienzo la descripción de esta ruta. A las diez menos diez llego al cortijo del raso de la Escalera. El del pastor Pablo. Hoy no hay nadie porque como todavía es invierno están en las dehesas de Sierra Morena. Así que el cortijo me lo encuentro cerrado, sumido en su silencio y aunque bonito, sin personas ni animales que le den vida. Junto a la misma cochera de ellos dejo el coche. Me preparo y a las diez en punto arranco con la ruta. Me vengo por la parte de arriba del cortijo porque la alambrada que

ellos tienen montada por aquí me impide cruzar por la puerta. Rodeo esta alambrada y mientras ya voy llenándome de gozo observo como ellos tienen sembrado por aquí hasta un buen rodal de fresas. No las han secado ni las nieves ni los hielos y por eso me las encuentro verdes, con algunas hojas seca pero anunciando su próximo rebrote, con la llegada de la primavera, y su rica cosecha de flores blancas y luego de fresas rojas. Ellos se las comen de postre, con leche o solas y están riquísimas. La tierra donde se crían es de la mejor calidad, el agua con las que las riegan, pura como pocas y hasta las abonan con estiércol de oveja. Lo que hoy se dice: "un producto de primerísima calidad". Suerte que tienen ellos y no nosotros.

Me doy cuenta que en las tierras de este pequeño huerto a sólo tres pasos del cortijo donde viven también se ven algunas calabazas secas. Árboles frutales que ya quieren brotan y se notan los restos de las plantas de tomates que dieron su buen fruto en verano, las de los pimientos, las habichuelas, ajos, cebollas y otras hortalizas. Ellos viven lejos de las ciudades y los pueblos pero en algunas cosas son ricos como pocos. Pues salto el arroyuelo que por aquí mismo corre y viene desde las tierras del collado del Raso, a sólo unos metros más arriba, me muevo para el lado de la ladera, rozo la piscina que hoy también está en su silencio aunque repleta de agua limpia y dentro de su alambrada. Por el tubo de plástico que viene desde el manantial sale un buen caño de agua cristalina. Remonto pegado al arroyuelo por donde baja casi una pierna de agua y a unos cien metros, por entre los bujes, me encuentro el manantial.

Antes de la fuente otro trozo de tierra cercado que también es huerto ecológico. La fuente es la del raso de la Escalera, de donde ellos se surten de este precioso líquido para todas las necesidades, sus huertos y sus animales. Al manantial le tienen hecho una alberca escarbada en la tierra y en el mismo venero, han construido una arqueta de demento. De ella sale un tubo de plástico que es el que lleva al agua a la fuente que hay en la puerta del cortijo, a los grifos que tienen dentro y a los huertos, tornajos y piscina. Otro tubo de hierro hace las veces de grifo y aquí mismo derrama el agua que sobra. Hoy es mucha porque las nieves acaban de fundirse y el verano todavía no ha llegado.

Busco la senda, creo que debe ir por mi lado izquierda pero como no estoy seguro, me vengo por el lado derecho y comienzo a remontar. Sin gran problema porque aunque la ladera sí está muy inclinada, la pared de rocas que presenta se puede andar bien. Varias veredas de animales me van animando y cuando acuerdo me encajo en todo lo alto. Y en todo este rato, unos quince minutos, no me ha abandonado la sensación de que la senda buena, la que ellos tenían trazada por aquí, sube por el otro lado. Pero me digo que al volver la buscaré desde arriba y la seguiré. Así tengo un camino diferente tanto a la ida como a la vuelta.

En cuanto remonto me encuentro en un paisaje cálido, lleno de muchas sabinas, pequeñas praderas repletas de hierba y al frente, una visión muy completa y bonita de todo el arroyo de este Prao de los Chopos, desde el collado del raso de la Escalera hasta la pasá de Maguillo. Una alambrada de las que algunos llaman “botánica”, me impide seguir en la dirección que quisiera. La han levantado los botánicos para que los animales doméstico no pisen esas tierras y así de este modo observar la evolución de la vegetación en ausencia de depredadores naturales. Creo que este punto donde casi todo recogido dentro de la alambrada tiene por nombre poyo de la Juliana. Ciertamente que las características son las de un poyo. El puntal por donde he remontado es el conocido por el de las Peanas. Como la alambrada me corta el paso natural que llevo en busca de la pista de tierra que ya estoy viendo al frente, me vengo para el lado izquierdo. Siguiendo su borde me encajo en el mismo surco del arroyo y al girar con la alambrada arroyo arriba para la pista, me doy cuenta que por el mismo surco del arroyo sube la vieja senda que intuía y no he seguido. Pero ya he dicho que al volver la recorreré.

Remonto la alambrada y al encajarme en la pista de tierra me vengo con ella para el lado derecho. Si ahora la siguiera, esta es la pista que desde Jabalcaballo viene y sale por la cerrada de San Ginés, iría precisamente a Jabalcaballo. No es el plan que hoy tengo. Pero la sigo y unos metros más adelante, al dar la curva para abajo, la dejo y campo a través, remonto el puntal. Pretendo cortar el arroyo de la fuente del Tejo, el que baja desde el collado del Muerto, en un punto intermedio entre el collado y por donde lo atraviesa la pista. En unos minutos remonto la loma rocosa y cuando vuelco para la primera hondonada que este arroyo tiene algo más abajo del collado, me doy cuenta que me encuentro casi en el centro de un agreste paisaje calizo. Se parece un poco al que existe por cueva Honda y también al Calar de Camarillas, por los Campos de Hernán Pelea.

Pero no me desanimo sino que me entusiasmo. Comienzo a recorrer el difícil lapiaz y en poco rato caigo a varias navas recogidas entre estas rocas pero en la parte más baja de la cañada. Salto de acá para allá buscando las curiosidades que presenta este torcal y me tropiezo con varias cuevas. Una de ella hasta tiene un corral de piedras en la puerta, aprovechando el redondel de tierra buena que la hoya ha recogido por aquí. La descubro un poco y sigo para el lado del arroyo que baja desde el collado.
- ¿Qué cómo se llama ese rincón?
- Es lo que más me interesa.
- Pues a ese lapiaz nosotros de siempre le hemos dicho los Toriles. En esos corrales de piedra natural y las covachas se encerraban las vacas y los toros. En un paisaje muy malo de andar pero da buena hierba en sus hoyas y navas. Así que ya sabes: Los Toriles es el nombre que recoge a todo este rincón rocoso.
El lapiaz es cada vez más difícil de andar y por eso, después de encontrarme con un par de cuevas más y dos o tres corrales naturales entre las rocas, me

dejo caer al surco del arroyo que vengo buscando. Pero ahora no me vengo para la izquierda y remonto el collado sino que bajo por la sendilla que acompaña al pequeño arroyuelo y me encajo en la misma pista de tierra, justo por donde ésta atraviesa el arroyo de la fuente del Tejo.

La sigo con la intención de encontrar el manantial y cuando llego al otro collado, el de la fuente del Tejo o cañá del Avellano, me vuelvo para atrás. Este collado también es conocido, o quizá por lo que más es conocido entre los viejos serranos es con el nombre de collado Morenillo. En algunos mapas, por este punto del collado y volcando para el arroyo de la fuente del Tejo, señalan un par de cortijos. Sé que es una equivocación porque estos cortijos nunca los he visto por aquí y nadie sabe darme razón de ellos. Ni siquiera los serranos más antiguos. Pero quiero asegurarme bien y por eso al llegar al acollado, dejo la pista, me vengo para el lado de abajo y desde el mismo collado, recorro la tierra hasta el corazón de la cañada. No encuentro restos algunos de los cortijos señalados en los mapas. En la otra vertiente, la de la cañá del Avellano, sí hay varios cortijos y algunos todavía en pie pero en esta vertiente, no se ven ni señales.
- Sin embargo, hasta en los mapas más antiguos los he visto marcados.
- Pues por ese punto nunca hubo ni siquiera una tapuela. Siempre fueron tierras de cultivo. Muy buenas tierras donde se criaban riquísimos trigales y otras cosechas.

- Pero antes de la fuente del Tejo, a sólo unos metros del manantial, sí hay unas ruinas que tienen pinta de peguera o algo parecido.
- ¡Claro! Eso fue la calera. Una preciosa y buena calera que hubo ahí. La hicieron junto al manantial para tener el agua cerca. En una calera siempre se necesita el agua y como en esta calera se cocieron casi todas las piedras que dieron cal para la construcción de todos los cortijos que hay por estos alrededores, pues que el manantial estuviera cerca era por completo necesario.
- ¿Entonces al lugar se le podría conocer por la Calera de la fuente del Tejo?
- Es así como se le conocía.
Y ahora ya sé que ellos, además de guardar ovejas, vacas, cabras, labrar tierras para sembrar trigo, maíz y otros cereales, levantaban mereras para destilar las raíces de los enebros y sacar miera. También construía caleras para cocer piedras y sacar la cal necesaria para la construcción de sus cortijos. Ellos sudaban mucho en la lucha con la tierra y ésta les daba casi todo lo que necesitaban para vivir.

Avanzo y en unos metros me tropiezo con la fuente. El caudaloso, limpio y precioso manantial de la fuente del Tejo. Nace en un lugar llano, por la raja de unas rocas que ni siquiera tienen importancia y por una reguera, se va a la alberca que le construyeron unos metros más abajo. Hoy brota por aquí mucha agua. Es tan limpia que sólo el brillo del cielo la tiñe con un inmaculado azul verde que parece seda. El azul se lo regala la pureza de los

cielos de estas montañas. El verde se lo prestan las algas que juegan por la corriente. Entre ellas y las piedras blancas del fondo nadan los renacuajos. Y al verlos me extraño. Todavía hiela por las noches y tanto, que algunas de estas aguas, por las mañanas amanecen heladas y sin embargo, los renacuajos ya han nacido. Tienen que madrugar, adelantarse lo más posible a las estaciones, para que cuando lleguen los calores del verano, ya sean ranas adultas. Por tanta belleza, pureza y abundancia, me siento animado a tomar una parte de ella. Está fresca y ahora recuerdo que mi amigo me tiene dicho:

- El agua de la fuente del Tejo, en pleno mes de agosto y en los días de mayor calor, está fría como la nieve. Metes la mano en ella y no la puedes tener cinco minutos dentro de lo fría que está. Es un agua de la mejor que se puede beber en estas sierras y ya te digo, fresca como si la tuvieras en la nevera.

Por eso me paro, lavo mis manos, bebo, le saco un par de fotos y después de contemplarla despacio, sigo. Recorro el trozo de llanura que me queda hasta donde la pista cruza el arroyo del collado del Muerto y antes de irme arroyo arriba, me entretengo unos minutos en el segundo manantial que por aquí brota. Es mucho menos copioso que el primero pero también aporta su cañico al famoso arroyo. Un roble con tres preciosos pies y casi en el centro de la llanura de esta cañada, reclama mi atención. Es tan bonito que a pesar de la desnudez de sus ramas, su hermosura asombra. Y asombra más cuando recuerdo que estas tierras fueron cultivadas por los serranos que en aquellos tiempos vivían por aquí. El roble estaba en el mismo centro de la llanura. Seguro que les estorbaba y mucho cuando labraban estas tierras y recogían las cosechas de ellas. Entonces ¿por qué no lo cortaron en lugar de respetarlo y dejar que viviera para siempre? Quizá no fueran tan bárbaros, contra la naturaleza, aquellos rústicos serranos y sí lo son los refinados conservadores de estos tiempos modernos.

Así que ahora me despido de la pista y la cañada y arroyuelo arriba me encamino hacia el collado que me corona a sólo un kilómetro poco más o menos. Por el lado izquierdo ahora me va quedando una pared de rocas calizas que por su aspecto, es complicadísimo de andar. Es el lapiaz que hace un rato recorría que se ha recogido por ese lado y conserva su belleza y al mismo tiempo, acritud. Los Toriles, es su nombre, como ya dije antes. Por el lado derecho me va quedando una levantada y larga cuerda que, desde peña Corva, sube hasta la morra de los Cerezos. Es la conocida por la Cuerda de la Roña. Roña es una costra de suciedad. Y propiamente el puntal de la Roña es el que queda por la izquierda de la pista que va hasta Jabalcaballo, desde la fuente del Tejo hasta la fuente de la Berraza. Ese trozo de puntal, que es linde con el Coto Nacional, es el que por aquí conocen con el nombre de puntal de la Roña. También me queda por este lado de la derecha el puntal de la Nava, la morra de los Esasperaos, Hoyo de Juan Tejera y la nava de Diego el Viejo. Por esa cuerda pero un poco volcado para

la cañada que recorro iba la senda que desde la fuente de la Berraza y otras partes de la llanura de Jabalcaballo, recorría la sierra hasta el collado del Muerto, la Blanquilla Baja, la cañá del Lobo y por la Blanquilla Alta se perdía para Pedro Miguel y otras partes de la sierra. Esta vereda era la que recorrían aquellos que vivían en el cortijo de Aguas Blanquillas cuando desde ese cortijo venían a los pueblos de Burunchel o Cazorla. Pero otra vereda subía por la cañada que ahora mismo ando.

Según voy recorriendo la cañada me tropiezo con varias calaveras de animales. Ya están blancas de tan viejas como son pero se descubre que son de machos, quizá cabríos. ¿Qué ha pasado por aquí para que se murieran tantos animales? ¿Son de macho montés? Cuando llego a donde los arroyuelos se dividen dando lugar a un pequeño circo con el collado del Muerto en el centro y dos lomas a ambos lados, el agreste paisaje calizo desaparece. Exactamente este punto se le conoce por la Rinconá. Y si me fijo bien es una rinconada, un recodo, un medio círculo lo que ciertamente aquí modelan las laderas y los arroyos que desde las cumbres vienen bajando. Por aquí cerca hay un covacho que se le conoce con el nombre de Covacho Carabina. Es curioso porque algo más arriba, en el collado del Muerto, ya he dicho que en tiempos lejanos crecía un gran roble. Cuando se secó del hueco de su tronco sacaron el esqueleto de un guarda con su carabina. Desde entonces al collado le empezaron a llamar del Muerto. Lo del Covacho Carabina ¿tendrá algo que ver con aquella historia? No lo sé pero prometo averiguar lo que pueda. Ahora sólo me acompaña el surco del arroyuelo que viene cayendo desde el collado que busco. Me vengo por el lado derecho, siguiendo la borrada senda que por aquí iba en otros tiempos y a las doce y media me encajo en todo lo alto del collado.

Compruebo que es un rincón muy hermoso. Tiene un buen rodal de tierra fértil, llana por completo, con mucha hierba y en el mismo centro, todavía hay un charco de agua. Casi parecido a lo que vi en la llanura del collado del raso de la Escalera y en las que hay por cueva honda. Esta nava hasta tiene un “sorbior” por el lado que va volcando para fuente Colorá. Así son de curiosas las tierras de estas montañas. Por el lado de la izquierda, otra vez aparece el durísimo lapiaz. Aquí en lo alto se regenera con más belleza y fuerza. Al mirar descubro que en todo lo alto de este lado izquierdo corona una morra toda pura roca y encima tiene un par de mojones. Pero la morra de los Cerezos me queda por la derecha. A sólo diez minutos de este collado y sin mucha dificultad para llegar a ella. El collado se encaja justo sobre la curva de nivel que va entre los mil cuatrocientos metros y los mil quinientos. Casi en la mitad se queda que ya es una buena altura.

Por el lado derecho, hay un espeso bosque de pinos repoblados y por entre ellos me voy. Sigo una veredilla de animales, recorro la ladera ahora vertiente al arroyo de fuente Colorá, me encajo en un portillo rocoso que se quiebra desde la parte alta que quiero coronar y por entre este portillo,

remonto sin dejar la senda. Rozo una vieja peana de pino laricio, fue cortado con sierra hace algunos años, giro para la derecha y corono. Y claro que no me esperaba encontrar lo que antes mis ojos tengo. Me esperaba una cima rocosa, sin apenas lugar para las llanuras y es todo lo contrario: una amplia y preciosa llanura me acoge. Es una nava que tiene mucha hierba, zamarrillas, piornos, arenaria y gamonitos. Este punto también es una majada. Donde duermen las ovejas por las noches y por eso los serranos conocen el sitio como la majá de la Morra. Un poco por la izquierda y remontada sobre un castillo rocoso, tengo la casa que sirvió para los fogoneros. Los que vigilan en verano por si ocurre algún incendio en los bosques. Para peña Corva me queda una cuerda muy aguda y sobre ella, en la mitad entre peña Corva y donde estoy, una nava. Se me presenta con una figura preciosa y hasta blanquean las losas calizas que por ella se extienden. ¿Puede ser el puntal de la Nava? No lo tengo lejos.

Pues voy recorriendo esta llanura ya con el ánimo preparado para asomarme al valle del Guadalquivir cuando miro para atrás con la intención de quedarme bien con el punto por donde he remontado. Sobre el lomete y a sólo treinta metros de mí me observa un reducido rebaño de cabras monteses. Me miran sin inmutarse y como quedan recortadas en el horizonte del cielo azul, les hago una foto. Me vuelvo y al darse cuenta de mis intenciones arrancan, vuelcan por donde he remontado y en unos minutos las tengo a más de dos kilómetros de mí. Así que me vuelvo para atrás y voy otra vez recorriendo la llanura con la intención de coronar hasta la misma caseta de los fogoneros cuando de los mismos pies se me arranca una libre. Es grandísima, con tonos café con leche, nieve recién caída y con orejas largas. Se me ha arrancado de la espesura de un piorno donde tiene su cama y dormía. Mientras se aleja, salta con una belleza y agilidad que asombra. Me quedo mirando mientras surca la nava de esta alta cumbre y como estoy tan sorprendido me digo que el momento, aunque fugaz, es de una belleza sin nombre.

Es la primera vez que en parajes con tanta altura y agrestes descubro a una liebre. Ya tenía noticias de su existencia pero una cosa es saberlo y otra verlo. Si hubiera ido preparado le podría haber sacado una bonita foto pero la oportunidad se me ha escapado en esta ocasión. Continúo mi ruta y por este lado de la nava, en cinco minutos corono hasta la roca más alta que es donde se asiente la caseta. Descubro que está abandonada. Hace mucho tiempo que en esta caseta no se mete nadie para vigilar los bosques. Por dentro tiene sus paredes rotas, los tabiques de la pequeña habitación, derribados, hay varios cascos de botellas de cristal vacías y hasta la puerta y ventanas están destruidas. No lo sabía y ahora descubro que a este pico de la morra de los Cerezos no viene nadie en verano para vigilar los incendios de los montes.

Durante un rato, como media hora, me dedico a observar y gozar sin

prisa la gran visión que desde tan elevado y privilegiada punto se observa. Es exactamente la una del día. Miro para el lado por donde debo regresar y me digo que bajaré al collado, remontaré al morro que me queda frente, por el lapiaz que ahí descubro, comeré en aquella altura y luego caeré por la ladera opuesta hasta el arroyo por donde sube la escalera. Y calculo. Desde este punto de la Morra hasta lo más alto de la cumbre que pretendo remontar al otro lado del collado, me digo que gastaré una hora. Comiendo sobre aquella atalaya gastaré media hora y ya serán las dos y media. En bajar puedo emplear como mucho una hora más y serán las tres y media. Así que calculando holgadamente, sobre las cuatro de la tarde volveré a estar en el mismo cortijo del raso de la Escalera que es donde he dejado el coche. Me agrada el plan y como todavía tengo media hora para gozar las amplísimas y completas panorámicas que desde esta cumbre de la Morra, tengo, me dispongo al festín.

Observo despacio concentrándome por los parajes de la cañá de la Blanquilla Baja. Desde aquí la domino por completo. Coloco el cenajo en el sitio que le corresponde, la peguera, la cañá del Lobo, la Blanquilla Alta, Pedro Miguel, los Hermanillos, piedras Morenas y todo esto, siguiendo la raspa de esta gran cuerda que protege al Guadalquivir por este lado norte. La Blanquilla Baja la tengo a sólo dos pasos de mí y casi a mis pies. El nivel cae casi en picado y por eso en sólo quinientos metros, desde donde estoy a la cañá de la Blanquilla, desciende casi trescientos metros. Además, la ladera es un puro paisaje calizo casi imposible de andar. Realidad que ya sabía. Mientras me recreo en la belleza que me va regalando la llanura de la preciosa cañada siento cencerros y balidos de ovejas. Miro bien y descubro un hato de unas veinte ovejas que recorre la tierra de esta cañada desde el fondo hacia esta pared que tengo justo debajo de mí. ¿Serán de algunos de los pastores que conozco que se le han quedado perdidas por estas montañas?

Por mi derecho, el canalón del Pingo y peña Corva, también siento cencerros. Me concentro y recorro el paisaje. En todo lo hondo del canalón del Pingo descubro un hato de cabras Blancas. Ahora recuerdo y por eso me digo: ¿Serán las mismas que aquel día vi por el barranco de fuente Colorá, a sólo unos metros de donde estoy pero por este lado norte de la gran cuerda y en otra vertiente? Creo que sí y continúo con mi composición de lugar desde lo alto de la gran atalaya. Ya que estoy en esta vertiente del Guadalquivir repaso, a lo grande, el amplio circo que, desde peña Corva hasta Pedro Miguel, se abre en forma de abanico y cae en pendiente laderas para concentrarse todo justo donde está el cortijo del Zarzalar, el de la Golondrina llamada Manuela. De peña Corva para Pedro Miguel, por este gran barranco y desde lo alto de esta cumbre que ahora corono, descienden doce arroyos. A media altura entre el cortijo del Zarzalar de la Golondrina y esta cumbre que me sostiene, por la línea de nivel de los mil cien metros, construyeron tres cortijos. El cuarto lo remontaron por encima de los mil cuatrocientos

metros, ya casi en lo más alto de la Blanquilla Baja y por eso al cortijo le pusieron de Aguas Blanquillas. No se encuentra en el arroyo con el mismo nombre. El arroyo de Aguasblanquillas o de los Picachales, desemboca al Guadalquivir justo por el poblado de Coto Ríos. el cortijo, ahora sólo ruinas, se alza en uno de los ramales que dan agua al arroyo del Zarzalar o de los Membrillos.

Quiero decir que el nombre de "Picachales" se lo pusieron los serranos y es, además de un nombre bonito, acertado. Donde nace, laderas sur del pico Pedro Miguel y los Hermanillos, vistos desde el valle del Guadalquivir, son verdaderos picos. Atalayas impresionantes tanto por su altura como por su figura redondeada y puntiaguda. Además son muy arriscados por las laderas estas que dar al sur y por eso su tierra no era buena para sembrarla. A las cúspides de estas montañas los serranos del valle le llamaban picachales. El arroyo no debía quedarse al margen de los montes que le daban vida. Picachales era un nombre bonito y ciertamente apropiado para un arroyo como este. Y también quiero decir que por este lado de la Sierra de las Villas, al único arroyo de la vertiente esta del Zarzalar y de los Picachales, que los serranos llaman canalón es al de los Pingos. El Canalón de los Pingos que es donde estuvo el cortijo con el mismo nombre y ciertamente es un canalón.

A los otros tres cortijos se les conoce con los nombres de cortijo de hoya Almadilla, cortijo de los Cerezos, los Pingos que era el apodo de los que lo habitaron por varias generaciones y cortijo del Castellón. Los tres casi forman una corona alrededor del cortijo del Zarzalar que ya dije se encuentra sobre la curva de nivel que va por los novecientos metros y en el cono donde se juntan todos los arroyos. Casi media sierra visto desde el punto que ahora ocupo. Ya conocía el rincón que estoy describiendo pero con la exactitud y grandeza que ahora mismo, no. el cortijo de los Cerezos se encuentra en el mismo canalón también bautizado con el nombre de los Cerezos. Y claro, desde ese rincón se le trabó el nombre a la morra que ahora mismo piso. morra de los Cerezos, que vista desde el cortijo, es una altísima atalaya, casi imposible de escalar por lo difícil que es por este lado y el gran desnivel, casi seiscientos metros en algo más de un kilómetro. Cuando tenían que ir al pueblo de Cazorla o Burunchel, las personas que vivían en ese cortijo de los Cerezos, subían por una vereda que remontaba hasta lo alto de esta cumbre, recorrían la llanura de Jabalcaballo y cuerda adelante hasta el puerto de las Palomas, se iban. No conozco esa senda aunque sé que existe. Un día, si Dios lo quiere, tendré que dedicarme a ella.

Por este lado de peña Corva, desde donde estoy, la sierra baja, siguiendo siempre una raspa casi cortante y de morro en morro. El que me sostiene alcanza los mil seiscientos sesenta y ocho. El más próximo a mí yéndome para peña Corva, tiene mil quinientos ochenta y siete, el siguiente, mil quinientos ochenta y uno, mil quinientos ocho y peña Corva que tiene mil

quinientos cincuenta y nueve. Más allá queda el Pardal con mil quinientos ochenta. Y a propósito de las aguas y nieves que empapan estas alturas, sobre las que ahora mismo estoy, quería decir que una buena cantidad de ella, se va para la vertiente que mira al valle del Guadalquivir por Coto ríos. Por los arroyos y hondonadas que antes decía, es por donde mana en muchas fuentecillas que ni siquiera en verano se apocan. Para el lado de Guarondo, también brotan muchas aguas de las que empapan estas cumbres cuando llueve o nieva pero menos que para la otra vertiente. Quizá sea porque la vertiente del Guadalquivir se quiebra más bruscamente y no es tan llana como la que se inclina hacia el Embalse de Aguascebas. Pero también por este lado hay muchos veneros que se alimentan de las aguas de estas altas cumbres de la sierra.

Así que si reflexiono descubro que la sierra, desde el puerto de las Palomas hasta este punto de morra de los Cerezos, viene subiendo y no bajando como podría parecer puesto que el río Guadalquivir baja y esta cuerda, por su lado norte, viene con él dándole compañía. Pero esta cuerda sube hasta culminar con los mil ochocientos treinta metros que es la máxima altura alcanzada en la cumbre de Pedro Miguel. Cuando acabo de concluir con la siguiente reflexión y realidad, ahora mismo ante mis ojos, el corazón se me llena de gozo. Ya tengo en mis experiencias un poco más de conocimiento de estas sierras. Y como sigo observando desde tan privilegiado mirador me voy ahora por el cinto rocoso que recorre a esta cuerda casi desde un extremo a otro, bastante en la cumbre pero volcado para la vertiente de la Sierra de las Villas. Y otra vez se me llena el alma de gozo por lo que descubro, desde la limpia visión que ante mis ojos tengo.

El escalón rocoso que arranca con los Hermanillos por donde el Torraso pasa y existe el collado que labra vertientes al río Aguascebas Grande y al arroyo de María, robusto se viene para este lado. Fraguan la gran lancha de la Cigarra, lo corta el arroyo Gil Cobo y luego sigo avanzando por esta largísima lancha de la Escalera, la morra de Chorrogil y va muriendo por los Hoyos del poyo del Rey. Ya sabía yo también esto pero una cosa es saberlo porque lo haya visto desde alguna otra parte de la sierra, lo haya contemplado en los mapas y otra cosa, verlo desde este tan elevado y estratégico punto. ¡Qué bonita es la sierra desde aquí cuando se le descubre con la claridad y armonía que ahora mismo la estoy descubriendo! Y además, como ya la tengo andada en todos los rincones que a lo ancho me rodean y chorrean, con exactitud milimétrica voy encajando cada uno de los barrancos, arroyos, cañadas y laderas que descubro. ¡Qué bonita es la sierra desde aquí, en un día como este y con el conocimiento que ahora tengo de ella! Siento como se me esponja el corazón y por eso recuerdo lo que el pastor decía:

Se le ve concentrada, a la muchedumbre,
los que ahora de fuera llegan

llenando de mesas y coches
las praderas,
los manantiales de las aguas limpias,
las ruinas de las casas viejas
y los caminos que van a los montes
de flores bellas.

Se le ve concentrarla, a la muchedumbre
y entusiasmados frente a la sierra
sin comprender la oración
que mana de ella,
cuando dicen al pastor:
- ¿Cómo sabes tú que hay una cueva
en aquella altísima cumbre
y cómo sabes las veredas
que saltan de poyo en poyo
sin perderlas?

Y desea decirles el pastor
que si quisiera
ahora mismo cerraba los ojos
y como vuelan
las mariposas y golondrinas,
así surcaría la sierra
desde una fuente a otra fuente
y de cresta en cresta
nombrándolas por su nombre
y su luz concreta,
pero calla y no les dice nada
porque es ciega
la muchedumbre acomodada
que ahora llenan
las llanuras que dieron trigales
y aromas de hierba.

Y así, casi sin darme cuenta, se me ha pasado la media hora que me había regalado a mí mismo. También se me ha agotado lo que yo quería que se me agotara pero no ni la sierra ni la grandiosa panorámica que ahora poseo. Pero se me ha agotado, sin que sea cierto, el hambre que hace un rato sentí y por eso me dispongo para retirarme. Rozo otra vez la vieja caseta de los fogoneros sin ellos, bajo por el mismo lado que subí hace unos minutos, recorro la llanura y vuelco por el portillo que desde esta altura se abre hacia el mismo centro del collado del Muerto. Caigo por él y en cinco minutos estoy pisando su tupido césped de hierba. Lo cruzo y por el lado de la morra gemela a la que acabo de despedir, ladera arriba, remonto. Ya dije que esta ladera es un puro lapiaz con fenómenos tan curiosos como pozos de

tres y cuatro metros de hondos. Tiene muchas navas encerradas entre las calizas, muchas covachas y muchas simas. Con razón los serranos le pusieron el nombre de la Torca y la Sima a varios puntos de esta ladera. La Torca engloba todo el macizo rocoso que voy a remontar. La morra de la Torca es como la llaman ellos, para distinguirla de la morra de los Cerezos Un punto montañoso con mil seiscientos treinta y siete metros y que se concentra casi en el centro de los poyos de la Juliana y de los Robles, hoya de la Zamarrilla, la Rinconá y el collado del Muerto. Y es este macizo un puro lapiaz que nada tiene que envidiar al Torcal de Linares y Torcal Llano por la sierra del Pozo y cerca del pico Cabañas o a los torcales del Lanchón o de la cerrada de Utrero, por Vadillo.

En cinco minutos corono el primer puntal de este gran macizo. Se clava justo al lado de una nava recogida entre rocas calizas y al otro lado, me queda el picacho mayor. Descanso un poco y sigo remontando. Mientras avanzo recuerdo que por estos parajes se encuentran los nombres del poyo de la Juliana, las Perchas, los Esesperaos, Cuerda de la Roña, Hoyo de Juan Tejera, nava de Diego el Viejo, la tiná de Juan de Dios, la fuente de los Buitres, puntal de las Peanas y el puntal de los Robles, que es otro distinto al de Pedro Miguel. Algunos de estos nombres todavía no sé encajarlos en su punto exacto. La sierra es tan grande que tendría que dedicarme plenamente a ella para conocerla a medias.

Corono el castellón rocoso que vengo buscando y son las dos en punto. El mismo corazón de la Torca y a la hora que había calculado. En estas alturas también hay otra majá de ovejas. Esta es conocida por la majá de la Torca. Decido que es la hora de comer y por eso me dispongo a ello. Descuelgo la mochila, saco la comida y mientras voy dando buena cuenta de una lata de atún, un puñado de tomates secos y un trago de agua Solán de Cabras, me recreo en la nueva visión. Hacia Pedro Miguel, debajo de mí ahora tengo la hoya de la Zamarrila con la tiná de majá Serbal algo más abajo y la pista de tierra que desde la cerrada de San Ginés, viene subiendo en busca de las llanuras de Jabalcaballo. Desde aquí sí veo bien el trazado de esta pista y la que remonta hasta el collado del Perenoso. La mejor visión de todas. Quema el sol de hoy. Ya hace calor aunque sobre este morro, levantado a mil seiscientos treinta y siete metros, el aire es fresco. Observo y ahora me doy cuenta que a la derecha y a l izquierda mía tengo dos morros más con casi la misma altura. Son los puntos más altos del riñón que la sierra dibuja aquí, quedando enganchado a la morra de los Cerezos por el collado del Muerto y limitado, por la derecha, con el cauce del arroyo Gil Cobo y por la izquierda, con el de la fuente del Tejo. Una bonita escultura que no es plana sino alzada hacia el cielo.

A las dos y media arranco de nuevo. A partir de aquí sólo tengo que recorrer unos metros el puntal, por tierra muy buena para andar porque ya no hay rocas sino tierra suelta con muchas piedras, matas de zamarrila, arenaria

y piornos hasta ir a parar a un redondico collado. Si en lugar de venirme para la derecha y seguir bajando por la hondonada que cae desde este collado, sigo recto, me encajo en lo alto de otro morro con mucha facilidad. Lo debería hacer y así, por ahí, me encontraría las muy viejas ruinas de una tiná que pocos conocen en estas sierras. Pero esa tiná existió y aunque se ha desmoronado por completo su nombre todavía late en los corazones de algunas personas. Ellos la conocen por la tiná de Juan de Dios. Y se encuentra no muy lejos de este collado pero un poco para Jabalcaballo. No tiene nombre este desdibujado collado pero podría ser el collado de los Buitres. Es donde arranca el arroyuelo que algo más abajo mana la fuente que tiene este nombre.

Por eso quería decir que en este collado pero ya volcando para el cortijo del raso de la Escalera, hay un punto donde crecen muchos juncos. Mana agua aunque no mucha y por eso a este rincón ellos le pusieron un nombre. Es la fuente de los Buitres. En verano casi se seca pero no por el rincón y fuente que hay frente al cortijo del raso de la Escalera. Si me quedo parado donde justo mana la fuente de los Buitres, a ambos lados me quedan dos poyos. El de más arriba y derecha mía según estoy mirando para el cortijo del raso de la Escalera, es el poyo de los Robles que ya dije no tiene nada que ver con el de Pedro Miguel. El de la izquierda se le conoce con el nombre de poyo de la Juliana.

Si ahora mismo siguiera recto iría a caer por donde esta mañana avanzaba cuando buscaba la hondonada de la cañada de la fuente del Tejo. Todo este conjunto es lo que se recoge dentro del nombre de poyo de la Juliana. El collado que piso es el que le da vertiente al arroyo del raso de la Escalera. Podría decir que aquí en este collado nace dicho arroyo pero aunque es así, no se ajusta por completo a la realidad porque no hay arroyo sino la inclinación del terreno que va cogiendo forma hasta que logra modelar un barranco pero donde ya el arroyo también tiene surco. Casi donde este empieza a volcar para la escalera del Raso. A la izquierda de ese punto queda el poyo de la Juliana que además donde los botánicos tienen su alambrada. A la derecha hay otra alambrada y es el poyo de los Robles. Así que cruzo la pista que por aquí me la vuelvo a encontrar, sigo el borde de la alambra de los botánicos, me hundo en el surco del arroyo y ahora sí. Ahora busco la famosa y bonita escalera y como la encuentro sin dificultad alguna, por ella continúo la ruta.

Nada más empezarla a recorrer me digo que esta escalera se parece mucho a la que remonta hacia el cortijo de Chortales, la escalera romana y a la que baja para los cortijos de las Cebadillas. Son tres escaleras casi por completo iguales. Empedradas las tres, trazando curvas muy cerradas y corticas y jugando con el surco del arroyo mientras caen o remontan, según la dirección que llevemos. Se anda con mucha comodidad y por eso, en unos minutos ya estoy casi a la altura del manantial que da agua   al cortijo del

raso de la Escalera. Pero antes de alcanzarlo descubro que la senda, que por supuesto baja por el lado del collado raso de la Escalera, como la intuía esta mañana, veo que se divide en dos. Un ramal se va derecho al collado, como lo esperaba puesto que desde ahí arranca y otro ramal se viene para la fuente. Sigo el de la fuente y al llegar, me paro. Me lavo las manos, bebo agua, cojo un puñado de tallos de berros que creen en el mismo chorrillo que rebosa de la arqueta, los lavo, me los como y sigo. A las cuatro en punto estoy en el coche. Es la hora que había previsto y de ello me alegro. Aun me queda tarde para andorrear por algún rincón más de estas sierras o sino, regresar para no llegar muy tarde a mi lugar.

Tres observaciones

Pero todavía, antes de despedirme, quería decir algo más: como ya tengo bastante andada la lancha que va desde este bonito raso de la Escalera hasta la morra de Chorrogil, por encima de Poyollano, la lancha no la morra, sé que son tres las escaleras que por aquí hay. La escalera del cortijo de la Traviesa, cerca de donde se encuentra este cortijo y que sirve para dar paso hasta lo alto del poyo de los Robles, desde el collado del Raso. La segunda es la escalera del cortijo del raso de la Escalera, repetición y todo, que sirve para dar paso al poyo de la Juliana. Y la tercera escalera no está, como podría pensarse, en el arroyo de la fuente del Tejo que es el cauce con mayor entidad que desciende desde estas partes altas. Este arroyo no puede tener escalera por el gran corte rocoso y lo inclinado que esta pared tiene desde la fuente del Tejo para el Prao de los Chopos y Prao Maguillo. Así que este arroyo no tiene escalera y por eso la tercera escalera, la que por aquí llaman romana, se encuentra en el arroyo de los Chortales. Por encima del cortijo de Tarquino y por eso creo que por dignidad podría corresponderle el nombre de escalera del cortijo de Tarquino. Y con esta ya son tres.

Y como las tres escaleras las tengo andadas en las dos direcciones y distintas épocas del año sé que la mayor es la del cortijo del Tarquino. Es la que hizo uno que se llamaba Faustino y a fe que la hizo bien. Por ella bajaban y subían con bestias cargadas de todo y por eso tuvo que construir una buena senda. Además, es la más bonita por el original empedrado que le pusieron y las curvas que iba trazando según remontaba. La segunda escalera creo que debe ser la del cortijo del Raso. Es también muy bonita pero no llega a la categoría de la primera mencionada. Ya se ha roto mucho y quizá por eso no se pueda apreciar toda su belleza original pero por esta escalera había menos transito. Y la tercera es la que ya he dicho se encuentra en el mismo raso del collado. Es la más pobre en todo. Resultaba ser el camino menos transitado porque las necesidades también eran menos. La vereda es mucho más estrecha y cuando ya remonta al último tramo no le hicieron demasiada obra. Casi dejaron el terreno como estaba y por lo que allí se ve ahora parece que fuera imposible que por esta escalera bajaran o subieran las bestias. La roca de la cuerda se presenta en forma de losas

bastante inclinadas que pueden recorrer bien las personas pero las bestias creo que no. Y además, como suele pasar, en los tramos altos de estas escaleras, se acumula el hielo en los meses de invierno. Sobre las losas de las rocas que ya he mencionado estas placas son casi imposible andar por ellas. Las personas resbalan con facilidad pero las bestias rodarían en cuanto las pisaran.

¿Que a dónde quiero ir a parar? Pues que a esta lancha, en todos los mapas y desde tiempos lejanos, la nombran como a la lancha de la Escalera. Y claro que ahora estoy en disposición de decir que no es un nombre justo. Son tres las escaleras y por eso, por derecho, le corresponde que la escribamos y digamos con en nombre de lancha de las Tres escaleras. Y digo esto porque en más de un momento y día me he quedado algo extrañado cuando hablando con algún serrano del lugar, no estaba muy conforme cuando oía lo de lancha de la Escalera.
- Es que escalera hay una por el cortijo de la Traviesa, otra por el cortijo del raso y otra por el cortijo de Tarquino. Una por cortijo.
- Pero la lancha de la Escalera ¿es esta o no?
Y me volvía a repetir otra vez lo mismo. Y ahora sé que tenía mucha razón. Son tres las escaleras en una sola lancha y punto.

Y la otra cosa que quería decir es lo del camino. El que iba y ya no va por algunos de los tramos de la actual pista. Hasta la fuente del Tejo y, desde Jabalcaballo, llegaba una senda que una vez en este punto se dividía en dos. Un ramal se iba arroyo arriba para el collado del Muerto, ya la he contado unas páginas atrás y otro ramal, seguía y avanzaba por donde ahora tiene su trazado la pista de tierra que recorría esta mañana. Desde la fuente del Tejo se venía para el poyo de la Juliana y aquí volvía a dividirse en dos. Un ramal, el más importante, se metía por la escalera que también he recorrido hace un rato y otro ramal seguía para el poyo de los Robles. Por ahí se metía también por la escalera del cortijo de la Traviesa mientras que todavía seguía para delante otro tramo de esta senda. Se metía para la hoya de la Zamarrilla, la lancha de Ignacio y fuente Colorá. Ya en el barranco subía para el derruido cortijo de los Espinares, collado del Perenoso, cortijo de la Noguera, la Hoyica donde se volvía a dividir para el otro poyo de los Robles, el collado del Zorro y las Huelgas del Peinero. Las sendas en la sierra casi nunca tenían ni comienzo ni fin porque se iban ramificando para llevar a todos sitios y no morir en ninguno. Esta era su utilidad.

Todavía no termino porque también quiero dejar aquí constancia de algo que este medio día, cuando bajaba por el collado de la fuente de los Buitres, me llamó mucho la atención. Desde esas alturas, el gran valle del Guadalquivir, de Mogón para abajo y otros pueblos así como la grandiosa Loma de Úbeda, se veían cubiertos por una espesa nube de humo. Comprendí que por estas fechas todas las orujeras están funcionando y por los olivares, también ya andan quemando el ramón que sale de la tala de los

olivos. Comprendí esto y acepté que esa gran contaminación fuera normal. No todo el año se quema ramón de olivos ni las orujeras queman orujo pero lo que ya me gustó menos fue comprobar como según caía la tarde, por los barrancos que van penetrando a la hondura de la sierra, también subía y penetraba esa espesa nube de humo blanco. Así fue como se empezó a borrar la nitidez de los horizontes desde aquellas cumbres hacia el valle y loma que antes decía pero unas horas más tardes, también se empezó a borrar las laderas serranas que miran a este valle y cuando ya bajaba por la escalera del Raso, se me borraban hasta los paisajes más cercanos. Un olor penetrante me empezó a dañar con el humo blanco que me iba envolviendo y en sólo unos minutos, casi se me perdió la sierra que por la mañana había recorrido. Claro que no me extrañé demasiado pero si no lo hubiera visto mucho me hubiera costado creer que los olivos de Jaén, en la época de la recogida de la aceituna, contaminan tanto la atmósfera. Y no sólo por los valles donde crecen estos olivares sino hasta las cumbres más altas de las sierras del Parque Natural.

46- Collado del Rico, cueva Honda, tiná Dámaso, las Atalayas del Pastor, collado del Pocico

Las Atalayas del Pastor
Distancia aproximada: 3,5 k.
Desnivel aproximado : 150 m.
Tiempo aproximado : 3 horas andando.
Camino: campos a través y por vieja vereda.

Hice esta ruta el día veintidós de enero del año dos mil. Llegué a la nava del Rico a las diez de la mañana y mi primera sorpresa es encontrarme con los paisajes nevados. La última nevada había caído hacía ya más de veinte días pero como por estas fechas, todas las noches helaba y el viento corría muy frío, la nieve no se había derretido. Y como era casi al amanecer, el rocío de la noche convertido en escarcha se mezclaba con la nieve y por eso los charcos estaban helados y en las hojas del monte y la hierba, relucían los cristales congelados.

Y también tengo que decir que el collado por donde pasa la ruta que este día voy ha trazar por la sierra de las Villas, por algún lugar me han dicho que es el de la Traviesa. Este sí es el verdadero collado de la Traviesa aunque otros me han dicho que su nombre es el de la nava del Rico. Es cierto que desde tiempos muy remotos por este rincón de la sierra la palabra Traviesa se ha nombrado refiriéndose siempre a un collado. En casi todos los mapas que de estas sierras se hicieron se puso este collado pero nunca en su lugar exacto. El menos a mí me costó mucho ubicar con exactitud el collado de la Traviesa. Desde la nava del Rico, según se va para el Embalse

de Aguascebas, por la derecha queda un cortijo. Es el conocido por el de la nava del Rico y a sus espaldas, entre el pico Ponestillo y el morro de la Bandera, existe un pequeño collado que da paso hacia la tiná Dámaso y la fuente de la Puerca. A este collado le llaman de la Traviesa. Y mirándolo bien, queda atravesado entre dos navas y de una forma que no es muy normal en otros collados.

Pues dejé el coche frente a las casas de esta nava del Rico y me puse a remontar por el collado que queda justo por detrás. Es muy fácil tanto la subida como el camino, sin que lo haya. O sí lo hay pero como este no fue un gran camino, está muy perdido. Cuando terminé de coronar, descubrí que por el lado norte, mirando a las tiná de Dámaso, lo escribo tal como lo pronuncian los serranos y no Dámaso que sería lo correcto, la nieve era mucha más. Los paisajes estaban casi por completo cubiertos de blanco. Me vine un poco para el lado derecho, lado norte del cerro de la Bandera y siguiendo una hondonada y a trozos, la vieja vereda, vine a salir justo al collado de cueva Honda. La de Majaenrea y no la de poyo de Gil Cobo. Durante un buen rato busqué esta cueva y por fin la encontré. La verdadera cueva Honda, porque son dos por aquí y muy cerca una de la otra y aunque las dos son bonitas, la primera es más espectacular y misteriosa.

Desde este punto, preciosas dolinas, algunas llanuras con su hierba verde y originales formaciones rocosas, me vine otra vez para el lado de la tiná Dámaso. Siguiendo una vieja senda que desde el collado de cueva Honda, comienza a remontar por la ladera para salvar un pequeño escalón rocoso entre las tierras llanas de cueva Honda y las que se extienden por donde levantaron la construcción de la tiná. La nieve sigue presente y como ya dije, el terreno queda en umbría, el hielo adorna con su mejor traje.

Justo por donde nace un ramal del arroyo de la Cebadilla, en la cara norte del pico Ponestillo, se abren unas preciosas llanuras. Son tierras buenas que sembraron en otros tiempos y regaban con el agua de un manantial que brota por aquí. Sobre una ondulación del terreno y por el lado de la fuente de la Puerca, me encuentro las ruinas de la tiná. La que dicen es famosa y no se sabe por qué. Al descubrirla siento cierta alegría como me pasa siempre que tengo esta experiencia. Sólo ruinas de paredes sin techo pero se puede descubrir que fue una construcción a dos aguas, techada con tejas, en forma rectangular y en uno de los extremos, dividida en tres cuartos pequeños. No fue usada como vivienda, al menos eso creo porque no se ve que tuviera chimenea. Tampoco hay horno por la puerta ni encuentro otras señales que me puedan dar pistas para creer que fuera vivienda.

Mientras la voy observando y rodeando me digo que la fama que esta tiná tiene quizá se deba a lo bonito del rincón donde se encuentra. La tierra es llana total y se va recogiendo arroyuelo arriba hacia la cumbre del Ponestillo. Al final de esta llanura, donde debería brotar el venero, me

encuentro la alberca. Una poza redonda construida de tierra para recoger agua y soltarla luego en los momentos que se necesitara regar. No hay árboles frutales por el rincón y ello también me extraña y al mismo tiempo refuerza mi impresión de que esta construcción no fue vivienda humana sino establo para encerrar a los animales y guardar la paja que sacaban de los sembrados.

Sin prisa remonto arroyuelo arriba cada vez menos arroyo porque se va aproximando a las laderas del cerro que corona, ya he dicho que es el Ponestillo que tiene mil cuatrocientos sesenta y cuatro metros de alto. Y por la bonita cañada, cubre la mejorana, las matas de juntos, los enebros y otra vegetación en estas fechas sin vida ninguna. El bosque se presenta desnudo de hojas y con las ramas revestidas por el blanco y frío hielo del rocío de la noche. Ya que he remontado lo suficiente me vengo para el lado izquierdo. Por entre los otros pinos, en lo alto, veo salir un ejemplar bastante grande y hermoso. Esto me recuerda que por aquí hay un punto que se llama puerto del Pino. Aun no lo tengo bien localizado por eso no digo dónde se encuentra exactamente aunque tengo la impresión que este nombre se lo aplican no a un puerto real sino a un punto concreto que, por lo que sea, le llaman de este modo.

Corono un primer picacho y al mirar descubro que por el lado que da al Cantalar de Bardazoso, sube un rocoso filo. Viene desde el punto de la fuente de la Puerca y según se aproxima al Ponestillo, se eleva y quiebra más y más. Me vengo para el lado derecho y por un collado menor remonta a la primera atalaya. La que se enfrenta al Ponestillo y entre los dos, acogen un bonito collado con su tierra llana bien tapizada de hierba. Este collado es una cañada que sube desde las ruinas del cortijo de la Benita, todo tupido de pinos hasta la misma cumbre donde me encuentro. ¿Pudiera ser este el puerto del Pino? Puerto es porque da paso, con toda comodidad, de una vertiente a otra y los pinos no desaparecen ni siquiera en lo más alto. Tendré que averiguarlo mejor.

Desde esta primera atalaya, la visión es grandiosa. Se dominan todas las cumbres de la gran Sierra de las Villas, con la gigantesca lancha de la Cigarra y las dos hondísimas y anchas cuencas del río Aguascebas Grande y el arroyo Gil Cobo. Se sigue dominando el profundo barranco por donde ya los dos cauces se van saliendo de la sierra, con el collado de la Tobilla y la solana de Bardazoso, al frente y a lo lejos. Corona la gran mole de la Muela, por Roblehermoso y el Postre. Y para Jabalcaballo, el Embalse de Aguascebas y Navazalto, se domina también una amplísima panorámica. Reluce el sol con toda su fuerza y como ya son las once y media de la mañana, el verde de los pinares destacan sobre el fondo blanco de la nieve por las laderas y llanuras. El poyo de los Robles con la morra de los Cerezos y las dos Blanquillas, asombran en todo lo alto y por este lado de la sierra.

Observo despacio y descubro que para pasarme a la otra atalaya, la gemela total con la que ahora corono, es muy fácil. Sólo tengo que bajar unos metros por rocas muy poco complicadas de andar, corono una leve cañada tupida de hierba verde y tapizada de cagarrutas de ovejas y ya me encuentro en todo lo alto. Tengo que decir que estos dos puntos, con una altura superior a los mil cuatrocientos metros, son muy querenciosos para las ovejas. Aquí tienen su majada donde se vienen a dormir en las cálidas noches de verano. Por eso, las caras que dan al sur, están llenas de cagarrutas y camas escarbadas en la tierra. Y tengo que decir que coronando la segunda morra de estas dos atalayas, me tropiezo con un agujero redondo. Se abre en las rocas y está tapado con unas matas que crecen en la misma entrada. Pero como un rayo de sol penetra dentro, se refleja sobre la pared que descubro muy en lo hondo. Lo inspecciono un poco y saco la conclusión de que es una covacha, más bien en forma de sima, que en todo lo alto de esta cresta se ha ido formando y ahora se hunde por las entrañas de las rocas.

La panorámica desde esta segunda atalaya es tan grandiosa o más que desde la primera. Sólo que como está más volcada para el barranco de Bardazoso, se ven hasta las ruinas del cortijo de la Carachos, las del Molino de Puente Toba y la junta de los Cauces. El rincón se le conoce por la Herradura. Y sobre esta grandiosa Atalaya del Pastor, me siento. Durante largo rato me quedo frente al grandioso panorama que me ofrece la gran sierra y en su silencio más fino. Es un gozo imposible de explicar porque la belleza desborda desde todas las fibras del alma. Saco los prismáticos y me entretengo en mirar despacio la gran cumbre de la Muela, el barranco del río Aguascebas Grande y por donde salta y se hunde el arroyo de Gil Cobo. Hasta mí llega el rumor de sus cascadas y el sonido de unas cencerrillas. Son de una manada de cabras blancas que están acostadas tomando el sol por el poyo de la Arena. Las observo despacio y me pregunto por qué punto habrán penetrado hasta ese rincón estas cabras. Lo encuentro todo tan duramente escarpado que creo es imposible poder penetrar a donde las cabras toman el sol tranquilamente.

Ya con mi alma saciada y hondamente satisfecho, reemprendo la marcha. Desciendo de la primera atalaya, rodeo la segunda, cruzo el collado de la hierba verde, corono al Ponestillo por el lado del sol de la tarde y mientras remonto, me doy cuenta que es muy fácil coronar esta cumbre. Por este lado es de lo más cómodo pero por el lado de la lancha de la Benita, casi imposible a no ser que se hiciera escalando. Desde lo más alto, me dedico a observar las ruinas del cortijo de la Benita, la hondura por donde adivino la cueva del Agua, los poyos de la Tejea y las cumbres del Torraso. Desde aquí, todos estos rincones tienen una belleza singular. Y como ya es tarde, algo más de las doce de la mañana, me pongo en marcha y siguiendo el filo rocoso que cae para el lado de los cortijos de la Benita, desciendo con la intención de aproximarme al collado del Pocico y desde ahí, seguir la carretera hasta el coche.

En diez minutos caigo a las tierras llanas del collado del Pocico. Todavía está cubierto por la nieve y la carretera, desde este punto para adelante, cortada. Rozo las ruinas de los dos o tres cortijos que, por el lado del Ponestillo, levantaron. Recorro la tierra llana de la gran nava del Rico, porque nace aquí mismo y alcanzo la carretera. La resta se me abre preciosa hacia el corazón de la nava, escoltada por álamos ahora sin hojas. Y mientras la recorro, también en esta mañana doy gracias a Dios por el regalo que acaba de hacerme. Es único y así lo he vivido para no olvidarlo mientras respire. Y la mañana, con su cielo azul, el aire frío, la nieve, el hielo y los bosques, también han sido únicos.

Cueva Honda de Majaenrea

Voy a describir brevemente cómo es esta cueva. Se localiza en los cimientos de un castellón rocoso, sobre el morro que hay entre la nava del Vilano y el collado del cueva Honda. Justo al final de la primera llanura de este collado, dirección hacia la fuente de la Puerca. Por la izquierda, hay como una manga o cañada menor, crecen unos gruesos pinos y al coronar hacia una gran hoya sin salida para las aguas, por el lado izquierdo, se abre la entrada de cueva Honda. Hay que saber muy bien donde se encuentra esta puerta porque es tan poca cosa que sólo se ve cuando se está por completo encima. Y además, como justo se abre un poco hincándose en la tierra, se ve menos. Hay que agacharse algo para poder entrar pero en cuanto se dejan atrás los dos o tres escalones de piedras sueltas que por aquí le pusieron, la cavidad se ensancha y se eleva. Ya se puede uno poner de pie.

La primera estancia no es muy grande y como queda iluminada por la luz que entra por la cueva, en otros tiempos metían aquí a los rebaños de ovejas para resguardarlas de los temporales y que durmieran bien recogidas. Por eso todo el suelo de esta primera estancia está recubierto de cagarrutas de ovejas y cabras. Según se entra, al fondo tiene dos pequeños pasillos de dos metros de alto uno y el otro de algo menos de un metro que terminan enseguida. No van a ningún sitio. Por la izquierda, se presenta un gran bloque de piedra que cierra la mitad de una profunda galería. Por los lados de este bloque rocoso, se puede penetrar pero con mucha dificultad puesto que la pendiente es mucha. La altura máxima en el pasillo del fondo es de dos metros y en el primero, más estrecho y complicado, es de un metro ochocientos centímetros.

Al final de ambos pasillos se abre una grandiosa sala. Queda justo en el centro del gran cerro rocoso que se ve por la parte exterior pero ya a muchos metros hundida. La altura desde el piso hasta el techo va desde setecientos centímetros, dos metros, cinco metros hasta diez por la parte de la derecha que es donde cae el centro del castellón rocoso que corona por fuera. La estancia se va cerrando por el lado izquierdo y se abre por el

derecho hasta llegar a un rincón donde hay muchas filtraciones de agua. Por este lado derecho se abre otro túnel, con gran desnivel y con una altura de más de seis metros, se va estrechando poco a poco hasta morir y no seguir más. Por el lado de la izquierda pero en el centro de la gran sala que hemos recorrido, se abre otra galería que con una altura de casi dos metros, avanza durante un buen trecho hasta que se cierra casi por completo. Al final sólo le queda una estrechísima galería, que es casi imposible recorrer pero que lleva a otra sala espaciosa. No tanto como la descrita anteriormente pero sí muy bonita por las muchas formaciones calizas.

Esta galería tiene una máxima altura de cuatro metros hasta que al final vuelve a cerrarse. Es aquí donde se encuentran las más bonitas formaciones que tiene esta cueva. Dos metros tiene de alta la sala pero ya es un espacio muy reducido. Y aquí termina la grandiosa cueva Honda resultado, de la erosión de las aguas en las rocas. Las lluvias y las nieves caen sobre el macizo rocoso que en la parte exterior dije existe y como el nivel por aquí es totalmente llano, la única salida que tienen estas aguas son la del filtrarse por las grietas de las rocas y busca paso para la nava del Vilano y el arroyo de la Cebadilla. La fuente del Zar y otros veneros. Por eso, en la misma puerta de esta cueva, un poco volcado hacia la nava del Vilano, en todo lo alto de la cuerda, se abre un gran embudo. Una hoya, según el lenguaje serrano y una perfecta dolina según la ciencia de la geología que es la que estudia esto fenómenos. Y a esta gran hoya, repleta de vegetación y rocas quebradas, le pasa lo mismo que el castellón rocoso que corona la gran cueva Honda: tanto las nieves como las aguas de las lluvias caídas en este punto, no tienen otra salida que la de filtrarse por donde puedan. Y claro, de este modo, poco a poco, las rocas calizas se van deshaciendo y aparecen las galerías o cuevas como la que acabamos de comentar. Esta cueva Honda, a pesar de todo, es muy bonita.

47- Nava del rico, collado de la Cruz, Prao los Chopos

Paseo al rincón de los huertos y viejos cortijo
Distancia aproximada: 5 k.
Desnivel aproximado : 100 m.
Tiempo aproximado : 20 mt. en coche.
Camino: carril de tierra en buen estado.

Ya bajando desde el collado del Pocico enseguida aparece la bella llanura de la nava del Rico. Una preciosa recta y al fina de ella, por la izquierda, se aparta la pista de tierra. Un sencillo letrero en una tabla tiene escrito: “Las Castañetas”. Es el camping que montaron personas que no son de estas sierras y acondicionaron el rincón. El lugar y desde toda la vida, se llama Prao los Chopos. La instalación para turismo rural, que es como se le llama ahora a este tipo de establecimientos, es resultado de adaptar un viejo cortijo serrano a muchas de las comodidades de los tiempos actuales

respetando el entorno pero machacando otras cosas. Se encuentra en el mismo cauce del arroyo del raso de la Escalera y la primera vez que lo vi, una tarde de otoño recién estrenado, me gustó, a pesar de lo dicho anteriormente.

- ¿De dónde nace, entonces el nombre de Castañetas?
- Se lo han puesto los que ahora son los dueños de esas tierras. Eso de siempre ha sido el Prao los Chopos. Donde está el camping es lo que le han puesto las Castañetas pero de toda la vida de Dios todo eso se ha llamado como ya te he dicho. Aunque dicen que lo de Castañetas viene en los papeles antiguos.
- ¿Quién dice eso?
- Personas que lo han buscando. En los papeles más antiguos que se han encontrado ya aparece el nombre, no de las Castañetas, sino la pasá de las Castañetas.
- Es algo extraño ¿verdad?
- ¿Por qué es extraño?
- Es que castaños, en las sierras de este Parque Natural, sólo existen un par de ejemplares por la Mesa del Puente de las Herrería. Por ningún otro rincón de estas sierras creció nunca un castaño. Tampoco encontré nunca por ningún punto un nombre que haga mención o se relacione con castañas y el árbol que las da. Al menos, este nombre de “Castañetas”, es un punto y a parte entre los miles de nombres que se dan por las sierras de este Parque Natural. Lo de “pasá”, tiene más sentido pero lo de “Castañetas”, no se lo encuentro ¿Por qué y quién se lo puso? ¿Cómo llegó hasta estos rincones?

Otras referencias del lugar dicen:
- Desde siempre a eso le hemos dicho el cortijo Castañetas. Eso fue de un tío mío, hermano de mi padre.
El que me cuenta esta versión es Eladio, que nació en el cortijo del Tarquino, unos metros más abajo del que me dice que de siempre se ha llamado Castañetas.
- Nadie sabe cómo, en los papeles y por ese rincón, se confundieron algunos nombres, y lo digo porque el cortijo del Tarquino hoy no aparece por ningún lado. A todo el conjunto se le llama el Prao de los Chopos pero en otros tiempos, las cosas fueron diferentes. Si algún día alguien lo pusiera en los mapas para que no se perdiera, me gustaría mucho.
No se lo digo pero pienso que este deseo quizá no sea muy difícil convertirlo en realidad. El nombre de Tarquino me gusta aunque ni siquiera sepa qué significa. Un día tengo que buscar a ver si encuentro algo que me lo explique. Pero ya digo: sin que sepa nada más de él, tengo la intuición de que este sí es un auténtico nombre serrano.

Pues desde la carretera asfaltada tomamos esta pista de tierra que nos sale por la izquierda según bajamos desde el collado del Pocico hacia el Embalse del Aguascebas. Salimos enseguida a una preciosa y amplia llanura por donde, a la derecha, nos saludan las ruinas de un viejo cortijo. Es el de la

fuente del Pino. Todavía crecen por aquí muchos árboles frutales: cerezos, ciruelos, parras, membrillos y alguna higuera. Rodeamos esta llanura, remontamos y al dar la primera curva, por el lado de abajo se nos quedan unos tornajos. Un poco más arriba brota la fuente y es justo por donde un ramal de pista se aparta y se va para los Prao de Coca y la pasá Maguillo. Estos tornajos y fuente siempre tienen abundante agua, muy fresca y buena. En el verano del 99, después de la gran sequía del año anterior, de este venero manaba mucha agua. En el invierno de este mismo año, varias veces me los encontré bajo la nieve y otras, convertidos en puro hielo. En las noches de invierno hace mucho frío por estos rincones.

Gira la pista para la izquierda y remonta hasta los mil cuatrocientos metros. Discurre por la ladera norte del Caballo del Pocico y al coronar, ya tenemos el collado de la Cruz. Una preciosa llanura donde todavía hay varias casas. Son tinadas para el ganado y un par de viviendas humanas. En esta preciosa llanura la pista se divide en dos. El ramal de la izquierda lleva a la majá de la Carrasca y al precioso cortijo del raso de la Escalera. Es una posibilidad de esta ruta. Nosotros ahora seguimos por el ramal de la derecha.

Baja la pista por esta llanura y enseguida, por la izquierda, se le aparta un ramal algo más pobre. No es el que va al cortijo serrano ahora camping sino a dos bonitos cortijos que se recogen debajo de la lancha de la Escalera y por donde nace un ramal del arroyo de la fuente del tejo. Cortijo del raso de la Escalera, se llama uno y es donde nació Rufina, la mujer del pastor Ángel que ahora vive en el cortijo de la Fresnedilla. La majá de la Carrasca, se llama el otro cortijo y no cortijo de la Hiedra como he visto en algunos mapas y libros.

Seguimos por la pista que gira a la derecha y después de pasar rozando el cortijo de la majá la Cruz, comenzamos a bajar. Enseguida aparece otro cortijillo por la derecha. Tiene su noguera en la puerta y aunque es muy pequeño, todavía conserva su horno de piedra y todo. Ahora es propiedad de alguien que no es de estas sierras y por eso me extrañó aquel día que pasé por aquí. Sentado en la puerta vi a un hombre que leía y ni siquiera prestó atención a nuestra presencia. Siguió leyendo sin pestañear.

Sigue bajando la pista y durante un trayecto se pone algo mejor pero le han hecho como unos surcos para que corra el agua cuando llueve y no rompa en trazado del camino. Llega a una curva y por la derecha, se le aparta otro ramal. Se nota que está menos usado y por eso nosotros seguimos por el de la izquierda. Este ramal lleva a un bonito cortijo en el centro de una cañada que parte la gran solana de los romeros. Por eso al cortijo le pusieron del Romeral. Cuando ya termina de meterse en surco del arroyo, otro ramal se le aparta por la derecha. Esté sí se encuentra mucho mejor y si lo seguimos bajos a tres cortijos también habitados por personas que no son de estas sierras. El del Vallejo de los Pinos, Prao de los Chopos y

el de Tarquino, el más modernos, porque el primero de ellos, más adelante diré dónde se encuentra. El que ahora llaman Prao de los Chopos se encuentra en el cauce el arroyo que baja desde el raso de la Escalera, que es así como se llama este arroyo. Tiene buenas tierras, ahora yermas, donde ondean los chopos. El otro cortijo que hay más adelante, ya casi al final de este ramal de pista, ya he dicho que se llama del Tarquino. Los del lugar también lo conocen por el cortijo de Eladio.

Nosotros nos venimos por el ramal de la derecha y en unos metros llegamos a un rellano. Es aquí donde se encuentra el cortijo que ahora ocupa la instalación rural ya anunciado. En la llanura dejamos el coche y si queremos entrar a las construcciones, tenemos que llamar o correr el cerrojo de una gran cancela de hierro. Una vez en la casa, donde leeremos un pequeño letrero en azulejos que dice: "Bienvenido a esta casa", llamamos y ya pedimos la información que necesitemos. Se me olvidaba decir que antes de la cancela de hierro, hay un puente de construcción moderna y antes todavía, en una piedra, unos azulejos donde se puede leer: "Las Castañetas". Son holandeses, los dueños de esta instalación. Un joven matrimonio con dos hijos que cuidan con esmero el rincón y siembran tulipanes que florecen en primavera y otoño. Él se llama Kes, no sé si se escribirá así y ella es conocida por muchas de las personas que viven en los cortijos colindantes por "La Riki". Tampoco sé si se escribirá así. Nota: unos días después de haber escrito los renglones de arriba, supe cómo se escriben los nombres. En holandés se escribe Cees y se pronuncia Ques, para el marido y en ese mismo idioma se escribe Riecky y se pronuncia Riqui, para la mujer.

La mañana que estuve en sus instalaciones fui recibido con toda amabilidad y nos enseñaron todo lo ahí montado, con gran profusión de explicaciones. Era pleno invierno y por eso los campos estaban apagados y sin vida. En los arroyos colgaban los carámbanos del hielo y las fuentes manaban con toda su capacidad.
Le digo a él que me explique algo para comprender mejor cómo es la instalación que visitamos y me dice:
- Dentro de este rodal que ves aquí cercado ponemos sólo cuatro tiendas. En cada una de estas tiendas, hay cuatro camas puestas con sus colchones, sus sacos de dormir. Cada tienda tiene un patio con sus mesas, silla y la cocina donde las personas se preparan sus comidas con la libertad y el calor de lo individual. En el centro de las cuatro tiendas se puede hacer una lumbre. Si viniera un grupo de amigos y alguna familia más, ponemos una tienda supletoria pero nosotros no queremos más.

Durante un buen rato el dueño se dedica a enseñarnos, las duchas, las instalaciones del agua corriente, la cueva de donde toma esta agua, a una profundidad de cinco metros en horizontal, donde tiene sembrado los árboles, el vivero, la vivienda por dentro de los dos apartamentos y su vivienda particular. Cuando ya lo despedimos nos das una tarjeta donde escrito pude

leer: “Las Castañetas está situada en un parque natura, se llama sierra de las Villas, es una parte de la sierra de Cazorla y Segura. Está en el municipio de Villacarrillo (Jaén). Tiene una altura de 1100 metros, el primer pueblo está a una distancia de 30 km. Esta zona es una naturaleza pura y bonita. Alquilamos cuatro tiendas totalmente instaladas desde junio hasta octubre. Tiene una capacidad para 16 personas. Equipadas principalmente por madera, su suelo, mesas, sillas y camas. Cada tienda contiene una cocina completa situada en el patio. Dentro de este terreno hay duchas, lavabos, barbacoas, piscina y mucho espacio para los niños jugar. Si viene alguna noche fría se puede hacer fuego en el centro de las cuatro tiendas. Durante todo el año alquilamos dos apartamentos están equipados totalmente, con una capacidad para 5 personas. En nuestros alrededores pueden andar, pescar, escalar en las montañas, hacer ciclismo con mountainbike. Naturalmente una vista rodeada de bonitas plantas, flores y pájaros. Con el silencio absoluto se siente como estar en otra época”.

Cuando terminé de leer quise aclarar que la altura, por esta zona de la sierra, roza los mil trescientos metros pero tampoco era demasiado importante. Si no queremos entrar en el recinto atrás descrito, porque nada necesitemos, por el lado de la derecha salen algunas veredas. Van a las ruinas de un pequeño cortijo cuyo dueño vive todavía en el cortijo y tiná de la Cruz. Arriba en el collado. Se llama Vicente y en el mes de septiembre que es cuando hice la ruta que describo, ya tenía 73 años. Todavía andaba bregando con las ovejas y las cabras que se comían la alfalfa que le echaban a las ovejas paridas. Los borregos retozaban por la llanura en grandes carreras.

Pues siguiendo algunas de las viejas veredas que van por este arroyo se llega al Prado de los Chopos, aunque no sea así exactamente. En el Prao de los Chopos estamos desde el primer momento que pisamos tierra por la llanura que precede al cortijo de la instalación rural. Quería decir que se llega a otra gran llanura que propiamente es el corazón de este precioso Prao de los Chopos. Una gran llanura también yerma por estos días pero con muchos árboles frutales y álamos. Por este arroyo y por los otros que se le van sumando al del Tejo, baja un buen caño de agua. En los apartamentos, sin que sea esto exactamente, recogen mucha pero como sobra, se la llevan por un tubo de plástico a los cortijos de más abajo.

2ª parte de esta ruta:
48-cortijo Vallejo de los Pinos, los Chortales, la Morra, cañada del Avellano, peña Corva, fuente del Tejo

A las praderas verdes
Distancia aproximada: 14 k.
Desnivel aproximado : 300 m.
Tiempo aproximado : 6 horas andando.
Camino: vieja vereda y sin ella.

La ruta arranca desde el mismo cortijo del Vallejo de los Pinos, pista que llega a las Castañetas y al cortijo de Tarquino. Pero en dicho cortijo se deja el coche porque a partir de este punto el firme de la pista forestal se encuentra en malas condiciones. El arroyo que por este lado baja se llama así: arroyo del Vallejo de los Pinos o arroyo de la Cruz de Juan Nuñez. El que nos queda al frente y pasa por las Castañetas, se le conoce por el arroyo del raso de la Escalera. Es el que atraviesa la bonita y buena llanura del Prao de los Chopos, pasa por delante del cortijo con este mismo nombre y se junta con el de la fuente del Tejo en la llanura donde la pista tiene un puente. Por el lado de arriba. Pues desde el cortijo Vallejo de los Pinos, se recorre el tramo de pista que sigue bajando, se cruza el bonito puente sobre el arroyo de las Aguascebas de la fuente del Tejo, se remonta levemente hacia un collado, donde al volcar entramos el cortijo de Tarquino pero justo al remontar este collado, donde por la derecha existen unas eras, por la izquierda remonta una senda. Es la senda más vieja y bonita que me encontré en estas sierras.

Hoy, día ocho de enero del dos mil y a las diez de la mañana, los charcos están convertidos en puras pistas de hielo. Ahora son las noches muy largas, se queda raso el cielo y como bajan muchos las temperaturas, se hielan los charcos, las diminutas gotitas de agua que salpican de las cascadas cuando estas se despeñan por las corrientes y hasta el rocío que mana de la tierra. La hierba, toda está tiesa. Al pisarla hasta cruje pero con un aspecto que parece de fantasía: los diminutos cristales de nieve e hielo que se han formado en sus tallos, brillan al darle el sol y como tienen tantas formas delicadas, hasta dar cierta pena pisarlos y romperlos. Así que la mañana del día que comienza a abrirse, se presenta con un atractivo casi único, como únicos son cada uno de los caminos, voladeros, llanuras, arroyos y trozos de hielo que se dan estas sierras.

A la altura de las eras, por el lado izquierda, de la pista forestal, se aparta la senda que va a remontar hasta el grandioso prado de los Chortales. Siguiendo casi la misma curva de nivel pero elevándose progresivamente, asciende por la preciosa ladera repleta de pinares, romeros, enebros y bujes. Al llegar al arroyo llamado de los Chortales, se pega a él y por el mismo surco que el cauce ha tajado para caer desde las partes altas, discurre la preciosa senda. A este tramo algunas personas de por aquí lo llaman “La Escalera

Romana”. Y es precisamente una escalera muy bien tallada, empedrara y trazada la que remonta por el portillo mientras juega con la corriente clara del arroyo que cae hasta coronar a la llanura. Pero otras referencias que tengo yo me dicen que esta escalera la construyeron unos que se llamaban Faustinos. Tenían que subir y bajar desde su cortijo a los que hay por el Prao de los Chopos, por Prao Maguillo y por lo que fue Guarondo, ahora Embalse de Aguascebas. Y a fe que la senda, y más por el tramo de mayor dificultad, está bien tallada y trazada.

Según ya vamos esta mañana subiendo, nos saluda la delicada corriente de aguas limpias con su espuma blanca y por donde discurre el líquido, las bonitas figuras de hielo. Dibujos caprichosos y esculturas de ensueño agarradas a los tallos de la hierba, a las ramas secas de los matojos y a las hebras de los juncos y juncia. Me voy parando para ir recogiendo en fotos todo lo que pueda y al mismo tiempo voy descubriendo que este arroyuelo de fantasía hasta tiene sus buenos puñados de berros verdes. Ya recorrida la escalera y coronado el portillo por donde el arroyo se vuelca para el barranco de la fuente del Tejo, nos acoge una recogida cuenca toda tapizada de fresca hierba, regada por muchos chorrillos de aguas claras y bien soleada. Se recoge esta llanura entre la curva de nivel que va por los mil trescientos metros y la que recorre los mil cuatrocientos. Esto da una idea de lo agradable que se hace el recorrido de esta ruta, al menos hasta este punto.

Una vez coronado, se sigue por el mismo cauce del arroyuelo, se rozan las ruinas de un precioso cortijo serrano, los Chortales, con su noguera por los alrededores, su viejo horno en la puerta y ahora, materiales de albañilería porque lo están reconstruyendo. Me han dicho que aquí se va a venir a vivir una familia que ahora ocupa el cortijo de la Cebadilla Alta. Han comprado estas tierras y reconstruyen el viejo cortijo para venirse a vivir a él. Se continua por la derecha siguiendo la senda que poco a poco va perdiendo claridad hasta remontar a lo más alto, pegado al pico de la morra de Chorrogil. Por el lado que mira al Embalse de Aguascebas pero bastante cerca ya de la Morra, hay un cortijo cuyo nombre serrano ignoro por ahora. Lo ocupa un joven alemán y él dice que su cortijo se llama el Tranco. Tendré que enterarme si es realmente serrano este nombre o se lo han puesto ellos para entenderse.

Como ya la mañana anda un poco avanzada, el sol calienta y por eso, los pinos laricios que sobre estas cumbres clavan sus raíces, crujen. Una multitud de piñas pequeñitas trabadas en sus ramas, se abren y sueltan los piñones para que los acoja la tierra y germinen, si las condiciones se presentan propicias. Así que mientras vamos remontando en busca de la gran llanura de la luz, nos sentimos envueltos en una sinfonía de crujidos armoniosos que dan cierto misterio y encanto a los paisajes y momentos. Por la noche, de la tierra se levanta la humedad y las piñas absorben esta humedad. Al calentarlas el sol, lo suficiente, la humedad se evapora y como

las piñas ya están secas, crujen y se abren para que los piñones salten de su habitáculo y vuelen por el aire. Es curioso y a la vez bonito el fenómeno que yo sumo a los otros millones de estos parajes para así dar más consistencia a la sierra que piso y amo.

Por entre los preciosos pinos laricios, los piornos y la zamarrila, se corona a lo más alto de esta cuerda que viene desde el collado del Tejo hacia la Morra. Con la misma altura y anchura desde aquel punto hasta este. Sólo cuando ya se aproxima a la Morra se abre. Primero en una llanura rocosa con dolinas y hoyas de tierra buena y luego se eleva unos sesenta metros para terminar en la Morra anunciada. Un cucurucho con poca plataforma donde la altura llega a los 1527 metros. A este picacho, el que sobresale en todo lo alto de la Morra, ellos siempre le han llamado con el nombre de “La Cocota de la Morra”. Muy bonitas y curiosas son tanto la cocota dicha como la cuerda que le llega desde el lado del collado del Tejo. Como si fuera un fuerte brazo montañoso o una gruesa vena que la sujetara o alimentara desde este lado para mantenerla firme y elevada entre las llanuras de Jabalcaballo y las laderas que caen para Guarondo. Y otra figura curiosa: siguiendo la curva de nivel que va por los mil cuatrocientos metros, ya he dicho que la loma que baja desde el collado del Tejo, es alargada y casi con la misma altura en toda ella. Su recorrido es superior a un kilómetro. Pues siguiendo esta curva de nivel, al abrirse para dibujar la Morra y dejarla en el mismo centro, esculpe como una gran cabeza alargada con una puntiaguda nariz.

La punta de esta nariz termina justo por detrás del cortijo de los Chortales, los ojos los tendría a la altura de otro cortijo que creo se llama del Tranco y la parte de arriba de esta cabeza, donde estaría la calva, da justo al tranco del Acebo, por donde ya el río Aguascebas Chico se despeña para Chorrogil. Lo que es la parte de atrás de esta cabeza, con su cuello y un trozo de espaldas, queda paralelo al arroyo de la cañá del Avellano, cuando éste todavía discurre por las llanuras de Jabalcaballo. Desde lo más alto de la cabeza, la cocota, hasta donde se le acaba el cuello, esta curiosa y original figura tiene dos kilómetros, siguiendo siempre la curva de nivel que va por los mil cuatrocientos metros. Y tengo que decir que por el lado donde esta cabeza tendría sus ojos y cara, es por donde se van formando los escalones rocosos que, con sus respectivos poyos, van cayendo hacia el valle de Guarondo. Un conjunto montañoso delicadamente modelado por las fuerzas de la naturaleza y hermosamente bonito mirado desde el corazón que agradece a Dios tanta belleza y a cambio de nada.

Pero antes de seguir todavía quiero apuntar una reflexión. ¿Cómo se llamará el brazo montañoso que ya he dicho arranca por el collado del Tejo y llega hasta la Morra? Seguro que los serranos le pusieron su nombre pero como yo no lo sé todavía, para poderme explicar, lo dejaré en el brazo, vena o cuello que sostiene a la morra más bonita que se elevan por estas sierras. Pues una vez coronado esta cuerda rocosa, descubrimos que justo por aquí

mismo cruza otra senda que es la que viene desde Poyollano y alcanza las llanuras de Jabalcaballo. Es la que los serranos conocen por la Vereda de la Morra. Simplemente la Morra, porque luego la otra es la de los Cerezos o la de la Torca. Esta de Chorrogil los serranos la nombraban con sólo la palabra Morra.

Siguiendo este otro también bonito camino serrano, para el lado de la izquierda, se recorre toda una complicadísima ladera rocosa. Es la parte del cuello que antes decía, que va desde el lado de las orejas hasta el cogote, lado por donde corre la preciosa cañá del Avellano. Nosotros hemos coronado justo a la altura donde el cuello que sujeta a la Morra, tiene el comienzo de la cabeza. Y por aquí, esta loma, es un lapiaz calizo lleno de muchas rajas, dolinas, covachas y miles de rocas con aristas afiladas. Cuando la senda termina de caer a la cañada, lo hace justo al lado de las ruinas de un cortijo. Este el cortijo de la cañá del Avellano de Abajo y también el cogote antes dicho. Pero ellos lo conocían por el cortijo de Cristóbal.

Si ahora siguiéramos este arroyo, cañada arriba sin torcernos para ningún lado, iríamos a parar justo al collado del Tejo. Ojo: porque este collado, en algún mapa viene reseñado con el nombre de collado del Muerto. Fue un error. El collado del Muerto se encuentra justo en esta misma dirección pero donde propiamente nace el arroyo de la fuente del Tejo, entre la morra de los Cerezos y el puntal de los Robles y a una altura de 1563 metros. El del Tejo se encuentra entre dos puntos que alcanzan los 1482 y 1537 metros. Ya digo que fue un error que en futuras versiones de este mismo mapa, aparecerá corregido.

Ya en las tierras llanas de la delicada cañá del Avellano, nos encontramos que están valladas porque son propiedades privadas y dentro de las cercas pastan vacas y ovejas. Como se pueda se continua subiendo por el arroyo en dirección contraria a como este corre hasta que se llega a un comienzo de pista. Pero si buscamos con interés descubrimos que por el lado de abajo de las ruinas del cortijo, las dos alambradas, dejan un pasillo. Justo por aquí es por donde se cuela la senda que viene desde el tranco de la Morra. Era este un viejo camino por donde salían y entraban los serranos a estas profundidades de la sierras y por eso, cuando por el pasillo que dejan las alambradas, cruza el cauce, la senda continua y por el lado derecho del arroyo se alarga hasta los cortijos que por debajo del Pardal y barranco del los Palancares, ellos habitaban. Pero en nuestro recorrido de hoy, al cruzar el cauce y por el borde de estas alambradas se sigue subiendo hasta el tronco de un viejo álamos, se rozan las paredes de otro cortijo que se llama de Jabalcaballo. Está habitado y con perros. Pero antes de retirarnos de la que fue una riquísima cañada por la bondad de sus tierras y la abundancia de sus aguas, quiero decir algo de ella. Junto al cauce se encuentra tupida de árboles de varias clases. Algunos sí son avellanos pero también hay fresnos, álamos y membrilleros.

Esta cañada se fragua en cinco o seis puntos distintos, tres de ellos, en línea recta al surco que vamos recorriendo y dos, también en línea recta pero en paralelo al arroyo principal. Ya dije que el mayor de estos arroyos es el que baja desde el collado del Tejo. Ahí mismo nace uno de los principales ramales de la cañada que decimos, afluente a su vez, del río Aguascebas Chico o de Chorrogil. El arroyo paralelo a del collado del Tejo es el de la Rinconá que también nace en la misma cuerda de la morra de los Cerezos. Y ahora tendría que decir que la morra de los Cerezos está formada por un conjunto de seis picos todos por encima de los mil quinientos metros. Por eso en este gran macizo nacen tantos arroyos, en la vertiente del Guadalquivir para Coto Ríos y también en la vertiente de Guarondo. Paralelo al arroyo de la Rinconá hay otro cauce más pequeño y luego otro que ya entra desde el lado del Pardal, dejando a peña Corva en el mismo centro.

Pues la figura que la cañada tiene, si se recorre la curva de nivel que va de los mil cuatrocientos metros para abajo, dibuja una figura extrañamente curiosa. En absoluto se parece a ningún otro accidente geográfico u orográfico dentro de las sierras de este Parque Natural. La morra de Chorrogil a un lado y otra elevación montañosa casi de las mismas características al otro lado, para el Pardal, se enfrentan y casi cierran el paso a la cañá del Avellano. Incluso le pusieron un tapón a la salida de esta apertura, con pequeño morro de 1418 metros de alto. Pero por el lado de la Morra el arroyo de la cañá del Avellano se escapó y la altura contenida entre las curvas de nivel de los mil cuatrocientos y los mil trescientos, se coló cañada arriba. Una especie de espada fina o candelabro que por el lado del collado del Tejo termina en cabeza de ratón y por el lado de la fuente de la Berraza, en cuello de jirafa con dos grandes orejas. La nariz sería el arroyo que llega desde el lado del Pardal y las orejas, los dos arroyos que llegan desde el lado de la morra de los Cerezos. Ya dije antes que la distancia de esta espada terminada en ratón y en cuello de jirafa, será algo más de dos kilómetros. La anchura varía mucho. Por donde la cañada sale para irse hacia Guarondo, tiene poco más de trescientos metros pero por la parte de arriba, la más ancha, puede llegar a quinientos metros.

Pues seguimos nosotros con la ruta que venimos recorriendo y al remontar enganchamos con la pista forestal y de tierra que viene desde el arroyo de Gil Cobo y recorre las llanuras de esta altiplanicie. Pero antes pasamos por un cortijo muy bonito y grande que se asienta a unos seiscientos metros más abajo del de la fuente de la Berraza. Creo que este es el cortijo de Jabalcaballo. En él vive gente y hasta hay perros que ladran a los que por aquí se acercan. Están dentro de una alambrada. Por este punto ya el arroyo se ha dividido en dos. El de la fuente de la Berraza y el que viene desde el collado de la fuente del Tejo. Pero a pesar de ello trae mucha agua. Justo a unos metros antes de este cortijo comienza la pista de tierra que remonta levemente durante un recorrido de unos trescientos metros y ya se

junta con la que viene desde el arroyo de Gil Cobo. Para la derecha se puede llegar hasta lo más alto de peña Corva, la preciosa roca curvada en forma de media luna y que tiene mil quinientos cincuenta y nueve metros de altura. Desde su atalaya se divisa una de las mejores vistas que se pueden gozar del gran Parque Natura.

Aquel día, el regreso nosotros lo hicimos desde peña Corva, siguiendo la pista que lleva al arroyo de Gil Cobo pero al llegar a los praos de la fuente del Tejo, nos metimos por las bujeas que en la caída de este arroyo crecen. Salimos a un rellano donde existe un cortijo pequeño llamado la Huelga y donde viven algunas personas no serranos. Tampoco hablan el castellano y por eso tuvimos dificultad para entender las cinco o seis cosas que preguntamos. Él era de Checoslovaquia y, según entendimos, estaba guardando el cortijo a su verdadero dueño. El que, según me han dicho, subía los sacos de cemento a cuestas desde el cortijo de las Castañetas hasta este de la Huelga. Hay que recorrer la empinada cuesta y remontar el inclinado escalón rocoso que la vereda presenta desde aquel punto hasta este para saber bien la dificultad del recorrido y más cargado con sacos de cemento. Pero la Huelga, es rincón muy hermoso, por lo recogido entre voladeros, la buena tierra que tiene, la abundancia de agua y la exuberante belleza de los paisajes que le rodea.

Desde este punto una muy poco visible senda, cae por el abrupto voladera y cascadas de la fuente del Tejo hacia el Prao de los Chopos. Si se sigue fiel, aunque presenta si dificulta y peligro, se desciende bien desde el poyo de la Huelga hasta las llanuras del Prao de los Chopos. Es una sendilla que sale justo al mismo cortijo de las Castañetas. Desde ahí a donde tenemos el coche, sólo son unos metros y una sincera satisfacción. La ruta nos ha llenado de hondos momentos bellos. La luz que presentan los paisajes, la abundancia de agua en las fuentes, arroyos y praderas, la espesura de los bosques, las empinadas laderas con sus viejas sendas zigzagueando por ellas, los pinares de laricios con sus toneladas de piñas menudas, las amplias panorámicas en todas las direcciones, la presencia de tantos cortijos, siempre remitiendo a aquel pasado y las personas que los levantaron y habitaron, la misteriosa y gran llanura de Jabalcaballo y otros mil matices y sensaciones que son imposible recoger y decir con palabras, nos llenó el alma de una dicha y plenitud que nunca antes habíamos saboreado en ninguna otra experiencia.

Pero antes de cerrar este capítulo tenía que hablar de algo que aquel día se me clavó muy hondo. Algo que ya desde mucho antes me ha venido rondando la cabeza y cuanto más ando y conozco los rincones que coronan y rodean al Embalse de Aguascebas, más me escarba dentro. Me quiero referir a lo que contamina las fuentes, arroyos, cañadas y barrancos que voy encontrando por esta cuenca alta del Embalse de Aguascebas. Es en este embalse donde se retienen y recogen todas las aguas que por encima de él

manan y corren. Y de las aguas de este embalse bebemos todos los que habitamos en los pueblos de la Loma de Úbeda. Pero por lo que en este trabajo mío he ido descubriendo, estas aguas que bebemos no son tan puras. Y antes de seguir, quiero aclarar que lo que voy a decir no es porque esté en contra de los rebaños de ovejas que por aquí pastan ni en contra de los pastores que por aquí tienen su sistema de vida ni tampoco estoy en contra de las personas que ahora ocupan tantos cortijillos abandonados por estos rincones. No estoy en contra de nada de esto pero tanto los rebaños de ovejas, vacas y personas que ahora habitan estos cortijos, contaminan y contamina las aguas que se retienen en el pantano y que luego bebemos en los pueblos de la Loma de Úbeda.

Y como son muchos los rebaños de ovejas, vacas y personas, la contaminación también es abundante. Justo en los mismo veneros de donde brotan las aguas y luego a lo largo de todo su recorrido. Todos los excrementos de estos animales y personas, van directamente a los acuíferos y a los arroyos. Las preciosas cañadas con su hierba verde, están repletas de basura de animales. Los bonitos manantiales con sus claras aguas están ocupados por cortijos llenos de personas que echan a las aguas mucha suciedad. Claro que las corrientes de los arroyos tienen muchas posibilidades de purificarse por sí mismas pero cuando la contaminación es tanta y justo donde están los primeros veneros de estas aguas, ¿Cómo es posible que las aguas que bebemos en los pueblos no estén contaminadas? Y si esas aguas la cogen del otro Embalse, el del Tranco, la contaminación es cien veces más. Al Tranco, el Guadalquivir le entrega muchas aguas sucias, con excrementos y otros desechos de varios campings, hoteles, casas, cortijos y pueblos.

Y si alguien me pregunta por la solución de estos problemas, tendría que decir que no lo sé pero que la realidad es esta. Clara está ante nosotros y va creciendo. ¿Habría que acabar con los rebaños de ovejas pastando por estas sierras? Creo que no. O mejor, rotundamente no porque a los pastores los quiero desde lo más hondo y ellos son los verdaderos dueños de las tierras. ¿Habría que acabar con tantos cortijos habitados sin ni siquiera un mínimo cuidado para no contaminar las aguas? Pues no lo sé pero el problema está ahí y va creciendo. ¿Habría que cerrar tantos campings, hoteles y otros establecimientos? Tampoco lo sé pero ellos son fuente de gran contaminación en las limpias aguas de los cauces de este parque natural. Y esas aguas contaminadas nos las bebemos en los pueblos de la Loma.

No eran niños serranos
Subimos por el camino
que recorre el arroyo claro,
pisamos la hierba arrugada,
cristales de hielo azulado,
charcos con dibujos de viento
en la tierra de los avellanos
y torcimos para peña Corva,
atalaya que corona al llano
y después de pisar más cristales de hielo,
barro y más barro,
coronamos la roca blanca,
mirador y excelso faro
de la profunda sierra que el alma
quiero tanto.

Pues veníamos ya de regreso
cuando del lado de la tarde fría,
el Pardal y el sol apagado,
vimos a los cinco niños
que bajaban como jugando
con su yegua, la hierba y el frío
y junto al majuelo esperamos
el encuentro que soñamos bonito,
pero fue raro, muy raro.

Los niños al vernos, temían
mostrándose desconfiados,
huraños como gacelas silvestres
y ellos eran guapos,
hermosos en aquella tarde y tierra
que nosotros tanto amamos
y claro que nos dolió
que no fueran niños humanos,
pero era natural porque ellos
ni eran niños serranos
ni paisajes reales de estas sierras
ni hermanos con los hermanos.

Quiero decir que en el día 8-1-2000, estuvimos por las llanuras de Jabalcaballo. Coronamos a peña Corva y al regresar, desde el lado de la tarde, por el carril de tierra, vimos un grupo de cinco niños que venían montados en una yegua. Los esperamos junto a un majuelo sin hojas para saludarlos, conocerlos y charlar de algunas cosas con ellos pero cuando estuvieron a nuestro lado, se mostraron esquivos con nuestra presencia, huraños a nuestro recibimiento, desconfiados y hasta mal educados. Al

preguntarles por el nombre, alguno respondió: "¡Y a ti qué te importa!". Nos dolió tan frío desaire pero pudimos comprender porque los niños que encontramos surcando los caminos serranos, ni nacieron ni son de estas sierras. Son de los que ahora viven en algunos de los cortijos que levantaron aquellos serranos y claro, como tantas otras cosas por estos grandiosos parajes, chirrían y desentonan porque sus señas de identidad son otras.

49- Prao los Chopos, Escalera de Faustino, llanuras de la Morra, cortijo Justa la Fumaora, Tornajos, cerrá y cueva de la Morra, cocota de la Morra, escalera de la Morra, cueva Carambilla, cortijo y poyo Carambilla y cortijo Tarquino. Fecha de la realización de esta ruta: domingo 2 de abril de 2000.

Distancia aproximada: 8 k.
Desnivel aproximado : 275 m.
Tiempo aproximado : 6 horas andando.
Camino: viejas veredas y campo a través.

Preámbulo

El día que hice esta ruta amaneció muy nublado, con fuerte viento que además era frío, me llovió bastante a lo largo del todo el recorrido y comprobé que la primavera ya estaba por completo brotada en toda la sierra. Sobre las llanuras de la Morra me encontré la hierba seca de la gran sequía que se había prolongado a lo largo del todo el invierno y las fuentes manaban sólo hilillos de agua que eran de miseria. Pero este día estuvo lloviendo todo él, siguió lloviendo por la tarde y luego a lo largo de toda la noche. Me alegré mucho porque para los paisajes, vegetación, hierba y manantiales, era la salvación. A pesar de todo, este día cantaban las tórtolas, los arrendajos, volaban los buitres, estaban florecillas las violetas, las primaveras, los narcisos, las escilas y los gamonitos. Los cerezos por los tornajos de la Morra también estaban florecidos y los álamos ya estaban cubiertos con su nuevo traje de hojas recién nacidas. Fue un día realmente de ensueño y de ello me alegré porque el recorrido que hice por el macizo de la Morra esto era lo que se merecía. Los paisajes, al caer la tarde, se mostraban con una limpieza que daban ganas de comérselos.

Por los tornajos de la Morra me encontré un rebaño de ovejas, algunas cabras blancas con sus cencerros, un par de acebos por la cerrada que hay en el cauce de Chorrogil, al final de los tornajos, una vieja calera junto a las aguas de Chorrogil y luego cuando ya regresaba, al terminar de bajar la escalera de la Morra, vi una manada de chotos monteses y junto a la cueva de Carambilla, cinco o seis ciervos. Pude recrearme con la preciosa cueva de la Morra, mirando al cortijo del tranco del Acebo y las que se abren por donde cae la escalera ya mencionada. Por las chimeneas de los cortijos de cueva

Carambilla, los Tarquinos y Prao los Chopos, salían buenos chorros de humo. De seres humanos sólo vi un pastor con su rebaño de ovejas por las llanuras de Jabalcaballo, cuando miraba con los prismáticos y por eso no puede hablar con él y dos niños que jugaban en la corriente del agua que baja por el arroyo de los Chortales.

Resumo la ruta

Arranca en las mismas llanuras de Prao los Chopos, que es donde se puede dejar el coche, remonta por la pista que viene al cortijo de Tarquino y al llegar al collado, se va por la vereda que sube para los Chortales. Sube por la vieja vereda, recorre la escalera de los Faustinos, llega al cortijo de los Chortales, recorre toda la hondonada y visita cada uno de los manantiales que por aquí brotan, sube por el arroyuelo que, siguiendo el filo del escalón rocoso, lleva hasta las llanuras mismas de la Morra. Recorre estas llanuras, baja para el poyo donde estuvo el cortijo de Justa la fumaora, con su noguerilla, su acequia sin agua y sus parras secas pero con su tierra hermosísima y llena de hierba. Desde aquí sigue bajando y en sólo unos metros vuelca y llega a los tornajos de la Morra, donde mana un copioso venero, hubo un cortijo, hay todavía cerezos, ciruelos, álamos y parras y desde ahí, por una veredilla que cae hacia el barranco, se mete en lo más hondo del cañón de Chorrogil. Roza la vieja calera que todavía se puede ver por aquí, sé mente en los charcos del río y durante un rato juega y se entretiene tanto con el agua como con los narcisos, las violetas y las prímulas.

Desde este punto remonta otra vez para los tornajos pero antes de llegar a ellos, se viene para el lado del pardal, que es la derecha y por ese puntal, remonta buscando la cocota de la Morra. Pero antes de coronar se encuentra con la preciosa cueva de la Morra, abierta en un frontón rocoso cara al sol de la tarde y como tiene entrada y salida por la parte de atrás, por ahí se continua, se salta por las rocas que van presentando el espigón y en poco rato ya corona a lo más alto de la cocota de la Morra. Desde aquí contempla la grandiosidad de los paisajes, por la derecha, por la izquierda y en todas las direcciones y luego se baja por el lado de la cañá del Avellano, llega otra vez a las primeras llanuras que encontró cuando subía del cortijo los Chortales, se mete por la vieja vereda y empieza a caer por el verdadero, bonito e impresionante tranco de la Morra que es donde le trazaron la famosa escalera. Antes de caer visita las curiosas cuevas que por este tranco se abren y algunas en todo lo alto y luego desciende. Al final de la escalera, por el lado del sol de la tarde, se encuentra con la preciosa y gran cueva Carambilla y desde aquí sigue bajando.

Antes de toparse con el cortijo de Carambilla, en el espigón rocoso por debajo de la cueva y en una meseta repleta de verde, se encuentra con otra vieja senda. Se viene con ella para el lado del cortijo de Tarquino y durante un buen rato, recorre este poyo, por debajo del gran tranco de la Morra y por

encima de la cuesta del Oso y cuando ya corona, empieza a bajar hacia la cuenca del arroyo Chortales. Por esa ladera y todavía antes de llegar al cauce, se cruza con varias veredas pero la ruta sigue bajando. Cruza el arroyo Chortales por debajo de la Escalera de los Faustinos y en unos metros ya se encaja en el mismo cortijo de Tarquino. No lo visita sino que sigue adelante, cruza otra vez el arroyo de la fuente del Tejo y unos metros más vuelve a llegar al punto de partida. Se ha cerrado el circuito y se ha terminado la grandiosa ruta que dura como unas seis horas para poderla gozar con calma y el gusto que los paisajes merecen.

Describo la ruta

Son las nueve menos veinte de la mañana del domingo dos de abril de 2000. Voy a hacer la ruta a la Morra y sus poyos. He dejado el coche un poco antes de donde la pista de tierra atraviesa el arroyo de la fuente del Tejo. Por aquí ya tiene trozos muy malos pero antes, sí está mejor porque esta pista es la que trae al camping de la Castañeta. Hasta hace un momento ha estado lloviendo menudamente pero ahora ha dejado. Puede que hoy llueva mucho porque eso es lo que dicen las noticias y el día se presenta muy cerrado de nubes, hace frío y corre un viento fuerte. Hasta puede nevar hoy. Me pongo en ruta y enseguida me encuentro por la izquierda un trocico de pista de tierra que es la que lleva al cortijo Prao de los Chopos. Ahí viven gente y por eso aquí mismo hay un coche rojo. Las cuatro gotas que han caído le han dado al campo un aspecto de humedad y frescura como hacía ya mucho, no se veía por estas sierras.

Al amanecer hace frío pero cantan los pajarillos. Ellos saben que es primavera y con ella se alegran aunque ahora mismo parezca invierno. Me encuentro algunos narcisos, de la especie rupícola, que todavía anda brotando. Da la pista una curva y junto al arroyo, el de la fuente del Tejo, hay una gran llanura. Tenía curiosidad de saber por qué punto exacto se junta el arroyo que antes decía con el que viene del raso de la Escalera. Por eso, me aparto de la pista y durante unos metros me voy arroyo arriba hasta encontrarme las juntas. Mientras ya voy andando veo el cortijo del Proa de los Chopos. Queda más pegado a donde he dejado el coche y no en las tierras llanas sino entre los peñascos. El arroyo hoy trae mucha agua pero ha disminuido con relación a este invierno pasado. Los fresnos ya empiezan a brotar. Pegado a las torrenteras de esta arroyo todavía siguen aquellos árboles frutales. Cerezos, membrillos granados y otros. Por la chimenea del cortijo del Prao de los Chopos ya sale una hebra de humo. Y aquí mismo, delante del cortijo y en la explanada, es donde se juntan los dos arroyos que antes decía. Ya tengo claro otro rincón más de estas sierras y ello me produce cierta alegría.

Me vuelvo y ahora ya tomo por la pista que lleva al cortijo de Tarquino. Remonto hasta el collado donde se abren las eras y por la izquierda, cojo la senda que sube para el cortijo de los Chortales. La de la Escalera Romana.

Cantan los pajarillos y unos arrendajos, al descubrirme, han remontado vuelo chillando como desesperados. También arrullan las tórtolas. A las nueve voy ya remontando por la vereda que lleva a la escalera y ahora empieza a llover menudamente. Me encuentro a la senda muy despejada y como si ahora anduvieran mucho por ella. Alguien ha venido por aquí e incluso le han cortado las matas de enebros y sabinas que cerraban el paso. Un viejo pino caído y de él han hecho madera. Quizá del cortijo de Tarquino han subido por aquí a por leña para las lumbres. Sí, eso parece. Están ya brotadas las peonías, con sus flores a punto de abrirse. Por esta ladera y antes de la escalera, hay algunos ejemplares de pinos de gran porte. Son de la especie negro y se ve que cuando por aquí cortaban maderas a estos los indultaron. Recuerdo que el otro día una noticia decía que a todos los ejemplares de árboles que en España pasaran de trescientos años de edad, los iban a declarar monumento nacional. ¿Cuántos años tendrán estos?

Conforme la senda se va acercando a la escalera, surco por donde también corre el arroyo, se va pegando a una pared rocosa que se alza por el lado izquierda. Es una gran pared tanto por su altura como por su inclinación. Una vez más compruebo que ellos sabían trazar sendas por estas sierras, porque de lo contrario su recorrido no estaría tan lógicamente pensado. Cuando ya se acerca al arroyo hasta la tuvieron que sujetar con una pared de piedras sin mezcla, por el lado de abajo que es mi derecha, para que pudiera avanzar más y encontrarse con el surco del cauce. Llega al arroyo y hay un charco muy bonito. A un lado y otro le hicieron dos pequeñas paredes de piedras para que el agua se fuera toda junta y por el mejor sitio para que así no inundará a la senda. Ahora descubro que le sobre este charquito han puesto un original puente de madera. Serán las personas que anda reconstruyendo el cortijo de los Chortales. Pero se ve también que a alguien no le ha gustado tal puente y por eso lo han arrancado, todo de cuajo y en un sólo bloque y lo han volteado para donde se despeña el agua. Ahí se ha quedado todo entero pero sin utilidad ninguna. Me paro y lo observo. Descubro que serían necesario al menos tres personas para levantarlo de donde ha caído y volverlo a su sitio. Puede servir tal como está porque apenas se ha roto. Es un puente con sólo dos troncos de pinos y de un tronco a otro, muchas tablas clavadas y también de pino.

Sigo y a partir de este puente, por el lado derecho del arroyo, la senda traza seis o siete curvas, es la famosa y conocida escalera de Faustino y enseguida remonta y sala a la tierra buena por donde el arroyo viene entrando. El agua viene por un surquito abierto en la tierra y en cuanto cae por el portillo hacia el barranco de Tarquino, se abre y salta en cascadas de charco en charco. Es tiene mucha belleza tanto el rincón de la tierra llana y fértil por donde nace el arroyo como el portillo por donde sube la escalera y en la ladera por donde el arroyo se despeña en busca del cauce fuente del Tejo. En cuanto me voy a cercando al cortijo, todavía ruinas, descubro que alguien ha venido por aquí no hace mucho. Han talado los árboles frutales y

hasta le han puesto boñigas de vacas alrededor de los troncos para que le sirvan de abono. Hay cerezos, membrillo, ciruelos y nogueras. Algunos fresnos también crecen por aquí, varios robles y pinos. Me acerco al cortijo y aunque ya lo conozco de otras veces, hoy que vengo solo me apetece gustarlo más detenidamente. Descubro que por el lado de la Morra, ya han reconstruido una de las habitaciones, la han techado y hasta le han puesto una puerta de hierro que han cerrado con llave. Lo encuentro natural porque seguro que dentro están metiendo muebles y herramientas. No van a dejar todas estas cosas sin llave y al alcance del primero que por aquí venga.

Me voy por la parte de atrás y me remonto sobre unas rocas. Lo observo durante un rato y descubro que tiene arrancado todo el tejado. Las paredes las tiene casi intacta pero hasta que el tejado esté por completo en condiciones, tiene faena. La Morra queda por este lado derecho, en todo lo alto y hasta se ve un poco desde aquí. Ya dije que el rincón es bonito de verdad y ahora lo repito otra vez porque según lo voy descubriendo la emoción me crece. Es un rincón ideal para venirse a vivir por la cantidad de hierba que tapizan las tierras que rodean, la espesura de los bosques, la abundancia del agua, la soledad que manan por estas cumbres y lo curiosamente modelado que está. No deja de llover aunque sea menudamente. En la misma puerta tiene este cortijo su horno. Es muy bonito. Lo construyeron a dos aguas y como todavía sigue intacto ahora lo han llenado de piñas secas y maderas y parece como si esperara que de un momento a otro alguien estuviera a punto de llegar y prenderle fuego. Este horno queda un poco separado del cortijo aunque bastante cerca.

Avanzo un poco y en unos metros me encuentro con el surco del arroyuelo que baja desde la misma Morra. Hoy no tiene agua este arroyuelo. Y tengo que decir que es un arroyo de cauce muy corto, que nace en las mismas tierras llanas de la Morra y por esta ladera, casi nada inclinada, cae hermosamente hasta encontrarse en el rincón de la buena tierra del cortijo de los Chortales. Desde aquí mismo hasta las tierras llanada donde junto a la cocota de la Morra nace, hay un desnivel de aproximadamente ciento cincuenta metros y la distancia es como de un kilómetro. Desde aquí mismo y durante unos minutos me voy para el otro lado. La cañada que queda al frente total del cortijo y es por donde subía una pobre vereda hasta coronar al collado y caer al cortijo de la Huelga, en el arroyo de la fuente del Tejo. Por esta cañada, casi por completo llana, suben las tierras fértiles que se prolongan desde el portillo por donde sube la escalera. Se ven todavía las paredes de piedra que ellos hicieron para sujetar estas tierras en forma de bancales y así poderlas sembrar y regar con más comodidad. Ahora por aquí sólo crecen mucha mejorana, tomillos, cornicabras, fina hierba que aprovechan los rebaños de ovejas y los animales salvajes y por supuesto, pinos y algunos robles.

Durante unos quince minutos avanzo por esta vereda, por donde me

voy encontrando pisadas y boñigas de vacas. Sigue lloviendo y por eso, al mojarse la tierra, se me pega en las botas y casi no puedo andar. Es señal de que la tierra es de buena calidad. Ya lo he dicho antes. Hay por las cumbres de estas Sierras de las Villas, unas cuantas vacas sueltas que se pasan el año recorriendo los rincones desde el muro del Embalse del Tranco hasta el puerto de las Palomas. No hay praderas por estas cumbres que no tengan huellas de estas vacas y boñigas. Llego como a la mitad de la cañada desde, entre el portillo de la escalera hasta el collado por donde se vuelca para el arroyo de la fuente del Tejo y me paro. Al mirar para atrás, me sorprendo de la vista tan bonita y amplia que desde este punto se ve. Este rincón es mucho más grande de lo que a primera vista pudiera parecer. La lluvia sigue cayendo y al chocar las gotas sobre la tela del paraguas que para estas ocasiones y estas sierras tengo, produce un ruido muy singular. Me gusta oír esta música por lo que me transmite y habla de la naturaleza que tanto quiero.

Como no tenía intención de remontar hasta el collado que vuelca para el arroyo de la fuente del Tejo, me vuelvo para atrás y ahora recorro esta bonita hondonada un poco elevado entre la llanura que se recoge por delante del cortijo y la ladera que cae desde lo más alto. Es decir, me vuelvo para atrás y ando en dirección a la Morra como si ya empezara a irme para ella. Campo a través trazo mi camino y voy por la curva de nivel que va marcando los mil cuatrocientos metros. Siguiendo esta curva, desde un lado del portillo hasta otro lado, los dos collados de ambos lados y la ladera que ahora recorro y que se enfrenta al portillo, esta hondonada tiene una figura muy parecida a la de un pimiento morrón algo grande. De esta curva de nivel para arriba la ladera se presenta mucho más pronunciada pero para abajo y hasta encontrarnos con el portillo por donde remonta la escalera, el terreno es mucho más llano. Es decir, las curvas de nivel están mucho más separadas entre ellas indicando que la inclinación del terreno es mucho menor.

Voy entrando en una primera hondonada y me encuentro muchos helechos y juncos. También árboles frutales y por el suelo, como la humedad es mucha, crecen espesas las primaveras. Unas maticas silvestres, con hojas anchas y muy verdes que por estas fechas y desde el mes de enero, echan una florecillas amarillas muy hermosas. Entre estas preciosas matas florecidas crecen abundantes y lozanas las violetas silvestres. El campo, los rincones de estas sierras, siempre sorprenden y en cualquier época del año. Y siempre lo hacen con lo mejor, lo más puro y silvestre y por eso lo más original. En este barranco, que ha dicho es el principal en la hondonada donde se recoge la casa, brota un venero. Y como el manantial surge algo elevado sobre la ladera, pues le construyeron su alberca para retener el agua y con ella regar las tierras en los momentos que lo necesitaban. La alberca ya no está. Sólo de distingue su forma y tampoco recoge agua alguna. El venero surge justo por debajo de una piedra y viene como del lado de la fuente del Tejo. Por esta hondonada crece también un espeso bosque de bujes. Hay un

cerezo y un majuelo. Justo por donde nace el agua crecen los berros y como están la lozanos y frescos no resisto la tentación de coger algunos tallos y comérmelos. Saben algo a rábanos, porque los berros este es su sabor característico y por eso me gustan. Este manantial no es nada espectacular como le pasa a la fuente del Tejo pero precisamente por eso es tan delicadamente bella. Echa un buen caño y eso me indica que casi con toda seguridad no se secaba nunca. Este era el manantial que a lo largo de todo el año surtía de agua a las personas que vivían en el cortijo y para regar las tierras.

Sigo mi camino en dirección a la Morra porque es lo que hoy tengo pensando y como todavía no he desayunado, mientras ando, descuelgo mi mochila, saco de ella pan, un trozo de chorizo y con la navaja corto para ir comiendo mientras camino. Voy dándole la vuelta a la hondonada que se enfrenta al cortijo y al portillo y ahora empiezo a descubrir que lo que por aquí mana no es un sólo venero sino muchos y a lo largo de toda la hondonada. Recuerdo ahora que al lugar los serranos lo bautizaron con el nombre de los Chortales. Sitio donde se encharca o mana mucha agua. Eso es lo que estoy descubriendo. Por el mismo tronco de otro cerezo regurgita otro cañico de agua. Está rodeado de un buen puñado de narciso y primaveras. Y junto a este venero me encuentro algo que no esperaba: un charquito todo teñido de óxido de hierro. Es decir: como si el venero que por aquí brota pasara por algún filón de mineral de hierro y por eso el agua se tiñe de este mineral. No me extraña pero también sé que no es muy normal que por estas sierras haya filones de mineral de hierro. Pero lo que aquí veo eso es lo que me indica.

Más cerca de la Morra, un segundo barranco, me encuentro con otro manantial. Y echa un buen caño de agua. Me inclino por creer que este sí es el manantial principal. Sale por entre unos bujes, le han puesto una teja para encuazarla un poco y poder beber y por eso cae al surco de una arroyuelo menor donde se forma un charco. No se ve que por aquí hubiera alberca aunque puede que sí la hubiera pero puede que algo más arriba. Hoy ya no me voy a entretener más en explorar cada metro de esta hondonada. Dejo atrás ya la hondonada por donde mana tanta agua y me vengo para el lado de la Morra. Me remonto sobre un puntalete y al mirar ahora para el valle del cortijo otra vez me sorprende la vista tan bonita que desde aquí ofrece este recogido valle. Primorosamente bello es este pequeño valle recogido entre montañas, las hondonadas y collados que acabo de recorrer y con una gran puerta abierta hacia el barranco mayor que es el portillo por donde remonta la senda con su escalera. ¡Qué rincón más bonito forma este valle de los Chortales! Ellos lo sabían y por eso se vinieron a vivir a él pero no apreciaban tanto su belleza porque la monotonía de vivir años y años en él embota el paladar de muchos sentidos.

El arroyo que baja desde la misma morra parece que va dando acogía

a una senda menor. Tiene agua por aquí este arroyo, bastante más arriba de donde se encuentran las ruinas del cortijo. Y aquí mismo, junto a la senda que comienza a remontar, hay un enorme pino laricio con una buena hendidura en su tronco. Es de la que ellos le hacían a los pinos viejos para sacar su resina. En esta hasta hicieron una lumbre y por eso está quemada. Todavía tizna si le paso la mano por la madera quemada. Por encina de este pino se juntan dos arroyuelos. El que viene desde la Morra mismo y otro que entra algo más del lado de peña Corva. Pues este segundo arroyo es el que de verdad trae el agua. Y aquí, por donde yo lo cruzo, me encuentro que también le construyeron su alberca. Ahora tampoco embalsa agua. También por aquí la tierra es muy buena y tiene muchos juncos, muchos narcisos, violetas y primaveras. Los narcisos son de las dos especies: los rupícolas y los enanos. Las dos especies florecen en pleno invierno, cuando más frío hace pero casi siempre se prolongan, como es este caso, hasta bien entrada la primavera. Por el arroyuelo que baja de la Morra, la hondonada es mucho más pequeña y por eso no tiene agua. Me despido del que sí tiene agua, remonto un pequeño puntal y antes de encontrarme con el arroyo que de verdad necesito para subir hasta la morra me tropiezo con un cenajo pequeño.

En este caso particular llamo cenajo a una pequeña covacha que se abre e forma de visera, bajo unas rocas no demasiado grandes. Es como un refugio para meterse cuando llueve y no mojarse pero sin que tenga puertas. Ellos usaban estos refugios para encerrar ganado y por eso este, hasta tiene algunas piedras puestas por la parte de delante para formar un corral y que los animales quedaran algo encerrados. En este macizo de la Morra hay una cueva, muy parecida a esta pero mucho más grande, que en aquellos tiempos sí usaban para encerrar animales. Me estoy refiriendo a la bonita cueva de Carambilla. Al final de esta ruta pasaré justo por su misma puerta y hasta entraré dentro. La covacha que me acabo de encontrar ahora se abre mirando al cortijo que ya me queda bien atrás.

Sigo mi ruta y ya por el surco del arroyo que me va a servir de apoyo, miro el reloj. Son las diez de la mañana y ahora deja de llover. La tierra sólo se ha mojado un poco pero si continua lloviendo la primavera será de las mejores en los últimos años, por estas sierras. Conforme voy subiendo descubro que junto a este pequeño arroyo ellos también aprovecharon la tierra para sembrarla. Es de excelente calidad esta tierra. Se empiezan a abrir las nubes y esto me alegra un poco a la vez que también me pone triste. Me gusta ver la lluvia caer y más cuando recorro las cumbres de estas sierras. Por eso me gustaría que siguiera lloviendo. Pero también me agrada que deje de llover porque así tendré menos dificultades para realizar la ruta que acabo de emprender. Ahora mismo sale el sol. Siguen con su arrullo las tórtolas y muchos pajarillos que revolotean por entre la vegetación según voy avanzando. También gusta oír el rumor del viento rompiéndose en los pinos después del riego limpio que las nubes acaban de darle a estos bosques.

A las diez y cuarto ya me encuentro sobre las tierras llanas de la Morra. Una preciosa llanura de tierra my buena que se recoge en lo más alto de este macizo y es lo que propiamente los serranos llaman morra. Se le alegra el corazón porque la llanura es de ensueño. Tiene mucha hierba y como la lluvia la acaba de lavar, se me presenta fresca y llena de un verdor que duele. Recuerdo ahora cuando aquel día vine por aquí con el amigo que ya no vive. Fue hace casi doce años y la primera vez que remonté a este monte. Lo hicimos siguiendo el trazado de la vieja senda de la Morra y al coronar, nos encontramos en esta misma llanura. Es la alfombra que se pisa en cuanto se termina de coronar la Escalera de la Morra. Y como aquella vez y año era otoño, las setas de cardo estaban en su mejor momento. Y claro, nada más pisar esta llanura eso fue lo que encontramos: un buen puñado de setas recién brotadas en esta buena tierra y por entre la hierba. Fue tan bonito y emocionante aquel momento que allí mismo nos sentamos y nos quedamos un buen rato tener prisa para seguir. Lo recuerdo ahora y como el compañero ya no vive, le ofrezco este momento, oración y belleza del lugar, en su memoria.

Desde este llano se ve medio mundo en todas las direcciones pero para donde más se ve es para el lado del valle del Guadalquivir. Durante un largo rato me quedo por aquí y al mirar descubro ahora que el arroyo por donde he remontado, desde el portillo de los Chortales, sube casi paralelo con el filo del escalo de la Morra y llega justo al mismo llano que antes decía. Aquí arriba ahora ya sí corre más fuerte el viento. Al frente me queda la cocota de la Morra. El pico que más levanta y es todo un conjunto de rocas calizas. Lo tengo sólo a dos pasos y veo que remontarlo no presenta mucha dificultad. Avanzo algo más y me sitúo sobre el borde mismo del filo de la Morra. Miro hacia el valle del Embalse de Aguascebas y como hoy se me presenta un día con mucha claridad, se me ocurre contar los cortijos que desde este balcón diviso. En primer lugar y a mis pies mismos tengo el cortijo de Carambilla. Lo están reconstruyendo y las tierras que le rodean verdeguean de tanta hierba. Sigo recto hacia el pantano y tengo el cortijo de Pata Llana, el de Prao Maguillo, más abajo y para la derecha, la lancha de los Huertos, cortijo de Nofre que fue el molino, el de Aniceto, otro cortijo más cerca de este, más arriba quedan los cortijos de Prao de Coca y otros dos más hasta el de fuente del Pino. Para la derecha y por el arroyo de fuente del Tejo quedan los de Proa de los Chopos, Juan Nuñez, el del Romeral, el Tarquino, las Castañetas, majá de la Carrascas y raso de la Escalera. Una grandiosa visión la que desde este punto se divisa y por eso todos los cortijos que levantaron por estos valles, cañadas y navas.

Continuo con la ruta y ahora me voy hacia el lado del sol de la tarde que es para donde va cayendo la llanura de la morra. En unos metros el nivel deja de ser llano y empieza a caer por un pequeño escalo, todavía casi pura tierra pero con un paisaje rocoso y poblado de sabinas, enebros y pinos. Por

aquí sembraron pinos cuando se fueron los serranos y por eso se me van presentando cada vez más espesos. Y hasta los sembraban a pares. Muchos agarraron con gran facilidad y por eso ahora crecen tan apiñados que dentro de este bosque ni se ve el cielo. Pero tengo claro lo que voy buscando. Al terminar de bajar este suave escalón me encuentro sobre una llanura mucho más extensa, misteriosa y bella que la primera. Es al borde de esta llanura, que por supuesto queda sobre el gran escalón de la Escalera de la Morra, se ven las ruinas de un cortijillo. En la misma puerta de este cortijo todavía crece la “Noguerilla”. Es una noguera pequeña que sembraron por aquí cuando vivían personas en las ruinas de este cortijo y como el lugar es tan insólito y por eso bonito, los serranos decía y dicen: “Allí donde crece una noguerilla es donde estaba el cortijo de Justa la Fumaora”.

Voy bajando desde la espesura de los pinos y en cuanto empiezo a pisar la llanura una singular emoción me corre por el cuerpo. Me encuentro con el surco de un pequeño arroyuelo que por este lado de la Morra, baja desde lo más alto. No tiene agua hoy y me temo que casi nunca debe tener agua este arroyo. Se origina tan en lo alto de la cumbre que sólo cuando llueve mucho y fuerte debe correr este arroyo. Al pasar el surco de este arroyuelo la tierra se allana todavía más. Se abre la llanura y sin exagerar puedo afirmar que la extensión es de casi dos campos de fútbol. Por la derecha, según voy bajando, me quedan las ruinas del cortijo. Ahora compruebo que estas ruinas y la noguera se ven con toda claridad desde el mismo muro del Embalse de Aguascebas. Esta llanura es un poyo que hay por encima del cortijo de las Pepas. El segundo poyo que tiene esta morra cayendo para Chorrogil. Compruebo que la tierra es de buenísima calidad y por eso, adivino que le sacarían buenas cosechas pero estando en el sitio que está, también adivino que lo pasarían muy mal. Aquí azotan todos los aires y con la máxima limpieza. En los meses de invierno, que es cuando el aire corre frío, vivir aquí sería un infierno. Pero en los meses de verano, cuando el sol aprieta con toda su fuerza, en este poyo que mira al sol de la tarde abiertamente, el calor sería insoportable. Así que deduzco que la vida en este trozo de tierra tan bonita, no era fácil aunque sí alejada del mundo civilizado y en lo más elevado de la sierra.

La noguera está apunto de echar sus nuevas hojas. Desde el cortijo hacia la cocota de la Morra, atravesando la llanura, va una acequia. La sigo y en unos metros me encuentro con una alberca. Se advierte que por aquí debe brotar un venero cuando las lluvias son abundantes. Es de aquí donde ellos cogían agua para el cortijo y para regar las tierras pero este manantial no tiene pinta de durar todo el año. Seguro que daba agua sólo en los meses del invierno y la primavera. Hoy me lo encuentro seco por completo.

Desde esta fuente sin agua sigo por la parte de arriba de la llanura y vuelvo para el cortijo del tranco del Acebo, al otro lado del río. En unos metros me encuentro con otras ruinas. Justo donde también empieza a nacer

un pequeño arroyo desde las partes altas de la Morra pero ya por el lado del tranco del Acebo. Y aquí mismo, donde empieza a nacer este otro arroyo, sí hay un buen manantial. Lo recuerdo de aquel día cuando vine por aquí con mi amigo ya ausente y por eso lo busco lleno de interés. Me lo encuentro y ahora descubro que este venero, con un caño de agua casi como el brazo de una persona, se ha convertido en tornajos. Le hicieron una arqueta de cemento, por un tubo de plástico condujeron el agua y dejaron que se derramara en unos tornajos de madera para que las ovejas que por aquí pastan tengan agua en verano. La arqueta esta la hicieron en el año noventa y tres y parece que su autor fue un Tan Antonio Robles. Bien que lo conozco yo. Estos son los tornajos de la Morra y se ven desde el tranco del Acebo, al otro lado del río, cuando se va subiendo por aquella senda. Ahora caigo en la cuenta que ellos, los que vivían en el cortijo de la Noguerilla, cuando en aquella fuente se les terminaba en agua, pues venían a por ella a esta fuente de los tornajos. No queda lejos.

Cuando yo estuve por aquí con aquel amigo mío no había ni arqueta ni tornajos y sí crecían lozanas un par de nogueras. Hoy me las encuentro cortadas, dos de ellas, las mejores y sólo una con vida. ¿Por qué las cortarían? El árbol más gordo y viejo lo cortaron hace ya mucho tiempo. El medio lo cortaron el año pasado y el tercero, vivo todavía ¿cuándo le toca? Junto a esta fuente me para y mientras la gozo despacio tomo un bocado. Bebo del agua que por aquí mana y después de lavar mi cara sigo bajando por la cañada que cae desde la fuente hacia el río. Busco la senda y la encuentro. Se ve que ellos bajaban hasta el río para alguna cosa. Hasta puede que por esta senda se comunicaran con el cortijo del tranco del Acebo que lo estoy viendo justo enfrente, al otro lado. Sigo esta senda y antes de meterme en la gran hondonada que por aquí el río tiene, la gran cerrada del tranco del Acebo, me recreo en los preciosos cerezos. Son seis y están por completo repletos de flores. Temo que este frío que hoy hace se lleva por delante tan delicadas florecillas. Y es que además, dicen las noticias que las temperaturas aun bajarán más en los próximos días.

De la fuente para abajo, antes del río, hay una buena cañada de tierra fértil y recogida en bancales. Ellos sembraban estas tierras para sacarles cosechas y vivir de ellas. Según voy bajando, por mi izquierda y arriba, descubro el gran barranco de los Palancares, el cortijo del Hoyo y al otro lado, Navazaltillo y todo eso. Me va sirviendo esta ruta para ir encajando las piezas del puzzle que ando recomponiendo. Por debajo de los cerezos sigue la tierra recogida en bancales y por ellos todavía muchos árboles de los que ellos sombraron por aquí. Este otro rincón, aunque pequeño y muy recogido al sur de la Morra, es dulcemente bonito y acogedor. Con su agua, sus árboles y la soledad de esta montaña, es un rincón de los verdaderamente hermosos en lo hondo de la sierra.

Continuo bajando por la senda ahora bastante perdida y dividida en

muchas por las que hacen las ovejas y antes de llegar al río me encuentro la contracción de una tejera. O es tejera, donde cocían tejas o calera, donde cocían piedras para hacer cal. Tiene más apariencia de calera y pienso que sería esto. Para construir los cortijos que he dejado atrás, ellos necesitaban cal y claro: teniendo como hay tantas piedras calizas por aquí y agua suficiente en este río ¿por qué no iban a construir una calera en este rincón? Ahora está toda hundida, sin paredes y casi tapada por la tierra que se ha corrido desde la ladera. Pero en realidad lo que por aquí vengo buscando es la cerrada que el río taja. No la conozco pero por la configuración del terreno, sé que el río de Chorrogil, por este punto tiene una enorme cerrada. Se ve desde lejos pero yo quiero entrar y recorrerla metro a metro. Se origina justo donde se juntan los arroyo de la cañá del Avellano y el de los Palancares, que viene desde el Pardal. Ya he dicho en otro lugar que este río de Chorrogil, en su parte alta hasta las cumbres de cabecera donde de verdad nace, es un cauce que me fascina por la transparencia de su agua, los bosques por donde pasa y los paisajes que lo rodean.

Llego al cauce y busco pasar. No encuentro problema porque hasta le pusieron algunas piedras para saltar de una a otra y así salvar la corriente sin mojarse. Pero por el otro lado, no veo que avance una senda buena. La ladera es mucho más agreste y por eso que es difícil que por ahí pueda ir una senda. En realidad debe ir pero yo hoy no pretendo. Sólo quería venir hasta las aguas del cauce y meterme río arriba, si fuera posible, para escudriñar la cerrada que tanto me atrae. Por entre los buje busco la presencia de alguna senda y lo único que encuentro son tierras medio llana, junto a las riberas del río, que tienen toda la apariencia de haber sido huelgas. Huertas de tierra buena que regaban con las aguas del río y que ellos sembraban de con hortalizas y otras plantas. Ya estas huelgas están comidas por el monte que casi en su totalidad está compuesto por densos y altos bujes es casi imposible entrar por aquí y aunque lo intento durante unos metros, tengo que desistir y volverme. Busco para ver si puedo remontarme un poco por esta ladera que he bajado y tampoco puedo. Cuando esta ladera se aproxima al río se convierte en un filo de rocas, con inclinadas paredes que son por completo imposible andarlas. Por el otro lado pasa igual. Son originadas estas paredes y paisaje rocoso por el tranco que viene cayendo desde Navazaltillo para el río y luego continua remontando hasta lo más alto de la cocota de la Morra. Por este lado es como una loma algo redondeada que al llegar al río se quiebra. Por este punto el río corre con mucha dulzura. Por entre los bujes a puñados crecen las primaveras y algo que me llama la atención pero que en cierto modo lo esperaba: un par de acebos crecen por la ladera que viene del tranco de Navazaltillo. En más de una ocasión me había dicho a mí mismo que si ellos habían colocado por aquí el nombre de tranco del Acebo seguro que la planta acebo no estaba lejos. Y aquí la descubro.

Así que como no me es posible remontar por el surco del río me vuelvo

para atrás siguiendo la misma senda que recorrí hace un rato. La remonto con calma para gozar más el paisaje y no agotarme demasiado y antes de llegar a los cerezos que vi por debajo de los tornajos, me vengo para la derecha. Busco la loma del puntal que cae desde la misma Morra con la intención de asomarme y ver qué puedo descubrir por el barranco de los Palancares y por la cerrada que me intriga. Antes de remontar al balcón que pretendo, por el lado izquierdo siento balidos de ovejas, cabras y cencerros. Miro y descubro que desde el poyo de las ruinas del cortijo de Justa la Fumaora viene un rebaño. Trae un ritmo bastante rápido y por eso me intrigan. Me paro un poco y voy viendo que no llegan a los tornajos. Posan por la parte de abajo de ellos, se viene por donde baja la senda que acabo de recorrer dos veces y en lugar de meterse para lo hondo como lo he hecho yo, siguen avanzando y por entre el río y el puntal donde ahora estoy, se mente. Me digo que a lo mejor lo animales vienen buscando un rincón abrigado para refugiarse algo dl viento frío que corre y por si acaso cae una tormenta o nube grande. Los animales en esto son sabios. Me digo esto y ya dejo de prestarle atención.

Sigo y remonto al puntal que pretendo. Descubro ahora que desde los tornajos sale una vereda, común con la que me ha llevado hasta lo hondo del río pero que antes de hundirse, se divide en dos. Un ramal se viene por encima de este puntal, lo vuelva y se mete para la cerrada que tanto me intriga. No la sigo porque mi plan es otro pero me quedo intrigado pensando que este ramal de senda quizá cruce el río más arriba de donde yo he estado y luego por aquel lado, se vaya para las llanuras de Jabalcaballo y el barranco de los Palancares. Tiene sentido porque por donde acabo de decir hay varios cortijos y las personas que habitaron aquellos y estos cortijos con toda seguridad que se comunicaban entre sí. Iban y venían de unos cortijos a otros y para eso les servía la senda que acabo de descubrir. Así que para mí me digo que por esta cerrada que pretendo escudriñar ellos metieron una senda y cruzaban el río. Si hoy tuviera más tiempo seguiría adelante y me metería por las hondonadas que estoy viendo para así conocer bien lo que ahora me tiene tan intrigado. Pero no sigo adelante sino que desde el mirador que he buscado sobre este puntal me vuelvo para atrás. Miro hacia la cocota de la Morra y como veo que siguiendo por esto puntal arriba no lo tengo muy difícil, pues campo a través sigo puntal arriba.

Ahora me intriga una cueva que veo según subo. Se abre grandiosa y oscura en una pared rocoso que mira para este lado de la tarde y parece que no es muy difícil llegar a ella. Así que ya tengo un aliciente nuevo para seguir puntal arriba hasta coronar la Morra. ¡Por qué sitio más curioso voy a entrarle a la cumbre de la Morra! Pero como me gusta y no lo encuentro tan difícil, continúo. En unos diez minutos ya estoy dentro mismo de la cueva que veía hace un momento. No es nada complicado llegar a ella. Y como ahora ya estoy dentro me doy cuenta que esta cueva se parece mucho a cueva Buena. Mira al sol de la tarde como aquella, se abre casi con la misma anchura de

boca y una vez dentro, su cavidad es redondo como aquella, con techo alto, redondica y no demasiado profunda. En realidad es tan parecida a cueva Buena que hasta me creo que estoy dentro de ella. Ya dentro me pongo mirando para la loma por donde he remontado y por mi lado izquierdo tiene, igual que cueva Buena, otra salida. Es decir, dos entradas o salidas. Pero la salida pequeña en esta cueva de hoy, va a dar a la vertiente opuesta a la de la puerta mayor. Una curiosidad que me llena de asombro por su sencillez a la vez que hermosura. Desde cada puerta se divisan panorámicas diferentes porque cada tiene su vertiente.

Así que ya llevo un rato dentro de esta cueva me salgo por la parte de atrás. La pequeña que antes decía y en cuanto estoy fuera, me encuentro sobre un rodal de tierra por completo llano, en la vertiente que mira a las llanuras de Jabalcaballo y en un paisaje por completo distinto al que recorría hace un rato cuando llegaba a esta cueva. ¡Qué cosa más bonita y curiosa! Durante unos segundos me quedo por aquí contemplando los paisajes y luego continúo. Ya la Morra la tengo a sólo unos minutos y con un recorrido pero que muy cómodo. El viento sopla fuerte y es frío. En cuanto estoy en todo lo alto noto que el frío es mucho más intenso. Pero no me importa porque la emoción de encontrarme por fin en lo más alto de este macizo serrano me agrada hasta lo más hondo. Es la primera vez en mi vida que remonto esta morra de Chorrogil y mira que llevo tiempo andando y rodando por estas sierras y estos parajes. Pero a la Morra es la primera vez que corono.

Según lo voy consiguiendo descubro que lo que ellos, los serranos, llaman cocota de la Morra no es nada más que un espigón rocoso, el filo de una placa tectónica que se ha quedado en el aire, rota por el lado del norte y por eso hasta tiene como un pequeño collado entre el punto más alto y el anterior. Sorteando los grandes bloques de rocas que en esta cumbre se apiñan avanzo y como tengo que pararme para gozar la gran panorámica que me ofrece la atalaya, para protegerme algo del viento, me pongo por el lado norte siempre detrás de algunos de los bloques rocosos que antes decía. Ahora mismo corre mucho viento y es fuerte. La visión desde esta atalaya es amplia y a todo el rededor. Se domina bien Jabalcaballo con todas las formaciones montañosas arroyos y demás, que por ahí modela la orografía del terreno y si me vendo para la derecha, en el sentido de las agujas del reloj, pues veo toda la gran cuerda por donde el tranco del Acebo, los hoyos por el poyo del Rey, la Palomera y de ahí para allá, hasta Cazorla pueblo y mucho más. Bajo un poco y todo el macizo de los Vílchetes, el Embalse de Aguascebas, el gran cañón por donde se escapa el río, Navazalto, la nava del Vilano, todas las quebradas lanchas del arroyo Gil Cobo y río Aguascebas Grande y al otro lado, el macizo de la Muela, el Morro de Santa María, collado del Ojuelo, los Tableros, Torraso y luego la gran cuerda de la cumbre que corona al Aguascebas Grande. La mejor atalaya para reconocer bien esta inmensa Sierra de las Villas. Son las doce y veinte cuando remonto a esta

cocota de la Morra.

La Morra no es nada más que una loma, un espigón que baja desde la morra de los Cerezos y viene quebrándose hacia el cauce de Chorrogil. Por el lado sur este espigón queda limitado por la cañada del Avellano y luego el cauce de Chorrogil que ya cae y por el lado norte queda limitado por la hondonada de los Chortales, barranco y arroyo por donde hace un rato subía. El punto más alto es la cocota esta que alcanza los mil quinientos veintisiete metros y ya desde aquí, la loma sigue bajando para el cauce de Chorrogil. Por el lado izquierdo le va quedando un primer escalón que es Poyollano y otro segundo escalón que es por donde se asienta el cortijo de Carambilla y un tercero que es por donde se encuentran las ruinas del cortijo de las Pepas. Por el lado derecho, el que da al sol de la tarde, tiene una solana y todo son rocas, muy quebrado y difícil de andar por algunos sitios y por otros, menos. Tanto por el lado de los Chortales como por el lado de los tornajos, se remonta bien a esta cocota. Me despido de tan privilegiado mirador y me pongo en movimiento por el lado que da a Jabalcaballo. Es un puntal por donde se puede bajar bien y como las rocas son abundantes, las covachas aparecen a cada paso.

Me encuentro una muy bonita, en forma de arco y aunque no es demasiada cosa, se puede uno refugiar para guarecerse del frío, la lluvia o la nieve. Esto es lo que yo hago. Aquí me paro a la una menos veinte y me pongo a comer. Está lloviendo algo y como el frío aumenta por momentos, sobre estas rocas me refugio, sintiéndome parapetado. Mi comida de hoy es una lata de atún, una manzana y un zumo de frutas con agua Solán de Cabra. Mientras doy cuenta de esta suculenta comida no dejo de recrearme en la visión que me ofrece la llanura de Jabalcaballo. Peña Corva destaca al final y al otro lado, las robusta y hoy oscura cuerda de las Banderillas. Y de pronto, por esa llanura de Jabalcaballo, subiendo desde el arroyo del que yo también he subido, veo el rebaño de ovejas que me encontré por los tornajos de la Morra. No me dirían nada sino fuera porque enseguida me pregunto: “¿Por dónde han cruzado el arroyo?” Acabo de estar en esa cerrada misteriosa y la impresión que de ahí traigo es que es imposible cruzar este cauce por ese punto. Al menos yo he visto y creído que es imposible. Pero ahora descubro que no lo es porque las ovejas lo han cruzado y en tan sólo una hora o menos, ya van por las tierras de Jabalcaballo. ¡Qué descubrimiento! Es lo que me digo y enseguida me predispongo para volver por aquí otro día y meterme por esa cerrada. Tengo que descubrir lo que hoy se me queda a medias.

Así que durante unos minutos más sigo observando el rebaño de ovejas remontar por aquellas tierras y meterse para la cañada del Pardal, por donde también hay tornajos. El pastor parece que me ha visto y por eso lo descubro sobre un morrete mirando para donde estoy. Pero me refugio tras la pared que forman las rocas de esta covacha y como todavía tardo unos

minutos en salir para continuar, se ve que se ha cansado y sigue tras sus ovejas. También yo arranco y ahora es la una y veinte. Ando buscando ahora la senda que va por la escalera porque esto es una de las cosas que por aquí me trae hoy y de pronto, por mi derecha y algo remontado hacia la cocota, más ovejas. Son seis o siete que acostadas en la solana me miran como si les interesara saber quién soy y qué hago por aquí. Las llamo y sigo. En unos minutos ya estoy sobre la senda de la Morra. Lo que más me interesaba para averiguar por qué punto exacto remonta a esta llanura de la Morra. Me pego al filo rocoso que vuelca y mira para Carambilla y lo sigo en dirección al Prao de los Chopos. Y me encuentro el punto exacto por donde remonta la senda. Lo hace justo por donde el filo se rompe mucho y apenas presenta escalón para bajar o subir. En las rocas existe como un portillo menor y por ahí mismo entra la senda. Nada más empezar a bajar, por la izquierda, el filo rocoso hasta tiene algunas covachas muy originales. Antes de empezar a bajar me paro y durante un largo rato me recreo y gozo el paisaje por donde pasa esta senda. Me gusta tanto que ahora mismo me lo quisiera llevar conmigo, si pudiera y sé que no es igual recogerlo en fotos.

A las dos menos diez me pongo en movimiento y empiezo a bajar la famosa y bonita Escalera de la Morra. Se ha roto mucho ya esta senda pero aun se distingue bien y por eso se anda con cierta comodidad. Recuerdo que por aquí también pasamos aquella vez que, el amigo que murió hace años, y yo subimos a esta Morra. Hasta se me han borrado de la mente los detalles de tanto tiempo como ha pasado. Pero recuerdo que por aquí subimos. Hoy regreso y lo hago solo sin que lo tenga olvidado. Cuando pasen otros tantos años ¿dónde estaré yo? La senda cae con absoluta seguridad y se va metiendo en un rincón que el gran filo rocoso talla por aquí. Y de pronto, una manada de cabras monteses pastando en este rincón. Queda resguardado del viento, de la lluvia y por supuesto del frío y por eso los animales se vienen a este rincón. Intuyen ellos que hoy el día va a ser malo. En el recodo, que es donde la senda traza su escalera, hay varias cuevas más. Son bonitas, con tierra buena donde hay mucha hierba y es donde pastaban estas cabras monteses. En la puerta de una de estas cuevas crece un majuelo grande y se clava en un puñado de tierra buena que se desmorona ladera abajo. Justo en este punto es donde trazaron y construyeron la escalera. Era el paso más complicado. Y recuerdo ahora que por aquí, en aquellos tiempos, pasaban hasta bodas y muchas bestias cargadas con costales de trigo y harina. Tuvieron que construir una parata de piedras de casi dos metros de alta para poder meter la senda y que pasara por este punto.

Algo más abajo, en el voladero que me va quedando por la izquierda, descubro cueva Carambilla. Tengo que apartarme de la senda y remontar unos metros para llegar a ella. Pero no me importa sino que lo quiero y hago con gusto. Cuando ya estoy dentro hasta me asombro de lo bonita y grande que es esta cueva. Tiene forma de cenajo, con una cavidad tan grande que aquí caben más de trescientas ovejas. Por delante le construyeron una pared

de piedras sin mezcla y entre las rocas y la pared construida queda un espacio llano que era el corral donde dormían las ovejas. Por el suelo todavía se ve la gran costra de estiércol que aquellos rebaños fueron depositando aquí a lo largo del tiempo. Sin embargo, reciente, alguien ha venido por aquí y se ha llevado parte de este estiércol. Serán los del cortijo que hay unos metros más abajo y que también se llama Carambilla. En estos tiempos todavía duermen aquí ovejas y animales silvestres. Por la pared de roca natural que viene cayendo desde lo más alto, la llanura de hierba que se recoge antes de la cocota de la Morra, descubro rugosidades muy curiosas. Como si en otros tiempos por esta pared hubiera chorreado mucha agua y al depositarse la cal sobre la roca, se hubieran formado especies de estalactitas. Yo lo son exactamente porque se quedan sólo en rugosidades o borbotones pero la apariencia es de lo que acabo de expresar. Por eso esta pared de la cueva Carambilla es tan originalmente bonita. Curiosa como no vi otra por estas sierras y además, hermosa. La palabra "Carambilla" hace referencia a eso: carámbanos de poca entidad. Ellos sabían qué nombre era el más apropiado para los sitios y las cosas.

Al final, donde termina el piso de esta cueva y ya es la roca que cae, se nota como una cavidad. No puedo precisar si es muy profunda o lleva otras cuevas más hondas porque esta entrada la taparon con piedras. Seguro que lo hicieron para evitar que por ahí se colara algún animal y si esto fue así, también intuyo que esta entrada pueda llevar a sitios profundos. Cuando otro día pueda y tenga tiempo, si es que así Dios lo quiere, vendré por aquí a empaparme más despacio de esta cueva y sus secretos. cueva Carambilla es muy bonita. Esas bellezas pequeñas que la naturaleza tiene en cualquier rincón y que no son precisamente las que buscan muchos de los turistas que acuden a estas sierras. A ellos lo que les fascina es lo grande, lo espectacular por su volumen o sonoridad pero no lo escondido, l sencillo, lo pequeño. ¿Por qué será? La tierra que rebosa desde esta cueva es toda negra y ello me indica que es casi puro estiércol. Sobre esta tierra crece la hierba casi con un cincuenta por ciento más de verdor y lozanía que la de otros lugares. También son otras especies de plantas las que aquí nacen y se desarrollan.

Ha comenzado a llover otra vez. Sigo con esta ruta mía y ahora, ya bajando desde la cueva para la senda y el cortijo de Carambilla me encuentro con la alberca. Las típicas albercas excavadas en la tierra donde se recogía el agua de algún venero para poder regar luego las tierras de los huertos. Se ve que en otros tiempos por aquí brotaba algún venero y por eso construyeron la alberca. Ahora está rota, sin agua y sin venero y también sin acequia por donde conducir el agua hasta las tierras del huerto. Pero sí veo por aquí algunos cerezos ya con sus flores abiertas, parras engarbadas en las encinas y otros árboles frutales. Señal es estas de haber sido tierra de huerta.

Un poco por encima del cortijo de Carambilla y por debajo del tranco de la Morra, el tranco de la Escalera, va la vereda que necesito y ellos trazaron para moverse por estos rincones. No llega al cortijo. Cuando termina de bajar el tranco, la vereda tuerce para el lado del cortijo del Tarquino, un ramal de la vereda, por un poyo menor avanza. Está muy andada porque ahora viven personas en los cortijos estos y ellos no pueden hacer otra cosa que andar estas veredas para entrar y salir a por las cosas que necesitan para vivir. Ya dije que los que viven en el cortijo de Carambilla tienen un par de burros y ellos son los que de verdad pisotean esta vereda que ahora recorro.
- Cuando llegaba el verano las pobres criatura tenían que traer el agua desde la pasá Candiles con una borriquilla que tenían. Aquello, un penaero de verdad porque eso de levantarte por la mañana y no tener ni una gota de agua para lavarte o para beber, ya te puede imaginar lo que es. Pero las personas antes vivían así y salían adelante.

Como la vereda va por lo alto de un poyo el terreno es bueno de andar. No hay problema alguno. Remonto hasta la parte alta del poyo y de pronto, un rodal de tierra muy llana donde crece espesa la hierba. El filo rocoso, el de la izquierda, me ofrece un perfecto balcón hacia el valle de Prao Maguillo. Hay otro filo que me queda por la derecha y es el de la Morra. Yo estoy ahora mismo remontado sobre la gran cuesta del Oso. Sé que por ahí sube una vereda porque también anduve hace unos meses. Pero tengo que decir que entre el punto donde estoy remontado y la cuesta del Oso todavía me queda otro pequeño poyo.

Aquí mismo, casi colgado en el voladero, me encuentro un arce. No tiene hojas pero sí presenta sus ramas repletas de florecillas amarillas, abiertas ya y como la lluvia las está lavando, brillan como si fueran oro puro. ¡Qué cuadro más bello! Sigo mi ruta bajando con la senda que ahora cae por el poyo y la buena tierra que por aquí se fue acumulando. Pero antes de llegar al portillo por donde entra la senda que va por la cuesta del Oso, el poyo se termina y lo que queda es una ancha ladera muy pronunciada. Es la ladera gemela a la que acoge la senda de la Escalera de Faustino. Esta senda, igual que aquella, se tiene que pegar a la ladera, casi por la misma base de las rocas del voladero y por ahí avanzan trazando curvas. Y de pronto, un cruce de veredas. La que llevo yo y otra que sube desde el portillo de la cuesta del Oso y busca el portillo de la Escalera Romana. Por eso al cruzarse son cuatro las veredas que aparecen. La que vengo recorriendo que sigue al frente y la que sube que también continua. Así que dos veredas para escoger ahora entre cuatro posibilidades. Esto es como las modernas rotondas en las carreteras asfaltadas pero en lo más agreste y escondido de la sierra. Ellos también tenían imaginación.

Continuo bajando y al poco, cruzo el arroyo que viene de los Chortales, el que descubría hace unas horas por aquella hondonada en tantos veneros cristalinos. Lo hago bastante más abajo de donde tiene la escalera. Ya trae

mucha agua este cauce por aquí y hasta me encuentro unas piedras puestas para saltar por ellas y así no mojarse. Son las que ellos pusieron en aquellos tiempos. Hay muchas zarzas, juncos, bujes y fresnos. Ellos nunca trazaban veredas por las tierras que sembraban. Siempre iban por los márgenes y por eso se retiraban mucho de las llanuras. En unos momentos ya me encuentro con una pista de tierra y la cerca de alambre que le han puesto a las tierras que rodean al cortijo de Tarquino. Siento murmullo de personas y al mirar para el arroyo, por debajo de donde he colado, veo a unos niños que desde el cortijo, entran para el arroyo jugando. No me han visto y por eso procuro que no me vean. Pienso que es mejor dejarlos en su mundo, juegos y realidad. Tampoco llego al cortijo aunque sí veo que viven personas por aquí. Hay ropa tendida en la puerta. Sigo con mi ruta y ahora me pego al filo que hay por detrás del cortijo. Por aquí ya se juntan los arroyos de la fuente del Tejo y el que baja de los Chortales. Por el mismo filo de este voladero avanzo siguiendo una senda y recreándome en la bonita panorámica que hay sobre Prao Maguillo y la solana del Romeral. Cruzo por las eras, bajo un poco con la pista, cruzo el arroyo de la fuente del Tejo, remonto y llego al coche. Son la tres y media y ya aquí doy por terminado la ruta que hoy he trazado por estas sierras.

Las fotos

Son veinte y en ellas se ven los más bonitos paisajes de la ruta que acabo de recorrer. En la primera, las tierras llanas de los Chortales miradas desde el manantial de la teja. Repletas de hierba, charcos y árboles frutales están estas tierras. A la izquierda quedan las ruinas del cortijo, un poco contra las rocas de la lancha que cae desde la Morra, en el centro el portillo por donde sube la escalera y a la derecha, las tierras que también fueron huertas, con su espesa hierba y sus árboles frutales. La siguiente muestra al cortijo de los Chortales visto desde el morro que va remontando para la Morra. Está tomada desde mucha altura y por eso el cortijo queda como aplastado contra su rodal de tierra, sus rocas blancas y como asomado al portillo por donde sube la escalera. Al otro lado se ve la lancha que sube hacia el collado que da paso para la Huelga, del arroyo fuente del Tejo. Por el hueco que deja el portillo, se cuela la loma y tiná de la Cruz de Juan Nuñez.

La cuarta foto muestra una roca muy curiosa, junto a un gran pino laricio. Se encuentra esta roca justo cuando el arroyo que sube desde el cortijo Chortales, llega a las llanuras de la Morra. Es como una columna, por completo pulida y redondeada, con una gran losa rocosa en todo lo alto. Se le ha quedado colocada de tal manera que se levanta algo vertical y más parece la visera de una gorra que otra cosa. Como si fuera un hombre que llevara acuesta a un gran dinosaurio. ¡Es bonita de verdad por su originalidad! Ya en la llanura de la Morra tres fotos a cuál más hermosa. Una de ellas recoge parte de esta llanura, con su alfombra de hierba, sembrado de piedras pequeñas y blancas y al fondo total, las siluetas de la Sierra de Mágina. Desde allí para la sierra donde estoy, avanza un mar de nube espesas y tan

negras que parece van a sumir al mundo entero en el mayor de los diluvios. Otra foto muestra la sierra que corona al pueblo de Cazorla y la Iruela, cubierto de nubes por lo más alto y en primer plano, la robusta cuerda del tranco del Acebo. El paisaje es todo verde esmeralda. Y la siguiente mira para Prao Maguillo. Se ven toda la amplia llanura, tan verde que parece un manto extendido. Se ven el surco por donde avanza el arroyo de la fuente del Tejo, los cortijos de Nofre, lancha de los Huertos, Aniceto, Praos de Coca y Prao Maguillo. En primer plano queda el espeso bosque de pinos que cae por la cuesta del Oso.

Otras dos fotos muestran la llanura propiamente de Poyollano . Se ve desde el escalón que baja de la primera llanura de la Morra y en ella destaca la noguerilla junto a las ruinas del cortijo de Justa la Fumaora, el surco ce la acequia por donde iba el agua desde la fuente que se secaba en verano y luego todo el gran poco de tierra sin más vegetación que la alfombra de hierba. Al fondo destaca el cortijo de la pasá Candiles con los bonitos collados y las lanchas entre las que se recogen unas bonitas llanuras. Una siguiente foto muestra los tornajos de la Morra. Los que han puesto en el manantial de Facundo. Son de troncos de pinos laricios, cuatro en total, llenos de agua cristalina donde nadan muchas algas verdes y cae un chorro de agua como el brazo de una persona. Al fondo se ve por donde iba la acequia que conducía el agua para regar los huertos de la cañada que hay algo más abajo. Arropa el único cerezo que queda vivo por aquí y se asoma a los tornajos el tocón del árbol que cortaron no hace mucho. Ya casi desde lo alto de la cocota de la Morra, una bonita foto muestra el cañao de la buena tierra que baja desde los tornajos para el río Chorrogil. La tierra esta toda verde de la mucha hierba que tiene, arropan los árboles frutales, queda al frente y al otro lado, el tremendo escalón del tranco del Acebo, con el llano arriba y el cortijo en el centro de este llano y por la derecha, se recoge el final de Poyollano . Lo que ya se asoma para el manantial de los tornajos. Preciosa la panorámica.

Desde lo alto de la cocota de la Morra la foto muestra el filo de la Morra y allá bien a lo lejos, los Praos de Coca, la Fresnedilla, la nava del Vilano, Navazalto con su caseta en lo alto y la gran lancha del arroyo del Torno hasta el puntal del Filo, por el portillo para las Cebadillas. Una segunda y también desde la cocota de la Morra se viene algo más para la izquierda y muestra el precioso Embalse de Aguascebas, el portillo del Aguardientero, todo el macizo de los Vílchetes y más lejos, las tierras sembradas de olivos por Mogón y más allá. En primer plano que recoge parte de la llanura por donde estuvo el cortijo de Justa la Fumaora, con su noguerilla y el bosque de pinos que repoblaron. Desde aquí mismo otra foto recoge plenamente el precioso Embalse de Aguascebas. Su forma imita algo a la de un corazón que tuviera un brazo pequeño por uno de sus lados. Este brazo es la cola que el pantano tiene por donde le entra el río Chorrogil y la punta del corazón es por donde le entra el arroyo de la fuente del Tejo. El otro lado, es por donde lo sujeta el

muro y toda esta azul masa de agua queda encajada justo en el centro de un verdísimo paisaje, que queda salpicada de rocas blancas y algunas manchas de tierra con tonos oro. Al fondo se ve el portillo por donde se escapa el río Aguascebas Chico y ya más lejos, olivares. Es un primero el cuadro.

Dos fotos más muestran la parte baja de los Praos de Maguillo, con espesísimo bosque de pinos verdes y en el centro dos blancos cortijos: el de Maguillo, con trozos de tierra que siembra y el de Nofre. Por la izquierda se ve algo del Embalse de Aguascebas y más lejos, el puntal de fuente del Roble y los olivares por la Loma de Úbeda. En una nueva foto y esta recogida desde el filo de la Morra, en primer plano destaca el poyo por donde se recoge el cortijo de Carambilla, rodeado de trozos de tierra por completo verdes, lanchas rocosas con tonos plata y oro y al fondo, la masa azul del agua que se recoge en el pantano. Se ve la pista de tierra que llega hasta la cascada de Chorrogil y todo el macizo de los Vílchetes por donde se aprietan los verdes pinares. La siguiente foto recoge el lugar exacto por donde remonta la escalera de la Morra. Justo cuando esta senda llega a la llanura de la verdadera morra. Un bloque de rocas calizas, con tono plata y cobre, se clavan en la tierra llana por donde la hierba adorna primorosamente. En el centro queda la llanura de la Morra y al fondo, la original cocota que es tan atalaya en el centro de tan vasta sierra.

En las dos que siguen se ve el famoso e impresionante rincón de las cuevas por donde asciende la Escalera de la Morra. Como un circo amurallado con unos pivotes en todo lo alto y contra esta pared recogidas y talladas las originales cuevas. Las piedras caen apiñadas desde estas cuevas y como aparecen trozos de tierra, por ella la hierba se agarra con la elegancia de lo sencillo y natural. Qué bonito rincón. Y en la que sigue es donde quedan recogida las paredes que forman cueva Carambilla. Caen llenas de rugosidades, con surcos y escalones por donde destacan los tonos plata, oro y negro azabache del humo que salió de las lumbres que ellos hicieron por aquí. Cuando estas paredes rocosas llegan al suelo de la cueva, se adornan con un cerco naranja y luego una alfombra verde que se lo regala la hierba que ahora crece por este suelo. Se ven algunos trozos de la pared de piedras que cerraba la cavidad de esta cueva. Y ya los tres primores que son: el delicado y verde cuadro del cortijo Carambilla, la misma construcción de este cortijo destacando en el centro y contra el morro rocoso que se le levanta por detrás y las encinas que salpican para darle al cuadro un misterio sin igual. Las ramas florecidas el hermano arce que se cuelga en el voladero sobre la cuesta del Oso y el cortijo de Tarquino. Queda recogido en el centro de un cuadro verde oscuro de los pinares y ocre oro de la tierra y la hierba que cubren las llanuras. Al fondo se ve el voladero de la Morra, el poyo que viene desde el cortijo Carambilla y el cielo entre azul y negro de las nubes que le cubren. Unos y otros, son estampas que recogen las más bellas imágenes jamás soñadas ni pintadas por nadie y que están ahí. Yo tuve la suerte de respirar dentro de ellas y por eso me las traje y las tengo tan carne en mi

espíritu.

50-cortijo del raso de la Escalera

El rincón primoroso
Distancia aproximada: 2 k.
Desnivel aproximado : 30 m.
Tiempo aproximado : 35 mt. andando.
Camino: carril de tierra en buen estado.

Ya dije que en el mismo collado de la Cruz, la Cruz de Juan Nuñez, bajando hacia el Prao los Chopos, por la izquierda se aparta un ramal de la pista principal. Este ramal es el que lleva al precioso cortijo del raso de la Escalera. El firme es de tierra pero no presenta mucha dificultad para recorrerlo en coche. En invierno sí por la nieve, las lluvias y el barro. También por el hielo que en toda esta zona se acumula a lo largo de las noches de diciembre y enero.

En los primeros metros remonta un poco y enseguida vuelca a un precioso barranco. Muchos bujes, pinos y zarzas crecen por aquí. Es un arroyuelo que viene de las cumbres de las Morrillas y desemboca en el de la fuente del Tejo por encima del Prao de los Chopos. Por aquí se dan buenas hierbas para las ovejas y por eso, si llegamos al lugar en los meses de primavera, verano u otoño, nos encontraremos a estos animales pastando por el rincón. Pertenecen al rebaño de la majá de la Carrasca que nos la vamos a encontrar unos metros más adelante de este arroyuelo. Remontamos un poco y sobre una llanura, está la construcción. La pista gira para la izquierda, remonta un morrete, bastante complicado por el nivel y el paisaje rocoso y en cuanto corona quedamos frente al precioso cinto rocoso de la Escalera.

Por entre unas hoyas muy bonitas y repletas de tierra buena, serpentea ahora ya bajando hacia la cañada que es donde se aplasta el precioso cortijo que vamos buscando. Antes de llegar, cae muy en picado la pista que traemos y sobre la tierra llana de la hondonada, se nos presenta el cortijo. Aquí vive un hermano de Rufina, la mujer del pastor que vive en el cortijo de la Fresnedilla. Se llama Pablo y es de las personas más encantadoras que yo he conocido en estas sierras. Vive con su mujer y sus dos hijos, hembra y varón pero en invierno se vienen con las ovejas por Sierra Morena porque en este raso de la Escalera nieva mucho y el frío es intenso.

Nada más llegar, lo que más sorprende es la belleza del rincón. En la misma llanura de la cañada, contra las rocas del morrete que cae desde las Morrillas, y entre robles, encinas y fresnos, se alza el cortijo. Una

construcción que se parece o es exactamente igual a otros los cortijos serranos pero que ellos la han remodelado. Lo ha retechado por completo porque se calaba y las vigas de madera que ya estaban carcomidas, las han puesto nuevas. En la parte de la cocina han vuelto a poner vigas de madera pero ahora bien tratadas para que no se pudran y gustosamente pintadas para que sea agradable el habitáculo. En el suelo, el piso de cortijo, han puesto un pavimento bueno y moderno y en la cocina las vigas son de hormigón. Le han construido su cuarto de baño y también han montado su cocina con lavaderos y grifos. El agua la cogen del manantial que brota a dos pasos de la puerta del cortijo. Por el arroyo que desciende al frente y es por donde remonta la conocida escalera. La vieja vereda que usaban los serranos de aquellos tiempos.

La entrada está muy bien adornada con abundantes macetas y por el suelo han echado cemento. Queda arropada esta entrada por la sombra espesa de unos buenos robles y por la presencia de una fuente con su grifo y todo. En los años de sequía, el otoño del 99, este manantial daba un buen caño de agua. Surtía a este cortijo del raso de la Escalera, a la majá de la Carrasca y a la tiná y cortijo del collado de la Cruz. Desde el raso de la Escalera, con tubos de plástico, traen ellos el agua hasta los cortijos del collado de la Cruz.

Pues en este otoño, sobre las cinco de la tarde llegué yo al cortijo del raso de la Escalera. Me ladran los perros, corren las gallinas y me saludan las ovejas que pastan por la llanura del lado de abajo. Retozan los borregos mientras cae la tarde que es deliciosa. Paro por la parte de atrás, rodeo el edificio y al acercarme a la puerta llamo a Pablo. Dormía pero se levanta y en unos minutos estamos sentados en uno de los umbrales de la puerta para ir hacia la fuente y el huerto. La mujer, que se llama Paqui, llega desde el huerto con un gran cesto de pimientos entre verdes y ya algo colorados.

Sentados aquí en esta bonita puerta de su cortijo charlamos de mil cosas. Entre ellas, precisamente de la sorpresa que me ha producido ver por aquí un cortijo tan bonito. Dentro tiene el horno para cocer el pan, que lo amasan y cuecen ellos aquí como era en aquellos tiempos y en el tejado tienen las placas solares que le dan luz suficiente para lo que ellos necesitan.

Desde este tan bonito punto serrano damos un repaso a los nombres de los sitios que nos quedan más cerca.

- Pues por ese barranco del arroyo Gil Cobo tenemos los Praos de los Espinares, el Morro de la Carrasquilla, al lado de la Carrasquilla están los Covachos del Nano, Collao de los Robles, fuente de las Víboras, los Horcajos, Morro del Tocino que no tiene nada que ver con el que hay por el collado de la Cruz.
- Por la pista que sube al collado Perenoso hay un manantial.
- Eso se llama la fuente del Cerezo. Por ahí se sale para arriba a la Peguera

del Blanquilla Baja, que también le llaman la Peguera de la Zambomba, los Praos de Sargatillo, cañá del Lobo, desde la era viene un camino para acá y está el Cenajo de la Blanquilla Baja y el cucurucho de arriba, se llama el Morro del Lobo. Lo que queda enfrente del cenajo se llama lancha de la Carrasquilla.

Por la Blanquilla Baja tenemos la morra de los Cerezos, el Collao del Muerto que ya te conté la historia, la Torca, la Sima, poyo de la Juliana, la tiná de Juan de Dios, hoya de la Zamarrilla, la Rinconá y fuente Colorá. Desde la hoya de la Zamarrilla hay un caminillo que tira para allá y a eso le llaman el Collao del Muerto. En la Morra está, estaba, la caseta de vigilantes de incendios. Por ahí tenemos también el barranco de la Roña, se encuentra en la linde del Coto Nacional. Ahí está el puntal de la Mojonera que se llama los Esesperaos. Se ven desde peña Corva. Para abajo tenemos la cañá del Avellano y volcamos a los Chortales y la morra de Facundo

- Antes de llegar al cortijo del raso de la Escalera viniendo desde el collado de la Cruz ¿qué tenemos?
- Pues tenemos la Torca, el poyo de los Robles, los Hoyos, la Laguna y la punta de allá se llama el Poyete. Volcando para acá las Fuentecillas y la tiná de Juan de Dios que es un pelao que hay arriba.
- ¿Y la lancha de la Cigarra?
- Pues que también se llama la de los Espinares. Es la misma y queda por encima del poyo de Gil Cobo. Los llanos de arriba, los huertos del Puntal.

Por ahí tenemos también lancha Ignacio, lancha del Sordo, los Piazos de majá Serbal, donde hay un pinar sembrado, la Hoyica, que es un lanchón muy malo, la majá de la Hoyica, Covachos de la Hoyica. Eso tiene faena. Más para acá tenemos la lancha de poyo Sequillo o el Agrión de poyo Sequillo. Eso es un peñascal muy grande y malo de andar. De la Traviesa para el collado del Pocico se llama poyo Sequillo. del cortijo de la Traviesa para arriba le dicen la lancha de la Carmen. La cueva del Agua esta en el poyo de la Arena. En la punta de arriba del poyo de la Arena hay una y en la punta de abajo del Zarzalar hay otra que es donde se encerraban ovejas y todo eso.

Si aquí la sierra, una cuarta de tierra, tiene un nombre. Eso es mucho. ¿Pa qué tanto nombre? Cada trocillo tiene un nombre.
- Y por esta punta de la Escalera ¿qué nombres tenemos?
- Pues aquel de más allá el puntal de las Cepas, el puntal Largo, el Puntalón, las Perchas, los Arenales, los Toriles, el otro los Losares, ese el puntal de la Escalera, la majá Cantero, eso el Corral de la Escalera.

Un mirlo blanco

Cuando ya cae la tarde regreso por la pista de tierra que desde el blanco cortijo, remonta a las hoyas, desciende para la majá de la Carrasca y sube hasta el collado de la Cruz. Paso por delante de la majá de la Carrasca

y unos metros más adelante, justo al cruzar un pequeño arroyo sin agua y con muchos bujes, me sorprende la figura de un ave blanca por completo. Se arranca del lado de arriba de la pista y vuela hacia los bujes del arroyo. Y como tengo tiempo suficiente de comprobar que además de blanca también es grande, mi sorpresa en aun mayor. Para mí me digo: "¿Qué pájaro será?".

Como he visto que se ha parado en el suelo, bajo la sombra de las ramas de los bujes, freno. Me bajo del coche, cojo una piedra y por donde la he visto esconderse, la tiro. Nada más caer la piedra entre las ramas de los bujes el ave blanca que unos segundos antes he visto, arranca vuelo hacia mí al tiempo que chilla con los mismos sonidos de un mirlo. Me pasa casi rozando y por eso tengo la oportunidad de comprobar que es igual de grande que un mirlo normal o común. Y sus graznidos son los de un mirlo. Claro que me digo: "¿Pero un mirlo blanco?". Y recuerdo que refrán dice: "Eres más raro que un mirlo blanco". Ver un mirlo blanco es raro pero si el refrán expresa eso será porque quizá pueda darse el caso aunque sean muy pocas veces. Yo lo acabo de ver con mis propios ojos y oírlo con mis oídos y por eso ahora no dudo ni una pizca.

Pero como también es la primera vez que en mi vida he visto a un mirlo blanco para mí es una experiencia por completo nueva. Así que por la noche, cuando ya estoy en mi casa, lo primero que hago es consultar algún libro que me pueda ayudar algo en el descubrimiento que hoy he tenido. En uno que lleva por título "Guía de Campo de los Animales silvestres", de Michael Chinery, leo lo siguiente: "Mirlo Común, Turdos merula. El macho es completamente negro con un destacado pico amarillo. Es muy frecuente verlos en bosques, huertos, setos, parques y jardines. En invierno, también en los campos. Anidan en árboles, arbustos, setos, en el suelo o en edificaciones. Algunos mirlos comunes son aves albinas, que poseen manchas blancas o también puede que sean blancos". Hoy, por primera vez en mi vida, lo acabo de ver con mis propios ojos y aunque me ha costado creerlo, ya no lo puedo poner en duda. Y lo que me digo es que estas sierras que tanto amo, cada día me presentan más sorpresas. Hasta un mirlo blanco vive en ellas, fenómeno hermosísimo y por completo nuevo para mí.

Cuando le pregunté a mi amigo me dijo:
- Mirlos blancos sí es verdad que por aquí se ven algunos.
- ¿Pero eso es normal?
- Se ven sólo algunos y en épocas muy concretas. Por eso nosotros los conocemos por los mirlos pasajeros. Que no están aquí siempre, sino que vienen y luego se van.

En el número 204 de la revista Natura, correspondiente al mes de marzo del año 2000, encontré una fotografía con un mirlo salpicado de manchas blancas. El texto decía lo siguiente: "Los raros caprichos de la naturaleza. Aunque no lo parezca, esta ave es un mirlo común. La imagen ha

sido recientemente tomada en Asturias, y es una muestra más de que la naturaleza acostumbra a hacer excepciones. El ejemplar padece una mutación genética que se aprecia en su medio albinismo. Este tipo de alteraciones son poco frecuentes, aunque también se ha observado a veces algún ejemplar con albinismo total. Al ser aves sedentarias, es posible, que tras la reproducción, alguna de las crías nazca con la misma enfermedad. Puede parecer una alteración sin importancia pero esta falta de pigmentación les convierten en aves vulnerables, ya que son más fáciles de localizar por sus predadores, al no tener la posibilidad de mimetizarse con el medio. Por otra parte, como son excepciones singulares, algunos desaprensivos los capturan para exhibirlos como si se tratara de un trofeo".

51-cortijo y collado del Lobo, nava del Vilano por la senda vieja

Un paseo a la paz
Distancia aproximada: 1,5 k.
Desnivel aproximado : 20 m.
Tiempo aproximado : 15 mt. andando.
Camino: vieja vereda de tierra en mal estado.

Desde el collado del cortijo del Lobo sale un caminillo, vereda de aquellos tiempos, que rodeando las laderas de la Bandera por el lado de la tarde, va a parar a las navas del Vilano. Antes se pasa por unos Torcos. Quedan por el lado de la izquierda.

- Aquello, un "bujerucho" así será y luego te mete allí y cogen doscientas ovejas dentro. Unos de Granada el otro año estuvieron allí y se encontraron, decían ellos, colmillos de lobos. Aquello es grande y por eso allí han metido ovejas para que duerman y todo. Pero aquello para dar con ella, no es fácil. Si las cuevas cuanto más grandes son más chica tienen la entrada. Es que tiene una "bocucha" de na. Estás encima y no la ves. Da miedo de meterse allí de lo hondo que es aquello "Puisabajo".
- ¿Y cómo se llama aquella cueva?
- Se llama cueva Honda. Otra distinta a la que hay por los hoyos de Gil Cobo.

Pues pasando la nava del Rico, dirección hacia la casa forestal de la Fresnedilla, un poco más abajo de las ruinas de la fuente del Pino, por la derecha, quedan las ruinas de otro cortijo. Aquí mismo traza la carretera una curva, crecen unas nogueras por la izquierda y por la derecha todavía se ven las ruinas de un cortijo. Son las del cortijo del collado del Lobo. Uno se para, mira despacio y descubre que este cortijo debió ser muy grande. Rectangular, con tejado a dos aguas y muy alargado, los construyeron justo en un puñado de tierra que delicadamente se recoge a la caída del collado hacia el arroyo que ya baja desde la nava del Rico, el de la Fresnedilla que tiene su

nacimiento aquí mismo. Es un copioso manantial por donde salen todas las aguas de las nava del Rico y las que caen sobre el cerro del Ponestillo y la Bandera. Lo acondicionaron un poco y desde aquí se llevaron las aguas al la casa forestal de la Fresnedilla, un kilómetro más abajo. El nombre por el que es conocido este punto es el del Nacimiento. el cortijo del collado del Lobo no tiene tejado pero sí todavía sus paredes casi intactas y por eso, con toda claridad se ve que estuvo dividido en varios compartimentos. Unos para la vivienda de las personas y otros para el ganado y las cuadras para las bestias. Ahora está solitario, derruido como tantos en estas sierras y bastente olvidado de casi todos. Crece por aquí mucha mejorana y hasta se ven las suelas viejas de alguna alpargata de las que usaban en aquellos tiempos. Un día me tendré que enterar de las personas que vivieron en este cortijo. Y si me es posible dejaré que me cuenten cómo fue aquella vida.

Quiero yo decir aquí y ahora que el día 23/10/99, al caer la tarde, me paré en este collado y ruinas del Lobo. Los cinco días anteriores no había parado de llover y también había llovido mucho todo aquel mes de octubre. Dejé el coche junto a la carretera y por las pequeñas llanuras que hay por debajo de las ruinas del cortijo hasta el surco del arroyo, me fui buscando setas de cardo. Me encontré algunas pero como mi interés estaba centrado en el nacimiento de este arroyo, me fui hacia ese punto olvidando las setas. Es este el arroyo que nace en la nava del Rico pero que sólo empieza a ser arroyo de verdad en el punto que por aquí todos conocen como el Nacimiento. Lo es en verdad del arroyo de la Fresnedilla y por eso le da agua a la casa forestal, a los cortijos y a la escuela, todos con el nombre de la Fresnedilla. Desde este punto del nacimiento hasta los edificios mencionados, siguiendo el surco del arroyo no hay ni siquiera un kilómetro de distancia. Por el trazado de la carretera llega casi a dos kilómetros.

Pues aquella tarde me quedé asombrado al descubrir la cantidad de agua que brotaba del nacimiento atrás mencionado. Un caño como el cuerpo de dos personas juntas y además salía por tres o cuatro puntos diferentes. En este lugar del nacimiento, construyeron una pequeña caseta para tomar el agua que baja por un tubo de hierro hasta los edificios ya dichos. Pues los tubos que le entra a la caseta estaban rotos y el agua salía por la puerta, por un tubo que en forma de grifo pusieron, por las grietas de las rocas y hasta por las paredes de la caseta. Me asombró ver brotar tanta agua de ese punto y por eso allí me quedé durante un buen rato. Estuve reflexionando y llegué a la conclusión que tanta cantidad de agua era por lo siguiente.

La nava del Rico, es una extensa y larga llanura que cae desde el mismo collado del Pocico hacia la vertiente de este arroyo de la Fresnedilla. Cuando llueve o nieva en estas navas no corre el agua. Se la chupa la tierra y la suelta por el nacimiento unos metros más abajo. Casi kilómetro y medio tiene esta rica llanura que no es en realidad sino un enorme collado entre el pico Ponestillo y un buen conjunto de llanuras al final del caballo de la Cruz

de Juan Nuñez. Las Hoyicas es como se llaman estas llanuras que se recogen entre los mil cuatrocientos a los mil quinientos metros de altura. Todas las aguas y nieves que caen sobre estas cumbres se filtran y parte de ellas, surgen por este nacimiento de la Fresnedilla. Otras pocas manan hacia el arroyo de Gil Cobo por el barranco del Zarzalar y hacia el arroyo del Prao de los Chopos. Donde propiamente se da el nacimiento el surco del arroyo presenta como una cascada que baja seca. Por este arroyo y por encima del nacimiento, pocas veces corre agua. En cambio por debajo del nacimiento, aquella tarde corría todo un río. Sin gran esfuerzo descubrí que este arroyo de la Fresnedilla tiene mucha más agua que el arroyo de la nava del Vilano, que es más largo y también arranca desde cumbres y llanuras muy grandes y hermosas.

Pues andaba diciendo que los caminos por aquí, uno arranca desde la carretera que la construyeron justo por la misma puerta de este cortijo y en unos metros ya está en el collado. Muy poca cosa para remontar pero muy bonito por lo recogido que queda entre los dos morretes, el de la Bandera y el otro. En el centro mismo de este collado levantaron ellos la era donde trillaban las mieses y aventaban para separar la paja del grano. Fue una buen era ésta porque todavía se ve su empedrado casi perfecto, la preciosas paredes de piedra que le pusieron a todo su alrededor para sujetarla mejor y el lugar tan exquisito donde la hicieron.

Pues por el lado de arriba, el que pega a la ladera de la Bandera, sale o más bien pasa la senda. Este collado del Lobo era un punto donde también se cruzaban varios caminos. No muy importantes, que son los que recogieron en aquellos primeros mapas que el ejército levantó por estas sierras y por eso tienen tantas inexactitudes, sino secundarios pero importantes para ellos porque los necesitaban para ir de un cortijo a otro y a los trozos de tierra que sembraban y majadas de animales. Uno de aquellos secundarios caminos, veredas que sólo recorrían a pie o con las bestias cargadas de un lado para otro, cruzaba por aquí. Por la misma curva del collado y por la falda de la ladera, cara sol de la tarde, se iba cimbreando en busca de la nava del Vilano. Vereda o camino de Majaenrea es como ellos lo conocían.

Ahora este camino está muy roto, se le reconoce con bastante dificultad pero teniendo un poco de experiencia y con paciencia, se le encuentra sin problemas. Justo de la era sale la vereda. Remonta un poco por entre los pinos y las piedras. Esta ladera lo que sí tiene son muchas piedras calizas sueltas que ruedan por la tierra hacia las partes más llanas. Andan por aquí mucho las ovejas de los pastores tanto del collado de la Cruz como de la Fresnedilla pero el que más es Rumaldo del cortijo de la Traviesa y por eso, la vieja vereda, está bien pisada por estos animales. Cuando llueve la tierra roja o algo colorada, tiñe mucho. Al pisarla las ovejas se la llevan en las pezuñas y luego la van dejando sobre las piedras sueltas o rocas que hoy por esta ladera. Al camino se le reconoce más por estas señales que las ovejas

dejan en las piedras que por otra cosa.

Cimbreando por esta ladera que ya he dicho se aleja la senda y después de pasar por dos o tres dulces cañadas, casi collados porque esto se encuentra en las partes más altas del terreno por este punto, se asoma a la nava del Vilano. Antes hay un collado muy bonito que en algunos mapas lo describen como el de la Traviesa pero no lo es. Su nombre verdadero es collado de cueva Honda. Un poco antes de remontar a este collado, la cañada que sube se le conoce con el nombre de Majaenrea. Todas las llanuras de lo alto, por el mismo collado y cayendo hacia la fuente de la Puerca, es conocido con el nombre de los Torcos de cueva Honda y también por las Hoyicas de cueva Honda. En esas misma llanuras es donde se encuentra cueva Honda. Se viene la senda para el lado del sol de la tarde o el monte Navazalto y al asomar a la hondura de la nava, por la izquierda se presentan las ruinas de una vieja tinada. Aquí mismo crece una sabina milenaria. Tiene el tronco parecido al de un árbol viejo y se alza bastante del suelo. Ya vuelca la senda y todavía por la ladera, sigue avanzando para irse por el collado de la nava del Vilano hacia el lado de las Cebadillas. Esas laderas ya son vertiente al Aguascebas Grande a la altura de las Cebadillas y mucho más abajo de la junta de la Herradura.

Por aquí, todavía bien remontada en la ladera, la senda roza un manantial. Nace de un pico que queda por la derecha con una cota de 1327 metros. Junto a este manantial, el que le daba agua a los cortijos que levantaron justo en el centro de la nava, sembraron algunas nogueras. Trazaron regueras e hicieron albercas. Desde aquí se llevaban el agua para las tierras de la nava y para los cortijos. Ahora han hecho obra de cemento. Han construido otro tipo del alberca y las aguas que todavía brotan de este manantial, se la siguen llevando a los cortijos y las tierras pero para otra finalidad y dueños. En el otoño del 99, el manantial estaba seco. A las casas de lo que fue el cortijo de la nava del Vilano, tienen que traer el agua con garrafas de plástico desde otros puntos de estas sierras.

Desde el punto y la ladera que acoge a la senda, hay una vista preciosa sobre toda la nava. Asombran nada más asomar y verla. Es una gran llanura, exactamente nava porque la tierra es llana y se encuentra recogida entre cerros pero al mismo tiempo es un gran collado. Más bonito y grande que el del Pocico porque a ambos lados, por aquí la tierra es muy llana y tiene mucha extensión. Cuando corre el viento, si viene desde el lado del Embalse del Aguascebas que es también el lado de la fuente del Vilano, por esta hondonada, cañada, collado y nava, soplo con fuerza y en cantidad. Sin duda que un vilano, las semillas secas de algunos cardos u otras semillas con pelusas, tiene que volar quiera o no quiera. Vuelan los copos de nieve cuando caen de las nubes, vuelan las gotas de agua cuando descargan las tormentas, vuelan las hojas de los álamos cuando en el otoño ésta se caen y vuela cualquier cosa que no tenga mucho peso y casi siempre hacia el lado

del Aguascebas Grandes. Es decir, desde el lado de sol de la tarde hacia la umbría de las Cebadillas. ¿Por qué no se podría bautizar este punto con el nombre de Vilano? Vilano y otros matojos, cardos y hojas de árboles que vuelan aunque no tengan alas, arrastradas por la fuerza del viento que siempre por aquí corre.

Pues la nava del Vilano, vista desde este punto, cuando la senda que va desde el collado del Lobo asoma a la nava, es de lo más bonito que uno puede encontrarse en estas sierras. Un bloque de viviendas serranas construidas en el mismo centro de la ancha y larga llanura. Dos grandes laderas coronando y rebasando hacia los lados y la tierra llana, casi siempre resplandeciente de verde. Cuando la primavera se hace presente por estas sierras, las praderas en estas llanuras son de ensueño. Y como estas tierras eran propiedad no pudieron sembrarla de pino. Por eso se quedaron yermas y todavía lo están. Las casas siguen en pie y en ellas ahora viven algunas personas. Son familias venidas de fuera de estas tierras y quizá por eso han cercado las tierras con una buena alambrada. Han puesto placas solares, poste y cables, tienen coches y muchos perros que ladran en cuanto olfatean lo que sea y de este modo, la grandiosa nava del Vilano, ha dejado de ser lo que fue para pasar a otra categoría.

- ¿Y por qué te duele?
- Es que siento como si a estas bonitas tierras, se las fueran comiendo poco a poco. Los que nacieron aquí y gastaron sus vidas labrando la tierra, guardando el ganado y abrazados a los fríos y calores de estas montañas, ya muchos se han muertos, otros se han ido y los que no, están pero no están. La tierra se ha quedado sin sus dueños verdaderos, sin sus hijos, sin los que eran polvo con ella. Los que han venido y sigue viniendo de fuera, buscan y se apegan a esta tierra pero ni la quieren como la querían ellos ni necesitan de ella con la misma sinceridad y verdad con que la necesitaban ellos. Cogen de aquí sólo lo que les interesa para su gozo personal y así son indiferentes al propio respirar y crujir de la tierra. Esta realidad me duele y me hace sufrir porque están prostituyendo un mundo que lo siento sagrado. ¿Lo puedes comprender?

- Pero si los cortijos de aquellos tiempos, bonitos todos, construidos de piedra y enclavados en los puntos más hermosos de estas sierras, no los reconstruyen y los ocupan ¿cómo se conservarían?
- No se conservarían. Todos estarían derribados, creciendo las zarzas por entre sus ruinas y las tierras sembradas de pinos.
- Entonces ¿qué es mejor que lo compren personas que no son de estas tierras y los ocupen o que se desmoronen para siempre?
- Pero si las personas venidas de fueran, extranjeros muchos de ellos, colonizan tanto estas sierras, sus viejos cortijos y ponen alambras en las tierras, se perderá para siempre lo mejor de estos parajes.
- ¿Y qué cosa es lo mejor?

- La propia señas de identidad, la forma de ser de las personas que por aquí siempre vivieron, su cultura, sus caminos, los nombres que ellos pusieron a los sitios y hasta la libertad de los campos.
- ¿Entonces?
- Pues que no es bueno que vengan por aquí tantos extranjeros y ocupen tantos cortijos y se hagan dueños de tantas tierras. Las mismas que fueron de los serranos desde tiempos lejanísimos.
- ¿Es mejor que se queda la sierra vacía por completo?
- Tampoco es lo mejor
- ¿Y el turismo?
- El turismo también tiene sus inconvenientes y más, si entra en avalancha como pretenden algunos. Será rentable sólo en pesetas y no en mucho espacio de tiempo. Hay otras rentabilidades que dan más fruto y duran más.

Tengo que decir que por el camino de tierra que desde la carretera asfaltada sube hasta la nava del Vilano, en verano y más de una tarde, he visto a jóvenes, no de estas tierras, corriendo. Haciendo esa especie de deporte moderno que en estos tiempos muchos practican. Casi hasta el pantano de las Aguascebas llegan y luego vuelven. Y claro que al verlos se me ha venido a la mente la imagen de aquellas lejanas tardes de veranos calurosos como este y aún más secos. Por estos caminos, no tan anchos porque entonces no había coches todo terreno, iban y venían los pastores con sus ovejas llevando en la mano corderillos recién nacidos. Pasaban por aquí los hijos e hijas de aquellos pastores, ya para siempre olvidados, y no practicaba deporte sino que iban enredados en la lucha que a todas horas tenían con estas tierras y sus animales. Lucha dura y carente de lo más elemental porque tenían que sacarle a la tierra el pan y los frutos con el que se alimentaban. Aquello era una estampa casi carente de todo interés para el resto del mundo pero estaba llena de mucho amor por la tierra y tenía mucho sudor derramado en ella. ¿Por qué ahora el alma, desde estos tiempos y ante las cosas y personas de estos tiempos, se siente triste y hasta llora? ¿Por qué parece que allí si estaba y sigue estando la vida verdadera y honda y aquí no?

Un recuerdo más

Al pasar por la era que todavía mantiene su forma por detrás del cortijo del collado del Lobo, se me ha avivado el recuerdo. Y claro que intencionadamente ahora quiero hablar un poquito de ellos y sus labores con los barbechos, la siembra, la siega, la trilla y algunas cosas más. Yo recuerdo que cuando todavía estaban por aquí y dependían por completo de lo que le daba esta tierra, cuando llegaba el otoño y caían las primeras lluvias, se ponían mano a la obra y araban la tierra. La iban arando y la iban sembrando al mismo tiempo. Las mejores sementaras, decían ellos, eran aquellas que se sembraba en cuanto caían las primeras lluvias del otoño. Muchas veces tenía que ser en un viernes y cuando la luna estaba creciendo porque así, creían ellos, todo crecía mucho.

Pues la tierra la araban con yuntas de mulos, vacas y hasta con burros. En los tiempos más lejanos, con arados de madera fabricados por ellos mismos. En los tiempos más cercanos, ya con arados de hierro pero seguían con sus yuntas de burros, mulos o vacas. Las vacas eran unos animales buenos para la labranza por la fuerza que desarrollaban y lo pacíficas que son. En los acarreos de las mieses, la trilla y otras labores, los mulos eran mejores. Después de las primeras lluvias, como suele pasar, todavía el clima se mantiene algo templado. Las semillas sembradas brotaban y si las lluvias seguía cayendo hasta se ponían verdes todos los campos. Cuando ya aparecían las primeras nieves, las primeras heladas y las noches eran más largas, las semillas sembradas en los campos, se mantenían verdes pero siempre resistiendo tanto a las nieves como a los hielos. Difícilmente se helaban tanto que se quemaran del todo y sobre todo, si la tierra tenía la suficiente humedad.

En estos días, los largos días del otoño antes de las nieves y los fríos y ya con las sementeras sembradas, los habitantes de los muchos cortijos serranos, se dedicaban a buscar leña por los montes más lejanos. Tenían que llenar sus cortijos para cuando llegara el invierno y las nieves los encerrara largas temporadas junto al fuego. Por estas zonas de la sierra de las Villas, muchos acudían a por leña a las alturas de las Blanquillas Baja, Alta y por Pedro Miguel. Todavía va por allí una vieja vereda que fue la que ellos andaban cuando acarreaban leña para sus viviendas. Por estas fechas y una vez sembradas las cosechas de cereales, los trabajos en los campos menguaban mucho. Las huertas estaban en reposo, los árboles de las huertas sin frutos, las tierras bien preparadas y los animales por los prados de las zonas bajas.

52- Fuente del Gitano, nava del Vilano, Fuente de la Puerca, Cebadillas Altas y Baja, poyo del Moro, río Aguascebas Grande, Bardazoso

A las umbrías del rocío
Distancia aproximada: 7 k.
Desnivel aproximado : 450 m.
Tiempo aproximado : 4 h. andando.
Camino: vieja vereda en regular estado.

Nota: quiero aclarar que la primera parte de esta ruta, desde el collado del Lobo hasta la fuente Alta del Vilano, es común con la ruta que se ha descrito antes. La podría haber incluido en aquella pero me parecía que tanto una ruta como la otra tienen personalidad propia y aunque posean algunos paisajes en común, es bueno hacerlas por separado. En distintos días y fechas. Así las hice yo y por eso las describo de este modo. Me gustaron mucho y como las experiencias pueden ser únicas, las desmenuzo a continuación.

Son las once de la mañana del día cinco de diciembre, domingo, de mil novecientos noventa y nueve. Se acerca el fin del milenio y aunque nada tiene que ver con esta ruta ni estas sierras, lo digo como repetición o eco de las muchas veces que en la radio o la tele ya lo he oído. Voy a trazar una ruta que va desde la fuente del Gitano, hasta Bardazoso pasando por la parte alta de la nava del Vilano, fuente del la Puerca, Cebadillas Altas y Bajas, poyo del Moro y río Aguascebas Grande. Arranco y me voy por la preciosa llanura que se extiende por la parte de abajo del collado del Lobo. Por donde me han dicho hay una cueva, una sima, algunos sitios que fueron corrales para encerrar las ovejas en tiempos pasados y el manantial de la fuente del Gitano. Queda por encima de la carretera asfaltada. Creo que a todo este conjunto desde siempre los serranos lo llamaron Majaenrea. Un nombre curioso que me gusta. Quizá pudiera ser majada enredada.

En estos días de atrás, después de aquella gran nevada, ha llovido. La tierra se encuentra muy húmeda y por eso al pisarla se pega en la suela de las botas. La noche que ha pasado ha sido de mucha niebla y por eso el campo amanece no sólo chorreando sino engalanado de gotitas de rocío. Al brillante sol de la mañana, sobre las hojas de la hierba, las ramas secas de los majuelos, los enebros, las sabinas y los rosales silvestres, relucen las diminutas gotas de rocío. Un espectáculo mudo pero tan bello que satisface hondamente. Hago algunas fotos para retener conmigo el momento y la belleza del paisaje y sigo recorriendo la hoya en dirección al collado del Lobo. De vez en cuando aparecen, más en el centro de esta llanura, algunas dolinas o sorbiores que es como lo llaman los serranos.

A los robles me los encuentro con las hojas casi secas. Teñidas de oro viejo y ello me dice que el otoño ha dejado sus huellas por estos paisajes. El invierno se encuentra en la puerta pidiendo permiso para entrar. Las dos estaciones más bonitas de todas, y por estos rincones, son precisamente el otoño y el invierno. La primavera es otro espectáculo que incita más a la dispersión, la vana alegría y la euforia del corazón. Sin que ello quite que es reflejo de la belleza que más sueña el alma humana. Pero el otoño y el invierno, arrastran hacia la dimensión de lo hondo, lo nostálgico, lo misterioso y lo que es cimiento real del universo. A los robles aun no se le han caído las hojas a pesar del color naranja que ellas ahora visten.

Por estas tierras crece mucha mejorana, señal cierta que en otros tiempos estas tierras fueron cultivadas. Tierras de labor donde crecían buenos trigos, garbanzos, maíz y otros productos que ellos apreciaban mucho. Las sabinas ya han clavado sus raíces en las tierras que fueron de cultivo e igual los pinos, los enebros, los majoletos y otras plantas. Los tomillos no son muy abundantes por aquí. Nunca estuve por aquí buscando setas de cardo pero por lo que ahora estoy viendo, en estas tierras seguro que nacerán en cantidad y de buena calidad. Es tierra negra y estuvo labrada. Remonto hasta el collado del Lobo y antes de penetrar en él ya me encuentro con la senda que vengo buscando. Es la misma que describir en la ruta anterior pero en esta mañana de diciembre, tiene un aspecto y exhala un aroma diferente. Ya he dicho antes que la tierra está muy mojada. Al pisar la senda se me pega el barro en la goma de las botas y no puedo caminar con la libertad con que lo hacía unos meses atrás.

En las partes de las montañas que son umbrías, por estas épocas del año, no da el sol en casi todo el día. Por eso, al pasar por aquí hoy y a estas horas de la mañana, me las voy encontrando mucho más chorreando, más engalanada de gotas de rocío y hasta cubierta por la blanca escarcha. Sobre las piedras el musgo se presenta por completo verde y las hojas secas que bajo los pinos se amontonan, chorrean agua cristalina. Es un espectáculo realmente hermoso y único. Sólo dado en estas sierras, por estas cumbres y en días como el de hoy. De vez en cuando me encuentro con algunas setas. De cardo he visto un par de ellas pero pequeñas y níscalos, también aunque ya hiele por las noches y por eso el frío sea intenso.

Recorro la senda que no me voy a parar a describir con detalle por lo que ya atrás he dicho y después de atravesar el pequeño arroyo que baja desde el collado de cueva Honda, Majaenrea es como se llama el paraje, me adentro en la espesura de los hermosos pinos. Una pequeña mancha de viejos pinos, con troncos gruesos y que dan una belleza singular al rincón. Vuelco para la nava del Vilano, recorro la ladera que se enfrenta a esta llanura y ya voy observando el bloque de casas apiñadas en el centro de esa llanura. Esta mañana también me ladran los perros y por la puerta veo a varios hombres. Hacen hoyos en la tierra para sembrar árboles. Claro que

ahora es la mejor época para podar y sembrar. Pero estas personas, las venidas de otros países y ahora ocupando cortijos y tierras que pertenecen a los míos, ¿qué es lo que pretenden desarrollar por aquí? ¿Acaso quieren criar un cerezal? Los árboles que ahora siembran tardarán muchos años en crecer y dar frutos. Pero también me digo que según veo, ellos no tienen prisa. Han cercado a las tierras que rodean las casas, han puesto paneles solares y han tendido tubos de plástico para llevar el agua desde los manantiales hasta dentro de las casas. Tienen buenos coches y hasta muchos perros que cuidan que otros no se acerquen al lugar.

Al llegar a la alberca que sobre la ladera han construido, la senda que traigo parece acabarse. En este punto nace un venero y según tengo oído, los serranos de aquellos tiempos, a este venero le llamaban también fuente del Vilano. La segunda fuente del vilano, porque la primera se encuentra cuando ya esta nava empieza a convertirse en el arroyo del Torno.
- Aquella es la fuente del Vilano de Abajo y esta es la fuente del Vilano de Arriba.
- Pero aquella primera no se seca en verano y esta segunda, sí.
- Porque la fuente de arriba se encuentra mucho más alta y en la misma ladera pero de ahí ellos cogían agua y por las acequias, se la llevaban a las tierras llanas de la nava para regar todo lo que en estas tierras sembraban. ¿Lo entiendes?
- ¡Claro que lo entiendo!

Ya estoy en este punto de la fuente del Vilano Alta y ahora, durante unos segundos, dudo si bajar y, por donde la nava rebosa para la vertiente del Aguascebas Grande, meterme para buscar el cauce del arroyo y seguir bajando. Intuyo que justo por ese punto, portillo donde la sierra se rompe en dos vertientes opuestas, debe ir la senda vieja que ellos trazaron para moverse por estos rincones. Sigo avanzando y por unas veredillas de animales, me voy viniendo para la derecha acompañando a la ladera que recoge a la nava por el lado del levante. Intuyo que estas sendillas deben llegar a rincones amplios y quizá bellos. En cuanto avanzo un poco noto que por encima del portillo natural por donde la nava rebosa hacia el Aguascebas Grande, hay otro portillo. Es decir, el arroyo que baja desde el lado del Ponestillo y hacia cuyo nacimiento avanzo, por aquí se cierra. Tiene como una trinchera antes de juntarse con el que cae desde la nava. Pero de la nava, apenas cae arroyo alguno. Las aguas no corren por estas tierras llanas sino que se filtran y manan más abajo, antes del primer cortijo de la Cebadilla Alta.

Antes de meterme para el nacimiento de este arroyo, propiamente arroyo de las Cebadillas, al mirar hacia el gran barranco que me va quedando por la izquierda y por donde va el río Aguascebas Grande, aquí cerca de mía, veo la figura de un gran cortijo serrano. Lo adivino enseguida. Es el cortijo de la Cebadilla Alta. El otro, el de la Cebadilla Baja, lo veo más abajo y también

sobre un rodal de tierra llana, fértil y esta mañana, verde. Es precioso este barranco por donde el arroyo cae y los poyos donde fueron a construir los dos cortijos. Al otro lado del río, muy lejos de donde estoy, todo son laderas repletas de olivos. Me digo que subiré un trecho siguiendo el surco de este arroyo que viene por la derecha y luego me volveré para atrás y atravesaré el portillo que taja el cauce para coger la senda que intuyo por ahí.

Al menos el trozo de senda que ahora mismo recorro, no se mete para el portillo que da paso a las tierras llanas de los cortijos de las Cebadillas. Se ciñe a la ladera y se mete para la hondonada que decía me va quedando por la derecha y por el lado del Ponestillo. Se recorre con bastante comodidad. Por la derecha me escolta un buen macizo rocoso y comprendo que debe ser así porque por este lado es por donde me corona la montaña. Por la senda que piso me encuentro con un trozo de tubo de plástico. Ahora me digo que este tubo debe venir de algún venero que nace por el barranco que busco y lo pusieron para llevar agua desde este punto a las casas de la nava del Vilano. En cuanto llego a la hondonada me tropiezo con el surco del arroyo que buscaba. El de las Cebadillas en su parte más alta. Trae un chorrillo de agua, tiene tierra llana y crecen por aquí muchos juncos.

Me animo y ahora sigo el surco de este arroyuelo como si pretendiera encontrarme con algún manantial que, en sus primeros metros, brote y le regale el agua que por aquí corre. Observo con interés y la senda, que más se parece a veredillas de animales, parece que también quiere seguir cauce arriba. Me voy guiando por el tubo de plástico que aunque baja enterrado, por algunos puntos se le ve fuera de la tierra. En unos metros el surco del arroyo se cierra. Me tropiezo con un bancal de tierra donde crecen cinco o seis álamos. Noto que estas tierras fueron cultivadas en otros tiempos. Pienso ahora que quizá por estas hondonadas de la parte alta hacia la que asciendo, pudiera encontrarme con las ruinas de algún cortijo serrano. Ya tengo experiencia y por eso sé que donde hay un buen rodal de tierra y agua, ellos levantaban un cortijo.

Del tubo que vengo siguiendo ahora me encuentro un trozo partido. Ya acepto que por ahora, este tubo no sirve para llevar agua a ningún sitio. Si está roto no puede correr agua por él. Muy pegado al surco del arroyo bancales, no muy grandes, de tierra que fue cultivada. Sigo por el surco y remonto hasta una amplia y bonita hondonada. Ya por aquí no corre agua por este arroyo. Estoy muy alto y por eso sé que este cauce se forma por aquí mismo. Más arriba el terreno no tiene pinta de criar arroyos. Por entre muchas rocas calizas, muy quebradas y llenas de agujeros, remonto y me asomo a la que ya he decido va a ser la última llanura. No seguiré remontando más porque lo que hoy pretendo es bajar a las Cebadillas y por eso debo volverme para atrás y dejar la golosina que ahora mismo me ha enganchado.

Tengo que decir que desde el collado del Lobo hasta este punto de tierras llanas recogidas entre morretes, he venido sostenido entre dos curvas de nivel. La que va por los mil doscientos metros y la siguiente que recorre la sierra a la altura de los mil trescientos metros. Esta llanura, bastante amplia y muy fraccionada en hoyas y morretes rocosos, queda rodeada por las dos curvas de nivel que acabo de anunciar. Ambas curvas justo en esta hondonada se abren mucho y dibujan una figura que se parece bastante a un melón alargado que, en la parte donde estuviera unido a la mata, presenta como la trompa de un elefante cortada por la mitad. Los extremos de este melón, trompa y culo, quedan por la derecha mía y por la izquierda y la barriga, arriba y abajo y que es por donde le llegan las curvas de nivel que vengo diciendo. Yo he penetrado al corazón de este melón por la barriga de abajo, el ombligo, y casi por el mismo centro de las dos curvas anunciadas. Entre estas dos curvas queda la grandiosa nava del Vilano y como por aquí, cerca del arroyo, se rompe esta nava, las curvas se aproximan y dan lugar al portillo por el que me he colado. Luego se abren y después de dibujar el melón que he dicho, por la barriga de arriba, el lomo del melón, las curvas de nivel, las dos que venimos diciendo, se juntan mucho y en forma de una carretera, se alejan para el lado de la lancha de la Benita. Pero muy en las partes altas del pico Ponestillo que tiene 1464 metros.

Ya decía que me encuentro casi en el extremo que el melón tiene por mi derecha, la trompa cortada por la mitad. Si todavía siquiera avanzando en esta dirección, atravesaría la curva de nivel que va por los mil trescientos metros, saldría a otra llanura mucho más grande que la que ahora mismo piso y, para mi derecha, se me quedaría un collado menor. Es justo donde termina la trompa truncada del elefante que he dicho. Volcando por él saldría a la mitad del camino que acabo de recorrer y sería a tan sólo unos metros del collado de Lobo. Un poco a la izquierda de este collado y más para el lado del pico Ponestillo, se abre otro collado. Queda justo al final de la llanura que decía atrás. Pues si todavía remontara un poco desde donde estoy ahora mismo y volcara por este segundo collado iría a salir justo al cortijo de la nava del Rico. De donde puedo deducir que si me hubiera venido por este collado del la nava del Rico el camino hubiera sido mucho más corto. Es decir: para venir a los cortijos de las Cebadillas, si se arranca desde el mismo cortijo de la nava del Rico, se vuelca por el collado atrás dicho, se baja por el arroyo que recorre la llanura que ahora me sostiene y se desciende por el portillo que se abre hacia las Cebadillas, se llega mucho antes. Es la distancia más corta desde la carretera asfaltada y no muy difícil de andar. Los paisajes por donde pasa también son bonitos.

Así que me vuelvo para atrás y dejo para otra ocasión el bonito recorrido que he soñado. Comienzo a regresar y lo hago siguiendo el surco del arroyo. Ya dije que no tiene agua ninguna. Mucha mejorana, majoletos, rosales silvestres, enebros y tomillos. Los quejigos se mezclan con los pinos repoblados. La dirección que ahora llevo es hacia Bardazoso pero desde

luego muy lejos de ese paraje. Otro arroyuelo menor que me entra desde la derecha que es la parte más elevada. Aquí mismo la tierra se allana y de pronto, me encuentro con un grupo de tornajos. No son tornajos sino las típicas bañeras que este año han puesto por varios puntos de estas sierras. Son igual que las que vi hace una semana por el barranco del cortijo de la Benita y por el poyo de la Arena. Pero estas no las han pintado de verde sino que las han dejado con el color rosa que traían de la fábrica. Son diez las bañeras que aquí han montado y un buen chorro de agua que cae en la primera de la fila. Me acerco, bebo y compruebo que el agua estancada en estas bañeras tiene muchas ovas. Parece como si ni siquiera haya bebido en ellas un sólo animal desde que las pusieran aquí.

Por encima de donde han puesto estas bañeras hay un rodal de tierra buena. Está repleta de junco y por entre ellos todavía se adivinan los surcos de las acequias que arrancaban de aquí mismo. Unos metros más arriba me tropiezo con la alberca. La que aquellos serranos hicieron por aquí, excavada en el suelo y recogida con una pared de tierra y algo de cemento. Ya no remansa agua porque ahora no se labran tierras ni se cultivan tomates, pimientos y otras hortalizas. El agua que venía esta alberca se la llevan ahora por un negro tubo de plástico y la derraman en las bañeras que he dicho. Hasta en esto es hortera la sociedad de estos tiempos modernos. Bañeras y tubos de plástico para que los animales silvestres beban agua enmedio de este salvaje campo. Y sin embargo ellos, los incultos y antiguos serranos de aquellos tiempos, bien que sabían construir bellos tornajos de madera, llevar el agua por naturales acequias de tierra, sujetarla en rudimentarias albercas y usarla para regar las tierras o dar de beber a sus animales de la forma más natural, lógica y menos dañina para los paisajes, las personas y los animales.

Por la parte de arriba de estas junqueras y también por encima de la ahora seca alberca me encuentro los tornajos de madera que decía. Los han aislado y dejado abandonados para poner en su lugar las bañeras. Al quedarse sin agua la madera se ha secado y se ha rajado. Sé que dentro de poco se pudrirán y ya desaparecerán para siempre aunque ellos son mucho más bellos y prácticos que las bañeras de porcelana color rosa. Justo donde permanecen estos tornajos, troncos de pinos vaciados por dentro, descubro el manantial. Bajo una roca en forma de placa tectónica brota el agua. Pero como ellos han estado por aquí este verano arreglando las cosas, pues este manantial que, de siempre brotó en su libertad y belleza, también ha sufrido su remodelación hacia los tiempos modernos. Con cemento y algunas piedras, alrededor del manantial han construido como una poceta. Muy moderno y hasta con un toque de lujo y para que el agua se mantenga limpia de hojas y otras impurezas, han tapado esta poceta con una puerta de madera. La madera no es nueva sino vieja y de ello deduzco que es de aquellos tiempos. Desde la poceta salen dos tubos de plástico. Uno va a las bañeras que he dicho y el otro es el que me venía acompañando mientras remontaba hacia estas hoyas.

Quisiera beber pero algo me dice que no lo haga. Por donde el agua entra a los tubos, le han puesto una tela de plástico verde para que no se cuelen hojas en los tubos y se atoren. En el cemento que han extendido al rematar la obra han escrito un nombre que me es imposible leer y la fecha es la del año 1999. Me digo que quizá han querido escribir el nombre de esta fuente que bien sé es fuente de la Puerca. Quizá han querido escribir esto pero ni siquiera les quedó claro. Mas tengo que disculparlos porque los que han puesto por aquí estas bañeras puede que hayan sido pagados por los de arriba, los que han dado la orden para que se realice tan grandiosa obra. Por eso me digo que más culpables son aquellos, como pasó en los tiempos pasados, que estos. Por encina de la roca donde mana el venero crece una vieja y gruesa sabina. Se le nota que tiene muchos años. Quizá sea más que centenaria y por eso me digo que si ella pudiera hablar ¿qué sería lo que me contaría de esta fuente, aquellos tiempos lejanos y aquellos hoy olvidados serranos?

Me alejo de este manantial poniéndome en movimiento en la misma dirección que traía cuando me encontré con la fuente de la Puerca. Me voy acercando a la parte donde las dos curvas de nivel se aproximan para irse hacia la lancha de la Benita. Por eso sé que por aquí ya se van acabando las llanuras para dar paso a complicadísimos acantilados. Tampoco ahora tengo claro por qué me voy hacia este punto pero sigo y enseguida estoy pisando tierra de pequeños bancales. Las tierras que ellos roturaron y prepararon para sembrar los productos que necesitaban. Por todos estos bancales siguen creciendo muchos quejigos, majoletos y los pinos que repoblaron. Me sigo viniendo para el lado del Aguascebas Grande con la intención de asomarme al barranco donde se encuentra Bardazoso y el poyo del Moro. Me voy acercando ahora a la curva de nivel que va por los mil doscientos metros y por eso intuyo que justo en este punto, la montaña presenta un quebrado filo rocoso. Pretendo asomarme por aquí para gozar de la panorámica que ofrece este balcón. Según avanzo ahora voy descubriendo que por esta amplísima hondonada nacen cuatro o cinco pequeños arroyuelos. Todos se van juntando según caen hacia el portillo de las Cebadillas y ello da lugar al cauce mayor que por ahí desciende hacia el Aguascebas Grande.

Antes del filo que pretendo alcanzar me encuentro con una buena dificultad rocosa. Como la curva de nivel ha subido o más bien, yo me aproximo a ella, el paisaje presenta muchas rocas quebradas y con figura hermosamente raras. Es la curva de nivel que me venía quedando por la izquierda y por eso va por los mil doscientos metros. Por mi derecha y a sólo unos metros de donde estoy, las dos se aproximan mucho para dejar ya de dibujar el melón que decía. Durante unos metros más, aunque voy por la vertiente del Aguascebas Grande, no doy vista a ella. Me encajo en una última hoya, con tierra llana y muy fértil y unos metros más, ya tengo ante mí un portillo menor. Es justo el filo que ahora va por los mil cien metros. Por

aquí mismo nace un arroyuelo que cae recto hacia el poyo del Moro. Me aproximo al borde del acantilado, colándome por el portillo y ya tengo ante mis ojos el hondísimo y hermoso barranco del Aguascebas Grande cuando éste discurre por entre la solana de Bardazoso el poyo del Moro.

Descripción de la loma de Bardazoso

Ya he dicho en otros apartados de este trabajo que Bardazoso es una ladera que cae desde el collado del la Tobilla, Cerro de Santa María, y como no tiene mucha inclinación, la roturaron aquellos serranos y la sembraron de olivos. Hasta la misma orilla de las aguas del río Aguascebas Grande y justo por donde a este río se entrega el precioso arroyo de Gil Cobo. Un lujo de corrientes en lo más profundo de esta Sierra de las Villas y precisamente encajadas en tremendo y hermosísimos cañones rocosos. Asombra y dan miedo siendo muy difícil penetrar en ellos si no se va por los caminos correctos. Sin prisa escudriño la gran solana de Bardazoso y veo algunos tractores bajando por las pistas de tierra que van por entre los olivos. Hoy es fiesta y en estos rincones ya están recogiendo las aceitunas. Hasta veo algunas hebras de humo que, desde el barranco, remonta por los aires hacia el azul del cielo que me corona. Los aceituneros siempre encienden lumbres para calentarse y quemar el ramón que troncha de los olivos al varearlos.

Me doy cuenta ahora que la gran solana de Bardazoso comienza en el mismo collado de la Tobilla, a una altura de casi mil cuatrocientos metros y al llegar al río se queda en los ochocientos metros. Es como una gran loma cuya parte más elevada y gruesa estuviera justo por el cerro del Postre y Roblehermoso y desde esta elevación, se alarga hacia el pueblo de Mogón perdiendo altura e inclinación en sus laderas, según se aproxima a dicho pueblo. Esta loma queda perfectamente embutida entre el río Guadalquivir y el río Aguascebas Grande. El Guadalquivir por el norte y el Aguascebas por el sur. Y por el lado norte, el primer tramo de esta loma que es el más elevado y grueso, lo delimita el profundo barranco de la Madera y cuando ya este se funde con el Guadalquivir, la frontera la pone el surco de este río. Por el sur, el lado que está frente y más cerca a mí, comienza en el mismo collado de la Tobilla y el cauce del Aguascebas Grande se encarga de limitarla, cortándola con el profundo cañón que horada según este cauce se va escapando de la gran sierra que le ha dado vida.

Pero ahora que observo con calma y desde esta altura la mágica loma que atrás he venido describiendo, advierto un montón de peculiaridades que nunca antes había descubierto. La solana de Bardazoso, tiene su arranque justo en el collado de la Tobilla y por el lado de la cueva del Peinero, queda limitada justo por el arroyo que desde el collado de la Tobilla baja hacia el Aguascebas Grande. Arroyo de Bardazoso es como se llama. Pues si desde este arroyo, con mis ojos recorro la solana siguiendo la dirección que llevan las aguas del gran río, descubro que a la altura del poyo del Moro, los olivares se terminan. Y es porque desde lo más alto de la loma hasta lo más

hondo del río, cae como un durísimo y agreste espigón rocoso que, en lo hondo, se junta con otro tremendo espigón que se viene para el lado del poyo del Moro. Por eso precisamente le pusieron a este rincón el nombre de Poyo. Es una tierra llana que se extienden por encima de un gran acantilado donde también sembraron olivos.

Pues lo que deseaba decir es que en la solana de Bardazoso, desde el arroyo que la limita y tiene el mismo nombre, los olivares vienen bajando hasta llegar al espigón que atrás decía. Justo en este punto ya no pudieron sembrar olivos porque todo el terreno es pura roca, en acantilado tremendo que sólo sirven para que aniden los buitres. Pero siguiendo el recorrido por la cara que esta loma me presenta, en cuanto paso del acantilado dicho, se presentan otra vez los olivos y ya no termina hasta llegar a las proximidades del pueblo del Mogón. Mejor expresado, ya se funden con las grandes extensiones de olivares que arrancan desde las Sierras de las Villas, se elevan hasta la Loma de Úbeda y se pierden por las campiñas de la capital de Jaén. Un inmenso manto verde, monótono y algo repelente a mi espíritu pero que resulta grandioso por no darse en ningún otro lugar del Planeta Tierra. ¿Qué les movería, a las primeras personas, a plantar por estas tierras tantos olivos? Los que después fueron tomando el relevo, parece que también sintonizaron con aquel primer entusiasmo. ¿Quién sería el primero que plantó y cultivó por aquí un olivo?

Voy a seguir con la ruta que hoy traigo entre manos. Ya decía que desde el portillo donde me he encajado, la visión hacia la solana de Bardazoso es muy bella. La mañana se abre azul, brilla el sol y sobre las crestas del Cerro de Santa María, revolotea una corona de nieblas. Son las que se han elevado desde los barrancos al irse evaporando el rocío que en la noche se ha quedado trabado en la hierba. Estoy mirando porque ahora, algo me dice que por este portillo, en otros tiempos, debió colarse alguna senda. Es un buen paso para ascender o descender hacia el río o hacia las llanuras que he dejado atrás. Si fuera cierto que en otros tiempos por aquí pasó una senda, ahora está por completo desaparecida. Miro más concentrado y parece que sí, algunas señales me indican que una senda pasaba por aquí. Sin pensarlo mucho me arranco y me pongo a bajar. Con esta decisión dejo anulado por completo el plan que traía cuando hace unas horas me ponía en marcha para hacer esta ruta.

Y la senda que deseo exista no la encuentro. Sólo descubro veredas de animales: ovejas, cabras y otros bichos silvestres. Me digo que pueden servirme para el propósito que ahora tengo. Si bajo con cuidado y siguiendo la más cómoda de estas veredas, seguro que en poco rato me encajo en las tierras llanas que me presenta un poyo por encima del poyo del Moro. Es el poyo de piedra Jarrá. Ahora no sé como se llama pero como lo tengo a dos pasos de mí, me olvido de otras posibilidades. Observo las tierras que se recogen por la cara que se enfrenta a m y deduzco que esas tierras fueron

cultivadas. No hay vegetación en ellas. Hasta esas tierras tuvieron que llegar ellos y seguro que por caminos bien acondicionados.

Me arranco y comienzo el descenso. Me agarro a las matas de sabina, apoyo los pies en sitios seguros para no resbalar y salir rodando, quizá hasta el mismo cauce del Aguascebas Grande y trazo algunos zigzags. Quiero encontrar señales claras para asegurarme de que por aquí pasó una senda. Algunas pistas sí que descubro pero no tan significativas como para creerme que la senda fue importante. Quizá usaron este portillo pero sólo para remontar o bajar a puntos muy concretos de estos poyos. La senda principal debió ir por otro sitio. Hay buena tierra, muchos pinos y se baja bien siguiendo la sendilla de los animales. De vez en cuando, se me presentan trozos de pura roca y como están mojadas por ser umbría este lugar, voy con cuidado para no resbalar.

Atravieso un trozo de rocas bastante peligrosas y ahora ya salgo a los pinares y a la tierra suelta. Me oriento hacia la izquierda que es el lado por donde cae el arroyo que rebosa desde la nava del Vilano. Busco la tierra que presenta el poyo que me atrae. La vegetación que me voy encontrando son sabinas, mejorana, tomillo y ajedrea. El color de la tierra es blanquilla. Caigo sobre el collado. Una senda no muy importante se me cruza desde la nava del Vilano hacia la lancha de la Benita, que la tengo por la derecha. Para este lado y por esta senda sigo bajando. Otro precioso poyo se me alza no muy lejos y me entran ganas de alcanzarlo y descubrirlo. Buena tierra esta ocupada ahora sólo por algunas matas de mejorana. Deduzco con facilidad que en otros tiempos, fue cultivada y seguro que dio buenas cosechas de trigo, cebada y garbanzos. Las matas de cornicabras hoy me las encuentro sin hojas y me asombra lo grandes que son. Ellos no arrancaron estos arbustos, aunque estuvieran en el centro de la tierra que sembraba, y todavía no sé por qué.

Me asomo al morro que he conquistado. La visión hacia lo hondo, es amplísima y muy completa. Tanto o más que desde lo alto total, porque ahora tengo más cerca las laderas de los olivares de Bardazoso. A este lado del río y debajo justo de mí tengo otro buen rodal de olivares. Son los del poyo del Moro. En algunos mapas que conozco bien, aparece una pista de tierra que atraviesa el cauce del río y se viene hacia el lado donde me encuentro. Sobre ese mapa muchas veces he observado esta pista y este rincón pero hoy tengo la oportunidad de estudiarla sobre el terreno. La realidad es distinta a como me la había imaginado. No tierra llana por donde discurre esta pista sino voladeros, poyos y hondonadas muy quebradas.

Estoy situado ahora sobre la curva de nivel que va por los mil cien metros. El cauce del río discurre a menos de ochocientos metros. Todavía tengo una buena bajada y la distancia, en línea recta, no será mayor de un kilómetro. Pero no soy ave y por eso tendré que recorrer el terreno salvando

barrancos, monte, cuestas, voladeros y otras incomodidades. Observo bien y descubro que por mi derecha no tengo bajada. Por este lado y hasta el arroyo de Gil Cobo es lo que ellos llaman el Cantalar. Tremendos cortes rocosos que se quiebran desde alturas muy considerables y según se acercan al surco del arroyo, son más difíciles de salvar.

Me vengo para la izquierda que es por donde se me ha quedado el arroyo que cae desde la nava del Vilano. El de las Cebadillas, con sus cortijos y el trazado de aquella vieja vereda. Pero como ahora ya he bajado mucho, no remonto otra vez a los morros y busco la senda un poco más arriba del primer cortijo sino que por debajo de los morros que he pisado, busco un paso y avanzo hacia el arroyo atrás dicho. Por este lado de abajo, estos morros también son muy complicados andarlos porque presentan caras muy agrestes e inclinadas. Me cuelo de una hondonada a otro, siempre campo través pero aprovechando las sendillas que me encuentro y avanzo hacia el objetivo que ahora me he propuesto. Por este lado de abajo de los morros el terreno es por completo distinto a como por la parte de arriba. Muy inclinado, con muchas piedras cuando no rocas gordísimas y espeso bosque de romeros, sabinas, enebros, cornicabras y pinares.

Tal como venía intuyendo, antes de alcanzar el cauce del arroyo que se descuelga desde la nava del Vilano, me encuentro con el trazado de la gran senda. La que sabía tendría que ir por aquí aunque nunca la he recorrido. En los más viejos mapas del ejército, los que trazaron hace más de cien años, ya señalaron esta senda. Lo he dejado escrito en alguna parte de este trabajo y digo que aquellos mapas resaltaban a esta senda como una de las vías más importantes para entrar y salir a los rincones más profundos de estas sierras. Uno de esos rincones, el que más aprovechaba esta senda, es toda la gran cuenca del Aguadero Hondo, cuyo corazón, hoy es el Embalse de las Aguascebas.

Me alegro encontrarla y descubrir que todavía se conserva bien. Su trazado está muy bien hecho y es ancha. En lugar de subir, bajo por ella. ¡Qué sensación de comodidad nada más comenzar a seguirla! Enseguida descubro que de tanto andarla, desde tiempos remotísimos, se encuentra muy gastada. Por algunos puntos se hunde en el terreno y se forman trincheras. Donde hay rocas, tiene sus escalones y donde hay torrentera, su pared de piedras sujetándola para que no se desmorone. Es una senda de gran encanto y ahora me cunde mucho andar por ella. El trazado se pega a las laderas y baja o sube con ellas en curvas muy airosas para que no sea fatigoso remontarla.

En sólo cinco minutos, desde donde me la encontré, he bajado casi setecientos metros. Me asombro lo mucho que cunde cuando se avanza por veredas buenas. Me paro y miro para atrás. Las cumbres y el collado por donde rebosa la nava del Vilano se me han quedado casi en las nubes. Muy

altas. Y como en estas fechas del año y a estas horas del día, doce y media de la mañana, el sol llega muy inclinado y con poca fuerza, esas cumbres aun parecen más altas y misteriosas. Por la cara en que yo las estoy mirando es la umbría, lo que queda por completo en sombra casi todo el día. Por esta peculiaridad y la humedad que revolotea por el espacio todavía se presentan más misteriosas, hermosamente bellas y hondamente nostálgicas. Sin apenas notarlo de lo más sincero del corazón me salen las gracias al Dios que me regala y permite que viva momentos tan hermosos.

No hay pasos míos por estas sierras ni momentos, a lo largo de tantos años, que ese Dios, el que me ha creado, me da la vida y me espera al final del camino, haya dejado de estar presente. A mi manera y desde mi silencio, continúo le estoy agradeciendo cada minuto que respiro. Cada metro que ando por estos caminos y montes, cada brizna de hierba, cada arroyuelo que descubro, cada gota de rocío, cada pájaro que revolotea y cada rayo de sol que me caliente. Continuo se lo estoy agradeciendo porque como me siento tan despreciado e inadaptado a este mundo y lo que los humanos han ordenado sobre él, no me queda otro apoyo que Dios. El Creador del Universo y el único que en mi vida me apoya, me da ánimo, me regala paraísos y me salva en todo momento. No hay minutos ni pasos en mi existencia que estén vacíos de Él y de la persona que es sangre en las venas que alimentan mi corazón. Mi vida dejaría de tener sentido si tanto el uno como el otro no estuvieran conmigo y fueran en todo lo que soy, amo y sueño.

En una amplia curva la senda se aparta del arroyo de las Cebadillas y durante un buen trecho se va para la derecha, buscando la ladera sobre la que se asienta el poyo donde estuve asomado. Una vez que sale de la hondonada, comienza a caer por un leve puntal que se forma en esta ladera y ya recorre tierra cada vez más llana. Me doy cuenta que estoy entrando a otro poyo. Por la izquierda veo la figura de un cortijo. Se levanta sobre una tierra muy llana y al otro lado del arroyo que cae desde la Nava. El cauce de este arroyo se torna casi horizontal por completo. La tierra es de una calidad excelente. Tierra de huertos con abundancia de mucha agua y, escoltando el surco del arroyo, preciosas hileras de álamos. Al otro lado queda el cortijo que se ve en buenas condiciones aunque no es muy grande. Tiene tejado de tejas rojas, una chimenea por donde sale una hebra de humo y en la puerta, veo algo que parece una monto. Me creo que está habitado y por eso me aparto de la senda, busco el arroyo para cruzarlo y me pongo en dirección a este cortijo.

Pero la senda, un ramal de ella, también se viene para este lado. Debe llegar al cortijo y lo encuentro muy normal. Ellos tenían que salir y entrar a esta vivienda y necesitaban senda. La recorro y en cuanto me encuentro en la llanura total que pega al arroyo, parece que se pierde. Las nogueras me saludan. Hay muchas aunque ahora no tienen hojas. También granados,

membrillos y parras. Los árboles frutales que crecían en las tierras de sus huertos. Siguen vivos aun, como en tantos otros lugares para dar testimonio, durante algunos años más, de aquellos momentos de esplendor aunque duros y bañados de sudores.

Me muevo ahora arroyo arriba siguiendo la borrada senda y busco un paso para cruzar el cauce. Por aquí, como hay una buena capa de tierra, se ha hundido en una estrecha zanja. No se puede cruzar por cualquier lado. Busco un paso, siguiendo todavía la veredilla que se ve y en un vado, me encuentro un puente. Sólo unos troncos de pinos puestos de un lado a otro y en el centro, viejas tablas para poder cruzar. Si ahora vinieran por aquí con burros o mulos, no podrían cruzar por este puente por lo roto y complicado que se encuentra. Al entrar y salir, tiene muchas piedras y forma como escalones. Ya que lo he cruzado me paro y durante unos segundos lo observo despacio. Quisiera saber más de lo que ahora mismo veo por aquí y sólo lo adivino.

Arranco dirección al cortijo y mientras ahora recorro la buena tierra que por el rincón sigue habiendo, hasta tengo que remontar un poco sin dejar de hundirme hacia el gran cañón del Aguascebas Grande. ¡Qué rincón más bonito y rico tenían aquellas personas! Seguro que se encontraban muy agusto en este lugar y seguro que la tierra les daba abundantes cosechas. Ahora ya sé que el cortijo, frente a cuya puerta voy a pararme en unos segundos, es el de la Cebadilla Baja. El otro, lo puedo ver remontado a mitad de la distancia entre la cumbre por donde la nava del Vilano y el punto donde estoy. Según me aproximo descubro que lo que desde lejos parecía una moto son mochilas vacías.

Llego a la puerta y dentro siento que alguien da golpes sobre maderas. Por la chimenea sale humo. ¿Quién vivirá aquí? Serranos no parece que sean porque los terrenos están muy dejados en las manos de Dios. Tampoco parece que sean los ocupas que ahora andan refugiándose en casi todos los cortijos vacíos que por aquí han quedado. ¿Quiénes serán estos que hoy han tomado posesión de tan bonito palacio? Ya en la puerta, me paro. Nadie me ha visto llegar ni a nadie he visto según me acercaba. Apoyo mis manos sobre la pared, miro para dentro y me anuncio:
- ¿Quién vive?
Al mirar dentro veo a un joven que, agachado, golpea sobre unas maderas viejas. Junto a él, una muchacha se vuelve para mí y me mira. Como no responden les pregunto:
- ¿Y los dueños?
- Nosotros no somos.
Me parece que se han asustado algo. Mi presencia les ha cogido tan de pronto y en tal momento, que se creen lo que no soy.

- Aprovechando el puente de estos días de fiesta, nos hemos venido

aquí para quedarnos unas noches.
Me aclaran. Ya sé que ni son los dueños ni los ocupas que hay en otros cortijos. Los tranquilizo diciendo:
- Es que un lugar como este merece gozarse sin prisa.
Y ella:
- ¿Quiere un poco de agua?
Una pregunta innecesaria en estas sierras y menos aquí. Por el arroyo corre un buen cuerpo de agua limpia y fresca. Pero ya me he dado cuenta que algo tenían que decir y por eso me invitan a agua. Les digo que no tengo sed y a continuación les pregunto por los nombres de los sitios.
- Nosotros no sabemos cómo se llaman ni los poyos esos ni el arroyo este.
- Lo entiendo.
Y de verdad que lo entiendo. Comentamos un par de cosas más, sin interés y los despido. Ellos no son de las personas que entran en el centro de mi interés cuando me muevo por los cortijos y caminos de estas sierras. No puede aportarme ningún conocimiento de lo que de verdad me interesa.

Lo siento mucho porque de verdad que me hubiese gustado encontrarme por aquí con algún viejo serrano. Qué tranquilidad transmiten ellos y con qué cariño y conocimiento hablan de los caminos, los nombres de los sitios, los cortijos y las personas que los habitaban. Los despido y me vuelvo para atrás. Ellos se han metido en este cortijo para refugiarse y pasar unos días en contacto con la naturaleza. Como tantos hoy por estas sierras, en hoteles, campings, casas rurales y otros rincones. Se ha puesto de moda lo de irse a las montañas de excursión los fines de semanas y hacer rutas. Comer muchas chuletas, migas serranas, matanza y otras viandas mucho más natural que lo que pulula por las grandes ciudades y los pueblos.

Vuelvo a desandar el trozo de tierra que he recorrido para llegar a este cortijo y cruzo otra vez el puente. Ahora caigo en la cuenta que los dos cortijos de las Cebadillas fueron a construirlos, cada uno, al borde mismo de sendos morros de dos como repisas o grandes llanuras a lo largo del recorrido del arroyo de las Cebadillas. El de arriba desde aquí se le ve asomado al morro primero según cae el arroyo. Este de abajo se le ve aplastado también al borde mismo de un hondísimo acantilado. Donde este acantilado tiene su base corre el río Aguascebas Grande. Y para ver mejor la belleza de esta gran cárcava, una vez que he cruzado el arroyo, sigo bajado pegado a su corriente pero por el lado del poyo del Moro. Busco un buen mirador frente al cortijo y sobre un espigón y me paro.

En estos momentos, del acantilado atrás anunciado, remontan vuelo cinco o seis buitres leonados. Me camuflo algo entre las cornicabras e intento fotografiarlos. No lo consigo porque se alejan hacia la profundidad del río y luego remontan para la ladera de enfrente. Pero decido pararme un buen rato. Dejo mi mochila en el suelo y me pongo a comer algo. No es muy tarde pero como a partir de este punto, si sigo bajando, ya todo son olivares y por

entre los olivares estoy viendo y sintiendo aceituneros, quizá es mejor que ahora coma algo. No estaré tan solo dentro de un rato.

Mientras me voy acomodando sobre unas rocas calizas observo las paredes donde los buitres tienen sus nidos. Ahora sus refugios porque no es tiempo de nido. Es una muralla de pura roca y queda partida por su centro por el chorro de agua que sale del arroyo cuando éste se precipita para el río. Es sólo cincuenta metros más abajo del cortijo que acabo de visitar. En lo hondo, el río escapándose de la sierra. ¡Qué cañón más tremendo tuvo que cortar por aquí para abrirse paso! Y ya sí es un buen río porque a estas alturas ha recogido todas las aguas de la amplísima cuenca del Aguascebas Grande y las del arroyo de Gil Cobo. Todavía estoy muy alzado sobre este río. Por debajo de mí y hasta llegar a las aguas, queda un desnivel de cuatrocientos metros. Cuatro curvas maestras porque van de cien en cien y cada una de ellas con su correspondiente voladero. En casi todos hay buitreras. Justo a la altura de la curva que yo piso nacen algunos arroyos más que corren paralelos al que vienen desde la nava del Vilano. Son de cauces cortos pero muy torrenciales porque se precipitan casi en vertical.

Desde mi hermosísimo mirador además de gozar de la hondura del río, gozo de la preciosa panorámica que me ofrecen las laderas repletas de olivos. Veo ahora la pista de tierra que viene río arriba desde el pueblo de Mogón, el que también descubro al final del todo. Un poco más allá y sobre la gran Loma de Úbeda, reluce el pueblo de Torafe y Villacarrillo. El Guadalquivir se queda al otro lado de la loma que baja desde el cerro del Postre hacia Mogón. Las pistas de tierras surcan cada metro de los extensos olivares y los cortijos también brillan en muchos barrancos de esas lomas y laderas. Se siente el trajín de los aceituneros y el ruido de los tractores bajando y subiendo. Los buitres que se han arrancado al verme surcan el espacio planeando hacia un lado y otro del gran vacío hacia los dos lados del río. No consigo una buena toma para la foto que me gustaría. Lo siento pero tampoco me apeno mucho. Buitres leonados en estas sierras ahora hay muchos y su interés para mí no es muy grande. Hay ya tantas tópicas fotos de buitres y otros animales que me resisto entrar en ese mogollón.

Ha pasado casi media hora. Me levanto, cargo con mi macuto, recorro un trecho hacia los primeros olivos y me encuentro con la pista de tierra. Es la que sube desde la Herradura, justo por donde el arroyo de Gil Cobo se encuentra con el río. Bajo por ella y enseguida me encuentro con una cuadrilla de aceituneros. No son muchos. Sólo seis o siete y como me quedan por el lado de arriba de la pista y bien remontados en la ladera, decido pasar y bajar. En todo caso al regreso me paro con ellos. Más abajo y antes del río, hay algunos más. Enseguida descubro la construcción de otro cortijo por el lado de abajo de la pista. Es uno de los tres cortijos del poyo del Moro. Se remonta en otro puntal y se asoma al surco por donde se escapa el río. Unos perros me ladran. No les hago caso y sigo bajando. Antes del

segundo cortijo unos tractores en la misma pista y tres hombres con la faena de las aceitunas. Los tractores están de barro que no pueden más. Ya dije que la tierra de esta ladera umbría hoy se presenta casi chorreando. Y las tierras de los olivares, de tanto labrarlas, son puro barro.

En cuanto estoy con ellos les pregunto por los nombres de los sitios. Estos sí conocen bien todo este rincón.

- Aquello de allí arriba se llama el puerto del Pinto, esto el Cantalar, que es entre estas ricas y aquellas que más levantan. Las buitreras donde ha estado usted, el Chorro.
- ¿Y los picachos que nos coronan?
- Cada uno tiene su nombre. Aquel de arriba el Ahijaero, este piedra Jarrá, te vienes para abajo y tenemos la Vacariza, la Vacaricilla, al otro lado del puerto del Pino, las Cuevas, la cuesta de la Losa, el Morrón, la lancha de la Benita y el Zarzalar. Por aquel lado tenemos el poyo de la Arena, lo que se ve enfrente y la Tejea.
- Desde aquí y por la lancha de la Benita ¿hay alguna salida para el collado del Pocico?
- Sí que la hay pero para una persona que sepa por donde va. Desde aquellos tiempos existe una senda pero como hay muchos bujes y zarzas, los caminos se han cerrado. El que lo sabemos no tiene problemas. Yo ahora me voy por ahí y salgo a todo lo alto pero usted llega y ahí se queda empoyatado para siempre.

Ellos siguen con su faena de la aceituna que no es poca ni fácil y yo decido no continuar bajando. Por hoy ya tengo bastante. Otro día me vendré por aquí con más tiempo y llegaré hasta las mismas aguas del río. Me empaparé de toda la belleza que concentra ese rincón y si puedo, iré hasta donde estuvo el segundo molino que movían las aguas del Aguascebas Grande. Ellos, con el tractor de oruga recogen los faldones llenos de aceitunas que han dejado los aceituneros entre los olivos, los acercan al remolque que arrastra otro tractor y vacían las aceitunas. Tarea complicadísima por lo inclinada y el mucho barro que tiene esta ladera del poyo del Moro. Tengo que decir que la actividad de los olivos por estos complicadísimos rincones arranca desde tiempos muy lejanos. Por aquí hubo muchas familias viviendo y casi todas tenían ovejas, cabras o vacas pero los olivos ya se cultivaban desde tiempos aun más lejanos.

Forma el río en su corriente,
el río cristalino
que en la honda sierra
nace en mil escondrijos
y cae señorial
por barrancos hondísimos,
charcos azulados,
remansos diamantinos,

cascadas de nata,
olas y remolinos.

Forma el río en su corriente,
cuando ya entre olivos
se ha hecho gigante
y despide a los altísimos
montes que le han manado,
meandros hermosísimos,
covachas misteriosas
con helechos muy finos
y playas que son joyas
donde tienen sus nidos
orquídeas y mariposas,
tarayes y juncos finos.

Forma el río en su corriente
juegos tan bonitos
de luz y de colores
en prados y caminos,
que es como un océano
de gozo dolorido
ahí donde se ensancha
y salta despacico
despidiendo a la sierra
que le dio vida y nido.

Los despido y regreso. Paso cerca del primer cortijo, rozo una alberca vacía y remonto hacia la cuadrilla de aceituneros que me he dejado por el lado de arriba. Me los encuentro comiendo. Tumbados sobre la tierra al poco sol que llega desde la cumbre y comiendo sus bocadillos. Los saludo y les pido que me digan algo de estos preciosos parajes.
- ¿Y qué quieres saber?
- Los nombres de los cortijos que se reparten por la solana de Bardazoso.
- Pues uno se llama el cortijo de los Carachos, el otro el Tabacal, el de Pedro Berbel que es el cortijo que se encuentra en todo lo hondo, este otro es de Manolo el Barba, el Molino de Bardazoso que es como le dicen. Por este lado del río y cerca de donde se junta el arroyo de Gil Cobo con el río había otro cortijo que era de Manolete Caracho.

Durante un largo rato y mientras siguen en su comida los escucho atento. Se entusiasman tanto que hasta me hablan de la fuente del Gitano, del arroyo del Torno, de la Cruz de Yescas y de aquella tragedia en la que murió el abuelo asesinado por dos tiros en la cabeza. En el corral de la fuente del Gitano encerraban ellos el ganado cuando eran pastores por estas sierras.

- Allí hay una cueveceja regular. Más allá hay otro corral que lo hicimos de piedra para encerrar el ganado. La cueva es más grande. Creo que el nombre que le dábamos era el de Majaenrea. Pero este nombre se refería a una gran porción de tierra. El que yo te digo tenía el nombre de uno. Le decían el Corral del Belloto. Pero hay otra cueva que a lo mejor no es la que tú has buscado, que cuando éramos pequeños, nos metíamos nosotros. Y la cueva tiene agua. Pero es a estilo de sima. Que gira para abajo. Echábamos piedras y sentíamos el agua. Por allí se metía un chorro grande de agua cuando llovía mucho. Pero no me acuerdo yo exactamente de cómo era aquello.

Te estoy hablando de una cueva que está cerca de la carretera y se encuentra en lo alto de unas lastras. Los otros dos covachos que hay "apegao" a las riscas que tienen sus corrales hechos, ya estarán "esfarataos", esos sí sé dónde están. Voy derecho a ellos sin perderme. Yo ahora mismo me voy un día ahí y los veo. No digo yo que al mismo llegar pero los corrales sí sé dónde están. Por ese punto, de la carretera para arriba, se llamaba la Hoyica y Majaenrea. Este último nombre ya sabes tú que abarca una buena porción de tierra. El puerto del pinto queda en todo lo alto y corona a las tierras de la Hoyica. La Bandera va desde el collado del Lobo para arriba.

En el primer cortijo de la nava del Vilano vivía uno que le decían Marcelo, también Crisanta y José el alcalde o el pedáneo que era como le decían. Fue alcalde en tiempos de la guerra. El cortijo que hay más abajo que es donde nace la misma fuente del Vilano, vivía una mujer que le decían la tía Juanica. Después vivieron otras personas y ahora, lo ocupan estos forasteros que hemos dicho.
- Y la Zamborra ¿por dónde queda?
- Por debajo de ese nublo que vemos ahí, va una veredilla. Más allá está el Bigarral. La veredilla pasa por Cebadilla Baja. Por debajo del nublo que vemos se encuentra la Zamborra y el Bigarral.
- ¿Quién vivía en los cortijos de las Cebadillas?
- En este de abajo vivía uno que le decían el tío Pedro. En el de arriba Lorenzo y Juan Pedro. Por esas tierras ya no había más cortijo. Hace mucho tiempo que vendieron esas tierras y se fueron de aquí.

Los despido dejándolos en su faena y sigo mi ruta. Remonto por el último tramo de pista y cuando se terminan los olivos la pista de tierra también se acaba. Sigue la vereda que sin problemas encuentro pero ahora ya no llego al cortijo de la Cebadilla de Abajo. Lo conozco y por eso paso de largo recorriendo la senda. También ahora la conozco un poco y de ahí que me sienta bien recorriéndola de regreso. De este modo la ruta que hoy estoy trazando por estas partes de la sierra, al regreso, no vuelva a pasa por el mismo sitio. Una vez dejado atrás el cortijo de la Cebadilla Baja, la senda traza varias curvas. Justo sobre la curva de nivel de los mil metros está este primer cortijo y sobre la curva de los mil cien, se encuentra el segundo cortijo. Siguiendo el surco del arroyo y en línea recta, un cortijo se retira del otro

como un kilómetro poco más o menos. Por la senda hay más distancia porque va dando curvas por esta cuesta buscando los mejores pasos.

Cuando ya va llegando al cortijo de la Cebadilla de Arriba se allana por la ladera buscando el surco del arroyo y al mismo tiempo las paredes de dicho cortijo. Esta gran ladera que cae desde la fuente de la Puerta hacia el río Aguascebas Grande, por donde el arroyo cae, es mucho menos pendiente. La ladera cae menos quebrada y por eso se forma llanuras que es donde ellos levantaron los cortijos y roturaron las tierras para sembrar los huertos. Por el lado de abajo se le entra al cortijo y la vereda se encaja en la misma puerta. Según me voy acercando noto que es mucho más grande que el de abajo. El lugar que ocupa tiene mucha más tierra de labor y hacia el lado de la Zamborra remonta una ladera de tierra muy buena. Ellos la aprovechaban para sembrarla de todo lo que fuera necesario.

Pero antes de llegar al cortijo me corta el paso una valla de alambres. No hace mucho que levantaron por aquí esta valla y eso se nota y lo nuevos que está la tela metálica. Llamo y como nadie me contesta abro la puerta que corta el paso, entro y cuando ya estoy en la misma puerta vuelvo a llamar. Tampoco contesta nadie y ahora se me ocurre coger el pasador de la puerta y empujar para que se abra. Miro y lo primero que me encuentro es un aposento perfectamente arreglado, de construcción reciente y con sus lavaderos en la cocina, cubiertos y hasta grifo. Intuyo que este recinto está habitado y por eso vuelvo a llamar. Nadie contesta. Me vuelvo para atrás y estoy dando la vuelta al cortijo por el lado del portillo de la nava cuando dos perros se me arrancan enmedio de una retahíla de ladridos.

Me lo estaba esperando y por eso de inmediato, regreso, abro la puerta, salgo de la cerca y sigo remontando siguiendo la alambrada. La senda buena pasaba por la tierra que ahora queda dentro de la valla. Los perros me siguen ladrando y como no le hago caso aún me quiere comer más. Cuando ya voy dejando atrás cerca y cortijo una mujer aparece por entre los árboles que quedan al lado de arriba de cortijo, por donde descubro fueron tierras de huertas. La saludo y aunque me mira con interés se encoge de hombros indicando que no comprende mi idioma. Le digo que lo siento y sigo mi ruta. Los perros continúan ladrando y ahora ella los llama para que se callen.

Dejado atrás alambras y cortijo vuelvo de nuevo a la senda buena y continúo remontando. Ahora me encuentro que esta senda está mucho más pisada que el trozo que recorrí hace un rato. Me voy tropezando con cagajones de burro, pisadas de este animal y mucho barro. Ellos lo usan para salir y entrar a la que ahora son sus viviendas y acarrear víveres y demás cosas desde las llanuras de los cortijos de la nava del Vilano. Justo ahí tiene aparcado un viejo coche que es el vehículo que usan para ir a los pueblos a comprar alimentos. Es bonito vivir en un rincón tan apartado y bucólico como

este pero tiene sus inconvenientes y no son pocos. ¿Cuánto tiempo serán capaces ellos de aguantar vida tan dura? Conozco a otros que después de algunos años abandonaron por completo y se volvieron otra vez a las ciudades del cemento y las luces de cristal.

La senda gira un par de veces y por fin se mete hacia el surco del arroyo. Casi por el mismo lecho sigue remontando porque así tiene que ser para poder salvar dos buenos espigones rocosos a ambos lados. Pero como por el lecho del arroyo corre agua y cuando llueve, será mucho más, ellos empedraron esta senda a lo largo de todo el trozo que recorre metida por el arroyo. De este modo nunca se rompía y se andaba mejor. Mientras voy atravesando el pequeño estrecho que por aquí da paso hacia Bardazoso y hacia la fuente del Vilano, me digo que por ningún otro punto ellos podrían haber trazado esta senda que les hubiera resultado más cómodo que esta trinchera. Muchos bujes crecen por aquí, rezuma agua desde todos los lados y en cuanto termino de remontar, al pegarme hacia el lado de la nava del Vilano, miro para atrás. Para donde creo me queda la fuente de la Puerca. Sobre el morro veo a dos cabras pastando tranquilamente. Son blancas y me interrogo intentando averiguar a quién pertenecerán.

Ya en el mismo collado que desde la nava del Vilano rebosa hacia el barranco de las Cebadillas, según esto mirando para despedirme de los parajes que por aquí me dejo, veo que del cortijo salen tres o cuatro personas. Una de ellas es la mujer que saludé hace unos minutos. Le sigue un hombre con un crío sobre los hombres y abre la comitiva una niña algo mayor. Observo bien y noto que suben por la misma senda que acabo de recorrer. Los espero por aquello de la curiosidad y por si pudiera charlar algo con ellos. Cuando llegan a donde los estoy esperando ni siquiera se percatan de mi presencia. La niña mayor, de unos diez años, que se ha adelantado al grupo como unos tres minutos, cuando me descubre se queda parada frente a mí y mirando hacia el barranco por donde suben sus padres. La saludo y me dice, con un movimiento de hombres encogidos, que no entiende.

Es rubia, de ojos azules y cara muy blanca. Cuando sus padres llegan a mi altura tampoco logran entenderme ni yo a ellos.
- Pues adiós.
Les digo con mi mano y mientras ellos se van para las casas de las nava del Vilano ya bastante cerca y a la vista, yo me vengo para el lado izquierdo buscando la fuente del Vilano, la de arriba y por la senda que por ahí va, volver a mi punto de partida. Mientras voy recorriendo esta ladera los sigo viendo a ellos rodeando la alambrada que cerca las tierras de las casas del Vilano, pasan por delante de estas casas, llegan hasta la llanura donde hay varios coches aparcados, se monta en uno que parece una furgoneta, lo arranca y se pierden por el camino de tierra que va hacia la casa forestal de la Fresnedilla. Yo continúo por la senda que recorría esta mañana buscando también el coche que dejé por la fuente del Gitano.

Me siento contento. La experiencia ha sido de lo más enriquecedora y emocionante. Tendré que volver otro día por aquí para empaparme mejor de las cosas que he visto y he pisado. La tarde hoy cae y mi corazón se siente feliz por la dicha que, una vez más, Dios me ha permitido vivir.

Ayer estuve de verdad
en el rincón de la nava,
la del rocío en la hierba
y la tierra llana
y bajé por la senda
de aquellos tiempos, empedrada.

Junto al arroyo sereno,
la llanura ancha,
los álamos sin hojas,
la alberca y las aguas
y la tierra con sus bancales,
la Acebadilla Alta,
el viejo cortijo reconstruido
cercado con su alambrada
y dentro, los que no son de aquí
y ni siquiera hablan
nuestro idioma ni saben
los nombres de las montañas.

La niña de azules ojos
iba por la tierra amada
con su rubio pelo encendido
de oro y toda extraña
porque ni me conoce
ni entiende mis palabras
y claro que yo la amé,
pero ellos en esta casa,
esta tierra y sus caminos
¿qué hacen en estas mañanas
si son extranjeros y ocupas
de aquellas benditas casas
y de los manantiales que brotan
en mis queridas tierras sagradas?

La Cebadilla Alta es un paraje con su cortijo y sus huertas que se encuentra en la vertiente del río Aguascebas Grande, a la altura del poyo del Moro y frente a la solana de Bardazoso. Son dos: las Cebadillas Altas y Bajas. Por el cortijo de la Cebadilla Alta el otro día pasé. Descubrir que ahora está habitado por personas que ni siquiera hablan el castellano y hasta han

cercado la tierra que rodea al cortijo. El camino de tierra que, desde aquellos lejanos tiempos iba por aquí, queda cortado por esta alambrada y ahora ni se puede pasar por el lugar. Antes rozaba la misma puerta del cortijo y cuando por aquí subía o bajaba un serrano, sentía el placer de notarse acogido por aquellos habitantes de este bello cortijo. Hoy, hasta los extraños perros me quería comer. Viví esta experiencia el día 5-12-99. ¿Por qué se les complicó tanto la vida a los serranos de aquellos tiempos y ahora se hacen dueños de estas tierras personas extrañas a ellas?

Unos días más tarde, por la umbría del morro del Ahijaero, vi tres burros que pastaban en las tierras. Sus dueños, los que ahora viven en esto cortijo de la Cebadilla Alta, los estaban recogiendo para traérselo al cortijo. Cuando llegaron los aparejaron y se pusieron en camino por la senda que remonta hacia la nava del Vilano. Mientras tanto que los aparejaban dentro del cortijo lloraban algunos niños. Era una mañana muy fría, de espesa niebla que después se levantaran y con mucha humedad por las umbrías de estas grandes laderas que caen hacia el río Aguascebas Grande.

2ª parte de la ruta anterior

53- Poyo del Moro, la Herradura, cortijo del Cantalar, el Cantalar, piedra Jarrá, fuente de la Puerca, cueva Honda, collado de cueva Honda, collado del Lobo

Por la profundidad de la sierra
Distancia aproximada: 7 k.
Desnivel aproximado : 550 m.
Tiempo aproximado : 4 h. andando.
Camino: carril de tierra y vieja vereda.

Quiero aclarar que esta ruta la divido en dos partes por la complejidad que ella presenta para recorrerla y conocerla a fondo en una sola jornada por estas sierras. Me pareció mejor así y después de haberla recorrido no me arrepiento de ello. La hice en dos etapas, en días distintos cada una y ello me resultó de lo más gratificante y enriquecedor. Fue una necesidad y una manera de administrar las emociones y mis experiencias con estas tierras. Resumo a continuación el recorrido de la ruta y luego la describo más en detalle, si lo creyera conveniente.

El poyo del Moro es una gran extensión de tierra buena que ahora se presenta sembrada de olivos. Pues bajando por el carril desde el lado de la Cebadilla Baja, se pasa por un primer cortijo en este poyo del Moro. Sería el último si viniéramos subiendo desde el río. Se llega a un segundo cortijo y aquí mismo comienza el tramo de ruta que hoy vamos a recorrer. Donde quedó interrumpido en el recorrido y apartado anterior. Se pasa por un

segundo cortijo donde el cabrero Andrés vive y encierra sus cabras. No las encierra en el cortijo sino en una gran cueva que se abre al borde mismo del gran precipicio que se levanta desde el río Aguascebas Grande.

La pista de tierra y en buen estado, sigue bajando, paso por la misma puerta de aquel hombre malo y sigue hundiéndose en el cañón del río. Tuvieron que trabajar mucho para meter la pista por aquí. El monte ha seguido creciendo y a un lado y otro, se espesa hasta forma una maraña infranqueable. Mientras voy descendiendo no deja de asombrarme lo que ellos llaman garitos. Del lado de la solana de Bardazoso caen como unas grandes cascadas, hoy secas pero con agua en otros tiempos. Las tobas fueron creciendo sobre esas laderas y formaron un bellísimo y complicado entramado de covachas, estalagmitas y estalactitas preciosas. Aunque ahora todo ese conjunto esté sin agua y comido por la maleza, es bonito y por eso me atraen mientras recorro la pista hacia el cauce del río.

Se allana mucho cuando el carril llega al borde mismo de las aguas. Se ensancha el río y por un badén el pobre puente de cemento y tubos da paso a un lado y otro. Durante unos minutos me paro, observo y hago algunas fotos. El río hoy trae mucha agua, clara como un diamante fino y al pasar por aquí, salta en pequeñas cascadas, se remansa en charcos, se arruga contra los tarayes y los juncos y mientras se aleja deja el barranco sembrado de una grandiosa sinfonía. La más grandiosa sinfonía para unas fiestas tan bonitas como las de estos días: Navidades. Sigo y en la primera curva, cuando la pista se vuelve para continuar río abajo que es la salida natural hacia los pueblos, me aparto de ella. Por entre la espesura de juncos, zarzas y tarayes me camuflo siguiendo el surco de un hilo de agua que entra por este lado. Es un arroyuelo que viene desde el corazón de la solana de Bardazoso. Pisando mucha agua me aproximo a las del río. Frente y al otro lado, es por donde aparece el arroyo de Gil Cobo. En este mismo punto se realiza la fusión de unas aguas con otras. No puedo seguir. La espesura de la vegetación y la abundancia de las aguas me lo impide. Desde la orilla opuesta contemplo y medito la fusión de las dos corrientes y como tampoco puedo hacer una foto bonita, sigo.

Al poco salgo a unos olivos y veo una pista que llega desde el lado del molino de Puente Toba. No la sigo sino que por donde se mete para el río, me introduzco yo con la esperanza de cruzar el río. Quisiera pasar a las tierras llanas que estoy viendo al otro lado, la Herradura, entre el Aguascebas y el arroyo Gil Cobo. No puedo porque el vado en muy hondo y el río trae mucha agua. Un poco más arriba, salto por unas piedras y aunque el agua me llega casi hasta la rodilla, me siento animado por la ilusión de pisar tierras de la Herradura. Tenía muchas ganas de llegar hasta este punto de la sierra y ahora que por fin estoy quiero empaparme de él.

Recorro estas tierras de la llanura de la Herradura, tierra de buen

cultivo en otros tiempos y ahora ocupadas por algunos olivos. Me acerco al arroyo y como tampoco puedo pasarlo sigo subiendo por su cauce. Busco un punto por donde creo habrá una pasada, porque ellos la necesitaban y después de varios intentos, me la encuentro. La pobre sendilla que voy siguiendo se hunde en el surco del arroyo y por un vado que encuentro lleno de rocas y tarayes, vuelvo a saltar. Otra vez se me llenan las botas de aguas y se me empapan los pies, los calcetines y las botas. Pero no me importa. Caigo ahora en la cuenta que si continuara arroyo arriba en tan sólo unos metros, me encontraría con la Rinconá del Pinato. Es una especie de recodo que forma el arroyo por aquí ayudado por los filos rocosos que lo aprisionan por ambos lados. Las aguas que vienen por este arroyo de Gil Cobo desde lo más alto de las cumbres y la Blanquilla Baja, al llegar a este recodo, saltan por unas cascadas. Es la conocida por la Cascada de la Rinconá del Pinato. Se encuentra sobre la curva de nivel de los ochocientos metros y ellos, en aquellos tiempos, sí andaban, sembraban y conocían muy bien toda esta gran hondonada. Ahora se muere olvidada y cubierta por la espesura del monte.

Sigo la sendilla y por entre unos viejos y ahora abandonados olivos, busco en camino mejor. No lo encuentro pero me vengo para la izquierda, pegándome al surco del arroyo de Gil Cobo. Se espesan las zarzas y después de una lucha feroz con ellas logro remontar un morro no muy grande. En todo lo alto me encuentro con las ruinas de un cortijo que debió ser pequeño. Son tierras buenas las que veo por este morro y por eso sé que por aquí mismo debe estar la senda que ellos usaban para bajar desde el morro del Cantalar o salir por aquella punta hacia la nava del Vilano. Estas son las tapuelas de la Rinconá del Pinato. Ellos conocían al cortijo por este nombre. El cortijo de la Rinconá del Pinato. Y ya se sabe: pinato es un pino grandote pero seguro que fue muy destartalado y murió de viejo por estos voladeros.

Por entre el monte y hondonada arriba, un profundo barranco que baja desde lo más elevado de la cumbre, descubro la senda que busco. No es muy grande, porque ellos sólo necesitaban poder andar y salir hacia un lado u otro. La sigo y durante media hora largo no dejo de remontar cuesta. Por el lado izquierdo mío, que es por donde me rebosan los filos de la lancha de la Benita, descubro otra senda. Se aparta de la que yo recorro. Y al verla me digo que seguro esta es la que por estos filos, lanchas y voladeros, sube hasta los cortijos de la Benita y luego hasta el collado del Pocico, ya carretera asfaltada. Hay por aquí un tranco que se llama tranco de los Palos. Justo por ahí remontaban o bajaban desde aquel rincón a este que voy despidiendo. Me digo que en otra ocasión, sí buenamente se presenta, la recorreré. Me interesa conocer también este rincón de la sierra. Es uno de los parajes más fascinantes que por aquí existen.

Antes de coronar a lo más alto del primer puntal, la tierra deja de tener

vegetación. Señal de que fue tierra por ellos cultivada. Hasta le sembraron algunos olivos y por entre ellos, ahora sin senda porque en la tierra de labor se pierde, sigo remontando. Por fin corono. Es el primer poyo de una serie de seis o siete que en fila, van sucediéndose a media altura por esta gran ladera umbría. Como si fuera un cinto o un juego caprichosamente construido en la misma mitad de la ladera entre las profundidades del gran río Aguascebas Grande y la altísima cumbre que cae desde el Ponestillo, puerto del Pino y los Filos de la Zamborra. Un juego de grandes y preciosos poyos que asombran de tan elevados, tan cortados a plomo y tan altos en esta tremenda umbría.

Sobre este primer poyo me encuentro las ruinas del precioso cortijo del Cantalar. En la misma puerta crecen todavía algunos granados, varios álamos, un grueso almez y una losa de piedra muy blanca, saluda desde su quietud y belleza. Durante unos segundos lo observo sin dejar de meditar y preguntarme de dónde cogerían el agua las personas que habitaban en este cortijo. No se ve por aquí cerca ninguna fuente ni corre arroyo alguno. Pero tiene que haberla porque ellos necesitaban el agua para vivir y los animales. Por detrás de cortijo me encuentro un montón de tejas. Alguien las ha preparado para llevárselas pero ¿por dónde y cómo? La senda por la que he subido aunque se anda bien, no es gran cosa. Y la senda que sigue, tampoco lo es.

Pero por ella continúo ahora un poco más llano porque ya he remontado mucho. Estoy justo por encima del cortijo de Andrés. El río se me ha quedado en lo más hondo del todo y muy lejos. En unos minutos ya estoy sobre un segundo poyo. Desde este distingo muy bien las ruinas del cortijo que acabo de encontrar. Se quedan al borde mismo del primer poyo y ahora que estoy más remontado, descubro que no está ta alto como parecía aunque sí esté muy elevado. Desde este segundo poyo sigo la senda temiendo despeñarme hacia el poyo del Moro y al volcar me encuentro con el gran barranco del Cantalar. El Cantalar, aunque es todo un altísimo y largo paredón rocoso asomado a lo más alto de la cumbre y mirando al barranco por donde se aleja el río Aguascebas Grande, su corazón es de un asombro total. Un tremendo frontón calizo que se alza en vertical más de trescientos metros y corona con las cumbres del pico Ponestillo. Y donde este frontón presenta su robusta y acojonante cara, hacia el Aguascebas y por la umbría que recorro, se abre un gigantesco barranco en forma de abanico. Sé que por aquí cerca está el Chinarral, Garita del Chinarral.

Nada más dar vista a este barranco, encajado entre dos tremendos precipicios, tiemblo de asombro. Hasta siento miedo pensando que si no encuentro y sigo la senda con toda exactitud, me será imposible salir de aquí nunca jamás. Este barranco en forma de abanico es todo terroso pero con una inclinación muy brava. Con sólo un mal paso resbalaría he iría a lo más hondo del río, trescientos metros más abajo y por entre un denso bosque de zarzas, pinos, encinas y otros arbustos. Pero sigo la sendilla que todavía se

nota bien por lo andada que la tienen los animales y en cuanto termino de recorrer el gran barranco le doy gracias a Dios. Remonto ahora otra ladera de tierra menos inclinada y corono a un tercer poyo. Voy por la curva de nieve que se alarga por los mil cien metros. El río lo tenía a menos de ochocientos.

Un cuarto poyo, este ya el de la Hiedra y por eso es de los más importantes y grandes. Sobre él se allana el terreno que sembraron ellos en aquellos tiempos y después de otro breve descanso, continúo hacia el quinto poyo que ahora sí es ya el de piedra Jarrá. Lo conozco por la primera parte de esta ruta. Todavía me cuesta un buen esfuerzo y tiempo coronarlo y cuando ya me encuentro sobre él, me siento aliviado. Me digo que tengo la ruta casi vencida y gracias a Dios, he salido triunfante y lleno el corazón y la mente de hondas satisfacciones. Desde este poyo de piedra Jarrá se me presentan dos opciones nada complicadas. Si continúo saldré a la senda que baja desde la nava del Vilano y terminaré de remontar por la Bujea de la Cebadilla Alta. Si me vuelvo un poco para atrás, remontaré por el corazón de la lancha de la Zamborra y saldré a las hoyas de la fuente de la Puerca. Miro mi rejo y veo que son las cuatro de la tarde. Al pesar de todo no he tardado más de una hora en coronar desde la Herradura hasta este último poyo. Me alegro y me animo.

Giro un poco para la izquierda y con calma comienzo a remontar para salir por el portillo que se abre hacia la fuente de la Puerca. Un poco antes de coronar me encuentro trozos de hielo y nieve que se derriten. Corto uno de ellos, me lo restriego para lavar mis manos y me siento a comer. Son las cuatro y veinte y aun no he comido. Mientras charlaba con Andrés, por el poyo del Moro, un perrillo cachorrillo, no ha dejado de jugar con mis botas. Me ha desatado los cordones y ahora mis manos están llenas de sus salivas. Por eso me las lavo con estos trozos de hielo y me pongo a comer. En las aguas del río o en las del arroyo ni siquiera me he parado para mojarme las manos. Ardía en emoción y tenía prisa no me fuera a coger la noche por lo intrincado de la ladera que acabo de recorrer.

En diez minutos ya he terminado. Tengo prisa porque ahora ya no me queda mucho tiempo. Por estas fechas, 26-12-99, son los días más cortos del año y hoy todavía quiero perder un rato por cueva Honda. Necesito encontrarla porque el pastor de la Fresnedilla, esta mañana me ha dado las claves exactas. Así que arranco, vuelco por el portillo, salgo a las primeras llanuras antes de la fuente, las recorro y en unos minutos ya estoy bebiendo agua del fresco chorro que cae a las bañeras. Me las encuentro rebosando y con muchas ovas verdes. Sigo y en unos minutos remonto al primer llano antes del collado de cueva Honda. Y la cueva se me abre al comienzo de este llano. Casi no se ve desde la distancia. Pero bajo un filo de rocas descubro un agujero. Tiene unos marcos de madera en forma de puerta o ventana. Me acerco y descubro que es la cueva. Todavía hay luz del día y se vez bien. Entro y ante mis ojos una amplia cavidad en forma de bóveda y por

el suelo, trapos viejos, unas tablas que sirvió de cama, botes de cristal, latas y lana de ovejas.

Por la mañana, charlando con Ángel, me dijo:
- Es que en esa cueva vivió un "jipi". Vino por aquí y me preguntó dónde podía quedarse. Le indiqué esa cueva y ahí se quedó. El hombre estaba enfermo. Tenía el sida y además seguía pinchándose droga. Pasé por allí unas cuantas veces y siempre me paraba a charla con él. Una de sus teorías es que el dinero no le importaba nada. Hasta que un día me dijo que iba a hacer un viaje y que tardaría en volver. Y fue verdad que tardó. Como pasó tanto tiempo le pregunté a uno que lo conocía y me dijo que lo habían ingresado en el hospital y que había muerto. Desde entonces no voy yo por esa cueva. Me acuerdo de ese hombre y me da no sé qué. ¿Qué filosofía será la de estas personas que ni quieren comer ni les importa el dinero y hasta se vienen a estos montes a vivir solos? ¿En qué piensa esta gente?

Recordando la historia que Ángel me había contado por la mañana, dejo la cueva y sigo mi ruta. Recorro el precioso llano, entre torcos, que precede a la cueva y ahora recuerdo que también Ángel me ha dicho:
- Pero la verdadera cueva Honda no es esa. Se encuentra un poco más sobre el collado y para el lado de la nava del Vilano. Es muy difícil verla hasta que no estás encima. Es tan grande que dentro de esa cueva cabe más de trescientas ovejas.
La busco durante un rato mientras no pierdo el rumbo y no la encuentro. Sigo por el llano del collado, el precioso collado de cueva Honda y no de la Traviesa como un día me había dicho una persona autoridad en estas sierras y por eso así lo pusieron en el mapa. Vuelco y comienzo a bajar siguiendo el leve arroyuelo que desde este collado cae hacia la Fresnedilla. Y ahora recuerdo que Ángel también me dijo:
- Justamente esa tierra es Majaenrea. Esos pedacillos de tierra buena antes del llano del collado donde se forman los charcos cuando llueve.

Por el leve arroyo comienza a correr un hilillo de agua cristalina. Me da alegría verla y que vaya en la misma dirección que llevo. No dejo de mirarla mientras avanzo buscando la senda que viene desde el collado del Lobo y en una cascadilla casi de juguete descubro la cebolla de alguna planta silvestre. El agua al correr le ha quitado todas las capas que la protegen y la ha dejado desnuda. Por completo blanca y con su tallo verde, perfectamente sano y fresco. Se parece a una cebolla diminuta pero es mucho más hermosa. Clava sus raíces en la tierra roja que la corriente también ha descarnado y se deja lavar por el hilillo de agua cristal que desciende hacia el valle de la fuente del Gitano. Llego al coche ya empezando a oscurecer y me siento satisfecho. Hondamente satisfecho y agradecido a Dios que una vez más me haya permitido gozo tan exquisito y me haya devuelto al mundo que me rodea sin arañazo alguno.

La umbría del poyo del Moro y el Cantalar

Concluida la descripción de la ruta, quiero bordar brevemente la porción de sierra que hoy he recorrido. La cara gemela o espejo en sombra de la solana de Bardazoso. Por eso digo que es una enorme umbría cortada, por la parte de arriba, por el hondo surco del arroyo Gil Cobo, limitada al norte por el también hondísimo surco del río Aguascebas Grande, limitada por arriba y lado sur, por los filos de la lancha de la Benita, puerto del Pino y lancha de la Zamborra y también tajada por el lado de la tarde por el arroyo de las Cebadillas Altas y Bajas. Una porción de tierra que se inclina bravamente desde la cumbre al río dando lugar a durísimos quebrados, voladeros o despeñaderos, y dulces llanos sobre los poyos de estos quebrados. Tiene forma rectangular, aunque no exactamente y por eso, voy a decir lo que mide cada uno de los lados de este rectángulo. Son medidas aproximadas para poder describir mejor la porción de tierra que comprende esta bellísima umbría.

El lado formado por el arroyo Gil Cobo, desde el río hasta la lancha de la Benita, mide como un kilómetro. El lado que va por los filos de esta lancha, pasa por el puerto del Pino, la Zamborra y termina por las Bujeas de la Cebadilla, mide unos dos kilómetros y medio. El paralelo a estos filos que es el lado que queda limitado por la corriente del río Aguascebas Grande, tiene casi la misma longitud que el de los filos rocosos. Y el lado que ya dije queda dibujado por el curso del arroyo de las Cebadillas, es un poco más largo que su gemelo. Tiene como un kilómetro y medio aproximadamente. Es porque según el río se va retirando de la sierra se pega hacia del Guadalquivir y por eso las laderas que le quedan por el norte progresivamente van siendo menos pronunciadas y más anchas. También bajan en altura.

Pues bien, la porción de terreno que acabo de encajar dentro del irregular rectángulo es la que queda comprendida dentro de la gran umbría del poyo del Moro y el Cantalar. Una enorme ladera con espesa vegetación de sabinas, enebros, encinas, hiedras, cornicabras, pinos y quejigos y con abundantes manantiales de agua. Mira a la solana de Bardazoso y mientas aquella se caliente al sol desde que éste sale hasta que se pone, ésta tirita de frío y se viste de hielo a lo largo de todo el otoño, todo el invierno, gran parte de la primavera y muchos días del verano. Pero ambas laderas se conforman con ser murallas del claro río Aguascebas Grande. En la umbría que vengo diciendo, los profundos voladeros han sido ocupados por muchas parejas de buitres leonados. ¿Por qué les gustará a ellos más esta umbría que aquella solana? Desde luego que los acantilados son más espectaculares pero algún otro aliciente habrá para que este lado umbroso les resulte más acogedor que aquel lado tórrido.

Desde el arroyo de las Cebadillas para abajo hasta llegar al tajo del río Aguascebas Chico, la umbría sigue ensanchándose y alargándose, pero ya dije que cada vez con inclinación menos pronunciada y más repoblada de

olivares. Por debajo de Navazalto nace todo un abanico de arroyos y a esa zona se le conoce con el nombre general de El Bigarral. Lo de las Albarizas es otra cosa que ya explicaré en su momento. Es también rica en voladeros pero menos pronunciados que los del lado del Cantalar. Aunque por el abanico del El Bigarral y Peñón de Navazalto, en los filos de la cumbre, el panorama también se presenta con grandes y verticales cortes rocosos.

Lo que complementa

Por los poyos de la Cebadilla Baja me encuentro con el pastor de la Fresnedilla. Viene con sus ovejas subiendo desde el poyo del Moro hacia la nava del Vilano. Lo acompaña su hijo que trae una escopeta. Me de alegría verlo y en cuanto nos paramos me dice que este año ha a matado varios marranos jabalíes.

- ¿Y qué haces con ellos?
- Los llevamos para que los analicen y si la carne está buena los hacemos chorizo. Este año han salido por aquí varios marranos con la enfermedad de la Triquina. Los ves gordos y lustrosos y luego están enfermos. A los ciervos, los que ahora tienen la enfermedad de la tuberculosis, sí se les nota porque están sequitos pero a los marranos silvestres, no.

Nos sentamos frente al viejo cortijo de la Cebadilla Baja. Hoy no sale humo por la chimenea de este cortijo. Hoy no lo habita nadie. Mientras las ovejas pastan y los buitres nos sobrevuelan buscando su comida le pregunto por los nombres que ya me ha dicho muchas veces pero que ahora y en este lugar es el mejor momento para fijarlos en su punto exacto.

- Lo que más levanta sobre la cumbre y tenemos por nuestra izquierda es el puerto del Pino. La lancha de la Zamborra se nos queda a la izquierda del portillo por donde sube la verea hacia la nava del Vilano. Por donde nace fuente Escondía, todo ese morro que se eleva por la izquierda, es la Zamborra. Aquello se llama las Cocotillas y la cara que tenemos enfrente es el Cantalar. Un poco antes de donde el arroyo Gil Cobo se junta con el Aguascebas Grande a ese picacho que tanto levanta ahí se le conoce por el Morrón de los Cazadores. Donde se produce la junta ahí mismo tenemos la “Herraura”, Herradura. El puntal de Lorenzo queda por encima de la primera casa de la Cebadilla, la Alta. Más cerca nos queda otro puntal, este que tenemos aquí mismo que es el más conocido. Se llama piedra Jarra y el gemelo pero al otro lado del arroyo, derecha nuestra y lado de la tarde, es el puntal del “Ahijaero”, Ahijadero.

- Por donde mana fuente Escondida también con el nombre de la fuente del Zar, ese portillo ¿cómo se llama?
- Eso es la Bujea de las Cebadillas. Por debajo del puntal del Ahijaero, en derecho de los pinos estos, ese morro que levanta ahí es el puntal del Serrano. Le decimos ese nombre pero el completo es, el que le decían los viejos y desde tiempos muy lejanos, era el puntal de Domingo Serrano. Pero vale también con el puntal del Serrano. Desde ese puntal se ve todo el

Bigarral para allá.

Mientras hemos echado el rato repasando los nombres y otras historias de estas sierras las ovejas se han remontado por el surco del arroyo hacia la nava del Vilano. Los despido y sigo la ruta. Por el último cortijo antes que la pista caiga al río me encuentro con Ángel. En la puerta del cortijo juegan sus nietos con un cachorrillo y a él lo veo que baja por el carril hacia el río. Lo llamo y me atiende. Ángel nació en el cortijo de Bardazoso, donde se crió, guardó ovejas, cultivó olivos, llevó sacos de aceitunas, dos por carga y burro, desde Bardazoso hasta Villanueva del Arzobispo y tardaba cuatro horas. Se fue por Alicante y por ahí y cuando se jubiló se puso a perder el tiempo como tantos ahora en muchos pueblos. Para no aburrirse se bebía su cervecilla, varias al día y cuando se dio cuenta la barriga le había crecido mucho. Entonces se dijo:
- Pues esta no es la vida que me gusta a mí.
Y se vino otra vez a este poyo del Moro. Compró cabras y ahora se pasa los días guardando estas cabras y matando algún choto de vez en cuando porque los chotos criados por él son mucho mejores que los que venden en las carnicerías. De vez en cuando, a los conocidos le vende algunos chivos más y así obtiene algunas ganancias y no se aburre tanto como en el pueblo ni bebe cerveza para matar la espera.
- Y en el tiempo que llevo por aquí con las cabras fíjate como ha disminuido la barriga.
La miro y es verdad.

- Pero cuando crece el río Aguascebas ¿cómo puedes pasar a este lado para darle suelta a tus cabras?
- Es que ahí hicieron un puente muy mal hecho. Es un badén y pusieron cinco tubos de cemento que son tan pequeños que cuando crece el río el agua rebosa por encima. Acabo de echar un puente para cuando vengan las crecidas saltar por él y venir hasta la cueva donde encierro las cabras y darle suelta.
El puente que dice hicieron en el badén del río Aguascebas, se parece a los que hay por Coto Ríos. Lo digo para así comprenderlo mejor. Y el puente que él dice ha echado son los troncos de varios álamos que ha cortado y ha dejado tendidos de un lado a otro del río en un punto estrecho. Cuando vengan las crecidas no bajará hasta el río con el coche. Lo dejará en el lado de la solana de Bardazoso y por unos tranquillos bajará andando para saltar la corriente por los troncos de los álamos que acaba de cortar para que a partir de hoy hagan de puente. La cueva donde me dice encierra sus cabras, la tiná natural, como él le dice, se encuentra cerca del primer cortijo del poyo del Moro.
- Tiene su obra y una puerta pero la cueva es lo más viejo que hay por estas sierras. Desde que yo tuve uso de razón ya encerraban ahí animales y ahora la estoy usando yo. Está en el mismo voladero pero se entra muy bien. Sin peligro.

Desde donde nos hemos parado se ve muy bien la “Herraura”, punto por donde se junta el arroyo Gil Cobo con el río Aguascebas Grande. Los dos cauces forman como el arco de una herradura de herrar bestias, mulos, yeguas, caballos y mulos.
- ¿Y el puntal que se ve más allá?
- A eso le llaman el Tranquillo y también el Cenajo de la Hiedra pero es el Tranquillo. A eso le dicen la cuesta de la Losa. Lo de aquel lado son los Cazaores, el puntal aquel grande es la Cabrilla y por aquel lado está el poyo de la Arena. A este lado queda el poyo de la Arenilla. Donde estamos ahora mismo es el poyo del Moro, lo de arriba el Cantalar y algo más allá le dicen las Cuevas. El molino del tío Justo también se le conocía por el molino de Puente Toba, que está a la parte de arriba del molino. Si quieres, puedes ir pero allí ahora sólo quedan unas tapuelas. Arriba hay un cortijo donde vive Juan Ignacio el Merero. A este cañón que tenemos por debajo de nosotros le dicen los Corrales de Cruz. Es por donde el río ha cortado la sierra y se escapa para la vega.

- ¿Te acuerdas tú de haber visto ese molino funcionando?
- ¡Claro que sí! Yo he ido allí muchas veces. Antes de llegar al molino pues había una noguera grande y allí tenía la limpia del trigo. Había unas “tenderas” de trigo que daba miedo. De moler allí el tío Justo. ¡Qué tiempos aquellos y cuánto penábamos pero que hermoso era todo! Yo lo recuerdo ahora y me pongo triste.
- ¿Y de dónde llevaban el trigo?
- De todas estas tierras. Donde estamos ahora mismo, sobre el Voladero de los Corrales de Cruz, todo esto lo he visto yo sembrado de trigo. Y por ahí para arriba, lo mismo.

- ¿Y qué pasaba con la mata del puntal de la Cabrilla?
- Pues es que allí crece una mata. Como la zona está en umbría, en los meses de invierno allí no da el sol casi nunca. Pero en la mata esa, justo a la una del día, da el sol. Nosotros lo sabíamos y cuando estábamos cogiendo aceitunas nunca preguntábamos por la hora que era. Con sólo mirar a la mata del puntal de la Cabrilla, si le daba el sol, era la una del día en punto. En aquellos tiempos nos era muy útil porque casi nadie teníamos relojes y teníamos que arreglárnosla de este modo.

Por aquel lado del puntal que se ve, hay un sitio que le dicen la Muela. Ahí se han criado unos trigos de asombro. Y por todos estos puntales, lo mismo.
- ¿Cuántos molinos había por el río?
- El de la Parra, que está por debajo de la cueva del Peinero, este del tío Justo que ya hemos dicho era conocido también por el Puente Toba y aquí debajo del poyo del Moro que había otro molino más. Le decían el tío José María Barreras. Ese hombre se vino de Guarondo, donde había otros tres

molinos, a este que estamos diciendo. Ya no había más molinos por estos arroyos de la sierra. Tres por Guarondo y tres por este río de las Aguascebas. Todos eran molinos para moler trigo, porque como entonces no había los medios que hay ahora, pues las criaturas se lo apañaban todo en estas sierras.

- ¿Desde por aquí o desde la Herraura va alguna verea para la lancha de la Benita?
- Sí que va pero hay que conocer bien eso. Está muy malo de andar y ahora el monte lo ha cerrado casi todo. Vas a penar mucho por ahí. Por el Morrón de los Cazaores, por debajo del voladero aquel, por ahí sale una verea que remonta barranco arriba hacia el Cantalar y al llegar al un morrete, se desvía para ambos lados. Para el cortijo del Cantarla y la lancha de la Benita. Pero ya te digo: eso está todo hecho un "morellar".
- ¿Qué había en la Herraura?
- Antiguamente el tío Frasco, tenía ahí una tabernilla.
- ¿Por dónde traía el vino?
- Con las bestias. El camino venía por el río desde el pueblo de Mogón y otro brincaba por lo alto, por la Muela y se iba para Villanueva del Arzobispo. Entonces todo era con bestias porque no había carriles ni nada de lo que hay hoy. Entonces sí se penaba de verdad.
- ¿Y lo de charco Azul?
- Eso está por encima del molino, en el mismo río.
- ¿Es un charco muy grande?
- ¡Joer, grande! Te voy a decir una cosa: tres sogas de doce brazas y atar una piedra en la punta y no llegar al fondo. Eso es un charco de verdad.
- ¿Por dónde se llega?
- Siguiendo todo el Aguascebas arriba.

Es que como al charco le cae el agua desde lo alto, pues entonces ha hecho barranco y el charco es grandísimo. Antiguamente allí bañábamos las ovejas. Pero resulta de que a este lao de la derecha hacía remolino y la que se metía en ese remolino se la tragaba. Y luego a lo mejor salía una oveja balando por la punta de abajo del charco pero otras se atrancaban y aquellas sí cascaban para siempre. Por eso a ese charco también se le conoce por el de las Ovejas.
- ¿Y para qué las bañabais?
- Para limpiarlas. En cuanto las esquilábamos las bañábamos para limpiarlas.
- ¿Por aquí hubo muchas ovejas?
- Sí, "munchas". Cada cortijo tenía su atajo de cien, doscientas pero que había munchas.
- Por el arroyo de Gil Cobo para arriba ¿había algún cortijo más?
- Este que tenemos aquí detrás. Le dicen el Cantalar. Ahí se han criado todos mis tíos, los Carachos. Ahí se han criado. Se va a ese cortijo por la Herraura para arriba y luego se sale por el Cantalar hacia las Cebadillas.

- ¿Y por qué era malo al hombre que vivía aquí y le decían Cruz?

- Que era muy mala persona. Se llevaba mal con todo el mundo y a los hijos y la mujer los mataba a palos. A uno de los hijos lo tenía mataito a palos y el pobre no pudiendo aguantar más se “le dio a monte”, se echó al monte. Lo tenía “garbeo” de palos. Le pegó una paliza y se le dio a monte. Aquí debajo hay unos covachos, ahí se vino y se escondió. Su abuela vivía por aquel lado de los pinos aquellos. Se subía la criatura por las garitas esas y la abuela le daba unas coscorrillas de pan y cuatro higos que pillaba por ahí hasta que el hijo se aburrió. Cogió por aquí arriba, lo vieron entrar al cortijo, cogió una cuerda, vino a la noguera y ras. Se ahorcó. Nosotros estábamos trillando allí enfrente y lo veíamos colgado en la noguera. El tío era muy malo, peor todavía.

Ahí enfrente ¿ves aquellas tapuelas que ahí allí? Había una casa donde vivía una mujer con abuelo. El tío se iba con ella todo el día y como desde allí estaba viendo todo este lado, pues veía a los hijos y a su mujer como llevaban el ganado. En cuanto notaba algo que no le gustaba echaba un silbido y los hijos se decían: “ya tenemos paliza esta noche” y así era. Un hombre como ese existe hoy y lo encierra para toda su vida.

- En la mañana de niebla
y aire frío como el hielo
te he visto por la senda
que surca la solana.
Se te notaba contento
en el alma
¿Adónde ibas
pisando escarcha?

- En la mañana que dices
toda parada,
por la senda vieja que recorro
veo amontonada
las piñas secas, las hojas de los pinos,
los charcos del agua,
los tomillos olorosos
roídos por cabras
y los cardos cuco resecos
en la tierra sagrada
que hoy se viste de hierba
bien perfumada.

- ¿Pero adónde ibas
que te parabas
de trecho en trecho
como si buscaras

algún tesoro viejo
o respiraras
algún aliento nuevo?
- Antes de la cañada
he visto el musgo verde,
y secas las ramas
de los pinos añejos
¿de qué otro modo quieres que te diga
adónde iba en la mañana?

Nota: También quiero decir aquí que el nombre “Cebadilla” con alguna variante, a lo largo y ancho de las sierras de este Parque Natural, me lo he encontrado sólo tres veces. Por el río Guadalentín, ya término de Pozo Alcón y aquello se le conoce con el nombre de Acebadillas. Se lo pusieron al monte ordenado que luego quedó recogido en el Catálogo de Montes con el nombre de “Calar de Juana y Acebadillas”. Por allí mismo hay una lancha que lleva el nombre de lancha de las Acebadillas. El siguiente lugar donde me he encontrado este nombre es el que se ha descrito en las dos rutas anteriores. Y el nombre hace mención a cebada de poca importancia. Quizá la tierra, algunos trozos, eran tan malos que sólo daba esto: cebada de poca calidad.

En cuanto a los topónimos que en algunos mapas aparecen puestos por este lugar deseo aclarar lo siguiente. El de “Valdemilano” parece que se ha perdido si es que alguna vez existió por este punto. No he podido encontrar ninguna referencia seria de él y sí de otros que ya he dejado apuntados y son muy conocidos. El topónimo de “Umbría de la Herradura”, usado en algunos mapas para referirse a una porción de terreno que ciertamente es umbría, tampoco es nombre usado por las personas que por aquí vivieron en aquellos tiempos. En los mapas viejos del ejército se encuentra escrito el de casa de la Herradura pero el nombre más concretamente se aplica a una porción de terreno entre la junta de los cauces Gil Cobo con el Aguascebas Grande. Ellos lo pronuncian “Herraura”, y el sonido correcto, Herradura, les resulta un poco extraño. Pero ya digo: este nombre se refiere a la figura que las juntas de los cauces forman con el terreno. Cada trozo de lo que sí es la umbría de la Herradura, tiene su nombre concreto y uno general para toda la porción de terreno, ellos por lo menos, no se lo aplicaban. A parte de que lo de umbría es muy vago porque aunque toda esa zona se oriente a umbría, la orografía se quiebra en todas las direcciones y formas. Lo del collado de la Traviesa, ya dejo escrito en otro lugar que no existe por esta zona de la sierra. Es un topónimo inventado por los que nunca nacieron ni vivieron en estos rincones.

Las praderas de la hierba fina

Cuando aquella mañana se presentó el pastor en su casa, la humilde y de piedra como tantas casas de pastores dentro de estas sierras, se encontró con que lo estaban esperando. Varios habían venido y el que mandaba nada

más verlo lo llamó a parte y le dijo:
- ¿Esperabas un permiso?
- Sí que lo esperaba. Es ya la fecha de subir con el ganado a las praderas que en las cumbres dan las finas hierbas.
- Pues este año no tienes permiso.
- Y eso por qué?
- Ya se encargará otro de ir por allí y no tú. Tenía que decírtelo para que lo sepas y no sigas haciéndote ilusiones. Así que queda claro: este año no tienes que subir a las praderas que dan sus hierbas finas por las cumbres altas.

El pastor se quedó sin habla y mientras se volvía para donde pastaban sus ovejas se decía para sí mismo: "Desde que nací, una vida entera y antes mis padres y mis abuelos, siempre hemos ido a esas praderas en verano. Es donde se crían las mejores hierbas y el ganado bien que lo sabe. ¿Por qué me prohiben y de este modo que a partir de ahora suba más a esos prados?".

De la casa salió a consolarle su mujer y como no sabía qué decirle, se puso a su lado y comentó:
- No te preocupes que en cuanto se vallan ellos, nos vamos por la trocha y subimos a las praderas. Aunque a partir de ahora ya no puedas ir más a darle hierba fina a las ovejas a esos prados, al menos los ves conmigo por última vez. Eso te consolará y te mantendrá con fuerzas para continuar en la lucha.
Y el pastor le dijo:
- ¿Y de qué me sirve volver a ver por última vez las tierras que tanto amo y acabo de perder para siempre?

54- Manantiales fuente del Vilano, Cruz y puntal de Yescas

Pequeño gran paseo
Distancia aproximada: 1, 200 k.
Desnivel aproximado : 70 m.
Tiempo aproximado : 25 mt. andando.
Camino: vieja vereda en regular estado.

Aclaro lo de *Manantiales* en el título de esta ruta. Es porque en la Famosa y caudalosa fuente del Vilano lo que brota no es sólo un manantial o venero sino dos. El incipiente surco del arroyo que viene bajando desde la nava del Vilano, por la parte de arriba, queda en el mismo centro y a cada lado de este surquito, surge un venero. Dos chorros de agua de muy buena calidad, fresca en los calurosos meses del verano y muy abundantes casi todo el año. Sobre todo en los meses de invierno y después de fundirse las nieves. Junto a estos veneros y por el lado del sol de la mañana es por donde construyeron los dos cortijos que aun siguen en pie y que son conocidos con

el nombre de casas de la fuente del Vilano. De este venero doble se surtían ellos tanto para las necesidades de los que habitaban los cortijos como para el riego de las tierras que, por debajo de los veneros, son huertas de muy buena calidad.

De la limpia y casi calurosa tarde del domingo veintisiete de febrero del año dos mil, que fue cuando hice esta ruta, tengo que decir lo que sigue: que bajando por la carretera asfaltada desde el collado del Lobo hacia la Fresnedilla, antes de llegar a este último lugar, por la derecha se aparta una pista de tierra. Es la primera de tres que lleva a la misma fuente del Vilano y luego a la nava con el mismo nombre. Cerca de la fuente del Vilano, en el tramo de la vieja senda que todavía se nota por debajo del carril nuevo, dejé el coche. Cogí la cámara de fotos, los prismáticos y mi alma y me puse en camino. En sólo unos segundos estuve frente al manantial primero. El más caudaloso de los dos y que mana a la derecha del surquito del arroyo que viene de la nava, por el lado de los cortijos. Justo debajo de una mata de sabina, una roca caliza con tono plata y las raíces de una junquera. Por el agujero sale un caño de agua como el grueso de un brazo y como la tierra está llana, para embellecer un poco la desnudez de tan cristalina belleza, le han hecho una especie de canal de cemento y todo. Por esta canal se llevan el agua hasta la alberca que unos metros más abajo también reconstruyeron y cercaron con alambres. Mientras me recreo en tan delicado venero me digo, sólo para mí, que si lo hubieran dejado tal como la naturaleza la modeló, tendría una belleza mucho más real y sublime. Pero aun así el venero hechiza de tan dulce e inmaculado.

La despido sin desprenderme de ella, cruzo el surquito del arroyo y a unos pasos me encuentro con el segundo manantial. Que pega a la lanchilla de los narcisos amarillos que florecen en el mes de febrero por entre las lastras de la ladera. Este segundo venero echa menos agua pero como también sale por debajo de una roca blanca y con la armonía de la tarde primaveral, sólo mirarlo embelesa con la fuerza de lo misterioso y puro. También le han hecho una canal de cemento para que el agua se vaya por ella y así haga más bonito y para que aún tenga más vistosidad, a esta canal le han ido dando distintas caídas. Como si se tratara de unos tornajos para que beban las ovejas pero de cemento, muy a ras del suelo y con poco desnivel para que el agua corra con la suavidad de la brisa otoñal. Un poco antes de la alberca las dos canales se juntan y como no es necesaria tanta agua para la alberca, por el lado del arroyo le han dado salida. Un buen chorro se escapa por ahí y se va por la desnudez de la tierra que presenta la cañada, arroyuelo incipiente que ya se llama del Torno.

En la alberca se remansa la que un chorro menor va dejando y como esta agua es tan cristal le han salido muchas algas verdes que nadan entre las aneas y otras plantas acuáticas. Me asomo para llenarme un poco más del suave gozo que el rincón regala y hasta descubro ranas que saltan y

renacuajos que mueven sus colas según recorren las aguas de la recogida alberca. Por la parte de abajo de esta alberca y veneros, se recogen las tierras de los huertos. Dentro de una cerca de alambres para que los animales no se la puedan comer y en esa tierra llana, prolongación de la nava del Vilano sólo unos metros más arriba, se labra la tierra que da buenas hortalizas, árboles frutales y otros productos. Ya he dicho en algún renglón de este libro que el rincón de la fuente del Vilano es de ensueño. Todo un paraíso en miniatura donde por no faltar no faltan ni las fuentes placenteras que dan aguas claras ni los almendros repletos de flores blancas y rosas ni los juncos, los narcisos silvestres y hasta una sinfonía de rumorosas corrientes para recrear al alma. Desde este punto donde mana la delicada fuente del Vilano hasta donde el arroyo del Torno se funde con el río Aguascebas Chico por debajo del pantano la distancia puede ser de unos dos kilómetros y medios aproximadamente.

Despido a las dos primorosa fuentes que tan herido me han dejado y busco la senda que desde aquí subía por la solana, buscaba el collado por la Cruz de Yescas, volcaba para los Llanos de Navazalto y por los Tranquillos, recorría la cuesta de Navazalto y bajaba hasta el Pueblo de Mogón. Este era el camino natural y verdadero que los serranos de aquellos tiempos tomaban para ir o venir desde aquel pueblo a este paraíso del Valle Guarondo. Al comienzo me cuesta encontrarla porque se ha perdido mucho esta senda pero por entre las piedras calizas de la parte de arriba me la encuentro. Mientras la busco me voy tropezando con unas preciosas florecillas amarillas que por entre las piedras y en la reseca tierra han nacido. Son narcisos muy parecidos a los de la especia Longuispatus pero de tamaño mucho más reducido. Entre estos más grandes y lujosos también encuentro algunos de la especie enanos. ¡Qué lujo de rincón que ni siquiera se priva de narcisos silvestres que florecen en el mes de febrero aunque las lluvias brillen por su ausencia! Es lo que me digo.

Encuentro la senda y ahora descubro que arranca justo de la segunda fuente, o mejor, pasaba por el mismo borde de la segunda fuente para que los viajeros y las bestias en las que cargaban los productos los viajeros, al pasar, pudieran beber y así tomar fuerzas para continuar el camino. Si venían desde el pueblo de Mogón esta era la tercera fuente que se encontraban en el camino. Pues ya sobre el bellísimo y ahora casi desaparecido trazado de la senda remonto siguiéndola por un estrecho que el terreno tiene en esta comienzo de solana. Es como el surco de un arroyo sin que lo sea, donde las sabinas, los enebros y los lentiscos se espesan y hasta ocultan a la vieja senda. Esta ladera es una lancha más de las muchas que por aquí modeló la naturaleza y por eso las rocas calizas son abundantes y forman todos los caprichos que se puedan imaginar. Pero es fácil andarla porque tiene un nivel suave. Desde las fuentes hasta el collado por donde corona y pasa la senda, en un recorrido de unos mil doscientos metros, no hay más de setecientos metros de desnivel.

Termino de recorrer el estrecho que el terreno me ha presentando y que lo aprovecha la senda para así librarse de las complicadas rocas que decía antes y salgo a una especie de nava no demasiado grande. Tiene tierra de muy buena calidad y por eso ellos la sembraban de trigo y otros productos. Y como era así, llegaron y en la tierra que tanto fruto les había dado a los serranos desde lejanos tiempos, plantaron pinos. Tantos y tan espesos que hasta rompieron el trazado de la grandiosa senda. Por eso en este punto se me pierde. Intuyo que debe venirse para el lado izquierdo y por ahí avanzo hasta remontar una lomilla. Se terminan los pinos y veo a la senda que sale de entre ellos y por este lado se va cortando la ladera, mientras no deja de tomar altura y en la dirección de la caseta de Navazalto. No sé por qué pero según ahora ya voy remontando y pisando la misma tierra y piedras que ellos pisaron durante tantos años, el alma se me llena de una honda satisfacción. Es bonito, al caer la tarde de un mes de febrero, recorrer esta senda con la ilusión de coronar hasta lo más alto de la cuerda y ver así la belleza de los paisajes que ellos sentían tan suyos.

Traza la senda varias curvas para ir salvando el poco desnivel que la ladera le va presentando sin dejar de buscar el punto más cómodo para remontar. Ellos nunca trazaban las sendas en línea recta cuando remontaban por las laderas hacia las cumbres entre otras cosas porque sus bestias iban cargadas y bajar o subir en línea recta es imposible para una bestia cargada. Los mapas, muchos de aquellos tiempos y de ahora, casi siempre pintan estas sendas con un trazado recto como si el terreno fuera fácil de andar. Pero como ellos lo tenían que andar sabiamente trazaban las sendas en airosos zigzags hasta que coronaban o bajaban a los valles. Ahora, las ovejas que todavía pastan por estos parajes y otros animales silvestres, cuando llegan a una de estas curvas, se van rectas y por eso muchos trozos de aquella hermosa y vieja senda quedan anulados y perdidos sin remedio para siempre. Pero yo intento seguirlos para así empaparme de lo que por aquí ando buscando.

La vegetación que por aquí me voy encontrando fundamentalmente son sabinas, algunos enebros, pinos de los repoblados, tomillo, zamarrilla y lentiscos. Uno de los últimos zigzags lo traza ya antes de coronar el collado por la Cruz de Yescas y se va, durante un buen trecho, dirección a las casas de la nava del Vilano pero sin dejar de remontar para coronar por su collado. ¡Qué bien está trazada esta senda! Empedrada por muchos tramos, sujeta con paratas de piedras, por el lado de abajo para que no se desmoronara en la ladera y metida por el mejor terreno para que las bestias y personas pudieran avanzar encontrando la menor dificultad posible. Ya casi en el collado vuelve a trazar un par de zigzags y remonta. Ellos buscaron justo el punto más fácil para atravesar las cumbres de este macizo de Navazalto y que al mismo tiempo estuviera lo más próximo posible a los Llanos de Navazalto y a los tranquillos para empezar a bajar la gran cuesta de

Navazalto. La última curva la traza desde el lado de la caseta y le entra al collado en la dirección a Bardazoso. Casi llana le llega al collado.

En el mismo collado y todavía sin haber terminado de subir, ya gira para los Llanos de Navazalto. Nada más remontar a la cumbre lo primero que se ve por la derecha son los morros del puntal del Filo, el puntal del Ahijairo y el puntal de Serrano. Ya es la vertiente al gran barranco del Bigarral. ¡Impresionante la visión nada más llegar! Corona por un punto que es tierra pura y se va dirección a los llanos. Vuelca levemente a una hoya menor, tierra llana en forma de nava con su tupida alfombra verde de hierba y el morro de la Cruz de Yescas, coronando al frente. Se ciñe al puntal de este pino de Yescas y por lo más alto y ya en la vertiente del barranco del Bigarral, grandiosamente vuelca para los llanos de Navazalto. A partir de este punto comienza a bajar por una ladera que se le conoce con el nombre de cuesta de Yescas y pasa rozando el puntal del Mojón para meterse en los Tranquillos de Navazalto.

Ya no la sigo porque la ruta de esta tarde la he trazado sólo hasta lo alto de esta cumbre. De aquí para delante la tengo recogida en otra ruta. Así que me vengo para el lado derecho, busco lo más algo de un gran puntal rocoso que me ofrece la cumbre por este lado y que se le conoce con el nombre de puntal de la Cruz de Yescas y sobre la base plana de las rocas que coronan, me siento. A mis pies y en todo lo hondo se me abre el impresionante barranco del Bigarral, con sus ampulosas laderas, sus grandiosos morros y poyos, sus arroyuelos cayendo, las ruinas de este cortijo, los olivos por esas laderas y los buitres planeando por el vacío del barranco. En todo lo hondo adivino al río Aguascebas Grande y al otro lado, la gran loma que cae desde la Muela y que se encuentra toda repleta de olivos. Por ahí surcan las pistas de tierra que van a los cortijos y al rincón de Bardazoso. Sólo para gozar de un espectáculo como el que ante mí tengo, merece la pena esta pequeña gran ruta. Pero hay más, mucho más que con mis torpes palabras yo no sé expresar. Y ese más, como es esencial y no se puede transmitir, conmigo y para siempre, se me queda dentro. Pero como yo lo he sentido y gustado sé que es por encima de todo cuanto pueda ver y palpar con mis manos de carne y hueso. Lo esencial no se puede transmitir.

La fuente del Vilano
Cuando la tarde se apaga
se le vio llegar de puntillas
con el dolor en su alma
a la fuente de los dos veneros,
la de la ancha cañada
y donde crecen los narcisos
entre las rocas blancas,

Junto a la fuente cristal

la que bajo el enebro mana
se paró y estuvo mirando
el bullir hermoso del agua:
“Como en aquellos días
y la misma transparencia plata
sigue brotando la fuente”,
se dijo sin decir nada
y luego se vino despacio
al segundo venero que mana
al final de la lanchilla
y justo por donde pasa
la senda grandiosa que sube
a las crestas de las verdes navas.

Cuando la tarde caía
lavó sus manos en el agua,
mojó sus labios y empapó
del líquido, su triste alma
y luego tomó por la senda
que va surcando calla
la cuesta de los enebros
y mientras la tarde se apaga
¿adónde iba con su soledad,
su dolor oculto y su llaga
por la tierra que ya no es suya
aunque siga siendo amada?
Cuando la tarde caía
mientras subía, lloraba.

55- Arroyo del Torno, Navazalto, Hoyos de la Nieve
Balcón al río Aguascebas Chico y al valle del Guadalquivir

Distancia aproximada: 3 k.
Desnivel aproximado : 200 m.
Tiempo aproximado : 35 mt. andando.
Camino: carril de tierra en buen estado.

Un poco antes de llegar a la casa forestal y escuela de la Fresnedilla, trescientos o cuatrocientos metros, por la derecha se aparta la pista. Va a los cortijos que por el arroyo del Torno hay. Fuente del Vilano, cortijo del tío Adeladio y del Torno y también a la caseta de vigilantes de incendios. Para subir a la cumbre de este pico, Navazalto pero más serrano y bueno, Hoyos de la Nieve y también, Navazo alto y nava azul, hay que tomar esta pista. Es la de enmedio de las tres que por aquí y el mismo lado se apartan. Se puede

recorrer con coche pero está bastante mala y si el coche no es todo terreno, lo mejor es hacerla andando. Desde hace un tiempo le pusieron una cadena.

Siguiendo este recorrido, de unos tres kilómetros hasta la cumbre, se asciende bien. El desnivel no es mucho. Según se va remontando se abren una preciosa vista sobre toda la cuenca alta del río Aguascebas Chico y del pantano. Y es precisamente lo más atractivo de esta ruta: la preciosa y completísima panorámica que ofrece, necesaria por otro lado para conocer a fondo los paisajes y componer las piezas del puzzle de este rincón de la sierra.

Nada más arrancar, por la derecha, se ve un cortijo. Es el de la fuente del Vilano. En los mapas aparece con el nombre de fuente del Milano. Un error como tantos otros por estos lugares. Un poco más adelante y ahora por la izquierda otro cortijo. Es el del tío Adeladio. Es muy bonita esta hondonada. Por aquí pasaba el antiguo camino que en otros tiempos daba comunicación a todos los cortijos de estos rincones. Subía desde Guarondo, hoy Embalse de Aguascebas. Todavía se ve, por algunos puntos y aunque muy borrada, esta antigua vereda. Continuando por nuestra ruta, en pocos minutos estaremos surcando la áspera pero bonita ladera del pico que pretendemos coronar.

La vegetación que por aquí crece son romeros, pinos de repoblación, enebros y sabinas. El terreno es muy agreste y malo de andar por la gran erosión en las rocas calizas. En unos minutos remontamos a un primer collado. En la curva que por aquí traza la pista y por el lado de abajo, brota una fuentecica de aguas frescas y buenas. El Prao de los Fresnos le llamaban al rincón. Se empina un poco más el recorrido, traza la pista tres curvas más, en total son cuatro y al poco ya estamos en lo más alto de este pico. Gira para la izquierda y al frente, se ve la construcción del pequeño refugio para los vigilantes de incendios. Una caseta construida de cemento, hierro y piedras. En todo lo alto le pusieron un pararrayos, normal en estas alturas.

Una vez en este punto, lo más interesante es la observación de la preciosa y amplísima panorámica. Hacia la izquierda, se nos queda el vaso del Embalse de Aguascebas, la cuenca por la parte de arriba hasta la morra de Chorrogil y las llanuras de Jabalcaballo y más para la izquierda, el arroyo de la fuente del Tejo y todas sus hondonadas. Del pantano para abajo, lo más emocionante de este balcón natural, el profundo surco por donde las aguas del río fueron horadando su paso. Elevadísimos cortes rocosos, estrechos desfilaeros, agudos picos elevándose y algunos trozos de tierras llanas cerca del cauce. Es por aquí donde se encuentran los parajes de la Osera. En otro apartado de este trabajo me extenderé más en la explicación de estos parajes. Si nos veminos para la derecha, al fondo y bien a lo lejos, se ven las casas del pueblo de Mogón, el gran valle del río Guadalquivir, la loma

cubierta de olivares y las extensas tierras hacia Jaén capital y el corazón de Andalucía.

Cerca de la caseta para la vigilancia de incendios, se extienden unas llanuras. Son los Hoyos de la Nieve y es a donde, en los meses calurosos del verano, las ovejas del pastor Ángel, suben a dormir por las noches. Más para la derecha y ya el barranco por donde desciende el río Aguascebas Grande, nos siguen sorprendiendo y llenando de emoción los agrestes cortados rocosos y las profundas laderas cayendo hacia lo hondo. Por esta zona, la cumbre y el lado que da al arroyo del Torno, existen varias cuevas. Una de ella, la más grande y conocida lleva por nombre cueva de Navazalto.

Una vez gozado y recorrido el punto que hemos coronado si tenemos tiempo y ánimo, podenos movernos para el lado derecho y siguiendo todo la raspa de la cumbre, avanzar hasta el collado de la nava del Vilano. Por este punto podemos hacer el regreso y así damos más variedad a la ruta al mismo tiempo que aprovechamos la altura para gozar hasta el matiz más pequeño que la gran panorámica que nos ofrece. Uno de los caminos antiguos que surcaban estas sierras, de hace más de cien años, pasaba por lo alto de esta cumbre, rozaba al collado de las Albarizas y por la casa de Rubiales se juntaba con el camino del Aguascebas Grande. Camino de la cuesta de Navazalto es como se llamaba. Por la fuente del Vilano se juntaba con el que subía desde los molinos de Aguadero Hondo y en la Nava del Vilano, volcaba también para el río Aguascebas Grande por las Cebadillas Altas y Bajas. Pero antes se dividía y el ramal de la derecha se venía para el que es hoy collado del Pocico, por el collado del Lobo. Camino del poyo del Moro es como se llamaba el que subía desde el molino y se iba hasta los poyos del Moro, el Aguascebas Grande y Bardazoso. El que se dividía para la derecha se llamaba Senda del raso Gil Cobo.

Algunos nombres de los sitios por la zona son: la Garita del Palo, subiendo hacia los Hoyos de la Nieve desde el muro del pantano, lo de arriba, la hoya del Rastillo o el Collao de Abajo, el Collao de Arriba, los Hoyos de la Nieve, los Rajones, el puntal de la Cuna, el Morro de los Tres Pinos, la Cruz de Yescas, Prao Fresno, la majá de la Carrasca, las Centenares, los Pozos de la Arena, las Revueltas de la Cruz de Yescas, cortijillo de Collao Angosto, las Cocotas, cortijo del tío Adeladio, fuente del Vilano, nava Vilano.

Tengo que decir que por el lugar, por lo más alto de los Hoyos de la Nieve, dicen que en tiempos muy antiguos hubo un asentamiento humano o algo parecido. Se quedó perdido por ahí un tesoro y algunas personas lo han buscado sin resultados positivos. Dicen que hasta han venido de lejos con mapas y todo pero si llegaron a encontrar tesoro, nunca se supo, al menos por estos contornos. El nombre de Navazalto también dicen que se refiera a nava Azul. Eso fue hace mucho tiempo y luego se fue desformando. Otros creen que puede ser Navazo Alto. Una nava muy grande y en lo más alto de

la cumbre. No investigué en ningún texto escrito sino que toda la información me llegó de las personas que conocen y son de estas sierras.

56- Fuente Carmen, pasá del Maguillo, Chorrogil o fuente del Pino, Prao de Coca, Chorrogil

Paseo a las Aguascebas
Distancia aproximada: 3 k.
Desnivel aproximado : 0,5 m.
Tiempo aproximado : 1 h. andando.
Camino: carril de tierra en buen estado.

Un poco antes de llegar a la fuente Carmen, una fuente de construcción por la izquierda, bastante reciente y en el mismo borde de la carretera, por este lado de la izquierda se aparta una pista. Los primeros metros se ven como si estuviera asfaltada pero en cuanto se avanza un poco por ella se descubre que no lo está. Es pista de tierra aunque en buen estado. Los coches normales pueden entrar sin problemas por ella. Remonta levemente unos metros y enseguida corona. Por la derecha según ya vamos caminando, nos queda una pequeña ladera de pinos. En otros tiempos por aquí había unos trocicos de tierra que cultivaba una mujer. Se llamaba Carmen y como el pequeño manantial de la fuente actual manaba en lo que eran sus tierras, todo el mundo decía que tanto las tierras, huertacica y manantial, eran de Carmen. Ella era la única que la aprovechaba.

Quiero aclarar que todo este rincón que esta tarde voy a recorrer y que se acurruca junto al arroyo de la fuente del Tejo, se llama pasá de Maguillo. Nombre genérico para una gran porción de tierra donde hay varios cortijos cada uno con sus nombres propios y existen varios pedazos de tierra también con su nombre particular. La sierra por este rincón, en otros tiempos, estuvo muy llena de presencia humana. Muchos cortijillos y majadas hubo por aquí y ellos, bautizaron bien cada trozo de terreno. Pero lo mismo que en las grandes ciudades de la gran civilización culta, dieron nombres a lo pequeño y a lo grande. El Prao de los Chopos, Jabalcaballo y la pasá del Maguillo, son tres nombres que abarcan mucho terreno.

Pues en cuanto remontamos el nivel se torna llano y avanza casi recto. Traza un par de curva no muy pronunciadas y después de subir otro poco en unos minutos vamos a salir a un cruce. Se divide la pista en dos y el ramal de la izquierda, en apariencia, se ve mejor. El que continua al frente, si lo seguimos, lleva a una antigua era. Aquí muere esta pista. Desde la era sale una borrada vereda y se dirige a un cortijo que enseguida lo veremos un poco más abajo. Este cortijo tiene por nombre la lancha de los Huertos y ahora lo

ocupan personas que no son de estas sierras.

En otros tiempos, unos doscientos metros más abajo de la lancha de los Huertos, hubo un molino, el primero de los tres que había en este Aguascebas Chico. Su dueño se llamaba Liberto. El segundo quedó bajo las aguas del Embalse de Aguascebas y el tercero estaba muy cerca del muro de este pantano. Para verlo sería necesario que el pantano se quedara seco por completo. A unos cien metros de este cortijo se encuentra el de Nofre, el molino anunciado. En este cortijillo muere la senda aunque pobremente sigue para varios sitio. Si nos vamos en la dirección que corre el agua, por entre lanchas, sabinares, pinares y mucho musgo avanzamos hasta que un profundo desnivel se nos abre a nuestros pies. Es la última cascada que este arroyo tiene antes de entregarse a las serenas aguas del pantano. Por entre esos cortados va la senda, algo remontada y alejada de la preciosa caída y después de bajar en escalones para salvar una complicada pared rocosa, sigue hasta rodear el morrete que nos va quedando por la derecha y enganchar con la carretera asfaltada. Se forma por aquí un profundo cañón porque es donde se va cerrando toda la extensa cuenca del arroyo fuente del Tejo. Cuando no estaba el pantano, al salir de esta cascada, las aguas se remansaban en la preciosa vega que ahora ocupa el embalse. Pero quería decir que tanto este arroyo como el gemelo llamado Chorrogil, unos metros antes de remansarse en el pantano, se meten por dos hondísimos y quebrados cañones. Al verlos uno se acuerda y entiende por qué los serranos le llamaron al lugar “Guarondo”.
- Pues siguiendo esa senda que dices baja desde el cortijo de Nofre y se mete para la cola del pantano, por ahí está la cueva que te contaba.
- ¿Cómo se llama?
- Por aquí se le conoce con el nombre de la cueva de la Mano y es bonita de verdad. Otra vez que vengas y tengamos tiempos vamos a ir a verla.
- ¡Vale!

Otra de las sendas, se va arroyo arriba pero bien alejado del cauce. Se mete por entre un bosque de romeros, cornicabras, zarzas y lentiscos y si nos vamos pegando al cauce, saldremos a las llanuras de lo que en otros tiempos fueron tierras de labor. Los huertos que prestaron nombre al cortijo atrás mencionado. Pero también quería decir que en el otoño e invierno del 1999 y 2000, por la morra que queda por la derecha del molino de Nofre, varias veces me encontré con dos preciosos ejemplares de machos cabríos, medio asilvestrados. Uno de ellos casi blanco total y el otro con manchas negras y una gran barba. En lo más hondo de la cascada final del arroyo fuente del Tejo, me lo encontré la tarde del 15-1-2000. Acababa de caer una gran nevada y se ve que se metieron en este barranco para resguardarse del frío.

Nos vamos viniendo más para el lado izquierdo sin dejar de remontar arroyo arriba. En unos minutos saldremos a otra llanura más grande y presencia de un viejo cortijo. Este se llama cortijo de Aniceto pero los

serranos de aquellos tiempos le llamaban los Anicetos. En todo este grandioso rincón de la sierra, en este cortijo es donde únicamente existía una "bolea". Los serranos de aquellos tiempos, aquí se juntaban y se entretenían en jugar a los bolos. Por la zona no había ni siquiera un bar. En este cortijo de Aniceto se vendía vino y por eso era el punto donde los pastores y demás labradores de la tierra, se juntaban a pasar sus ratejos. Quiero también aclarar que este rincón de la sierra, en aquellos tiempos, hasta existía su pedáneo. Fue el padre del pastor Ángel, el que vive ahora en el cortijo de la Fresnedilla. Después de él ya no hubo ninguno más.

Frente a este cortijo de Aniceto pero más pegado al arroyo y sobre la ladera donde se asientan los cortijos de Prao de Coa, se ve otro cortijo más. La tierra ya no es tan llana pero se nota que en otros tiempos la cultivaban. Este cortijo se llama de Consuelo. Un tío de Ángel el pastor de la Fresnedilla. Muy conocido y querido fue aquel hombre por los vecinos que antes ocupaban estos cortijos. Todo esto sigue perteneciendo a la pasá del Maguillo.

Por aquí mismo nos encontramos con una nueva pista. En realidad es la que dejábamos algo más atrás por el lado izquierdo. O mejor dicho, es la que viene desde Chorrogil y por los Prao de Coca, engancha con la que salía pegado a la fuente Carmen. En la misma puerta de este cortijillo tenemos dos opciones: si nos vamos para el lado derecho, bajamos a una preciosa llanura. Por el lado de arriba y sobre la solana, nos queda otro cortijo. Es el Consuelo. La pista cruza el arroyo por aquí, pasá del Maguillo, se va por la ladera de la Morra pero muy pegado al arroyo ahora ya de la fuente del Tejo y busca el cauce del río Aguascebas Grandes por Chorrogil. Lo cruza y sigue remontando para ya por aquel lado del pantano, buscar la carretera asfaltada por el collado del Caracho.

Si desde el cortijo mencionado anteriormente nos venimos para la izquierda, en unos minutos nos encajamos en las tierras de los Praos de Coca. Nos lo delata el cortijo sobre la solana y en un raso y las alambradas que por aquí clavaron para encerrar la propiedad. Un poco antes de llegar a estos cortijos, sobre un cerrete la pista que traemos se encuentra con la que dejábamos en el primer cruce al poco de comenzar la ruta. En este punto tenemos otras dos posibilidades: si nos vamos para el lado derecho saldremos a los Praos de Coca en tan sólo unos metros y desde ahí si seguimos remontando, pasamos por varias alambradas, varios cortijos reconstruido y habitados y después de remontar algo más y salvar varias curvas, llegamos a otra pista en mejores condiciones. Es la que sube al collado de la Cruz y lleva al Camping de las Castañetas. Por esta curva nace el manantial de la fuente del Pino, se ven los tornajos y las ruinas de aquel gran cortijo.

Pero si desde el punto del encuentro con la pista que antes habíamos

dicho, nos vamos para la izquierda, en tan sólo unos minutos, cerramos el círculo de la ruta que hemos estado recorriendo. Por entre unos árboles y un poco escondido nos volvemos a encontrar con otra construcción humana. Es una tiná y a la vez, un cortijo. El más nombrado por toda esta gran zona, aunque el cortijo sea precisamente el más pequeño. Casi ni se le ve.
- ¡Ah, no! Tú dices la tiná de verdad. Lo primero que te encuentras yendo desde los pedacico de Carmen. Pasas una tapuela y al lado de abajo, a la derecha y un poco escondida allí, está. Eso se llama la tiná de Cándido. Este nombre lo saben hasta en el pueblo de Villacarrillo. Ahí vivía un hombre que le decían Cándido. Ya ha muerto de viejo pero ahí ha vivido de siempre. Es la tiná de Cándido y nunca por aquí nos hemos explicado por qué todo el mundo habla bien de este lugar y lo conoce tan a fondo. Es lo más nombrado de este lugar.

Bajamos un poco, cruzamos un arroyuelo menor que no tiene agua al no ser que haya llovido mucho por los días en que hacemos este recorrido, remontamos a una preciosa era, empedrada y casi redonda, bajamos otro poco y enseguida nos encontramos en la primera división que mencionábamos al poco de dar comienzo este recorrido. Desde este punto, una preciosa llanura menor entre pinos pero muy verde y fresca en primavera y reseca en verano, volvemos por los mismos pasos que trazábamos al dar comiendo el paseo. Porque en realidad es un paseo esta ruta que no dura más de una hora si vamos algo deprisa. Si vamos tranquilos porque tengamos tiempo y queramos gozar despacio los bonitos paisajes del rincón, pues gastaremos un par de horas o tres.

Además de los ya mencionados, algunos nombres por el rincón son: cortijo de Nofre, que es uno de los tres molinos que en aquellos tiempos había en este Aguadero Hondo. Este de Nofre era el primero bajando por el cauce y los otros dos quedaban en lo que cubren ahora las aguas del pantano, un llano que hay por ahí se llama el Majalón, el Cocón, majá la Oveja, el Collao del Toril, por encima la cueva de los Marraneros, cueva de la Encantá, por este lado de los Praos de Coca, la pasá Maguillo, el Cementerio, cortijo de Tarquino, cuesta del Oso, arroyo de las Aguascebas de la fuente del Tejo y el Puntalón. Junto al arroyo principal crecen muchos chopos, álamos que dan buena sombra y se mecen alegres con la brisa de los días del verano y tienen preciosos tonos amarillos, oro, en los meses otoñales. Hay muchos árboles frutales de aquellas antiguas huertas, moras de las zarzas, cerezos y ciruelos. Las Aguascebas de la fuente del Tejo, una de las tres que vierten al pantano y, por eso de esta suma sacaron el nombre con que ahora todo el mundo conoce en este embalse, siempre baja con mucha agua. Incluso en los años de mayor sequía.

Los molinos que en estos cauces hubo en aquellos tiempos, por los vecinos de los cortijos, eran conocidos como los molinos de Guarondo. Así es como ellos le decían. Cada uno se llamaba con el nombre del dueño. El de la

punta de arriba, por debajo del Prao Maguillo y la lancha de los Huertos y al borde mismo de la última cascada que el arroyo de la fuente del Tejo tiene, ya he dicho que era conocido por el Molino de Nofre. Este era el nombre del dueño. El molino de los Quicos que es el del enmedio. También se le conocía por el molino de Marta la Molinera. Cuando en verano bajan las aguas del pantano, se ve. Sus ruinas se pueden observar desde el mismo muro del pantano justo en un rellano que queda recogido donde se juntan los dos cauces. El arroyo de la fuente del Tejo y el de la cañá del Avellano que es también Chorrogil. El de la punta de abajo era el molino de José María Barrera. Desde que cerraron el muro del pantano este molino no se ha vuelto a ver. Estaba muy pegado a donde levantaron el muro y no por debajo, fuera ya de las aguas, como en algunos escritos dicen.

Por lo que tengo entendido, el cementerio que construyeron por este rincón de la Sierra de las Villas, nunca se llegó a inaugurar. Dicen que ofrecían ochocientas mil pesetas a la familia que primero enterrara aquí a algún familiar suyo. Era necesario un primer entierro para inaugurarlo pero nadie se atrevió a ser el primero. Pasó el tiempo y el cementerio se quedó sin estrenar. Luego, las familias que vivían por estos cortijos, por algunos fechas, en total fueron casi doscientos cincuenta, comenzaron a marcharse de estas sierras. Los hijos encontraban trabajo fuera y ya no volvían. Los cortijos se fueron cayendo, otros se vendieron y los que no, los expropiaron. Y algunos serranos viejos dicen que:
- Puede que vuelvan aquellos tiempos, que la gente retorne otra vez a la sierra pero yo creo que las cosas ya nunca serán como antes. ¡Pero en fin, como ahora a muchos les ha dado por volver al campo, quién sabe!

2ª parte de esta ruta
57- Prao Maguillo, Chorrogil, arroyo de la fuente del Tejo, cortijo Tarquino

En realidad se trata de la misma ruta pero como yo la hice en dos etapas y días diferente, sale más grande de lo normal para recorrer en una sola jornada. Por estas circunstancias y para describir los paisajes con la serenidad y detalle que merecen es por lo que la he estructurado en dos bloques diferentes aunque este último sea la continuación natural del primero.

Y antes de empezar a recorrerla quiero decir que hoy, ya venía preparado para no encontrarme a nadie por el lugar. Quiero expresar, que ya sabía que hoy no me iba a encontrar con ningún pastor para charlar con él. Los que conozco, tienen sus cortijos algo lejos del rincón que pienso recorrer y, además, por estas fechas ya se han ido a Sierra Morena. Por este Prao Maguillo y sus alrededores, los que ahora viven no son serranos en su origen y por eso poco me interesa lo que ellos puedan decirme de la sierra si es que saben decirme algo. Lo sé de otras veces. Así que hoy, me preparo para

recorrer lo proyectado en la soledad más absoluta y sin otra información que la que por mí mismo vaya descubriendo. También merece la pena pero nadie penetra en la profundidad de la sierra, sus nombres, veredas, misterios y secretos sin la ayuda de un pastor.

Pues el día uno de enero del año dos mil, a las nueve de la mañana, dejo el coche justo la pista de tierra se divide para los Praos de Coca y para Prao Maguillo. Desde este punto para delante, cada vez se va poniendo pero hasta que llega un momento que ni siquiera existe pista. Por eso quería decir también que no es verdad que, cuando recrecían el muro del pantano, desviaran la circulación por esta pista de tierra. Por los dos extremos, sí comienza con un buen firme pero cuando llega a este Prao Maguillo, se corta por completo y no llegan a juntarse, al menos, con la calidad necesaria para que puedan pasar los coches. Para que anden las personas no existe problema alguno.

Recorro el trozo de pista que va cayendo hacia las tierras llanas de la pasá del Maguillo y antes de caer del todo, me aparto para la derecha. Por este puntal hay dos cortijos. En ninguno vive gente y por eso me entran ganas de curiosear. En este primer cortijo, como a medio kilómetro del que hay en los Praos de Coca, sólo me encuentro arena, ladrillos, gomas para traer agua, muchas botellas vacías de bebidas alcohólicas y soledad. Alguien quiere reconstruir el viejo cortijo para ocuparlo. Pero mientras lo arreglan hasta donde tengan pensado, lo ocupan y viven en él. Quizá lo hayan comprado como otros muchos por esta cuenca del Aguascebas.

Sigo mi ruta y en unos minutos ya estoy en el otro cortijo. El que también se cae al borde mismo de la pista de tierra. También está vacío y éste se nota que nadie lo quiere ocupar. Tiene sus puertas abiertas, el techo medio hundido y un buen montón de botellas de cristal, vacías y apiladas en uno de los corrales. Parece que las nuevas personas que ahora van llenando los viejos cortijos, lo celebran a su modo. Desde la puerta de este cortijo, a sólo unos metros del cauce del gran arroyo, tengo una preciosa vista sobre toda la llanura que se extiende a ambos lados del arroyo. Seguro que las personas que en aquellos tiempos vivían aquí, fueron muy afortunadas por lo privilegiado que es este rincón sobre todos los otros que rodean. Tiene muchas tierras buenísimas y cantidad de agua para regarlas.

Continúo bajando y ahora descubro que la mañana es de las más frías del año. La noche que acaba de irse, la del final del año, ha sido de las más frías. Se quedó el cielo raso por completo y por eso las heladas han sido abundantes. Según venía buscando este rincón, a un lado y otro de la carretera he visto los paisajes vestidos de blanco y la hierba, toda cristales relucientes. Según ahora mismo me voy acercando al surco del arroyo, lo que piso es escarcha metida bajo la tierra y por eso el suelo parece como hueco. Como cuando se esponja una magdalena. Por las tierras llanas a este lado

del arroyo, hay varios charcos. Fueron muchas las lluvias de hace unos días y por eso la tierra se empapó y por donde hay llanuras, los charcos que quedaron estancados.

Pues en estos charcos, junto al cauce del arroyo fuente del Tejo, me encuentro con preciosas capas de hielo. Por el centro, hielo cristal casi liso por completo pero por los bordes, hielo con tonos de nieve que forma como cenefas, flores fantasiosas, hebras transparentes y arrugas con las más variadas formas. Un lujo para los ojos amantes de las finas bellezas de estos paisajes. Me paro y durante un buen rato ni presto atención al arroyo que tengo a sólo cinco pasos de mí. Preparo la cámara y desde todos los ángulos y en todas las direcciones, hago fotos. Espero que alguna salga bonita. Quizá sean hasta muy originales. Pero no estoy contento del todo porque donde este charco se remansa, todavía no da el sol. La luz es escasa, luz tenue de mañana a medio despertar y como el frío es intenso, también influirá en los colores de estas fotos. Pero en fin, si alguna sale bonita, habrá merecido la pena porque el motivo sí que lo merece.

Y como cuando ya redacto estas líneas tengo las fotos delante de mí, digo que sí salieron realmente bonitas pero tal como me sospechaba: con un tono azul intenso que más parecen fotos en blanco y negro, en esta caso azul cielo, que en color. Sólo algunos tallos de hierba muestran sus tonos verdes pero el hielo que fotografié, salió con las mismas transparencias que mostraban en la realidad. Una transparencia muy semejante a la de viento nieve y con todos los dibujos que este hielo tenía aquella mañana. La foto más curiosa es la de una piña encajada en la fina capa de hielo, rodeada de pequeños círculos en forma de cenefas y, desde la piña hacia los lados, saliendo como unos rayos transparentes en forma de chuzos. Sobre la vieja y casi podrida piña se ven los diminutos cristales de las goticas de rocío convertidas en hielo. Un lujo y una belleza que no tiene comparación con ninguna otra obra de arte.

Pero la mañana que venía describiendo tan entusiasmado estoy con las fotos que ni siquiera me doy cuenta del puente que tengo a dos pasos de mí. Al acercarme al arroyo descubro que la corriente es tanta que de ningún modo podré cruzar al otro lado si no encuentro algún puente que me ayude. Por entre una espesura de fresnos encuentro un vado. La corriente se torna serena porque la tierra es llana y el caudal del agua se ensancha. Es un vado, quizá la verdadera pasá de Maguillo, para que andando los crucen las bestias o las personas, cuando la corriente lo permite. Y digo esto porque por la parte de abajo de este vado hay unas piedras puestas. Unas pasarelas para ir saltando de una a otra hasta encajarse en el otro lado. Pero cuando el arroyo trae tanta agua como esta mañana, las piedras quedan tapadas por la corriente y por eso es imposible saltar por ellas y pasar. También por este vado pueden cruzar los coches sin problema alguno siempre que sean coches altos. Pero hasta este punto la pista no llega por ninguno de los dos

lados. Se pierde antes de encontrarse con el arroyo, aunque tampoco sería muy necesaria porque el terreno ya he dicho es muy llano. Una llanura extensa que se puede recorrer con cualquier coche sin encontrar ninguna dificultad.

Yo no me desanimo. Desde donde me he parado par hacerla las fotos al hielo, sin mirar para el arroyo, sigo cauce arriba. Algo me dice que debe existir algún puente porque esta dificultad, con toda seguridad, ellos la tenían prevista y resuelta. Descubro que el surco del arroyo por algunos tramos se estrecha y hasta tiene ramas de fresnos que van de un lado a otro por donde sería posible cruzar pero no es lo que busco. Por otros tamos se ensanchan y es cuando se ve la cantidad de agua que hoy baja por este arroyo. Sigo remontando en contra de la corriente y antes de llegar a la punta de arriba, donde la llanura deja de ser plana, por entre unas zarzas y fresnos veo algo que se parece a lo que busco y necesito. Me acerco y no es un puente exactamente pero sirve como un puente.

Es un grueso tronco de pino, vaciado por la mitad para tallarle una canal y cruzado de un lado a otro del arroyo. Ya sé que utilidad daba este tronco: ellos cogían agua de mucho más arriba, se la traían por una reguera y al llegar a este rincón de la llanura, la cruzaban al otro lado para regar las tierras que esta mañana encharcan la lluvia que se ha convertido en hielo. Un utensilio típicamente serrano, ahora no usado para lo que fue construido pero sí para lo que yo necesito. Me pongo en marcha y apoyando mis pies en el centro de la canal, sin problema ninguno me encajo al otro lado del arroyo. Ha sido fácil y ello me da ánimo. Me encuentro una acequia por donde ellos llevaban agua a las llanuras del lado donde ahora me encuentro y la sigo. Ya está casi rota, comida de zarzas, hierba, cerezos secos y otros arbustos.

Camino por su borde y en unos minutos estoy en la pista de tierra que desaparecía al llegar al arroyo. Ahora remonta levemente desde la llanura hacia el collado que sirve de divisorias entre la cuenca del arroyo Chorrogil y este de la fuente del Tejo. Collado de la pasá de Maguillo es como se llama aunque su nombre verdadero es el collado de los Cartuchos. Según voy avanzando piso la tierra por completo helada aunque toda barro pero muy duro por la escarcha que en él se ha refugiado. Me voy diciendo que en cuanto se levante un poco más el sol y se derrita esta escarcha, lo que por esta pista habrá será un puro barrizal. Entonces no será tan fácil recorrerla como ahora.

Unos metros antes del collado, por la derecha se me presenta la figura de otro de los bonitos cortijos levantados por esta pasá de Maguillo. A este cortijo desde siempre se le conoció por el cortijo de Patas Cortas. Otros me han dicho que este es el verdadero cortijo de la pasá de Maguillo. Me acerco con precaución porque tiene pinta de estar habitado. Pero también me digo que hoy es primero de año. Ahora mismo, diez de la mañana ¿quién puede

haber en un cortijo como este? Los que aquí vivan, en caso de que alguien viva continúo, en una fiestas como las de ayer, esta noche y hoy, seguro que se ha ido a la ciudad o al pueblo a celebrarlo con sus amigos. Pero el cortijo tiene pinta de estas habitado. Puede que tengan perros y en el momento que menos me lo espere se me arranquen.

Pero no. No hoy hay personas en este cortijo ni perros. Me acerco y por encima, curioseo. Unas matas de pita, áloe, sembradas en la misma puerta, un pequeño pilar donde chorrea un buen caño de agua, puertas y ventanas pintadas de amarillo, varios tubos de plástico por donde viene el agua que recogen en la ladera de enfrente, macetas sin flores, árboles sin hojas, dos o tres chimeneas sin humo, paredes del cortijo bien pintadas de blanco y hasta algunas sillas por la puerta. El aspecto es de estar habitado pero no de una forma fija. Como si lo usaran para recreo algunas fechas del año. Lo recojo en mi cámara, lo recorro por la parte de atrás, remonto las rocas que lo coronan y me asomo al arroyo de la fuente del Tejo. El que acabo de cruzar. En lo hondo, adivino el pantano. No lo veo pero sí el cortijo de Nofre, el que fue molino, cerca del arroyo y al otro lado. Era el primero de los tres cortijos en este lugar llamado Guarondo.

Sigo la ruta por una vereda que desde aquí mismo sale y busca la pista de tierra que remonta más metida en la pequeña cañada que baja desde el collado. En unos metros, ya estoy en la pista. Por este collado, la vaguada que ahora me queda atrás y la solana que ahora voy a comenzar a descender hacia la cascada de Chorrogil, el hielo sigue presente. Mucho hielo incrustado en el barro pero como todavía el sol no lo ha derretido, puedo pisar sin miedo a que las botas se me queden con cuatro dedos de barro. Me doy cuenta que por la pista que ahora empiezo a recorrer han pasado las ovejas no hace mucho. Sus pisadas están estampadas en la tierra empapada y por eso me vengo más para el lado de la derecha. Por fuera de la pista y por donde espesa crece la mejorana y los tomillos.

A sólo unos metros se me presenta la figura de otro cortijo. Es el conocido por el cortijo de los Chatos. el cortijo del Chorro queda algo más abajo y una construcción muy pequeña. El de los Chatos me queda por la derecha, algo apartado de la pista y sobre un morrete. Donde hay muchas rocas erosionadas por la lluvia y también encinas y enebros. Sigo por la pista y no llego. Parece que tampoco hay nadie en él. Al menos hoy y a estas horas de la mañana, nadie da señales de vida por este otro cortijo. Hace muchos años, una vez estuve en este cortijo y ahora lo recuerdo. No existía la pista que hoy ando y eso también lo recuerdo. Aquel día subimos por primera vez a la llanura de Jabalcaballo.

Pues recorro esta pista y en sólo unos minutos estoy sobre el puente que construyeron para que se pudiera pasar el cauce del río Aguascebas Chico. Descubro que también baja muy repleto de agua. Me acuerdo de las

bonitas llanuras por la cañá del Avellano y peña Corva y me digo que a estas horas de la mañana y en un día como el de hoy, esas altas cumbres estarán preciosas. Quién pudiera estar por allí y recorrerlas sin prisa hasta saciarse de ellas sin reparo.

Por encima mía la cascada de Chorrogil cae espléndida. Muy abierta, blanca como la nieve y robusta como un río grandioso. Desde este punto mismo preparo la máquina y apoyándome en unas rocas, saco varias fotos. Tampoco es un buen momento. La mañana no tiene todavía mucha luz y como la cascada da al norte, queda en sombra total. Tengo que abrir mucho el diafragma de la máquina y esto hace que la profundidad de campo sea poca al tiempo que las posibilidades de que la foto salga movida, aumenta. La velocidad también es muy lenta, que es lo ideal para hacer fotos de cascadas pero con trípode y no a pulso como yo. Si ahora siguiera esta ruta en lugar de apartarme para la cascada, en cuanto remontara la cuesta que me queda al frente me encajaría en un collado. Se le conoce por el collado del Moruso.

Cruzo el puente, me vengo para la izquierda y remonto por la veredilla que lleva a los mismos pies de la cascada. Ahora descubro que esta veredilla, improvisada por los turistas que por aquí vienen, se encuentra en mejores condiciones que aquella última vez que yo la pisé. Fue con un amigo que murió en Navidad hace varios años y unas amigas suyas. Se estuvieron bañando en las pozas de esta cascada porque la fecha era la ideal para este gozo. De esto hace ya por lo menos ocho años.

Ya en los pies mismos de la cascada, me paro. Durante un buen rato la observo para gozarla en las regiones que se gozan estos momentos y estampas y hago unas fotos más. Siempre con el miedo a que me salgan movidas por la poca luz que la mañana me regala. Pero por si acaso, hago todas las que puedo y luego me doy media vuelta. Vuelvo por la misma senda, cruzo el mismo puente, remonto la misma ladera, llego al mismo collado, me encuentro con el mismo arroyo de la fuente del Tejo y ahora, un poco antes de caer a su cauce, siento el murmullo de personas por delante de mí. Miro y veo a tres. Padre, madre e hijo. Bajan desde el collado de la pasá de Maguillo y al llegar al arroyo me doy cuenta que no se van ni por el vado que yo vi ni por el puente que yo usé. Se mente por el centro de un sembrado, se tapan entro unos fresnos y al poco los veo por la llanura del hielo. Donde yo estuve sacando las fotos. Y en estos momentos me pregunto. ¿Por dónde han cruzado la corriente de este arroyo si yo no vi ningún puente?

Aguardo un rato y cuando ya se han perdido por la pista que yo recorría hace un rato, avanzo hacia la llanura. La cruzo, atravieso el sembrado y entre los fresnos descubro el puente que ellos han usado para pasar las aguas. Es un rústico puente con sólo tres o cuatro troncos de álamos tumbados de un

lado a otro del arroyo y está justo a la altura donde estuve sacando las fotos. Es decir: si ahora cruzo este puente voy a salir al mismo charco del hielo donde hace un rato me paré para hacer las fotos. ¿Por qué no lo vi? Pues no lo vi y seguí arroyo arriba buscando el puente que me sirvió para cruzar. Tanto me entusiasmó el hielo del charco que estando como estuve a dos pasos de este puente no lo vi. Pero en fin, lo que importa es que ahora ya sé que este arroyo de la fuente del Tejo, por el lugar llamado pasá de Maguillo, tiene un vado, una canal de madera para que las aguas corran por ella y un puente de troncos de álamos secos. Ya sé cómo es este precioso arroyo a su paso por estas praderas y ello me alegra.

Cruzo el puente para un lado y vuelvo al mismo en que estaba hace unos minutos. Y como mi propósito es seguir arroyo arriba para descubrir lo que este cauce guarda en su tramo hasta el Prao de los Chopos, cruzo la sementera. Tomo una veredilla que sube por el borde del arroyo, derecha al contrario de la corriente, y en unos minutos se me acaba la tierra llana de los Praos de Maguillo. Parece que, pegado al arroyo, continua una senda en forma de vieja pista forestal muy desusada. Sigo por ella con la intención de meterme en el corazón mismo del barranco que forma el arroyo al caer desde el Prao de los Chopos. En un recodo muy cerrado, lleno de sombras porque queda en umbría, tupido de bosque y a estas horas de la mañana y día, cuajado de escarcha. La hierba que voy pisando se me presenta toda vestida de blanco. Como si hubiera caído una nevada pero mucho más frío porque la escarcha siempre transmite más frío.

Según avanzo descubro como pisadas de personas. Las huellas están marcadas en la escarcha blanca que se traba en la hierba. Y hasta parecen recientes porque la escarcha se presenta mucho más aplastada. Quizá alguien se me ha adelantando y ha pasado por aquí esta misma mañana. Quizá algunas de las personas que viven en los cortijos que me coronan al final y en todo lo alto. Quizá lo pueda descubrir cuando termine de recorrer este arroyo y alcance el objetivo que me he propuesto. Pero la ruta que voy siguiendo por este lado del arroyo, poco a poco se va complicando. Los bujes se espesan, las zarzas se enredan por entre estos bujes y lo que parecía una vieja pista de tierra también se acaba. Sólo sigue alguna veredilla de animales. Pero de trecho en trecho se me alivia el panorama. Junto al arroyo van apareciendo pequeños trozos de terreno llano con apariencia de haber sido sembrados en aquellos tiempos de los serranos.

Cuando estoy sobre uno de estos rellanos no encuentro ninguna dificultad para seguir. Y cuando se me terminan estas llanuras, siempre busco por la parte de arriba y encuentro una sendilla que se mete por entre los bujes. Las sigo y de este modo, durante más de media hora, voy recorriendo el terreno pegado al arroyo. Me digo que por aquí, quizá algo más alzado sobre la ladera, tuvo que ir alguna senda. Estoy seguro que ellos bajaban y subían por este arroyo para ir de unos cortijos a otros y para

sembrar y recoger las cosechas que les daban estas tierras. Estoy seguro de ello pero nada puedo hacer para encontrarme con esa vieja senda que supongo.

Y sin darme cuenta, me encajo al comienzo del recodo. Por delante de mí, una pared rocosa repleta de pinares, bujes y zarzas, se me presenta en forma de muralla muy alta. Ahora siento el rumor de las cascadas cayendo por estos acantilados. Voy descubriendo que el arroyo, por este tramo, se divide en varios que bajan desde las altas cumbres y al llegar a este poyo, se despeñan vertiginosamente. Un primer arroyuelo se me presenta por el lado derecho que es la umbría que voy recorriendo. No puedo seguir por el borde del arroyo principal porque el terreno deja de tener llanuras y por eso, tengo que elevarme por entre los bujes, buscando un paso en este arroyuelo.

Se espesa el bosque, ahora con muchas zarzas y el terreno se presenta encharcado. Busco las sendillas de las ovejas y por donde existe un claro, paso. Se me cruza la corriente del arroyo y ahora el bosque se espesa. Muchas juncias, rocas tobáceas y el agua bajando a manta por toda la ladera. Salto de una mata de juncia a otra y cuando menos lo espero me hundo en la tierra encharcada. Cede bajo mis pies y me lleno de barro y agua hasta las rodillas. Me agarro a las ramas de los bujes y en diez minutos dejo atrás el complicado paso pero ahora me encuentro entre dos arroyos. El que acabo de cruzar es el menor de los dos y el nuevo ante mí, aun es más complicado cruzarlo. Remonto por un lomete de tierra y rocas que se queda encajado entre los dos cauces y por entre los troncos de dos pinos, cruzo. Al otro lado me esperan las zarzas enredadas por entre las ramas de los espesos bujes. Me agacho y siguiendo alguna indeleble sendilla de animales, logro salir a un claro de la ladera.

El arroyo principal, el que venía siguiendo desde el Prao Maguillo, se me aproxima. Tengo que bajar y antes de encontrarme con él, un par de rellanos me dan ánimo. Las sendas de los animales son más claras y espesas. Por ellas sigo y en unos metros vuelve a presentarse otro cauce. Este no me lo esperaba y es el mayor de todos los que hasta este momento por aquí me he encontrado. Me paro antes de decidirme cruzarlo y miro para mi derecha. Por este lado me corona en robusto acantilado, cuya cara norte, donde estoy, la tiene toda repleta de un denso bosque. Bien que lo sé ahora que acabo de atravesarlo. Y también ahora me doy cuenta que el arroyo que tengo pendiente cruzar y también me llega desde este lado, es precisamente el principal. El de la fuente del Tejo. Al darme cuenta advierto que me encuentro algo desorientado. Si el arroyo principal es este que se despeña por mi derecha el que sigue y tengo pensado acompañar ¿qué arroyo es? No me sitúo en el laberinto hasta que, unos veinte minutos más tarde, remonto a la llanura.

Así que encontrándome en la situación que me encuentro, opto por

seguir. Busco un paso y ahora se me presenta con menos problemas. Las rocas tobáceas forman ladera desde la misma cascada hasta la hondura del surco y por un escalón donde el agua se remansa y se abre, cruzo. Al otro lado la sendilla mejora mucho. Ya no tengo monte aunque sé que por poco tiempo. Remonto pegándome al arroyo que me queda por la izquierda, creo que es el bueno y la inclinación del terreno a cada paso es más. El arroyo que me entraba por la derecha, se ha quedado en un recodo del acantilado que es por donde se despeña la cascada. Sigo mirando porque necesito aclarar el laberinto donde estoy metido y ahora advierto que el surco de arroyo que voy siguiendo también trae mucha agua.

La senda mejora por momentos y también se agarra a la ladera que por momentos es más y más rocosa. Los bujes se presentan de trecho en trecho y en algunos tramos tengo que agacharme y avanzar por debajo de ellos, pegado a la roca del voladero. Ahora recuerdo que esta cuesta, la que se presenta en el primer escalón desde Prao Maguillo y el Prao de los Chopos, es conocida por los serranos por la cuesta del Oso. ¡Qué casualidad! Por dos veces sale la palabra oso en esta cuenca del Embalse del Aguascebas. Por la Osera, al lado de abajo del pantano y entre del Prao de los Chopos y Prao Maguillo. Ya no puedo dudar que en otros tiempos por aquí hubo osos. Alguien me contó un día que no los ha visto nunca pero que sí lo ha soñado muchas veces. Fueron otros tiempos muy lejanos pero cimentaron realidades que dan consistencia a las de ahora.

En cuanto termino de remontar el terreno se me presenta bueno. Con una inclinación que en sólo unos metros es por completo llano. Muchos pinos me encuentro por aquí, por el lado izquierdo y pegado al arroyo, un paisaje rocoso y enseguida, una pista de tierra. Nada más verla me quedo algo desorientado porque en un primer momento no sé encajarla. Pero me paro y al mirar descubro que por encima de mí tengo un cortijo. Es el cortijo del Vallejo de los Pinos. Por delante de mí tengo otro cortijo y enseguida lo conozco. Es el de Prao de los Chopos. Así que me vengo para el lado derecho, cojo la pista, la recorro mientras ésta va atravesando la llanura del prado que acabo de nombra, cruzo el puente que le hicieron para que pudiera pasar el arroyo, que por supuesto es el de la fuente del Tejo y que hoy trae mucha agua, remonto la cuestecilla y mientras lo hago me sorprendo con lo que veo. Por mi lado derecho hay una vieja furgoneta, sin ruedas, sin ventanas ni motor y en sus chapas, extraños letreros que hablan de todo, menos de cosas bonitas.

Termino de remontar y ahora recorro las tierras de lo que en otros tiempos fue una era. La construyeron en lo más alto del pequeño collado. Como siempre construían ellos las eras. Sigo y por la derecha se me presenta la construcción de otro cortijo. Este es el verdadero cortijo de Tarquino. El que Eladio remodeló y luego vendió a un buen precio, hace algunos años. Se ve ropa tendida en la puerta y por lo que ya sé de este

cortijo, ahora vive en él alguna persona que tampoco es de estas sierras. La pista, a la altura de este cortijo, gira con la intención de irse hacia él pero yo sigo por la senda que avanza buscando el surco del arroyo. Por donde lo cruza, el rincón es precioso y el arroyo trae mucha agua. Es el arroyo de los Chortales que nace arriba, donde termina la escalera que sirve para dar paso hacia el valle de la parte alta. La escalera romana. Sigo remontando ahora por la umbría con sus rodales de nieve e hielo como corresponde a una buena umbría, en estas épocas del año y en estas sierras y al poco me tropiezo con las ruinas de una tapuela. Ahora recuerdo que Eladio me tiene dicho:

- el cortijo de Tarquino, no la tapuela primera donde se crió mi padre y que se desmorona algo más abajo del cortijo las Castañetas, sino el viejo cortijo de Tarquino, estuvo al otro lado del arroyo de los Chortales. Frente al nuevo que ahora se encuentra justo en lo más alto del poyo. El primero estaba en umbría y el actual se encuentra en pura solana. Pues aquel viejo cortijo, sólo unas tapuelas, por el año 37, lo compró mi padre al precio de 11000 reales. Y estos once mil reales eran a pagar en once años.

Sigo remontando y al mismo tiempo viniéndome para el filo del voladero. No lo sé ni nadie me lo ha dicho pero intuyo que por aquí debe salir una senda. El terreno tiene pinta de eso y ellos la necesitaban para bajar a Prao Maguillo, además de por donde yo he subido, la cuesta del Oso, por este lado que les cogía más cerca si estaban en el cortijo de Tarquino. El filo rocoso presenta un pequeño portillo y ahora veo el trazado de la senda. Comienza a caer y como está en lo más alto, toda ella se retuerce en mil curvas cortas que van buscando el mejor paso por entre las rocas y la inclinación de terreno. La nieve y el hielo forman placas por este punto pero con cuidado puedo seguir el trazado de la senda. En cuenco sale de la parte rocosa, aparecen los pinares y la tierra blanda. La senda se distingue mucho mejor y como tengo interés en no perderla voy con cuidado mientras la recorro con gran placer.

Se interna por entre la espesura del monte y voy descubriendo que en lugar de caer para Prao Maguillo, se cimbrea buscando el collado que hay antes de volcar para Chorrogil pero sube mucho. El collado de los Cartuchos y ahora caigo en la cuenta que esta ladera y cuesta es propiamente de del Oso. La muy conocida y andada por ellos, cuesta del Oso. Atraviesa una hondonada, un arroyo menor por donde se espesan las zarzas y mana una fuente. Es conocido este manantial con el nombre de la fuente del Poyo. Ciertamente se alza sobre las llanuras de Proa Maguillo y brota en unas tierras que son poyo. Antes de llegar siento el rumor del agua pero es un rumor algo extraño. Como si el agua estuviera saliendo a presión. Y claro que sí. En cuanto estoy encima descubro que a este manantial le han hecho una arqueta, como tantos en estas sierras, le han puesto unas tubos de plástico y el agua se la llevan a los cortijos que hay por el collado de Prao Maguillo.

Justo al cortijo que tiene la piscina antes de remontar al collado y después de la pasá del Maguillo. Al que, según me han dicho algunos, le pertenece el nombre de Maguillo. De tantos cortijos como hay por aquí sólo uno es el de la pasá de Maguillo. Este cortijo es del pastor de la Escalera de los Vílchites.
- Pues mismamente donde mana la fuente y está la manguera que coge el agua, si nos vamos todo ese arroyo para arriba, en todo lo alto está la cueva que te digo.
- ¿Y cómo es esa cueva?
- El nombre yo no me lo sé pero hay que escalar para llegar a ella. Se entra por un roto pequeño pero luego dentro tiene aquello muchos pivotes que caen del techo, chorros de agua con sus pozas y todo. Pero ya te digo, aquello es muy difícil saber dónde está porque se oculta mucho y la entrada es chica.

Cruzo el arroyo y ahora espero que la senda baje para la llanura porque eso es lo que quiero y necesito pero no es así. La senda sigue cruzando la ladera y en unos minutos ya me he dejado atrás las tierras llanas de Prao Maguillo. ¿Adónde lleva esta senda? Es lo que me voy preguntando sin dejarla porque ahora me pica la curiosidad. Y claro que lo descubro. En unos minutos más salgo a un raso. Es un collado en la misma loma que el collado de Chorrogil para Prao Maguillo pero bastante levantado hacia la morra de Chorrogil. Aquí la senda se desdibuja y como descubro que no baja para donde necesito, decido dejarla pero ahora ya tengo una idea. Esta senda va por aquí justo a Poyollano. Ahí hubo otro cortijo y más arriba, otro más y claro que ellos necesitaban comunicarse. Así que dejo el collado y la senda y monte a través, caigo buscando Prao Maguillo. En unos minutos vuelvo a encontrarme en el mismo collado que recorría unas horas antes. Me vuelvo por el mismo carril de tierra y cruzo otra vez el arroyo de la fuente del Tejo por el mismo puente de madera. Pero ahora me vengo para arriba, otra vez arroyo arriba sólo que en esta ocasión lo hago por el otro lado. Por el de la izquierda subiendo en contra de la corriente.

Por este lado, en un puntalete y algo levantado en la ladera del Romeral, hay un cortijo. Tengo necesidad de conocerlo ya que hoy estoy por aquí. No tardo en llegar a sus ruinas y lo recorro tan asombrado como siempre. Veo que este cortijo ahora lo están reconstruyendo como tantos por estos rincones pero también compruebo que fue un cortijo no solo grande sino bonito. Con un cuerpo de vivienda donde estaba la chimenea, dos habitaciones, la cámara y por detrás, un buen corral con su cuadra y todo. Pero busco la fuente de donde ellos cogían el agua y por el lado de la solana del Romeral, sólo encuentro tierras que fueron huertos en otros tiempos, algunas parras ya secas, romeros, muchas zarzas y sí, una alberca que sirvió para embalsar agua y con ella regar las tierras de los huertos. Por entre el monte encuentro un manantial que no me gusta mucho. Me hace creer que es un manantial sólo cuando las lluvias han sido abundantes y recientes.

Por detrás de este cortijo me paro y como. Es ya bien tarde y por eso decido comer en este tan bonito lugar. Y mientras como me recreo en la preciosa vista de las tierras de Prao Maguillo. ¡Qué rincón este tan bonito y con tanta agua y buenas tierras! En cuanto termino reanudo la marcha y ahora subo buscando una senda que sé, tuvo que existir. Desde estas tierras de Prao Maguillo ellos subían para el Prao de los Chopos y los otros cortijos por ahí, también por esta solana además de por el arroyo que he recorrido hace unas horas. Y es verdad. Unos metros más arriba de donde he estado comiendo, por la derecha mía me encuentro la senda. La tomo y durante un buen rato, subo por entre muchos romeros hasta que de pronto, en la hondonada que era huertos a la altura del cortijo donde he estado comiendo, me tropiezo con mucha juncia, juncos y barro. Enseguida veo una alberca de la que ellos tallaban en la tierra y por debajo de una roca, el manantial de agua. Tiene tubos de plástico por donde se llevan parte de esta agua a otros cortijos de Prao Maguillo. Pero la fuente mana mucha agua.
- Pasando el cortijo de Consuelo hay varias fuentes. La que mana por debajo de una roca y tiene una alberca de tierra se llama fuente del Tobazo. A este lado, donde hace vallejo, también nace otra fuente. Pero que la fuente más potente es la que nace bajo la roca que es la fuente del Tobazo.

Bebo y sigo. En unos minutos remonto un puntalete y ante mí, lo que esperaba: el cortijo del Romeral. El que se alza en la solana que se enfrente a la umbría de Tarquino y en un vallejo. Como desde el puntal lo veo con toda claridad y era esto lo que pretendía, no sigo. Durante unos minutos me dedico a observar el gran valle que acabo de recorrer, el que forma la hermosa cuenca del arroyo fuente del Tejo luego me doy media vuelta. Por la misma senda regreso dando ya por terminada la ruta que hoy he trazado por este rincón de la sierra. Me digo que la doy por terminada sin caer en la cuenta que precisamente este rincón de la sierra es el corazón mismo de toda la gran cuenca del grandioso Guarondo. Pero hoy doy por terminada la ruta sabiendo que me dejo en el tintero mucho que contar. En otro momento y día quizá añada algo nuevo.

Besando a la tierra

Donde los arroyos se juntan
en playas de arena
y dan sombras las encinas
de las ramas viejas,
se le vio aquella mañana
mirando a la tierra
y escribiendo con sus dedos
la dicha secreta
que le besaba con el viento
y la verde hierba.

Donde los arroyos se juntan

y la niña bella
mojaba sus manos en el agua
y sin darse cuenta
sembraba de cielo los campos
y de luz de estrellas
el tiempo que iba pasando,
ahí estaba y era
aroma o sueños de flores
en su exacta esencia.

Y era libre en la soledad
de la libre tierra
que le sostenía y daba el abrazo
que mudo consuela,
ahí donde los recuerdos
son carne con venas
del paraíso intuido
en la fina hierba
y en los sueños de la niña aurora
que es la belleza,
ahí donde los arroyos se juntan
en playas de arena,
se le vio aquella mañana
besando a la tierra.

El gran arroyo de las Aguascebas de la fuente del Tejo

El pequeño gran arroyo es como tendría que llamarlo y a lo largo de este breve capítulo intentaré dejar claro por qué. La cuenca de este arroyo tiene una figura parecida a la de un rectángulo algo irregular. Sus lados más largos discurren paralelos, no rectos por completo y se separan uno del otro, la distancia de unos dos kilómetros en línea recta. Los dos lados más cortos, no son tan parecidos. El lado de la parte alta, sí discurre casi recto desde las Morrillas del collado del Pocico hasta la cumbre de la morra de los Cerezos. Su distancia es de unos dos kilómetros y medio. El otro lado corto, por la parte de abajo, es donde el arroyo desemboca en el pantano en la forma del pezón de una vaca. Es normal porque las aguas de todos los arroyos de estas altas cumbres confluían en el valle que ahora ocupa el pantano. Este lado es un poco más corto que el de la parte alta.

La descripción de los límites de esta cuenca, más o menos exacto, sería como sigue: Arrancando por donde se encuentra el cortijo de Nofre, viejo molino de los tres por este lugar, y siguiendo en la dirección que avanzan las agujas de un reloj, subimos por el puntal de fuente Carme,

remontamos por la lomilla entre los Praos de Coca y la Fresnedilla, recorremos toda la cuerda del Caballo de la Cruz de Juan Nuñez, pasamos por el collado con este nombre y salimos a las Morrillas, por encima del collado del Pocico. En este punto terminaría el lado norte. Desde aquí, por lo alto de las hoyas de las Morrillas, salimos al collado raso de la Escalera, al poyo de los Robles y a lo más alto de la Morra de los Cerezos, punto donde termina el lado pequeño de la parte alta. Desde la morra de los Cerezos caemos al collado del Muerto, collado del Manantial del Tejo y toda la raspa adelante vamos hasta lo más alto de la morra de Chorrogil, punto donde termina el lado largo que da al sur. Desde la Morra de Chorrogil caemos al poyo del Tranco, donde hay un cortijo, seguimos cayendo hasta el collado de Prao Maguillo, al Robledo y juntamos con el pezón de la vaca, lado corto de la parte baja y por donde el arroyo se entrega a las aguas del pantano. Cuando éste no tiene agua, el valle perdido de Guarondo.

Nace este arroyo en varios puntos dispersos y hondos de estas sierras pero tres son los más importantes. El del manantial de la fuente del Tejo, que es de donde toma el nombre y que se encuentra por las laderas norte de la cumbre de la Morra de los Cerezos, pues por el verdadero collado del Muerto. En los mapas se recoge como Morrón de los Cerezos pero su nombre correcto es el primero que he escrito. Otro punto importante, distante y con buen caudal de agua es el que se encuentra por el raso de la Escalera. Un poco más abajo de este punto está el cortijo del raso de la Escalera y ahí mismo, algo elevado sobre la ladera y por donde va la vereda que posee la escalera, brota un buen venero. Ni siquiera en los años de mayor sequía deja de manar. Y el tercero de los tres puntos anunciados se sitúa por las ladera norte de la Morra de Chorrogil, arroyo de Chortales y al lado opuesto, aunque más bien en todo este grandioso barranco.

Estos tres son, creo, los manantiales más importantes que aportan agua al precioso arroyo que vamos a recorrer. Pero quiero aclarar que por el lado norte del raso de la Escalera, hay un quebrado paisajes, elevado ya por encima de los mil cuatrocientos metros, que es conocido por las Morrillas. Un conjunto de torcas, hoyas y llanuras donde se acumulan las nieves y las aguas de las lluvias. De este paisaje salen un par de arroyuelos a los que se le van sumando otros cauces menores según descienden hacia el protagonista de esta historia. Estos arroyuelos, por donde se asienta el cortijo de la majá de la Carrasca y, abajo, un par de cortijos más, como Vallejo de los Pinos, son también importantes y por eso con categoría de nacimiento del arroyo Aguascebas de la fuente del Tejo. Más conocido por los serranos y hermoso por el arroyo de Prao Maguillo. Pues de la reunión de las aguas que salen de estos manantiales más otro buen puñado de arroyuelos y fuentes copiosas por todas las laderas de la gran cuenca, se va formando el gran arroyo. El que es casi todo un río y lo digo con conocimiento de causa. Este cauce le aparto tanta o más agua al pantano de Aguascebas que el de Chorrogil. Sin quitarle categoría a ese también caudaloso río que nace en el

corazón mismo de las altiplanicies de Jabalcaballo.

El arroyo de la fuente del Tejo mana en una preciosa y honda cañada y al poco ya se despeña hacia a unos poyos o llanuras muy bonitas. Son las conocidas por la Huelga. En este punto hay un pequeño cortijillo al que se llega subiendo desde la Castañeta. Por debajo se presenta el mayor de todos los escalones rocosos que tiene que superar este cauce: el de la Huelga y ya cae a la llanura del Prao de los Chopos. Cuando pasa por aquí trae un buen caño de agua. Una vez atravesadas las llanuras de estos poyos de nuevo se precipita por otra preciosa cascada, Caída de Tarquino, y un poco más abajo se junta con el arroyo Chortales, cuando éste recién termina de despeñarse por otra también excelsa cascada: la Escalera de los Faustinos. Las dos cascadas de ambos arroyos son originadas por el escalón del poyo de Tarquino y cuando los dos cauces principales se funden, ya comienzan su recorrido por tierras llanas hasta que se deshacen en el embalse de Aguascebas. Pero por donde se forma el circo de la fusión de los cauces, por el lado izquierdo subiendo a contra corriente, se entrega al cauce principal un par de arroyuelos más. El que baja desde el raso de la Escalera, conocido con este nombre, el que viene desde las Morrillas, conocido con el nombre de Vallejo de los Pinos, reforzado ya por la suma de otros cauces menores y el que baja por la ladera sur del Caballo de la Cruz de Juan Nuñez, conocido por el arroyo del Romeral.

Por eso quería decir que este punto de las cascadas y la junta de los cauces es para mí el más hermoso, escabroso y boscoso de todo el recorrido del arroyo que traemos entre manos. En los meses del invierno y después de las lluvias, entrar por aquí y recorrer con calma la vieja vereda, es sumergirse en un mundo repleto de misterio, sombras, bosques y sobre todo, sonidos acuáticos. Uno queda envuelto en una grandiosa sinfonía de cascadas, chorros menores, chapoteos de charcos y borbotones fluyendo. Algo realmente único y cargado de belleza que hasta da miedo. Los sonidos del agua, en la Sierra, por aquí se concentran en las melodías y notas más delicadas que nunca oí en mi vida.

Pero lo que deseaba decir al proponerme el trabajo sobre la cuenca de este hermosísimo arroyo de la fuente del Tejo, se centra en el puñado de cortijo que los serranos de aquellos tiempos levantaron por el rincón. Veinte son los cortijos que yo tengo contados en total sin meter las ruinas de varias tapuelillas que ya casi han desaparecido de estos parajes y sólo algunos saben por dónde están. Para contar estos cortijos dividí la cuenca de este arroyo en dos tramos: el alto y el bajo. Las tierras que quedan por encima del circo donde se fraguan las cascadas y las juntas de los cauces y las que hay por el lado de abajo de estas cascadas hasta las mismas aguas del pantano de Aguascebas. También podría distinguirlas como la parte torrencial de los arroyos de cabecera y la parte remansada del arroyo principal.

Pues en esas tierras altas o parte torrencial, situado sobre la Morra de Chorrogil y en el sentido de las agujas del reloj, se ven los siguientes cortijos: el del Romeral justo en la mitad de la ladera del Caballo de Cruz, en la misma solana que se enfrenta a la morra de Chorrogil y justo en la cañada por donde corre un caudaloso arroyo. Ahí mismo mana y algo más abajo se funde con el principal. Desde ahí y siguiendo la pista hacia el collado de la Cruz de Juan Nuñez, antes de coronar, tenemos un cortijillo precioso al borde mismo del camino. Como el de más abajo, ahora lo ocupan personas que no son de estas sierras. Sobre el mismo collado tenemos dos cortijos. El del pastor Silvestre y el de Adeladio. Nos venimos ahora para el lado del raso de la Escalera y encontramos el cortijo de la majá de la Carrascas y el del raso de la Escalera. Los dos están habitados por personas que nacieron y son de estas sierras. Dos pastores primos hermanos que se llaman Pablo, los dos.

Desde el raso de la Escalera nos venimos arroyo bajo y después de pasar por los pedazos de Lara nos encontramos con el que fue cortijo de la Castañeta, hoy acondicionado para turismo rural. No es exactamente un camping. Un poco más abajo todavía se ven las ruinas de lo que fue un humildes pero bello cortijo. Fue el de Eladio, padre de Paqui, la mujer de Pablo el pastor del raso de la Escalera. Por debajo de estas tapuelas tenemos el cortijo de Prao de los Chopos y siguiendo la pista para el collado, regresando sólo unos metros, tenemos otro cortijo más, el del Vallejo de los Pinos. Antes de cruzar el arroyo de la fuente del Tejo, por encima de un filo rocoso muy recio y quebrado está en precioso cortijo de la Huelga. Está habitado por personas venidas de fuera. Cruzando el arroyo de la fuente del Tejo, siguiendo la pista que baja desde el collado de la Cruz, al final de ésta y al borde mismo del poyo Tarquino, tenemos otro precioso cortijo, conocido por el de cortijo de Tarquino. Su dueño y constructor fue Eladio, el padre de Paqui. Hoy está ocupado por los que han venido de fuera. Hasta lo tienen decorado con coches sin ruedas, podridas las chapas y llenos de extraño letreros, para recordar que ellos aman la virginidad de la naturaleza.

Desde este cortijo de Tarquino, bonito donde los haya y asentando sobre el lomo de una también bonita lancha, si nos vamos arroyo arriba siguiendo la senda que remonta por la escalera de Faustino, la que los serranos conocen por la Escalera Romana, al remontar, encontramos otro cortijo. Está casi en ruinas pero ahora andan reconstruyéndolo. Lo han comprado unos que viven en el cortijo de la Cebadilla Alta y se quiere venir a vivir a este lugar. Complicado tienen el acceso pero creo que se llega mejor que al de la Cebadilla Alta. Se asienta donde se extiende un bonito prado y mucha agua y por eso se le conoce por el cortijo de los Chortales. En el diccionario Ubedí se recoge esta palabra y hace referencia a lugar enchortalado, sitio donde hay mucha agua, lugar encharcado. Y ciertamente aquí nacen varios veneros que son los que alimentan al precioso arroyo de Tarquino.

Al final de este arroyo de la fuente del tejo o al comienzo, según se mire, tenemos dos preciosos cortijos más. Son los de la fuente del Tejo para así hacer honor al manantial que da nombre al arroyo. Todos estos son los cortijos que aquellos serranos levantaron por la parta alta del arroyo que andamos descubriendo. En total a mí me salen trece cortijos, de los cuales sólo tres están habitados por pastores que clavan y hunden sus raíces en lo más hondo de estas sierras. Los otros, o están ocupados por personas que no son de aquí, se han caído o se están cayendo. Así que me sigo diciendo lo mismo que el día que describir esta realidad: este arroyo de la fuente del Tejo fue todo un paraíso repleto de vida y actividad humana. Pero continúo porque todavía me queda hasta completar.

Decía que la parte de abajo, por debajo del circo donde se juntan las aguas y ya son casi remanso, es la más rica y emocionante. Seguimos situados en el mismo punto y con el mismo recorrido que hicimos antes, en el sentido de las agujas del reloj, comenzamos por la parte de abajo y al lado izquierdo del arroyo remontando contra corriente. El primer cortijo que tenemos por ese lado ya está muy cerca de las aguas del pantano. Fue un molino y por eso se le conoce con el nombre de Nofre. Está ocupado por unas familias no serrana. Unos doscientos metros más arriba y siguiendo el surco del arroyo, se encuentra el cortijo conocido por la lancha de los Huertos. Los vecinos de por aquí siempre dicen que ahí vive Daniel.

Siguiendo el surco del arroyo, salimos al corazón del paraíso que estamos describiendo: los Praos de Maguillo. Una amplísima llanura de tierra muy fértil que estuvo muy sembrada en aquellos tiempos y por eso se pobló de cortijos. Casi en estas mismas llanuras tres son los cortijos que aquí levantaron los serranos. El de Prao Maguillo, justo al borde mismo de la pista de tierra que por ahí han trazado y donde hoy no vive nadie, otro un poco más arriba y por debajo de los Praos de Coca. Muy grande, bonito y en construcción porque alguien se quiere venir a vivir a él y el tercero, donde el arroyo deja de tener tierras llanas y comienza la ladera hacia el cortijo del Romeral. También fue este un gran cortijo, con su cuadra, varios cuerpos de vivienda, cámara, corral para encerrar ovejas, hornos para cocer pan y pilar en la fuente para que bebieran los animales y lavaran las mujeres.

Siguiendo la pista de tierra que desde este precioso Prao de Maguillo busca la carretera con asfalto, tenemos un nuevo cortijo justo por donde construyeron el cementerio que no llegó a inaugurarse. Es la majá del Carnero. Y digo nuevo porque lo han levantado en obra de piedra, no hace mucho. Cerca y por la solana, están los Praos de Coca. Por ahí brota una copiosa fuente que no se seca nunca y se levantan dos cortijos más. Los dos lo ocupan personas no de estas sierras y alguno, hasta queda cerrado con cerca de alambres y cancela de hierro. Más arriba, sobre una llanura y ya casi al final de la grandiosa nava del Rico, tenemos las ruinas de lo que fue un fabuloso cortijo. Se le sigue conociendo por el de la fuente del Pino. ¡Qué

nombre más bonito! Muy cerca sigue manando la fuente que también tiene el mismo nombre que el cortijo. Le pusieron unos tornajos para que bebieran las ovejas y ni siquiera en los años secos dejó de echar agua fresca y cristalina. Ya en este lado del arroyo no hay más cortijos pero sí una preciosa fuente que por debajo de una roca, brota justo en la vereda que va desde los Praos de Coca hacia el cortijo del Romeral. ¡Cuánta agua mana por la cuenca de este gran arroyo de la fuente del Tejo!

Por el otro lado del arroyo, el que pega a la morra de Chorrogil, tenemos dos preciosos cortijos y un tercero que sobre el collado de Prao Maguillo, ya se asienta en la vertiente de Chorrogil, Aguascebas Chico. El primero de ellos queda remontado sobre un morrete frente mismo de los Praos de Maguillo y antes de coronar el collado. Es un cortijo grande que ahora anda ocupado por familias de fuera. Y por último, arriba y antes de coronar la morra de Chorrogil, se alza el cortijo del Tranco, aunque creo que su nombre serrano es otro. Sobre un poyo muy bonito y donde la hierba crece con su mejor belleza. Dos cortijos más hubo por ahí. Si las cuentas no me fallan, por esta parte de abajo y tramo final del arroyo fuente del Tejo, tenemos otros catorce cortijos sin contar el de Poyollano que ya queda por encima de Chorrogil y en la vertiente de este arroyo y otro más que le dicen el Tranco, donde vive un joven alemán. Lo conozco por haberlo recogido alguna vez en la carretera. Había caído una buena nevada y se bajó con sus amigos por el arroyo del Torno.

Y ya concluyo diciendo que ¿para qué todo este trabajo por las tierras y cuenca del bonito arroyo de Prao Maguillo? Pues simplemente porque tenía necesidad de ordenarme a mismo y explicarme la tierra que piso y amo. Al descubrir lo que por aquí he descubierto, me fui sorprendiendo la cantidad de cortijos que por el lugar levantaron los serranos, cada uno en su buen rodal de tierra, cerca de un manantial de aguas claras y con sus veredas para comunicarse entre sí. El rincón de Prao Maguillo, también conocido por la pasá del Maguillo, de majá de Maguillo nada, fue todo un mundo, repleto de cortijos, humanos, tierras cultivadas y rebaños de animales. Por eso decía al principio que este arroyo de la fuente del Tejo, siendo pequeño en extensión, es grande en presencia humana y calidad de tierra como pocos otros en estas sierras como también sin ser demasiado largo baja con un caudal muy respetable. Los cortijos de la parte remansada todos son grandes. Casi un pequeño palacio donde vivía más de una familia, con buenos rebaños de animales y el abundante fruto de las cosechas recogidas a la tierra. Por todo lo dicho hasta aquí, es por lo que ahora me pregunto con más fuerza que otras veces: ¿Qué ocurrió en este mundo serrano para que se marcharan tantos como aquí vivían y dejaran, sin sentido, todo un verdadero paraíso? ¿Salió ganando la naturaleza o perdiendo de una forma irreversible? El que se fueran ellos y se abrieran las puertas para que llegaran los que llegan ¿es mejor para la Sierra? ¿En qué se salió ganando o en qué se perdió y para siempre? Yo creo que se salió perdiendo en mucho y en algo que nunca

podrá ser comprado ni con todo el oro del Planeta tierra. Se exterminó la raza, cultura y señas de identidad de una región que es única en el mundo. Y esto, creo yo, es un valor por encima de todos los otros valores.

58- Chorrogil, la Morra, llanuras de Jabalcaballo, nacimiento del Aguascebas Chico, peña Corva

Ruta a la cumbre y llanura de la luz
Distancia aproximada: 8 k.
Desnivel aproximado : 400 m.
Tiempo aproximado : 6 h. andando.
Camino: vieja vereda muy borrada y sin ella.

Al pasar el muro del pantano y terminar de remontar, nos encajamos en el collado de la Garacha. Por la izquierda, se desvía una pista de tierra. En su comienzo la Junta de Andalucía puso uno de esos paneles que hace años colocó por muchos puntos de estas sierras. En él se puede leer: "Sendero Embalse de Aguascebas. Longitud, 5,5 kilómetros, tiempo aproximado, 1, 30 minutos, dificultad, baja, tipo de trazado, lineal". En el mapa o croquis para ilustrar el recorrido pintan una línea que rodea al pantano por el lado de arriba y no es recta sino con muchas curvas. Sinuosa a lo largo de todo su recorrido, como es el camino en realidad y con recodos muy cerrados. Indican el punto donde "usted está aquí" y los nombres que se recogen en este plano son: "collado Caracho, cañada del Avellano y carretera a la Fresnedilla".

Digo que el nombre del collado es Caracho se refiere a la sarna en los países sudamericanos. Por aquí lo tiene un cortijo que hay un poco antes de llegar a este collado cuando se va desde Mogón. La cañada del Avellano se encuentra en todo lo alto de las llanuras de Jabalcaballo, bastante retirado del recorrido que lleva el sendero que pretenden anunciar. El cauce que por ahí le entra al pantano ya es el de Chorrogil, el Aguascebas Chico. Pero en fin, estas cosas suceden y uno se dice que a quién se le protesta.
- ¿Y por qué le dicen los Carachos?
- Pues eso es como a los que le dicen los Mereros. Los que hacen miera de las cepas de los enebros. Antiguamente hacían miera en estas sierras y se dedicaban a ese oficio.
- ¿Eso esta claro pero Carachos?
- Se conoce que eran más burros que un pesebre y por eso se les decía ese nombre. Cuentan que una vez fueron a la feria de un pueblo y el abuelo le dice a otro: "Ven para acá veras que pollineja he comprado y la tengo aquí encerrá". Le mete allí y luego era una vaca brava que tenía encerrada. Y así que entró, le cerró la puerta y se quedó dentro. Se "engarranchaba" por las paredes y se subió a lo alto de los palos y así se pudo salvar. Por cosas parecidas a estas le dirán los Carachos. ¿Entiendes?

- Ya entiendo algo.

Según en qué época, será más fácil pasar por esta pista de tierra o más difícil por el barro y los surcos que dejan los coches grandes. Este es el carril que habilitaron para dar comunicación a la sierra cuando recrecían el muro del pantano puesto que por ese punto, la carretera se quedó cortada por las obras. De todos modos, siguiéndola, se llega hasta un morrete con vistas al río que le entra al pantano por el lado de arriba. Se termina aquí la pista y lo que sigue es una medio senda que cae hasta el surco del cauce.

Un humilde puente ayuda para cruzar la corriente y antes, por la derecha y siguiendo el río que llega pero en dirección contraria, si remontamos un poco, por senda bastante mala, salimos al chorreón de las preciosas cascadas. Son conocidas por Chorrogil y ciertamente que agradan por su altura, la limpieza de sus aguas y la perfecta belleza que dibujan según caen. Unos amplios charcos las recogen en la base de la roca que ha servido de trampolín y ya desde aquí, las aguas siguen saltando por una pronunciada pendiente hasta el puente que vamos recorriendo.

Desde este punto, enseguida se remansan por unas tierras que fueron huelgas en otros tiempos y luego, se vuelve a precipitar por los trancos que las rocas, una bonita cerrada antes del pantano, le presentan. Dibujan preciosos abanicos y arco iris y donde se rompen, los charcos aparecen otra vez profundos y cristalinos pero ahora, como tazas tallados en las puras rocas. Unos metros más abajo ya se hacen pantano justo por donde todavía puede verse, cuando bajan las aguas de este pantano, las ruinas de uno de los molinos de harina que hubo por aquí. Fue antes de la construcción del pantano y por eso luego quedó sepultado.

La senda, después de cruzar el puente, sigue agarrada a una pronunciada ladera y remonta hasta un collado muy bonito. Desde este punto, se presentan dos opciones: seguir al frente e ir a parar a los distintos cortijos que por estos rincones han rehabilitado, la pasá del Maguillo, lancha de los Huertos, Praos de Coca o venirnos para la derecha y remontar por el viejo camino que sube a la Morra y desde ella, a las llanuras de Jabalcaballo. Si seguimos al frente trazaremos el recorrido que al principio decía anunciaban en el panel que pretende dar información de esta ruta. Al terminar de cruzar la pasá del Maguillo, un precioso y amplio paraje que sí debería estar incluido en el panel de información, ya enganchamos con la ruta que llamo fuente Carme, pasá del Maguillo.

Nos venimos por la derecha, senda ya muy borrado y casi parejo con las mil veredillas que los animales han ido trazando. Remonta a lo más alto del escalón que da lugar a la cascada de Chorrogil, se viene por su borde durante un tramo. Este rincón tiene un nombre muy bonito y ciertamente que le cae de perlas: es Poyollano. “Pollano” le llamaban aquellos viejos serranos.

Buenas tierras son estas para la hierba que comen las ovejas y también para las setas de cardo. Se crían muchas y de excelente calidad. Luego gira para la izquierda porque tiene que elevarse hacia las llanuras que se extienden por encima del escalón y llegar hasta el cortijo que, mirando al río y al sol de la tarde, se ha desmoronado casi al borde mismo de la cascada pero algo más arriba de donde esta empieza a caer. Cortijo de Facundo es como se llamaba lo poco que ahora queda por allí.

Pero el camino se nos ha venido para el lado izquierdo porque pretende entrarle a la morra de poyo Herrero, pico que alcanza los 1572 metros, por la vertiente del arroyo de la fuente del Tejo. No lo describo con detalle, porque esta vieja senda de aquellos tiempos, aunque existe y se puede recorrer cómodamente, ya se ha borrado mucho. Digo sólo que va por aquí para que se sepa pero lo mejor, si fuera posible, es guiarse de alguien que la conozca y preguntar a los pastores, si los encontramos.

Traza esta senda varias curvas según remonta, se asoma al borde de algunos voladeros y en cuanto corona, un gran respiro. Las tierras llanas de la cumbre, nos acogen generosas y por ellas, en primavera, crecen las setas de cardo. Son estas setas de las más exquisitas que se puedan comer.

Desde este punto, ya no remonta más sino que se deja caer por entre una larga ladera de muchas rocas calizas y muchos enebros y descansa sobre las tierras llanas de la gran llanura de Jabalcaballo. Una gran extensión de tierra que se ensancha justo donde se fragua el corazón del río Aguascebas Chico. Por eso, y bien repartido por toda la llanura, aquí brotan varios manantiales y de ellos van naciendo los arroyuelos.

Por las riberas del más grande, crecen avellanos y donde mana la fuente mayor, todavía se alza una casa. Fuente de la Berraza es como se llama y la cañada donde crecen los avellanos, pues toma el nombre de estos árboles. Arroyo del Avellano que desde peña Corva comienza a cruzar la gran llanura de Jabalcaballo para irse hacia el surco del río que alimenta al pantano de Aguascebas. Y claro que queda muy lejos del recorrido que anuncia en el panel clavado al comienzo de la pista de esta ruta. el cortijo atrás anunciado lo ocupan los pastores que en verano dan pastos a sus ovejas por la tierra. Ellos entran y salen hacia los puntos donde tienen sus casas y familia, por la pista que llega desde el arroyo de Gil Cobo y por la senda que viene desde el lado del puerto de las Palomas, Cazorla.

Y claro que sólo en recorrer la llanura, remontar a peña Corva y descubrir algunos de los veneros que por aquí surgen, se nos va un puñado de horas. Pero digo yo aquí que merece la pena por lo bonito que es todo. Peña Corva, asombra por su figura única en todas estas sierras y por la altura que tiene. Se puede remontar sin dificulta alguna y se puede recorrer por todo lo alto con toda comodidad.

La vuelta de esta ruta, nosotros la hicimos siguiendo todo el cauce del río que desde la llanura arranca y aunque no existe ninguna senda por este trozo de sierra, es verdad que la belleza del paisaje es de lo más emocionante. Salimos al cortijo que mira a la cascada de Chorrogil antes de que esta se despeña y en el venero cristalino que todavía surge por el tronco del árbol, bebimos. Desde esas ruinas, es fácil descender hasta los primeros tramos de la senda que llevábamos cuando comenzamos la ruta.
- En ese cortijo vivía una mujer que le decían la Justa la Fumaora. En la misma morra, volcando para abajo, unos pedazos que hay allí. También le decían Justa la de la morra y esto era porque vivía en la misma morra. Aquella mujer fumaba y aquello no hacía una sesión que pa qué, porque en aquellos tiempos ver a una mujer fumar era un asombro. No es como hoy que fuman ya todas. En todas las sierras estas no hay otra mujer que fumara nada más que la Justa y otra que vivía en el cortijo del collado del Lobo.

Se llama Juana ella y todavía vive. Esa tenía sus chisques como los hombres s fumaba mucho. El marido murió y ella aun vive y ya tiene más de noventa años. En Villacarrillo vive. Conforme subimos así, a mano derecha, para los pisos de las Malvinas.
- ¿Cómo me has dicho que se llama?
- Juana la del Barco. Pues creo que todavía sigue fumando tabaco de este verde más que cualquier hombre.

Cortijos por la altiplanicie de Jabalcaballo y algunos nombres de los vecinos que los habitaron

Muchos de aquellos cortijos, donde vivieron nobles familias que trabajaban la tierra, hoy ya se han perdido para siempre. Fueron expropiados o vendidos por los mismos serranos. Los que ya se hundieron o hundieron para siempre, sólo queda de ellos montones de piedras y poco más. Otros siguen en pie y hasta ocupados por los que ahora vienen a estos montes buscando un placer que no tienen en otras partes del mundo. Para que la memoria de ellos no se borre tanto ni se pierdan del todo sus cortijos, mencionaré algunos en este capítulo.

Casi doce cortijos había en estas llanuras de Jabalcaballo. No cuento los que volcaban para el lado del Guadalquivir por Coto Ríos ni los que desde la morra de Chorrogil, se derraman hacia este lado de la Sierra de las Villas. Empezamos por el cortijo del Hoyo, el vecino que vivía en este cortijo se llamaba Eusebio, de apodo le decían “Los Trompas”, todavía viven algunos de sus hijos. Fidel se llama uno de estos hijos y José otro. Se encuentra este cortijo por debajo del cortijo de los Palancares, en la misma vega del río y donde éste ya empieza a meterse por la cerrada de la morra. Cortijo de los Palancares, donde había tres vecinos: Amando y sus dos hijos, Ciriaco y

José, otro de los que había se llamaba Cecilio, que ahora vive en el poblado. Se encuentra este cortijo en uno de los ramales primeros del arroyo o río Chorrogil. Justo al volcar del collado de los Palancares, remontado sobre un puntal y mirando al precioso valle por donde las tierras se van derramando hacia el cauce principal. Son tierras de muy buena calidad las que desde este cortijo para abajo hay y tienen mucha agua. Un auténtico paraíso ahora sólo tomado por algunas vacas, la soledad de la honda sierra y el silencio.

En el cortijo del Pardal había uno que se llamaba Tiburcio y otro que se llamaba Andrés. “Los Pedrolinos”, que le decían. Este cortijo todavía existe y ahora está habitado por alguna familia extranjera que hasta tiene ovejas negras de una raza que no son las de estas sierras. Sé encuentra esta vivienda en la cara que el monte del Parda presenta al sol de la mañana. Sobre una leve hondonada y donde mana un venero. Es un rincón delicioso, con mucha hierba en los meses de la primavera. Por debajo del Pardal había otro cortijo a cuyo vecino lo conocían por José el “Zurullo”. El cortijo del barranco del Corzo se encuentra, ya en ruinas total, en un arroyo y hondonada que hay por encima del cortijo del los Palancares. Es un arroyo que desde este mismo lado de sol de la tarde, le entra al cauce mayor. Baja este arroyo del mismo corazón de los Palancares, los montes y picachos que coronan. Su cuenca está algo más cerrada que la del arroyo de los Palancares pero también tiene mucha agua y tierra de gran calidad. Crecen todavía por el rincón, muchos álamos, cerezos y granados. Las aguas ahora empantanan las tierras que junto al arroyo sembraban ellos.

El cortijo del Segaor, ya queda enfrente casi total al cortijo de los Palancares y por eso, en la otra margen del cauce principal. Es un arroyuelo que baja paralelo a la loma del Pez del Trigo, gemelo de otro que baja por los pies mismos de esta loma. Son dos arroyuelos casi con la misma característica pero donde se encuentra el cortijo del Segaor, es de mayor entidad. Justo arriba, casi donde ya va apareciendo el collado que divide las aguas hacia la cañá del Avellano y para el barranco del los Palancares, es donde se encuentra este cortijo. También está por completo derribado aunque todavía mantiene sus paredes en pie, algunos trozos de tejado y muchos álamos clavados en la misma puerta. Aquí mismo mana un precioso y caudaloso manantial que era el que daba agua suficiente para regar todas las tierras de la vega de este arroyo, que propiamente nace en este punto, y las que va cayendo hacia el cauce mayor. Todas las laderas de estos montes las despoblaron ellos y las sembraban con cereales, árboles frutales y garbanzos. Los cerezos, ciruelos, parras y ciruelos todavía crecen clavados en su misma tierra pero ahora ya mucho de ellos casi podridos de tantos años como tienen y otros, secos porque nadie los riega.

Por collado de la Carrasca que le decían lo de la Mariquilla, aun se ven las tapuelas de otro cortijo mucho menos importante. Cuando uno se encuentra en lo más alto del cerro Pardal, al mirar hacia el barranco del

Corzo, en este mismo cerro del Pardal y sobre una loma menor, se ven las ruinas de este cortijo. Desde luego que ya lo construyeron casi en lo más alto pero ellos tenían que construirlos donde hubiera un puñado de tierra que se pudiera cultivar y la tierra ofreciera algún venero. El cortijo de los Parras, donde vivía un vecino que le llamaban José "Tarabeta", otro Felipe y Tiburcio, se encuentra por encima del que antes nombrábamos con el nombre de Segaor. Ya casi en el mismo collado que divide las aguas para el Avellano y el Palancar. Propiamente por aquí no hay collado porque las tierras son casi llanas pero a pesar de ello es un collado porque tiene dos vertientes.

Más abajo vivían unos vecinos que se llamaban Andrés Parra y Luciano, que era su padre. Algo más abajo el que vivía por allí se llamaba Francisco y todos los conocían por Quico, Régulo, Ángel Segovia y un hijo de Régulo se llamaba Gil. Más para abajo estaba el cortijo de la fuente de la Arena, la Berraza, en la Berraza había tres cortijos, el cortijo de la cañá del Avellano, de Abajo y de Arriba. Dos cortijadas había por aquí. En la cañá de Arriba había uno que le llamaban Andrés, Eladio, abuelo del padre de Paqui, la mujer del pastor Pablo del cortijo raso de la Escalera. Otro de aquellos vecinos se llamaba Salvador. En la cañá de Abajo había uno que se llamaba Ginés, Demetrio, Felipe y le decían los Alejos. Un hermano suyo se llamaba Eladio. Más para arriba había un vecino que se llamaba Domingo Adán y otro Joseillo "Picota". La mujer de Domingo Adán se llamaba Basilia y tenía una hija que se llamaba Cristina. Esta mujer murió joven y parece que fue de algo relacionado con un parto. No tenía nada más que una hija.

59- Muro del pantano Aguascebas, tapuela de las Rambillas, cascada de la Osera, en el río Aguascebas Chico

Distancia aproximada: 2,5 k.
Desnivel aproximado : 200 m.
Tiempo aproximado : 1,5 h. Andando.
Camino: pistas de tierra y senda algo perdida.

Esta ruta la hice el día 30-12- 99. La noche anterior se lo había pasado toda ella lloviendo y lo mismo un par de día antes. Por esto, cuando este día pisé la sierra, los arroyos bajaban todos repletos, las fuentes brotaban con toda su capacidad y las cascadas eran fabulosas. El pantano del Aguascebas ya estaba casi lleno aunque todavía no soltaban agua para dar de beber a los pueblos de la Loma de Úbeda pero sí la cascada de la Osera, la que también llaman el Chorro como el Chorro de las Cebadillas, el de la Palomera y tantos otros en estas sierras, caía casi a tope. Estuve en ella en la tarde del día arriba dicho y fue un gozo de los más completos. El día se había presentando

con el cielo despejado de nubes, todo azul y sólo cayendo la tarde, se nubló un poco por las cumbres más altas de la sierra. Por el Calar de Juana y el Cabañas, partes altas de la Sierra de Cazorla, había nevado la noche anterior.

Por detrás de la casa de los guardas que ahora se encargan de la vigilancia de este pantano, se abren las canteras de donde sacaron las piedras para la construcción del muro. La pista de tierra arranca desde la misma puerta de estas casas, pasa por delante de las canteras y se asoma a un puntal. Aquí mismo existe como un rellano que sirve de mirador hacia el muro del pantano y el barranco por donde el río tiene horadado su enorme surco. La pista sigue y por ella me voy yo. Enseguida vuelca a un hondo barranco y cae vertiginosamente. Cuando llega al arroyo de este barranco, se gira, traza una cerrada curva y unos metros más abajo, se divide en dos. En realidad lo que sucede es que justo aquí mismo es por donde va la tubería que sale del pantano y, recorriendo la quebrada umbría que cae desde el macizo de los Vílchetes y enfrentada a la solana de la Osera, lleva las aguas hasta la estación potabilizadora de la fuente del Roble. Una obra de ingeniería y titánica por las muchas y robustas paredes rocosas que tuvieron que horadar para meter este tubo. Recorre esta largísima umbría, casi cuatro kilómetros y va siempre por el mismo nivel porque el agua que sale del pantano no la empuja ningún motor. Por su propio pie llega hasta fuente del Roble, baja luego al gran valle del Guadalquivir y sube hasta lo más alto de la Loma de Úbeda, cerca del pueblo de Villacarrillo.

Pues cuando se divide la pista que recorro, lo que hace es que cada ramal se va a cada una de las dos entradas de uno de los muchos pequeños túneles. Sigo por el ramal de la derecha y en unos segundos estoy en la segunda de las entradas que decía atrás. En este punto parece que muere esta pista pero lo que hace es que se va por encima mismo de la tubería con la que se ha encontrado. El gran tubo va metido bajo tierra y por arriba le dejaron echa una especia de pista para poder andar y transportar materiales en caso de necesidad. Me voy por este buen camino y mientras me alejo del arroyo por la ladera de enfrente, no dejo de observar las ruinas del viejo cortijillo sobre unos puntales antes de las riberas del río. Creo que este fue el cortijo del Sordo y las riberas estas ellos las conocían por el nombre de las Ramblillas. Ya no vive nadie en este cortijo pero en otros tiempos, sí y sembraban también las tierras llanas que el río presenta a su paso por este paraje. Una buena extensión de llanuras a un lado y otro donde todavía se ven algunos de los árboles que por aquí sembraron aquellas personas. Donde ellos criaban hortalizas y otras cosechas ahora sólo descubro mucha hierba, espesas matas de mejorana y algunos pinos. Pero las tierras de las dos riberas del río son preciosas en el centro de este profundo cañón. Las ruinas del cortijillo dan testimonio de aquellas presencias. Se encuentra sólo unos doscientos metros por debajo del muro del pantano. La “cerrá” que presenta por aquí el surco del río también es conocida, en la memoria de los

serranos que no en los libros ni en el conocimientos de los turistas, como Cerrá de Maríaseñor.

Paralelo al surco del río que baja, sigue el trazado de este tubo y por ahí camino yo. Varios pinos secos se han caído y han quedado tendidos de un lado a otro del camino. Lo cortan por completo pero se puede pasar. Son ya las tres de la tarde y por eso el sol se encuentra muy caído. Toda esta umbría la tengo ya en sombra y por eso, al mirar para arriba, me sorprenden los rayos del sol entrando por entre la bruma y las copas de los pinos por algunas partes de este hondo barranco. A unos cien metros me tropiezo con otra de las casetas que sirve de entrada a un nuevo túnel. El terreno es rocoso, un fuerte y recio espigón rocoso y por eso tuvieron que hacer el túnel para meter el tubo y que el agua siguiera corriendo siempre por su pie. Este collado es conocido en la sierra con el nombre de collado del Aguardientero. La V del Aguardientero porque visto desde el otro lado, el camino que sube desde Mogón, su figura es una uve perfecta. El túnel va por debajo del collado y tiene una cancela de hierro que sólo se cierra con un cerrojo. Está abierta y se entra por ella bajando tres o cuatro escalones. Los recorro y al mirar descubro que por el otro extremo entra un buen chorro de luz. Esto me indica que las distancia entre esta entrada y la salida no es mucha. No tengo linterna pero me animo a irme por el túnel. El tubo queda encajado por el lado izquierdo del túnel y sobre unos pilares y por el lado derecho, queda un buen espacio por donde va una acera para poder andar sin problemas e incluso, hay un canalillo pequeño para que las aguas de las filtraciones se vayan por este canalillo y no cubran la acera.

Pues pegándome al tubo me pongo a recorrer la acera. La luz que entra por la otra puerta me anima a ello. Avanzo despacio porque cuando voy por la mitad ya no veo nada y poco a poco me encajo en la puerta que se me abría al frente. Nada más asomar la visión es de lo más espectacular. Un hondo barranco, por la derecha, por donde se ve el río bajando, un puntal de tierra llana y con mucha hierba antes del surco del río y más en lo hondo, el gran surco de este río. Por ahí se ve subir una pista de tierra que viene desde el mismo pueblo de Mogón. Por la parte de abajo de este puntal con su hierba, ya no hay bosque y sí muchos olivos. Los olivares que escalan laderas arriba y se encaraman hasta los mismos voladeros. Miro despacio y pienso haber qué me conviene más. Si continúo por el trazado de este tubo, en unos metros me voy a encontrar con otro túnel, este algo más largo y con su curva y todo, peculiaridad que impide pueda ver la luz que entra por la puerta al otro lado. No me conviene mucho por si acaso encontrara alguna dificultad que no puedo prever.

Por la derecha y ladera abajo hacia el puntal de la hierba, cae otro tubo también muy grueso. Es la nueva conducción del agua desde el pantano de Aguascebas hasta la potabilizadora de fuente del Roble. La antigua conducción, la que va por los túneles, hace unos años tubo problemas y en

lugar de arreglarla optaron por una nueva. Por esta ladera abajo metieron los tubos y luego suben por la ladera de enfrente hasta fuente del Roble. Hubo mucho revuelo cuando aquellas obras porque dañaban mucho al paraje que existe por aquí: la Osera. Pero lo que de verdad dañó fue a la vieja senda que remontaba por esta cuesta y pasaba por el collado de la Uve del Aguardientero. Era por esta vereda por donde salían y entraban las personas que ocupaban el valle de Guarondo para ir o venir al pueblo de Mogón. Esta senda, hasta tenía sus escaleras de madera hechas por los serranos para que las bestias al pasar no resbalaran y fueran a lo hondo del río. Estaba bien hechas, senda y escaleras y trazada por el sitio más corto aunque no el más fácil de andar. Los que más usaban esta vereda eran las personas que vivían en el cortijo de las Ramblillas. Sembraban ellos el trozo de tierra que hay sobre el collado de la Erilla del Aguardientero y para venir hasta este punto se metían por el portillo del Aguardientero y bajaban hasta las Erillas. Los pasos a muchos rincones de estas sierras nunca fueron fáciles. Estas obras rompieron para siempre aquella hermosísima y vieja vereda. Ahora, se puede bajar por ahí aunque teniendo un poco de cuidado y como me atrae llegar hasta el precioso puntal que estoy viendo por este lado, me arranco y comienzo a descender.

La inclinación es mucha y la tierra está muy suelta. Piso con cuidado para no resbalar y en unos minutos ya estoy en la parte más llana de esta especie de pista por donde también, enterrado, va un gran tubo. Ya sobre el puntal, durante un buen rato, me deleito observando el surco del río que se aleja, la pista que por él remonta hasta este mismo collado de la hierba verde, el cortijo de la Osera en la otra solana de enfrente y la grandiosa caída que el río tiene por esta derecha mía. Sé que a este escarpado punto y conjunto se le conoce con el nombre de El Aguardientero, la Erilla del Aguardientero, es donde estoy ahora mismo, Cenajo del Aguardientero, peña Rubia, que me corona por el lado de sol de la tarde y es por donde van los túneles, Peñón Negro, el Ranchal y Pino Bueno, que es un barranco y un cortijo ya pegado al río Aguascebas Chico. De ahí para abajo ya son olivos.

Observo despacio y descubro que si ahora mismo me dejara caer por la pista que arranca desde este collado y lado izquierdo, siguiéndola, iría a salir justo al pueblo de Mogón. Ya tengo una clave resuelta: desde el pantano de Aguascebas se puede ir andando hasta el pueblo de Mogón por una ruta bastante buena que desciende río abajo. ¿Cuánto se tardará? Me pregunto y sin dejar de mirar hago un cálculo. Desde el pantano de Aguascebas hasta el pueblo de Mogón, en línea recta no habrá más de seis kilómetros. Siguiendo la pista de tierra puede que lleguen a ocho o nueve. Por lo tanto en dos o tres horas se puede llegar desde este pantano al pueblo atrás mencionado. Un problema que no tenía resuelto por mí mismo y que ahora ya sí lo tengo algo más claro. Pero me queda otra clave por descifrar. ¿Desde el pantano se puede ir hasta la estación de fuente del Roble siguiendo el trazado de la tubería que conduce el agua?

Desde lo más alto del puntal miro para la umbría y según lo que estoy descubriendo y viendo, para mí me digo que sí. Se puede hacer esta ruta andando y creo que sin apenas dificultad. ¿Cuánto se tardará en recorrer esta distancia? En línea recta desde el pantano hasta la estación potabilizadora creo que no hay más de tres kilómetros. Siguiendo el trazado que recorre el tubo y aprovechando los túneles, la distancia puede ser de unos cinco a seis kilómetros. El tiempo en recorrer esta original y preciosa ruta puede ser entre una hora, hora y media o dos horas. Y este descubrimiento me gusta porque ciertamente que las dos rutas descubiertas son de una belleza sin igual en toda esta sierra. Creo que merecen la pena y por eso un día las haré.

Desde mi puntal atalaya de la hierba verde miro ahora para mi derecha y descubro la preciosa cascada que el río tiene por aquí. En lo más hondo del surco y justo donde la corriente tiene que despeñarse desde una altura de casi doscientos metros para seguir por su camino. Es preciosa y hondamente misteriosa. Me atrae y por eso, mientras voy encajando el rincón en el lugar que le corresponde, la tan sonada Osera del río Aguascebas Chico, comienzo a descender por la inclinada ladera que el collado presenta por este lado derecho. Se ve a simple vista que esta tierra fue de labor en otros tiempos. No tiene vegetación ninguna excepto algunas salpicadas y viejas matas de cornicabras y muchas plantas de mejorana. La clave está en la mejorana. Crece por aquí en abundancia porque fue tierra labrada y sembrada en otros tiempos. Una cornicabra es tan robusta que tiene el tronco igual que el de un árbol. Junto a ella hay un montón de piedras. Ellos limpiaban el terreno para poderlo labrar y sembrar mejor.

Según me voy acercando a la cascada, cada vez con más problemas porque la inclinación del terreno es mayor, descubro que ésta es de lo más bonito que me he encontrado en la “Sierra”. Me paro y le hago algunas fotos. Creo que no saldrán bonitas porque la luz del día no es la mejor. Como es umbría total, estoy en sombra, el cielo se ha nublado y ya es algo tarde. En invierno a las cuatro de la tarde, es muy tarde y más en una umbría como esta. Cuando ya estoy casi a los pies de la impresionante cascada, la vegetación se espesa, la ladera se inclina tanto que ya se convierte en pura torrentera y la veredilla que recorro, se pierde. Estoy cerca pero no lo suficiente como para poder sacar algunos primeros planos curiosos y bellos, que es lo que pretendo.

Siguiendo en surco de una arroyuelo, todavía bajo unos metros más desafiando la profundidad del barranco en lo hondo por donde corre el río y desafiando la maraña de zarzas, cornicabras y rocas que me van complicando el paso. Llego a un punto donde ya decido no seguir bajando. Dos pasos más sería ir al barranco y quedarme por aquí para siempre. Preparo la cámara, me acomodo lo mejor que puedo y apartando las ramas

de los pinos, los enebros y las cornicabras disparo unas cuantas veces. No me agrada del todo lo que estoy haciendo pero por eso de ser esta la preciosa caída de la Osera, el Chorro es como viene puesta en algunos mapas, no quiero irme de aquí sin llevarme conmigo alguna imagen que pueda conservar para recordar el lugar. Con el zoom de la máquina acerco los chorros de agua en la forma que más me convencen y después de agotar el carrete que tengo en uso, me pongo en movimiento para regresar. Pero todavía me quedo por aquí unos minutos.

La luz de la tarde me permite observar con mucho detalle la grandiosa ladera que tengo al frente, la espectacular caída que por esta cascada tiene el río y los enormes paredones rocosos que se clavan en al macizo montañoso que me mira desde el otro lado del río. Y sí, este es el paraje conocido por la Osera del río Aguascebas. Es un nombre que lo he oído millones de veces en la boca de muchas personas como dándose cierta importancia por tener entre sus experiencias el conocimiento de un paraje como este. Y ahora que lo descubro y lo gusto, me digo que no es para tanto. Ciertamente que el paraje es de lo más bello e impresionante pero todos los otros rincones que yo conozco de estas hondísimas y escabrosas sierras, no se quedan atrás en nada.

Con el ritmo de la tarde que cae, húmeda, nublosa y con sentimientos de Navidad porque en estos días se celebra, remonto el terreno poblado de mejorana, cornicabras y tupida hierba bañada de rocío. Desde el collado ya mencionado atrás, sigo remontando por el mismo recorrido que hice al bajar y cuando todavía no estoy ni a la mitad entre el collado de la hierba y las puertas que dan entrada a los túneles, siento el silbido de una cabra montés. Miro para lo alto y las veo. Son tres: un mancho no muy viejo, la hembra y su cría ya bien crecida. Me observan desde lo más alto de las rocas clavadas en el collado donde se hunde el primer túnel. Es justo el macizo del Aguardientero. Durante unos minutos me siguen observando y luego se van sin prisa para ocultarse en el espigón rocoso que tengo por encima y queda pegado al surco del río. Este espigón, ya lo he dicho, es la curiosa escultura del Aguardientero. Visto desde lo hondo del río, se parece mucho a una teta redonda con su pezón y todo. Quizá sea también parecido a una bota de vino y por eso le pusieron el nombre que ahora se le conoce.

Es un espigón muy quebrado, altísimo y terminando en forma de cono. En algún mapa este singular cucurucho viene escrito con el nombre de Garita de las Monteses. No estoy seguro que este nombre sea bueno porque dudo que pertenezca al mundo de los serranos. Aunque creo que tal Garita de las Monteses me corona ahora mismo por el lado del sol de la tarde. Pero cuando esta tarde descubro estas cabras monteses me digo que será casualidad pero las monteses están aquí. Y me extraña algo porque en toda la extensión que ocupa esta gran Sierra de la Villas, sólo por el barranco del Zarzalar me encontré un día la cornamenta de un macho montes y por las

cumbres de Pedro Miguel vi una tarde algunas cabras. En la vertiente que recorre la carretera asfaltada, sus grandes crestones, barrancos y cauces, ni una sola vez he visto cabras silvestres. Puede ser que como a las cabras monteses no les gusta mucho la presencia del ganado doméstico y por estas laderas sí hay muchas ovejas y doméstica, pues no se encuentre agusto por aquí. A partir de la raya de las cumbres hacia la vertiente a Coto Ríos, sí hay muchas y eso es normal. Todas aquellas vertientes están ya dentro del Coto Nacional y por eso hay menos rebaños de animales domésticos.

Pues en cuanto termino de llegar a la vereda por donde discurre el tubo de las aguas potables, me un poco para la derecha. Remonto a la segunda puerta del segundo túnel. Antes de entrar por ella miro para el lado de la fuente del Roble y ahora descubro con claridad y casi en toda su totalidad, el recorrido que hace el tubo por esta quebrada y complicadísima umbría. Me convenzo de la facilidad de su recorrido. Siguiendo el trazado que recorre el tubo y atravesando un par de túneles más, sin problema alguno llegaré hasta la potabilizadora de agua fuente del Roble. Por ese punto mismo pasa la carretera que va desde el pantano hacia Mogón. Y esto me dice que si algún día se presenta la oportunidad, me vendré siguiendo todo este recorrido del tubo, desde el pantano hasta fuente del Roble, donde me pueden recoger con el coche y así de este modo, trazaré otra bonita ruta por estas agrestes y bellísimas Sierras de las Villas.

Entro por la puerta del túnel, lo recorro, salgo a donde hace un rato dejaba este recorrido para bajar hasta el collado de la hierba y vuelvo a colarme por la segunda boca del primer túnel. En unos minutos estoy fuera por la puerta que da al barranco de la tapuela de las Ramblillas. Pero ahora me apetece volverme para atrás recorriendo la senda que atraviesa justo por el collado donde he visto las cabras monteses. Es un collado este punto pero ellos lo distinguen mejor por el nombre de portillo del Aguardientero y ciertamente que es más portillo que collado. Desde este punto no arranca ningún arroyo aunque sea divisoria de las aguas. El de la uve del Aguardientero. Es una senda que los serranos trazaron por aquí para entrar y salir del corazón de la sierra hacia el pueblo de Mogón. Todavía se conserva en buen estado y en cuanto estoy en todo lo alto del collado me paro. Yo veo a las monteses pero me da igual. Me siento y me pongo a comer porque ya la tarde está muy caída. Mientras saboreo un trozo de chorizo con pan y unas frutas el alma se me va llenando de la armonía que manan los paisajes y el viento frío de la tarde que cae. Es esta una ruta cortica, per cargada de sensaciones y paisajes hondos y limpios. Como son todos los rincones de estas sierras, sus aromas y la sensación de libertad que siempre transmiten.

Ayer llovió todo el día,
esta noche se ha quedado raso
y cuando hoy llega la vida
con su luz viene llenando

los campos de la tierra mía.
¡Qué empapado,
qué luz más fina y limpia
según el sol va avanzando
en esta mañana bonita!

Ayer llovió todo el día
hoy está por completo raso,
el sol radiante ilumina
la hierba que por los campos
llena de rocío se estira
como en un despertar mágico.

Para el alma que tanto ama
y que tanto viene soñando
¡qué luz la de esta mañana,
la última del año,
en estas horas calladas
de Dios y de amor, rebosando!

Tuve este sentimiento y visión camino de la gran sierra de las Villas, al desperezarse la mañana del día 30-12-99. Todo el día anterior había estado sin parar de llover y por eso amanecía el campo encharcado de agua y la hierba verde como recién nacida. El cielo estaba azul como un mar en calma y al viento ni se le notaba que estuviera.

60- Collado de Caracho, lancha del Montón, piedra Nativa

Balcón al barranco de la Osera
Distancia aproximada: 2,5 k.
Desnivel aproximado : 300 m.
Tiempo aproximado : 45 minutos andando.
Camino: vieja senda en buen estado.

Arrancando

Hice esta ruta en la tarde del lunes 28 de febrero, día de Andalucía y hacía un tiempo bueno. Nada de frío sino mas bien calor, estaba la tierra casi seca porque llevaba ya dos meses sin llover aunque la hierba estaba verde pero no había agua por ningún rincón. Según todos los indicios y lo que se oye de unos y otros, este año que ya anda por el segundo mes, va a ser de gran sequía y por eso, muy malo. Pero este día que venía anunciando, junto a la carretera, por la cueva del Gato, antes de llegar al cortijo de los Carachos, pastaban unas pocas ovejas del pastor del cortijo de la Escalera,

otras pocas pastaban por detrás de este mismo cortijo y el resto las tenía el padre, el pastor Juan, por la pasá de Maguillo, en el mismo cortijo de Maguillo que es suyo. El que también se le conoce por el cortijo de Pata Corta. En el cortijo de la Escalera me encontré con uno de sus hijos, tres de las hijas, un amigo y los dos hermanos pequeños. Le entregué las fotos que les había hecho hacía unos meses, les regalé un libro de animales, un mapa de la sierra de las Villas y luego, uno de sus hermanos me trajo con el coche hasta la cueva del Gato. Y claro que digo que esta cueva del Gato, al parecer muy sonada, es tan poca cosa que ni siquiera merece la pena llamarla cueva. Como este covacho, yo he visto muchos por numerosos rincones de estas sierras.

Algunos de los nombres por donde pasa la senda que recorre la ruta son: el nombre general que recoge a todo el conjunto de la gran solana se le conoce por la lancha del Montón. Recibe el nombre de un cortijo que hay cerca del cortijo Caracho pero más alzado sobre un morrete hacia los Palancares. El cerro que le corona, también se llama Cerro del Montón y alcanza los mil doscientos metros de alto. Se enfrente a la lancha del Montón, quedando separados, cerro y lancha, por la preciosa cañada de Prao Canalejas. Esta lancha del Montón forma parte del gran macizo de los Vílchetes aunque no estoy muy seguro que los Vílchetes sea un nombre que abarque tanto terreno pero en los mapas antiguos lo ponen de tal manera como si todo lo que por este macizo existe se recogieran bajo ese mismo nombre y creo que se equivocan. Cuando ya la senda remonta a un primer puntal, donde hay unas lanchillas y raso se llama la Cruz Colín. Algo más adelante se le conoce por la Pará del Vaco. Cuando pasaban por aquí con las ovejas o vacas, como está a la orilla del paso, las personas se paraban recogiéndolas por ese rincón y de ahí el nombre. Ya subiendo a lo alto, el primer collado se llama el raso de las Cuevecillas. Hay un filo rocoso con unas cuevecillas. Ya en lo alto está el Ahijaero, la Manguilla y piedra Nativa. La cueva de la cañá del Toril y la cueva del Remendao están las dos por esta cañada. Desde piedra Nativa, volcando para el Prao Canalejas pero no tan abajo.

Y tengo que decir que este trozo de senda que voy a describir pertenece a una de aquellas sendas antiguas que recorrían la sierra desde un extremo a otro. Esta de aquí era la que daba salida para el Pueblo de Mogón y bajaba desde la cumbre. En los mapas antiguos este era el nombre que le pusieron: “Camino de la Cumbre”. La cumbre era y sigue siendo lo más alto de la cordillera que baja desde el puerto de las Palomas hasta el muro del Embalse de Tranco. El punto por donde el Camino de la Cumbre llegaba a lo alto es por donde se encuentra el cortijo de los Palancares, el Pez del Trigo y más en lo alto total, piedras Rubias y el Pardal. Tenía este camino, cuando desde el collado de Caracho subía para los Palancares, un tranco bautizado con un nombre muy hermoso: El tranco del Acebo. Luego venía el barranco del Corzo, que también asusta pronunciarlo por la gran

dignidad que inspira y ya, los cortijos que por esa altas y bonitas tierras se asentaban.

Al llegar a este collado de Caracho, que como ya he dicho, lo serranos también lo conocían y conocen por la Mojonera por aquellos de pasar por aquí los términos de Santo Tomé y Villacarrillo, al viejo camino se la apartaban ramales para ambos lados. Por el arroyo de la Canaleja abajo se iba uno y se metía para los olivares del arroyo de Plaza, río Cañamares y un montón de cortijos que por ahí había y llegaba hasta Chilluévar y Santo Tomé. Para los molinos de Guarondo, lado del sol de la mañana, se iba otro ramal para llevar a lo más profundo del grandioso Valle de Guarondo y otros puntos. Por eso se iba dividiendo según avanzaba. Por ese rincón, los cortijos eran muchos. Y para la grandiosa lancha del Montón, piedra Nativa, y el cortijo de los Vílchetes, seguía la gran senda que bajaba desde la cumbre hasta el valle del Guadalquivir y el pueblo de Mogón. Es la que voy a recorrer esta tarde en uno de sus tramos más primorosos y también el más olvidado en estos tiempos, tantos por los amantes de la sierra, serranos y turistas.

La ruta

Viniendo por la carretera que atraviesa la sierra de las Villas y desde la cueva del Peinero dirección a Santo Tomé, al llegar al collado de Caracho y por la derecha, se aparta la senda. Justo en el mismo collado y por donde crece un viejo ejemplar de pino negro. A las cuatro y media de la tarde del día que antes dije, me pongo a recorrer la ruta que va desde el collado del Caracho, la Mojonera, porque justo por este punto pasa la linde de los términos, hasta piedra Nativa, cortijo de la Escalera, la Escalera y el cortijo de los Vílchetes. Ya dije en otro lugar que esta es una ruta que va por una de las viejas sendas que los serranos de aquellos tiempos usaban para salir y entrar de lo más hondo de la sierra hasta el pueblo de Mogón. Es la senda gemela a la que sube por la cuesta de Navazalto. En el centro queda la hermana menor que es la otra senda que salía por el mismo cañón que el río Aguascebas Chico, tajó y se le conoce por la vereda del Aguardientero.

Desde el mismo collado, paralela a la carretera pero elevándose para ganar altura, sale y va la senda. Creo que por la misma línea que recorre los términos de Villacarrillo y Santo Tomé. Se mete por entre una solana donde los romeros, las aulagas, tomillos, carrascas, enebros y estepas blancas se espesan tanto que si no fueron por la senda no se podría pasar por aquí. Los pinos carrascos y algunos negros, sobresalen de entre la vegetación y van dando un aire solemne a la ruta. Las aulagas y los romeros ya están florecidos. El color de sus flores, azul celeste de los romeros y naranja oro de las aulagas, contrastan con una policromía ciertamente curiosa y alegre. Su perfume es muy intenso y en el viento que la tarde pasea por estas laderas, transmiten una cierta melancolía. La senda se nota y va muy bien. Da tanto pasar, los serranos de aquellos tiempos con sus mulos y burros, en la tierra se fue formando como un surco tan hondo y peculiar que aun el tiempo no ha

podido deshacer. Las huellas de aquellas herraduras, burros, mulos y yeguas, aun son visibles en la tierra, las rocas y las raíces de los pinos. En la tierra en forma de surco por el hundimiento de tanto pisar. En las rocas en forma de arañazos y aristas pulidas. Y en las raíces de los pinos en forma de heridas en las cáscaras de estas raíces que con el tiempo fueron arrugándose y llenándose de nudos. Se recorre con bastante comodidad. Hay muchas abejas por esta solana libando el néctar de las flores que antes decía. Ninguna otra planta hay florecida por aquí a pesar de que la primavera parece que ahora mismo estuviera en todo su apogeo. No ha llovido desde los primeros días de enero y el sol calienta como en los meses de junio o Julio.

Me voy dando cuanta que si no fuera siguiendo la senda, sería imposible recorrer esta solana por la densidad de la vegetación. Las aulagas se tupen tanto y son tan altas que ir campo a través sería hacerse polvo. En cuanto remonta doscientos metros se allana un poco y llega a una ladera donde crecen muchas carrascas. Es una típica lancha. Al salir de esta lancha la vegetación se aclarea mucho. Sólo algunas carrascas de vez en cuando. Llega a una hondonada por donde baja un arroyuelo que ni tiene cauce ni agua. Es este arroyuelo justo el que sale a la carretera a la misma altura del cortijo de los Carachos. Poca cosa, ya he dicho que es pero lo suficiente como para ir recogiendo el agua que da alimento a la fuente y arroyo de la Canaleja. En realidad es uno de sus ramales de cabecera. Voy por la curva de nivel que recorre los mil ciento cincuenta metros y en todo lo alto me quedan picos con más de mil doscientos metros. Por mis espaldas se van quedando esos picos y al volcar, tenemos el gran barranco de la Osera pero todavía a la altura del portillo del Aguardientero o así.

Al salir del primer barranco, se encuentra con una loma y en lugar de meterse para el segundo barranco, se le ve mucho más complicado y ancho, remonta fuertemente para salvarlo por la parte alta. No le interesa a esta senda y a las personas que la recorrían, hundirse para la izquierda sino remontar para la derecha buscando el mejor punto para cruzar la cresta de esta lancha. Ellos sabían lo que se hacían cuando trazaban sendas por estas sierras. Así que la senda busca cruzar por un collado menor que este segundo barranco tiene en todo lo alto. Se torna casi llano al llegar arriba y aparece un precioso paisaje de rocas calizas y blancas. Es este el punto que bautizaron con el nombre de la Cruz de Colín. Ya he remontado la curva de nivel que va por los mil doscientos metros. Las rocas son como losas, un pequeño lapiaz con tierra negra donde crecen muchos gamonitos y la tierra es muy fértil. Buena tierra pero ahora mismo con sólo unas matillas de hierba y muy seco el terreno. Sólo sabinas y torviscos son las plantas que crecen por este collado y rasete. Me encuentro algunas piedras con forma muy redondeada y al verla me pregunto si lo de la Cruz de Colín puede ser de esta característica que veo en las piedras. Lo de Cruz tiene sentido porque aquí mismo se forma como una cruz en el terreno. Es un punto alto de donde

arrancan dos barrancos menores dejando una loma en el centro pero con figura plana. Llano y por eso le cabe el nombre de cruz. Lo de colín ¿será por la redondez que tienen algunas piedras?

El paisaje, a mis espaldas y a lo lejos, es espléndido. Corona la morra de Chorrogil, el Pardal y toda la cuenca por donde los arroyos vienen cayendo hacia el Embalse de Aguascebas. Una panorámica preciosa, profunda y amplia que sin pretenderlo parece como si le pusiera alas al alma para que ésta arranque vuelo. Hasta este punto de las rocas blancas y el sembrado de gamonito he tardado sólo treinta minutos. Se sube bien y con rapidez. En cuanto termino de recorrer el lapiaz, la senda empieza a llanear buscando el collado y cuando se encuentra en él, ya el nivel es casi por completo llano. Estoy por encima de los mil doscientos metros sin llegar a los mil trescientos. Ninguno de los puntos que me van coronando alcanza esta altura. Por las cumbres de esta gran lancha del Montón no existe ni un sólo punto que llegue a los mil trescientos metros, aunque a uno de ellos le falta sólo unos metros.

Antes del collado que da paso a la otra vertiente, una nava en forma de hoya menor por el lado derecho y la senda, en lugar de cruzarla por el centro, la rodean un poco por el lado de la izquierda. En este punto mismo se encuentra el paraje que ellos bautizaron con el nombre de la Pará del Vaco. Se paraban las ovejas y vacas para tomar un respiro cuando transitaban por esta vereda. Esta senda es vía pecuaria como también lo es la senda que sube por la cuesta de Navazalto. Esta vía pecuaria de la lancha del Montón, después del collado de Caracho, subía hasta las llanuras de Jabalcaballo y por peña Corva se tiraba para Coto Ríos. Ya está casi en desuso total pero su trazado sigue existiendo. La hoya se encuentra limpia de toda vegetación que no sea hierba y gamonitos. La tierra sigue siendo negra, de muy buena calidad y por eso creo que ellos la sembraban en otros tiempos. Por el lado del barranco de la Osera, la tierra de esta hoya menor, hasta se hunde un poco sobre una gran roca que le hace de muralla y pone punto y final a la hoya.

Desde la nava se va por una cañada muy suave, ya por la vertiente al barranco de la Osera y remonta buscando otro collado algo más elevado que el primero. En realidad el terreno no es tan brusco que en sólo unos metros pase de una vertiente a otra sino que como se allana, tarde bastante en cruzar estas partes altas. Por la izquierda, mientras voy remontando por esta dulce cañada, me va quedando como un filo de rocas que no llegan a la altura de cuatro metros. A este punto ellos lo tienen bautizado con el nombre de las Cuevecillas o raso de las Cuevecillas. Es preciso el rincón no sólo por el curioso filo de rocas sino por el terreno, los grandes pinos que por aquí se clavan en la tierra, la hierba verde y el paisaje tan dulce que esta cumbre presenta. Remonta ya a la vertiente del Aguascebas Chico. Lo hace por una loma con mucha hierba y ahora se pone recta hacia el sol de la tarde. Son las

cinco y cuarto. Así que he tardado cuarenta y cinco minutos en coronar desde el collado hasta esta cresta, por donde a la izquierda y algo más remontada, me queda piedra Nativa.

Por la derecha no se puede acercar mucho porque enseguida se encuentra con el filo rocoso que cae hacia el barranco de la Osera. No es este todavía el balcón más ideal para gozarlo con todo su esplendor. Por la izquierda un puro lapiaz de rocas blancas pero todas suelta que se me vienen encima desde el punto donde se desmorona piedra Nativa. Por aquí mismo mana una gotica de agua. La tierra está húmeda y para que la senda no se embarrare mucho hasta le pusieron piedras y todo. Cuando ya termina de coronar se abre una panorámica enorme. Sólo sabina y rocas blancas de las que se desmoronan en lo más alto. A este punto ellos lo bautizaron con el nombre de Lijaero. Lugar donde el terreno es tan áspero como una lija. Son tantas las piedras menudas cubriendo esta ladera que ciertamente es un Lijaero. El sonido de esta palabra, pronunciada por un serrano, se puede confundir con ahijaero y eso me ha pasado a mí cuando la oí por primera vez. Una pequeña llanura en todo lo alto del collado total y ya, desde aquí, vuelca para la cañada del arroyo de los Vílchetes. La Manguilla es como se llaman estos primeros metros y ya, sobre la ladera del sol de la tarde, se recoge el cortijo de la Escalera. Es la de los Vílchetes hacia Prao Nevao y no otra porque escaleras ¿cuántas hay en estas grandiosas sierras? Nace aquí este arroyo también llamado de los Vílchetes, pasa por la misma puerta del cortijo de la Escalera que lo tengo a sólo unos metros de mí, un poco más adelante y abajo y también es el mismo arroyo que pasa por la puerta del cortijo del tranco del Polvorista.

Me vengo para la derecha y me sitúo sobre el grandioso balcón que casi cuelga sobre el amplísimo y hondo barranco de la Osera. ¿Qué más le puedo pedir a esta ruta, siendo tan cortica como es y de belleza tan condensada? Ella sigue porque los serranos de aquellos tiempos así lo necesitaban pero como ahora faltan, yo me digo que nada más necesito hoy y en este momento. Durante largo rato me dedico a gozar en silencio y sin prisa lo que la naturaleza y estas montañas me regalan de parte de mi Creador. Por eso del alma se escapa un sincero y profundo ¡gracias Dios mío! Y no me olvido de los que por aquí pasaron y ya faltarán para siempre.

La cuesta de las aulagas
se ensancha para el acollado
de la tierra llana que cae
del sol de la mañana y al lado
de la tarde y los olivos
y aunque tanto tiempo ha pasado
todavía sigue la senda
eterna y fiel remontando.

Se le ve en la tarde subiendo
como si fuera buscando
el único y vital aliento
y en su marcha va apartando
el monte espeso,
pisa la tierra reseca
y va escuchando los ecos
del trotar de las viejas bestias
de aquellos tiempos,
corona a las piedras blancas
por donde los pinos secos
y al asomar encuentra al cortijo
mudo y quieto
como si por él no hubiera pasado
ni el sol ni el tiempo.

Se le ve en la tarde parado
junto a las piedras y el cerro
por donde crecen las aulagas,
frente al cortijo y juego
de la niña hermana y amigas
mientras ladran los perros,
pastan las ovejas,
retozan los borregos
como si todo y la hierba verde
no pasara de dulce sueño
que vive en el alma y la tarde
en la región de lo eterno.

61- Collado de Caracho, tranco del Acebo, los Palancares y la Cumbre

Una senda a las nubes
Distancia aproximada: 7 k.
Desnivel aproximado : 350 m.
Tiempo aproximado : 3 horas a pie.
Camino: vieja senda en regular estado.

Descubriendo más caminos

El camino por donde va a discurrir esta ruta avanza todo él siguiendo una vieja senda, ya casi rota por muchos sitios pero que en aquellos tiempos fue de gran importancia. Era la senda que los serranos usaban para entrar y salir de las partes altas de la sierra hacia el valle de los olivos, pueblos de Santo Tomé, Mogón y Villacarrillo. Era una senda que estaba muy bien trazada porque tenían que andarla ellos con sus bestias cargadas de

productos. Y algunos de aquellos productos hasta eran frágiles. Los recoveros cambiaban cosas en los cortijos y en ocasiones recibían huevos en sus trueques. Los cargaban en sus burros y claro que tenían que andar estas sendas con sumo cuidado para que, al atravesar los trancos, los huevos cargados en los burros no se les rompieran.

Pues en los mapas más antiguos que se conocen de estas zonas a esta senda la dibujaban con el nombre de Camino de la Cumbre. Su ramal principal, ya lo dije en otro apartado, venía desde Mogón, subían por fuente del Roble, por el cortijo de los Vílchetes, la escalera de los Vílchetes, el cortijo de la Escalera, cerca de piedra Nativa, el Paso, por la Pará del Vaco, collado de Caracho, collado de Robleo, lancha de Candiles, tranco del Acebo, tranco de los Palancares y por esas alturas donde hay varios collados vertiente al río Cañamares y ramal izquierdo del río Aguascebas Chico, se dividía. Un ramal se venía para la derecha y salía justo al collado de la nava del Puesto donde enganchaba con el camino que por ahí iba recorriendo la cumbre. Otro ramal se iba para el lado izquierdo, buscaba el cortijo de los Palancares y por ahí se iba para el Pardal y las llanuras de Jabalcaballo. Cruzaba estas llanuras dirección a la fuente de la Berraza y mientras avanzaba le iba dando comunicación a todos los cortijos que por esas tierras existían y eran bastantes.

Pero tengo que volver otra vez al mismo collado del Caracho para venirnos en un segundo recorrido camino arriba. Y lo hago para decir que este camino, el mismo que ya hemos recorrido antes, cada vez que remonta un filo rocoso, un tranco, llega a un collado con vertientes al río Cañamares en su parte alta y al río Aguascebas Chico, también en su parte alta y ramal izquierdo que es el de Chorrogil. Estos collados están muy hundidos entre tranco y tranco, como una U muy cerrada. Pues desde cada uno de estos collados, para el lado derecho según estamos subiendo, salían sendas. Desde el mismo collado del Caracho, el de Prao Canaleja, salía una vereda que bajaba casi siguiendo el surco que toman las aguas cuando corre por el terreno y se iba buscando la fuente de Canaleja, todo el arroyo abajo. A unos kilómetros se dividía y mientras que un ramal seguía arroyo abajo buscando el río Cañamares o los arroyo de Plaza, otro ramal se venía para la lancha del Montón y por la ladera que ahora surca la carretera asfaltada subía para volcar por piedra Nativa y la Escalera de los Vílchetes.

En el segundo collado de la gran senda de la Cumbre, el de Robledo, al lado de arriba del Cerro del Montón, por la derecha se volvía a dividir la senda. Para la izquierda se derrama una preciosa cañada de tierra buena donde levantaron dos cortijos, algunas tapuelas y sembraban varias huertas y para la derecha, se venía otro ramal de senda. Le hacía una visita a un pequeño cortijo que se recoge en las mismas laderas del Cerro del Montón, sobre un poyo menor y por ahí seguí arroyo abajo en busca del río que era por donde discurría una senda mejor. Al remontar el primer tranco ya con

entidad suficiente, nos encontramos en el collado de la lancha de Candiles. Una recia lancha que por el lado izquierdo se derrama hacia el surco del río Aguascebas Chico o mejor dicho, viene desde el cauce llamado Chorrogil. Esta la lancha es precisamente la que origina la preciosa y popular cascada de Chorrogil. Cuando el río corta el filo rocoso de este tranco, tiene que despeñarse y en la caída se abre la cascada. Ya he dicho que se llama lancha de Candiles y al otro lado, por debajo de la Morra, Poyollano.

Pues en la curva que el collado de esta grandiosa lancha tiene, pasa la gran senda de la Cumbre. Para la izquierda se extiende un rodal de tierra llana donde sembraban huertos y ahora viven personas de las venidas de fuera y por la derecha, se aparta otro ramal de la senda principal. Va a un cortijo que hay no muy lejos de este collado pero en la vertiente del río Cañamares. Desde ahí sigue bajando por el surco del arroyo y al poco se junta con otro ramal de camino que desde el collado de arriba, el que se abre antes de la gran cuesta del tranco del Acebo, viene bajando para este lado derecho. Los dos juntos siguen bajando y después de hacerle una visita a varios cortijos antes del río Cañamares, se pegan a él y continúan su recorrido. Al remontar el tranco del Acebo, desde el mismo cortijo que ahí sigue en pie y ahora ocupado por personas que no son de estas sierras, sale un ramal de senda que viniéndose para el lado derecho, como todos los otros, comienza a descender por esas tierras, algunas muy llanas y también busca al río para venirse por su orilla para abajo.

Desde el punto del collado tranco del Acebo, la senda principal sigue remontando, ahora viniéndose para el lado derecho y busca el portillo de un nuevo tranco. Pero éste lo remonta con una gran comodidad y después de recorrer una preciosa cañada donde, al caer las tardes, pastan los ciervos, corona al un gran collado. Aquí mismo las sendas se cruzan y se van por la derecha y por la izquierda. Para la izquierda para meterse en las llanuras de Jabalcaballo por debajo del cortijo de los Palancares y para la derecha para hundirse en el gran Hoyo Redondo. Desde este Hoyo Redondo y río abajo, los primeros metros del Cañamares, también venía una senda que cruzaba por la misma gran cascada de la Palomera. No era camino para recorrer con bestias pero sí lo usaban los serranos para bajar o subir de una parte de la sierra a otra. Todavía existe y las ovejas del pastor de los arroyos de Plaza, conocen bien este portillo porque en cuanto tienen la oportunidad, por ahí se cuelan y se viene por las tierras de Hoyo Redondo.

No quiero seguir dando más explicaciones de las la casi infinitas sendas que por esta parte de la sierra también existieron pero sí remato diciendo que al llegar a la altura de los Palancares, la gran seda que remonta, se venía para el lado izquierdo, un ramal, rozaba el cortijo de los Palancares, las laderas del Pardal por su lado norte y cara a los arroyos que van saliendo de él para Chorrogil y luego se metía en la altiplanicie de Jabalcaballo para así no dejar sin camino a los cortijos que por esta llanura había más pegado

al pico Pardal. Así que una vez más digo que los caminos, veredas o sendas por los intrincados rincones de las sierras, eran muchos, muy bien trazados todos ellos y llevaban a los sitios que los serranos necesitaban ir pasando por los puntos más complicados, para mí, más hermosos. Ahora vamos a recorrer esta senda llamada Camino de la Cumbre, desde el collado del Caracho hasta la misma nava del Puesto, los Palancares, el Pardal, Jabalcaballo y hasta donde podamos en un día.

Los nombres

Antes de dar comienzo a la ruta quiero reseñar algunos de los nombres por los puntos donde pasa. Ya medio los dije atrás pero los voy a detallar más a lo pequeño. Por el lado izquierdo de la senda según sube y todo término de Villacarrillo, algunos lugares se llaman de la siguiente manera: collado de Caracho, el Robledo que es todo esa cañada de tierra buena antes de Chorrogil, collado del Robledo, con su tapuela. A la derecha de este collado queda el coto de la Palomera, ya en el término de Santo Tomé. Tranco y lancha de Candiles, que es el primer tranco que tiene que remontar la senda, collado de Candiles, por la izquierda queda una llanura que se llama Poyollano, pasá de Candiles, desde el cortijo del tranco del Acebo, antes de remontar, se puede pasar el río hacia la Morra. Los Covatones que son unos grandes covachos que se ven desde el cortijo del Tranco, al otro lado del río y por la espalda de la Morra. No son las cuevas de la Morra. Lo de la Justa la Fumadora queda un poco más arriba. Las tapuelas que quedan por encima de los Covatones, un cañao de buena tierra, se le conoce con el nombre de casa de Facundo, por el hombre que vivía ahí. Tranco del Acebo, Navazaltillo, que es la llanura a la que llega la senda después de remontar desde el cortijo del Tranco para los Palancares, collado de los Palancares, el que queda por encima de Navazaltillo, cortijo de los Palancares, Pez del Trigo, el Segaor, barranco del Corzo, el Cañajal, el Hoyo, la hoya del Calvario, Tazaplata, la Cocota, la hoya de la Sima, los Palancares, majá los Helechos, las Cruces, peña Corva, cueva del Cantero, Morro de los Esesperaos, arroyo de Chorrogil, Aguascebas de Chorrogil, cortijo de Ginés, la casa del Corzo, la casa de los Palancares, cortijo de Régulo. Estos nombres los he dicho más o menos parejos según están en el terreno.

Ya finalizo diciendo que desde el collado de Caracho hasta el collado de los Palancares, distantes uno del otro algo más de tres kilómetros en línea recta, la senda que sube tiene que atravesar cuatro trancos. El de la lancha de Candiles, el de Poyollano , que precede al tranco del Acebo y es poca cosa, el tranco del Acebo, que sí es gran cosa y el de Navazaltillo, que es regular pero la senda lo sabe esquivar muy bien. Collados son cinco: el de los Carachos, collado del Robledo, collado de la lancha de Candiles, collado del tranco del Acebo y collado de los Palancares. En todos esto collados existen unas navas muy buenas y el comienzo de varios arroyos, más para el lado de la derecha, término de Santo Temo y río Cañamares que para el lado de la izquierda. Ya metido en los Palancares la realidad es por completo opuesta.

Los arroyos nacen para el lado de Villacarrillo y cuenca de Chorrogil.

Y antes de terminar, sin preguntar a nadie concreto, quiero preguntar: ¿Navazalto es navazo en lo alto? ¿Navazaltillo puede ser entonces navazo en lo altillo? El punto donde se coloca Navazalto mide los 1379 metros y se encuentra en todo lo alto de un pico. Navazaltillo queda dentro de un puñado de tierra que se recoge por encima de la curva de nivel de los 1400 metros pero en terreno llano, veinte metros arriba o abajo. Y ciertamente es una nava muy bonita recogida en lo más alto no de un pico sino de una extensión de tierra bastante grande aunque por encima de los 1400 metros. Ambos puntos y en línea recta, distan entre sí unos cinco kilómetros. Navazaltillo por encima del Embalse del Aguascebas y Navazalto, por debajo, a la derecha uno y a la izquierda el otro pero los dos dentro de la misma sierra.

La ruta

Debo aclarar que hice esta ruta en la tarde del día 3 de marzo del año dos mil. Era una tarde muy bella, sin nubes en el cielo, la tierra ya muy seca por los dos meses de sequía que habían precedido y por eso, muchas matas ya florecidas y sin agua en las fuentes. La del cortijo del Montón, se estaba secando. Dejé el coche en el mismo collado del Caracho y por la pista de tierra que sube, comencé a remontar. Discurre esta pista por el lado norte del Cerro del Montón y coronando la llanura del Robledo. Un balcón natural sobre las azules aguas del Embalse del Aguascebas. Antes del collado roza por la izquierda las ruinas de una tapuela, se coloca en el collado conocido por el collado del Robledo, lo recorre y se vuelca para el lado de la derecha y aquí la pista es cortada por una cancela. Una alambrada cierra el terreno y tengo que venirme para el lado izquierdo. Se ve la senda que ya empieza a remontar. En unos metros corona un cerrete y ahora se viene para el lado derecho buscando tomar altura para remontar el tranco. Es el primer tranco de los cuatro que tiene que ascender antes de colocarse en el collado de los Palancares.

Pero en una de estas curvas la alambrada la ha partido por la mitad. Al llegar, la alambrada, ha seguido adelanta encerrando terreno y ha prescindido del trazado de la senda. Creo que esta alambrada encierra a lo que por aquí es muy conocido por el coto de la Palomera. Las ovejas pasan por el lugar con frecuencia y ellas se han encargado de trazar veredas por toda la ladera. Busco la que me parece más grande y remonto fuertemente hasta que logro encontrarme otra vez con la senda. Se mete por entre unos pinos, se agarra a la ladera sin dejar de buscar el mejor punto para cruzar el tranco que el terreno le presenta. Antes de alcanzar los mil doscientos metros se topa con unas grandes paredes rocosas. A sus pies hay como unas covachas con sus paredes de piedra como si en alguna época esto hubiera servido para encerrar ovejas, aunque el espacio sea casi nada. Y justo a los pies de estas paredes pero en la tierra, se ven como unos hoyos. Se parecen a los hoyos de una alberca que hubiera habido aquí en otros tiempos. Ya

están cegados con rocas y tierra y desde luego, agua no mana ni una gota. Sí crecen por aquí algunas matas de juncos. La senda esquiva estas paredes rocosa viniéndose para el lado izquierdo, aparecen algunos trozos empedrados, comienza a trazar zigzags y por fin corona. Lo hace por el mismo filo de una roca y por eso queda casi colgada en el vacío pero sin peligro alguno. Mientras ando me voy imaginando a las personas que en aquellos tiempos subían o bajaban por aquí. Esta subida sin presentar gran dificulta, es fuerte por el nivel que tiene que remontar en poco recorrido pero desde el collado de Caracho hasta lo alto de esta cresta se tardan veinte minutos. Y ya en lo alto, lo que más asombra es el precioso balcón hacia el valle que ocupa el pantano y los paisajes a lo lejos.

En cuanto llega a lo alto vuelca enseguida para el collado. Por donde el collado divide las vertientes el terreno queda muy hundido. Así que tiene que bajar por una complicada ladera rocosa por donde la senda se ha perdido mucho. De andar por aquí las ovejas del pastor Segundo del cortijo del Montón, se han formado muchas veredillas. De no usarse la senda se ha borrado tapada por el monte, las ramas y piñas secas y por eso desciendo siguiendo la mejor veredilla que encuentro pero siempre buscando por donde discurría la vieja senda. Esta lancha es la famosa de Candiles. Y ahora que se le ve desde este lado y recorriéndola es cuando se comprueba que no es poca cosa. Cuando ya se encaja sobre este collado no es muy grande, desde este collado para el surco del Chorrogil, por la izquierda y lado norte, se va ensanchando y complicando. Donde la lancha muere, sobre las tierras del collado pero más cerca del río, se va abriendo una gran llanura. Este es precisamente Poyollano . Lo atraviesa el río por su centro y por eso a ambos lados quedan dos buenas porciones de tierra casi por completa llana. Cuando el río, Chorrogil, termina de recorrer las tierras suaves de este Poyollano , se precipita por un gran salto que lo origina el mismo escalón que acabo de remontar y esa caía es la famosa cascada de Chorrogil. La que sale en casi todas las guías que hacen para los turistas y por eso muchos vienen a verla como a lo más grandioso de estas sierras. Se equivocan unos y otros pero aquí no voy a argumentarlo.

Al llegar al collado compruebo que por este lado izquierdo y aprovechando la buena tierra de este Poyollano hay una alambrada. En el centro se alza una choza. Pregunté y me dijeron:

- Son cosas de los “Jipes”. Los que ahora llenan aquellos viejos cortijos y tierras.

Al pasar por aquí no se ve bien por donde va la senda pero prestando atención se encuentra. Desde este collado remonta una cuestecilla, sin demasiado problemas ni demasiado larga y se encaja en otro poyo. Este es algo más pequeño que el anterior aunque también bonito. La hierba tapiza a la tierra que fue sembrada en otros tiempos y por eso se sabe que todavía no es verano. Pero según el tiempo que estamos teniendo casi parece que lo es. Las lluvias brillan por su ausencia y el año pasado fue de los secos de

verdad. Por el lado izquierdo veo la construcción de otro cortijo y también me lo encuentro cercado. Por la tierra veo varios almendros florecidos y al frente, al otro lado del río, veo el filo rocoso que viene desde el mismo collado del raso de la Escalera. Busco la puerta de la alambrada y paso.

Quiero preguntar alguna cosa si me encuentro alguien en él. Pero no. el cortijo es una bonita construcción de aquellos tiempos, en forma rectangular, con un cuerpo nuevo añadido no hace mucho por el lado del collado y está casi recién blanqueado. Por la parte de donde llego tiene una puerta y siete ventanas. Llamo y como nadie contesta sigo y voy dando la vuelta a la vivienda. Compruebo que tiene sus ventanas y puertas pintadas de amarillo fuerte. Con muchos cristales y sin ninguna reja y con la madera casi podrida de la lluvia y la nieve. Con un sólo empujón se podría romper cualquiera de estas ventanas o puertas pero compruebo que ni siquiera una de ellas están ni rotas ni forzadas. Por la parte que mira al tranco del Acebo tiene tres puertas y cuatro ventanas.

Miro y a través de los cristales puedo ver dentro un lebrillo con manzanas y peras, algunas velas, sillas, mesas, utensilios de cocina, piedras de amatista, jarros de cristal y otros objetos. Por la parte de construcción nueva se ve como una sala de estudio. Tiene sus estanterías y en ellas muchos libros. Puedo leer algo y descubro que todo es inglés. Sigo rodeando el cortijo sin dejar de llamar y mientras ando compruebo que a su alrededor le han puedo como una acera de cemento. Es una verdadera obra lo que aquí han hecho y sin caminos por donde puedan entrar vehículos. A cuestas han tenido que traer todos los materiales y otros objetos. Un empeño arduo pero lo serranos en aquellos tiempos, le ganaban a estos que por aquí se acomodan en estos tiempos. Como no encuentro lo que esperaba y me hubiera gustado, despido a este precioso cortijo con las puertas y ventanas pintadas de amarillo y sigo.

- Esa manera de pintar los cortijos de la sierra también son cosas de los “Jipes”. Son ellos personas curiosas que libremente buscan la soledad. Como si nada quisieran con el mundo donde han venido a nacer y se esconden por estos montes en una soledad más tremenda. ¿De qué modo creen ellos en Dios? ¿Por qué quieren prescindir del resto de la humanidad? Y son personas buenas, pacificas porque nunca se meten con nadie ni hacen daño a la naturaleza.
Me dijeron luego después. A los “Jipes” les ha gustado mucho las tierras que hay por los alrededores del Embalse de Aguascebas. Por encima del cortijo, más para el lado del tranco, hay como un llanete por donde entra una escasa pista de tierra viniendo desde el lado del pueblo de Cazorla. Hasta este punto han mentido un coche. Lo han desguazado por completo y aquí lo han dejado para que lo pudra el tiempo. Ya lo ha podrido mucho.

Al salir de la alambraba busco la senda por entre un paisaje de rocas

calizas y muchos enebros y la encuentro enseguida. En unos metros abandona el collado y enseguida se enfrenta a la cuesta del tranco del Acebo. Una cuesta que no parece gran cosa pero que poco a poco se inclina mientras va cortando la tierra de la ladera hasta que se enfrente con la pared del filo más elevado. En cuatrocientos metros de recorrido sube cien metros desnivel. Ya por aquí aparecen grandes bloques de rocas, desaparece la tierra y por eso la senda empieza a trazar curvas, sujeta con paratas de piedra para que no se deshaga y empedrada para que se pueda andar mejor. Se ve muy bien su trazado. Cuando llovía, de pasar las bestias, amasaban mucho barro en estos caminos. Si lo empedraban no se estropeaban tanto y era necesario que por trancos como el del Acebo, estuvieran en las mejores condiciones posibles. Voy contando y hasta que por fin corona me salen catorce curvas. En la mitad o así, tres escalones tallados en el mismo peñasco del tranco. Una verdadera escalera trazada ingeniosa y laboriosamente en este tranco del Acebo. Cada vez que pronuncio o escribo este nombre me siento bien. Es bonito de verdad y hasta suena a hondura y misterio. El tranco del Acebo se mete por el portillo de una cañada muy hermosa. Al coronar, por la izquierda, saluda un curioso espigón rocoso en forma de mojón pero éste es natural. La misma naturaleza lo fue formando hasta tallar en él un perfecto monolito con tonos plata. Por este mismo lado a la senda le corona una encina con seis o siete pies.

Por fin corona y lo hace justo por una nava menor. Una especie de juguete por lo bonito, lo recogido, lo llano y lo verde que se presenta el rincón. Y en este caso no baja el terreno como en el tranco de la lancha de Candiles. La tierra del collado se presenta casi al mismo nivel del filo que he coronado y por el lado izquierdo otra vez descubro alambradas. Son tierras llanas que se ensancha y alargan hacia el surco del río Chorrogil y por ahí también descubro la construcción de un cortijo. La senda pasa rozando la alambrada y al ver la puerta también decido entrar. Sé que este cortijo sí es el del Tranco. Cerca de la casa veo gallinas picando en la tierra. Llamo y me ladra un perro. De la parte de arriba se levanta una persona joven, con mucha melena, muchas barbas y con cara conocida por mí. Me lo encontré un día, hace algunos meses, en otro cortijo de esta parte de la sierra. En el mismo arroyo de la fuente del Tejo y en el cortijo llamado La Huelga. Sé que es de Checoslovaquia y que no habla nada de español. Por eso nos saludamos con efusión, porque nos conocemos, me dice que:
- Yo ser Tranco.
Con lo que comprendo que su cortijo es el del tranco del Acebo y lo despido.

Salgo de la alambrada, busco la senda que en esta ocasión se me presenta con muy buena cara y enristra cañada arriba por donde remonto rápido. Aun tengo frente mí otro tranco más antes de asomar a las cumbres y barrancos de los Palancares. Este me parece de menor dificultad pero no es poca cosa. Miro y descubro que su cara parece sencilla de salvar. La senda que voy recorriendo así me lo va confirmando pero me intriga un poco. No se

viene para el lado izquierdo como en los otros casos ni tampoco se enfrenta de frente sino que surca la ladera, sin dejar de remontar mientras se va para el lado derecho, sol de la tarde, cada vez más. En cuanto corono unos metros descubro que el tranco que me remonta por este lado derecho tiene un portillo grande. Comprendo que la senda se viene hacia él para colar por ahí y así sucede. Con una belleza y comodidad mucho más grande de lo que me esperaba voy descubriendo que la senda se mete en el portillo y en algunos tramos hasta deja de tener pendiente. Sólo un punto tiene algo más de dificultad. Las rocas que caen desde el lado izquierdo, son como losas y para que la senda pueda pasar por ahí le hicieron como una horma. Una paratas de piedra por el lado del barranco para que se pudiera parar y la senda no se rompiera. Ya enseguida se cuela en el portillo y al tocar el surco de la cañada que desde este portillo viene saliendo sube llanura adelante. La tierra es llana, muy repleta de hierba aunque cortica y al final, ya empiezo a descubrir una amplia nava con un gran bosque de pinos repoblados.

Caigo en la cuenta que esta nava es la famosa de Navazaltillo. Las plantas que me voy encontrando son matas de mejorana, tomillos, algunos espinos, carrascas, enebros y sabinas. Los pinos acompañan en todo el recorrido. Ya me va cubriendo la sombra que la tarde proyecta desde el picacho que me queda por la derecha. Y como subo sin apenas meter ruido, antes de llegar a la nava, veo un par de ciervas comiendo en la llanura. Modero mis pasos y tapándome con las rocas me aproximo. Ni me sienten ni me ven y por eso logro ponerme a sólo unos metros de ellas. A estas horas de la tarde y en las soledades de estas cumbres están “como en su casa”. Por fin me hago visible y al verme trotan ladera arriba y por el collado que me corona y la espesura de los pinos se pierden hacia la cumbre total. Se ve que las tierras llanas de esta nava fueron repobladas de pinos. Cuando los echaron de sus querencias, para que se borrara más el cariño por las tierras, siempre los sembraban de pinos.

Sigo mi ruta, remontando ahora por una preciosa y espaciosa cañada por donde la tierra es buena, tiene mucha hierba, gran cantidad de piedras sueltas y en unos minutos más, corono esta cumbre total. Es un precioso collado por encima de los mil cuatrocientos metros. A ambos lados me saludan dos morretes de tierra algo pelada de vegetación y casi por completo llanos. He decidido que en este punto, esta tarde, voy a dar por terminada la ruta que hoy me he propuesto por estas sierras. Y lo he decidido porque la tarde no da para más. Desde el collado de Caracho hasta este collado de los Palancares, que es como se llama, he tardado dos horas. Son las seis de la tarde. Si en regresar invierto una hora llegaré al coche sobre las siete y, por estas fechas del año, a la siete de la tarde empieza a oscurecer. Hoy no tengo tiempo para seguir avanzando más por esta ruta aunque me gustaría y mucho. Así que con mi ánimo preparado para dar la vuelta en este collado, durante unos minutos me dedico a otear los horizontes que se me abren en todas las direcciones.

Frente a mí y según voy por la senda tengo los verdaderos picos de los Palancares. Son los morros que quedan por encima de la nava del Puesto y entre las partes altas del arroyo Chorrogil. Los conozco porque los recorrí un año entrándoles desde el barranco de Hoyo Redondo, por donde nace el río Cañamares y se levanta el cortijo del poyo del Rey. Esta porción de terreno me queda al frente pero un poco por mi derecha. Con claridad puedo ver toda la gran extensión que se recoge en este Hoyo Redondo y hasta descubro el cortijo del poyo del Rey, donde veo algunas ovejas pastando y la pista que le entra por el puerto del Narigón. Así que desde este precioso rincón y muy conocido por mí de aquel día grandioso que no olvidaré, con mis ojos me vengo hacia el lado izquierdo, por la ladera que sube para el collado de la nava del Puesto. Recuerdo cuando aquel día recorrí esta ladera buscando la senda que ahora vuelvo a dejar sin recorrer totalmente. Reconozco la preciosa llanura de la nava del Puesto, el Caballo de la Zarza y en cuanto me vengo más para la izquierda, reconozco el macizo de los Palancares, por donde estuve perdido aquel día. No estuve perdido en el sentido literal de la palabra sino recorriendo el terreno y gozando de la grandiosidad que antes mis ojos se abría.

Desde las cumbres de los picos de los Palancares, tres picos con 1456,1520 y 1514 metros respectivamente, me vengo más para la izquierda. La preciosa figura del Pardal me saluda en todo lo alto y el centro. A sus pies y más cerca de mí se hunde el barranco por donde van naciendo los arroyuelos que da cuerpo y vida al río Chorrogil. Sé que por ahí se encuentra el cortijo de los Palancares y sé que junto a este cortijo crecen álamos, manan fuentes y hay tierras buenas que ellos sembraban. Pero más lejos me saludan laderas y barranco por donde se encuentra el bonito nombre de Pez del Trigo y luego las llanuras de Jabalcaballo. Al fondo total se ve la figura de peña Corva, la cuerda que desde ella sale y sube hasta coronar con la morra de los Cerezos, la otra morra llamada de la Torca, la cañada de la fuente del Avellano, más a lo lejos, las cuestas de la Blanquilla Alta, las cumbres de Pedro Miguel, conocido por Blanquillo y cerca de este gran pico, los Hermanillos. Una grandiosa panorámica que dejan el espíritu lleno de un gozo dulce aunque sólo acompañe el silencio, la calidez del viento que besa la cara y la luz de la tarde que va tiñéndose de naranja.

Así que desde el collado me vengo para el lado izquierdo, remonto un morrete y ahora tengo una visión mucho más grande y clara de lo que antes describía. En primer plano se me quedan las hondonadas de los barrancos que desde estas cumbres van cayendo para el gran surco de Chorrogil y algo más allá, me saludan las tierras llanas de Jabalcaballo, la cañada del Avellano y la cresta rocosa y blanca de la morra de Chorrogil. Por esa misma dirección y al fondo, me quedan las cumbres del Torraso, el collado del Ojuelo, los Morrones de Santa María y ya, casi perdido en la lejanía de los horizontes, las cumbres de Beas y otros montes. Me muevo un poco más

para ir trazando una panorámica completa y ahora tengo al frente el gran valle de Guarondo, la cañada de la nava del Vilano, la robusta figura de Navazalto, el surco por donde se embalsa el pantano y se escapa el río y luego el grandioso macizo de los Vílchetes que por aquí es más conocido por la lancha del Montón. Cerca de mí tengo los pinares de estas cumbres de los Palancares, las tierras llanas de estas alturas por donde me muevo que ya he dicho se les conocen con el bonito nombre de Navazaltillo y a lo lejos, los infinitos y borrosos horizontes de olivares por la Loma de Úbeda.

Los terrenos de estas sierras y cumbres se presentan repletos de verde, un poco pálido por la sequía, moteados de cortijos ahora sin aquellos pastores, surcados de caminos que se borran, bañados por arroyos que apenas llevan agua y besados por el sol oro de la tarde que cae. Y los terrenos son grandiosos hasta donde el alma así puede sentirlos. Porque el silencio es aplastante y el alma sabe que tras ese preñado silencio palpita un mundo que no tiene nombre ni se puede ver con los ojos de la cara pero que es hasta lo más hondo de la verdad más rotunda. Y ese mundo grita con mensajes que son más que todos lo conocimientos humanos. El alma lo intuye y hasta lo palpa de alguna manera pero no tiene palabras para representarlo en esta dimensión de la materia. Pero agradece, pide ayuda para seguir con vida y comprender hasta donde le sea permitido y sigue con su respirar.

Así que como la tarde me empuja, aunque la visión y el esplendor de los paisajes me agarran para que me quede o siga, doy media vuelta, rozo los mojones que por estas morras me encuentro porque ya dije que esta senda de la Cumbre va casi por la misma raya de los términos y me dispongo volver. Calculo el tiempo y me digo que si para subir he tardado dos horas, para bajar tengo que echar sólo una hora. A las siete en punto debo estar en el coche sobre el collado de Caracho porque de lo contrario la noche me cogerá sobre estas cumbres. Pero para tranquilizarme me digo que otro día volveré. Tengo que volver otro día para pisar el terreno que desde este collado he divisado y tan fascinado me ha dejado.

El escalón del tranco del Acebo

Ya dije en algún lugar que la sierra que ando recorriendo es parte de la ladera norte de una gran cuerda que arranca a la altura del nacimiento del Guadalquivir. En sus primeros kilómetros, Gilillo, Cazorla, puerto de las Palomas, Albarda y nava del Puesto, esta cuerda discurre alargada, bastante estrecha y sin perder demasiado su configuración de loma perfecta hasta que llega a la altura del Embalse de Aguascebas. Justo por este punto, la hermosa y gran cuerda que viene bajando desde las partes más elevadas de las sierras que conforman este Parque Natural, se rompe un poco y pierde su forma de loma grande. Por las llanuras de Jabalcaballo, por el mismo centro, esta gran loma se hunde. Casi pierde sus crestas y lo que por ahí aparece es como una altiplanicie que va a dar lugar a que la perfecta cuerda, a partir de

este punto y hasta el gran tranco del río Guadalquivir, por el charco del Aceite, se vaya ensanchando y ramificando en otras formas montañosas.

Una de estas formas es como una segunda cuerda paralela a la principal que se le añade a partir de la altiplanicie de Jabalcaballo. No es una cuerda total puesto que se queda enganchada a la general pero por el lado norte de esta cuerda principal se va generando como un escalón o falla y comienza a separarse y tener entidad propia a partir de la morra de Chorrogil. Mejor dicho, ya el escalón por donde se origina el tranco del Acebo, es parte y casi comienzo de esta segunda cuerda añadida a la principal por el costado norte. Pero comienza todavía un poco antes. El escalón del tranco del Acebo se origina a partir de la cascada de la Palomera. Donde, de Hoyo Redondo se escapa de la cuerda principal, el río Cañamares. Desde ese punto nace un robusto escalón originado por el hundimiento de la gran cuerda en sus partes altas y comienza a irse hacia el Embalse del Tranco trabada en la cara norte de la cordillera que baja desde el nacimiento del Guadalquivir.

Recorriendo este escalón desde donde he dicho, cascada de la Palomera, descubrimos que por aquí, le pusieron el nombre de tranco del Acebo, porque es un gran tranco que tenía que superar la senda, algo más adelante se llama morra de Chorrogil, ladera norte, luego Escalera de los Faustinos, lancha de la Escalera por el raso de la Escalera, lancha de Gil Cobo, lancha de la Cigarra, en todo su recorrido hasta el río Aguascebas Grande, los Hermanillos y gran espigón del Caballo de Torraso, lancha de la Salobreja, lancha del Tosero y el Palancar, por el arroyo de María, donde se rompe casi definitivamente. Por todos estos puntos pasa el escalón que por aquí se llama tranco del Acebo y es, como ya decía antes, como una segunda cuerda que le nació a la principal por este lado norte. No exactamente es así en todo su recorrido, porque la erosión de los elementos le han ido dando formas muy variadas. Pero siempre es la misma falla rocosa, con otras más o menos grandes, que a veces paralelas y otras veces no, le acompañan en este largo recorrido. Así que el tranco del Acebo es un punto, en esta segunda cuerda o escalón, por donde tuvieron que meter una senda para subir o bajar a las cumbres o a los valles. Mucho antes que yo ellos ya lo sabían y por eso le dieron nombre y lo acomodaron a sus necesidades.

El Poema

Va subiendo, en la tarde
por la vieja senda que atraviesa
la sierra de valle en valle
y al llegar al tranco del Acebo,
desde el alma se le abre
aquel día y aquel momento
doloroso y humillante.

Le salieron al camino
los que se decían grandes
y después de interrogarlo
se liaron a pegarle,
a doblarlo sobre la tierra
y como fieras, a gritarle:
- Si quieres seguir con vida
tienes que comer al instante
la tierra que estás pisando
y la hierba que tienes delante.
Comió él de la tierra negra
y comió hierba sabor vinagre
y luego se quedó allí de rodillas
vomitando y sangrante.

Se fueron ellos aquel día
y él siguió senda adelante
hacia el cortijo y las praderas
de la hermana y de la madre
y cuando llegó, nada dijo
porque se sentía cobarde,
pero desde aquel día en su alma
hasta este día en la tarde,
cada vez que va por la senda
siente un dolor punzante
en la sangre, por sus venas
en la hierba y en el aire.

62- 2ª parte de la ruta anterior: collado, cortijo y barranco de los Palancares, barranco del Corzo, cortijo del Segaor, pico Pardal, llanuras de Jabalcaballo, cañá del Avellano, morra de Chorrogil, pasá de Candiles, collado de Caracho

Por donde la soledad se hace praderas
Distancia aproximada: 20 k.
Desnivel aproximado : 550 m.
Tiempo aproximado : 10 horas andando.
Camino: vieja senda en regular estado.

Puntualizando

Antes de empezar a desgranar la grandiosa ruta que aquí propongo, quiero decir que la recorrí el día 18-3-200. Fue sábado y este día amaneció por completo despejado de nubes, con una temperatura que ya parecía verano, la tierra muy falta de agua por la larga sequía que estaba padeciendo y la recorrí en compañía de tres amigos ubetenses: Pepe López y dos amigos

suyos, policías municipales en el bonito pueblo de Úbeda. Fue un recorrido sin ningún tipo de contratiempo, muy bañado de agua limpia por los manantiales que fuimos visitando, repleto de emoción por los magníficos paisajes que atravesamos y colmado de horizontes y paisajes realmente subyugantes.

Quiero decir, también, que en la distancia de los veinte kilómetros está metido el recorrido que va desde el collado del Caracho hasta volver otra vez al mismo collado. Es decir, toda la ruta completa aunque aquí sólo describiré la segunda parte de esta ruta. Lo hago así para darle más personalidad y plenitud aunque de los datos que se facilitan en esta ruta haya que restar los que correspondan a la anterior. No creo que haya ningún problema y sí más profundización e información en los rincones que se recorren. Al menos a mí, así me resultó y por eso lo he estructurado de este modo.

Y quiero también decir que a lo largo de esta ruta y día nos encontramos con las siguientes personas: el pastor Amador, de Coto Ríos pero que vive en al cortijo del Juego de la Bola. Tenía sus ovejas por los tornajos de la cañá del Pardal y estuvimos charlando con él un rato mientras compartíamos chorizo, queso y alguna chocolatina. También tragos de agua fresca en el chorrillo de los tornajos y el verde de la hierba de la grandiosa cañada. Por el cortijo de cueva Carambilla, por debajo del gran tranco de la Morra, por donde sube la escalera, también compartimos un ratejo de charca con las personas extranjeras que ocupan estos cortijos. Caía ya la tarde, tomaban el fresco y los dos burros comían hierba en la puerta de la alambrada. Y ya casi empezando a oscurecer compartimos un rato de charla con el pastor Segundo, del cortijo del Montón, justo por el collado del Robledo. Nos había visto y sentado al borde de la pista nos esperaba para saber de nosotros. Nos alegramos y después de saludarlo, compartir un ratejo de charla, caramelos y algunas otras cosas, seguimos con la idea de volver otro día. Esto es lo que tenía que decir para arrancar y como ya lo he dicho, me pongo mano a la obra para continuar contando de la ruta que he anunciado. Voy con ello.

La ruta

El recorrido comienza en el mismo collado del Caracho y hasta el collado de los Palancares, al terminar de recorrer la llanura de Navazaltillo, es común con recorrido de la ruta anterior, como ya decía. A partir de este punto, siempre por los mismos límites del término municipal de Villacarrillo con Santo Tomé y siguiendo el trazado de aquella vieja senda, continuamos penetrando en lo más hondo y hermoso de la sierra. Sobre el collado ya dicho, el nivel se sitúa a una altura de mil trescientos ochenta y ocho metros. Dos grandes vertientes nos descienden por ambos lados: la del río Cañamares en sus partes altas y la del arroyo de Chorrogil también en sus partes altas. Pero el camino, nada más remontar el collado pronunciado, vuelca y lo hace viniéndose un poco para el lado de la izquierda, metido por

las tierras de Villacarrillo. Por una suave hondonada que es comienzo de uno de los diez arroyuelos que forman el abanico del nacimiento del arroyo de Chorrogil.

Al poco de descender por este vallejo se viene para la derecha, agarrándose a las laderas de un cerro menor, pasa por unas tierras llanas, desciende por la cara sur de este cerro, ahora un poco escabroso y por entre rocas que se desmoronan cae al collado más bonito que me he encontrado por estas sierras. Propiamente es del de los palancares ya que el anterior podría ser de Navazaltillo. Pero ciertamente el collado que ahora digo de Navazaltillo es el que corona a todo este conjunto de picos rocosos y llenos de dulces navas que los serranos bautizaron con el bonito nombre de Palancares. Pero como el segundo collado cae justo por encima del cortijo de los Palancares uno tiende a pensar que a este le corresponde el nombre que antes decía. Y según tengo entendido este punto fue bautizado con el nombre de la Cruz del Helado. Y no se refiere al helado que se compra en las tiendas y se come sino al que se queda si vida porque el frío lo hiela. Hace mucho tiempo, como siempre sucede en estas sierras, una persona se quedó helada por aquí y perdió la vida para siempre. En su recuerdo y, desde entonces, al punto se le conoce por la Cruz del Helado. Un nombre bonito que recoge la memoria de aquella persona y al mismo tiempo habla de la dureza de estas sierras y los serranos en sus luchas con ellas.

Se amontona en el tiempo
con la imagen y la luz
de lo que es eterno
el collado de la cumbre
por donde va en sendero
que de un lado a otro de la sierra
lleva en silencio.

Y donde la cumbre se rompe
en peñascos viejos
se le ve cuando aquel día
iba subiendo
y cubrieron las nubes negras,
sopló fuerte el viento,
cayó la lluvia con violencia
y detrás, nieve e hielo
dejando al collado de la cumbre
sumido en infierno
de frío penetrante,
de arroyos y cieno.

Llegó la noche aquel día
y surcando el sendero

de la muerte y de la vida
se encontró sin quererlo
cuando en las piedras de arriba
descubrió el agujero
donde se refugió y durmió
la negra pesadilla
que aun sigue en el tiempo
con la imagen que brilla
en lo que es eterno.

Es justo en este bonito, anchuroso, verde, amplio y llano collado donde se divide la senda. Ya lo dije en la ruta anterior. Un ramal se viene para el lado del cortijo de los Palancares y el otro, se traba en la ladera de la derecha y dando vista al barranco de Hoyo Redondo, por ahí se alarga hasta el collado de la nava del Puesto. Pero antes de seguir y perderme en el grandioso mundo de la cuenca alta del arroyo de Chorrogil, quiero decir que desde este punto donde ahora mismo estoy, para el lado del poyo del Rey, se abren unas llanuras fabulosas. Ellos también bautizaron estas llanuras y lo hicieron con el nombre los Llanos de los Palancares. Quedan recogidos entre las curvas de nivel que van por los mil trescientos y mil cuatrocientos metros. Y para donde más se extienden y ocupan terreno es para la cuenca del río Cañamares, Hoyo Redondo, ya dentro del término de Santo Tomé. Aunque hoy paso con prisa por estos llanos, el alma no deja de quedárseme en ellos sintiendo, como tantas veces, que en otro momento me tendré que venir por aquí y dejarme abrazar por el misterio y belleza que manan estos llanos de los Palancares. Entre sus silencios también ellos guardan miles de horas y latidos de corazones humanos. Los de aquellos serranos que los recorrían sembrando, segando, pastoreando a sus rebaños mientras soñaban sus sueños.

Pues desde el más bonitos de los collados que Dios modeló en las sierras del Parque Natural, la senda se viene para el cortijo de los Palancares. En una chapa sujeta con dos hierros se puede leer: “Coto Nacional”. Se la clavaron en la misma puerta del cortijo. Justo aquí mismo hay un mojón de los que van señalando los términos que antes decía. La senda cae con una suavidad que llena de gozo sólo recorrerla, por tierras muy buenas y todavía despobladas de vegetación y en unos metros ya descansa en la misma puerta del cortijo. Pero unos metros antes pasa por donde hoy sigue manando un chorrillo de agua. Era la primera fuente por este barranco y como brota por encima del cortijo, pues de aquí ellos cogían el agua para sus necesidades dentro de la vivienda. Le hicieron una pileta de cemento. Los otros veneros, más de tres, con las que regaban las tierras y daban de beber a sus animales, todos están en niveles más bajos. Este primero se encuentra casi rozando la curva de los mil cuatrocientos metros. Todavía quedan por encima picachos y llanuras que hacen de esponja cuando llueve o nieva para luego soltar esas aguas por este y otros veneros.

El paisaje es bonito de verdad y el aspecto de las tierras grita que es de la mejor calidad.

Un escalofrío recorre el cuerpo cuando uno se encuentra frente a las paredes derruidas de este bonito cortijo. Ya no tiene tejado, no tiene puertas, no tiene ni ventanas ni cocina ni paredes blanqueadas. Todo se fue desmoronando y lo único que ahora tiene es un esqueleto de paredes desconchadas, muchas tejas rotas por doquier, tablas que se pudren, algunos hierros de las camas que ellos usaron, vigas de madera tronchadas y cientos de piedras que ruedan desde todos los puntos del cortijo. Se nota que lo derribaron queriendo. Uno siente un tremendo escalofrío y enseguida se pone a pensar en muchas cosas. Y entre ellas, lo grandioso que esto tuvo que ser en los tiempos que lo habitaban sus dueños. Y lo digo porque desde sus ruinas y en lo alto de este puntal atalaya, se adivina que esta vivienda serrana fue grande. Casi como una ampulosa casa solariega, con muchas habitaciones, cuadras para los animales, horno para cocer el pan, cochiquera para los marranos de matanza, cámaras para guardar los frutos de la tierra y más habitaciones. Construyeron a este cortijo en lo más alto de un puntal, rodeado de dos pequeños arroyos por donde se forman barrancos menores y al final de este puntal y donde se juntan los barrancos, una porción de tierra buena, llana y con mucha agua. Por ahí se ven tornajos, pastan vacas y la hierba tapiza el terreno.

Mientras lo recorro pisando los trozos de tejas rotas y las tablas ya casi podridas, recuerdo que desde el cortijo del tranco del Polvorista, por debajo de la Osera y el río Aguascebas Chico, el novio de la muchacha que aquí vivió, subía andando a verla cada pocos días. Un largo paseo por los caminos de aquellos tiempos y las cumbres de estas sierras. Y tal hecho, una vez más dice, que en lo esencial, en un punto donde lo racional y materia termina, todos los seres humanos del Planeta Tierra, estamos unidos y encontrados para la eternidad. Hasta los serranos más humildes y escondidos en los rincones más hondos de estas sierras. Ellos se movían impulsados por la fuerza del amor y sé bien que, a pesar de vivir en las profundidades de estas abruptas sierras, sus acciones y obras fueron mucho más nobles y justas que la de muchos de una civilización superior.

Este cortijo de los Palancares, tiene su era justo por el lado que le llega la senda desde el collado. Mira al sol de la mañana por donde se elevan varios picos más del conjunto Palancares y como se remonta sobre el puntal que ya decía, queda alzado sobre las amplias y ricas tierras de la vega que va descendiendo hacia el río. Son vegas de muy buena tierra, con mucha agua porque los veneros brotan en las laderas que sostienen a este cortijo y por ellas todavía crecen los álamos y los árboles frutales que ellos sembraron. Hoy no están sembradas ni de patatas, tomates, ajos, habichuelas o cebollas. Ya no las siembra nadie sino que dejadas en la mano de Dios, dan hierbas de muchas clases y a comérselas acuden vacas y

mulos. Algunas de estas vacas hasta tienen sus cencerros que a intervalos irregulares dan sus campanadas en la soledad y silencio del día que avanza. ¿A quién alegran y a quién esperan? Pero hoy, estos son los animales que por aquí pastan. Varias vacas y algunos mulos que al vernos nos miran algo extrañados, y luego siguen con su tarea de comerse toda la hierba que estas tierras dan. Somos extraños en su mundo y hasta quieren decirnos que para nosotros no son los tañidos de sus cencerros. También crecen muchos juncos, berros con sabor a vinagre en los mismos chorrillos de las aguas y primaveras. Esas maticas verdes que dan florecillas amarillas con tonos de oro. Son las primaveras vulgaris que ya están florecidas. Ellas sí sé yo para quién florecen. Y también sé yo que son muchas, miles, millones en todas las corrientes y fuentes de aguas claras que manan en las sierras del este Parque Natural.

Así que nosotros, desde este grandioso y de verdad emocionante cortijo de los Palancares, continuamos la ruta. Desde la misma puerta sigue la sendilla surcando la ladera en dirección al pico Pardal, que corona al otro lado de los arroyos, en la cabecera de todos ellos y en lo más alto. Al poco, la senda que ahora son muchas porque los animales al andar por aquí las van multiplicando, vuelca para una segunda hondonada. Es como un arroyuelo menor que también cae desde el conjunto de picos que son Palancares pero que no tiene surco porque por él no corre el agua. Forma como un hoyo algo clavado en la ladera y en su centro, es donde mana la fuente. Y digo la fuente porque no es una fuente cualquiera. Es la más bonita, la principal, la que da más cantidad de agua limpia, fresca y hasta rumorosamente musical. Todavía sigue cayendo por su chorrillo de teja y al derramarse canta melodías que llegan a lo más hondo del corazón. También sé yo para quien suenan estas melodías. Y como las florecillas de las primaveras, son muchas, miles, millones a lo ancho y largo de las sierras del Parque Natural.

Nosotros hemos entrado un poco bajo. Al llegar al surco de este barranco que, desde donde brota el manantial para el río, ya sí tiene surco de arroyo, nos tropezamos con una acequia. Bueno, primero oímos mucho rumor de agua y como nos llama la atención, la buscamos y en unos segundos descubrimos la acequia. Desde donde brota el manantial, barranco abajo hasta las tierras llanas, le trazaron una acequia para que el agua se fuera repartiendo por el terreno y así regara todas las huertas. Todavía sigue viva esta acequia aunque muy comida de juncos, majuelos, berros y otras plantas y por ella salta el chorrillo cristalino. Pues la seguimos desde la parte baja hacia el venero y damos con él. Mana del final del hoyo que antes decía y para recogerlo le hicieron una alberca, con obra de cemento y en forma casi cuadrada. No sirve ya porque se ha roto mucho y por eso el agua se escapa por sus grietas y partes bajas. Pero por el lado de arriba, donde se abre el hoyo en la ladera, brota el venero.

Por debajo de unas piedras, por entre chinos dorados de las rocas desmoronadas, corre y enseguida se mete en la canalilla de una teja. Desde

aquí salta y cae a la alberca. Y como ya decía que la alberca está sin agua, cuando el chorrillo cae, canta melodías deliciosas, con mil notas que son cristal y viento. Es una delicia encontrarse con esta fuente, en un año de tanta sequía, en un rincón tan misterioso y bello como este y en un día tan especial. Así que nosotros bebemos agua de la fuente y comprobamos que sabe a nieve. Casi a pura nieve y eso es porque desde que las nubes dejó esta agua, en forma de nieve o de lluvia, sobre los picos de los Palancares que coronan, hasta que brota por este manantial, no ha recorrido mucho terreno. Ni siquiera ha tenido tiempo de recoger minerales y sales del terreno por donde pasa y por eso esta agua sólo sabe nieve. Fría como la misma nieve, limpias como la lluvia cuando por aquí se derrama y con sabor a inmaculada sierra o cumbres altas que es por donde caen las nevadas. También sé yo para quién derrochan tanta alegría y frescor los chorrillos cristalinos que de los montes manan. Y eso que ellos guardan silencio mientras brotan y atraviesan las soledades de los barrancos y laderas de estas sierras.

Durante unos minutos intentamos ser conscientes del momento que estamos viviendo y en tan original rincón serrano y arrancamos. Buscamos otra vez la senda intuyendo que debe seguir por esta ladera hacia los arroyos de cabecera que aun nos coronan y hacia las laderas y cortijos que al otro lado estamos viendo y la encontramos. Son varias sendas trazadas y pisadas por los animales pero por aquí también iba y sigue yendo la senda, la principal, por la que ellos se escapaban y volvían. Así que avanzamos cruzando la ladera hacia la parte alta, por donde van sumándose los arroyos que desde las cumbres caen y nos metemos por una pinatada. Es un bosque de pinos muy espesos que tiene toda la pinta de haber sido repoblados por aquí y zigzagueando por ellos y la ladera, en unos seiscientos metros salimos a otra hondonada. Es un segundo arroyo que también nos llega por la derecha y viene cayendo de los picachos que forman conjunto y son Palancares. Todavía más del centro del corazón de los picos que acabo de describir. Los que también conozco y sé para quién se elevan hacia las blancas nubes que surcan el azul intenso del cielo.

Es este un barranco lleno de verde, muy misterioso, por su belleza de paisajes y configuración, con tierras muy llanas según se alarga hacia el corazón de los picos de donde viene y con unas laderas también poco pronunciadas aunque algo más que los barrancos de los que llegamos. Pero lo más hondamente grandioso de este barranco, intrigante, al mismo tiempo que con sabor a identidad serrana y hasta con su tono de melodía rotunda, es su nombre. Se llama barranco del Corzo. ¡Fíjate qué nombre más bonito!

Tengo que confesar que la primera que vez que oí este nombre y pronunciado por un serrano, me dio un respingo el corazón. Se me quedó clavado en el centro del alma y desde entonces no he podido olvidarlo. Hasta he tenido más de un sueño con este barranco y el nombre que lo reviste.

¿Por qué sería? Y confieso que desde aquel día, ya muy lejano en el tiempo, unas de mis aspiraciones, al andar por los caminos de estas sierras, ha sido llegar a este barranco, conocerlo, recorrerlo, meditarlo para saborearlo en lo más íntimo e inmortal y empaparme de él hasta donde sepa, pueda o se me conceda penetrarlo. ¿Por qué será? El barranco del Corzo es como el rincón más sagrado, espiritual y núcleo que desde estas sierras me une con la eternidad de Dios y el cielo que llevo grabado en las fibras de mi alma. ¿Por qué será? Así que si ahora dijera que también conozco yo, sin que mis ojos hayan visto nunca, las luces, sombras, verdes y silencios que se apiñan y florecen por este recóndito barranco, no estoy mintiendo. Lo conozco y por eso hasta lo amo con un amor que en nada se parece al común de los amores humanos. Y yo sé bien de qué amor esto hablando.

Pero hoy, como llevamos prisa, no nos paramos mucho en este barranco. Ya volveré otro día y, en la soledad, silencio y dignidad que él merece, lo fundiré con los latidos de mi espíritu para elevarlo al cielo que bien conozco. Tendrá que ser así para que la sed que siento de él colme la vida que necesita nacer a fin de que, los sueños que me empujaron a lo largo de tantos años, no mueran nunca sino que sean con la grandeza que deben. Le entramos llegando por la senda que viene desde la fuente y lo primero que nos sale al paso son las ruinas del cortijo. Es el cortijo del barranco del Corzo. También me asustan nada más verlas y comprobar que ya están sin vida alguna. Son unas humildes tapuelas, casi donde el arroyo del barranco del Corzo se junta o se hace río de Chorrogil y por aquí mismo, todavía creciendo nogueras, álamos, parras, granados, muchos juncos en las tierras de los huertos y las aguas que descienden por este barranco, inundando a lo ancho y a lo largo. Quisiéramos subir hasta done brota el venero pero el día se nos va achicando y todavía tenemos mucho terreno que recorrer. Así que cruzamos por la puerta de las ruinas de lo que fue un bonito cortijo, pisamos las tierras que dieron tan buenos tomates y calabazas y seguimos.

Pero en silencio y con un beso, le digo: “Volveré a estar contigo y que me cuentes tus amores con las noches de escarchas, los días de nieve, las tardes de primaveras, las praderas llenas de florecillas y las mariposas surcando el viento. Volveré y te contaré mis amores para que el dolor de los que tú amaste y yo también, sin conocerlos, florezcan y sean narcisos plateados junto a las corrientes limpias de estas tierras, como jardín en el edén de la eternidad. Volveré una tarde y te hablaré de lo que bien intuyes y tanto me duele dentro. Será un momento supremo que sólo tú, Dios y yo, conoceremos para que nadie nos los pueda manipular ni mancillar. Volveré y ya desde ahora te digo que, un buen trozo del rato que junto a ti quiero estar, tendrás que dejármelo libre para que en los brazos de tu sombra, verde y silencio, llore lo que tengo que llorar para purificarme de lo que necesito”.

Justo en este punto se nos plantean dos opciones. Hay un arroyo con su chorro de agua que nos sigue llegando por el lado de la derecha pero

ahora desde la cara sur del Pardal y el collado de la Mariquilla. Ya remontando este barranco es el final de la sierra por el punto que se le conoce como la cumbre total. Al otro lado es ya vertiente al Guadalquivir cuando éste va por el valle de los Turistas y justo por donde nacen los primeros manantiales del arroyo Torre del Vinagre. Así que si ahora optamos por irnos cauce arriba del arroyo que también nos llega desde el lado derecho, vamos a salir a esos puntos que decía. Y como nos interesa recorrer los otros arroyos, los que tenemos más al frente, al otro lado del principal y por donde estamos viendo vacas que duermen al sol del medio día, arroyos que caen con sus cascadas de agua limpias y cortijos que aun permanecen en pie, nos venimos para este lado. Cruzamos el arroyo que nos viene llegando por este lado derecho, el que propiamente sería el arroyo de Chorrogil pero en su parte final total porque es el que tiene su cauce más en línea recta con todo el río y también más recorrido. Siguiendo la senda, convertida en mil por los animales, comenzamos a recorrer una ladera pelada y que ya se queda casi al frente del barranco del Corzo y los Palancares. El Pardal queda a la derecha y arriba.

Comenzamos a subir levemente porque en este ampuloso y bello barranco las pendientes no son muy pronunciadas y mientras nos acercamos a la boquera de los dos arroyos menores, se nos va quedando el alma en la tierra que vamos dejando atrás y por el lado derecho. Lo que va quedando atrás, un poco así por encima ya he hablado de ello pero lo que nos remonta por el lado derecho tengo que desgranarlo aunque sea sin penetrar mucho. Y he dicho desgranar sabiendo lo que decía. El Pez del Trigo es como se llama la loma que nos corona y queda por este lado del sol de medio día. Entre el arroyo que antes describía y le daba el título de principal y los dos arroyuelos que bajan desde el gran collado. Los que pretendemos recorrer, escudriñar y amar aunque sea en tres minutos.

"Esa loma pelada que baja desde el Pardal hacia la hondura del barranco, se le conoce por el Pez del Trigo". Y esa loma es la que ahora vamos surcando por su cara norte, siguiendo las veredillas de los animales. Intentaré decir que es una loma con cierta figura de pez. Alargada, cayendo desde las cumbres del Pardal, bastante redondeada por encima, pelada de vegetación tanto por el lomo como por sus dos laderas y con tierra ni mala del todo ni buena del todo. Es tierra algo blanca, con muchas piedrecillas sueltas, sin ningún arroyo que rompa la uniformidad de estas lisas laderas y con apariencia de ser muy fértil. ¿Por qué la bautizaron con el nombre de Pez del Trigo? ¿Sabían ellos lo que se decían? ¿Este nombre tenía alguna relación con lo que la tierra podría producir? El trigo se ha dado, y con acierto, en todas las tierras de este Parque Natural. Quiero decir en cualquier lugar donde hubiera un puñado de tierra. Sin duda que en esta original loma también tuvo que darse y por la calidad de la tierra que estoy viendo, sería bueno. Se darían aquí trigales de primerísima y eso alegraría muchos a los serranos que lo sembraban. Pero lo del Pez del Trigo ¿Por qué?

Y cierro mis ojos, por unos segundos, mientras no dejo de recorrer la sendilla que nos va acercando hasta otro de los manantiales más legendario de todo este barranco. Cierro mis ojos sin pretenderlo y de pronto veo lo que necesito para comprender lo que no tengo claro. En no sé qué región y mundo iluminado, veo una loma alargada, igual a la que se nos va quedando por la derecha. Su lomo parece la de un pez que bajara desde las nubes y quisiera beber agua en la fuente del barranco del Corzo. El centro de su cuerpo queda coronado justamente por la altura de un monte que es igual a la figura del Pardal que tenemos en todo lo alto. Y su cola, del centro para atrás hasta la terminación de este pez, se queda diluida en el vacío sideral. Como si no existiera o fuera un pez sólo de la mitad para delante. La otra mitad, como si en forma de viento o de luz, se evaporara y ensanchara hacia la hondura e inmensidad del universo. ¿Pero de la mitad para delante?

Pues sigo viendo la figura de un pez con su cabeza y ojos y por su lomo, todo revestido de tupidos trigales verdes. Trigales que el viento ondea y el sol dora mientras el rocío los moja en las noches estrelladas y en cuanto llega la primavera, se van tornando dorados. Como el oro viejo, primero y oro plata, después. Llega el verano y entonces, un día, ya cantan las cigarras. De los cortijos salen los hombres y se ponen a segar los trigales porque ya están secos. Sólo tocarlos y crujen como trozos de cristal pero como el sol sigue calentando, los hombres que siegan sudan a chorros limpios. Para calmarse un poco, de vez en cuando se paran, echan un trago de agua cogida en la fuente que mana cerca del arroyo y por eso se llama del Segaor y siguen segando trigo. Al caer la noche duermen junto al tajo para en cuanto amanezca continuar con la faena.

Y los sigo viendo, ahora acarreando el trigo recién segado, a la era donde lo trillan con los mulos, lo avientan para separar la paja del grano y cuando ya los dorados granos de trigo están separados de la paja, los meten en costales. Los cargan sobre el lomo de los burros y por la senda que surca la sierra y alguien dijo que era el camino de la cumbre, sin que supiera lo que se decía, bajan ellos hasta el valle de Guarondo. Es ahí donde los molinos no dan descanso a sus rulos de piedra ni siquiera de noche y por eso es ahí donde el trigo que se cría en la loma blanca del Pez del Trigo, se convierte en harina. Los mismos hombre cargan la harina sobre los lomos de los mismos burros y con el sol a sus espaldas y el sudor chorreándole por su frente, suben por la senda que atraviesa por las cumbres de las praderas verdes.

Cuando llegan a sus casas, los cortijos ya rotos que ahora me voy encontrando por aquí, amasan la harina con el agua clara que mana de la fuente del Segaor y en el horno de piedra que han caldeado las piñas secas de los pinos viejos, lo cuecen. Huele al aire a pan recién cocido y a tortas de manteca que crujen a morderlas y ¡qué sabor a gloria y a eternidad tiene este pan de harina candeal! Es pan sacado de los trigales que se crían en la loma

de la tierra blanca que mira a sol de la tarde y como está regada por el sudor de los que en ella han nacido y derraman sus vidas, tiene un sabor a soledad y a dulce panal de miel. Ellos lo saben y yo ahora medio lo comprendo sin que ni siquiera sea consciente de por qué la tierra grita cuando hoy pongo mis pies sobre ella. No soy consciente pero por aquí ando como cualquier turista que viene de visita para coleccionar paisajes y luego olvidarse de todos ellos y para siempre.

Por eso, cuando ya llegamos a la fuente del Segaor, la que todavía sigue manando bajo la misma roca y casi en la misma cantidad de aquellos tiempos, nos paramos. Con mis manos aparto las piedras que han rodado desde la ladera y han cegado el venero y espero un poco para que se ponga clara. Se me viene ahora al recuerdo las palabras que aquel día me dijo el que vivió en el más hondo cortijo que nunca se construyó en estas sierras: "Cuando tú llegues a una fuente que no tenga poza, hazla con tus manos. Primero verás que el agua se pone turbia. No importa. Espera un rato y ya verás como el agua que brota por el manantial se aclara y entonces ya se puede beber. En la vida, muchas veces, las cosas ocurren como en este manantial. Hay que hacer la poza para poder beber agua pero también hay que esperar a que el agua se aclare. ¿Lo comprendes?" Y yo le dije que sí pero no había comprendido.

Mas hoy, sí tengo que hacer una pequeña poza justo por donde brota el agua de la fuente del Segaor. En unos minutos ya mana clara y por eso se puede beber con toda garantía y gozo. Con el jarrillo que ellos llevan colgado a la mochila, cogemos y a jarrillo por persona sin que ninguno seamos capaces de agotarlo todo entero. Durante un rato, aquí nos quedamos mirando al agua brotar por debajo de la roca, mirando a las vacas que acostadas toman el sol en la explanada que hay entre los dos arroyos que se juntan y mirando al barranco que ya hemos rebasado. Al poco seguimos y ahora, en lugar de volver unos metros y buscar la senda, continuamos por el arroyo que baja desde las laderas de la loma Pez del Trigo y en cuanto hemos remontado unos metros, nos venimos para el lado izquierdo. Se anda bien este terreno porque ni tiene monte ni presenta mucha inclinación. Están por aquí florecidos los cerezos, los que todavía no se han podrido y también algunos almendros. Los más tardía, porque otro muchos, hace tiempo que ya echaron sus flores. También empiezan a brotar los álamos y los fresnos. El terreno se presenta con gran sequía pero por donde hay acequias y corre el agua, como el sol caliente bien, ya está brotando la primavera. Pienso que si, cualquier día de estos, le diera por venir un temporal de frío, como pasa muchos años, todas las flores de estos árboles se helarían. Se ha adelantado mucho la primavera y todavía quedan muchos días hasta que sea verano de verdad. A ellos les ocurriría esto en más de una ocasión. Un año entero esperando a que las tierras dieran sus cosechas y si luego los fríos llegaban cuando ya las cosechas estaban brotadas, todo se iba al garete.

En unos minutos alcanzamos el arroyo que viene desde el cortijo del Segaor. Siguiendo este surco remontamos y también, casi sin darnos cuenta, nos encajamos en la misma puerta de este otro bonito cortijo. En la misma puerta la tierra ya se presenta llana por completo, con mucha hierba porque el agua del venero que aquí mana, la empapa mientras cae hacia el surco del arroyo grande y también crecen por aquí un buen número de álamos. Justo al borde mismo de la acequia que sale desde la fuente. Conforme vamos llegando a la fuente, en la parata de piedra que hay por delante del cortijo, nos paramos. Al mirar para el suelo, descubro una roca con las huellas de un gran fósil. Es justo el negativo de un ammonite grande. Lo cogemos, le sacamos unas fotos y estando es ello, aquí mismo y algo enterrado descubrimos el positivo del molde que tenemos entre las manos. Una joya por lo perfecto que lo encontramos y lo grande que es. Si no estuviéramos tan lejos del coche, quizá alguno se animara a cargar con este hallazgo pero después de pensarlo, lo dejamos en su mismo sitio. Los barrancos que se nos van quedando atrás cada vez se presentan con mayor belleza y por eso impresionan tanto.

Ahora ya no paramos para ver más de cerca las ruinas del cortijo que se desmorona. Desde los álamos y la fuente que mana aquí mismo le hacemos una foto y seguimos. Por la tierra llana que va remontando hacia el collado cada vez más ancho y más cómodo de andar. La hierba cubre la llanura y hasta se nota por donde trazaron un círculo grande para que aterrizara el helicóptero. La hierba se presenta mucho más verde y alta. Más arriba, ya volcando para la vertiente de la cañá del Avellano, se ven las ruinas de otro cortijo.
- El cortijo que hay en la solana esa le dicen el cortijo de los Negros. A continuación, la cañá que baja y está mallada, eso ha sido de Andrés Parras. El hombre ya murió y por eso lo tiene un hijo que le dicen Luciano y está en Granada. el cortijo que está roto y queda arriba es el de los Negros.

Pues este cortijo ni siquiera tiene sus paredes blanqueadas ni tampoco le quedan tejas. Ya está casi derruido del todo. El terreno por donde lo levantaron es llano pero no del todo y va tomando inclinación hacia el arroyo de la fuente de la Berraza. Un poco más lejos, se ven más ruinas de más cortijos, algunos pinos de porte llamativo y por lo demás, los paisajes desérticos, sin apenas vegetación ni hierba ni seres vivos. Hasta este punto ya tenemos andado ocho kilómetros. Un buen paseo y nos queda todo el regreso. Son las dos en punto. Arrancamos a las diez y diez minutos de la mañana.

En cuanto coronamos el collado nos venimos para el lado de la derecha y por una suave loma vamos remontando para la cara norte del Pardal. Por aquí es muy fácil subir. Sigue el terreno sin vegetación alguna y sí con muchos surcos de acequias que vienen cayendo desde las partes altas. Todas estas tierras ellos las sembraban y por eso se ven tan preparadas. Le

quitaron las piedras, la labraron bien, le hicieron paratas para que la tierra no se corriera y para aprovechar el agua, trazaron acequias. Hoy nos la encontramos con un aspecto muy diferente a como fueron cuando ellos las cultivaban. Y como hoy es un día sin nubes, con un radiante cielo azul y mucho sol, pues tampoco podemos captar esa otra realidad brava y salvaje que se da por aquí cuando se presentan las tormentas, descargan las nevadas, soplan los vientos, caen las escarchas o arrecian los temporales. Medio puedo comprender como fueron y serán estos días por estas cumbres pero no es lo mismo que encontrarse metido en el centro de un invierno crudo y con la nieve hasta la cintura que venir, como nosotros hoy, de paseo en forma de turistas. Por el terreno hoy la primavera quiere reventar y como ni siquiera hace frío, la realidad es más bien pura fantasía. Sólo parcialmente sirve para la comprensión de la gran realidad que es y se da por estas cumbres.

En unos veinte minutos coronamos a lo más alto del pico Pardal. Y lo hacemos aprovechando la facilidad que ofrece la cumbre por el lado que mira al sol de la mañana. Todo es tierra, con algunas piedras sueltas, muchos cambrones que ya están empezando a florecer, zamarrilla, arenaria y gamonitos. Las flores de los cambrones son de un color violeta suave cuya delicadeza contracta con las afiladas púas que presentan estas almohadillas espinosas. Los gamonitos parecen que los han sembrado a manta. Cuando por fin florecen les regalan a estas cumbres un espectáculo blanco inmaculado que no tiene comparación con ningún otro fenómeno serrano. Unos pinos nos van dando compañía y en cuanto coronamos por donde colocaron el punto geodésico, descubrimos que en realidad esta cumbre, ya arriba, no es tan agria como parece vista desde el barranco de los Palancares. Se presenta alargada y toda recubierta de buena tierra color chocolate. Los jabalíes se han liado por aquí con la tierra y como tiene muchos tubérculos, han abierto verdaderas zanjas y barrancos buscando alimento. Seguro que fue en los días en que las nieves cubrían por las otras partes de estas sierras. Aquí en la cumbre, por donde ellos han horadado los surcos, las nieves se derriten antes que en otros lugares porque el sol les da durante todo el día. Aunque la altura sea más, las características del terreno son también más propicias para que la nieve se derrita antes.

Por esta tierra de la cumbre, colorada casi como el almagre y también color chocolate y de ahí el nombre de Pardal, duermen las ovejas. Se ven muchas cagarrutas y ello indica que las ovejas toman esta cumbre como majada para pasar las noches de los calurosos veranos. Los rebaños de ovejas y cabras, siempre que pueden y los dejan, se suben a lo más alto de los montes para dormir. Parece que buscan el aire fresco que con mucha más facilidad corre por estas cumbres que por los valles. Así que sobre el lomo del pico Pardal, además de un buen filo de rocas blancas hacia el lado del barranco de los Palancares, un punto geodésico instalado por el Instituto Geográfico, muchas cagarrutas de los rebaños que por aquí duermen,

multitud de gamonitos, buenas tierras rojas y zanjas abiertas por los jabalíes, encontramos el mejor balcón para gozar de la gran altiplanicie de Jabalcaballo, el valle del Guadalquivir cuando éste avanza por Coto Ríos y la profundidad de la sierra hacia Santiago de la Espada. Una atalaya única que es núcleo para la comprensión de la porción de sierra que ando describiendo. Sin esta fundamental pieza las cosas adquieren otro matiz que más bien deforma la realidad serrana.

Por eso, durante más de media hora, por aquí nos quedamos sin prisa intentando saborear la grandiosidad de los paisajes que nuestros ojos dominan. Y entre tantos y tan variados rincones especialmente nos llama la atención las ruinas de otro cortijo, un poco sobre la loma del Pez del Trigo. Al asomarnos para el lado de la nava del Puesto, sobre un collado menor y algo bajado de las cumbres de Pardal vemos las ruinas. Llaman la atención más por lo bonito que es el rincón en sí que por las ruinas mismas que son como tantas y tantas en estas sierras. Me paro y las observo despacio cuando en estos momentos caigo en la cuenta que a este punto ellos lo bautizaron con el nombre del collado de la Mariquilla. La casa, el terreno y el collado ellos lo conocen con el nombre de la Mariquilla.
- ¿Y el collado que da paso desde piedras Rubias hacia la cañá del Pardal?
- Pues en ese collado es donde se coloca ese nombre. Collado de la Mariquilla es como toda la vida de Dios nosotros lo hemos llamado.
Comprendo ahora que a la Mariquilla, la del cortijo que antes decía asombran sus ruinas vistas desde las cumbres de este Pardal, como vivió por aquí cerca, le tomaron su nombre para ponérselo al terreno. Una manera de inmortalizarla sin que ellos lo supieran ni lo pretendieran.

Y ya concluyo diciendo que, dibujada en un buen mapa topográfico, si la cima del Pardal la recorremos por la curva de nivel que va por los mil quinientos metros, nos sale una figura muy curiosa. Se parece algo, no por completo, a la teta de una vaca que fuera un poco alargada y estuviera repleta de leche. Por el lado que da al barranco de los Palancares, la curva de nivel que antes decía, va por completo recta de un extremo a otro y por eso se origina aquí el voladero que mira a la fuente del Segaor. Un frontal rocoso muy original cuando se ve desde el cortijo de los Palancares. El otro lado paralelo a este, queda por la parte del valle del Guadalquivir y no discurre en una línea recta. Pero por la parte de arriba, donde la teta de la vaca estuviera cogida a la barriga, es la parte más gruesa de la figura que describo y queda por el lado del sol de la tarde, collado de la nava del Puesto y Pez del Trigo. Y por el lado de peña Corva, final de la teta y más retirada de la barriga de la vaca, termina en un curioso pezón. Alargado como un dedo y torcido hacia el valle del Guadalquivir. En el mismo centro de esta teta se encuentra el punto geodésico, que como ya dije, alcanza la altura de mil quinientos ochenta metros.

Nos volvemos para atrás, recorremos otra vez toda la raspa del lomo

modelado sobre esta cumbre del Pardal y como todavía no es muy tarde, comenzamos a despedirnos. Por el mismo terreno que hemos remontado, vamos cayendo pero ahora nos venimos loma adelante para así ir viendo más paisaje. Ya son tantos que nos sentimos desbordados. Por la izquierda ahora nos queda el collado del Segaor, las ruinas de los otros cortijos que por aquí veíamos hace un rato y una gran extensión de terreno, entre llanuras, collados, hoyos, lomas y pedregales. Por el lado de la derecha, lo que más destacan son los picachos de peña Corva, el collado de la Mariquilla cuando ya se vuelca para la cañada del Pardal, un cortijo que por esta ladera todavía sigue en pie y lleva el nombre del pico que acabamos de remontar y tierras llanas. Preciosas praderas de tierras llanas que desde el Pardal, el collado y la loma que vamos bajando, caen hacia la cañada del Pardal. Por el collado de la Mariquilla se nos arrancas cuatro ciervos. Les entra tanto miedo al vernos que en cuestión de minutos ya han transpuesto por los picachos del Juego de la Bola. Más de dos kilómetros y de tierras muy quebradas. Tardaríamos nosotros media hora larga en recorrerlo.
- Los animales deben pensar que los andamos buscando con los rifles de mira telescópica.
- Seguro que ese es el temor que sienten. Pero nosotros no pertenecemos a ese gremio y por eso nos permitimos verlo con otros ojos. Ellos no lo saben y por eso nos sentimos frustrados.

Por la puerta del cortijo del Pardal, donde dicen vive un alemán, se ven un par de coches, un artilugio pintado de verde que sujeto a unos hierros, da vueltas cuando lo empuja el viento. Lo miramos despacio pero no acabamos de saber para qué será este artilugio. Pinta de que sea un aparato para producir electricidad, parece que no. Algo más abajo de este cacharro, en una suave cañada con mucha hierba, pastan unas cuantas ovejas y cabras. Una de ellas es negra y está tomando el sol. Al mirarla con atención descubrimos que esta oveja negra, junto con algunas más que comen hierba, no son de la misma raza que, desde tiempos lejanísimos, han pastado por estas sierras. Las que toda la vida de Dios han criado las familias que poblaban las cumbres de estas montañas.
- Son muy parecidas a las ovejas que se ven por los paisajes ingleses.
Y en verdad que lo son. Con mucho más cuerpo, más rechonchas, de lana más espesa y larga y con otros rasgos en su cara, orejas y ojos. Hasta sus formas de pastar y andar, sin distintas.
- Las habrán traído de sus tierras. Quiero decir que serán inglesas.
- De sus tierras las habrán traído para que estas tierras ahora sean un poco aquellas y aquellas un poco éstas.
- ¿Y eso es bueno?

En unos veinte minutos caemos por fin a lo más hondo de la preciosa cañada del Pardal. Justo por donde esta cañada empieza a tomar cuerpo y va fraguando los primeros surcos del arroyo del Avellano. Uno de los afluentes del río Chorrogil y con mucho caudal cuando ya cerca de la Morra

se funde con el otro ramal que viene desde la fuente de la Berraza. Por donde nosotros hemos llegado la tierra es llana, crecen algunos álamos, muchos majoletos que todavía no tienen hojas y hasta mana una fuente. La tienen recogida en una pequeña poza de cemento y tapada con una tabla. Sólo unos metros más abajo le han puesto unos tornajos y por un tubo de plástico el agua llega desde la fuente y se derrama en los tornajos.

A la sombra de unos álamos nos paramos y sobre el tapiz de hierba verde nos ponemos a comer. Son ya algo más de la tres de la tarde. Todavía nos queda un buen trozo para llegar a donde tenemos el coche pero calculamos que tendremos tiempo más que suficiente si no surge ningún contratiempo gordo. Así que empezamos a sacar la comida de los macutos cuando al mirar para el lado de peña Corva, sobre un puntal rocoso, vemos la figura de una persona. Intuimos enseguida que debe ser el pastor de estas llanuras. Un buen rebaño de ovejas pastan en esta misma cañada pero por donde se va el arroyo que sale de los tornajos.

Lo llamamos y en unos segundos lo tenemos con nosotros. Compartimos con él trozos de chorizo, queso, algo de chocolate y mientras tanto que nos da compañía y vamos comiendo, nos va informando de cosas que, al menos a mí, me interesan mucho. Por eso me entero que se llama Amador, es hermano de Romualdo del cortijo de la Traviesa y ahora vive en el cortijo del Juego de la Bola y en Coto Ríos, inverna con sus ovejas por la hoya de Miguel Barba, el barranco del Zarzalar, el Juego de la Bola y en primavera y verano se viene por estas tierras de Jabalcaballo. Justo por estos días están naciendo los borregos y como hay muchos zorros ni un sólo minuto del día y de la noche se puede retirar del rebaño porque los zorros se llevan a los borregos recién nacidos. En verano duerme junto al rebaño, en cualquier sitio pero en estas fechas, como Coto Ríos le coge lejos, encierra a las ovejas en un cortijo por la fuente de la Berraza y ahí duermen ellos. Porque su zagal, su hijo, también está por aquí echando una mano en la faena de las ovejas. Mientras charlamos lo vemos que cruza por la loma de enfrente, dirección a la Morra y va seguido de un perro ovejero. He dicho que en verano duermen ellos en cualquier sitio. Hasta debajo de un roble, entre las hojas secas que de este árbol se caen y al perfume de la hierba verde.

Quiero aclarar que el Juego de la Bola son unos cortijillos que se encuentran en la ladera que vuelca para Coto Ríos, justo al final del puntal que cae desde peña Corva. Un poco hacia el lado del sol de la tarde y también para el arroyo de la Torre del Vinagre, el terreno se allana algo en mitad de esa gran ladera. Hay dos picachos que miden 1342 y 1360 metros y como son muy parecidos hasta en sus figuras, le pusieron el bonito nombre que atrás dejé escrito. Las tierras también son buenas y por ellas manan algunas fuentes. Nacen por ahí el arroyo de hoya Almadilla y un ramal del arroyo Torre del Vinagre. Así que por todo esto y la buena hierba que el terreno da para alimentar el ganado, en tan hermoso rincón, construyeron

unos cortijos. Los bautizaron con el nombre del Juego de la Bola y desde aquellos tiempos, todavía siguen ahí. Hasta el lugar se llega por un carril de tierra que arranca por el hotel la Hortizuela y luego por una vereda. Es mejor subir desde el valle del Guadalquivir, por donde las distancias son más cortas aunque la inclinación del terreno sea mucha.

De donde estamos comiendo para abajo, dirección a la Morra, tenemos la cañá del Avellano y los cortijos de la Berraza. En la Berraza es que hay dos cortijos. Uno lo compraron los de Linares y lo han hecho nuevo en el mes de agosto pasado y el otro queda casi al frente. Eso eran dos cuñados pero que para entenderse, los serranos a ese punto de siempre le han dicho la Berraza. Un buen rodal de tierra con su fuente y su arroyo. Por ahí hay un punto que le llaman las Chorreras, correderas. El carril que viene al cortijo del Pardal lo han metido por enmedio. Todas las aguas del Pardal descienden por la cañá para abajo. Lo que remonta por encima de la fuente de la cañá del Pardal se llaman los Puntales del poyo de Eladio. Se refiere al que fue dueño del cortijo Tarquino y su hija ahora vive en el cortijo del raso de la Escalera.

Terminamos de comer, bebemos agua en el chorrillo que cae a los tornajos, lo despedimos y siguiendo el surco del arroyo, bajamos por las sendillas que los animales han trazado por el terreno. Unos metros más abajo nos tropezamos con un ramal de pista forestal que nos llega por el lado derecho. Viene a un cortijo que han rehabilitado por la cañada del lado izquierdo y que nos lo encontramos cercado con su alambrada correspondiente. Es el cortijo de los Parras. Este ramal de pista se desgaja de la principal que, desde el arroyo de Gil Cobo, llega hasta la fuente de la Berraza y el cortijo del Pardal. Es por donde entran con los coches las personas que por aquí viven. Al cruzar el arroyo, la pista tiene su cancela de hierro y así el paso queda cortado para los curiosos como nosotros. No le prestamos más atención y continuamos con nuestra ruta. El arroyo se estrecha pero como yo conozco el terreno de cuando el verano pasado recorrí estas tierras, seguimos y aunque los bujes se espesan, la corriente del agua corta el paso y las rocas de la cerrada se estrechan, pasamos sin problema alguno. Lo hemos pretendido así porque ciertamente esta cerrada es de una belleza sin igual. Alguno comenta:
- Se parece a la cerrada de Elías.
Pero no es verdad. Tiene algo de parecido en cuanto que es una cerrada, corre por ella un cauce con agua limpia, se remansan charcos y se ve cielo azul por entre las rocas pero nada tiene que ver aquella cerrada con ésta ni ésta con aquella. Son bellezas distintas y ésta aun conserva el encanto de la tranquilidad y virginidad de sus paisajes.

Por la orilla del cauce que venimos recorriendo las tierras son llanas. Como praderas fértiles que acaso hecho las hubieran puesto por aquí. Así son de bonitos, llanos y curiosos los paisajes que vienen bordeando el surco

del arroyo. Al salir de un recodo, por la derecha y de una cañada, asoma un piquete de ovejas. Se nos quedan mirando porque para ellas ha sido una sorpresa vernos como también lo ha sido para nosotros y como el cuadro es hermoso, nos paramos unos segundos. Por detrás de ellas, sobre el lomo de un puntal algo rocoso y en la cresta, resaltan las paredes de otro gran cortijo serrano que también se desmorona. Y más allá de las ruinas de este grandioso cortijo que hasta tiene presencia de castillo, el azul del cielo se cubre de nubes blancas. El sol se nos va cayendo por detrás de nosotros, según estamos mirando al cortijo y a las ovejas comiendo hierba por la cañada misteriosa. Así que sin pretenderlo, descubrimos que el cuadro no puede ser más hermoso. Se nos cuela por los ojos con la fuerza de lo puramente bello y por eso, los impulsos nuestros son recogerlo en una foto para no olvidarlo nunca más. Para luego gozarlo más despacio y a lo largo del tiempo que queramos.

Seguimos la ruta sabiendo que a partir de ahora cada vez tenemos menos tarde y sí todavía un buen trecho hasta donde nos espera el coche. Se nos complica el paso porque una alambrada corta las riberas del arroyo. Miramos y por el otro lado, descubrimos unas sendas de animales. Cruzamos el cauce, remontamos unas rocas y al coronar, antes nosotros la casa de los perros y hasta donde llega otro ramal de pista. Pertenece también al rincón de la fuente de la Berraza porque este nombre no se concreta sólo en un punto y venero. Lo saludamos desde la otra ladera y seguimos cayendo otra vez al cauce del arroyo. Por aquí se nos presentan más alambradas pero nosotros, en lugar de saltarlas o buscar un portillo, nos vamos por su borde y unos metros más abajo, después de una pinatá, salimos al paso por donde siempre cruzó la senda que sale desde las tierras que dejamos atrás. Ya dije antes que por aquí, no cerraron las alambradas sino que la trazaron dejando un pasillo y así respetar el recorrido normal de la senda.

Mientras hemos bajado un hato de vacas, al vernos, han salido huyendo de nosotros y sólo se han parado cuando ya no tenían por delante más terreno por donde correr. Las alambradas cierran el paso por donde el arroyo se empieza a meter en la gran cerrada de la Morra. Contra los alambres se han quedado las vacas y como todavía siguen asustada de nosotros, ahora se vuelven para atrás y quieren escaparse por el mismo portillo que hace unos minutos han entrado. Las miramos con atención y hasta llegamos a creer que se vuelven contra nosotros. Pero antes de que ellas lleguen al pasillo que dejan las alambradas, cruzamos, rozamos las paredes del viejo cortijo, buscamos la senda que le entra por entre las rocas y el lado de atrás y en unos minutos ya vamos trazando zigzags por la ladera que remonta a la Morra. Creo que a este trozo de senda le llaman la Escalera de Eladio. Escalera porque sube trazando curvas en forma de escalera y Eladio, por el que habitó uno de los cortijos que por aquí se desmorona.

La ruta que sube desde el cortijo de los Tarquinos hasta peña Corva,

pasa por este trozo de escalera. Por eso ya allí de habla de este trozo de camino. Pero nosotros esta tarde lo recorremos con un gozo nuevo en el alma y tan sólo unos minutos nos encontramos en el puntal que desde la Morra se alarga para la fuente del Tejo. Por aquí el terreno adquiere un aspecto por completo nuevo. Va desapareciendo el paisaje rocoso y la inclinación de las laderas y queda dominado por tierras cada vez más llanas, con mucha tierra fértil por donde crecen los pinares de repoblación y la hierba silvestre. La senda se va borrando según penetra en estas tierras más llanas hasta que se funde con las ramblillas de un arroyuelo que viene desde la Morra. Es justo el cauce que le llega al cortijo de los Chortales, al final de la Escalera de los Fautinos, en esta misma vertiente. Lo reconozco y a la vez que experimento cierta alegría me siento entusiasmado por la tierra llana, que algo más arriba, le da nacimiento.

Es una nava ancha, con mucha hierba, por completo plana y a sólo unos metros de la rocosa cocota de la Morra. A este poyo le llaman precisamente la Morra. Por aquí crece una noguerilla y en otros tiempos hubo un cortijo pequeño. Es el cortijo de Justa la Fumadora. En aquellos tiempos llamaba mucho la atención porque quizá era ella la única mujer que fumaba en toda la sierra. Pues por la llanura que los poyos de la Morra nos ofrece nos vamos quedando con el entusiasmo al rojo vivo al tiempo que buscamos señales de senda. Se ha borrado por completo y la necesitamos para atravesar el tranco hacia Poyollano . En el mismo borde de este tranco nos paramos para tomar un respiro y un trago de agua mientras gozamos de la grandiosa panorámica que desde aquí se abre hacia el gran valle del Embalse de Aguascebas. Una panorámica muy hermosa y más a estas horas de la tarde, con el sol tiñéndola de naranja y oro.

A sólo unos metros por debajo del gran tranco donde estamos remontados, se ve un cortijo. Hay gente en él y hasta burros que comen paja por la puerta. Ahora descubro y encajo en su lugar exacto el cortijo de cueva Carambilla. La cueva se encuentra justo en el escalón rocoso sobre el que estamos remontados pero cuando éste se clava en la tierra de la ladera. En la misma dirección de este cortijo pero abajo total y mucho más lejos, se ven otros cortijos. El del Prao Maguillo, lancha de los Huertos, Praos de Coca, fuente del Pino, la Fresnedilla y la Nava del Vilano. Un buitre leonado surca el vacío y se hunde hacia el lado del arroyo Chortales. Por este lado buscamos la senda y como la vemos por entre las rocas en el poyo que cae desde el escalón hacia cueva Carambilla, nos tiramos rectos y por una falla en el escalón y saltamos. Comprobamos que no somos los primeros. Hay por aquí como unas piedras inclinadas contra la pared rocosa y por ellas saltan las personas que no tienen ganas de rodear con la senda.

A partir de este punto, la vereda aparece con mucha más claridad. Baja desde lo más alto y de una forma parecida a la escalera Romana y la del tranco del Acebo, desciende trazando escaleras y sujeta a las interminables

rocas.
- Por esa escalera, en aquellos tiempos, bajaban las bodas y hasta los entierros. Quiero decir que cuando en aquellos tiempos se casaba una pareja, con sus mulos y burros, por aquí bajaban ellos y los invitados. ¡No pasaba gente por esta escalera de la Morra! Ya, porque se ha roto pero antes ese era un camino importante.
Poco a poco se va metiendo entre pinares, roza la cavidad de cueva Carambilla, salta por las tablas de tierra que por aquí prepararon en otros tiempos para sembrarlas y en unos metros más casi pierde toda su pendiente. Por el lado derecho se nos queda el cortijo Carambilla, sobre un morrete que se asoma a la cuesta del Oso y como pasamos cerca nos paramos. En su puerta, por donde verdeguea la hierba que a manta cubre la tierra llana de la puerta, nos encontramos a varias personas. Las saludamos y enseguida sabemos que son extranjeros. Nos dicen que para entrar a este cortijo lo hacen por el Prao de los Chopos, cortijo de Tarquino y luego poyo adelante hasta el cortijo Carambilla. Nos satisface porque ya hemos aprendido un poco más del gran rompecabezas de estas sierras y los despedimos.

Desde el cortijo Carambilla, para el lado del tranco del Acebo, baja una senda que está muy pisada de burros. Por aquí van y vienen ellos con cargas de arena y otros materiales y por eso la senda se nota bien. Pero no es una senda buena porque al no pertenecer a los tiempos de los serranos, va por cualquier sitio y a veces, complica más que lo contrario. Así que nosotros nos dejamos caer rectos a las ruinas del cortijo que quedan remontadas en el mismo poyo de la cascada de Chorrogil. Poyollano también llaman a este rincón. Otros me han dicho que este fue el cortijo de las Pepas y un par de nombre más.
- Esa mujer era la más vieja que había por aquí y entonces, todos le decíamos el cortijo de las Pepas. Ya ella se murió y el nombre ha quedado con el cortijo de las Pepas. Justa la Fumaora es en la Morra. Donde hay una noguerilla. Le decían a aquello la Casilla de la Fumaora. El del Facundo y Justa la Fumaora eran los dos cortijos que había en la Morra. Los otros ya no estaban tan altos. Al rincón del cortijo de las Pepas, yo lo conozco por las ruinas de Poyollano desde hace muchos años, sin que con ello quiera quitar ni poner nada. Sólo pretendo decir que a partir de este punto, la ruta que hoy traigo entre manos, se funde con dos más: con la que le sigue a ésta y la que le precede. Así que sólo diré que, por la senda que va y cruza por la pasá de Candiles, avanzamos nosotros, bebemos aguas en el río y nos lavamos las manos, remontamos para la otra llanura que también se le conoce por Poyollano , rozamos los tipis de los “Jipes” y unos metros más adelante enganchamos con la senda del tranco del Acebo. Es la que hace unas horas y en esta misma ruta, recorríamos hacia la honda sierra de los Palancares.

Así que aquí termino no sin antes decir que me hubiera gustado contar esta ruta de otro modo mucho más limpio, exacto, brillante y matizado. Me lo

propuse al comenzar pero esto es lo que me ha salido. Yo sabía que los paisajes por donde me he metido con esta ruta se merecían lo mejor y con la delicadeza y finura más exquisita. Las prisas y el poco tiempo, como sucede a tantos en esta época moderna, me redujeron a lo que acabo de dejar escrito. Aunque siento el deseo, si tuviera tiempo otro día, de volver a estos párrafos y mejorarlos en todo lo que pueda. Por ahora, así se quedan.

Inmensidad
Cuando el día culminaba
su blanco ascenso hacia la luz
y hermoso se derramaba
desde el hondo cielo azul
por toda la tierra amada
que le regalaste Tú,
se le vio que coronaba
la cumbre de la hierba verde
por donde mora su alma.

Se le vio sentarse en la roca,
sillón sobre la atalaya
y mientras dejaba que el viento
a sus anchas lo abrazara
abrió sus ojos a lo ancho
y como muriendo miraba
a la inmensidad del espacio,
sierra hermosa y engalanada
de Dios y de eternidad
y de fuentes que a Dios cantan.

“Gracias, porque me permites
que en los bosques vea tu cara
y porque sin yo merecerlo
una vez más me regalas
la hierba verde de la cumbre,
el sol, con luz y mañana
en este silencio delicioso
que sólo para mí preparas”.
Se le oyó que en su corazón
sincero a su Dios rezaba
cuando en su blanco ascenso hacia la luz
limpio, el día culminaba.

Las 15 fotos

Vista del tranco del Acebo

Desde las ruinas del cortijo de las Pepas, un poyo por encima de la Cascada de Chorrogil y también parte de Poyollano , en primer plano nos queda un precioso paisajes de encinas, rocas calizas, tierra llana y mucha hierba en primavera. En el centro queda el cauce de Chorrogil cuando éste discurre por la pasá de Candiles y al otro lado del río, las tierras de Poyollano . Se ven los árboles frutales que rodean al cortijo de Poyollano , los bosques de pinares y encinares que rodean a este cortijo, trancos y poyos y por detrás del cortijo, el tranco del Acebo. Con elegancia sube desde el cauce del río y corona con un filo rocoso que se recorta en el cielo azul. La vegetación arropa con densidad y toda teñida de verde. Por encina del tranco del Acebo se ven los árboles frutales que rodean al cortijo del tranco del Acebo y las tierras llanas por donde se asienta esta construcción. Un buen puñado de pinos van subiendo por la ladera y ya al final del todo, coronan unos cerros algo redondeados. Son los picos de Navazaltillo por donde, al otro lado, ya están los Palancares. En la foto lo que más destaca es el verde del paisaje y el color blanco de los recios filos rocosos en los distintos trancos.

Cortijo del tranco del Acebo

Al cortijo se le ve, mirado desde el lado del río, en el centro de su tierra llana. Y a la tierra se le ve más que verde, tapizada de hierba fresca que tupida se aprieta contra las matas de los enebros y de los bujes y al fondo, por donde ya se escapa el horizonte de la llanura, se le ve a la cañada preñada de bosques densos, de cerezos, de parras y nogueras y también de zarzas. El cielo cubre azul y sereno y aunque el viento pasa, en la tarde de mes de marzo, el cortijo calla clavado en su tierra profunda donde sólo cantan algunos pájaros carpinteros, los autillos en las noches largas y algunos búhos, junto con los mochuelos que también cantan. Se le ve al cortijo ya viejo, cansado, esqueleto y sólo alma que con la del viajero que llega se compenetran y abrazan en un mundo que no es de este mundo pero que existe y tiene su luz propia y su llama.

Cortijo de los Palancares

Son dos preciosas fotos donde se recogen los paisajes y le hermosura del señorial cortijo de los Palancares. La primera de ellas se mira desde el collado del gran mojón y la Cruz del Helado. Hacia las ruinas del cortijo, sólo unos metros más abajo, cae la tierra despoblada de vegetación, color caramelo miel y bien tapizada de hierba fresca. Las matas de zamarrilla, los majuelos y los pinares más al fondo, van salpicando y enmarcando al corazón del cuadro que es justo donde se desmoronan las ruinas del que fue el más bello de los cortijos serranos. Más lejos y al otro lado de los arroyos, resaltan las tierras grisáceas y verdes de la loma del Pez del Trigo y el filo rocoso de

la cumbre del Pardal. Una imagen que enamora sólo contemplarla y por eso el corazón se siente bien. El cielo azul corona desde su gran bóveda limpia y transparente.

La otra foto también del cortijo de los Palancares muestra aun más belleza porque se concentra en la presencia del señorial cortijo, las tierras llanas y verdes que desde su puerta caen para el barranco principal, los árboles frutales que todavía crecen por ahí y la solana. La gran solana sobre la que se enmarcan las ruinas del blanco y pardo cortijo de los Palancares. La solana cae desde el collado de la Cruz del Helado, mostrando muchas piedras calizas con sus tonos blancos y por entre ellas, creciendo encinas no muy grandes. Son las famosas carrascas que los serranos aprecian tanto porque corresponden al paisaje real de estas sierras y aportan bellotas y ramón para los rebaños de ovejas, en las épocas de escasez. La grandiosa figura del ahora ruinoso cortijo queda elevada en su puntale de tierra algo naranja y como la hierba presenta su mejor todo verde y fresco, en contraste con el azul del cielo que cubre por arriba, el cuadro es de una tan fina belleza que uno no se cansa de mirarlo.

Cañá de la fuente Palancares

Se mira desde arriba y por eso se ve, por el mismo centro de la foto, bajando la ampulosa cañada por donde corre la acequia que sale de la fuente y donde crecen álamos, cerezos, nogueras y almendros. La cristalina y caudalosa fuente queda por detrás y fuera ya del cuadro. O mejor dicho, en los mismos límites de la foto porque está tomada desde la misma fuente cañada abajo. La tierra de la cañada se presenta despejada de vegetación alguna. Sólo unas cuantas matas de juncos, menta poleo, los árboles que antes decía, con las hojas verdes de los álamos recién brotadas a la primavera y las flores rosadas y nieve de los cerezos también adelantados a la primavera. Por el lado derecho, en una de las laderas que se derraman para la cañada, crece una robusta encina. Es grande y por eso vieja pero su porte se presenta redondeado, muy frondosa y hermosamente resaltada contra la lancha de enfrente. La que cae desde el collado de la Cruz y a toda ella se le ve cuajada de rocas blancas, con muchas carrascas y sabinas. Subiendo por el centro de la cañada remonta un viajero y al fondo, se ven las siluetas de vacas y caballos pastando en las praderas de la gran tierra que caen hacia Chorrogil. Una fantasía de paisaje, a estas horas del día y en estas fechas del año. Es la una de la tarde del sábado 18-3-2000.

Fuente del Segaor

En la realidad la imagen es tan bella que con sólo una mirada y desde cualquier rincón de esta tierra, no es suficiente para saborearla ni en una pequeña parte de sus matices. Pero en la foto la imagen se muestra tan primorosa, estilizada ella y con ese tono verde que la da la hierba que un día entero mirándola, no agota. Baja el arroyo desde el collado del Segaor y al llegar a donde esta fuente mana, un puñado de su tierra, se remansa como si

acaso hecho así lo hubiera elaborado. Y como es comienzo de la primavera, tanto este puñado de tierra como la que se derrama por los alrededores de la fuente y la que remonta ladera arriba hacia la gran loma del Pez del Trigo, muestra su verde intenso de una hierba que sólo sabe de rayos de sol, noches de hielo y tardes de nieve. En la tierra llana que se recoge casi en el cauce del arroyo, se ha abierto u hoyo, de tanto filtrarse el agua. Un poco más en el centro de la foto, bajo una pulsera de rocas blancas y calizas, mana el manantial. Ahí mismo le hicieron como una alberca con la tierra y las piedras que han rodado de la ladera y por eso el agua se sujeta para luego salir e irse por una acequia que regaba la llanura de la pequeña loma de atrás. Algo más arriba de la pulsera rocosa que deja paso al manantial, se ve una hondonada, no muy pronunciada y también repleta de hierba, algunos majuelos, muchas rocas blancas y la tierra negruzca y roja que tan buen trigo dio en aquellos tiempos. Coronando, queda la silueta de la curiosa loma del Pez del Trigo y clavada en ella, más majuelos, algún pino, encinas, robles, mucha hierba y matas de zamarrilla que se mezclan con mejorana. Se le mira despacio y como el verde es tan puro y la luz lo ilumina con tanta claridad uno puede pensar que este paisaje sólo puede existir en la fantasía de los artistas.

Los fósiles

Nos los encontramos en la misma puerta del cortijo del Segaor, bajo las rocas del borde del arroyo. Primero vimos el positivo y luego el negativo. Es un caracol marino, un gran caracol que los expertos llaman ammonites y al verlo, lo que más nos llamó la atención era su limpieza. Estaba como recién arrancado de la roca donde se había fosilizado. Miramos y al ver el positivo caímos en la cuenta que por sí mismo, con el frío del invierno que estaba terminando, se había rajado y como no hacía mucho tiempo, por eso se le veía tan limpio. Su tono es color roca caliza, y en el centro, donde se enrocaba al caracol, tirando a naranja oro viejo. Así que como nos gustó tanto y pesaba mucho para traérnoslo desde tan lejos, lo pusimos sobre la misma roca donde había estado tanto tiempo y le hicimos una foto. El sol lo iluminaba con una luz tenue pero muy limpia y por eso salió con los tonos y la calidad que queríamos. Se le mira y puestos sobre su roca, por donde se agarran los líquenes y algunas matas de hierba, parecen dos joyas. Dos trozos de roca que remiten a tiempos lejanísimos, tan potentes ellos contra el tiempo, que hasta han superado la historia y presencia de los humanos que por aquí labraban las tierras y construían cortijos. En la misma puerta de uno de estos cortijos estuvieron, sabe Dios cuántos años, mientras las personas laboraban por el terreno y ahora aquí siguen, desmoronándose un poco más pero sabiendo que son más fuerte que la vida de cientos de humanos. Se les mira y dicen todo lo que atrás ya he dejado escrito y mucho más que se queda en el corazón porque no hay palabras que puedan expresarlo.

Cortijo del Segaor

Se presenta sobre la tierra llana de la cañada, entre el collado y la ladera, como agazapado en su rincón rocoso. A la izquierda se ven los almendros y algunos cerezos, repletos de flores recién abiertas y todavía con la misma belleza y frescura de aquellos tiempos. A la izquierda se ven los álamos. Y grupo de cinco o seis álamos aun sin hojas porque aunque es marzo, por la noche hace mucho frío. Tienen sus raíces clavadas en la misma tierra que rodea a la fuente que mana aquí mismo y nunca se seca y entre ellos, todavía crecen algunos manzanos y parras. En el mismo centro de la foto se le ve al cortijo. Y se presenta, ya lo dije antes, como aplastado contra la misma inclinación del terreno. Tiene su tejado hundido y con casi todas las tejas rotas. Sólo por los caballetes y los vuelos, todavía no se han caído. Por los agujeros que presenta el tejado se ven los esqueletos de las vigas de madera, las tablas y hasta el suelo de lo que fue una gran estancia. Sus paredes resisten en pie pero ya se les ha caído la cal, en las puertas ya no hay tablas que las cierre o abra y lo mismo en las ventanas. Se puede entrar y salir por cualquiera de estos espacios sin encontrar ningún obstáculo. Por delante del cortijo, ruedan las piedras, crece la hierba, se pudren las parras y se borra la vereda que de aquí salía hacia los otros rincones de la sierra. Por detrás del cortijo, las laderas de la cuerda, se elevan sin demasiada cuesta y por ellas, creen algunos pinos, carrascas, enebros, zamarrilla y cambrones. Se le ve como aplastado en la tierra que le dio calor desde el primer día que tuvo vida pero aunque sigue siendo hermoso testigo de tanto, se desmorona en su soledad y el azul del cielo que lo arropa.

Cortijo de los Negros

Desde el collado, la tierra medio loma que sirve de pasarela hacia las cumbres del Pardal, se le ve en su llanura. Ya volcado para la vertiente de la cañá del Avellano pero todavía en lo más alto. Compañero del que veíamos antes y se llama del Segaor, sólo que cada uno en su vertiente correspondiente y con su tierra única. Y desde el collado, en primer plano se ven las rocas blancas que por aquí la nieve tiene muy alisadas. Una encina grande, varios majoletos todavía sin hojas, mucha tierra llana en el mismo centro del collado por donde se ven aun las paratas que dividían y sujetaban estos pedazos más al fondo, casi en el centro las ruinas del cortijo. Sólo ruinas de paredes sin tejado. A este ya se le desamoró o le desmoronaron totalmente el tejado. Y se presenta sobre un lomete justo donde empieza a nacer una cañada que, algo más abajo ya se derrama en la cañada del Pardal. Por donde el cortijo de los Parras. Por eso, por este lado derecho que es por donde la cañada empieza a tomar cuerpo, el terreno es de una belleza sin nombre. Por detrás, queda la loma que va redondeado la altiplanicie de Jabalcaballo. Puede que esta sea la verdadera loma que sostiene al nombre que he dejado escrito. Y lo digo porque se parece a un caballo pero no demasiado elevado. Muy pelado, con sólo algunos viejos pinos, majuelos, carrascas y zamarrillas y lo demás, tierra oscura y ahora, con hierba que

lucha por hacerse verde. Se le ve en el centro del terreno, abrazado por el hondo silencio que por aquí palpita, hermoso todavía pero gritando la desolación de aquella ausencia.

Peña Corva

Lo que se ve en la foto es mucho más que peña Corva pero como ésta queda alzada, bien a lo lejos y en el centro, se puede decir que es peña Corva. Se le ve desde la loma que va remontando para el Pardal desde el collado del Segaor. En primer plano queda una preciosa cañada que desde esta loma baja para la cañá del Avellano. Su tierra es llana, con algunos rodales teñidos de blanco, otros de verde por la hierba que está empezando a crecer y otros de un castaño pálido. Son los majuelos que espesos aun se presenta sin hojas nuevas. Más allá de la llanura de esta cañada, la tierra se eleva hasta forma una redondeada loma mitad cubierta de pinos repoblados y mitad con sólo tierra que da hierba. Por encima de esta loma y los pinares, resalta peña Corva. Como si se tratara de la trompa de un gran monstruo que se alza desde al valle y al coronar, quisiera tragarse cuanto por este lado hubiera. Desde la gran morra pétrea, para el lado del valle, cae como una capa de escamas rocosas y ya detrás, desde aquí, sólo se adivina el vacío. No es así pero desde este punto, esa es la impresión que se capta. Corona el cielo azul por arriba y queda engalanado por una curiosa nube blanca. Se intuye que esta nube se ha colocado justo en la cima de las Banderillas. El conjunto es de una gran belleza y sirve para dar una idea de los terrenos que hay por esta altiplanicie.

Cortijo de la Berraza

Lo que más impresiona en esta foto es el intenso azul del cielo. Como si se tratara de un mar profundo que cubriera por arriba en lugar de remansarse sobre la superficie de la tierra. Y por este azul hermoso, precisamente las nubes blancas, avanzan en batallón como si quisieran ellas formar pandillas para despedir a la tarde que se va. Queda en primer plano una ladera gris rocosa, un pequeño valle, en el centro y bajando por él, cinco ovejas que comen hierba por esta llanura. Algo al fondo queda otra ladera y sobre el morrete, por encima de las ovejas y arropado por el azul intenso del cielo, las ruinas de otro cortijo. Es uno de los de la fuente de la Berraza que también se desmorona en su pequeña atalaya, rodeado de unos álamos y otros árboles sin hojas. Es de ensueño el cuadro y por eso se mete dentro y duele.

Poyo de la Morra

De un lado a otro de la foto y de la mitad hasta el borde del primer plano va una franja de tierra llana. Son las llanuras de la Morra. La verdadera morra de Chorrogil. De la mitad de la foto hacia arriba otra franja de un extremo a otro y son los bosques de pinos que por aquí sembraron. Los repoblados en las tierras que ellos cultivaban. Por encima de esta franja aparece una tercera que es la del cielo azul con sus nubes blancas. Queda

en el mismo centro y en todo lo alto la Morra. La que es un precioso cucurucho de roca caliza y al coronar queda como un peñón cuyos filos parecen imposibles escalar. Por la primera franja, la llanura, emerge la hierba verde y en la soledad de tan limpio paisaje, casi se toca con la mano, la paz y belleza que la naturaleza tiene sembrado por estos paisajes.

Cortijo Carambilla

Como si preñada de azul y verde estuviera la sierra en la tarde, así se le ve a lo lejos desde el mismo filo de la Morra. Un hondo abismo por donde van cayendo las laderas en escalones de piedras, llanos de verde hierba, castellones rocosos y valles alargados por donde corren los arroyos. Al fondo total se ven las siluetas de las lomas que van confluyendo hacia la cuenca del río Aguascebas Chico. Navazalto, a la derecha, los Vílchetes por la izquierda, el Aguardientero y el Embalse de Aguascebas en el centro y más hacia nosotros, Prao Maguillo y la lancha de los Huertos. En primer plano y casi a los pies del que mira se abre la tierra del poyo donde se asienta el cortijo de Carambilla. Todo un lujo que en la tarde y la brisa transparente parece como si la sierra entera estuviera preñada de belleza.

Collado Prao Maguillo

Desde el poyo que corona a la cascada de Chorrogil, al caer la tarde y mirando para el lado de la Fresnedilla, se ve un impresionante paisaje. En primer plano el gran bosque de bujes que cuelgan por el filo del poyo y luego, la gran tierra que cae desde el collado Prao Maguillo para Chorrogil. Una amplia cañada surcada por la pista forestal, el arroyo y cubriendo a la tierra, mucha hierba. A los lados quedan bosques de pinares con la presencia de algunos cortijos y, levantándose cuenca arriba y para el fondo, la inmensa sierra. Praos de Coca, la Fresnedilla, nava del Vilano, la Bandera, el Ponestillo y el puntal del Filo, el que mira para el barranco del Bigarral. Una visión que ni en sueño puede presentarse más hermosa. ¡Qué grandeza encierra la sierra!

Pasá Candiles

Al cauce de Chorrogil, el que llena de agua el azul Embalse de Aguascebas, se le puede ver y gozar desde muchos puntos. En sus primeras fuentes cuando empieza a nacer, en su famosa cascada, cola de caballo de Chorrogil y cuando ya se funde con las aguas del pantano. Pero este bonito cauce, por su fina transparencia y su música inigualable, también se le puede ver y gozar en uno de sus más curiosos y desconocidos puntos. Cuando cruza por la bonita "pasá de Candiles". Digo bonita porque lo es en verdad y también es muy desconocida, realidad que me alegra. Todo el mundo acude y habla de la caída de la gran cascada pero pocos saben que hay un espectáculo mucho más hermoso y espiritual que también esconde este río. Las aguas se gozan en su limpia serenidad, remansadas en charcos que tienen algas verdes y cayendo por corrientes que trenzan y trenzan olas diamantinas al tiempo que desgranan notas o sinfonías que en nada se

parecen a las que conocen el común de los mortales. En definitiva: un broche de oro para el que es el más grandioso de los paraísos serranos.

63- Collado de Caracho, tranco, lancha, collado y pasá de Candiles, Poyollano , collado Maguillo y Chorrogil
Viernes del 10-3-2000

Por los prados y el río
Distancia aproximada: 7 k.
Desnivel aproximado : 250 m.
Tiempo aproximado : 3 horas andando.
Camino: vieja senda en regular estado.

El pórtico

La primera parte de esta ruta, desde el collado de Caracho hasta el collado de Candiles, es común con la ruta de los Palancares que también se reseña en este trabajo. A partir de este punto, se desvía por el lado izquierdo, recorre la llanura que desde el collado de Candiles baja para el río Chorrogil, lo cruza por un rincón donde la corriente de este río casi se remansa, remonta por el lado de la morra de Chorrogil y por una vieja senda llega hasta el precioso Poyollano . Desde aquí mismo, para la derecha y la parte de arriba, sigue la senda que en aquellos tiempos recorría estas laderas hacia la cañá del Avellano y, para la izquierda, lado de abajo por el filo de voladero y de la cascada de Chorrogil, desciende hasta el collado de Maguillo. Es la misma senda que en este Poyollano tiene un descanso y desgaja un ramal para la pasá de Candiles. Por el collado del Maguillo, se encuentra con la pista de tierra que por aquí cruza y la ruta que ahora quiero reseñar, se viene para el lado izquierdo. Baja la cuesta hacia el río Chorrogil, ya cerca de la cola del Embalse Aguascebas, roza la famosa cascada, sube por la pista y recorriéndola nos trae otra vez al mismo collado del Caracho, de donde hemos salido. Es una ruta para hacer en una tarde tranquilamente y el tiempo necesario ha de ser, como mínimo, tres horas. Se recorren unos siete kilómetros y se pasan por lugares muy hermosos. Sobre todo la recogida y misteriosa pasá de Candiles, donde las aguas del río nos saludan con la belleza de la dulzura, la transparencia y los colores de la emoción más honda. La pasá del Candiles, es para mí, el núcleo de este recogida y delicada ruta.

La ruta

Así que me pongo a describirla diciendo que una vez recorrido el trozo de carril que va desde el collado del Caracho hasta el collado del Robledo, se remonta el tranco de la lancha de Candiles, se continúa con la senda que lleva hasta los Palancares, por la ladera de la verdadera lancha de Candiles que baja hasta el collado y al llegar a este punto, por el lado izquierdo, se nos aparta la tierra llana que tenemos que recorrer. Se ve una alambrada

cercando las tierras llanas que en aquellos tiempos fueron huertos y en el centro de esta alambrada se ve la construcción de un chozo. Un chozo que "son cosas de los gipes", porque está construido con algo de hierro, planchas de goma muy parecida a la que se usa para las moquetas en las instalaciones de lujo y cerrado con una puerta de tabla de lo más rústico y basto. Para describirlo algo mejor diré que es muy parecido a las tiendas redondas que muchas veces he visto en los campamentos de los militares. Con su forma cónica y rematado por la parte del cucurucho con un hierro que se parece mucho a los topes que les ponen a los vagones del tren. Una tienda de campaña al estilo militar. Casi en la misma puerta están los restos de cientos de botellas de cristal y hasta garrafas.

Justo a este peculiar choco, entre las rocas de la lancha, han construido un chambado de lo más original. Sólo unos troncos de pino cruzados de unas rocas a otras que luego han cubierto con tejas y le han puesto una puerta. Dentro intentaron modelar una vivienda pero también les salió de lo más basto y rústico. En suelo se quedó con la misma tierra de la llanura y las paredes que tiene esta vivienda por dentro son también las mismas rocas de la lancha. En la puerta le pusieron unos bancos de madera que miran a la morra de Chorrogil, cara que da a sol de la tarde y delante de uno de estos grandes asientos de tablas pusieron una mesa también de tablas. Sobre lo que fue una máquina de coser de aquellos tiempos, pusieron tablas y ya formaron la mesa. "Son las cosas de los gipes que ahora vienen por aquí". Y claro que se me ocurre pensar que ahora por aquí son muchos los "gipes" que han venido y vienen. Y no siempre le hacen bien a la naturaleza que por aquí se encuentran. Y lo digo porque cerca de estas dos instalaciones que acabo de describir, entre las rocas de la lancha, he visto buenos montones de botellas de cristal. De las usadas para las litronas de cerveza, para el vino y otras bebidas alcohólicas y también de las usadas para conservas. Entre las rocas de esta preciosa lancha las han amontonado y ahí se han quedando revueltas con otras basuras y escombros. No es la primera vez que descubro esto.

Pues la tierra llana sigue cayendo hacia el cauce del río, escalonada o en tablas y por el lado de abajo se sale de la alambrada por una puerta que le hicieron. Dentro de la alambrada, como los animales no pueden entrar a comerse la hierba, hay mucho pasto seco y muy alto. También pienso que si un día hubiera por aquí algún incendio, este pastizal sería un combustible excelente para las llamas. Y sin embargo, también es un buen alimento para los rebaños de ovejas que por aquí pastan. Los de Segundo del cortijo del Montón, los de Juan, del cortijo de la Escalera y los de Rufo, del cortijo del poyo del Rey. Los de Pablo y el otro Pablo, de la majá de la Carrasca y el cortijo del raso de la Escalera, no pastorean por estas zonas. Tampoco los de Ángel de la Fresnedilla ni los de Romualdo del cortijo de la Traviesa. Pero en cualquier caso, el pastizal que cubre las tierras llanas de este collado ahora recogido dentro de una alambrada, sería un buen alimento para cualquiera de

estos rebaños de ovejas que se mueren de hambre porque la sequía de los últimos años las ha dejado sin alimento.

Saliendo de la alambrada cae la senda, ya muy perdida, y por entre bujes se mete en el surco del río. Se cierran un poco los dos trancos, el del Chorrogil y otro menor que hay antes del tranco del Acebo. Por esto, cerca del río, la tierra presenta más cuesta pero pocas. Tiene por aquí, este cauce, un correr muy dulce. Casi sereno pasa y como además se ensancha, forma como un vado por donde se remansa un charco muy bonito y por ahí mismo le pusieron unas piedras grandes. Saltando por ellas se logra cruzar la corriente sin mojarse, si se viene andando como yo esta tarde pero si se viene con bestias, como ellos en aquellos tiempos, tampoco hay problema porque se puede cruzar con absoluta comodidad. Al lado de arriba, por la derecha según voy en la dirección hacia Poyollano , se remansan varios charcos algunos con regular profundidad y en la orilla, esta tarde 10-3-2000, y entre la juncia hay muchos narcisos con sus bonitas flores amarillas, abiertas. Resaltan con el verde puro de las algas que nadan en las aguas y el amarillo claro de las primaveras que también están brotadas. Los juncos de estos charcos, esta tarde, tienen un adorno tan delicado y bello que no hay sueño que lo pueda superar. El charco de la derecha hasta tiene un fresno en la misma orilla. Como crece un poco tumbado para las aguas por encima de su tronco uno puede andar y colocarse en el mismo centro de las aguas. Me recuerda este fresno, porque es casi parecido, a otro que crece en un charco del arroyo de los Tornillos antes de la cerrada de la Canaliega. El Fresno de la Canaliega es como lo llamo yo y hasta le dediqué un fragmento literario.

Por el lado de abajo, la izquierda según llevo mi ruta, se abre otro bonito charco. En éste hasta se puede nadar y todo. El agua está muy fría y claro que viene limpia. Es la que sale desde las altiplanicies de Jabalcaballo pero también ya por ahí la contaminan algo los nuevos habitantes que ahora ocupan los viejos cortijos. Y claro que esta agua también nos la tenemos que beber en los pueblos de la Loma de Úbeda. En esta pasá de la lancha de Candiles que el río Chorrogil tiene por este lado de la Morra, uno se puede parar. Si no lleva mucha prisa, aquí puede instalar un centro de recogimiento, meditación o contemplación. Como se quiera llamar. Lo que deseo decir es que el rincón se presta a que el espíritu del caminante que por aquí venga, se pueda expandir a través del rumor del agua, el silencio hondo del paisaje, la belleza de la naturaleza y el viento que acaricia y penetra hasta las regiones más insospechada y que tanto necesita sin que casi nunca encuentre ese momento propicio. Así que sin prisa, aquí uno se puede parar y dedicarse sólo a escuchar la sinfonía que el agua emite y el gran discurso que desgranan los narcisos, los pinos y los bujes. También cantan los pajarillos y las ranas que viven por estas cristalinas aguas.

Pero yo seguí y en cuanto terminé de cruzar las limpias aguas comencé a remontar la leve cuesta que va elevándose hacia Poyollano . La senda se

presenta bien marcada, por entre las rocas calizas y agrietadas, en muchos tramos y por entre la tierra llana de algunas pequeñas navas, en otros. Según se eleva va ofreciendo una preciosa y cada vez más completa visión del río por la cerrada que talló justo unos metros antes de la grandiosa caída de la cascada de Chorrogil. Desde la senda que sube se le ve, al río con su limpia agua, saltando de poza en poza por el estrecho desfiladero, casi remansado y por eso lleno de una dulzura que asombra. Es otro momento para el gozo en el espíritu y la reflexión en el placer que se experimenta. Desde aquí también ofrecen una visión muy hermosa el Aguardientero, las paredes de la Osera, por debajo del pantano y la morra de Navazalto.

En cuanto termina de coronar ya descansa sobre la tierra llana de Poyollano . Un precioso poyo recogido en el puntal del tranco que origina la gran cascada y por donde hay tierra con mucha hierba en primavera. También siguen las piedras blancas porque las calizas se erosionan y modelan figuras muy originales y pinos de aquellos que repoblaron para que los serranos no pudieran continuar sembrando estas tierras. Pero del suelo brotan los gamonitos en sementeras densas y en los meses de otoño, por los rodales de tierra que se recogen entre estas piedras, crecen muchas setas de cardo. Hay también encinas que se apiñan en tres o cuatro troncos no demasiado gruesos. De las más exquisitas que yo he comido y he cogido en cualquier parte de las sierras de este Parque Natural. La vereda viene directa desde la pasá de Candiles hasta lo que ahora son las ruinas del cortijo de Poyollano . Por detrás de las ruinas de este cortijo, entre las piedras, todavía se puede ver como un corral donde ellos encerraban animales. Justo desde aquí, borde mismo del voladero, se ve la gran cascada cuando empieza a saltar hacia el vacío. Es espectacular la visión sobre las robustas paredes de esta cascada y a un lado y otro.

Desde las ruinas de este cortijo de Poyollano , la senda se eleva para la Morra al tiempo que también baja para el collado del Maguillo. Por la que baja me voy yo esta tarde, sabiendo que la recorro en sentido contrario a como la recorría aquel día que subí por aquí con el amigo que ya no está y en poco rato, comienzo a zigzaguear por el mismo borde del voladero. Pasa por aquí la senda muy pegada al borde, por entre rocas muy originales hasta que encuentra el lomo de puntal que cae hacia el collado de Maguillo. Surcando la tierra de su ladera sol de la tarde, se deja caer y sale mismamente al centro del precioso collado. Pero unos metros antes, por el lado de la derecha, se le aparta un ramal y por un pequeño collado, se va una senda menor y se mete en la preciosa cuesta del Oso. Es la ladera que cae desde la Morra y mira al Prao Maguillo. Por ahí pasé aquella tarde que venía del cortijo de Tarquino. Y si por ahí ahora me fuera, saldría a la fuente del Poyo, al portillo de Tarquino y al arroyo Chortales, por donde remonta la Escalera Romana. Ya describir este rincón en su apartado propio.

Así que continúo bajando y en unos metros, con la senda ya caigo al

centro mismo del collado de Maguillo. Por aquí la tierra es mucho más llana y por eso más fértil y con mejores cosechas de trigo aunque ahora sea sólo de hierba, mejorana y gamonitos. Para el lado derecho, ya se sabe que cae un ramal de pista y empieza a recorrer todos los cortijos de este amplio Prao Maguillo. El primero que visita y donde muere parte de esta pista de tierra es el de poyo Maguillo, propiedad del pastor Juan del cortijo de la Escalera. El que tiene en su puerta una preciosa piscina, matas de pita, una noguera de las de aquellos tiempos donde a su sombra todavía están las pilas con sus lavaderas de aquellos tiempos y el surco por donde entraba la acequia que traía el agua desde la fuente del Poyo. Desde allí sigue llegando el agua pero ahora por un tubo de plástico y cae a una fuente de construcción más reciente. Esta tarde sale un chorro como el brazo de una persona de grueso. No hay nadie tampoco esta tarde en este cortijo de Maguillo y yo esperaba encontrarme por aquí a Juan. Su hijo, sobre el collado de Caracho, luego me dijo:
- Es que estuvo por allí sólo unos días. En ese prao Maguillo tenemos unos trozos de sementara sembrados y se llevó unas pocas ovejas para que se lo comieran. Ya se ha venido.
Unos momentos antes había comprobado yo que era verdad que ya se había ido y también ahora descubría que aquellas sementeras que en el mes de diciembre me encontré heladas y embarrizada, eran de este pastor del la Escalera. El de los trece hijos.

Pues regreso para atrás, remonto el collado y vuelco para la vertiente de Chorrogil. Comienzo a bajar por la pista de tierra que sube y ahora me va quedando por el lado derecho el otro cortijo de este collado de Maguillo. El que mira a la gran cascada, se levanta sobre la lancha y le hace cara al sol de la tarde. Se me queda retirado de la pista y como lo conozco de cuando estuve por aquí este invierno, sigo con la ruta que vengo recorriendo. En unos minutos ya estoy cruzando el cauce del río que hace una hora cruzaba por la pasá de Candiles. Por aquí le pusieron un gran tubo para que sirviera de puente y por eso se cruza con otro placer y comodidad. Me va dejando enamorado, por la izquierda y lado de abajo, la tierra llana donde ellos tenían huertas. Está justo al borde del río que avanza hacia el pantano y ahora, esta tierra llana y con gran calidad, sólo cría álamos, muchas zarzas y pasto porque hierba, este año de sequía, casi na.

La cascada de Chorrogil también esta tarde cae muy débil. Con sólo una hebra de agua que casi da pena verla si la comparo con la de aquellos días cuando este invierno estuve por aquí. Pero me gusta porque a pesar de todo, la naturaleza no sólo es exuberancia de verde, agua o flores. Dios tiene en sus manos el poder de todo y ¿por qué no va a ser hermoso tanto una paisaje repleto de hierba y bosques jóvenes, como lo contrario? Otra cosa es que la vida, tal como nosotros la concebimos y la valoramos, tenga que ser como es. Por el lado izquierdo de la bella cascada, según miro desde donde estoy, se abren unas grandes grutas. Son de las que se fueron formando en

el bloque de rocas tobáceas que se cuajó por donde caía la cascada. Creció tanto este bloque que ahora, el chorro de agua, se escapa por el lado del sol de la tarde, que es por donde se ha abierto un surco para seguir cayendo sin que nada lo sujete. A las seis en punto estoy remontando la cuesta hacia el collado de Robledo. Dos horas he tardado desde donde arranqué esta ruta hasta este punto y ni mucho menos, he venido corriendo.

Así que según va cayendo la tarde, remonto sin prisa la cuesta hacia el collado de Robledo y antes de coronarlo me aparto de la pista para hacerle una visita a algo muy curioso que por aquí veo por primera vez. Es una casa de madera, de las que ahora compran fabricadas y montan en cualquier sitio para que las ocupen los turistas. Esta no está ocupada por nadie pero según la voy descubriendo veo que es una gran casa. Tiene su techo de un material muy especial parecido a goma y pintado de verde, sus puestas, ventanas, vigas y demás, son de madera tratada para que nos se pudra y la han puesto sobre unos pilares de ladrillos y cemento. Mira justo a la preciosa cascada y al surco que el río rasga por ahí mientras cae para el valle del pantano. Pero descubro que esta original viviendo la pusieron en lo más hondo de la cañada que cae, donde ni siquiera hay agua ni tierra apropiada para que esto sea una vivienda. ¿Fue por alguna de estas causas por lo que ni siquiera llegaron a inaugurarla?

Y lo pregunto porque según voy descubriendo veo que nada de lo aquí instalado está terminado por completo. Ni los pilares donde se asienta la construcción de madera, ni las puertas ni ventanas de la casa, ni el porche ni los interiores. ¿Qué pasó para que esta original construcción y en tan original lugar quedara como ahora la veo? Además, por aquí ha venido gente que se ha metido dentro y ya la han roto mucho. Han hecho fuego en su interior, con el peligro de provocar un incendio en toda la estructura de madera y por este interior han dejado toda clase de basura. Observando y descubriendo lo que acabo de encontrarme no tengo más remedio que pensar lo que no voy a decir. Pero si voy descubriendo que por este grandioso rincón de la Sierra de las Villas, han intentado instalarse, unos con más suerte que otros, un montón de románticos. Personas que en estos tiempos están viendo el mundo con una mirada diferente pero que no encuentran el verdadero camino o la verdadera forma de expresar lo que sienten, quieren o necesitan. Buscan en la naturaleza una oportunidad, un refugio, un puente y por los resultados que voy encontrando, pienso que el éxito es mucho más que mediocre. ¿Pero son románticos que para vivir necesitan otro mundo diferente al que se han encontrando?

Termino de coronar y ahora recorro la senda atravesando toda la gran cuesta de los Prados de Robledo. Por la derecha me queda otra gran construcción de alguien que tampoco es de estas sierras pero ésta de obra y con acabados muy lujosos y espectaculares. También tiene sus tierras recogidas dentro de una alambrada recia y su cancela para entrar. Por la

izquierda y remontado hacia el tranco de la lancha de Candiles queda otro cortijo y por el lado de la derecha, veo algunos coches abandonados. Como ya he visto en otros lugares de estas sierras. Son coches de personas que vienen por aquí y que por las causas que sean se los dejan abandonados y en el centro de estos paisajes para que el tiempo los pudra. Ya decía antes que en estos paisajes están metiendo una contaminación muy diferente a la que siempre generaron los pastores y personas que vivían en los cortijos y las tierras que poco a poco fueron abandonando. No tiene buena pinta esta invasión descontrolada. Pero a pesar de ello y otros temas, de estas buenas tierras del Robledo, todavía manan veneros, crece la hierba entre los cerezos nuevos que han sembrado y hasta creía y corren los conejos silvestres.

En unos minutos voy terminando de recorrer la pista para descansar sobre el collado del Caracho pero todavía antes de encontrarme con la carretera asfaltada, por la derecha me encuentro otra construcción. Aquí ahora crían caballos y por eso el terreno se presenta vallado con maderas, el suelo hollado de las pisadas de los caballos y el aire impregnado de un extraño olor a sus excrementos. También esta contaminación va a las aguas del pantano y se suma a la contaminación de los paisajes que antes decía. ¿Qué está ocurriendo en este rincón de la Sierra de las Villas y justo alrededor del Embalse de Aguascebas? El pantano que, según decían, tiene el agua más limpia de cuantos embalses artificiales existe hoy sobre el planeta tierra. Y precisamente para que esta agua se la beban las personas de los pueblos más blancos también del planeta tierra.

Pero ya está. La ruta de hoy la doy aquí por terminada sigo diciendo que a pesar de todo, el pequeño paseo es de lo más hermoso que en mucho tiempo he vivido. La naturaleza sigue mostrando su grandiosidad, ajena a los que estuvieron y luego se fueron e indiferente a los que ahora llegan creyendo que la sed que su espíritu siente se la pueden calmar estos paisajes. Quizá muchos todavía no sepan que estos y aquellos paisajes son sólo una imagen, un puente, un reflejo, un sendero hacia el paraíso y el sueño que todos llevamos dentro. Un paraíso en la región de lo que no se ve con los ojos del cuerpo y por eso, los intentos acaban siendo desafortunados una y otra vez. Yo medio entiendo ahora que la naturaleza es sólo un medio y no un fin y por eso se me esponja el alma y siento el gozo correrme por los más hondos poros del cuerpo y espíritu. Quizá a muchos les falte todavía sabiduría que nada tiene que ver con los tiempos modernos ni las comodidades que estos tiempos modernos pueden ofrecer a los seres humanos.

El poema

Corre el agua azul
moviendo las algas
en el charco limpio
del río que abraza
y crecen en sus riberas
flores perfumadas
que en la tarde tibia
el cielo regala.

Se le ve llegando
por donde las matas
de los bujes verdes
arropan calladas
a la senda vieja
y se le ve lavando
sus manos rosadas
en el río cristalino
que brota, salta y canta.

Corre el agua azul
y al llegar se para
frente a la corriente
que besa callada
y de pronto siente
que le llora el alma
porque volar quisiera
y no tiene alas
y también desea
hacerse nota blanca
en las melodías
que vibrando cantan
la música dormida
que va con el agua.

64-cortijo de Caracho, arroyos de Plaza, cascada de la Palomera, en el río Cañamares

Distancia aproximada: 6 k.
Desnivel aproximado : 100 m.
Tiempo aproximado : 2 h. en coche y a pie.
Camino: pista de tierra con buen firme y senda.

Esta ruta ya se sale de lo que son los límites estrictos de la Sierra de las Villas. Y aunque se encuentra por la misma vertiente de esta gran sierra, queda en otros términos, por la cuenca de otro río y ya más cerca de los pueblos de Burunchel, la Iruela, Cazorla, Chilluévar y Santo Tomé. Pero aun así la voy a describir dentro de este libro porque creo que de este modo debe ser. Lo de los términos y límites, desde mis sentimientos y puntos de vista, no me interesan demasiado. La belleza de los paisajes que por estas sierra hay es lo que me mueve y enamora y no otros asuntos de orden o intereses humanos.

Siguiendo la carretera asfaltada que llevamos desde el charco del Aceite hacia el pueblo de Mogón, a un kilómetro después de haber pasado el muro del Embalse de Aguascebas, por la izquierda se desvía una pista de tierra. Justo por detrás de un cortijo en ruinas. Es el cortijo de Caracho. Los Carachos también vivían en el cortijo del Cantarla, por la umbría que se enfrenta a la solana de Bardazoso. Estos y aquellos, los Carachos era apodo dado a unas familias, eran primos hermanos. Pues por detrás de este cortijo se abre una preciosa y fértil cañada que va cayendo suavemente ahora ya hacia la vertiente de otro río, el de Cañamares, que nace por el poyo del Rey, Hoyo Redondo y los arroyos de Plaza. A esta cañada se le conoce por el Prao de la Canaleja y de este nombre mismo se desgaja el que toma el arroyo que comienza a bajar. Arroyo de la Canaleja es como se llama.

Pero antes de continuar quiero decir que el día 28-12-99, que fue cuando recorrí esta ruta, estaba nublado y por la noche había llovido torrencialmente. Eran los retazos de un fuerte vendaval que unos días antes había azotado a toda Europa y por eso lo bautizaron con el nombre “Lotar” o algo parecido. Desde la curva que la carretera da por la cumbre del Vílchete, esta mañana se veía la ampulosa cascada de la Plomera. La que cae desde Hoyo Redondo. Era un aliciente para hacer esta ruta en un día como el de hoy.

Pues sigo la pista, hoy toda embarrizada y con sus charcos correspondiente. Cruza la cañada por donde crecen varios álamos. Aquí mismo se divide en dos. Me voy por la que desciende más pegado a la cañada que es, además, la que tiene mejor firme. La otra va a varios cortijos por la parte alta, donde nacen los arroyos de Plaza. Desciende por el lado

izquierdo de la cañada. Aparece la vegetación de encinas, quejigos, enebros, zarzas y aulagas. Al kilómetro y medio se hunde en la cañada y no la atraviesa del todo. La han preparado para que el arroyo se vaya por el surco correspondiente y no embista contra la pista. Hoy lleva mucha agua este arroyo. Ya he dicho que ha estado toda la noche sin parar de llover y copiosamente. Unos metros más y por la izquierda, hasta la cuneta, salta un buen caño de agua. Mana de una fuente que brota por aquí mismo. Los juncos los puedo ver desde mi ruta.

A dos kilómetros trescientos la pista se despega un poco hacia la izquierda remontando para el lado de los arroyos de Plaza. El nombre del arroyo que vengo recorriendo es el de la Canaleja. Se refiera a canal menor. Hay otro punto en las sierras de este parque natural que tiene nombre parecido. Las Canalejas, nombre dado a una aldea que rompieron cuando declararon Coto Nacional los parajes más bellos de estas sierras. Por la derecha y pegado a surco del arroyo que vengo recorriendo la tierra se allana. Como un ensanche donde en otros tiempos sembraron huertos. A tres kilómetros me salen al paso algunos olivos. El arroyo se hunde mucho buscando el surco del río Cañamares. Se terminan los olivos y el bosque toma su relevo.

A tres kilómetros cuatrocientos remonta un puntal y se va en busca de los arroyos de Plaza. Se me presenta la figura de un cortijo y por su puerta, un hombre que mira a los paisajes. La pista se torna complicada por unos metros. Unos perros ladran a verme bajar del coche. Ya estoy cerca del río Cañamares, por esta hondonada, bien rodeado de olivos y por las cumbres, con su grandiosa cascada cayendo y más arriba, con la espesura de los bosques y la niebla arropando los cerros.
- A la casaca la conocemos por aquí por el Chorro de Palomera.
- ¿Y todo este barranco?
- Los arroyos de Plaza
- ¿Y los cortijos que se ven?
- Pues los cortijos de los arroyos de Plaza.

A cuatro kilómetros van apareciendo más cortijos. Se acerca mucho a la cascada y al río, más aún. Cuando el carril llega al arroyo hay un ensanche donde se puede dar la vuelva. Todavía sigue algo más pero se estropea mucho. Las aguas han corrido, han arrastrado tierra de los olivares y por eso, por la pista se ha acumulado el barro. No es hoy el día mejor para recorrer esta pista y sobre todo, en sus tramos últimos que son los que ya van metiéndose para los olivares. Dejo el coche en este punto y comienzo a subir andando. Sin que preste demasiado atención, noto que el río viene rebosando. Justo aquí mismo hay un cortijo. Es donde vive el pastor del rincón. Tiene algunas ovejas encerradas en la nave y las otras pastan por el monte que cubre la ladera por debajo de la cascada. El camino que recorro está bueno. Roza el cortijo, se hunde en un arroyo y ahora se va por su orilla

durante un trecho. Se retira del río.

Por el lado de arriba crecen los olivares y por el lado de abajo, muchos robles con su hiedra liada en los troncos. Algunos trozos de tierra ya están sembrados con haba, que han nacido, trigo y otros cereales. La lluvia caída es lo mejor para estas sementeras. El día amaneció muy cerrado en lluvias, niebla y viento. Sin embargo ahora mismo, las once y media de la mañana, sale el sol, se despeja el cielo y no hace nada de viento. Las noticias anuncian nieve por el norte de España, el centro y puede que por estas sierras también, a partir de mañana. Pero la luz que el sol ahora derrama por estos campos los viste de una singular belleza. Después de tanta lluvia, cuando sale el sol, los paisajes presentan un aspecto único. Una belleza que se parece a un sueño que se abre o a una primavera que se despierta.

Otro cortijo más, algo en ruinas bastente pegado al surco del río que ahora voy siguiendo en dirección a la cascada. Me rebosa en lo alto y según me aproximo me parece más grandiosa. Un morrete donde crece un bosquecillo de robles y como se les han caído las hojas, por el suelo se extiende una anaranjada alfombra. Como la lluvia la ha empapado y la hierba ya crece fresca, su hermoso tono no es un naranja cualquiera sino brillante y delicadamente misterioso. Le hago una foto porque el cuadro me impresiona y sigo. Unos metros más adelante me encuentro otro bosquecillo y éste es de membrillos. Tampoco tienen hojas pero sí los membrillos, los frutos amarillos que maduraron en el otoño, todavía enganchados en sus ramas. Nadie los ha cogido.

Un nuevo arroyuelo que me llega por el lado izquierdo. Trae mucha agua y toda turbia. Es agua de la lluvia caída esta noche y cada vez más compruebo que ha debido ser mucha. Gira la pista para e lado del arroyo y mientras la voy recorriendo noto que aquí mismo salta otra cascada. Mucho más pequeña que la de la parte alta pero también bonita. Las ruinas del cortijo están muy pegadas al río y cerca de esta cascada. De aquí deduzco que este cortijo seguro fue en otros tiempos un molino. Sé que por aquí hubo otro molino más para moler los cereales que en aquellos tiempos daban las tierras de estas laderas. Alguien ha comprado por aquí las ruinas de este cortijo, un trozo de tierra y ha comenzado a reconstruir algo. La tierra la ha vallado con alambres. La moda de estos tiempos y un peligro para la libertad de la sierra.

Por el lado de arriba sigue la pista. Roza las ruinas y antes de toparse con las aguas del río, por la izquierda, unos gruesos bloques rocosos. Los cubren la hierba, los enebros y las encinas. Por su base mana un buen caño de agua. Seguro que esta es la fuente natural que usaban las personas de este molino. Hoy esta fuente suelta agua a manta. Llego al borde mismo del río. Justo en este punto la pista gira para la izquierda y al frente, deja de ser pista para convertiste en simple camino. Un puente de tabla sirve para dar

paso al otro lado. Hoy sí que es útil este elemental puente. Sin él no se podría pasar al otro lado. Yo no voy a cruzar la corriente pero si lo hiciera y siguiera la senda que deja de ser pista, después de atravesar unos olivares y rozar varios cortijos, iría a parar a los pies mismos de la gran cascada que vengo buscando. Este es el mejor camino para remontar hasta la cascada que todavía se encuentra a casi un kilómetro de este punto y con un gran repecho monte arriba hasta llegar a su caída natural.

Me vengo para la izquierda siguiendo la pista que por unos metros es asaltada. Me da mala pinta este asfalto y enseguida se me confirma lo intuido: una cancela de hierro pintada de verde y con su candado corta el paso. No puedo seguir. Desde el otro lado miro y dentro veo un precioso edificio muy bien reconstruido y con estilo moderno. Hasta han puesto mesas debajo de los árboles y son las piedras del molino. Ya lo intuía. En una pared próxima a la cancela puedo leer: “Molino Viejo”. Le pregunté al pastor y me dijo:
- Esa tierra se la vendí yo. Es un señor de dinero que se ha construido ahí su chalé.
Pues como la cancela corta el paso y desde la cancela para ambos lados salen alambradas potentes, por el lado izquierdo me introduzco en el monte.

Durante un buen trecho lucho con la espesura del monte buscando remontar este viejo molino hoy tan lujoso y me cuesta mucho. El monte está chorreando de la lluvia caída y por eso me empapo bien. Está formado el bosque por pinos, mucha carrasca, coscojas, aulagas, zarzas, lentiscos y cornicabras. Las aulagas ya están florecidas y esto me confirma, una vez más, lo que bien sé desde pequeño: que la aulaga es una de las plantas silvestres que antes florece. Incluso cuando todavía nieva mucho y por las noches caen grandes hielos, las aulagas ya están florecidas. A los romeros les sucede algo parecido. Son dos plantas que nunca espera a que llegue la primavera para florecer. Por fin, casi veinte minutos después, remonto a un morrete. Se aclara el monte, no veo la alambrada que tenía por mi derecha pero si descubro otra al frente y esta pintada de verde. Siguiendo la sendillas de animales, desciendo por la ladera de este morrete ahora dirección al río y remontando hacia la gran cascada. Otro arroyo con mucha agua y al cruzarlo otra alambrada esta mucho más pobres. Casi rota. La senda sigue y yo continúo con la ilusión de encajarme en los mismos pies de la espectacular cascada.

Se me va más de media hora en trazar curvas, sortear regajos, apartar monte y remontar ladera antes de encajarme en el punto que soñaba. No es fácil remontar esta ladera por aquí por lo inclinada que esta, lo rota que la tienen las trombas de agua cuando llueve fuerte y la espesura del monte. Pero las sendillas de los animales no dejan de aparecer y siguiéndolas se lograr la aproximación. Ya a los pies mismos de la bella caía, durante largo rato me dedico a sacarle fotos. Quizá no vuelva por aquí nunca más y aunque

lo hiciera, también sería una gran casualidad que me la encontrara con tanta agua como tiene hoy. Donde la cascada cae se abren algunos charcos que hoy ni se ven. La tromba es tanta que al romperse, cuando ya termina de caer, de ella surge una amplia y espesa nube de niebla. Millones de gotitas diminutas que se alzan por los aires y empapan las matas, los peñascos y las tierras más próximas a esta cascada. Por eso la máquina de foto se me pone chorreando y yo también me empapo un poco más.

Cuando ya por fin decido que son suficientes las fotos bajo una cornicabra me paro y durante largo rato la observo. Para mí es un placer como pocos en la vida gozar de espectáculos como este. La caída tiene por lo menos cien metros y la tromba de agua es tan grande que sólo su ruido asombra. Por mi izquierda y sobre la misma pared por la que salta la cascada tienen sus nidos los buitres. Me sobre vuelan en bandadas y como el cielo se ha quedado azul, sólo a ratos, su majestad por encima de esta cascada y barranco es asombrosa. Le pregunté al pastor y me dijo:
- Por esa cascada misma hay un portillo que tengo tapado con ramas. Es para que las ovejas no se me vayan por ahí y se suban a la sierra.
- ¿Cómo a la sierra?
- Sí, que los animales, se meten por ese portillo y poco a poco se remonta hasta lo más alto.
- Pero sierra es todo esto.
- Nosotros llamamos sierra a las partes más elevadas. Por allí está Hoyo Redondo, la casa forestal con el mismo nombre, la tiná de un pastor que vive por allí que se llama José el Rufo y su cortijo. el cortijo del poyo del Rey. ¿Lo conoces?

Y le digo que sí. Hace algunos años, mi recorrido por la sierra se fue por ese lugar. Me viene andando desde el puerto de las Palomas que es desde donde sale la pista de tierra que llega hasta el cortijo del poyo del Rey. Pasé el Narigón, que es donde se abre el puerto que da paso a la otra vertiente de la cumbre y por donde nace el arroyo del Saúco y bajé hasta el cortijo del poyo del Rey. Dio la casualidad que aquel día Rufo no estaba porque eran las fiestas del pueblo y se había ido a ellas. Me disgustó porque ni pudo conocerlo ni charlar con él que era lo que iba buscando y deseaba. Pero recorrí el precioso barranco y luego me fue por las cumbres de los Palancares, el Caballo de la fuente de la Zarza, la nava del Puesto y volví otra vez a mi punto de salida. De aquel día y aquella excursión junto con algunas más y varios sueños, conozco este rincón de arriba. Donde ahora sé brotan las primeras aguas de este río Cañamares cuya cascada hoy salta con la fuerza de un huracán.

El pastor de esta hondonada de los arroyos de Plaza se llama Juan Nieto y según tengo entendido es uno de los cuatro que dan pasto a sus ovejas por estas partes de la sierra. José Rufo, por el poyo del Rey y las pastes altas de esas cumbres, Segundo Guzmán por el Prao de la Canalejas

para arriba, Juan Nieto por las partas bajas de estas cumbres y el otro pastor Juan del cortijo de la Escalera, por el macizo de los Vílchetes y hacia le río Cañamares. Más hacia Burunchel hay otro pastor hijo de Juan del cortijo de la Escalera en un punto que le llaman la Vaqueriza. Es por donde ardió tanto hace unos años.

Así que cuando hoy está el día llegando a su centro, aunque parece que ya quedan pocas horas de sol porque se encuentra muy caído por ese lado de la tarde, recojo mi ilusión, la máquina de fotos, los prismáticos y el macuto y regreso por las misma veredas de animales que me han servido para remontar hasta los pies de la cascada. Y regreso satisfecho. Muy satisfecho por el limpio espectáculo que Dios, una vez más, me ha permitido gozar hasta lo más hondo. Y además, sin turistas. Sólo un viejo pastor que lucha con sus trescientas ovejas y hoy está preocupado porque unas tiene que cuidar unas pocas que tiene paridas en la nava y las otras, por esta ladera de la cascada y la buitreras, se le pueden escapar por el portillo arriba e irse a la sierra. Él quiere decir a la sierra y sabe lo que se dice pero yo digo a las cumbres de la sierra profunda y también sé lo que me digo.

65- Peñón de los Conejos, cortijo de la Escalera por el macizo de los Vílchetes

Ruta al paraíso del último pastor
Distancia aproximada: 3 k.
Desnivel aproximado : 100 m.
Tiempo aproximado : 10 minutos en coche.
Camino: pista de tierra en buen estado.

Hice esta ruta el 30-12-99, y al llegar por la mañana me encontré al pastor Juan, reparando unas tejas que se habían roto en el tejado de su cortijo. Dos de las hijas, de los trece hijos que tiene, Reme y Cristina, preparaban el chorizo, la morcilla blanca y la morcilla negra, para guardarla en las orzas. La estaban friendo en la lumbre de leña en una gran sartén llena de aceite de oliva y luego la echaban a las orzas. Me recibió Reme y después de charlar largo rato con su padre me pidieron que entrara al cortijo. Me invitaron a chorizo recién frito acompañado con un buen trozo de pan que ellas mismas amasan en el horno de su cortijo como en aquellos tiempos. Cuando me acercaba a este cortijo hasta llegué a pensar que estas personas me recibirían con algún recelo y me equivoqué, como siempre me ha pasado con todas las personas que he conocido en estas sierras. Me recibieron con un agrado y cariño que hasta me sorprendió. Como si me hubieran conocido de toda la vida. Se lo agradezco como también tengo que agradecerles estas atenciones a todos los pastores que he conocido por estas preciosa Sierra de las Villas.

Pues comienzo la descripción de esta cortica pero hermosa ruta, diciendo que viniendo desde el Embalse de Aguascebas para Mogón, un poco antes del kilómetro quince, desde Mogón para el pantano, se desvía una pista de tierra. Al punto se le conoce con el nombre del Peñón de los Conejos, un poco por la izquierda. El firme de esta pista está en buen estado porque sólo es usada por el pastor que vive en el cortijo al final. Enseguida corta la curva de nivel que va por los mil cien metros. Traza una leve curva para la izquierda, gira para la derecha dejando dibujada una zeta perfecta y durante un trecho, sigue remontando sin demasiado cuesta. Vuelve a trazar otra curva que dibuja una segunda zeta pero ésta más abierta que la primera y al poco corta la curva de nivel que va por los mil doscientos metros. Enristra ahora por lo alto de una suave loma dirección al norte o río de las Aguascebas Chico. Ya no remonta mucho más porque enseguida alcanza la máxima altura. Entra a una tierra llana que es el comienzo de la cañada que sirve de pórtico al cortijo del pastor que ocupa este rincón de la sierra.

Por la izquierda la suavidad del terreno saluda desde su verde hierba, los pinos pequeños que sembraron por aquí hace algunos años y los charcos del agua hoy remansados y rebosando. Casi sin notarlo la pista va cortando un delicado collado que ya supera los mil doscientos metros y por el lado de la cañada, la izquierda, sigue adelante dejando ahora un morrete por la derecha. El nombre de este cerro es el de la Camarilla. Precioso topónimo y que en este punto me lo encuentro por tercera vez en toda la gran extensión de las tierras del Parque Natural. Camarillas se llama un cortijo que se desmorona en el centro mismo de los Campos de Hernán Pelea, unas cuevas que se alzan por encima del charco del Aceite y este morrete sobre las lomas del macizo de Vílchetes. Mientras sigue avanzando la pista, por este tramo, empeora algo. La tierra tiene menos piedras, el nivel es mucho más llano y por eso el agua se encharca y los baches surgen uno detrás de otro.

Siguiendo la misma curva de nivel discurre por esta ladera que a su vez es la parte más alta del bello macizo. Ya da vista al cortijo de la Escalera. Se le va viendo al frente, sobre una suave solana, enfrentado por completo a la preciosa cañada que tiene casi un kilómetro de larga. Sale a un leve barranco, el que se abre entre el morrete de la Camarilla y piedra Nativa y por el lado de abajo de la pista, más pegando a la cañada pero todavía en la ladera, se le ve a la fuente. La clara fuente donde beben las ovejas y que nunca se seca. De ella toman agua para el cortijo. Ni en los años de mayor sequía deja de manar esta fuente. Remonta ahora la pista levemente, se mete por un bosquecillo de pinos y cada vez más cerca, no deja de verse el precioso cortijo sobre la tierra que cae desde el morro que da vista al gran barranco del Aguascebas Chico. Quería decir que piedra Nativa tiene una altura de mil doscientos ochenta y ocho metros. Queda ya bastante cerca del cortijo que se encuentra construido sobre los mil doscientos sesenta y dos metros. Una buena altura para que los vientos lo azoten bien y las nieves y

los hielos del invierno le regalen su mejor frío. Claro que en verano, el sol de la tarde puede tostarlo con toda su energía y el viento de las madrugadas, acariciarlo a sus anchas. También la visión hacia la Loma de Úbeda y el valle del Guadalquivir es de lo más espléndido.

Mientras me acerco voy diciéndome que ya han tenido que verme los que viven en el cortijo. Por estos parajes el ruido que emite el motor de un coche, se le oye enseguida y también se le ve porque desde el cortijo hay una perfecta visión hacia toda la cañada y hasta el mismo collado por donde la pista asoma. Bajo una leve cuestecilla, remonto unos metros y ya estoy en la misma puerta del cortijo. Una cochera donde me encuentro el coche que ellos usan, unos árboles jóvenes y unos perros ovejeros que me ladran nada más verme. Sale Sergio, el menor de los trece hermano que tiene unos doce años. Le pregunto por su padre y en este momento sale una de las hermanas. Es la mayor y se llama Reme. Nada más verme me dice:
- Pues la Elena no está hoy porque se ha ido de viaje.
Es una de las hermanas. La conozco del otro día que estuve por aquí preguntando por su padre y me atendió ella. Además de decirme cómo se llama me regaló varios nombres de los sitios, me dijo que estudia un módulo de empresariales en la Safa de Villanueva y luego me dijo que conoce a los hijos de los pastores que yo conozco. Cuando la despedía le dije que otro día volvería y le traería un ejemplar del mapa que se hizo de estas sierras y alguno de los libros que de ellas también tengo escritos. Al ver ahora a la hermana se los doy.

Llama a su padre que repara unas goteras en el tejado del cortijo. Baja, nos saludamos y durante un par de horas, por la parte de atrás del cortijo y por la puerta, charlamos de muchas cosas. Cerca de la una me invita a que pase dentro del cortijo y como Reme, la hermana mayor y Cristina están friendo los chorizos y las morcillas para echarlos en la orza, me invitan a que los pruebe. La sartén donde los fríen es grande, casi como aquellos viejos peroles. La tienen casi media de aceite de oliva, dentro ponen los embutidos partidos en trozos pequeños y los fríen apoyando la sartén sobre unas trébedes que a su vez se apoya entre las ascuas y llamas de los troncos que arden en la chimenea. Del mismo pan que ellas amasan y cuecen en su horno serrano me corta unas rebanadas y pruebo la matanza que ya están guardando para que les aguante todo el invierno y parte del verano. Tanto la morcilla como el chorizo tienen un sabor único. Mientras lo saboreo descubro algo que por primera vez he visto en los cortijos serranos. El horno para cocer el pan lo tienen donde mismamente arde la lumbre. Por detrás, en la pared, se abre la puerta del horno. Les digo que me extraña y entonces me aclaran:
- Antes también estaba en la puerta pero lo hicimos aquí para no penar tanto en los días de lluvia o frío. Estando dentro de la misma casa y sala, haga el tiempo que haga, no tenemos problemas. Amasamos en nuestras mesas y cocemos en nuestro horno sin pasar frío ni mojarnos en caso de que sea un día lluvioso.

Escucho con atención la explicación y para mí me digo que su idea ha sido de lo más sensato y brillante. El horno se cierra con una puerta de hierro para que no entre dentro el humo de la cocina cuando en ésta arden los troncos y se abre cuando es necesario para cocer lo que se necesite. Ya que me he comido un par de trozos de chorizo y morcilla les hago caer en la cuenta lo ricos que están.
- Es que nosotros sí criamos el cerdo en el cortijo. Sólo le damos cebada molida y otros productos de la mejor calidad. Por eso este chorizo tiene el sabor que tiene.
Y le repito varias veces más que de verdad es un gran producto. Se lo agradezco de corazón, les hago algunas fotos se afanan en la tarea de guardar la matanza en las orzas de barro y en la puerta del cortijo los despido.

Subo por la cuesta que queda a espaldas del cortijo y durante un buen rato me dedico a descubrir y gozar de las grandiosas panorámicas que desde estas cumbres se divisan. Todo el gran barranco por donde se escapa el río Aguascebas Chico, las cumbres de Navazalto, al frente y los poyos por donde se asienta fuente del Roble, la estación potabilizadora del agua que va a los pueblos de la Loma de Úbeda. Recorro estas crestas hacia la Pará del Vaco y piedra Nativa y luego bajo por la cañada que pasa por la misma puerta del cortijo. Cuando llego al coche Reme me está esperando. Durante unos minutos más charlamos de algunas cosas y luego los despido.

Ha sido una mañana deliciosa para mí por la gran belleza y significado que el cariño y la bondad de estas personas me regalan. Mientras comienzo a regresar me voy diciendo que nunca los olvidaré aunque hoy los haya conocido por primera vez. También me digo que ellos tienen mucha suerte en estos tiempos que ahora nos toca vivir. No son dueños ni de grandes fortunas ni gozan de muchas comodidades, si pienso en las personas que viven en los pueblos y las ciudades pero son los reyes de un paraíso, una paz y una libertad que hoy pocos tienen la suerte de poseer sobre el planeta tierra. Me lo digo a mí mismo al tiempo que siento alguna envidia de ellos y les doy las gracias a Dios por permitirme conocer personas tan sanas y nobles como estas.

Mientras recorro los tres kilómetros de pista de tierra hasta la carretera asfaltada, se me viene a la mente lo que me han contado de la madre.
- Murió hace cinco meses de un cáncer en el estómago. La ingresamos en el hospital de Úbeda, la operaron luego en Granada, le dieron quimioterapia y al final, como no se curaba, nos la trajimos a nuestro cortijo. Los últimos días se alimentaba sólo de papillas y luego con morfina. Ella no quería morir en otro sitio que no fuera su cortijo. Y claro, ahora la echamos mucho de menos. Era una mujer buena como hay pocas en esta tierra.
Me cuenta la hermana mayor, ahora al frente de la familia. Le digo que lo

siento y que voy a rezar por ella para el Dios se la lleva a su lado.
- Pero ella ha dejado su fruto en este suelo. Trece hijos es toda una bendición y más en estos tiempos. De eso podéis sentiros orgullosos.
Y el corazón se me entristece al pronunciar estas palabras.

El pastor me dijo

Sus trescientas ovejas comienzan a irse cañada arriba, esturreadas por la hierba verde y pastando en su paz. El día se presenta limpio de nubes, azul el cielo y ni chispa de viento corre. La tierra rezuma agua por todas partes. Ayer estuvo todo el día lloviendo sin parar. Por eso hoy la tierra suelta agua por cualquier sitio. Desde la parte de atrás de su cortijo, desde donde se ve una bonita panorámica y las ruinas del cortijo de los Vílchetes, miramos mientras comienza a decirme:
- Esas ruinas que se ven en la llanura y entre pinares es el cortijo de los Vílchetes. Un poco más allá, a orilla de la carretera, hay una rasa que le dicen Prao Nevao, más para allá, la lancha del Recuenco que es la última lancha por la pinatá esa que se ve, “anderecho pa´ya”. Esa es la lancha del Recuenco. El filo éste que tenemos más cerca es el Filo de la Bandera, de la lancha de la Nava. Es que la bandera está allí, no aquello que es un pino ¿no la ves? Y ese es el Filón de la Trocha, el prao que se ve allí último, arriba. Más para allá le dicen el Mojón, la cañá que baja para abajo la Fresnadilla. Hombre, la Fresnadilla es aquí arriba, esta cañá se llama la Fresnailla. Más para allá le dicen la Choza de los “Vergilantes”, vigilantes, cerro de Perico, a la parte de allá, si nos venimos un poco más para acá, tenemos el Cerrillo de los Embustes, que está ahí y a continuación la Camarilla.

- ¿Y donde sale el carril a la carretera?
- Eso es el empalme pero también se le conoce por el Peñón de los Conejos, a la parte de allá. Si ahora nos vamos carretera adelante en busca del pantano, hay un puente por unas pinatás. A eso le dicen los Claveries, que allí había una casa. Más para acá del Peñón de los Conejos, una distancia como desde aquí allí enfrente, está Claveries, que había un cortijo allí. Siguiendo la carretera tenemos la cueva del Gato, antes de llegar a los Carachos, Prao de la Canaleja, a continuación, el cortijo de los Carachos. ¿Para dónde nos vamos ahora?
- Nos venimos por lo alto.
- Pues ya hemos dicho que eso es la Camarilla, el Ranchal que está en esa dirección, el Morro de piedra Nativa y la piedra Nativa que es esa que se ve, un poco más allá le dicen los Torcales, un poco para acá le dicen el “Lijarero”, puede ser Ahijadero, aquí por encima tenemos la Manguilla, a continuación del morro ese recto para allá, que es lo último que se ve, esa es la Pará del Vaco, cerca de donde está el collado ese pues le dicen las Tapuelillas de las Mariconas. Aquí para abajo, como dirección a los Carachos, tenemos la Navilla del Espino, termina la navilla y siguiendo un poco para abajo tenemos la cañá del Toril. Puede que antiguamente hubiera vacas ahí porque se ven las olmas y todo eso. A ese arroyuelo también se le conoce con el nombre del

Toril, lo mismo que una cueva que también se encuentra por ese punto. Cueva del Toril y en bonita aunque no muy grande.
- ¿Y se termina?
- Si nos venimos un poco para acá tenemos la cueva del Remendao. Es una cueva un poco regular. Se mete un poco a oscura y luego es larga. Tiene una puertecilla muy estrecha y luego ensancha y se pone uno en pie derecho y así se puede avanzar un trecho bueno. De la carretera para abajo, por el Peñón de los Conejos, le dicen el tranco del Volear, que está enfrente del Tambor. Cerca hay un sitio que le dicen el Cornital. El carril que baja por el arroyo y lleva hasta la caída de la Palomera se le conoce por la Canaleja. Hay una fuente que le dicen la fuente de los Cañillos. Esta fuente junto con la que mana en los Claveries, son las dos fundamentales por toda esta zona. Nunca se apagan ni siquiera en los años de mayor sequía. Todas las demás se secan y estas dos quedan permanentes, aunque aminoren mucho.

Al oír de la boca de Juan lo de la fuente Claveries, en silencio y para mí me digo que está dando testimonio de una verdad contundente. Conozco el manantial al que se refiere. Y por eso sé que mana no muy lejos de la carretera, por el lado de arriba y justo donde hay un puente. Por entre unos viejos pinos, varias encinas y unos peñones, brotan las aguas. Son cuatro los puntos por donde éstas manan. Tres de ellos, en forma de abanico, muy cerca el uno del otro y el venero del centro es el más caudaloso. Por estos días, como ha llovido tanto, los cuatro veneros echan mucha agua pero el del centro, del grupo de los tres, es particularmente grandioso. Tres grandes borbotones que surgen desde el fondo de la poza que hay justo donde las aguas brotan. Los otros dos de los lados, también son bonitos. El que pega más a la carretera, mana por el agujero de una pequeña roca y lo hace con tanta fuerza y cantidad que de ahí mismo sale un buen arroyo. El cuarto, un poco más hacia el Embalse del Aguascebas y algo más retirado de los otros tres, es el que menos agua echa, sin que sea tan poca. En estos días, un caño como una pierna de grueso. Cuando las aguas de los veneros distribuidos en cuatro manantiales diferentes y un rodal de unos veinte metros cuadrados, se juntan, el arroyo se llena por completo. Sólo unos metros más abajo, pasan por debajo del puente que le construyeron para que la carretera cruzara y ya por aquí el caudal es fabuloso. Y tengo que decir que estas aguas, en invierno brotan calenticas y en verano frías como la nieve. Por encima de estos veneros hay una preciosa llanura en forma de cañadas que queda coronada por el un pico que mide mil doscientos ochenta y ocho metros. Es justamente piedra Nativa. La que se ve desde la misma puerta del cortijo de la Escalera.

Como no nos queda lejos la fuente que mana en la cañada que precede a su bonito cortijo le pregunto:
- Y esta que tienes aquí ¿se seca en verano?
- Ningún año se ha secado. Hay dos y aunque aminoran mucho, ni este verano pasado que fue tan seco dejó de echar agua. Con ese hilillo damos de

beber a las ovejas y regamos el hortal que ves ahí.
Desde donde estamos, saliendo de la cañada que precede al cortijo, se ve una vereda que vuelca por el voladero y se va para el cortijo de los Vílchetes. Le pregunto y me dice:
- Esa vereda era del personal que antes caminaba por aquí con las bestias. Por encima del cortijo de los Vílchetes, entre los pinos esos, hay una tapuela donde vivía una familia. Como en aquellos tiempos todo era andando o con bestias pues se tenían que valer de veredas para ir de un lado a otro. Por aquí iba un camino. Por el pino ese para abajo, pasa por la orilla del cortijo y "puizallá" va a Tomé, a Mogón y todos esos lugares. Pero a esto que se ve ahí le decimos vereda, que es por donde la gente iba andando de cortijo a cortijo.

- El arroyo que nace en esta misma cañada y cae por ese portillo para el Aguascebas Chico ¿cómo se llama?
- Todo esto es la Escalera. El arroyo toma el mismo nombre pero en ningún mapa de los que hasta hoy han hecho de por aquí, lo ponen con su nombre ni tampoco lo pintan. Y es un arroyo bonito y con bastante agua.
- ¿Por qué el nombre de la Escalera?
- Es que el filo este por donde cae el arroyo forma como una escalera de verdad. Para subir tiene su dificultad. A este cortijo le dicen el cortijo de la Escalera por esos escalones grandes que el voladero tiene por ahí. Por este lado tenemos un morro que se llama Morro del poyo del Infierno. Y es porque ahí pasabas en el invierno con las bestias y te quedabas congelado. El viento siempre sopla del lado de Tomé y cuando te coge en ese morro te mueres de frío.

66- Hermosa ruta desde Mogón, cuesta, llanura y cumbres de Navazalto, por la Cruz de Yescas

Por la dignidad de la Vieja Senda
Distancia aproximada: 9 km. de Mogón al cortijo de la Fernanda. Es carril asfaltado y de tierra. En coche.
4 k. desde el cortijo de la Fernanda a los llanos de Navazalto. Senda cuesta Navazalto. Andando.
Desnivel aproximado : 900 m.
Tiempo aproximado : 5 h.
Camino: pistas de tierras y vieja vereda muy borrada y sin ella.

Primeros datos: Mogón es un bonito pueblo blanco desparramado donde el río Guadalquivir se junto con los dos río Aguascebas que vienen de la gran Sierra de las Villas. En este punto los cauces fueron dejando tierra y se formó una bonita llanura. Los primeros pobladores vieron estas riberas, les gustó la gran abundancia de agua y aquí comenzaron a construir sus casas.

Por eso el pueblo aparece muy esturreado aprovechando las riberas de los ríos, más las de los Aguascebas que las del Guadalquivir y las huertas mezcladas con las casas. Ahora ya son otros tiempos y las cosas han cambiado mucho desde aquellos primeros pero la primera impresión es de un pueblo muy sencillo, de gente trabajadora como lo fueron siempre todos los que poblaron las sierras que coronan a los ríos y noble donde los haya.

Cuando el Guadalquivir pasa por este pueblo de Mogón, en realidad el primer pueblo serio y con solera que se recoge junto a las corrientes de este río, ya tiene más de cien kilómetros desde su nacimiento en la cañada de las Fuentes. Por eso decidieron que justo este pueblo blanco de Mogón fuera el final del tramo alto del río. Lo dividieron en tres. Tramo Alto, Tramo Medio y Tramo Bajo. Aquí en Mogón termina el Alto Guadalquivir y a fe que es tramo de verdadera montaña. Desde que nació hasta este punto ya ha descendido casi mil metros. Así que el pueblo blanco del valle verde es el que verdaderamente se recoge a los pies mismos de la gran sierra del Parque Natural. Quizá no haya otro pórtico más bello para dar entrada a este grandioso Parque Natural, aunque parece que unos y otros fueron diciendo y decidiendo cosas distintas. No me importa porque el hecho de que lo sienta así es para mí lo más grande de todo. Lo que me puedan decir desde otros puntos y medios ni me interesa. La realidad que he descubierto por mí mismo es la que verdaderamente vale y en ella creo sin titubear.

Desde el mismo pueblo de Mogón, ríos Aguascebas arriba, sube una buena pista asfaltada. Por encima de la junta de los dos Aguascebas, el Grande y el Chico, se termina el asfalto y la pista ya es de tierra pero en buen estado. Cruza el río Aguascebas Grande por el Puente de la huerta del Cura, gira para la derecha metido siempre por entre olivares, se pega el arroyo que baja desde los mismos llanos de Navazalto y por la izquierda remonta hasta donde terminan los olivares. Por donde cruza el arroyo y se va para las Albarizas, a la izquierda está el cortijo de la Fernanda. Es el punto donde hay que dejar el coche. La senda remonta por la empinada cuesta hasta coronar el precioso collado de los Picazos, gira para el arroyo, lo cruza un par de veces por la fuente de Arriba, secas las dos el día 19-2-2000 que fue cuando hicimos esta ruta y trazando pequeñas curvas, corona por los Tranquillos de Navazalto a las llanuras de Navazalto. La senda sigue remontando hasta coronar por la Cruz de Yescas, volcar para la nava del Vilano y caer justo por donde mana una fuente con dos caños que también se llama del Vilano. Ahí ya es pista que se va para las casas de la nava del Vilano y para la casas de la Fresnedilla, izquierda y derecha. Pero en otros tiempos no era pista sino senda que se iba abriendo en ramales según penetraba en la sierra.

La senda de la cuesta de Navazalto que es como, desde tiempos lejanísimos, se le conoce y hoy está muy rota. Ya casi nadie la recorrer y como el monte se ha cerrado mucho y también las lluvias han arrastrado gran cantidad de piedras y tierra, la han roto casi por completo. Pero esta vereda,

en tiempo pasados, fue una de las vías de comunicación más importante desde lo más hondo de la sierra hasta el pueblo de Mogón y al revés. Hubo una época en la cual los vecinos de los cortijos por el Valle de Guarondo, se juntaban y durante algunos días del año, se dedicaban a arreglar esta senda. La empedraban allí por donde las bestias habían amasado mucho barro, la sujetaban con paratas de piedra por aquellos puntos donde tenía que sujetarse a la ladera, le cortaban el monte donde alguna mata de enebro o sabina la iba tapando, la sujetaban con palos para que pudiera pasar por donde las pendientes era malas, le trazaban sus escalones y la dejaban limpia allí donde las corrientes la llenaban de piedras o barro. Por eso decía antes que recorrer esta senda es de una emoción que no tiene comparación con ninguna otra en los parajes de la grandiosas sierras del Parque Natural. Las dos fuentes que regalaban agua a lo largo de la hermosa cuesta de Navazalto, se han secado. No se sabe si ha sido por la gran sequía de los dos último años o si es por otras causas.

Los nombres de los sitios y cortijos por donde va pasando esta senda así como los de los parajes más próximos que desde sus distintos balcones se dominan, son los siguientes: El Saladillo, subiendo desde Mogón río Aguascebas Grande arriba y antes de las juntas, la huerta Rubiales por donde ambos ríos se juntan y son dos, la de Arriba y la de Abajo, el salto del Aire, cueva de las Palomas, el bar de la Noguera, donde remansaban el cauce del río para que las personas se bañen, en la misma puerta del edificio crecen una gran noguera. El puente que a la izquierda da paso para el Aguascebilla del pantano y lleva a la Osera. La juntas de ambos ríos llamada huerta de Rubiales, huerta de Rubiales de Arriba que es otro cortijo ya en el Aguascebas Grande, cortijo de las Canasteras, un cortijo en la misma pista y que a todo el rincón se le conoce por el nombre de la huerta del Cura, la de arriba y la de abajo porque fue una finca muy grande que partieron luego, unos metros más arriba la pista gira para la derecha pasando por el puente de la huerta del Cura, cortijo de Ologio, la pasá del Granillo, arroyo del barranco de Martín Ruiz, es el mismo que nace en todo lo alto de los llanos de Navazalto, el cortijo del Barranco, piedra Cubilla, barranco de la Fernanda, cortijo de la Fernanda, las Albarizas, por la derecha sobre un collado con tierra blanca y almendros florecidos.

Ya subiendo por la cuesta de Navazalto: fuente de Abajo, antes de empezar la gran cuesta, Hateril de Canasta, el Picotón, el Covacho de las Canales, Peñón Chico, Peñón de Navazalto o Peñón del Oro por la leyenda del tesoro ahí escondido, picacho del Esparto, collado de los Picazos, desde los Picazos se ve el puntal de la Salud, que está por debajo del puntal de las Cuevas, la Cocota de Cirilo, es justo el picacho que caen por encima de los cortijos de la nava del Vilano, puntal del Ahijaero, puntal de Serrano, el de abajo, el Mojón, el de más abajo el puntal del Romeral. Al gran barranco que queda coronando por todos estos picos se le conoce por el Royo del Toril y el Bigarral. Desde el collado de los Picazos sale una verea, ya casi perdida que

lleva al cortijo del Bigarral, en lo más hondo y agreste de este grandioso barranco. Por debajo del cortijo del Bigarral está el Covacho de los Parrizones. Por el barranco están los Nidillos, Loma Pelá, los Lastonares y el puntal de las Cuevas, Mirador de las Malparías, fuente de Arriba, justo en el mismo cauce del arroyo, por donde la verea lo cruza y casi a la altura del Peñón de Navazalto. El Villarejo, Losa blanca, es una lastra blanca que está por encima de la fuente de Arriba, la fuente del Peñón que es un venero escaso que brota justo por el pie del Peñón de Navazalto y el covacho del Peñón.

Desde el poyo del Peñón se ve barranco Oscuro, la finca del Peguero, arriba la lancha de las Buitreras, el collado de Escuerna Cabras, ya cerca de la caseta de Navazalto. A lo lejos se ve la fuente del Roble, lancha de los Lentejos, por donde pasa la carretera que desde Mogón sube al Embalse Aguascebas, el tranco del Polvorista, Prao Nevao, cortijo de los Vílchetes, la Escalera de los Vílchetes, la Pará del Vaco, cuesta del Aguardientero, Erilla del Aguardientera, la huerta de la Osera, el portillo del Aguardientero, peña Rubia. Por encima del Peñón de Navazalto y entre los llanos, queda el precioso collado del Peñón.

Ya remontando por la senda a los llanos de Navazalto el nombre es los Tranquillos de Navazalto, llanos de Navazalto, a la izquierda queda el puntal de las Cuevas, el collado del Mojón, Cuevas de Navazalto. Desde lo más alto del puntal de las Cuevas se ve una grandiosa vista sobre el circo del Bigarral. Algunos otros nombres por este hoyo son: los Praos, el Covacho Peregildo, las Vacarizas, el Covacho de la Osa, Jorro de la Madera, Jorro del Filo, los Avenares, Rinconá de las Higueras, Peguera del Ahijadero, Terreras del Ahijadero y el puntal del Ahijaero, arriba y es el segundo, el Torcal del Serrano, olivas del Bigarral, fuente de la Víbora, volcando está el Chorro de las Cebadillas de Abajo. Justo en el puntal de las Cuevas hay una gran grieta en las rocas que se llama Peñón Cortao, en el mismo voladero del puntal de las Cuevas están las Cuevas de Navazalto que son cuatro o cinco y el Rajón. El covacho de la Garita, cueva Larga y cueva Corta, collado de Mojón, por encima de las cuevas, cuesta de las Carboneras, por la punta de arriba del collado del Mojón.

Por los llanos de Navazalto tenemos la Era de Yescas, Tapuela de Yescas, Cuestecilla de Yescas y Cruz de Yescas, ya cuando la senda corona lo más alto del puntal de Navazalto y comienza a bajar para la nava de la fuente del Vilano, corral de Bastián, en lo alto del morro de la Cruz de Yescas y los Toriles del puntal de la Cuna. En todo lo alto del puntal del la Cuna, lo más alto del macizo de Navazalto, crece un almendro que florece en el mes de enero o febrero.

La ruta: **El tramo del olivar**

Sale esta ruta desde el mismo pueblo de Mogón. Al contrario de las otras que se recogen en este trabajo que van desde la sierra hacia fuera o de un punto a otro por el corazón de la sierra, ésta viene o la describo desde fuera de la sierra hacia el corazón mismo de la gran sierra. Quizá resulte más atractivo recorrerla de este modo que al contrario. Nada más pasar el bar Molinillo, la carretera se viene para la derecha y comienza a recorrer el río Aguascebas Grande y Chico, ahora los dos juntos. Por el lado derecho escoltan los álamos, cañas y vegetación de ribera. Por el lado contrario aun no se ven olivos. A cuatrocientos metros aparece el río con un buen caño de agua fresca y limpia. A un kilómetro trescientos ya se presentan los olivares por la izquierda. Unos metros más arriba, varias casas a un lado y otro. Se le conoce al rincón con el nombre de la piedra del Reloj. Los tubos que traen el agua desde la potabilizadora de la fuente del Roble para repartirla por todos los pueblos de la Loma de Úbeda, cruzan de un lado a otro del río para meterse en el Guadalquivir que va quedando a las espaldas.

El Saladillo queda a dos kilómetros. Es también una curva donde gira la carretera para la izquierda y por la derecha, un puente que da paso sobre el río. Lleva a la casa del El Saladillo, sobre la ladera del cerro que cae hacia el río, entre los olivos y todavía respirando aquel ambiente de baños, porque este rincón, en tiempos lejanos, fue un balneario. Manan por aquí aguas medicinales que servían para los granos y otras enfermedades. En los últimos tiempos andan diciendo que lo van a rehabilitar. Sigue la pista río Aguascebas Grande arriba y más casas que van apareciendo a un lado y otro. Una casa por debajo de unas rocas, donde se abre una cueva. Es la cueva de las Palomas y se parece a otras muchas por la gran sierra de las Villas. No tiene ahora la belleza de aquellos tiempos. Por donde ahora va la carretera asfaltada que vamos recorriendo, venía antes la senda que bajaban por la cuesta de Navazalto. Un poco antes de los tres kilómetros por la izquierda aparece el bar de la Noguera. Le pusieron este nombre porque tiene en la puerta una gran noguera y como reclamo para que vengan las personas por aquí. A tres kilómetros justo la carretera deja de tener asfalto pero aunque ahora sólo queda tierra, el firme está en muy buenas condiciones.

Al fondo se ve resaltando el gran macizo de Navazalto con toda su cadena de filos rocosos y voladeros mirando para el barranco del Bigarral. Otra pista que se aparta por la derecha y es aquí justo donde los dos ríos se juntan. A este punto se le conoce con el nombre de huerta de Rubiales y son dos. La huerta de Rubiales de Abajo y la de Arriba. Es por donde se mete la pista de tierra que recorre el cauce del río Aguascebas Chico hasta la cascada de la Osera. Por ahí se encuentran el Jardín, la huerta de las Monjas y otras grandes fincas. Aparece este punto justo a tres kilómetros y medio del pueblo de Mogón, midiendo desde el mismo puente del bar Molinillo.

Remonta un poco, pasa por delante de un gran cortijo blanco y a cuatro kilómetros una recta y muchas tierras de huerta entre la pista y el río. A cinco kilómetros trescientos algunos cortijos más y unos metros antes del puente que tiene que atravesar para irse en busca del barranco que necesita, la pista se pega por completo al río y se hace llana. Esta por aquí el cortijo de la Canastera dentro de un paraje que se le conoce por el Salto del Aire. Le entra unos arroyuelos por la izquierda y a cinco kilómetros ochocientos, por la derecha, el puente por donde se cuela la pista que necesitamos. Se le conoce por el Puente de la huerta del Cura que también son dos cortijos. Huerta del Cura de Abajo y huerta del Cura de Arriba. Otro ramal se va río arriba pero sólo llega a unos cortijos más que hay por ahí y luego muere. Entre ellos está la huerta del Cura de Arriba. Cruza, gira un poco río arriba y luego se viene para la derecha, remonta una loma que en realidad es la que cae desde el mismo puntal de las Cuevas, el collado de los Picazos y llega hasta el río aunque por aquí ya mucho más llano y repleta, la tierra, de olivos. Sobre la loma roza las paredes del cortijo de “Ologio”.

A los siete kilómetros, ya vuelca para el barranco que necesita remontar. Al frente se ve un monte muy nombrado que se le conoce por piedra Cubilla. A siente ochocientos llega al arroyo y está la pasá del Granaillo. Ahora se endereza arroyo arriba y recta parece que quiere clavarse en el mismo corazón del barranco. Nace este arroyo en los llanos de Navazalto y al cauce se le conoce con el nombre de barranco de Martín Ruiz. Se aproxima al punto donde comienza la senda de la cuesta de Navazalto. Por la derecha mucho olivos y el arroyo sin agua. A ocho kilómetros aparece el cortijo del Barranco. Como al barranco se le conoce por el de Martín Ruiz, al cortijo le pusieron el nombre del cortijo del Barranco. A ocho kilómetros ochocientos está el cortijo de la Fernanda, que ya es el último en este barranco. En todo lo alto y con una majestad asombrosa, saluda y corona el gran peñón de Navazalto. El peñón de los tesoros o del oro. Aquí es donde gira para la derecha, atraviesa el arroyo y el coche tiene que pararse. La pista sigue por la ladera de enfrente y después de coronar un primer collado se viene para esta ladera y remonta un segundo collado. Es el de las Albarizas. Ahí mismo muere pero como la senda que sube a la cumbre se mete arroyo arriba, el coche tiene que pararse y esperar aquí hasta que vuelva del recorrido que pretendo hacer.

Pero antes, en unos segundos, me voy para el collado y cortijo de las Albarizas. Alba es blanco y en este precioso punto de la sierra y bastante importante por esta ladera, hay tierra blanca mezclada con tierra algo roja, color ceniza y hasta gris negra. Así que decía que al dar la curva la pista que venia remontando, justo por donde pasa el arroyo, sale la senda para arriba. El collado y cortijo de las Albarizas queda al lado del sol de la tarde. Para subir a él desde este punto, continúo por la pista de tierra y después de trazar una gran curva sobre el último morro y collado que esta loma tiene por aquí, se vuelve para atrás. Por la ladera que mira al arroyo donde se ha quedado el

coche pero ya muy remontada, la pista surca y corona al collado de las Albarizas. Es el segundo collado, el que cae justo desde el mismo Peñón de Navazalto.

Es este rincón, un puñado de buena tierra, que ellos limpiaron de monte, roturaron y sembraron de olivos. Parte de esta tierra tiene un tono blanco alba y se ve que es muy fértil porque los olivos rebosan salud. Y más salud parecen rebosar cuando su verde intenso se ve resaltar entre las flores inmaculadas de los almendros que por aquí también plantaron. Una belleza de collado, con su tierra blanca, justo en la mitad de la cumbre y remontado sobre el gran barranco del río Aguascebas Chico. Porque esto es precisamente lo que más asombra: que hasta estas alturas de la sierra y donde escasamente hay tierra, hayan subido los olivos. En este Jaén del olivar y aceite, han sembrado árboles hasta en los rincones más inaccesibles. Pero repito: el collado de las Albarizas, con su cortijo, sus olivos y sus almendros es un rincón precioso tanto por el nombre como por el color de la tierra y el punto que ocupa en el macizo de Navazalto. El lugar, ahora es una finca privada.

La senda por la montaña

Decía antes que en la misma curva, al cruza el arroyo que por aquí tiene el nombre del barranco de la Fernanda, comienza la senda. En realidad no es que comience porque la senda viene desde el mismo pueblo pero como ahora han trazado la pista de tierra, es aquí donde hay que dejar el carril e irse por el recorrido de la vieja senda. Casi en el mismo surco del arroyo, por el lado derecho mirando hacia la cumbre, se ven algunas rodadas de coches. Se va uno por ellas y enseguida aparece la vieja senda. Se la come el monte, la hierba, el musgo y las piedras que han rodado de las laderas pero se le reconoce bien. Traza varias curvas siempre jugando con el surco del arroyo sin agua y al poco se mete en un estrecho. Desde ambos lados caen unos filos rocosos y por eso se forma como una cerrada no demasiado importante pero cerrada y con mucho monte entre sus empinadas rocas. La senda no le hace caso porque sigue arroyo arriba y enseguida se encuentra con el rincón de la fuente de Abajo. Fue la más importante en el recorrido de la vieja vereda por la cuesta y como manaba justo al terminarse los olivares y antes de la gran cuesta, servía para refrigerar y calmar la sed del viajero que por aquí pasaba. Durante muchos años así fue. La vegetación que ahora cubre la tierra fresca de este arroyo son Barbaizas, prueba yernos, sanjuaneros, maraña, que es la coscoja, madroñeras, lentiscos, agracejos, acebuche y adelfas.

Pero la fuente de Abajo, hoy me la encuentro seca por completo. Sin ni siquiera una gota de agua. Me tengo que apartar unos metros para la izquierda y en el mismo curso del arroyo descubro la cuna de lo que fue la cristalinas y fresca fuente. Manaba del agujero que una roca tiene en el

mismo lecho del arroyo y como se formaba un pequeño charco, hasta lo recubrieron con cemento para que el agua fuera más limpias y se pudiera beber con más tranquilidad. Pero hoy por este venero no sale ni siquiera una gota de agua. ¿Qué ha pasado? El año es seco porque aunque llovió bastante en los meses de otoño, en todo lo que va de invierno, ni siquiera una gota ha caído pero dicen los del lugar que ellos, nunca en su vida han visto seco el manantial de la fuente de Abajo. Por aquí cerca ahora hay varios cortijos y algunas casas nuevas que han construido para recreo. Desde el arroyo han sacado tubos de plástico y por ellos se traen el agua que por el arroyo encuentra, a estos cortijos. Algunas de estos tubos se enganchan al arroyo por encima de la fuente de Abajo. ¿Por esta causa se ha quedado sin agua la honorable fuente de Abajo? La que calmó la sed a tantos serranos de aquellos tiempos y fue tan importante en la senda de la Cuesta hoy también parece como si, con los que ya no están, quisiera desaparecer ella.

La senda sigue trazando sus juegos con el surco del arroyo, cada vez con más monte, musgo y piedras hasta que termina de remontar el estrecho. En otros tiempos, como había más ganado, estas laderas estaban mucho más peladas. Se empina por una leve cuesta y descansa sobre un llanete muy parecido a donde se ha quedado el coche. En realidad es un espacio amplio y algo llano que todavía se abre en este barranco antes de inclinarse en paredes casi verticales y recoger por la parte de arriba los llanos de Navazalto. Pues por este rellano y amplitud en el barranco pasa otra pista forestal. Es de tierra y se le nota que no se usa mucho. Como la que he dejado abajo, también atraviesa el barranco y se va para la derecha y la izquierda. Si ahora me fuera con ella para el lado del sol de la tarde, en sólo diez minutos remontaría al collado de las Albarizas. En realidad este es el camino más corto y mejor si se viene andando hasta este collado. Pero se ve que la pista la dejaron sin uso porque se la come la hierba, el monte y la tierra que arrastran las lluvias.

Para el lado izquierdo es para donde me vengo, siguiendo a esta pista y unos metros más arriba, ya la dejo. La senda se aparta de ella por el lado derecho que es por donde se presenta la solana y aquí es donde justamente da comienzo la verdadera y gran cuesta de Navazalto. Es una solana muy poblada de romeros, estepa, aliagas y enebros que se enfrenta al Peñón de Navazalto y como la tierra está muy inclinada la senda empieza a remontar por ella buscando el precioso collado de los Picazos a menos de un kilómetro en lo alto. Pero como el desnivel es muy grande la senda comienza a trazar zigzags para que la subida sea más cómoda. Según se remonta, por las espaldas y lado del sol de la tarde, se puede ver el Hateril de Canasta, el Picotón, Covacho de las Canales, Peñón Chico y el Peñón de Navazalto, todos por encima del collado de las Albarizas. Ya he dicho en algún lugar que por este camino salían y entraban los serranos con sus bestias cargadas. Y como la cuesta es grande la senda tiene que recorrerla una y otra vez yendo de un lado a otro. Sólo de este modo las bestias podían remontar o bajar sin

que sus cargas se les cayera o por la oreja o por el rabo, según subieran o bajaran. En otros tiempos, a estas laderas venían las personas de Mogón con sus borriquillos a por una carguilla de leña.

La voy recorriendo y a cada curva me encuentro que los animales, las ovejas y cabras que por aquí ahora andan, trazan veredas rectas. Es decir: ellos no siguen el viejo trazado de la vereda sino que se tiran rectos cuando por aquí pasan y por eso, el que no conozca el viejo trazado de esta vereda, puede equivocarse con mucha facilidad. Creo que por donde esta senda va haciendo su recorrido existe una vía pecuaria, no muy importante pero sí vía pecuaria que daba entrada y salida a los rebaños que pastaban por lo más hondo de la sierra. Ahora todavía pasan por aquí algunos rebaños de vez en cuando pero ya son casi los últimos.

Pues trazando sus airosas curvas, la senda va recorriendo la ladera en busca del collado de los Picazos. La vegetación que se presenta por aquí fundamentalmente son romeros, durillos, madroñeras, zarzas, lentiscos, cornicabras, mejorana, zamarrilla, tomillos, algunos arces, muchos pinos que no son de los repoblados y estepa blanca. Y el nivel, por donde se ha quedado el coche, cubre los novecientos metros y al llegar al collado de los Picazos ya se levanta sobre los mil metros y algo. Y como siempre suele ocurrir, según avanza la senda cortando la ladera, las raíces de los pinos afloran por el surco que en ella se fue formando. Sin ni siquiera observar se descubre como estas raíces están desolladas, llenas de cicatrices y nudos resecos. Se fueron rompiendo con las pisadas de las bestias y las personas y la fuerza del árbol curaba sin descanso las heridas. Estas viejas raíces siempre son señales claras de la presencia de sendas por la sierra y de la densidad de personas y animales que las recorrían.

Sobre el collado de los Picazos por fin descansa después de haber recorrido la empinada ladera de los romeros y que cae hacia el barranco de la fuente de Abajo. Al asomar, la vista se abre grandiosa por toda la anchura del barranco del Bigarral, solana de Bardazoso y cumbres al otro lado. El picacho más elevado que corona sobre el gran barranco del Bigarral es la Cocota de Cerilo. Se ve también el puntal de la Salud, puntal del Ahijaero, puntal de Serrano, el Mojón, el Romeral. Por el centro del grandioso barranco corre el Royo del Toril y el Bigarral. el cortijo del Bigarral se asienta sobre un puntal curiosamente bello y en el mismo centro de cuatro arroyuelos. Dos a un lado y otros dos a otro. Y justo a la altura del cortijo se juntan dos arroyos por la derecha y otros dos por la izquierda. Como si un artista arquitecto caprichosamente lo hubiera ideado con esta belleza excepcional.

Desde donde se alza el cortijo cae una pared rocosa, con más de cien metros y casi por completo en vertical. Abajo y final de esta parece se encuentra el Covacho de los Parrizones y hay otra pequeña llanura recogida ahora sólo entre dos arroyos. Un por cada lado que ya son la suma de los

dos que a cada uno se le han unido algo más arriba. Esta llanura tiene la misma figura que el núcleo de una muela humana y cuando termina ya se juntan los dos arroyos que la abrazan para quedar sólo en uno. A partir de aquí se le conoce por el arroyo del Toril. Por encima del cortijo hay unos poyatares que se le conocen con el nombre de los Nidillos. Donde estamos parados recibe el nombre de collado de los Picazos, Loma Pelá que está cerca, los Lastonares y el puntal de las Cuevas. Para las espaldas, lado del sol de la tarde, lo primero que asombra es el Peñón de Navazalto coronando, el collado del Hateril con su almendro florecido y que es gemelo del que algo más abajo lleva el nombre de las Albarizas y al otro lado, el impresionante barranco del río Aguascebas Chico. Es por donde se encuentra la Osera y ahora me creo que sí fuera ese rincón propicio para que se refugiaran los osos.

Desde este mismo collado, hacia el barranco del Bigarral, arranca una sendilla que recorriendo la tupida umbría lleva hasta las ruinas del que fue un bonito cortijo con su huerta. Pero la veredilla no muere en este cortijo sino que lo dejaba atrás, remontaba por el collado de un puntal al otro lado del gran barranco y se iba para el cortijo de las Cebadillas Bajas. Por allí enganchaba con la que baja desde las navas del Vilano para el poyo del Moro. Pero es verdad que la función principal de esta veredilla era el cortijo del Bigarral, la tapuela y la huerta. Los dueños de este cortijo vivían en el arroyo del Torno pero en este quebrado rincón de la sierra tenían ellos un buen puñado de tierra que cultivaban y la que no, la aprovechaban para que pastaran sus ovejas y cabras. Se llamaba él Félix García. Para entrar y salir a este escondido cortijo no tenían otro paso que el de la senda que ahora recorremos y desde este collado tirarse ladera adelante hasta el gran barranco del Bigarral. Hoy la senda, como tantas y tantas en estas sierras, está borrada y por completo comida por el monte pero se puede ir por ella. Por encima del cortijo en la ladera que cae desde el puntal, todavía se ven los olivos que ellos plantaron, labraron y cosecharon. Por encima de los mil metros de altura crecen estos olivos.

Nosotros, después de haber resollado un poco, arrancamos y seguimos. Ahora la senda surca la ladera buscando el Peñón de Navazalto. Mucho más cómoda porque desde el collado se deja ir hacia el arroyo que por abajo abandonó y sin dejar de remontar casi imperceptiblemente, surca la ladera para encontrar el mejor paso hacia los llanos. Pero a sólo unos metros de collado se tropieza con una lastra. Una pared rocosa no demasiado inclinada que dificulta el paso normal a la senda y por eso, como ellos tenían que pasar por aquí con sus bestias cargadas, le hicieron una “orma”. De un punto rocoso a otro, pusieron unos palos, sobre ellos colocaron una parata de piedras y luego lo rellenaron con tierra y piedras. Así la senda seguía con su misma anchura y la comodidad suficiente para que las bestias pasaran sin problemas. La gente del arroyo del Torno y la Fresnedilla bajaban por aquí mucho. Como todos tenían ganado de los olivos se llevaban sus

carguillas de “ramoniza” para las ovejas o cabras. Ahora la orma se ha roto, las piedras de la parata han rodado y la senda se ha desguazado casi por completo. Se puede pasar pero con mucho cuidado. Quizá dentro de pocos años ya no sea posible pasar más por aquí. Vuelvo a decir que en aquellos tiempos el ganado andaba todas estas laderas. Al mirar para atrás volvemos a ver la tierra blanca de las Albarizas y ahora recuerdo que por ahí hay un mirador. Se le conoce por el nombre del Mirador de las Malparías. Se ve también desde aquí un punto que se le conoce por el nombre del Villarejo.

Unos metros más adelante ya se encuentra con el surco del arroyo. Tampoco tiene agua. Es justo por aquí donde también manaba la fuente de Arriba. Muy cerca ya del Peñón de Navazalto y por debajo justo de Losablanca. Cuando en aquellos tiempos pasan por aquí las personas se paraban beber y si llevaban falta de comer, echaban un bocado y luego seguían. En estos dos puntos, la fuente de Arriba y la fuente de Abajo era donde ellos se paraban a comer si no llevaban mucha prisa y era la hora de la comida. Al cruzar el arroyo nos encontramos el sitio, todavía con sus juncos, las tobas que la corriente de las aguas fue dejando por el rincón y señales de humedad pero sin gota de agua. También se ha secado la fuente de Arriba. Veníamos con la esperanza de coger agua en ella y beber pero tampoco podemos. Seguimos y sólo unos metros más adelante la senda traza una curva para empezar a jugar con el surco del arroyo hasta coronar a los llanos. Pues justo por esta curva se aparta otra sendilla y sigue recta buscando la base del gran peñón. Se le llama la Vaqueriza de las Canales. Se ha borrado mucho y por eso ni siquiera la buscamos. Campos a través, trepando monte, continuamos en la dirección que ahora nos interesa. Dejamos atrás el surco del arroyo, coronamos una lomilla, caemos a otro arroyuelo y en unos metros más, ya pisamos la misma base del gran peñón. También abrigamos la esperanza de encontrar algo de agua en la tercera fuente de esta gran cuesta. La fuente del Peñón pero no aunque sí.

Tengo que decir que desde el mismo collado de las Albarizas salía un camino, sólo para las personas, que subía puntal arriba hasta la misma base del peñón y luego remontaba hasta los Llanos de Navazalto y la cuerda. Por aquí crece mucho la zamarrilla blanca. Ellos la usaban para limpiarse el cuerpo. Cuando tenían el cuerpo “sucio”, se refieren al intestino, se tomaban tres tazas de una infusión hecha con zamarrilla blanca y se quedaban limpios. Por aquí crecen las hiedras y las cornitas. De la misma base del peñón surge un hilo de agua que cae a un charco muy tomado por los jabalíes. En él se bañan y por eso es todo puro barro aunque el agua está clara como el viento. ¿Pero quién se atreva a beber? Nadie. De la misma pared rocosa chorrean unas gotas que caen en pequeñas pozas que se han formado en la roca pero ni siquiera son hilillos sino gotas que caen muy lentamente.

Así que pasamos de largo y sobre el puntal que algo más adelante existe, nos paramos un momento. Es un lugar delicioso para una segunda

parada por lo remontado que ya está esto y la gran visión que desde aquí se divisa. Mientras respiramos y tomamos algo de fuerzas comentamos el tesoro del peñón, las covachas que se abren junto a la fuente donde en otros tiempos dormían los animales cuando llovía o hacía frío y reconocemos los nombres por los parajes que a lo lejos saludan. Algunos de ellos son: barranco Oscuro, la finca del Peguero, el poyo del Peñón, arriba, la lancha de las Buitreras y el collado Escuernacabras, ya cerca de la caseta de Navazalto. También se ve desde aquí, al otro lado del río Aguascebas Chico, fuente del Roble, abajo, el tranco del Polvorista, lancha de los Lentejos, Prao Nevao, cortijo de los Vílchetes, la Escalera de los Vílchetes y el cortijo del pastor que se llama Juanillo.

Cuando arrancamos ya no bajamos en busca de la senda por donde la hemos dejado sino que arroyuelo arriba, otro distinto y de menor categoría que el compañero de la vereda, remontamos. Nos la encontramos sólo unos metros antes que ésta termine de coronar a las tierras llanas. Por lo que ellos conocían con el nombre de los Tranquillos de Navazalto. Y en cuanto coronamos, por el lado derecho, se nos abre la enorme extensión de la hoya que da lugar a los Llanos de Navazalto. Una tierra ciertamente muy llana, con espesa hierba, muchas cornicabras, abundantes matas de mejorana y hasta con su era y ruinas de un cortijillo. El único cortijo que hubo en Navazalto.

Pero nosotros nos venimos para el lado izquierda. Es por aquí por donde corona un majestuoso puntal. Es el conocido por el puntal de las Cuevas y su altura llega a los mil doscientos noventa y nueve metros. Justo por los Tranquillos hemos cortado la curva de nivel que va por los mil doscientos metros. Y a este puntal se le corona con una facilidad espantosa. Casi llano como la palma de la mano porque nosotros ahora avanzamos desde la llanura hacia el morro del puntal. Mucha hierba aunque todavía muy enratoná por los fríos y los hielos de invierno y las rocas calizas que por aquí se presentan muy alisadas. Un rebaño de ovejas pasta por el lado de los Llanos y un rebaño de cabras baja desde la cumbre de la Cruz de Yescas. Son las del pastor de la Fresnedilla y su padre bien que las reconoce.

Como ya es casi la una del día, en el mejor punto de este puntal, desde donde se divisa medio mundo, nos sentamos. El que nos acompaña dice:
- ¡Pues no he comido yo veces en el mirador que ofrece este puntal!
Alguien se anima y dice:
- Tantas como para que a partir de hoy este puntal aparezca en los mapas con el nombre de “Comedor de Lucas”.
Y él responde:
- Lo que pasa es que si le ponéis ese nombre cuando la gente venga por aquí y pregunte como le dirán que este balcón se llama puntal de las Cuevas, dirá que el mapa está mal. ¡Valientes técnicos sois vosotros! Ahora, sí decís: “En el puntal de las Cuevas estuvimos comiendo con Lucas, eso ya es otra cosa”.
Y alguien responde:

- Pues así se hará.

A nuestros pies mismos se nos abre el grandioso barranco del Bigarral. Los nombres que por el lugar hay, ya lo he dicho pero algunos más, son los siguientes: los Praos, Covacho de Peregildo, las Vacarizas, Covacho de la Osa, Jorro de la Madera, Jorro del Filo, los Avenares, Rinconá de las Higueras, Terreras del Ahijadero, Torcal de Serrano, las Olivas del Bigarral, fuente de las Víboras. Desde el arroyo del Toril sale un camino que va hasta la fuente de las Víboras. Un poco más allá está el Chorro de las Cebadillas Bajas. Tengo que decir que la palabra Jorro, en este caso se le aplica a un arroyo de cauce corto y muy torrencial. Por este barranco del Bigarral nacen más de seis arroyos de cauces cortos, casi siempre sin agua pero muy torrenciales. Donde nos hemos parado es conocido por el puntal de las Cuevas y al lado mismo tenemos Peñón Cortao. Una enorme grieta abierta en el filo del puntal de las Cuevas. El puntal de la Salud cae justo por debajo del puntal de las Cuevas y cerca tenemos los Lastonares.

En cuanto terminamos de comer nos disponemos y por el estrecho de las rocas que forma el filo de voladero nos metemos. Caemos por la inclinada ladera y en unos minutos estamos en la boca de las cuevas.
- Estas son las verdaderas Cuevas de Navazalto.
Primero hay una con su boca bastante redonda y con una gran cavidad. Es el Covacho de la Garita. Un poco más adelante aparecen las otras dos que tienen forma alargada. Son cueva Larga y cueva Corta y luego se presentan dos más. La última se clava en la pared ya muy levantada y por un portillo donde crece una mata de hiedra. Por delante le hacían una valla con piedras y ramas y dentro encerraban el ganado.
- Por ese portillo sacaban el estiércol. Arriba ponían una garrucha, llenaban sacos, los amarraban con unas cuerdas y con la garrucha tiraban y sacaban el estiércol. Al mismo Mojón. Lo usaban para las sementeras y las huertas.
El portillo ciertamente es curioso. Se mira por él y al final se ve la luz del cielo y claro que se nota lo difícil que era sacar por aquí aquellos sacos llenos de estiércol pero cuando se mira por el punto donde hemos bajado, enseguida se cae en la cuenta que era mejor sacar el estiércol por el portillo. La distancia era mucho menos y la cuesta, también.

Crece por aquí una planta que ellos llaman Hierba del Lobao. Si a una res le da lobao, se corta unas ramas con la navaja, se hace una crucecilla, se ata en el centro con una hebra y se le pone en la boca para que se le quede abierta. Al respirar el animal, se lleva para dentro el aroma que desprenden los palos que forman la cruz y el animal se mejora. El lobao es un mal que le da a las ovejas que se mueren sin más remedio. No sé qué nombre tendrá esta planta en el mundo científico pero sí digo que la he visto muchas veces y en muchos puntos de las sierras de este Parque Natural. Y también sé que es tóxica. Con la hoja redonda del Ombligo de Venus, se curaban ellos el dolor de muelas. Cogían estas hojas verdes, la cocían y se tomaban la sustancia y

con esta infusión se les calmaba el dolor de muelas. Esta planta se cría entre las rocas, allí donde las ovejas o cabras hayan depositado mucha basura, cagarrutas, el clima sea algo húmedo y casi siempre en parajes orientados al norte. Umbrías muy iluminadas pero con la suficiente humedad.

En las cuevas de Navazalto, todavía hay mucha basura de cuando dormían aquí las ovejas. Casi medio metro de estiércol y como chorrea y rueda por la ladera, la hierba crece por aquí espesa y vigorosa. Es umbría total este rincón y desde las puertas de estas cuevas se ve una grandiosa vista sobre el impresionante barranco del Bigarral. Estamos en todo lo alto y por eso la visión es, además de grandiosa, cómoda. Desde aquí mismo se puede ir hasta el cortijo del Bigarral que se ve en todo lo hondo, remontado en su puntal pero ahora sólo un puñado de piedras. También ese cortijo se quedó abandonado y éste tenían razones más poderosas que otros. Entrar por estos parajes es toda una odisea. No sólo resulta peligroso sino que el esfuerzo para bajar y subir ya desanima a cualquiera.

Abandonamos las cuevas subiendo otra vez por el mismo estrecho que hemos usado para entrar, remontamos al puntal donde hemos comido y ahora me doy cuenta que tiene sentido el nombre que le pusieron. El puntal de las Cuevas queda justo encima de estas cuevas. En su pared rocosa y por completo en vertical es donde se abren estas cuevas. Las ovejas se han venido para lo más alto del puntal y ahora comen hierba por donde hemos estado sentados. Nosotros nos vamos para el lado de las Cebadillas y en unos metros nos tropezamos con el Mojón. Una columna rocosa de más de tres metros de larga que clavaron en lo más alto de un precioso collado. Es justo donde nace el arroyo principal que da configuración al gran barranco del Bigarral y se le conoce por la cuesta de las Carboneras. Desde este punto y collado se puede bajar hasta el cortijo del Bigarral y recorrer todo el amplio barranco. Y el Mojón es un punto precioso. Clavado en todo lo alto, sujeto por su base con varias rocas, con tonos plata primavera y resaltando en el azul del cielo, se presenta ante nuestros ojos como una verdadera joya. Más de sesenta años lleva aquí clavado.

Junto a él sacamos algunas fotos para el recuerdo y después de abrazarlo por si ya no volvemos nunca más, seguimos. Las cabras sestean a la sombra de los pinos que vuelcan para el barranco del Bigarral. Las ovejas se han venido más cerca de nosotros. El dueño llana por su nombre a una de ellas y en la mano le da un par de higos secos. Tiene su borrego, que como no hace mucho que nació, blanquea como la nieve. Lo coge y aprovechamos para hacer otra foto.
- Un día de estos tenéis que venir otra vez por aquí. Os mataré un borrego de estos y nos lo comemos juntos ¿Qué os parece?
Le decimos que nos parece bien pero que ese día no es hoy. Así que suelta el borrego y por donde se espesa la repoblación de pinos laricios, seguimos. Estos pinos fueron sembrados aquí para que los serranos dejaran de labrar

las tierras de los llanos de Navazalto. No estuvo bien hecho aquello pero ahora ya nadie se atreve sembrar estas tierras. Saben que tendrás problemas y muy gordos.

Al salir de los pinos dirección hacia el lado de la tarde, los llanos de Navazalto y la caseta que remonta en todo lo alto, nos volvemos a encontrar la senda. Desde los Tranquillos, se viene por el lado del puntal de las Cuevas. No llega al Mojón pero pasa cerca, roza el collado, remonta por entre los pinos y se pega al borde de la hoya de los llanos para acercarse a un puntal menor. Es el que cae desde la cumbre y Cruz de Yescas. Y precisamente la era que por aquí roza la senda es la de Yescas. Una redondica era, empedrada y todo, con las paredes de un cortijo a sólo unos metros por debajo.

Sobre ella nos paramos y durante unos minutos miramos para el llano. Aunque todavía la primavera no esté demasiado desarrollada el campo tiene aspecto de lo contrario. Sin embargo, las cornicabras que se amontonan por distintos puntos del gran llano aun no han brotado. Estamos mirando para encontrar las referencias que nos sitúen claramente sobre esta cumbre cuando caemos en la cuenta de lo que en esta era de Yescas ocurrió hace ya muchos años. La historia, muy resumida, ya la dejé escrita en otro apartado de este trabajo pero ahora quiero matizarla con nueva información. Y lo que ahora sé es que aquel hombre que un día murió de un tiro en la cabeza un amanecer cuando dormía en esta era parece que fue de la siguiente manera:

Un día él llevó algunos costales de trigo al molino para que se los molieran. Volvió unos días más tarde y no le habían molido el trigo. Regresó a su cortijo y pasado unos días volvió al molino. Como todavía no le habían molido el trigo se lo llevó a otro molino y se lo molieron. Cuando se enteraron que ya tenía su trigo molino y no había sido en el molino que lo llevó primero, parece que a alguien le sentó mal y entonces le dijo al hombre: “Pues cuando llegues a tu casa dile a tu mujer que te haga una torta que de esta harina vas a comer poca”. Se vino aquí a dormir para segar los trigos que tenía en sembrados en estas tierras. Al otro día por la mañana, cuando amanecía, el hombre estaba muerto sobre esta rendica era de los Llanos de Navazalto. Nadie sabe por qué causa fue pero por lo secreto hasta se dice que sólo por lo del trigo, no fue. Que habría algunas razones más y ello dio lugar a la tragedia que en esta era ocurrió aquel amanecer. En la sierra, en la grandiosa sierra de este Parque Natural, como en aquellos tiempos estuvo muy poblada de personas y donde hay personas siempre nace la envidia, las peleas y las luchas, pues ocurrían cosas como esta aunque no era lo corriente.

Durante unos minutos más todavía estamos parados sobre esta era. Aprovecho el momento para observar bien las ruinas del cortijo a sólo unos metros por debajo. Ya que hemos comentado varias cosas reemprendemos la marcha. Nos venimos para lo más alto del puntal, buscamos la senda que

sigue remontando en busca del Morro de la Cruz de Yescas y en unos minutos remontamos. Al asomar ante nosotros se abre la gran panorámica. En primer término la ladera que cae desde la Cruz de Yescas, la vereda que surca por ella y al fondo, la llanura de la nava del Vilano. Se ven las casas de arriba y las de Abajo. En las de abajo es donde mana la fuente de la nava del Vilano. Para la derecha se ve toda la gran llanura por donde se asienta la Fresnedilla, las ruinas de los cortijos que por ahí hubo, los Praos de Coa, Prao Maguillo, Prao de los Chopos, la cuesta del Oso y al fondo del todo, las llanuras de Jabalcaballo y peña Corva coronando. Una preciosa y relajante panorámica que reconforta hondamente. Merece la pena haber subido hasta la cumbre y por la vieja vereda. Al fin y al cabo, el recorrido de esta senda, para nosotros hoy es sólo un recreo pero para ellos en aquellos tiempos era una pura necesidad y tenían que recorrerla sin más remedio.

Nos movemos ahora para el lado del sol de la tarde, por lo más alto de la cuerda y en unos minutos pasamos por un precioso collado. Unas tapuelas nos saludan. Son las ruinas del corral de Bastián. En todo lo alto de la gran cuerda de Navazalto ellos levantaron un corral y en él encerraban sus rebaños de ovejas y cabras. Seguimos buscando la caseta de los vigilantes y como ahora se nos presenta un alto picacho rocoso en lugar de remontarlo nos volcamos para el lado de los llanos. Este puntal es precisamente el punto más elevado de esta cuerda. Mide exactamente mil trescientos setenta y nueve metros. Ellos lo distinguen con el nombre de puntal de la Cuna. Más que la cuna ciertamente es la atalaya de toda esta cina pero ellos le pusieron el puntal de la Cuna y seguro que tendrían sus razones que ahora yo no conozco. En el collado antes del precioso punta, otra tinada con sus paredes de piedra y ya muy rota. Se le conoce por los Toriles del puntal de la Cuna.

Tengo que decir que este puntal de la Cuna además de ser el más alto de toda la cuerda también es el eslabón principal de una cadena de seis puntales, casi todos en línea recta y casi con la misma altura, por la cresta de esta cuerda. A nuestras espaldas ahora quedan tres entre los mil doscientos setenta a mil trescientos cuarenta y ocho metros. Preciosos todos ellos formando filo entre las llanuras de la Nava del Vilano y el gran barranco del Bigarral. Al frente nos quedan otros dos casi con la misma altura y uno de ellos, el siguiente al de la Cuna que es por donde vamos, sostiene a la caseta para los vigilantes de incendio.

A ella llegamos sobre las tres de la tarde. La saludamos más por la alegría que sentimos de haber coronado el precioso macizo de Navazalto y enseguida nos asomamos a los voladeros que caen hacia el gran barranco de la Osera. La caseta se asienta sobre un llano y sólo unos metros por detrás ya aparecen los cortes rocosos de los voladeros. Al fondo se ven el precioso Embalse de Aguascebas, el surco por donde se escapa el río, las grandiosas laderas que a los lados caen y los durísimos paredones rocosos. Sólo para gozar espectáculo como este merece la pena el recorrido que hoy

hemos hecho. Pero tengo que decir, por mi parte, que aunque no fuera posible gozar la vista que se descubren desde estos voladeros, también merece la pena el recorrido que hoy hemos hecho.

Así que durante un rato más nos entretenemos por la cima gozando el aire fresco que corre, los vuelos rasantes de los buitres que sobre estas cumbres planean, los nombres de los puntos cercanos y lejanos y cuando ya vamos a despedirnos, llega un coche de los que se meten por cualquier sitio. Unos jóvenes nos saludan y saludamos. Charlamos algunas cosas sin importancia y al poco ya empezamos a regresar. Nos vamos directamente al segundo puntal que es por donde se ve los buitres tomar tierra. Desde lo más alto lo seguimos observando un rato más y luego ya regresamos por el borde de los acantilados. Remontamos al gran Peñón de Navazalto desde donde puedo contar todos los puntos de tierra blanca que hay sobre los collados gemelos al de las Albariza y me salen unos seis. Luego descendemos por el lado del puntal de las Cuevas, buscamos la senda por los Tranquillos y en cuanto la encontramos, nos dejamos caer por ella. En una hora ya tenemos dejada atrás la cuesta de Navazalto y rozamos la fuente de Abajo. Unos minutos más tardes, nos encontramos junto al coche por el cortijo de la Fernanda. Y aquí damos por concluida la ruta del día de hoy que realmente ha sido de las más hermosas que recorrí por estas sierras. Pienso ahora que cuando la primavera está más avanzada, aun será más bonita todavía. Las praderas de hierba, los espesos bosques y los extensos olivares, ofrecerán matices que hoy apenas hemos podido otear.

La senda de la cuesta de Navazalto

La senda corona por la cumbre
y surca la umbría de la hierba,
recorre el llano alargado
y por donde el filo se quiebra,
de curva en curva y entre romeros,
como del viento descuelga
trazando un juego primoroso
con el arroyo y las piedras.

La senda fue en aquellos tiempos
como la más importante vena
que salía desde el corazón mismo
de la honda sierra,
señorial surcaba la solana,
se bañaba en la sombra y bebía
en la copiosa fuente primera
y en la segunda entre los juncos,
descansaba breve sobre la tierra
del collado de los Picazos
y ya se incrustaba en la cuesta

del Peñón de Navazalto,
se hundía por entre los olivares
y con el río de la sierra
hermosa se venía hasta el pueblo
blanco de la verde vega.

Pero la senda que fue tan grandiosa
en aquellas claras primaveras
hoy ya se muere bien rota,
entre romeros y sin presencias
de los serranos que la recorrían
siempre en sus luchas con la tierra
y aunque la senda aun se conoce
ya no tiene honor ni frescas
fuentes que la escoltaban
en las curvas por la cuesta
porque ella está rota sin remedio
ignorada de todos, triste aunque bella.

Breve descripción del macizo de Navazalto

Voy a empezar diciendo que al conjunto en sí lo llamo macizo porque es como una gran cresta alargada cuya máxima altura se encuentra precisamente en el puntal de la Cuna. Coronando el rincón que lleva el nombre de Navazalto. La cresta se orienta un poco de sur a norte y el extremo más redondeado de ella es donde levantaron la caseta para vigilar los montes. Mil doscientos noventa y tres metros tiene exactamente. En el otro extremo, sobre el mismo puntal del Filo, se alcanzan los mil trescientos cuarenta y ocho metros. En línea recta desde un puntal a otro la distancia es de algo más de tres kilómetros y medio. Situado en lo más alto del primer puntal, donde se encuentra la caseta para los vigilantes de incendios, miro hacia el segundo puntal, el del Filo que es el que corona a las casas de la nava del Vilano y por la derecha mía me queda una pronunciada ladera. Es una largísima lancha poblada de romeros, lentiscos, cornicabras, pinares, sabinas y enebros que vierte sus aguas al conocido arroyo del Torno. En realidad, esta ladera, es más de la mitad del arroyo del Torno. Sólo algunos arroyuelos le llegan desde esta solana porque ya dije que es de pendiente muy pronunciada y no tiene mucho recorrido. Desde el puntal de la Cuna hasta el arroyo del Torno, la parte más ancha de esta ladera, no llega al kilómetro. Así que los arroyos casi no pueden existir en tan poco recorrido.

Sigo en el punto de la caseta de incendios y sin moverme voy a trazar un recorrido, en el sentido de las agujas del reloj, empezando por el muro del Embalse de Aguascebas recorriendo toda la solana de la Osera, la umbría de Navazalto, el barranco del Bigarral, la umbría de las Cebadillas, para entrar por las casas de la nava del Vilano, bajar por el arroyo del Torno y venir a

morir otra vez al muro del Embalse de Aguascebas. La distancia puede ser de más de quince kilómetros en línea recta pero sin concretar demasiado ya que los barrancos y las lomas son muchos. Así que comienzo diciendo que los límites de la porción de tierra que quiero describir quedan dibujados como siguen: arrancando desde el muro del Embalse del Aguascebas nos bajamos con el curso del río Aguascebas Chico hasta donde se junta con el río Aguascebas Grande, por la huerta de Rubiales de Abajo. Seguimos río Aguascebas Grande arriba hasta el Chorro, punto donde se le junta el arroyo de las Cebadillas. Por este arroyo arriba remontamos y salimos a las casas de la Nava del Vilano, donde empezamos a caer por el arroyo del Torno abajo hasta llegar justo al mismo punto de donde habíamos arrancado, el muro del Embalse del Aguascebas. Estos son los límites del macizo que voy a recorrer y describir y que enmarco bajo el nombre de Navazalto por ser el más potente.

Y arranco. Por mis espaldas, desde la cumbre que sostiene a la caseta de incendios, caen unos inclinados voladeros que se hunde en lo más estrecho del río Aguascebas Chico. Son las buitreras de la Osera, la lancha de la Osera y la misma Osera con la grandiosa cascada que el río origina por este lugar. Una gran solana, casi toda pura roca donde levantaron un cortijo que luego bautizaron con el nombre de cortijo de la Osera. Por ahí mismo ya hay olivos y baja un arroyo que da agua casi todo el año conocido también con el nombre de arroyo del cortijo de la Osera. Otros arroyos algo más abajo y que surcan esta pendiente se llaman barranco Oscuro y de la Peguera y nacen en el mismo collado de las Albarizas. Seguimos avanzando y ahora el terreno se nos va ensanchando en una grandiosa loma que va cayendo con el cauce del río hasta las juntas. Varios arroyuelos de cauce corto van cayendo por la solana de esta gran loma y varios cortijos se levanta entre los tupidos olivares. En el mismo cauce del río hubo algunos molinos cuyos nombres diré en otro apartado. A todos los cortijos que se reparten por entre los olivos ya suben pistas de tierra que sirven para el laboreo de estos olivares. La distancia, desde el punto donde estoy hasta donde se juntan los ríos en línea recta, puede ser de unos seis kilómetros. Los olivos llegan hasta por encima de los ochocientos metros, en algunos puntos que la tierra lo permite.

En cuanto avanzamos unos grados ya volcamos para el barranco del Peñón de Navazalto. Es por donde sube la vieja senda de la cuesta de Navazalto. Los nombres por ahí ya lo tengo dicho en otro apartado de este libro pero repito que algunos son: el Peñón de Navazalto, collado de las Albarizas, barranco de Martín Ruiz, cortijo del barranco y de la Fernanda, cuesta de Navazalto, puntal y collado de los Picazos, puntal de las Cuevas ya casi en lo alto, Llanos de Navazalto, Cruz de Yescas y puntal de la Cuna, en todo lo alto de la gran cresta que estamos describiendo. La distancia, desde el mismo puntal de la Cuna hasta donde el arroyo de Martín Ruiz se junta con el río Aguascebas Grande, aproximadamente puede ser también de unos

cinco a seis kilómetros. El curso del río Aguascebas Grande no viene cerrándose sino que se va abriendo como si quisiera separarse de la cresta por la que andamos. Aunque la cresta parece que quisiera cerrarle el paso por el Chorro de las Cebadillas y por eso lo busca orientándose más hacia el norte.

Movemos las agujas del reloj unos grados más y desde el collado de los Picazos volcamos para el grandioso barranco del Bigarral. Para mí el paraje más impresionante y bello de todo el conjunto que estoy describiendo. Desde el mismo collado de los Picazos arranca un arroyuelo que se hunde hacia el corazón del barranco por donde se encuentra con cinco o seis que van llegando desde todos los lados del barranco. En el centro se levantan las ruinas de un precioso cortijo que bautizaron con el nombre de Bigarral. Ya dije que Bigarral se aplica a algo que está muy abigarrado, muy denso y entrelazado. Es un amplísimo semicírculo lo que presenta este barranco donde las pendientes son lo más llamativo. En menos de un kilómetro en línea recta el nivel cae desde los mil trescientos metros hasta quinientos. Así que muchos de los puntos de este barranco son puras paredes rocosas por completo en vertical. Los nombres también los dejé dicho antes pero algunos puedo repetir y son: cortijo del Bigarral como corazón del barranco, arroyo del Toril, el principal y suma de todos los menores, jorro de la Madera, Jorro del Filo, fuente de las Víboras, puntal de la Salud, puntal del Ahijadero, puntal del Filo y otros.

Movemos algo más las agujas del reloj y ya caemos al barranco de las Cebadillas, el que nace justo en la nava del Vilano y se entrega al río Aguascebas Grande por el Chorro de las buitreras. Por ese punto nos queda también una buena porción de tierra que cae desde el mismo puntal del Filo, el más elevado del conjunto y da lugar a la preciosa umbría de las Cebadillas. Se recogen por el rincón los cortijos de las Cebadillas Altas y Bajas, el Chorro con sus buitreras, el collado del Ahijadero, la fuente del Zar y arriba, el collado y casas de la nava del Vilano. Ya venimos volviendo para atrás y por eso remontamos hasta la misma cresta del bonito puntal del Filo. Hace de atalaya en el mismo centro del conjunto y a fe que es bonita la panorámica que desde todo lo alto se puede gozar. Las umbrías del poyo del Moro, quedan a sólo unos pasos y casi a los pies nuestros. Al otro lado tenemos la gran solana de Bardazoso.

Así que moviendo un poco más las agujas del reloj ya venimos por el arroyo del Torno abajo y la solana que desde la cresta derrama sus aguas a este precioso valle. Arriba, donde este arroyo nace, se abre una preciosa nava que ya he nombrado varias veces y que es la del Vilano. En el centro mismo de la llanura levantaron varios cortijos y algo más abajo, descendiendo ya con el arroyo, también levantaron más cortijos. Es donde nace la fuente del Vilano y ya el arroyo comienza a tener entidad aunque no mucha. La solana que desde, el valle de este arroyo remonta hacia la gran cresta donde

estoy, ya dije es casi toda una pura lancha, con rodales de tierra llana, donde manan algunas fuentes y hay praderas de hierba que aprovechan las ovejas de la zona. Una de estas fuentes es conocida por la fuente de la Solana. Los otros nombres no los repito porque ya los tengo dicho en varios lugares de este trabajo. Pero sí repetiré que por donde el arroyo del Torno se entrega al río Aguascebas Chico, punto donde cerramos nuestro recorrido y paramos las agujas del reloj, se encuentran los parajes conocidos con el nombre de las Ramblillas, el cortijo del Sordo, portillo del Aguardientero y las cascadas de la Osera.

Y para terminar hago un breve recorrido por lo más alto de esta raspa o cresta hasta el último puntal que tengo al final por donde corta el arroyo de las Cebadillas. Desde la caseta de los vigilantes de incendio, que es donde estoy, me voy toda la cresta adelante y a un lado y otro me van saliendo preciosos arroyuelos, laderas como la de la Cruz de Yescas que termina en los Llanos de Navazalto, solana como la que recorre la vieja senda desde la Cruz de Yescas hacia la fuente del Vilano y barrancos tan grandiosos como el del Bigarral y el de las Cebadillas. Vengo a parar a lo más alto del último puntal, el del Filo y al mirar ahora para atrás, dirección en que se pone el sol de la tarde, descubro la grandiosidad de la preciosa cresta del macizo de Navazalto. Un filo que ya dije tiene algo más de tres kilómetros y medio y que queda perfectamente esculpido en un estratégico punto de la sierra. Es como si fuera una muralla que quisiera encerrar, por el lado norte, a grandioso valle que recoge todas las aguas de Guarondo. Por algo lo bautizaron con nombre tan bonito y expresivo.

67- Mogón, río Aguascebas Chico, tranco del Polvorista, paraje de la Osera

Por el barranco del asombro
Distancia aproximada: 6 k.
Desde el puente del río y de Mogón. 3,5 k. más.
Desnivel aproximado 350 m. desde el pueblo de Mogón.
Tiempo aproximado : 2 horas en coche y andando, desde el puente. Camino: pistas de tierras y vieja vereda muy borrada y sin ella.

La antesala

Hice esta ruta en la tarde del sábado 26-2-200. Y de aquella tranquila y azul tarde de invierno ya casi verano sin primavera que le diera paso, tengo que decir que por el paraje de la Osera, justo por donde caen las cascadas del río Aguascebas Chico y se abre la cueva de la Osera y que es donde las curvas de nivel confluyen, casi se juntas tres o cuatro de estas curvas maestras. Son las que van por el nivel de los setecientos, ochocientos, novecientos y mil metros. Esto puede dar una idea de lo escarpado que por

este rincón se presenta el paisaje. Puros paredones rocosos casi en vertical muchos de ellos y donde no, laderas empinadísimas que se recorren con gran dificultad. Pero también tengo que decir que la pista de tierra que va río arriba desde donde cruza al río Aguascebas Grande, discurre por la misma margen del río con una asombrosa suavidad y sólo de vez en cuando remonta levemente para volver a nivelarse con el cauce del río. Este río, el Aguascebas Chico, después que termina de despeñarse por las cascadas de la Osera, ya empieza a discurrir con una suavidad y armonía que hasta sorprende. Sólo de trecho en trecho tiene sus pequeños saltos y luego sigue bajando dulcemente.

Los nombres de los sitios y cortijos por el lugar, entre otros que no conozco porque no me interesan demasiado, son los que siguen: tranco del Polvorista, fuente del Barranco, arroyo de los Vílchetes, lancha de los Lentejos, barranco Oscuro, barranco del Peguero, lancha de las Albarizas, piedra Cubilla, lancha de la Solana, Finca del Peguero, barranco del Gato, por donde está el cortijo de la Osera, cortijo de Pino Bueno, cortijo y arroyo de la Osera, el Aguardientero, cuesta y erilla del Aguardientero, portillo del Aguardientero, las Ramblillas, piedra Rubia, Garita de las Monteses arroyo del poyo del Infierno, la Osera, los Tobazos, cortijo del Molino de los Carachos, cortijo del Bodegón, cortijo de los Mancos, cortijo de Calisto Sánchez, cortijo del Molino Pedro Civil, cortijo del Barato, cortijo del Jardín que es de don Geraldo y huerta de las Monjas.

Por donde ahora discurre la pista, más o menos, años atrás iba una vereda de montaña que era la que recorrían las personas que habitaban los cortijos de este barranco y en la parte alta, por donde el Embalse de Aguascebas hasta el Palancar, Pez del Trigo y el Pardal. Esta era una senda bastante complicada por la cuesta del Aguardientero y el portillo del mismo. Con bestias no se podía pasar por aquí. Sólo la usaban las personas andando y poco más. Cuando tenían que bajar a Mogón con bestias desde los cortijos de la parte alta, lo hacían por la senda que iba por el collado del Caracho, la Mojonera, piedra Nativa, cortijo de la Escalera y los Vílchetes hasta el pueblo. La tercera senda era la de la cuesta de Navazalto que daba salida a los cortijos que se recogían más hacía la nava del Rico y por ahí. La senda que ahora sube por el río hacia el paraje de la Osera, en su último tramo de aproximación a la cascada, cuando ya termina la pista de tierra que va remontando, no es la que en aquellos tiempos usaban ellos para salir desde Guarondo hacia Mogón. La senda que se aproxima a la última cascada, muere ahí mismo, sobre el poyo frente a la cascada mayor porque ya no puede seguir más. Se lo impiden las grandes e inclinadas paredes rocosas que la montaña presenta por ese cinto de la cascada. La vieja senda de aquellos tiempos, antes de llegar a las cascadas, se venía para el margen derecho del río y por donde ahora sube la pista que hicieron cuando instalaron los tubos para el agua, remontaba ella buscando la Erilla del Aguardientero.

Viniendo desde Mogón para la Osera, junto al cauce del río Aguascebas Chico y por las laderas a ambos lados hay muchos cortijos. Primero dos en el mismo cauce, luego tres en el cauce y remontados por los olivos de la izquierda, siete más seguidos río arriba y muy cerca del agua y entre ellos dos fueron molino en otros tiempos. Y los últimos, porque más arriba ya no pudieron construir más cortijos sino a partir de las Ramblillas y el Valle de Guarondo, son el de Pino Bueno, una ruina que hay pegado al río unos metros más arriba y luego el de la Osera, que queda a la izquierda, sobre el barranco del Gato y ya cerca de la cascada de la Osera. A partir de aquí ya no hay más cortijos por este gran cañón tallado por las aguas del río Aguascebas Chico. Ya dije que a partir del portillo del Aguardientero, sobre las tierras de las Ramblillas, construyeron otro cortijillo y luego, ya saltando la caía que el río tenía donde ahora se alza el muro, estaban los tres molinos y de ahí para arriba, a un lado y otro y hasta coronar con el Pardal y el Pez del Trigo, no dejaron de construir cortijos. Pero en este cañón de la Osera, el último, subiendo, es el cortijo de la Osera. Y claro que todavía me sigue rondando en la mente la misma pregunta que me hacía la tarde que recorrí el rincón: ¿por qué tantos cortijos por este barranco del río Aguascebas Chico? Ellos ahora están aquí y ni mucho menos desempeñan la función de aquellos tiempos y en aquellos tiempos surgieron por una razón muy potente ¿cuál fue?

Tengo que decir también, antes de ponerme a describir la preciosa ruta que viene desde Mogón hasta la Osera, que el río Aguascebas Chico, se alimenta y va fraguando su figura y caudal de la siguiente forma, fuentes y puntos: empezando por la izquierda y girando en el sentido de las agujas del reloj, tenemos la fuente y nacimiento del arroyo del Torno, por las navas del Vilano. Le sigue el arroyo de la Fresnedilla, por la nava del Rico y la fuente de donde se surte la Fresnedilla. El arroyo del raso de la Escalera, con su fuente, el de la fuente del Tejo, también con su fresca fuente ya casi en la misma cumbre de la morra de los Cerezos. El arroyo de los Chortales, con su escasa pero limpia fuente junto al cortijo, la fuente de la Berraza, con el arroyo de la cañá del Avellano y los manantiales que nacen por el Pardal y algo más abajo, el arroyo de Chorrogil, con sus cinco o seis ramales bajando desde los Asperones, el Pez del Trigo, los Palancares y el Pardal, por el collado de piedras Rubias y algunos otros veneros menores pero bellos, que se esconden en las laderas que desde la cumbre vienen cayendo hacia el gran Valle de Guarondo. Así que en este valle, el que ocupa ahora el Embalse de Aguascebas, fue una concentración de arroyos y manantiales. A partir de este punto ya se formaba el gran río Aguascebas Chico y al despeñarse por las cascadas de la Osera, modeló el gran cañón que por ahí ahora la sierra exhibe ostentosamente y con razones más que sobradas. Pero el Valle de Guarondo, a partir del pantano, quedó bajo las aguas para siempre y sin serranos como también el río quedó sin su dignidad y belleza primitiva.

La ruta

Dije que desde el pueblo de Mogón, bar del Molinillo, hasta donde se desvía la pista de tierra que toma río Aguascebas Chico arriba, hay tres kilómetros y medio. No voy a describir este tramo porque ya lo hice en la ruta que va por la cuesta de Navazalto. Así que al llegar a este punto, una pista de tierra se aparta por la derecha. Cruza un puente ahora ya sobre las aguas de los dos ríos y se dispones a recorrer el grandioso paseo que ofrecen las riberas del río hasta el paraje de la Osera.

Saluda una cancela con dos muros a los lados donde puedo leer: “año 1970. El Jardín”. A un lado y otro corta el paso una alambra que encierra a un bosque de pinos muy espesos, altos y delgados. Quizá sea esta una finca que conserva tierras vírgenes. Al menos eso parece en una primera impresión porque los olivos están ausentes por aquí. La junta de los ríos se me queda por la izquierda, a sólo unos metros, por un trozo de tierra muy llano y por donde sí hay olivos y varios cortijos cuyos nombres dije son casa de Rubiales de Abajo y de Arriba. Algo más arriba de esta junta también se aparta una pista de tierra por la derecha y cruza el río, ahora sólo al Aguascebas Grande, por un puente. Se va, esta pista de tierra, por los olivares y los cortijos que entre ellos hay.

Recorre, la pista que llevo, una llanura grande. El carril se mete río arriba y durante unos metros va por completo llano. A cuatrocientos metros un covacho por la derecha bajo unas rocas. Por este mismo lado se aparta un carril de tierra que está cortado con una cadena. Si pudiera seguir este camino enlazaría con la carretera asfaltada que sube desde Mogón hasta el Embalse de Aguascebas y recorrería toda la sierra de las Villas. Conecta con esta carretera un poco más abajo de la fuente de la Higuera. Termina la alambrada que protege al pinar que decía antes. A seiscientos metros, por la izquierda, un primer cortijo, en el otro lado del río. La vegetación de por aquí son madroñeras, aulagas, zarzas, pinos, durillo, hiedra y la propia de las riberas de los ríos. Otro cortijo más por la izquierda y en aquel lado del cauce que voy siguiendo. Por la derecha me entra un arroyo que es conocido con el nombre de arroyo de la fuente de la Higuera. Por esta ladera que por la derecha me va coronando, atraviesa la tubería que da agua a todos los pueblos de la Loma de Úbeda. Baja desde fuente del Roble y a este lugar llega desde el Embalse de Aguascebas.

A novecientos metros se me presenta una recta larga río arriba y es que este cauce presenta por aquí un valle precioso. Ya decía que el río Aguascebas Chico, de la Osera para abajo, es muy dulce, quitando unos cuantos tramos más torrenciales. Lo escoltan álamos, muchos olivos y cañas. Al frente de esta recta, en todo lo alto, está fuente del Roble. Hay una buena ladera ocupada, la mitad por olivos y la otra mitad, por monte bajo y pinos. Los almendros están florecidos y el blanco o rosado de sus flores resaltan

sobre el verde gris de los olivares. Un tercer cortijo también por la izquierda, en aquel lado del río, un poco despegado del cauce y queda coronado, por la ladera de este lado izquierdo, por tres cortijos más. Por aquí mismo y lado izquierdo se aparta otra pista de tierra que cruza el río y sube por la ladera en busca de los cortijos que acabo de anunciar. Todos están entre los olivos y se recogen en la loma que viene cayendo desde el Peñón de Navazalto. Loma que tiene su primer descanso en el collado de las Albarizas y luego, según cae hacia este valle de los ríos, se ensancha y suaviza. Por eso aprovecharon sus buenas tierras y las plantaron de olivos.

Al terminar la recta, el nivel de la pista que recorro se empina, no mucho y por la izquierda y pegado al río, me sale al paso otro cortijo. Remonta bastante ahora despegándose del río y cortando la ladera. Es esta pendiente la que cae desde fuente de la Higuera y fuente del Roble. No tiene olivos. Se ve que tiene un nivel muy fuerte y la tierra no debe ser buena porque no la rescataron para los olivos. Toda ella se me presenta poblada de monte bajo, espeso y alto. Se allana ahora, da una curva y vuelve otra vez a rozarse con el río. Otro cortijo más, éste muy hundido en el surco, con su puente para poder atravesar las aguas. Se estrecha por aquí el surco que este río viene abriendo desde su caída por la Osera. Va terminando de recorrer la ladera y baja para acercase al cuece. Por la izquierda, de la Loma de las Albarizas, baja un arroyuelo no demasiado grande. Se le conoce con el nombre de barranco Oscuro. Un corte de rocas, como un pequeño voladero y en el rellanete, otro cortijo más, a la izquierda y en aquel lado del cauce. Tiene placas solares y chumberas.

Por la ladera de aquel lado un par de arroyuelos más, no muy grandes y otro cortijo con apariencia de antiguo. Kilómetro dos quinientos. Por la derecha se aparta una pista de tierra y remonta un puntal donde se alza un nuevo cortijo, éste en la ladera que cae desde fuente del Roble. La ladera sigue poblada de monte virgen y espeso. Un arroyuelo más que le entra al río por este lado izquierdo y por lo que veo éste viene casi del mismo Peñón de Navazalto. A la altura del kilómetro tres ochocientos, un gran cortijo metido en el mismo cauce el río. Tiene dos cuerpos de viviendas. Es una construcción grande. Fue éste el molino de los Carachos. Dos molinos había en este tramo del río, desde la Osera hasta donde se funde con el Aguascebas Grande. De una curva y el río pierde su aspecto de dulce. Desde el mismo Peñón de Navazalto cae un puntal rocoso. Kilómetro tres cien y sube una cuesta, se estrecha porque tiene que agarrarse a la ladera para penetrar por el tranco del Polvorista. Esta ladera que por mi derecha sube hacia la casa de fuente del Roble es conocida con el nombre de lancha de los Lentejos. Donde el río la ha roto para abrirse paso, es donde se produce el estrechamiento y por eso tuvieron que abrir una trinchera en las rocas. Le pusieron por nombre tranco del Polvorista.

Un almendro, por la derecha, se me presenta por completo cubierto de

flores rosadas. Y justo a la altura del tranco del Polvorista, por el lado izquierdo, cae otro arroyo desde el Peñón de Navazalto, ya más pegado a las buitreras. Se ven arriba y en las paredes rocosas, blanquear las cagadas de los buitres. Miran al sol de la tarde. Kilómetro tres cuatrocientos y atraviesa el tranco del Polvorista. Ya dije que es una trinchera que tuvieron que abrirle a la roca para poder meter la pista que ahora tan cómodamente recorre el río. Al salir, por la derecha y pegado al camino, la construcción de otro viejo cortijo aunque ahora ya no sea tan viejo. Es el cortijo del tranco del Polvorista. Lo construyeron justo donde al río, por el lado derecho, se le entrega un buen arroyo. El más importante que recibe por este lado desde la Osera para abajo. Es el arroyo de los Vílchetes. El que nace justo en las mismas navas donde el pastor Juan, tiene su cortijo y sus ovejas. el cortijo de la Escalera, cerca de piedra Nativa. Al salir del tranco del Polvorista, al frente, se ve la gran mole del Aguardientero, el portillo y la cuesta.

Traza una curva, la pista que traigo, cruza el arroyo atrás dicho y sigue río arriba. Traza una curva sobre el puntal. Al fondo se ven las buitreras y hasta se ve lo que ardió en el verano del 99. Traza otra curva por el kilómetro tres ochocientos. El tajo que el río le ha hecho a la montaña, se va cerrando. Me aproximo al corazón del gran barranco. La pista de tierra que vengo recorriendo tiene un firme muy bueno. Sin bache ninguno y con tierra asentada. Kilómetro cuatro y por la derecha, la construcción de un cortijo remontado sobre un puntal. Tiene una entrada construida de obra y en ella unos azulejos donde puedo leer el nombre de Pino Bueno. Lo levantaron cerca de un arroyuelo que desde este lado derecho, cae por la umbría de peña Rubia. En el kilómetro cuatro doscientos me encuentro la señalización del límite del Parque Natural. La pista se pega al río. La tierra es llana y por aquel lado, el izquierdo, empiezan a aparecer los voladeros.

En el kilómetro cuatro trescientos, por la izquierda, se aparta una pista de tierra, cruza el río por un puente de obra y siguen cortando la ladera, ahora solana hasta alcanzar un cortijo que hay un poco más abajo del collado de las Albarizas. En el mismo barranco que desde el collado baja, está metido y queda justo al borde de los límites del Parque Natural, aunque por esta solana lo que crecen son todavía olivares. Por esta pista entro y al pasar el arroyo, en un rellano que me encuentro por la derecha y donde, pegado a la ladera que cae desde el Peñón de Navazalto veo las runas de otro cortijo, dejo el coche. Desde aquí para arriba, hasta las cascadas de la Osera, todavía me quedan casi dos kilómetros pero he decidido hacerlos andando. Quedan, esta era y ruinas, frente justo al cortijo de Pino Bueno.

Así que cargo con la máquina de fotos y los prismáticos y me pongo en marcha pista arriba hacia el rincón que vengo buscando. Sigue la pista en muy buenas condiciones pero no me importa. Un letrero dice: “Prohibido hacer fuego, no dejar basura, Ama”. Un poco más arriba puedo ver el paraje que ardió este año y por donde he dejado el coche me encuentro muchos

restos de turistas. Botellas, latas y otros objetos. Remonta algo más empinada. Terminan los olivos y la vegetación presenta muchos durillos, zarza parrilla, hiedra, pinos, madroñeras y otra vegetación propia de riberas y umbría. Termina una recta larga y sigue avanzando pegada al río. En todo lo alto me saluda el picacho del portillo del Aguardientero. Para la izquierda traza una curva que es también por donde le entra un barranco. Sembraron por ahí olivos y por encima corona una gran lancha que tiene pinta de ser muy mala de andar. Todas las lanchas tienen mucha vegetación autóctona y son muy malas para andar por ellas.

Donde se junta el arroyo con el río hay un vado muy bonito. Se abre y traza una curva, después una recta y remonta ahora mucho más inclinada. Arriba y por las espaldas me corona piedra Rubia que con el sol de la tarde que va cayendo, brilla con un rubio más parecido al oro que a otra cosa. Una era donde dan la vuelta los coches y unos metros más adelante, la pista cruza el cauce del río. Ahora ya no tiene puente sino que lo cruza por un vado que se presenta bonito. Corre al agua esturreada, con su tono cristal miel y anima mucho. Ahora por la izquierda remonta y en unos metros se encuentra con una pista que se le aparta por la izquierda. Esta pista lleva a las mismas puertas del cortijo de la Osera, en lo alto del un puntal y enfrentado a las mismas cascadas de la Osera. Corona ahora aun puntal, baja y otra anchura donde los coches se pueden quedar y dar la vuelta. Para la derecha se aparta una pista de tierra que el río se la ha comido por el cauce pero sigue por esa ladera de la umbría. Es la pista que tuvieron que abrir cuando metieron por aquí la nueva condición de agua desde el pantano hasta fuente del Roble. Fue cuando hubo tanto revuelo por los paisajes que, los ecologistas y otros, decían iban a romper.

Río arriba sigue una senda y ahora se empina. Se ven higueras, se acaban los olivos, a la derecha y al otro lado, se ve una gran cueva abierta en una pared rocosa. Está justo por debajo del puntal de las Erillas del Aguardientero. Donde aquel día estuve parado y mirando a este barranco. Baja un poco, se estrecha metida por entre los lentiscos, las zarzas y sigue. La vegetación se espesa por momentos. Llega al río donde hay una era. Se abre justo por debajo mismo de la cueva. Hay madroñeras, higuera y unas galerías en las rocas que están muy sobadas de las personas que por el lugar vienen. También se ven restos de las cosas que ellos tiran por el campo. Por el lado izquierdo sigue la senda. Se inclina mucho porque tiene que remontar. Sube por el surco de un arroyuelo que cae por los mismos voladeros y después de unos veinte metros, se viene para la derecha para remontar la cascada. Llega a un puntal ya cogido casi en la pared rocosa y sale a una pequeña plataforma. Es como un balcón frente a la primera de las cascadas. Quizá la más bonita pero no la más grande. Justo donde se sujeta este puñado de tierra se abre como una galería hacia lo hondo. Por la cascada cae un chorrillo de agua y como le da el sol de la tarde, es bonita. Le hago algunas fotos y me vuelvo para seguir remontando, ahora cada vez

más, casi escalando.

Para aproximarme a la cascada grande tengo que remontar un primer corte de rocas que son las que he tenido a mis espaldas mientras observaba esta primera cascada. Se levantan por completo en vertical. Hay que buscar un paso por otro sitio si se quiere subir más y acercarse a la segunda cascada. Por el mismo arroyuelo que recorría hace unos minutos, después de volver unos metros, tengo que seguir remontando para buscar un paso que me permita remontar el poyo que me corona. Es una caída de agua muy torrencial y por eso la tierra y las piedras forman como el caballón de un surco de huerto. Por ahí subo porque no es posible por ningún otro lugar. Ya al final, me tengo que meter por entre una roca y los troncos de varios lentiscos que cortaron, busco ahora lo más alto de un morrete y por ahí sigue agarrándose la senda. Muy mala y con mucho peligro porque si resbalara, iría a lo hondo sin remedio y puedo resbalar en cualquier descuido porque sólo hay mucha tierrecilla suelta y chinos. Pero me agarro y con entusiasmo y esfuerzo logro remontar al puntal que necesitaba.

Busco un rellano que ya me lo tienen preparado las personas que hasta este punto se han atrevido subir y aquí me paro. Está muy pisado a pesar de lo complicado y difícil de la subida. Me encuentro a sólo unos metros de la segunda cascada, subiendo por el río o la primera, si bajara. Es la más grande. La más espectacular y bonita si tuviera agua porque esta tarde, por ella no cae ni una gota. Seca por completo pero aun así es bonita. La observo, le hago alguna foto y ahora descubro que, bajando por el puntal de la Erilla del Aguardientero, por donde vine aquel día, la aproximación a la cascada es mucho más que desde este lado. Estoy muy cerca de la cueva de la Osera, la que se clava en el mismo puntal de la Erilla del Aguardientero y sobre la que estuve aquel día. Así que ya tengo mi objetivo de hoy cumplido. Tenía que venir a este lugar de la Osera y ya lo he logrado. Es bonito de verdad pero digo como otros muchos, que más bonito lo sería si por estas cascadas cayeran las aguas como caían en aquellos tiempos. También son hermosos y hasta asombra un poco el grandioso circo de picachos coronando casi a todo alrededor. Tanto por el lado del macizo de los Vílchetes como por el lado de macizo de Navazalto. Es bonito el paraje que robusto y majestuoso, corona y mira asombrado al que por aquí se atreve venir. Sé que esos picos me están preguntando y yo también a ellos. ¿Qué es lo que me preguntan y qué es lo que le pregunto?

Al volver, como todavía me queda tiempo, tomo por la pista que sube al cortijo de la Osera, arroyo arriba y creo que a este barranco lo serranos le llaman del Gato, y en unos quince minutos corono el puntal. El recorrido no pasa más allá de los quinientos o seiscientos metros pero el cortijo queda clavado por encima de la curva de nivel de los setecientos metros. Sobre esta misma curva y las dos maestras siguientes, es por donde se encuentran las cascadas que acabo de visitar. Cuando ya termino de subir la pista que venía

recorriendo para el cortijo de la Osera, gira por la misma hondonada del arroyo, lo cruza y ahora oigo el rumor de un chorrillo de agua. Baja por el barranco y al llegar aquí le pusieron una teja para que se formara el chorro. Trae este arroyo un hilo como un brazo de grueso y es un agua fresca y clara. Yo no bebo, giro con la pista y me encajo en lo más alto del puntal.

Antes de llegar al cortijo me encuentro con un buen rodal de lirios, almendros, algunas pitas sobre las rocas y también cactus. Sé que estas últimas plantas no proceden de cuando aquellos serranos habitaban este cortijo. Pero los almendros, los olivos y las higueras, sí. Este cortijo de la Osera, ya he dicho se remonta sobre un precioso puntal que mira a la misma cascada y Osera. Frente al barranco total y tiene dos puestas, cuatro ventanas, dos más en la parte alta y por donde le llega la pista, seguro que en aquellos tiempos, la vereda, tiene otras ventanas. Lo están reconstruyendo y usan materiales que hagan juego con el entorno. Madera, piedras y tierra. Durante un rato recorro el rincón y digo que me gusta pero más por lo que representa como eslabón con aquel pasado de serranos nobles que por lo que ahora parece va a ser. La tarde va cayendo y con ella, después de recorrido y gustado dentro el rincón, aunque me siento bien, tengo un cierto amargos de tristeza. La tarde cae y los buitres revolotean por lo más alto de los voladeros. Me encuentro solo en este profundo rincón de la sierra y lo que en estos momentos me gustaría, ya no lo dejo escrito en estas páginas.

Una pincelada más

La noguera que hay en el mismo cortijo del tranco del Polvorista tiene entre sesenta y setenta años. Hubo otra donde ahora se asientan algunas de las construcciones del cortijo que aun sería más vieja si no la hubieran cortado para hacer la obra. El laurel que crece junto a la fuente es más joven. Tendrá unos veinte años pero como se ve que le ha gustado la tierra, el agua del arroyo y el lugar, crece con la lozanía que presenta. El arroyo que pasa por aquí mismo no se llama de los Lentejos sino arroyo de los Vílchetes. Hasta hace unos años el surco por donde corre este arroyo y se entrega al río, se podía pasar a pie sin problema alguno. Hará como unos cuatro años, vinieron unas nubes muy malas. Una tarde descargaron dos sobre los picos que coronan al barranco del tranco del Polvorista y luego, sobre las nueve de la noche, descargó una tercera con mucho más fuerza que las otras. Por el arroyo bajó una tromba de agua como nunca se había visto por estos lugares. Aquello más se parecía a un ojo de mar que a un arroyo.

Unas horas más tarde, la tubería que trae el agua desde el Embalse de Aguascebas hasta la fuente del Roble desde donde la mandan a Villacarrillo para todos los pueblos de la Loma de Úbeda, se rompió. Fue la tubería nueva que unos años antes pusieron. Por el arroyo bajó tal cantidad de agua que hasta el camino se inundó. al cortijo no le pasó nada pero a punto estuvo de irse con la corriente. Toda la noche estuvo saliendo agua por el tubo roto y

hasta otro día por la mañana no la cortaron. Aquello fue una verdadera tragedia. Desde aquel accidente el arroyo de los Vílchetes, a su paso por el cortijo del Polvorista, abrió una zanja de varios metros de ancha y profunda. Los huertos que toda la vida había dando buenas hortalizas en las riberas de este arroyo a su paso por donde se alza el cortijo, casi desaparecieron porque el agua se llevó para siempre la tierra de ambas orillas. Fue aquello el día ocho de mayo y, como ya he dicho, hace cuatro años.

La lancha que queda por detrás del cortijo se le conoce por el nombre de lancha de los Lentejos. el cortijo del tranco del Polvorista es uno de los más viejos del barranco. Quizá tenga más de doscientos años. Desde que empezaron a hacer cortijos por el barranco del río Aguascebas Chico. En este barranco brota una fuente que da mucho caudal y se le conoce con el nombre de la fuente del Barranco. el cortijo de la Osera tenía unas mil y pico de olivas, más de mil higueras y de esto vivían las personas que por aquellos tiempos lo habitaban. Con los higos que recogían de las higueras engordaban los cerdos para las matanzas, de las olivas sacaban el aceite necesario para todo el año y de las tierras recogían algunas cosechas más. Varios hijos tuvo esta familia que también se recogieron alrededor del cortijo y vivieron hasta que los tiempos los empujó para otros lugares. Por aquellos tiempos, dicen los de lugar, llovía como Dios manda y no como ahora. Las higueras se han perdido casi todas y las olivas también se están muriendo abandonadas.

En aquellos tiempos todas las olivas que aun crecen por estas laderas eran labradas con arados tirados por mulos. La vereda que desde este cortijo de Polvorista sube y pasa por el portillo del Aguardientero, por algunas de las personas que en aquellos tiempos vivían en este barranco, era muy andada. Hasta el cortijo de los Palancares, ya casi en lo más alto de la gran cordillera que baja desde el puerto de las Palomas, subían andando en menos de cuatro horas. Hubo un serrano que en aquel cortijo de los Palancares tenía su novia y para verla, cada pocos días, andando tenía que hacerse esta vereda y tardaba más de cuatro horas en llegar al cortijo de la novia. Los Palancares caen cerca del barranco del Corzo, por la cuesta de la Dolores a saltar al tranco del Acebo. Por ahí venía un camino que era el que enlazaba con el que, desde el collado de los Carachos, la Mojonera, subía hasta piedra Nativa y bajaba por la Escalera del cortijo de los Vílchetes para el pueblo de Mogón. Era verea para las caballerías, por con algunos tramos muy malos. En la Mojonera es donde parten los términos de Santo Tomé y Villacarrillo. Las cosas en aquellos tiempos no eran fáciles pero la sierra sigue en su silencio como si le fuera indiferente tanto el dolor y la lucha de aquellos que fueron suyos como el de estos que la miran desde otra perceptiva.

LA GRAN RUTA DE LA SIERRA DE LAS VILLAS.
68- Desde el Embalse del Tranco al puerto de las Palomas por las cumbres de la sierra más bonita

Ruta travesía, andando, de las Sierras de las Villas
Distancia aproximada: 43 k.
Desnivel aproximado : 900 m.
Tiempo aproximado : varios días andando.
Camino: pistas de tierras y viejas veredas muy borradas y sin ellas.

Desde varios puntos se puede trazar y recorrer esta ruta pero yo la voy a describir desde el mismo muro del Embalse del Tranco hasta el final de las llanuras de Jabalcaballo. Se puede continuar hasta el puerto de las Palomas, ya con menos dificultad y desde aquí hasta el pueblo de Burunchel o Cazorla. Sin embargo, en las llanuras de Jabalcaballo, punto donde pueden llegar los coches, es una buena meta con la finalidad de conocer a fondo las cumbres que limitan y dan forma a la preciosa Sierra de las Villas. Esta sería para mí la principal razón y motivación de la presente ruta. Hay otras también muy hermosas pero para dejar bien pisada y conocida la sierra que nos ocupa, el recorrido de esta ruta es esencial. La presencia de seres, humanos hace cien años y más, por estas sierras tiene un atractivo y valor especial. Los que la ocuparon después, derribadores de antiguos cortijos, expropiadores de tierras junto a los arroyos, trazadores de pistas forestales, cortadores de pinos y robles para construir o barcos o traviesas para las vías de los trenes, más expropiadores de tierras y creadores de cotos nacionales y espacios naturales, poco interesan en el presente trabajo y a la inquietud que alienta mi espíritu. Los que la pueblan ahora, sólo algunos interesan y los que surcan los caminos y suben a las montañas para llenarse de más salud, no interesan nada.

Pero quiero decir que no voy a indicar los puntos donde sería necesario acampar y dormir porque creo que esto depende de lo que se ande a lo largo del día. Sería recomendable una recorrido sin prisas para gozar a fondo los hermosos parajes por los que esta ruta discurre. Y quizá este pudiera ser la razón principal que justifique tan largo recorrido. La mejor época para hacer esta ruta es la primavera y cuando ésta se encuentra algo avanzada. Final del mes de mayo hasta finales de junio y mediado de julio. En el otoño también es una buena época pero que nunca sea en días que haya nieblas o llueva mucho y de ninguna manera cuando haya nieve o hielo.

En el mismo muro del Embalse del Tranco tenemos el comienzo. Por el lado de las Lagunillas, al final de este muro, sale una carretera asfaltada que lleva a un hotel, el de Cañailla. Siguiendo esta pista de tierra, porque al poco de arrancar pierde el asfalto, llegamos a dicho lugar y desde aquí remontamos hacia el collado del cueva Buena. Una cueva, las ruinas de una casa y tierras que en otros tiempos cultivaron las personas que aquí vieron.

Desde aquí mismo sale una vieja senda que paralela al arroyo María pero a media altura entre las cumbres y el arroyo, remonta hacia Prao Chortales. Sortea hondonadas, cumbres, arroyos, cortes rocosos y pasa por el lado norte del puntal del Pocico, el collado del Pocico, ladera norte del pico los Plomos y por esa lancha llega a Prao Chortales. Por todo este tramo va siguiendo una vieja vereda que usaban antes las personas que vivían en las casas de este Prao Chortales. En varios puntos del recorrido, depende en qué época del año, hay agua para beber.

En Prao Chortales, casi nacimiento del arroyo de María, hay agua, algunas construcciones y la posibilidad de dos alternativas para la misma ruta. La que sigue avanzando pero por todo lo alto de la cumbre que divide a las dos vertientes y la que también sigue avanzando pero a media altura entre la cumbre total y la Sierra de las Villas. Las dos alternativa y caminos diferentes terminan juntándose por las llanuras de Jabalcaballo. Y digo que por los dos lados la ruta es de un encanto singular pero la que discurre por todo lo alto de la cumbre total, presenta el aliciente de ir mostrando profundísimos horizontes hacia todas las sierras de este parque natural. Pasa por llanuras mucho más extensas donde la belleza de las praderas y la redondez de las crestas presentan una excepcional belleza. La que va más caída por la ladera norte tiene el aliciente de ir cortando preciosos cauces de arroyuelos, sale a delicadas llanuras donde la hierba embelesa y se traba en voladeros rocosos que pasman de tan quebrados y hondos. Son bellezas complementarias y en ningún caso una menos que la otra.

Describiré ahora la que va por lo más alto de la cumbre y cuando lleguemos a su final, volvemos a este mismo Prao Chortales y recorremos la segunda alternativa. La que discurre por la ladera norte. En Jabalcaballo nos juntamos con las dos variantes para seguir, si lo deseamos, hasta el puerto de las Palomas. Desde Prao Chortales, volviendo un poco para la izquierda y remontando, va una senda hasta lo más alto de la cumbre y engancha con otra que viene desde la vertiente de las Lagunillas. Si optamos por remontar a partir de este punto nos vamos cumbre adelante hacia el Almagreros, bien cerca y luego para la hermosísima cañá Somera. Desde el pico Almagreros, ya lo he dicho, casi encima de las casas de Prao Chortales y con 1467 metros, seguimos por lo más alto de la cumbre. No hay senda por este tramo de la ruta pero tampoco tendremos muchos problemas. Es sencillo andar y seguir el rumbo con sólo avanzar por la misma raspa. Algunas veredillas de animales nos van haciendo cómodo el recorrido.

A cañá Somera se llega enseguida puesto que también se encuentra por encima de las casas de Prao Chortales. Este arroyo es la primera parte del arroyo de María. Discurre largo y casi recto por la preciosa cañada un poco volcada al norte mientras va remontando suavemente hacia la cota más alta de estas sierras. Por aquí nos encontramos con la Loma de las Aspersiones, varios picos que van entre los mil quinientos, mil seiscientos y

mil setecientos metros. A la mitad de cañá Somera, más o menos, nos encontramos con el precioso portillo de arroyo Frío, el que vierte hacia el Embalse del Tranco por la huerta Vieja. En realidad, esta depresión de la cuerda, es un puerto por donde antes pasaba una sencilla senda que daba comunicación a las personas que se movían y vivían en algunas de las dos grandes vertientes.

A estas alturas más o menos podemos optar por pegarnos al cauce del arroyo que discurre por el centro de la cañada y seguir la ruta por este trazado. Ya he dicho que es el arroyo de María que por aquí se llama cañá Somera y recorre las tierras llanas de la cumbre pero un poco volcado al norte. Poco a poco va buscando lo más alto de la cresta y con ésta casi se funde a la altura del Cubo. En este punto mismo se ensancha la llanura y después de titubear un poco se recoge hacia el lado del río Aguascebas Grande. Ya andamos por estas alturas pero sobre las cumbres. Varios picos cierran el paso a esta cañada o más bien, le sirven de arranque puesto que es aquí donde nacen las primeras aguas de este grandiosa cañá Somera. Se elevan por encima de los mil setecientos metros y para sortearlos es mejor volcarse un poco para el lado norte. Aparece otro precioso collado. Es el del Pocico. El segundo pocico en esta ruta. Hay algunos más repartidos por las Sierras de las Villas y el recto del parque natural.

Siguen llanas las tierras sobre la misma cumbre mientras que a ambos lados y vertientes, las laderas son cada vez más rocosas y pronunciadas. Desde un pico que tiene 1749 metros, siguiendo la cuerda y la tierra llana, nos vamos un poco para el lado de las Aguascebas Grande y llegamos a otro pico que mide 1713 metros. Un poco más adelante tenemos otro con 1745 metros y este es ya uno de los hermanillos. Los del Pinar Negro de las Aguascebas Grande. Son los verdaderos hermanillos. A estas alturas ya hemos rebasado un poco el gran barranco de la cueva del Pinero y por eso, unos metros más adelante nos encontramos en Pinar Negro. Es mejor seguir por el mismo lado norte mientras vamos avanzando por llanuras repletas de hierba, pinares de pinos laricios o blancos y atravesamos las hondonadas de algunos arroyos. Son los que caen hacia la cueva del Peinero y llevan las primeras aguas al Aguascebas Grande.

La cumbre de Pedro Miguel, el padre de esta larga y robusta sierra, nos saluda al frente un poco por el lado derecho mientras vamos llegando a uno de los arroyuelos que viene desde el segundo hermanillo. Justo en este arroyo hay un manantial donde han puesto unos tornajos para que beban las ovejas. De nuevo nos salen al paso dos o tres buenas alturas que tendremos que dejar por el lado izquierdo. En cuanto remontamos algo salimos a un collado que es el de Pedro Miguel con el de los Hermanillos y si volcamos por él salimos a la vertiente del arroyo del Zarzalar. Uno de sus ramales de cabecera. Pero a estas alturas de la ruta lo que más nos apetecerá será remontar hasta lo más alto de la impresionante ladera de rocas blancas y

dominar el precioso Pedro Miguel. Se sube con mucha facilidad sin senda alguna, aunque existe pero está muy rota. Ya he dicho en otros apartados de este trabajo que este pico no es ni el Blanquillo, como muchos dicen y escriben ni la Blanquilla Alta.

Un buen descanso sobre este pico nos servirá para recuperar fuerzas y llenar un poco más el espíritu de la inmensa belleza que la gran visión nos proporciona. Desde aquí, si el día está claro se domina toda la gran sierra de este parque natural. Hacia el norte, casi a nuestros pies y a ambos lados, tenemos la cuenca de cabecera y los profundos surcos del Aguascebas Grande y del arroyo Gil Cobo. Hacia el sur, vertiente a Coto Ríos, los barrancos del arroyo del Zarzalar y Aguasblanquillas. A ambos lados se alarga la profunda cuerda que andamos recorriendo y con perfecta claridad podemos observar la robusta figura de la morra de los Cerezos, el gran macizo que todavía nos queda por salvar antes de aterrizar en las llanuras de Jabalcaballo.

Pues desde este precioso Pedro Miguel, lo mejor es seguir cuerda adelante hacia el nacimiento del arroyo Gil Cobo. Ahora hay que bajar en lugar de subir y por eso se hace muy cómodo el recorrido hacia el siguiente punto. Recorremos los parajes de la Blanquilla Alta, pasamos por el Cenajo de esta blanquilla, seguimos por la misma cresta y donde nace el arroyo de Gil Cobo, nos encontramos con otra llanura. Son las de la Blanquilla Baja. Al frente se nos alza la robusta figura de la morra de los Cerezos y por eso tenemos que venirnos para donde corre el arroyo que hemos encontrado. Justo por donde este cauce vuelca y cae para la hondonada de la cerrada de San Ginés, encontramos una senda. Por aquí colamos y siguiendo esta senda pasamos por encima de fuente Colorá, coronamos al collado del Muerto, recorremos una amplia llanura ya al otro lado de la morra de los Cerezos y después de sortear un par de picachos más salimos a las llanuras de Jabalcaballo. Justo por la fuente de la Berraza donde nos tropezamos con una pista de tierra. Es la misma por la que llegaríamos si, en Prao Chortales, hubiéramos optado por la otra variante de esta ruta.

Así que nos volvemos para atrás y nos situamos otra vez en las casas de Prao Chortales. En lugar de remontar para la cumbre y buscar el pico Almagreros, seguimos adelante por una pista de tierra que llega a esta aldea desde el lado del Torraso. La recorremos y en unos kilómetros estamos remontando por la preciosa y larga cañada del Tejuelo. Cuando esta pista da una curva y después de cruzar el arroyo que baja desde el collado del Tejuelo se va para la derecha a fin de cruzar las laderas del Torraso, nosotros la dejamos. Seguimos unidos al surco del arroyo y remontamos hasta lo más alto de la cañada. Es el collado de los Hermanillos. Son los otros hermanillos. Los de la cañada del Tejuelo y el poyo del Zorro. Justo en este punto y collado nos volvemos a encontrar con otra pista de tierra. Muere por aquí mismo pero en la dirección que llevamos y cayendo desde el collado hacia la

cuenca del Aguascebas Grande, sigue una muy rota senda.

Nos vamos por ella y con sumo cuidado y comodidad nos metemos en el gran poyo del Zorro. Una larga y alta repisa que queda encajada justo entre el arroyo de la Ciaza y la cumbre total a la altura de cañá Somera. Mientras vamos recorriendo esta senda, nos recreamos en la gran belleza del barranco donde se fragua el Aguascebas Grande. Al final de la senda, sobre las pequeñas y preciosas llanuras de la Hoyica, nos encontramos con una pista de tierra. Es la que baja desde el collado Perenoso. La seguimos y después de pasar por la cañada de las Nogueras donde todavía están las ruinas de este cortijo y las tierras que ellos cultivaban coronamos, después de atravesar el amplísimo y bello barranco de Pedro Miguel y ya estamos en la vertiente de arroyo Gil Cobo. Muy cómodamente se baja por esta pista donde al final nos encontramos con las ruinas del cortijo de los Espinares y un poco más abajo, con el primer ramal del arroyo Gil Cobo. Nada más cruzarlo, tenemos una fuente con agua fresca. Es la fuente del Cerezo. En otros tiempos crecía por aquí un cerezo y por eso se le quedó a la fuente tal nombre.

Unos metros más adelante la pista se encuentra con otra justo cuando ésta va a meterse para la cerrada de San Ginés. Nos venimos para la izquierda tomando el ramal de pista que hemos encontrado y después de una larga y empinada cuesta llegamos a otra fuente. Es fuente Colorá donde hay mesas para comer y un fresco chorro de agua. Desde aquí la pista sigue remontando, pasa por majá Serbal, corona a la hoya de la Zamarrilla, al portillo del raso de la Escalera y desde aquí ya cae hacia la fuente del Tejo. Esto ya es vertiente al Aguascebas Chico y la cabecera de los primeros arroyos. Siguiendo esta pista, cada vez más cómoda vamos a salir a la fuente de la Berraza, comienzo de las llanuras de Jabalcaballo y encuentro de la ruta que traíamos por la cumbre total.

En estas llanuras tenemos muchas opciones. Pararnos en cualquiera de las casas o fuentes que por aquí hay, subir a peña Corva que es muy fácil, irnos por el arroyo de la cañá del Avellano abajo y por la Morra y Poyollano caer a Chorrogil y salir a la carretera asfaltada del Embalse de Aguascebas, esperar por aquí a que vengan a recogernos o seguir. Si optamos por seguir lo tenemos muy fácil y también con dos posibilidades muy bonitas. Una de ellas es siguiendo la pista hasta atravesar la llanura por el lado norte de peña Corva y cuando ésta se va para un cortijo que hay en la solana, cortijo del Pardal, nos apartamos con la senda que busca el collado entre el Pardal y piedras Rubias. Este collado tiene un nombre muy bonito. Se llama collado de la Mariquilla, por el nombre de la familia que vivió en un cortijo que hay algo remontado sobre el Pardal, hacia el lado del Pez del Trigo. En cuanto remontemos este collado salimos a la vertiente del arroyo de la Torre del Vinagre.

Una vieja senda por aquí se presenta muy visible y buena de andar. La seguimos y vamos a salir a las ruinas de una vieja caseta. Es el comienzo de la nava del Puesto. Justo en este punto se dividen las sendas pero nosotros seguimos rectos ya por una pista de tierra. Después de recorrer parte de la llanura de esta nava caemos al barranco de la fuente de la Zarza. Es un barranco, un manantial y una vieja casa forestal. Desde aquí, sin pérdida ninguna continuamos con la pista y al llegar aun collado, el del Narigón y que en realidad es un puerto, como el de las Palomas y quizá hasta más hermoso, nos venimos por el ramal de la izquierda. Atravesamos este arroyo que es el del arroyo del Saúco o de la Tejerina, remontamos, salimos al collado de los Plomillos, al Blanco Carrasquea, a la Albarda, otra distinta a la de la Sierra de las Villas, pasamos por el Salto del Moro y vamos a salir al puerto de las Palomas. Ya esto es carretera asfaltada, la que entra al corazón del Parque Natural y el pueblo de Burunchel no queda lejos. También nos pueden recoger en algún coche con facilidad.

La otra opción que se quedó esperando justo al pasar peña Corva y antes del cortijo del Pardal, se viene precisamente por el lado norte de este monte. Por la cañada del Pardal, entes del cortijo de la solana, nos venimos para la derecha campo a través. No tiene pérdida porque el terreno es muy fácil de andar. Se presenta despoblado de vegetación. Por la parte alta de la cañada que viene cayendo desde el Pardal, cruzamos, surcamos la ladera y nada más volcar por un bonito collado y amplio, ya estamos en la cuenca del Chorrogil. El bonito y ampuloso barranco de los Palancares. Nada más volcar el collado nos encontramos con las ruinas de un cortijo. Son las del cortijo del Segaor, ahí mismo mana una cristalina fuente. Seguimos bajando por el arroyo y antes de cruzar el cauce principal nos tropezamos con otra curiosa fuente manan por debajo de unas rocas. También ellos la bautizaron con el nombre de fuente del Segaor. Está a los pies mismos de la loma Pez del Trigo.

Por ahí ya se ven las veredas que siguen cayendo hacia el cauce principal. En cuanto lo cruza se topa con las ruinas de otro cortijo. Es el del barranco del Corzo. Un poco más adelante mana otra fuente y encontramos las ruinas de otro cortijo. Es el de los Palancares. Seguimos y en unos metros remontamos al collado cuyo nombre es el collado de la Cruz del Helado. Ahí mismo tenemos que coger para la izquierda, la vereda que viene subiendo desde el tranco del Acebo. Se le reconoce bien y en cuanto la seguimos comprobamos que también es fácil de andar. Viene a salir justo al collado de la nava del Puesto, por encima del barranco de Hoyo Redondo. Es aquí donde enganchamos con la vereda que recorríamos en la primera de las dos opciones y que ya describir unos párrafos antes. Así que desde este punto sólo tenemos que continuar por la ruta que antes dije.

La fragancia eterna

Amaneció el día frío y como en el humilde cortijo de abajo, las dos hermanas menores y el hermano mediano se morían de hambre y estaban solos con su tristeza, la madre me dijo:
- Acércate y les pides que se vengan y que esta mañana desayunen con nosotros, en la casa nuestra y al calor de la lumbre.

Y al instante salgo del cortijo, recorro la vereda y al llegar y ver a la hermana mayor, le digo:
- Que te vengas a nuestra casa y también tus hermanos porque madre ya ha puesto la mesa y quiere que hoy comáis con nosotros las migas y la leche que ya tiene preparadas.
Y la hermana mediana:
- ¿Pero mañana y pasado?
Y yo, animando:
- Lo que después venga, déjalo con su cuidado porque lo inmediato es que esta mañana tengáis un tazón de leche calentica y un rincón donde estar acurrucados.

Y la hermana, con la pequeña y el hermano, se vienen a la casa y mientras ya están frente a la lumbre comiendo lo que la madre les ha preparado, un poco juegan y otro poco lloran y otro poco esperan porque fuera, el campo está mojado y hoy falta la presencia del padre bueno que al cielo ha volado y por eso la madre reparte el alimento al tiempo que los besa y dice:
- Lo poco que nosotros tengamos, tú no te preocupes hija mía, que está en vuestras manos y si mañana tenemos que morirnos todos de hambre, nos morimos pero abrazados y al calor de esta lumbre y en el amor de los hermanos.

Y miro a la hermana mediana y luego a la pequeña y como con tanto entusiasmo comen pegadas a la madre, el alimento que hoy les regalan los amigos, el corazón se me llena de gozo a la vez que un poco de pena por el cuadro y la luz que brilla por las caras de ellas.

69- Otras dos grandes rutas por lo más hondo de la sierra

Fuente de los Cerezos, los Tableros, arroyo del raso de la Honguera, Huelga del Peinero. De unos 10 kilómetros.

Esta ruta tiene su comienzo un poco antes del arroyo Martín. En la misma pista que sube a la Albarda. Y está pensada para que alguien nos deje en este punto y nos recoja luego con el coche en la misma llanura de la cueva del Peinero. La carretera da mucha más vuelta pero la ruta que se traza a pie atravesando a la sierra por preciosos rincones discurre casi recta

en su trazado general aunque luego vaya dando curvas a lo largo de su recorrido. Tiene la característica esta ruta de atravesar la sierra casi en la misma dirección que lleva la carretera pero fuera de su trazado y acortando muchísimo. Mientras que por la carretera hacemos casi treinta kilómetros para llegar a la Huelga del Peinero, por la ruta y andando, en sólo diez o doce kilómetros llegamos. Nos sirve además para hundirnos mucho mejor al conocimiento de la grandiosa Sierra de las Villas.

Así que la ruta arranca justo de donde, de la carretera asfaltada sale la pista forestal de tierra que sube a la Albarda. Por ella subimos hasta remontar a lo más alto pero cuando ya la pista corona por completo al Caballo de la Albarda, por la izquierda se nos queda un pico que tiene 1446 metros. Dejamos la pista y nos venimos buscando este pico. Por ahí encontramos una senda que viene desde el mismo collado del raso de la Honguera. La seguimos dirección ahora al morro que presenta el Caballo del Torrado, donde se alza la caseta para los vigilantes de incendios, y en una distancia de un kilómetro más o menos encontramos la pista de tierra que viene desde los Tableros y se alarga para el barranco de arroyo de María. Cogemos esta pista bajando con ella en la dirección que también empieza a bajar la cañada por donde va naciendo el arroyo del raso de la Honguera. Cuando la pista cruza esta cañada y se mete para la derecha en busca de las llanuras de los Tableros, la dejamos y seguimos en la dirección que llevan las aguas del arroyo.

Por el lado del Torraso van apareciendo algunas sendas que nos ayudarán a descender hasta las tierras más o menos llanas junto al arroyo por donde estuvieron las huertas del cortijo raso de la Honguera. A partir de este punto ya es muy fácil avanzar. La senda queda mucho más clara siempre por el lado del Torraso y como el recorrido es bajada, en tan sólo unos minutos se llega a la carretera asfaltada que atraviesa la Sierra de las Villas y justo por donde las llanuras de la cueva del Peinero. Si en este punto nos recogen con el coche, pues habremos concluido una preciosa ruta, por completo desconocida para muchas personas pero nada complicada de hacer y sí cargada de emoción por la belleza de los paisajes y la amplitud de los horizontes que ofrecen las cumbres que coronamos. Ya he dicho que la distancia a recorrer aproximadamente puede ser de unos diez kilómetros, el desnivel a salvar de unos quinientos metros y el tiempo que se puede tardar en recorrerla será de unas tres horas poco más o menos. Pero también depende mucho del ritmo que se le quiera imprimir a la ruta, las paradas que hagamos y el interés que tengamos en gozar despacio los parajes.

70- 2ª opción de la ruta anterior
Fuente de los Cerezos, collado del los Hermanillos,
poyo del Zorro, lancha de la Cigarra arroyo Gil Cobo.
De unos 17 kilómetros, 700 de desnivel y 5 horas.

Esta ruta tiene la misma peculiaridad que la anterior: la he pensado para que alguien nos deje donde se aparta la pista que sube a la Albarda y nos recoja no en la Huelga del Peinero sino mucho más adelante. Justo cuando la carretera atraviesa el arroyo de Gil Cobo y por la izquierda se aparta una pista de tierra. Es la que sube a las llanuras de Jabalcaballo. Pues por aquí hay que esperar para recoger a los que vienen andando. Y como el trazado del recorrido es mucho más largo, también pasa por rincones mucho más complicados y escabrosos, por eso más hermosos y emocionantes, recorriendo toda la cuenca que da nacimiento al río Aguascebas Grande. Este es precisamente el aliciente principal de esta ruta: el que se recorre y se pasa casi por todos los arroyuelos de cabecera que van dando agua y configurando al río Aguascebas Grande. No es poco sino muchísimo, al menos para mí y por eso considero a esta ruta como a unas de las más hermosas de toda la gran Sierra de las Villas.

Así que la primera parte de este recorrido es común con la ruta anterior. Arranca de la carretera asfaltada que atraviesa la gran sierra, sube por la pista de tierra que remonta a la Alabarda y cuando llega a lo alto, se viene para el collado del arroyo raso de la Honguera y al llegar justo a este punto, es cuando deja de ser común. En lugar de venirse con las aguas de este arroyo como lo hacía la anterior, por la derecha y a media ladera, se aparta una senda muy borrada. En la misma dirección que baja la pista pegada al arroyo, avanza la senda pero elevándose cada vez más por la ladera norte del Caballo del Torraso hasta encajarse en el mismo centro de este caballo. Por donde tiene un portillo, que ya se menciona y describir en detalle en la ruta al Torraso, por aquí pasa la senda. Vuelca para la ladera sur, solana, baja hasta el collado de los Hermanillos y aquí engancha con la pista que venía desde los Tableros. La pista enseguida se termina pero sigue una senda que en un primer momento baja hasta el barranco. Se va un poco para la izquierda pegándose a la umbría de la gran cuerda de piedras Morenas, poyo de los Robles y Pinar Negro y por lo alto de un hermosísimo y largo poyo, el de Zorro, se viene hacia la honda cuenca del río Aguascebas Grande. La Hoyica y la Noguera, dos puntos por donde hubo algunas construcciones serranas y tierras que cultivaron las personas que vivieron por aquí.

Al poco se encuentra con una pista de tierra y por ella avanza la ruta. Comienza a remontar hacia el collado del Perenoso, ladera norte del pico Pedro Miguel, Blanquillo, baja para el arroyo de Gil Cobo, se encuentra con él y siguiendo la dirección que llevan las aguas, se adentra por la cerrada de San Ginés. La pista ya es muy buena y al poco sale a la carretera asfaltada.

Sí aquí nos esperan con el coche ya no hay problema alguno. Habremos hecho una perfecta, larga y bonita travesía de la sierra por las cumbres y barrancos más hondos, agrestes y hermosos de esta maravillosa sierra. La satisfacción será plena, el cansancio no mucho y la aventura digna de no olivar jamás y para contar a lo largo de mucho tiempo. Así lo he experimentado yo y por eso la transmito con este énfasis.

Tengo que decir que la senda que sube al Caballo del Torraso ya se ha borrado casi por completo pero con un poco de intuición se adivina el portillo por donde debe cruzar la cresta de esta cumbre. Para bajar por la solana opuesta, si seguimos esta senda, algo más clara pero cortada con una cerca botánica, la dificultad es casi nula. Conociendo un poco su trazado y recorriéndola en solo veinte minutos se remonta y en el mismo tiempo se desciende. Es el recorrido más corto y por eso lo usaban las personas que en tiempos remotos vivían por estos parajes. En la solana sur del Torraso encontramos varios veneros con agua y luego a lo largo del recorrido hasta el collado del Perenoso y al volcar.

CASI AL FILO DE LO IMPOSIBLE

Una fantástica ruta en la Sierra de las Villas

Ruta muy dura y difícil y por eso solo para montañeros con experiencia y buena preparación física. En muchos trozos va campos a través y tiene que salvar fuertes desniveles, con preciosas cascadas y paredes totalmente en vertical. En equipo bien preparado.

Distancias aproximada: 18 a 20 kilómetros.
Tiempo aproximado: 3 días.
Desnivel: 1030 metros.

Aclaración necesaria

Quiero dejar claro que esta ruta es una fantasía mía. Me explico: nunca hice esta ruta tal como aquí la voy a describir pero sí la soñé muchas veces. Hasta pienso que jamás nunca nadie será capaz de hacerla. Esta ruta rompe todos los esquemas de las mil rutas trazadas por las sierras de este Parque Natural. Creo que presenta tan grandes dificultades y es tan dura que nunca se atreverá nadie a hacerla. Y aunque se atrevira quizá no pueda culminar la aventura. Es para escaladores bien preparados y con fortaleza. Por eso digo que si algún día este texto cae en manos de personas con la energía y fortaleza suficiente como para hacer esta ruta, me gustaría saberlo por pura satisfacción personal. Pero por ahora y para que quede aclarado, repito otra vez que esta ruta es pura fantasía mía. La escribo porque es realmente hermosa y por si alguien se anima y logra vivir la experiencia. Suerte y los envidiaré o lo envidiaré siempre.

El recorrido

A superar desde algo menos de los 800 m. hasta los 1830. La Herradura en el río Aguascebas Grande, arroyo Gil Cobo arriba, cascada del Rincón del Pinato, Cerrada y salto en la Lancha de la Benita, Cerrada y salto en la Cueva del Agua, Puente Tijera, Cerrada y salto de Gil Cobo o del Zarzalar, Cerrada de San Ginés, Cerrada y salto de la Blanquilla Baja, Cañada y Cenajo de la Blanquilla Baja, Cañada del Lobo y Blanquilla Alta, cumbres de Pedro Miguel, (Blanquillo). **Por la cumbre en nivel llano.** Fuente y cumbre de Pinar Negro, collado del Pocico de Pinar Negro, cumbre de Piedras Morenas, cumbre de El Cubo, Poyo del Zorro, Cañá Somera y Hoyacillo. **A bajar hasta los 800 m.** Collado de los Hermanillos, curso alto del río Aguascebas Grande hasta la Huelga del Peinero, cerrada de la Cueva del Peinero y curso del río abajo hasta el Molino de la Parra, Cerrada y salto del Molino de la Parra, Charco Azul y curso abajo del río Aguascebas Grande hasta la Herradura final de la ruta. Punto más bajo, La Herradura sobre 800 metros. Punto más elevado, Pedro Miguel con 1830 metros. Tramo medio, cerrada de Gil Cobo, Cueva del Peinero.

Clarifico que el recorrido de esta ruta también se puede hacer en sentido inverso: en lugar de subir por el arroyo Gil Cobo y regresar por el río Aguascebas Grande, puede trazarse en sentido contrario. Remontar desde la Herradura por el río Aguascebas Grande y regresar por el cauce del arroyo Gil Cobo. Quizá esta opción sea la más sensata y por supuesto mucho más fácil. Para remontar el primer tramo de la ruta el cauce del Aguascebas presenta muchas menos dificultades. Tiene más agua pero las cerradas y cascadas no son tan imposibles como sí el en Gil Cobo. Si se opta por esta opción, Aguascebas Grande, Piedras Morenas, Cenajo de la Blanquilla Baja y arroyo Gil Cobo, los datos que a continuación voy a exponer, son válidos. Tanto dar hacer el recorrido arroyo Gil Cobo, Aguascebas Grande como Aguascebas, Gil Cobo. Los datos que expongo sirven en ambos casos solo que habrá que leerlos al revés. Las etapas serían las mismas, los sitios para descansar y comer al medio día y por la noche, los mismos y se recorren los mismos lugares. Y repito que la parte más fuerte por su gran dificultad es la del arroyo Gil Cobo en su tramo bajo. Si se traza el recorrido según lo que voy a describir este tramo difícil sería el primero y si se traza a la inversa, sería lo último de la gran ruta.

Y aclaro un detalle más. En la descripción de esta ruta no me voy a detener demasiado en los detalles. Tampoco me voy a detener mucho en la toponimia. Y digo por qué será así. De estas sierras de las Villas tengo hecho un muy extenso trabajo literario. En él recojo muchos matices, detalles y topónimos de todos estos rincones. También del terreno por donde va a discurrir esta ruta. No creo conveniente repetir en estos textos lo que ya tengo en otros. Y como no lo creo conveniente así lo haré. Aquí solo recogeré los nombres estrictamente necesarios y no más.

Tiempo para recorrer esta ruta

Lo más cómodo y emocionante es repartirla en tres jornadas completas. La extensión a recorrer es bastante, las dificultades que presenta el terreno son muchas y duras y la subida del primer tramo también es fuerte. Así que dividida en tres jornadas completas podría quedar de la siguiente manera: **primer día**: la llegada desde el pueblo de Mogón al lugar llamado La Herradura. Preparación y ascensión del arroyo de Gil Cobo hasta la cañada de la Blanquilla Baja y dormir en el Cenajo de la Blanquilla Baja. **Segundo día:** subida al pico de Pedro Miguel (Blanquillo), cumbre por la fuente y parajes de Pinar Negro, Cañada Somera y dormir por el collado de los Hermanillos. **Tercer día:** bajada del primer tramo y tranco del río Aguascebas Grande hasta la Huelga del Peinero. Seguir cauce abajo hasta el Molino de la Parra, cerrada, tranco y cascadas del Molino de la Parra, charco Azul y el último tramo del río hasta el encuentro con el punto de partida, la Herradura.

Las etapas de la ruta

Es preferible comenzar esta ruta a primeras horas de la mañana. Y el mejor tiempo para recorrerla es al final de la primavera o en los primeros meses del otoño. En los días que hay más horas de luz y el calor o el frío no es tanto como en pleno verano o en pleno invierno. La he dividido en seis etapas a lo largo de los tres días para dosificar mejor los parajes y las dificultades. El primer día tiene dos etapas: La Herradura, Poyo Gil Cobo, Poyo Gil Cobo, Cenajo de la Blanquilla Baja. Al final de la primera etapa de este primer día primer encuentro con el equipo de avituallamiento. El segundo día tiene también dos etapas: Cejano de la Blanquilla Baja, Pedro Miguel, Hermanillos y Hermanillos, Piedras Morenas, Cañá Somera, El Hoyacillo. Al final de la primera etapa de este segundo día comida y descanso en los tornajos de Pinar Negro. La de este día es la etapa más cómoda y bella en cuanto a las hermosas panorámicas que desde las cumbres se observan. El tercer día de nuevo tiene dos etapas también: collado de los Hermanillos, Huelga de la Cueva del Peinero y Huelga de la Cueva de Peinero, La Herradura. En la primera etapa de este tercer día segundo encuentro con el equipo de avituallamiento y como cae en el centro del día, la comida del medio día. De estas seis etapas la más dura es precisamente la primera y la última. Pero lo es la primera porque hay que subir por el complicado cauce del Arroyo Gil Cobo. La última etapa discurre por un terreno también muy similar al de la primera etapa pero en este caso se hace bajando. No requiere tanto esfuerzo ni tampoco es tan duro el recorrido.

Punto de partida

El lugar llamado La Herradura en el río Aguascebas Grande donde a éste se le junta el arroyo de Gil Cobo. Hasta este punto se puede llegar, en coche, siguiendo el carril de tierra que viene desde el pueblo de Mogón por entre olivares y lomas hasta el rincón de Bardazoso. Es el carril de tierra que usan todas las personas que por estas laderas y barrancos tienen olivares. Y para hacer esta ruta lo mejor es situarse en este punto de la Herradura con vehículo. Este carril arranca en el mismo pueblo de Mogón y suele tener cadena al principio. No es un camino para turistas sino para las personas que por la zona tienen olivares, casas o animales. También se puede llegar desde Villacarrillo por la Cañada de la Madera hasta el collado de la Tobilla pero en este caso probablemente tendremos que dejar el coche bien arriba y no en el curso del río.

Otra opción puede ser la siguiente: llegar con el coche hasta la Nava del Vilano. Aquí dejar el coche y bajar andando por la senda de las Acebadillas, Poyo del Moro y La Herradura donde es el punto de partida. Llevar solo lo necesario y remontar el primer tramo del arroyo Gil Cobo lo más ligero posible de equipaje. Utilizar el coche como base de avituallamiento y el primer el encuentro con esta base sería al remontar la cerrada y cascada del Zarzalar o Gil Cobo. Por este punto pasa la carretera asfaltada y por eso sería fácil encontrarse con el vehículo y reponer lo necesario para el segundo

tramo de esta ruta que discurre por lo más alto de la cumbre hasta el encuentro con el río Aguascebas Grande. En la Huelga de la Cueva del Peinero volver a encontrarse con el vehículo de apoyo y reponer material para el descenso del río hasta la Herradura. Al llegar a este punto, en esta segunda opción, habría que volver a subir andando hasta la Nava del Vilano para encontrarse con el vehículo de apoyo o seguir río abajo hasta el pueblo de Mogón o unos kilómetros antes. Con vehículo se puede subir desde Mogón por el curso del río hasta Casa Rubiales o más. Desde La Herradura hasta el pueblo de Mogón el curso del río Aguascebas Grande presenta muy buenas dificultades y mucha belleza. Serían entre cuatro o cinco kilómetros más dependiendo en qué punto estuviera el vehículo. Esta segunda opción sería muy sensata pero requiere una buena organización en equipo.

Descripción de la ruta

Ya lo he dicho antes: nunca recorrí esta ruta tal como aquí la he trazado. Conozco el terreno por haberlo pisado un día por un lado y otro día por otro pero siempre fue al moverme por estas sierras en recorridos diferentes. Pero como conozco el terreno puedo hablar de él sabiendo lo que me traigo entre manos. Así que una vez en el punto de partida y bien equipados para el recorrido y las tres jornadas, emprendemos la marcha. Por el bonito llano de la Herradura. Tierras que en otros tiempos fueron huertas sembradas por los serranos que ocupaban el rincón. Buscamos el cauce del arroyo Gil Cobo, por la derecha del río Aguascebas Grande y hacia el collado del Pocico. En este primer tramo a lo mejor encontremos alguna senda que todavía se pueda andar. Hay mucha vegetación pero el terreno es llano. Ya en el cauce la ruta a seguir es precisamente corriente arriba. En cuanto llegamos a las aguas del arroyo Gil Cobo comienza la gran ruta. Solo unos metros aguas arriba y el primer saludo de la primera y bonita cascada. Es conocida por la cascada del Rincón del Pinato. Y aclaro algo más las cosas. Aunque en este texto presento las cascadas como perfectamente definidas y aisladas unas de otras, por algunos tramos las cosas no son así exactamente. Unas cuantas de estas cascadas son en realidad como las más importantes y significativas pero sobre el terreno se encadenan las más espectaculares con otras menores, charcos, covachas, tramos del río que se divide y se esconde por entre las rocas, macetas de musgo que adornan delicadamente y tobas corgando o formando arcos. En realidad es todo un museo natural el grandioso tramo de este Gil Cobo. Este arroyo es mucho más torrencial que el Aguascebas Grande y por eso el surco por donde se despeña, es hondo y asombroso por las enormes paredes que lo escoltan y las cumbres que lo coronan.

1ª Cascada y cerrada, la del Pinato

Es este un tramo muy bonito pero difícil. Como en todas las demás cascadas que iremos encontrando hay que echar mano de cuerdas para poderla superar. Esta primera, la del Pinato, es como el aperitivo del buen banquete que tenemos delante. Un primer bocado delicioso pero con su

dificultades y belleza. La ruta remonta por el mismo cauce, en dirección contraria a como corren las aguas y no por las orillas. Pero desde aquí para arriba ni siquiera por las orillas hay senda. Así que tendremos que echar mano de todas las fuerzas y posibilidades de que dispongamos y a superar la primera cascada del bonito arroyo de Gil Cobo. Se trata de recorrerlo en toda su longitud siguiendo fiel el cauce. Esta primera cascada, subiendo por el cauce y la última según la ley natural del arroyo, se origina sobre la curva de nivel de los ochocientos a novecientos metros. Por lo tanto la ruta la hemos arrancado algo por debajo de los ochocientos metros. Se da esta cascada donde se cierra parte del Poyo del Moro, por la derecha y el Poyo de los Morrones, por la izquierda. Las aguas del arroyo han cortado a la muralla de rocas y han modelado la caída con su preciosa cascada y bonito escalón.

2ª Cascada y cerrada, la de la Lancha de la Benita

Al terminar de remontar la primera cascada encontramos un trozo bastante bueno de recorrer. El desnivel es poco y por eso el curso del agua discurre por un paisaje más amable. Un recreo para el espíritu y como bocanada de ánimo para que el entusiasmos se levante. Coronan majestuosas las laderas a los lados y las cumbres como si fueran llamando para que le entremos con fuerza a lo que el río nos regala cauce arriba. Justo al remontar la cascada primera cruzamos la curva de nivel de los ochocientos metros y al encontrarnos con la que discurre por los novecientos metros nos saluda la segunda cascada y cerrada de la ruta. La que se origina por la confluencia de la Lancha de la Benita y el Poyo de las Arenas. En este punto como en el primero tampoco podremos salir del cauce para remontar. A ambos lados encontramos pronunciadas paredes que caen casi en vertical y por eso solo es posible superarlas escalando. Por la cerrada y cascada es mejor paso porque en cuanto la remontemos volveremos a encontrar otro buen tramo amable. Por la derecha es por donde queda la Lancha de la Benita, terreno rocoso y muy quebrado por donde en otros tiempos abrieron un paso. Para superar el escalón se tuvieron que ayudar de palos y por eso al paso lo bautizaron con el nombre de Tranco de los Palos. Ya se ha roto casi por completo este paso y además queda bastante elevado sobre el cauce.

3ª Cascada y cerrada. La de la Cueva del Agua

Ya lo he dicho: justo sobre la curva de nivel que discurre por los novecientos metros se origina la segunda cascada, formada por la Lancha de la Benita. Por este punto se cierra mucho más el cauce del arroyo. Pero una vez superado el escalón el terreno mejora mucho. Entre las curvas de nivel de los novecientos a mil metros se abren buenas tierras a ambos lados y por eso en otros tiempos hasta los sembraron de hortalizas y otros productos. Es este el Recó de la Lancha de la Benita y el Poyo de las Arenas. Un buen tramo amable que termina justo al tropezarnos con la curva de nivel que recorre los mil metros. Aunque no es tan amable este terreno porque en un recorrido de aproximadamente trescientos cincuenta metros se eleva cien. Casi pura caída. Pero más caída es el tramo que aparecerá enseguida.

Porque justo en este punto empieza el tramo más escabroso y al mismo tiempo más bello de este arroyo. No es el más vertical, pero sí lo es. El salto por excelencia es el del final, el que queda por encima de éste. Pero en esta tercera cerrada y cascada, más bien una cadena de tres cascada con su correspondientes charcos y rocas modeladas, con caídas desde los diez a los veinte metros, es donde encontramos las preciosa y conocida Cueva del Agua. La que nada tiene que ver con la Cueva del Agua en Tíscar, Sierra de Quesada y también sierras de este Parque Natural ni con la Cueva del Agua en Poyotello, Sierra de Segura por Santiago de la Espada. Esta Cueva del agua en el arroyo de Gil Cobo en la Sierra de las Villas, es otra cosa. Mucho más escondida, mucho más recogida, mucho más misteriosa y por eso mucho más emocionante aunque no sea tan grande como las dos primeras.

Se origina esta tercera cerrada donde en el arroyo se juntan las lanchas del Zarzalar y la de la Tejea. Otros dos buenos trancos rocosos que presentan niveles muy pronunciados y que las aguas han tenido que tajar. El arroyo ha cortado las complicadas rocas de estos dos trancos y al originarse la caída se formó la que ahora es conocida por la Cueva del Agua en el arroyo de Gil Cobo. Al remontar solo un trocico de terreno algo mejor y luego más cerrada y más cascada. Por este tramo las curvas de nivel están muy juntas y eso indica que el desnivel es muy pronunciado. Entre la curva de los mil metros y la de los mil cien es donde se origina la Cueva del Agua. De los mil cien a mil doscientos metros es todo casi pura cerrada y cascada a excepción de un trozo por donde pasa, pasaba, la vieja senda que hacía las funciones que hoy hace la carretera asfaltada. A este punto se le conoce con el bonito nombre de Puente Tijera. Va la vereda, iba, de un collado a otro. Collado del Pocico, en la Nava del Rico y collado de la Tejea, por donde la Bruna y la Peraleja.

4ª Cascada y cerrada, la de Puente Tijera

Es algo distinta. La sierra por aquí empieza a abrirse porque ya nos hemos elevado mucho y por eso los horizontes son otra cosa. Desde el Puente Tijera subimos por el cauce aunque la vegetación complica mucho. Mientras remontamos este trozo de ruta al frente nos van saludando las robustas paredes del Poyo o lancha de Gil Cobo. En estas paredes anidan los buitres y por eso son mucho más grandes que las que hemos dejado atrás. Saludan majestuosas ofreciendo una muy complicada ladera de rocas sueltas y mucha vegetación de zarzas y majuelos. El terreno nos va preparando para la que es la cuarta y últimas gran cascada y cerrada de este misterioso y hermosísimo arroyo de Gil Cobo. Justo en la curva de nivel que discurre por los mil doscientos metros se origina este fabuloso salto. Se le conoce, el que lo conoce, con el nombre de Cerrada o Cascada de Puente Tijera o del Zarzalar. Y la origina la lancha del Agrión y la de Gil Cobo. Al coronar por la izquierda se encuentran las ruinas del cortijo de Gil Cobo, el que le dio nombre a todos los parajes de este fabuloso rincón de la Sierra de

las Villas.

La primera, de las dos o tres cascadas encadenadas que por aquí nos regala el cauce, es muy bella. Las aguas caen en un bonito chorro desde una altura de cinco o seis metros y se estrellan en las rocas para descansar en el bonito charco. Es como una pintoresca ducha natural con su charco grande y limpio para que no falte ni la bañera ¿Cómo podremos remontar esta cascada? Si hemos superado las que ya han quedado atrás, seguro que está también caerá. Mientras lo hacemos es muy probable que podamos gozar del majestuoso vuelo de los buitres leonados. Son los dueños de los voladeros que en estos momentos nos superan por la derecha y por la izquierda. ¿Quién pudiera ser buitre en estos momentos? Nos preguntaremos en más de un momento pero tiene su recompensas ser lo que cada uno es. Al remontar la primera de esta sucesión de cascadas encadenadas aunque un poco el terreno se nos abre y nos presenta menos dificultad, enseguida se nos ofrece lo hermoso y bueno.

5ª Cascada y cerrada, la de Gil Cobo o Zarzalar

Y lo hermoso y bueno es la cerrada y cascada por excelencia en este original cauce de Gil Cobo. Entre los mil doscientos y mil trescientos metros es donde se talla este espectacular salto y queda muy bien adornado por una variada vegetación y paredes rocosas a ambos lados. No es fácil calcular la altura de un salto de éstos así a simple vista pero seguro que pasa de los treinta metros. Se estrecha mucho el final de esta cascada porque es justo donde se juntan la lancha de Gil Cobo y la del Agrión. Un paso casi imposible por su desnivel y su estrechura pero que en cuento legremos superar nos regalará un bellísimo espectáculo: las tierras llanas y hermosísimas de lo que en otros tiempos fueron las Huelgas de Gil Cobo. Quiero decir que estas grandiosas paredes rocosas, calizas muy erosionadas, además de acoger a una buena colonia de buitres leonados dan forma a varias cuevas muy bellas y también dan vida a muchas plantas únicas en esta sierra de las Villas. Y ya lo he dicho antes: son las paredes, volaeros según el habla serrana, más espectaculares que tiene este arroyo. Por eso también dan forma a las mejores cascadas. Si logramos superarlas será un reto personal muy importante.

Las Huelgas de Gil Cobo

Y sigo, dando por hecho que estas grandiosas casadas son superadas. Al conseguirlo, se sale por la estrechura que las rocas han tallado al comenzar su caída y un gran gozo, en el alma y ante los ojos. A un lado y otro del cauce se abren buenas tierras con mucha vegetación. Tierras que en aquellos lejanos tiempos fueron huertas donde se sembraban y recogían abundantes cosechas de hortalizas y cereales. Luego vinieron las administraciones y expropieron estos paraísos. La sembraron de álamos y pinos, las cercaron y en una época concreta y más cercana hasta instalaron por aquí una zona de acampada. Luego la prohibieron por el destrozo que las

personas hacían a la vegetación y por estas fechas los álamos y las ovejas de mi amigo el pastor de la “Traviesa” son los dueños de tan bonito paraíso. Todavía por el rincón crecen algunos de los árboles frutales que adornaban aquellas huertas. Manan por aquí algunos manantiales de aguas muy puras y buenas y todavía existe la fuente de cemento con su caño de hierro que construyeron cuando lo de la acampada. El rincón es de una belleza que asombra. Es el rincón ideal para un buen descanso porque en este punto concreto se termina la primera de las cinco etapas de esta ruta. La primera y más dura de todas. Por aquí mismo pasa la carretera asfaltada que la administración de turno construyó. Debería haber ido por el lugar que siempre usó la vieja senda de los serranos pero decidieron que no fuera así.

El recorrido de este primer tramo ha sido de unos 2,5 kilómetros y medio. El desnivel que ha superado este primer tramo es de unos 500 metros. Las cascadas y saltos más complicados de toda esta ruta se concentran en el tramo mencionado. El de los Poyos de Gil Cobo y lancha del Zarzalar. Confirmo que este tramo es el más bello y original de todas las sierras de este gran Parque Natural. Y en cuanto se avanza unos metros por las tierras casi llanas de estas Huelgas de Gil Cobo aparece la carretera asfaltada. Es el momento del encuentro con el equipo de avituallamiento. Un buen descanso merecido, reposición para dos días con sus noches y a continuar la ruta.

Cerrada y cascada de San Ginés

Por donde la carretera cruza el arroyo, puente de cemento y todo, a la derecha se aparta un carril de tierra. Lleva este carril, además de a otros muchos rincones hermosos, a las llanuras de Jabalcaballo, por Peña Corva. Por esta pista de tierra continua ahora la ruta. El cauce del arroyo ya interesa menos porque el carril remonta casi abrazándolo y el surco apenas tiene dificultad. Roza una bonita fuente de cemento por la derecha con buena agua y fresca. Más arriba mana la Fuente de la Teja. Después de la Cerrada de San Ginés, hermosa pero no tanto porque las manos del hombre la modelaron aparece otro paisaje abierto. Se divide el carril. El de la ruta que se describe toma para la izquierda. En unos metros y tras unas rocas en la curva del carril, por la derecha aparece la fuente de la Teja. Cerca del Cenajo de la Blanquilla baja corre el arroyo con este mismo nombre. De su corriente se puede uno fiar y es buena y fresca pero la de la fuente ofrece más garantía. Podemos reponer y también prever para la noche y el amanecer. Después del Cenajo de la Blanquilla, hay agua por la Cañada del Lobo en el arroyo de la Blanquilla Baja, pero hasta los tornajos de Pinar Negro ya no hay más veneros.

Cascada de la Blanquilla Baja

El carril supera a la fuente de la Teja y unos metros más arriba cruza el arroyo. A la derecha saluda la última de las cascadas de este grandioso cauce. Parece sencilla y lo es si entra en comparación con las

dejadas atrás pero tiene sus dificultades. Por ahí mismo sigue la ruta. Y en cuanto remonta la preciosa cascada el arroyo se viene para la izquierda. Es su sitio natural puesto que las mejores y más abundantes aguas del Arroyo Gil Cobo proceden de esta zona de la sierra. De las altas cumbres de Pedro Miguel en su cara oeste que es una porción de sierra conocida con el bonito nombre de Blanquilla Alta. Pedro Miguel es la cumbre que corona. Al terminar de remontar la cerrada de la Blanquilla Baja, aunque el arroyo se viene para la izquierda en busca de su cuna natural, hay que seguir para la derecha. Ya es buen terreno y muy fácil de andar. En unos metros, por entre bujes y majuelos, aparece el carril de tierra que se mete hasta los primeros metros de la Cañá de la Blanquilla Baja. Siguiéndolo, antes de la única noguera por este rincón, por el lado izquierdo se aparta una senda. Es la vieja senda que los serranos de otros tiempos usaban para recorrer la sierra desde las llanuras de Jabalcaballo hasta las cumbres de Pedro Miguel y Pinar Negro. La usaban principalmente para el trajín con sus animales y para abastecerse de leña de la zona de Pinar Negro. No moría ni muere por estas cumbres pero por ahora aquí la dejamos.

Remonta esta senda, desde el carril por el lado izquierdo, por entre bujes, pinos, majuelos y demás y pasa justo por debajo la bonita pared rocosa del Cenajo de la Blanquilla Baja. Es casi una cueva, gran cueva que puede refugiar de tormentas, nevadas y demás y hasta del rocío o el frío de una noche. El Cenajo de la Blanquilla Baja se abre casi en lo más alto de una cumbre entre la Morra de los Cerezos y la Blanquilla Alta. Este es el punto para plantar el campamento de cara a la primera noche en esta ruta. Un bonito rincón en forma de mirador natural hacia todo el gran barranco y que ha quedado atrás y también parte de las cumbres que esperan en su honda belleza. Así que en este rincón se abren los sacos y se recibe a la noche con la dignidad y la dicha que la noche merece en tan privilegiado lugar. También lo merecen los que en este palacio van a dormir. A reponer fuerzas para el día siguiente que no será tan duro como el que se ha quedado por las cerradas, charcos y cascadas del grandioso cauce de Gil Cobo. Mañana será otro día desde luego mucho más tranquilo pero lleno de limpios placeres por los preciosos regalos que irán entregando las sierras por donde discurre la ruta.

Cenajo de la Blanquilla Baja a Pedro Miguel

Nuevo día, segundo de los tres, y tercer tramo de los cinco que forman esta ruta. Desde el Cenajo de la Blanquilla Baja a la Cumbre de Pedro Miguel la distancia aproximada es de tres kilómetros. El desnivel a superar no llega a los trescientos metros pero todo es subida. Las últimas subidas en esta ruta porque a partir de Pedro Miguel la ruta discurre por el mismo nivel, sobre la cumbre, y luego baja hasta el punto final. Los paisajes que recorre este tramo son muy cómodos de andar y tomándolos con calma hasta resultan un muy bello paseo. No hay agua en todo el recorrido hasta los tornajos de Pinar Negro. En este punto se puede establecer el descanso para

la comida al medio día. El rincón lo merece y queda casi en centro del recorrido planeado para el día de hoy.

Con el nuevo día la sierra se abre envuelta en belleza mágica y limpia. Un asombro y un regalo para los que tanto ama a la sierra y la recorren como en un abrazo lleno de amor. Desde el Cenajo de la Blanquilla baja sigue la senda en busca de las cumbres de Pedro Miguel. Recorre el trozo de ladera desde el Cenajo hasta la Cañada del Lobo y comienza la ascensión por las tierras ásperas y bellas de la Blanquilla Baja. Mientras remontamos, el gozo se instala en el alma. Las panorámicas a un lado y otro se abren hondas y misteriosas. A la derecha el profundo valle por donde el Guadalquivir va horadando a la sierra en busca del embalse de Tranco. No hay que hacer caso a los turistas que por este extraño valle se apiñan. Y digo extraño con mucho dolor porque merece mi más hondo respeto por la dignidad que le corresponde y le roban los que no saben amarlo. Muchos de los que por este valle se mueven ni saben de la sierra ni de estas cumbres y menos del latido del corazón de los que por estas cumbres buscan la belleza. A la izquierda la hermosa Sierra de las Villas con sus elevados picos y pronunciados barrancos. Este bellisímo universo sin nos pertenece en toda su amplitud aunque solo sea en la región del espíritu y los sueños. Pero hoy nos pertenece sinceramente porque latimos con su savia y su eternidad. La senda remonta sin prisa pero regalando a cada metro paisajes sobrecogedores hasta que se mete en las rocosas laderas de Pedro Miguel. Lo empieza a bordear por el lado de la derecha y cuando termina de cruzar el hermosísimo paisaje de rocas erosionada desciende en busca del rincón de Pinar Negro.

Pero ya que hemos coronado hasta lo más alto merece la pena subir a la cumbre para alimentar el alma con lo que el mirador de la cumbre regala. Pedro Miguel es la máxima altura en la Sierra de las Villas. Y además, se eleva casi justo en el centro de estas mágicas sierras. Pedro Miguel se sitúa casi en el centro del grandioso Parque Natural. Como atalaya pétrea y con derecho propio. Desde sus cumbres se domina casi todas las tierras de este Parque. Puedo asegurar que esto es así porque conozco bien todas las otras cumbres contenidas en este amplio mundo. Por eso Pedro Miguel merece el cariño y la reverencia de los que lo coronan y lo gozan. Es una oportunidad única en esta ruta y quizá lo más emocionante después de las cascadas de Gil Cobo. En esta cumbre alcanzamos la máxima altura en todo el recorrido que llevamos entre manos. Y sobre esta inmensa molen comprobamos que es justo el corazón del recorrido que realizamos. Columna central y mirador para orientar al corazón y al alma. Quizá un buen rato de silencio para elevar una oración y agradecer es lo mejor y más noble. Quién reza y agradece en medio de estos montes se engrandece porque reconoce y eso es signo de inteligencia. Ni el misterio ni la belleza nos pertenece aunque se nos regale con tanta generosidad. Pero el misterio y la belleza es en tanta cantidad y profundidad que un corazón noble debe agradecer y reconocer. Así es como

se engrandecen las almas y se elevan hasta los confines de los universos más lejanos como signo de seres inteligentes.

Breve descripción de la cumbre

Y mientras los que recorren esta ruta descansan algo sobre las cumbres de este grandioso Pedro Miguel a mí me toca dar un repaso a unas cuantas cosas de por aquí. Solo un párrafo donde recoger someramente algo que encaja bien ahora. Repito que este paraje de las cumbres altas en las Sierras de las Villas es asombroso. Desde siempre me han fascinado estos magníficos parajes. Y creo que es fundamentalmente por dos singularidades. Digo las que son: la sucesión de picos que desde Pedro Miguel hasta El Cubo se originan y la extraña configuración que el terreno toma por aquí. Estas son las dos singularidades que más me fascinan por estas cumbres sin que desprecie otras muchas. Si entrar en muchos detalles voy a comenzar.

Estoy sentado sobre la misma cumbre de este Pedro Miguel. Miro para el lado del collado Perenoso y cayendo por la ladera llego a la curva de nivel de los mil setecientos cuarenta metros. Me paro en este punto y desde ahí, imaginariamente, trazo una línea recta hasta la curva de nivel de los mil seiscientos metros pero en las mimas laderas de los Hermanillos, por donde comienza el arroyo de Aguasblanquillas. Desde donde estoy hasta ese punto en línea recta hay una distancia de ochocientos metros. Y desde ese punto trazo otra línea resta que muere justo en el término de la Sierras de las Villas entre dos picos que tienen 1713 y 1749 metros respectivamente. La distancia de esta línea mide, todo recto y sobre el terreno, exactamente dos kilómetros. Desde ese punto trazo otra línea recta que muere sobre la curva de nivel de los mil trescientos metros pero en el barranco de la cuenca del Aguascebas Grande. Otros ochocientos metros mide esta línea y la que desde ese punto hasta el punto donde estoy situado, el primero desde donde empecé a dibujar lo que pretendo, imagino otra línea recta que mide exactamente igual que desde las laderas de Los Hermanillos va hasta el término de la Sierra de las Villas. Es decir, 2 kilómetros en línea recta. Y al terminar con este dibujo mío me encuentro con un rectángulo perfecto. Un rectángulo que encierra una buena porción de terreno dejando en su centro exactamente los parajes más bellos de estas cumbres. El pórtico que va desde Pedro Miguel y los Hermanillos hasta un poco antes del collado del Pocico.

Pues dentro de este rectángulo quedan los picos de Pedro Miguel, los dos Hermanillos y desde el Hermanillo mayor, cumbre adelante por donde el término, al final, otros dos picos casi exactamente a los dos Hermanillos. A ese rincón precioso y lleno de matices asombrosos se le conoce con el nombre de la Torquilla. Hay algunas simas y un paisaje rocoso muy erosionado que por eso es torca. Cinco picos casi todos con la misma altura excepto Pedro Miguel que es el mayor de ellos. Y como sosteniendo a estos bellos picos las tierras llanas que se extienden por el centro. No hay otro paisaje igual en todas las sierras de este Parque Natural semejante al que se

encierran dentro de este rectángulo mío. Justo donde termina ese primer rectángulo me pongo y dibujo otro casi semejante. Los lados pequeños miden doscientos metros más, es decir, mil metros y los lados grandes miden quinientos metros más, es decir dos kilómetros y medio. Lo hago así porque justo donde termina el primer rectángulo la cumbre gira un poco para el norte. La línea mayor de este segundo rectángulo, la que va casi por donde los términos de los pueblos, arranca justo el en pico que mide 1749 metros, roza, dejando dentro, al collado del Pocico y por el lado sur toca el segundo pico entre el collado del Pocico y el primero pico. Este segundo mide 1795 metros. Es decir, dos cumbres casi gemelas que generan un collado en el centro y entre las dos. También podrían ser estos los Hermanillos y también los dos que continúan que ya suben un poco más. Esta porción de tierra recogida dentro del segundo triángulo ya no es llana o algo hundida como sí en el primer rectángulo. El terreno en este segundo dibujo más bien se leva cada vez más hasta morir por donde el tranco de la Cruz de los Soldados.

Todo este segundo paisaje es impresionante de bello. Cañada Somera queda a la derecha y la Majá de la Perra ya casi al final. Y con esta Cañada Somera es donde la cumbre empieza a perder anchura y se divide para venirse hacia el Hoyacillo y el caballo del Torraso. La otra porción de cumbre sigue para el almagreros y las Lagunillas del Almagreros perdiendo ya cada vez más llanuras sobre las cumbres al tiempo que se deshace por Cañada Somera. Cuando Cañada Somera se hunde definitivamente para Prao Chortales y el arroyo de María, la cumbre que empezó por donde Pedro Miguel y los Hermanillos se va estilizando cada vez más. Ya no ofrece las preciosas llanuras que sí por Pinar Negro, todo el primer rectángulo y parte del segundo. Así que lo que pretendía decir es que este trozo de cordillera, frontera entre las Sierras de las Villas y Santiago Pontones, es mágica. Única en todo el Parque Natural y desde luego con características y bellezas suficientes como para ser el corazón del “Edén”. Entre las mil cosas pendientes que de este parque tengo, se encuentra la de meterme por aquí en algún momento para desentrañar todo lo que intuyo y ahora no puedo transmitir.

Pedro Miguel, Pinar Negro, Los Hermanillos

Esta es la segunda parte del tercer tramo en el segundo día de esta ruta. Aunque el descanso para la comida al medio día sea en los tornajos de Pinar Negro. Desde las cumbres de Pedro Miguel recorremos el paisaje, campos a través porque la senda va por el lado de abajo, y buscamos la hondonada por donde los tornajos de Pinar Negro. Casi nunca las sendas van por donde las necesitamos, es lo que a menudo nos decimos los que recorremos las montañas cuando lo hacemos desde otro mundo ajeno a las montañas. Y sin embargo las sendas van por el sitio que les corresponden y por eso saben a dónde van. A nosotros nos corresponde buscarlas o recorrer las montañas sin necesidad de ellas porque nuestro objetivo no las necesita. Y en esta ruta, ya desde el comienzo, arranca, va y sigue buscando la belleza

que está oculta a muchos aunque las sendas no vayan a esa belleza concreta. El paisaje que cae desde las cumbres de Pedro Miguel para el rincón de Pinar Negro está preñado de belleza. La mejor de todas las bellezas porque es única. Mientras recorremos el terreno sorteando rocas por aquí y por allá, descubriendo algún majuelo añoso, roble encallecido o pino encorvado, nos hacemos dueños de la ladera y de la senda que lleva a la fuente de las aguas claras.

La senda llega a los tornajos de Pinar Negro. El agua brota en su juego limpia y fresca. El rincón se mantiene en su misterio y dignidad. Es un lugar de ensueño y sobre la más hermosa de todas las cumbres de la tierra. Nos recibe con el cariño del que desde la eternidad espera y por eso es el momento oportuno para descansar y reponer energía. Aun queda un buen trecho para el resto del día que aun nos queda. El agua fresca, el aire puro, la soledad sonora y el gorgojeo de algún pajarillo nos invitan generosamente. Un bocado para el cuerpo y el descanso necesario.

Y mientras tanto, aclaro que las bonitas cumbres que nos coronan desde los tornajos de Pinar Negro, tienen su nombre serrano y digno. Son los Hermanillos. Con este bonito topónimo se conocen a los dos picos un poco al sur de la cumbre de Pedro Miguel. Las aguas de los tornajos de Pinar Negro brotan de las entrañas de estos picos. Son dos y casi iguales en lo más alto de la cordillera que vertebra a la fabulosa Sierra de las Villas. 1706 metros mide el que está más cerca de Pedro Miguel y 1787 metros mide el segundo de los Hermanillos, algo más retirado. Entre la cumbre de uno y otro, en línea recta, no habrá más de cuatrocientos metros. Andando por el terreno la distancia es mucha más porque hay que adaptarse a las ondulaciones de laderas y barrancos. ¿Qué cuántas son las personas que conocen las grandiosas siluetas de los Hermanillos?

Digo lo siguiente para clarificar un poco: Desde la misma Torre del Vinagre, el centro que recibe a los turistas que luego llenan el valle y otros rincones, se ven con toda su grandiosidad estos elegantes Hermanillos. Desde la misma Torre del Vinagre y por toda esa zona del valle. Los picos que coronan sobre las cumbres hacia el norte y tienen forma de pirámides son los dos Hermanillos que ahora nos tienden su regazo y nos ofrecen la fresca agua de sus entrañas. En la ladera sur de estos picos y parte de la ladera sur de Pedro Miguel es donde nace el bonito arroyo de Aguasblanquillas. Este cauce vierte sus aguas al Guadalquivir justo por el poblado de Coto Ríos. Y este arroyo en su parte alta tiene dos buenos ramales. Uno se origina en las laderas sur de Pedro Miguel y el otro ramal en las laderas de los Hermanillos. Y es comprensible que de estas cumbres broten arroyos y fuentes. En invierno las cumbres de Pedro Miguel y de los Hermanillos son cubiertas por las nieves y cuando no hay nieve las lluvias toman su relevo. Los Hermanillos y Pedro Miguel son grandes depósitos de agua que corren no solo para el valle del Guadalquivir sino también para el

arroyo de Gil Cobo y el río Aguascebas Grande.

Los Hermanillos, Piedras Morenas, Cañá Somera, el Hoyacillo

Tengo que aclarar bastantes cosas: El tramo a recorrer, en esta segunda etapa de la jornada del día segundo, es el más largo de todos los que componen la rutan en general. El más largo, el más bello, el que discurre por la mayor altura, el de mayores soledades, el más inescrutado en la Sierra de las Villas, el más desconocido, el más llano, el de paisajes más asombrosos y el que más se parece a un sueño. De lo declarado comento algo más. La distancia a recorrer desde los tornajos de Pinar Negro hasta el collado de los Hermanillos, por el Hoyacillo, va entre los seis o siete kilómetros. No mucho para caminantes curtidos pero es un buen paseo para solo unas horas en la tarde. Por eso no hay que descuidarse. Y cuando decía que es el más bello era consciente de lo que decía. Los paisajes de altas montañas por donde discurre este tramo son únicos en todo el Parque Natural. Verdaderamente son paisajes de alta montaña con ejemplares de pinos laricios muy bellos, una vegetación muy especial, espectáculos de rocas calizas casi únicas por la erosión en estas soledades, hondonadas y llanuras, navas o dolinas, sin comparación en ninguna otra parte de la sierra en general.

El que discurra por todo lo alto de la cordillera que conforma la Sierra de las Villas tan poco es poca cosa. A este rincón casi nunca viene nadie. Los pastores sí, en contadas ocasiones, pero los turistas ni saben que existe. Es un punto bastante complicado de llegar por las distancias tanto desde el Valle del Guadalquivir como desde la carretera que atraviesa las Sierras de las Villas. Desde este lado no lo es tanto pero como las cumbres de Pinar Negro y Cañá Somera quedan fuera de toda información turística no la conoce casi nadie. Ojalá esto sea para siempre. Ojalá a nadie nunca se le ocurra realizar proyectos turísticos por esta zona. Y menos proyectos que sean rentables monetariamente. Ya hay bastante con lo que hay. Ya lo he dicho. Y sin embargo una vez en esta cumbre es muy fácil recorrerla. Desde Pinar Negro hasta Cañá Somera y el tranco que da paso para el Hoyacillo, todo queda casi en la misma curva de nivel. La curva de nivel que va entre los 1700 metros, un poco más para arriba y un poco menos para abajo. Pero además la hermosa cordillera por esta zona no forma raspa como suele ser en casi la mayoría de las cuerdas. Se configura casi llana, como en un surco alargado por el centro y con los bordes a un lado y otro bastante al mismo nivel que la parte central. Por esta peculiaridad esta cuerda es tan buen depósito para retener las aguas de las nieves y de las lluvias.

Y un par de detalles más quiero indicar y ya nos ponemos en marcha. Por la cumbre, desde Pinar Negro hasta el collado de los Hermanillos, hacemos un largo recorrido desde la cuenca del Arroyo Gil Cobo hasta la cuenca del río Aguascebas Grande. Necesario para lo que se pretende en esta ruta. Y la cuenca del río Aguascebas Grande la recorremos

en toda su totalidad. Como orlándola por las partes más altas para entrarle por el lado que nos conviene. Así que por esta cumbre es como si tendiéramos un puente de una cuenca a otra por el rincón más oculto y misterioso de los dos bellos cauces. Como si penetráramos en lo más secreto y alejado de estos ríos para dominarlos y hacerlos amigos de nuestros espíritus. Por lo alto de esta cumbre van los términos de Santiago de la Espada y los de los pueblos a los cueles pertenecen en realidad la Sierra de las Villas. A nuestra derecha quedan también los límites del Coto Nacional y a nuestra izquierda solo grandiosos voladeros que se asoman al barranco o amplísimo recodo por donde se va configurando la cuenca alta del río Aguascebas Grande. Cañá Somera empieza a tomar forma en el último tramo de la ruta que recorremos por la cumbre. Porque Cañá Somera es en realidad los primeros metros por donde se va fraguando el precioso arroyo de María. El que desemboca en el Guadalquivir por donde el Puente de los Agustines, por debajo del Charco del Aceite. Por el collado del Pocico, el de la cumbre de Pinar Negro y que nos quedará por la izquierda, pasa una senda que da paso de la vertiente del río Aguascebas Grande al Valle del Guadalquivir. Baja esta senda hasta las ruinas de la aldea del Aguadero y luego se hunde en el valle del Guadalquivir por encima de Apartamentos el Hoyazo. En este mismo collado del Pocico nace, para el valle del Guadalquivir, el arroyo del Aguadero que es el que desemboca en el embalse del Tranco por el Parque cinegético. Así que nos hemos encajado casi en el mismo corazón de una enorme porción de sierra. Corazón, pulmón, tronco y macizo de toda la grandiosa Sierra de las Villas.

Arranca la senda de los mismos tornajos de Pinar Negro. Digo arranca porque eso es lo que hacen los que en esta fuente han hecho un alto en el camino. La senda no arranca de aquí sino que pasa por este punto y sigue hacia los rincones que debe recorrer. Pero arranca y en los primeros metros cómodamente se adapta al terreno bajando un poco para buscar por donde mejor puede ir. Ya he dejado dicho que el mejor tramo se alarga por el centro de la cumbre. Por este centro va la senda apenas distinguible porque se ha borrado mucho. Como es un buen terreno lo toman mucho los animales, las ovejas de mi amigo el pastor, las cabras monteses, los ciervos y los jabalíes. Estos animales tienen muy trillado todo el terreno y la senda también. Al moverse de acá para allá don forma ellos a sus veredas propias y al mismo tiempo estropean las que fueron trazadas por los serranos de otros tiempos. Pues siguiendo las mejores de estas sendas y siempre en la dirección Pinar Negro, Almagreros, tenemos que avanzar. En un primer momento es una nava la que nos recibe. La recorremos y al poco aparece al frente y en el mismo centro de la nava un pequeño pico rocoso. Su altura es de 1745 metros. Casi la altura de los Hermanillos ya por detrás de nosotros.

Rodeamos este montículo, tanto da por el lado derecho como por el izquierdo, y siguiendo por el mejor terreno avanzamos, ahora un poco para el lado del valle del Guadalquivir. A unos trescientos metros más adelante nos

vuelve a salir al frente otro picacho algo más alargado y con 1731 metro de alto. Justo en esta cumbre se encuentra el Mojón de los Tres Términos. Así es como se le conoce a este punto. Y por este punto se abren algunas simas en los paisajes rocosos. El terreno es propicio para ello por las navas y dolinas que en estas cumbres se han formado. Explorar estas simas y paisajes, al menos para conocerlos, puede resultar muy emocionante. Depende del tiempo y de lo que nos vaya apeteciendo. Siempre pensé que un buen amante de la naturaleza no debe tener prisa cuando la recorre pero a veces las circunstancias mandan. Desde este punto, el buen terreno por donde debemos avanzar, sigue viniéndose un poco para la derecha pero siempre dirección al Almagreros. Y por cierto, podría aclarar lo que es Almagreros aunque supongo que muchos deben saberlo perfectamente. De todos modos digo que con este nombre me refiero al pico más alto en esta cordillera pero por donde la Sierra de las Lagunillas. En la misma dirección que llevamos, en todo lo alto de esta cuerda y a unos seis kilómetros del punto donde nos movemos.

Hay que tener en cuenta que este punto, donde nos encontramos, entre el collado del Pocico y la Torquilla, se sitúa a la altura del cerro del Almendral por el valle del Guadalquivir. A esta altura más o menos estamos pero sobre la cumbre y el precioso Almagreros queda casi al final del embalse del Tranco pero también sobre la cumbre. Aclarada tal realidad digo que desde este paisaje de la Toquilla nuestra ruta sigue avanzando por el terreno llano de la cañada que es nava. Las aguas o nieves que dejan las nubes sobre este paisaje no corren para ninguna dirección porque el terreno no se lo permite. Tienen que acumularse en las navas, dolinas y torquillas y filtrarse hacia las entrañas de la montaña. No se forma por aquí ningún arroyo y por eso no hay cañadas. A unos quinientos metros, por la derecha, el terreno nos presenta un bonito collado. Se le conoce con el nombre de collado del Pocico. Otro collado del Pocico distinto al de la Nava del Rico y al de Cuevabuena. Por este collado debe meterse una senda que baja o sube a las casas del Aguadero o al revés. Las aguas que por este punto se filtran para las entrañas de la montañas, algunas fluyen luego por el arroyo de Aguadero y otras por la umbría de la grandiosa cuenca del río Aguascebas Grande.

Solo unos metros más adelante del collado, por la derecha aparece otro pico. En realidad el collado queda encajado entre dos buenos picos, el primero con 1759 metros y el segundo con 1795 metros. Rozando este segundo monte y por la izquierda de sus laderas se abre un collado a una altura de 1731 metro. Por este collado debemos colar nosotros, dejando a la derecha el pico ya mencionado y la izquierda las cumbres de otro pico que se le conoce con el nombre de Piedras Morenas y mide 1763 metros. En todo lo alto de este monte existe un punto geodésico. Nos queda por la izquierda y siguiendo la línea de Piedras Morenas, algo más adelante se levanta otro pico con mayor altura aun. Se le conoce con el nombre de El Cubo y llega a

los 1801 metros. Al caer de esta cumbre y en sus laderas norte se encuentra el bonito Poyo del Zorro. Un poco más adelante encontramos el paso cortando el filo de las rocas que va formando la grandiosa cumbre. El borde formado por muy buenas paredes verticales. La vieja senda subía o bajaba de esta cumbre y tenía que hacerlo por un paso. El agreste paisaje rocoso es muy complicado de andar cuando no casi imposible porque se pronuncia en fuertes paredes y por eso la senda tenía que meterse por el sitio más apropiado. El único por donde podía entrar. Por esta cumbre tuvo que buscar, los serranos que la trazaron tuvieron que buscar una "Pasá" para superar el tranco rocoso. Una pasá como la Pasá del Maguillo o de la Soga en la cuerda de las Banderillas. Aunque en este caso el lugar no lleva nombre de "Pasá" sino de tranco como debe ser. Un tranco serrano en estas montañas es un gran escalón rocoso formado por paredes verticales. A este tranco de aquí se le conoce con el bonito nombre de Tranco de la Cruz de los Soldaos.

Pero vuelvo al punto por donde veníamos cuando pasábamos el collado entre el Pocico y Piedras Morenas. La vereda se mete por este collado y al volcar ya son tierras de Cañá Somera. Y esta sí es una cañada de verdad. Las aguas que por aquí se acumulan corren por un arroyo y son los primeros metros del precioso arroyo de María. Por la derecha de este collado y volcando un poco para el lado del embalse del Tranco se abre un terreno muy original. Amplias y hermosas tierra casi llanas por donde las navas y las dolinas siguen teniendo su protagonismo. Por eso a este lugar se le conoce con el nombre de Las Lagunillas. Que no son las mismas lagunillas que hay por el lado del Almagreros. Estas son otras lagunillas y su nombre les pertenece de verdad. En este terreno se acumulan las aguas y se forman charcos, lagunillas, hasta que luego se filtran por entre las grietas de las rocas. Las simas que ha he dicho antes. Hay por aquí una simas que también están bautizadas con el nombre de Sima de las Lagunillas. Un poco más adelante, esta narración, tengo que aclarar algunas cosas que me he dejado atrás pretendiéndolo. Que no se me pase.

Pero ahora seguimos con la senda que recorremos por esta grandiosa cumbre, cabecera del río Aguascebas Grande. Una vez que esta senda, por aquí ya menos rota por los animales porque es otro terreno, supera el collado hacia Cañá Somera, se aparta un poco para el lado de la izquierda. Algo pegada a las laderas de Piedras Morenas y El Cubo y algo pegada a las tierras todavía llanas de la incipiente Cañá Somera avanza apartándose cada vez más del surco del arroyo. Le interesa venirse para este lado de la izquierda porque tiene que buscar el paso por donde el Tranco de la Cruz de los Soldados para desgajarse de la cumbre y por fin venirse a las tierras que debe. Así que superamos las cumbres de Piedras Morenas y las de El Cubo y por entre bonitas praderas, pinos laricios y paisajes rocosos nos vamos viniendo para el filo del tranco. Ya por el Poyo del Zorro la senda se ha retirado mucho del arroyo de Cañá Somera. Poco a poco este arroyo empieza a hundirse y aunque no deja de ofrecer tierras llanas a un lado y otro

mientras desciende las laderas son cada vez más pronunciadas. Antes de meterse definitivamente en el agreste barranco de Prao Chortales se estira casi tres kilómetros siempre paralelo a la raspa de la cumbre. Nuestra senda corta laderas mientras va perdiendo altura y en cuanto acordamos ya estamos en el mismo Tranco. Se ha roto mucho la senda por aquí pero como en estos trancos serranos siempre construyeron buenas paratas y sujetaron bien a las veredas todavía puede que durante mucho tiempo la senda permanezca más o menos buena. En cuanto cruzamos el tranco de la Cruz de los Soldados descubrimos que ya le estamos entrando a la cuenca del río Aguascebas Grande, nuestro próximo objetivo.

Y la cuenca de este río por aquí se abre grandiosa ofreciendo, además de preciosas vistas, laderas muy pronunciadas repletas de pinares y surcadas por infinitos arroyuelos. No podría ser menos aunque este punto es solo un pequeño botón de la amplísima cuenca. La senda desciende trazando curvas para ir perdiendo altura y poco a poco se va viniendo para la derecha porque tiene que ceñirse a la ladera. No le interesa meterse en el hondo barranco sino que busca el collado del centro. El conocido también collado de los Hermanillos y que divide a las vertientes del arroyo María con el Aguascebas Grande. Las laderas que tiene que recorrer la senda mientras se va viniendo para este collado son muy pronunciadas y por eso en muchos tramos las lluvias han arrastrado tierra y rocas. La senda se ha roto en todas las formas que se puede romper una vieja senda de alta montaña. Surcos de arroyos que se la han llevado por delante, trozos de rocas que han rodado desde lo más alto y la cortan por aquí y por allá, avalanchas de tierra y piedras que la cubren y así sin parar un trozo detrás de otro. En algunos momentos hasta se pierde porque la torrentera es tan pronunciada y tan pura roca que no ha podido resistir tantos empujes de la naturaleza. Pero aun así la senda cruza arroyos y roza paredes rocosas hasta que logra encajarse en el collado de los Hermanillos.

Por este rincón de la sierra la noche se nos echa encima. Tal tarde para tal recorrido y al final del recorrido también se termina la tarde. Como a medida y ya sobre el paraíso. Y en el paraíso que nos recibe es donde debemos parar y buscar un lugar para plantar las tiendas. La segunda noche en esta gran ruta tan singular. Hay por aquí buenos pinos de la especie laricios, buenas praderas con tierras fértiles, buenos rincones con rocas pobladas de pequeñas covachas y buenas vistas hacia toda la cuenca de cabecera del Aguascebas Grande. Nuestro próximo objetivo en el tercer día de ruta. ¿Que en qué sitio exacto montar las tiendas para pasar la noche, si es que hay que montar tiendas? En cualquier lugar por este extenso valle que cae desde el collado para la cuenca del río. Por la zona no hay veneros fuera de los meses de invierno y al principio de la primavera. No los hay pero sí.

En este collado nacen varios arroyos cosa que ya he dejado dicho atrás. Nos interesan los que se vienen para el lado de la izquierda, barranco

del Aguascebas. En los meses de invierno y cuando la primavera todavía no está muy avanzada a estos arroyuelos yo los he visto muchas veces repletos de aguas cristalinas. Pero como son arroyos cortos que nacen casi por aquí mismo en cuanto se retiran las lluvias se agotan y se quedan sin agua. Pero pienso en el bonito arroyuelo que baja del collado del Torraso. Este collado se encuentra al frente de la dirección que hemos traído, porque este monte alargado y alto es el Torraso. Pues en su collado, ladera abajo cae el surco de un arroyuelo. Es uno de los cientos de arroyuelos que caen por las laderas de esta cuenca para ir dando cuerpo al río. Así que ya algo abajo en esta ladera y arroyo que digo, pero todavía antes del salto en el primer tramo del río, no es mal sitio para establecer el campamento para la noche concreta. Es un terreno muy bello, está algo hundido en el barranco y casi en las puertas de la ruta que con el nuevo día habremos de seguir. Seguro que brota algún venero por el rincón y eso nos aliviará la corta estancia en plena naturaleza. Por aquí el paisaje es todo casi pura roca calizas y por eso tiene muchas covachas, no muy grandes, pero sí lo suficiente para refugiarnos en caso de alguna necesidad.

Por este rincón del arroyuelo del Torraso es por donde tendremos que continuar la ruta para entrarle al río por el sitio más apropiado. No por aquí exactamente pero sí por este lado. Así que a la aventura de Dios y a buscar un lugar para dormir. Que la naturaleza regala, tanto aquí como sobre la cumbre que ya es recuerdo para siempre, el valles y los ríos, más de lo que necesitamos y somos capaces de digerir. Digo esto porque me gustaría, en estos momentos, poder estar entre los que por aquí van a dormir. ¡Cuánto no daría yo por dormir en una noche de primavera o de otoño en este tan privilegiado rincón de la sierra! Digo que es un privilegio porque en realidad así lo siento y así lo valoro. Ningún hotel del mundo, ni ninguna casa rural, por más que sea hermosa y esté dotada con todas las comodidades, se puede comparar con este recogido rincón. Es así y por eso repito que me muero de envidia.

La fragancia eterna

Por algún lugar de estas sierras, quizá no lejos de este rincón, ocurrió y fue así. La niña subía desde la fuente clara siguiendo la senda. El hermano bajaba por la senda hacia la fuente clara. Por las tierras de la cañada pastaban las ovejas y en la casa la madre, como la reina más reina de todas las reinas del mundo. Y la niña mientras subía por la senda venía cantando la siguiente canción:

El almez que conozco
ya tiene sus hojas
teñidas de oro,
por el suelo ruedan
llenas de otoño
y con el rocío de la noche
sobre sus hombros.

La tormenta llegó desde el lado del sol de la mañana. Sobre las altas cumbres el cielo se oscureció. Las nubes densas cubrieron las crestas y el barranco por donde el cortijo se llenó de penumbra. La niña subía desde la fuente clara y al encontrarse con el

hermano se paró y le dijo:
- Me da miedo esa nube tan negra que por las cumbres se acerca.
Le contestó el hermano:
- Las tormentas son hermanas de estas sierras. Es bueno que derramen sus aguas aunque den tanto miedo que asusten a una niña como tú. Pero las tormentas son como el palpitar de las montañas.
Y no había terminado de pronunciar estas palabras cuando sobre la cumbre de la derecha se vio caer un río de fuego. Como una lengua fina y alargada que se clavó en la misma cresta de la cumbre. Enseguida estalló el trueno y la niña se refugió entre los brazos del hermano. Otra lengua de fuego se desgajó por el lado del sol de la tarde y el trueno se mezcló con el primero. La niña se apretó más contra el hermano y asustada dijo:
- Ya te he dicho que me da miedo esta nube tan negra.
Las ovejas seguían pastando por la cañada y la fuente manando su agua cerca de donde el almez con las hojas teñidas de oro.

Mientras llega el sueño
en la noche sosegada

Aprovecho el momento para comentar un par de cosas que dejé apuntadas atrás. Cuando veníamos por la Torquilla. Sobre la cumbre que hemos recorrido durante el día se nos ha quedado un trozo de tierra que se nombra torquilla. ¿Qué es una torquilla? En algún lugar de mis escritos sobre estas sierras lo tengo dicho. Pero creo que no está demás aprovechar este momento. La palabra “torquilla” es diminutivo de torca y es un nombre usado en geología. Torca o torcal se le aplica a un terreno de rocas calizas especialmente erosionadas y por eso forman figuras muy originales y caprichosas. En estas sierras hay varios torcales bien conocidos y otros no tanto. Torcal Llano por el Cabañas y Torcal de Linares también por el Cabañas. Otros muy bellos y menos conocidos es el torcal por la cerrada de Utrero, por el Lanchón, encima de la Cerrada de Utrero y sobre todo por el Cerro de Navahondona, cerca de donde nace el Guadalquivir. Torquilla parece que es algo menos que torca pero ya decía que no. Conozco muchos rincones con torquillas en este Parque Natural. Y una de las que más me gustó cuando la pisé por primera vez es la que se desparramada por donde el cortijo del Zarzalar, de la Golondrina y es un sitio que le dicen la Asperilla, por donde el arroyo taja a las rocas.

También por las cumbres que hemos recorrido se han quedado un par de rincones con el nombre de “Poyo”. El poyo del Zorro y el poyo de los Robles. Este nombre se le aplica a un trozo de terreno más o menos llano y con tierra buena siempre por encima de un tranco o voladero. Un escalón rocoso en las laderas de las montañas y en la parte de arriba se da el poyo. Son muchos los poyos en este parque, tanto en estas sierras de las Villas como en las de Segura y Cazorla. Los dos que digo son realmente bellos. Se configuran como perfectos balcones frente a la gran cuenca del Aguascebas

Grande.

La nava es un trozo de terreno más o menos llano con buena tierra que siempre se encuentra sobre las montañas. Generalmente rodeada de montañas y por eso se encharca en las épocas de lluvias y nieves. Las navas son muy abundes en este parque. La dolina es casi una nava pero que en su centro se ha formado un hoyo o agujero. Sorbiores lo llaman algunos serranos. Por las cumbres que hemos recorrido existen algunas dolinas aunque no del todo configuradas. Donde más hay es por los Campos de Hernán Pelea. Y en cuanto a la palabra "tranco", está muy próxima a poyo. El tranco es el escalón que forman las rocas en una ladera al coronar la cumbre y el poyo es el terreno por la parte de arriba del tranco. Un escalón cuya cara frontal es el voladero, el desnivel a superar es el tranco y el rellano en lo alto es el poyo, que si no es de buena tierra puede resultar una torquilla, un rastillo, un lancha, una torca o una nava, en algunas ocasiones.

La bonita y curiosa cuenca alta del río Aguascebas Grande

"La del río Aguascebas Grande, es de las cuencas más bonitas que Dios se entretuvo modelar por estas montañas. Chiquita ella, recogida en un puño, honda y a la vez llana y con forma de riñón. Tiene este riñón su enganche con el resto del cuerpo justo por la bonita cerrada de la huelga del Peinero. Por donde ya se le juntan todos los arroyuelos de las partes altas, la cuenca aquí tratada y el río se hace grande atravesando las llanuras de la cueva del Peinero. A esta cuenca le tracé una línea a todo su alrededor para enmarcar su perímetro y una recta por su centro desde las dos distancias más largas. Y esta recta es toda una delicia. Va justo desde el pico llamado el Hoyacillo hasta el collado del Perenoso, pasando por el centro de la cerrada de la llanura de la cueva del Peinero. Tiene, esta línea recta, una distancia de 5,200 metros. Su perímetro mide aproximadamente 12 kilómetros y la extensión que ocupa la tan bonita cuenca es de 15 kilómetros cuadrados".

Algunos de los datos curiosos que sobre esta cuenca tengo son lo siguientes: desde el collado del Perenoso al collado del los Hermanillos, por donde el Hoyacillo, en línea recta hay 5,2 K. Desde la cerrada en la huelga de la Cueva del Peinero al collado del Perenoso hay 2 K. Desde las cumbres de Pedro Miguel a la huelga de la Cueva del Peinero hay 2 K. en línea recta. Desde el tranco de la Cruz de los Soldados a la cerrada de la Cueva del Peinero hay 2,8 K. Desde el collado del Perenoso al pico de Piedras Morenas la distancia en línea recta es de 3,2 K. Desde Piedras Morenas al collado de los Hermanillos por donde el Hoyacillo la distancia es 2,4 K. La gran umbría de esta cuenca alta desde el collado del Perenoso hasta el tranco de la Cruz de los Soldados tiene una longitud de 5,6 K. Y la preciosas y curiosa cuenca de este río Aguascebas Grande ocupa una extensión de aproximadamente 15 kilómetros cuadrados. Delimitando esta recogida cuenca siguiendo las

partes más altas sale una figura casi parecida a la de un riñón algo alargado. La cerrada por la huelga de la Cueva del Peinero es la parte central y a la derecha para el collado del Perenoso, sería uno de los lados del riñón. El más pequeño. El lado de la izquierda sería el más grande.

Esta recogida cuenca es surcada por multitud de pequeños arroyuelos que van cayendo desde las cumbres de la gran cordillera y desde los dos lados del riñón. Casi cinco arroyos por el lado de la derecha y otros tantos por el lado de la izquierda. Por la cerrada de la huelga del Peinero es por donde se juntan los dos bloques de sierras que conforman la Lancha de la Cigarra, a la derecha y el Caballo del Torraso, a la izquierda. Precisamente estas dos cuerdas menores, en relación con la cuerda de cabecera, son las que delimitan y dan forma a tan curiosa cuenca en el río Aguascebas Grande. El Caballo del Torraso y la Lancha de la Cigarra son casi gemelos en cuanto a su forma y por donde se unían entre sí es por donde el río los ha tajado formando la preciosa cerrada de la huelga de la Cueva del Peinero. Y digo, sin temor a equivocarme, que en todas las sierras de este gran Parque Natural se da un capricho geológico tan original y bello. La vegetación que en esta cuenca se ha desarrollado es densa y muy curiosa y también la flora y las formaciones rocosas. Y los serranos que en otros tiempos poblaban estas sierras, por este rincón tan escarpado y de alguna manera escondido, trazaron las sendas suficientes como para dominarlo y moverse de un lado a otro según ellos necesitaban. Cultivaron algunos de los trozos de buena tierra que por este espacio existe y hasta levantaron alguna construcción para sus necesidades.

Collado de los Hermanillos, huelga de la Cueva del Peinero
Despertar otra vez en el centro del paraíso. Es el tercer día por la mañana y quinta etapa de las seis, dos para cada día, en esta singular ruta. Un saludo a los bellos paisajes con que la naturaleza nos regala, una sencilla y limpia oración para tonificar el espíritu y a entrar en calor para culminar la aventura. Tengo que decir que desde el collado de los Hermanillos para la cuenca del Aguascebas Grande, caen dos arroyuelos. Dos del buen puñado que van cayendo por las laderas para reunirse en los barrancos y da forma al majestuoso río. Pero de estos dos arroyuelos, el de repecho al frente según la dirección que hemos traído desde las cumbres, es donde hemos plantado el campamento para pasa la noche. Este arroyuelo, parte de él, es el que baja desde la orquilla del Torraso. La ruta a seguir en esta nueva mañana empieza a descender por el cauce de este arroyo. No es fácil aunque el comienzo tampoco es muy complicado. Pero en cuanto lo descendemos unos metros las dificultades surgen porque no es fácil. Nada más bajar unos metros siguiendo el cauce del arroyo aparecen las primeras caídas. El curso del cauce corta las curvas de nivel por completo de frente y busca lo profundo que es por donde espera descansar. Cuando ya se juntan algunos arroyuelos más aparecen el primer salto con personalidad y carácter. Pero como ahora

es para abajo superarlo es más fácil. Y si es primavera seguro que por aquí la caída nos deleitará con sus buenos chorros de aguas cristalinas.

En cuanto superamos este primer nivel el terreno se torna casi llano. Con remansos muy bellos donde las limpias aguas juegan sus juegos como si quisieran enredarnos en su magia para que le sigamos en su recorrido. Y las seguimos aunque saltando rocas, atravesando bosques de bujes y zarzas y surcando laderas cada vez más pronunciadas y tupidas de vegetación. De vez en cuando nos recrearán las pequeñas pero bellísimas playas de arenas con tonos blancos y rosados y siempre la corriente en su delicado juego. Este tramo del Aguascebas Grande realmente es delicioso. Quizá de los más bellos por su placidez salvaje de verdad en el rincón más escondido de todos. Todo el río es bello en sí, con otra belleza muy diferente a la del Gil Cobo, pero repito que este primer tramo fascina de una forma muy concreta. Al menos esto fue la experiencia que viví aquella limpia mañana de primavera cuando me encontré, como en un sueño, caminando por estos rincones.

El cuerpo y el espíritu va entrando en calor y como a unos dos kilómetros desde el punto donde hemos pasado la noche, se presenta el primer punto cerrado. Es donde va terminando la cumbre del Torraso, por la derecha. El Morrón de la Mala Tierra, entre el arroyo del Raso de la Honguera, la Huelga de la Cueva del Peinero y la cuenca del río que recorremos. Se cierra el surco del río y se complica el paso. Se originan saltos con sus cascadas, sus pozas y sus paredes. Cruzamos la misma curva de nivel que ya cortamos justo por la cerrada del Zarzalar, en el arroyo Gil Cobo. La que va señalando los mil doscientos metros. En aquel arroyo, por esta curva se origina la última y más alta de las cascadas que ya superamos el primer día. Por este cauce del Aguascebas el salto no es tan grandioso pero también tiene su señorío. Tendremos que echar mano a las cuerdas y demás instrumentos para estos casos y en cuanto superemos el desnivel las cosas son distintas. Más fáciles de recorrerlas pero con una belleza sin comparación. De pronto nos hemos encajado casi en lo más hondo del río. Las robustas montañas que recorríamos ayer por la tarde ahora nos miran asombradas por la izquierda y elevadas como en el confín del mundo.

Nos encontramos casi en el mismo centro de la grandiosa cuenca de este río y ya solo a dos pasos de las tierras llanas. Pero mientras recorremos el tramo que nos regala el compañero de montaña, por debajo del primer escalón con entidad, se nos irá quedando el alma en los bellísimos remansos entre pequeñas cascadas encadenadas y los frescos bosques de bujes. Aparecen las tierras llanas y enseguida la carretera asfaltada que cruza la sierra. Por aquí está la preciosa llanura de las Huelgas de la Cueva del Peinero. Es el segundo encuentro con el equipo de avituallamiento porque hasta este punto puede llegar el coche sin problema alguno. Es la hora de la comida al medio día y es el momento de un rato de descanso. En este punto podemos desprendernos del material que hemos necesitado para dormir las

dos noches por las cumbres recorridas. Solo nos queda una etapa, la última de las seis, para concluir la grandiosa ruta. Ya a partir de este punto, todavía un recorrido muy bueno de casi seis kilómetros río abajo, solo vamos a necesitar mucha energía, buen ánimo y resistencia a tope. El río ya no presenta tantas dificultades aunque no hay que traerlas a menos. Seis kilómetros río abajo es algo respetable y para solo la última parte del día. ¿Seremos capaces de superar el reto? Vamos de reto en reto pero es lo que decía al principio: esta es una ruta fantástica. Un reto que nunca nadie ha convertido en realidad. El que logre hacerlo, los que lo logren hacer, sin duda que merecen el calificativo de “Fantásticos”.

El charco con alma

El charco parece un mar entre peñas. Un mar de cielo y espuma con todos los colores del bosque y el juego de todas las tardes de primavera. El charco es como un remanso donde se concentra el viento más puro, el agua más cristalina, la luz más clara y los colores más finos que manan de la primavera.

La corriente llega saltando por el arrugado surco entre las rocas y al descansar en el charco se expande en olas azules. La corriente se hace charco y toma los colores del cielo, azul cuando es azul el cielo, blanco ceniza cuando las nubes tapan al cielo y plata vieja cuando las nieblas suben por los barrancos. Y desde el charco el agua rebosa como en el más delicado de los juegos. El agua se desliza por las rocas que la amuralla en e charco y cae al hondo vacío de la cascada. La ampulosa y larga cascada que refleja cielos teñidos de estrellas y de todas las sombras misteriosas del bosque.

Pero en el charco falta la belleza que lo hacía grandioso y por eso es como un sueño con el dolor de la tristeza aleteando. Ella no está y el charco lo sabe. Sus limpias aguas lo transmiten a los ojos que miran. Parece como si reflejara la belleza de su cara y manos en aquellas mil tardes que en el charco estuvo lavando. Ahora no está y la misma transparencia del charco refleja la tristeza de su ausencia. Misterio es todo y sueño en forma de cielo azul pero su ausencia deja un aleteo de tristeza sobre la limpia belleza del arroyo, el charco y la cascada.

Huelga de la Cueva del Peinero, Molino de la Parra

Siguiendo con la ruta que traemos entre manos caemos en la cuenta que nos encontramos por donde las tierras llanas de la Huelga del Peinero. El río que baja desde las cumbres de donde venimos sigue su curso atravesando la llanura. Por este terreno se hace charcos, se derrama sobre las limpias playas de arena y se esconde por entre las sombras de la vegetación. En el centro de esta llanura y por la derecha, recibe las aguas del bonito arroyo del Raso de la Honguera. Tiene mucho caudal este arroyo porque nace en las laderas norte del Torraso y este monte es un buen depósito de agua. El río agradece lo que el arroyo le entrega y no detiene su

marcha. Al poco cae por la cerrada y cascada de la Cueva del Peinero. No es gran cosa esta cerrada pero sí el preludio de una corriente cada vez más densa en un río lleno de dignidad y nobleza. Siguiéndolo a él nos vamos tras las aguas y nuestro sueño. Este desnivel es la segunda bajada en el Aguascebas Grande. A partir de aquí, como si la serenidad entrara en escena. Las aguas aumentan y mientras caen van de charco en charco formando pequeños saltos que presentan pocas dificultades.

Por la izquierda corona y acompaña la robusta figura del Poyo del Gil Cobo y la de la Bruna. Por esas elevadas paredes caen las aguas en cascadas ampulosas en las épocas de lluvias. El salto de la Bruna es una de las caídas más espectaculares de estas Sierras de las Villas. Pero a no venir de elevadas cumbres o robustos cerros corre solo cuando las lluvias han sido muy abundantes y por corto periodo de tiempo. Se alimenta solo de las aguas que se reúnen por las tierras de la Cañada de la Bruna, lado de abajo del Poyo Gil Cobo. "El Chorreón de la Bruna, la de la Parra, es la cascada más bella de todo el Parque Natural y la más oculta y desconocida. Sale sólo cuando las lluvias son abundantes y cae al Canalón del Chorreón, cerca del Molino de la Parra. Algo más abajo se encuentran las ruinas del segundo molino que hubo en el río Aguascebas Grande, el de Puente Toba y luego ya está Bardazoso. Pero antes, en el limpísimo cauce de este río, se abre el precioso y misterioso Charco Azul que nada tiene que ver con los otros charcos azules que hay en muchos cauces de este Parque Natural. Yo conozco al menos cinco y a muchos kilómetros entre unos y otros".

Así que el recorrido de la Cueva del Peinero para abajo no presenta muchas dificultades. Solo la distancia que sí es considerable, la vegetación al borde del cauce y las rocas que las aguas han ido puliendo. La distancia a recorrer es de unos dos kilómetros y medio y el desnivel a bajar unos sesenta metros. Muy agradable este tramo del río y con gran belleza en todo su recorrido. Una pequeña caída antes de llegar a las tierras por donde el molino de la Parra. Se cierra por aquí el río ofreciendo precisos charcos. De este punto es de donde arranca la acequia que llevaba el agua al molino. Todavía se puede ver pero por completo rota.

Algunos nombres por el lugar

Y del molino de la Parra, ahora digo que sólo una familia vivía en este molino, con sus seis hijos. Dos varones y cuatro hembras. Siguiendo las aguas del río Aguascebas Grande, ya por las tierras de Bardazoso, había otro molino. El Puente Toba, que es como se llama. Era de uno que se llamaba el tío Justo. También se fue y luego se murió. El molino se cayó de viejo y ahí está pudriéndose en la soledad y el abandono. Este hombre sólo tuvo un hijo que se llamaba Hilario.

Cerca del Molino de la Parra también hay sitios con sus bonitos

nombres. Algunos son los siguientes: Las Cuevas del Molino, el Lentiscar, el Ranchal, la cueva del Toro que está un poquillo más arriba, el Covacho de la Boda o de la Novia, el collado de Juan de Dios, el Sotillo, el Morro Mantas. Esto lo que rodea al molino por el lado del collado del Ojuelo. Por el otro lado: el Chorreón de la Bruna, que está enfrentico, la lancha de la Tejea, la Tejea, el poyo de la Arena. Por el Chorreón de la Bruna, cuando llueve mucho, cae una cascada grande. De las más grandes que existen por el lugar. A donde cae este chorreón se llama el Canalón de la Tejea o Canalón de la Parra, según nos encontremos más cerca de un punto o del otro. Por debajo está el Aguascebas. Un poco más abajo, por el río, se encuentra el charco Azul, cerca de las Ramblillas.

El Morro Mantas, nombre único en toda la sierra de este parque natural según yo tengo investigado, es el picacho que se ve desde la carretera, cuando rebasamos el collado de la Parra llevando dirección hacia la cueva del Peinero. Nos queda por la derecha, alzado por a las espaldas de las ruinas del bonito cortijo que también se ve desde la carretera. El arroyuelo que nace en el collado de la Parra y cae jugando con la pista de tierra que lleva al molino de la Parra, lo rodea junto con el otro arroyo mayor que baja desde el collado del Ojuelo. En el mismo centro queda este morro y según cae hacia el río Aguascebas Grande, por el lado que mira a las huelgas de la Parra, se abren las preciosas cuevas. Visto desde las mismas llanuras del molino el morro Mantas es impresionante por su altura y la reciedumbre de su figura.

La anécdota

Quiero poner aquí una curiosa anécdota que también ocurrió por estas sierras. Muy pocas personas de este lugar, los de antes y los de ahora, la conocen porque se dio bastante al margen de ellos pero como fue cierta y refleja a la perfección lo que muchas de las personas venidas de fuera, pensaban y siguen pensando de los serranos que poblaban estas sierras y el resto del gran parque natural, la pongo. Es ilustrativa, al menos para mí, de la represión y desprecio que sufrieron las sencillas personas que habitaban en los cortijos o covachas de estas sierras. No daré ni nombres ni fechas para mantener en el anonimato lo que no interesa y sacar a la luz lo que sí interesa.

Resulta que, cuando ya andaban colonizando estas sierras y por eso, expropiando tierras, derribando cortijos, trazando carreteras, sembrando pinos y cortando maderas, uno de aquellos venido de fuera, pez gordo, como se dice y lo era en verdad hasta en su configuración, iba un día por unos de los viejos caminos. Montaba en su caballo, desde el cual daba las órdenes, reprimía a los que, según él, no tenían cultura y ejercía de dictador sobre cualquier ser humano que se le pusiera delante. Pues se pararon a comer en cierto lugar y estando rodeado de los que le cortejaban y temían, preguntó:

- ¿Qué sabéis de fulano?
El más próximo le dijo:
- Pues que tiene pereza hasta para ir al pueblo y arreglar los papeles.
Y nuestro hombre:
- Tiene una pereza detrás de otra. Mira que yo duermo pero él me gana porque se pasa el día en la cama. Así son todos los serranos que pueblan estos montes y luego se quejan que vengamos por aquí a meternos en sus vidas.
Y el hombre se quedó tan pancho y mandando sobre los demás, desde su caballo, su prepotencia y la cultura que había adquirido en la universidad.

Molino de la Parra, cerrada y Charco Azul, La Herradura

Por donde estuvo el molino que fue conocido con el nombre de La Parra, el terreno es muy bueno. El río pierde su desnivel montañero y se torna sereno. Las aguas descienden como si se recrearan tranquilamente en los paisajes que le rodean y en la vegetación que le presta escolta. Por estas buenas tierras todavía crecen los árboles frutales que sembraron y cultivaron los pobladores del rincón. Membrillos, granados, perales, parras, nogueras y otros. En otoño de por aquí se pueden recoger nueces, membrillos, uvas y granadas. Las he recogido yo muchas veces. Es un paraíso este rincón del molino de la Parra dentro del paraíso grande.

Pero en cuanto el río termina de atravesar las buenas tierras del rincón de la Parra, empieza a perder su bondad serena. Solo unos metros más abajo desde los lados las montañas le presentan cara. Las rocas de las laderas de la Tejea, por la izquierda, y las del Morrón, por la derecha, lo encajan. Las aguas tienen que seguir su curso y para ello han cortado las rocas casi frontalmente. Aquí se origina una muy bonita y buena caída con su correspondiente cascada. El paso es complicado porque el río ya por este punto tiene mucho caudal. Pero en cuanto se supera esta cerrada las aguas vuelven a remansarse. Durante un buen tramo el río discurre muy cerrado entre paredes de rocas pero sereno porque el desnivel es poco.

La segunda cerrada con su cascada natural queda a solo unos cuatrocientos metros río abajo. Pero antes y por la derecha, al cauce le llega un bonito arroyo. El que desciende desde el Tranco del Pelegrín. De este tranco el arroyo ha tomado su nombre pero en realidad parte de este cauce viene de los Morrones de Santa María, el monte que corona. Por la izquierda y un poco antes también se refuerza el río con otro arroyo menor. Su cuenca se origina en las laderas de los Morrones y de la Tejea.
- ¿Y lo de charco Azul?
- Eso está por encima del molino Puente Toba, en el mismo río.
- ¿Es un charco muy grande?
- ¡Joer, grande! Te voy a decir una cosa: tres sogas de doce brazas y atar una piedra en la punta y no llegar al fondo. Eso es un charco de verdad.
- ¿Por dónde se llega?

- Siguiendo todo el Aguascebas arriba. Es que como al charco le cae el agua desde lo alto, pues entonces ha hecho barranco y el charco es grandísimo. Antiguamente allí bañábamos las ovejas. Pero resulta de que a este lao de la derecha hacía remolino y la que se metía en ese remolino se la tragaba. Y luego a lo mejor salía una oveja balando por la punta de abajo del charco pero otras se atrancaban y aquellas sí cascaban para siempre. Por eso a ese charco también se le conoce por el de las Ovejas.

Así que ya por debajo del arroyo del Pelegrín nuestro grandioso Aguascebas nos presenta otra cascada con su cerrada y la caída. Se cierra mucho por aquí el cauce y una vez superado el salto no mejora. Durante un buen trecho discurre encajado entre rocas y sobre todo por la izquierda. Por este sitio es donde el río tiene que venir girando poco a poco hacia la izquierda porque por el lado de la derecha se le presenta el robusto macizo de la Muela. Una gran montaña que no puede superar de ninguna manera. Bajando un buen trecho la corriente se serena algo y vuelve a recibir por la derecha otro buen arroyo. Es el de Bardazoso que nace sobre el collado de la Tobilla y desciende delimitando olivares y pinares. Las aguas del río se llenan de serenidad mientras sigue avanzando por entre rocas, vegetación, remansos y corrientes preciosas. El final de la ruta se adivina. Solo a dos pasos nos espera. La Herradura son tierras llanas por el lado de la izquierda que ya empiezan a ser regadas con el agua del Gil Cobo. Este es el final ya elegido para este trabajo y la ruta que en él he descrito. Final para mi ruta "Fantástica" y aunque ya dije que se puede seguir río abajo hasta poco antes del pueblo de Mogón, yo me quedo aquí. Al menos en mi fantasía he sido capaz de recorrer el terreno. ¿Algún día alguien la hará realidad de verdad?

Y digo ahora que en el fondo poco me importa. Desde la distancia y mentalmente he gozado recorriendo estos paisajes que tanto me gustan y quiero. Sé que no es lo mismo pero hablar de las cosas que uno lleva en el corazón, realiza y deja satisfecho de una forma muy honda y limpia. Si estas cosas pueden servir para algo a otros, tienen su valor. Si no sirven para nada, da igual. También siguen teniendo su valor. Cada ser humano es un mundo y se realiza y eleva con realidades y caminos que a veces resultan sin sentido a otros. Pero ahí está la grandeza y la belleza de los sueños y del alma humana. Desde ahora entrego mi arroyo de Gil Cobo, mis cumbres por Pedro Miguel y Pinar Negro, mi río Aguascebas Grande y todos sus misterios a todas aquellas personas que lo quieran conocer para gozarlo a su manera. La creación se nos ha sido regalada generosamente y ni siquiera el Creador nos ha puesto límites. Lo ha dejado a nuestra libertad y responsabilidad. Y tanto el Creador como la naturaleza en sí quieren que la gocemos para así poder proclamar sus bellezas y misterios. Para que nos enamoremos porque el enamorado siempre respeta, mima y proclama. Quizá lo único que se nos pide es responsabilidad y cariño. Algo que debe salir de nosotros mismos porque así es como nos engrandecemos y llenamos de dignidad. Que las únicas reglas e imposición sean las de nuestro cariño y amor sincero por las

cosas hermosas que la naturaleza nos regala, por la Creación, por el Universo.

LOS ÚLTIMOS DEL EDÉN

- Es que eso que me cuentas parece un sueño.
- Puede parecerlo pero aquello sucedió en estas tierras bellas. Y con la apariencia de un triunfo cuando en realidad fue un rotundo fracaso. El más humillante fracaso que ser humano pueda vivir.
- ¿Y los hechos?

- Los hechos se remontan a los primeros tiempos. Cuando llegó el personaje negro a estas sierras. Pero como son tan densos, me los salto para ir a lo que aquella tarde vimos muchos.
- ¿Y qué visteis aquella tarde?
- Vimos que desde el collado de la senda que remonta a las estrellas, bajaban ellos. En grupo venían derrochando júbilo. Fumando puros caros y repartiendo pasteles de nata a los que, al borde del camino, permanecían humillados desde los primeros días de su mandato. Y los que estaban al borde de los caminos, los íntegros en sus corazones y cuerpos, se comportaban como si tuvieran un poder que les permitiera ver las conciencias de los que bajaban. Y por eso al pasar ellos, los pastores sin tierras pero puros como soles y con la nobleza de lo intachable, les decían: “¡Qué! ¿Venís ya de cosechar los frutos de aquellas prepotencias vuestras contra los humildes de estas tierras?”

Esto les preguntaban y lo que en el fondo querían decirles es que regresaban derrotados. Que estaban manchados, corrompidos, llenos de maldades y por eso ahora fracasados. Pero sabían que ellos entendían. Mas ellos, los que bajaban como si vinieran de un triunfo y traían dentro el más odioso de los fracasos humanos, porque sus acciones habían estado llenas de cinismo y soberbia, seguían avanzando, sin oír y repartiendo pasteles de nata para que los aduladores adularan.

Por donde la hierba verde

- ¿Por qué dices que aquel día fue glorioso?
- Es que cuando salía el sol, aquel día brilló con una luz especial.
- ¿Y por qué fue?
- Nadie lo supo nunca.
- ¿Pero entonces?

- Yo sé que aquel día, el pastor y sus tres hermanos también pastores, se levantaron de la cama. Dormían ellos bajo el roble de la loma. Entre las hojas secas, en verano y al perfume de la hierba verde, en primavera. Pues se levantaron de sus camas de hierba y tierra y después de comerse la torta

de harina amasada en la piedra plana, en las ramas del roble, dejaron colgadas las barjas. Dentro dejaron trozos de tocino, algunos pedazos de la torta de harina de trigo y nueces secas del nogal de la fuente clara. Dejaron allí su hato y sus camas y se fueron tras los rebaños.

Iban ellos por la loma que muere por la cañada cuando, al mirar para atrás, por la vereda que surca la sierra, vieron al hermano pobre que se acercaba. Llegó al roble de las barjas y las camas y se puso a buscar comida.
- Dejémoslo que coja lo que quiera y necesite.
Dijo el pastor a sus hermanos. Y al poco vieron como el hermano pobre seguía por el camino comiendo un trozo de tocino con torta de harina de trigo. Fue aquel un momento esplendoroso que llenó de una luz especial la recién nacida mañana y la honda sierra. Nadie supo nunca explicarlo pero esto sucedió así.

DICCIONARIO DEL HABLA SERRANA

a piso llano	Es una cueva que se entra a piso llano.
apacío	Muy parecido.
arrastre	Cuando llueve con nubes, las aguas arrastran tierra y piedras.
aguascebas	Cauce muy torrencial y corto.
babadilla	En cuanto llovía se formaba la babadilla y ya no se podía andar.
boquera	La boquera del arroyo, donde el arroyo se junta.
bruna	El Chorreón de la Bruna. Por el Aguascebas Grande ¿de Bruno?
caracho	Se refiere a persona basta, “zahurda”, salvaje.
cenajo	Cueva grande con humedad y suelo de tierra.
cerraco	Cerro grande.
chortales	Lugar de charcas poco profundas.
enverdinao	Que está muy verde. Prado muy enverdinao.
escarpe	Dar escarpe, dar información de eso.
esgajá	Que se ha corrido la tierra. Torrentera.
esfarrar	Al pasar por la asperilla, las bestias se esfarraban.
gañafetá	Tarascá. Le pegó así una gañafetá y el pan salió rodando.
garitos	Se bajó por unos garitos. Voladeros rocosos malos de andar.
gipia	Iban ellos con sus mulos a por gipia, orujo, al molino del río.
jarrá	Desgarrada, tajada. Piedra Jarrá.
hatajo	Pues tenía un hatajo de cabras grande.
honguera	Lugar donde se crían los hongos. Raso de la Honguera
hateril	Se refiere al hato que los pastores guardaban en las cuevas.
lancha	Ladera muy rocosa cara al sol de la mañana
lastre	Donde estuvo el cortijo ahora no hay nada más que lastre.
majano	Aquel cortijo ahora ya es un majano. Se derrumba un cortijo y eso ya es un majano. Sólo queda el lastre.
maña	Lo suficiente para coger seis o siete mañas de esparto.
miaja	Miaja de llanete, poca cosa.
miera	Resina sacada de las peanas de los enebros.
orma	Parata de piedra y palos.
pandera	Ladera. Pandera arriba.
patata de tierra	Hongo en forma de pequeña patata. Comestible.
puisallá	Por ahí para allá.
puisabajo	Por ahí para abajo.
ramblillo	Rambla pequeña, trozo de tierra algo llana junto a un arroyo.
	rastillo filo de un voladero, el borde de un corte rocoso.
raspeja	Raspa pequeña, arista o parte más alta de una loma y cuerda.

risca	Los serranos llaman risca a un buen conjunto rocoso.
repretar	Coger el borrego y llevárselo a la casa, juntar las ovejas.
rular	Rodar por la ladera.
sache	Persona antipática, poco agradecida o creída
tarquino	Sitio con mucho légano, cieno.
trevejiles	Donde se juntan tres términos?
tejea	Sitio donde se hacían las tejas.
tierra calma	Tierra llana junto al cauce de un arroyo o río.

CUEVAS INVESTIGADAS EN ESTE TRABAJO

Cueva Buena	Casi en lo alto de la cumbre, encima de Cañailla.
Cueva Camarilla.	Por encima de los poyos de Andaragasca.
Cueva dos Puertas.	Por debajo de la Ermita de la Hoz.
Cueva Oscura.	En la junta del arroyo Martín con arroyo María.
Cueva Rota.	Cerca de la Ermita de la Hoz.
C. de Majal de la Perra.	En las llanuras del Majal de la Perra
Cueva del Caminero.	Entre el charco Aceite y muro del pantano.
Cueva Negra.	Por debajo del pico Guijarrón.
Cueva del Ermitaño.	Por donde caen las cascadas de los Caballeros.
Cueva Fría.	Arroyo María, senda de Cueva Buena.
Cueva de los Hateriles.	Dos cuevas, arroyo Masegosos, Prao Chortales.
Cueva del Peinero.	En el río Aguascebas Grande.
Cueva de las Erotas.	Por debajo de la Ermita de la Hoz.
Covachos del Nene.	Cerca de Cueva de las Erotas.
C. Agua los Perros	Cumbres de la Albarda
C. de Lancha del Pueblo.	Parte media del arroyo Chillar (tiene leyenda)
Cueva del charco Aceite.	Junto al río Guadalquivir.
Cueva del Agua.	En el arroyo de Gil Cobo.
Cueva del Toro.	Por el Molino de la Parra.
Covacho de la Boda.	Junto al Molino de la Parra.
Cuevas de Navazalto.	Más para acá de la Garita, Junto al Mojón.
Cueva del Agua (otra)	Al pasar la pasá del Maguillo, fuente del Tejo.
Cueva Perdía.	En el arroyo de Gil Cobo.
Cueva de la Encantá.	Por los Praos de Coca.
Cueva Lorenzo.	Por Navazalto.
Cueva de Perete.	Por debajo del cortijo de la Traviesa.
Cueva Honda (dos cuevas)	Cuevas en poyo Gil Cobo y collado Majaenrea.
Cenajo de la Blanquilla.	En el cucurucho entre las dos Blanquillas.
Cenajo de la Hiedra.	Por la Herradura, morrones de los Cazadores
Las Cuevas.	Por el Cantarla, vista a Bardazoso.
Cueva poyo del Moro.	Cerca del primer cortijo poyo del Moro.
Cueva del Gato.	Por el Prao de la Canaleja
Cueva del Remendao.	Por encima del cortijo de los Carachos.
Cueva fuente del Tejo.	En la cañá donde nace esta fuente.
Cueva de la Monea.	Por la cumbre de la Muela.
Covacho de la Osa.	Por debajo del Bigarral.
Covacho de los Parrizones.	Por el Bigarral.
Cueva de la Mano.	En la cola del Embalse Aguascebas
Cueva Carambilla.	En la Morra, por donde está la Escalera.
Cueva de la Morra.	En la Morra, solana al tranco del Acebo.
Cueva de los Arredraeros.	Por la Muela, final cañada Campallo.

Cueva de en los Tableros.	Cercan donde nace arroyo raso Honguera.
Cuevas d pasá del Cuco.	Collado del Ojuelo pero junto al arroyo.
Cueva Agua los Perros.	Por debajo del cortijo Aguas los Perros.
Cueva del Tesoro.	Arroyo del Chillar, cortijo Riberas.
Cuevas del Chillar.	Por el Paso del Cuco. Son cuatro.
Cueva fuente del Roble.	Por la Carrasca de la Seña, arroyo de Chincolla.
Cuevas de Chincolla.	Por donde las ruinas del castillo de Chincolla.
Cueva de Chincolluela.	Por el arroyo de Chincolluela.

Nota: en Villacarrillo, unos jóvenes y por el año 1979 formaron un grupo para entre ellos dedicarse a la espeleología. El “G.E.V.” es como se llaman haciendo mención de la actividad que realizan y al pueblo al que pertenecen. Ellos me mostraron algunos de sus descubrimientos y entre los más destacados figura la gran zona de cañá Somera donde dicen tienen descubiertas unas quince cavidades. Destacan la sima de la Fuente y sima de los Tejos, que tiene 33 y 32 metros de cavidad. Por la zona de Pedro Miguel que ellos llaman Blanquillo, han descubierto unas diez cavidades entre las que destacan la sima de la Vela con 51 metro de profundidad. En la Morra tienen otra sima descubierta que mide 50 y la que hay por el barranco Chillar que mide 52 metros. Años después dieron con una bonita cavidad que bautizaron con el nombre de “G.E.V. 2000".

Nombres por la vertiente alta del Embalse de Aguascebas, la Fresnedilla y Jabalcaballo

Los nombres de los sitios y los cortijos de estas sierras son la cultura e historia, no escrita, de las personas que las poblaron. Cada uno encierra un libro entero. Dan referencia de las familias, las luchas que las personas tuvieron y tienen con la tierra y hasta de las batallas que tuvieron que librar con los que de siempre han querido echarlos de estos lugares. Ignorarlos, no respetarlos, tomarlos a la ligera o desplazarlos del sitio en que ellos los pusieron, indica, además de ignorancia e incultura por nuestra parte, poco respeto cuando no desprecio por estas personas y su mundo. Por eso creo que, al pisar los caminos de estos parajes, la primera actitud que en nuestras almas debe imponerse es la de respeto y admiración profunda hacia el mundo por el que vamos a penetrar. El hecho de que sea un mundo desconocido para nosotros no quiere decir que carezca de valor y, por lo tanto, no apreciado según nuestra escala de valores. Esta actitud es un gran error que a quien más desvalúa es a nosotros mismos.

Desde la parte de abajo del arroyo del Torno, ladera sur y cumbre de Navazalto: el poyo Lentiscar, los Collaos de la fuente de la Solana, Puesto del Aguila, la lancha el Royo, la hoya del Rastillo o el Collao de Abajo, el Collao de Arriba, Prao Fresno, fuente de la Solana, la Casilla Cavila, el que vivía en ella se llamaba Andrés Cavila, Hoyos de la Nieve, los Rajones, cueva de Navazalto, cueva Lorenzo, el puntal de la Cueva, Peñón de Navazalto, Covacho de la Erilla, el Morro de los Tres Pinos, la Cruz de Yescas, la majá de la Carrasca, las Centenares, los Pozos de la Arena, las Revueltas de la Cruz de Yescas, Morro de los Toriles, cortijillo de Collao Angosto, cuesta Cornicabral, lancha de las Buitreras, los Llanos de Navazalto, el Mojón, Boca de Collao Angosto, portillo de Collao Angosto, la Cocota, nava del Vilano, tapuela Cabrera, fuente del Vilano, Morro del Collao del Lobo. **Desde las cumbres de Navazalto por las laderas que miran al Aguascebas Grande:** fuente de las Víboras, tapuela de los Almendros, Corral de Abajo, Corral de Coletas, lo de Gachamigas, olivas del Bigarral, puntal del Mojón, huerta del Cura, cueva de las Cabras, La Maleza, el Romeral, los Acebuchares, los Parrizones, Loma de la Huerta, por debajo de las Cuevas de Navazalto, los Picazos, las Canales, Losa Blanca, Hateril de Canastas, fuente de Arriba y fuente de Abajo, cuando iban al pueblo de Mogón, decían: “Vamos a comer a la fuente de Arriba o a la fuente de Abajo”, es el camino de toda la vida, cuesta de Navazalto, Peñón de Navazalto, Cagá de los Buitres, lancha del Gato y la Osera. Al otro lado de la Osera, por donde van los tubos del agua, el Aguardientero, la Erilla del Aguardientero, Cenajo del Aguardientero, peña Rubia, Peñón Negro, el Ranchal y Pino Bueno, de ahí para abajo son **olivas. Cortijos por el arroyo del** torno. Cortijo del tío Adeladio, fuente del tío Adeladio, cortijo de Antonio Geromo, cortijo del tío Pablo, cortijo del tío Silvestre, cortijo del tío Luis el Pajarillo, cortijo de la fuente del Vilano y cortijo de la nava del Vilano. En Navazalto sólo hubo una tapuela donde mataron al abuelo de Silvestre, se le conoce por la Tapuela de

Yescas. **Del arroyo del Torno para la Fresnedilla:** la Hoyeta, el Royete, los Covachos, la majá del Picón, la Horquilla, **Desde la nava del Vilano para el collado del Pocico:** Cueva Honda, es un trozo de terreno que se llama así y también le dicen los Torcos de cueva Honda y las hoyas de cueva Honda, cerca queda Majaenrea, ahí hay dos cuevas muy bonitas, en una de ellas se refugió un "Jipi" que luego murió, fuente de la Puerca, más abajo y por donde pasa la verea que lleva al poyo del Moro, en cuanto se empieza a caer, mana otra fuente que le dicen fuente Escondida o la fuente del Zar, propiamente es el nacimiento del arroyo Cebadillas, lancha de la Zamborra, tapuela de la Zamborra, las Cocotillas, son cerretes o morretes, fuente del Pinato, fuente de las Cuevas, cortijo de Bautista, tiná de Dámaso, está derribada, puerto del Pino, Collao de los Pinos Blancos, el Ponestillo, todo esto está correlativo, la Bandera, cortijo del collado del Lobo, Collao del Lobo, fuente del Gitano, fuente de la Hoyica, que de donde primero cogieron el agua para la casa forestal de la Fresnedilla, El Nacimiento, es el del arroyo de la Fresnedilla, para abajo, el Barranco, La Loma, La cañá, la Fresnedilla, casa Forestal, Escuela y cortijo, siguiendo para el pantano, Roble Chopero, las Huelgecillas de Juan, la Tapuela del pantano que es el cortijo del tío Matías, lancha de los Matías, fuente del Hilo, que es la que han construido junto a la carretera, la de arriba se llama fuente Carmen, todo el conjunto se llama El poyo , Voladero del Majalón o puntal del Majalón, Molino de las Aguascebas, se llamaba el Molino de los Quicos que fue de José Alguacil, cueva del Molino. El antiguo camino subía por la tapuela del tío Matías a un corralillo algo más arriba, Corral de Felipe, al Royete y al arroyo del Torno por el cortijo de los Lucas, fuente del Vilano y nava del Vilano. **Desde el collado del Lobo para fuente del Tejo:** tapuelas del Rejero, la hoya de la Zamarrilla, fuente del Pino, cortijo de la Cachorra, cortijo de Pata Llana, Hoyos de Pata Llana, majá del Carnero, Prao de Coca, el Cortijillo, fuente de la Hoyica, El Majal, los Praos de majaenrea, piedra de la Centella, Morro Juanica, Morro de la Caseta, nava del Rico, Collao del Pocico, las Morrillas, Morrilla Manuel, cortijillo de Lara, raso de la Escalera, Morro del Tocino, la Cruz de Juan Nuñez, cortijillo Pantalones, el Caballo, cortijo del Romeral, el Cementerio: hace cincuenta años hicieron ahí un corralón para construir un cementerio, arroyo de la pasá Maguillo. **Desde el Collao del Pocico vertiente a Gil Cobo:** el Zarzalar, barranco y dos cortijos con muchas huertas, las Buitreras, cueva del Agua, tranco de los Palos, es por donde se bajaba antes para ir hacia Bardazoso desde la lancha de la Benita, Cuevas del Cantalar, El Pinato y la Herradura, es donde se juntan los dos Aguascebas: Gil Cobo y Aguascebas Grande, poyo del Moro, cueva del Almagre, el Cantalar, puerto del Pino, la Cebadilla Baja, la Cebadilla Alta, nava del Vilano, puntal del Hijaero, El Serrano, el Bigarral, peña Angosto, lancha de la Benita, cortijos de la Benita, el puntal del Bautista, la Vacariza, la Vacaricilla, el Poyato Verde , piedra Jarrá, puntal de Lorenzo y la Cebadilla. **Desde las Morrillas:** la Traviesa, el poyo de los Robles, cueva Juliana, la Torca, hoya de la Zamarrilla, morra de los Cerezos, los Espinares, fuente del Tejo, los Juan Praos, Las Perchas, Prao de los Chopos, los Pedazos de Lara que quedan

por debajo del cortijo del raso de la Éscalera, Tapuela de Lara, Tapuela de Vicente, cortijo del Tarquino, Los Chortales, arroyo de la Fresnedilla, Aguascebas de la Fresnedilla, arroyo de barranco Oscuro, arroyo de la fuente del Tejo, Aguascebas de la pasá del Maguillo, arroyo de la morra de poyo Herrero, arroyo de los Avellanos, cañá del Avellano, cañá de arriba y cañá de Abajo, cortijo del Segaor, lo de los Parras, Pardal, el tranco del Acebo, Navazaltillo, Pez del Trigo, el Segaor, barranco del Corzo, el Cañajal, el Hoyo, la hoya del Calvario, Tazaplata, la Cocota, la hoya de la Sima, los Palancares, la majá los Helechos, las Cruces, peña Corva, cueva del Cantero, Morro de los Esesperaos, arroyo de Chorrogil, Aguascebas de Chorrogil, cortijo de Ginés, la casa del Corzo, la casa de los Palancares, cortijo de Régulo. **Por la cumbres desde peña Corva hacia le Blanquilla Baja:** puntal de la nava, Canalón del Pingo, la Rinconá, fuente del Tejo, tiná de Juan de Dios, fuente de los Buitres **De la Morra para abajo:** Poyollano , lancha de Candiles, pasá de la lancha Candiles, cueva Carambilla, cueva del Agua, cortijo de Facundo, Chorrogil, las hoya s del Chorro, el Morro de la Morusa, una tapuelilla. **A este lado de la cola del pantano:** cortijo de Nofre, lancha de los Huertos, la pasá del Maguillo que es todo el paraje, cortijo del tío Consuelo, tiná de Cándido, un llano que hay por ahí se llama el Majalón, el Cocón, la majá la Oveja, el Collao del Toril, por encima la cueva de los Marraneros, cueva de la Encantá, por este lado de los Praos de Coca, cueva de la Mano, una covacha donde unas estalagmitas formaban como una mano pero la rompieron los que venían por aquí. **Por donde se junta el arroyo del Torno con el Aguascebas chico, por debajo del pantano:** Tapuela de María Señor, por ahí mismo están las cerrada s de María Señor, el Aguardientero, lancha de la Maricona, Las Ramblillas, Pará del Vaco. Por el macizo de Vílchetes se encuentra el cortijo de la Escalera y cerca de él están los nombres del Prao de la Trocha, el Cañao, la Camarilla, prao de la Nava, la piedra, el Pedregal, la Manguilla, el Filo, las Charcas, el Huerto, cortijo de los Vílchetes, Prao Nevao, Cerro Virolto, lancha del Recuenco, filo de la Bandera, lancha de la Nava, filón de la Trocha, el mojón, la Fresnailla, choza de los "Vergilantes", vigilantes, cerro de Perico, cerrillo de los Embustes, peñón de los Conejos, los Claveries, que había un cortijo allí, cueva del Gato, Prao de la Canaleja, el Ranchal, el Morro de piedra Nativa y la piedra Nativa, un poco más allá le dicen los Torcales, un poco para acá le dicen el "Lijarero", puede ser Ahijadero, aquí por encima tenemos la Manguilla, a continuación del morro ese recto para allá, que es lo último que se ve, esa es la pará del Vaco, cerca de donde está el collado ese pues le dicen las tapuelillas de las Mariconas. Aquí para abajo, como dirección a los Carachos, tenemos la navilla del Espino, termina la navilla y siguiendo un poco para abajo tenemos la cañá del Toril. Puede que antiguamente hubiera vacas ahí porque se ven las olmas y todo eso. Si nos venimos un poco para acá tenemos la cueva del Remendao. Es una cueva un poco regular. Se mete un poco a oscura y luego es larga. Tiene una puertecilla muy estrecha y luego ensancha y se pone uno en pie derecho y así se puede avanzar un trecho bueno. De la carretera para abajo, por el peñón de los Conejos, le dicen el tranco del Volear, que está

enfrente del Tambor. Cerca hay un sitio que le dicen el Cornital. El carril que baja por el arroyo y lleva hasta la caída de la Palomera se le conoce por la Canaleja. Hay una fuente que le dicen la fuente de los Cañillos. Esta fuente junto con la que mana en los Claveries, son las dos fundamentales por toda esta zona. Nunca se apagan ni siquiera en los años de mayor sequía. Todas las demás se secan y estas dos quedan permanentes, aunque aminoren mucho.

Variantes de palabras usadas en topónimos

Marrano, marranaco, marranujo, marranucho, morro, morra, morrete, morrón, morrilla, lancha, lanchón, lanchilla, hoya, hoyo, hoyica, cueva, covacho, covachete, cuevarrón, poyo, poyete, poyato, poyico, puntal, puntalete, puntalón, nava, navilla, oveja, ovejo, ovejucha, raspa, raspeja, cenajo, cenajete, cenajón, roble, robledillo, robledar, agreal, agrión, arena, arenilla, soto, sotillo, huelga, huelguecilla, huelguezucha, tapuela, tepulucha, tepuluja, cerro, cerrico, cerrete, cerraco... *Nota del autor: son muchísimos más las variantes en palabras y topónimos. Aquí reseño sólo unas cuantas a modo de ejemplo y como punto de partida para posible trabajo sobre el tema.*

Errores en los libros y mapas por el lugar

A modo de introducción

Sólo unos apuntes, sencillos e incompletos, para abril camino hacia algo más profundo y extenso. La toponimia de los lugares y sitios son uno de los mejores rastros para entrar y comprender la historia pasada. Para mí la verdadera y bella historia de los lugares y personas que lo habitaron. Cada nombre, a veces, es como un documento escrito no por el más listo y culto sino por el más ignorante del lugar y por ello, con unos rasgos diferentes a los documentos de archivos y bibliotecas. Por esos los nombres deben ser conservados y respetados como si de un tesoro se tratara.

Antes de redactar este pequeño capítulo quiero decir algo que descubrí hace tiempo. En los mapas que el ejército levantó de estas sierras, los primeros hace más de cien años, deslizaron muchos errores tanto en la toponimia como en los recorridos de aquellos viejos caminos que usaban los serranos para moverse por estos parajes. En los mapas que también el ejército siguió editando de estas sierras, continuaron traspasando aquellos primeros errores y deslizaron otros. En los mapas, libros e informes que se fueron levantando de estas zonas de la sierra y de otras, los errores de toponimia seguían presentes porque muchas veces, se usaban como fuentes de documentación aquellos primeros mapas y escritos.

Y al respeto, uno de los mapas más recientes y pretencioso porque está hecho a escala 1:10.000, para recoger el máximo de información y detalles y con los más modernos medios, lo hizo la Junta de Andalucía hace unos años. No he visto por ninguna parte otra publicación que contenga más

errores que este mapa. Dentro de estas sierras, la toponimia la trata de la forma más arbitraria y descabellada. A lo que es un punto concreto lo trata como paraje y a lo que es un paraje lo considerada el rincón más pequeño. Repite el mismo nombre varias veces por el mismo trozo de terreno y donde hay una cumbre lo trata con el nombre de una llanura. Y así de este modo, lo que podría haber sido un trabajo científico de auténtica envergadura y calidad, se queda reducido a un mero trabajo de aprendí que juega con los medios más modernos para concluir en resultados desastrosos.

Personalmente pienso que aunque esto es humano y nadie puede ser condenado por ello, cuando los trabajos los realiza la administración o personas que se sienten con autoridad sobre estas sierras, deberían tener más cuidado. Un error, tres o cuatro de nombres mal puestos e incorrectamente escritos, no tiene mucha importancia pero sé que a las personas que son de estas sierras y conocen bien los parajes, les duele. Sienten como que los de fuera y desde fuera, menospreciaran el mundo del que ellos son y han vivido toda la vida. Parte de su cultura e identidad es precisamente los nombres de los sitios que sus antepasados le pusieron a la sierra. A t al cortijo lo conocían y llamaban con tal nombre porque para ellos tenía sentido y necesitaba llamarse así. Otro distinto y puesto desde fuera ni es nada ni para ellos significa nada. Además, detrás de cada nombre puesto a los puntos y cortijos de la sierra, a veces hay toda una gran historia. Un mundo oculto que sólo ellos conocen bien porque la vivieron o se la transmitieron sus mayores.

¿Por qué no tratar con cariño y respeto las raíces, cultura e identidad de las personas que vivieron, viven y son de estas sierras? No es igual para ellos que se diga y se escriba collado del Caracho que del Garacho o Deraleja que Peraleja. (Sitio donde se cría algunos perales) ¿Qué es y significa Deraleja? En toda la extensión de este gran parque natural no hay ni un sólo punto que se llame de este modo. Es una palabra que nadie conoce ni se encuentra en ningún diccionario del mundo. Y en este caso el inculto es el que llega o vive en las grandes ciudades y no el que está y es de estas sierras. Y por esto muchas veces me he dicho que así como en estos tiempos modernos se ponen en marcha tantos proyectos, casi todos en la línea de negocios y dineros, se debería promover algo que velara por la pureza de los nombres serranos. ¿Quién lo hace y cómo debería ser?

Quizá por estas razones y otras que no diré es por lo que sí me atrevo a exponer que los renglones de este desarrollo mío corresponden a más reciente y exhaustivos trabajo de campo, realizado directamente sobre el terreno y la realidad más fresca. Quiero decir que para dar cuerpo y contenido al presente trabajo apenas han sido consultados archivos ni publicaciones ni material escrito alguno. Todo lo escrito sobre estas páginas ha sido recogido de la experiencia más directa sobre el terreno. Así, mientras la realidad y materialización del presente trabajo se hunde y alimenta de las

raíces más hondas y viejas, también se fortalece y sustenta en el presenta más vivo y real. De lo antiguo y lo que fue recoge el impulso y la primera materia y de lo nuevo y lo que es, se empapa para así sacar a la luz y dar forma a una realidad nueva, con su dolor y su belleza. Lo demás, está en el corazón, en el alma del que por aquí muere y reza mientras recorre las sendas que se pierden y bebe del viento, de la luz del sol, de la soledad y esplendor de los campos, siempre a la espera y siempre reflejando la eternidad de lo que, aunque es materia, lleva dentro de sí el germen de lo limpio, la claridad y la inmortalidad más bella. Tenía que decir esto para dar luz y orientar y ya lo he dicho.

***Charco de la Pringue**: es charco del Aceite y tiene historia. Un poco más abajo de este paraje, todavía existe la construcción de un antiguo molino de aceite. En tiempos antiguos, antes de la construcción del Embalse del Tranco, el camino que usaban los serranos para salir y entrar a la sierra pasaba justo por el borde de lo que hoy es la piscina remansada del charco de la "Pringue". En una ocasión, cuando pasaban por el lugar unos arrieros con los burros cargados con pellejos de aceite, uno de ellos se cayó al charco y quedó manchado de líquido. Desde aquel accidente al paraje se le empezó a llamar charco del Aceite. Lo de la pringue viene después y deja de hacer honor a lo que en un principio fue tan noble por arrancar desde la raíz e identidad de estas bonitas y grandiosas sierras. ***collado de la Traviesa**: No existe. Aunque sí pero de otra manera. A la cañada, tinada y cortijo que ahora se le conoce con este nombre y quedan subiendo del arroyo Gil Cobo para el collado del Pocico, se les llaman de la Traviesa no por traviesas de maderas, filones de mineral o los morros de algunas cumbres, como dicen algunos buenos libros. Los serranos de aquellos tiempos a este punto le empezaron a llamar con este nombre porque por este rincón había un cruce de caminos. Se atravesaban o juntaban varios caminos. En los tiempos modernos personas de fuera de estas sierras compraron un cortijillo arriba, en el mismo raso del collado, su nombre de siempre, y desde la carretera asfaltada, abrieron un camino de tierra para entrar con los coches a este cortijillo, hoy en ruinas. Justo donde se aparta este camino de la carretera construyeron dos pilares de cemento y atravesaron un gran tronco de pino. La traviesa que confirmaba el nombre del lugar pero era falso porque el topónimo venía de tiempos muy lejanos y lo había motivado el simple hecho de varios caminos que se juntaban, atravesaban y se iba cada uno para sus lugares correspondientes. Lo que ahora algunos mapas y libros llaman collado de la Traviesa nunca lo fue con este nombre sino con el de cueva Honda o el del raso de la Escalera. Pero a pesar de lo dicho, por encima del cortijo del Rico, en una cuerda alargada que tiene en su parte alta el pico Ponestillo y en su parte baja el de la Bandera, hay un pequeño collado. Un portillo muy bonito que da paso para la tiná de Dámaso y la nava del Rico o al revés. A este collado menor, por el que no pasa ninguna senda importante, sí lo he oído nombrar alguna vez con el nombre de la Traviesa. Collado de la Traviesa porque ciertamente la loma queda atravesada en el sentido opuesto a como

van todos los caminos y tierras llanas que hay por ahí. ***Loma de la Vez**: es Loma de la Be, por la figura que representa la roca. En los mapas y algunos libros buenos, dicen, que de la sierra se han escrito, la describen como Loma de la Vez y no es correcto. Los serranos le pusieron el nombre de la Be porque esta cumbre rocosa, vista desde ciertos puntos de estas sierras, representa o se parece algo a la letra Be pero tumbada. Yo he mirado desde ese punto y doy testimonio de que es cierto. ***Fuente del Milano:** es Vilano como también la nava que no es Milano sino Vilano. En este punto es donde algunos sitúan el inexistente collado de la Traviesa. Y es cierto que por esta nava pasaban antes varios caminos que llevaban para distintos lugares de la sierra y también para el pueblo de Mogón. Pero el único punto que con el nombre de Traviesa he encontrado por esta zona, se localiza por el cortijo de la Traviesa. Se empezó a llamar de este modo porque varios caminos de aquellos tiempos se "atravesaban", cruzaban desde distintas direcciones. Por encima queda el collado del raso de la Escalera con las ruinas de t al cortijo. Podría llamarse de la traviesa, por la proximidad al cruce de los caminos pero los serranos no lo llaman así. ***Aguascebas de la cueva del Agua**: es arroyo de las Aguascebas de Gil Cobo y lo de la cueva del Agua, aunque es cierto que existe y se encuentra por debajo de la lancha de la Tejea, barranco del Zarzalar y lancha de la Benita pero las personas antiguas cuando se refieren a este arroyo lo nombran por las Aguascebas de Gil Cobo o simplemente por el arroyo de Gil Cobo. Así es como se llaman los poyos y raso por donde este cauce pasa. Uno de sus tramos más bonitos. Se encuentra al salir de la cerrada de San Ginés. ***Raso de la Honguera**: se encuentra en otro punto diferente en el que lo han ubicado en algunos mapas y libros. La llanura que ahora cría chopos, tiene fuentes y mesas para los turistas y queda hermosamente atravesada por la limpia corriente del recién nacido río Aguascebas Grande, no es el raso de la Honguera. Al borde mismo de la carretera hubo un cortijo y las personas que lo habitaban cultivaban las tierras de esta llanura. Y como son tierras llanas junto a un caudaloso río ellas las distinguían con el bonito nombre serrano de las Huelgas del Peinero. el cortijo que hubo ahí y que derribaron para construir la carretera asfaltada se llamaba cortijo de la Huelga del Peinero. El verdadero raso de la Honguera se localiza más arriba, como bien detallo en un capítulo del presente trabajo y aparece en varios mapas más recientes en los que colaboré intensamente. Tal nombre proviene de lugar donde se crían los hongos. ***Cortijo de la Hiedra**: se menciona en libros y mapas y no existe por este rincón de la sierra. Tampoco existe este topónimo en toda la Sierra de las Villas. Por donde algunos lo ponen y describen, aunque hay muchos cortijos y tapuelas, ni uno sólo se llama así. Y con el nombre de la Hiedra viene recogido desde los mapas más antiguos que el ejército levantó de estos parajes. Por cierto, con errores a puñados por lo que son poco útiles para documentar trabajos más modernos. Las siguientes ediciones se limitaron a copiarlo de las primeras y los errores se siguen arrastrando. Por el poyo del Moro sí existe un accidente topográfico con este nombre. Es el puntal de la Hiedra, cerca de piedra Jarrá. ***collado del Muerto**: se encuentra por encima

de la Blanquilla Baja, hacia el lado de peña Corva y entre la morra de los Cerezos y otra morra menor conocida por la Torca. Es el collado que divide las aguas para el arroyo de la fuente del Tejo y el de fuente Colorá, ramal derecho y nacimiento del arroyo Gil Cobo. Bonito como pocos lugares en estas sierras es ese elevado punto donde se abre una llanura muy parecida a la del raso de la Escalera. La historia cuenta que por el lugar crecía un gran roble. Un año se secó y poco años después se cayó. Descubrieron que tenía el tronco hueco y dentro, se encontraron el esqueleto de un guarda forestal con la carabina y todo. Desde entonces le llaman el collado del Muerto. Historias de guardas por la zona y otras partes de las sierras, aparecen con mucha frecuencia y casi ninguna es positiva. Siempre fueron la cara visible y palpable de la Administración de turno y la Administración arremetió duramente contra los serranos. Al collado del Muerto se llega desde la hoya de la Zamarrilla, por encima de majá Serbal, desde la cañá de la fuente del Tejo, la Rinconá, desde el collado de la fuente del Buitre y por la morra de la Torca. ***collado del Perenoso:** es un nombre un tanto extraño pero bonito. Y claro que tiene su explicación desde el mundo de los serranos y no desde la ciencia escrita. Por estas zonas y, en tiempos muy remotos, ellos decían "perenal" cuando se referían a las piedras de cuarzo que se llaman pedernal. Por este collado y en ningún otro punto más de las Sierras de las Villas, hay muchos trozos de esta piedra pedernal. Los serranos, antes usaban estas piedras para encender las yescas que ellos mismos fabricaban de cardos cocidos y machacados. Contra estas piedras de pedernal rozaban con fuerza otra o algún trozo de acero y saltaban chispas. Con ellas prendían las yescas de los cardos y encendían tanto los cigarros como las lumbres. En este collado había y todavía hay muchos trozos de este mineral. Desde todos los rincones de estas sierras acudían al collado en busca de estas piedras. De "perenal", como ellos decían, quedó perenoso y como el punto es un collado y muy bonito, se quedó con el nombre de collado del Perenoso, Pedernal.

Collado del Pocico: con este bonito nombre y en las Sierras de las Villas al menos conozco tres sitios. Distantes unos de otros y solo dos de ellos recogidos en algunos de los últimos mapas que de este Parque Natural se ha hecho. El primer collado del pocico se encuentra por donde Cuevabuena. En uno de mis trabajos lo describo así: "En los primeros metros y por la izquierda, en la misma senda, brota un pobre venero. Le hicieron una poceta para recoger el agua y con ella regar los trocico de tierra que hay un poco más abajo. Los que vivían en cueva Buena, también cogían agua de este pocico para beber y otras necesidades. A estas alturas los manantiales son escasos y pobres. Quizá por este venero y la alberquilla que ellos le construyeron, al collado lo conocían con el nombre del Pocico. Que nada tiene que ver con el otro pocico que hay justo al volcar para la nava del Rico. Pero también al punto aquel le llaman el pocico por el pequeño pozo que abrieron en la tierra para recoger el agua. El puntal que nos va quedando por la izquierda también participa del mismo nombre: puntal del Pocico. La senda se hunde en un amplísimo circo para salvar precisamente la cuenca de un

arroyo que baja desde las cumbres. Son las del pico Almagreros que se le ve coronando todavía muy retirado de nosotros y para el lado del nacimiento del Guadalquivir". Quizá este collado del pocico es el menos conocido de los tres. Nunca lo escribió nadie ni en libros ni en mapas. Como si no existiera y fue muy importante para las personas que por él pasaban en tiempos lejanos y para los que por el rincón vivían. Los otros dos sí lo conocen muchas personas. El que se encuentra sobre las cumbre por Piedras Morenas cerca de Pinar Negro y el de la Nava del Rico que propiamente, y en un principio, fue collado de la Nava del Rico. Lo del pocico vino después por el pequeño pozo que en el lugar abrieron. ¿Existe todavía? ¿Tal como fue al principio?

***Blanquillas**: es este el nombre exacto de dos preciosas porciones de terreno que coronan la gran cuerda de la Sierra de las Villas por el nacimiento del arroyo de Gil Cobo y el río Aguascebas Grande. En libros y mapas aparecen como Blanquillo y hasta recomiendan que así debe llamarse y se equivocan. Se argumentan cosas que nada tienen que ver con el origen de este nombre. Blanquilla simplemente es por el color de las piedras. Los serranos siempre fueron realistas, simples y práctico cuando ponían nombres a los sitios. Nunca excavaron ni en enciclopedias ni grandes libros antiguos. Y los distinguen con los nombres de la Blanquilla Alta y la Blanquilla Baja. Las tierras de estas preciosas alturas desde siempre los serranos las sembraron de trigo, cebada, garbanzos, yeros, centeno y otras semillas. Desde tiempos lejanísimos han sido tierras de labor y eso lo atestiguan las ruinas de viviendas que tanto en una blanquilla como en la otra todavía existen. Pero el nombre de Blanquilla Alta y Baja, no se le aplica sólo a un punto concreto sino a una zona que sólo los serranos saben delimitar con exactitud ***Pedro Miguel**: este monte o pico se encuentra coronando la Blanquilla Alta, por donde tiene su nacimiento uno de los ramales del arroyo Gil Cobo. Es el punto más alto que la Sierra de las Villas presentan por esta zona. Alcanza los 1830 metros y queda rodeado por dos preciosos picos de más de 1700 metros de altura que llaman los Hermanillos aunque no lo son. Pedro Miguel debe su nombre y, todavía lo testimonia el pino que por allí crece, a la muerte de un serrano. En una época de fríos y nieves, se quedó perdido por el lugar, se acurrucó por donde pudo y por allí se lo encontraron muerto. Junto a él había un saco con nabos y trozos de pan. En el pino grabaron algunos cruces como recuerdo y en su memoria. Desde aquel accidente al monte se le llama Pedro Miguel porque así se llamaba la persona que por el paraje perdió la vida. Blanquilla se le llama no a la parte más elevada de esa cumbre sino a las laderas que desde lo más alto caen hacia el lado de peña Corva. Subió una vez un cura por allí y con un grupo de personas, en el mismo pino estuvieron diciendo misa en memoria de aquel lejano, pobre y noble serrano muerto de frío junto al árbol. A Pedro Miguel se sube por la Blanquilla Baja, toda la cañada arriba y por el collado del Perenoso, por un "cenajón" que se ve allá arriba, por ahí sale un portillo que va derecho a la Blanquilla Alta. Desde allí, toda la raspeja arriba hasta salir a lo lato. Tiene un buen tirón. ***Deraleja**. Me lo encontré escrito así en un panel de información para los

turistas que puso la Junta de Andalucía justo en el camino que lleva al refugio, ahora que no antes, de la cueva del Peinero. El que conoce estos rincones enseguida lo detecta y sabe que es un fallo. Se refiere al paraje de la Peraleja. Se encuentra por los poyos del Gil Cobo. Pero las personas que vienen de fuera y son por completo extraños en estos rincones, más que orientarse y recibir algo de cultura, se desorienta y se les confunden. ¿Quién les podría dar referencias del rincón llamado Deraleja? ¿Dónde está y por qué se llama de este modo? Peraleja se refiere a sitios donde hubo perales. ***Caracho**: de este modo está escrito en otro de los paneles de información a los turistas a la entrada de la pista de tierra que lleva al paraje conocido por Chorrogil. Su escritura correcta es esa y no la que aparece en algunos mapas. Parece que esta palabra remite a persona “zahurda”, basta y salvaje, según me han comentado por la zona. ***Lancha del Lobo:** tampoco existe por el lugar, situada casi siempre y, desde los primeros mapas que trazó el ejército por estas sierras, en la parte alta de la porción de tierra que se recoge entre el Aguascebas de Gil Cobo y el Aguascebas Grande. En casi todos los trabajos que se han hecho de las sierras del Parque Natural, se ha seguido transcribiendo este nombre. Unas veces se le pone más arriba y otra más abajo pero el echo en sí es que por esta zona de la sierra no existe tal lancha. Existe la lancha de la Cigarra que es la que corona por encima de la carretera que va desde la cueva del Peinero al cortijo de la Traviesa y que también se le conoce con el nombre de lancha de los Espinares. La que hay más próxima a la cueva del Peinero, tomada en alguna ocasión por la lancha del Lobo, tiene otro nombre. Con el nombre del Lobo, por esta parte de las Sierras de las Villas, sólo se encuentra el cortijo del Lobo, por debajo de la nava del Rico, collado del Lobo, justo detrás del cortijo y la cañá del Lobo, entre Pedro Miguel y la Blanquilla Alta. ***Morrón del Cerezo:** se levanta en la parte alta de las llanuras de Jabalcaballo, Frente a peña Corva hacia la Blanquilla Baja y Pedro Miguel. Destaca con toda claridad sobre la cima de la cordillera y la pronunciación correcta de su nombre es la morra de los Cerezos. Por la zona hay varias morras y ningún morrón. Está la morra de Poyollano o Chorrogil, por encima del Embalse del Aguascebas. Los serranos la llaman simplemente la Morra. Entre el cortijo del raso de la Escalera y los Pedazos de Lara, se alza la morra de Facundo y sobre las llanuras de Jabalcaballo la morra de los Cerezos. ¿Por qué los serranos preferían ponerles morras y no morrón? Son pequeños matices pero no daba igual. ***Peña Corva:** lo correcto es Peña Corva. Se encuentra también por encima de los llanos de Jabalcaballo y no es una sola peña sino un buen lanchón que sube desde el valle del Guadalquivir. Parte de un sinclinal desmantelado por el lado de la altiplanicie de Jabalcaballo. Se ha roto en muchos trozos y por el lado del collado, porque forma un collado o puerto entre las dos vertientes, se amontonan estos grandes bloques de piedra. Pero estando en lo alto del pico que más levanta, desde un punto concreto, mirando hacia las llanuras, se ve casi una perfecta media luna. Es la curva que le da nombre y por eso debería escribirse con uve, corva y no con be. La palabra Corva se refiere a la curva que la roca desmantelada y levantada hacia el lado de las Aguascebas,

presenta. ¿Por qué o cómo fue que se empezara a escribir con be? Su nombre arranca de la curva y se lo pusieron los serranos. ***Majada del Maguillo:** así es como aparece escrito en los primeros mapas que el ejército levantó de estas sierras hace ya más de cien años. De este modo se ha ido pasando a otros muchos trabajos más recientes. Pero por la zona no existe ninguna majada con tal nombre. Existe la pasá del Maguillo que aunque suena parecido no es lo mismo. La majada se refiere a lugar donde duermen las ovejas por las noches, al raso y en cualquier punto de la sierra pero casi siempre sobre algún montículo o en lo más alto de las cumbres. Las ovejas buscan para dormir los sitios más elevados y casi siempre acuden al mismo punto. ¿Por qué les gusta los puntos elevados? Quizá se sientan más seguras o más frescas. Si duermen bajo techo, suele decirse tiná o corral pero pocas veces majá. Por donde se sitúa la del maguillo, que no lo es, lo que sí hay es un paso por el que se cruzaba la corriente del arroyo fuente del Tejo. Y a estos pasos los serranos siempre le han dicho pasá porque no había puentes. La pasá del Maguillo es como se llama tal punto y claro que tiene sentido. Por ahí cruzaba y cruza un camino. Y ellos pasaban las corrientes de las aguas por la pasá del Maguillo. ***Lancha Ignacio:** el nombre de esta lancha es muy poco conocido entre los aficionados a los caminos, nombres y otras cosas, de estas sierras. Y es una preciosa lancha que se encuentra en la cuenca alta del arroyo Gil Cobo. Es la gran ladera que cae desde las partes más altas de la cumbre, entre la Blanquilla Baja y la morra de los Cerezos, hacia el barranco de fuente Colorá. En la espesura del monte rocoso y la soledad de la media umbría un hombre tenía su pequeña casa. Una tapuelucha de na. En ella vivía y labraba las tierras y como este hombre se llamaba Ignacio, los habitantes de los otros cortijos de estas sierras, se referían al lugar como lancha Ignacio. Se murió el hombre, su hundieron las tapuelas, se llenaron las tierras de pinos y de cabras monteses y al rincón todavía y para siempre se le conoce como la lancha de Ignacio. A un lado queda la Blanquilla Baja y el portillo de esta blanquilla, al otro la morra de los Cerezos y el collado del Muerto, abajo, fuente Colorá y majá Serbal y la fuente del Cerezo. En la otra vertiente, la del Guadalquivir a la altura del cortijo del Zarzalar de la Manuela, está el cortijo de los Pingos o de los Cerezos. **Lanchas:** a lo largo de mis años por estas sierras y los cientos de horas de charla con personas que viven y son de ellas, he descubierto a qué accidente del terreno los serranos llaman lancha. Cuando la ladera que cae desde la cumbre se corta con un escalón rocoso muy pronunciado y alto, se forma el filo del voladero, el voladero, la lancha y el poyo. El filo es el mismo borde en la parte alta, el voladero es la pared rocosa, por lo general casi el vertical, la caída del voladero. El poyo es la tierra llana que queda por la parte de arriba, antes del filo y si en lugar de tierra lo que hay son rocas calizas, erosionadas por las lluvias y las nieves, el paisaje es lapiaz. Torcas le llaman ellos. Los serranos llaman lanchas a los trozos de terreno que, antes del filo, lo conforma un paisaje calizo, torcas, por lo general algo inclinado. Como si fuera toda una auténtica ladera que suele tener su cara hacia las partes más altas de la cordillera o montaña madre. Casi siempre lo puebla

una vegetación muy pobre y la autóctona. Descendiendo desde la cumbre en la dirección que corren los arroyos, por el lado izquierdo del cauce Gil Cobo, tenemos las siguientes lanchas: lancha de las Tres Escaleras, que llega hasta la morra de Chorrogil, lancha de Ignacio, lancha del Agrión, lancha del Zarzalar, lancha de la Benita y lancha del Cantalar. Y por el mismo lado izquierdo pero ahora del río Aguascebas Grande tenemos las que siguen: lancha de la Carrasquilla, lancha de los Espinares, lancha de la Cigarra, lancha de Gil Cobo, lancha de la Peraleja y lancha de la Tejea. En total son doce las lanchas que en este trozo de terreno acumula la Sierra de las Villas. Ello da una idea de lo accidentado que es por aquí esta sierra.

Escaleras entre los Aguascebas Chico y Grande: Hay una escalera en el collado del raso del Gil Cobo, por donde crece el gran pino de la lancha de la Cigarra. La del cortijo de la Traviesa justo a la altura del raso de la Escalera y que remonta al poyo de los Robles. La del raso de la Escalera por donde vive el pastor llamado Pablo. Al otro lado del arroyo de la fuente del Tejo hay otra escalera que se llama de los Faustinos. La llaman así porque allí vivían unas familias que se llamaban Faustinos. La escalera esta la hicieron los Faustinos para subir por el arroyo y al coronar roza las paredes de un cortijo llamado los Chortales. Por ella remontaban hasta las bestias. Otras personas no nacidas en estas sierras a esta escalera le dicen "la Escalera Romana". Por ningún lado encontré yo confirmación de esta expresión. En la morra de Chorrogil hay otra más que le dicen la escalera de la Morra. Por donde vivía la Justa la Fumadora. Por ahí se baja al Embalse de las Aguascebas. La de la Morra sí que parece una verdadera escalera. Según vas subiendo salen escalones y más escalones. Siguiendo este filo rocoso que viene desde el mismo Caballo de Torraso, cuando ya pasa el río Aguascebas Chico por donde se origina la cascada de Chorrogil, el robusto filo todavía sigue. Cortándolo de abajo arriba sube una senda y por donde lo atraviesa también hay una preciosa escalera. Es la del tranco del Acebo. Una magnífica escalera que sube trazando curvas y cuando ya corona, justo en una nava redondica y con mucha hierba, ha trazado catorce curvas. Pasaban por aquí con las bestias cargadas y era un tramo complicado. En este mismo lado y en otro filo que hay más próximo a collado Caracho, esta misma senda tiene otra escalera. Es la conocida por la de la lancha de Candiles. Otra escalera por aquí cerca se encuentra en el conjunto de la cumbre de Vílchetes y se refiere a un cortijo donde todavía vive un pastor. Se le conoce por el cortijo de la Escalera simplemente y es porque donde se alza este cortijo, propiedad del pastor llamado Juan, las rocas que caen para el cortijo de los Vílchetes, forman una complicada escalera. Por ese punto todavía va una vereda que es el camino natural que en tiempo pasados usaban, para salir y entrar, hacia el pueblo de Mogón y a estas sierras, las personas que en ellas vivían. **Lobo:** Por las Sierras de las Villas la palabra "Lobo" me la he encontrando en bastantes puntos concretos. En un arroyo por el barranco que vierte sus aguas al Guadalquivir a la altura del Puente Campos. Esa zona ya toda es olivar pero cae desde una parte muy alta de la sierra: Peñón de

Maza, piedra Cubilla y Correderas con 1395 m. Por la Blanquilla Baja, justo el cerro que corona al cenajo de la Blanquilla. El morro del Lobo. Cerca de este punto, en una cañada que también es conocida con el nombre de cañada del Lobo. En un cortijo y collado justo por donde tiene su nacimiento el arroyo de la Fresnedilla, el que vierte sus aguas al Embalse de Aguascebas. Y ya se me termina el rastro del lobo por estas sierras. A lo ancho de las sierras del parque natural, aparece en muchos otros puntos y ello puede dar una idea de la fuerte presencia, de este animal y en otros tiempos, por estos montes. Desapareció por el año cincuenta pero la toponimia lo dejó bien perpetuado gracias a los serranos. **La Cruz de Yescas**. Este nombre se le aplica a un trozo de terreno que hay entre el poyo del Lentiscar y las cumbres de Navazalto, volcando hacia el arroyo del Torno. Y también fue el apodo de algunas personas que vivieron y se criaron por el arroyo del Torno. Tal nombre arranca desde tiempos lejanos y se explica de la siguiente manera: en Navazalto no vivió nadie porque en ese lugar nunca hubo casa. Pero un poco volcando hacia el arroyo del Torno, en tiempos muy lejanos, los de mis bisabuelos o así, sí hubo una tapuela. La abuela Rosa contaba que "espertó" ella, que estaban en la era durmiendo porque era la época de la trilla. Fue en el verano. Vio que el pañuelo del abuelo estaba ardiendo. Antes los hombres llevaban un pañuelo que se lo liaban en la cabeza en lugar de sombrero o gorra. Gritaba ella: "Que está ardiendo el pañuelo de padre". Y ardía porque al abuelo le habían pegado un tiro en la cabeza. Esto fue mucho antes de la guerra civil Española. Aquel hecho fue lamentable por toda la sierra y más en el rincón de la cuenca del Aguascebas Chico. Desde aquel suceso, en el lugar se puso una cruz. La Cruz de Yescas. A las personas de esta familia las empezaron a llamar con el sobrenombre de Yescas y todo arranca de aquel lamentable incidente. Un poco más arriba de donde mataron a este serrano iba una vereda que con el tiempo se ha perdido o la han roto al construir la pista de tierra que ahora discurre por el lugar. **Cueva Honda:** este nombre tan bonito, en todas las sierras del Parque Natural, sólo me lo he encontrado por este punto. Hace referencia a un par de cuevas que aunque no es muy honda, por el sitio donde se encuentra y la forma que tiene sí le cae bien tal nombre. El lugar también es conocido por los Torcos de cueva Honda o las Hoyicas de cueva Honda o Majaenrea. **Tarquino:** Sólo una vez en toda la gran sierra del Parque Natural me he encontrado este bonito nombre. Y se refiere a un cortijo muy antiguo que se levantó junto al cauce del arroyo raso de la Escalera, por el Prao de los Chopos. Ese cortijo luego lo dejaron abandonado y se cayó. La misma familia levantó otro algo más abajo también en un lugar muy bonito y de tierra fértil. Aunque muchos empezaron a llamarlo con el nombre del dueño, cortijo de Eladio, el mismo dueño le gusta recordarlo con el nombre de Tarquino. Y en el Diccionario de la Lengua Española de la Real academia, refiriéndose a esta palabra, yo he encontrado lo siguiente: "Tarquín. (De or. inc., probablemente árabe) m. Légano que las aguas estancadas depositan en el fondo, o las avenidas de un río en los campos que inundan. Tarquinada. (Por alusión a la violencia ejercida en Lucrecia por Sexto *Tarquino,* hijo de Tarquino el Soberbio) f. p. us. fig. fam.

Violencia sexual cometida contra una mujer. Talquino, na. adj. Natural de Talca// perteneciente o relativo a esta ciudad y provincia chilenas”. Pero yo que he pisado y he amado dulcemente el lugar y rincón donde se encuentran las ruinas del cortijo que decía atrás, digo que por la llanura que hay cerca, cuando llueve mucho y corren los arroyos, no se puede ni andar. El barro se pega a los zapatos y si uno no se hunde al pisar, tienes que hacer un gran esfuerzo para levantar los pies y seguir sin desfallecer por el peso del barro. Es un barro que se parece mucho al légano que dejan los ríos porque precisamente es tierra arrastrada por las aguas desde las laderas y las cumbres y depositada en este valle. También pudiera ser que alguien, muy lejano en el tiempo, se llamara Tarquino. Porque esta palabra es nombre de persona. **Oso:** Quiero decir que este nombre, relacionado con el animal oso, me lo he encontrado en los siguientes puntos de las sierras de este Parque Natural. En la fuente del Oso, subiendo por la carretera que lleva al Parador Nacional de Cazorla, en el collado del Oso, cerca de la fuente mencionada anteriormente. Caballo del Oso, cerca del collado mencionando antes. Dehesa del Oso por Villarrodrigo. Barranco del Oso, por el arroyo del Chillar. Cuesta del Oso, por Bardazoso, en la Osera, por debajo del Embalse de Aguascebas, en la cuesta del Oso, por el arroyo de la fuente del Tejo y algo más arriba del Embalse de Aguascebas y Covacho del Oso, por el gran barranco del Bigarral, casi hermano gemelo de Bardazoso pero en la umbría. Donde más me lo he encontrado es precisamente en las Sierras de las Villas. Sin duda que en otros tiempos el oso tuve que vivir por estos parajes, sabe Dios cuántos años hace ya y de él sólo nos queda ahora el nombre de algunos rincones que hacen referencia a tan escaso animal en toda España. **Las Albarizas:** Y también deseo decir que Albarizas es un nombre muy bonito que por esta gran ladera del macizo Navazalto se lo aplicaron a un punto concreto del terreno. Como pudiera parecer no es ni una porción de terreno demasiado grande ni tampoco un paraje que abarque varias lomas y barrancos. Por esta zona de la sierra el topónimo Albarizas sólo lo lleva un collado, bastante reducido con su cortijo en el mismo centro, unas olivas que chorrean hacia la vertiente del río Aguascebas Chico y hacia el barranco que descuelga desde los llanos de Navazalto, un pilar con agua cerca del cortijo y repartido por las tierras blanquecinas del collado, unos treinta almendros. Junto al cortijo crece una noguera y los almendros dan flores blancas con tonos sangre en el mes de enero y febrero. Y concretando digo que este rincón serrano, llamado collado de la Albarizas o cortijo del collado de las Albarizas se encuentra unos metros más abajo del Peñón de Navazalto. En realidad es el mismo collado o loma que desde los llanos de Navazalto comienza a caer y justo el terreno que hay por debajo del Peñón es el collado de las Albarizas. Se ve con perfecta claridad desde lo más alto del peñón y ciertamente que es hermoso, con su cortijo, sus olivos, sus almendros y algunas manchas de tierra blanca. No hay más puntos por esta ladera y estas sierras de las Villas que lleven el nombre de Albarizas. Pero cuando se mira desde la gran atalaya del Peñón de Navazalto, repartido por el barranco que se recoge a sus pies, se ven varios puntos donde el terreno es blanco. No

sólo en el collado de las Albarizas. Luego leí en el diccionario que Albarizas es laguna salada, terreno albarizo, que tiene color blanquecino, albero y color blanco como el alba. Unas tardes después pisé este terreno y hasta saqué algunas fotos con los almendros florecidos y el Peñón de Navazalto al fondo y vi que la tierra es como arenisca, muy suelta y parece que hasta es fértil porque los olivos y otros árboles crecen ahí con mucha salud. **Cortijo de la cañada del Almagrero.** Este cortijo y con este nombre aparecen en casi todos los mapas que el ejército levanto por estas sierras. Los reseñaron en los primeros y ya han seguido pasándolo a todos las ediciones posteriores. Lo sitúan justo donde se encuentra el cortijo que por aquí se le conoce y desde siempre así fue, como el cortijo del tranco del Acebo. Cerca queda el cortijo de Poyollano y por eso no queda claro a qué cortijo de los dos se refieren los mapas que antes decía. Pero en todo caso, tal nombre nunca lo oí por este rincón de la sierra. Tuvo que ser un error que luego nunca se corrigió por la causa que fuera. **Torraso.** Este nombre lo tiene puesto una bonita loma o más bien gran montaña que se levanta a la derecha del arroyo raso de la Honguera. Creo que su nombre le viene por el color de rocas, piedras sueltas y hematites con tono de hierro oxidado, que hay por el lugar. Los hematites de hierro se dan por donde se empieza a fraguar el arroyo raso de la Escalera, en las tierras llanas de los Tableros. Las piedras naranja o colar sangre, abundan por todo el macizo del Caballo del Torraso y además, también por esas laderas, barrancos y collados, aparecen muchas franjas de tierra colorada. Tierra del mismo color que las que se ve por el pico del Pardal, por Jabalcaballo, cerca de los Palancares y Pez del Trigo. Con las piedras naranja sangre que me encontré por las laderas del Torraso he afilado la pequeña navaja que siempre llevo conmigo cuando voy por estas sierras y da un resultado casi perfecto. La palabra torraso se refiera a lo que esta torrado, tostado. **El Paso del Cubo.** Nombre incorrecto porque el paraje, de toda la vida, ha sido conocido por la pasá del Cuco. Se encuentra situado justo donde se junta el arroyo de Hoyo Redondo con el que baja del collado del Ojuelo. La palabra "pasá" es muy usada en el lenguaje serrano y extendida a casi todo el Parque Natural. Se refiere a un sitio por donde se puede cruzar la corriente de un arroyo o riachuelo. **Agua de los Perros.** Este nombre, por el mismo paraje, queda colocado en varios lugares. Se lo han puesto a un collado, a un cortijo, a una fuente, a un pico, a una cueva, a una cerrada y a un arroyo. Al menos estos son los lugares que yo conozco bautizados con este nombre. Pero quería decir que aunque para escribirlo se haga como yo lo he puesto arriba "Agua de los Perros", tal como en la sierra siempre se ha dicho es "AGUA LOS PERROS". Una pequeña variación que no tiene importancia pero que encierra un matiz único y en ello es donde creo está la verdadera seña de identidad. Este segundo lo usa y valora tal como siempre fue y así lo deja en su lugar exacto. El primero lo saca de su cuna de nacimiento y lo transforma para que pertenezca a un mundo al que nunca perteneció ni conoce. Por eso, en las páginas de este trabajo mío yo lo uso tal como me lo he encontrado que es, además, como de verdad me gusta. Hasta tiene un sonido especial que concuerda con todo lo especial que son

estas sierras. El paraje en concreto se encuentra por el barranco del arroyo del Chillar, en las umbrías de la Albarda. **Topaero.** Su expresión correcta es Topaero y no Topaero. Pero escrito tal como aquí lo he puesto en negrita, lo he visto en varios sitios. Tampoco ello tiene mucha importancia pero yo que he tenido la suerte de encontrarme cara a cara con el terreno donde está colocado este nombre y de conocer a las personas que lo saben pronunciar al modo en que ellos de siempre lo han dicho, lo expongo aquí para que se capte el matiz y se sepa.

Ganaderías o pastores por la zona

Subiendo desde el Puente de los Agustines hacia el Embalse del Aguascebas la primera casa de pastores con su rebaño de ovejas está por la laguna de Carrales. Ellos son de Chilluévar y en invierno se bajan con sus ovejas por Sierra Morena. Un poco más adelante tiene su majada Juan, el pastor del collado del Ojuelo. En estos años de sequía es, de todas estas sierras, el que peor lo ha pasado. Con unos tubos de plástico coge el agua de la fuente Moratilla, en la pista de tierra que sube al Prao los Chortales y la baja al cortijo y la tinada. Sus ovejas llegan hasta las laderas y llanura de los Tableros y Torraso. Por el collado de la Tobilla, vista a la cañá de la Madera hay dos pastores que dan pastos a sus ovejas por este mismo collado, el cerro del Postres y la laguna de la Muela. Por los poyos de Gil Cobo, hay una tinada que es propiedad de Romualdo, el pastor que vive en el cortijo de la Traviesa. Sus ovejas pastorean desde el Aguascebas Grande, arroyo Gil Cobo hasta el collado del Pocico cueva Honda.

En el cortijo del raso de la Escalera vive Pablo. Tiene un buen rebaño de ovejas y pastorean por las Morrillas, la Escalera, Blanquilla Baja y parte alta del Aguascebas Grande. Cerca está la majada de la Carrasca y algo más adelante se encuentra el collado de la Cruz de Juan Nuñez. Aquí están Vicente y Adeladio. Este último carea con su rebaño por la fuente del Pino. En el cortijo y casa forestal de la Fresnedilla vive Ángel que dar pastos a sus ovejas por las tierras que rodean a la Fresnedilla, Nava del Vilano y las Cebadillas. Por el poyo del Moro está el cabrero Andrés que da pastos a sus cabras, no muchas porque ya está jubilado, por los corrales del río Aguascebas Grande. En las llanuras de Jabalcaballo hay otro pastor. En realidad son dos. Uno de ellos vive y tiene casa por la fuente de la Berza y otro de ellos, Amador, vive en los cortijos del Juego de la Bola y es de Coto Ríos. En la primavera del año dos mil, me lo encontré dando hierba a sus ovejas justo por los tornajos de la cañá del Partar, nacimiento de la cañá del Avellano de Arriba. Amador inverna por la hoya de Miguel Barba y los barrancos del Zarzalar, donde se crió la Golondrina. Por peña Corva él vuelca, llega al Juego de la Bola y desde ahí baja para el cortijo del Zarzalar hasta Coto Ríos. Tara como una hora y cuarto. Y por las cumbres de la majá de la Perra, a veces y en verano, viene algún pastor de la zona de Chilluévar.

Ya pasando el Embalse de Aguascebas, por la derecha y el gran

paraje del cerro Vílchetes hay otro pastor. Se llama Juan y vive en un bonito cortijo que tiene por nombre la Escalera solamente. A sus ovejas y cabras las he visto muchas veces junto a la carretera. Por la izquierda queda una finca muy buena, cercada y un cortijo que se llama del Caracho. Lo que pastan por aquí es una ganadería de reses bravas. Entre lo grandes toros negros varias veces he visto a una oveja. Está sola y se nota que el animal le ha tomado cariño a la ganadería vacuna y de ella no se aleja para nada. Pero seguro que esta oveja pertenece a un postor que se llama Segundo y que vive en el cortijo del Montón. Queda este cortijo al final del Prao Canalejas, más hacia los arroyos de Plaza. Desde la carretera se ve este cortijo porque queda remontado sobre un cerrete algo más hacia las cumbres del puerto de las Palomas pero cerca de la casa de Caracho y Prao Canaleja. Tanto Juan, del cortijo de la Escalera de los Vílchetes como Segundo del cortijo del Montón, ninguno de los dos se bajan a invernal por las finca de Sierra Morena. Los terrenos donde ellos dan hierba a sus ovejas no son tan propicios para la nieve como en las partes más altas. También por la fuente de San Antón, muchas veces he visto un hato de cabras blancas lo mismo que por la fuente Colorá, cerca de majá Serbal. Por Hoyo Redondo, término ya de Santo Tomé y cabecera del río Cañamares, hay otro pastor. Se llama Rufo y es el que ocupa el cortijo del poyo del Rey.

Enfermedades que ellos curaban con productos de estas sierras

* Las cebollas marraneras se cogen, se "espisca" un poco, se fríen con aceite, se deja enfriar y luego con este aceite se unta en las almorranas y con el tiempo se quitan.

- ¿Cómo sabes que esto es cierto?
- Un hijo mío estaba todo el día rascándose. Un día saqué una cebolla de esas, la freí bien en aceite y le dije que se untara. Me hizo caso y al poco tiempo ya no se "arrascaba" para na. Otro hombre que yo conozco lo operaron en Úbeda de las almorranas y no se le quitaron. Se lo dije, me hizo caso y no le han vuelto a salir más.
- ¿Son las cebollas que se crían en el huerto?
- No, salen silvestres por el campo y son también gordas como las de los huertos. Le dicen cebollas marraneras. Echa un porro gordo abajo.

* - Y con la miera ¿qué se cura?

- Entre otras cosas la roña de las ovejas. Lo que se llama sarna. Pero también sirve para curar parásitos intestinales y algunas enfermedades de la piel. Una persona que yo conozco, tenía muchas ronchas por todo su cuerpo. Algunas ya eran casi llagas. Fue a muchos médicos y ninguno de recetó el producto apropiado que le quitara la enfermedad que tenía. Un día me pidió a mí un poco de miera, porque yo tenía miera para dársela a las ovejas. Le di un bote, se la untó por todo el cuerpo un par de veces y ahora ves a esa persona y ya no la conoces.
- ¿Se le quitaron las ronchas y escamas que tenía por el cuerpo?

- Se le quitaron por completo.
- Y la miera ¿de qué se hace?
- De las raíces de los enebros. Por estas sierras de las Villas, en otros tiempos, había más de una. Justo en el arroyo del raso de la Honguera, ya te lo he dicho, había una.

* Con las bolas que dan los enebros, las semillas, ellos se curaban el reuma. Tenían que hacer un novenario. Durante nueve días se tomaban semillas de estas plantas empezando por una y cada día iban aumentando hasta llegar a nueve con el día noveno.
- Unas veces se curaban y otras nos. Eso dependía pero las semillas del enebro no es venenosa ni mucho menos.

* Con la hoja redonda del Ombligo de Venus, se curaban ellos el dolor de muelas. Cogían estas hojas verdes, la cocían y se tomaban la sustancia y con esta infusión se les calmaba el dolor de muelas. Esta planta se cría entre las rocas, allí donde las ovejas o cabras hayan depositado mucha basura, cagarrutas, el clima sea algo húmedo y casi siempre en parajes orientados al norte. Umbrías muy iluminadas pero con la suficiente humedad.

* Crece por aquí, Cuevas de Navazalto, una planta que ellos llaman Hierba del Lobao. Si a una res le da lobao, se corta unas ramas con la navaja, se hace una crucecilla, se ata en el centro con una hebra y se le pone en la boca para que se le quede abierta. Al respirar el animal, se lleva para dentro el aroma que desprenden los palos que forman la cruz y el animal se mejora. El lobao es un mal que le da a las ovejas que se mueren sin más remedio. No sé qué nombre tendrá esta planta en el mundo científico pero sí digo que la he visto muchas veces y en muchos puntos de las sierras de este Parque Natural.

Los pastores se quejan de que

Les compran los borregos ya con veinticinco y treinta kilos y todavía se lo dejan un tiempo más a los pastores para que los sigan alimentando. De este modo ellos salen perdiendo mucho más porque durante estos días que aun los tienen, el dinero que vale el pienso sale del bolsillo de los pastores.
- Y otra cosa que no veo clara es que los que compran llegan y ponen los precios que a ellos les vienen bien. Lo mismo vale un borrego de veinte kilos que de veinticinco, de treinta, de dos meses que de tres. Llegan y dicen: “Te damos siete mil pesetas por borrego” y de ahí no salen esté el borrego gordo, flaco y tenga tres semanas más que menos. Esto no lo veo yo claro. A mi no me cuesta lo mismo poner un borrego con treinta kilo que con veinte.

Se quejan de que los pastos de las dehesas, fincas en Sierra Morena a donde se tienen venir a invernal, están cada vez más caros. A un pastor de la Sierra de las Villas en el invierno del 98-99, en una finca por

Bailén le cobraron dos millones y medio. Al año siguiente esta finca se la llevó un pastor de fuente Segura por cuatro millones ochocientas mil pesetas.
- La sacan a subasta y aquel pastor que más dinero meta en un sobre cerrado ese es el que se la lleva. Es otra cosa que tampoco veo bien porque con este sistema siempre salimos perjudicados los pastores. Como tenemos necesidad de la finca porque en invierno no se puede vivir en la sierra por las nieves y los hielos, pues pujamos todo lo que sea necesario pero si luego el año viene malo y no hay hierba a los animales hay que alimentarlos con pienso y tienes que pagar la finca lo mismo que si hubiera sido un buen año de hierba. Al final, los borregos que sacas en esos cuatro o cinco meses que estás en las dehesas es para pagar lo que te cuentan los pastos.
- Y los señoritos ¿qué dicen?
- Como siempre suelen ser personas que están acostumbrados a manejar mucho dinero, para ellos cinco o seis millones es como para nosotros cinco mil pesetas. Y otros dicen que si no se la queda ningún pastor les da igual. Otro año tendrán que venir a por ella y les costará más cara. Esto es un abuso y como siempre lo sufrimos los más pobres.
En algunas fincas de estas dehesas les obligan a cambiar el corral de las ovejas cada cierto tiempo para que de este modo las cagarrutas que van dejando los rebaños abonen la mayor cantidad posible de tierra.

Los pastores se quejan también de que las veredas de trashumancia, las oficiales y que son propiedad del Estado, cada vez están más invadidas por los chalés, las sementeras, los olivares, las cercas que ponen personas que se apropian de tierras que no son de su propiedad.
- En una verea de ocho días desde fuente Segura hasta Bailen, desde las Cumbres de Beas hasta Santisteban del Puerto se tardan tres días. Pues en esos tres días los animales no pueden probar bocado porque por donde pasan la vereda, está todo lleno de olivos, carreteras, sementeras, casas. Tampoco a esto hay derecho. Y por no tener ni siquiera tenemos sitios donde dormir cuando llega la noche ni abrevaderos para que los animales descansen y beban. Todo está invadido y en algunos sitios hasta por los mismo Ayuntamientos de los pueblos.

Se quejan de que la carretera transversal de la Sierra de las Villa, cada vez está peor para transitar por ella. Cuando tienen que venir los camiones con pienso para los rebaños muchos no quieren hacer el transporte por lo mala que está la carretera.
- Si por aquí se mete un camión medio regular, al dar las curvas tiene que coger toda la carretera y si en esa curva se cruza con algún coche ¿dime tú que pasa?

La lana que sale de las ovejas cuando las esquilan al comienzo del verano dicen que ya nadie la quiere. Ni regalada la quieren y por eso la tienen que tirar.
- ¿No podrían coger esta lana y en lugar de fabricar tantas telas con esos

tejidos de fibras sintéticas, tejerlas con nuestra lana de ovejas que es tan buena?
Tampoco nadie quiere la “basura”, el estiércol que sale de las ovejas. Este estiércol es el mejor abono natural que existe pero en estos tiempos ni siquiera regalado lo quieren.
- ¿No se podría comercializar de alguna manera para que en lugar de echarle tanto abono químico a los olivos y sementeras, le echaran esto estiércol natural que es mucho mejor? ¿De qué modo se podría se podría dar salida a estos productos naturales y que al mismo tiempo que se le hace un bien a las cosechas también obtuviéramos un poco de beneficio los pastores?

Les prometen subvenciones de la comunidad Europea y cuando llegan a la Junta de Andalucía ahí se quedan meses y meses.
- La ayuda que dieron para la sequía del verano 99, nosotros tuvimos que gastarla ese mismo verano en pienso para los animales, en cubas de agua en aquellos sitios donde no había y cuando llegó la Navidad de ese año todavía no sabíamos dónde estaba el dinero de aquella ayuda. Y sí sabíamos que la Junta de Andalucía la había cobrado pero el dinero ¿dónde estaba?

Una queja muy frecuente es la gran espesura que los montes van desarrollando en aquellas partes de las sierras donde no pueden pastar los rebaños.
- Ahora no dejan cortar leña, no dejan recoger piñas secas para encender las lumbres como en aquellos tiempos, no dejan roturar la tierra sembrar a no ser un rodalillo cerca de las casas donde viven y siempre cercado y ni siquiera dejan que los rebaños se metan en las espesuras de las umbrías o solanas que entes sí pastoreaban los rebaños. Y claro, así pasa lo que pasa. Los animales se mueren de hambre, y cuando por estos montes ocurre un incendio no hay quien lo apague. Con tanto monte, ramas secas, pinas y otras marañas pues los bosques arden como la yesca. Ya ni se puede pasar por muchas veredas de lo cerrado que el monte está.

Buitreras en la Sierra de las Villas

Mientras fui recogiendo información para las páginas del presente libro, me encontré voladeros ocupados con buitres, en las siguientes partes de estas sierras:
* Por el arroyo de Gil Cobo, por encima de la cueva del Agua y por debajo de la cerrada de San Ginés. Al final del barranco del Zarzalar. La Tejea se llama el lugar.
* En río Aguascebas Grande, por el Chorro de las Cebadillas. Se le conoce al rincón con el nombre de El Chorro. Topónimo muy abundante en el Parque Natural.
* Por los voladeros de la cascada de Chorrogil, encima del Embalse Aguascebas. El lugar se le conoce por Chorrogil y Poyollano .
* Por la Cascada de la Palomera, en el río Cañamares, final de Hoyo Redondo.

* Por la Osera, en los voladeros que quedan por debajo de la cumbre de Navazalto.
* En el gran circo del Bigarral, por el cinto de voladeros que va coronando a este circo que hacen frontera entre las cumbres de Navazalto y la hondonada. Es donde se abren las Cuevas de Navazalto pero las buitreras quedan entre el puntal del Mojón y el puntal del Ahijaero. También hay algunos buitres por este barranco del Bigarral. En los filos donde están las Cuevas de Navazalto.
* También he visto buitres parándose en los paredones rocosos que caen desde la Muela por la solana de Bardazoso hacia el Chorro.
* Por la lancha de la Salobreja, arroyo de Martín y en los voladeros que desde Roblehermoso vuelcan para al barranco de la Madera.
* Por las rocas que caen en alto voladeros en la lancha del Pueblo, algo más abajo de las ruinas del castillo de Chincolla. Es por donde más se estrecha el arroyo del Chillar y ya empieza a caer para el Guadalquivir.

Descubrimientos personales: a lo largo del tiempo empleado en el trabajo del presente libro, descubrí que casi todos los asentamientos de buitres se encuentran por las tierras donde todavía pastorean algunos rebaños de ovejas y cabras. Por la parte de la Sierra de las Villa donde en estas épocas ya no existen rebaños de ovejas ni cabras ni vi muchos buitres ni tampoco voladeros ocupados por ellos. Y estas partes de la sierra son desde el Embalse del Tranco, muro, hasta las cumbres que coronan al río Aguascebas Grande.

Todos estos acantilados estaban llenos de buitres leonados y en la que más encontré fue en la del Chorro de las Cebadillas. Creo que por la solana de Bardazoso y por la umbría de las Albarizas, también hay algunos acantilados donde se instalan varias parejas de buitres. La siguiente buitrera que más aves tenía era la del arroyo de Gil Cobo. Justo por la parte de abajo de esta buitrera un día me encontré el esqueleto de la cabeza de un gran macho montés. Tenía sus dos cuernos y estaban en perfecto estado. Por las buitreras de El Chorro de las Cebadillas, la mañana que vi a las ovejas pastando por allí cerca, los buitres estaban revolucionado. No dejaban de planear por encima de nosotros y las ovejas y pasaban casi rozándonos.

Otra cosa que también descubrí por mí mismo fue que por estas Sierras de las Cuatro Villas la presencia de pastores es mucho más intensa que por cualquier rincón de este Parque Natural, quintando Santiago de la Espada y los Campos de Hernán Pelea. Y al comparar, sin querer, me salió la siguiente realidad: Por la sierra término de Villacarrillo y Santo Tomé, se ha permitido que los pastores sigan siendo el elemento principal de los paisajes. Por las sierras con término de Iruela, se ha fomentado más las construcciones turísticas tales como hoteles, campings, casas rurales y chalés y por la sierra del término de Cazorla no se deja de fomentar el turismo. Mucho turismo y que se llenan las sierras aunque ni se sepa en qué

acabará este desmedido afán.

Así he descubierto que los que más viven de la venta de las cosas de este Parque Natural, fundamentalmente naturaleza en todos sus matices, son los de la zona de Cazorla. Como si todo su afán estuviera sólo en vender para así seguir sacando para vivir porque este es el filón de los nuevos tiempos. Los que menos fomentan la venta de los paisajes y por eso, para mí resultan más atractivos y vírgenes son los de estas Sierras de las Villas. Y no he encontrado ni personas frustradas ni tampoco menos felices ni con menos recursos materiales, sino todo lo contrario. Lo de la Sierra de Segura, un día y en su lugar oportuno, diré lo que personalmente he ido descubriendo. También otro día diré, descubierto por mí mismo, cómo es la reelección y postura ante los paisajes de este Parque Natural, de los pastores, los guardas, los turistas, los guías de turistas y los que venden sierra y cosas arrancadas a estas sierras. Es un descubrimiento curioso y que me llenó de una luz nueva.

Los caminos por la sierra de cortijo en cortijo

Aquí quiero hablar de los caminos que más bien son o fueron veredas y antes de hacerlo tengo que aclarar algo: no pretendo hablar de aquellos caminos que reseñaron en los antiguos mapas del ejército y que atravesaban las sierras del Parque Natural de un extremo a otro. Aquellos caminos ya están casi todos borrados, convertidos en carreteras con asfalto, pistas forestales y dejados para que se los coma el monte, en muchos tramos de su recorrido. Y aquellos caminos tampoco estaban bien reseñados en los primeros mapas que el ejército levantó por estas sierras. Su marcado sobre el papel siempre me resultó muy impreciso y sólo ciñéndose a los más importantes.

La sierra, toda la sierra que queda dentro del Parque Natural, siempre estuvo surcada de preciosas veredas, no muy importantes muchas de ellas pero que existían y daban su utilidad a las personas que vivían en estos rincones. Esos caminos también se fueron borrando porque dejaron de usarse cuando las personas comenzaron a irse de estos parajes. Pero esos caminos, casi nunca reseñados en ningún tipo de mapa, aun siguen existiendo y llevan a los mismos sitios que llevaban aunque ahora en lugar de cortijos sólo haya ruinas y muchos huertos comidos por las zarzas. De estos caminos y en concreto por la Sierra de las Villas, es de lo que aquí quiero hablar. Y antes de empezar quiero también decir que aunque me gustaría ser lo más preciso posible porque el tema así lo exige, quizá no pueda tanto, por lo difícil que es, hoy en día, saber el punto exacto por dónde pasaba aquel camino. Pero lo que he descubierto y sé, aquí lo voy a decir.

Una puntualización más que quiero dejar reseñada es que el lugar o punto donde me voy a poner para describir estos caminos no es arbitrario ni simple. Voy a irme por los caminos de la sierra para hablar de ellos

entrándoles desde abajo arriba y no al revés. El que se sitúa arriba lo hace con prepotencia aunque diga que es humilde ante la sierra y los serranos. El que se encuentra abajo siente la humildad no sólo de palabras o para lograr una frase literaria más o menos bonita sino viva en sus carnes. Los serranos siempre estaban situados abajo y no eran menos dignos que los que, entonces y después, les miraban desde las alturas. Esto por un lado y por el otro lado, es que lo serranos no salían de la sierra sino para tomar algo prestado del exterior y volver otra vez a ella que era donde tenían sus nidos, sus raíces y sus amores. Ellos siempre entraban a la sierra porque eran de ella y por eso los caminos les traían desde las lejanías, las honduras y la humildad a los valles de sus cumbres donde estaban sus cortijos y sus vivencias. Como si necesitaran remontar en lugar de bajar para así acercarse más a las nubes, al azul del cielo, a lo inmortal y limpio, a Dios. Quizá ellos no fueran conscientes de esta reflexión mía pero en sus corazones así actuaban y Dios lo sabía. Por eso voy a describir los caminos de esta parte de la gran sierra: desde abajo arriba y no al revés.

Y los voy a formular imaginándome un árbol con su tronco que penetra o se eleva por el espacio echando ramas en todas las direcciones. Los caminos serranos se desarrollaban de un modo más o menos parecido. Y como ya he dicho, las ramas de este gran árbol cubrían toda la superficie de la sierra. En casi todas estas ramas, algunas más gruesas que otras según la importancia del sitio a donde se dirigiera el camino, alguien había fabricado su nido. Lo había revestido del mejor cariño y al calor de su pasto y lana, criaba y daba vida a los frutos de sus amores y corazón. Estos nidos son los benditos cortijos serranos que luego destruyeron depredares sin alma ni sentimientos. Pero como fue hermoso aquel espacio de tiempo y los nidos que las criaturas de Dios construyeron, no hay manera de borrar de la memoria aquella existencia y perfume.

Las raíces de este gran árbol las dejo fuera de la sierra que voy a recorrer y con su tronco entro por el collado del Caracho hacia el Embalse del Aguascebas. Ya he dicho antes que al lugar que hoy ocupa el pantano, en aquellos tiempos, los serranos lo conocían con el nombre de Guarondo. Me imagino que aun no está por aquí este pantano. Pues por lo que ahora es su centro total, entraba un camino que llegaba desde este collado de Caracho. Hasta el collado de Caracho, desde la cuesta de la fuente del Roble, Escalera, piedra Nativa y lancha del Montón, venía acompañado de una vía pecuaria y en ese punto mismo, se dividía. Una gran rama se le iba para la cumbre que luego recorreremos en un apartado especial. Podría decirse que su tronco se metía para el valle que hoy ocupa el pantano y en cuando llegaba al molino de los Quicos, hoy en el fondo total del pantano, seguía avanzando y ya empezaba a ramificarse hacia los valles de los arroyos y las partes altas de las cumbres. Una rama gruesa salía del valle y se iba por el arroyo del Torno para arriba pero por el arroyo de la fuente del Tejo, subía otra rama algo menos gruesa, con fuerza y mucha vida. Primero llegaba al

molino de Nofre, por encima de la cascada de este arroyo y en la cola del pantano. Desde aquí seguía arroyo arriba y se iba ramificando a ambos lados. Para la derecha subía al collado de Chorrogil en busca de los dos cortijos que por aquí existen todavía y luego coronaba por el tranco de Poyollano , más conocida por la escalera de la Morra. Por la derecha visitaba al cortijo de Carambilla y los Chortales y por la izquierda, el cortijo de las Pepas, el de Justa la Fumaora y otro más que se encontraba donde hoy están los tornajos de la Morra. Le hacía una visita a un par de cortijo que por ahí se alzaban y por el lado norte de la morra de Chorrogil, coronaba hacia la cañá del Avellano.

Seguimos por los tallos de esta rama y luego volvemos al punto de donde nos hemos retirado del tronco. Pasaba por delante del cortijo cuyas ruinas todavía puede verse de la cañá del Avellano de Abajo y seguía para el cortijo de la cañá del Avellano de Arriba, para el de la fuente de la Berraza, el de la Rinconá, cortijo de Jabalcaballo, el del Pardal, el de Lucio Parras, el Pez del Trigo y otros cortijos que por este lado y cumbres de la sierra había. Por aquí enganchaba con otro camino que venía desde el puerto de las Palomas, Poyo del Rey y nava del Puesto. Parte del que ya dije antes se llamaba de la Cumbre. Y claro, si lo seguimos ahora nos meteríamos en lo más profundo de la sierra y a nosotros, en este trabajo, sólo nos interesa la parte que antes dije.

Justo por debajo de peña Corva se metía un ramal y volcando para la vertiente del Guadalquivir y poblado de Coto Ríos, se iba de visita a un montón de cortijos, aldeas y huertos por ahí presentes. El Juego de la Bola, el Zarzalar y otros. Pero nosotros nos venimos para la sierra que vamos recorriendo y nos vamos por la vereda que salía desde la cañá del Avellano para el collado y cortijos de la fuente del Tejo. Por este arroyo arriba subía la vereda y coronando por el collado del Muerto, cerca de la morra de los Cerezos, se bajaba un poco por el tramo primero del arroyo Gil Cobo. Antes de llegar a la actual fuente Colorá, se trababa en la umbría y volcaba por el portillo de la Blanquilla Baja. Rozaba el Cenajo de la Blanquilla Baja y por la cañá del Lobo se metía para arriba en busca de la Blanquilla Alta. Coronaba el pico de Pedro Miguel, el hasta hoy conocido por el Blanquillo y por aquí seguía avanzando. Pero ahora nosotros lo vamos a dejar para volver al arroyo de la fuente del Tejo que es donde nos separamos de aquella gruesa rama de la derecha.

Por la pasá del Maguillo las veredas se ramificaban como los tallos de una Zarza. Para la derecha subía una que al llegar al collado de Chorrogil, se volvía para atrás y surcando la ladera y umbría de la cuesta del Oso, remontaba hasta el Poyo de Tarquino, donde está el cortijo nuevo. Justo al coronar el portillo, un poco más arriba y en mitad de la ladera, se dividía en cuatro caminos. El que seguía al frente iba justo a la Escalera de los Faustinos, cortijo de los Chortales. Para la derecha se apartaba un ramal que

iba y va todavía al cortijo de Carambilla, por debajo del tranco de la Morra. Y por la izquierda, siguiendo un poco el poyo que cae para el cortijo de Tarquino, caía otro ramal que era el que nos traía al cortijo de Tarquino. Unos metros más arriba, sobre el collado de las eras, se juntaba con el que venía del Prao de los Chopos y subía por la Escalera de los Faustinos. Ahí mismo enganchaba con una que venía desde el Prao de los Chopos y por el portillo o cascada del arroyo los Chortales, por la que llaman escalera romana, subía hasta el cortijo de los Chortales y luego seguía remontando hasta encontrarse con la que antes traíamos al pasar por estas partes altas.

Volvemos otra vez a la pasá del Maguillo y por el lado izquierdo, desde el cortijo de Aniceto y por debajo de los Praos de Coca, subimos por la cuesta del Caballo de Juan Nuñez hasta el cortijo del Romeral. Seguimos unos metros y ya enganchamos con una vereda que baja desde el collado de la Cruz de Juan Nuñez pero nos venimos para la derecha. Recorremos el cortijo del Prao de los Chopos, el de las Castañetas, el del Tarquino antiguo y por el arroyo de la fuente del Tejo, una vereda muy pobre y difícil de andar, subimos hasta la Huelga. Desde aquí remontamos para la izquierda y por lo alto del Poyo de los Robles buscamos aquel camino que pasaba por el collado del Muerto.

Pero volvemos otra vez a la pasá del Maguillo y ahora nos vamos por los Praos de Coca arriba hasta la fuente del Pino, manantial, ruinas de cortijo y nava. Cortijo de la Cachorra. Y aquí, sin pretenderlo, nos vamos a meter en el corazón del gran bosque formado por las ramas del árbol que decíamos. Pero todavía nos escapamos un poco por el lado de la derecha, el que da a las cumbres de la sierra y nos venimos por una vereda que subía hasta el collado de la Cruz de Juan Nuñez. Volcamos y si nos venimos para abajo vendríamos otra vez al Prao de los Chopos que ya lo hemos recorrido. Así que desde el collado de la Cruz, nos vamos para el raso de la Escalera, pasamos por la majá de la Carrasca, cortijo del raso de la Escalera y por la lancha que queda frente otra vez podremos remontar al Poyo de la Juliana, fuente de los Buitres y Poyo de los Robles e irnos al collado del Muerto.

Esta vereda es la que le da nombre al raso de la Escalera. Para subir por este arroyo tuvieron que trazar una escalera por el mismo surco del arroyo y que remonta haciendo zigzags con este cauce. Es la vereda del raso de la Escalera. El raso queda en el mismo collado, por donde pasa o de donde arranca la senda y la escalera, es la vereda que remonta por la caída del arroyo para buscar las partes altas. A la izquierda, puntal de los Robles, hoya de la Zamarrilla, fuente Colorá, collado del Muerto y la morra de los Cerezos y para la derecha, cañá de la fuente del Tejo y sigue para las llanuras de Jabalcaballo.

Pero en el mismo collado del raso de la Escalera, que por ahí hay otra escalera que sube a la cumbre, con la vereda volcamos para el arroyo de

Gil Cobo. Pasamos por el cortijo de la Traviesa, bajamos a las huelgas de Gil Cobo y para la derecha, nos metemos por la cerrada de San Ginés, no por donde hoy va la pista forestal sino por el lado izquierdo y remontado sobre la cerrada y venimos a salir al cortijo de los Espinares. Por debajo del collado Perenoso. Desde este cortijo, si nos venimos un poco para la derecha, encontramos otra vez el portillo de la Blanquilla Baja y la vereda que antes recorríamos. Nosotros ahora seguimos arroyo arriba hasta coronar el collado Perenoso. Volcamos con la humilde senda y vamos a salir al que fue cortijo de la Noguera, en un incipiente ramal de arroyo del río Aguascebas Grande. Seguimos la senda y un poco más abajo por la derecha y ladera arriba se nos aparta un ramal que se mete por entre espesos bujes, complicadísimos voladeros y arroyos muy inclinados hasta que nos deja sobre el magnífico Poyo de los Robles, el del gran circo del Aguascebas Grandes.

Desde estos poyos la humilde senda sigue subiendo casi agarrada a las paredes rocosas para encontrar un paso y para que no nos caigamos al hondo precipicio. Corona a la cumbre total por un punto que le llaman Pinar Negro, no es el de los Campos de Hernán Pelea. Y nada más coronar se divide en dos direcciones por completo opuestas. Para la derecha se viene hasta las mismas cumbres de Pedro Miguel, pasando antes por una fresca fuente donde hay unos tornajos y para la izquierda hacia el Cubo y la grandiosa cañá Somera. Por estas elevadísimas cumbres tenemos que dejar ahora nuestra preciosa senda porque ya nos hemos adelantado mucho en la honda sierra cuando todavía nos queda también mucho terreno por pisar y recorrer más próximo al tronco del árbol que venimos explorando y hacia el lado norte. Luego volveremos a estas cumbres para continuar por las hermosísimas sendas que las recorrían hasta llegar al muro del Embalse del Tranco. También chorreaban desde ellas para ambos lados.

Así que volviendo al mismo tronco del árbol que andamos recorriendo nos ponemos otra vez en el centro de lo que ahora es el Embalse del Aguascebas. Miramos y cogemos un ramal que subía por el arroyo de la Fresnedilla arriba, llegaba al cortijo del collado del Lobo, en la misma carretera y curva y desde ahí la seguimos para la nava del Rico. Remontamos por ella hasta el gran collado del Pocico. Justo por aquí es donde muchos mapas y desde tiempos lejanísimos sitúan el collado de la Traviesa. No existe tal collado en esta parte de la sierra y menos en este punto. Este grandioso collado desde siempre lo conocieron lo serranos con el nombre del Pocico. El otro, un collado menor que queda justo por detrás de las casas de la nava del Rico, pudiera ser el de la Traviesa, como ya lo he dejado escrito en algún apartado de este trabajo pero por ahí sólo pasaba una vereda muy secundaria y al collado más le cuadra el nombre del Rico o de la tiná de Dámaso. Ambos puntos se sitúan al lado sur y norte de dicho collado.

Pues por aquí mismo entraba el camino y en lo más alto del collado,

el del Pocico, se dividía. Un ramal se venía para el que es hoy cortijo de la Traviesa y el otro ramal, el más importante, se metía por el barranco del Zarzalar para abajo, llegaba al cortijo que se alzaba en ese barranco pero ya cerca del cauce del arroyo Gil Cobo, seguía, cruzaba esta arroyo por debajo de las actuales buitreras y por un punto que se llama Puente Tijera, remontaba por la ladera opuesta al barranco del Zarzalar, coronaba por otro collado que se llama de la Tejea, caía por el Canalón del molino de la Parra, cruzaba el río Aguascebas Grande justo por las paredes de este molino, remontaba hacia el collado de la Parra pero un poco más pegado a la cueva del Peinero y seguía. Luego lo continuamos porque ahora nos tenemos que volver al tronco del árbol para no alejarnos mucho y perdernos por completo.

Tocamos otra vez el tronco del gran árbol en el mismo centro de la vega que hoy cubren las aguas del Embalse del Aguascebas y ahora remontamos un poco yéndonos por el camino que subía por el arroyo del Torno. Pero antes de avanzar por esta senda tengo que decir que desde el mismo Embalse del Aguascebas, en aquellos tiempos, arrancaba una vereda del tronco del árbol que hemos imaginado y por el lado del pueblo de Mogón, se metía río Aguascebas Chico abajo sacaba de la sierra. Era la vereda del Aguardientero y la Osera. Una vereda muy primorosa pero mala de andar porque tranco que presenta al pasar el portillo y cuesta del Aguardientero. Los serranos la usaban sólo cuando bajaban o subían sin bestias. Hoy, este paso y hermosa vereda de aquellos tiempos, sigue existiendo pero hasta la han destrozado precisamente en su parte más bella que coincide con el tramo más complicado de andar. El portillo y cuesta del Aguardientero.

Algunos decían que el camino principal, por estas zonas de la sierra, era el que desde donde ahora está el pantano, subía por el arroyo del Torno pero no estoy seguro del todo. Así lo recogieron los primeros mapas del ejército y como los que no nos hemos criado en estos rincones, tampoco hemos llegado nunca a conocerla en profundidad, pues nos hemos creído que muchas cosas eran así sin más. Pero el camino subía por el arroyo del Torno, siendo verdad que era una buena senda, rozaba varios cortijos que se alzaban en esta parte final del arroyo antes de que éste se fundiera con el río Aguascebas Chico y remontaba hasta la fuente del Vilano. No moría aquí sino que seguía pero como este grandioso venero era casi el centro de las veredas de este Valle de Guarondo, nos detenemos brevemente para luego seguir en la dirección que traemos. Porque quiero decir que desde la fuente del Vilano, dos veneros en tan sólo unos metros y una sola fuente, un ramal de esta senda subía por la solana hacia al Cruz de Y estas, collado por donde remonta la gran cresta del macizo de Navazalto. Y desde aquí volcaba para el puntal del Mojón, los Llanos de Navazalto, tranquillos de Navazalto, cuesta de Navazalto y caía hacia los olivares buscando al pueblo de Mogón. Era este un camino principal que daba entrada y salida a las personas que vivían en lo más hondo de la sierra y a la vez, también era vía pecuaria. Todavía se sigue usando como tal pero con sólo un rebaño de ovejas. Por esta senda sí

transitaban las bestias con sus cargas de lo que fuera.

Volvemos a la fuente del Vilano, ya he dicho que delicioso rincón tanto en lo emocional como en lo paisajístico y antes de seguir nava arriba, visitamos cada uno de los cortijos que antes de tal nava, había. Ya con la sed colmada en tan limpio y fresco manantial seguimos remontando por el arroyo del Torno, ahora ya tierra llana y por eso nava del Vilano, volcaba para el arroyo de las Cebadillas. Pero antes, por la derecha se apartaba un ramal que venía al collado del Lobo, a los Torcos de cueva Honda, a la tiná de Dámaso y por el collado de la nava del Rico, volcaba para esta nava y el collado del Pocico. Desde la tiná de Dámaso subía un ramal para entrarle a la cumbre del Ponestillo por un precioso puerto que se llama del Pino. Desde ahí bajaba y le hacía una visita a los cortijos de la Benita, su potente lancha, sus huertos y luego se atrevía a irse por el tranco de los Palos hacia la Rinconá de la Herraura, donde se juntaba con la senda mayor que hemos dejado por la nava del Vilano. No lo vamos a seguir porque el protagonismo se lo tenemos que dar al de la nava del Vilano.

Era la senda principal que volcaba para las Cebadillas. Lo hacía y lo hace justo por un portillo que el arroyo horada al derramarse para esta umbría y por un punto que se llama fuente del Zar. Mana por ahí una fresca y caudalosa fuente que nunca se seca. Por aquí pasaba el camino y hasta lo tenían empedrado y todo para que las bestias pudieran remontarlo mejor. Antes de rozar el primer cortijo de las Cebadillas por la derecha se le escapaba otro ramal. Se metía a media altura por la gran umbría del Cantalar y de poyo en poyo iba visitando las tierras que ellos sembraban y luego el cortijo de los Carachos. Desde ahí caía hacia la junta del arroyo Gil cobo con el Aguascebas Grande por un punto que le llaman la Herradura. Donde hace un momento hemos dejado la vereda que venía por el tranco de los Palos.

Y ahora volvemos a donde hemos dejado el camino grande que volcaba por el portillo de la fuente del Zar. Seguía bajando y en unos trescientos metros rozaba el primer cortijo de las Cebadillas. Le hacía una visita pasando por la misma puerta, se enganchaba a la ladera, trazaba una airosa curva para salvar un barranco y luego caía al segundo cortijo de las Cebadillas, justo por donde se despeña el Chorreón y están las buitreras. Le hacía otra visita a este cortijo y seguía hundiéndose en el barranco ahora recorriendo las preciosas tierras del Poyo del Moro. Visitaba tres cortijos más y ya se metía, por los Corrales de Cruz, en el surco del Aguascebas Grande. Por debajo del lugar llamado la Herradura, lo cruzaba y ahora también pero en forma de pista forestal y por un puente de cemento que le construyeron y remontaba por la ladera de Bardazoso. Se dividía en dos direcciones opuestas. Un ramal se venía para la izquierda y por el lado derecho de este río según corre, bajaba con él para los pueblos de Mogón y Villanueva del Arzobispo. El otro ramal se iba río arriba pero remontando la solana y después de visitar el Molino de Puente Toba, subía para el collado de la

Tobilla. Allí mismo se volvía a dividir y mientras que un trozo se iba para Villanueva el otro se metía para el corazón de la sierra, por donde más o menos ahora va la pista, buscando el collado del Ojuelo. Por esa zona y en las dos vertientes, había muchos cortijos que lo necesitaban y lo esperaban.

No lo he querido decir pero da la casualidad que todos los ramales de veredas y caminos que desde el Valle de Guarondo hemos metido a lo largo y ancho de la sierra de las Villas, los hemos dejado detenidos, sólo por un momento, a la altura del río principal de estas sierras: el Aguascebas Grande. A partir de este río, ahora tendremos que ir retomando todos aquellos caminos que dejábamos para volver una y otra vez al tronco principal. Quizá parezca fácil esta última porción de sierra pero no es así. Los caminos eran menos porque también eran menos los cortijos, sobre todo, por las partes altas pero iban por sitios muy complicados y por eso casi imposible de conocerlos después de tantos años sin ser usados. Pero vamos con el empeño.

La vereda que desde Jabalcaballo se mete por la Blanquilla Baja, la Blanquilla Alta, corona a Pedro Miguel y se va por Pinar Negro, pues continua. Sigue esta vereda por lo más alto de la cumbre, cordillera y al llegar a cañá Somera, cuando ya el arroyo empieza a caer para Prao Chortales, un ramal se va por ese arroyo abajo hasta Prao Chortales, otro ramal sigue por la cumbre buscando el pico Almagreros y otro ramal se viene por un portillo hacia la cuenca alta del río Aguascebas Grande. Este ramal recorre toda la ladera del Morro de los Hermanillos, por el lado del sol de la tarde, al llegar al collado de los Hermanillos, donde nace el arroyo del Tejuelo y parte del río Aguascebas Grande, cae para este collado, remonta por la solana del Caballo del Torraso, atraviesa este collado por un portillo y vuelca para el collado de arroyo raso de la Honguera. Ahí mismo un ramal se va por lo más alto de la Albarda y engancha con la actual pista forestal que sube por el arroyo de Martín hasta las llanuras de la Albarda. Por esta planicie y junto al a las ruinas del cortijo de la Albarda se queda algo mientras un trozo de este camino baja con la pista, en parte y por el arroyo de Martín hacia la fuente de los Cerezos. En ese rincón ahora se rompen los caminos porque le construyeron carretera, pistas y sembraron olivares. Pero seguía y bajaba hasta el río Guadalquivir y molino de los Agustines.

El ramal que bajaba por el arroyo de cañá Somera hasta las casas de Prao Chortales, también moría algo en estas casas pero desde ellas seguía, por la parte alta y entre la cumbre y los filos rocosos que se asoman al arroyo de María y por las Culebras se iba y se va hasta cueva Buena. Desde ahí se dividía y un ramal se metía por cueva Camarilla, los Poyos de Andaragasca y caía al arroyo de María por encima de donde ahora se remansa un pequeño pantano. Desde ahí bajaba todo el arroyo adelante hasta el Puente de los Agustines y fábrica de aceite de los Agustines. Ya enganchaba con el camino salía de la sierra por el Tranco. El otro ramal que

hemos dejado en cueva Buena se hundía para el barranco de Cañailla, por la espesura y dureza del terreno caía para abajo, pasaba por donde ahora se encuentra el hotel Cañailla, se metía por los legíos del Tranco y por ahí enganchaba con el verdadero camino del Tranco.

De los tres ramales que por cañá Somera teníamos, el que se iba por la cumbre total la recorría a lo largo de todo su extensión, rozaba el pico del Almagreros y por ahí un ramal se tiraba para la derecha bajando hasta las casas de las Lagunillas, a Mojoque y al Cerezuelo y ya a la vega del Embalse del Tranco donde se fundía con otros caminos más importantes. Por la cumbre del Almagreros y para la izquierda un nuevo ramal se tiraba para abajo y venía a caer justo a las casas de Prao Chortales, donde ya hemos dichos qué hacían y para dónde se iban las distintas veredas. Pero por la preciosa llanura de cañá Somera, el camino que subía desde el collado de los Hermanillos y coronaba por el tranco de la Cruz de los Soldados, sacaba un ramal que se tiraba para las laderas del río Guadalquivir, por el valle de los turistas y buscaba unos cortijos que por ahí construyeron. Se le conoce a este punto por el nombre de cortijo de Aguadero Alto. Esta era la vereda que mi amigo el viejo serrano recorría montado en su borriquilla desde el poblado de Coto Ríos para venir a labrar sus olivas por la vertiente del Guadalquivir cuando éste corre a la altura de Villanueva del Arzobispo. Un día, si las cosas no se tuercen y Dios lo permite, tendré que hacer este camino completo para así recoger en mis experiencias y amor de sierras, algo del perfume que este viejo serrano dejó por estas veredas.

Vuelvo ahora al collado del los Hermanillos, donde nace el arroyo del Tejuelo y ahí mismo cojo otro ramal de camino que se venía arroyo abajo en busca de los cortijos del Tejuelo. Eran dos. Desde ahí un ramal se metía por la solana del Torraso, la que mira a las casas de Prao Chortales y por entre romeros y pinares bajaba a la tiná de collado Serbal. Desde ese punto continuaba un poco más y caía al arroyo de María para enganchar con el camino que caía desde cueva Buena. Por la solana del Torraso también se iba un ramal en busca del collado del arroyo raso de la Honguera para enganchar con ese camino y irse con él para los puntos que atrás dije.

Y terminando ya con este tema, tengo algo que no me resisto callar aunque también quiero hablar de ello con mucho tacto para quedar bien situado en el lugar que pretendo. Que no se pueda confundir esta opinión mía con la de otros muchos que con tanta ligereza venden las sierras para que a las sierras vengan turistas a mansalva porque, según ellos, esto último es lo verdaderamente importante. Opino que lo del turismo por estas sierras debiera ser mucho más secundario de lo que muchos desean y proclaman pero allá ellos. La otra cosa que ahora quería decir es que, en mi experiencia personal por estas montañas, he descubierto que su despoblación es grande por parte de los serranos verdaderos. Muy pocos son los que por aquí ahora quedan excepto los cuatro pastores que ya he dicho. Todos los demás, se

fueron de aquí para siempre y los que ahora están viniendo ni son serranos y si alguno lo es, sólo busca en estas sierras recreo y descanso. Y lo que me digo es que no es bueno esto. Los serranos deberían estar y ser ellos los más importantes en la sierra.

Y una de las cosas que se me ocurre es que, si no todas, sí parte de aquellos caminos antiguos deberían ser reparados. Los pueblos deberían hacer un esfuerzo y dedicar personas y dinero para restaurar y conservar una gran parte de aquellos caminos antiguos. Discurren por parajes muy hermosos y ello sería más que suficiente para la recuperación de estos caminos. Creo que pertenecen al patrimonio cultural de la región y por eso le darían un gran valor a la sierra a la vez que un acertado instrumento para las personas que se interesan por las bellezas de estas montañas. Los caminos, los viejos y de siempre, de ningún modo deberían quedar perdidos para siempre. Ya que la pérdida de los serranos, de estas tierras, fue para siempre y de una manera irrecuperable, algo todavía se puede hacer para que no sea tanta la desgracia. Los viejos caminos se deberían recuperar como patrimonio de un mundo que fue riquísimo y rebosante de bellezas. Lo que nació aquí y es de aquí es de una riqueza incalculable. Todo lo que viene de fuera, puede que a lo largo sea bueno pero no igualará ni menos superará nunca a lo propio.

Las vías pecuarias

Dos de las principales ya la hemos recorrido cuando andábamos por las veredas que se borran. Pero los retomo otra vez diciendo que uno de ellos entraba por la cuesta de la fuente del Roble arriba, coronaba por el mismo cortijo de los Vílchetes, Prao Nevao, la Escalera, puerta del cortijo de la Escalera, remontaba por la Rinconá, piedra Nativa y por la solana de la lancha del Montón venía a caer justo al collado de Caracho. Es el mismo recorrido de la senda que antes describía porque en realidad por ese mismo trazado va el camino. Cuando escribo estas líneas esta senda aun se conoce bien y por eso se puede andar casi sin problema alguno.

Desde el collado del Caracho, con la misma senda que remonta por el tranco del Acebo hasta la Cumbre, se va la vía pecuaria o camino de trashumancia. Sube por el portillo de la lancha de Candiles, tranco del Robledo, remonta por el tranco del Acebo, Navazaltillo, collado de los Palancares, cortijo de los Palancares, laderas del Pardal, que es el Pez del Trigo, cortijo del Segaor y justo por peña Corva vuelca para la vertiente del río Guadalquivir cuando éste pasa por Coto Ríos. Por las laderas de esa vertiente baja y al llegar al valle se dividía para el río Borosa, por los Villares para arriba y el río Aguasmulas, por el collado de las Tablas mientras que otro ramal se va río arriba en busca de una vereda de trashumancia que pasa justo por arroyo Frío y remonta hasta el puerto de las Palomas. Esta vía pecuaria o vereda para el ganado, tiene algunos puntos donde los rebaños

podía parar y beber. Abrevaderos con tornajos y agua. En el mismo cortijo de la Escalera de los Vílchetes hay varios tornajos con agua. Este punto es abrevadero. En la cañá del Pardal, un poco antes de peña Corva, también hay unos tornajos con aguas fresca y buena. Este punto también es abrevadero. En la ruta que en este mismo trabajo, va por el tranco del Acebo, detallo mucho más los rincones por donde discurre esta senda y vía de trashumancia.

Otra vereda o vía de trashumancia subía por la cuesta de Navazalto, remontaba hasta el collado de la Cruz de Yescas, caía a la fuente del Vilano y desde ese punto se iba metiendo para los distintos rincones de la sierra. Esta vía de trashumancia moría por estas sierras de las Villas puesto que no necesitaba volcar para la vertiente del Guadalquivir, hoy el valle de los Turistas. Desde Mogón para arriba hacia el macizo de la Muela, sube una vía pecuaria que los serranos llaman verea. Recorre los olivares de esa loma y al llagar a los filos de la Muela pasa por un punto que es conocido por el tranco de la Gavia. Desde ahí sigue entrando por esos bonitos terrenos y ya va repartiendo rebaños de ovejas para donde estos tenga que ir. Es conocida por la verea del tranco de la Gavia.

Por la cuenca alta de Royo Chillar, Aguascebas de Sopalmo, ya he dicho que hubo varios cortijos. Casi en todos ellos se cuidaban rebaños de ovejas, cabras y otros animales. Para salir con estos rebaños hacia las tierras de campiña o Sierra Morena, en los meses invernales, también ellos necesitaban sus "vereas" de trashumancia. Por donde mismo iba la senda que les servía para entrar y salir a este rincón de la sierra, transcurría también la vía pecuaria. Se empezaba a formar por el collado del Ojuelo, Carrales, cortijo del Puntal, paso del Cuco y otros cortijos para comenzar a venirse por la senda que subía por el collado del Chindo, los Vadillos y barranco del Chindo a remontar por el puntal de la Carrasca de la Seña. En este punto ya estaban reunidos todos los ramales de vereda y se ponía en marcha laderas abajo, por entre cumbres menores y olivar hasta hundirse en el valle del Guadalquivir. Seguía luego con la misma senda que buscaba al pueblo de Villanueva del Arzobispo y según avanzaba hacia las campiñas y Sierra Morena, se agrandaba.

Otros tornajos por estas Sierras de las Villas son los siguientes: por el **collado del Ojuelo**, en lo alto de la cumbre, **Pinar Negro**, cerca de Pedro Miguel y los Hermanillos, en **la Hoyica**, cuenca del Aguascebas Grande, en **la Tejea**, frente a la lancha de la Benita, por el **barranco de la Benita,** en el **raso de la Escalera**, cerca del cortijo, **fuente del Pino**, por encima de los Praos de Coca, por la **cañada del Pardal**, nacimiento del arroyo del Avellano, por la **morra de Chorrogil**, donde estuvo el cortijo de Facundo, en la **fuente del Vilano**, aunque son piletas con obra de cemento y por **el cortijo de la Escalera**, por el macizo de los Vílchetes, por el **tranco del Pelegrín,** por el collado de la Tobilla, **los Tornajillos,** por la Muela en:

fuente de la Música, **fuente de la Higuera, fuente de la Raja y fuente del Coco**. En total yo tengo localizados diecisiete puntos donde, en estas sierras de las Villas, hay instalados tornajos para que beban los rebaños de ovejas o los animales silvestres. Si no hay más creo yo que se debe a la abundancia de cauces, arroyos y ríos, que por aquí corren y que hasta en los años más secos, tienen agua. Algunos de estos tornajos son de madera, en troncos de pinos, como lo hacían antiguamente pero otros, los han montado en bañeras de porcelana que luego han pintado de verde. Dos de ellos son el de la fuente del la Puerca y el del barranco de la Benita. Por el collado del Ojuelo, en el mismo cortijo del pastor Juan, hay también tornajos.

Los cortijos en ruinas en esta Sierra de las Villas

Por la parte alta del Royo Chillar, la cuenca, son los siguientes: cortijo del Chindo o de los Contreras, cortijo de los Vadillos, en el mismo cauce del arroyo, cortijo del tío Luciano, cortijo de la Peraleja, cortijo del Cuco, cortijo de Terrones y por el Ojuelo, la tiná y el cortijo del pastor Juan. Algo más abajo está el cortijo de Sopalmo, ruinas del Molinillo, tapuela del Hoyo, los tres cortijos del Morro, el que queda entre el arroyo Carrales y arroyo del Hoyo, cuando estos se juntan por el paso del Cuco. Son tres los cortijos del Morro, dos de ellos en ruinas y el otro, muy bien arreglado. También se le conoce por el cortijo de Carrales Bajo y uno más que hay algo más alzado sobre la lancha de Carrales. Luego y más arriba, queda el cortijo de Carrales Alto, hoy casa forestal, Carralillos y la tiná de Carrales. Desde Carrales para Agua los Perros está el cortijo de Amador, cerca de Royo Chillar y sobre la loma, el cortijo del Puntal, cortijo del Pequeño, cortijo de Aguas los Perros, el cortijillo y ya los Vadillos y el cortijo de los Riberas. En el barranco de Royo Chillar se encuentra los dos cortijos de los Sesteros, el Tamborcillo, cortijo de Royo Chillar y la tapuelilla de la Grilla.

En mis experiencias por estas sierras estos son los cortijos que por la cuenca de Royo Chillar he descubierto. Casi todos son ruinas y los que no, habitados solo como recreo.